



EXPLORACIONES A LOS ISTMOS DE PANAMA Y DE DARIEN

JUAN VIDAL, EDITOR

# EXPLORACIONES Á LOS ISTMOS DE PANAMÁ Y DE DARIEN

## EN 1876, 1877 Y 1878

POR M. A. RECLUS

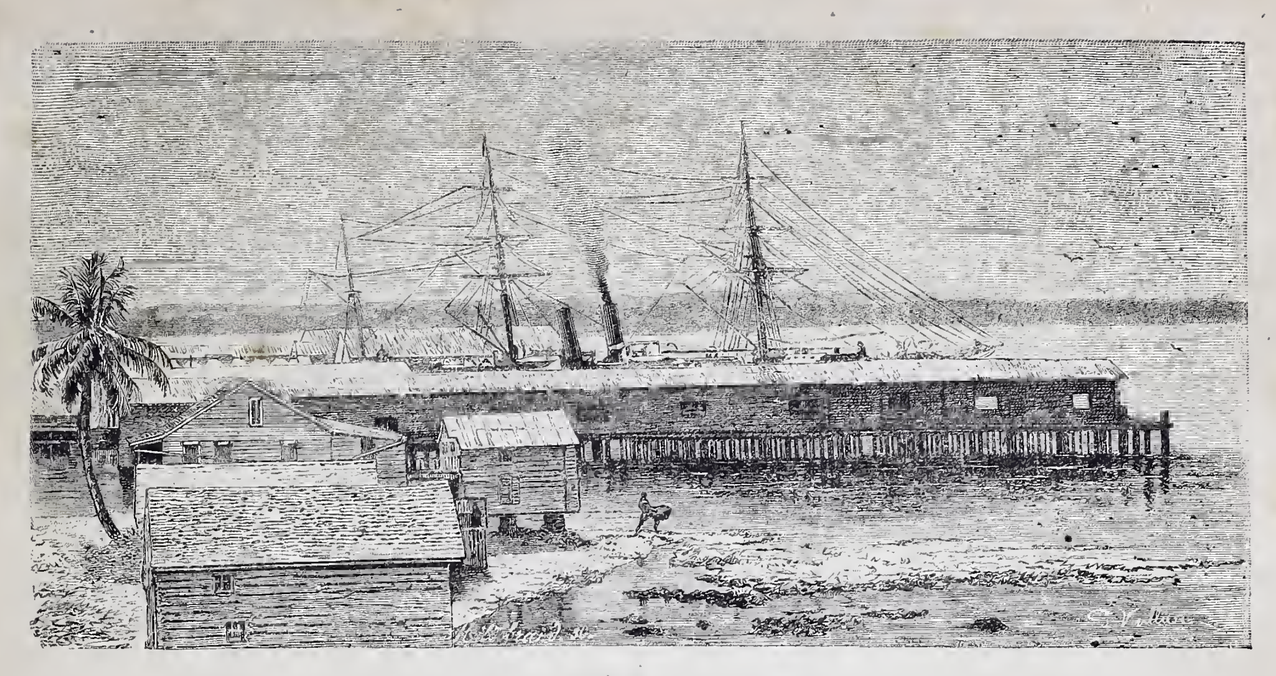
Oficial de la marina francesa

ADMINISTRACION

CALLE DE BORDADORES, 3, MADRID

1881

Imprenta de Enrique Rubiños, plaza de la Paja, núm. 7, bis.



Muelles de Colon.

# EXPLORACIONES A LOS ISTMOS DE PANAMÁ Y DE DARIEN

## EN 1876, 1877 Y 1878

## POR M. A. RECLUS

Oficial de la marina francesa.

## I

El istmo americano.—El Congreso internacional de Ciencias geográficas de París en 1875.—M. L. N. B. Wyse y sus compañeros.—Los que no volverán: Olivier Bixio y Guido Musso.

El considerable desenvolvimiento del mayor número de las comarcas de la América que bañan las aguas del grande Océano Pacífico; la tan deseada apertura, que tras tantas gestiones se consiguiera, de los puertos de la China y del Japon al comercio del mundo, y el rápido desarrollo de las fuentes de riqueza de la Australia, hacía ya años estaban exigiendo la apertura de un canal marítimo que pusiera en comunicacion el Océano Atlántico con el Pacífico, destruyendo la estrecha barrera que en la América Central los separa. Mucho tiempo hacía ya que de la necesidad de esta importante obra nadie dudaba; pero distintos proyectos, que sucesivamente se habían ido presentando, adolecían de defectos, los cuales dieron lugar á que uno tras otro fueran desechados, porque ninguno daba al comercio del mundo un paso ancho y suficiente, cual lo necesita, un Bósforo libre, extenso y de gran fondo, en el que los buques de más alto bordo pudieran aventurarse á cualquier hora, sin riesgo á las altas y bajas de la marea, y en el que no fueran de temer interrupciones, ni detenciones por cualquier causa. Todos los proyectos presentados tenían por objetivo el canal de presa, que era en lo que hasta éntonces se había pensado; pero es claro y manifiesto que no podía emprenderse la construccion de un canal de esta naturaleza, pues á todos se alcanzan los gravísimos inconvenientes que desde luégo presentan y que universalmente están reconocidos, sinó despues de haberse convencido perfectamente de que era imposible la apertura de un canal á nivel, que son los únicos que pueden satisfacer las necesidades que lleva al comercio á emprender obras de tanta cuantía.

De toda la considerable superficie que en la América Central forma el istmo, en el año 1875 sólo quedaba una sola region que no hubiera sido estudiada completamente á conciencia por la expedicion americana, organizada con este objeto bajo la direccion

del comandante Selfridge, y ésta era el Darien meridional. Por distintas referencias, unas dignas de más crédito y otras de ménos, y más que por nada por la exploracion del extenso valle del Paya, que en 1866 hiciera M. de Lacharme, podía llegarse á creer en aquel punto una brusca interrupcion de la cordillera. Por esta brecha pensábase que sería de gran facilidad, y relativamente mucho ménos costoso, abrir un canal que llegara á tocar con uno de sus extremos á la magnífica bahía de Uraba, y por el otro con el espléndido fondeadero de San Miguel, utilizando la poderosa corriente del gran río Atrato y el del hermoso río Tuyra.

Por lo demas, todos los que habían hecho investigaciones anteriores á las de M. L. N. B. Wyse, buscando un mejor punto para facilitar el tan deseado paso, juzgaban, sin que se sepa qué causa para ello tenían, que un corte practicado á nivel no era factible, y, por tanto, todos los trabajos técnicos que habían realizado tenían por único fin la apertura de un canal de presas.

La carencia absoluta de estudios de proyectos de canal á nivel, y los insuficientes datos contenidos en las referencias sobre la elevacion del cuello de Paya, cuya altura, segun M. de Lacharme, era de cincuenta y ocho metros sobre el Pacífico, hacían esperar que sin grandes esfuerzos podría conseguirse un canal sin presas, cosa muy deseada y que se echaba de ménos en todos los concienzudos trabajos de la comision americana, y este vacío urgía cada vez más llenarlo, por los grandes intereses que así lo requerían.

M. Wyse estudiaba la cuestion; hacía mucho tiempo que, soñando en la apertura de un canal interoceánico, ocho años ántes, habia llevado á cabo serias y detenidas exploraciones sobre el río Bayano, hasta bastante más allá de la aldea de Pirrea, enclavada en el territorio de los indios salvajes; esto es, hasta un punto en donde ántes que él ningun blanco se había atrevido á llegar, tanto por haber retrocedido ante los grandes obstáculos con que habían tropezado, por las enfermedades que son allí tan frecuentes y que les habían hecho volver atras, como por el natural feroz y sanguinario de los habitantes de aquellas regiones.

El Congreso internacional de Ciencias geográficas que se reuniera en Paris el año 1875 presentaba una ocasion favorable, y todo el interes de los hombres ilustrados que lo componían fijóse en la cuestion del istmo americano, discutiéndose muy detenidamente la eleccion del punto que más convenía para la apertura del paso. Nombróse un jurado, bajo la presidencia de M. de Lesseps, el famoso creador del istmo de Suez, al que se le dió el encargo de indicar el mejor y más conveniente trazado, así como tambien de presentar los proyectos de presupuestos.

Muchos hombres, que participaban de la opinion de M. Wyse, se reunieron en comité, pidiendo, por mediacion de su presidente el general Türr, que se sirvieran ordenar la suspension de las reuniones del gran jurado hasta despues que se hubiera explorado perfectamente la línea Paya-Caquirri; peticion que no podía ménos de ser favorablemente acogida.

Inmediatamente que se hubo comunicado el asentimiento, fueron emprendidos los trabajos, desplegándose gran actividad en los preparativos que la empresa requería; en ménos de un año quedó constituída una sociedad, se reunió el capital que necesario se creía, y se obtuvo una concesion para las obras de los Estados-Unidos de Colombia, así como tambien quedó reunido el suficiente personal de exploradores. Los grandes conocimientos y la experiencia que M. Wyse había adquirido de las regiones que necesariamente había que recorrer, le permitieron reunir, en mucho ménos tiempo que otro cualquiera hubiera necesitado, instrumentos, armas, objetos propios y precisos para campamento, víveres y cuantas cosas había de necesitar un número considerable de personas que por espacio de seis meses había de quedar á la ventura en extensas y vírgenes selvas, de las que ninguna referencia tenían, y en las que tal vez á cada paso habrían de encontrar un obstáculo que vencer. Gracias á su reconocido espíritu organizador y á la rapidez de su concepcion y de ejecucion, apénas si medió un mes entre el día en que el plan fué tomado en consideracion y en el que los exploradores manifestaron tenerlo todo preparado y estar dispuestos á partir, á los cuales pude unirme en calidad de voluntario, gracias á la antigua y grande amistad que con el jefe me unía.

Como era muy necesario tenerlo todo en cuenta, la prisa referida reconocía por causa principal lo conveniente que era el que la comision llegase á Darien á principios de la estacion seca, que es la única en que el europeo no aclimatado puede soportar las fatigas, miserias y penalidades que son seguras de una permanencia en la selva ó en los pantanos. Con tal rapidez se había hecho todo, que en la comida con que el comité nos obsequiara para darnos el adios, apénas nos conocíamos unos á otros, pues la mayor parte de los futuros exploradores nos veíamos por primera vez.

Entre todos, ingenieros, oficiales de marina, etc., éramos veinte, bajo el mando de M. Wyse; el cuidado de los trabajos facultativos fué confiado á M. Celler, acreditado ingeniero de puentes y calzadas, y entre los restantes se contaban O. Bixio, G. Musso y el doctor C. Viguier. Los dos primeros no habían de

volver á la patria; murieron víctimas de su entusiasmo por la ciencia.

Olivier Bixio, hijo del secretario del Gobierno provisional de 1848, y sobrino del célebre Nino Bixio, jefe del estado mayor de Garibaldi en la campaña de los Mil, era un hombre notabilísimo, en toda la fuerza de su edad y de su desarrollo; apenas si contaba treinta y cinco años, y ya había realizado tales y tan nobles hechos, que digno era de la admiracion de todos. Héroe de las encarnizadas luchas que por su independencia se vió obligada á realizar Italia, había abandonado el servicio con el grado de capitan y el título de oficial de órdenes de Víctor Manuel, para entrar á formar parte de las tropas federales cuando la guerra de secesion, en la que muchas veces logró distinguirse en la caballería del general Mac Clellan. Cuando la invasion alemana, llevado de su amor por la patria, se había enganchado como voluntario, teniendo la desgracia de ser herido y hecho prisionero en uno de los encuentros; apénas cerrada su herida, y cuando aún no era completo su restablecimiento, logró escaparse de Stettin, y volvió á luchar, mandando esta segunda vez un batallon de Guardia móvil. De natúralcza recta, franca, leal, su clara inteligencia y su cordialidad lo hacían querer de todos los que tenían la felicidad de conocerlo y tratarlo.

Su compañero y amigo Guido Musso, jóven ingeniero italiano, pertenecía á una de las más distinguidas familias de aquella penínsulа; desde la primera vez que se le veía, se hacía altamente simpático por su elegancia, su amabilidad, tan exquisita como poco afectada, su servicialidad y la distincion de su fisonomía. Lo mismo que Bixio, la amistad que á M. Vyse le unía, había sido causa de que se le ofreciera como expedicionario voluntario, y tambien en esta decision influiría el deseo de adquirir derecho para poder decir que había tomado parte en una obra grandiosa. Deseando ardientemente no perder su juventud sin hacer nada, y siéndole odioso pasar su vida en la ociosidad, quería hacerse útil á toda costa. Pocos hombres llevan el sentimiento del deber á tal punto. ¡Murieron! *Data fata secuti.*

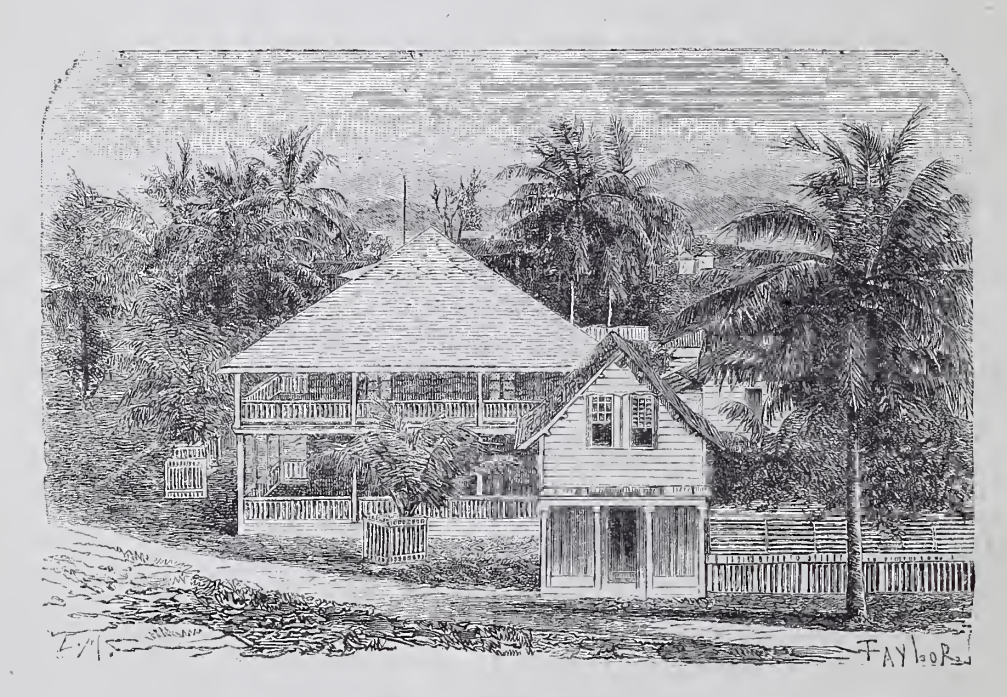
## II

El *Lafayette*.—Guadalupe: volcan de la Mina de Azufre.—La Martinica: Fuerte de Francia.—La Guayra.—Puerto Cabello.—Sabanilla.

La comision, animados de los mejores deseos cada uno y todos sus indivíduos, quedó embarcada en el vapor *Lafayette* el día 7 de Noviembre de 1876, y sin que nada digno de mencion hubiera ocurrido, el 21 del mismo mes, una de las dos islas que forman la Guadalupe dejaban ver á nuestra vista sus montañosas masas cubiertas de verdura hasta la cima del volcan de la Mina de Azufre. En aquella extension, de tinte uniforme y oscuro, las menores variaciones de luz ó sombra se advierten claramente, y el relieve se acentúa de una manera sorprendente; así es que, á pesar de su poco considerable altura (mil doscientos ochenta metros) la Mina de Azufre se presenta tan imponente como los más fieros gigantes de los Alpes.

La Guadalupe propiamente dicha es de orígen volcánico, y se halla erizada de montañas, en las que de ordinario se experimenta un rigoroso frío casi continuo, sin que en ellas se encuentren más que musgos, lianas y helechos. Las corrientes termales abundan en la isla de Guadalupe. Esta isla fué descubierta el 4 de Noviembre de 1493 por Cristóbal Colon, que le dió el nombre que lleva, en memoria de la imágen que se venera en el santuario de Santa María de Guadalupe (Extremadura). En 1635, Oliva, gobernador frances de San Cristóbal, que había tomado posesion de la Martinica, y un caballero llamado Duplessis, enviado por la Compañía de las islas de América para colonizar la Guadalupe, desembarcaron en ella el 28 de Junio con 550 personas, de las que 400 eran trabajadores contratados por cuenta de la Compañía. Bien pronto los colonos europeos fueron diezmados por las enfermedades ocasionadas por un trabajo excesivo, y las privaciones de todo género que tuvieron que experimentar. Despues de la muerte de Duplessis, que acacció á los seis meses de estar en la isla, el gobernador Oliva hizo una encarnizada guerra á los caribes, á los que arrojó, despues de cuatro años de incesantes luchas, hacia la parte de la Guadalupe llamada Tierra Grande, y hasta la Dominica. Esto fué el comienzo de aquellas guerras de exterminio que, tras muchas y diversas peripecias, treguas y recrudescencias de hostilidades, vino á concluir en 1660 con un tratado, mediante el cual quedó limitado el dominio de aquella desgraciada raza á Dominica y San Vicente, cuando de ella no quedaban ya más que 6.000 individuos, de los que hoy apénas si en todo el territorio se en-

cuentran algunos representantes. Los que quedaban de los primeros colonos, con más algunos refugiados de San Cristóbal y otros europeos, ávidos de riquezas, que fueran allá buscando aventuras, formaron una poblacion nueva, que desde luégo se dedicó á la cultura de los vegetales indispensables para la vida. Despues de haber pasado sucesivamente por mano de tres compañías comerciales que se arruinaron desde 1626 á 1642, la Guadalupe fué vendida en 60.000 libras tornesas, y en 6.000 libras de azúcar por año al marqués de Baisscret, que la compró el 4 de Setiembre de 1649 á la última compañía, de la que era agente. Desde entónces la agricultura comenzó á hacer rápidos progresos, y algunos años despues cincuenta holandeses echados del Brasil se refugiaron en la isla con 1.200 esclavos negros ó mulatos, fundando ingenios azucareros, contribuyendo poderosamente á reemplazar la cultura del tabaco por la de la caña de azúcar, que había de ser una de las principales fuentes de riqueza de la isla; pero las exacciones cometidas por los dueños de la isla dieron lugar á continuas revueltas, tras las que hubo un momento en que parecia perdida para siempre; mas por indicaciones de Colbert compróla Luis XIV, con todas sus dependencias, en el precio de 125.000 libras tornesas. Colbert la confió á la Compañía de las Indias Occidentales, que, disuelta en 1674, dió lugar á que la colonia fuera considerada como parte de los dominios franceses, quedando abierta á todos los naturales que quisieran establecerse en ella. Colocada



Casas en los palmares de Colon.

desde entónces bajo la dependencia de la Martinica, la colonia participó muy poco del empeño que la metrópoli manifestaba por sus establecimientos coloniales; las compañías encargadas por privilegios de la introduccion de esclavos, mantuvieron á los trabajadores á un alto precio, dando lugar á que las importaciones fueran muy limitadas. Los impuestos, las prohibiciones y la guerra empeoraron aún más este estado de cosas: no obstante, atacada por los ingleses tres veces en 1666, 1691 y 1703, la colonia opuso una tenaz resistencia, y no pudo ser tomada. La influencia del tratado de Utrecht se hizo sentir en la Guadalupe por una concentracion de fuerzas sobre las colonias que á los franceses quedaban, y como consecuencia de ello, por un acrecentamiento visible de su prosperidad; este floreciente estado duró unos cuarenta años, al fin de cuyo período la poblacion era de 9.645 blancos y 41.000 esclavos. En 1759 los ingleses volvieron á atacar á Guadalupe, de la que se apoderaron despues de una resistencia de tres meses, no siendo restituída á la Francia sinó despues del tratado de 1763, siendo entónces dotada la colonia de una constitucion independiente; y aunque de nuevo, en 1769, fué puesta bajo la dependencia de la Martinica, la cesion que se había hecho á los ingleses de la Dominica, que ocupa una situacion in-

termedia entre ambas islas, hizo comprender que tal estado era imposible, y por consecuencia se la declaró independiente de toda tutela en 1755, entrando desde entónces en una era de progreso. Al año siguiente de la Revolucion, el importe total de su comercio con la Francia y el extranjero fué de francos 31.865.000, y su poblacion se elevaba á 107.226 almas. Los efectos inevitables de las agitaciones y trastornos que en la metrópoli había, se hicieron sentir inevitablemente en las colonias y habiendo estallado la guerra, los ingleses se apoderaron nuevamente de la isla y de todas sus dependencias en 21 de Abril de 1794. En el mes de Junio siguiente, dos comisarios de la Convencion, Chretien y Víctor Hugues, con dos fragatas y 1.550 hombres, abordaron á la isla, dando comienzo una lucha en la que tomaron parte gloriosa los negros emancipados por un decreto de la República, y que terminó con la expulsion de los ingleses de la Guadalupe y de las islas adyacentes. Despues de la paz de Amiens, el primer Cónsul envió una expedicion al mando del general Richepause, para restablecer la esclavitud; pero los negros defendieron valerosamente su libertad: bajo el mando de jefes mulatos, los negros no se declararon vencidos, sinó despues de haber hecho correr arroyos de sangre. En 1810, la Guadalupe cayó otra vez en póder de los ingleses, siendo devuelta á la Francia en 1814, por el tratado de Paris. Cuando los acontecimientos del Gobierno de los Cien Días, los ingleses se apoderaron otra vez de Guadalupe, durando esta posesion desde el 18 de Agosto de 1815 hasta el 25 de Julio de 1816. Desde entónces, la Francia que posee la colonia, ha hecho grandes esfuerzos en pró de la prosperidad del comercio y de la industria, y á pesar de los temblores de tierra, de los huracanes y del cólera, que han hecho grandes estragos, puede decirse que la Guadalupe se halla en un estado floreciente.

A la mañana siguiente, anclamos en el fuerte de Francia, capital de la Martinica, y el *Lafayette*, permaneció estacionado día y medio con objeto de reponer su provision de carbon, lo cual aprovechamos para adquirir algunos conocimientos del país en que desembarcamos primeramente, en nuestra expedicion, y gracias á lo que podemos dar algunos detalles.

La Martinica fué descubierta en 1493 por los españoles el día de la fiesta de San Martin, por lo que le dieron este nombre; los caribes que la habitaban llamábanla Madiana. A mediados del año 1635 fué ocupada en nombre de la Francia por Cárlos Lyenad, señor de la Oliva, y Juan Duplessis, señor de Ossonville; pero ambos navegantes experimentaron tal terror viendo la gran cantidad de serpientes é insectos escamosos que encontraron, y del aspecto terrible de los caribes que les disputaban el terreno, que renunciaron al designio que los llevara allí de establecer una colonia. Pedro Belain, señor de Esnambuc, llevó á ella, un mes más tarde, una colonia de 100 hombres, que se estableció definitivamente á seis kilómetros de San Pedro, ciudad que fué construída en 1658. La ciudadela que lleva el nombre de Fuerte de Francia, no fué comenzada hasta el mes de Julio de 1672. Despues de la toma de posesion que Esnambuc hiciera, sufrió una serie de permutaciones y ventas, pasando sucesivamente de manos de la Compañía general de las islas de América á las de Duparquet, gobernador general en 1651, de manos de los herederos de éste al gobierno metropolitano en 1664, que hizo de ella cesion á la Compañía de las Indias Occidentales, recientemente creada, siendo, por último, reunida al Estado en 1675, año desde el que todos los franceses, sin distincion, pudieron irse á establecer en ella. Los primeros colonos formaban dos clases; una, los antiguos poseedores del suelo, venidos de Francia por su cuenta, y que se designaban con el nombre de habitantes; la segunda, compuesta de europeos que habían ido á las islas en la esperanza de hacer fortuna y que habían contratado trabajar por tres años, al cabo de los cuales pasarían á ser propietarios de los terrenos que ocupaban, á los cuales se les llamaba contratados. Los negros, introducidos desde los primeros tiempos por la trata, reemplazaron con su trabajo en la esclavitud la cuasi servidumbre. En 1712, la poblacion se elevaba á 72.000 individuos. La Martinica carecía casi por completo de importancia, cuando el tratado de Utrecht, celebrado en 11 de Abril de 1713, quitando á la Francia el Canadá, Terra Nova, la Acadia y la bahía de Hudson, dió por resultado el que en ella se fijára más la atencion de la metrópoli y que fuera mayor la afluencia de colonos. La buena situacion de la Martinica, la seguridad de que se gozaba en ella, dieron lugar á que se convirtiera en el mercado general de las Antillas francesas, y á que en la metrópoli se la conociera con el nombre de la *Perla de las Antillas*. Hoy, habiendo cambiado mucho las cosas, la escasa importancia que aún tiene la debe á un corto número de plantaciones de cañas de azúcar y cafetales. El clima es muy sano, la isla podría con sus medios de produccion alimentar á una poblacion diez veces mayor en número, y no obstante esto, cada día decrece el número de sus habitantes: la sangre allí cruzada por el matrimonio celebrado entre individuos de distintas razas, ha dado lugar á una fuerte y vigorosa, de la que llaman la atencion las mujeres, por su extraordinaria belleza.

Aquella tierra, por las muchas condiciones que

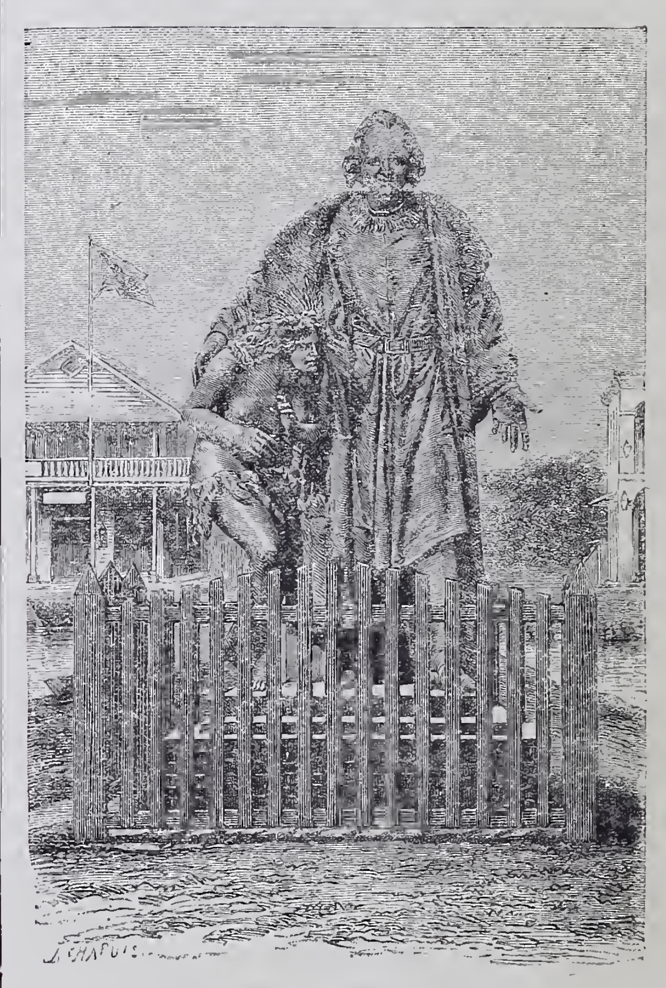
posee, sería deliciosa para morar en ella, si no abundara tanto el *trigonocéfalo*, una de las más venenosas serpientes que pueden ser halladas en toda la superficie del Globo: ella se desliza por todas partes, en los sembrados, en las plantaciones de caña de azúcar, en los alrededores de las casas; con harta frecuencia se atreve á penetrar en ellas, persiguiendo los ratones ó las ratas, y muchas veces se la ha encontrado hasta en las camas. La picadura de este reptil es casi siempre de fatales resultados; la ciencia, por mucho que ha trabajado, no ha logrado encontrar una sustancia que neutralice ó haga ménos peligroso el veneno: y en cuanto á las repugnantes negras con pretensiones de encantadoras ó hechiceras, el resultado evidente de sus encantaciones y conjuros, así como tambien de sus horribles cocimientos de hierbas, es únicamente añadir sufrimientos á un infeliz condenado á morir, pues aún no se cita un solo caso de curacion que pueda merecer crédito alguno.

Estos terribles reptiles que, como decimos, constituyen uno de los grandes inconvenientes de aquel rico país, tienen á veces hasta siete piés de largo, no atacan jamas al hombre, y huyen al menor ruído que perciben; pero cuando la desventura quiere que el pié de un desgraciado se pose sobre un trigonocéfalo repleto por un abundante pasto, se levanta con una sorprendente rapidez y se venga con una picadura mortal. Durante el día permanecen durmiendo en sus nidos, que por lo regular forman en los huecos de las rocas; por la noche salen al merodeo, y como manifiestan prediléccion por los terrenos movidos, los caminos y los senderos, casi podemos decir que están cubiertos de ellos. Por más que se haga, ni empleando las promesas, ni recurriendo á las amenazas, se podrá conseguir que un indígena salga en el espacio que media entre la puesta y la salida del sol; durante la noche puede decirse que las serpientes imperan en absoluto en toda la isla.

El sitio más importante de la capital es la plaza, el paseo de la Sabana. Allí, bajo la sombra de grandes árboles de follaje, oscuro y apretado, disfrútase de la brisa vivificadora del mar, y de un admirable golpe de vista, que alcanza á todo el Fuerte de Francia. Algunos de aquellos árboles tienen proporciones sorprendentes. Su tronco llega á veces á cuatro ó cinco metros de circunferencia, cuando tienen aún pocos años y son fuertes é iguales, no podrán verse en las selvas vírgenes, donde todo se confunde en un mar de follaje.

El centro de dicha plaza está marcado por un quincona, una de esas palmeras de Cayena, tan iguales, tan regulares y tan parecidas las unas á las otras, que cualquiera diría habían sido compradas por docenas en casa de algun gran fabricante de objetos de zinc. Estas columnas grises, derechas y completamente cilíndricas, están coronadas por un penacho de hojas finas y sueltas, parecidas á plumas de avestruz.

El Fuerte de Francia está rodeado de colinas abruptas y áridas, en cuyos flancos crece dificultosamente una vegetacion raquítica y miserable, teniendo más tallos que frondosidad y más espinas que flores: todo es allí pequeño y falto de la brillantez que tanto en otros puntos se admira; pero abajo, en el valle que fertiliza el pequeño río Madama, los vergeles se suceden uno tras otro sin interrupcion. Tras las primeras llanuras se ven levantarse sin interrupcion, hasta el Piton Didier, montañas de desnudas cimas, en las que todos los huecos, todos los puertos. están cargados de árboles espesos que podría decirse, dado el aspecto que aquello presenta, que es musgo entre frutos.



Estatua de Cristóbal Colon.

Dos días más tarde llegábamos á La Guaira, el puerto de Caracas, capital de Venezuela. Desde el mar el aspecto es muy poco seductor; es una ciudad blanca, formada en anfiteatro al pié de montañas escarpadas, que forman parte de la sierra de Caracas, cuyas más altas cimas se aproximan á tres mil metros, y en la que las rojizas rocas apénas si están manchadas de trecho en trecho por otra cosa que por nopales, cautchoucs y áloes.

A la mañana siguiente fondeamos en Puerto Cabello, del que puede decirse es un verdadero y magnífico puerto; la ciudad está asentada sobre una lengua de tierra pantanosa, y en la que la permanencia en manera alguna puede ser salubre, por los miasmas que continuamente vician la atmósfera. Una simple visita hecha al mercado da desde luégo una clara y exacta idea de la miseria del mayor número de los habitantes; las pobres negras que vienen del campo instalan sus provisiones por montones pequeños, formados por tres ó cuatro bananas, veinte alfónsigos ó cacahuet, un puñado de arroz, una patata dulce: los negros desharrapados ruedan de acá para allá por toda la plaza, con sin igual atrevimiento, siempre hambrientos como los monos y dispuestos á comer á cualquier hora del día, comercian, ofrecen la vigésima parte de dos cuartos, y durante horas gesticulan, gritan, juran y con harta frecuencia llegan á las amenazas, pero rara vez á los golpes. En otros rincones se ven grupos de negros, vendiendo por pequeños fragmentos inmundos pedazos de tripas secadas al sol, y entre otros pescados el perro de mar, y hasta tiburones.

Tocamos despues en la entrada del puerto de Barranquilla-Sabanilla, que es el punto de desembarco de todo el comercio del valle regado por el más grande río de la Colombia, el Magdalena, y por último el dia 21 el *Lafayette* anclaba en Colon, y el mismo día pisamos tierra de la América Central.

## III

Colon ó Aspinwall: barrio de blancos, barrio de negros.—La estatua de Cristóbal Colon.—Clima de esta ciudad.

Pocas cosas se verán más bellas que la ciudad y la rada vista en su conjunto: á la izquierda se hallan la isla baja de Manzanillo y las blancas y limpias casas de Colon, sombreadas por los altos cocoteros, y en su alrededor las llanuras están materialmente cubiertas por frondosas florestas que rodean la bahía de Limon; á la derecha y á la izquierda se levantan á cierta distancia las altas colinas del Mindi y de Porto-Bello, y enfrente, en el azulado horizonte, cumbres poco elevadas forman el límite que separa las tierras cuya inclinacion es hacia el Pacífico de aquellas que la tienen hacia el Atlántico. Todo este bellísimo panorama que acabamos de describir se reduce, se aminora, cuando el buque aborda á las calas que sirven de desembarcadero.

Los paquebots se amarran á muelles contiguos á los almacenes que forman la estacion del camino de hierro de Colon á Panamá, y gracias á esta cómoda proximidad, frecuentemente los viajeros abandonan el vapor para instalarse confortablemente en los wagones, y la locomotora los arrastra, sin que su pié haya tocado siquiera el suelo de la ciudad; pero nosotros, por diversas circunstancias, no pudimos hacer lo mismo, viéndonos obligados á permanecer dos días, que aprovechamos en recorrer y visitar detenidamente aquella ciudad tan calumniada.

Colon está construída sobre la punta N.-O. de la pequeña isla de Manzanillo, formada por un banco de guijarros sobre el que se han venido aglomerando arrastres y aluviones. Esta ciudad, si es que así se nos permite llamarla, consta de 4.000 habitantes, repartidos en dos barrios completamente distintos. El uno se eleva sobre un arrecife madrepórico, suelo seco y firme que domina al mar en más de un metro, y que está ocupado por los blancos, agentes y empleados del camino de hierro, negociantes, etc. Estos extranjeros habitan grandes casas de un piso con largas galerías, y cuyos materiales, como ladrillos, cal, hierro, madera y todo sin excepcion, se hace traer de los Estados-Unidos ó de Europa, trabajado ya y dispuesto para ser colocada cada pieza en su sitio y obtener con suma rapidez una vivienda.

Este barrio, sobre ser muy sano, tiene la no menor recomendable condicion de ser muy limpio; el terraplen tiene una extension de 200 metros, al cabo de los que comienzan ya los pantanos. El resto de la poblacion, sumido en los barrancos, está formado por dos ó tres hileras de casas, que se extienden paralelamente á la estacion del ferro-carril y construídas sobre estacas y terraplenes, sea sobre el terreno y hasta sobre la vía. Ésta, considerablemente ancha por ciertos puntos, ha sido establecida sobre el lado Oeste de la isla de Manzanillo, y ademas de las filas de casas de que dejamos hecha mencion, están tam-

bien los diferentes edificios construídos para las atenciones del servicio, la estacion, los almacenes, y los muelles de carga y descarga.

La calle llamada *Front-Street* es aún mucho más agradable y de mejor vista, pues las otras dos están flanqueadas sólo por algunas cabañas de un solo piso, construídas con maderos. Los pisos bajos, ocultos por unos tejadillos anchos, están ocupados por pequeños almacenes de quincalla, cantina ó casas de juego: el conjunto, construído con tablas de las cajas en que se importan el jabon, el coñac ó el vermout, sujetas con algunos clavos ó amarradas con lianas, da lugar á que un aire, sin ser muy fuerte, eche á tierra más de la mitad. Naturalmente, y como con suma facilidad se comprende, estos casuchos sirven de albergues á negros, y naturalmente tambien reina en ellos un desaseo y una suciedad repugnante; las inmundicias de todas clases que se amontonan cerca de las puertas excitan la voracidad de los perros sarnosos, de los cerdos gruñidores



*Front-Street*, en Colon

y de algunos raros *gallinazos*. Suerte sería que estos grandes aseadores de las calles cumplieran mejor con sus funciones; mas, por desgracia, estos buitres no son muy afectos á Colon, y apénas si se les encuentra en pequeños grupos, cada uno de ellos formado por tres ó cuatro. No obstante, la gente morena no se fija en estos grandes y gravísimos inconvenientes que dejamos enumerados; se recrea en esta atmósfera, tan perniciosa para los individuos de la raza europea; se ríe de los miasmas palúdicos, del terrible y peligroso ardor de los rayos solares, y del caliente vapor que despide el suelo.

Entre estos dos barrios han abierto dos grandes estanques para mejorar las condiciones de salubridad de la poblacion y recoger los desagües de los pantanos, en medio de los que está asentado Colon, estanques que se comunican directamente con el mar, gracias á lo que pueden renovarse frecuentemente sus aguas, que de lo contrario se descompondrían y llegarían á ser tan pestilenciales como la de los pan-

tanos que los rodean. Los canales, por medio de los que están unidos al Atlántico, facilitan el paso á gran número de aligatores, una de las especies de la familia de los cocodrilos, los cuales limpian los fondos de todos los detritus que los habitantes arrojan, razon por la cual nadie los molesta en el desempeño de tan útiles funciones; pero por desgracia la permanencia de estos monstruos allí donde tanto sirven, es corta y poco frecuente.

Casi al mismo borde de estos estanques, y sobre el terraplen del ferro-carril, se levanta, aunque sin pedestal todavía, un magnífico grupo de bronce representando á Cristóbal Colon y á América, suntuoso regalo de la ex-emperatriz Eugenia á un antiguo presidente de los Estados-Unidos de Colombia, el general Mosquera, que, segun se dice, era pariente lejano de la ilustre familia de Montijo. Colon, de pié, erguido y fiero, protege, abrazándola con su mano derecha, á una mujer pequeña, completamente desnuda, temerosa y encorvada, pero muy bella, tan bella, que hace pensar, más que en una india desharrapada, basta y de líneas deshechas, en una de esas encantadoras parisienses, vestidas de capricho. No puede reprochársele á su ilustre patron un adorno escaso; parece que se le ve fatigado por el peso de los ropajes que le caen hasta las rodillas. Este grupo es, por lo demas, la única obra de arte que puede verse en todo el territorio que ocupa el istmo de Panamá.

La ciudad de Colon tiene ademas la gloria de poseer una columna levantada en honor de los señores Aspinwall, Chauncey y Stephens, de la que lo mejor que puede hacerse es guardar silencio. Es una iglesia gótica de estilo ingles, acomodado á la americana. Por miserable que sea, este edificio, construído con pórfido rojo oscuro, llama grandemente la atencion al lado de las casas de madera que se extienden á su al rededor; pertenece á la compañía del ferro-carril, que es por su parte la que sostiene las atenciones del culto y la dotacion del pastor, y será suficiente para contener hasta 300 personas.

La agricultura es desconocida de todo punto allí; con gran trabajo se ha conseguido hacer arraigar algunos cocoteros cerca del edificio que ocupan la estacion, la iglesia y el faro; dentro de la ciudad, y casi en el resto del islote, no se encuentran árboles, por lo que en pleno pantano el esqueleto de un inmenso paletuvio sirve de percha á algunos gallinazos que se dignan ocuparse de la limpieza. La compañía del ferro-carril se ha visto obligada á construír una ancha y bella calle para que sus dependientes y empleados puedan hacer su paseo higiénico durante el día; dicha calle se extiende por el circuito de la isla, costeando fangosos pantanos en los que los manglares, que allí apénas exceden de la talla de un arbusto, ocultan en sus raíces hordas de bullientes caimanes.

En el tiempo de la *fiebre del oro* y de la gran emigracion á la California, ántes de la crísis comercial por que la América del Sur viene atravesando desde hace años, y de la conclusion de la gran línea férrea del Pacífico hasta San Francisco, Colon y su camino de hierro tenían muy distinta importancia que hoy día. El movimiento de viajeros era enorme; y aunque entónces, como ahora, aquel lugar, para la mayoría de ellos, no era más que punto de parada por uno ó dos días, la ciudad de Aspinwall fué lugar de reunion de mineros, aventureros, caballeros de industria, sin contar los chinos, los negros de las Antillas y los individuos de todas especies; en una palabra, el pozo donde iba á parar la hez de los dos continentes; llegó á ser el albañal de la raza blanca, de la cobriza y de la negra. Todas las barracas eran á la vez posadas y garitos, y jamas pasaba un día sin batallas, sin robos y sin asesinatos, lo que daba lugar á que la vida pasara en continuas y repugnantes orgías, cuyos excesos daban gran pasto á las fiebres palúdicas, y hacía que la mortalidad fuera grande entre aquellos desgraciados.

Hoy no sucede lo mismo; ningun viajero se detiene seducido por bellezas que no existen; la crápula blanca (permítasenos llamarla así) ha desaparecido; los chinos han partido para otros lugares; la mayor parte de los negros han vuelto á sus Antillas, no quedando, por tanto, en Colon más que los empleados del ferro-carril, los consignatarios de los paquebots, algunos comerciantes al por menor y gente de color, poblacion tranquila y de costumbres tan puras como la de cualquier otra poblacion de América. Muchos han llevado allá sus familias, y la presencia de las mujeres ha sido bienhechora, pues han conseguido que la dignidad se rehaga y con ello renazcan las dulzuras de la vida social y el respeto de sí mismo.

Otra consecuencia inmediata y fácil de prever de este particular progreso es que la fiebre no reina en absoluto, como en otro tiempo sucedía, sinó que sólo ataca á los individuos intemperantes; vicio frecuente en todos los países tropicales y al que con más ó ménos razon se le ha dado por disculpa el ardor del clima. ¡Desgraciado del débil que no puede aguantar la sed! Cae en la embriaguez, y no ha de pasar mucho tiempo sin que se le vea envejecido, canoso, con los ojos hundidos y apagado el brillo de su mirada, el rostro apergaminado, verdoso, y arrastrando un espíritu débil en un cuerpo al que minan las enfermedades.

Despues de dos días pasados en Colon, durante los que estuvimos alojados en el hotel Washington-House, pudimos partir para Panamá, pues las cua-

renta y ocho horas trascurridas las había empleado M. Wyse en organizar su plan de campaña, y no ofreciendo la poblacion en que habíamos estado recursos bastantes que nos permitieran emprender los proyectados estudios por la parte del Atlántico, se decidió á abordar el Darien por el Pacífico, lo cual presentaba grandes ventajas, por cuanto Panamá está en relacion constante con las aldeas situadas en los bordes del Tuyra; por tanto, allí podríamos abastecernos de nuevo con gran facilidad, y tomar por base de operaciones la ciudad misma, donde desde luégo abundan los recursos.

Hé aquí por qué ocupamos nuestros lugares en los wagones del ferro-carril inter-oceánico que conduce de Colon á Panamá.

## IV

### Historia del camino de hierro inter-oceánico de Colon á Panamá.

El año de 1848, un grupo de panameños, esto es, de habitantes de Panamá, hizo venir un ingeniero de minas, llamado M. Garella. Los acontecimientos de 1848 dieron lugar á que la Sociedad tuviera que disolverse, siendo su presidente M. Joly de Sabla; pero en el mismo año ocurrió en los Estados-Unidos un acontecimiento que hacía de todo punto indispensable la construccion del ferro-carril ístmico: nos referimos al descubrimiento de las minas de hierro de San Francisco de California.

Una guerra desproporcionada con Méjico, en la que todas las desventajas eran para esta nacion, por lo que el éxito fué seguro para los Estados americanos del Norte, tuvo fin con el tratado de Guadalupe-Hidalgo, por el cual se hacía cesion de la California á la nacion del pabellon estrellado. Los terrenos auríferos de la California se han hecho tan famosos en estos últimos años, que podríamos creernos dispensados de dar detalles sobre ello. Si las cuantiosas riquezas allí encontradas no hubieran determinado influencia en los puntos que nos ocupan, y por otra parte, conocidas en todo el mundo las maravillas que de esta region se cuentan y sabido que, hasta en el lenguaje corriente, California es sinónimo de tesoro inagotable, bueno será dar algunos detalles históricos del descubrimiento que puede decirse ha causado una revolucion en el mundo económico, y citar algunas cifras en apoyo de la inmensa reputacion de las minas americanas.

En 1578 el atrevido viajero Francisco Drake, hiriendo con el pié el suelo de la Nueva California, había exclamado: «¡Esta no es tierra, es oro! sin que nadie se hubiera fijado en estas palabras. Hay, sin embargo, sobrados motivos para creer que los misioneros que primeramente fueron allá, y el Gobierno español, tenían conocimiento de la existencia de aquellos tesoros, olvidados despues; pero diversos motivos obligaron al Gabinete de Madrid á tenerlos ocultos, ó al ménos á no explotarlos inmediatamente. En 1829 M. Erman, profesor de la Universidad de Berlin, advirtió la gran semejanza que existía entre el terreno aquel, y las rocas auríferas del Oural, y supuso tambien que aquel suelo abrigaba considerables riquezas; mas no obstante, sólo la casualidad vino á ponerlas de manifiesto, sin que para nada influyeran los cálculos ni suposiciones científicas. Un oficial de la Guardia suiza de Cárlos X, el capitan Sutter, originario del gran ducado de Baden, que había sido expulsado del cuerpo á causa de su mala conducta en 1830, se embarcó para América en busca de fortuna, dirigiéndose desde luégo al Oregon, y despues á la Alta California, donde le fueron concedidas gratuítamente 30 leguas de terreno en el valle del Sacramento, sobre las orillas del río de la Horca, uno de los afluentes de aquél.

Sutter estableció su residencia sobre una colina, donde construyó un fuerte para poder dominar al país; más tarde, en 1849, hizo construír un molino con objeto de poner en movimiento una fábrica de aserrar maderas. Habiéndose encontrado con que la cajera de la rueda de este molino era demasiado estrecha, decidió, con objeto de que adquiriera mayor movimiento, dejar que la corriente de agua la fuera socavando hasta hacerla más ancha y más profunda. Las gravas y las arenas del fondo de la cajera, removidas violentamente por el agua, cayeron sobre las orillas, dejando ver una infinidad de pepitas y filamentos de oro. En vano fué que el capitan Sutter quisiera tener secreto este descubrimiento; la noticia comenzó á cundir, y en algunas semanas la poblacion formada por los que acudían en busca de oro se elevaba á 4.000 individuos, situados en su mayor número sobre las orillas del río de la Horca. La extension de los terrenos auríferos es

inmensa, sin que á punto fijo puedan determinarse los límites. El gran valle que se extiende desde la vertiente occidental de la Sierra Nevada hasta la gran cadena que forma la costa, todo el territorio del Oregon, al Norte de la California, algunas porciones del Nuevo Méjico hasta la Vieja California, es decir, una extension de más de 1.200 kilómetros de largo por 150 de ancho; tal es la mina que una mera casualidad ha abierto á la explotacion humana. La noticia de este descubrimiento dichoso fué acogida en todas partes con verdadero entusiasmo, y repetida por millones de voces, los dos mundos se conmovieron, y el choque galvánico de las ideas revolucionarias que agitaba á los espíritus se amortiguó un tanto; cuentos maravillosos y fábulas extraordinarias corrieron con la velocidad del relámpago por Oriente y Occidente, y de todos los puntos del Globo partieron verdaderas legiones de emigrantes: europeos, chinos, indios y americanos surcaban el mar y atravesaban los Continentes, y dirigiéndose con precipitacion se aglomeraban sobre aquel Eldorado, sobre aquel jardin de las Hespérides, la nueva Cólquida de los vellocinos de oro. Pero desgraciadamente eran muchas las decepciones que habían de experimentar los que tan imprudentemente habían marchado á aquel punto de la tierra. Aquella inmensa aglomeracion de hombres que repentinamente cayera sobre una region en la que la agricultura, el comercio, la navegacion y todo había sido abandonado por el laboreo de las minas, dió lugar á un hambre que todo el oro recogido no podía satisfacer. Entónces fué cuando un huevo se llegó á pagar en 125 francos, una lata pequeña de sardinas, 200, y una libra de harina, 50; dándose el caso de que una caja de pasas fuera vendida literalmente á peso de oro. Lo mismo sucedía con los instrumentos de trabajo: una azada se vendía en 150 francos, y una mala pala en 250. Un caballo, que ántes del feliz descubrimiento valía 40 ó 50 francos, costaba entónces 500; el indio que cobraba un real por día, no quería trabajar si no se le pagaban 100 y hasta 150 francos por día.

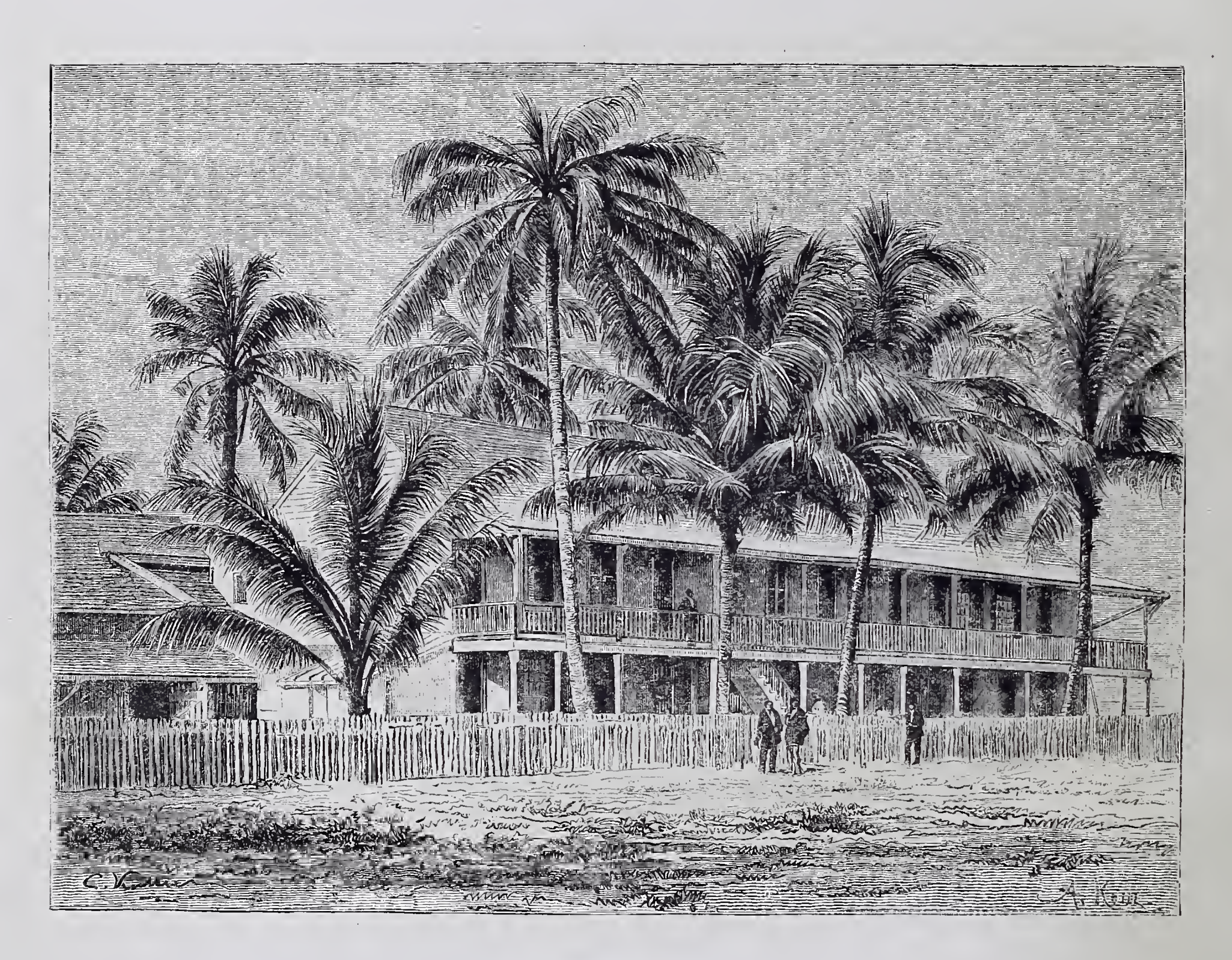
Este estado de cosas se hallaba agravado aún por la carencia de policía y la falta de seguridad; los que en ninguna parte podían encontrar cabida, los prófugos de todas partes, los reos convictos que lograban escapar á la accion de los tribunales, se refugiaban allí, y encontraban mucho más cómodo y fácil despojar á los mineros que trabajar ellos mismos en las minas. Las bocas estaban vigiladas sin cesar por hábiles ladrones, que acechaban al afortunado rebuscador, y matándolo en el fondo de su mina, se marchaban con sus riquezas. Si faltaba seguridad á los trabajadores en el campo, la ciudad no estaba exenta de peligros para sus vidas y sus fortunas: en ella les esperaba el juego y los incendios. Los *barroom* (casas de juego) permanecían abiertos de día y de noche. Los incendios, con frecuencia intencionados, se daban muy á menudo en una poblacion de madera como San Francisco. Tal estado social no podía prolongarse durante mucho tiempo: los Estados-Unidos, una vez dueños de la California, le reglamentaron, habiendo entrado hoy en la vía comun en un período de calma, lo mismo en las minas que en las poblaciones. El minero no trabaja aisladamente como en otro tiempo, ni se ocupa en buscar pepitas; la amalgamacion en grande escala por medio del mercurio, el lavado, la fuerza hidráulica, han reemplazado el trabajo puramente manual, y cada día se añaden nuevos perfeccionamientos. En cuanto á los canales construídos en el terreno aurífero para llevar á ellos el agua necesaria, á pesar de todos los obstáculos, miden una extension de 7.280 kilómetros, y han costado 70 millones de francos. Es sumamente difícil formarse una idea de la cantidad de oro que desde 1848 ha vertido la California sobre los dos continentes. Ateniéndonos al período de 1848 á 1856, la cifra total de la exportacion anual es próximamente de 250 millones por año, siendo necesario aumentar esta cifra en un tercio, dado que en él puede calcularse los valores no declarados, así como tambien el polvo de oro, las pepitas y lo acuñado que queda en el país para las necesidades del consumo local.

Inmediatamente despues de regularizado el régimen interior fueron establecidas dos líneas de vapores; una de New-York y de Nueva-Orleans á Chagres; otra desde Panamá á la California y al Oregon. Al mismo tiempo que por medio de estas líneas marítimas se atendía á todas las necesidades corrientes, pensábase en la construccion de la futura vía férrea; mas esta obra hubiera tardado aún mucho tiempo en llevarse á feliz término si el descubrimiento de las minas de oro en el Sacramento no hubiera sido causa de que un considerabilísimo número de obreros se decidiera á pasar el istmo, por ser mucha la prisa que les aguijoneaba para que se resignaran á efectuar el viaje doblando el cabo de Hornos. Obligados á costear á lo largo de Chagres, los buques se veían precisados á amainar al menor golpe de viento y á refugiarse en la bahía de Limon, rodeada de playas anegadas, en las que era de todo punto imposible desembarcar, en cuyo caso se hacía forzoso esperar el buen tiempo, volver á la embocadura de Chagres y procurar llegar á tierra en las pésimas canoas del país, en las que era mucho el riesgo que se corría de zozobrar; seguíase luégo la permanencia más ó ménos larga en las chozas del puerto, y no pocas veces un ataque, casi siempre mortal, de la «fiebre de Cha-

gres;» en seguida un interminable viaje en lanchas contra la corriente del río, y por último el paso de los bosques.

Aquella aglomeracion de viajeros dió lugar á que los trabajos de la Sociedad tomaran un impulso considerable y vigoroso, y al comenzar el año 1849, hallándose últimado el proyecto del coronel Hughes, inmediatamente se prepararon los trabajos, bajo la direccion de los Sres. Totten y Trautwine, bastante conocidos ya por sus anteriores obras, pues ellos habían sido los que realizaron el canal que une á Cartagena de las Indias con los bajos de la Magdalena.

Las obras no dieron comienzo hasta 1850, empezándose por el punto más difícil, que en toda la extension que había que recorrer era la isla de Manzanillo y las húmedas tierras de la costa. Esta porcion del istmo, totalmente desierta, apénas se eleva sobre el nivel de las aguas más que en algunos puntos aislados y en toda ella crecen en abundancia los mangles, cuyas espesas y entrelazadas raíces presentaban un obstáculo, si no insuperable, muy difícil de vencer para el curso de las operaciones. Para indicar el trazado de la vía, era de todo punto necesario estar abriendo trochas durante el día, y la noche pasarla á bordo de un viejo casco de brick, ó de un vapor inutilizado, cuyo nombre era el *Telégrafo*.

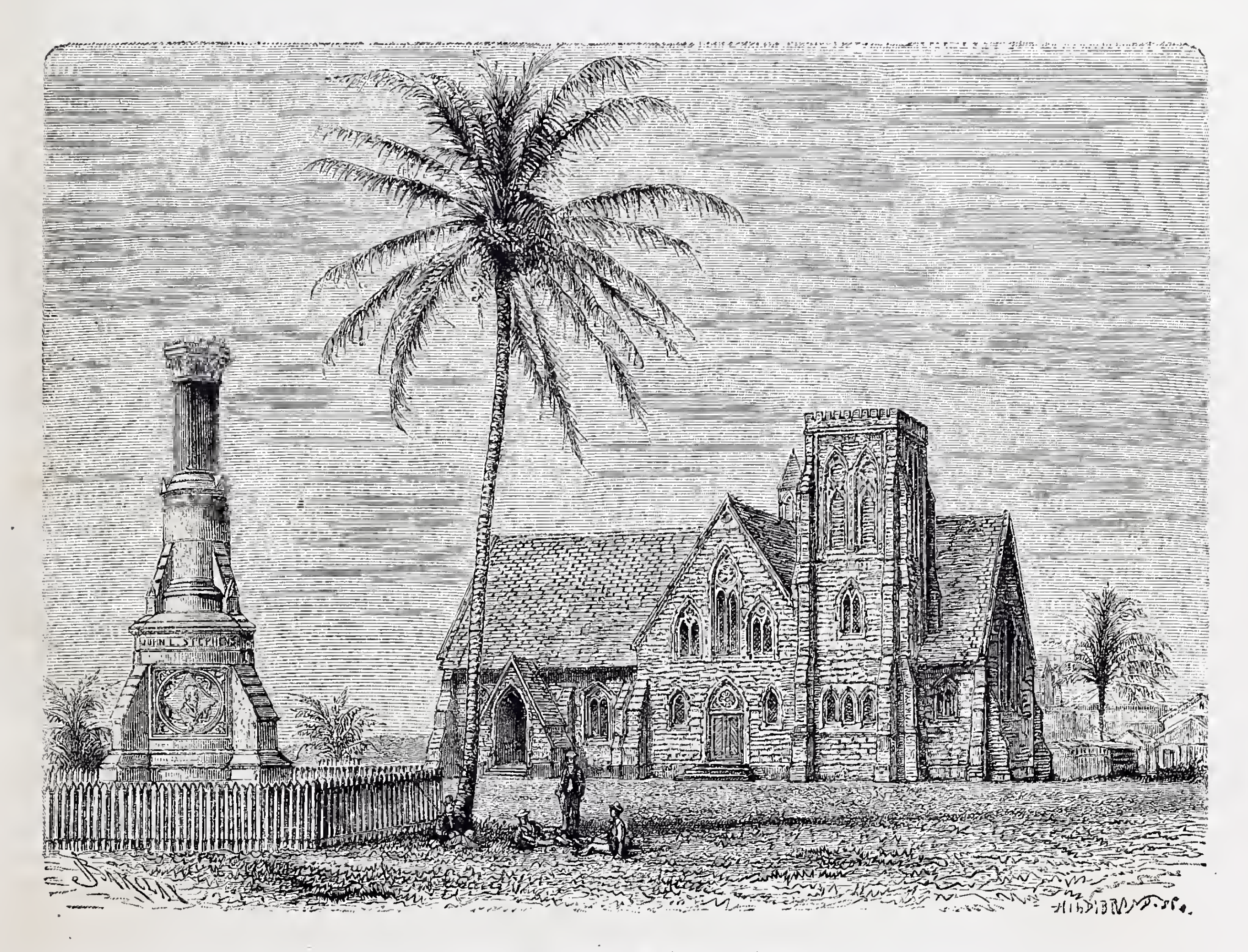


Hotel de Washington en Colon.

Los trabajadores llegaban poco á poco; de 40 que eran en un principio, ascendieron á más de ciento: se llegó á Gatum hacia fines del año 1850, y la compañía, obrando con gran actividad y sin perder un momento, aprovechó este tiempo para trasportar á aquellos lugares el material, los víveres y los trabajadores cada vez en mayor número, para principiar desde luégo los terraplenes de la vía y sentar los rails que facilitaran el servicio; pero las contrariedades habían de aglomerarse sin interrupcion, para que los trabajos no avanzaran con la rapidez que todos deseaban, y casi repentinamente se quedaron sin braceros, pues las inopinadas noticias que corrieron acerca del descubrimiento de nuevas minas

de oro en la California, las leyendas sin fin sobre las fabulosas riquezas que podían conseguirse con sólo algunos golpes de azada, hicieron que hacia estas regiones marcharan casi todos, con la soñada esperanza de hacerse ricos á muy poca costa, dando esto lugar á que los trabajos tuvieran que ser suspendidos.

M. Totten y sus compañeros marcharon á Cartagena y á las Antillas con objeto de reclutar trabajadores, y en Diciembre contaban ya con mil de ellos próximamente. En Octubre de 1851 se dió por terminada la vía provisional entre Gatum y Colon, quedando inmediatamente despues establecido el servicio. Se construyó ademas sobre la orilla un muelle, en el que con gran facilidad pudieran descargar los navíos de la compañía el material, los víveres y las




Iglesia gótica y columna en honor de Aspinwall.

provisiones de todo género. El éxito podía contarse como seguro; pero... hacía falta dinero, la caja estaba vacía, é iba ya empleado, en lo que sólo podían llamarse preparativos, un millon de dollars que reunieran los primeros suscritores. Por otra parte, los obstáculos con que al principio se tropezara, habían enervado la fe, el valor de las acciones había decrecido tanto, que nadie pensaba en hacer una nueva emision, seguros de que nada había de conseguirse.

No obstante, parecía que todo había de encontrar una justa compensacion: un día dos vapores, que á su bordo conducían un considerable número de emigrantes, no pudieron desembarcar sus pasajeros en el puerto de Chagres, á consecuencia del muy agitado estado en que el mar se hallaba; algunas canoas, en que se habían aventurado no pocos audaces, á pesar de la justa oposicion de los capitanes, naufragaron en la barra, sin que se lograra salvar á ninguno. A la mañana siguiente arreció el viento hasta un punto tal, que los buques, no pudiendo sostenerse, á pesar de las anclas, tuvieron que levarlas y refugiarse en la bahía de Limon, donde, cerca del islote de Manza-

nillo, encontraron el mar relativamente tranquilo. Tales impresiones no pudieron ménos de cansar el ánimo de aquellos atrevidos aventureros, que no cesaban de estar amenazados por una interminable serie de peligros, con que sin duda no contaban al abandonar sus hogares para ir en busca de una incierta riqueza á las minas de la Alta California; se veían combatidos por una mar gruesa, en cuyo fondo dormían el eterno sueño muchos de sus desventurados compañeros, y á cada momento miraban crecer el rudo oleaje que hacía crujir los cascos que por entónces formaban su vivienda: inquietas sus miradas, que dejaban vagar por todas partes, hubieron de divisar los trenes cargados de aprestos y materiales, que iban y venían por la vía, y esto despertó en ellos la idea de aprovecharlos, con lo que no se verían reducidos á la forzosa necesidad de aguardar á que el tiempo mejorase, por lo que volvieron á Chagres, á fin de poder llegar á Gatum por un camino que era ciertamente más peligroso y más largo. La compañía no poseía en aquellos momentos ni un solo wagon de pasajeros; pero esto importaba bien poco para ellos, que sólo ansiaban ganar tiempo; así es que se colocaron como les fué posible en los carromatos destinados á conducir la madera y la tierra; y los mineros, en un número que excedía de mil, emprendieron la marcha, llegando á Gatum, desde donde, aventurándose en el río Chagres, ganaron la Gorgona, llegando por fin á la ciudad de Panamá.

Esta aventura dió mucho que hablar en los Estados-Unidos, y en verdad que no era para ménos: el objeto principal se había conseguido felizmente, resultando en mucho menor número los peligros, á pesar de las malas condiciones en que se hallaba lo que no podía llamarse más que un ensayo de vía; así es que, á partir desde el momento en que se adquirió la evidencia del hecho, los vapores y buques de todas clases dejaron de llegar hasta Chagres; deteníanse en la bahía de Limon para desembarcar pasajeros, bagajes y mercancías, que luégo por el camino de hierro eran conducidos á Gatum. Este tráfico continuo y activo dió lugar á que de aquellos pantanos, ántes tan perjudiciales para la vida, surgiera una pequeña ciudad, que quedó construída en 1852, y á la que los americanos bautizaron con el nombre de Aspinwall, imponiéndole el Gobierno de la Nueva Granada el de Colon, en honor del célebre descubridor, por ser aquélla, segun dicen, la primera costa de la tierra firme que él habia divisado; y efectivamente, en la rada de Limon, en su bahía de *Naos*, es donde por primera vez el inmortal genoves ancló á orillas del nuevo continente.

La situacion de la compañía cambió por completo en un momento; consiguiéronse fondos, y se pudieron continuar con mayor actividad los trabajos, que amenazaban suspenderse. Como consecuencia de las últimas experiencias, ya nadie pensó en la construccion definitiva de la vía; todos comprendían que lo inminentemente necesario y lo que más utilidades había de reportar era el establecimiento rápido de una comunicacion entre los dos Océanos. Sobre terraplenes apénas apisados, colocábanse rodillos, que suministraban los árboles de los bosques, al traves de los que se abría el camino, casi sin tomarse el trabajo de revestirlos con grava; por medio de maderos no labrados, ó de simples andamios, atravesaban los pantanos, los arroyos y hasta el Chagres mismo, que en el punto por donde lo atraviesa el camino de hierro tiene una anchura de más de doscientos metros. Cada día las obras avanzaban más y más hacia el lado del Pacífico, acreciendo el contento de los emigrantes, que se aglomeraban á miles.

En Marzo de 1852, el camino de hierro llegaba hasta Buhio Soldado, ó sea á veinticuatro kilómetros de Colon; tres meses despues se hallaba en Barbacoa, á treinta y cinco kilómetros; en Enero de 1854 llegaba á la cima de la cordillera, al puerto de la Culebra, ó sea á cincuenta y dos kilómetros de Colon, y por último, un año despues, en Enero de 1855, habiéndose vencido un considerable número de dificultades, que muchas de ellas parecían insuperables, quedó tendido el último rail.



Paseo al rededor de Colon.

## V

Viaje en wagon desde Colon á Panamá.—Vista general de Panamá.

Al salir de la amplia calle cuyo ancho en su totalidad está ocupado por las cuatro vías del ferro-carril, la línea se halla establecida sobre un terraplen de más de un kilómetro; á la derecha duermen las verdes aguas del golfo de Limon, á la izquierda se extienden los miasmáticos pantanos, que constituyen el riesgo más de temer de aquellas regiones. Despues, y por un viaducto de más de doscientos metros, se atraviesa el brazo de mar que pone en comunicacion la gran bahía con la ensenada de Puerto Escondido, que en toda su superficie se halla sembrada de islotes planos, ó por mejor decir, de bajos fondos, en los que crecen mangles enanos, sin que pueda recordar en este momento el nombre del autor español que, sirviéndose de términos demasiado poéticos, las ha comparado con esmeraldas puestas sobre un espejo. Las primeras tierras están anegadas y cubiertas de *baliceros*, cuyas abundantes raíces á flor de tierra, enrolladas las unas á las otras, forman tan intrincada y espesa red, que sería imposible penetrar en el bosque. En ellas abunda una multitud de pájaros de todas clases, y más que nada verdaderas legiones de cangrejos rojos con patas blancas, salpicados de puntos azules y brillantes, que corren con asombrosa rapidez sobre los fangosos troncos, llevando en la parte posterior su recta pinza, casi tan gruesa como el resto del cuerpo: la derecha está atrofiada, y no alcanza sinó las proporciones de las otras patas.

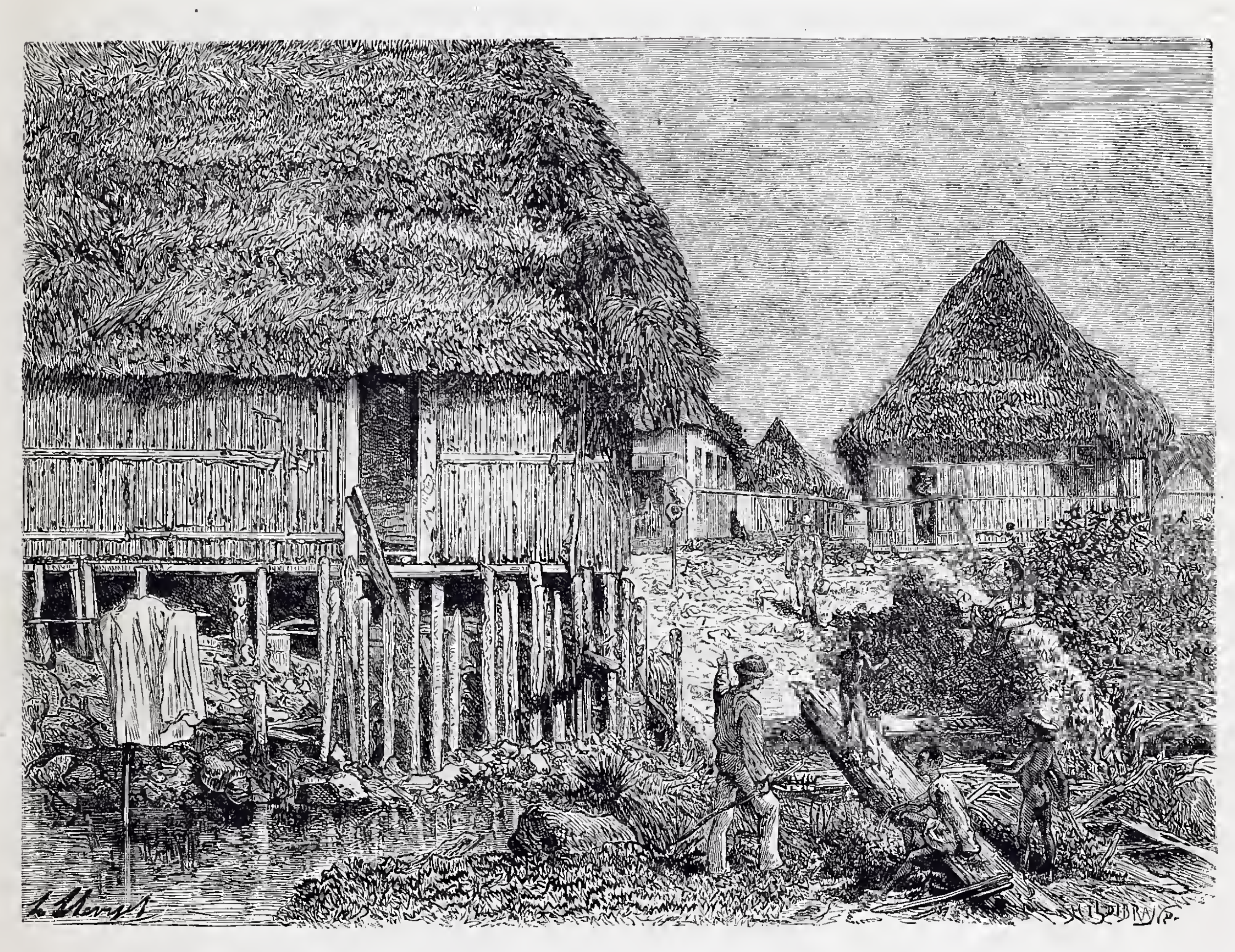
Al cabo de un kilómetro próximamente se atraviesa por medio de rojizas colinas, escuetas y casi estériles, cosa sumamente rara en aquellos climas. En sus ribazos la vegetacion es tan grandiosa, tan rica y tan intrincada como la de la selva. Una de ellas ha sido escogida para establecer el cementerio de Colon, donde reposa el desventurado Straine, distinguido oficial de la marina norte-americana. Encargado por el Gobierno de su nacion de llevar á cabo la comprobacion de lo dicho por Cullen y por el ingeniero Gisborne, partió de la bahía de Caledonia, situada en el Bajo Darien, sobre la costa del Atlántico, é intentó atravesar el istmo con una veintena de hombres; pero tal fué su desgracia, que habiéndose perdido en el bosque, la mayor de ellos murieron de hambre y de miseria, despues de haber experimentado horribles contrariedades: sólo cinco ó seis pudieron llegar á Yaviza, pero en tal estado de postracion, tan extenuados, que todos los recursos de la ciencia fueron inútiles, y ni uno solo pudo salvarse.

Despues de haber atravesado la Loma del Mono, contrafuerte de la sierra Quebrancha, se entra en los pantanos de Mindi, casi en su totalidad cubiertos de verdes musáceas y papyrus; de vez en cuando seguimos el camino á lo largo del río, que no es más que una pequeña cala de aguas estancadas. Poco á poco el paisaje va cambiando, la vegetacion adquiere mayores proporciones, los mangles llegan á una altura considerable, y las palmeras se ven en más abundancia, ostentando sobre su penacho de hojas racimos de brillantes flores; al rededor de los troncos forman graciosas guirnaldas los helechos, enlazados con los restos de los pedículos que dejaran las hojas caídas; las lianas comienzan á adornar los árboles, dando lugar á un encantador primer golpe de vista, que despues se hace monotono. Algunos extensos espacios están materialmente cubiertos de heliconias, con enormes flores rojas y hojas cuya longitud es muchas veces de más de un metro, plantas á las que allí dan el nombre de platanillo ó banana silvestre, sin que sepa á qué atribuir tal cosa, porque no se parece absolutamente en nada á la *higuera del paraíso*. Frecuentemente se hallan algunas tierras labradas, la selva deja lugar á ciertos prados artificiales, donde pastan ganados de bastante buena apariencia; acá y allá se destacan algunas chozas formadas con cañas, en las que los naturales explotan de mejor ó peor manera las muy distintas clases de palmeros y cañas que se crían en aquellas regiones, y entre los que pueden contarse el coroso, cuyos grandes racimos de frutos rojos dan el aceite, la palmera tagua, cuyas almendras son tan fuertes y duras, que tienen gran aplicacion en la fabricacion de botones, y cuyo jugo produce el vino de palma, bebida poco agradable, bastante embriagadora para que guste á los negros. El palmero sagon, así como tambien el palmero real, son muy poco comunes: el repollo de por aquí (el corazon, ó mejor si se quiere, la aglomeracion de las hojas tiernas) es una legumbre de muy excelente gusto, que hace recordar la avellana fresca. Otras muchas especies sirven para cubrir techos con su enorme hojarasca, que frecuen-

temente trasforman en artesones, y muchas veces de sus largas fibras forman sacos y tejidos, aunque muy ordinarios.

A dos ó tres leguas de Colon, la línea se eleva dos ó tres metros sobre algunas colinas abruptas, y una abertura á traves del bosque deja ver por la primera vez el Chagres extenso y apacible. Dicho río forma en esta parte un laberinto, que rodea la aldea de Gatum, formada por chozas de paja, construída sobre un terreno plano, donde descuellan algunos arbustos.

La inmensa floresta reviste á lo largo los lados con uno de los bordes de su verde manto. Las sabanas no se ven más que en llanos ó en los bajos mamelones, y áun así están interrumpidas por bosques de palmeras, los que á lo ménos no nutren en su al rededor esas legiones de epiplutos y escaramujos que constituye la verdadera maldicion de la América



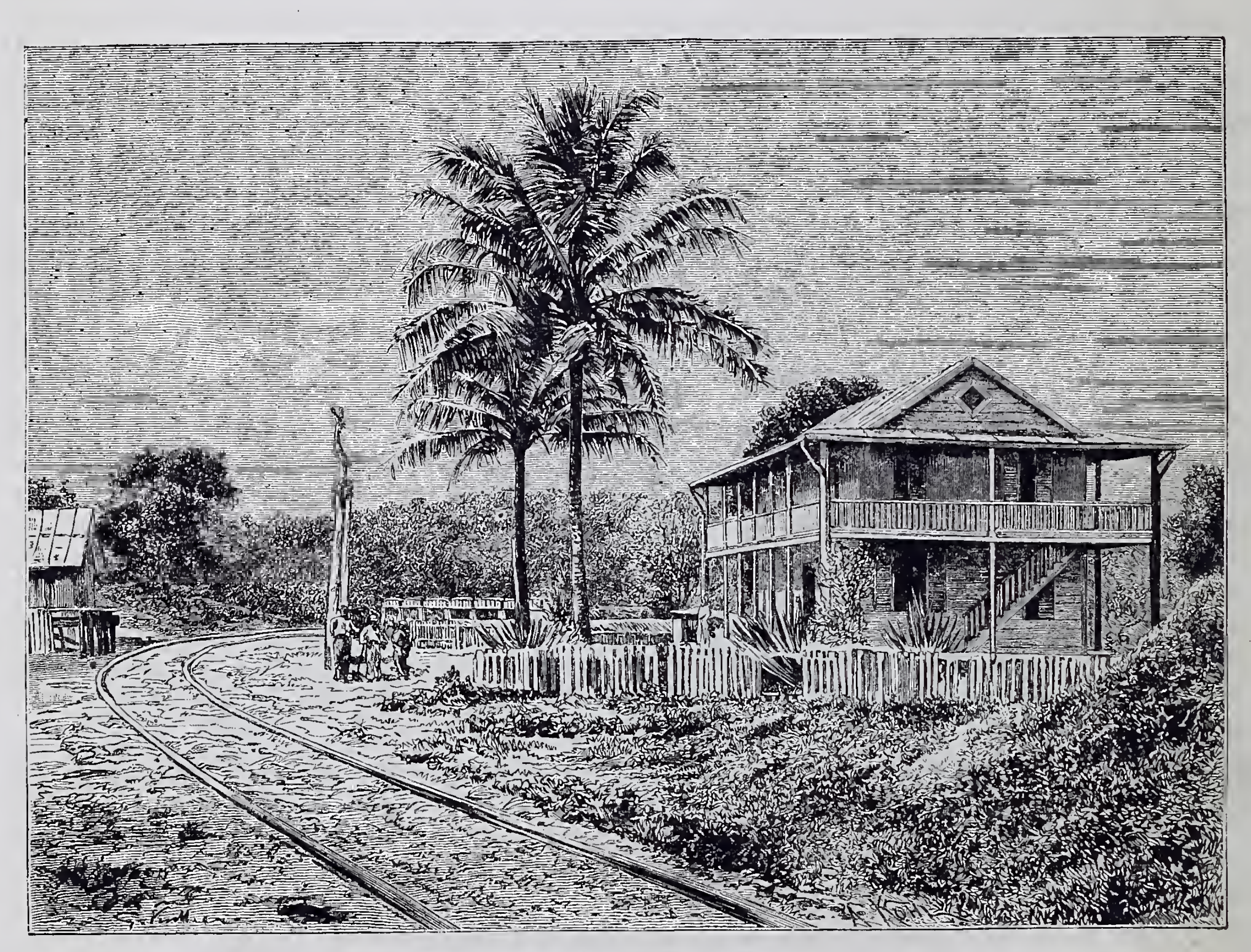
Una calle de Chagres.

Central y de la América del Sur. Más que el sol tórrido, más aún que las fiebres engendradas por la tibia humedad hija del clima, las lianas constituyen el gran obstáculo con que tropieza el hombre para hacer efectiva su dominacion en el trópico.

En Gatum dicen, y yo lo había oido afirmar tambien en París, en el Congreso reunido para llevar á cabo los estudios del canal, que han muerto sucesivamente más de treinta jefes de estacion víctimas de la malaria, terrible historia en la que cuesta trabajo creer viendo la antigua estacion, casa encantadora de un solo piso, rodeada de galerías y construída á la fresca sombra de los cocoteros, sobre una pequeña colina cuyos bordes lamen las aguas del río: he hablado con un jóven que la habita desde muchos años; su padre, despues de haber estado trabajando en las obras del ferro-carril, escogió aquella aldea para dedicarse á la cria de ganado, y hasta ahora ningun motivo tiene para quejarse de que Gatum sea insalubre. Por lo demas, la compañía no tuvo

allí empleados blancos más que durante ocho ó diez meses que aquel punto estuvo siendo cabeza de línea, y en las demas estaciones sólo permanecen los negros encargados de la custodia y conservacion de la vía, pues ni un solo blanco vive en ellas. Sobre cualquier punto de los que hay destinados para embarcaderos, el viajero que quiere tomar el tren coloca su equipaje en una plataforma, á la altura de los wagones, él mismo da la señal, y el convoy se detiene. Para bajar, avisa al jefe del tren, el cual manda dejarlo en el punto que haya indicado, con lo que la compañía realiza economías considerables, sin que por ello el servicio vaya peor, y sin que jamas haya ocurrido un accidente desgraciado, por el especial cuidado que cada uno pone en ello.

En Colon y en Panamá la línea se encuentra en



Estacion de San Pablo y puente de Barbacoa.

medio de la calle: una primera campanada avisa de que la hora para partir está muy próxima, la segunda es el aviso de que el tren va á partir, y la tercera de que parte. Monta quien quiere; los wagones son largos, abiertos por los dos extremos, y sin portezuelas. Hallándose el tren en marcha, un empleado pide los billetes; y si alguno, esperando defraudar, no lo lleva, se detiene el tren y hacen bajar al atrevido. Pocos son los que se deciden á realizar á pié un viaje de más de cuarenta kilómetros, con el sol abrasador que allí cae; algunos negros se aventuran, no obstante, ofreciéndoles la vía un camino perfecto y sumamente cómodo en un país que carece de sendas y calzadas; pero hasta esto se halla dificultado por el paso de los ríos, en los que los puentes que se construyeron no tienen piso, por lo que es menester saltarlos de traviesa en traviesa, y en un viaducto largo es por lo ménos necesario saltar cien veces, siendo éste un ejercicio que requiere gran fuerza de piernas, por cuanto entre traviesa y traviesa media más de un metro; y si el puente es alto, no puede arbitrarse tampoco este recurso, á ménos que no se tenga una cabeza segura de todo punto.

La línea no está limitada por ninguna barrera, así

es que los ganados se pasean por ella libremente; se disminuye la velocidad, la locomotora silba, para avisar que deben dejar el paso franco, y si alguno tarda, es derribado á derecha ó á izquierda por la *jaula de los bueyes*, gran enrejado en forma de reja de arado, que los aparta sin grave daño. Al principio, los descarrilamientos eran muy frecuentes; pero un nuevo *medio* ha determinado nuevos instintos; tan pronto como oyen el silbido, el rebaño que se encuentra sobre la vía se aparta á uno de los lados, formando fila, y deja pasar el tren.

En aquellos grandes wagones se va muy cómodamente, y de todos ellos, sin que quepa dudarlo, el que reune mejores condiciones es el de bagajes, que es en el que va el jefe de tren; tuvimos nosotros la suerte de serle presentados, y él, mostrándose amable hasta donde pudo, nos permitió ir en su departamento, gracias á lo que, aunque incómodo su asiento, pues estaba reducido á un banco de madera, pudimos estudiar á gusto el paisaje por las grandes puertas de los lados y la delantera, á la que nada estorba la vista, y además, el primero tiene derecho al único vaso y al agua helada que la compañía ofrece á los viajeros.

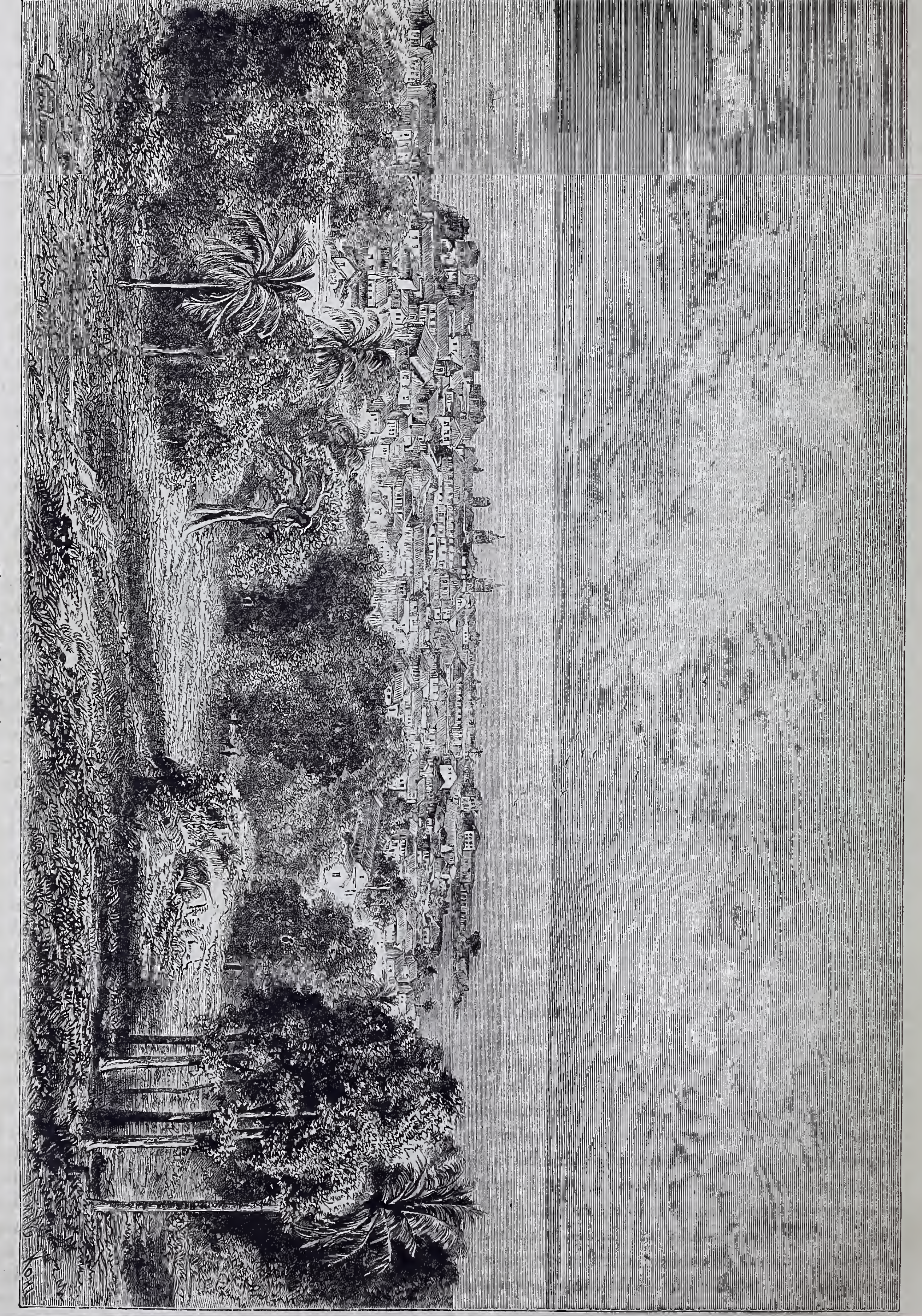
Al llegar á Gatum rodean al tren una multitud de mujeres para vender huevos, pan, bananas y hasta cerveza, todo excesivamente caro, pero nunca al exorbitante precio que hacían pagar las mismas mercancías á los mineros de California, alguno de los que llegó á pagar cinco francos por un solo huevo. Ofrecen tambien una planta de la familia de las orquídeas (*peristera elata*), la flor del Espíritu Santo, que crece muy abundante en los alrededores, y es muy rara más léjos, segun parece; sobre la bella corola de esta flor, deliciosamente perfumada y de un color blanco como la cera, los estambres y los pistilos forman un pequeño grupo que tiene gran parecido con una pequeñísima paloma matizada de rojo.

Desde Gatum, sirviéndose de una piragua, se llega bastante pronto á Chagres, el antiguo Nombre de Dios, villa muy importante en el tiempo en que aún España explotaba los riquísimos tesoros del Perú. El río corre, llenando todo su cauce, profundo, tranquilo, sin que casi por parte ninguna dejen de percibirse las orillas, perdidas bajo el verde de los palmeros y los mangles; acá y allá, sobre algunas eminencias, se elevan casas rodeadas de sembrados. Chagres hoy no es más que una miserable barriada, formada con chozas; pero el fuerte de San Lorenzo, que en otro tiempo defendía todo el fondeadero, existe aún en muy buen estado; las lianas lo rodean y enlazan con una red de cables naturales, sin que aún hayan podido conseguir que se desunan las piedras ni que se abra la menor grieta. Aquel magnífico resto del considerable poder, severo, imponente y recto sobre una roca, que el mar incesantemente bate sin conseguir nada contra ella, á pesar de su fuerza, parece desafiar al tiempo como testigo eterno del poderío de los *conquistadores*.

Al salir de Gatum, la línea cruza el río que el mismo nombre lleva, por encima de un magnífico puente de palastros, y poco despues queda limitada por las dos lomas del Tigre y del Leon, dos colinas, cada una de las que forma un cono perfecto de abruptos declives, cubiertos de soberbias plantaciones de bananos. Despues vuelve á correr de nuevo por un llano pantanoso, pero en el que no crecen mangles, y poco á poco los palmeros desaparecen y principian á verse corpulentos árboles, cuyas maderas son de gran aprovechamiento. Pasada la estacion de Ahorca Lagarto, y cerca de Buhio Soldado, la vía penetra en una garganta, en la que el Chagres se ha abierto un paso por medio de las rocas, cortadas á pico, siguiendo las orillas del río hasta la estacion de Buena Vista, á una altura de diez metros, poco más ó ménos, sobre las aguas; despues corta el llano de Frigole, y sus árboles son espesos como en la selva vírgen, pero más libres de lianas. En Barbacoa, y cerca de la estacion de San Pablo, se pasa el Chagres por un puente bastante grande; por desgracia, los palos del parapeto quitan la vista por completo; á continuacion sigue una sabana, despues bosques, y á lo largo el río. El golpe de vista es admirable; desde el camino de hierro, siempre á buena altura sobre el flanco del valle, se ven levantar grandes picos de en medio de la eterna selva.

Atravesamos algunas poblaciones de escasa importancia, entre otras Mamei, la Gorgona y Matachin, cuyos habitantes comienzan á dedicarse á la agricultura. El nombre de Matachines (mata chinos), estaba evidentemente destinado á llegar á ser una de las bases fundamentales de la leyenda formada por los millares de hombres de trenza larga y barba desprovista de pelo devorados por el Minotauro de la industria moderna durante la construccion del ferro-carril ístmico.

Despues de atravesar todo el valle que riega el Chagres, la ría penetra en la garganta del Obispo, cruza dos veces este río pintoresco, despues se ensancha el desfiladero, y una segunda locomotora viene á unirse al tren para ayudarla á subir la cuesta de la Culebra. Una vez en la altura, la máquina suplementaria nos abandona y con los frenos apretados, marchando á contra-vapor, descendemos hacia el lado del Pacífico. Síguese desde entónces una corriente, en la que el camino, suspendido en los flancos de escarpados bordes, se eleva más de veinte metros sobre el torrente de Río Grande, y de se-



Vista general de Panamá

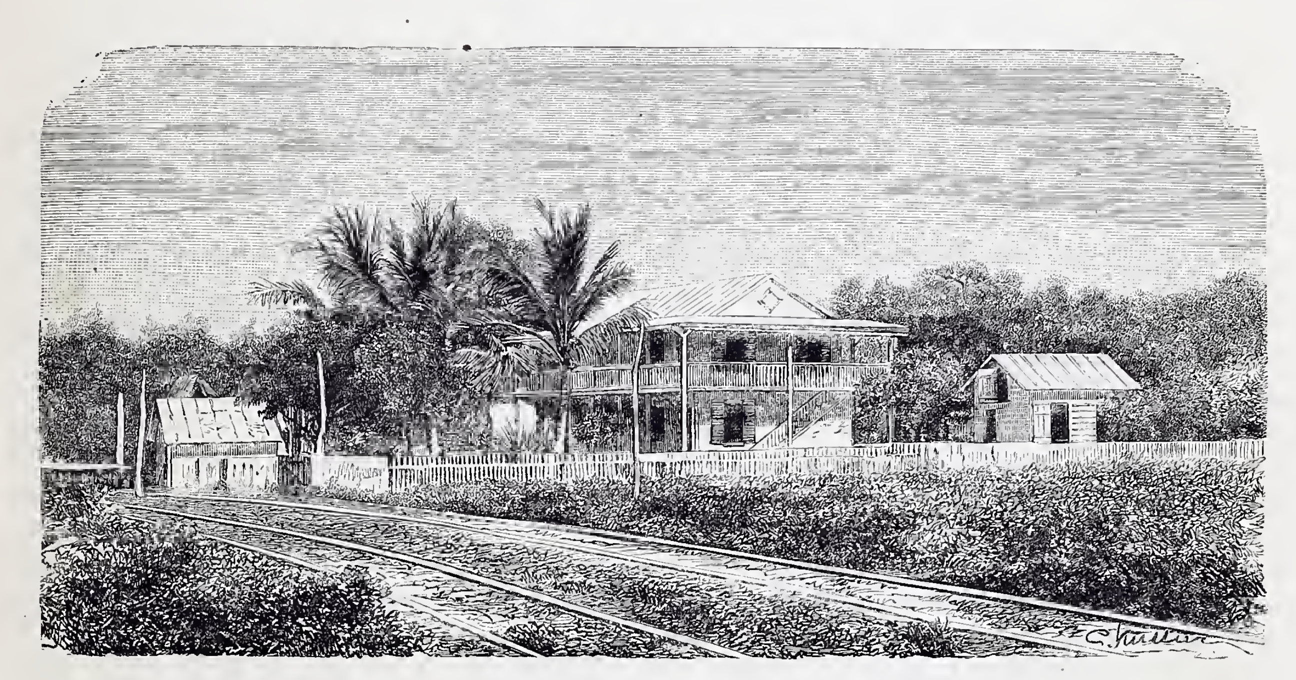



Vista de Panamá.—Antíguas murallas de la ciudad.

guida el terreno se abre, y se accidenta el paisaje.

Bien pronto el golpe de vista le hace espléndido; la bella montaña de Ancon deja ver sus atrevidas líneas sobre el azul oscuro del mar y el más brillante azul del cielo; á sus piés se halla Panamá, que desde léjos hace tomar á sus ruínas el aspecto de una gran ciudad; á la derecha se percibe el ancho valle del Chagre inferior, y más léjos las dentadas cimas del Cerro de las Cabras. En el horizonte, sobre el que se eleva el Océano, medio velados por una blancuzca bruma, la vista alcanza á distinguir con trabajo los contornos de las islas de Taboga.

La pendiente nos conduce con suma rapidez á una llanura extensa, en la que no crece más que la *guagafa* de hojas picoteadas en sus bordes. Una desviacion del terreno, formada por una natural depresion en la base del Ancon, levanta el nivel de la vía por encima de un terreno húmedo, donde las aguas del mar se estancan cada vez que la marea crece; cuando reaparece la selva, se advierte una



Estacion de Mamei

gran diferencia entre ésta y la que se veía en la pendiente que mira al Atlántico; grandes vainas de cáctus con sus flores de color de crema se ven por todas partes.

Se pasa en seguida entre dos empalizadas la barriada de Pueblo Nuevo, y minutos más tarde el tren se detiene en la estacion de Playa-Prieta, distrito de la ciudad situado en el extremo de la curva que forma el puerto de Panamá. Dicha ciudad, con todos los caseríos que están inmediatos, cuenta cerca de 14.000 almas. Algun tiempo despues de la destruccion del viejo Panamá por el aventurero Morgan, el gobernador Fernandez de Córdova escogió para la construccion de la nueva ciudad una península rodeada de rocas salientes en todo su perímetro y de muy fácil defensa, situada al pié del Cerro Ancon. El célebre ingeniero D. Alfonso de Villacorta, conociendo los riesgos por que anteriormente se había pasado, se aprovechó de la ventajosa situacion del emplazamiento, y construyó una plaza fuerte como no existe otra en toda la América del Sur, sinó es la de Cartagena de las Indias. Rodeóla de fortísimas murallas, cuyo ancho es de varios metros, construídas por sus tres lados en el terreno que el mar deja en seco al bajar la marea, de modo que al subir ésta, las olas se estrellan contra ellas. El terreno desigual y pedregoso que quedó circuído, se rellenó en seguida, con lo cual el suelo de la ciudad es igual y plano, contando una elevacion de más de veinte piés, y en cada uno de los extremos del frente que mira hacia el Pacífico, se elevan dos colosales bastiones de defensa, con todo lo cual hubo un tiempo en que por demas seria y comprometida empresa hubiera sido atacar aquella plaza, que está hecha, como dejamos indicado, en la experiencia de pasadas desventuras.

Hoy que ha perdido su antigua importancia, que bajo ningun punto de vista puede excitar la codicia

de nadie, y que no son de temer criminales y aventureros como el que destruyera la antigua, las fortalezas, que desde hace mucho tiempo están desarmadas, se desmoronan por todas partes; trozos enormes, que la marea socava, piedras desencajadas por la no ménos destructora accion de los sarmentosos arbustos y de las plantas parietarias, que aprovechan la menor grieta para abrigar sus raíces, se hallan esparcidas acá y allá en el terreno que el mar descubre.

El bastion situado al S.-E., bastante bien conservado, sirve en el día de paseo, donde las criollas aspiran por la tarde, con todas las fuerzas de sus pulmones, la fresca brisa del mar, y nada existe tan armonioso y agradable á la vista como el panorama que presentan la rada y sus islas tapizadas de verde. En el otro bastion, completamente desmantelado, se elevan aún, muy bien conservados, los muros del monasterio de San Francisco.

## VI

Panamá: sus antiguas casas; sus barrios y sus guerras civiles; sus monumentos, sus recreos y distracciones.

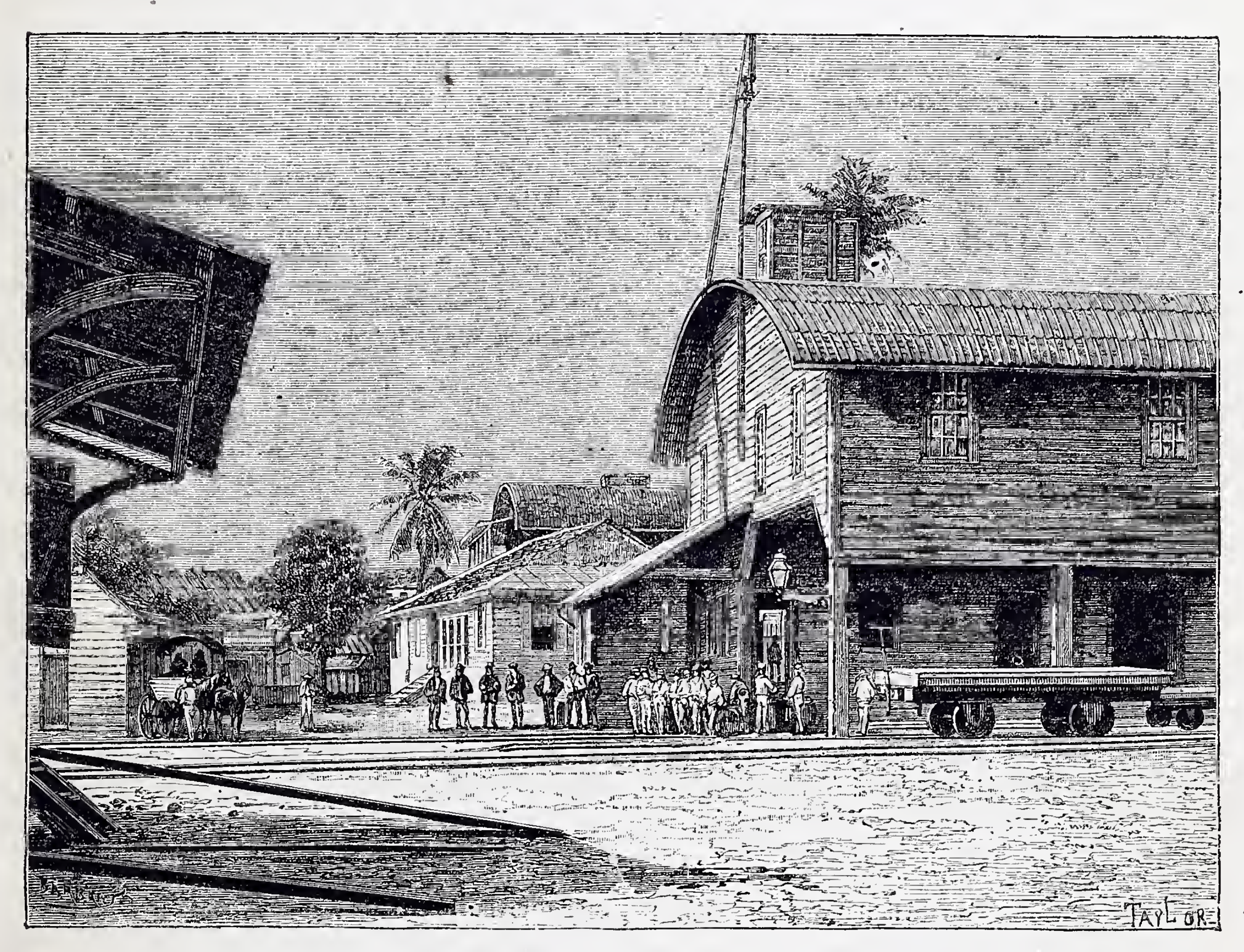
Hace un siglo, Panamá era una de las ciudades más ricas y bellas que existían en el mundo. Los galeones que arribaban á ella cargados con los riquísimos tesoros que venían del Perú, el incesante paso de aventureros y emigrantes que se dirigian al Pacífico, daban lugar á que fuera el lugar de embarque y desembarque más frecuentado de toda la América occidental. Así hubiera seguido sin duda por sus buenas condiciones y por las comodidades que en ella se encontraban, á no ser por una porcion de causas que iniciaron su decadencia, que con inusitada rapidez se acentuó luégo. Entre ellas, las más de tener en cuenta fueron la guerra que Inglaterra sostuvo contra España, el decaimiento de la Metrópoli, y, más que nada, la política tan poco á propósito que empleara, que por todos conceptos parecía proponerse la pérdida absoluta de las colonias; todo lo cual dió lugar á una ruína que se acentuó más con el considerable número de incendios que ocurrieron. Cuando la grande emigracion á California de que dejamos hablado, y cuando se hallaban en el período de su mayor actividad las obras del ferro-carril ístmico, pudo creerse que la ciudad volvía á su antiguo período de opulencia; se veía frecuentada por muchísimos viajeros, y los buques visitaban su puerto por millares; pero la apertura de la línea férrea entre San Francisco y los Estados del E. han agotado casi por completo aquellas nuevas fuentes de riqueza, gracias á las que parecía iba á reponerse. De cualquier manera, hoy por hoy, la situacion de Panamá no es del todo mala, y los habitantes, que forman ahora un número tres veces mayor que hace treinta años, ven abrirse ante ellos, colmándoles de alegría, un porvenir de riqueza, porque habrá de llegar un día en que su ciudad sea la desembocadura del gran canal que se estudia y tanto se desea.

En tanto que con ansia se hallan esperando la vuelta de la fortuna, de que un día se mostraran tan orgullosos, el último incendio acaecido en 1878 realizó casi totalmente la obra de destruccion que hace años se iniciara. Apénas se abandona la estacion del *Trascontinental*, no puede darse un paso sin tropezar con ruínas; por todas partes se ven casas derruídas, lienzos de pared que amenazan desplomarse á cada momento, grietas enormes, despojos, en una palabra, de todo lo que fué presa de las llamas.

Es muy poco lo que aún queda de aquellas casas antiguas que los españoles construyeran, copiándolas de los moros, cuyos anchos muros eran un eficaz preservativo del calor y en las que las acequias de corrientes aguas, que sin cesar se renovaban, eran causa de que siempre en los espaciosos patios se experimentara agradable fresco. Alguno que otro emprendedor extranjero, único arquitecto que en el día hay, construye, sirviéndole de modelo nuestras casernas de las barracas, y en las que procura hacer habitar el mayor número de personas posible. Se encuentran aún bastantes casas á la usanza del siglo pasado, con los bajos construídos de ladrillos, y los dos pisos restantes con madera, avanzando por todos lados unos dos metros, sin perjuício de un ancho balcon, que tiene la ventaja de proteger al que transita por la calle de la lluvia en una estacion, y de los fuertes ardores del sol en otra. Estas altas casas dan á la ciudad un carácter particular y propio, bien distinto del de las demas poblaciones de la América del Centro; cosa que fácilmente se comprende teniendo presente que en Panamá no ocurren temblores de tierra, como con tanta frecuencia se dan

en ciertas partes del istmo, sobre todo en Nicaragua y San Salvador, que se hallan enclavados en un terreno donde tanto abundan los volcanes.

Los cuartos bajos sirven únicamente para almacenar las provisiones, los combustibles, los desechos y para todo desahogo, en fin, pues únicamente se habitan las estancias de los cuartos superiores. Poco nos puede sorprender la frecuencia y consideracion de los incendios que allí se lamentan, cuando se considere que bajo aquel sol abrasador es tanto lo que la madera se reseca en el estío, que una sola cerilla bastaría para prender fuego á una viga. Con suma facilidad podría evitarse tal peligro, renunciando á las construcciones de madera, que no reportan ventaja ninguna, ni áun la del más barato inquilinato, porque, gracias á las relaciones con los



Estacion del erro-carril trascontinental, en Panamá.

Estados-Unidos, podrían procurarse hierro á muy poco precio; pero los panameños parecen tener horror á la reglamentacion, y por nada la emplearían, ansiosos de conservar siempre sus antiguas costumbres. Al ménos parece que en una ciudad de madera debía tenerse todo preparado para que en cualquier evento las pérdidas fueran menores, y ni áun esto sucede, pues no poseen ni una sola bomba de incendios, y de este modo, sin precaucion ninguna, los tenderos amontonan en sus almacenes alcohol, aceite, petróleo y toda clase de combustibles.

No obstante lo que dejamos apuntado, Panamá tiene aún magnífico aspecto, con sus ocho ó diez iglesias y conventos en ruína, sus palacios, sus prisiones, sus arsenales de otra época y sus gigantes fortificaciones. Los muros y los fosos que la defendían por la parte de tierra, separándola de los sitios en que hoy existen algunas barriadas, como Pueblo Nuevo, Arrabal, Santa Ana, han sido cegados y destruídos á fin de atender á mejorar las condiciones de salubridad de la poblacion y facilitarles comunicacion con los lugares indicados; pero esto, que de

tantas ventajas es causa, no puede ménos de ser un gran peligro para los jefes politieos, mueho más cuando ordinariamente estos arrabales son los albergues de la gente de eolor.

Esta poblaeion, resultado de un eruzamiento llevado hasta lo infinito entre blancos, negros, indios y chinos, aunque en menor proporcion, y de *culíes* asiáticos, es en su fondo dulee, servicial y buena, pero perezosa y fáeil para promover disturbios y revolueiones á que se la ineite ó aeonseje: basta sólo eon algunos intrigantes para ello, y aquí son numerosos en los partidos más ó ménos liberales, más ó ménos retrógrados. Poeo más ó ménos, eomo sueede en el resto de la Amériea latina, el eolor de la piel determina el de las opiniones. Luégo que uno de los agitadores logra reunir el número de deseontentos que eree bastan á la realizacion de sus fines, queda aeordado un pronunciamiento; los sublevados se ponen sobre las armas y van á ocupar la plaza de Santa Ana, su iglesia y todas las casas que dominan la ciudad, desde un eorto tiro de bala. Los jefes que oeupan el poder ensayan resistir, se organizan eomo pueden y toman posiciones en una altura easi igual á aquélla, que domina la playa y la avenida del peligroso barrio. Por desgraeia, euentan de ordinario con muy poca gente para el sostenimiento de este punto; el fuego de los adversarios los dispersa en breves instantes, y la ciudad es tomada.

Las alturas de Santa Ana son eonsideradas de tal importancia, que en tiempo de los españoles estaba totalmente prohibido eonstruír en ellas ni una simple easa. Un marqués de Santana, de quien aquellos terrenos eran propiedad, quiso, valiéndose de lo que podemos llamar un subterfugio, esquivar la dificultad. Contando con el apoyo de las Ordenes religiosas, que en aquel tiempo eontrabalaneeaban la autoridad del virey, si es que no llegaban á sobrepujarla, hizo eonstruír primero una iglesia eon convento, en el eentro mismo de la llanura, y el Gobierno teoerático que regía, temiendo los eonflictos que podían sobrevenir, no se atrevió á reelamar. Valiéndose como argumento en pro de lo que se proponía de que los edifieios aquellos derogaban virtualmente el edieto en euestion, el marqués eomenzó á eonstruír una gran casa señorial; pero, á despecho de su hábil intriga y de las grandes influeneias del elero, no llegó á terminarla, pues el Gobierno de España dió órden formal y terminante de que se suspendieran los trabajos. La iglesia, el monasterio y la casa, que permanece por terminar, sirven hoy de fortaleza al pueblo y aseguran su vietoria, sobre todo desde que fueron derribadas las fuertes murallas con bastiones y eegado el foso que, lleno de agua, protegían á la ciudad contra los ataques de la parte de tierra. Las ruínas de la iglesia son imponentes por su masa, su vista sombría y su severo aspeeto. Como todos los edifieios de Panamá, Santa Ana está eonstruído eon roeas ígneas, pórfiro, traquito, dolerita, basalto rojo, pardo ó verdoso. Lo que más interes le da son los restos de atrineheramiento levantados á toda prisa para sostener un sitio, las aspilleras y las mil huellas y deseonches hechos por la metralla y las balas de fusil. Aquel monumento, elevado bajo la invocacion de un Dios de amor y de paz, es el lugar del país donde se libran los más enearnizados combates entre ciudadanos, entre hermanos.

Sangre preciosa, derramada para empobrecer al país y haeer más miserables á los partidos, resultando ventajas únicamente para un puñado de ambiciosos. Por ventura aquellas eonvulsiones duran poeo: una ó dos batallas en las ealles, y el drama queda terminado. Inmediatamente la faccion vietoriosa se apodera de los empleos públicos, sin que extienda á más la accion de su venganza; nada de proseripciones, ni de sangrientos proeesos, ni bajas venganzas, forman, eomo en Europa suele sueeder, el vergonzoso epílogo de las luchas eiviles.

Los barrios de que venimos hablando tienen úniea y exelusivamente esta iglesia, que en momentos dados les sirve de fortaleza. La ciudad, ó sea el espacio que eircunscribían las antiguas murallas, las euenta por doeenas. Estos edifieios, y los extensos conventos que forman sus anejos, dan patente y elara idea de la riqueza de Panamá en el siglo pasado. Siete monasterios oeupan casi toda la superfieie; el únieo que se eneuentra en buen estado de eonservaeion es el de la Concepeion, y en él ha podido ser instalado el hospital; algunos otros tienen salas disponibles, que eon frecueneia emplean para almacenes, cantinas ó depósitos militares. El más grande es el de San Franeiseo, que cubre la mayor parte del bastion N.-E., sin que tenga de interesante más que su misma extension; la iglesia, aunque en muy mal estado, sirve aún para el culto. Extremadamente extensa y de una arquiteetura muy sencilla, tiene por todo adorno una elevada torre, destinada á eampanario, pero á la que apenas si se ha hecho subir de la nave; ésta se encuentra agrietada por todas partes; los muros han perdido la vertieal, las columnas están inelinadas de un modo amenazador. Antes de mucho tiempo las hormigas aeabarán de arruinarla, pues en numerosísimas legiones lo ocupan todo, desde los eimientos hasta la techumbre; el suelo, minado tambien, se desmorona; han intentado cegar sus trabajos, envenenar sus ejéreitos eon petróleo, pero trabajo perdido, pues no se ha conseguido más que diferir sus trabajos, y bien pronto habrá de quedar prohibida la entrada en el santuario. Este

convento poseía grandes propiedades en la provincia de Veragua, concedidas á los misioneros que desde su llegada al istmo habían predicado el cristianismo, convirtiendo á él á los naturales (1521). De los demas monasterios apénas si quedan más que las capillas; poco á poco, despues de las sucesivas reformas políticas y económicas que por los Gobiernos se han venido llevando á cabo, se han ido convirtiendo en casas habitables, ó se han desmoronado por el abandono, que ha sido causa de que sobre ellos impere la destructora accion del tiempo Entre las iglesias que aún sirven al culto pueden citarse San Juan de Dios, San Felipe, y la del convento de Santo Domingo, cuyos muros se conservan en buen estado, pero de la que un incendio, de los que son allí tan frecuentes, ha destrozado el techo; el municipio alega, para dejar de componerla, que carece de fondos para más urgentes atenciones, y los fieles oponen para su abandono la misma razon. Aún puede verse un arco de más de veinte metros,



Iglesia de Santa Ana, en Panamá.

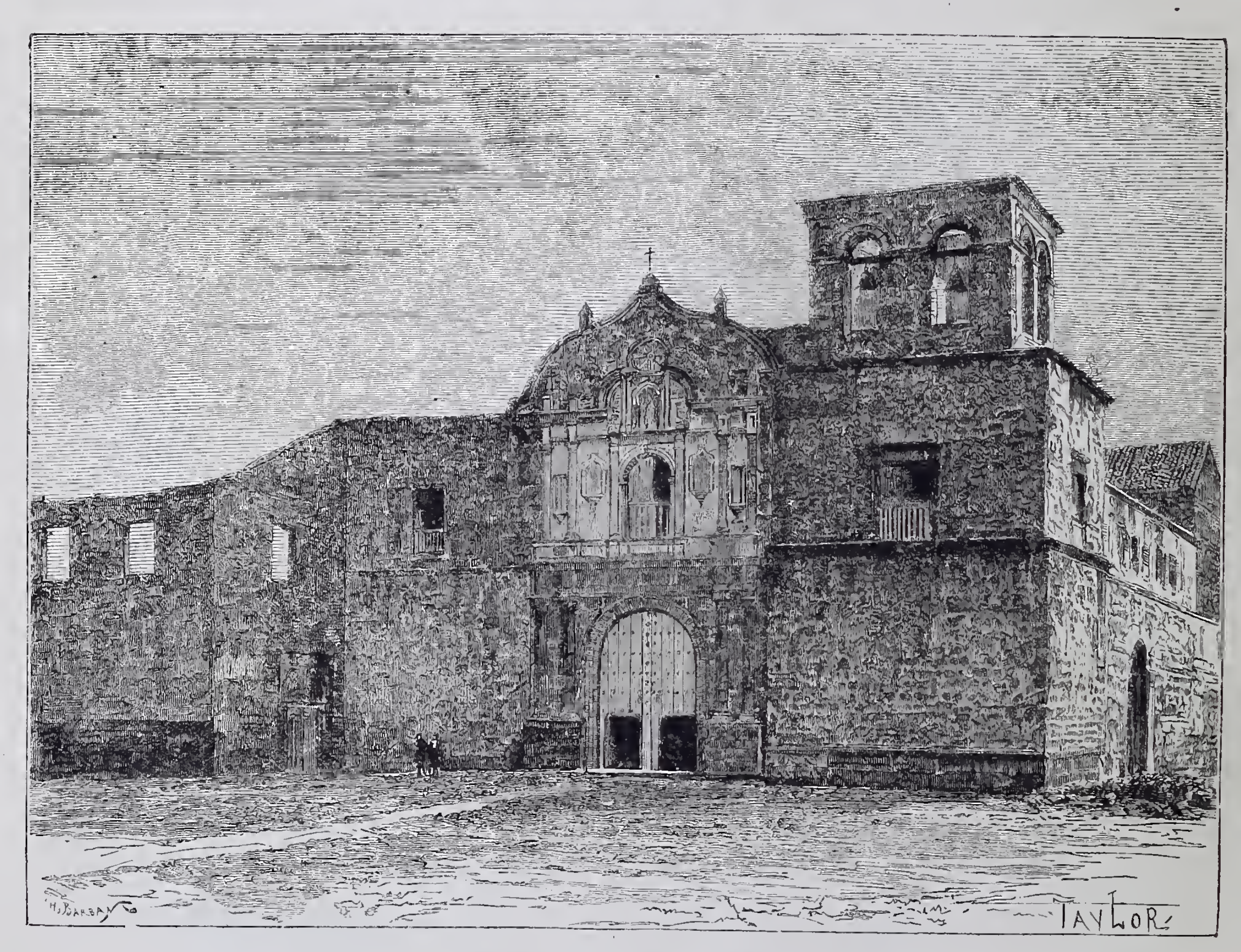
y cuya curva es de una forma muy perfecta, lo que concluyentemente prueba la absoluta inmovilidad del suelo. Esta iglesia, que á poca costa hubiera podido conservarse poco despues del siniestro que la dejara descubierta, y que durante mucho tiempo estuvo abandonada, sin que nadie se acordara de ella, ha llegado al fin á convertirse en una panadería al vapor.

Las ruínas más imponentes de la ciudad, y que más llaman la atencion, son las del Colegio de los jesuitas. Este convento, casi igual en extension al de San Francisco, pero más pobre de arquitectura, no llegó á terminarse nunca, y su capilla, descubierta tambien á causa de un incendio, sirve con harta frecuencia para los espectáculos que pueden celebrarse al aire libre.

En cuanto á las iglesias que no pertenecen á comunidades, como son San Miguel, Malambo, San

Juan de Dios, San José y la Merced, su ornamentacion es aún mucho más recargada que en las basílicas de España. Se ven en ellas inmensos altares de madera dorada y tallada, sostenidos por gruesas columnas labradas en anchas espirales, llenas de nichos en los que hay Santos vestidos con diversos trajes, con el rostro iluminado por medio de colores chillones, abrumados por una peluca de verdaderos cabellos. Los pedestales están adornados con lambrequines de madera, pintados y festoneados con oro, cercados al rededor con macizas balaustradas. En muchas capillas se ostenta buen número de reliquias locales, á las que los naturales profesan gran veneracion.

Los artistas que han tallado aquellas imágenes, los pintores que han embadurnado aquellos cuadros, las señoras que visten á Jesus, á la Vírgen María y á otros santos de seda color de rosa ó morado, tachonado con lentejuelas, y velos de muselina ó de encajes, han logrado, aunque otro fuera su designio,



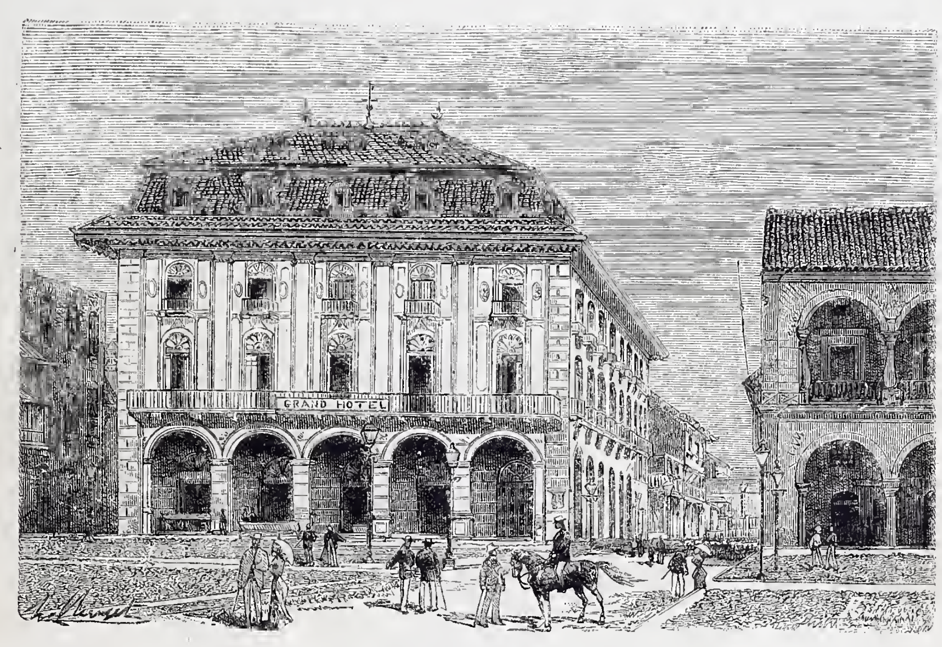

Iglesia de San Francisco, en Panamá.

formar una tan chocante y ridícula galería, que todos los extranjeros, y hasta las personas de la ciudad que se toman el trabajo de pensar en ello, se irritan contra aquellas exhibiciones escandalosas, que constituyen verdaderas profanaciones. Desde hace mucho tiempo, y en distintas ocasiones, el obispo de Panamá ha tratado de hacer quitar de los santuarios aquellos indignos maniquíes, que no sólo apartan de la devocion, sinó que excitan la risa; pero no ha podido conseguirlo más que en su propia catedral, donde, á pesar de las murmuraciones de los sacerdotes y el descontento de la gente del pueblo bajo, ha quitado toda la muñequería religiosa, relegándola al polvo de los desvanes, comprendiendo entre ello un grandísimo altar plateado, más profusamente adornado con estatuas, cuadros y milagros de todas clases, que los demas santuarios de la religion. Tal era la aficion de la gente del pueblo á dichos recargos y extravagancias, tal era la fé que prestaban á tanta ridiculez, que son muy pocos los que han hecho justicia á las rectas

determinaciones del obispo, que aún no ha conseguido se le perdone tan gran golpe de Estado.

De todos los monumentos que podrían servir para atestiguar la grandeza de que Panamá disfrutara un día, la catedral es el único que ha escapado á la decrepitud. Sus torres, que sirven de faros para indicar la entrada de la rada y del puerto, son las más altas que existen en toda la América Central y América Meridional. Gracias á la extincion completa de las fuerzas volcánicas en el istmo, sus torres no se han movido ni una línea siquiera en los dos siglos que cuentan de existencia. La arquitectura de la iglesia, fea y de mal gusto, pertenece á lo que por convencion ha dado en llamarse estilo jesuítico, y tiene un grandísimo parecido con la catedral de Méjico. Sus torrecillas, como todos las de las amazacotadas iglesias del itsmo, estaban recubiertas con láminas de brillante madreperla; habiéndose caído estas escamas poco á poco, y siendo costoso reponerlas de la materia de que primero eran, se las ha sustituído económicamente por pedazos de cualquier otra sustancia, pintados de blanco.

Excepcion hecha de las iglesias, conventos y fortificaciones de que acabamos de hacer mencion, Panamá no posee otros monumentos que puedan hacer recordar su pasado. Los antiguos edificios presentan muy poco de interesante, pero son dignos de ser visitados el viejo palacio en que se reune el Cuerpo le-



Gran hotel de Panamá.

gislativo del Estado libre é independiente de Panamá, y el cabildo ó consejo municipal, situado en la plaza misma de la catedral. Un inmenso balcon, en el que se apoya la techumbre, y que avanza más de tres metros de la vertical del edificio, es lo único que puede llamar la atencion, pues por lo demas no tiene nada que ver.

En comparacion de Colon, Panamá es un verdadero paraíso. Aquí encontramos una distinguida sociedad francesa y un hotel monumental, dirigido por un compatriota nuestro, que nos ofrece confortables y cómodas habitaciones, así como tambien todo lo necesario que puede desearse; es, sin disputa, el mejor de los establecimientos de su clase que á orillas del grande Océano puede encontrarse en toda la América, excepcion hecha de la California. No quiero detenerme en hablar de su ancho y cómodo salon, ni de sus espaciosas habitaciones abiertas á extensos corredores, en los que el fresco es tan delicioso, que los viajeros no curiosos (y es ésta una especie muy abundante) pasan en ellos todo el tiempo de su permanencia en Panamá. Puede decirse que no se ha descuidado nada para aumentar el bienestar del cliente. Una gran máquina de vapor tiene en accion constantemente aparatos para obtener hielo, un lavadero y una panadería mecánica. Todas las personas distinguidas de la ciudad, todos los extranjeros que se hallan de paso, parece se dan cita en el café, situado

en el cuarto bajo; y si el mostrador de dicho café (ó como aquí se dice, el *bar-room*) no es de zinc, pues se ha temido su excesivo coste, es á lo ménos la verdadera bolsa de Panamá, el lugar donde se tratan todos los más importantes asuntos de la poblacion. A la derecha y á la izquierda, puertas distintas dan paso al comedor, á la casa de M. Brooks, el tirador de la ruleta, á la casa de un peluquero que es al mismo tiempo librero y vendedor de periódicos, y, por último, á la casa del más rico banquero de aquellos contornos, M. Ehrmann, hombre rico que cuenta su capital por millones, pero que entre operaciones importantes sobre los soles del Perú, los dollars de América y los soberanos de Inglaterra, no se desdeña de vender cigarros y tabaco. No tiene más que un solo punto en el que se desordena, pero propiamente hablando, no lo compran, sinó que lo juegan: banquero y cliente cogen los dados; si este último pierde, paga dos cigarros, de los que sólo se lleva uno; si gana su contrario, le ofrece un excelente habano, sin tomar el precio. La pasion dominante en Panamá es el juego, pero no puede decirse, por fortuna, que cause grandes estragos. Los aficionados á rarezas no dejan nunca de visitar á M. Erhmann, pues él es quien recibe todas las curiosidades chinas y las antigüedades indias. Estas últimas, por regla general, consisten en grandes objetos especiales ó en pequeñas estatuas de oro, representando divinidades en figura de hombres ó de animales, halladas en los sepulcros de sus primeros poseedores. Desde hace muchos años, el precio de estos objetos ha subido considerablemente, gracias á las aficiones arqueológicas que se han despertado; por regla general, se venden en dos ó tres veces el valor del metal, y gracias á esto, había un número considerable de personas que se ganaban la vida registrando las tumbas en que tenían seguridad de hallarlos. Esta era en aquellos tiempos una de las ocupaciones favoritas de los grandes conquistadores; pero poco á poco *lo malo de los tiempos,* lo lo mucho que se ha agotado, ha sido causa de que hoy sea casi exclusivamente ocupacion de los indios más pobres. Casi todos los hallazgos importantes provienen ahora de Chiriqui, lugar donde más abundan los sepulcros, y en el que se habían practicado ménos excavaciones, pues en los demas sitios todas las necrópolis habían sido rebuscadas una y muchas veces.

Cuando á tal ocupacion llevaban sólo la avaricia y gran deseo de riquezas que durante largo tiempo fuera el móvil principal que impulsara á muchos á cruzar los mares para trasladarse á aquellas remotas regiones, los ídolos y objetos de metales preciosos que se hallaban en las tumbas eran fundidos inmediatamente, pues no se les reconocía otro valor que el que representaban por el metal de que estaban hechos: de aquí que relativamente sea muy corto el número de los que existen, pues sólo se les ha dejado su antigua forma, cuando los adelantos conseguidos en la ciencia y en las artes han hecho conocer las especiales condiciones que presentaban semejantes necrópolis para el conocimiento de aquella civilizacion.

## VII

Los alrededores de Panamá: el antiguo Panamá; la ascension al cerro de Ancon: el Chorrillo; los cementerios: los peligros de la hamaca.

Todos los alrededores de Panamá se hallan ocupados por extensas y hermosas haciendas, en las que sus propietarios y colonos pasan los fuertes calores de la estacion estival, por lo que todo el país se ve surcado de senderos y buenos caminos, por algunos de los cuales pueden pasar carruajes cómodamente.

Para llegar al antiguo Panamá se sigue el camino de la sabana hasta llegar á una senda que penetra en las forestas de la ribera, é inmediatamente se encuentran los pantanos del río Algarrobo, por los que los restos de un antiguo camino permiten pasar sin encharcarse demasiado, cosa que de otro modo no podría evitarse, por ser mucha la humedad que producen los frecuentes derrames del cauce, y hallarse á cada paso extensos charcos, disimulados por el verde que en ellos crece. El río se atraviesa por cima de un curioso puente de un solo arco, bastante elevado sobre el terreno en que se apoya, y enteramente tapizado y cubierto de epifitos sarmentosos de diversas especies, pero en tal abundancia, que apénas si por algunos claros llegan á descubrirse las musgosas piedras del antiguo monumento. Dos grandes higuerones se levantan sobre aquella masa de cuerdas vegetales, algunas raíces brotan de sus troncos buscando el suelo y sávia que los alimente, por no hallar más que el vacío, y estos árboles se sustentan por algunas fibras que han logrado ingerirse entre las lianas,

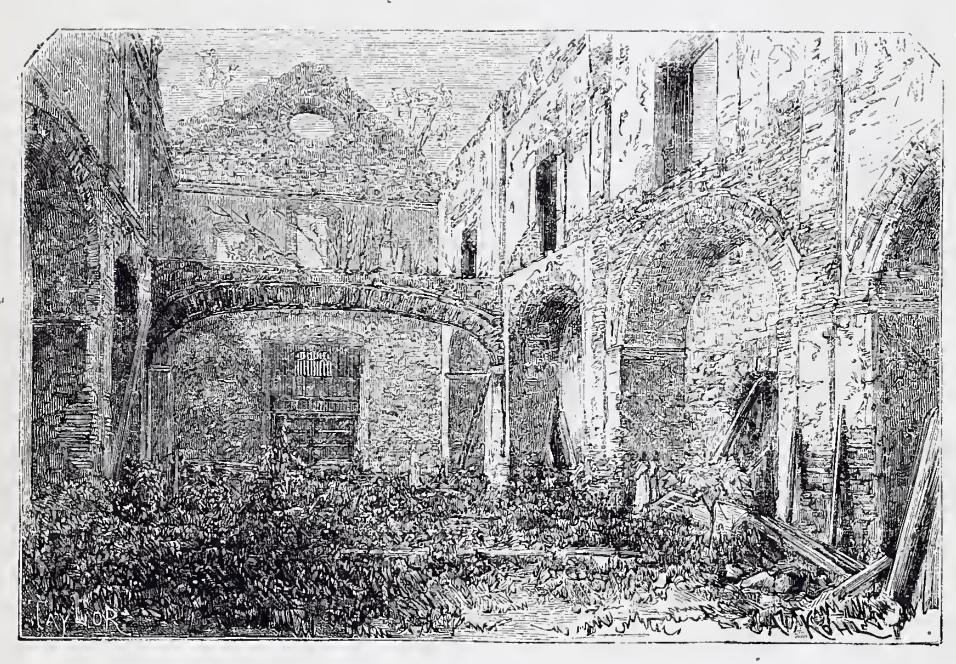



La catedral de Panamá

parásitos que viven á expensas de otros parásitos.

La naturaleza muestra allí una vida y un vigor extraordinarios; apénas si más que viéndolo se comprende tan abundante y variada vegetacion, que no cuenta para su desarrollo sinó con las grietas que abriera el tiempo, y en las que el aire ha depositado las semillas; por todas partes crecen matas que se entretejen con otras de distintas especies, formando todo un caprichoso laberinto, que imposibilitaría el paso á poco que se abandonara, y que concluirá, ántes de breve tiempo, por derribar aquel puente que ha resistido durante muchos años los embates del río y los rigores del tiempo, y que parece hoy un extraño y raro huerto suspendido sobre las aguas que por debajo corren.

Poco despues de haber atravesado el río, y sin ninguna dificultad que vencer, se encuentra el recinto que la poblacion antigua ocupaba. La selva vírgen ha reconquistado sus dominios, y de la antigua y poderosa ciudad que un día fuera la residencia de los soberbios vireyes que el Gobierno de España enviara á sus dominios, no quedan más que la iglesia de las monjas y un largo y alto edificio que hoy llaman *la torre del Guardia*, y que debió ser un día el campanario de un convento que ha desaparecido; sólo dos ó tres montones de escombros, cubiertos ya



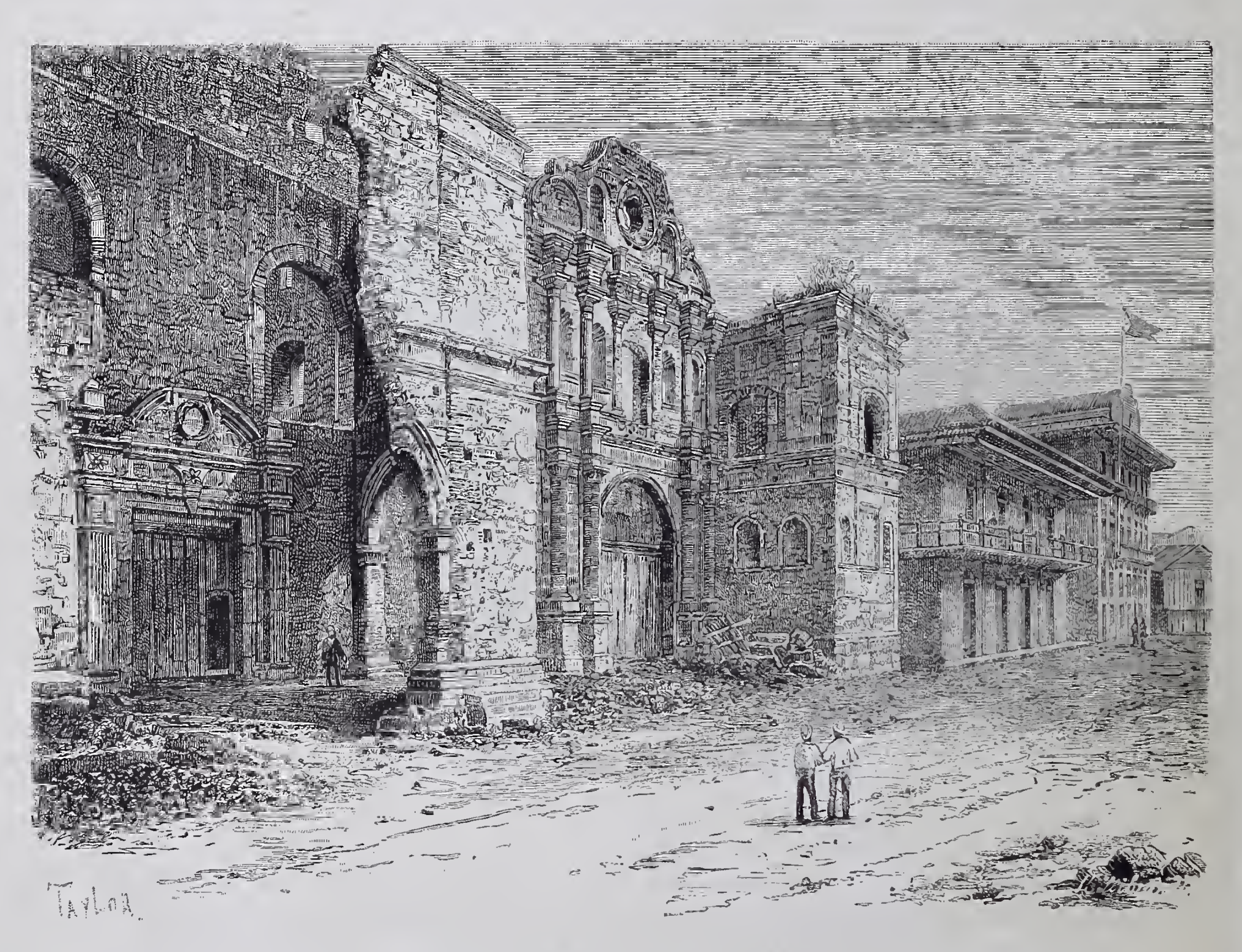

Iglesia de Santo Domingo, en Panamá.

por las hierbas, indican el sitio en que se elevaba la antigua catedral, y del camino embaldosado que conducía al Atlántico sólo se encuentran aún restos hasta el Chagres, pues en adelante, ni un solo vestigio existe que pudiera acreditar haber existido una obra de tanta importancia; las lianas han levantado las piedras, y sus raíces las han separado considerablemente; hasta tal punto, que desde el valle alto de dicho río hasta Porto-Bello, serían necesarios los machetes y los picos para abrirse paso.

Estas ruínas, que cada día van desapareciendo más y más, y que casi en su totalidad cubren ya las silvestres matas que sobre ellas han arraigado, son el único recuerdo que queda de una ciudad populosa, del antiguo *emporio* del comercio de España con sus colonias de la América del Sur, y de la plaza fuerte de más consideracion que en el grande Océano tenía. Fué fundada en 1518 por Pedro Arias Dávila, el verdugo del noble Balboa, pero desde ántes del descubrimiento de América se comprende que Panamá había de tener alguna importancia comercial. Lo poco ancho que por aquella parte es el ístmo, la poca altura de los montes en aquel sitio, ofrecen á trasportes y cambios facilidades como ningun otro punto de la region. Estas condiciones tan favorables, y la natural fertilidad del terreno, fueron móviles sin duda para que en las contínuas emigraciones de las primitivas tribus que recorrieron la América, se fijaran allí las más poderosas, y las que relativamente alcanzaban mayor grado de civilizacion, pues el co-

mercio rudimentario de entónces no podía en verdad hallar lugar más á propósito. La embocadura del Chagres abría un excelente y cómodo puerto á las piraguas, único medio de comunicacion que por mar tenían los indios; y el río ancho y profundo permitía que las barcas pudieran llegar hasta el ángulo de Matachin, que dista sólo veintidos kilómetros de la costa del Pacífico: desde aquí, por medio de senderos que con suma facilidad podían abrirse, una sola jornada era bastante para que los conductores de fardos llegaran á la segura y tranquila rada de Panamá.

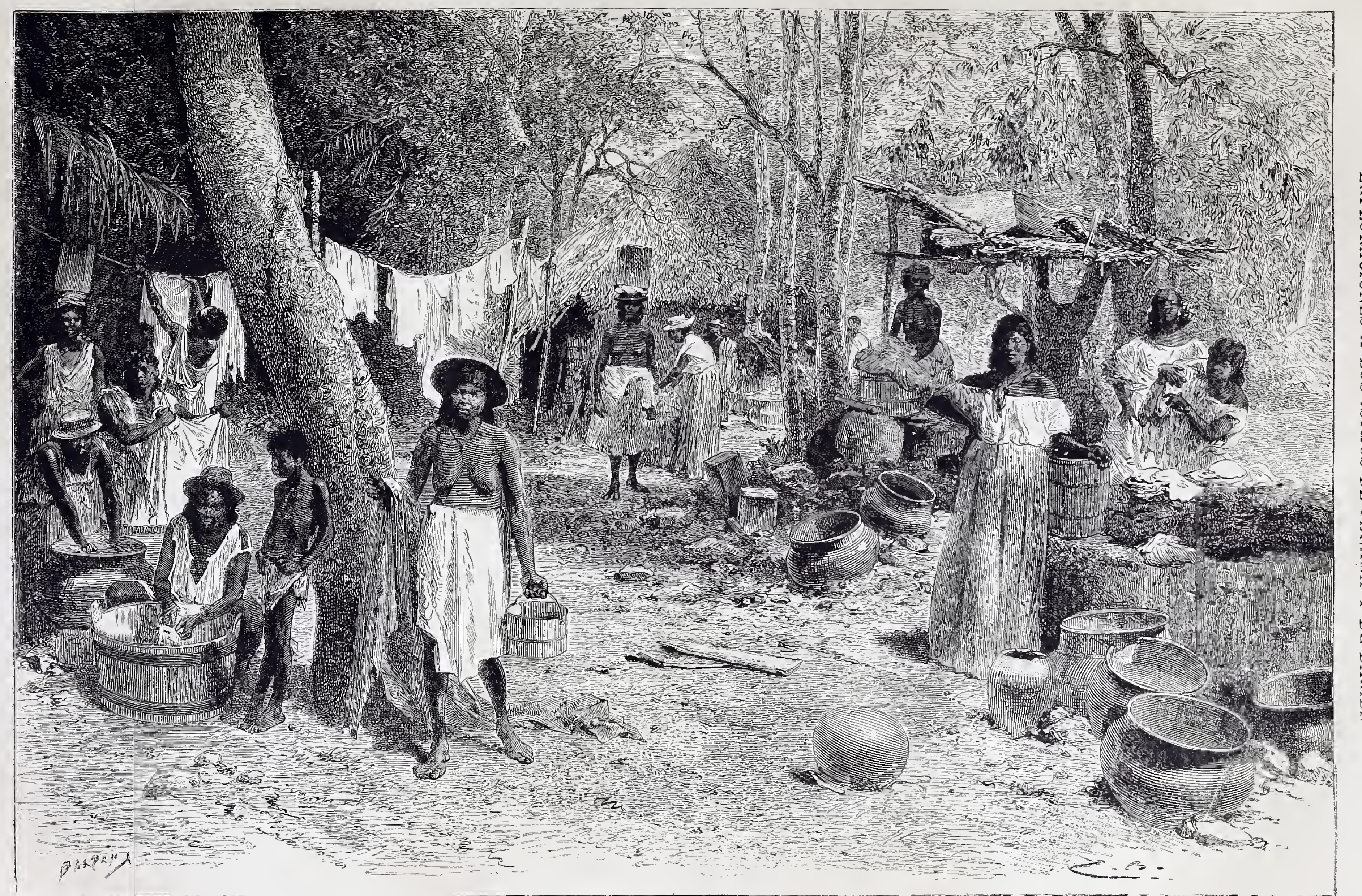
Las riquezas de la ciudad india, acrecidas por el deseo de posesion que en todos dominaba, debieron excitar la codicia de los conquistadores establecidos cerca de los bordes del Atrato, en Santa María la Antigua, que fué la primera ciudad que en América fundaron los españoles. No queriendo en modo alguno permanecer en la quietud, esperando la lenta sumision de los naturales que poblaban las regiones




Ruinas del colegio de jesuitas en Panamá.

circunvecinas, abandonaron sus guaridas de los bajos del gran río para ir á fijarse en Panamá. Santa María la Antigua, poblacion en que se había consagrado el primer obispo de la América continental, cayó poco á poco en el más completo olvido, hasta tal punto, que, abandonada, fué desapareciendo hasta perderse en absoluto. Es bastante aventurado cuanto se ha dicho acerca del lugar en que estuvo emplazada; las opiniones no concuerdan, y por mucho que se ha trabajado sobre el particular, no ha llegado á saberse con certeza cuál fué el sitio en que primeramente se establecieron los españoles.

La ciudad, fundada al lado ó en el mismo punto que las casas que los indios ocupaban, creció tan rápidamente desde el principio, que en 1521 le fueron concedidos los honores de obispado, siendo el más célebre prelado de los que aquella silla ocuparon D. Lúcas Fernandez de Piedrahita, autor de la *His-*



Las lavanderas del Chorrillo, en Panamá.

*toria de la conquista del reino de la Nueva Granada*. Como por encanto, surgieron del suelo iglesias y monasterios, y tal fué su crecimiento, que 1651 quedó establecida en ella una Universidad; pero en 1671 la orgullosa metrópoli fué saqueada por el filibustero Morgan, sin que los que sobrevivieron á la catástrofe intentaran reedificarla de nuevo. Más que nada, de tal desastre tuvieron la culpa los mismos españoles, tanto por la excesiva confianza con que procedieron, como por los abusos que sin cesar cometían: habiendo notado que los indios se sometían fácilmente, y que por la escasez de medios con que contaban era muy poco lo que de ellos podían temer, se abandonaron con sobrada ligereza. Los naturales apelaron entónces á la astucia y á las sorpresas, y gracias á una de éstas, una noche las llamas consumieron casi totalmente la ciudad, sin que la catástrofe pudiera evitarse, ni llevarse á cabo la persecucion de Morgan, que no era la primera vez que tal hazaña intentaba.

Otro de los paseos más interesantes que pueden emprenderse es la ascension al cerro de Ancon, cuya altura es de ciento setenta metros, y desde el cual se domina la ciudad entera. Una vez en su cima, la vista alcanza á todo el inmenso golfo de Panamá y sus graciosas islas; toda la extension del río Grande se abarca desde ella, y puede extenderse sobre las ondulaciones del terreno, al que limita el azul horizonte, y van á morir en las ruínas de la antigua capital, envuelta en su mortaja de verdura.

Al descender del Ancon, pasamos por el Chorrillo, que es la única fuente que abastece de agua á la ciudad. Las lavanderas golpean las ropas con grandes palas; el calor es abrasador, y más que nada aumenta la fatiga el tener que trabajar á brazo contra aquellas grandes piedras. «Donde no hay incomodidad no hay placer,» dice la sabiduría de las naciones; y aquellas mujeres tienen derecho á poner en accion la máxima, aunque es cierto que ellas lo realizan con el mayor número de comodidades posibles, y muestran demasiadas fealdades á los transeuntes. Negras, indias ó mulatas, todas tienen el cuerpo desproporcionado y disforme; todas son, ú obesas, ó flacas como esqueletos: no hay términos medios. ¿A cuál de ella podría darse la manzana de la fealdad?

Más léjos, entre el camino y el mar, están situados dos cementerios. La vista de uno de esos lugares del reposo eterno evoca pensamientos de los que no se puede prescindir; pero el primero que hallamos, el de los extranjeros, es tan umbrío, tan pintoresco, tan florido y hasta podríamos decir tan encantador, que distrae y hace pensar en todo ménos en la muerte. Con el cementerio de los panameños sucede todo lo contrario, pues éste impresiona lúgubremente. Una enorme puerta monumental, negra, pesada, maciza, sin duda alguna entrada de iglesia que no pudo acabarse, cierra un patio cuadrado, rodeado de anchas murallas, en las que se han construído nichos en que se encierran los féretros. Esto es todo.

A la entrada de la ciudad, la gente desocupada no deja de detenerse en el *hotel del Paraíso*, casa de M. Clement, un francés, hombre notable, cuya historia es semejante á la de muchos aventureros que se hallan en el Nuevo Mundo. Habiéndole devorado un incendio su primera fortuna, de alguna consideracion, supo proporcionarse una segunda con el paso de los millares de mineros, en la edad de oro de las colocaciones. Esta, y dispénsesenos la frase, se la bebió, á fin de no tener nada que temer del fuego; realizó despues la compra de un pequeño establecimiento, y dedicóse á engrandecerlo con todas sus fuerzas y cuidados. Por fortuna el sitio está tan bien escogido, los árboles de su jardin prestan una sombra tan fresca y tan agradable, que es hoy uno de los grandes puntos de paseo; mucha gente acude allí á tomar un refresco, y sobre todo á dormitar en las hamacas colgadas bajo los grandes árboles. ¡Las hamacas, amigos pérfidos, más peligrosos que el clima, la prostitucion y la embriaguez! Se las encuentra por todas partes, en todas las habitaciones de la casa, ó ya suspendidas de las ramas en los bosques. Parece que os llaman, que os convidan; ellas os mecen deliciosamente en aquella cálida atmósfera durante la pesadez que despues de la comida se apodera del cuerpo. ¡Se estira uno en ellas con tanta satisfaccion, despues de una excursion por la selva! ¿Dónde mejor que en aquel lecho áereo puede lucharse con cualquier importuna idea, en tanto que con los ojos entornados se miran ascender las azuladas aspirales de humo que despide el cigarro?

¡Desgraciados de vosotros si vuestra alma no está lo bastante bien templada para resistir la molicie de aquel lugar de perdicion, porque bien pronto pasaréis allí los días enteros, sin tener fuerzas para salir; el hombre más activo se convertirá en un indolente, soñoliento siempre, al que minará la anemia. El primer deber de todo aquel que quiera conservar su energía física y moral, es declarar una encarnizada guerra á la hamaca. El dictador que dispusiera de bastante poder para hacerlo y decretara la inmediata destruccion de todas ellas, haría al país el servicio más grande y digno de tenerse en cuenta cuando se hablara de los realizados en pro del mejoramiento moral y material del país.

# VIII

Los panameños en fiestas: la celebracion de la independencia de Nueva-Granada.—Corridas de toros.—Carreras de caballos.

Tres días despues de nuestra llegada, se celebraba en Panamá el aniversario de la Independencia, fiesta señalada con grandes diversiones públicas, en las que en primer lugar están las carreras de caballos y las corridas de toros, que se celebran durante tres días consecutivos. De todos los puntos del Estado panameño acuden á centenares los individuos, con lo que la etnografía puede ser estudiada á las mil maravillas; en dicho día, allí mezclados y confundidos, corriendo incesantemente de un lado para otro, se ven por todas partes indios de Chiriqui, criollos del interior, negros y mulatos, mestizos de todas clases. Desgraciadamente, la sencillez, la poca variedad en los trajes y en los adornos, es causa de que aquellas reuniones aparezcan pesadas y monotonas para los viajeros, que, más aficionados á la alegría y á las diversiones que á las ciencias, se encuentran defraudados en sus propósitos y se cansan en vano. Los blancos y los criollos visten de perfectos caballeros, y los restantes, que son la inmensa mayoría, gastan las ropas confeccionadas en Francia, y que como género de comercio se importan, ó que compran á algun americano émulo y competidor de Godchau.

Las señoras, muy circunspectas en su manera de presentarse, siguen, aunque muy léjos, las modas europeas: sus vestidos, de matices suaves y claros, casi siempre son cortados y confeccionados por ellas mismas, y no se sabe, viéndolas y conociendo la dicha circunstancia, qué es más de admirar, si el gusto ó la modestia de los tocados. Las mujeres de color llevan la *poyera*, falda ceñida á la cintura, con grandes volantes que las ahuecan. Toda la concurrencia en estos días se aglomera en la plaza de Santa Ana.

Las carreras de caballos difieren mucho de como en Europa se celebran. Los jinetes se desafían, alínean sus monturas y parten como rayos por la ancha calle que conduce á la estacion del ferro-carril; pican espuelas, animan los caballos con grandes gritos, y se esfuerzan por adelantar los unos á los otros. Apénas llegados á las últimas casas, cuyos balcones se encuentran atestados de gente, sin preocuparse de á quién cupo la victoria, dan una rápida vuelta y se dirigen de nuevo al punto de partida.

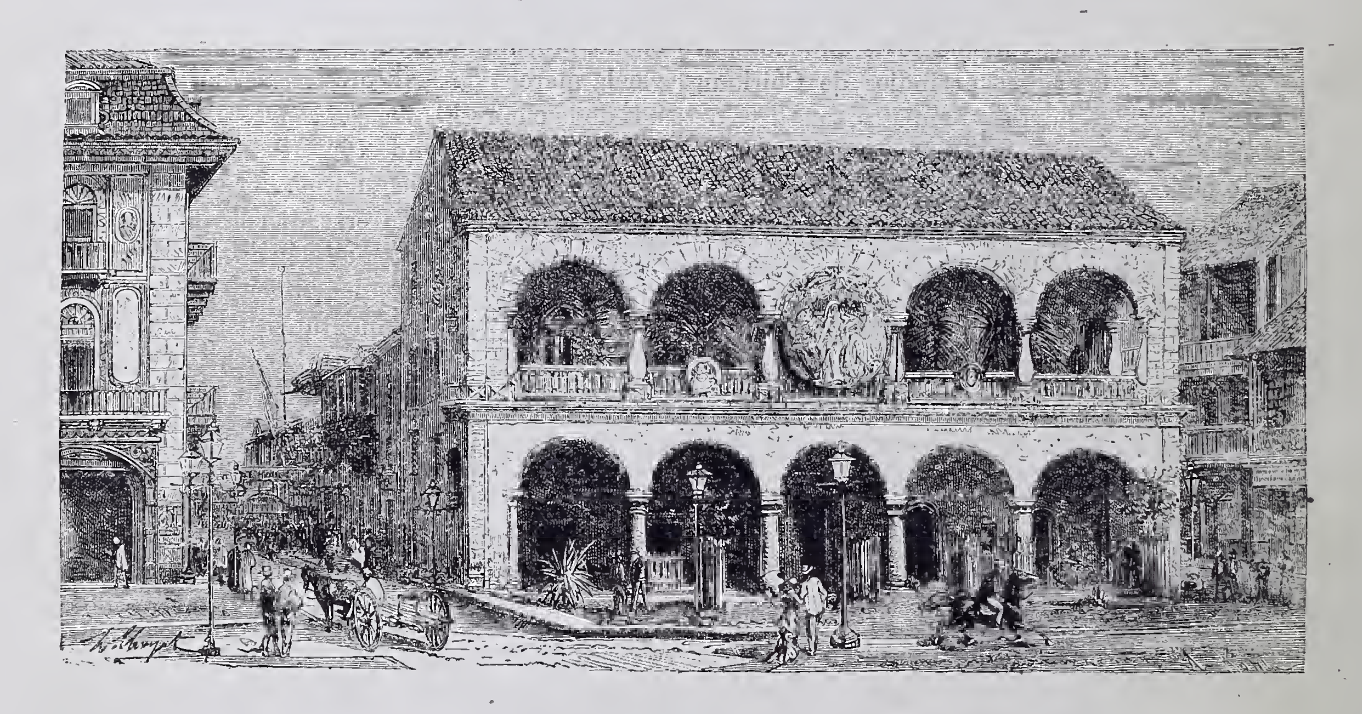
Algunas veces tres ó cuatro jinetes, pero sólo los que están reputados mejores como tales, se colocan de frente, ponen las manos en las espaldas de los competidores de derecha é izquierda, y formando una cadena, recorren la calle á paso veloz. No habiendo sido impelidos los caballos al mismo tiempo, no llevan, como es natural, ni la misma velocidad, ni el mismo paso; los jinetes, unos van completamente vueltos hacía atras, los otros encorvados sobre el cuello, procurando á fuerza de piernas retener ó avivar la marcha de sus corceles, segun las necesidades de la empresa, que así les parece, y no de pequeña importancia, segun el interes que manifiestan y la gritería y bulla que mueven. Por lo dicho se comprenderá que estas carreras, por las circunstancias en que se llevan á cabo, no están exentas de peligros, disgustos y sobresaltos; las bridas las llevan generalmente al cuello, las monturas galopando á escape sin ser sostenidas; si una de ellas cae, hombre y caballo ruedan por tierra, exponiéndose con frecuencia á ser pisoteados por los que detras le siguen. No son pocas las cuestiones que tienen orígen por las disputas que se entablan, ya entre los espectadores, ya entre los que en ellas toman parte, á propósito de lo que hicieron ó debieron hacer, ó si estuvo mejor ó peor hecho, y con frecuencia han ocurrido desgracias por las faltas de precaucion, dado que no hay pista cerrada, sinó que se sirven de una vía pública, y que ni se da señal de partida, ni cosa que pueda avisar el peligro que se corre de hallarse en la calle en los momentos en que la diversion comienza.

Las fiestas de toros son, á mi modo de ver, mucho más divertidas que las corridas españolas, de las que difieren completamente.

El presidente del Estado, los funcionarios públicos, los espectadores de á caballo, que es tanto como decir todos los panameños, se dirigen á buscar los héroes de la fiesta, encerrados ya en un corral de la hacienda más próxima; estos animales, de humor apacible como en casi todos los países templados, son ademas viejos y derrengados, pues sólo emplean para estas diversiones el ganado de desecho. Salen del encierro amarrados de dos en dos; los jinetes los rodean por todas partes, los pican y llegan hasta clavarles banderillas; pero para esto es necesario es-

tar muy seguro de su caballo, porque la escolta, apretada y numerosa, apénas si deja campo á las evoluciones, y de esta manera son conducidos hasta Santa Ana. Todas aquellas picaduras entonan primero á los pobres animales, y terminan por irritarlos. Llegados que son al corral que de antemano les han preparado, el cual es un simple acotado hecho con tablas clavadas á fuertes maderos, son aún molestados por los muchachos y por los que no siéndolo lo parecen, que al abrigo de la barrera no les dejan momento de tregua ni reposo, con lo que logran ponerlos furiosos. Este es el momento de soltar al que más lo está en plena plaza, en medio de la multitud misma.

Los toros salen, ó completamente libres, ó trabados de los cuernos con una larga cuerda. En este último caso, apénas se abre la puerta, el animal parte ciego, dirigiéndose sobre un grupo cualquiera de hombres y mujeres, los que todos se desbandan precipitadamente, en tanto que por el extremo opuesto procuran detener á la fiera, tirando de la cuerda todos los que á ella se pueden agarrar. Despues de un instante de lucha, el toro se vuelve, acometiendo en direccion contraria, y miéntras tanto, los del lado que quedan á salvo realizan la operacion ántes llevada á cabo, y así siguen. No siempre se logra detener al toro, ya por falta de fuerza, ya por ser demasiada larga la cuerda, y entónces se ve rodar á un considerable número de personas, que involuntariamente se atropellan y magullan, con gran exposicion de ser



El Cabildo

pateadas ó de recibir una cornada; pero nunca ha habido que lamentar mayores desgracias, pues estos toros no se encarnizan con ninguno caído en tierra, ántes al contrario, si la cuerda se rompe, cosa que tambien ha sucedido algunas veces, ó no pueden sujetarlo en la carrera que toma, de ordinario no se detiene, y salvando los obstáculos en que pueda tropezar, emprende el camino de la hacienda de que procedía, por léjos que ésta se encuentre.

En otras corridas, muy semejantes á las que pueden verse en nuestras ciudades de las Landas ó del Bearnés, al toro libre se le da salida á la plaza: los toreros de profesion le presentan la capa roja, ó le clavan banderillas de fuego, que despiden una espesa humareda, con la que el desgraciado animal queda medio espirando, y éste es el momento que aprovechan los jinetes aficionados para lucir su audacia y su destreza, y entónces es tambien cuando comienza lo más interesante de la escena. Los toreros de profesion interesan bastante poco, y apenas si llaman la atencion, pues todas las emociones se reservan para los brillantes voluntarios. Estos ejercicios están muy en moda en casi toda la América del Sur. Los *hacenderos*, que así llaman á los propietarios, se ensayan con los novillos; tan pronto como reciben una visita, la obsequian con una pequeña fiesta de este género, sueltan un becerro en el corral, y brindan al forastero los primeros pases. En Panamá no hay plaza; así es que para las corridas libres echan sólo toros sin malicia. La fiesta termina ge-

neralmente con la huída del toro; aunque muchas veces se echa éste, sin que haya quien logre levantarlo.

Las fiestas del aniversario de la Independencia fueron amenizadas tambien con riñas de gallos, y por parte de la gente de color con danzas, bailes y algunos refrescos de anisado y un pretendido coñac con el que los de los *Arrabales* se ponen casi ébrios, siguiéndose algunos pugilatos, pero en menor número que podría creerse. A la mañana siguiente, todo vuelve á tomar su aspecto hasta en las miserables viviendas de los barrios de la Reina del Istmo: en Santa Ana, en el Arrabal, en Pueblo Nuevo, las sencillas gentes de todo color y de todas clases, así como tambien de igual orígen, hombres y mujeres de poca actividad, tanto de cuerpo como de espíritu, volvían indolentemente á sus ocupaciones habituales. Pero al brillar la noche, el hombre de color de chocolate, el cobrizo, el rojo, los habitantes de los barrios, de todos los matices que forman al cruzarse el indio, el blanco, el negro y el chino, no olvidan en sus conversaciones las mil peripecias y lances de las pasadas fiestas, recuerdan los sustos, carreras, peligros y luchas que hubo, y sobre todo lamentan que con más frecuencia no se den días como aquéllos, en que la obligacion era no hacer nada.

## IX

El istmo de Panamá: sus puertos, sus rios, sus aguas, sus bosques su clima: salubridad tal como la entiende la opinion.

No abandonaremos la ciudad de Panamá sin decir alguna cosa del célebre istmo al que da su nombre.

El istmo de Panamá, situado próximamente entre los nueve grados de latitud N., y los ochenta de longitud O., es uno de los principales estrangulamientos del inmenso brazo de tierra que une á las dos Américas, y que en una longitud de dos mil trescientos kilómetros se extiende desde el istmo de Tehuantepec, en Méjico, hasta el fondo del hermoso golfo de Uraba, en los Estados-Unidos de Colombia.

Bajo el punto de vista de la estrechez, sólo le aventaja el istmo de San Blas, situado más al E., por cuanto éste no tiene más que cincuenta kilómetros de ancho desde la embocadura del Bayano, sobre el Pacífico, hasta la del Nercalegua, en la bahía de San Blas, sobre el Atlántico. El istmo de Panamá tiene cincuenta y seis desde el fondo de la bahía de Limon á la embocadura del río Grande, en las aguas del Grande Océano.

De la misma, manera, por la altura de sus cuellos, ocupa tambien el segundo lugar: el istmo de mejores condiciones, atendiendo á esto, es el de Riva, entre el lago de Nicaragua y el Océano Pacífico. En éste, el cuello del Guiscoyol no tiene más que cuarenta y seis metros de altura, en tanto que el de la Culebra, por donde pasa el ferro-carril de Colon á Panamá, tiene ochenta y dos.

Antes de nuestra mision, este hecho geográfico no era conocido, y como ya hemos dicho, las observaciones barométricas de M. Lacharme daban lugar á creer que en el Darien se abriría una depresion, por la que la altura mayor sería de unos sesenta metros. Por desgracia, despues de una serie de observaciones repetidas y comprobadas durante nuestra excursion, se puso de manifiesto que en aquellos parajes el pico ménos elevado, el de Thiulé, no tiene ménos de ciento cuarenta y dos metros.

En los alrededores de Colon, la costa del Atlántico es sumamente baja, y por algunos puntos pantanosa; en una extension de una á dos millas la playa está cubierta de paletuvios, y frecuentemente rodeada por muchos ramos escamosos, de especies distintas, al pié de cuyos troncos abundan innumerables insectos. En la seguridad de no equivocarnos, podemos afirmar que es aquella una playa falta de todas las condiciones para la vida; las aguas que quedan aisladas al retirarse las mareas, ántes de ser evaporadas por los ardientes rayos de aquel sol, se corrompen, dando lugar á miasmas pútridos, causa especial de un buen número de enfermedades, de fatales resultados para los desgraciados que se exponen á ellas voluntaria ó forzosamente.

A la derecha y á la izquierda de este punto, que regularmente sería en otro tiempo una desembocadura del Chagres, se elevan colinas bastante altas, como son la punta del Toro, y hasta verdaderas montañas, como sucede con las que se hallan cerca de Porto-Bello.

El lado del Pacífico es mucho más elevado; el cerro de las Cabras tiene una elevacion de cerca de quinientos metros, y el pico aislado de Ancon tiene setenta, extendiendo su base hasta las aguas del Océano. Las rocas abruptas que se elevan de dentro

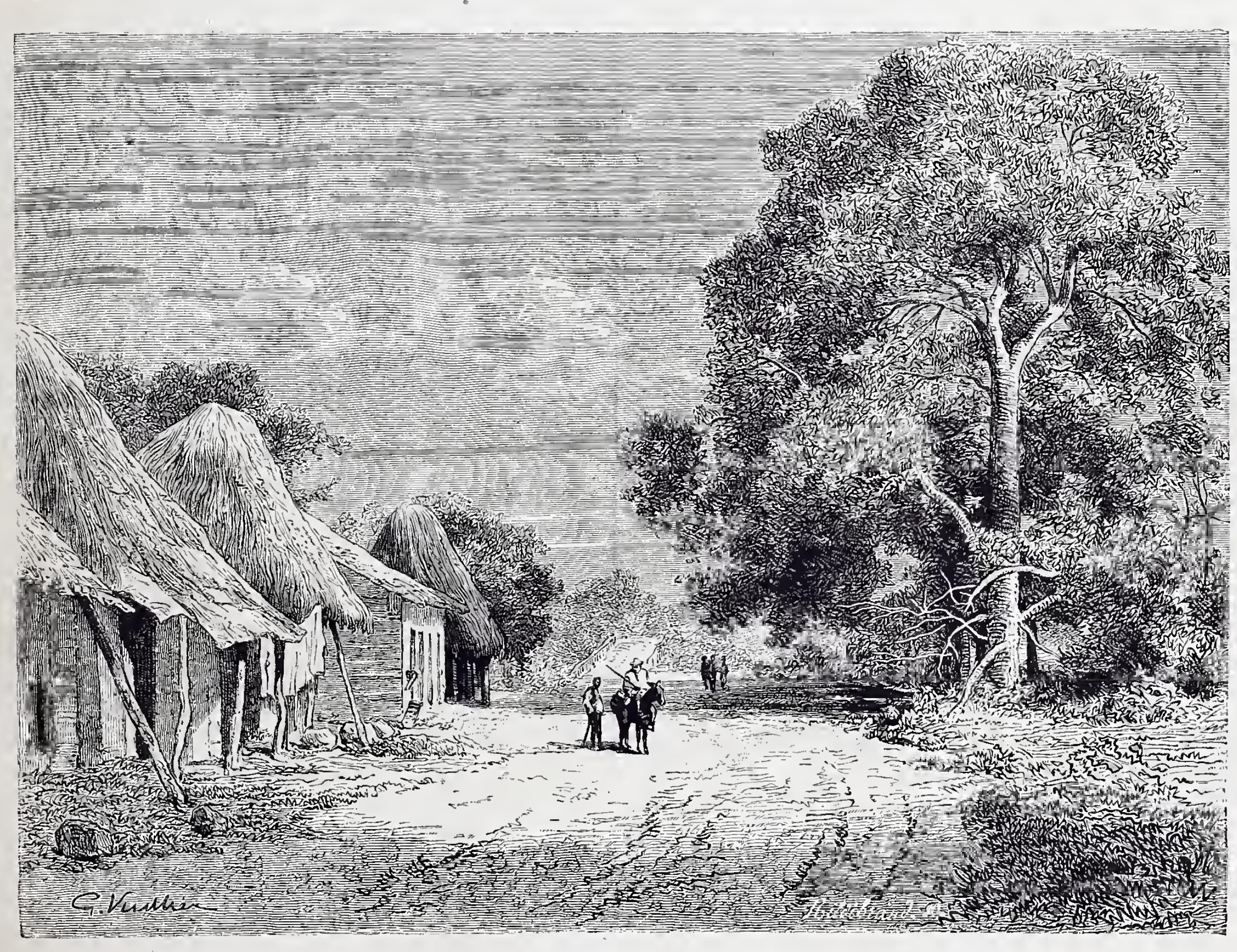


Casas y habitantes de los barrios de Panamá.

del mar no tienen comienzo sinó en la desembocadura del río Caimitio, y en la del Río Grande de Panamá. La brecha que este último se ha abierto para poder llevar sus aguas hasta el Océano, es muy estrecha; pero detras de este desfiladero se encuentra un valle bastante bajo, de una extension de cuatro á cinco kilómetros.

La bahía de Panamá está sembrada de numerosas islas que forman dos archipiélagos principales: el de las Tabogas, fértil, saludable, disfrutando del mejor clima que puede desearse, y que probablemente será el lugar de curacion que se destine para los trabajadores que hayan de tomar parte en las futuras obras del canal, y el encantador grupo que forman las islas Naos, Perico y Flamenco.

A excepcion del valle de Chagres y la del Río Grande, la region comprendida entre Panamá y Colon no ofrece ni llanuras ni espacios cultivables; por todas



Camino de la Sabana.

partes, y sin dejar el menor intervalo, se ven colinas y montes más ó ménos grandes, terminando en picos ó en cortaduras, que dan lugar á que el terreno sea sumamente escabroso, cansado y de difícil paso. Cuando desde cualquiera de aquellas prominencias se contempla el hermoso y dilatado paisaje que con el horizonte se cierra, las miradas se pierden en un caos de mamelones tapizados de verdura, imposible de desintrincar al primer golpe de vista. Existen por aquí vistas elevadas, cumbres divididas, sobre las que se unen perpendicularmente contrafuertes, bajándose y subdividiéndose á medida que se separan del punto de inseccion. La cordillera general se interrumpe en el istmo de Panamá; al O. se corta repentinamente la cadena de Veraguas, sobre el río del Pacífico, en el pico de la Trinidad, cuya altura es de mil quinientos metros, y cierto número de menores ramificaciones, erizadas de picos de alturas desiguales, rodean á este punto central: al E. la cordillera no se reforma sobre los bordes del Gran Océano, renace más léjos sobre el del Atlántico, cerca de Porto-Bello, en los arrecifes de Santa Clara, y poco

á poco llega á elevaciones de más de mil metros. Desde este nudo que se hace en Santa Clara, derivan otras ramas montañosas, que parten formando haces hasta reunirse con las que arrancan del Pico de la Trinidad. Entre estos dos sistemas de montañas es por donde serpentea el Chagres, poco ancho, es cierto, pero tan profundo, que en Matachin, en las avenidas medianas, el nivel de las aguas se eleva hasta unos doce metros.

La parte contraria del cerro de la Trinidad se prolonga, cortando el istmo oblicuamente, y va á empalmarse con la cordillera del Atlántico, á cincuenta kilómetros próximamente al E. de Porto-Bello. Esta última rama es la que separa las vertientes de los dos mares y nos presenta una altura de ochenta y dos metros, que se ha podido utilizar para el mejor éxito de la línea férrea, y que será á la vez por donde, con satisfaccion de todos, quede abierto el canal inter-oceánico. Las cimas más elevadas del istmo están todas fuera de la arista donde las aguas se separan; hecho estudiado y el cual son muchos ya los que lo afirman. El Chagres baña la vertiente N. del istmo, y tiene su nacimiento unos cincuenta kilómetros al N.-E. de la línea recta que unirá á Colon con Panamá. Su corriente superior sigue una línea paralela á la rama contraria de montañas de que acabamos de hablar, pequeño resto de la Gran Cordillera, y pasa al traves de estrechas gargantas, cortando anchas estancaduras que en un período anterior, por lo que hoy á la vista puede comprenderse, formaban lagos que han desaparecido por el mayor ensanche del cauce: cerca de Matachin, el río se inclina hacia el O.; en Barbacoa, donde esdominado por el gran puente del ferro-carril, cambia aún de direccion, é inclinándose hacia el N., va á desembocar en el Atlántico, cerca de la ciudad de Chagres.

Por lo regular la corriente de este río es desigual; á los rápidos suceden fosos, largos, anchos y profundos, donde parece que las aguas se estancan, sin que en ningun punto haya nada que podamos llamar catarata. Desde Trinidad hasta el mar, la corriente es tan débil, que en la estacion seca, cuando las aguas del río son pocas, un pequeño flujo y reflujo del mar basta para establecer una corriente contraria, que se remonta por el cauce; y en cuanto á su profundidad, si bien es cierto que en el mayor número de los puntos es sólo de cuatro ó cinco metros, en otros llega hasta diez.

Las rocas, aunque de naturaleza sumamente variada, son fáciles de clasificar atendiendo á su dureza. Muy compactas en el centro del istmo, lo van siendo ménos á medida que se aproximan del uno ó del otro Océano, y sigue á esto una vasta zona de terrenos formados por aluviones.

La vegetacion extraña no se extiende á todo el país. Las sabanas, principalmente al lado S. de la línea que la cumbre traza, forman una banda bastante ancha entre los bosques de la costa y los que cubren las vertientes de la Gran Cordillera. Este terreno descubierto, que contrasta admirablemente con el inextricable laberinto que la selva vírgen forma, produce en la estacion de las lluvias algunas matas, aunque muy claras y de poca elevacion. En los primeros días de la sequía, toda aquella verdura desaparece, y quedan cubriendo el suelo no más que algunos rastrojos, traspillados por los ardores de aquel sol tropical, capaz de devastarlo todo. Inmediatamente despues, tienen gran cuidado de pegarle fuego, á fin de que más tarde, cuando el tiempo llegue, renazca, porque en aquellos terrenos es donde principalmente se dedican á la cría del ganado. Por la parte del Atlántico apénas si se encuentran sabanas, y si las hay son extremadamente pequeñas; esto desde San Pablo, pues remontando el río se hallan algunas que tienen una extension de algunos kilómetros.

Las especies vegetales son muy variadas, difiriendo segun la mayor ó menor elevacion del suelo, las zonas paralelas al río y tambien segun la inclinacion al lado que sea; por término medio, las lluvias son más fuertes del lado N., orillas del Atlántico, que sobre el lado S., ó costa del Grande Océano.

Desde el momento en que se sale de las tierras pantanosas, comienza la selva vírgen, aunque todavía poco dificultado su paso por las lianas; los árboles que la componen pertenecen á especies muy distintas; algunos alcanzan alturas considerables y casi todos conservan las hojas áun en la estacion seca: á medida que se remonta el valle, las proporciones de los arbustos que se abrigan á la sombra de los bosques gigantes crecen, y los parásitos y las lianas lo invaden todo. Bien pronto, separándose de los terrenos beneficiados por las lluvias, que están en relacion con el alejamiento de la costa N., aparecen las sabanas; las especies de hojas persistentes se ven suplantadas por las que pueden soportar mayores calores y sequías, y vivir expuestas á los rayos del sol; los arbustos sarmentosos se espesan, los árboles generalmente escasean, y sobre la pendiente Sur de la Cordillera apénas si se ven más que aquellos cuya hoja cae cuando la sequía. Sin la verdura que crece en el suelo, cubierto por aquellos árboles gigantes, sin las lianas y los epifitos de todas clases que crecen acá y allá, el aspecto de aquellas forestas en verano sería tan monotono y triste como el de nuestros prados en invierno. La zona litoral del Grande Océano es más rica en manzanillos y cocoteros que la del lado del Atlántico.

Como en casi todos los países intertropicales, el año se divide en estío, ó estacion seca (verano), é invierno, ó estacion lluviosa, dividida esta última por una serie de bellos días (veranito), ó estío de San Juan, como allí lo llaman. Las lluvias no comienzan realmente hasta mediados ó fin de Mayo, pues en Abril apénas si descarga más que alguna que otra nube aislada; hácia el fin de Junio reaparece el buen tiempo, que puede decirse dura un mes, despues del cual las lluvias comienzan de nuevo y persisten hasta fin de Noviembre.

Así, pues, pasan muchos días sin que nada turbe la serenidad del cielo ni en lo más mínimo, y hasta en las épocas de las grandes tempestades no hay más que un gran chaparron cada veinticuatro horas, y esto frecuentemente por la noche.

Los vientos del N. se declaran en los comienzos de Diciembre, viniendo con ellos el buen tiempo, que dura hasta fin de Abril. Durante estos cinco meses y medio llueve, á pesar de lo dicho, sobre algunas localidades privilegiadas, como son la ciudad de Colon, el valle que fertiliza el Chagres, y las cimas de las cordilleras.

La temperatura del istmo de Panamá es en verdad muy soportable. Fuera de la estacion seca, la escala termométrica fluctúa entre los 21 y 35°; en la estacion de las lluvias la diferencia no es tan marcada, oscilando entónces el mercurio entre los 24 y 30°, por lo que este clima no ejerce sobre los europeos la accion debilitante que se experimenta en otros países del trópico. Por regla general, los que emigran á estas regiones están más robustos y saludables que los criollos, y son mucho ménos predispuestos á las enfermedades. A poco que sea su vida regular y metódica, el obrero que desempeña un trabajo corporal periódicamente, lo mismo que el que lo desempeña de contínuo en pleno sol, conservan la salud y la energía. Panamá, que en la época de la *sagrada fiebre del oro* fué atravesada por millares de obreros, no ha sido visitada aún ni por el cólera morbo ni por la fiebre amarilla: y las insolaciones, que tan frecuentes son en Méjico, allí apénas si se conocen.

Ciertas localidades forman la desgraciada excepcion de lo que venimos diciendo, y entre estas pueden contarse los pantanos del lado del Atlántico. La mala fama de la ciudad de Colon se ha extendido por el universo entero, lo que tal vez no sea del todo justo, por cuanto, aunque construída en medio del cieno de la isla de Manzanillo y rodeada de pantanos, en ella se establecieron, prefiriéndola á Panamá, los talleres del camino de hierro, el sitio principal de la Compañía.

Si de este hecho, que desde luégo parece anómalo y extraño, algun curioso quisiera saber qué razones han tenido para obrar así, podríamos contestarle que los agentes de la Sociedad tienen en este punto más independencia, más libertad, de la que en modo alguno podrían disfrutar en la capital del Estado, donde siempre habían de estar bajo la inmediata vigilancia de los funcionarios públicos, y ademas porque desde aquel punto evitan todos los gastos de trasporte del material para las obras.

Estos materiales se hacen venir siempre de New-York, pues la industria en California no está aún tan adelantada como sería necesario para poder ofrecerlo en buenas condiciones, atendiendo á la economía y á la calidad. A pesar de todo, hay que convenir en que la Compañía nunca hubiera instalado en Colon el numeroso personal de blancos con que cuenta, si las condiciones de salubridad fueran tan malas como se cree, por cuanto hubieran sido muy pocos los que allí hubieran querido establecerse, y grandes los perjuícios que de esto se hubieran seguido. Sucede allí, como en muchos puntos de aquel continente, que el cambio de clima, las aguas y la diferente alimentacion causan bajas que podemos llamar naturales, como lo serían si individuos de aquellas latitudes vinieran á nuestros países, y desde luégo quisieran hacer la vida que los nacidos en ellos hacen. Diciendo verdad, por lo que pudimos observar allí y comprobar con datos que merecen entero crédito, la mortalidad en Colon no es ni mayor ni menor que en cualquiera otro punto de las Antillas. Los pantanos mismos no son tan malos como lo hacen parecer lo que de ellos cuentan; el que peor nombre tiene y del que más horrores refieren hasta aquellos que nunca lo han visto, es el Mindi, y no podría ménos de llamar extraordinariamente la atencion de cualquiera que esto haya oído decir y lo visite luégo, observar que en sus alrededores es donde hay más terrenos cultivados, si bien es cierto que esto sucede desde que los trabajos del ferro-carril ístmico se comenzaron, lo cual tambien puede venir en apoyo de la idea que sostienen algunos, de lo mucho que á un terreno pueden hacer cambiar las obras que en él se emprendan, pues la satisfaccion de las necesidades y el deseo de conservar la vida son motivos bastantes para que desde el principio se aplique el hombre al saneamiento del terreno en que ha de fijar su morada, siquiera sea transitoriamente.

El triste nombre que Panamá tiene, y los malos recuerdos que involuntariamente acuden á la memoria cuando tal poblacion se nombra, datan de la época en que aún no se habían emprendido las obras del ferro-carril, y no por lo que en ella ocurriera, ni por los males que una vez allá hubiera que lamentar, sinó por los mil peligros, penalidades y fatigas

con que había que luchar, ante las que no eran pocos los que sucumbían. Desde luégo hay que tener presente que en aquel tiempo ninguna de las líneas de vapores tenía el servicio tan bien montado como hoy día, razon porque los pasajes, sobre ser más incómodos, eran mucho más caros: esto, que ya era para presentar graves inconvenientes, iba seguido de otras muchas dificultades, tras las que los emigrantes desembarcaban en el poco seguro y revuelto puerto de Chagres, en el que muchas veces no pocas canoas se fueron á pique en los remolinos de la barra, al querer ganar tierra. Salvado esto, era necesario remontar las sinuosidades del Chagres, ascension que no podía hacerse en ménos de cinco días, los que habían de pasar los viajeros prensados en estrechas piraguas, sin techo ni toldo que los preservara ni poco ni mucho de los ardores del sol ó de la lluvia, y del pernicioso relente durante la noche, y de esta manera, sumamente fatigados, llegaban á la Gorgona. Desde este punto hasta Panamá érales aún necesario hacer una marcha de más de veinte horas á pié, ó cuando más en mulas, bajo un sol abrasador y por un terreno arcilloso y tan resbaladizo, que el viaje era un suplicio, pues á más de esto, las huellas anteriores se convertían en charcos y profundos baches al paso del menor torrente, de la menor cantidad de agua. Por la tarde no puede contarse con ninguna comida confortable, ni por la noche con ningun albergue; sin poder cambiar de ropas, que con harta frecuencia se llevan mojadas desde por la mañana; hay necesidad de acostarse sobre una tierra empapada de agua, si es que se quiere descansar, lo que, bien visto, se hace indispensable tras las fatigas que se llevan experimentadas, y no es menester esforzarse mucho para comprender que en tales condiciones el organismo más fuerte y vigoroso decae, la naturaleza más sana y robusta se resiente y se debilita, el cuerpo se predispone grandemente á la absorcion de los miasmas palúdicos, y con harta frecuencia se dan casos de fiebres fulminantes, que llevan la desanimacion y la congoja al ánimo de los que sobreviven, que ven hasta qué punto se hallan faltos de medios para prestar auxilios ó evitar al ménos la prolongacion del mal. Conviene tener presente que casi siempre se daba la circunstancia agravante de ser aquellos mineros gentes de la peor clase y condicion social, dispuestos siempre á los mayores abusos, no contenidos nunca por la voz de la experiencia ni de la razon, y que en su mayor parte iban minados por enfermedades que en cualquier region habían de diezmarlos.

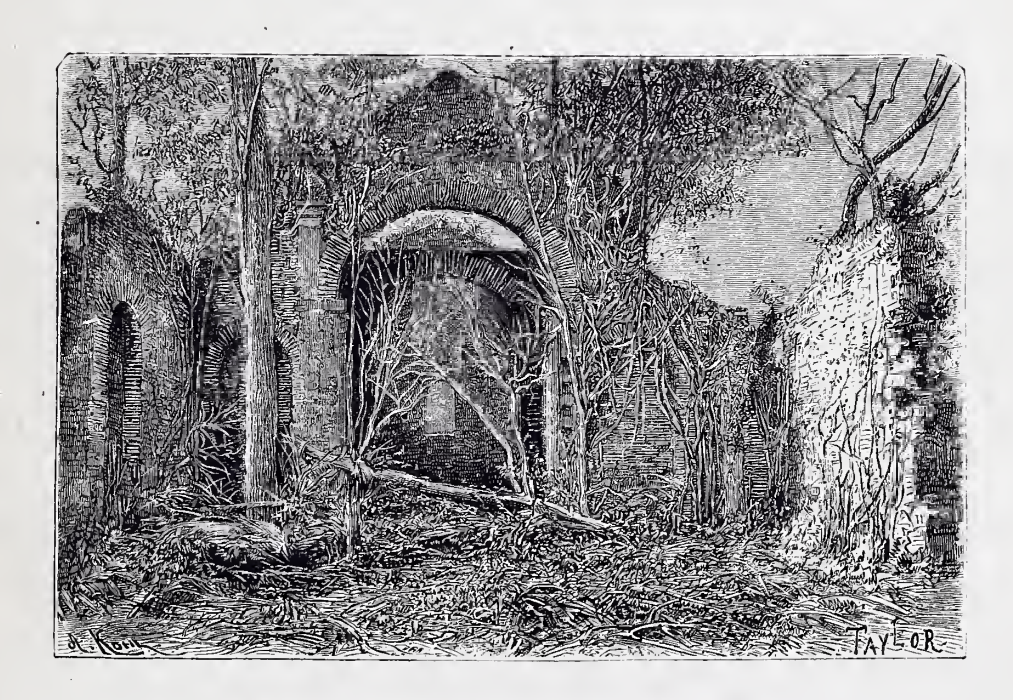
Peligros de otra naturaleza contribuían á aumentar el terror que el clima del Istmo infundía, y eran la multitud de bandidos que infestaba toda la comarca, los que con una audacia sin nombre sorprendían y atacaban á las caravanas en su vuelta, con lo que á muy poca costa y con gran facilidad se hacían con una parte del oro conseguido en las minas de California por aquellos infelices, que tanto habían sufrido y trabajado para poseerlo. Este estado de cosas, tan perjudicial y comprometido, duró hasta que un hombre que apénas contaba veinte años tuvo la feliz idea de fundar en Panamá un comité de vigilancia. Con un valor y una constancia que no pueden ser pagados con nada, marchando á la cabeza de sus atrevidos compañeros, el americano Ran-Rumels recorrió en todos sentidos los laberintos intrincados de aquella floresta, las sinuosidades de aquellas montañas, donde tras cada piedra, tras cada árbol, había un peligro, y sin formacion de causa, sin exámen ni trámite alguno, fué ahorcando sin compasion á todo bandido que en su guarida encontraba ó que sorprendía sobre el campo, con lo que en ménos de un mes aquel moderno Hércules dejó limpia de salteadores toda la zona.

¿Qué queda, pues, de las mil fábulas y tremendas narraciones que se han hecho correr por el mundo? ¿No han llegado á decir, ó, lo que es aún peor, dicen todavía, que cada traviesa en que los rails se ajustan está apoyada en el cadáver de un infeliz trabajador? Los anales mismos de la Compañía del *Panamá Trascontinental* pueden servirnos para contestar con la mayor exactitud y destruír las exageraciones que en esto, como en todo lo que á aquellas comarcas se refiere, se forjan con tanta facilidad. Segun los registros á que nos referimos, no ha habido más que doscientas noventa y tres defunciones de hombres blancos en todo el tiempo que duraron las obras de la construccion, número relativamente pequeño si se atiende á las malas circunstancias en que los trabajos se llevaban á cabo, y que en más de una ocasion hubo hasta siete mil obreros ocupados.

Es cierto que en los trabajos preliminares, cuando aún se estaba construyendo la línea á traves de los pantanos de Mindi y de Gatum, las enfermedades hacían bajas considerables en los cavadores; mas hay que tener presente que el mayor número de aquellos infelices eran irlandeses, que, segun todos afirman, son los europeos ménos á propósito para resistir los ardores de aquel sol; cosa que no puede ménos de ser cierta, si se atiende á la enorme diferencia que tiene que existir para todas las condiciones de la vida entre las nevadas montañas del N. de Europa, donde casi todo el año las nieves tapizan el suelo y las brumas apénas dejan paso á los rayos del sol, y las ardientes llanuras del centro de América, en las que el calor lo arrasa todo y las lluvias constituyen un nuevo peligro. En aquellos primeros

momentos era tambien cosa sumamente difícil atender y cuidar á los obreros para disputárselos á la muerte, más segura entónces á cualquier accidente, por pequeño que éste fuera, pues en primer lugar no se tenía perfecto conocimiento de lo que podía suceder, y por tanto no se observaban las reglas que más tarde habían de dar buenos resultados, ni se tenían á prevencion los medios de defender que se arbitraron. Aglomerados en dos viejos cascos de buques, donde no era posible hallar ni las más pequeñas comodidades, los hombres no podían ni áun permitirse el desahogo de permanecer en el entrepuente, pues el calor era violentísimo, y obligados á estar bajo cubierta, fuera cualquiera el tiempo que hiciera, como no disponían de mosquiteros y las filas de los que dormían eran tan apretadas, quedaban expuestos á las crueles picaduras de los mosquitos, que tanto abundan allí, y á las excitaciones calenturientas que producen.

Como más arriba dejamos dicho, la situacion de la compañía mejoró mucho en 1852, en los momentos en que tan precaria era, que todos veían ya muy próximo el momento en que los trabajos tuvieran que suspenderse, tanto por la falta de fondos como




Ruínas de la iglesia de las Monjas, en el Viejo Panamá.

porque ganancias mayores, más seguras y con ménos riesgos conseguidas, habían dado lugar á que muy pocos trabajadores quedaran en aquellas perniciosas regiones. Luégo que circunstancias que nadie podía prever hicieron cambiar el curso de los acontecimientos, los altos dignatarios del Trascontinental parecieron ocuparse algo más de las condiciones de higiene y salubridad, cuya falta había sido una de las principales causas para temer que la empresa fracasara: en la isla de Manzanillo se levantaron algunas casas, con las que no fué ya necesario ir á bordo para pasar la noche, y Colon fué fundada; esta ciudad, aunque de malas condiciones, ofrecía algunas comodidades, y en sus almacenes pudo tenerse el abastecimiento necesario; se organizó el servicio sanitario, se hicieron ir más médicos, que no faltaron, gracias á las buenas retribuciones que se les daban, y se adquirieron completos botiquines; á lo largo del camino; y en los sitios más convenientes para ello, fueron construídos sotechados, en los cuales los obreros podían pasar la noche al abrigo y dormir la siesta á la sombra. A partir de aquel día, destruídas muchas de las causas que ántes produjeran tan terribles efectos, la mortalidad decreció infinitamente, y no fué ni mayor ni menor que lo habría sido en cualquiera otra empresa en que hubiera habido que desmontar grandes masas de terreno, en las condiciones climatológicas de aquel suelo. Los irlandeses, que juntamente con los mulatos de Cartagena habían estado en las obras, y en los que más habían hecho presa los males endémicos, fueron sustituídos por negros de las Antillas, americanos del Norte y europeos de más fácil aclimatacion, por las condiciones de los países de que procedían, ade-

mas de los celtas de Erin, manifestando estas secciones desde luégo más fuerza de resistencia contra las fiebres palúdicas. Hay que añadir á esto que la índole de los trabajos que quedaban por ejecutar no era ni tan dura ni tan perjudicial como en un principio, pues no se trataba ya de trasportar grandes cargas, ni de enclavar estacas, ni de hacer terraplenes con medio cuerpo cubierto por el cieno de los pantanos, en tanto que la cabeza quedaba expuesta á los abrasadores rayos de aquel sol; lo que quedaba por realizar era remover un terreno seco y duro.

Más que nada, todos los que de las obras del ferro-carril de Panamá á Colon se han ocupado, hablan de las hecatombes hechas con los chinos, suponiendo sin fundamento ninguno que se les trató mal, ó que fueron puestos en los sitios peores, si no con el deliberado intento de hacerlos víctimas, al ménos con el de procurar que otros no lo fueran. Volvemos á repetirlo: en nada absolutamente influyó allí el mal concepto que de los chinos se tiene formado generalmente, ni para nada se tomó en cuenta la mala condicion que se les supone, cosa que, dada por cierta con sobrada ligereza, ha sido motivo para que se extiendan las más extrañas y absurdas fábulas, indignas bajo todo punto de vista de los tiempos que alcanzamos, en que por fortuna no cabe tratar á ningun hombre del modo que los debían haber tratado siendo cierto, lo que, como decimos, carece de verdad en absoluto. El chino fué considerado en las obras del Trascontinental como cualquiera de los demas trabajadores, y ocupado en las mismas faenas que sus compañeros de otros países. Lo cierto que allí ocurrió vamos á decirlo: para llenar los grandes vacíos que en las filas de trabajadores dejaba la frecuente y numerosa emigracion á California, que más y más crecía de día en día, y que tanto perjudicaba á la sociedad, fueron contratados 1.000 chinos: se tomaron cuantas precauciones fueron posibles para asegurarles el mayor bienestar, con arreglo á su condicion y clase; pero no bien hubieron dado el primer golpe de pico, pocos días despues de haber llegado á aquella region, cuando ningun motivo tenían, pues ni áun tiempo había para que se lo hubieran dado, y sin que se sepa, por tanto, la causa, se declaró entre ellos una epidemia terrible y de horrorosos resultados: la del suicidio. Todas las mañanas, con gran sorpresa de los demas trabajadores y de los jefes, que no sabían cómo evitar aquello, se encontraban por docenas colgados de los árboles, para lo que, como es fácil comprender, hacía falta gran premeditacion y vehemente deseo de morir. Refieren que una vez gran número de ellos se sentaron cómoda y tranquilamente en la orilla del Pacífico, estando la marea baja; al verlos, nadie hubiera dicho otra cosa sinó que era gente tranquila y satisfecha que, descansando de su trabajo, gozaba contemplando la majestuosa grandeza de aquel mar: despues, sin que hablaran una palabra, sin proferir la más leve murmuracion, sin exhalar la más tenue queja, permanecieron sin movimiento, viendo crecer la marea, que poco despues de esclavos los convertía en hombres libres; hecho trágico, al par que aterrador, digno de que llegue á conocimiento de nuestros descendientes; pero por desgracia, los que tal refieren no se cuidan de revestir el suceso con carácteres que al ménos pudieran hacer dudar, y olvidan que los chinos comenzaron á trabajar en los terraplenes del centro del istmo, sobre la pendiente que mira al Atlántico, léjos del Océano, y de un Océano *sin mareas.*

De cualquiera manera, aunque haya mucha exageracion en lo que todos cuentan, es lo cierto que aquella fatal manía hizo muchas víctimas entre ellos, y que por esta razon fué necesario embarcarlos más que de prisa, y ellos tambien partieron entónces para los campos del Sacramento.

# X

Partida para el Darien.—El *Taboguilla*.—Estoicismo de Viguier.—El golfo de San Miguel.—El Darien.—Minas de oro de Cana.—Grandeza y decadencia.

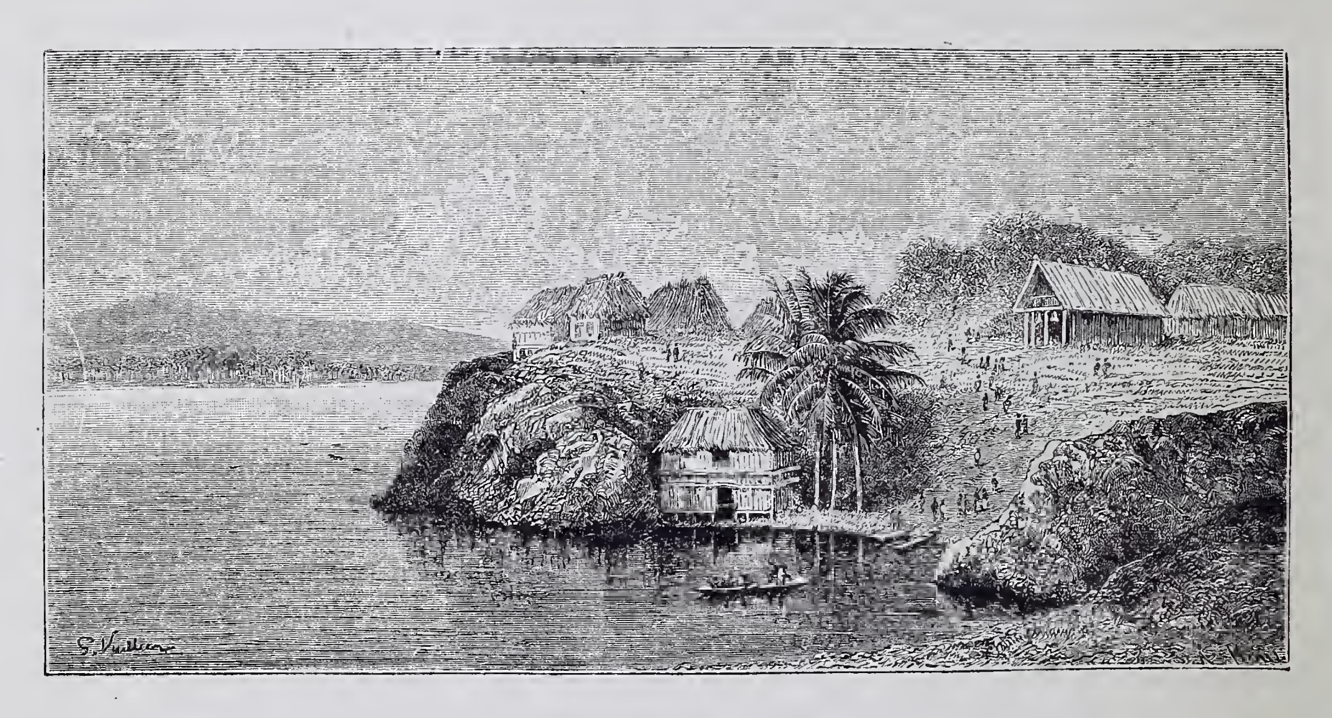
En tanto que cada uno recogía las observaciones que comprendía habían de serle útiles para sus fines, estudiaba el país y recogía los datos más precisos acerca de lo que se había dicho, nuestro jefe, que jamas desmintió ni su energía ni su actividad, se ocupaba con el mejor acierto de los últimos preparativos necesarios á la expedicion que íbamos á emprender, sobre la que de antemano sabíamos había fijas muchas inteligentes miradas, y de la que todos esperaban mucho para los trabajos que habían de emprenderse posteriormente, y buscaba hombres á propósito para el trasporte de los útiles indispensables, así como tambien algunos macheteros, necesarios para nuestra propia defensa en caso de apuro, y á fin de que, con ayuda del instrumento que tan acostumbrados estaban á manejar, nos abrieran camino por entre las lianas, que con frecuencia cierran en absoluto el paso al traves de los bosques, y porque, aunque pocos tuvieran, habían de poseer más prácticos conocimientos del terreno que nosotros, que por primera vez íbamos á aventurarnos en zonas no recorridas por nadie. M. Recuero, hombre activo, que desde el principio nos manifestara gran voluntad, fuerte capitalista del país y el principal exportador é importador de toda aquella region, se puso desde luégo á nuestra disposicion, ilustrándonos con sus conocimientos, que nos fueron de gran utilidad. Siguiendo sus indicaciones, M. Wyse reclutó una veintena de hombres; pero demasiado habituados á la indolencia panameña y poco dispuestos á soportar los rudos trabajos y continuas fatigas de la expedicion, apénas si para nada nos fueron útiles, y poco á poco nos vimos en la dura necesidad de relegarlos á la ociosidad, á que tan acostumbrados estaban. Durante todo el tiempo que nos acompañaron, dieron motivos sólo para que á una apreciáramos la enorme diferencia que existía entre ellos y los que M. de Lacharme nos trajera, reclutados en el rio Sinu, de la provincia de Cartagena, verdaderos colosos de temple de acero para la ruda existencia de los leñadores de la selva vírgen, en los que nada hacía mella; hombres sobrios, infatigables, y que por completo nos pertenecieron desde el primer momento.

La llegada de la comision había causado gran ruído en la ciudad; apénas si se hablaba de otra cosa en toda ella, y en los primeros momentos, cuando eran muy pocos los que á punto fijo sabían el objeto de nuestra ida, se aventuraban conjeturas y se comentaba el éxito de los trabajos que cada cual suponía íbamos á emprender. Sucede en casi todos los casos de igual naturaleza que nadie se pára á considerar la posibilidad de que se realice el fin propuesto; así es que, ménos decididos y ménos animosos, ó, lo que es más cierto, ménos convencidos de que lo que más asustaba á los habitantes de aquellas regiones eran fábulas que en absoluto carecían de fundamento, nos hubiéramos vuelto sin aventurarnos en aquella exploracion, donde, segun ellos, á cada paso habíamos de hallar una muerte segura. Todos recordaban los que, habiéndose propuesto lo mismo que nosotros, habían sido asaltados y muertos por los bandidos, ó los que, perdidos en el bosque, habían sido víctimas del hambre y de la fatiga, ó los que, no pudiendo seguir adelante por la valla que las lianas les oponían, habían regresado sin ánimo para volver á empezar; mas hay que suponer que, ó tales cosas no habían sucedido, ó se referían á individuos que solos y llevados de cualquier fin se habían aventurado, pues no tenemos conocimiento de que ninguna comision ántes que la nuestra hubiera intentado realizar la exploracion, que era nuestro fin principal.

Nosotros debíamos partir en canoas y *bongos*, embarcaciones miserables del golfo, que no presentan comodidad alguna y que carecen en absoluto hasta de las más elementales condiciones, gracias á las que pueda uno considerarse seguro en ellas; mas quiso nuestra buena suerte ahorrarnos la intranquilidad que desde el principio parecía estarnos amenazando, y M. Aizpuru, presidente del Estado, se opuso á que nos sirviéramos de ellas, poniendo á nuestra disposicion un pequeño vapor, el *Taboguilla*, que, sobre reunir mejores condiciones para la travesía, tenía las comodidades necesarias para que no comenzáramos á experimentar desde luégo los peligros que todos para nosotros preveían; y no sólo fué esto, sinó que el Presidente,

llevado de su natural finura y exquisita amabilidad, se ofreció á acompañarnos, como así lo hizo, seguido de algunos altos funcionarios y varias notabilidades de Panamá.

La marcha estaba fijada para el 11 de Diciembre por la noche, por lo que á las seis y media de la tarde de aquel día pasamos á bordo, donde bien pronto nos tuvimos que convencer de que, si bien mucho mejor que en las canoas y *bongos*, no teníamos en el vapor las comodidades con que habíamos soñado. El *Taboguilla* está destinado á trasportar los pasajeros desde el apeadero del ferro-carril á los buques preparados á partir para cualquiera de los puntos del mar del Sur, y sus proporciones son bastante limitadas; carece casi en absoluto de cala, y el puente, por regla general, está casi siempre obstruído: en compensacion de esto tiene en la parte posterior un cómodo *spardeck;* pero cuando llegamos estaba ya ocupado por los treinta macheteros que con nosotros llevábamos, los que, sin esperar á que se les designara sitio, obrando sólo con arreglo á su voluntad, y procurando desde el principio ir lo más cómodamente posible, habían tomado posesion en él. Ademas de los exploradores debía aún embarcarse en el buque una fuerza militar, que iba destinada á relevar la guarnicion de Yawisa, en el Darien, y ademas, por hacernos los honores, cosa á la que, de poder, nos hubiéramos opuesto con toda nuestra alma, la música del regimiento de Panamá, y por último el Presidente con todo su cortejo y un buen número de panameños, que, aprovechando gustosos la ocasion que se les presentaba para salir de la monotona vida que de continuo hacían, manifestaron desde luégo los más vivos deseos de acompañarnos. Con esto, habiendo ocupado los puestos á medida que fueron llegando, soldados, macheteros, panameños, que ademas lo obstruían todo con sus redes y equipajes, los que llegaron despues, entre los que nos contábamos nosotros y el Presidente, hubimos de colocarnos donde fué posible, y no lo era sinó muy mal.



Chepigana.

Dejábamos en Panamá á nuestro amigo el doctor Viguier, no sin experimentar una grandísima inquietud por la causa que allí lo retenía. Bañándose un día en Puerto-Cabello, con el fin de aminorar un tanto el fuerte calor que sufría, sintió la picadura de un animal, al que no vió, razon por la cual no pudo desde luégo prepararse para lo que pudiera sobrevenir, y por lo que en un principio no hizo gran caso, creyendo que no tendría ulteriores consecuencias; pero poco despues, con gran sorpresa y dolor de todos, observóse que la pierna, que era el sitio dañado, comenzó á inflamarse, llegando dicha inflamacion á un punto considerable: poco despues la fiebre se apoderó de él, declarándose una flebitis de las de peor carácter. Con la mayor sangre fría nos había explicado el curso probable que su enfermedad tenía que seguir, y nunca olvidaré la im-

ponente calma con que nos exponía lo grave y comprometido de su situacion, en la que muy posible era, por cuanto había probabilidades, de que se diera una reabsorcion del pus que en el punto dañado de la vena se había formado, de lo que sobreviniera un absceso que pudiera salvarlo, ó de que parte del pus fuera arrastrado por la circulacion, en cuyo caso su muerte era inevitable; esto nos hizo experimentar durante muchos días grandes inquietudes, temiendo que el comienzo de nuestros trabajos fuera á ser señalado con una tan dolorosa pérdida. El doctor Viguier era un gran compañero, sabio y prudente, que se hacía querer y respetar de todos cuantos le trataban; sus conocimientos científicos nos habían sido ya muy útiles en distintas ocasiones, y temíamos, por todas las razones expuestas, que el médico de la expedicion fuera á morir sin haber tomado parte en lo que tanto nombre había de darle. Por fortuna, dos días ántes de nuestra partida, la segunda de las probabilidades que él anunciara se cumplió; el absceso se presentó, y con gran gozo le oímos decir que el peligro había pasado; pero no encontrándose aún en disposicion de emprender la marcha cuando nosotros partíamos, quedó en la ciudad esperando su completo restablecimiento.

Hacía una hora próximamente que nos habíamos embarcado, cuando llegó el Presidente, seguido de numerosa escolta, siendo recibido á bordo á los acordes de la música y con los disparos de un bonito y caprichoso castillo de fuegos artificiales. En toda la noche fué posible dormir; nos acomodamos de la mejor manera posible, pero por más que hicimos, no logramos conciliar el sueño; el ruído era grande, los macheteros y los soldados, gente alegre y de buen humor, no cesaban de cantar, saltar y bailar, sin dejar nada quieto; poner órden era imposible: las copas habían menudeado, por lo que bien puede decirse que no dependiendo de su voluntad lo que hacían, no podía ser tomado en cuenta: tuvimos, pues, que resignarnos á pasar el rato escuchando los acordes de la música, y hasta de esto nos vimos privados al poco rato, pues las sucesivas libaciones que habían hecho los músicos dieron lugar á que quedaran profundamente dormidos.

A las cinco y media de la mañana las primeras luces del alba nos dejaron ver la silueta del golfo de San Miguel. Frente al cabo Garachina el golpe de vista es admirable: la orilla, bastante elevada, desaparece casi totalmente bajo los árboles, de gran aprovechamiento, cuyo tronco forma una columna blanca, derecha y elevada, sosteniendo una magnífica capa de verdura oscura, cuya sombra se extiende algunos metros. Aquel espectáculo no tiene ninguna semejanza con esas enormes masas de ramaje desordenadas é irregulares, que es por regla general lo que constituye la selva vírgen; no se ve, en toda la extension á que la vista alcanza, ni una liana ni un epifito que en lo más mínimo destruya ni aminore siquiera aquella perfecta simetría y considerable desarrollo, pues desde el punto en que nos hallábamos, aunque difícil de calcular y teniendo presente lo mucho que la distancia hace decrecer los objetos, podemos decir, sin temor de equivocarnos, que algunos de aquellos magníficos árboles se alzaban á más de treinta metros.

Despues de habernos avistado con los de tierra, seguimos nuestra marcha, haciendo rumbo hacia Boca-Chica, una de las dos desembocaduras por donde el río Tuyra desagua en la bahía de San Miguel, y que con la otra constituyen los dos puertos del Darien meridional.

El istmo de Darien, que se halla comprendido entre los 7 grados 30 minutos y 9 grados 30 minutos de latitud N., y 79 y 61 grados 30 minutos longitud O., está separado del de Panamá por las montañas de San Blas. Se extiende hasta las llanuras de Choco, en el estado neo-granadino de Cauca, y hasta las montañas elevadísimas de Piriri, punto desde el cual, segun todos refieren, el 25 de Setiembre de 1513 Vasco Nuñez de Balboa había apercibido por primera vez las ondas agitadas del inmenso Pacífico.

El Darien se divide en dos partes: el istmo de San Blas, del que más adelante nos habremos de ocupar, y el Darien meridional, atravesado este último por una serie de escarpadas montañas, de las que las principales llevan los nombres de Cordillera de Llorana, de Niqui y de Mali. Esta cadena, y las que forman sus contrafuertes, son de alturas muy variables, observándose desde luégo que los montes en esta parte se aprietan más hacia el Atlántico que hacia el Pacífico, lo cual puede servir á explicar la carencia absoluta de río de alguna importancia hacia este lado, en tanto que dos grandes artérias recogen todas las aguas que riegan la region opuesta, y cuyos nombres son el Chucunaque y el Tuyra: este último recibe la corriente del Chucunaque, que se le une cerca del Real de Santa María, y desemboca en el golfo de San Miguel, despues de haber formado con su confluente el Sabana un magnífico puerto interior.

Las riquezas geológicas de aquella region son incalculables, pudiendo decirse que nunca se han estudiado como lo debían ser para su mejor aprovechamiento, que hubiera dado lugar á que fuera aquella una de las más florecientes regiones del globo. Las minas de oro de Cana, enclavadas allí, á pesar de los mal dirigidos trabajos que en ellas se llevaron á

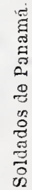
cabo y de lo mal explotadas que siempre fueron, eran las más productivas que se encontraban en toda la América central; y en cuanto á sus inmensas riquezas, hijas del terreno aquel, hoy día son aún desconocidas, excepcion hecha del Tagua, ó nuez de marfil, y del caoutchouc; pero este último producto, que hace unos veinte años constituía la principal fuente de riqueza de aquel suelo, está llamado á desaparecer ántes de muy poco tiempo, efecto de la bárbara forma en que su obtencion se lleva á cabo. Las grandes aplicaciones que en las artes, las ciencias y la industria tiene esta sustancia, han dado lugar á que las demandas sean considerables, y á que los precios se eleven: esto ha despertado la codicia, y en el afan de conseguir las mayores cantidades posibles, los que se dedican á la obtencion no se limitan á practicar incisiones en el árbol para obtener la savia excedente, sinó que lo destrozan por completo, sin pararse á considerar que es peor la cuenta que obtienen, dado que si es cierto que en un año obtienen grandes y beneficiosos resultados, en los demas no conseguirán nada, por quedar destruída la plantacion.

Hé aquí por qué, despues de un corto período de prosperidad, los habitantes del Darien han vuelto á caer en la miseria, siendo aún mayor la que les amenaza, por lo mal que han entendido sus intereses.

## XI

Continuacion de nuestra marcha remontando el río Tuyra.—Chepigana y sus botellas de cerveza.—Los autoctonos.—Las darienitas consideradas física y moralmente.

El extenso golfo de San Miguel, en cuya travesía empleamos dos horas próximamente, está rodeado de altas colinas, por detras de las cuales se elevan más altos picos. Por bello que sea aquel panorama, y por mucho que pueda recrear la vista, es justo confesar que nosotros, atentos al fin que nos había llevado tan léjos de la madre patria, estudiábamos más que nada lo que nos proporcionara una feliz resolucion, y, francamente, todo aquello, más que para nada, era muy á propósito para descorazonar á los que fueran en busca de un punto por donde abrir un canal, pues ni siquiera se apercibía la desembocadura del río. Despues de habernos dirigido, en la extension de unos diez kilómetros, hacia el punto en que las montañas parecen más amenazadoras, descubrimos por fin, entre la isla de Iguana y el cabo Colorado, una solucion de continuidad, detras de la cual se ensancha una gran bahía, cubierta de islotes, por cuyos pasos nos aventuramos inmediatamente. Allí pudimos observar una gran diversidad y una variacion infinita en la sucesion de las rocas plutonianas, á las que la verdura quita todo su aspecto seco y duro, arrebatándolas, digámoslo así, su fisonomía fea y fría, para cubrirlas con un manto que las hace agradables y bellas. Todavía en aquel punto las altas cimas parecen continuas; pero á una media cordada de un cabo se distingue un estrecho, cuyo largo será de unos cien metros, y en el que, los grandes remolinos que forman las violentas corrientes de las aguas, presentan una considerable serie de peligros, que sólo podrían ser evitados extendiendo la marcha diez kilómetros más arriba: pero atendiendo á que el buque en que íbamos era de muy poca cala, que la profundidad del canal era considerable, y que la Boca-Chica tiene tan sólo una extension de una media milla, la atravesamos con suma rapidez, empleando toda la fuerza de vapor con que se contaba, y poco despues nos encontrábamos en pleno Tuyra. Todavía en aquel punto veíanse algunos islotes esparcidos acá y allá; pero despues de doblar la punta en que se eleva la bella aldea que llaman La Palma, no se ve ante sí otra cosa que el frío y monotono paisaje de los ríos en todos los países de clima ardiente, una inmensa extension de agua inmóvil y verdosa, á la que apénas mueven los soplos ligeros de la brisa, y por todos lados, hasta el punto en que la vista se pierde, tierras bajas en la que crecen mangles, formando como una empalizada, y por donde la profundidad no llega siquiera á un metro. Aquí las altas colinas que limitan aquellas llanuras pantanosas é insalubres, le dan más agradable aspecto y hacen que el paisaje tome algu-



Soldados de Panamá.

na animacion. En el punto en que confluye el Sabana, sin duda por las fuertes corrientes que periódicamente trae este río, y que han lamido los bordes, llegando su fuerza hasta la orilla opuesta del Tuyra, éste se ensancha en tal grado, que adquiere perfecta semejanza con un brazo de mar; pero poco despues se estrecha al ser encauzadas las aguas, hasta no tener más de kilómetro y medio frente á Chepigana, punto al que llegamos á la una de la tarde. La llegada del vapor fué sin duda un verdadero acontecimiento; todos abandonaron sus trabajos y ocupaciones, y momentos despues de haber echado las amarras, vimos cómo para contemplarlo se agolpaba la poblacion entera sobre el pequeño montículo que domina la iglesia. Los trajes blancos ó claros de las mujeres, y el cuerpo semidesnudo y bronceado de los hombres, formaban un singular contraste y un cuadro no exento de animacion y belleza, de cuya vista gozamos algun rato.

Una vez llegados á este punto, pudo decirse que la mision se encontraba en su verdadero campo de accion: todo lo anterior no había sido más que preparativos para aproximarnos á él; pero la primera salida no pudo organizarse sin haber tenido que vencer serias y grandes dificultades. M. Wyse tuvo que trabajar y sufrir mucho para conseguir que se alquilaran algunas embarcaciones en que poder remontar el río, no porque faltaran, sino porque los




Tipos del Darien.

Chola. Zambo. India.

naturales querían aprovecharse de la ocasion, y sabiendo que nos eran de todo punto necesarias, pedían precios verdaderamente exorbitantes. La mediacion del presidente, M. Aizpuru, nos fué muy provechosa en aquella ocasion, pues gracias á su valimiento pudo conseguirse que por un alquiler relativamente arreglado nos fueran proporcionadas una canoa grande y algunas piraguas, embarcaciones todas construídas de troncos de árboles, y de las que algunas cargan varias toneladas. El trabajo de estas embarcaciones en aquel punto está todo hecho á mano, pues no emplean el fuego para ahuecarlas, como en otras partes; así es que una piragua, por poco grande que sea, exige algunos meses de trabajo.

En la mañana del día 13, el Presidente y nuestros numerosos y nuevos amigos se despidieron de nosotros, deseándonos cada uno por su parte el mayor número de felicidades, cambiamos fuertes apretones de manos y estrechos abrazos, nos dieron golpes en la espalda, señal de la gran confianza que entre todos se había establecido, y hacia las tres de la tarde el vapor *Taboguilla* levó sus anclas y zarpó con rumbo á Panamá.

La flotilla de que podíamos disponer estaba pronta, pero era necesario esperar el oleaje favorable: aprovechéme de aquella detencion para hacer una visita al pueblo, situado al pié de una pequeña colina, formada por superposicion de rocas, al borde de un pantano, cuyos efluvios son de todo punto perjudiciales para los extranjeros que llegan allá. Causa verdadera y profunda extrañeza observar que tan considerable mal podía ser remediado á muy poca costa, con lo que indudablemente se mejorarían las condiciones generales de aquel lugar: estudiada la topografía y vista la inclinacion de los planos, no aventuramos nada afirmando que dos días de trabajo bastarían para dar una salida natural y conveniente á las aguas. Tal vez otros ántes que nosotros hayan hecho esta observacion, y la hayan demostrado tambien; pero la indolencia natural es causa

allí de muy perniciosos efectos, que debían evitarse á toda costa, dado que tan limitado es el trabajo que tienen que realizar.

Todas las casas están construídas por medio de cañas de las que produce aquel suelo, y las demas piezas de madera que en su confeccion entran, están trabadas por medio de lianas, sin que haya sólo un clavo en todas ellas. No por esto son ménos fuertes, pues la consistencia de las amarras es tal, que pasan años y años sin que sufran el menor deterioro, y todavía no ha ocurrido un caso que los pudiera convencer de la necesidad de sustituír un medio por otro. El mayor número de aquellas casas tiene cuatro habitaciones, por más que haya algunas que se enorgullezcan de un primer piso, sin que por esto se advierta el empleo de ningun otro material. La techumbre está formada con un espeso lecho de hojas de palmera, que, por extraño que pueda parecer, no deja filtrar ni una sola gota de agua, por fuertes que las lluvias sean, y que es ademas un gran preservativo contra el calor; pero en cambio de estas ventajas, que ciertamente son considerables, tienen los gravísimos inconvenientes de que entre aquella hojarasca se refugian no pocos escorpiones y lagartos, y unas arañas de proporciones alarmantes, y en los aleros cuelgan sus nidos una especie de avispas cuya picadura es por demas dolorosa.

El mobiliario es aún de lo más elemental y primitivo; no ha llegado allá todavía el refinamiento de las construcciones modernas, ni conocerían los que de allí no han salido el uso y aplicacion de los muebles más usuales que hoy se empleau: lo corriente es hallar en aquellas casas una hamaca formada con grandes tiras, ó un catre de tijera, un mosquitero, una ó dos maletas que encierran todo el capital de la familia, efectos y valores, dos ó tres planchas, y á guisa de cocina, varias piedras que sostienen un caldero.




Tipos del Darien.

Zamba. Mulato. Mulata.

Las casas no guardan órden ni simetría; están esparcidas acá y allá, donde ha querido construírlas cada uno de los que allí viven. En la estacion de lluvias, aquello que llaman calles se convierte en lodazales inmundos, por donde es casi imposible transitar; el piso, movido por el continuo paso, y los anchos y profundos baches que las huellas abren, dan lugar á que se encenague de tal manera, que ningun camino, ningun campo puede llegar á tal punto, sin que á los vecinos les preocupe esto en lo más mínimo, por cuanto, siéndoles fácil evitarlo, lo dejan de aquel modo un año y otro: algunos ricachos adornan la porcion del suelo que coge delante de su casa con restos de botellas de barro que fueron en un tiempo envases de cerveza: en los buenos tiempos de la explotacion del caoutchouc, cuando aún las malas condiciones en que esta fuente de riqueza natural se explota no la había hecho decaer como hoy, efecto de la barbarie que han cometido por el exagerado afan de lucro, y cualquier hombre, por perezoso é indolente que fuera, podía ganarse diariamente cuatro ó cinco duros, se vació tal número de aquellas botellas, que calles enteras hubieran podido ser cubiertas en los fondos colocados de canto, y en el cementerio los límites de las sepulturas, las cruces colocadas sobre las tumbas, y hasta los nombres mismos de los difuntos, están formados con fondos de botellas que sin duda se rompieron despues de las orgías.

En los barrancos se revuelcan numerosos rebaños

de puercos flacos y huesudos como los lebreles, roídos por la lepra, que los hace tomar un aspecto asqueroso, y cuyos continuos gruñidos hacen recordar los gritos de defensa del jabalí: los *gallinazos*, sin que pueda decirse qué causa tienen para ello, se reservan para las ciudades, los *gentiles-hombres del Perigord* son sólo los únicos rivales que tienen los perros en la limpieza de los desperdicios. En presencia mía, muchos niños han sido atropellados y mordidos por aquellos inmundos animales, sólo porque los estorbaban cuando se hallaban rebuscando algun pedazo de desechos en un monton de basura, y no se comprende cómo con ellos tienen tanta tolerancia, pues no he visto que nadie coma su carne, ni áun siquiera la pobre y miserable gente que tan escasa se encuentra de medios de alimentacion. Aquellos cerdos, por otra parte, son los que alimentan una infinita variedad de gusanos y niguas, que por millares depositan sus huevos en los cuerpos vivos.

Los autoctonos de aquella region, los indios Cunas y Chocos, han ido poco á poco replegándose hacia el interior, por las violencias que sucesivamente han cometido con ellos unos y otros, ocupando en la actualidad las altas riberas del Tuyra y del Chucunaque. Completamente aislados de los darienitas, han demostrado siempre una energía y un valor nada comun, gracias á lo que han podido conservar su independencia, excepto en Paya. Algunas otras tribus ocupan el lado del Atlántico; pero ménos libres que las primeras, no pueden oponerse á las invasiones de los colombianos, que en el tiempo á propósito bajan á recoger el caoutchouc y la tagua.

La poblacion darienita, muy poco numerosa, pues apénas llega á dos mil almas, vive en los valles inferiores del Tuyra y del Chucunaque. Está formada por esclavos cimarrones, negros ó mulatos, cruzados de indios y algo mezclados con los blancos, los chinos ó los indios que fueron á Panamá como trabajadores del ferro-carril. El mayor número lo constituyen los negros casi puros, á los que por cortesía llaman pardos ó colorados, pues designarlos por medio del adjetivo *negro* sería inferirles la mayor de las injurias. Los mestizos, que tambien abundan allí mucho, y que llaman *zambos*, provienen de la fusion de estos colorados con los indios de la costa, indios bronceados de Chiriqui ó indios rojos del Perú: los indios del Sur han heredado el vigor y la belleza, el hermoso color de la piel; los indios de Chiriqui, la sobriedad, la paciencia, la dulzura, el amor al trabajo y la sumision á la disciplina. Casi todos tienen unas gotas de sangre azul (que así llaman ellos á la sangre de los blancos), pero en muy pequeña cantidad: el verdadero mulato es muy raro en el Darien, y áun se hallan ménos individuos que procedan del cruzamiento de los blancos con los indios.

Gracias á lo que en su ascendencia tienen de los indios primitivos, deben el conservar algunos caractéres distintivos, que no los acusan como pertenecientes en absoluto á la raza negra, y uno de ellos es el cabello, que no lo tienen duro ni ensortijado: con frecuencia se ven muchos individuos cuya cabellera es fina, brillante, y sólo con ligeras ondas: á estos afortunados, pues por fortuna se tiene entre ellos esto, los llaman *cholos*, y entre ellos se encuentran los hombres más fuertes y las mujeres más hermosas.

Por regla general, los hombres tienen un desarrollo muscular considerable; al primer golpe de vista parecen fuertes, como atletas que se criaran para terribles luchas. Las rudas ocupaciones que tienen que desempeñar, dado el atraso considerable en que se encuentran, los duros oficios de cazador y de cautcheros, que así se llaman allí los que se dedican á las operaciones de la busca y recoleccion del caoutchouc, los meses enteros que pasan en las vírgenes selvas, y las largas travesías que por agua llevan á cabo, sirviéndose para impeler sus piraguas sólo del remo ó de la palanca, serían causas de que adquirieran un considerable desarrollo, disfrutaran de una complexion robusta y un vigor nada comun; pero nada de esto llegan á tener, por la falta de todos los cuidados en el período de la infancia, la insuficiente alimentacion y muy poco á propósito, las intemperies, los mil accidentes de la vida del bosque, y sobre todo la embriaguez, á que son tan aficionados, causas que dan lugar á que sean muy raros los adultos bien formados. Los ancianos son muy raros, pues por lo que dejamos dicho se comprenderá lo muy difícil que es allí la prolongacion de la vida; apénas si se encuentran hombres de edad avanzada más que entre aquellos que no son hijos del país y que nunca se hayan ocupado de las rudas faenas propias del cautchero.

Para resumir, diremos que los darienitas son dulces, hospitalarios, generosos y serviciales; pero estas cualidades naturales, que tanto los distinguen y que mucho les harían valer, las ahogan poco á poco en una vergonzosa embriaguez. Todo lo sacrifican á la bebida, sin que haya nada que los pueda contener; se privan de todo, hasta del alimento necesario, á fin de poder satisfacer su perjudicial pasion por el anisado, que no es otra cosa que un aguardiente al anís, pésimamente fabricado y muy fuerte, que se elabora en el país mismo, y es sin disputa lo que consumará su total ruína. Por desgracia tambien, lo expenden á muy bajo precio, de modo que está al alcance de todos, por pobres y

miserables que sean: bajo la perniciosa accion de tan fatal bebida, aquellos individuos, tan pacíficos y buenos de ordinario, se hacen insoportables, moviendo una cuestion por la cosa más insignificante; una simple broma, que en su estado natural haría, cuando más, vagar la sonrisa en sus labios, estando ébrios es causa de sangrientas querellas, de las que ordinariamente resulta algun muerto, y muchas veces varios, pues el machete que emplean, ancho y tajante, produce siempre mortales heridas. En otros países el respeto que se tiene á los tribunales de justicia, el temor al castigo, que persiste siempre áun en medio de la más completa embriaguez, detiene siempre á los hombres en la comision de los delitos; pero allí no hay ni tal respeto ni tal temor; los tribunales de justicia no existen, el peso de la ley no se ha hecho sentir jamas, y de aquí que siga aquel estado anómalo, muy semejante al primitivo, en que les encontraron los descubridores. Las autoridades de Panamá, que son las que tienen jurisdiccion en aquel punto, están muy léjos: así es que no bien uno ha cometido un crímen, se oculta en la selva vírgen, donde ordinariamente tiene su trabajo, el cual continúa como si nada absolutamente hubiera hecho, y sin que nadie se cuide de molestarlo ni de buscarlo. De esta manera pasan algunos meses, durante los que la cólera y los deseos de venganza de la familia del asesinado se extinguen, y entónces el criminal vuelve tranquilamente á la ciudad, y, lo que es peor, á sus antiguas costumbres, que lo llevan á la reincidencia.

El poco arreglo y cuidado de aquellas gentes, sus imprevisiones, sus vicios y el constante deseo de no hacer nada que pueda serles reproductivo, son causas de que siempre estén á la merced de algunos traficantes de Panamá, los que, conociendo su manera de ser y de vivir, se aprovechan de cuantas ventajas encuentran, para que, despues de muy poco tiempo en sus goces, permanezcan el resto de su vida en el más miserable y precario estado en que pueden hallarse hombres. Todo lo que ganan, y áun mucho más que esto, lo gastan, ó por mejor decir, lo tiran en muy poco tiempo, por lo cual siempre están recargados de deudas, que crecen y crecen por los intereses exorbitantes con que les hacen los préstamos, y en lo que ellos no se paran, con tal de recibir fondos que por dos ó tres días les permitan dedicarse á su vicio favorito. Cuando los apuros crecen y se hallan frente á sus acreedores, cuya accion está garantizada por la ley, y sobre todo por la costumbre, suelen entrar de mozos ó *concertados* en las casas de los que llaman patrones, que en el mayor número de los casos se encuentran en un estado tan precario como el de ellos. Si hemos de decir verdad, esta esclavitud es bastante llevadera, y se someten á ella sin murmurar, muchas veces toda la vida. La costumbre es que los concertados tomen en casa de los patrones los útiles, herramientas y vestidos que les hagan falta; y de tal manera se arreglan ellos, que las deudas, en vez de decrecer, aumentan hasta un punto tal, que no pueden librarse en toda la vida.

La ocupacion que ordinariamente se les da á los mozos es la recoleccion del caoutchouc y de la tagua, pues en toda aquella region no conocen otra clase de trabajo. El suelo, como llevamos dicho, es fértil, y á muy poca costa, y áun con ménos esfuerzos, podrían conseguirse grandes resultados para todos; pero la natural indolencia de sus poseedores llega á tal extremo, que ni uno siquiera se ha preocupado todavía del necesario cambio de industria que hay que efectuar, toda vez que los citados productos se dan cada día en menor cantidad, como se ha dicho,

## XII

Mujeres que fuman el cigarro por la punta encendida.—Niños y pilluelos.—Trajes y costumbres.

En el Darien no deja de haber mujeres que llaman la atencion por su belleza; pero es comun y corriente que la que un día se hallaba bien, al siguiente haya cambiado: lo que podemos llamar flor de la vida pasa en ellas muy pronto, y cuando tienen los años en que se diría en cualquiera otro país que una mujer comienza á vivir, allí están ajadas y parecen decrépitas. Tales efectos son hijos de la precoz y frecuente maternidad, del exceso de fatiga que les causan los rudos trabajos á que de ordinario se dedican, la falta de cuidado, el absoluto desconocimiento de la higiene, la mala alimentacion y la afi-

cion que tienen tambien al anisado, que, aunque mucho ménos que en los hombres, las domina tambien. Resultado de esto son las grandes alteraciones, que inutilizan por completo á la mujer ántes de tiempo, causándole frecuentes enfermedades y dando lugar á que, segun la sangre que en ellas domine, se hagan obesas ó se tornen flacas como esqueletos. Por regla general, todas las mujeres de aquellas regiones abusan extraordinariamente del trabajo, teniendo la curiosa manía de aspirar el humo por la parte encendida del cigarro, pues pretenden y afirman que de ninguna manera más que de ésta es



Mujer zamba y niño enfermo.

como se le puede tomar el gusto al tabaco. El aprendizaje comienza muy pronto, pues yo he visto no pocos muchachos que tiran el cigarro para tomar el pecho de la madre; debiendo advertir que los negrillos no dejan de mamar sinó cuando tienen ya algunos años.

Más galantes que en muchos países civilizados, los hombres no consienten ni permiten jamas que sus compañeras se ocupen de los duros trabajos del campo, ni de ninguna otra tarea dura ó penosa. Jamas se ha visto ni es posible ver á una mujer cargada con bultos de algun peso, por corta que sea la distancia, y mucho ménos remar en una piragua. Aunque sus dueños y señores pasen la mayor parte del tiempo léjos de sus hogares, ocupados en coger caoutchouc y haciendo la recoleccion de la tagua, vuelven siempre á la aldea para las siembras y los trabajos que tienen que realizar luégo que el arroz ha granado; por muy léjos que estén los terrenos en que hayan de permanecer más ó ménos tiempo, nunca llevan á sus mujeres, que no tienen otra cosa que hacer sinó cuidar de la casa y la cocina, lavar la ropa y atender á sus hijos; pero tal vez por cuestion de clima son pocas las que los limpian, viéndose algunos por las calles que hacen pensar si faltará el agua en absoluto en toda aquella zona. Todos los deberes de la mujer como madre de familia en aquel país están reducidos á los siguientes: amamantar á sus hijos hasta que lleguen á la edad de tres ó cuatro años, lavar las ropas de las hijas pequeñas, castigar alguna que otra vez á los muchachos, y llevar cargado á la cadera al que




Negrillo fumando y mamando.

aún no anda; con esto están limitados todos sus deberes: la que tal hace se la considera como una buena madre, y nunca ellas se preocupan de más. Es muy frecuente ver por las calles á los chicos que aún no pueden andar, gateando por cima de los montones de basura, revueltos con los perros y los cerdos, que los muerden ó los revuelcan en sus carreras, todo lo cual puede servir á explicar por qué es tan excesiva la mortalidad de los niños en el Darien, y el poco crecimiento de la poblacion, que apénas se hace sensible, á pesar del exorbitante número de los que nacen. He conocido allí mujeres que han tenido doce hijos y que no han sabido conservar uno siquiera: las viruelas, los accidentes de la vida que se les deja hacer y las insolaciones, producen en las criaturas de corta edad más bajas que cualquiera de



Darienita con su hijo.

las terribles epidemias que azotan á una region, y los que llegan á conservar la vida se ven con los miembros deformes, efecto de las caídas y de la total falta de precaucion, y con todo el cuerpo cubierto de cicatrices de heridas que se infirieran ó de mordeduras que de los animales que por todas partes pululan recibieran, siendo lo más repugnante que presentan un enorme y abultado vientre, gravitando sobre unas piernas torcidas y flacas. El observador que ménos atencion preste á esta clase de asuntos, no podrá ménos de extrañar el considerable número de niños afectados por hernias umbilicales. Son feos y repugnantes; pero, alcanzando más précoz desarrollo que los blancos, su fisonomía brilla por la vivacidad que los anima, sin que pasen de aquí, pues desde la edad de siete ú ocho años, en que sus cuerpos se forman y fortifican, el espíritu se paraliza y la inteligencia deja de desenvolverse. El poco cuidado que á los niños se dedica tiene ademas otras causas, aparte de las que enumeradas dejamos, como resultados del clima y de lo poco atendidas que son por sus padres, pues en ello entra por mucho la gran relajacion de costumbres que se advierte, y la facilidad con que las uniones y las separaciones se llevan á cabo.

Las mujeres llevan aún el antiguo traje de las criollas, ó sea una ligera enagua de algodon, blanca y ligera, adornada con uno ó más volantes, sobre los que hay estampadas algunas guirnaldas de colores chillones. Sobre los corpiños, de mangas muy cortas, van tres guarniciones parecidas, pero tan descotadas de una parte y otra, que generalmente llevan

el pecho y las espaldas descubiertos. Sus cabellos, partidos por medio de una raya abierta sobre la cabeza, caen formando dos trenzas, cuando no son muy crespos ó lanudos, y si son de esta clase, de modo que no puedan trenzarse, los dividen en diez grandes mechones, y los arrollan formando cocas. Muchas de ellas ostentan grandes peinas de oro, zarcillos macizos fabricados en el Choco y guarnecidos con perlas de insignificante valor, procedentes de las pesquerías de Panamá, y algunas flores naturales entre el cabello constituyen el tocado favorito de aquellas mujeres, á las que la falta de aseo é higienc hace desmerecer tanto. Frecuentemente gastan un sombrero de paja muy parecido al de los hombres, y el mayor número de ellas andan descalzas, reservando para los días de gala pequeñas zapatillas de color verde ó rosa.

En la ciudad el traje que los hombres gastan es sumamente sencillo: una camisa de algodon blanca ó listada, un pantalon, y rara vez zapatos. Cuando van al trabajo su traje es más sencillo aún: apenas han pasado de la última casucha, se despojan de las ligeras prendas que hemos enumerado, las ocultan cuidadosamente en cualquier escondrijo reservado, que sólo ellos conocen, para recogerlas cuando vuelvan, y marchan llevando sólo un modesto paño rodeado á la cintura, sujeto con un cordon cualquiera y unas *abarcas*, consistentes en unas suelas sujetas al pié por tiras de cuero, que anudan á la pierna, sustituyendo el sombrero de paja por un pañuelo enrollado y bien apretado á la cabeza. Es de advertir que, sea cualquiera el traje que lleven, nunca se separan del machete, y muchos en el bosque llegan hasta á prescindir del traje tan primitivo que hemos descrito, conservando sólo un pequeño pedazo de tela, al que llaman la *pampilla*, y muchas veces hasta éste desaparece, quedando sólo en su lugar el cordon que una ú otra cosa sujetaba.

Este cordon es la parte más importante de la vestidura de un darienita; es el primer calzon de los chicos, pues de cinco y diez años no llevan sobre su cuerpo otra cosa, y necesario es que se acostumbren á este económico cinturon, y que endurezca y apergamine la piel de las caderas, porque más tarde aquélla servirá para sostener el pedazo de tela de que hemos hablado, el eslabon, la bolsa del tabaco, y, en una palabra, todos los objetos que nosotros llevamos en la mano ó en los bolsillos.

A pesar de todo, la cuerda roza muchas veces la piel, y como si fueran viejos rocines matados por el aparejo, los hombres tienen en los flancos un considerable número de cicatrices.

# XIII

Los mosquitos y los insectos.—Los gusanos y las niguas destructores de los dedos.—Los pedícuros intertropicales.

A las nueve en punto de la noche emprendimos la marcha, ocupando nuestro séquito varias piraguas ó *champas* y una gran *canoa*, en la cual monté yo con la mayor parte de los blancos que formaban nuestra expedicion. Esta embarcacion tendría próximamente unos veinte metros de largo por dos de ancho, hecha de un solo tronco de árbol: la quilla tiene una forma casi cilíndrica, por lo que el equilibrio es casi imposible, y al menor cambio que se operaba en la distribucion que del personal habíamos hecho, uno sólo que se inclinara hacia un lado ó hacia otro la hacía volcar de una manera tal, que teníamos que reponerla, temiendo á cada momento que, volcándose por completo, fuéramos todos á dar en el agua.

Como la gente era mucha, el espacio que quedaba libre era bastante limitado, siendo imposible por esta razon acomodarse para descansar, bien que nunca hubiéramos podido conciliar el sueño, á causa de los muchos mosquitos que durante toda la noche nos asediaban. Sin este terrible inconveniente, la expedicion al Darien durante la estacion seca sería una verdadera partida de recreo, pues á pesar de los ardores del sol, la temperatura en las horas que se inclinan los abrasadores rayos se templa mucho con los agradables soplos de la brisa.

Pero existen los mosquitos, y en tal cantidad, que hasta mi pluma tropieza con estos abominables insectos, que los semitas suponen hijos de Belcebú, el príncipe de los demonios, de los que sólo hablaré ahora á fin de no volver sobre este enojoso asunto, y en el temor de que estos perniciosos bichos acaben con nuestra paciencia, consiguiendo la victoria.

Segun cuentan, Simeon el Stilita pasó cuarenta años sobre una columna, haciendo méritos para ganar el cielo: es más seguro aún que si tal penitencia se hubiera impuesto viviendo en cualquiera de las regiones del Darien, las hordas rabiosas que por todas partes nos asaetean y punzan le hubieran hecho bajar ántes de muy poco tiempo. En aquel país, el primer cuidado de todo viajero que intente recorrerlo, ha de ser proveerse de un buen mosquitero, y el

segundo fijar toda su atencion en que ni el más ligero boquete, ni la más sensible desunion de las mallas, pueda dejar paso á estos bebedores de sangre, pues de lo contrario no podrá dormir ni descansar un momento sin que su piel sea aguijoneada por ellos y empapada con el veneno que sin cesar destilan, el que si bien es cierto no puede causar la muerte, basta, sin embargo, para producir excitaciones febriles y un picor que no puede resistirse.

El célebre y distinguido naturalista Lionnet ha pasado veinte años de su vida en estudiar detenidamente y á conciencia la oruga del Sana, trabajo delicado, para el cual se necesita toda la gran paciencia de que están dotados, los que nacen con decidida vocacion para las ciencias; pero no existe ni puede ningun estadista, por avezado que á los cálculos se halle, y por práctico que en ellos se encuentre, que nos diga los siglos de siglos que serían necesarios á un hombre decidido para estudiar á la perfeccion los *tipules*, *œstras*, y todas las tropas con armas y uniformes tan variados, de aquella legion de insectos que en el país del Sol lucha y llega por asalto hasta el rey de la creacion. Nadie podrá enumerar, no ya los individuos, pero ni áun las clases diferentes, las especies en que están divididos y subdivididos aquellos espantables animalejos, más venenosos los unos que los otros, pues no los hay que dejen de ser dañosos y perjudiciales al hombre, y de los que cada uno, como llamados al desempeño de una mision precisa, ha escogido la hora en que tiene que desempeñar sus funciones y el terreno que debe ser su campo de accion. Unos os perseguirán por la noche, no dejándoos descansar, otros os asediarán por el día haciendo imposible todo trabajo; unos os esperan bajo la sombra de los copudos árboles de la selva vírgen donde pudiérais encontrar algun reposo, y otros os persiguen en el sol para aumentar vuestros quebrantos: hay algunos que nacen y mueren en los pantanos, y otros que sólo verifican en ellos sus primeras trasformaciones, y áun abundan ciertas especies que depositan sus numerosas larvas en los cuerpos vivos. Por no molestar, y sólo como de paso, mencionaré los imperceptibles *jejenos*, que á causa de su exiguo tamaño no se ven, cuando han causado dolorosísima picadura, los enormes *maringoas*, los *zancudos*, llamados así por el enorme desarrollo que sus patas alcanzan, los *alús*, los tábanos, los *congos*, que constituyen una variedad de los anteriores, aunque son mayores y presentan reflejos metálicos, los bravos y los *rodadores*, cuyos nombres sólo bastan á dar una idea de sus cualidades.

Los gusanos pertenecen á diferentes especies, y sus huevos, puestos ya solos ó en grandes cantidades, producen numerosas larvas, que, sumergidas profundamente en la carne, abren grandes grietas y agujeros. Para hacerlos salir, que es el único medio de curacion que tienen aquellas malignas y dolorosas pústulas que se forman, hay necesidad de sumergir en ellas jugo de tabaco, con lo que los gusanos asoman la cabeza fuera y hay que sacarlos uno por uno. Hay otro insecto, de peor carácter aún, y que sólo pone el gérmen, por el cual se ha de



Tocado de una darienita de posicion.

aumentar considerablemente su número, en las narices del hombre ó en las de los grandes animales, y que dan por resultado la muerte segura, pero en medio de los más horribles y crueles dolores. Los accidentes de esta clase son por fortuna en muy corto número, gracias á la precaucion de los mosquiteros, que nadie olvida.

Las niguas no pertenecen á la clase de los dípteros; pero las costumbres y caractéres que presentan aquellas pulgas de los trópicos (*pulex penetrans*), les dan toda clase de derechos para ser colocadas muy cerca de los gusanos. Cuando la hembra advierte que es llegado el momento de poner los huevecillos, procura, y al menor descuido lo consigue, introducirse por completo en la carne de los piés, y con preferencia entre las uñas. Los huevos, que van creciendo poco á poco, van haciendo que el vientre que los contiene se extienda hasta adquirir las proporciones de un grueso guisante; este animal llega á no ser todo él más que un apéndice de su vientre, y muere bien pronto. Hasta llegar á este estado, son muy pocos los que advierten que albergan en sí

tan peligrosos huéspedes; pero cuando aquella bolsa, por la madurez natural á que llega, se rompe, brotan de ella una multitud de larvas, que al que se desarrollan, van royendo los tejidos que en su al rededor tienen, y no pasa mucho tiempo sin que se haya formado una pústula purulenta: los dolores que causan son terribles, y, lo que es aún peor, si no se acude á tiempo, producen con harta frecuencia la muerte. Esto es causa de que en aquel país sea muy frecuente encontrar personas en abundancia con los piés deformes, y no pocos que casi en absoluto carecen de uno, cuando no de los dos. La prudencia aconseja, y es necesario hacerlo, si quiere estarse tranquilo, que todas las noches vean los piés personas expertas, que puedan decir cuándo en ellas se han albergado niguas, y que sean hábiles y diestras en extraer los sacos de huevos de que hemos hablado: esta operacion, por insignificante que pueda parecer, causa no pequeños dolores, y deja siempre malos recuerdos al desgraciado que tiene que sufrirla. Se lleva á cabo con unas pequeñas y finas pinzas, y el pedícuro por su parte debe usar de un sin igual cuidado y una habilidad extrema, á fin de que no se rompa la membrana que envuelve las larvas y se esparzan en la cavidad practicada por la hembra productora: despues de practicada la operacion, llenan toda la incision hecha con ceniza de tabaco para que se destruyan todos los gérmenes que puedan haber quedado, pues en este caso buscarían abrigo á mayor profundidad, y harían imposibles los remedios, obligando á las más terribles operaciones. Aseguran los indígenas que toda persona que despues de esto se moja, es acometida inevitablemente por el tétano. Esta creencia está tan arraigada en los naturales, que un día en Pinagona M. Wyse, apénas salido de las manos del pedícuro, sintiéndose muy molesto, se decidió á tomar un baño, y apénas conocido su intento, una multitud considerable de habitantes de aquel pueblo se agolpó á la orilla, procurando hacerle desistir de su propósito, habiendo algunos que, manifestando demasiado interes, querían apartarlo de allí á viva fuerza. Nuestro amigo, muy poco impuesto aún de las prevenciones de la ciencia local, y que ignoraba la opinion de aquellos que le rodeaban, miraba incierto á todos lados, como queriendo hallar el peligro que le amenazaba y del que querían advertirle, y no viendo nada que á su juício pudiera contenerle, bañóse al fin, sin que posteriormente experimentara incomodidad alguna; mas no puede esto en modo alguno servir de regla, ni probar que aquellas gentes carecieran de razon, pues se ha observado que, no causando mal alguno para los blancos, son esencialmente mortales para la gente de color.

## XIV

El Tuyra y sus paletuvios.—Laguna de Matunsacrati.—Los caimanes darienitas.—Sus cuevas.—Cómo los matan y cómo los ahogan.

En su parte inferior, el río, cuya profundidad excede de siete metros, tiene por muchos puntos un kilómetro de ancho. Sus riberas son muy bajas, fangosas, y muchas veces inundadas en largas extensiones, ó cortadas á cada instante por arroyos confluentes, que se ensanchan por el reflujo que la marea produce. Sólo el paletuvio puede arraigar en aquellos pantanos, donde toda la demas vegetacion es imposible, por lo cual, cuanto alcanza la vista es triste y monotono en demasía.

Sobre la orilla derecha, cuando se ha pasado ya el ancho estanque que se forma á la parte arriba de Chepigana, se encuentra una laguna inmensa, que se extiende paralelamente al río, en una longitud de muchas decenas de kilómetros, y cuya vista sólo inspira un indecible terror. Segun cuentan, ni uno solo de los imprudentes que se han atrevido á aventurarse en ella ha podido salvarse; sólo conservan memoria de un raro caso, que por lo extraordinario lo refieren, acaecido á unos soldados españoles, que defendiendo un fuerte, en el pasado siglo, se vieron desalojados por los indios que los atacaban; obligados á dispersarse, algunos, que eran perseguidos muy de cerca, se vieron en la necesidad de atravesarla, haciéndolo con tan buena fortuna, que llegaron salvos á la orilla opuesta, habiéndose servido únicamente, para tan peligroso viaje, de una sencilla balsa. El temor que tal laguna inspiraba ántes se aumentó desde entónces, pues los fugitivos contaron haber visto enormes aligatores y terribles serpientes acuáticas, que en toda la travesía no dejaron de perseguirlos, por lo que hasta los más decididos se miran mucho ántes de atreverse á pescar en los arroyos que desaguan en el lago. Los que blasonan de despreocupados, que en todas partes abundan, cuando oyen hablar de tales monstruos

y horribles animales, alzan desdeñosamente las espaldas, pues segun ellos todo aquel sitio lo único que tiene es que está encantado; desde el momento en que se aproximan á las orillas del Matunsacrati se está perdido, segun dicen, si se separan los unos de los otros, pues un espíritu maligno que destruye los ecos hace cambiar y recambiar tanto los sones de la voz, que hace imposible el que los cazadores puedan acudir al llamamiento de los patrones, y volver, por tanto, á encontrar sus piraguas.



Darienitas vestidas con la *Pollera*.

De muy buena gana nos hubiéramos aventurado por aclarar el misterio. En la hipótesis de un canal que pasara por el Darien, aquella extension de agua, de la misma manera que la dieron los Lagos Amargos en el corte practicado en Suez, hubiera podido abrirnos paso, evitando de este modo el que más tarde la compañía tuviera que hacer trabajos para la mejoracion del Tuyra; pero por desgracia el tiempo nos ha faltado siempre, y en aquella ocasion, que tan necesario nos era, faltónos para explorar lo que aquello fuera, aunque nuestra opinion es de que tal vez sea sólo un pantano formado por el desagüe de algunos ríos.

Apénas rayaba el alba cuando fondeamos en la isla de los Aligatores, rodeada de llanos, en los que bien pronto un número considerable de aquellos

animales vinieron á tenderse al sol. Estos saurios, segun se ha podido observar, sólo permanecen en el agua el tiempo necesario para proporcionarse el alimento que necesitan, pues aman apasionadamente el calor, y su gozo supremo lo encuentran en poder estirarse tan largos como son y revolcarse en una playa seca y consistente: aquella grava pavorosa se halla en muchos kilómetros hacia la parte de arriba, y lo mismo en el sentido contrario, razon porque es el lugar donde parece se dan cita los señores caimanes, que acuden desde puntos bastante retirados. En aquel sitio los grandes y fuertes devoran sin compasion á los pequeños ó débiles, y ninguno de aquella repugnante familia cuyas dimensiones sean menores de cuatro metros, se atreverá á comparecer en aquella asamblea de grandes devoradores, pues parecen saber que su muerte es segura; y gracias á tales usos, ninguno se atreverá á molestar en lo más mínimo á los grandes patriarcas, que por su parte, y fiados en su considerable poder, se toman cuanto terreno quieren para dormir con toda comodidad sus siestas.

En aquel *lugar de eleccion*, el río, limitado por la isla que avanza bastante, forma una curva sumamente pronunciada, el agua es profunda, los ribazos de la orilla derecha, que se hallan cubiertos por el el agua, están tal vez cortados á pico y probablemente llenos de cuevas superpuestas como los nichos de los cementerios españoles.

La cueva es un agujero estrecho y profundo, en el que el animal entra arrastrándose: allí se oculta completamente, y en la quietud espera la presa que ha de devorar para su alimentacion. Estas cuevas se encuentran más frecuentemente en los charcos, en excavaciones bastante profundas á veces, que se agitan en remolinos: en los demas sitios no se hallan caimanes, por lo que se puede nadar y permanecer en el agua sin el menor cuidado. Despues de todo, por espesa y fuerte que sea la coraza con que están protegidos, sobre la cual botan las balas sin atravesarla, á pesar de su enorme quijada, armada de formidables dientes, que imponen espanto, y de la poderosa fuerza de su cola, con uno de cuyos golpes podrían con suma facilidad hacer pedazos cualquier canoa, por fuerte que fuera, aquel repugnante bicho es tan cobarde, que no ataca jamas al hombre. Los pescadores de manatí en la Loma de Cristal y en las lagunas de Cacarica me han contado lo siguiente: Habiéndose apercibido de que algunos grandes caimanes se aprovechaban de su sueño para venir á quitarles tiras de carne de las que ya tenían preparadas para que se fueran curando, se pusieron en acecho, y efectivamente pudieron convencerse de la verdad; poco despues los aligatores, creyéndose seguros como en las anteriores noches, llegaron á hacer su presa, y saliendo de sus escondites repentinamente los que los aguardaban, cayeron sobre ellos, haciéndolos huir á palos, que eran las únicas armas de que disponían. Este relato, hecho por personas que nos merecen entero crédito, desmiente en absoluto todas las fábulas y cuentos que acerca de la ferocidad de dichos bichos se refieren, y de las tenaces y duras resistencias que oponen.

Cuentan tambien que los caimanes, sin hacer el más ligero movimiento en defensa propia, sin que intenten huir siquiera, se dejan comer la cola por los tigres, y que no bien escuchan el ronco grito del más poderoso individuo de la raza felina, abandonan lo que más agradable pueda serles, cuidándose sólo de correr atropelladamente para zambullirse en el agua, que es únicamente donde se encuentra seguro. Los dos Verbrugghe, mis grandes amigos, para quienes las Américas, por grandes que sean, no tienen secretos, pues las han recorrido en todas direcciones, sin dejar una selva ni un bosque por explorar, y que han recogido los más ciertos y verídicos datos de boca de los naturales mismos, me han dicho repetidas veces que este hecho es cierto, pues en todas partes sucede lo mismo.

Aseguran que los aligatores mueren muy tarde, habiendo algunos que llegan á una longevidad considerable, sin dejar nunca de crecer; así es que llegan á ser algunos de dimensiones extraordinarias. Cuando tienen cierto número de años comienzan á cubrirse de escamas verdosas y múltiples excrescencias, gracias á las que adquieren gran semejanza con un grueso tronco encenagado. Estos son los más peligrosos y perjudiciales, por cuanto la dureza de sus conchas y su excesivo peso son causas más que suficientes para que decrezcan en agilidad y se vean imposibilitados de coger el pescado al paso, como en ellos es costumbre, y hostigados por la necesidad es cuando acometen terriblemente á los ganados y al hombre. Un tal Juan de Pinogana, hermano de uno de los macheteros que con nosotros venía, y que es el que nos ha referido el caso, viajaba tranquilamente en una piragua cuando observó, con gran sorpresa y espanto, que uno de aquellos monstruos lo seguía muy de cerca, con su enorme boca abierta, dispuesto ya á atacarlo. Instintivamente, y casi sin darse cuenta de lo que hacía, armó su escopeta y procurando una cierta puntería, hizo fuego: apenas partida la bala, él se encontró en el agua, pues la piragua había sido hecha pedazos por un terrible golpe de la cola del animal; por fortuna el disparo había sido perfectamente hecho, y el monstruo, herido ó asustado, escapó, dejándole ganar la orilla á nado. Sobre el Bayano, y bastante cerca de Jesus y María.

que así se llama una plantacion de cañas de azúcar, propiedad del doctor Cratochvill, un caiman de nueve metros de largo y lo ménos dos de circunferencia había cometido tales destrozos, que obligaba á estar siempre en guardia á los habitantes del pueblo, y á pesar de toda la vigilancia y de las precauciones que se tenían tomadas, había devorado á dos infelices. Cuando un hombre se aventuraba en una piragua, aquel enorme aligator la rondaba, siguiéndola en sus evoluciones; despues sacaba su inmundo cuerpo, y levantando una pata y apoyándola en cualquiera de las bordas, la hacía naufragar; si una canoa estaba fondeada, se le veía lo más cerca posible, con el rugoso lomo por cima del agua y su tragadero enorme abierto, esperando tranquilamente carne fresca. Despues de los muchos sustos que había hecho sufrir en un buen espacio de tiempo, durante el cual nadie tenía seguridad completa, dos metros más allá del escalon de su casa, y en el que muchas piraguas y canoas habían sido destruídas por el terrible anfibio, una bala bien dirigida puso término á la ansiedad en que vivian, matando al tan temido caiman.

Cuando uno de estos bichos llega á hacerse temible por estar en la edad en que acomete al hombre y á los ganados, como dejamos dicho, el medio que emplean para librarse de ellos es preparar un fuerte anzuelo con un pato, que es el menor bocado de un caiman, el cual se amarra á un fuerte cable: tan pronto como el animal ha mordido el cebo, tiran de la cuerda para sacarlo á tierra, saliendo tan fatigado, que despues lo rematan á hachazos, como si fuera una oveja ó cualquier otro animal inofensivo.

Otro de los medios de que suelen valerse es el siguiente: á una de las extremidades de un fuerte cabo de hierro amarran un pedazo de madera, y en la otra un agudo gancho, el que envuelven cuidadosamente con las tripas y los despojos de un animal, y todo así preparado, lo arrojan al agua. El caiman, tan pronto como traga el engaño, se ve obligado á arrastrar todo lo que lo constituía, el pedazo de madera se engancha entre las hierbas ó entre las matas y al tirar lo hace sobre el puntiagudo gancho que lleva en las entrañas, concluyendo por destrozárselas y matarlo.

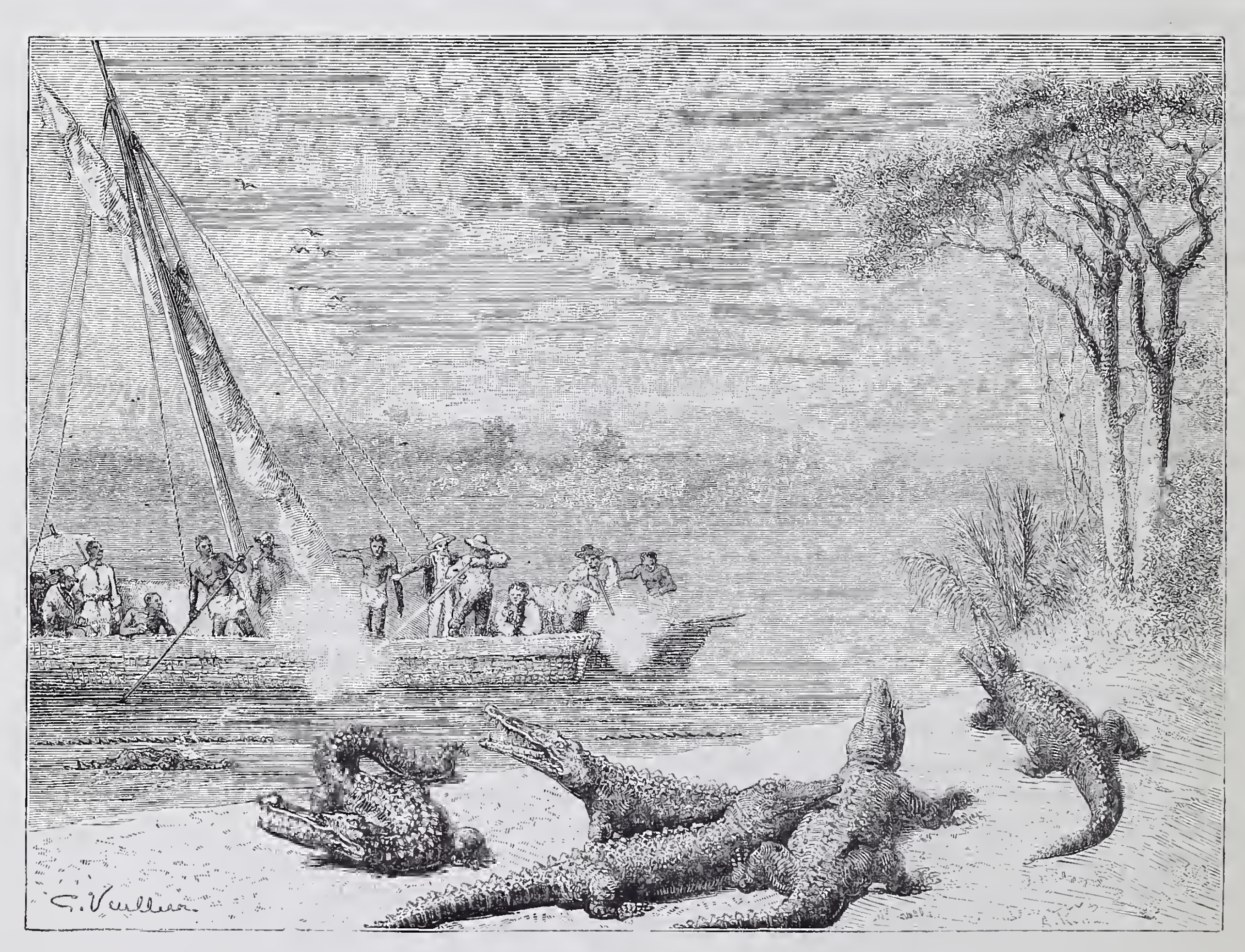
Lo más difícil que hay es poderlos matar de un solo golpe, pues es necesario para ello que la bala le dé en el ojo, ó en un sitio muy próximo á él, ó que interese algun órgano importante, al traves de la piel del vientre, que es mucho más blanda que la del resto del cuerpo, en que los proyectiles botarían sin causarles el menor daño. Generalmente se contentan con tirarle con postas: el aligator tiene *mala carne*, como dicen los naturales, y las heridas más insignificantes se le curan con gran dificultad, hasta tal punto, que basta que un solo plomo le haya entrado por cualquiera de las junturas del cuello ó por debajo del vientre, para que algunos días despues aparezca muerto en cualquiera de sus escondrijos.

Generalmente los caimanes duermen con la boca abierta, teniendo la mandíbula superior casi vertical; el menor ruído basta para despertarlos, y entónces, sea cualquiera la causa que lo haya producido, se arrastran penosamente hacia el agua, describiendo zig-zag: cuando huyen ó persiguen alguna pesca en tierra, corren con gran celeridad, y sin la menor dificultad se vuelven hacia la derecha ó hacia la izquierda, no siendo cierto, por tanto, lo que algunos refieren, que, por efecto de su natural organizacion, no pueden volverse de un lado á otro, sin describir una curva de un radio igual al largo de su cuerpo; cuando avanzan de este modo son terribles, y dudo mucho de que ningun hombre pueda escapárseles. En el agua nadan tambien muy deprisa, siendo muy de notar que jamás hacen uso de las patas para efectuar estos movimientos, sinó que sólo con la cola pueden sostenerse y avanzar.

En las ciénagas pantanosas, cuyas aguas son muy poco profundas, hay muchos que se divierten en ahogar los caimanes. Para esto escogen uno que no puedan inspirar mucho cuidado, y cuyas dimensiones no excedan de tres ó cuatro metros, y á fuerza de molestarlo por cuantos medios encuentran disponibles, consiguen que abandone el campo, obligándolo á que se oculte bajo las hierbas acuáticas de que todos aquellos contornos están llenos, ó bajo el movible tapiz que sobre las aguas forman las hojas de nenúfar: una vez en cualquiera de estos lugares, procuran por medio de golpes ó tiros que los asustan, que salgan de ellos para buscar otro refugio; en su carrera lo siguen, hostigándolo siempre y arrojándole los objetos que sujetos á largas cuerdas llevan prevenidos, cuidando siempre de que no pueda sacar la cabeza de debajo del agua, á fin de que no puedan respirar el aire libre, que les es tan necesario para la vida, y con lo que ántes de mucho el animal sucumbe. Esta diversion extraña y rara, á la que son muy pocos los que se dedican, no está exenta de peligros, pues con frecuencia en los montones de hierba, bajo las hojas ó entre el cieno con que enturbian las aguas, se esconde uno de estos monstruos, que, en vez de abandonar el lugar de defensa que arbitrara, al sacudir la cola puede muy fácilmente romper la embarcacion. Entónces los papeles se truecan, y el cazador, que poco ántes creía segura su presa y se veía dueño del animal, es cazado á su vez casi irremisiblemente, pues aturdido por el primer golpe, que nunca esperara y cayendo al agua sin estar prevenido y sin contar con medio ninguno

de defensa, casi nunca se libra de ser triturado entre las feroces mandíbulas del inmundo anfibio.

M. de Lacharme, que encontraba un singular placer en las diversiones de este género, ha estado á punto de ser víctima en repetidas ocasiones. Tenía un campo muy á propósito para esta distraccion en la ciénaga de Betena, considerable laguna atravesada por el río Sinú, en la que abundan prodigiosamente los caimanes; él mismo me ha referido que en la estacion seca, cuando las aguas están sumamente bajas y las bandadas de pescados de toda clase han emigrado hacia la parte baja del río, por encontrar allí mejores condiciones de vida, por un miserable pez que se pierda ó detenga en cualquiera de los lugares próximos á los agujeros donde moran, sesenta ú ochenta de aquellos monstruos terribles salen en su persecucion, dándose espantosas batallas, en las que los hocicos se enredan y las enormes colas azotan el agua, haciéndola formar espuma.




Caza de los caimanes.

# XV

El Real Viejo.—Pinogana, nuestro cuartel general.—Vuelta á Chepigana.

Más abajo de la isla de los Aligatores, la anchura del río decrece de una manera considerable, hasta no llegar á tener más que unos trescientos metros por término medio: el Tuyra, cuya corriente anterior era casi recta, sin presentar dificultad alguna, principia á presentar sinuosidades que cada vez se acentúan más; los ribazos se elevan y sólo se hallan sumergidos por algunos puntos, dentro del agua, ó los cubre ésta en las altas mareas ó en las fuertes avenidas; los manglos se encuentran sostenidos por otras especies vegetales, comienzan á aparecer las dianas, siendo por algunos puntos tan exuberante su vegetacion, que la selva entera, troncos, ramas y hojas, se encuentra cubierta como por un manto, que oculta por completo las formas de los árboles, arrebatándoles, digámoslo así, toda su individualidad. No hay allí ni órden, ni concierto; hacia cualquier parte que se mire no se ven más que montones de verde follaje, tan intricado y espeso, que nadie puede decir á qué rama pertenecen unas hojas, ni de dónde parten los troncos que la sustentan, formando una red tal, que apenas deja paso á los rayos del sol. No pocas veces aquella verde alfombra, tapizada acá y allá por brillantes flores, parece como que se derrama y llega hasta el mismo borde de las aguas.

Un poco ántes del punto en que se une el río Chucunaque con el Tuyra, los puntos fangosos, ó sean aquellos en que se extienden las aguas en la orilla, sin tener despues libre curso, se encuentran poblados de unas razas plantas de hojas cordiformes cuyo largo se extiende á varios piés. Más tarde se rodea una pequeña isla, el Real Viejo, excelente posicion en la que los españoles, miéntras fueron poseedores de aquel territorio, sostuvieron un fortin. En el punto de confluencia, el río se ensancha de nuevo; la extension baja y pantanosa se prolonga sobre las orillas del Chucunaque, la artéria mayor del Tuyra y la que deberá imponer su nombre. Desde que se entra en el valle superior del Tuyra, el paisaje cambia por completo; el río no pasa de ser un bello arroyo de suave y mansa corriente, cuyos bordes se levantan adornados de una vegetacion alegre y variada, y allá en el fondo se ven destacar las altas montañas del Piriri. Parece que el alma se ensancha ante aquel golpe de vista, mucho más cuando ya no es uno continuamente aterrorizado con el relato de siniestros acontecimientos, efecto de peligros que se han dejado atras y de los que dejamos hecha mencion.

La noche aquella la pasamos en un pueblo llamado el Real de Santa María, en la casa de una honrada y sencilla familia, que permitió, sin oponer el menor reparo, que suspendiéramos nuestras hamacas en sus estacas, y allí, bajo el amparo de los mosquiteros, porque de otra manera hubiera sido imposible, nos entregamos al descanso, que tan necesario nos era, procurando reponernos de los largos insomnios que en las piraguas llevábamos sufridos. A las dos de la madrugada nos levantamos, disponiéndonos de nuevo á continuar nuestra interrumpida marcha, á fin de poder tambien aprovechar el flujo que comenzaba en aquella hora: al amanecer nos encontramos delante de Molineca, el pueblo más miserable y pobre que se encuentra en el Darien, y al mediodía llegábamos á Pinogana, poblacion que no cuenta arriba de doscientas almas, y donde se encontraba desde la víspera M. Wyse con el resto del personal, procediéndose inmediatamente á la formacion de brigadas. Ya en aquel pueblo, que, formando contraste con el anterior, es el más limpio y mejor situado de cuantos en aquella region pueden encontrarse, se había instalado la bonita empalizada que fué desde entónces nuestro cuartel general, y donde se organizó cuanto era necesario para nuestras atenciones. El 18 de Diciembre, al ser de día, los preparativos estaban acabados, los instrumentos en regla y como hasta una docena de piraguas cargadas.

Aquel mismo día H. Wyse me dió sus instrucciones, á fin de que desde luégo comenzara el estudio de la hidrografía, que me confiaba, sobre toda la extension del Tuyra marítimo y sobre el régimen

de las mareas en Chepigana, dándome por adjuntos á M. Balfour, un escocés al servicio del Gobierno del istmo y á Lenoan, contramaestre de maniobras.

En la mañana siguiente nuestro ingeniero en jefe, M. Celler, comenzó los trabajos con sus brigadas, que formaban en total cincuenta y tres hombres, treinta y ocho indígenas y quince de los individuos que componían la mision. La primera, dirigida por M. Millat, estaba encargada de determinar el nivelamiento, para lo que tenían que servirse del nivel de burbuja de aire y el sondeamiento del río; la segunda estaba encargada del plano del Tuyra. M. Gerster y M. Musso un día, M. Barbiez y M. Sosa otro, tomaban las alturas y á la mañana siguiente calculaban sus observaciones, é iban de este modo levantando poco á poco el mapa de aquella region. A M. Bixio le estaba confiada la organizacion de los campamentos y todo lo referente al servicio general.



Vista de Molineca.

Luégo que las operaciones, bien organizadas, comenzaron á marchar de acuerdo, haciendo todo prometer los más felices resultados, M. Wyse, que, como hemos dicho, no descuidaba nada y estaba atento para prevenir cualquier contratiempo que pudiera ocurrir, remontó el Tuyra para que al llegar nosotros á aquel punto fuéramos bien recibidos por los indios que allí habitan, y que no sabíamos, dado su carácter díscolo y salvaje, cómo tomarían la visita intempestiva de tanta gente, que había de realizar trabajos de los que no tenían más remedio que extrañarse; al mismo tiempo su objeto principal era observar toda la cordillera para asegurarse de cuál era el cuello más bajo y que ménos dificultades había de presentar para la apertura del paso que todos deseábamos. En cuanto á mí, los estudios que se me habían confiado me retenían en Chepigana, y allí continué, dedicando á ellos cuanto cuidado me fué posible, á fin de no defraudar las esperanzas que en mí hubieran podide fundarse, y héme aquí volviendo á descender por la corriente del Tuyra en una piragua tan cargada, que el agua casi tocaba á los bordes, preocupado con los sondajes y midiendo ángulos, perfiles y traviesas.

El primer día que salimos lo efectuamos á las dos de la tarde, y no volvimos al Real de Santa María hasta que las sombras de la noche lo invadieron todo, haciendo imposible la continuacion de los trabajos.

Durante los días siguientes, seguí en la misma ocupacion, experimentando el mismo terrible aburrimiento, y teniendo por único pasatiempo la diversion brutal de hacer fuego sobre los caimanes que duermen en la fangosa orilla con la boca desmesuradamente abierta; nuestros disparos nunca consiguieron más que despertar al animal, que inmediatamente se ponía en precipitada fuga, cerrando sus enormes quijadas, sin que nunca pudiéramos alcanzar á ninguno. He llegado á creer posible que al repugnante anfibio se le pudiera coger de la manera



Nuestro cuartel general en Pinogana.

siguiente: un hombre valiente y animoso, procurando hacer el menor ruído posible, se acercaría al animal, yendo provisto de un corto palo, aguzado por ambos extremos, que colocaría entre las mandíbulas abiertas entónces del caiman: dando un grito en seguida, despierta, y al querer cerrarlas se clava la traviesa, la cual va sujeta con una cuerda, de la que se tira fuertemente, sin que el animal pueda escaparse de ningun modo y sin que le sea posible intentar ninguna defensa, por lo cual puede uno acercarlo á la canoa sin temor ninguno á los formidables golpes de su cola. Cuando comuniqué mi pensamiento á ciertos indígenas de los que me acompañaban, todos afirmaron que este medio se empleaba en el país; pero no conozco á ninguno que lo haya visto poner en práctica.

Al cuarto día la piragua llegó á las costas de Chepigana, donde inmediatamente, á fin de no perder un momento, organizamos el servicio para la mejor observacion de las mareas. Un frances, Luis Gral,



Real de Santa María.

antiguo marinero del comercio, y que, sin que sepamos por qué motivo, se encontraba en aquel país, fué el que nos preparó todo el material necesario, incluso una choza que, aunque bastante estropeada y un tanto podridas las pajas que formaban su techumbre, estaba admirablemente situada sobre una punta formada por superposicion de rocas en el mismo sitio en que teníamos colocados nuestros aparatos para la medicion de las alzas y bajas que pudieran ocurrir. Estos se encontraban bastante expuestos, y hubiéramos podido temer cualquier avería que nos causaran las embarcaciones que surcaban el río por aquel punto; pero teníamos muy presente, contándolo como una garantía, el terror supersticioso que experimentan los negros al ver todo instrumento destinado á observaciones científicas, y en los que su ignorancia les hace ver sólo amuletos ó *grigriz*, como ellos llaman, para causar maleficios.

Gral tenía un hijo pequeño de cuatro meses, bastante bello, muy fuerte y bien formado, y que jamas lloraba. Sin duda llevado de los gratos recuerdos del hogar, que por nada ni por nadie se pierden en el mundo, yo le tomé tres ó cuatro veces para hacerlo saltar cariñosamente sobre mis rodillas; pero como aquí es costumbre tener á los pequeñuelos completamente desnudos, á los pocos minutos me veía obligado á soltarlo, pues mis manos se mojaban con el abundante sudor que su cuerpo segregaba: no ha dejado de llamar siempre mi atencion cómo pueden maniobrar y no ocurren más desgraciados accidentes; cómo no caen al suelo con frecuencia aquellos chicos que con tanta facilidad se escurren, y más aún cuando generalmente los llevan sobre el anca del caballo, rodeados por el brazo materno, posicion en la que parecen ir muy cómodamente, y la que no abandonan hasta que pueden tenerse por sí solos.

Empleé algunos días en imponer á M. Balfour de las observaciones de la marea y de meteorología. Espero que podré reunirme con M. Wyse en Paya

hacia mediados de Enero. Estamos en Pascua de Navidad, fiesta que dura aquí una semana, y en la que todos los habitantes vienen al pueblo; los cautcheros, aunque estuvieran en lo más duro y apartado de la cordillera, se apresurarían á venir: todo el día se pasa en jugar y beber, y toda la noche en beber y bailar. La diversion favorita de la gente jóven consiste en tocar sin interrupcion la trompa marina, dicho lo cual, dejo á la consideracion de todos si es posible descansar durante aquellas fiestas, á lo que hay que añadir que los devotos del pueblo manifiestan sus sentimientos religiosos repicando las campanas.

La iglesia de Chepigana no es más que una gran choza, parecida á las demas cabañas del lugar; pero para los días especiales de gran fiesta levantan un estrado, sobre el que suspenden dos campanas, y el hombre piadoso, armada cada una de sus manos con una piedra, hiere con toda la fuerza de su brazo el metal sonoro: otros no ménos celosos le acompañan con un tambor y salvas hechas con disparos de fusil.

# XVI

El Tuyra en alta marea.—Las tortugas.—Paisajes agradables, naturaleza espléndida.—El estanque de la Palma.—La casa y el caserío de D. Federico de los Ríos.—La familia, la propiedad y la religion en la tierra de Darien.

Como he dicho, mi objeto principal al abandonar el cuartel general, segun indicaciones del digno jefe que nos dirigía, había sido estudiar las mareas, su desarrollo y crecimiento en el puerto de Chepigana; pero repetidas observaciones me convencieron bien pronto de que este estudio local no podía darme datos exactos, como los necesitábamos, de la marcha del Tuyra, y por esta razon aproveché algunos días que me quedaban para ir á la Palma, donde el río, al confluír con el Sabana y reunirse las corrientes, ensancha su cauce, formando un inmenso estanque ó laguna, lugar que naturalmente habíamos designado todos como puerto interior del canal que se proyectaba, y que tanto deseábamos ver terminado.

El día 2, segun mis deseos, fué botada de nuevo nuestra canoa al agua: el trayecto que teníamos que recorrer era próximamente de unos diez y ocho kilómetros; hacía un tiempo hermoso; ni una nube oscurecía el espléndido azul del cielo, y ningun viento contrario podía retardar nuestra marcha; estábamos en la época de las altas mareas. Por el Tuyra navegan algunas flotillas de troncos de árboles; algunos gigantescos *bongos* ó *quippos*, que llegan á tener hasta treinta metros de largo y dos metros de diámetro, se encuentran acá y allá como cosas allí nacidas. Nosotros descendíamos muy lentamente, hasta el punto que, dada la inmovilidad de las aguas, apénas abríamos surco ninguno, ni parecía que operábamos el menor movimiento, varios *marsuinos* pequeños y no pocas tortugas, engañados por nuestra aparente inmovilidad, se aproximaban á cada instante: nosotros, por nuestra parte, teníamos bien preparados nuestros fusiles, pero aquellos animales sólo tienen las fauces abiertas, y no sacan la cabeza fuera del agua más que el tiempo necesario para salir de su error; así es que ninguno de nuestros disparos pudo alcanzarles, gracias á la rapidez con que se sumergían. En aquella época del año, las tortugas abundan extraordinariamente en el Tuyra, pues es el tiempo en que remontan su corriente para ir á depositar sus huevos en los bancos de arena de la parte alta del río. Sus nidos están dispuestos de muy hábil manera, pues la excavacion que practican la cubren despues tan bien y es tal el disimulo, que nadie diría existe allí un nido. En cada uno de ellos depositan catorce ó quince huevos de cáscara apergaminada, que constituyen un manjar muy suculento y muy buscado; la coccion que se les hace sufrir no basta nunca á coagular lo amarillo de este huevo.

Siguiendo nuestra marcha, doblamos el cabo de Seteganti, sobre el cual los españoles tenían establecido un fortin, del que aún quedan algunos restos: despues las dos riberas comienzan á separarse rápidamente la una de la otra y se penetra en el ancho fondeadero que forman el Tuyra y el Sabana en su punto de confluencia.

En tanto que la navegacion que se efectúa es por río, apenas si se experimenta el menor cuidado, y

tranquilamente se abandona uno á sus aguas, aunque el cauce sea tan ancho como el del Tuyra, pues por débil y mal dispuesta que sea la embarcacion en que uno vaya, por malas que sean las condiciones de la piragua en que uno se aventure, se sabe perfectamente que aunque los vientos comiencen á silbar con fuerza y las olas á hervir, inquietándose las aguas y agitando la corriente, siempre queda sobrado tiempo para, sin precipitarse demasiado, tomar cualquiera de las calas naturales que con frecuencia se hallan en las orillas, sobre las que de antemano se sabe que los choques no son de inminente peligro: pero toda la seguridad que pueda tenerse y toda la confianza que se lleve hay que perderla al



Entrada de Pinogana.

encontrarse en un estanque de las extraordinarias dimensiones del de La Palma. Instintivamente se hacen cosas en las que ántes ni siquiera se pensaba; se cuida hasta con solicitud de los menores detalles de la maniobra, se vigilan los menores movimientos, se reconoce repetidas veces el casco, y no se separa la vista del horizonte ni un momento, á fin de estar prevenidos muy á tiempo de cualquier peligro que pueda amenazar, por insignificante que sea: atentos á las menores variaciones que sufra el aspecto del mar, se pregunta uno repetidas veces si los límites en que se mueve son simplemente azotados por una corriente de aire que por casualidad cae sobre la líquida extension, ó si son agitados por ráfagas que es necesario evitar á toda costa; y estos pensamientos y estos temores que sin querer van embargando el ánimo, fueron causa de que en aquella ocasion las conversaciones y las historietas fueran sustituídas poco á poco por un imponente silencio.

Nuestros marineros manifestaban cada vez más vivos deseos de llegar al puerto, para lo cual se daban cuanta prisa podían, pues ellos sabían por experiencia, como nacidos en aquel terreno, que los peligros eran mayores que lo que parecían; sabían que el río es ancho, que las aguas son cenagosas y profundas, y que abundan en la corriente pérfidos remolinos que irremisiblemente arrastran al fondo á

los mj ores nadadores. Cada resto de cualquier cosa que ven flotar sobre la superficie constituye para ellos uno de esos tan temidos caimanes, capaces de destruir con la eola las mayores embarcaciones, ú otro de los tan atroces monstruos que suponen crecen detras de cada rama; afirman tambien que en un caso desgraciado nunca podría considerarse como afortunado el que consiguiera llegar á las orillas, pues de tal naturaleza son, que en ellas no hay más remedio que morir ahogado en el cieno que en su mayor parte las constituyen, ó perecer de hambre, pues no crecen allí otras plantas que ruínes manglos. Podría parecer, sin embargo, que la vista del delicado panorama que nos rodea debía destruir todo temor, por vago que fuera, para dar lugar sólo al encanto y á la admiracion, pues en pocas partes se podría gozar de un golpe de vista tan encantador, y en pocas orillas como en aquellas habrá tanta armonía, tanta belleza y tanta gracia. Detras de la ancha zona de pantanos, que en aquel sitio son tan bajos que apenas puede distinguirse si pertenecen al río ó á la tierra, y donde crecen los paletuvios de millares de raíces y poderosas ramas, se levantan elegantes colinas y pequeñas montañas, agradabilísimas á la vista por la fresca y esplendente vegetacion que en ella florece. Las especies vegetales que crecen allí varían hasta el infinito, segun la altura y el suelo, de modo que los tintes más claros ó más oscuros hacen cambiar los matices de aquel soberbio manto con que la naturaleza espléndida se engalana. Aquí las bajas ramas asemejan espacios cubiertos de mate terciopelo; más allá pequeños arbustos forman inmensos y caprichosos bordados que se distinguen en la selva vírgen; en otro lado sacuden al viento sus inmensos abanicos verdes los eocosbellos; los palmeros con sus largos penachos oscuros alternan acá y allá con los *quippos*, esos árboles gigantescos que se reconocen áun en medio de la más espesa aglomeracion de verde follaje, y sobre los picos de las altas colinas se hallan los platanillos, muy parecidos á los bananos. No es posible, aunque busquemos y rebusquemos palabras á propósito, encontrar las que puedan servir, no á expresar lo cierto, sinó á dar una ligera idea siquiera de la incomparable dulzura de aquellas infinitas transiciones, cambios y desleimientos de matices. Ningun contraste pasa desapercibido, pues en aquella armonía todos los tonos se mezclan sin confundirse. Detras de las colinas y por todas partes se ven asomar las cimas elevadas de la cordillera, semejantes á los dientes de una sierra y los picos más agudos del considerable Piriri; pero tan léjos, tan distantes, que nadie podrá afirmar la realidad de su existencia pues á pesar de la fuerza y de la trasparencia del aire, cualquiera diría que son sombras caprichosas de nubes que flotan en el espacio; sólo se distingue como un vapor de azul más brillante que el del cielo.

Las casas de La Palma ocupan una cañada en lo más espeso del cerro de la Puntita, que obliga al río Tuyra á describir una curva considerable á la parte de arriba del golfo de San Miguel, su fondeadero.

No bastando á contener todas las casas la cañada, y siendo demasiado abrupta la costa, ha sido necesario construír un buen número de habitaciones sobre estacas, casi tocando la ribera, y sobre la grava de los guiparrales, y naturalmente en el tiempo de las altas mareas el mayor número de estas casas no puede comunicarse con tierra sinó por medio de piraguas. Algunos *señores*, deseando obviar este inconveniente, han establecido un puente ó rambla, gracias al que, cuando hay necesidad, se pasa desde el elevado piso de su casa al lugar donde ya no alcanzan las aguas.

El distinguido Sr. Gregorio Santa María, al que tuve la fortuna de encontrar en Pinogana, donde como un cumplido caballero se había puesto á mi disposicion, prestándome cuantos auxilios creyó necesarios y pudo, nos esperaba en el punto de desembarque; bien pronto, y gracias á él, los mozos quedaron instalados en un pequeño establo situado sobre la colina, y Leonan y yo en el lugar que había servido de cocina en tiempo de su difunta esposa, pues él en aquella época estaba á pupilo en casa del señor Federico de los Ríos.

Algunos momentos despues, durante los cuales descansamos un poco de nuestras pasadas fatigas, nos sentamos á la mesa del Sr. Federico de los Ríos, quien desde luégo nos acogió con la sin igual cortesía y exquisita finura, propia de los españoles, que distingue á los americanos del Sur, cualquiera que sea el color que tengan y la raza á que pertenezcan. El Sr. de los Ríos, aunque demasiado moreno, pues casi tira á negro, tiene una bella figura de europeo inteligente y apasionado. De más de cuarenta años, el Sr. Gregorio Santa María es de orígen exclusivamente africano, pero desciende seguramente de alguna tribu de Peuls. Su rostro ovalado tiene rasgos acentuados y muy regulares. Será difícil encontrar una fisonomía que respire más honradez y más dulzura que las que se advierten en aquel rostro negro, coronado de cabellos de una blancura inmaculada, como las patillas que le rodean.

El almuerzo fué abundante y de lo más escogido que pudo hallarse en el Darien, interesándome sobre todo la gran variedad de alimentos que existen para reemplazar el pan; arroz cocido, luégo asado, bananas verdes cocidas bajo la ceniza, legumbre dura, indigesta y sin sabor ninguno, y esto es, por consi-

guiente, lo que constituye la base de la alimentacion de aquel país, y por último, las patatas dulces, las iguanas y las yucas, tubérculo este último de un sabor delicioso, siendo grandemente de sentir que todas las tentativas que se han realizado para aclimatarla en nuestro suelo hayan sido infructuosas, y una especie de oto, que por fortuna carece de fibras en absoluto. Por toda bebida lo que allí emplean es el agua; pero sin duda por obsequiarnos aquel día alcanzaron de las tablas de los vasares algunas medias botellas de un líquido que un día debió ser vino, pero al que el tiempo, el clima y las fermentaciones habían convertido en un licor nauseabundo, imposible de tomar, á ménos que no hubiera gusto en arrojar todo lo que se ha comido. Para postres algunas frutas del país, escasas y malas, pues allí, como entre nosotros, poco es lo que que puede conseguirse sin el trabajo y sin la cultura, y por último, una taza de chocolate sin azúcar.

La artista que había preparado la comida no era otra que la *querida* del Sr. Federico de los Ríos; esbelta y bella jóven de diez y ocho años próximamente, en la plenitud de la vida y con toda la frescura de la edad. Es una zamba (sangre mezclada de indio y negro). La calma y la dulzura de sus ojos, la expresion aniñada y candorosa de su fisonomía, su hermosa y abundante cabellera negra, partida en dos gruesas trenzas negras, avanza hasta caer sobre sus mejillas; su cara prolongada, que debe á sus rojos antepasados, la boca grande, los lábios gruesos y la nariz aplastada que debe á sus abuelos de Africa. Lo que más llama la atencion es la sin igual finura de sus manos y las formas perfectas de sus mórbidas espaldas y de sus torneados brazos. Su tez ha conservado el oscuro color del indio, pero ha perdido el tinte de hollin de los negros, color que se hace sumamente agradable á la vista. Lo mismo que sucede á las demas zambas, pues es regla que no tiene excepcion, ahora empieza á engordar y llegará sin duda á ponerse disforme, como todas sus congéneres, pero hasta ahora le sienta á las mil maravillas el desarrollo que ha adquirido; á los veinte años sin duda aquellas airosas curvas que hoy seducen se romperán, formando mazas que desagradan siempre; á los veinticinco las mujeres de aquella raza llegan á un punto tal de obesidad, que apenas si pueden distinguirse los rasgos de su fisonomía. Las espaldas, demasiado carnosas, están prolongadas por unos brazos que se parecen mucho á grandes jamones curtidos, y nada quiero decir del enorme volúmen de su pecho ni de su vientre.

En el Darien el matrimonio regular, ó sea la union legítima de un hombre con una mujer para miéntras vivan, es casi desconocido, sin que de esto pueda sacarse la consecuencia de que las costumbres estén más pervertidas que en otra cualquier region; al ménos tal cosa puede decirse de los que llevan allí una vida sedentaria, que generalmente son solos los hijos del país, y por lo general se distinguen por el buen arreglo de sus casas, por la recíproca fidelidad que se guardan los que se reunen respecto hacia las compañeras de otros, y el amor á los hijos, virtudes que abundan entre ellos á pesar del poco freno que la religion impone á gentes que en la principal de las instituciones para la vida, en la que sirve de orígen y fundamento á la familia, no le hace tomar participacion ninguna, sinó que atienden sólo á la inclinacion de la voluntad; que si bien es cierto que en muchos casos une á los séres con falsos lazos, no es lo ménos que lo mismo sucede en los países donde á la religion se le hace desempeñar un gran papel en la contratacion de los vínculos.

Esto que decimos con respecto á los naturales, no podemos hacerlo extensivo á la poblacion flotante, compuesta en su mayor número de individuos que han sido llevados allí por el afan de lucro, arrastrados por los elevados jornales que se pagan á los dedicados á la busca del cautchouc, y que proceden de las peores clases sociales de Panamá y Cartagena, poblaciones de las que muchas veces escapan huyendo de la persecucion de la justicia por crímenes que han cometido, y que van á refugiarse en aquellas regiones: considerados bajo el punto de vista de los vicios, es sumamente imposible, si no difícil, encontrar algo peor, pues pocos serán los que los aventajen en borracheras, en pereza y en costumbres disolutas; á cualquier parte donde fueran serían un elemento de corrupcion y un ejemplo de vida licenciosa y depravada; nada les importa el tiempo que malgastan ni el dinero que dilapidan, y tal es su manera de vivir, que aunque diariamente ganaran un centenar de pesos, volverían siempre á sus casas en un estado pobre y miserable. En medio de esto, que, como fácil es comprender, es muy de lamentar, hay que hacerles la justicia de confesar que no son ni brutales ni ladrones. Entre estas gentes sólo un pasajero deseo ó un capricho es lo que preside á las uniones de hombres con mujeres; así es que apenas si tienen duracion, excepto en un limitado número de casos, y es bastante frecuente ver que una mujer con todos sus hijos pasa de la noche á la mañana desde la choza de un cartagenero á la de un panameño, sin que les llame en lo más mínimo la atencion, ni sea entre ellos motivo de resentimiento ó de disgustos. Las costumbres son éstas, y por raro que pueda ser, no las han reformado en el considerable número de años que llevan viviendo en aquellas regiones. Por

regla general, estas reprobadas uniones, que con gran prevencion miran las gentes del país, se dan al volver de alguna expedicion en la que hayan obtenido pingües ventajas, y en ellas preside un interes mezquino, pues siempre son preferidas las que mayor cantidad de cautchouc tienen.

Esta falta de matrimonios consagrados por la ley ó por la religion, no debe en manera alguna atri-



La querida en su cocina.

buírse á falta ó perversion del sentido moral, ó á instintiva repulsion por las cadenas del matrimonio. Cierto es que el negro no manifiesta aficion ninguna por los contratos, y que no hay nada en el mundo que deteste tanto como las moratorias, plazos y formalidades que entre nosotros son los forzosos preliminares de la constitucion de la familia; pero. á más de esto, hay otras varias causas que pueden explicarnos esta rara manera de constituir lo que allí tambien debe llamarse matrimonio. Esta institucion, bajo el punto de vista civil, no es necesaria, por cuanto la propiedad apénas existe. Los únicos inmuebles que podrían ser inventariados son las miserables chozas en que habitan: los muebles son de lo más sencillo, primitivo y rudimentario que puede imaginarse; no existen adornos ningunos, sinó lo puramente necesario de todo punto, y esto malo y tosco, como que no existe cultura ninguna que pue-

Habitacion de un rico darienita.

da llevarlos á la reforma. El suelo pertenece siempre al primero que llega: el que encuentra un terreno que por cualquier circunstancia le puede convenir, lo desbroza, lo labra, lo planta y se aprovecha, sin que nadie, sea el que sea, reclame un derecho, ni áun nominal, sobre aquel terreno. No existe nada que pueda equivaler á dotes, pensiones ni testamentos. Lo que un hombre deja al morir, va naturalmente, sin que haya legislado nada sobre el particular, á la mujer que con él vivía y á sus hijos, y no es posible que nadie entable discusion ni pleito sobre objetos que tan escaso valor tienen.

En cuanto al matrimonio religioso, se comprende su desuso sabiendo que hace más de cien años que aquellos pueblos no tienen verdaderos sacerdotes. El único culto que los indígenas practican está limitado á convertir los días de fiesta en orgías escandalosas, en las que consuman todo lo ganado en muchas semanas anteriores, balbucear algunos rezos cuyo sentido no comprenden y que más que nada la costumbre les hace repetir, hacer la señal de la cruz en los parajes peligrosos ó donde el supersticioso temor les hace ver algun espíritu malo, y poseer algunas efigies de San Juan Bautista, de San Antonio ó de la Vírgen, encargadas de preservarles de los males y enfermedades, así como tambien de ayudarles en la busca de los objetos perdidos. Tal es su ignorancia en materias religiosas, que, por lo que decimos, no todas las imágenes tienen el mismo valor y mérito, ni son representaciones comunes de un santo, sinó que la que uno posee es mucho mejor que la del otro, porque le ha prestado más servicios, porque con su auxilio halló lo que buscaba ó fué más afortunado en tal empresa.

## XVII

Casas ricas y casas pobres en el Darien.—Un gran almacen darienita.—Fervor intermitente por la construccion de una capilla.—Paseos hidrográficos.

Al mismo tiempo que continuaba la conversacion con mis anfitriones, de vez en cuando, aprovechando las ocasiones que se me presentaban, miraba á uno y otro lado con la reserva que la discrecion impone, á fin de estudiar y comprender lo que en el Darien constituye la casa de un hombre acomodado, de un rico. La casa del Sr. de los Ríos está compuesta de una habitacion cuyo largo será próximamente de unos veinte metros, por diez que podrá tener de ancho. A la parte del río, y casi en el punto medio de esta estancia, hay un pabellon, en el que se encuentra situada la cocina. La armazon consiste en gruesos pilares de madera apoyados unos en otros, formando horcas, sujetas con vigas ó traviesas: el suelo se encuentra levantado algunos decímetros del punto á que suelen llegar las más altas maderas, y su superficie, lo mismo que todo el interior, se encuentra revestido de unas enormes planchas que se obtienen de la corteza de cierto palmero. A éste tuvimos nosotros muchas ocasiones de maldecirlo cuando realizábamos nuestros trabajos en las trochas, donde fué tal vez uno de los peores adversarios con que tuvimos que luchar. Sus dimensiones son cortas, pues apenas si tiene diez metros, cuando más; sus palmas son delgadas y largas, y el tronco y las hojas se cubren de una multitud de espinas largas y en extremo punzantes, cuyos pinchazos son sumamente dolorosos. Como acontece con los demas monocotiledones, la periferia del tronco es mucho más resistente que el centro; cuanto más dura y fibrosa es la corteza, más esponjoso y poco resistente es el corazon. Para utilizar este palmero hay que comenzar por la peligrosa operacion de arrancarle todas las espinas de que está cubierto y todas las palmas que forman su copa; en seguida se traza una incision longitudinal en el tronco, procurando desunir los bordes de ella hasta que dé el árbol todo una superficie plana, procedimiento por medio del cual se obtienen esas grandes planchas, que luégo, por medio de bejucos y lianas, se amarran al esqueleto de las tan mal llamadas casas. El techo lo forman con una especie de montera puntiaguda, sobre la que ajustan hojas de bataneros, pero tan apretadas las unas contra las otras, que las lluvias torrenciales de los trópicos, que pueden ser comparadas con el diluvio, no logran nunca calarlos.

La mayor parte de aquellos aldeanos no se toman tanto trabajo en la construccion de sus moradas, y dejan á los ricos el cuidado de revestirlas con las planchas del palmero citado y la construccion de bellas armaduras, contentándose con un ligero teji-

do de cañas tan poco apretado, que luégo que se enciende dentro una luz, se ve desde fuera todo lo que dentro de la casa sucede; así es que para poder decir que está uno en su casa y preservarse del frío y de los mosquitos, cubren las paredes aquellas con viejas gacetas que se importan desde Panamá en el envase de ciertos géneros, y que es la única aplicacion que en el Darien tienen los periódicos.

La casa, por regla general, se divide en dos ó tres compartimientos, de los que el mejor dispuesto y amueblado se destina para dormitorio. Todas las riquezas de la familia se encuentran depositadas en dos ó tres maletas, que frecuentemente están montadas sobre unas ruedecillas, para poder trasladarlas con facilidad de un punto á otro. Cuando se declara un incendio, que por las condiciones de las viviendas son muy frecuentes, nadie se ocupa de cortarlo ni de que no se propague; dejan con la mayor tranquilidad que la choza se queme, y se limitan á sacar fuera estas maletas, poniéndolas en seguridad.

La tienda del Sr. Federico está reducida á cinco ó seis bazares, sobre los que se hallan colocadas algunas mercancías añejas, estropeadas, empolvadas y echadas á perder, en una palabra; algunas prendas de algodon, casi tan trasparentes como la gasa y rozadas por los pliegues, vestidos apenas hilvanados, fósforos, escopetas y fusiles tomados de orin, hasta el punto de estar el mayor número de ellos inservibles, botellas de aguardiente y de rom, medicamentos americanos formados con yo no sé qué drogas, comestibles, y cigarros. El puesto de honor lo ocupa el tonel del *anisado*, la bebida favorita de los indígenas, el solo artículo que en aquel país, vendido al por menor, puede hacer prosperar una tienda. Poco ó mucho, todo el dinero va á parar allí. Al regresar los cautcheros de una expedicion que les haya sido un tanto favorable, la casa no se puede ver desocupada: apenas ha sido pesado el cautchouc y los trabajadores han recogido el precio, descontados los adelantos que durante los trabajos se les hicieran, los vasos se forman en línea sobre el mostrador. La alegría más franca y más completa reina entre ellos, y no sólo los amigos, sinó los transeuntes, son invitados; y las queridas no desdeñan unirse á ellos, dispuestas á hacer lo mismo que hagan, si bien es lo cierto que, excepcion hecha de los golpes, sólo algunos vasos de aguardiente es lo que consiguen á la vuelta de aquellos en cuya compañía viven.

El mobiliario de la sala no es de temer que se destroce ó sufra deterioro en cualquiera de aquellas batallas, pues está limitado á una mesa y unos cuantos taburetes, cuyos asientos están cubiertos con piel de vaca; un farolillo arde de continuo delante de la muestra, en la que está pintada una imágen de la Vírgen ó de otro santo cualquiera. En los rincones, tirados y revueltos, todo confundido, se hallan los fusiles mohosos, los machetes, la gran jarra para el agua, el mortero y el mazo para triturar las raíces, y una porcion de restos, pedazos de hierro y cautchouc, cubiertos de botellas y harapos. La señora de la casa no sale nunca al mostrador; permanece siempre en la cocina, pieza por lo comun muy sucia, y en la que algunas marmitas de hierro fundido y una media docena de cazuelas de barro forman todo lo que en ella puede llamar la atencion.

Mis anfitriones propusieron un paseo, y trepando por la colina, pudimos contemplar el soberbio panorama que forman las elevadas montañas, la curva prolongada del Tuyra y sus pintorescas márgenes. Sobre aquella elevada cima, á la que sólo puede llevar el deseo de abarcar con un golpe de vista tantas naturales bellezas como se descubren, ó la curiosidad de un viajero pocas veces satisfecha, el obispo manifestó deseos de que se construyera una capilla, sin pararse á considerar los mil inconvenientes con que había de tropezarse y el poco culto que los habitantes de aquellas comarcas tributarían á una religion, cualquiera que ésta fuera, máxime cuando llegar al templo que allí se edificara era más que nada una penosa peregrinacion, á la que rara vez se hallan dispuestos hombres que en los días de trabajo se cansan en las rudas fatigas de aquellas labores penosas, y que anhelan el descanso para divertirse á su manera. Pero no era sólo esto: el dinero no abundaba, y las obras de un templo, por pequeño y poco suntuoso que éste sea, cuestan caras, y ésta fué la razon principal para que durante mucho tiempo la idea permaneciera en proyecto. La constancia lo domina y vence todo; esto es una gran verdad, de que jamás dudó el clero, y haciendo práctica su creencia, sin cejar en sus predicaciones, obtuvo que de tiempo en tiempo los desocupados, los que no tenían una semana y otra donde ganar un jornal se decidieran á ganar el paraíso poco á poco, y que, subiendo á aquella cumbre comenzaran los trabajos; pero éstos duran sólo en tanto comienzan á sudar, y bien sabido es que cuando la voluntad no es decidida y la retribucion no se aguarda, en todas partes se suda pronto, y allí más que en ninguna. Es muy de tener presente el carácter impresionable por demas de aquellos naturales, y gracias á esto, de vez en cuando se nota en ellos una agitacion verdaderamente febril, un fervor religioso que raya en delirio, y á porfía acuden á la obra, y los unos allanan el suelo desmontando rocas y rellenando los profundos huecos que lo accidentado del terreno deja, otros corren al bosque, desgajan árboles y los labran para que un día sirvan de columnas al proyectado templo,

otros aportan los materiales necesarios, obteniéndolos con su dinero ó gracias á su trabajo; pero apenas pasado el ardor que en un principio los acometiera, los más perezosos, que nunca faltan en buen número, ceden en su empeño y poco á poco los demas les imitan. Quedan aún siempre algunos trabajadores por devocion ó por higiene, pero éstos son muy pocos; solos no pueden hacer las operaciones necesarias y cesan tambien, esperando á que sus compañeros vuelvan. Varias veces han tenido ya cuanto puede creerse necesario para la terminacion de la obra; aquellos primeros días de entusiasmo fueron bastante para que se reunieran vigas y pilares, y dejaran el terreno preparado; pero al volver tenían necesariamente que comenzar de nuevo, pues el tiempo había destruído cuanto pusieran, llevados de la fé que de repente les iluminara.

En América no sería el primero ni segundo templo que de esta manera se acabara, si es que el de que nos hemos ocupado llega á terminarse; hace bastantes años, en una poblacion de la República mejicana, un incendio destruyó uno de los templos que allí había: un fraile mercenario comenzó una tan activa predicacion, buscó de tal modo la cuerda sensible de aquellos habitantes, y hasta tal punto avivó el sentimiento religioso, que ántes de un año se alzaba un nuevo templo en el mismo lugar donde se hallaba el destruido por las llamas. Los que disponían de capital habían suministrado cantidades, con las que se pudo atender á los gastos que no había más remedio que hacer, por ser de cosas que en el país no podían hallarse; pero lo demas se hizo de tal manera, que al concluirse la obra todos podían decir con justa razon, y sin faltar á la verdad, que habían tomado parte en ella: las piedras las habían suministrado los que en los montes vecinos explotaban canteras, á donde habían ido á recogerla los dueños de carros, que con trasportarlas no eran poco lo que hacían; los dueños de recuas no dejaban de contribuir diariamente con una carga de arena, que tomaban donde la hallaban, ó de cal ó ladrillos, que sin retribucion daban los que caleras ó tejares tenían; las maderas suministrábanla los bosques, pero de labrarlas se encargaban los creyentes artesanos que hacían donacion de un día de su trabajo, y de esta manera insensiblemente, sin gastos que fueran de apreciar por parte de los muchos que lo realizaron, alzóse el templo. Cierto es que aquí no decayó nunca el espíritu que los animaba, y que la obra, una vez principiada, no paró hasta su terminacion; pero ¡quién sabe si en una ocasion, prolongándose los días de entusiasmo que repentinamente experimentan, la iglesia tantas veces sobre aquel cerro comenzada, llegará á concluirse!

Terminada nuestra excursion, descendimos á la cañada donde la poblacion se encuentra, por un vericueto más accidentado y de más difícil paso, si cabe, que para la subida nos había servido. Cualquier otro punto que se hubiera escogido, hubiese sido peor; pues las piedras sueltas que ruedan con la caída de las aguas, las plantas que por do quiera crecen, y las raíces que por todas partes saltan, no permitirán nunca que haya un paso expedito y franco por donde la ascension deje de presentar peligros y dificultades. La vegetacion en aquel punto es verdaderamente sorprendente, siendo la red que las hojas forman tan tupida y tan espesa, que apenas un rayo de sol puede atravesarla, ni áun en los momentos en que el astro del día se halla en el más elevado punto de su carrera. Los pitales allí parecen más bien verdes que negros, y de trecho en trecho forman tan espesas vallas, que muchos hombres reunidos, trabajando horas enteras, no conseguirían abrir camino. Acá y allá, de debajo de las gruesas peñas y por entre las matas, se ven brotar frescas corrientes de agua que se deslizan por cauces naturales que se abrieran en su curso y en los que han abierto los naturales algunas cavidades de regular anchura y poca profundidad, á las que llaman pozos. Sólo los que habitan países como aquel, donde los ardores del sol son temibles, son los que pueden apreciar los indecibles placeres que se experimentan tomando un baño en aquellas rústicas tinas, y cómo la existencia de ellas hace agradable la estancia en La Palma, que de otra manera sería insoportable, por alcanzarle desgraciadamente los inconvenientes que de otras de las comarcas visitadas hemos mencionado.

Gracias al celo manifestado por Leonan, y á lo bien que ha atendido mis indicaciones, los aparatos que nos han de acusar la elevacion y descenso de la marca se hallan perfectamente colocados; y tan pronto como comprendí que los trabajos estaban en marcha y que no debía presentarse ningun gran inconveniente que los hiciera suspender ó los destruyera, estimando que mi presencia en aquel punto no era de inmediata necesidad, y que podía seguir haciendo las observaciones que por el jefe de la mision me fueron encomendadas, de las que tanto interes tenía en conseguir un resultado satisfactorio, me dispuse á practicar un reconocimiento hidrográfico en la Boca-Chica y en la Boca-Grande, expedicion en la que finamente me acompañaron los Sres. Gregorio y Federico, y dos personas de las más notables de la poblacion, que desde luégo comprendí me habían de servir de grande utilidad, por haber frecuentado mucho los lugares que me proponía estudiar.

El primer paseo que juntos emprendimos tuvo por objeto la visita detenida de una caleta de no mu-

cha extension, que va á desaguar en la Boca-Chicha, y que, segun todos aquellos señores me aseguraron, forma una provision de agua en todo tiempo, que puede ser bastante para que en ella tengan fondo y puedan permanecer algunos buques, y ser más que suficiente para todas las necesidades que pueda estar llamada á satisfacer el puerto de entrada de nuestro futuro y tan deseado canal.

Esto desde luégo ví que no podía ser cierto, sin que mi ánimo sea en manera alguna hacer la imperiosa afirmacion de que la gente de color falte á la verdad á sabiendas, ó que sea costumbre arraigada en ellas, sinó que por las notas elementales que los constituyen, reunen la grandilocuencia propia del español al inmoderado afan de hablar que en el negro se advierte; de aquí sólo el que mis acompañantes trasformaran tan repentinamente la pantanosa playa de una caleta sin agua en un soberbio puerto, alimentado sin cesar por un arroyo de corriente perenne.

En los alrededores de aquella playa hay un bello ardin, que yace en completo abandono: á juzgar por lo que se ve, dentro de muy poco tiempo la selva lo habrá invadido todo, pues ya las malezas propias de ella comienzan á ingerirse. Las lianas se arrastran, trepan en apretadas espirales por los troncos de los árboles y forman espesos matorrales, que casi no pueden ser atravesados; por todas partes se las ve ascender y descender, formando un tejido en el que envuelven á los naranjos y á los limoneros, cubiertos de abundantes flores y frutos, y á los bananos, cargados con sus doradas pomas. Pocas cosas habrá que hagan presentar tan caprichoso golpe de vista como las lianas: naciendo al pié de aquellos gigantes árboles, trepan por sus troncos, estrechándolos como serpientes, hasta llegar á lo más alto de las copas, desde donde nuevamente caen al suelo para otra vez elevarse, ayudadas de otro tronco: no pocas veces caen de un árbol al inmediato, formándose entónces como el cordaje de un navío, y muchas otras se arrastran hasta un punto distante algunos kilómetros del lugar de su nacimiento. De cualquier manera, las lianas son las que en alto grado excitan la atencion del que por primera vez visita aquellas inmensas selvas, pues sólo en ellas se ve con qué admirable profusion brotan y se multiplican. Tambien se ve por allí un considerable número de esos árboles rarísimos que producen las calabazas, y que aquí llaman los naturales *totumas*: el tronco y las ramas que de él parten, se tuercen y retuercen de la más extraña manera, revistiéndose, al poco tiempo de su completa formacion, de una corteza muy parecida á la del alcornoque; sobre las ramas de órden secundario que podemos decir, ó sean aquellas en que se dividen y subdividen las más gruesas, apenas si brotan hojas; pero en lo más alto de la copa, y en la bifurcacion de las grandes ramas que se entrelazan al tronco, crecen en gran abundancia multitud de frutos, parecidos en el tamaño á las calabazas, los que cogen en el momento en que se advierte han llegado á su completo estado de madurez. Dejándolos secar luégo, con partirlos en dos, limpiando perfectamente el interior de cada una de aquellas partes, se obtienen vasos magníficos, de mucha duracion y perfecta forma.

Atravesando la desembocadura de Boca-Chica, en el puerto de Darien, pudimos admirar el bello tapiz de verdura que se extiende sobre una y otra orilla del canal, que por aquel punto tiene sólo el ancho de una calle. Por el lado de la isla de San Cárlos se levantan acá y allá unos bastiones de color rojo vivo, promontorio sobre el que durante el tiempo de la dominacion que aquí ejercieran los primeros descubridores, se alzaba un fuerte, construído con anchos y gruesos ladrillos, destinados, á defender una de las entradas del Darien: la mano del tiempo, que todo lo destruye, sin respetar nada, ha demolido lo que podía atestiguar una pasada grandeza para los unos, y un estado de supeditacion para los otros, y dispersos por aquellas vertientes se ven restos de fábrica, sin que en el emplazamiento pueda verse otra cosa. Las hierbas que han crecido por todas partes no permiten ya apreciar debidamente ni el órden ni la disposicion de aquella fortaleza, y sólo por ligeras referencias que se nos han hecho comprendemos que su importancia debía ser escasa, tal vez por la excesiva confianza que siempre los españoles manifestaron, causa principal de la pérdida de aquellas comarcas.

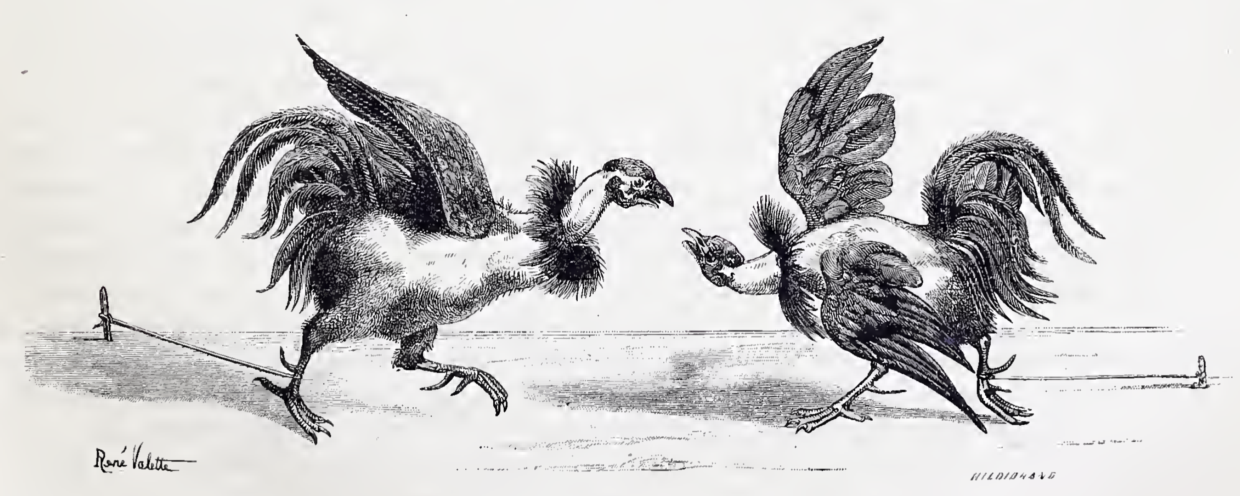
Seguimos correteando por el caprichoso laberinto que forman las rocas, dédalo inmenso determinado por inmensas masas, en cada una de las que se advierte una vegetacion completamente distinta; aquí se ven árboles cuyo tronco de gran diámetro, recto y liso, puede ser de grande aprovechamiento; más allá bambúes, en otros lados *erygums* gigantes: los arrecifes son allí casi continuos, levantándose por todas partes y creando grandes dificultades, que dan lugar á que sea en extremo comprometida, cuando es posible, la entrada del canal de San Isidro, limitado por un lado por la isla de San Cárlos, y por el otro por la Boca-Grande. Una vez atravesado, puede uno considerarse en completa seguridad; á derecha y á izquierda se extienden anchas playas de fondo líquido, donde apenas si los bananos pueden echar raíces; inmediatamente detras, las dos islas se elevan en rampas bastante pendientes, y se coronan la una con gigantes *quippos* y la otra con higuerones. Estos árbo-

les, que aunque constituyen una sola familia, son de muy diferentes especies, se hacen notables por la altura considerable á que sus troncos llegan, por sus ramas totalmente cargadas de hoja, que les hace tomar un aspecto pintoresco, y más que nada por los nervios que sostienen su tronco á manera de puntales: estos contrafuertes, que con frecuencia se suelen ver ingertos al tronco hasta una altura de cinco metros, se separan del pié hasta diez, dejando de este modo unas chozas que á bien poca costa pueden cubrirse y dar abrigo á muchos hombres en caso necesario. Cuando pasan muchos años y el higueron se hace viejo, y la cepa carcomida presenta en su superficie grandes y profundos agujeros, todas las fieras de aquellas selvas, donde en tan considerable número se crían, manifiestan una singular predileccion por hacer allí sus nidos; allí se agazapan y hacen sus crías, que permanecen ocultas hasta tanto que, aptas para satisfacer sus necesidades, pueden salir á buscar á su vez cómodos sitios donde continuar su reproduccion. En aquellas cuevas, que más que nada la naturaleza misma facilita, es donde el tigre asienta sus reales, y de aquí las grandes precauciones que son necesarias, si no quiere uno ser víctima de la cruel sorpresa que frecuentemente se halla bajo aquellas leñosas tiendas de campaña.

Inmediatamente que se sale del ramal de San Francisco se halla uno en la desembocadura que recibe el nombre de Boca-Grande.

En este sitio el río Tuyra tiene una anchura tan considerable como delante de La Palma, y el paisaje que ante la vista se extiende es, si se quiere, más bello; la naturaleza allí tiene más vida; las tintas monotonas de los pantanos no se advierten; el verde de las matas es más brillante y la vegetacion más clara y uniforme; no hay, como en otros parajes, la confusion que ofusca: todo es claro, sin perder el seductor carácter propio del mayor número de las comarcas que se atraviesan en todos aquellos contornos. Esto que decimos, fácilmente puede comprenderse, y esta impresion del espectador puede experimentarla cualquier viajero curioso que se aventure á seguir aquellos difíciles senderos; mas nosotros habíamos ido allí con otro fin, atento al cual tuve que concederme que, excepcion hecha de algunas pequeñas balsas ó canoas que de vez en cuando, con bastante poco frecuencia, marcan en la límpida corriente su fugaz estela, aquel magnífico canal no se mueve más que por los embates que en su marcha hacen con la cola los tiburones y algunos otros animales.

Nuestra esperanza, y más que la esperanza nuestros deseos, nos hacían ver allí mismo ante la realidad cosa bien distinta; nosotros veíamos surcar aquellas aguas fragatas del más alto bordo, navíos de tres palos, desplegando todo su velámen á los caprichosos soplos de la brisa, vapores mercantes arrollando las ondas con toda la poderosa fuerza de sus pulmones de acero, bricks de fina arboladura costeando todas aquellas orillas, embarcaciones de todos los países cargadas con las riquezas de todas las naciones..; porque á pesar de lo fallidas que hasta entónces habían sido nuestras esperanzas en la serie de observaciones que llevábamos practicadas, creíamos aún que podría encontrarse el pico de 60 metros de altura que M. Lacharme tenía anunciado.




Gallos de pelea en La Palma.

# XVIII

Un baile en casa del Sr. Insiguare.—Orquesta detestable.—Los gallos de combate y las luchas de gallos.

Terminado el reconocimiento que sobre el terreno tenía que practicar y los estudios de hidrografía que me eran de absoluta necesidad para el mejor desarrollo del plan general que se estaba levantando, volvimos á La Palma, donde inmediatamente me ocupé de poner en órden mis notas y desarrollar los cálculos que con ellas podía formar. Uno de los más encopetados habitantes de la bella poblacion donde accidentalmente me encontraba había llegado casi al mismo tiempo que nosotros, procedente de la selva, y altamente satisfecho de la gran cantidad de cautchouc que había podido recoger. En otros tiempos esto no hubiera llamado la atencion, á causa de la abundancia con que este producto se encontraba, y el bajo precio en que aún era pagado; pero hoy que la demanda es considerabilísima por la mucha aplicacion que del cautchouc se hace, y que por esta razon la explotacion se ha hecho mayor y del modo bárbaro que hemos mencionado, siendo causa de que se destruya tan importante fuente de riqueza, volver á la poblacion tras corto tiempo en la selva con un regular cargamento, constituye un hecho digno de ser celebrado; así es que el Sr. Insiguare (que tal era el nombre del afortunado) se creyó en el deber, inesperado para todos sus amigos, de obsequiarlos con un baile, noticia que circuló rápidamente, colmándolos de alegría cuando más aburridos y tristes se hallaban, considerando lo poco celebradas que las fiestas iban á ser á causa de la gran escasez de metálico que venía notándose desde hacía algun tiempo. La Palma tiene muchos ménos habitantes que Chepigana, mas no por esto los que allí viven muestran ménos ardor en celebrar con *borracheras* continuadas la Pascua de Navidad, la Pascua de los Reyes y la Semana Santa. Acordada como decimos la celebracion del baile, el *señor* me hizo el honor de invitarme á la *soirée*, y yo por mi parte, deseoso de estudiar aquella sociedad bajo todos aspectos, no dejé de ir, sobre todo cuando, por ser para mí la cosa de todo punto inesperada, excitaba grandemente mi curiosidad.

La sala mayor que en la casa había, barrida convenientemente como lo exigían las circunstancias, habia sido desocupada del infinito número de objetos que, confundidos y revueltos, la ocupaban de continuo.

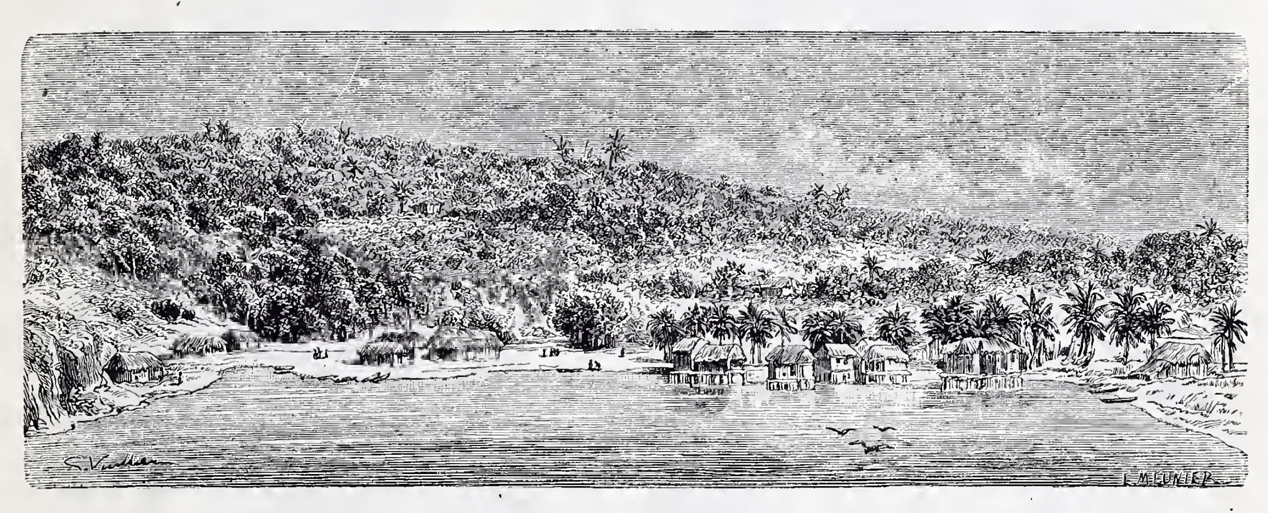
Unicamente de esta manera podía en ella darse una reunion á la que asistieran y pudieran estar con comodidad un buen número de personas, pues ya hemos visto cómo se hallan de ordinario las salas de aquellas casas donde todos los lugares son buenos para depositar los aperos de labranza y los útiles del trabajo. Aquella noche sólo había en la estancia una mesa sobre la que habían colocado un gran jarro de agua, algunos vasos y tres ó cuatro bandejas, ocupadas por simétricas pilas de bizcochos Albart. A lo largo de las paredes, y completamente pegados á ella, se ven algunos bancos y todas las sillas disponibles que en la casa había. Las bujías, de no muy buena calidad por cierto, se veían pegadas á los tabiques, unas bien y otras mal, segun habían podido, sustituyendo de esta manera los candelabros y arañas, que regularmente no se hubieran encontrado en todos aquellos contornos, y que áun nos atrevemos á afirmar que serían muebles desconocidos para el mayor número de aquellos individuos.

Juzgando por los preparativos que allí podían advertirse, vista la simplicidad de lo que podemos llamar *buffet*, cualquiera hubiera podido esperar que la tertulia estaría animada y los concurrentes alegres y satisfechos con los mil accidentes que son propios de los bailes en todas partes y que la velada pasaría sin tenerse que lamentar ningun accidente desagradable, promovido por algun ébrio. Por desgracia, allí las costumbres son muy distintas, y cada convidado puede llevar las botellas que guste, ó pedirlas por su cuenta; con ellas obsequian á las bellas y al dueño de la casa, sin olvidarse de lo que á cada cual se refiere. Cuando el anfitrion es traficante, establece en cualquier sitio de la casa una cantina, en la que cada uno de los invitados por su cuenta, sin que los precios sean muy elevados, puede tomar lo que guste; pero en la casa del Sr. Insiguare las cosas se hacen de un modo más decoroso, y sin que los invitador tengan que llevarlas de fuera, ni abonar nada por el consumo, él de vez en cuando pone á la dis-

posicion de sus amigos una botella del apetecido anisado.

En el momento en que yo hice mi entrada en la sala, el baile estaba en su período álgido: llevaban ya algun rato de estar reunidos, y sin gran temor de equivocarme puedo asegurar que una cuarta parte de las mujeres allí reunidas, y más de la mitad de los hombres, se encontraban un poco más que *alegres*, hasta el punto de que, sin reserva de ninguna clase y sin género alguno de miramientos, se hablaba alto, se increpaba á los músicos duramente, á un cholo (mestizo de indio), sobre todo, y por lo demas buena persona, acusándolo de no batir el tambor con la gracia particular que es propia de La Palma; pues segun pude enterarme, allí cada pueblo tiene su manera especial de tocar tan desagradable instrumento.

La orquesta era de lo más raro y sorprendente que puede imaginarse: se componía de algunos morteros de los que se emplean para triturar el arroz, cubiertos con una piel de buey ó de cerdo, amarrada fuertemente; una calabaza hueca, provista de un largo mango y llena de guijarros, una caja aplastada cuyos mayores lados están formados por un tejido sumamente apretado de varillas conchadas, que chocan produciendo ruído los granos que contiene cuando la agitan cadenciosamente. Estos utensilios, en los que golpean con gran fuerza, ó que agitan violentamente, producen un ritmo tan desagradable, que al poco tiempo de haber entrado me sentía ya atolondrado y casi sin saber lo que por mí pasaba. Músicos y danzantes tarareaban ó cantaban á media voz la monotona cancion de *La Palma*. Siendo muy reducido el número de las coplas, éstas se repiten una vez y otras sin tregua ni descanso, concluyendo por cansar al más distraído, que no sabe para su bien cuándo terminará aquella insoportable canturía, tan agradable, sin duda, á aquellas gentes, que no sabemos cómo no la olvidan á fuerza de repetirla tanto.


La Palma.

Muchas veces en aquellas reuniones se improvisan cantares alusivos al motivo á que se deben, ó son expresiones de apasionados sentimientos, ó crueles indirectas á un rival poco afortunado, ó retos sangrientos al que mejor parte lleva en una empresa amorosa; pero aquella noche, por desgracia, los poetas no habían concurrido, ó no se hallaban en vena. Al compas de aquel canto y á los sones extraños de aquellos instrumentos, hombres y mujeres bailan una extraña y caprichosa danza, en la que arrastran los piés por el suelo con gran lentitud, teniendo casi inmóviles la cabeza y las espaldas, y en la que la parte inferior del tronco y las caderas parecen agitarse independientemente del cuerpo, dando una media vuelta al rededor del busto.

Cada uno de los individuos que forman pareja sostienen los dos extremos de un pañuelo y se acercan ó se alejan, vuelven y revuelven segun lo exigen las posturas de aquella danza, permaneciendo de esta manera, sin permitirse el menor descanso, más de un cuarto de hora.

Facil es comprender que un ejercicio de tal naturaleza en un clima tropical donde el calor es abrasador á cualquiera hora, donde se beben sin tregua licores alcohólicos que más lo aumentan, y cuando se es negro, esto es, de una traspiracion cutánea bastante abundante, bien pronto los coreógrafos se caldean, cosa que es tan sabida entre ellos como no podía ser



Los cautcheros.

ménos, y á lo que sin duda se debe el que el traje de baile sea lo más sencillo y ligero posible. Los hombres concurren ordinariamente desnudos de pié y pierna, la camisa completamente desabrochada, y las mangas levantadas hasta más de la mitad del brazo. Llevan cruzado por la espalda y anudado delante del pecho un gran paño de tejido esponjoso, con el cual secan á menudo el sudor que les inunda el rostro, el cuello y el pecho, y en seguida, como una prueba de la más delicada galantería, lo pasan á las señoras. Estas van un poco más cubiertas que los hombres, pues en todas partes la moralidad es más exigente con el sexo bello; al traje que de ordinario llevan añaden unas pequeñas zapatillas; se presentan perfectamente peinadas, con el cabello casi empapado de aceite de coco, y adornadas con todas sus joyas, reducidas, cuando más, á grandes pasadores en el peinado, pendientes, peinas y collar todo de oro. En días de fiesta tan señalada, cada una luce los más claros trajes de algodon que posee, ostentando á cual más pueda una limpieza irreprochable.

La fiesta duró toda la noche, reinando en toda ella el mayor contento y alegría, sin que ningun incidente desagradable viniera á interrumpirla. Por regla general, los habitantes de La Palma, aunque aficionados á divertirse, son pacíficos y no gustan de promover alborotos que perturben un baile ó una fiesta. Los cautcheros extranjeros que durante mucho tiempo han explotado aquel país, se marcharon ya, viendo la poca utilidad que por sus abusos anteriores, podrían obtener en adelante; cuando vivian allí, las cosas pasaban de otra manera, pues carácteres y genios diferentes, así como tambien móviles distintos, daban lugar á que la armonía no pudiera ser duradera en parte alguna; cuando en una reunion la bebida circulaba profusamente y la animacion crecía, los celos se despertaban, se avivaban las rivalidades, y bien pronto se colmaban de injurias, seguidas casi inmediatamente de riñas y peleas; pero, volvemos á repetirlo, la ausencia completa de aquellos elementos de discordia es causa de que en La Palma sea sumamente rara una lucha entre concurrentes á una tertulia, cosa que ántes no dejaba nunca de suceder.

En aquellas comarcas los teatros, los cafes, los clubs, las casas de juego y tantas otras cosas como en los países dónde la civilizacion ha hecho progreso sirven para entretener el tiempo y gastar el dinero, no existen; así es que, en la absoluta necesidad de algo en que ocupar los ratos de ocio, los indígenas beben, bailan y tienen riñas de gallos, en lo que con facilidad gastan cuanto ganan. Mi anfitrion, el señor de los Ríos, es uno de los más aficionados galleros que existen en toda la comarca, y muchos son los que afirman que en todo el Darien no podrá hallarse un gallinero mejor que el suyo. En todo el Estado de Panamá tiene fama, y son muy frecuentes las grandes apuestas que se hacen sobre gallos de pelea que él cría. Los *book makers* aún no son conocidos allí; así es que no apuestan por partes, sinó al par, que es un medio más seguro y más sencillo de perder el dinero.

Por más que digan, creo que aún no saben aquí preparar los gallos, por lo cual, para obtener mejor resultado, se contentan con someterlos á un régimen especial. Aquellas infortunadas víctimas del capricho de sus poseedores no gozan ni un momento de libertad, pues siempre, como condicion precisa de la educacion que reciben, están amarrados. Cuando se han escogido los destinados á ser gallos de combate, que es la primera operacion, y de las más delicadas, pues en mucho depende del buen acierto, les despluman completamente la cabeza, la parte baja del cuello, el lomo y casi todo el vientre, á fin de que no les queden más que las grandes plumas de las alas y de la cola. Despues todas las partes que han quedado al descubierto las frotan cuidadosamente con una mezcla hecha de aceite y alcohol, que repiten durante muchos días, y cuando han recibido tan cáustica friccion, los ponen al sol desde por la mañana hasta el mediodía. Esto al principio les causa dolores vivísimos, que les hace estar incómodos y violentos; pero repetida la operacion en muchos días consecutivos, la piel se les va endureciendo poco á poco hasta un punto tal, que adquieren bastante resistencia para sufrir golpes de consideracion, sin que les hagan gran daño, por la insensibilidad que han adquirido. Para hacerles adquirir á estos gallos un carácter cruel y aficionarlos á la lucha, dejan á las cuerdas con que los tienen sujetos una extension bastante sólo á que los picos de uno y otro lleguen á tocarse, de modo que los animales permanezcan durante todo el día en una excitacion continua, frente á un enemigo que se crean, y al que, á pesar de la proximidad en que lo tiene, no pueden causarle daño. Es un espectáculo curioso el que presentan en esta situacion, pues nunca abandonan el aspecto amenazador, permaneciendo todo el día con las plumas del cuello erizadas, las alas á medio abrir, tanto para proteger los flancos del animal como para sacudir fuertes golpes al enemigo, y desafiándose continuamente con cacareos belicosos. Otra de las crueldades que se les hace sufrir, y no es la menor, es tenerlos siempre separados de las gallinas, pues aquellos desgraciados individuos están condenados á no tener vida más que para las batallas.

# XIX

Salida de La Palma.—¡Pobre Bixio!—El Tuyra ántes de llegar á Pinogana.—Sitios hermosos, bellas forestas y considerable número de cotorras.—Las oropéndolas ó turpiales.—Altura del río.—Rápidos sobre rápidos.—Las lianas.

Por más que el tiempo apremiaba, y urgía considerablemente aportar el mayor número de datos posibles para poder deducir, en vista de ellos, lo que podía hacerse en pro del comercio y de la industria de las naciones abriendo el soñado canal de comunicacion entre el Océano y el Pacífico, yo hubiera deseado que mi permanencia en La Palma fuera más larga. En aquel encantador pueblecito no había experimentado ninguna de las grandes incomodidades que son inevitables al europeo que frecuenta aquellas regiones; había sido recibido con una cordialidad y finura que siempre recordaré con gratitud; me habían atendido y obsequiado en cuanto les había sido posible; y, en una palabra, desde que nos embarcamos, no había tenido días tan felices y tranquilos como los que allí pasara. Pero sobre mis deseos, por vehementes que fueran, estaba el deber de que no podía prescindir en modo alguno; mis observaciones sobre la elevacion y descenso de las mareas habían terminado, y ya tenía tambien completas mis notas sobre todo lo que se refería á la hidrografía, por lo que me fué necesario abandonar La Palma, sintiendo profundamente hacerlo y abandonar á mis nuevos y cariñosos amigos, sobre todo al honrado Gregorio Santa María, por el que sentía una profunda afeccion.

En Chepigana encontré una carta de M. Wyse, en la que me encargaba siguiera el Tuyra hacia arriba, á fin de que en el más breve plazo posible me reuniera á él en Paya.

Siguiendo, pues, estas indicaciones, de las que habían de obtenerse indudablemente mayor número de ventajas, dejé á M. de Balfour continuar solo las observaciones que en aquel punto teníamos emprendidas, y á la mañana siguiente, con la flota, partí para el punto indicado. Las mareas eran aún bastante altas, por lo que, no dejando de favorecernos en todo nuestro camino, á la noche siguiente, serían las tres de la madrugada, llegamos á Pinogana. El fiel Leonan, que tan buenos y útiles servicios nos había prestado, se sentía bastante enfermo, por lo que se vió obligado á quedarse en nuestro cuarte general. Despues de practicados algunos reparos, y renovadas las provisiones, no queriendo faltar á las indicaciones que se nos habían hecho, nos despedimos de todos, y abandonamos la poblacion ántes del mediodía.

Nos encontrábamos muy separados ya del punto de partida, cuando desde léjos, en una barca que lentamente descendía por el río, creí ver á uno de nuestros más queridos compañeros; efectivamente, no me había equivocado: cuando la distancia fué más corta, reconocí á Musso en el que venía sentado en la piragua; é inmediatamente, sintiéndome gozoso con aquel tan inesperado encuentro, dí órden de bogar hacia él, como así lo hicieron.

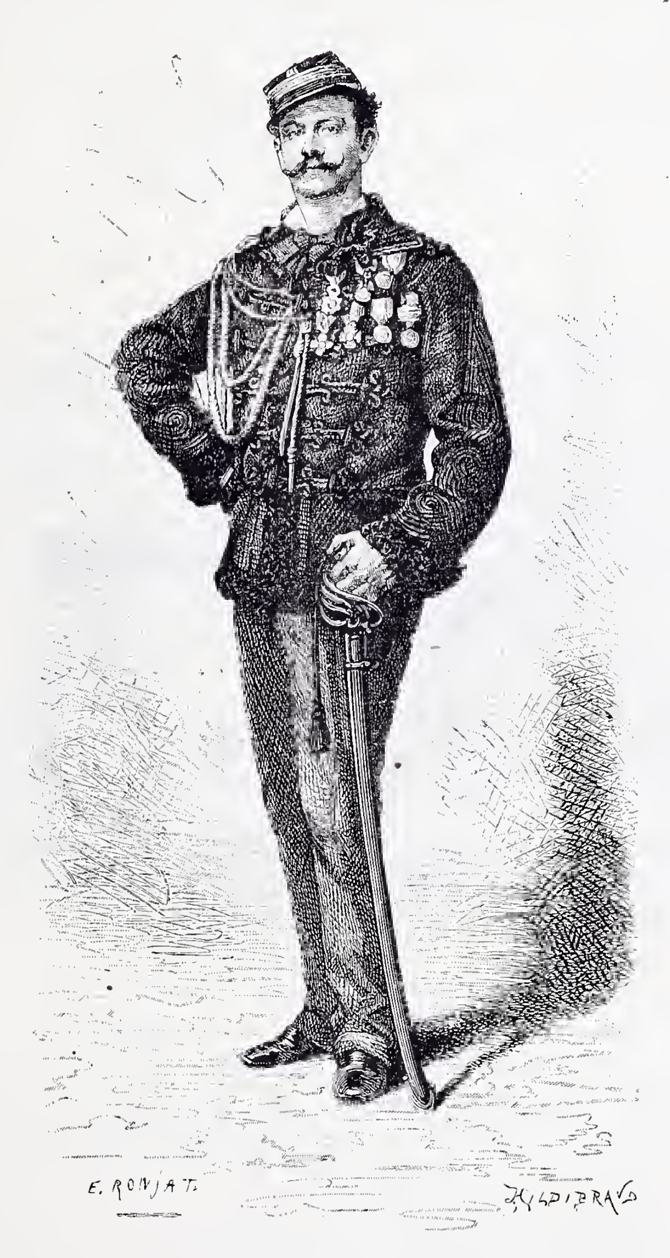
Al hallarnos en punto en que las voces alcanzaban, ántes de que pudiera saludarlo ni manifestarle mi contento, Musso se levantó del puesto en que se encontraba, é inclinándose sobre la borda me gritó: «¡Bixio ha muerto!» Tal noticia me causó todo el mal efecto que puede comprenderse. Cuando nuestras barcas se tocaron, me mostró el cadáver tendido sobre una hamaca, en el fondo de la piragua.

Era el mismo. ¡El, tan fuerte y vigoroso, tan alegre cuando por última vez tuve el gusto de estrechar su mano! No cabía dudarlo; yerto y frío, aquel querido amigo yacía sin vida ante mí, excitando en mi corazon un dolor extremo. En las orillas del Crepé, sin prevenciones de ninguna clase, aquel distinguido jóven se había pasado todo un día cazando, cruzando y recruzando una porcion de veces la corriente del río con el agua llegándole hasta las espaldas, en tanto que la agitacion propia de aquel ejercicio, al que era muy aficionado, le hacía sudar copiosamente.

Esto, unido á la falta de precaucion de no quitarse las ropas empapadas, cuando dió por terminada la partida, fué causa de que le sobreviniera una pneumonía aguda, que en muy poco tiempo lo arrebató á sus desconsolados amigos. Por última vez, y sintiendo que el llanto empañaba mi vista, contemplé aquel rostro en el que ni la muerte ni los sufrimientos ha-

bían podido hacer mella, y que conservaba todavía su varonil belleza: despues, lamentando la desgracia que tan triste había hecho nuestro encuentro, se separaron las piraguas, siguiendo cada cual el punto de su destino. Musso se dirigía á dar sepultura al cuerpo de nuestro inovidable amigo en el cementerio de Pinogana, situado en un lugar aislado de la selva, en la orilla del Tuyra, soledad á la que nada turba.

Como tan triste recuerdo no se separaba ni un




Olivier Bixio.

momento siquiera de nuestra mente, pensábamos en los sombríos sueños que debieron molestar á Musso, en la noche de aquel fúnebre viaje, apto sólo para despertar las tristes ideas y los fúnebres recuerdos que atosigan al alma y conturban el ánimo. El tambien se encontraba solo en medio de un país desconocido, muy léjos de la patria, y más de una vez pensamos que él tambien temería morir de igual suerte, ausente del lado de su cariñosa madre, por quien tenía una verdadera idolatría.

Dominado por una gran tristeza, seguí mi camino y pude observar que á la parte arriba de Pinogana la comarca pierde aquel carácter monotono que la hace pesada y desagradable, las orillas se levantan, no dando lugar á la formacion de pantanos, en los que siempre la vegetacion es raquítica y miserable.

En la selva no crecen tan espesos los árboles ni las ramas; así es que los rayos del sol, filtrando al traves de las elevadas cúpulas de verdura, les dan claridad que en otras partes falta casi en absoluto, y ademas, el paso por ellas es más fácil, no presenta, como en la parte inferior del Tuyra, los mil inconvenientes á que da lugar el considerable desarrollo de las lianas. El impulso de la marea asciende hasta el mismo recodo del Rumpio.

Más arriba del Rumpio, el aspecto del río cambia de una manera tan absoluta y completa, que no puede ménos de llamar la atencion cómo tan repentino cambio se verifica. Las aguas se tornan límpidas y trasparentes, y el cauce se estrecha bastante. Las especies vegetales que son propias de las tierras bajas y húmedas, dejan el lugar á una vegetacion completamente distinta, y allí se ven elevarse los enormes *quippos*, desplegando su ancho y verde parasol al final de un tronco blanco perfectamente cilíndrico, y que muchas veces alcanza una altura de más de cien piés; los rojos higuerones, casi tan simples y sencillos en su forma, alternan con árboles de poderoso y variado ramaje; pero más que ninguno, sobre aquellas pedregosas orillas que encauzan el Tuyra por aquel lado, se distingue el incomparable *espavé*, que es sin disputa el más grande y el más bello de todos los vegetales que crecen en aquella region. Sus hojas, de un verde claro, se enredan con el más claro verde de los parásitos, suspendidos á sus más gruesas ramas. Su tronco corto, ancho y curvado, en el que de trecho en trecho se abren algunas cavidades, casi puede decirse que desaparece bajo los mil tallos de las orquídeas, saliendo de un monton de apiñadas raíces que cubren la roca, y desbordándose por ellas, llegan hasta implantarse en el río.

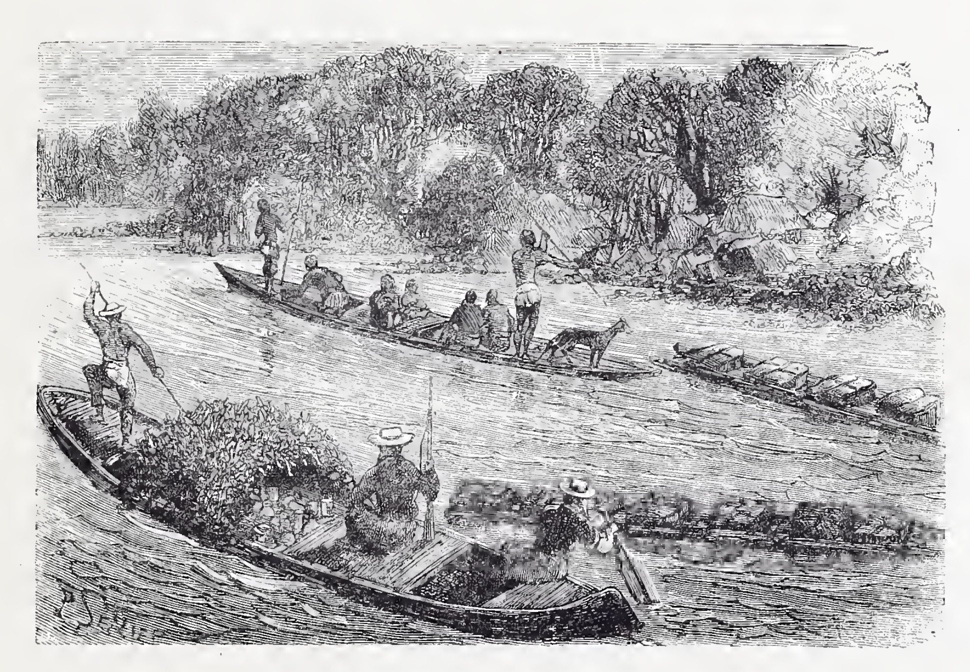
No recuerdo haber hecho ninguna travesía en la que nos hayan sido tan difícil de vencer los obstáculos naturales como en la que hicimos por aquella parte del río, y que aún parecían mayores á causa del corto número de hombres de que disponíamos para dominarlas. La corriente profunda y calmada en los parajes que los naturales llaman *calles*, ó sean los espacios en los que el río corre en línea recta, está cortada por profundas curvas, en las que las aguas se agitan, sucediendo lo mismo en los parajes en que hay islas rodeadas por la corriente. No es esto lo peor, sinó que al pié mismo de aquellas curvas, difíciles ya de por sí, se abren profundos agujeros, en los que se forman violentos remolinos, flotando en ellos una porcion de troncos de árboles. Estos agujeros, de los que en otra ocasion nos hemos ocupado, y que allí llaman charcos, son muy de temer, por cuanto regularmente en ellos anidan los caimanes. El trabajo para los hombres que nos acompañaban se hacía cada vez más duro y más pesado, por ser cortas las distancias que se podían recorrer cómodamente, y muchos los parajes en que las dificultades eran considerables: la ascension de río en las *calles* se hacía con ayuda de los remos, por cuanto la marea había dejado de favorecernos, y cuando la corriente se hacía más rápida y más violenta, se empleaban los garfios, con todo lo cual, como puede comprenderse, nuestra marcha era lenta hasta causar desesperacion. En los puntos en que por desgracia se hacía violenta, era necesario echarse al agua y arrastrar la piragua á fuerza de brazos, siguiendo lo más cerca posible de la orilla. Esto, á más de la mucha fatiga que causa, es sumamente delicado, pues si por una inadvertencia ó un descuido, por ligero que sea, se presenta la piragua un poco de traves á la corriente, ó si se pasa por cualquiera de los sitios en que haya más de un pié de profundidad, el río arrastra irremediablemente la piragua, sin saber qué suerte correrá, ni dónde parará el pobre marinero que llegue á perder pié.

El primer día, aunque lamentando de contínuo el duro trabajo que nos veíamos obligados á hacer, y temiendo lo que aún nos esperaba, todo marchó ad-




Pájaros-moscas y colibríes.

mirablemente y tan bien como, dadas aquellas condiciones, podía desearse; los tres bogueros que venían conmigo estaban bastante acostumbrados á aquella maniobra; así es que seguíamos adelante, salvándose, gracias á su práctica, todas las dificultades que se presentaban; pero á la mañana siguiente la cosa empeoró de una manera notable, centuplicándose con una sola causa los muchos inconvenientes que retardaban nuestra marcha. Hipólito, el más fuerte y vigoroso de aquellos hombres que parecían de hierro, sin duda por los largos ratos que había permanecido en el agua, en tanto que el sol le abrasaba la cabeza, fué atacado por la fiebre, que es allí tan comun, y si bien por los síntomas que presentaba no parecía ser cosa cuya gravedad pudiera alarmarnos, es lo cierto que teníamos un hombre ménos, cuando con todos era casi imposible seguir adelante. ¡Qué horrible trabajo el de tener que llevar nuestra pesada piragua, en vez de ser ella la que nos llevara á nosotros! Pero no había remedio; aquellos terribles trechos había que pasarlos, y yo ayudaba todo cuanto podía, á pesar de lo cual era sumamente poco lo



Encuentro de una barca

que avanzamos, y no en una ni en dos, sinó en muchas ocasiones, no bastó ni el primero ni el segundo intento, sinó que fueron necesarios muchos para hacer pasar la barca de algunos de aquellos temidos remolinos.

Pocos países habrá tan bellos como el Darien, y podemos decir que casi en ninguno la variedad que de contínuo se da en el terreno y en la vegetacion, alegra tanto la vista. De trecho en trecho, las orillas del río que se levantan ó que se sumergen hasta ser cubiertas por las aguas, presentan raros caprichos naturales; cada roca parece un bello jardin; con la particularidad de que hay algunas que parecen enormes montones de follaje, pues las plantas que en la parte superior crecen, se derraman por todos los flancos, cubriéndolas como con un manto de verdura. En medio de aquellos duros trabajos que nos veíamos obligados á realizar, menester era que tomáramos algun reposo, y aquellos ratos de descanso los empleábamos en gastar atolondradamente la pólvora de que podíamos disponer, haciendo disparos sobre los caimanes y las iguanas que abundan por allí, y que más de una vez nos habían hecho temer un accidente desgraciado.

De tiempo en tiempo, algunas parejas de *aras* azules, con el vientre y la parte de debajo de las alas pintados de amarillo vivo, cruzan en rápido vuelo por encima de la corriente, llegando á posarse sobre árboles tan altos, que sería perder en absoluto nuestros disparos creyendo posible alcanzarlos. Por la mañana y por la tarde, inmensas bandadas de cotorras verdes y amarillas se elevan en el aire, gritando de una manera desaforada.

Estos bellos pájaros, aunque de la tierra se levan-

tan en número considerable, y revueltos una vez en el aire, se ve de una manera clara y distinta que vuelan de dos en dos, tan cerca uno del otro de los que una pareja forman, que casi se tocan; alguna vez se ve tambien que un solitario, tal vez viudo, quiere acercarse á uno de los amorosos grupos, y siempre, siempre, indefectiblemente, es muy mal recibido, obligándole á que se retire á fuerza de picotazos, sin que importe nada su obstinada persistencia. porque macho y hembra cargan sobre él, y si fuera necesario, hasta las demas parejas acuden á defender á los que son turbados en su tranquilidad. Lo mismo que las *aras*, remontan tanto su vuelo y van á posarse en ramas tan elevadas, que nunca pudimos conseguir matar uno: el ruído que los plomos de un disparo hacen al chocar en las hojas que están debajo de ellos, haciéndolas caer al suelo, no es bastante para que abandonen el puesto que han escogido, ni para que se agiten en lo más mínimo, se limitan á volver indolentemente la cabeza y mirar al cazador con aire que cualquiera diría de burla, seguros, como deben estarlo, de que no corren el menor peligro. Por mucho que estos pájaros abunden en aquellas regiones, no es fácil en modo alguno poderse apoderar de cotorras de poco tiempo, pues los padres tienen un especial cuidado en fabricar los nidos en las ramas más altas de los grandes árboles, en los sitios en que la corteza es tan suave y tan lisa, que ni las serpientes ni los demas reptiles trepadores pueden llegar á destruirlos. Para conseguir apoderarse de algunos, no hay más remedio que trepar el árbol, lo que naturalmente es causa de que muchos pequeñuelos queden aplastados; pero como los nidos son muchos en número, siempre quedan algunos que recoger. Las cotorras y los loros, cuando están recien salidos de los huevos, creemos sean los animales más feos que puedan darse: tienen el pico ya encorvado, los ojos redondos y saltones, y la cabeza es de tanta magnitud como el resto del cuerpo; hay, sin embargo, la ventaja de que cogiéndolos así y sabiéndolos criar, en tanto que se pueden alimentar por sí solos, se educan con gran facilidad, consiguiendo que hablen todo lo que uno se proponga enseñarles.

Despues de los *aras* y las cotorras, los pájaros que más allí abundan son las oropéndolas ó turpiales de color negro y amarillo: éstos tienen gran semejanza con nuestros mirlos, si bien es cierto que son mucho mayores. Los gritos que les son propios tienen gran parecido con la risa de los polichinelas, y son ademas bastante inteligentes, sin que les cueste gran trabajo atender á la satisfaccion de sus necesidades. Los turpiales viven en república en las ramas de los árboles, donde á centenares cuelgan sus nidos, de más de un metro de largo, tejidos con lianas delgadas y suaves. Cierto es que de esta manera los pequeñuelos se encuentran al abrigo y nada pueden contra ellos ni las serpientes ni los demas reptiles; pero tienen el inconveniente de que el menor soplo de la brisa los agita fuertemente, destruyendo las tempestades un número considerable de ellos.

Pájaros-moscas y colibríes á millares vuelan de acá para allá, dejando brillar su rico y variado plumaje á los rayos del sol, zumbando cómo si fueran grandes abejas entre las lianas que cubren á los árboles enteros con su verde manto, salpicado de flores brillantes. Cuando comienza á caer la noche, la selva entera se agita por los mil ruídos que en los árboles producen los muchos pájaros que en ellos habitan. El aire se puebla de sonidos diversos; los reclamos de la perdiz, el ronco són que el pavo produce, son casi en absoluto apagados por los continuos *cris-cris* de los millones de insectos que viven en las ramas ó caminan por entre las secas hojas de que está cubierto el suelo. Las prolongadas quejas del mono chillon ó quejumbroso que reclama la lluvia, son las voces que dominan á todas las de la naturaleza en aquellas inmensas selvas, cuya grandeza pasma y maravilla al hombre.

En la mañana del tercer día nos cruzamos con M. Wyse, que caminaba en una piragua tan pequeña, que podía manejarla él solo, no pudiendo llevar en ella más que una corta cantidad de galleta y algunas pastas de chocolate. Este hombre constituye un tipo verdaderamente extraordinario, en quien la energía jamas decae y cuyo ánimo sereno no se turba ni ante el más inesperado peligro, ni ante la dificultad más grande: la actividad que lo domina no podría ser comparada con la de tres indivíduos y aquel hombre infatigable, en toda la extension de la palabra, parece ser un verdadero piel-roja, segun manda en el hambre, en la sed y hasta en el sueño. Cuando lo encontramos había visitado ya toda la línea de cima del istmo, en la parte que mira hacia el Atlántico, habiendo descubierto la garganta de Tihule. En aquel momento se dirigía al punto conveniente para hacer la ascension del Capeti, llegar en él á la mayor altura posible, y ganar á pié el Paya, para ver y estudiar si cualquiera de los muchos valles por que necesariamente tiene que atravesar, presenta un camino más favorable, bajo cualquier punto de vista, que el que desde luégo nos ofrece el río Paya.

Los puntos en que tanto nuestro viaje nos hace trabajar, por ser de curvas donde las corrientes se hacen rápidas y violentas, se suceden con más frecuencia, y cada vez se hacen más duras; razones por que hacemos el viaje con suma lentitud, siendo



Chozas y tipos de los indios Cuna.

muy poco lo que podemos adelantar, á pesar de los rudos esfuerzos que hacemos. Cerca del punto de confluencia con el río Puero, el Tuyra se ha abierto con el incesante choque de su corriente un verdadero cañon al traves de las rocas calcáreas. Aunque muy profunda, apénas si tiene 30 metros de ancho, y áun por algunos puntos bastante ménos, de modo que las ramas de los árboles que en una orilla crecen, y los que crecen en la opuesta, se enredan y entrelazan formando lo que allí llaman puentes de mono. Las rocas, que siempre permanecen húmedas, están constantemente cubiertas de pequeñas y delicadas plantas; los vegetales parásitos han desaparecido, y aclarada la selva, cada vez se hace más bella. Algunas veces pasamos muy cerca de graciosas culebras de un verde brillante, suspendidas de la cola á las ramas de algunos árboles, en una disposicion tal, que parece van á pescar.

Nuestros hombres están sumamente cansados; un rápido remolino los detiene: al día siguiente por la mañana pudimos remontarlo sin demasiado trabajo, y poco más arriba encontramos á los ingenieros Brooks y Badouin, ocupados en practicar algunos sondajes, siendo muy de llamar la atencion el órden con que M. Badouin ha sabido organizar su vivac.

Algunas lianas cortadas sobre el terreno le han facilitado la construccion de la cabaña, y con lianas tambien ha sabido confeccionar su rústico mueblaje. Como le manifestara la extrañeza que esto me causaba, me enseñó algunos ejemplares muy curiosos de aquellas plantas, algunas de las que llegan á ser tan gruesas como la pierna de un hombre; unas son rectas y lisas, otras forman concéntricos anillos como monstruosas serpientes, unas forman en la selva vírgen laberintos inextricables, otras se arrollan en grupos de tres ó cuatro, las unas al rededor de las otras, se mezclan, se confunden, se separan, se dividen, formando raros juegos que apénas se comprenden segun las mil formas que toman: aunque una raíz madre se seque ó muera, no por esto la liana se pierde, sinó que sigue su desarrollo y crecimiento á costa de las muchas plantas parásitas á las que se ha asociado. El número de especies comprendido bajo el nombre genérico de lianas, es infinito, casi todas de muy distintos aspectos. A todo viajero que se aventure en aquellas selvas le es útil y conveniente conocer aquellas variadas especies que en la flora tropical dan cuerpo á los sueños más raros. Las unas contienen un agua fresca y pura áun en el rigor del estío, cuando el sol ha secado ya todos los arroyos y en las orillas de los ríos no se encuentra más que un inmundo y fétido fango, que el beberlo causaría la muerte; otras proporcionan á las gentes del país los únicos remedios que saben aplicar, y que en muchos casos son de gran utilidad por los especiales jugos que contienen; otras, por el contrario, se cuajan de aceradas y punzantes espinas, que al menor descuido desgarran las carnes, ó producen flores venenosas: allí nos enseñaron una de corola amarilla, cuyo contacto es necesario evitar siempre, pues esto sólo basta para causar dolorosas llagas, muy difíciles de curar: casi todos los cautcheros tienen en las piernas grandes y profundas cicatrices, causadas por aquellos perniciosos parásitos, y uno de los hombres que nos acompañaban, natural de Panamá, quiso aspirar el aroma de una de aquellas flores, y casi estuvo á punto de sucumbir de una úlcera en los labios, por lo que quedará ya desfigurado por el resto de sus días.

## XX

Paya.—Los indios Cunas.—Tipos y costumbres.—Un cuatriunvirato.—El cacique.—El *lelé*.—El *Camotura*, el *Urunia*.—Un proceso.

A medida que el río Tuyra disminuye de volúmen va convirtiéndose en una sucesion de remolinos cada vez más violentos; uno de ellos, mayor que ninguno, y coronándose por un monte de espuma, nos detiene, y pienso que tal vez nos sea imposible atravesarlo. Ya me disponía á dar la órden para acampar y ver de pasar la noche de la mejor manera posible, cuando vimos descender por el río unas pequeñas balsas cargadas de cautchouc, seguidas á corto trecho por una canoa, cuyos intrépidos tripulantes llevaban tres días enteros sin comer: compadecidos del miserable estado en que aquellos infelices se encontraban, les dimos arroz y algunos otros alimentos, pagándonos ellos con un señalado favor que más valía, cual fué la indicacion que nos hicieron del punto en que se encontraba la entrada del

río Paya, por lo que, siguiendo nuestro camino, llegamos á ella al caer la noche.

A la mañana siguiente, despues de haber tomado algun descanso, que tanta falta nos hacía, despues de las mil peripecias y contratiempos que veníamos sufriendo, remontamos el río hasta el sitio en que habían establecido su campo los ingenieros. Estrecho y profundo en su punto de confluencia, se ensancha bastante más arriba, pero nunca lo suficiente para que las ramas de los árboles que en una y otra orilla crecen, dejen de enlazarse unas con otras, formando así una espesa bóveda que apenas puede ser



Las lianas.

atravesada por los rayos del sol. El Paya, cada vez más estrecho, se halla entrecortado por pasos rápidos y violentos, que levantan blanca espuma sobre un lecho de guijarros y piedras pequeñas que saltan al fondo desde los bordes del cauce. A cada instante troncos enormes, caídos en la corriente, han formado puentes naturales, muchos de los que parecen colocados por la mano del hombre.

Despues de una noche en que nuestro sueño no dejó de ser turbado ni un momento siquiera por el graznido de las ranas y los gritos de los monos chillones, llegamos á la mision, que aún estaba ater-

rada por la muerte del desgraciado Bixio. Aquella misma tarde, el Dr. Viguier, que no se hallaba del todo repuesto de la larga enfermedad que por tanto tiempo le había afectado, y que aún no tenía del todo cicatrizada la incision de la pierna, se unió tambien á la comision. Tal vez si nuestro sabio médico no hubiera estado ausente de nosotros en aquellos momentos, el pobre Bixio estaría á nuestro lado tambien; pero la fatalidad lo tenía dispuesto de aquel modo, y siempre lamentábamos el que nuestro infortunado amigo hubiera carecido de los recursos de la ciencia.

Paya está situada en una península, sobre un Islote casi rodeado por el río, y es un pueblo formado por chozas construídas sin órden ni concierto alguno. Los indios las han fijado donde mejor les ha parecido, de modo que sería un empeño vano buscar calles de ninguna forma; amontonadas acá y



El pueblo de Paya.

allá, han levantado sus viviendas en el sitio que les ofrecía mayor número de comodidades, sin que en el trascurso del tiempo se haya cuidado nadie de modificar tales costumbres. Estas casas, mayores y mucho más limpias, por regla general, que las que ocupan los negros del Bajo Darien, regularmente constan de un piso; pero la pared que forma la fachada principal no se prolonga hasta arriba. En las habitaciones que forman los bajos de aquellas viviendas es donde tienen instalados los almacenes y tiendas, así como tambien las cocinas; pues de día y de noche el lugar donde permanece es en las habitaciones del cuarto superior. El suelo, formado por gruesas y resistentes planchas de bambú, se eleva de la tierra unos ocho ó diez piés; del techo penden una infinidad de *gris-gris* ó amuletos religiosos, gracias á cuya virtud se creen preservados de considerable número de males, y tantas cabezas de tucanes como individuos de la familia han muerto desde que se construyó la cabaña. Ese aspecto de una casa puede desde luégo dar claros indicios de los hábitos de las personas que la habitan, indicar sus gustos y sus aficiones, así como tambien poner de manifiesto las ideas que en ellos dominan. Visitada una casa de Paya, puede decirse que se han visitado todas; en ninguna se echa de ménos la limpieza que tanto

falta entre los negros, y en ninguna faltan los amuletos que revelan el fanatismo de aquellos infelices, así como tampoco el especial cuidado que tienen en conservar la memoria de los muertos, por más que pueda parecer extraño y raro el medio de conservarla. Casi todos los hombres visten un pantalon y una camiseta de algodon, manufactura americana, que es lo que allí circula más; el que visitando aquellas regiones supusiera que podia encontrar, siquiera fuera sólo en los más apegados á las costumbres de sus descendientes, algo de los vistosos y ricos trajes formados con las plumas de los pájaros que allí se crían, con que fueron encontrados en la época del descubrimiento de las Américas, sufriría un completo desencanto de aquellas galas con que tan extraños aparecían á nuestros ojos; los indios de hoy conservan sólo una diadema formada con fibras de las lianas, en las que entretejen plumas de oropéndolas y aras, y áun este resto del antiguo vestuario lo guardan cuidadosamente para ostentarlo sólo en los días de gran fiesta, ó, lo que es sinónimo, en los días destinados á la embriaguez. De ordinario llevan no más que una pequeña banda tejida en tres colores, que llama *la liga*, y gastan la cabellera enrollada al rededor de la cabeza, y sujeta su extremidad con un peine.

Las mujeres gastan, por todo traje, una miserable camisa, mal cortada y mal hecha, de color azul, que apenas llega á cubrirlas las rodillas, y que, segun la posicion social, bordan de rojo ó amarillo. Al rededor del cuello gastan unos gruesos collares de abalorios, y lo mismo en los brazos y en las piernas, mostrando tan gran predileccion por este adorno, que lo cargan y recargan hasta constituír peso de consideracion, que cualquiera, en vez de creerlos propios del tocado, podía suponer eran instrumentos de cilicio por alguna penitencia ofrecida. El cabello lo dejan completamente suelto y flotante, cuidando sólo de cortar el que cae sobre los ojos.

Al volver á Francia, he encontrado esta costumbre muy admitida entre nuestras bellas compatriotas, y tal vez la hayan aceptado todas las demas mujeres de las naciones europeas, reputándola una novedad: sin duda ignoran que hace muchos siglos en aquellas apartadas regiones usan la referida moda las indias Ti.

Los niños menores de quince años llaman la atencion y se hacen sumamente simpáticos por lo regular de sus facciones y su fisonomía dulce, buena é inteligente. Aquella pobre tribu es muy poco lo que ha conservado de las tradiciones de su raza, y hoy no es más que uno de los pocos restos que quedan del sin número de poblaciones potentes que, de un lado la conquista española y su mal sistema de colonizacion, de otro las expediciones continuas de filibusteros que los han arrancado de sus hogares para reducirlos á la esclavitud, y las continuas guerras que han sostenido con los negros del Bajo Darien, han convertido en miserables aldeas, que áun de año en año disminuyen.

Aquellos indios pertenecen á la raza Cuna, lo mismo que las tribus del alto Chucunaque, y todas las que se asientan en la costa del Atlántico. Si á cualquiera de ellos se le pregunta su nombre, responderán: *Tulé*, que es lo mismo que *hombre*; pero para distinguirse de otros muchos pueblos que viven en el Darien y que reciben la apelacion genérica de indios *do*, ellos se designan con el de indios *ti*, vocablos que en el idioma de cada uno de ellos significa lo mismo, esto es, *Río*. Los *ti* son de muy pequeña estatura y rechonchos, y se hacen obesos cuando aún no tienen mucha edad: los *do*, por el contrario, son altos, proporcionados y esbeltos, conservando la pureza de sus formas hasta una edad bastante avanzada.

Generalmente, entre ellos está de todo punto admitida la poligamia, y las uniones que con más frecuencia se celebran son entre hermanos y hermanas.

Por regla general, son morosos y taciturnos, y apénas si hay nada que pueda hacerles abandonar su melancolía más que la bebida, de la que abusan hasta el punto de llegar á la más completa embriaguez. Una vez en este estado, pierden todas las buenas cualidades que puedan tener, y se hacen rencorosos y crueles; son tambien por exceso perezosos y muy poco precavidos, siendo las únicas ocupaciones á que se dedican, la caza y la pesca.

Las armas que más usan son el fusil, el arco, la flecha y la cerbatana, aunque esta última sólo la manejan los muchachos: el arco es cada vez ménos empleado, y aquel secreto que un día hacía tan terribles las heridas que sus flechas causaban, por el veneno de que las impregnaban, lo han perdido, de modo que no saben hacerlo como en otro tiempo sus antepasados. Para la pesca conocen el anzuelo, pero apénas si lo emplean, sirviéndose más de la azagaya. Todas las faenas del campo, por duras que sean, y todo lo referente á la agricultura, está confiado á las mujeres.

En cada aldea ó ranchería de indios, el primer personaje es el cacique, el segundo el *lelé* (médico ó encantador). Frecuentemente, como en Paya sucede, estas dos funciones están desempeñadas por un mismo individuo. La principal funcion del *lelé* es procurar que los dioses sean propicios y no persigan con sus rigores en ocasion de cualquier fiesta ó cacería. La víspera del señalado como gran día, se retira á una habitacion sin techo, sobre una terraza

que llaman allí *carro*, y pasa la noche haciendo conjuros, mezclados con gritos y gruñidos de animales. Cuanto más con estas imitaciones se acercan al original, y son más exactas, cuanto mejor sabe reproducir con exactitud el canto de los pájaros y los gruñidos de los animales, mayor es la consideracion de que goza. Hubiéramos querido conocer el fundamento racional que tan extraña supersticion puede tener; mas nos contuvo en nuestra curiosidad el temor de que pudiera ser achacado al deseo de profanar lo que por sagrado y santo tienen ellos. Una de las cosas que siempre llamarán más la atencion en los pueblos que puedan recorrerse, serán las preocupaciones religiosas, las que rara vez podrá determinarse qué causa tuvieron en su aparecimiento, ni qué causas han sido las que han dado lugar á que se sostengan en el ánimo de séres que piensan, y que las hubieran desechado, á no dudarlo, si no temieran dejar de conseguir lo que por ellas vienen consiguiendo. Las necesidades materiales pueden haber sido muchas veces las que tales efectos produzcan, y no dejó de chocarnos el saber que cuando se dispone una gran batida, cuando se emprende cualquier gran partida de caza, en ella el *lelé*, imitando el canto de las aves y los gritos propios de los animales, son los que los atraen á los puertos, donde los cazadores las esperan para matarlas.

Si se considera que el primero y principal medio de sustentacion de aquel pueblo es la caza, los grandes beneficios que en aquellas batidas reportan los hábiles reclamos, y más que nada lo poco comun que es el que un hombre imite á la perfeccion á las aves y á los animales, tal vez llegue á comprenderse la veneracion que á los *lelés* les tienen, nacida, más que de nada, de la utilidad que reportan.

Esta consideracion llega hasta tal punto, y la influencia de que gozan es tan grande, que en no pocas ocasiones se hace igual, si no mayor que la del mismo cacique; pues aunque éste sea el único que en la aldea tenga autoridad, las palabras de aquél son muy atendidas, y escuchadas siempre con gran veneracion y respeto.

Sobre cualquier causa ó asunto que se someta á su juício, las decisiones del cacique y del *lelé*, como jueces de la tribu, son inapelables, y la garantía de la imparcialidad con que han de decidir, la confianza que en todos causan las sentencias de aquellos magistrados, y la única garantía que ellos ofrecen de lo recto y justo de sus conclusiones, está en el deber imprescindible en que se hallan de ejecutar ellos mismos la sentencia y aplicar por sí las penas á que crean se hicieron acreedores los que delinquieron. Esta terrible obligacion la ha tenido que cumplir hace algunos años el cacique actual, cuando no era más que *lelé*, y por el caso ocurrido, que pasamos á referir, puede comprenderse los mil inconvenientes que tiene el pertenecer á la administracion de justicia en aquel país. Una mujer, próxima parienta suya, su hermana misma, segun tengo entendido, dijo que por revelaciones que en un sueño había tenido, ó por visiones que viera y que pudieran revelárselo así, su marido moriría al día siguiente. Sin duda por extraña coincidencia, por cuanto no puede admitirse otra cosa, el hecho tuvo lugar, por desgracia, y la opinion pública la acusó de hechicería, gritando y vociferando que debía ser sometida inmediatamente á la accion de aquel particular tribunal. Como en todas partes hay despreocupados y gentes en quienes la fe falta, todos sostenían que debía ser castigada, pues aquellos que no daban crédito á las hechicerías ni sortilegios, opinaban que la desventurada había cometido un crímen envenenando á su marido, para que de cualquier manera su profecía resultara cierta. Los deseos del pueblo fueron cumplidos; la infeliz compareció ante los jueces, y por unanimidad fué condenada á muerte.

En la mañana del siguiente día, el cacique y el *lelé* penetraron en la selva, arrastrando en pos de sí á la acusada, que, segun lo prescrito por las leyes, debía ser quemada viva, y al volver por la noche, los que, jueces en un principio, se convertían en ejecutores de justicia, traían la cabeza afeitada, el cuerpo embadurnado con *agua* (que así llaman á una especie de pintura negra); y como prueba del terrible mandato que se les confiara, enseñaron á la tribu reunida un puñado de cenizas.

El *camotura* ó músico es necesario que sea tambien sumamente hábil y tenga condiciones bastantes para sostener el carácter que se le confía. Es el tercero en el órden jerárquico gubernamental, y el que sustituye al cacique ó al *lelé* en sus ausencias. Durante las fiestas, todas las que se celebren, tiene la obligacion de tocar el *camo*, especie de flauta de caña, de la que, por grande que sea la habilidad del que la tañe, se obtienen siempre sonidos sumamente desagradables: entre aquellas tonadas monotonas y discordantes se intercalan, en recitados hechos con voz gangosa, los consejos y prevenciones del *lelé*. El baile favorito de aquellos indios es el *Guayacan*, gran círculo formado por hombres y mujeres que danzan y giran al rededor del *camotura*, que ocupa el centro. De pronto todos golpean la tierra fuertemente con el pié, repitiendo esto dos veces consecutivas, rompen la cadena y despues se enlazan las parejas, hacen algunas piruetas en movimientos rápidos y acelerados, siguiendo el compas que el *camo* marque.

El *urunia* es el cuarto dignatario, y su principal,

su única mision, consiste en reclutar los guerreros, organizarlos, instruírlos y mandarlos en el combate. Como es fácil comprender, las únicas condiciones que en este funcionario se exigen son las de valor y fuerza; así es que sólo ellas, suficientemente probadas, han de tener los que aspiren á tan peligroso cargo.

Las cacerías, que más que tales son verdaderas expediciones que se prolongan durante muchos días, las más de las veces las hacen en comun, bajo la inmediata direccion del cacique y del *lelé*. En ellas baten los jabalíes, los pecaris, los ciervos, las igual nas, los monos negros y las perdices, que son allí de unas dimensiones considerables, pues en todo el Darien llegan á ser del tamaño de nuestros pollos.

En Paya estuvimos alojados en la casa del cacique y en la de su hijo Mono. Apénas si hacía una hora que habíamos llegado á Paya, cuando se nos presentaron los negros que habíamos reclutado en Panamá, manifestándonos su *ultimatum*, reducido á los siguientes términos: ó les aumentábamos sus jornales, ó nos abandonaban inmediatamente. M. Wyse aprovechó aquella favorable coyuntura para dar por terminados sus compromisos; ya no nos era necesaria tanta gente, y mucho ménos una gente tan perezosa y que tan poco útil nos había sido durante la expedicion en que nos acompañaran. En un principio, temimos que la dura contestacion dada por el jefe fuera causa para que promovieran algun disgusto ó intentaran causarnos algun daño; pero nada de esto sucedió, sinó que marcharon sin dirigirnos ni el más ligero reproche, ni la más insignificante frase, cosa que no esperábamos ciertamente tuviera tan pacífica resolucion. Yo, por mi parte, sentí sinceramente la marcha de mis dos hombres, Pablo y Pilar, pues sería injusto no confesar que me habían servido fielmente.

Por poco y malo que fuera el trabajo que aquellos hombres realizaban, es lo cierto que su partida dió lugar á que se atrasaran un tanto las tareas de la comision: quedaba sólo el número indispensable de agregados para completar las brigadas de ingenieros. M. Wyse, á quien yo debía acompañar en el viaje que había de emprender para explorar la vertiente del Atlántico y de las bocas del Atrato, se vió obligado á diferir su partida despues; y para que todas fueran contrariedades, Mono, que había de servirnos de guía, cayó enfermo, en todo lo cual, y para resumir, perdimos ocho días.

Entre tanto, y con objeto de que el tiempo no fuera del todo perdido, hicimos algunas cortas expediciones por los alrededores de Paya, una de las cuales tuvo por objeto el detenido reconocimiento del río Cué.

## XXI

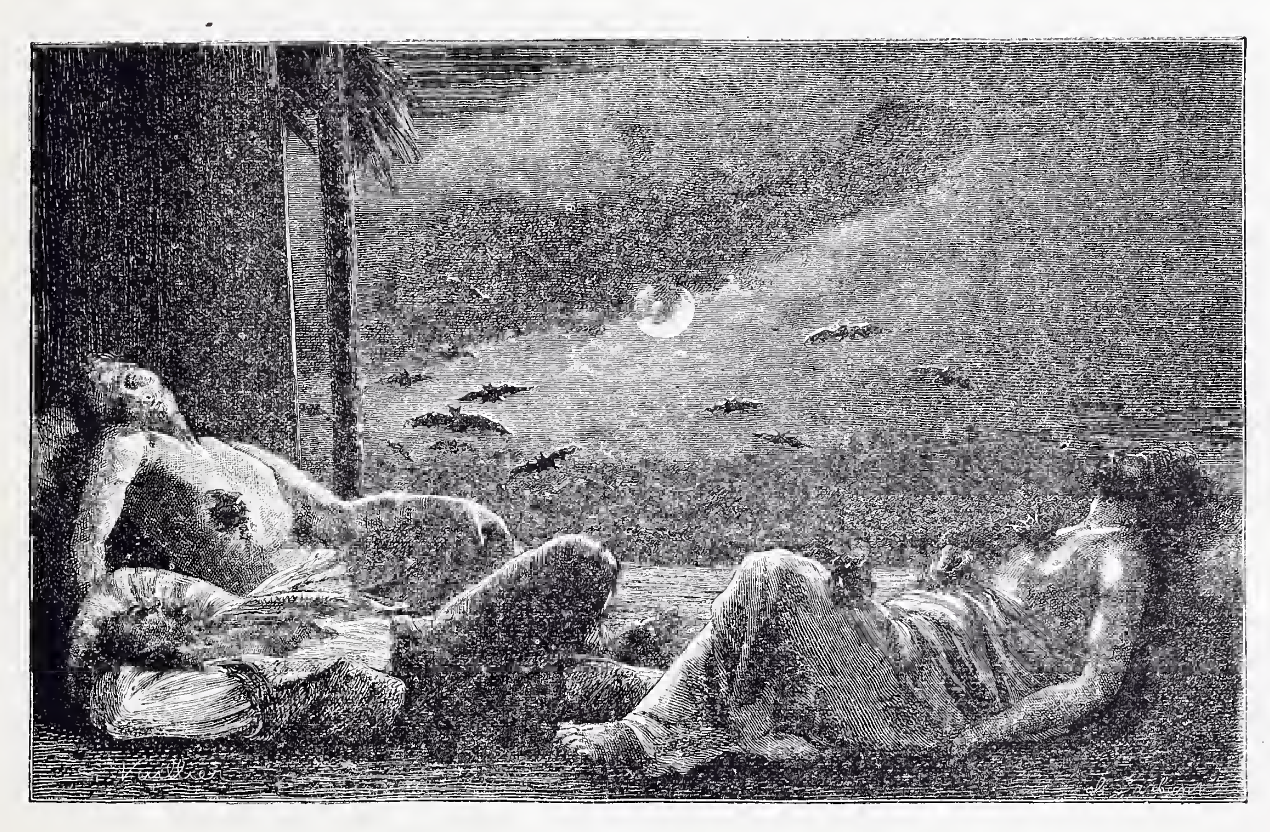
En marcha hacia la vertiente del Atlántico.—Los murciélagos vampiros.—El camino real.—Bajada del Cucarica ó Caquirri.—La playa de los Dolores.—Las empalizadas.

Desgraciadamente los indios de Paya, á pesar de los considerables esfuerzos que han realizado, y de las contínuas luchas que se han visto obligados á sostener, su número no ha sido bastante para evitar las frecuentes invasiones de los cautcheros. Buscando éstos la sustancia que de su país era el primer artículo en el comercio de exportacion, creemos excusado hacer mencion de los mil atropellos que han cometido en sus incesantes invasiones; nada han respetado y nada los ha podido contener: la fuerza, el número, la astucia, todo ha sido empleado para llegar á la realizacion de sus fines, y sobradamente lo han conseguido. Han devastado sin consideracion ninguna las plantaciones, y han destruído todos los árboles de cautchouc con que un día los indígenas podían realizar un comercio que les permitía vivir con algun desahogo.

Antes que de Europa y de los Estados del Norte de América se hicieran tan considerables demandas de este artículo como hoy se hacen, los habitualmente dedicados á esta industria, que no entrevian tanto lucro, no se creían en la necesidad de atacarlos y arrebatarles á viva fuerza, y sin retribucion ninguna lo de que hoy se apoderan para enriquecerse, y gracias á esto, aquellos naturales obtenían, á cambio del cautchouc que en su region se produce, hierro, víveres, trajes y alguna cantidad del tan célebre anisado, por el que manifiestan tanta aficion como los negros del Bajo Darien. No sólo los invasores se han limitado á esto, sinó que llevando su avaricia y su rapacidad hasta un punto extremo, han batido todas las selvas de aquellos contornos, han cortado árboles, han incendiado el monte bajo, y puede decirse que lo han removido todo, hasta tal punto, que

hoy los pobres indios, para encontrar alguna caza, se ven obligados á trabajar en la montaña más de tres días, y apénas si tras tantos afanes y fatigas como esto irroga, pueden encontrar lo bastante para alimentar á sus familias. El estado pobre y miserable en que aquellos infelices se encuentran, no puede ménos de inspirar la compasion de cualquiera que visite la region en que habitan, y de que es una triste verdad para ellos pudimos convencernos; pues á pesar del cordial recibimiento que nos hicieron y de la buena voluntad que por todas partes nos manifestaban, no pudieron ofrecernos más que bananos; nada tenían que vendernos, por más que buscaron, y ni áun fué posible que nos pudieran proporcionar un cuarto de mono ahumado.

Toda aquella semana de detenciones forzadas la empleó el jefe de la mision en completar sus notas sobre la orografía de la region en que nos encontrábamos; pero como las dificultades eran insuperables, compañeras de todos cuantos trabajos nos veíamos forzados á realizar, no fué de escasa importancia con la que allí tropezamos, y que de todo punto hacía imposible que fuera empleada en nuestras tareas toda la actividad que deseáramos. El idioma que hablan aquellos indios, como todos los que sirven de expresion en las civilizaciones primitivas, es sumamente pobre y tiene el reducido número de voces que son necesarias para la expresion de lo que entre ellos es usual y corriente, no teniendo casi palabras, ó por mejor decir, no teniendo ninguna que puedan servir para expresar las abstracciones, sin que pueda decirse que en esto influyera más ó ménos el mayor ó menor conocimiento que de aquel lenguaje tuviéramos, pues nuestro intérprete M. Carranza lo hablaba tan bien como si hubiera nacido en aquella comarca y nunca hubiera salido de ella. Para hacerles entender cualquier cosa, era menester emplear mil giros y volver sobre el mismo punto una y muchas veces: á más de esto, hay que añadir, como aumento de nuestros males, que su atencion se fatiga demasiado pronto; así es que, pasados algunos minutos, es menester callar ó cambiar de conversacion, pues se distraen ó aburren si se les insiste mucho. Tambien nos perjudicó grandemente el que siendo demasiado cumplidos ó dulces, ó lo que es más cierto, demasiado tímidos, nunca se atreven á decir «no es eso,» sinó



Los vampiros.

que asienten y manifiestan que en todo tenéis razon, y que á cada momento se parte por un camino falso.

Viendo el grande apuro en que nos encontrábamos, y comprendiendo que nos era imposible caminar sin guias hábiles y expertos, algunos cautcheros de los alrededores vinieron á ofrecerse, aunque exigiendo todos precios verdaderamente exorbitantes: con algunos pudimos llegar á entendernos despues de mucho hablar para ponernos de acuerdo en los puntos en que debíamos convenir; pero cuando más satisfechos estábamos de haber conseguido alguna cosa en nuestro provecho, aunque nos costara excesivamente cara, venían á desdecirse, haciendo una nueva y larga enumeracion de los riesgos que en el viaje aquel habían de correrse, y las grandes dificultades que había que afrontar, todo lo cual, en suma, no era otra cosa que hábiles manejos para exigirnos prórogas por dos ó tres días. Aunque negros, sin conocimientos bastantes y por brutos que puedan suponerse, comprendían demas que no podíamos pasar sin ellos. Los indios son tan sumisos, tan probos y tan complacientes, que preferibles eran desde luégo, bajo todos puntos de vista; pero tienen el gravísimo inconveniente de que la menor fatiga los cansa y los abate: en el trabajo, dos de ellos no pueden compensar lo que un negro hace, y, resumiendo, en cualquier parte es mucho más fácil conducir á cien hombres de color que á diez blancos.

Sin el aburrimiento y el disgusto que nos causaba ver perder un tiempo precioso, confieso ingenuamente que me hallaba perfectamente en Paya, donde todo, digámoslo así, se encuentra tan bien compensado, que la vida se hace deliciosa, el clima es de todo punto agradable, el sol no incomoda en demasía, y las noches son tan frescas, que siempre al amanecer, para encontrarse cómodamente, se hacían necesarias dos mantas en la cama: los mosquitos, que como sabemos es la terrible plaga que azota aquel país y que no permite en el día realizar trabajo alguno con reposo, ni descansar por la noche, nos dejan en paz; allí no los hay, ó al ménos en la estacion en que nosotros estuvimos. Sin embargo, no hay ni una cama siquiera desprovista de mosquitero, á causa del temor que inspiran los murciélagos vampiros: estos murciélagos son un poco más pequeños que los que tanto abundan en nuestros países, y á los que se comienza á dar caza cuando anochece; por lo demas, son casi iguales en la forma de la cabeza, del cuerpo y de las alas, presentando el mismo aspecto repugnante. Desde la más remota antigüedad viene admitiéndose la existencia de unos horribles animales que, aprovechándose del sueño de las personas, se encarnizan en ellos, chupando su sangre hasta agotarla por completo.

En muchas naciones de Europa, especialmente en Rusia y en Polonia, es generalmente admitida la creencia de que estos animales salen de las tumbas á la media noche, yendo directamente á chupar la sangre de los parientes ó amigos íntimos de aquel con quien se abrigaban; creencia fabulosa que ha dado lugar á un número considerable de cuentos fantásticos y groseras supersticiones. En aquel país abundan bastante, y muchos de los hombres que nos acompañaban fueron mordidos hasta tres veces en la misma noche, sobre todo nuestro cocinero, un *culí* de la India que habíamos contratado en la Martinica. Es bastante extraño observar que aquellas mordeduras las dan sin que el que duerme despierte ni experimente la más ligera incomodidad ni dolor. Atacan, por regla general, las extremidades de los dedos de las manos y de los piés, y arrancan un pequeño pedazo de carne, cuya herida mana la sangre en gran abundancia, produciendo gran sorpresa encontrarse al despertar por la mañana sangrando, sin poderse dar cuenta de ello hasta conocer la causa por las referencias que se puedan hacer. A las cinco noches de dormir en Paya, nuestro infeliz cocinero estaba en un estado lamentable, y tenía todo el aire de aquellos desgraciados que hace muchos años tenían el mal acuerdo de ponerse en manos de los antiguos barberos cirujanos.

En toda aquella comarca son tan temidos los vampiros, que sólo la presencia de uno de estos inmundos animales causa un horror indescriptible; las mil fábulas y cuentos que han esparcido con respecto á ellos, es causa de que de generacion en generacion se vengan sosteniendo las ideas adquiridas, y los consideren como las almas de los muertos que abandonan el lugar donde se hallan, para venir á cobrar deudas que dejaron pendientes. El miedo que inspiran es tan grande, que si por aquellos contornos se ve un lugar en la selva donde la hierba crece en abundancia y el terreno no está movido, es seguro indicio de que los vampiros abundan allí; pues donde los hay, ni áun siquiera se atreven los indígenas á criar ganados.

Despues de tantas dilaciones como contra nuestra voluntad habíamos sufrido, y de los muchos inconvenientes que habíamos tenido que vencer, logramos disponerlo todo, y emprendimos la marcha el día 22 de Enero. Todo el material, todos los útiles y los víveres tenía que ser conducido por hombres; así es que nos vimos obligados á llevar sólo lo que nos era más necesario, lo bastante para no morir de hambre, y lo justo para no dormir sobre el fango en las noches que teníamos que pasar aún en tierras que tan pocas comodidades presentan, y tantos peligros ofrecían. La reducida caravana la formaban sólo seis personas, de

las que dos únicamente, M. Wyse y yo, éramos blancos: los otros cuatro eran, el Mono, el hijo del cacique que nos acompañaba en calidad de guía; Evaristo, que ordinariamente desempeñaba el papel de patron, y que era á la vez el hombre de confianza de nuestro jefe, y además dos cautcheros de Pinogana, mestizos de negra é indio: los cruzamientos paralelos entre estas dos razas son muy raros, ó mejor dicho, no se da ninguno, por efecto del profundo desprecio que las indias tienen por los *guacas*, que es como allí llaman á los negros. Para las seis personas que nos reuníamos, habíamos reducido todo nuestro equipaje, incluyendo los alimentos y los instrumentos de absoluta necesidad á un peso de ciento veinte libras. Evaristo puede afirmarse que cargó con más de la mitad: en cuanto á Mono, no quiso comprometer su dignidad de hijo del más principal de los jefes de su tribu; sin duda se hubiera considerado deshonrado si cargaba como cualquier otro, y se limitó, por tanto, á llevar un fusil y un instrumento.

El sendero abierto por los salvajes, y al que enfáticamente dan el nombre pomposo de «camino real» que conduce desde Paya al *embalsadero* de Cucarica ó Caquirri, es decir, hasta el punto en el que este río se hace navegable para una piragua, cruza la línea de separacion de las cordilleras por una garganta más elevada que la de Tihulé; pero el camino en toda su extension presenta ménos dificultades, porque en el Tihulé se va á desembocar sobre una cascada del río Nabulquia, que no tendrá ménos de treinta metros de altura: en tal punto no es posible descender sinó agarrándose á las lianas y descolgándose poco á poco por las raíces de los árboles que allí crecen, las que no dejan de ser muy falsos escalones, despues de lo cual hay que llegar hasta el lecho mismo del río, donde nunca á un hombre de regular estatura deja de llegarle el agua hasta el pecho. Hasta el sitio mismo en que se da la completa separacion de las dos vertientes, no hay más remedio que seguir por un terreno donde incesantemente se encuentran alturas materialmente cortadas á pico. Desde lo alto de una loma, cuya cima ha mandado desmontar M. Wyse, con objeto de poder reconocer mejor la comarca, gozamos de un admirable golpe de vista, abarcando las grandes cordilleras, cuyas majestuosas cúspides se levantan por encima de la estrecha garganta de Tihulé. A partir de la línea de separacion, avanzamos descendiendo por una cuesta suave hasta el río Tulegua, y gracias al viento del Norte, que pasa por el Atlántico, la temperatura es sumamente agradable.

En esta parte el terreno es mucho más húmedo que en la otra, la vegetacion se presenta más esplendente, y mil especies vegetales cubren casi totalmente el suelo: allí crecen tambien los *quippos* gigantescos que no habíamos vuelto á ver desde que abandonamos las márgenes del Tuyra, y no dejó de llamarnos la atencion la extension que adquieren en su base, cosa que nunca habíamos observado en aquéllos que se levantan completamente rectos y cilíndricos. Hacia el mediodía llegamos al fin al rio Tulegua, por el que nos fué necesario chapaletear unas dos horas, pues aquel pequeño río corre sobre grandes planicies que se ha formado en las rocas, y las que son sumamente resbaladizas: en la época de las grandes avenidas, la corriente ha amontonado acá y allá tal cantidad de guijarros, que en modo alguno guardan proporcion con la importancia del río. Por último, serían las cinco de la tarde cuando, al volver una curva, pudimos divisar el Caquirri hirviendo en olas de agitada espuma, al descender un rápido, é hicimos alto en un rancho abandonado.

A la mañana siguiente comenzamos á descender el Caquirri en una piragua: el río, por el punto en que saltamos, tendrá un ancho de treinta metros, y nunca hasta entónces había visto orillas más pintorescas, pues en ella puede comprobarse con absoluta seguridad todas cuantas maravillas se cuentan de la vegetacion del trópico. El fondo del río está constituído casi en toda su extension por rocas lamidas, que presentan una superficie blanca y lisa. Sus aguas se deslizan por rápidos que alternan con canales profundos, donde la superficie tranquila parece no tiene movimiento alguno, y las orillas están cubiertas por helicanias, bromelias, y todas clases de plantas, que extienden en toda la superficie del suelo sus hojas multicolores, formando caprichosas combinaciones, donde la vista se recrea, y donde puede admirarse cuantos portentos realiza la mano creadora de la Naturaleza. Los árboles, á los que no se enroscan las lianas con la profusion que en otras partes hemos visto, se manifiestan en todo su esplendor, sacudiendo á impulsos de la brisa su frondosa copa, por entre la que filtran rayos de luz que les prestan encantos: si no hubiéramos tenido á la vista los negros desnudos que nos acompañaban, y á nuestro guía el indio, que de pié sobre la popa acechaba el paso de algun pescado para clavarle su arpon, podíamos habernos hecho la ilusion de que bogábamos por una pura y tranquila corriente de la zona templada; y al pensar de esta manera, mil recuerdos y mil ideas se agolpaban en nuestra mente, echando de ménos cuadros que en otro tiempo pasaron ante nuestra vista. El panorama que alcanzaba nuestra vista, nos pasmaba, por ser de aquellos en que los detalles no se advierten, cubiertos como están por el gigante conjunto que se desarrolla; aquello es inmenso, y siempre podría parecer exagerado cualquier

cuadro hecho con apuntes que allí se tomaran. La famosa vegetacion de los trópicos, á más de su considerable desarrollo, que da lugar á que por todas partes se vean inmensas sabanas de verdura, presenta ademas la particularidad de las mil especies exóticas que por todas partes en ellos abundan, pero que fuera de allí se agostan.

La selva que en los alrededores de Paya está desierta y silenciosa, como si quisiera guardar una perfecta relacion con aquel pueblo apático que en su



Bajada por el Caquirri.

seno vive, á medida que se recorre, alejándose de las miserables cabañas en que habitan, parece que se ensancha y adquiere esos ruídos que le son propios, y que parece como que acompañan en su tránsito por ella; acá y allá sobre la verde alfombra que en absoluto tapiza el suelo, se ven una multitud de monos descarados que corren, juegan y saltan, sin que nuestra presencia les imponga en lo más mínimo, y los loros y las cotorras dejan brillar entre los árboles su caprichoso plumaje, llamándonos hacia ellos la atencion con sus continuos chillidos. El río se ensancha poco á poco; anchos estanques sin corriente separan los remolinos, que cada vez se hacen más raros y ménos peligrosos.

Nuevamente volvemos á encontrarnos con los aligatores y caimanes que tan conocidos nos son: al aproximarnos, el ruído que naturalmente producimos despierta á aquellos monstruos, que lanzándose precipitadamente al río, hacen oscilar nuestra piragua de una manera alarmante. Nuestros temores fueron grandes, pues dos ó tres veces algunos de aquellos repugnantes anfibios, en sus saltos acelerados, llegaron á tropezar en los costados de nuestra piragua, que seguramente no podría resistir muchos embates: no olvidábamos la fuerza monstruosa que aquellos animales tienen en la cola, y pensábamos cuán fácil era ver deshecha nuestra piragua y á nosotros en el fondo del río, víctimas de aquellas aceradas mandíbulas que mirábamos con espanto. Por fortuna, nada ocurrió y pudimos seguir adelante, sin que ningun contratiempo viniera á aumentar los que ya lamentábamos. Por la noche acampamos sobre un punto que en la orilla formaba una playa arenosa; nuestra cena se compuso de cuanto Mono, nuestro guía, había cazado y pescado durante el viaje que habíamos hecho, y por primera vez, convenciéndonos de que la necesidad es una gran maestra que carece de ley, nos dispusimos á comer la carne de macaco. Si hemos de decir verdad, no tiene mal gusto del todo; pero el animal, groseramente descuartizado y preparado, su piel quemada, la forma de sus miembros y el color verdoso de su piel, le dan el aspecto del cadáver un tanto deforme de un cofrade en dignidad humana que comienza á descomponerse.

Las huellas que en aquella playa pudimos ver claramente marcadas, no podían dejar la menor duda de que era muy frecuentada por los caimanes, y esto dió lugar á que me dominara una singular aprension, que fácilmente se explica en un explorador novel como yo; mas este cuidado que se apoderara de mi ánimo fué desapareciendo poco á poco, extinguiéndose por completo al ver la tranquilidad con que los hombres que nos acompañaban tendieron sus mantas y se dispusieron á pasar la noche.

Bien pronto pude convencerme de que había otra cosa más de temer que los caimanes, por absurda y extraña que esta confesion pueda parecer. El caiman, como hemos dicho, sólo cuando cuenta muchos años y las excrescencias de su rugosa piel le dificultan sus movimientos, es cuando ataca al hombre; pero los mosquitos muestran una singular predileccion por clavar en nuestros cuerpos sus ponzoñosos aguijones, y estos odiosos insectos abundan mucho en el sitio en que habíamos establecido el campamento; sus continuas y molestas picaduras no nos dejaron cerrar los ojos, y á la mañana siguiente era horrible el aspecto que presentábamos; nuestra cara y nuestras manos estaban totalmente acribilladas é inflamadas, experimentábamos un indecible malestar, que con nada se calmaba, y sentíamos una excitacion febril que no nos dejaba gusto para nada. El hombre más fuerte y vigoroso, el sér mejor constituído, no podrá ciertamente sufrir muchas noches como la que allí pasamos, sin morir de los dolores y la fiebre que los aguijones de aquellos mosquitos causan. Nosotros, que nunca podremos olvidar lo que allí sufrimos, y que tan presente lo teníamos entónces usando del derecho que como descubridores teníamos, impusimos á aquel lugar de tortura el nombre de *Playa de las Plagas*, de los *Azotes* ó de los *Dolores*, porque cualquiera de estos nombres le estaba bien empleado.

A medida que más y más se desciende por aquella corriente, el río cambia de aspecto, las aguas pierden la limpieza y la trasparencia que admirábamos tanto, y toman un color amarillento sucio; su cauce al propio tiempo se estrecha, y los árboles que en una y otra orilla crecen, dan sombra que lo hacen más oscuro. Los árboles, carcomidos por el continuo choque de la corriente, comienzan á formar obstrucciones que nos cierran el paso y que no pueden evitarse sinó abatiendo muchas de aquellas ramas á hachazos, lo cual sobrellevamos gran espacio de tiempo, aunque nos causa grandes molestias y trabajos, tras todo lo cual nos encontramos en las empalizadas, que no son otra cosa que un amontonamiento de ramas que atajan la corriente del río en una extension de muchos metros de ancho, y que se elevan de ocho á diez metros sobre la superficie del agua. Entónces se hace necesario descargar la piragua, montarla á brazos sobre el malecon y arrastrarla hasta ponerla del otro lado: aquí el corte es á pico, y entónces hay que echarla de nuevo al agua para cogerla luégo otra vez, vaciarla é inmediatamente colocarla otra vez en lo alto. Esta operacion no es sólo de gran trabajo, sinó tambien sumamente peligrosa; aquellos árboles y aquellas ramas, por encima de los que hay que andar, están todos medio podridos, constituyen un suelo falso en demasía, que puede hundirse con suma facilidad bajo los piés, y sumergir al explorador en cualquier agujero ó charco formado en el fondo del río, y ménos mal si no va á caer en medio de una asamblea de caimanes.

# XXII

Los pantanos del Atrato.—Loma de Cristal y Loma Vieja.—Laguna de Perancho.—El río Atrato.—Desproporcion entre su volúmen y la extension de su corriente.—Los monos de la selva palúdica.

Más abajo de la última de aquellas empalizadas que tanto nos hicieron sufrir, las orillas pierden su elevacion y se hacen fangosas, teniendo claras y manifiestas señales que acreditan que en la estacion de las lluvias, cuando la corriente del río aumenta, se sumergen por completo. Cuanto ante nuestra vista se presenta, nos hace ver que estamos muy próximos ya del inmenso pantano que forma la orilla del Atrato.

Cuando, sirviéndose de cualquier corriente, se atraviesa en una canoa por medio de una selva tropical en la que los epifitos, las lianas y todos los demas parásitos crecen por todas partes enmarañándolo y revolviéndolo todo, hay necesidad de averiguar lo que tras aquello hay, porque nuestra vista no puede descubrir nada en medio de aquel dédalo sombrío; pero en el punto en que nos hallamos, nuestras miradas llegan á todas partes, alcanzan á todas sus profundidades, y nos parece sombría, misteriosa, infinita, nos asusta por su majestad y con su silencio, y en aquella muda contemplacion á que nos entregamos, vemos pasar una serie de cuadros de la vida primitiva, cuyos contornos y colores nos causan envidia.

Nada más seductor que el cuadro que ante nuestra vista se presentaba en aquella hora; la tarde comenzaba á caer y los rayos del sol, próximos ya á su ocaso, se inclinaban iluminando á la selva toda, con esa luz suave que tanto inclina á soñar y á meditar; la barca se desliza dulcemente por las aguas del río, casi sin producir el menor ruído, y los mil insectos que esperan la noche para lanzarse al espacio, chillan en los bordes de los agujeros que les sirven de nido, y se agitan entre las ramas de los árboles. Los pájaros parecen despedirse del día con sus últimos cantos, y de vez en cuando acá y allá vemos saltar á un inquieto mono que trepa de rama en rama buscando su guarida.

La corriente del río se hace cada vez más pobre, disminuída por el considerable número de canales que, partiendo de derecha é izquierda, se pierden en aquellos prados, y bien pronto sólo disponemos para nuestro tránsito de un mezquino cauce que apénas si tiene dos metros de ancho, y en el que su profundidad es sólo de algunos centímetros. En muchos sitios nuestra piragua, á pesar de la poca cala que tiene, se encenaga en el espeso fango que forma el lecho del río. En los rápidos violentos nos vemos obligados con frecuencia, para conseguir el paso, á cortar á fuerza de hacha los troncos y las ramas que lo interceptan por ser demasiado bajos y formar una especie de leñosa red sobre las aguas; y para poder conseguir los movimientos necesarios á evitar un accidente desgraciado, nos es menester arrastrar la pequeña embarcacion hasta el fétido fango, por el que es imposible andar sin hundirse hasta más arriba de la rodilla. Los bananos y los baliceros abundan en número considerable, y con frecuencia nos veíamos enredados entre las ramas de estos árboles, más altas que el *palanquero*, que de pié en la popa de la embarcacion hace esfuerzos sobrehumanos para conseguir que sigamos adelante. Los insectos de mil formas y clases, y unas repugnantes arañas, cuya vista hace sentir frio y asco, abundan de tal manera, que parece llueven sobre nosotros. Algunos troncos caídos acá y allá vienen á añadir obstáculos á aquel paseo, que en un principio realizábamos con tanta comodidad, sin admirar otra cosa que bellezas.

Por fin, tras tantas penalidades y luchas, tras tanto inconveniente como tuvimos que vencer, abandonamos aquella maldecida selva, donde tanto habíamos sufrido, llegando á un extenso pantano cuya superficie parecía cubierta en absoluto por una de las muchas especies de palmeros que en aquel país se crían, y que los naturales llaman *pangamas*. El tronco de esta musácea es tan corto, que apénas sobresale de la base y su ancha copa se extiende inmediatamente: sus largas hojas muertas interceptan casi por complèto el camino. A juzgar por lo que vemos, debe hacer mucho tiempo que ninguna barca surca por aquellos sitios: no se ve surco ninguno que pueda hacernos creer lo contrario; la Naturaleza ha ido amontonando allí sus despojos, y hacinados por todas partes, dificultan el paso hasta un punto tal, que no es posible adelantar sinó á golpes



Pantanos del Atrato.

de machete. Repentinamente cambia la decoracion por completo, y al salir del pantano nos hallamos en una llanura desprovista de vegetacion; enfrente, pero á una distancia tal que ya la silueta se hace indecisa, divisamos algunas montañas cuyas líneas azuladas se dibujan en el horizonte.

En un espacio de más de cincuenta kilómetros, tanto á la derecha como á la izquierda, los terrenos están inundados. Acá y allá se distinguen algunos grupos de árboles, á los que se enlazan algunas plantas trepadoras, formando caprichosas guirnaldas que festonean sus ramas, y que sobresalen por encima de un inmenso mar de cañas y paletuvios de cortas dimensiones. Toda esta vegetacion, casi sumergida en medio de las fangosas aguas en que crece, tiene la misma altura y presenta el aspecto de los trigos, momentos ántes de hacer la siega: el agua se ve brillar y reflejar por aquí y por allí á lo léjos entre las matas: en una palabra, por todas partes ménos en el río. El Caquirri por aquel lado no es más que una fosa de unos cien metros de ancho, cuya profundidad no llega á diez, é invadida por un bosque flotante, pero tan espeso, que una tabla puesta de plano sobre aquel revoltillo de gramíneas es por demas suficiente para sostener á un hombre. Los remos se hacen inútiles por los remolinos confusos que las hierbas forman en el cauce. Mucho ménos puede usar la palanca, pues el agua, por invisible que sea, es mucho más profunda, por lo cual los puntos de apoyo se hacen raros, si no imposibles de encontrar. Con las ramas de mediano grueso de los mayores palmeros pangamas que pueden encontrar nuestros hombres, confeccionan unas horquillas, con las que aplastan las ramas que en tanta abundancia crecen, y buscan apoyo para que la embarcacion pueda deslizarse. Nos encontrámos en el pantano de Atrato.

Al internarnos en él, advertimos cómo en nuestro al rededor renacía la vida animal, hasta un punto que jamas la he visto tan exuberante. Bandadas inmensas de pájaros de todos tamaños y variados plumajes corren y revolotean á todo lo largo del río; grupos de garzas inmóviles y graves nos miran pasar en una inmovilidad que llama la atencion; los lamantinos se sumergen repetidas veces en pocos momentos, y unos caimanes enormes duermen sobre las balsas que en la orilla forman las hierbas arrastradas. A las ocho de la noche llegamos por fin á la Loma de Cristal, último punto de un contrafuerte de las cordilleras, promontorio bastante célebre en el país, pues éste, y el llamado Loma Vieja, es el único terreno seco y fuerte que se encuentra en aquella llanura inmensa.

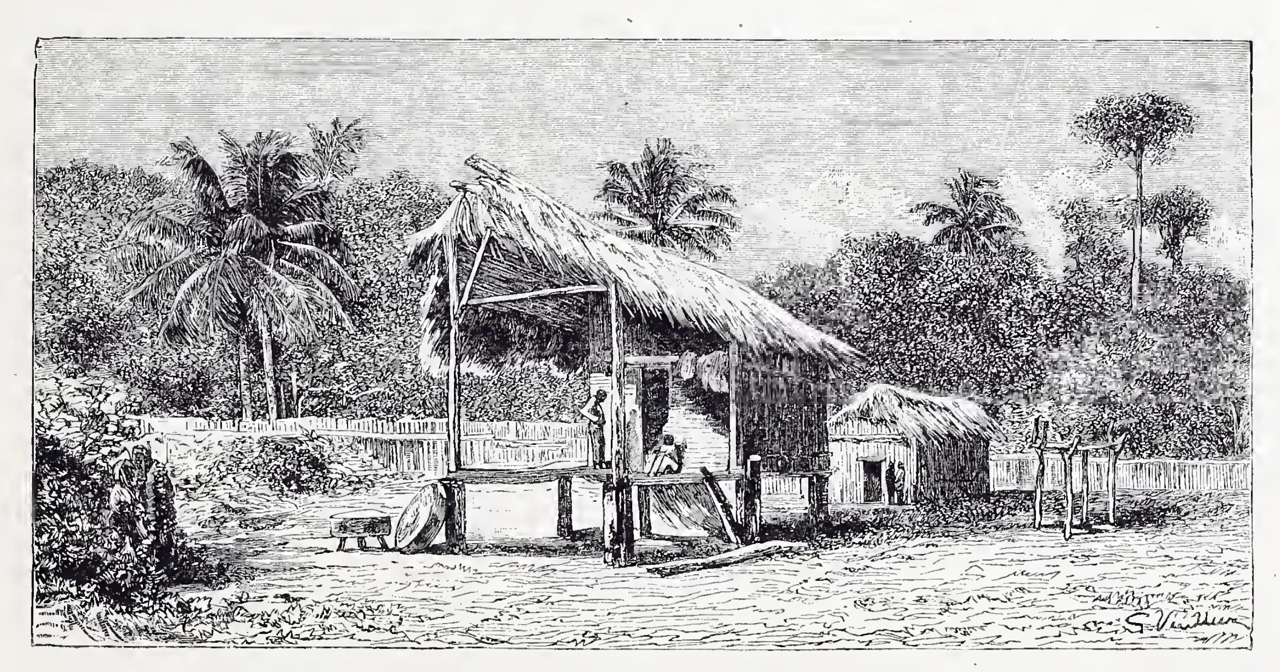
Allí partimos el campamento con dos pescadores de manatis que se ocupaban en despedazar dos de aquellos anfibios que habian matado aquella mañana, dividian en largas tiras, que ahumaban inmediatamente. Ya que de estos animales nos ocupamos, bueno será que demos algunos detalles acerca de ellos, mucho más cuando constituyen un medio de alimentacion para aquellos naturales. Este género de cetáceos herbívoros está caracterizado por la existencia de nueve molares en cada uno de los lados de su mandíbula: los superiores son casi cuadrados, y los inferiores un tanto más puntiagudos, aunque todos presentan una corona plana, en la que se destacan tres especies de bolsas. Los miembros anteriores, verdaderos aparatos de natacion que apénas se descubren bajo la piel que los oculta, están compuestos de cinco dedos, que á su vez constan de cinco falanges terminadas por uñas planas y redondas, que tienen algun parecido, aunque lejano, con las del hombre. Estas uñas, por regla general, son nada más que cuatro, pues el más corto de los dedos no es unguiculado; en algunos han podido hallarse hasta las cinco; los miembros posteriores y la vagina faltan en absoluto, y en vano ha sido que Dauventós los busque en un feto que ha disecado. El cuerpo, de forma oblonga, que algunas veces ha sido comparado con una ostra, está terminado por una cola aplastada, ancha, y que tiene gran semejanza con un abanico. La cabeza termina en un hocico carnoso en el que hacia la parte superior se ven las narices, muy pequeñas y dirigidas hacia adelante: el labio superior, partido en su punto medio, lo tiene guarnecido de pelos muy abundantes, los ojos son muy pequeños, y lo mismo sucede con el agujero auricular, que cuesta gran trabajo apercibirlo. Las mamas son pectorales y adquieren un considerable desarrollo cuando están en la época de la gestacion y de la cría.

A estos animales no se les encuentra nunca en alta mar, sinó solamente en las orillas, y muy especialmente en las desembocaduras de los ríos, por los que remontan algunas veces hasta muy considerables distancias. La mayor parte de los viajeros afirman que estos animales permanecen constantemente en agua, aunque, segun otros, llegan hasta arrastrarse á tierra. Ordinariamente se les encuentra en bandadas, apretados los unos contra los otros y teniendo en medio á los pequeñuelos, sin que manifiesten desconfianza alguna, al ménos en las regiones en que no se les ha hecho temer la presencia del hombre, dejan que se les aproximen y hasta que los toquen, teniendo, segun dicen, que golpearlos fuertemente para que tomen el partido de marcharse.

La inteligencia de los manatis, su instinto social y dulce, guarda extraño contraste con sus formas groseras, por más que hay necesidad de confesar que

los viajeros, amigos siempre de lo maravilloso, han exagerado hasta un punto eonsiderable lo que á la inteligeneia de estos animales se refiere, sin duda por haber ereído fábulas y euentos que ningun fundamento pueden tener. Ha habido quien ha supuesto que el hombre deseendía del manatí, y ha sido llamado por algunos el pez mujer y en otras partes lo han llamado el buey ó la vaea marina.

La earno de estos animales, segun unos viajeros, es muy parecida á la del buey, y segun otros, á la del ternero; su grasa es muy estimada; así es que freeuentemente se organizan eaeerías eontra ellos. Para eoger á los manatís hay que proeurar aeerearse á ellos con gran sigilo en una pequeña y ligera barea, y dispararles una aguda fleeha, sujeta eon una euerda bastante larga; tan pronto eomo el animal se siente herido, emprende la fuga, llevando eonsigo la fleeha y arrastrando la euerda, á euyo extremo se tiene el euidado de amarrar un pedazo do madera que flote sobre el agua y sirva para in-



Pisisi.

diear dónde se encuentra. Cuando á eausa de la sangre que va perdiendo por la herida el manatí se debilita, se aeerean, y arrollando la euerda hasta dejar sólo algunas brazas, tiran de él haeia tierra, ó eoneluyen de matarlo á lanzadas.

Es un espeetáeulo muy curioso ver el interes que estos animales toman los unos por los otros; euando ven á uno herido, todos se preeipitan haeia él eon objeto de ver si pueden sacarle el arpon, y muehas veees, al saear á uno de ellos fuera del agua, ha podido observarse que los demas lo siguen.

Del manatí se eonoeen dos espeeies; una, la que habita las costas oeeidentales del Afriea, pero la otra, que es la de Amériea y la llamada por los naturalistas el gran manatí, la sirena ó la eerda de mar de algunos viajeros. Su piel es gris, ligeramente granulada, en algunos puntos se le ven pelos aislados, espeeialmente en la comisura de los labios y en la parte externa de las aletas natatorias. La hembra de estos animales generalmente pare dos hijuelos, que desde luégo la siguen en el mar.

Aquella noche, graeias al humo que despedía la hoguera de aquellos afortunados peseadores, los mosquitos nos permitieron algun reposo, y pudimos dormir deseansadamente, eosa que haeía muehos días no podíamos eonseguir, y que tan neeesaria nos era, pues á pesar del mueho amor al trabajo, del gran interes que en los buenos resultados de la expedieion teníamos todos y de la gran eonfianza que nos animaba, aquellas tan eontinuadas fatigas eansaban nuestro cuerpo y abatían nuestro espíritu, haeiéndonos temer el desarrollo de una enfermedad que nos impidiera seguir adelante.

A la mañana siguiente hieimos una aseension á la loma, y desde allí pudimos admirar el extenso, el infinito desierto de verdura donde allá á lo léjos se

extienden las boeas del otro río poderoso, cuya presencia nos la indica una larga y plateada faja que se extendía en el horizonte.

Hacia el Sur se ve brillar la gran *Ciénaga* ó laguna de Peraneho, y sólo algunos grupos de árboles contribuyen á que no sea absoluta la monotonía de aquel lugar. Por más que atentamente se mire, en aquel vasto oeéano de hierbas no se advierte ni la más ligera, ni la más insignifieante ondulacion. La vista se pierde allí, sin que nada la distraiga; todo pareee igual, nada se mueve, y pòco á poeo se siente que la melancolía invade el alma.

En las hendiduras de la Loma Vieja el río, que se había ensanchado de nuevo, vuelve á obstruirse, y bien pronto aquella inmensa selva flotante, que constituye casi en totalidad su superfieie, se eierra más espesa cada vez, presentando acá y allá, entre sus hojas de eolor verde oscuro, algunas brillantes flores. Durante más de media hora tuvimos que permaneeer parados en el *tapon*; en este sitio las hierbas llegan á tener hasta euatro piés de altura; su peso enorme está sostenido por una multitud de finas raíces como eabellos, entre euyas fibras se amontonan el cieno y los detritus de toda especie, siempre eonstituyendo obstáeulos á la eontinuacion de nuestro molesto viaje. Inmediatamente vemos extenderse ante nosotros una faja de color amarillento, limitada á uno y otro lado por palmeras de mayor ó menor altura, pero que la siguen con un órden y simetría que cualquiera podría decir que habían sido plantadas por la mano del hombre. Esto, que suele causar gran extrañeza, puede observarse eon facilidad en aquellos bosques gigantes, al internarse en los euales se puede observar por muchas partes que los árboles formados en líneas direetas constituyen, digámoslo así, regulares paseos, que nadie se cuidó de alinear, sinó que es única y exclusivamente obra de la Naturaleza. Aquellas filas de palmeras de que dejamos hecha mencion limitan la corriente del Atrato, que es la que tenemos delante. Río de proporciones considerables, más abajo del punto en que recibe la corriente del Caquirri, su anchura se extiende á más de seiseientos metros de una orilla á otra. Sobre esta eonsiderable sabana, el viento del Norte levanta olas, euyas crestas se rompen y blanquean aeá y allá las aguas fangosas que se estancan en la orilla.

Pero hé aquí que nuestra piragua se llena; los hombres que nos conducen se niegan á avanzar más, y nuestro malestar llega á su límite en medio de aquel vasto desierto de agua donde nos es imposible realizar movimiento alguno, y del que al mismo tiempo nos es necesario salir euanto ántes.

Cuando mayor era nuestra desesperaeion al vernos reducidos á la impoteneia, pues nuestras fuerzas habían decreeido de un modo que ya no podíamos eontar eon ellas; cuando la esperanza nos comenzaba á abandonar, cosa que hasta entónces no nos había sucedido, á pesar de los mil riesgos y peripeeias por que habíamos atravesado en aquella expedicion, en la que nunea las satisfaeciones podían compensar las penalidades, tuvimos la fortuna de distinguir, un poco más abajo del lugar en que en tan malas condiciones nos encontrábamos, una embarcacion tripulada por unos pescadores que se hallaban en acecho para pescar *sábalos*, que son grandes peseados de más de un metro de largo, y muy sabrosos. Todos los que en aquellos contornos viven, los apeteeen por sus buenas condiciones, y por esta razon no son pocos los que se dedican á su pesca, seguros de obtener resultados lucrativos. La dificultad que presenta el hacerse de ellos, depende, más que nada, de los eseasos medios de que aquellos indígenas disponen, pues por abundantes y por considerables que sean, toda la práctica adquirida en muchos años no puede ser bastante á que la pesca sea nunca de consideracion; mucho más euando, contínuamente hostigados aquellos peces, busean siempre los puntos más profundos, zabulléndose inmediatamente al menor bulto que pereiben, si van á flor de agua.

Uno de aquellos hombres, á los que al fin, despues de mueho sufrir, nos pudimos aproximar, manifestónos ser el patron de una *barquetoña* grande, que por fortuna se encaminaba á Pisisi, del otro lado del golfo de Uraba. No podremos expresar nunca la inmensa alegría que experimentamos: entónces nuestra alma se dilató y sentimos que renacían nuestras fuerzas: nunea pudimos esperar tamaña fortuna, que aún la eonsideramos mayor cuando por un corto estipendio se convino en que nos llevaría al punto de su destino. Al fin íbamos á reponernos de las fatigas que sin cesar veníamos sufriendo, y esto en los momentos en que, por todo lo que á nuestra vista se presentaba, no teníamos motivos para suponer otra cosa sinó que irían en aumento; íbamos á perder de vista la frágil piragua, en la que nunea nos pudimos considerar seguros, cuyo poco fondo nos obligaba á ir sentados á la turca, con las piernas cruzadas, lo cual nos causaba dolores é incomodidades á las que no nos podíamos acostumbrar, en la que jamas podíamos recostarnos, sinó que noche y día habíamos de ir completamente derechos, y en la que siempre habíamos de procurar que los pesos estuvieran perfectamente equilibrados, pues la menor desigualdad podía ser causa de que, cuando ménos lo pensáramos, nos viéramos en el fondo del río cubiertos por aquella cáseara de nuez, pues no po-

demos dar otro nombre á la embarcacion en que nos habíamos aventurado, en la que tanto tiempo habíamos perdido á causa de la lentitud con que teníamos que caminar, sin poder hacer uso de los remos, y en que algunas veces la brisa era más fuerte que la corriente, como nos sucedió en el medio día que perdimos en la horquilla de la selva.

El río, cuyo ancho es uniforme en todos sus puntos, no deja de ser profundo en ninguna parte. Sin embargo, nuestra *barquetoña*, en la que tan cómodamente vamos, roza muchas veces con las hierbas y raíces; bien es verdad que éstas crecen en tal profusion, que lo mismo sucedería aunque tuviera mucho ménos fondo. Cuando caminábamos por el Caquirri, las orillas, por distantes que estuvieran, se distinguían alguna vez que otra; pero aquí nunca llegamos á alcanzarla con la vista. ¿Sucedería esto á causa de la inmensidad del río? Lo único que podemos decir es que los árboles que las limitan presentan un aspecto raquítico y mezquino, y que por algunos sitios asemejan empalizadas pintadas de color de escarlata: tal es la abundancia de frutos de este color de que se hallan cargados.

En la estacion en que nos hallamos, las aguas son escasas y tienen por aquí poca profundidad; mas á pesar de esto, no hay ni la más pequeña extension de terreno que sobresalga de la superficie del pantano inundado: para encontrar terreno seco y firme sería necesario caminar muchas leguas al Oeste para encontrar las primeras estribaciones de las cordilleras; por el Norte y por el Oeste se extiende una region ambigua, ni mar ni tierra, que se prolonga hasta el golfo de Uraba. Los únicos habitantes de aquella selva palúdica, donde la vida sería imposible para los hombres, son los monos. Sin duda estos animales, por su constitucion especial ó por lo habituados que se hallan, no experimentan los malos efectos que son naturales casi irremisiblemente por los miasmas que se desprenden y que vician la atmósfera. No cabe dudar que, cualesquiera que fueran las obras que tuvieran que emprenderse allí, los trabajadores á quienes tocara aquella demarcacion, que se extiende á algunos centenares de kilómetros, tendrían que sufrir más que sufrieron los que realizaron trabajos en el peor de los trozos del ferro-carril interoceánico que pone en comunicacion Colon con Panamá; pues allí, sobre peores condiciones higiénicas, dado que todas las tareas tendrían que realizarse inmergidos en las cenagosas aguas, se tropezaría con los terribles peligros que constituyen los mil insectos que abundan por todas partes, y los caimanes, que en ninguna faltan, y al propio tiempo lo difícil que sería el abastecimiento de víveres y la conduccion de materiales.

No obstante, como decimos, los monos se encuentran perfectamente bien, y cada una de las numeroras bandas que constituyen tiene su acantonamiento especial y sus caminos hechos; todas las noches vienen á dormir sobre los mismos árboles y todas las mañanas descienden por otro, que es tambien el mismo, siempre para dirigirse á sus abrevaderos. La vista de aquellos ejercicios de volatinería nos hace comprender que el camino que les sirve para ir no puede servirles para venir: se dejan caer desde una gran altura sobre ramas delgadas y flexibles, sobre lechos formados por lianas secas que se amontonan al caer por su propio peso, y que les sirve para amortiguar el golpe que reciben al caer, pues de otro modo les sería sumamente peligroso. Marchan en fila los unos inmediatamente despues de los otros, ayudándose de la cola prensil, que les sirve para balancearse y hacer menor la rapidez del descenso, ó para adquirir violencia y hacer que el salto sea mucho mayor y alcanzar la rama que creen necesaria. Saltan cuidadosamente, pisando casi los talones del que hace de jefe de la banda, y formando una caprichosa cadena cuyos movimientos, giros y circunvalaciones hacen necesariamente reir.

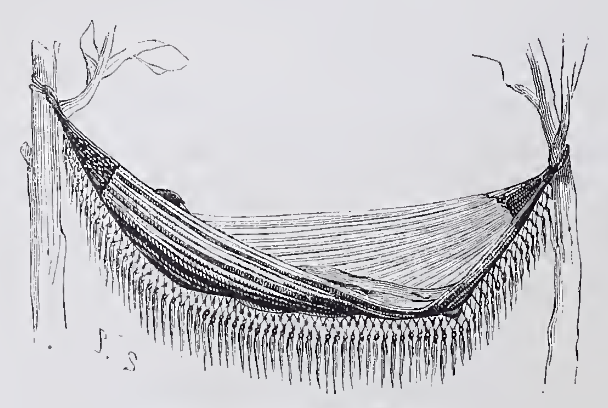
El Atrato no tiene en manera alguna la longitud del Sena, y no obstante arrastra en su corriente una cantidad de agua diez veces mayor, como tuvimos ocasion de observar.

## XXIII

Pisisi.—La barra del golfo de Uraba.—Vuelta á Paya.—Muerte de M. Brooks.—Un toldo.

Este inmenso caudal de agua de que hemos hecho mencion desemboca en el mar por trece bocas, de las que la más corta es la que llaman el Caño de Coquito, derivacion del brazo de Barbacoa, y que es al mismo tiempo la que tiene mayor profundidad, y la que por su fijeza y poca agitacion parece más segura. El canal, cuya extension será de unos treinta metros, determina en el golfo una estrecha calzada, cubierta de paletuvios y palmeros, y la barra que forma el límite tendrá, cuando más, unos dos

metros de agua. Este fué el camino que escogió el patron como más seguro, ó por ser en el que más práctica tenía, por haberlo recorrido muchas veces en el tiempo que hacía se hallaba dedicado á la pesca en que lo sorprendimos. El viento había arreciado un tanto; así es que en atravesar el golfo no empleamos más que dos ó tres horas, precisamente la mitad del tiempo que hubiera sido necesario imperando la calma que tan comun es allí.



Posicion horizontal en una hamaca.

Al medio día próximamente abandonamos las costas del Pisisi, aldea casi tan pobre y miserable como las que en el Darien hemos recorrido, y que se compone sólo de un corto número de chozas, construídas como es costumbre en toda aquella region, pero que disfrutan de la ventaja de hallarse en una abrigada caleta, muy segura. Esta aldea, aunque hoy se encuentra casi reducida al último extremo, ha gozado de su época de prosperidad y riqueza. En aquellos alrededores criábanse tambien abundantes cautcheros; pero las mismas causas que ya en distintas ocasiones hemos mencionado, las grandes demandas y el inmoderado afan de lucro, han dado lugar á que los agoten ó destruyan, siendo hoy muy cortas las cantidades que pueden obtenerse de este producto. De la tagua consiguen áun algunos buenos resultados, aunque tambien es de temer que, siguiendo como van, no tarden mucho en verse privados de este recurso; hoy lo que más rendimientos les hace conseguir son los aprovechamientos que les ofrece el frecuente paso de las grandes barcas que hacen el comercio entre Cartagena y el valle del Atrato.

Por mucho á que esto ascienda, fácil es comprender que una aldea que sólo tiene un artículo de comercio, y no muy abundante, para la exportacion; aldea á la que no pueden importarse más que los artículos de primera necesidad, y donde la industria, no ya carece de desarrollo, sinó que no se conoce, la vida tiene que ser miserable, las comodidades han de faltar, y la estancia en ella debe ser, si no imposible, al ménos muy difícil para los que se hallan acostumbrados á diferente género de existencia.

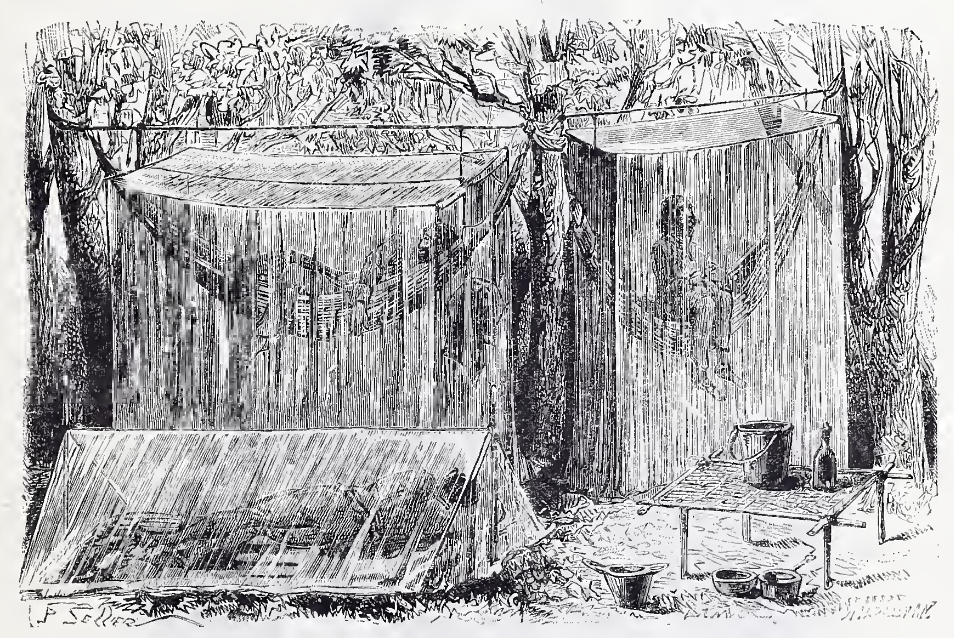
Ademas de esto, á los pocos momentos de hallarnos en Pisisi, viendo las malas condiciones higiénicas en que se encuentra, comprendimos cuán malsano tiene que ser, y el género de enfermedades que más víctimas debe causar. En la estacion de la sequía los dos arroyos que corren cerca del lugar en que aquellas chozas están emplazadas, se convierten en canales de pútrido cieno, y sólo el agua de que disponen para beber es la que pueden conservar en unos agujeros practicados en tierra arcillosa. Desde los primeros días los efectos que experimentamos nos hicieron comprender cuán perniciosos son los resultados de aquel insoportable y nauseabundo brebaje.

Un vecino de Cartagena, amigo de M. Recuero, y que sin duda alguna era el principal negociante del lugar, fué quien nos ofreció hospitalidad, que nosotros aceptamos con verdadera fruicion. Despues de una suculenta comida, que nos hizo olvidar todo lo que habíamos sufrido en la travesía, y con la que nuestros estómagos se sintieron fortalecidos, el señor Búrgos, que así se llamaba nuestro amable anfitrion, nos condujo á una verdadera habitacion, que comparada con la selva, los ranchos, la piragua, la *barquetoña* y todo lo en que nos había sido preciso permanecer, nos pareció el límite extremo de lo cómodo y de lo confortable. Las paredes estaban blanqueadas con cal; dos catres de tijera formaban las camas que, permitiéndose el lujo de las colchas, iban á recibir á los afortunados viajeros, quienes jamas agradecerán como es debido todas aquellas comodidades, proporcionadas donde ménos lo esperaban y cuando más necesidad tenían de ellas para desentumecer los miembros y adquirir de nuevo el vigor que en tantos trabajos habían perdido. Por ninguna parte se veía un mosquito; así es que contábamos pasar una noche tranquila, como hacía mucho tiempo no teníamos otra. Por desgracia, al tiempo que nos recreábamos en admirar la estancia que tan magnífica nos parecía, advertimos que en las junturas del tabique del techo había un considerable número de de arañas negras; una, sobre todo, con un vientre grueso como un huevo, y de muy largas patas, nos inspiró un asco indecible, y desde luégo nos pareció muy mala compañía para pasar la noche. Así, pues, armado, quién de una escoba, quién de un machete, emprendimos una batida para darla caza; mas procedimos con tan poca prudencia, llevados de la gran repugnancia que nos causaba, que tuvo tiempo de descender del lugar en que se encontraba y comenzar á correr por debajo de las sillas adosadas al

muro. Por fin, despues de mucho perseguirla, conseguimos alcanzarla con un machetazo, que partiéndola en dos, salpicó nuestras ropas con un líquido viscoso y negruzco.

El 29 por la mañana volvimos á pasar la bahía casi sin llevar provisiones para el regreso, y despues de practicar un detenido estudio de todos aquellos puntos que podrían ser utilizables para la apertura del canal con que soñábamos, entramos nuevamente en el Atrato. Uno de nuestros amigos del Darien, que había salido en nuestra busca, nos encontró en la Loma de Cristal, entregándonos las cartas que de Paya traía, y en las que nos comunicaba la triste nueva de que M. Brooks se encontraba gravemente enfermo; apresuramos nuestra marcha todo cuanto nos fué posible, y el día 1.º de Febrero dimos un adios á las piraguas en el punto en que el sendero abierto por los indios cae en el río Tulegua.

Por la mañana, el lejano y melancólico són del cuerno de M. Lacharme nos guió hacia la trocha que nuestro amigo se encuentra abriendo en compañía de M. Celler. ¡Triste nueva! Allí supimos que M. Brooks había sucumbido el 26 de Enero. Lo avanzado de su edad, el poco cuidado que tomaba en lo



Un toldo.

que á él se refería, y la falta de precauciones, habían dado lugar á que se fueran resintiendo hasta el punto de que, acometido por una disentería, no pudo resistirla, muriendo de ella, si bien es cierto que á acelerar su fin contribuyó tambien la mordedura de un vampiro. Era el segundo de nuestros amigos que sucumbía, y sentimos su muerte con toda el alma; animoso y trabajador como pocos, en nada se paraba, ni para él existían peligros, á pesar de sus años; buena prueba de ello su decision de acompañarnos á tan remotas regiones, á pesar del conocimiento que tenía de las malas condiciones en que se encontraba, y de las muchas y grandes fatigas que tenían que sufrirse.

Llevados á cabo por nuestras brigadas de ingenios los estudios necesarios, por los que se vino en conocimiento de que era imposible abrir un canal interoceánico á nivel del valle de Paya, M. Wyse se dedicó á estudiar la gran depresion del terreno que, partiendo de Pinogana, se dirige hacia el Nordeste, cortando perpendicularmente el istmo en una parte bastante estrecha. Estábamos plenamente convencidos de que en manera alguna podríamos encontrar un punto por donde el paso fuera expedito; pero abrigamos la confianza de encontrar, en la direccion que nos proponíamos seguir, un contrafuerte cuyo espesor no fuera de mucha consideracion, y en el que se pudieran practicar los trabajos necesarios para que sin grandes gastos fuera atravesado por un túnel. Al propio tiempo M. Wyse se proponía la exploracion del Tuyra, que los indios y dos cautcheros más inteligentes, que habían comprendido el objeto de nuestra mision, habían manifestado ser un río de franca y expedita corriente y de muy suave inclina-

cion, y cuyo cauce por cuellos de muy poca elevacion, comienza con los de los tributarios del Atlántico; cosa que, de ser cierta, simplificaría mucho nuestros trabajos y nos haría conseguir una circunstancia en pro del objeto que allí nos había llevado.

Nuestro jefe se reservó la primera de estas exploraciones, y tuvo á bien confiarme todo lo referente á la segunda. Tanto para una como para otra, nos fué necesario volver á Pinogana, que era donde podíamos realizar los preparativos necesarios, y así lo hicimos. Como necesariamente en nuestras expediciones anteriores habíamos tomado nota de lo que más nos había hecho sufrir y no podía pasar desapercibido para nosotros, y bajo este punto de vista debíamos colocar en primera línea á los mosquitos, que tan malos recuerdos nos dejaron en la playa que por tan justos motivos apellidamos de las Plagas, lo primero que hicimos fué proveernos de un toldo que nos librara de sus crueles picaduras. Un toldo es una pequeña habitacion de tela, un poco más largas que las hamacas: las cuerdas de suspension pasan al traves de estrechas mangas, que una especie de jareta cierra. En todo su al rededor, por medio de otras cuerdas y palos que forman sus accesorios, se sostiene el toldo, pudiendo armarlo en cualquier lugar. Estos aparatos, que la necesidad ha improvisado, son sumamente útiles en aquella region, y en los puntos en que abundan los dípteros se duerme, se come, se trabaja y se hace todo, pues de otra manera sería punto ménos que imposible.




M. Wyse.



Viaje de los monos.

# XXIV

M. Lacharme.—Los seis hombres del río Sinu.—Marcha para la costa del Atlántico.—Valor casual por necesidad.—La trocha.—El dia.—La velada.—La noche en la selva.—Las fieras del bosque.

En distintas ocasiones he hablado ya de M. de Lacharme, el cual me fué señalado como compañero en mis trabajos de nivelamiento, y que es, sin que otra cosa pueda decirse, un hombre amable, bueno, religioso, esclavo de su deber y de su honor. Aferrado á la idea de que el Paya era el punto más útil y conveniente para establecer el paso, idea que él emitiera ántes que nadie, insistía cada vez con mayor empeño, sin atender al gran número de dificultades, casi imposibles de vencer, que se presentaban para llevar á cabo su proyecto. Bajo de cuerpo, delgado, inclinado ya por el peso de los años, llevaba sus cabellos grises bastante crecidos, pues le caían hasta la espalda; nunca, á pesar de lo muy necesario que era, gastaba sombrero, y en su lugar se contentaba con un pañuelo anudado al rededor de la cabeza ó una *liga*, á la manera de los indios, regalo de su *compadre* el *lelé* de Paya. Durante todo el tiempo que permanecimos trabajando en el Darien no le vimos gastar otro traje que una larga camisa roja y un pantalon ajustado por una ancha correa, de la que siempre llevaba pendiente su machete y su brújula. Hacía más de treinta años que había salido de Francia, sin que en tan considerable espacio de tiempo hubiera vuelto una vez siquiera; y por lo que pudimos observar, parecía dispuesto á agotar en las riberas del río Sinu una fortuna considerable que había conseguido reunir en los buenos tiempos de la explotacion de las minas de California, donde había estado un buen número de años. Había comprado una posesion de muchas leguas cuadradas, en la que sucesivamente, y sin que su entusiasmo decreciera con los malos resultados que hasta entónces había obtenido, intentó explotar unas veces la caña de azúcar, de las que hizo considerables plantaciones, otra vez pensó dedicarla casi por completo á la cría de ganado, y otras se había dedicado á la explotacion de las maderas finas que allí abundan. Confieso que no me cansaba de escuchar nunca á aquel hombre, honrado y probo hasta más no poder, observador sagaz, espíritu ardiente y emprendedor desgraciado, porque aquellos trabajos que con tanta fe emprendiera y en los que aplicaba toda su actividad y todos sus conocimientos, no llegaron nunca á proporcionarle los resultados á que bajo todos puntos de vista se hacía acreedor. Segun decía, había logrado hallar un remedio muy seguro y eficaz, con el que ninguna mordedura de la serpiente podía revestir ni el más ligero carácter de gravedad; era un compuesto obtenido con el polvo de ciertas lianas, que, aplicado inmediatamente sobre la herida, detenía en el acto las hemorragias, por violentas que fueran, y en muy pocos días hacía cicatrizar la llaga, por profunda que fuera. Por fortuna para nosotros, nunca nos vimos en la dolorosa necesidad de comprobar el aserto de M. Lacharme; pero justo es confesar que, en ausencia de nuestro sabio amigo el doctor Viguier, siempre recurrimos á él en los mil incidentes que la vida presentaba allí, y siempre nos dió señaladas pruebas de su rara habilidad. El considerable espacio de tiempo que hacía habitaba en qauellas regiones, durante todo el cual aplicó constantemente su profundo talento de observacion, gracias á lo que poseía una larga experiencia en la selva vírgen, conocía sus peligros y los medios de utilizar sus ventajas; y la habilidad que demostró siempre en la orientacion de sus trochas simplificaron grandemente mis trabajos, ahorrándome de contínuo mucho tiempo y no poco trabajo.

El nos proporcionó seis trabajadores que había traído consigo desde las orillas del rio Sinu, á los que tenía bien conocidos y probados, pues hacía ya bastante tiempo que se hallaban trabajando á su lado. Aquellos campesinos, obedientes y sobrios, podemos decir que ejecutaron solos todos los trabajos mecánicos en las seis semanas que duró nuestra expedicion, y siempre, miéntras vivamos, habremos de conservar de ellos muy buenos recuerdos, que en parte contribuyen á destruir los malos que de los hombres de aquella region habríamos de tener juzgándolos por el mayor número de los que de Panamá sacamos. José, que es el que hace de contramaestre, es un hombre admirable, verdadera estatua de bronce que podría muy bien servir de imágen de la

fuerza; pero de la fuerza airosa, fáeil, elegante, nerviosa, sin nada de lo que á una estatua de esta elase podría haeer repugnante, eomo sería el exeesivo abultamiento de las formas ó el mayor desarrollo de las partes de más ejercieio. Su hermano Antonio es de una estatura más elevada, sin que por ello resulte ninguna desproporeion; es de un carácter más meláneólieo y sombrío, eosa que á todos llama la ateneion extraordinariamente, por eontrastar eon la eseandalosa alegría que ántes formaba la nota prineipal de su earáeter, y que todos atribuyen á la reforma de sus eostumbres y al abandono que de la bebida ha heeho, y quizá del vieio que tiempos atras lo poseía. Segun M. Laeharme me refirió, los indios del rio Sinu conoeen un brebaje maravilloso, tomado el eual se experimentán fuertes dolores de estómago en el primero y segundo día; pero posee la señalada virtud de que, pasada esta incomodidad, se aborrecen de tal modo todos los licores fermentados, que sólo el olor de ellos es bastante para inspirar repugnaneia.

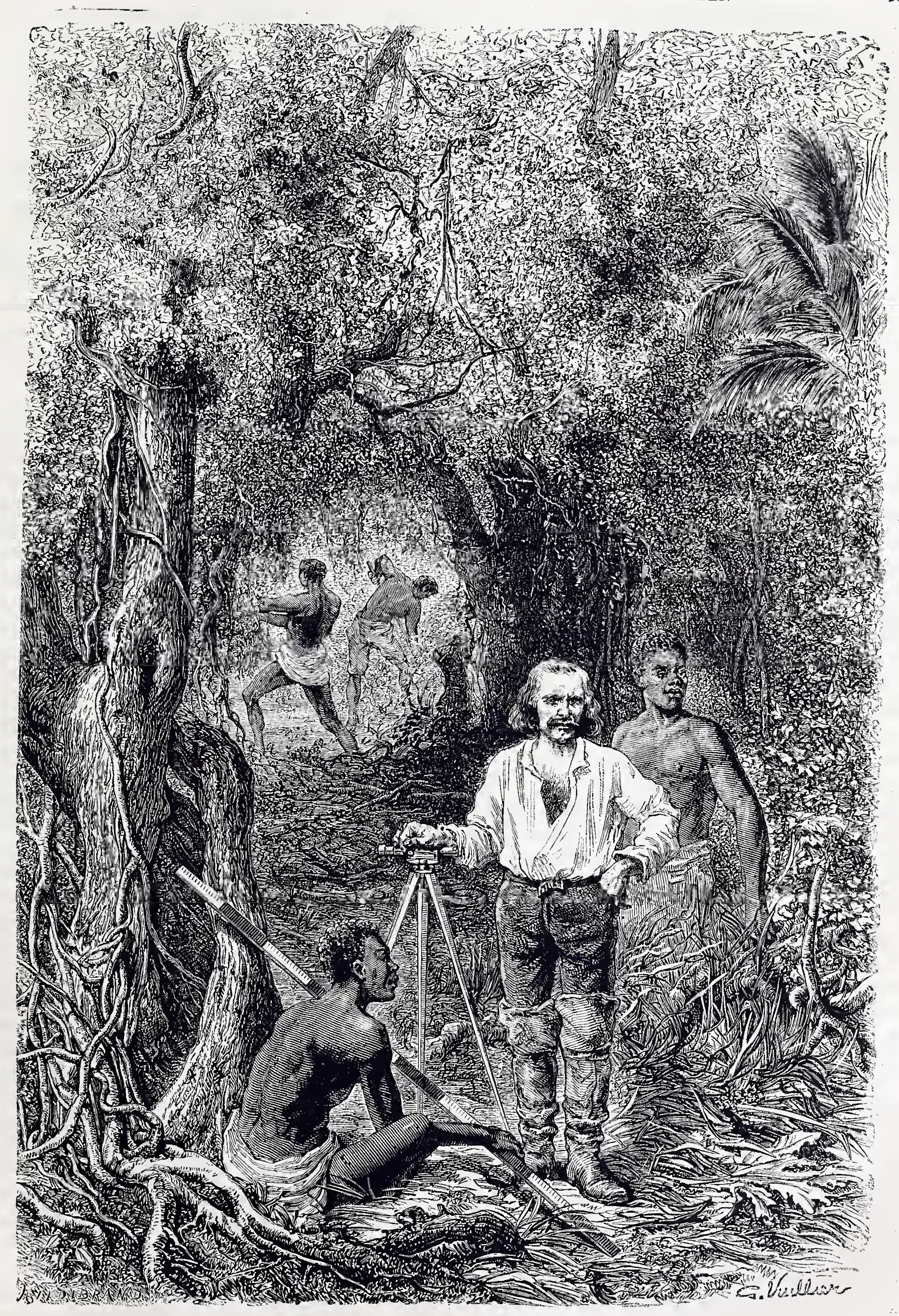
No hemos nosotros de negar la virtud de tan partieular remedio, que nunea vimos emplear; pero es justo señalar que durante nuestra permaneneia en aquellas comareas advertimos que los naturales poseían para easi todo un filtro, un brebaje de exeepeionales condieiones, eon los que los resultados eran positivos; mas sin duda no querían emplearlos, por euanto aquello que eombatían persistía, á pesar de la gran facilidad eon que, segun ellos, lo hubieran podido haeer desaparecer. Allí afirmaban que, graeias al remedio indieado, haeía diez años que no llevaba á sus labios un vaso de anisado. El tercero de los hombres á que nos venimos refiriendo se llamaba Mereed, y tenía ya bastante edad, eon el defeeto, ademas, de ser un poeo sordo; no maneja en modo alguno el maehete eon la agilidad y destreza que Antonio y José, á los euales hemos visto en más de una oeasion eortar de un solo golpe una liana del grueso de la pierna de eualquiera de ellos, y que juegan el cuchillo perfectamente, lo mismo eon la mano derecha que eon la izquierda. Por estas razones, y eonsiderando que por muy buenos y grandes que sean sus deseos no puede en manera alguguna desempeñar los rudos trabajos que hay que llevar á eabo, lo hemos designado el papel de marmiton, que desempeña eon noble repugnaneia, probándonos hasta la saciedad que dieho eargo es muy humillante para él. Hipólito, que ya en otras oeasiones había tenido á mi servicio, no vale lo que los anteriores: Joaquin é Inoeeneio, que son los dos de que me falta haeer meneion, son dos jóvenes de diez ocho y veinte años respeetivamente, blaneos del interior, que jamas manifiestan repugnaneia para el trabajo. Ademas de éstos, me aeompañaban en aquella expedieion euatro cauteleros que eoadyuvaban á levantar las eargas eon la mejor voluntad; pero por regla general, esta elase de gente es vieiosa y amiga de la holganza, y los que eonmigo venían se resentían de este defecto en algunas oeasiones.

El 19 de Febrero, al medio día, emprendimos la mareha, siendo inútil deeir que, exeepeion hecha de los *monterianos* que M. Laeharme nos había reeomendado, todos los demas hombres que forman nuestro séquito van ébrios. Es neeesario coneeder que aquella embriaguez que los domina es lo ménos ineómodo que puede ser: los hombres, hallándose de tal modo, trabajan con más ardor que en el estado normal y gozan de una alegría y una loeuaeidad que nos divierten grandemente. «Valor en el beber, y valor en el trabajo,» es un proverbio que eon freeueneia se dice en todo el Darien, y que no creo se halle desprovisto de fundamento, si se juzga por lo que sucede. Evaristo, el fiel criado, el patron ordinario de M. Wyse, euando se halla animado por e anisado ó por eualquiera otra bebida espirituosa, no hay quien en los ríos le aventaje como atrevido batelero, ni quien pueda probar mayor fuerza de remos que la suya, remontando solo, sin que nadie le ayude, los más violentos rápidos; en la montaña siempre eamina al paso de su infatigable jefe...; pero tan pronto eomo llega á una aldea, la embriaguez lo venee, y dormido queda.

Remontamos el Tuyra por dereeho, sin eneontrar obstáeulo que nos eausara trabajo ni fatiga, llegando haeia las tres de la tarde al punto de eonflueneia eon el Aputi, lugar señalado para el eomienzo de la Troeha, estableeiéndose en seguida el eampamento eerea de una ehoza levantada sobre una meseta que domina el río. Dos trípodes, formados eon estaeas amarradas eon cuerdas heehas de lianas, sostienen una larga percha, á que suspendimos nuestras hamaeas. Los hombres que nos aeompañaban extendieron sus esteras y eobertores en el suelo.

Cerea de nuestro vivae se levantan dos *quippos* gigantes, cuya altura no bajará de eineuenta metros por lo ménos, teniendo más de tres de diámetro. En este punto, tan bien determinado y que no podía tener pérdida, plantamos nuestro primer palo, señalando en seguida su lado y su posieion con respeeto al estableeido más eerea del Tuyra, relaeionando de este modo nuestros trabajos eon los de M. Celler y las brigadas de ingenieros.

Desde el 20 de Febrero eomenzamos los rudos trabajos neeesarios para abrir la difieultuosa trocha que nos haeía falta. Una vez realizada la alineaeion, José, marehando delante y formando con el machete un rápido molinete á dereeha é izquierda, derri-




M. Lacharme en la trocha.

baba con sin igual facilidad lianas, arbustos y ramas de árboles, siempre descargando el machetazo en el más alto punto á que podía llegar. Allí pudimos admirar la fuerza y agilidad de aquella especie de gigante, que sin manifestar la menor fatiga, ni áun despues de llevar algun rato de tan violento ejercicio, no necesitaba más que el primer golpe para conseguir separar las más gruesas lianas ó desgajar las ramas que inclinándose demasiado nos cerraban el paso. De vez en cuando, no olvidando las prevenciones que le teníamos hechas, volvía la cabeza atras para asegurarse de que seguía la línea recta de antemano trazada. Cuatro ó cinco pasos más atras seguían Antonio é Hipólito, haciendo practicable aquel camino que el primero abría y separando los troncos que por demasiado, gruesos, ó por caer juntos y amontonarse con otros, lo interceptaban; otro posterior á éstos, y armado de un hacha, atacaba á los árboles de cortas proporciones, derribándolos y ensando la vía; otro cortaba los *chuzos* más peligrosos (que así llaman los naturales á los extremos puntiagudos que quedan despues que ha pasado cortando el machetero). Como éste no da sinó golpes casi verticales, los chuzos, cortados á modo de pico de silbato, son excesivamente puntiagudos: las heridas que se hacen, si uno tiene la desgracia de caer contra ellos, son excesivamente graves, con frecuencia mortales, y no son pocos los que ya han muerto en el acto, atravesados de parte á parte.

Esta conveniente distribucion del trabajo nos permitió desde luégo apreciar sus resultados, viendo cómo insensiblemente se abría ante nosotros una vía, si no cómoda, suficiente al ménos para lo que nosotros necesitábamos, por en medio de aquel laberinto de lianas, troncos y ramas que, mezclándose y confundiéndose todo, hacía imposible el paso sin graves dificultades y considerables trabajos. Otros hombres cualesquiera hubieran necesitado, para la mitad de lo que en el primer día hicimos, doble tiempo; pero aquellos atletas vigorosos estaban acostumbrados á tan rudas faenas, y viéndolos trabajar abrigamos la esperanza de que no habíamos de tropezar con ninguna dificultad que fuera insuperable.

Ademas, M. Lacharme va acompañado de dos cautcheros, uno cuyo oficio es sostener la mira, y otro que carga con los instrumentos. Cuando aquel túnel, abierto de la manera que hemos indicado en el inextricable laberinto que forma el revuelto sub-bosque de la selva vírgen, llega á cualquiera de los fondos de las muchas cañadas, á la cima de una colina ó á una elevacion de terreno, cosa que no es necesario andar mucho para que así suceda, interrumpiendo la línea de observacion, se planta una mira, y mi colega mide el terreno ayudado de su larga cinta.

En tanto, yo, seguido de dos hombres que llevan el nivel de Egault y la mira, sigo al primer grupo, determinando en los puntos convenientes la altura y efectuando el nivelamiento con la mayor precision posible. Por lo demas, sigo el mismo paso que los que se ocupan en abrir la trocha; pero al tercer día, el terreno que hasta entónces, si bien no completamente llano, no había presentado grandes dificultades, comenzó á accidentarse, viéndonos obligados á seguir la vía por una no interrumpida serie de crestas y pequeñas colinas de pendientes muy rápidas; de tal suerte, que entre dos palos me era necesario hacer hasta diez paradas, tomando otras tantas nivelaciones: todo lo cual, como es fácil comprender, nos consumía un tiempo precioso, haciendo sumamente pesada la operacion.

Al cabo de una semana, M. de Lacharme me había adelantado un espacio igual casi á una jornada de trocha, pues segun cálculo, pudimos apreciar que (estimando las mayores ó menores dificultades que á los trabajos presentaban las plantas con que tropezábamos) se hacían cada día de ochocientos á dos mil metros, término medio comprobado en los que de trabajo llevábamos. Las que por presentar mayores inconvenientes nos hacían retardar más, eran los bambúes, las lianas y las pitas, ó sean los bananos silvestres. Ménos mal las dos primeras, en las que bastaba sólo emplear mayor tiempo, pero no así la tercera, cuyas hojas largas y fibrosas y cuyas espinas agudas y venenosas formaban una casi inexpugnable barricada, resistiendo tanto á los golpes de machete, que era menester en el mayor número de los casos inclinarse y arrancarlas á flor de tierra.

La distribucion que del día habíamos hecho era la siguiente; por la mañana á las ocho, nuestros hombres comenzaban el trabajo, ocupándose, los que no tenían tarea señalada en la trocha, en acarrear víveres; por la tarde, á las cinco, se ocupaban en preparar el lugar donde habían de pasar la noche, escogiéndose para esto el borde de una cañada, donde, gracias á la sombra protectora de algunos árboles, el sol no hubiera corrompido del todo el agua; por desgracia, un lecho espeso de hojas muertas y ramas caídas que comenzaban á descomponerse, formaba muy frecuentemente una bebida tan repugnante al gusto y al olfato, que preferíamos mejor volver al vivac en que habíamos pasado la noche anterior. Una vez escogido el lugar que para el caso parecía mejor, era de ver la presteza y agilidad con que lo limpiaban y preparaban. A grandes machetazos, uno de nuestros hombres levanta la primera capa del suelo, en tanto que con la otra mano, armada de un palo á guisa de rastrillo, echa fuera la tier-

ra, las hojas y las hierbas, ó pega fuego para que se consuman, consiguiendo así el objeto con más prontitud y mayor facilidad, al propio que esto servía tambien para que en toda la superficie que nos ha de servir de campamento no quede algun bicho perjudicial de los muchos que allí abundan, que, aprovechándose de nuestro sueño, nos causara un grave ya que no irremediable mal. Terminado esto, se registra escrupulosamente todo el terreno para llegar al convencimiento de que no hay ningun nido de las grandes hormigas negras que por allí se crían, si lo hay, se enciende la hoguera en el punto mismo del agujero de salida. Una vez terminada esta operacion, se cuelgan nuestras hamacas, y los hombres que nos acompañan se forman un lecho con hojas de banano silvestre, sobre las que tienden una estera, y la habitacion queda terminada en las mejores condiciones, dada la escasez de medios de que se pueden disponer. La comida se dispone tambien con la misma rapidez; en treinta minutos se cuece y se prepara el arroz y el tasajo para la cena, y el almuerzo del día siguiente; así es que una hora despues de haber dejado de trabajar en la trocha podemos retirarnos á nuestros nidos, que así podemos llamarlos, y dormirnos á los sones de la sinfonía nocturna que se percibe en la extensa selva. A la paz profunda del día, que apenas es turbada por el ligero trino de algun pájaro que se agita en las ramas, ó por el ruído de algun reptil que entre las hojas se arrastra, sucede la brillante expansion de la vida, á la que vuelven todos los séres que en el bosque viven, reanimados por la fresca brisa que con el crepúsculo viene. Por todos lados suena incesantemente un ruído semejante al de un arco metálico producido por el canto de los mil insectos que se agitan, formando chirridos y sones discordantes que hieren los oídos con dureza, y comparados con los cuales las cigarras de nuestros campos son unas cantoras admirables; los roncos gemidos, que esto y no otra cosa parecen los cantos de las pavas, se unen á las modulaciones extrañas de los corcovados y al charlateo incesante de los loros y cotorras. Cuando la noche cierra, los gritos de las urracas, los rugidos de las fieras salvajes, hacen callar aquellas manifestaciones de simpática alegría, y poco tiempo despues son acallados por los alaridos de los monos chillones, que sin darse punto de reposo saltan de acá para allá, sin permanecer quietos en lado alguno. De cuando en cuando, un crujido espantoso, seguido de un ruído sordo que se asemeja á un prolongado trueno, viene á imponer silencio á todos; cualquiera, al escucharlo, siente el más grande terror pensando en los temblores de tierra y en las profundas grietas que pueden abrirse en su superficie; pero nada más léjos de esto: tan extraño ruído se percibe en el bosque con bastante frecuencia, pues es causado por cualquiera de aquellos gigantes árboles que se desgajan, y cuyas ramas, chocando con las de los que al rededor tienen, crujen al ser arrastradas en la caida. Si investigáis la causa que ha motivado la ruína de aquel coloso cargado de años, no hallaréis otra que el peso enorme con que los parásitos lo han cargado; los parásitos, que despues de haberlo apretado, estrangulado, dándole garrote como pena de muerte, las lianas, adheridas ya á nuevas víctimas, se sirven de él como punto de apoyo para acabar de agotarlo. Por esta razon, uno de los cuidados que hay que tener en primer término al hacer la eleccion de un lugar donde estab cer un campamento, es ver que no haya de estos viejos árboles, que á cada momento pueden desplomarse y aplastarnos en su caida. Si no se descubren algunos claros, es necesario procurar un plantío donde los árboles tengan pocos años, y cuando durante muchos días se ha de permanecer acampados en el mismo sitio, hay la costumbre de desmontar todo el circuito del campamento, y áun así, no puede uno darse por seguro si salta alguna fuerte racha de viento ó descarga alguna impetuosa nube que se resuelve en agua, formando lo que se llama allí un chubasco; entónces grandes y negras nubes oscurecen la luz del día, vertiendo sobre la tierra verdaderas cataratas. Las ráfagas arquean violentamente las ramas de los árboles, quebrando las unas contra las otras, y por todas partes se escuchan crujidos alarmantes que aterran, pues no parece otra cosa sinó que aquella inmensa bóveda de verdura, cuya armazon la forman gruesos troncos, va á desgajarse por completo. La tormenta arranca y hace volar gruesas ramas, que despues caen con estrépito contra el suelo, el cual bien pronto se cubre de trozos de árboles y hojas, y al lívido reflejo de los relámpagos, que se suceden casi sin interrupcion, vemos á todos los hombres que nos acompañan hincados de rodillas, recitando el *mea culpa* y el *in manus*, é implorando con religioso fervor á San Antonio y á la Santísima Vírgen.

En cuanto á caza, la selva nos ofrece muy pocos recursos: sólo de vez en cuando José se separa un poco de nosotros para ir á sorprender en su nido alguna pareja de pavos que han revelado su presencia por su especial cloqueo, parecido á los suspiros ó al sonido que causan algunos roedores cuando respiran; por lo demas, en aquellos extensos bosques no encontramos ni jabalíes, ni ciervos, ni gazapos, así como tampoco *pecaris*, á pesar de lo mucho que en el Darien abundan estos animales. Estos paquidermos viven en rebaños inmensos, y es tan grande la

solidaridad que entre ellos tienen establecida, que cuando un tigre ó un hombre ha herido á cualquiera de ellos, está irremisiblemente perdido si no gana en seguida un árbol en el que subirse, y en el cual habrá de sufrir un sitio de varias horas. Cuando cualquiera de estas voraces bandas ha pasado por un punto de la selva, puede uno establecer allí su campamento con toda seguridad, sin temor á las serpientes, porque los cuadrúpedos, los reptiles, los insectos y todo lo que halla, es bueno para aquellos hambrientos, que nada respetan ni en nada se paran.

En el segundo día de nuestro viaje, tuve la fortuna de ver una familia de pequeños pumas negros *(felis nigra?)* que atravesaban la trocha á distancia de unos diez metros del punto en que nosotros nos encontramos. Estos animales tienen poco más ó ménos las dimensiones de una pantera, y por lo que pude observar, paréceme que sus formas participan á la vez de las de la raza canina y de las de la raza felina; tienen el pelo negro, brillante, la cola larga y poblada, y los movimientos airosos y elegantes. La madre y los pequeñuelos pasaron sin detenerse y se perdieron inmediatamente en el bosque; el macho se sentó tranquilamente y me consideró con bastante detencion durante algunos segundos. Grité á uno de nuestros hombres para que me pasara un fusil, pero mis voces le hicieron huir. Segun afirman, los pumas negros son muy raros, y en todo el tiempo que nuestra expedicion ha durado, el único que los ha visto he sido yo.

# XXV

Continuamos en la gran selva.—Las serpientes.—Los encantadores y las encantadoras.—*Las oracioncitas.*—Las garrapatas.—«Abominacion de la desolacion.»—Las cuatro tribus principales.—Las noches horribles.

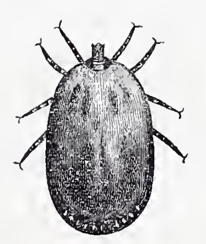
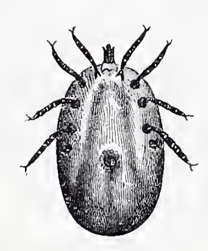
A juzgar por lo que hemos observado más tarde en el Mamoni y en el Taiti, hemos tenido la fortuna de encontrar por aquí muy pocas serpientes, pues el número que de éstas hemos llegado á ver no ha sido bastante, ni con mucho, para que nuestra atencion se excite. Segun afirman los naturales, estos inmundos reptiles permanecen durante la estacion de la sequía encerrados en los agujeros que les sirven de nido. Por venenosas que sean y por muchos accidentes desgraciados que por efectos de sus picaduras se cuenten, la verdad es que no merecen tenerlas demasiado miedo: cuando están en ayunas huyen precipitadamente al menor ruído que perciben, y despues de una buena comida se hacen tan torpes y caen en un estado de estupor tan grande, que puede desmontarse el terreno en su al rededor, y hasta matarlas sin que hagan ni el más ligero movimiento. El único caso en que se hacen verdaderamente temibles es cuando se las pisa por medio del cuerpo tan fuertemente, que no pueden escabullirse, pues volviéndose entónces sobre sí mismas con extraordinaria rapidez, clavan en la carne sus puntiagudos dientes en forma de lezna, que muchas veces tienen más de una pulgada de longitud, destilando al propio tiempo un veneno cuyos efectos suelen ser tan rápidos, que matan instantáneamente, aunque por lo comun no sobreviene la muerte sinó despues de dos ó tres días de crueles dolores y sufrimientos atroces. La picadura de uno de estos horribles reptiles es siempre advertida por el violento dolor que causan sus dientes al introducirse en la carne; poco despues sobreviene una fiebre, que en el momento llega á su período álgido, los miembros todos se entumecen, aparecen en el cuerpo unas manchas negruzcas, y por último se declara la gangrena, que ganando terreno incesantemente y sin que nada sea bastante á detenerla, hace espirar á los desgraciados en medio de los más crueles padecimientos.

Cada pueblo tiene sus encantadores y encantadoras, que pretenden curar las mordeduras de las serpientes, gracias á la virtud que han heredado ó adquirido por medios maravillosos. M. de Lacharme tenía tambien su panacea, de que prometía seguros resultados, y cuyo principal ingrediente era el sulfato de quinina. Los cautcheros preconizan las excelencias de un sin número de antídotos, de los que cuentan portentos y maravillas; pero es lo cierto que apénas si recurren á otro remedio, cuando tienen conocimiento de una picadura, que á la *oracioncita* á San José. No vaya á creerse que porque estas oraciones se reciten siempre con el mismo fin y vayan dirigidas al mismo santo, tienen todas la misma virtud: la mejor y más recomendada, que son muy pocos los que tienen la dicha de poseer, procede del antiguo monasterio de Guatemala, que ha proporciona-

do tambien otras súplicas y oraciones de esta clase, á las que para dar crédito se necesita toda la buena fe, toda la ignorancia de aquellas infelices gentes, que creen que unas cuantas palabras recitadas con más ó ménos fe, dichas con éste ó el otro órden, pueden curar un envenenamiento de la sangre causado por la picadura de un reptil. Y no es sólo esto, sinó que tienen, como hemos dicho, oraciones que curan las fiebres, por de mal carácter que sean y por mucho tiempo que haga que el enfermo las venga padeciendo, otras para evitar los naufragios, y otras para el mejor resultado de la más difícil de las funciones que la mujer cumple. Para emplear estas oraciones como medio de curacion, no es necesario recitarlas ni saberlas de memoria, sinó que es bastante llevar encima el papel en que están escritas. Inútil es de todo punto que con cualquiera de aquellos individuos os pongáis á discutir acerca de la imposibilidad de una curacion conseguida por este medio; nada importa que hagáis presente las razones por qué el veneno tiene que ser combatido por medio de reactivos enérgicos y poderosos que obren sobre la circulacion en general: ellos os presentarán casos y casos en los que la *oracionçita* ha sido bastante, y no consideran nunca que la muerte ó los mayores padecimientos se han evitado, ó porque la picadura no procedía de uno de aquellos tan temidos reptiles, ó porque si lo fué no lo hizo en condiciones para que el veneno pudiera extenderse por la sangre.

Más temidas que los aligatores y caimanes, que los tigres y serpientes; más terribles que los mosquitos (y es cuanto podemos decir), son las garrapatas, que constituyen el más grande de los azotes de los exploradores. La irritacion causada por las pica-



Garrapatas.

duras de aquellas arácnides, y el heroico remedio empleado para alejarlas ó matarlas si es posible, se hace bien pronto intolerable, pues á los pocos días el cuerpo se cubre completamente de llagas. Hasta entónces sólo habíamos visto muy pocas, todo lo más una docena, esparcidas por acá y por allá, á las que sus obras hacían traicion en seguida; perseguidas inmediatamente, tan pronto como teníamos la fortuna de apoderarnos de ellas, eran condenadas á muerte y ejecutadas incontinenti. Aplastadas como las chinches, tienen las ocho patas que poseen armadas de pinchos tan fuertes, que muchas veces, al arrancarse una, se viene detras un pedazo de la piel. Las trompas chupadoras quedan en la carne, donde se forma una pequeña ulceracion, que tarda en cicatrizarse más de una semana. En la selva del Aputi abundaban tanto, que á poco que nos detuviéramos en sus brozas, que parecen ser por las que más predileccion tienen, nuestro pantalon blanco tomaba un tinte oscuro, á causa de las cerradas bandas que venían á posarse sobre él. No puede decirse que haya punto alguno en el cuerpo humano en el que dejen de picar; pero, cómodas por naturaleza, prefieren las partes más tiernas, así es que siempre causan más daños en los dedos de los piés y en los pliegues que naturalmente se forman en las piernas.

Hemos tenido el placer de conocer á cuatro de sus principales tribus. Los *panchas* ó *barberos sangradores*, grandes como la uña del dedo pequeño, son las peores, y las que más considerable daño causan; pero su tamaño da lugar á que sean más pronto víctimas de la persecucion que se les hace, aunque la atencion que en ello se ponga sea menor. Los *paleros* de color pardo son los más comunes; los *curcus* son casi microscópicos; cuando su dardo envenenado ha hecho que de la carne surjan rojas vegetaciones, en el punto más culminante de ellas se advierte, fijándose mucho, un casi imperceptible punto negro, que no es otra cosa que el dicho arácnide. Los *coloradillos*, igualmente diminutos, son de color rojo: cuando permanecen inmóviles, apenas si se les puede distinguir, como no sea en un sitio en el que la piel sea completamente blanca; pero por desgracia para ellos, y por fortuna para los que tienen necesidad de internarse en sus dominios, son unos animalillos muy inquietos, y en el momento que aquel punto encarnado se mueve, se le advierte en seguida: basta pasar el dedo por encima para poner tér-

mino á sus peregrinaciones. Sus congéneres citados anteriormente exigen más largo suplicio, pues hay necesidad de apretarlos fuertemente entre los dorsos de las uñas de los dedos gruesos, y áun muchas veces hay que repetir la operacion dos ó tres veces.

Es en medio de todo una fortuna el que no en todas aquellas comarcas abunden los arácnides de que nos acabamos de ocupar, pues unida esta plaga á las muchas que hubimos de sufrir durante nuestra expedicion, no ya el trabajo, pero hasta la vida, se haría imposible. El cuidado que hay que desplegar es extremo, pues de lo contrario, en el más insignificante descuido que se tenga, puede uno muy fácilmente ser víctima de un buen número de accidentes causados por los insectos que en todas partes pululan, y que pondrían en grave riesgo la vida.

Despues de doce horas de un trabajo incesante, causado por las duras fatigas que durante todo el día se vienen experimentando, se tiende uno en la hamaca ansioso de hallar algun reposo: de antemano se ha prometido uno hacerse fuerte, y desde luégo se arma contra el sufrimiento; pero al poco rato comienzan las carnes á escocer, é involuntariamente se da salida al mal humor levantando en el aire los puños crispados y prorumpiendo en algunas imprecaciones que no son tanto hijas de lo que se sufre, sinó de lo que se espera sufrir. Llega un momento en que, sin poderlo remediar, se lleva uno la mano á cualquier parte del cuerpo más excitada que las demas: á partir de esto todo se ha perdido; el escozor aumenta y sigue creciendo cada vez más, hasta que sin poderlo resistir se rasca uno, y se rasca hasta hacerse sangre. El único medio para obtener un poco de calma y poderlo pasar regular, es frotarse el cuerpo con alcohol fuerte, en el que se haya hecho macerar tabaco: los hombres que nos acompañan tienen un medio más sencillo: como quiera que durante todo el día no dejan de beber, se escupen en la mano y se frotan el cuerpo á renglon seguido, con lo que obtienen una considerable ventaja del vicio que los domina.

Por la noche, en el campo, cualquier observador desinteresado no podría ménos de reirse viendo los ejercicios que practicamos para dar caza á las garrapatas. Allí blancos y negros, lo más ligeros de ropa que puede darse, se prestan los unos á los otros mutuos servicios fraternalmente. Para matar aquellos malditos insectos, nuestros acompañantes no andan con preparativos ni cuidados de ninguna clase, sinó que inmediatamente que logran desprenderlos los crujen entre los dientes.

El suplicio terrible de las garrapatas no se hizo intolerable sinó una semana despues de habernos internado en el cauce del río Chico, afluente del Chucunaque. Nadie puede formarse una idea, ni áun siquiera aproximada, de las hordas que nos asaltaron cierta vez en que todavía poco prácticos de los peligros que podíamos correr, acampamos en el cauce de un arroyuelo, seco por los fuertes calores del estío, y donde sólo quedaban cortas cantidades de agua en los agujeros de algunas rocas. Alimentadas allí por aquella corta humedad, bullendo entre el polvo y las hojas secas, que tanto abundan, no nos cuidamos de tomar precauciones, y nos sentamos tranquilamente á comer: aún no habían pasado muchos minutos, cuando sentimos que nuestras carnes ardían, el escozor era tan violento, que nos hacíamos pedazos, hasta que advertidos por uno de nuestros acompañantes, investigamos las causas y nos hallamos materialmente cubiertos de aquellos terribles arácnides, que para que nos abandonaran nos fué necesario emplear el remedio que ántes hemos indicado, con el que ciertamente nos vimos libres, pero sentimos que aumentaban nuestros dolores.

El día 28 me encontraba á unas diez horas más atras de M. Lacharme, que había llegado á una cresta tan elevada, que desde ella se podía abarcar con un golpe de vista todo el país.

Limpió toda aquella colina, esto es, mandó quitar las lianas y ramas que hacían imposible el paso, de modo que cuando me uní á él, pude tomar los datos que me eran de todo punto necesarios: á lo léjos, delante de nosotros, se extendía la azulada línea que forman las cordilleras; un poco más cerca se notaba, llegando hasta las montañas, una depresion profunda que sigue una orientacion casi idéntica á la que nosotros seguimos: á unos diez kilómetros del punto en que nos hallamos, dos contrafuertes que obstruyen la extension que venimos siguiendo, dejan entre ellos una cañada bastante baja, por lo que inmediatamente modificamos nuestro plan, á fin de poder aprovechar lo más pronto posible aquel paso, cuyo descubrimiento nos inspiró ánimo.

# XXVI

En la enfermería á causa de las garrapatas, arañas, avispas y hormigas.—Exploracion del rio Chico.

A la mañana siguiente, atravesamos el Cubileque, un río pequeño muy agradable, cuya corriente silenciosa se desliza por entre dos bajas orillas, cubiertas en casi toda su extension por bananos silvestres. En aquellos ribazos frescos y deliciosos, donde de tan agradable vista se disfruta, instalamos nuestros campamentos, y en verdad que nunca hubiéramos estado tan bien, nunca nos hubiéramos hallado tan cómodamente, á no estar aún en pleno dominio de las garrapatas. El cuidado que estos insectos repugnantes nos inspiran, nos quita el sueño y el apetito, no dejándonos gusto para nada, y teniéndonos en constante alarma. Por más cuidado que pusimos en mover el suelo, de modo que por todas partes quedara al descubierto la fina arena; por más que el fuego se encendió en distintos puntos, á fin de que se abrasaran ó huyeran, tuvimos que pasar toda la mañana del domingo matando de aquellos repugnantes bichos. Tocóme la desgracia de ser ménos afortunado que mis demas compañeros; en mí se habían encarnizado de una manera cruel y veía con terror que dentro de poco me sería imposible caminar; todo el cuerpo lo tenía cubierto de pústulas, y donde más abundaban era en los piés, causándome ya dolores vivísimos, que se iban haciendo cada vez más insoportables. Grande fué el trabajo que al día siguiente me costó poder llegar al campamento: de media en media hora me veía obligado á detenerme y esperar á que los dolores decrecieran y mis piernas adquirieran alguna elasticidad; era aquel un martirio terrible, del que ni áun siquiera había podido formarme idea, y que creía me haría morir á cada paso. Las etapas de aquella dolorosa marcha que iba haciendo eran de arroyo en arroyo, y mucho hubiera gozado en aquellos deliciosos sitios si hubiera podido disfrutar tranquilo de aquellas recónditas gargantas donde la frescura se sostiene, gracias á la impenetrable bóveda de verdura que sobre ella se extiende; no me hubiera cansado de admirar aquellos estanques que entre roca y roca se formaban, y en los que al traves de sus aguas puras y cristalinas se veían bullir pescados de elegantes formas, rayados de negro y amarillo subido. Por todas partes, entre las ramas, á las orillas de aquéllos riachuelos, los pájaros saltan, llenando el aire con sus melodiosos trinos; y al rededor de las lianas ardientes, tachonadas de flores de distintos colores, zumban á millares los colibríes y los pájaros moscas, luciendo los brillantes matices de su rico plumaje. Cuando me perciben, huyen precipitadamente asustados; pero bien pronto, atraídos sin duda por la curiosidad, vuelven á contemplar este animal nuevo para ellos, y que tan raro les debe parecer: permaneciendo inmóvil, se inclinan sobre mí, para huir al menor movimiento que haga, posándose sobre el pedúnculo que más cerca tengan. Despues de emplear triple tiempo del que en estado normal hubiera necesitado, y sufrir lo que no es decible, pude al fin ganar, casi arrastrándome, las orillas del río Tesca, á seis kilómetros próximamente del Cubileque.

Mi malestar fué creciendo sin interrupcion hasta un punto tal, que el 7 de Marzo me ví obligado á separarme de M. Lacharme, que continuó los trabajos emprendidos en la trocha, acompañado de ocho hombres, en tanto que yo permanecía miserablemente inutilizado sobre la playa, exasperado al verme martirizado en la hamaca por una enfermedad que, á pesar de lo mucho que me molestaba, no podía ménos de parecer ridícula. Al mismo tiempo que el mal físico, que no me permitía reposo alguno, me sentía atormentado moralmente, considerando el recargo de trabajo que mi necia enfermedad tenía que imponer necesariamente á M. Lacharme, y sobre todo la decepcion que tenía que sufrir M. Wyse cuando supiera el forzoso abandono de nuestros proyectos de llegar al Atlántico ántes de la estacion de las lluvias.

Como la cosa era de todo punto urgente, despaché con gran premura á Merced, que venía haciendo de mi enfermero, para que fuera á buscar un sitio donde no hubiera garrapatas. Poco despues encontró un magnífico bosque, en el que crecía en abundancia una hierba verde tupida, elástica, en la que á millares pululaban las chinches; más allá, casi en

la misma orilla del río, encontró un sitio al parecer conveniente, favorecido por las sombras de los bananos silvestres.

Tan pronto como me lo hubo comunicado, realizamos los breves preparativos que nos eran necesarios, y al caer la noche estábamos instalados en aquel lugar, donde esperaba dejaran de mortificarme los insectos que en tan lamentable estado me habían puesto. Mis temores eran grandes, pues en cada cosa pequeña que veía moverse miraba uno de aquellos sangrientos enemigos, y todas las incomodidades que advertía las atribuía á ellos desde luégo. Todo el mobiliario de mi gabinete de trabajo estaba reducido á una mesa y un banco, puestos bajo un rancho, mi larga hamaca, apénas extendida, me permitía estirarme como en un lecho, y Merced, que era el único que había permanecido á mi lado, tenía su petate y los trastos de cocina. El Tes-



Mi gabinete de trabajo.

ca se desliza por un ancho cauce lleno de guijarros y de gruesas piedras negras; por aquel punto, su corriente bastante fuerte choca con el borde del ribazo en que nuestro campamento se eleva, quebrándose las aguas en las rocas, y dando lugar á un ruído que me distrae, destruyendo así el silencio monotono, que de otra manera me aburriría.

Como mi padecimiento, aunque con bastante incomodidad, me permite trabajar algunos ratos, yo, con objeto de aprovechar el tiempo y que la dilacion que sufriéramos fuera la menor posible, me entretenía en poner en órden las notas tomadas sobre el campo, y en realizar los cálculos de las operaciones anteriores, así como tambien las de que cada dos días me enviaba M. Lacharme. Segun por entónces me comunicó, las facilidades que en un principio nos habían dado tanto ánimo, haciéndonos suponer que llegaríamos al fin con felicidad y sin grandes obstáculos que vencer, habían desaparecido, internándose en una region tan trabajada y con tantos precipicios cortados á pico, que sus fieles *monteríanos*, que hasta entónces lo habían hecho todo sin la menor murmuracion, manifestándose dispuestos siempre á todo, comenzaban á quejarse.

En medio de las operaciones á que me hallo entregado, recibo numerosas visitas, unas demasiado agradables, otras sumamente repugnantes: enormes arañas cubiertas de una pelusa gris sucio, moteadas con manchas de color amarillo subido, ó bien negras y de asqueroso aspecto, armadas de mandíbulas venenosas: su picadura es hasta tal punto mortal, que las llaman en el país *mata-tigres*; grandes mariposas de alas negras tornasoladas de azul como el cielo, coleópteros rincóforos, en los que es muy frecuente observar una trompa más larga que el cuerpo y que llevan grandes antenas en su extremidad; calandrias de variadas especies; himenópteros de todas clases, colores y tamaños, tales son los huéspedes que á todas horas y en todos momentos vienen á visitarme, turbando mi reposo y distrayéndome de las ocupaciones para que otros me han inutilizado. Algunos de éstos tienen muy mal carácter, mas por fortuna los ataques no son muy numerosos, de lo cual debo manifestarme agradecido. Tan rabiosas y encarnizadas como todos los de que llevo hecha mencion, y tambien tan susceptibles, son unas gordas hormigas, largas como de una pulgada, y que tienen un dardo en el mismo lugar que las abejas. Una picadura de un animal de esta clase en una pierna ó en un brazo, es bastante para que se inflame el miembro herido y se experimente un dolor agudo, que dura muchas veces dos y tres horas.

Estas visitas, como es fácil comprender, no tenían nada de agradables; pero en cambio los colibríes me habían tomado tambien afeccion y venían á posarse siempre sobre las mismas hojas, vigilando todas mis acciones y todos mis gestos; los magníficos tucanes tienen hechos sus nidos en el árbol próximo, y durante todo el día en las altas ramas de los blancuzcos troncos, sus picos rojos no dejan de dar golpes que los asemejan á incansables carpinteros; ademas, frecuentan mi gabinete de trabajo muchos lagartos de diversas formas y colores, y entre ellos uno, por lo raro y singular, ha llamado mi atencion en alto grado; por la noche, cuando emprende su cacería, despliega debajo de su garganta un apéndice en forma de espátula de un color anaranjado vivo y brillante, que cualquiera podría creer era el pétalo de una hermosa flor. Tambien se ha hecho muy familiar, y me visita con bastante frecuencia, una pequeña iguana.

El bueno de Merced, que es tan honrado y cariñoso como mal cocinero, me cuida esmeradamente y hace incalculables esfuerzos para tenerme contento; á pesar de esto, en una ocasion me hizo una mala pasada, que recuerdo siempre, y por la que sin poderlo remediar le guardo algun rencor. No habiendo recibido noticias de M. Lacharme desde hacía dos días, cosa que me tenía en sumo cuidado, temiendo que hubiera ocurrido algun desagradable incidente, bastante fácil dado el terreno en que se hallaba trabajando, lo envié con premura al punto en que pensaba debía encontrarse, para saber á punto fijo lo que sucedía: quedóse parado un rato, y en seguida juró y protestó de que no partiría de mi lado, dejándome solo en el estado en que me hallaba. Interesóme vivamente el cariño que me manifestaba, y le hice comprender que los trabajos de la trocha no podían haber adelantado más de diez kilómetros; el día comenzaba á apuntar, pues aún no disfrutábamos más que de la incierta luz del crepúsculo, así es que podía ir y volver fácilmente para la hora de comer. Partió en vista de esto, y yo quedé confiado, dadas las pruebas de interes que me había manifestado, en que no se haría esperar mucho tiempo; pero mis esperanzas quedaron fallidas; Merced no volvió hasta el día siguiente por la noche, viéndome obligado, por tanto, á preparar mis alimentos y hacer cuanto me era necesario. Jamas en mi vida me había visto en tales apuros, y no recuerdo haber sido tanto tiempo cocinero. A la caída del sol, cuando la noche comenzaba á extender las tinieblas por todo el ámbito, perdida la esperanza de que volviera, obligado por la gran necesidad que experimentaba, encendía el fuego y manejaba la cacerola y demas chismes. Muchas veces me decía que mayor seguridad debe tenerse en la soledad de aquella inmensa selva, que en las grandes poblaciones donde á cada paso hay un peligro; estaba convencido de que no podía sufrir ataque ninguno, pues nadie andaba ni tenía para qué andar por aquellos contornos; pero es lo cierto que no me abandonaba cierta inquietud por causas que no sabré explicarme. El menor ruído me desvelaba, ahuyentando de mis párpados el sueño, que por más que hacía me era imposible conciliar despues, tomaba las mayores precauciones, registraba mis armas, cargaba mi fusil y dormía con el revolver amartillado á la cabecera. A la mañana siguiente ya sabía preparar el café y asar las sardinas como el primero, convenciéndome cada vez más de que la necesidad es una gran maestra.

El día 12 de Marzo, M. Wyse, que había ido al sitio más intrincado del Pirri para reconocer las minas de oro de Cana, envió un correo con objeto de que le suministrásemos noticias de nuestro estado y de nuestros trabajos. Comprendiendo que de la manera que íbamos sería muy poco lo que pudiéramos conseguir, aproveché la ocasion para ponerle al corriente de cuanto sucedía, proponiéndole abandonar la trocha que teníamos comenzada, y de la que tan malos recuerdos había de guardar toda mi vida, y continuar los estudios á nivel del valle del río Chico. Gracias á la prodigiosa actividad que le era tan pro-

pia, y habiendo aprobado las modificaciones que le proponía, emprendió la marcha y el día 15 llegó al punto en que me encontraba acampado. Muchas de las pústulas y llagas que se me habían formado á causa de las picaduras de las garrapatas, se habían cicatrizado; otras estaban en vías de curacion, y mi estado general había mejorado bastante, por lo que me encontraba en disposicion de continuar mis trabajos; así es que, acompañando á M. Wyse, seguí la corriente del río Chico durante tres días, hasta el punto de confluencia del Porcona, donde encontramos á M. Lacharme y sus agregados rendidos por la fatiga, y no habiendo tomado alimento desde hacía veinticuatro horas. Prestámosles los auxilios que tan necesarios les eran, en tanto que nos daban cuenta de los mil incidentes que les ocurrieran desde el momento en que yo me había visto obligado á abandonarlos, pudiendo convencernos, por el sumario relato que nos hiciera, de la actividad y constancia de aquel hombre, así como tambien de la resistencia de los hombres que desde el río Sinu lo habían venido acompañando.

No habían terminado nuestros trabajos, así como tampoco mis sufrimientos y penalidades. Desde el día 15 hasta el 18 de Marzo, todas las operaciones que nos fué necesario practicar tuvimos que efectuarlas dentro del río, llegándonos el agua muchas veces hasta más arriba de la cintura. Mucho temía una recaída que nuevamente me hiciera abandonar los trabajos que tenía emprendidos, y efectivamente no se hizo esperar mucho tiempo: las llagas de las piernas, que aún no estaban cicatrizadas completamente, se volvieron á enconar de nuevo, y me fué necesario separarme de mis amigos y volver á Pinogana.

M. Wyse y M. Lacharme hicieron una nueva trocha, siguiendo casi paralelamente la línea de la cordillera que les dió la altura relativa del Thalweg y de los diversos afluentes del río Chico y del río Tupisa. A este último llegaron el 28 de Marzo, despues de haber cruzado la extensa depresion ocupada por el Taiti á una altura sólo de treinta y un metros y á diez y ocho millas de la ensenada de Gandi, en el Atlántico. Esta corta elevacion parecía prometer un resultado favorable, y desde luégo creyóse estaban vencidas las mayores dificultades que podían ofrecerse; pero la estacion de las lluvias se adelantaba, y áun en aquel año, juzgando por todos los fenómenos que se presentaban, parecían anticiparse, con lo que era de todo punto inútil querer continuar los trabajos, y todavía más imposible querer abrir una nueva trocha, en la que á cada momento nos habíamos de ver interrumpidos por fuertes avenidas, y más que nada no era prudente siquiera seguir allí, donde tantos accidentes son susceptibles en la estacion que comenzaba. Era necesario resignarse y prescindir por entónces de la exploracion de aquel valle y de la apertura de una trocha que fuera á dar al Océano por encima de la cordillera.

Obrando como hombres prácticos y prudentes, era menester aplazar los trabajos para el otoño próximo, mucho más cuando todo nuestro personal se hallaba en un miserable estado, rendido por tantas fatigas como se habían sufrido, y donde tantos dolores habían causado las ramas de los bosques y los guijarros de los ríos. El mismo M. Lacharme, tan acostumbrado á la vida de las selvas y que siempre nos pareció, como efectivamente era, tan activo y tan enérgico, pedía ya gracia, pues en los últimos días las tareas que había ejecutado le abrumaron como hasta entónces no lo hicieran ninguna de las muchas que en su vida había ejecutado. En todos nosotros se había operado un cambio considerable, y ya ninguno era el de ántes; todos atestiguaban con sólo su presencia lo crudo del trabajo que nos ocupara y las privaciones é incomodidades de que habíamos sido víctimas.

No obstante esto, M. Wyse estaba tan encariñado con aquella exploracion, y era tanto lo que sus resultados le preocupaban, que áun ántes de partir emprendió y llevó á cabo la exploracion del río Turquesa, el tercero de los grandes afluentes que el Chucunaque tiene en la orilla izquierda: despues de estudiarlo detenidamente, encontró el valle mucho ménos favorable que los del Tupisa y del Tiati. Al mismo tiempo, M. Losa, ingeniero del Estado de Panamá, mi amigo y fiel colaborador en muchos de los trabajos que allí realizamos, M. Musso y yo utilizábamos todas las fuerzas de que podíamos disponer para determinar la medicion de los planos y el nivelamiento del Tupisa, hasta el punto en que la trocha se había encontrado con este río, llevando la operacion de tal manera, que las dos líneas vinieran á unirse y á fijar de un modo cierto la altura y la posicion de todos los puntos observados.

El día 11 de Abril se había terminado este trabajo felizmente. Ya se había evacuado á Pinogana, abandonando todas las provisiones inútiles y dejando algunos recuerdos á los amigos de por allá abajo, que tantos y tan buenos servicios nos habían prestado. Todos los muchachos de la aldea tuvieron un *cri-cri*, y se entusiasmaron mucho, tañéndolo como los pilluelos de París.

## XXVII

Marcha del Darien.—Un grande, grueso y feo compañero de viaje.—Los hermanos Verbrugge.—Vuelta á Europa.— Muerte de Guido Musso.

El día 13 emprendimos la marcha para Panamá, á donde había ido, y me esperaban ya, el mayor número de los individuos que formaban la comision. Embarquéme en Chepigana en una pequeña goleta, y no bien nos hubimos entrado en alta mar, cuando un enorme cachalote, cuyo largo no sería ménos de diez metros, lo cual equivale á decir que era mayor que la mezquina embarcacion que nos conducía, se puso á nuestro lado para hacernos compañía: parecía gozar á nuestro lado, y de vez en cuando se adosaba tanto á nuestras bordas, que nuestra barca se inclinaba entónces visiblemente: algunas veces se elevaba sobre el agua, y entónces podíamos *disfrutar* del espectáculo de su repugnante boca, cuya abertura era igual al ancho de su cabeza, ó sea más de una braza.

El 21 de Abril nos embarcamos en el paquebot *Martinica*, en el que encontramos á los hermanos




M. Guido Musso.

MM. Luis y Jorge Verbrugge, los intrépidos viajeros y cazadores que han recorrido la América en todos sentidos.

A ellos se deben dos curiosos libros, notables, tanto por su estilo como por la gracia y vivacidad que en ellos se advierte: titúlase el uno *Las Selvas vírgenes*, y el otro *Paseos y cazas en la América del Norte.* ¡Dichosos aquellos hombres, que todo lo ven con una mirada y todo lo dibujan con un rasgo!

Nuestro viaje de regreso fué desde su comienzo entristecido, por la enfermedad de Guido Musso primero, y despues por su muerte.

En Saint-Thomas, donde su padre había muerto volviendo de una mision política que se le mandara desempeñar, saltó en tierra para hacer una visita piadosa á la tumba del autor de sus días, sintiéndose enfermo ya cuando volvía á bordo. Al pronto se creyó sería sólo una simple indisposicion, pero bien pronto se declaró la disentería, y las fuerzas de nuestro amigo decrecieron visiblemente; los remedios más enérgicos no pudieron conseguir nada, la hemorragia continuaba, y al cabo de una semana las fuerzas se habían agotado. Lo más triste en aquellos momentos era que el pobre Musso no abrigaba la

menor sospecha acerca del grave estado en que se encontraba.

Cuando reunidos al rededor suyo pudimos convencernos de que todo había terminado; cuando pensábamos tristemente en la desesperacion de su madre al tener conocimiento de la fatal noticia de la muerte de aquel hijo tan querido, él calculaba el número de horas que nos separaban del primer puerto de Europa en que habíamos de fondear, nos hablaba de su próxima convalecencia y de sus proyectos para el porvenir. Casi sin agonía, murió cuando nos faltaban sólo tres ó cuatro jornadas para llegar á Santander, sumiéndonos en el mayor desconsuelo la pérdida de aquel querido amigo y compañero con quien juntos habíamos compartido todos los trabajos y penalidades, y que espiraba en los momentos en que más acreedor era á la recompensa.

La noche era oscura, la tempestad crujía, y un furioso viento levantaba el mar, cuando el sómbrío Océano se abrió para recibir el cuerpo de nuestro camarada.

Como Virgilio lo decía de un compañero de Eneas: *Non inferiora secutus*, él no había seguido el estéril camino.

## XXVIII

Segunda expedicion.—Embarque en Saint-Nazaire.—El istmo del Darien occidental, ó de San Blas.—El río Bayano.—Indios darienitas.—Chepo.—La Capitana.

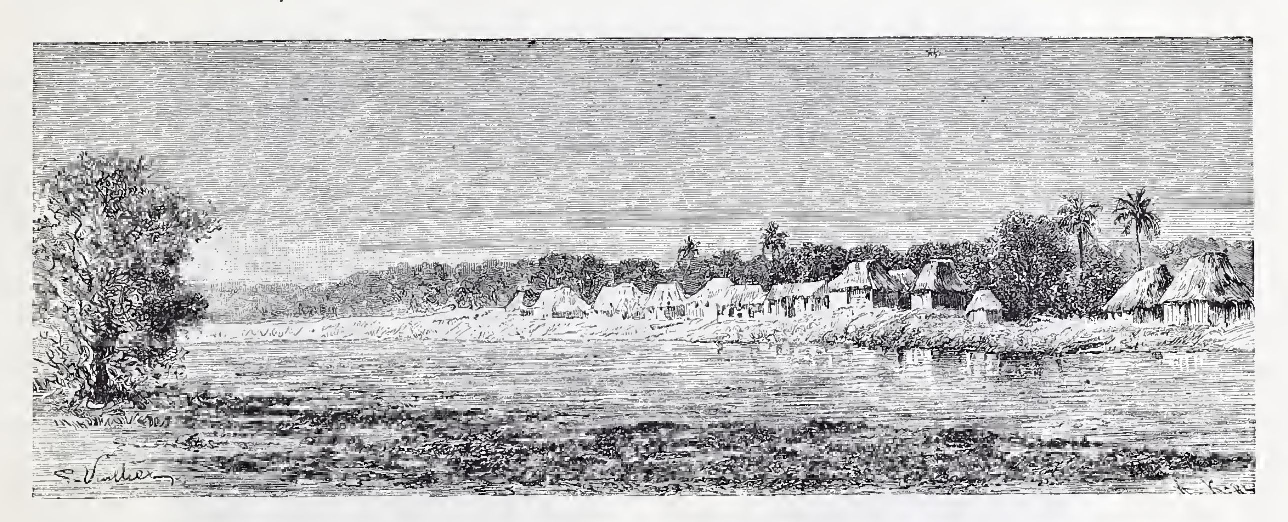
Vueltos á la patria que tanto habíamos echado de ménos en las remotas regiones que dejábamos recorridas en nuestra anterior expedicion, pensando en lo mucho que aún teníamos que hacer para ultimar aquellos comenzados trabajos, cuyo futuro resultado tantas ventajas habían de reportar á la industria y al comercio, permanecimos seis meses en Francia, sin que un solo momento pudiéramos dejar de la mano las penosas tareas que nuestro propio deseo nos señalaba. Como, ademas del escaso tiempo de que habíamos dispuesto, contamos siempre con escaso personal, que imposible era atendiese á todo lo necesario para ultimar cada una de las operaciones emprendidas, en todos los puntos que fueron objeto de nuestros estudios nos limitamos á tomar apuntaciones y datos que nos sirvieran luégo para poder realizar los tan deseados cálculos, en lo que invertimos todo el tiempo que permanecimos en Francia en espera de la estacion seca, que era la única en que podíamos allí trabajar, para ponernos en marcha.

Llegó al fin ésta, y realizados los consiguientes preparativos, nos pusimos en marcha el día 7 de Noviembre de 1877, calculando que habíamos de llegar á la region que teníamos que estudiar en tiempo á propósito para comenzar desde luégo, sin temor á contrariedades que nos interrumpieran.

De todos nuestros compañeros en el anterior viaje, hombres probados ya, conocedores del terreno y de las costumbres de los habitantes de aquellas regiones, que tan buenos servicios nos habían prestado en la expedicion primera y de los que tanto podíamos esperar, sólo nos acompañaba uno á bordo, que era M. Pouydessan, que desempeñaba el cargo de secretario del comandante general de la mision: de los demas, unos se hallaban ausentes por asuntos propios, y otros se encontraban en otras ocupaciones, privándonos por esta razon de su agradable compañía; pero M. Luis Verbrugge, que meses ántes partiera para una excursion al Brasil, habíala terminado, segun noticias que nos comunicara, y esperaba de vuelta nuestro paso por Panamá, para reunírsenos, y en el mismo punto se encontraba con igual fin M. Souza, á quien el Gobierno de Colombia autorizaba tambien en esta segunda vez para que nos acompañara. M. de Lacharme, el infatigable explorador y hábil aventurero á quien tanto debíamos con sus excelentes y sufridos trabajadores, que tan buenos recuerdos nos dejaron por su sumision y buenos servicios, no podía unirse á nosotros hasta fines del inmediato Diciembre, por lo que, teniendo en cuenta todas estas circunstancias, M. Wyse, que era el hombre de siempre, activo y prevenido en toda la extension de la palabra, se resolvió á comenzar los trabajos por la exploracion del istmo de San Blas, ó por mejor decir, era su intento completar lo que la comision americana había dejado por hacer. Esta expedicion, que como nuestros lectores recordarán, fué mandada por el comandante Selfridge, se había limitado á estudiar la vertiente del lado del Atlántico, deteniéndose en la cascada del Madroño, que se forma en el alto de Maduoin, de

modo que faltaba estudiar todo lo referente á la vertiente opuesta, y realizar algunas comprobaciones que nos dieran exacta idea de la verdad de los cálculos realizados para unirlos á los que nosotros obtuviéramos, y obtener de este modo un resultado completo.

El istmo del Darien occidental, que más generalmente es conocido de todos por el nombre de istmo de San Blas, es mucho más estrecho que todos los demas que existen en la América Central. Su anchura no excede de cuarenta y ocho kilómetros, extendiéndose desde el golfo de San Blas, ó de Carti, hasta la embocadura del Bayano: ensanchado en la parte Norte por una amplia y profunda bahía, un tanto interceptado en su extension por varias islas y arrecifes que hacen dificultoso y de peligro el paso por ella, goza, no obstante, de condiciones altamente recomendables, cuales son el hallarse abrigada de los vientos de largo, gracias á una extensa y prominente lengua de tierra, y por algunos montículos de mayor ó menor elevacion; en la parte Sur deja paso al fondeadero del Bayano, río que, á pesar de la poca extension con que su cauce cuenta, vierte en el Océano abundantes y profundas aguas, capaces para que en ellas naveguen los buques de más alto porte y profunda cala. Este poderoso río, que es sin



Aldea de la Capitana'. Baja Marea.

duda alguna el que en toda aquella extension arrastra mayor caudal de aguas, corre por lo ménos en una extension de más de doce kilómetros, formando una línea recta con la del cuello ménos elevado de aquella porcion del istmo, dado lo cual sería suficiente practicar un corte de ménos de nueve leguas para establecer una expedita y cómoda comunicacion entre el Océano y el Pacífico; por desgracia, la elevacion de aquellas montañas, que es considerable, impide que pueda conseguirse un canal á cielo abierto, por lo que habría que conformarse con un subterráneo que próximamente se extendería quince kilómetros, ó sea una extension igual á la del túnel de San Gotardo. Decimos esto, porque la especial naturaleza de aquel terreno montañoso no puede permitir en modo alguno el derrame de los desmontes, sin que á cada paso derrumbamientos inevitables interceptaran los trabajos, inutilizando los ya hechos y haciendo imposible la continuacion de ellos. La cordillera central, cuya altura, por término medio, excede siempre de cuatrocientos metros, está flanqueada á lo largo paralelamente por ambos lados por otras cadenas de montañas, que con ellas comparadas, presentan insensibles diferencias, y de las que las depresiones relativamente bajas comprendidas entre estas elevaciones, no comunican con las extensas llanuras de las playas de los dos Océanos sinó por medio de estrechas gargantas, verdaderas escaleras por donde espumosos torrentes se precipitan con violencia de cascada en cascada.

Entre todas aquellas gargantas ó desfiladeros relativamente bajos, el que más facilidades presenta para poder practicar un paso cómodo entre los mares cuya reunion interceptan, puede citarse el que se abre entre el río Azúcar y el río Icanti ó Aguas-Claras, paso que toca á M. Wyse el honor de haber sido el primero que lo haya estudiado; pero para trazar un canal interoceánico, ninguna de aquellas depresiones, por más que á la simple vista varias puedan parecer lo contrario, presentan más ventajosas condiciones que la línea de la desembocadura del Bayamo á la bahía de San Blas.

Las orillas derechas del Bayamo y del Mamoni, están formadas por extensas sabanas desiertas, de una monotonía desesperante, sin nada en ellas que pueda ser de aplicacion, y que llegan hasta el mismo Panamá.

Acá y allá, aquel ancho mar de hierba se ve sembrado de grandes haciendas, que casi todas, en su mayor extension, se hallan dedicadas á la cría del ganado, viéndose grandes rebaños, algunos de los cuales cuentan tres mil ó cuatro mil cabezas, y cuya principal aplicacion no es el aprovechamiento de las carnes, que casi no tienen valor ninguno, dado lo corto de la poblacion, sinó las pieles, que forman una de las principales fuentes de riqueza, pues es el artículo que más sostiene el comercio de explotacion, y á cambio del que se importan muchos otros productos necesarios para la vida. Al E., la selva vírgen, con su tupida y abundante vegetacion, reviste las llanuras y las montañas, haciéndolas adquirir un aspecto agradable la variedad de tonos y colores de aquella verde alfombra hasta el punto adonde alcanza la influencia de las mareas, pues un poco más



Arrabal de Chepo.

arriba del sitio donde concluye el Terable, las plantaciones de bananos se escalonan en ambas orillas.

Los frutos de estos árboles forman el primer artículo de alimentacion de los negros y mulatos de la América Central, sin que en ningun punto del Estado de Panamá, ni en los demas Estados adyacentes, se recojan algunos que sean de mejor calidad que los que se producen en las orillas del Bayano. Un trabajo insignificante basta para que allí tenga el colono una comodidad relativa, como creemos que en ningun otro punto podría hallarla, pues en ninguna parte las necesidades apremian ménos ni se puede vivir más desahogadamente, en lo que en verdad influye mucho el género de vida á que están acostumbrados, y tal vez no poco la especial naturaleza de los habitantes; con dos ó tres mudas de pantalon y camisa de algodon anisado á discrecion, pues todos son apasionados por él y cigarros de Ambalema, se encuentra un hombre satisfecho, sin que se le ocurra pedir más, y creyendo firmemente que no es necesaria otra cosa para creerse feliz.

En la parte arriba del Terable, las casas se hacen muy raras, y poco despues las orillas, el río, la selva, están desiertas en absoluto, hasta llegar al territorio de los indios Pirreas. Nada absolutamente turba la quietud ni el reposo de aquel lado, por el que parece que jamas se aventuró el hombre; las aguas siguen su tranquila corriente, arrastrando algun tronco de árbol ó alguna rama; acá y allá se ven variados insectos, muchos de ellos de raras especies, y el golpe de vista es más y más agradable á medida que internándose se hace el horizonte más dilatado.

Los indios Pirreas, que acabamos de nombrar, es una tribu de las aborígenes, en confederacion actualmente con sus congéneres del Chucunaque, con los que están emparentados, tribu que jamas ha podido

ser sometida, á pesar de las muchas tentativas que se han realizado, y que inspira gran terror á todos los habitantes del Bayano inferior, que tienen buen cuidado de no aproximarse, ni con mucho, á los sitios ó lugares donde saben que tienen levantadas sus aldeas. A pesar de esto y de las muchas atrocidades y crueldades que de ellos cuentan como justificativos del terror que los tiene tan á distancia, M. Wyse se atrevió á penetrar en sus dominios, siendo tal vez el único blanco que los ha pisado.

Entre los individuos que forman la poblacion de Darien occidental, hay muy poca mezcla de sangre india, y aún ménos de sangre *azul*, como llaman allí al cruzamiento con blancos, pues lo que más abundan son los negros.

Segun lo que allí nos han referido personas que pueden merecer entero crédito, éstos valen mucho ménos bajo todos puntos de vista que sus congéneres los del valle de Tuyra: más borrachos, si es que puede admitirse que lo sean más que aquellos de quienes ya nos ocupamos, y más perezosos, vicio cuya única explicacion se encuentra en la abundancia de los bananos con que se alimentan, y cuya recoleccion exige muchos ménos trabajos y fatigas que la busca del cautchouc, viven en su mayor parte desparramados por las sabanas, no teniendo más que dos aldeas, que son Chepo y la Capitana. La primera, que cuenta hoy 1.500 almas, fué en anteriores tiempos una verdadera ciudad, en la que abundaban las casas de madera y de piedra; pero en la actualidad, las familias más acomodadas que allí vivían la han ido abandonando poco á poco para irse á establecer en el Estado de Panamá, por más que no haya ninguna razon que pueda explicar las causas que tuvieron para obrar así, dado que el clima de Chepo es salubre en todas las estaciones, el estío muy agradable, y que los ochenta kilómetros que la separaban de la capital se hacían por un camino cómodo y bien cuidado en todas las estaciones. Este inmotivado abandono ha dado lugar al extraordinario cambio que se advierte y á la decadencia visible, de que tal vez ya no salga; el camino, abandonado de todos, podemos decir que ha dejado de serlo, y unas veces, segun el tiempo, está convertido en selva, y otras en pantano. Los rebaños que se envían á los mercados se embarran en los barrancos, y acá y allá los huesos que se ven blanquear de las bestias ahogadas en el cieno, indican la direccion del antiguo camino, que hoy ha desaparecido casi por completo.

El día 7 de Diciembre salimos de la ciudad de Panamá, embarcándonos á bordo de la canoa *La Bruja*. El carpintero que la había construído, tallándola de un solo tronco de cedro, dióle tan malas condiciones náuticas y unas formas tan redondeadas, que el menor soplo de aire la volcaba con suma facilidad, viéndonos amenazados de naufragar á cada momento. Al ser de día, el patron que la mandaba se apercibió de que se había pasado de la desembocadura del Bayano, por lo que nos vimos obligados á esperar el cambio de la marea en la isla de Chepillo, la más poblada, la más fresca de todas aquellas encantadoras porciones de tierra que se hallan esparcidas sobre el golfo de Panamá como las perlas en un cofre. Al llegar la noche, enfilamos con el fondeadero del río, formado por aguas pantanosas, y orillas inundadas, cubiertas de paletuvios, y por la noche llegamos á la Capitana, sobre el río Mamoni. La Capitana es el puerto de Chepo.

## XXIX

El río Mamoni.—Las iguanas: glotonería y crueldad.—Los saltos de Charara, ó cascadas de Mamoni.

Las orillas del Mamoni inferior están poco cultivadas. Algunas gigantescas mimosas, de folículos tan ligeros y tan finos que cualquiera podría pensar era un delicado velo verde extendido sobre su potente ramaje, alternan con los caracoles y con los mangles de espesas y gruesas hojas. El valle es ancho; pero, á partir del *chorro* Capero, las colinas, cada vez de mayor elevacion, lo cierran, sombreándolo cada vez más y circunscribiendo la vista á una reducida extension; las abruptas y escuetas puntas del cerro de las Garrapatas (nombre de pésimo agüero, como fácil es comprender, recordando lo que de tales animales y de los tormentos que nos hicieron pasar dejamos dicho) obligan al río á describir curvas bastante pronunciadas y violentas; los rápidos se hacen cada vez más peligrosos; los bancos de rocas se muestran en cortísimos intervalos, no ya pequeños salientes, mitad descompuestos, como en Peña-Miron, sinó grandes aglomeraciones demasiado consistentes. En el punto de con-

fluencia de la quebrada de Tagua se entra ya en la cordillera.

Durante el día, pudimos ver un gran número de iguanas de la especie media; había árbol en el que contamos más de diez, repartidas en sus distintas ramas. Los hombres que nos acompañaban mataron cuatro de ellas, con las que podemos decir tuvimos un gran banquete, pues la carne de estos animales es un manjar excelente, que puede muy bien reemplazar al pollo, llevándole ventajas hasta para las personas de estómago delicado. Los indios las persiguen sin tregua ni descanso, dándoles una caza activa; pero á ménos que no se hallen muy obligados por el hambre, dejan generalmente á las hembras adultas, despues de haberles abierto el vientre para extraerles los huevos, que son el manjar más delicioso del mundo, segun afirman los gastrónomos. No se crea que el animal muere por esto, pues no sólo se cicatriza la ancha y profunda herida que se les hace, sinó que se reparan los órganos de



Una calle de Chepo.

tal modo, que al año siguiente puede practicarse al desgraciado animal una nueva *operacion cesárea*. Los salvajes son muy hábiles en eso de tender lazos y preparar trampas á las iguanas, siendo el principal cebo que emplean la carne de otros animales: en las aldeas del Inguati hemos visto suspendidas de los techos de juncos de las casas, largas filas, bastante apretadas, de estos bichos, colgados en una percha colocada horizontalmente como los palos que en las cocinas del Mediodía de Francia y otros puntos se ponen pendientes de las chimeneas cargados de salchichas. Las cuatro patas y la cola de estos buenos é inofensivos animales las ponen adosadas al lomo, y allí los conservan vivos y sufriendo; provision casera que dura en tal estado meses enteros.

Esta es una de las muchas torturas que se emplean; otra, no ménos terrible, consiste en arrojarlas al fuego, á fin de que la piel se les pueda arrancar con mayor facilidad. Tienen la vida sumamente dura, y podemos creer, á juzgar por las crueldades que con ellas ejecutan, que tienen los nervios nulos y la sensibilidad rudimentaria. Durante nuestra primera expedicion pudimos observar un caso, cuyo recuerdo nos afirma más y más en nuestra idea. Como hubiera manifestado deseos de ello, llevaron á nuestro doctor una iguana de una especie sumamente rara, y con objeto de conservarla, la despojó de su piel; en vano fué que empleara todo su saber profesional para conseguir la muerte del animal, la estrangulacion, la puncion, el corte y separacion de la espina dorsal, las agujas clavadas en el corazon: nada fué bastante para que consiguiera el resultado que deseaba; la cabeza gozaba aún de vida cuando el resto del cuerpo estaba destrozado y casi desmenuzado.

De la especie mayor, cuyo color es oscuro, sólo he visto una en las orillas del Chagres; la cual tenía

por lo ménos dos metros de largo, siendo gruesa como el muslo de un hombre, y sólo hizo algun movimiento cuando la embarcacion pasó muy cerca de ella; mas en aquella ocasion ninguno de nosotros llevaba fusil ni arma con que dispararla, por lo que nos vimos obligados á dejarla marchar en paz.

Al llegar la noche estábamos en el punto de confluencia del Chararé, y allí nos detuvimos, campando en el lugar que nos pareció más á propósito para pasarla. Ademas, ya estábamos acostumbrados, por lo que no temíamos la intemperie, y por aquellos sitios, ni abundan los mosquitos, ni hay garrapatas, por lo cual las precauciones eran menores, y así, exentos de peligros, podíamos descansar más tranquilos. A la mañana siguiente, serían las siete, cuando teniéndolo todo dispuesto y preparado, comenzamos nuestra tarea, considerable desde el principio, si se atiende que los primeros pasos habían de ser los *chorros*, que así llaman allí á los rápidos que preceden á la cascada de Mamoni. La primera de estas cascadas tiene una elevacion de tres metros de altura, dividiéndose y subdividiéndose en muchos saltos de agua, corrientes que se entrelazan al rededor de las rocas desparramadas. Fácil es comprender la imposibilidad de salvar con canoas estas alturas, y por consiguiente los graves obstáculos con que habíamos de tropezar para realizar la ascension por el río: por fortuna, habiendo previsto el caso, nos servíamos en aquella ocasion de las piraguas más pequeñas que pudieron encontrarse, ó sean las que llaman allí de mil quinientas bananas, pues la fuerza de ellas y sus condiciones de capacidad están calculadas por el número de estos frutos que pueden trasportar. Puede servir esto para demostrar cómo en todos los pueblos lo que constituye la fuente principal de riqueza es lo que da la norma para todo, y hasta qué punto se está atento á lo que es el primer artículo de subsistencia. El valor representado en distintos objetos ha dado á ellos su nombre, y lo mismo sucede con los que en distintas partes llevan las medidas de peso y capacidad; y en aquella region donde los frutos de la preciosa musácea es el principal artículo, se ha impuesto, dando lugar á la clasificacion de las piraguas y canoas de que los naturales se sirven.

Llegadas las tres piraguas al pié de la primera cascada, fueron descargadas de todos los utensilios y víveres que conducían, é inmediatamente, sirviéndonos de cuerdas que á prevencion llevábamos, y realizando grandes esfuerzos, las deslizamos por encima de las rocas hasta la parte superior de la cascada, sin que fuera posible evitar que en esta maniobra parte del fondo de la lancha se quedara en los salientes puntiagudos de las rocas que á cada momento nos amenazaban con destrozarla por completo, siendo grande nuestro temor por esto, dado que entónces nos sería imposible seguir adelante ni volvernos atras.

La segunda catarata se encuentra á bastante poca distancia de la que le precede, y se presenta desde luégo tan difícil é impracticable como ella, y en la parte de arriba se dejan ver otras en las mismas condiciones, así como tambien saltos, rápidos y chorros en los que el agua se precipita con ruído, levantándose luégo en montes de espuma.

En todas estas operaciones cuidamos mucho de la perfecta y conveniente distribucion del trabajo, á fin de que resulte economía de tiempo y los obstáculos sean menores. Parte de nuestros hombres traza lo que los naturales llaman una *pica*, ó sea un sendero abierto por lo más espeso, gracias al que podemos penetrar nuevamente en el río por encima del desfiladero por donde se precipita: otro coloca los víveres y utensilios é instrumentos que no nos son absolutamente necesarios en un agujero de las rocas, siendo trasportado lo demas por el camino recientemente abierto hasta el campamento que escogimos, situado en un montículo, no muy distante de la última cascada. Pude convencerme al poco tiempo de que los hombres que conducian nuestra piragua apénas entienden lo que podemos llamar vida del bosque; no llevan *mochilas*, ó sean unas especies de redes que los cargadores de la América del Sur se pasan al rededor de la frente, y que, cayendo sobre las espaldas, les sirve para amarrar los bultos y fardos que llevan.

El sendero abierto sobre las escarpadas rocas que dominan al río permite abrazar de un solo golpe de vista la gigantesca escalera que sus rápidos forman, y que es, sin que quepa dudarlo, uno de los más bellos espectáculos de que puede gozarse en la América Central. Desde allí se admira la caida de las aguas en las cascadas, asemejándose á extensos paños con que las rocas estuvieran revestidas; la luz, descomponiéndose en los numerosos saltos, da lugar á caprichosos juegos, en los que se extasían las miradas, y todo, en una palabra, contribuye á formar un encantador paisaje, que se echa mucho de ménos cuando se ha dejado de ver. En una extension que ni con mucho llega á quinientos metros, el Mamoni desciende desde el alto valle que su corriente fertiliza á las llanuras inferiores, describiendo una semicircunferencia. Las fuertes avenidas, que son tan frecuentes en la estacion de las aguas, han arrastrado de las alturas enormes rocas, por entre las que el río salta de cascada en cascada, y en las que se encuentran remolinos violentos de furiosa corriente, que destruirían sin remedio cuanto se les quisiera oponer.

Por dos veces, en el corto trecho que recorre, salta dos alturas de diez metros. A pesar de lo abrupto y rudo del terreno, algunos árboles gigantes crecen en una orilla y otra, extendiendo sus ramas sobre las aguas y dando lugar á que la gracia de sus formas y lo tupido del follaje que sus copas forma, destruyan un tanto el salvajismo que en la escena domina. Sin ellos, todo sería absorbido por la majestad del río, pues aquellas grandes rocas, que por las caprichosas posiciones en que se hallan colocadas parece que á cada momento van á desprenderse, no están ni áun tapizadas por el verde musgo, que durante las lluvias la impetuosa corriente les arrastra, y en la sequía les agostan los rayos abrasadores de aquel sol canicular.

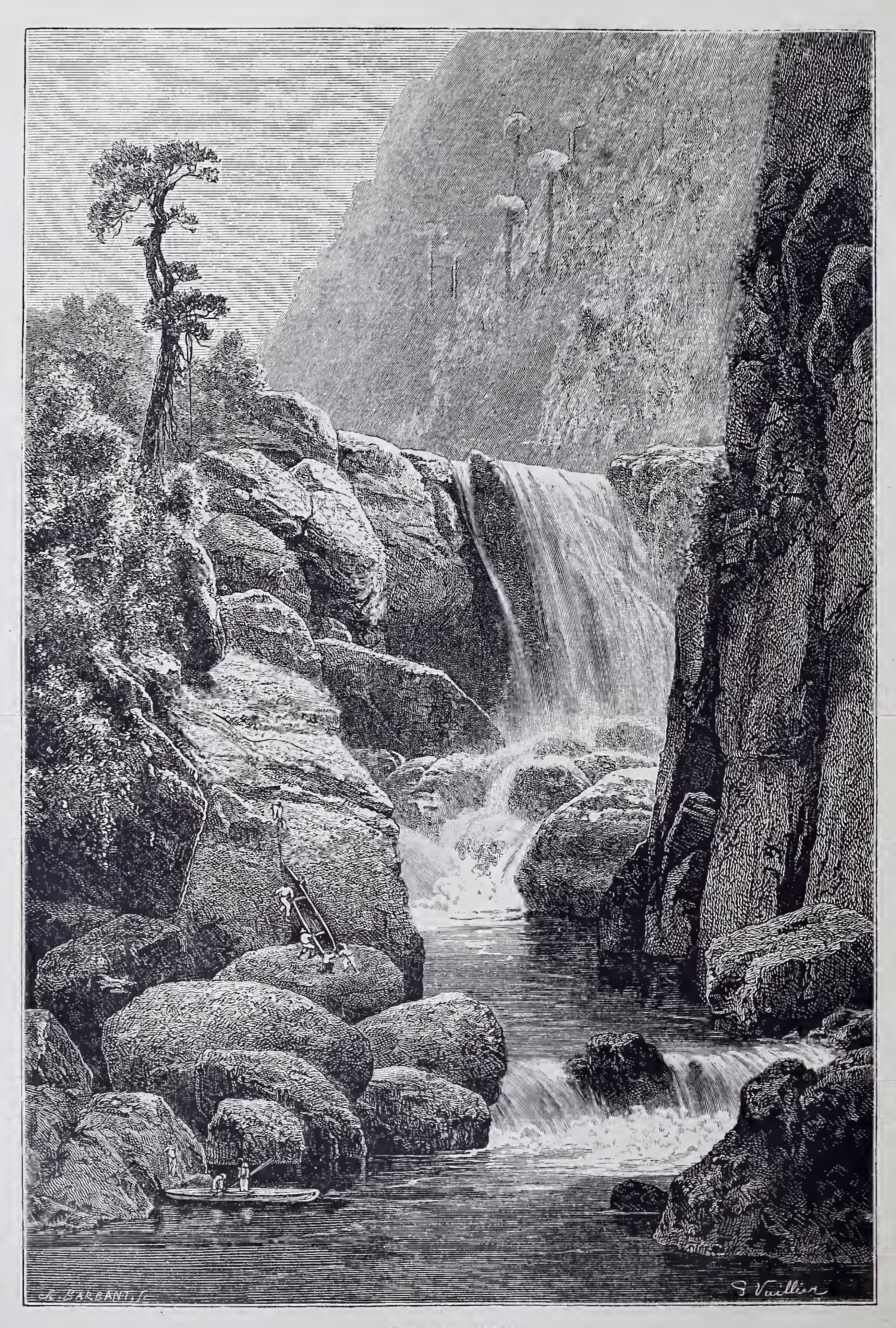
Despues de un día en que tan grande había sido el trabajo y tan pesada la fatiga, día en el que continuamente se apetecía la noche y que tanto dió lugar á desear el sueño, no nos fué posible dormir casi ni un momento, pues en toda ella no dejó de caer una fuerte lluvia; así es que aún no rayaba el alba cuando estábamos de pié. Tomamos la orilla derecha del río, y durante todo el día no hicimos otra cosa que subir y bajar, colgándonos y descolgándonos por entre las rocas medio sumergidas en la corriente. En esta excursion pasamos cerca de un *chorro*, en el que el río, cambiando bruscamente de direccion, está interceptado por una porcion de troncos de árboles podridos, cubiertos de una vegetacion parásita, y donde un remolino continuo hace girar constantemente á aquella isla flotante. Al llegar la noche tuvimos que cruzar el Mamoni á nado, á fin de buscar un lugar á propósito para situar nuestro campamento.

Los hombres que nos acompañaban, débiles y flojos, valían bien poca cosa, no siendo útiles más que en la piragua, en atencion á lo cual, luégo que hubimos pasado la noche, envié á Eugenio, que era el más fuerte entre ellos, para que fuera á alquilar una barca y contratar algunos trabajadores á Gaspar Sabana, campamento formado por hombres de los que se dedican á la busca de la tagua, y que se halla situado á cuatro horas de marcha en direccion ascendente; pero con gran desconsuelo lo vimos volver por la tarde sin haber conseguido su objeto, pues todos los cautcheros habían partido para la montaña á realizar las faenas que le son propias, y en las que ganan su subsistencia.

Las instrucciones que M. Wyse me había dado, y que tantos deseos tenía yo de cumplir con el mayor esmero, prescribíanme que había de determinar el punto en el que había de dar comienzo el túnel del canal interoceánico, y despues continuar las operaciones hasta el Salto del Madroño, lugar en el que el comandante Selfridge se había detenido; pero carecíamos de piraguas, y las aguas, muy abundantes aún, daban lugar á que la corriente fuera todavía demasiado profunda, haciendo imposible, por tanto, el poder caminar por el lecho del río. El personal de que disponíamos era de todo punto incapaz para abrir una trocha con la celeridad que el caso requería; y este trabajo, áun pudiéndolo emprender, no nos llevaría ménos de diez días, á causa de las muchas dificultades con que sobre el terreno se tropezaban.

Ademas, si bien se considera, en realidad mi mision estaba ya terminada: á causa de la gran curva que formaban en la corriente del Mamoni las cascadas de Charare, el comienzo del canal debía ser en el valle de este río, remontando en seguida la cadena elevada que corre paralela á la costa, y al pié mismo de estas colinas debería abrirse la entrada del subterráneo. Por tanto, estimé como lo más oportuno detener las operaciones y organizar el regreso al punto de donde habíamos partido.

Más tarde, M. Wyse hizo la ascension del río por entre el punto en que yo me había detenido y el Salto del Madroño.




Cascadas del Mamori.

## XXX

Exploracion del valle del Terable.—Vuelta á Panamá.—Ochenta kilómetros á caballo por la sabana, los pantanos y las colinas.

A esta exploracion, que sumariamente acabamos de reseñar, hecha á la parte más alta del Mamoni, siguió la del río Terable, de la que no diré nada, ó al ménos muy poca cosa. Mitad en piragua y mitad chapaleteando por el lecho del río, pude convencerme, despues de una observacion detenida y atenta, que los estrangulamientos, los casi contínuos zigzag de las gargantas en su cauce extraordinariamente agitado, hacen casi imposible el que se pueda abrir con facilidad un canal navegable, en el que puedan aventurarse buques de alto porte, como necesariamente tiene que hacerse.

El día 18 de Diciembre volví de nuevo á la Capitana.

El 20, á las cuatro de la mañana, todo nuestro reducido acompañamiento cabalgaba en direccion á Panamá: la luna con sus pálidos rayos alumbraba la graciosa sabana de Crespo; la temperatura era deliciosa; una brisa imperceptible oreaba el ambiente, y nuestras cabalgaduras trotaban á un paso tan cómodo, que parecía nos hallábamos en una butaca: no obstante lo agradable del paisaje y de los encantos de que podían gozarse, yo, que siempre he contado muy poco con mi talento, pensaba melancólicamente en los ochenta kilómetros que era necesario recorrer en el día, pues M. Wyse estaba obligado á volver á Panamá lo más pronto posible.

Mi debut, por tanto, no es demasiado fastidioso. La sabana en casi toda su extension está sembrada de una hierba alta hasta llegar á la orilla, y completamente seca en aquella estacion, hasta el punto que se quiebra al ser pisada por nuestros caballos. El piso forma muchas ondulaciones y está formado por una especie de arcilla roja y compacta, lo mismo que en los *loess* de la China; esta arcilla se levanta formando murallas, y rodeándose en bastiones de un modo tal, que cualquiera podría creer eran fortalezas desmanteladas. A pesar del fuerte ardor del sol que nos abrasa y que cada vez va haciéndose más insoportable, caminamos alegremente por el vasto llano, pues fácil es calcular las mil ocurrencias que se dan en un viaje de esta naturaleza, y los mil incidentes que vienen á amenizarlo. Todo va perfectamente, en tanto que caminamos por aquel terreno, que, aunque arcilloso, es lo bastante consistente para no hacer la marcha pesada en demasía; pero en las proximidades de los ríos, ó cuando el camino sigue las orillas de los pantanos que están próximos al mar, es necesario atravesar las hoyas en que nuestros caballos se hunden en el cieno hasta los pechos: allí se renuevan los peligros y los trabajos, siéndonos necesario realizar esfuerzos sobrehumanos para seguir adelante, sin que dejemos de temer que cada uno de estos malos pasos sea el último que atravesamos, viéndonos detenidos sin poder seguir ni atras ni adelante. Estos temores nuestros son cada vez más fundados, pues en una orilla y en otra del camino vemos blanquear huesos de animales distintos, esqueletos de bueyes que, embarrados en el cieno, murieron ahogados allí, siendo despues destrozados por los acerados picos de los gallinazos y demas aves de rapiña. Los caballos y los rebaños tienen siempre la costumbre de marchar sobre las huellas que ven impresas, y todos los caminos, por anchos que sean, están cortados por profundos baches, en los que nuestras monturas se sepultan hasta las cinchas. Cansados los pobres animales por aquel continuo chapalateo en el fango, que tanto los mortifica, muchas veces, no pudiendo ya resistir la fatiga, se acuestan y revuelcan, arrastrando consigo al caballero, sin que en el mayor número de los casos pueda evitarse la caida.

A pesar de esto, no podemos en modo alguno acusarlos de pereza: los caballos de que disponemos trepan con bastante ligereza los escarpados riscos que hallamos en nuestro camino, casi sin que los podamos detener, llevándonos con frecuencia en medio de sub-bosques espumosos, y haciéndonos chocar contra los troncos de los árboles: no nos podemos permitir ni el menor descuido, pues tan pronto como lo advierten se lanzan por donde les parece, ó por los sitios por donde acostumbran á ser llevados, buenos ó malos, haciéndonos sufrir considerablemente. En una de estas huidas, M. Verbrugge se vió

enlazado por una liana, sufriendo no poco y costándonos bastante el poder sacarlo de la laberíntica red en que se hallaba preso: algunas caidas nos causan tambien una pérdida de tiempo considerable, y de esta manera van pasando horas y horas, que se hacen largas como siglos en aquella interminable cabalgata, durante la cual apénas si podemos descansar veinte minutos para tomar algun alimento sobre el arzon de la silla. Por agradable que pueda ser, y por galanas que fueran las cuentas que en un principio pudiéramos trazarnos, bien pronto nos convencimos que los bosques y las sabanas de aquella tierra, que tanto se ponderan á distancia, sólo así son buenos, y no de la incómoda manera que nos veíamos obligados á recorrerlos; y no poco entraba en nuestras miras, para aumentar el disgusto que nos poseía,



La expedicion á caballo.

considerar la absoluta soledad de que nos veíamos rodeados. Durante todo el trayecto que nos vimos obligados á recorrer, apénas si encontramos más que algunos rebaños de bueyes sumamente apacibles y mansos, como generalmente ocurre con estos animales en el trópico: de largos en largos trechos veíanse tambien algunas haciendas, y con más frecuencia *tambos*, ó sean miserables chozas sin comodidades ningunas, construídas con palos y broza, que apénas si defienden del aplomante sol que sobre aquellas llanuras cae á los desgraciados que las habitan. Nuestros corceles continúan su marcha realizando verdaderos prodigios, desembarazándose de mejor modo posible en los pantanos, ó saltando por los montículos áridos y escarpados como una escalera: en uno de aquellos pasos, el animal que monto cae de un lado, viéndome obligado, para no ser aplastado, á arrojarme por el otro; mas hícelo con tanta desgracia, que al caer choqué con un pital erizado de agudos dardos, muchos de los cuales me asaetearon: el recuerdo sólo me hace experimentar frío.

Á pesar de lo mucho que llevábamos andado, parecía que Panamá se alejaba más y más, y la noche comenzaba á cerrar. Aún tuvimos que seguir cami-

nando cinco horas, al cabo de las cuales nuestros guías y algunos naturales á quienes interrogamos, nos dijeron que estábamos todavía á tres leguas.

Por fin, serían las diez de la noche cuando reconocimos el lugar á que van á pasear y lucir sus trenes los ricos habitantes de la ciudad, y pudimos apreciar que nuestros caballos pisaban en un buen camino; ellos, al observarlo, tambien se reanimaron y comenzaron á caminar mucho más deprisa que solían hacerlo desde mucho rato atras: á la media noche llegamos al fin al gran hotel; una buena racion de carne y una botella de vino de Francia bastaron para hacernos perder el mal humor de que nos sentíamos dominados.

Panamá está de enhorabuena; la gran semana de la Pascua de Navidad hace que la alegría sea grande, y por todas partes la animacion y el bullicio son que mayores que de ordinario. Al saberse en la ciudad habíamos llegado, como en la anterior expedicion dejamos muchos amigos, de todas partes llovían sobre nosotros invitaciones y tarjetas para bailes, fiestas y comidas; pero nuestro tiempo nos venía sumamente escaso para el número considerable de operaciones que teníamos que llevar á cabo; nos veíamos en la forzosa necesidad de levantar algunos planos, era necesario hacer muchos y distintos cálculos; y M. Wyse, más infatigable que nunca, comenzó desde luégo á organizar los elementos de la larga expedicion que íbamos á intentar en una region completamente desierta.

## XXXI

En marcha hacia el Tuyra.—Chepigana; los antiguos amigos.—Subida á la *espiga*.—Yaviza en total decadencia.—Los *coloradillos*.

Habiéndonos apresurado todo cuanto nos fué posible, sin permitirnos ningun descanso, sinó atendiendo sólo á lo que tanto urgía, nos hallamos con que el 29 de Diciembre todo estaba preparado y estudiado en la prevision de los muchos obstáculos que suponíamos se habían de encontrar: en aquel mismo día nos embarcamos á bordo de la goleta *Chucunaque*, cuya cabida será, cuando más, de catorce toneladas, sin que sus condiciones permitan construir camarotes debajo de cubierta, por lo que todos nos vimos obligados á acostarnos al raso. En esta segunda expedicion, la caravana se componía de unos veinte indivíduos, con todos los cuales contábamos para los trabajos que teníamos que realizar: no nos sucedía como en la primera, que el mayor número de los que nos obstruían los lugares eran músicos y personas que, aprovechando la ocasion de manifestarnos sus simpatías, daban un agradable paseo, privándonos de las como didades que tan necesarias nos eran.

En el mismo dia, habiéndonos favorecido bastante el buen tiempo, arribamos á las costas vecinas de la isla de Chepillo, á donde, de regreso de la exploracion del Mamoni, M. Wyse había enviado á Eugenio, uno de nuestros mejores agregados, con la parte de material, útiles y provisiones que debíamos llevar al Darien. Durante algun tiempo nos detuvimos en aquella isla, que De Auville cita entre todas por su belleza, pudiendo convencernos de que no había ninguna exageracion en los elogios que de ella hace: aquellos prados fertilísimos, aquellos árboles elevados, cuyas ramas se entrelazan formando frescas bóvedas de verdura, aquellos arroyos y los saltos de agua que desde léjos se divisan, le dan un aspecto encantador, en el que se recrea la vista y el alma se alegra. Una permanencia allí sería deliciosa, á pesar de la soledad que en ella reina, y de buen grado hubiéramos acampado en aquel lugar si nuestro itinerario marcado de antemano, no nos obligara á partir en la misma tarde. Poco despues de haber emprendido el camino, pudimos observar cómo el cielo se tornaba sombrío, y más sombrío aún el mar; pero para alentarnos é infundirnos ánimo, allá á lo léjos divisábamos las islas de San Miguel, nadando en una atmósfera clara y luminosa. Grandes bandadas de pelícanos nos acompañan en toda la travesía, volando á una altura de cuarenta ó cincuenta metros, llamándonos la atencion la rapidez con que se dejan caer sobre las ondas llevando medio extendidas las alas, sumergiéndose en las aguas con el pico echado atras, y reapareciendo inmediatamente. Otras bandadas no ménos numerosas de cuervos se extienden á lo léjos hacia el Norte, formando en algunos instantes á manera de una delicada y negra cortina que se destaca admi-

rablemente sobre el horizonte gris plomizo que amenaza lluvia. Aunque pudiera parecer otra cosa, es lo cierto que no se aburre uno tanto á bordo como pudiera creerse: nuestro cocinero Félix ha hecho una buena provision de víveres frescos, entre los que nada falta, y se esmera en cuidarnos de la mejor manera que le es posible, y ademas, justo es decirlo, pasamos largos ratos distraídos en inocentes juegos, que dan lugar á incidentes en que nuestro ánimo se esparce. A la media noche próximamente llegamos al Cerro Colorado.

Al dia siguiente, último del año, sufrimos distintas alternativas, como fueron una calma chicha espantosa, durante la que ni el menor soplo de aire nos vino á sacar de la quietud en que nos veíamos sumidos; siguióla una brisa bastante fuerte, y de este modo cruzamos por delante de la isla de los Pájaros y el Farallon Ingles, llegando, por último, á la entrada del golfo de San Miguel.

A la una de la mañana, los que aún no se habían recogido y permanecían despiertos, sin duda con preconcebido fin, tuvieron la pesada broma de ir á turbar el reposo de los que tranquilamente dormían para felicitarlos por el año nuevo; y como no había luna, dejáronse las visitas oficiales para el alba. A las nueve aparejamos para entrar en el canalizo, siéndonos necesario bordear á cada momento, pues la corriente era excesivamente rápida y violenta. Delante de La Palma nos detuvimos, con objeto de que pudiera desembarcar el Sr. Federico de los Ríos,



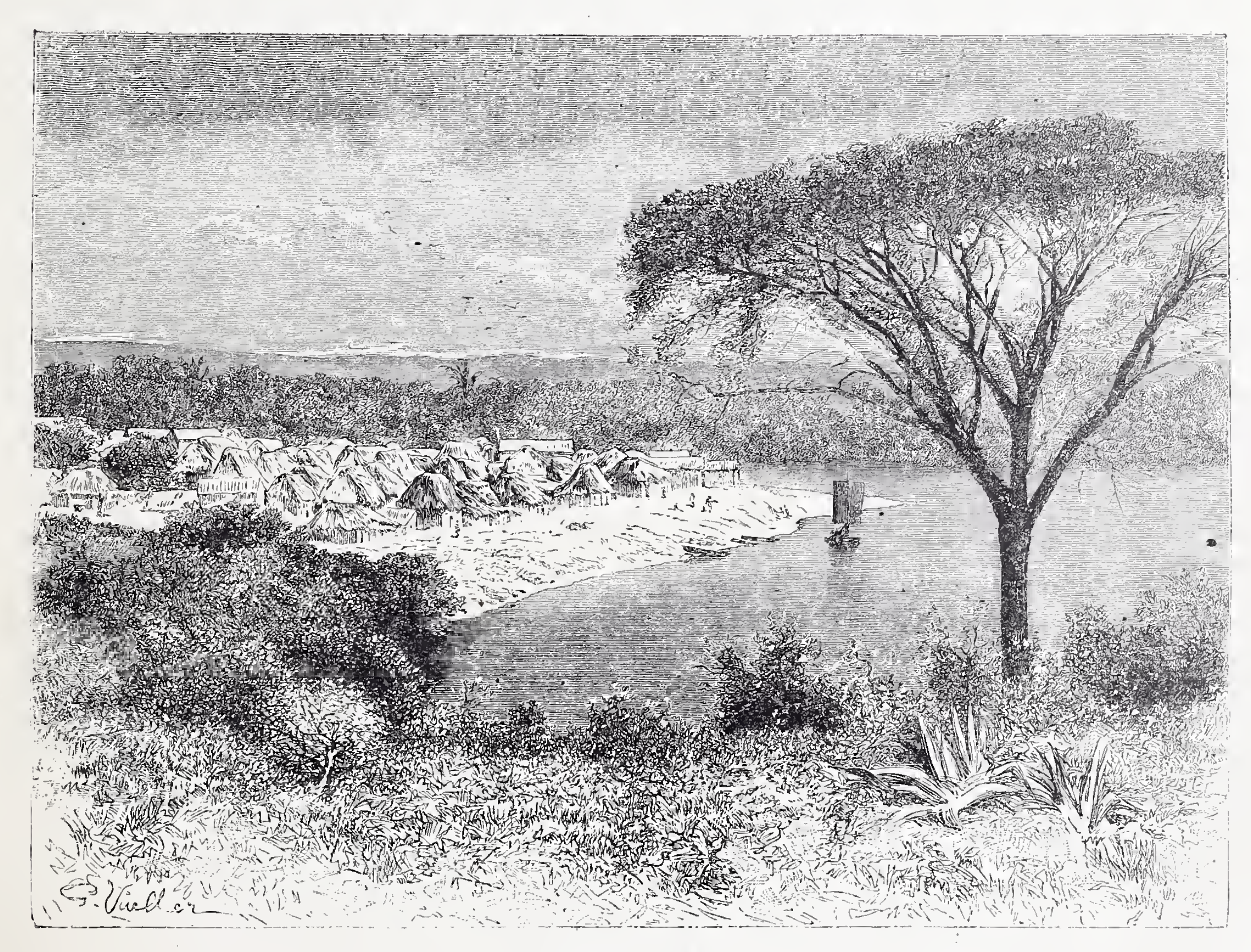
Golfo de San Miguel.

que venía con nosotros desde Panamá, y en aquel punto, aunque desde léjos, pude saludar á mi buen amigo Gregorio de Santa María. Decididamente, nuestro *canal* no estará en modo alguno falto de puertos espléndidos; cada uno de los que nos acompañaban se divertía en escoger entre los encantadores islotes de aquella parte del río. Al medio día, despues de una travesía feliz, en la que ningun incidente desagradable habíamos tenido que lamentar, y durante la que nos habíamos distraído grandemente gozando del encantador golpe de vista que sin cesar se extendía ante nosotros, la goleta fondeó en Chepigana, é inmediatamente saltamos en tierra á fin de saludar y felicitar á nuestros amigos de otro tiempo.

M. Wyse supo allí que el Chucunaque estaba entónces con una fuerte avenida, por lo cual no le sería posible á la goleta remontarlo con celeridad hasta Yaviza. Comprendiendo que tal vez esto le hubiera hecho perder mucho tiempo, y deseando avanzar todo cuanto le fuera posible, no quiso esperar en modo alguno que la corriente del río decreciera, y alquiló sobre la marcha una barca pequeña, lo cual le permitía precedernos en los trabajos uno ó dos días. Con este objeto, llevóse en su compañía á MM. Verbrugghe y Sosa, así como tambien los trabajadores más vigorosos, de los que M. de Lacharme había contratado, quedándome yo á bordo de la goleta con este último y M. Pouydessean. A las nueve de la noche levamos ancla, y remontamos, ayudados por el flujo, hasta la isla de los Aligatores, donde fondeamos; á la mañana siguiente remontamos la corriente del Tuyra, admirando sus orillas cubiertas de mangles y paletuvios, hasta el punto de confluencia

con el Chucunaque, donde pasamos una noche terrible, pues la brisa había caído, no moviéndose ni el menor soplo de aire, y los mosquitos, que se habían levantado y bullían por todas partes nos asaeteaban de una manera cruel.

Tales fueron nuestros sufrimientos, que sin aguardar á que el tiempo nos favoreciera, ganamos á fuerza de remos el punto de confluencia del Lagartero. Como repetidas veces hemos dicho, en una expedicion de la naturaleza de la que estábamos llevando á cabo los obstáculos se presentan á cada paso, y los inconvenientes parece que crecen por momentos: cuando llegamos al indicado punto, los remos se hicieron inútiles, pues era imposible maniobrar con ellos; así es que tuvimos que emprender la remonta desde allí á la *espiga*, término desconocido de nuestra marinería, y que es difícil comprendan los que no hayan visitado aquellas regiones. Remontar una



Vista de Yaviza.

corriente á la espiga es un trabajo duro y pesado, que consiste en enviar la menor piragua hasta una conveniente distancia, en la que se amarra una fuerte cuerda al tronco de un árbol ó á un manojo de hierbas que presente condiciones de seguridad por hallarse fuertemente arraigadas; con la otra punta se vuelve á bordo, y tirando de ella, á fuerza de trabajos se consigue remontar la corriente, repitiendo la operacion cuantas veces sea necesario.

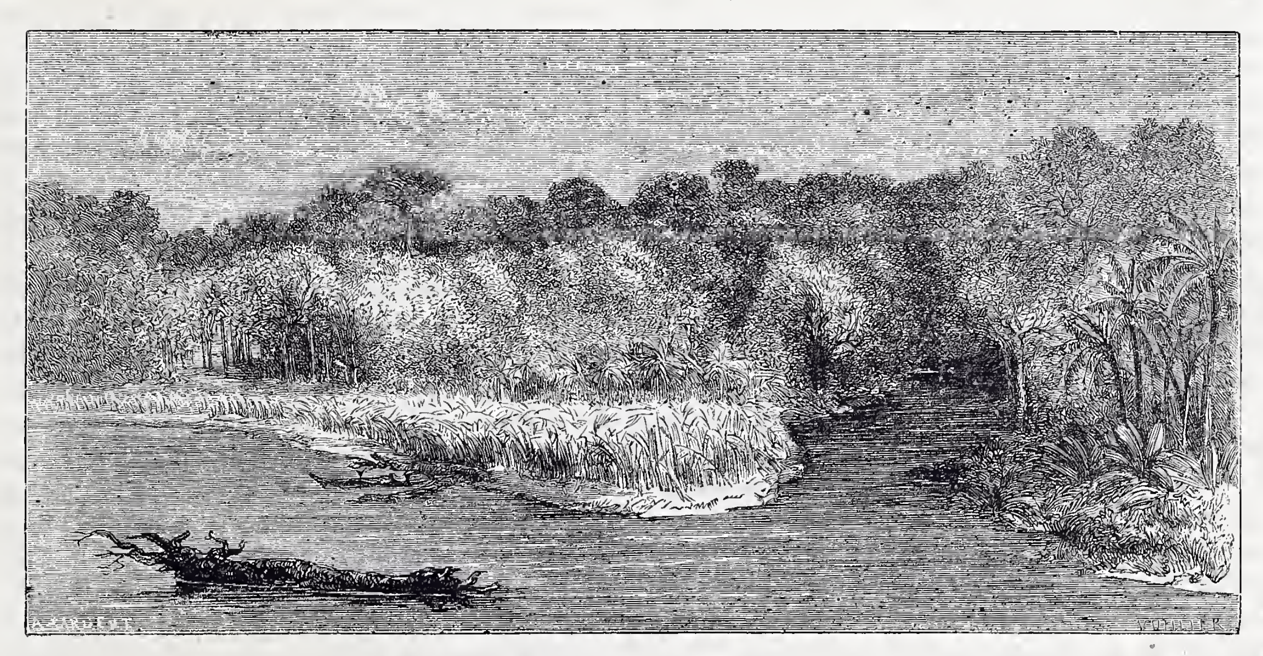
Para colmo de desdichas, cuando estuvimos plenamente convencidos de que no quedaba más recurso que emplear este medio, advertimos que desgraciadamente el patron se había olvidado de proveerse de las fuertes y largas cuerdas que para dicha operacion son menester, por lo que tuvimos que amarrar los cabos cortos de todos calibres que hallamos. Esta cuerda miserable que logramos proporcionarnos, causónos mil accidentes, sobre todo al cruzar el río para cambiar de orilla: várias veces se nos partió, dando lugar á que perdiéramos cuanto llevábamos adelantado, y haciéndonos temer un inevitable naufragio en aquellos violentos retrocesos



Los mangles del río Tuyra.

tiempo, de unos simples sotechados que en modo alguno pueden llenar su objeto, y que más que nada sirven para dar abrigo á una multitud de insectos que constituyen constante amenaza para los que están debajo: el mobiliario es para ellos artículo desconocido, y que de todo punto habíales de parecer supérfluo; algunos pedazos de estera para echarse, gruesos troncos de madera por asientos, y nada más. Su alimentacion la constituye los frutos escasos que pueden recoger, y algun animal que cacen; la organizacion de la familia es rudimentaria, y todo el poder reside en el padre, que es á la vez jefe de la ranchería ó tribu. De este modo, sin más ocupacion que atender á su subsistencia y sin más necesidades que satisfacer, viven tranquilos, sin guerras y sin luchas, pues nada hay que su ambicion despierte ni que los mueva á las luchas y disensiones.

Hasta llegar á la *quebrada* Sucia, la corriente del Tupisa y el aspecto general de las orillas cambia muy poco, y lo mismo en un punto que en otro, dispuesto todo de igual manera, parece, á juzgar por la uniformidad, que no se avanza: las aguas, encauzadas



Desembocadura del Tiati.

entre orillas cortadas á pico, dejan al descubierto un suelo arcilloso á una altura de dos ó tres metros; por encima los árboles de la selva inclinan sus verdes ramas sobre la corriente, formando una bóveda que si bien nos beneficia librándonos un tanto de los ardientes rayos del sol, otras veces nos crean obstáculos, por rozar con las aguas de un modo tal, que nos cierran el paso dificultando nuestra marcha; los meandros y las curvas son muy poco violentas y todo hace creer que la pendiente de aquel valle por el que el río se desliza, es muy poco sensible. Bien pronto la escena se modifica y cambia de aspecto; unas veces el río se extiende en una ancha sabana, otras salta por estrechas gargantas que se ha abierto entre las rocas. Estas se suceden exactamente en el mismo órden que en el Tuyra: despues siguen las arcillas compactas, más tarde los terrenos de acarreo formados por esos guijarros azulados que se aglomeran en bancos, y á los que los indios temen mucho, pues creen que su solo contacto es causa de que se padezcan fiebres. Durante nuestros viajes, las supersticiones y aprensiones de aquellas pobres gentes nos dieron muy malos ratos, pues en vano era que nos esforzáramos en demostrarles que sus temores carecían de fundamento, mucho más cuando no estaban explicados por ninguna razon; ellos insistían, y aunque muchas veces prescindían de ciertos escrúpulos y se aventuraban en aquello que más temían, hacíanlo de mala gana y con visible repugnancia, dando lugar á que la operacion no se ultimara debidamente, ó á que tuvíéramos que hacerla por nosotros mismos. Este primer día de trabajo fué de los más agradables; á la hora conveniente nos bañamos todos, sintiéndonos reanimados en aquella atmósfera vivificadora, y comimos con un apetito que bien podemos llamar de exploradores.

A la hora de cenar, Nicolas, que, como hemos dicho, desempeñaba las funciones de cocinero, preguntó á M. Wyse si nos agradaría un asado de conejo, animal que como en ninguna parte tiene allí la carne sabrosa y suculenta. Habiendo recibido una respuesta afirmativa, se separó algunos pasos de nosotros, y despues de cortar y arreglar convenientemente la hoja de un árbol, la colocó entre sus labios, imitando á la perfeccion el grito de uno de estos animalillos: al escucharlo, todas las hembras que han hecho cría y tienen pequeñuelos, hasta las hembras del tigre, segun dicen, se apresuran siempre á correr al sitio de donde parten los quejidos. Cinco minutos despues de que Nicolas hubiera puesto en práctica su estratagema, oímos el disparo de un arma de fuego, y vimos reaparecer á nuestro cocinero trayendo un magnífico conejo. Esta hazaña le valió el que desde entónces fuera conocido entre nosotros como excelente cazador, cosa que algun tiempo despues nos arrepentimos de haberle alabado tanto, pues más tarde en la trocha, en tanto que los demas trabajaban, él, simulando que iba á cazar á fin de disponernos mejores alimentos, se echaba á dormir bajo la fresca sombra de los copudos árboles, no haciendo ni una cosa ni otra.

El valle se ensancha cada vez más, y por las señales que advertimos se comprende que en otro tiempo ha debido estar habitado y perfectamente cultivado; las orillas del río están cubiertas de árboles frutales, bastante degenerados como es natural, dada la absoluta falta de cuidado, y de una de las especies del banano, que aunque los naturales buscan mucho por ser de su agrado, son no poco bastos y no de sabor muy agradable. Bandadas numerosas de todas clases de pájaros turpiales, palomas grises con las alas rojas en su parte interna, pavos reales de plumas castañas y la cabeza roja con las patas oscuras, moteadas de brillantes manchas amarillas, abundan en aquella region, que es sin disputa una de las más agradables que hemos recorrido y donde encuentran una abundante alimentacion. Al aproximarnos, con el ruido que nuestras piraguas hacen, de los árboles que están en las orillas se elevan mil pájaros que, haciendo gran ruido al mover las alas, cruzan el río y van á perderse en la selva vecina, y en las playas arenosas, ó sobre los bancos de cieno, se ven claras y palpables las huellas de tapires y jabalíes. La extension que ahora recorremos es sin duda la parte más rica en vida animal de todo el Estado de Panamá, pues para que nada falte, en el Tupisa se crían caimanes, peces de todas clases y tortugas, de las que nosotros cogemos los huevos. Desgraciadamente, tanta ventura dura poco, y bien pronto salimos de aquella comarca, donde son inútiles las provisiones que llevamos para el camino, y que cómodamente podemos suplantar por otras frescas, de las cuales nos hacemos sobre el terreno.

Los *chorros* y los rápidos comienzan á dejarse ver, y aunque no muy difíciles, todavía lo son lo bastante para aumentar considerablemente nuestro trabajo y causarnos fatiga.

Al medio día llegamos al Tiati. En el punto en que desemboca en el Tupisa, el valle es llano hasta un punto tal, que apénas hay lugar á que la corriente se mueva, siendo más de notar esto en el tiempo en que nos hallamos, cuando apénas si las lluvias han terminado: las aguas del río cuya ascension comenzamos á hacer están negras y huelen mal, hallándose cubiertas de una costra espesa y verdosa, donde flotan hojas podridas, pólen de flores, ramas que arrastrara el viento, con todo lo cual se hace sumamente difícil seguir la corriente. Los árboles que en las orillas crecen extienden las ramas en sentido horizontal, que se entrelazan á algunos piés sobre la superficie del río. Este, que en la entrada es bastante profundo, poco despues deja de serlo, presentando al descubierto puntos de su cauce en los que se amontonan troncos de árboles allí caídos. Serían las dos de la tarde cuando nos vimos detenidos por una verdadera empalizada que nos cerraba el paso. Era una multitud de palos por entre los que se escapaba el agua, filtrando por medio del lodo que en ellos se sostenía. Inmediatamente M. Wyse envió á dos de nuestros hombres para que fueran á reconocer el terreno, y cuando momentos despues volvieron, nos manifestaron que aquel obstáculo era considerablemente ancho y que á él seguían otros muchos; que para pasarlos sería necesario por lo ménos un día de trabajo en cada uno de ellos. No siendo ya hora de tomar medida ninguna para ver de orillar aquella dificultad, el jefe dió órden para que las piraguas fueran arrastradas á tierra, buscándose un lugar conveniente para establecer el campamento aquella noche.

Se construyó inmediatamente un rancho, bajo el que colocamos los víveres, los vestidos, útiles y materiales que habían de servirnos en algunos días, y todas las semanas el patron Fidedigno llevaría allí, desde Yaviza, los víveres y la correspondencia, y segun nuestras necesidades, destacaríamos algunos hombres para guardar aquel depósito. Por la noche se estudió el mapa y M. Wyse fijó la direccion de la trocha segun la que nos reuniríamos en el piquete número 1.091 *bis*, donde quedaron suspendidos nuestros trabajos del año anterior.

La trocha que nos proponemos abrir cruza tres veces el Tiati, al cabo de las cuales sigue por la orilla izquierda, internándose en una region cruzada de

montículos cuyas pendientes, violentas en un buen número de casos, hacen difícil la conduccion del material. El acarreo de lo que nos es absolutamente necesario llevar cuesta tres viajes, empleando toda la gente, excepto los tres trocheros. Las operaciones, á pesar de los considerables esfuerzos que hacemos y del interes que en ellas tomamos todos, caminan con una lentitud desesperante, y nos hacen temer que, si los obstáculos siguen tan frecuentes como hasta allí, no vamos á poder terminarlas, pues el tiempo corre. Ademas, toda aquella region está literalmente infestada de serpientes, de las que sólo en una mañana hemos matado tres.

En compañía de M. de Lacharme, salí á reconocer el Tiati, para ver si podría seguirse el río; pero poco despues comienza á formar una serie de pozos agudos, anchos y profundos, que alternan con empalizadas en las que nos vemos obligados á detenernos forzosamente. A cada momento tenemos que desandar el camino y salirnos del río por temor de embarrancarnos y morir ahogados en el cieno, siéndonos imposible, á pesar de lo mucho que hicimos, volver al campamento hasta bien entrada la noche.



Campamento bajo un banano.

En aquella excursion, José nos fué de muy grande utilidad. Su fuerza es hercúlea, y ademas posee ese ese instinto admirable de los indios y de los mestizos, gracias al cual, por mucho que hayan andado y muchas vueltas y revueltas que den, saben siempre casi con exactitud á qué distancia se encuentran y cuál es el camino que más conviene seguir.

A la mañana siguiente tuvimos que subir colinas bastante elevadas, en cuyas alturas la vegetacion no tiene nada de notable, fuerte ni brillante; en cambio en las faldas es de una riqueza incomparable. Por esta parte el trabajo se hace sumamente difícil y pesado, pues los que más allí crecen son bambúes y lianas, que se entrelazan y mezclan formando vallas terribles, por las que es imposible atravesar, y que hay que destruir por completo. Nuestra jornada terminó en un bajo fondo pantanoso, cerca de una quebrada seca, en la que para beber encontramos un agua sucia y descompuesta por una gran cantidad de hojas podridas. Una higuera-banano bastante curiosa da sombra á nuestro vivac: éste rodea con dos hélices arrollados en sentido inverso, el tronco de un gran higueron que le sirve de sosten, y en todo su circuíto sus ramas, ó por mejor decir sus raíces adventicias, caen formando fuertes columnas, á las que suspendimos nuestras hamacas. En el lecho procuramos distraernos un tanto de las picaduras de los terribles *coloradillos*, enumerando el nombre de nuestros cuarenta inmortales. Todo nuestro saber reunido, toda nuestra memoria puesta en actividad, y á fuerza de contar y recontar con los dedos, pudimos reunir treinta, y de éstos aún hubiéramos podido dudar de la autenticidad de varios.

La noche no fué mucho mejor que el día; así es que tan pronto como brillaron las primeras luces

del alba, saltamos de nuestros colgadizos. Aquél era el día en que M. Wyse, acompañado de M. Luis Verbrugghe, habían de partir para Panamá y de allí á Colon (Aspinwall), donde esperarían la llegada del almirante Maudet, comandante de la division naval de las Antillas.

El almirante Maudet, á nuestro paso por la Martinica, nos prometió que, aprovechando la vuelta que iba á dar por el mar de los Caribes, despacharía un aviso de su division para estudiar la hidrografía de la rada de Acanti, en el Atlántico.

MM. Wyse y Verbrugghe partieron, en efecto. Despues de haber estrechado su mano una vez más, á bordo de la lancha que en adelante se llamará de la Despedida, quedé encargado como jefe de la expedicion.

## XXXIII

Llamada de los jaguares.—La corriente del Tiati.—Sus chorros; sus caletas.—Un personal abatido.—Cascadas del río.—La ranchería del Hospital.

A poca distancia de la quebrada de la Despedida quedó establecido nuestro campamento, admirablemente situado sobre una orilla elevada en un recodo del río, fresco y límpido, á la sombra de los altos *espaves*, de estos pintorescos gigantes de las selvas del Darien. Gracias á las condiciones de aquel sitio y á la limpia corriente que se desliza, podemos arrojarnos al agua y ahogar las garrapatas que tanto tiempo hacía nos venían atormentando, sin que nos hubiéramos podido ver libres de ellas, á pesar de los grandes esfuerzos que habíamos tenido que hacer. Contra la opinion de las gentes del país, nada hay más saludable que los baños, que constituyen un excelente tónico y aminoran las fatigas.

Por la noche, nuestro cazador Nicolas que, dicho sea entre paréntesis, no ha matado pieza alguna despues de aquel famoso conejo, gracias al que ligeramente le dimos una reputacion, nos enseñó la manera de atraer los jaguares. Al efecto aplicó contra sus labios el reborde de una marmita de campaña é hizo sonar algunos *hihi* roncos y modulados, imitando el grito de la hembra del tigre. A lo léjos pudimos escuchar tres ó cuatro rugidos como contestando al llamamiento; pero ningun jaguar se acercó, contra lo afirmado por todos ellos.

El río, que mide por término medio veinte metros de anchura de orilla á orilla, llena con su corriente todo el cauce, mas por algunos sitios deja á un lado y otro alguna grava, sobre la que podemos caminar cómodamente. En todos los sitios en que los espolones que forman las rocas le hacen formar una curva violenta, se encuentran *charcos* en los que con seguridad se albergan caimanes: pero al ensancharse el valle, el Tiati se divide en una porcion de caletas ó falsas corrientes, y el suelo pantanoso está cubierto por una hierba bastante apretada, que se eleva algunos piés.

El dia 14 de Enero, á las once de la mañana, encontramos la trocha que el año anterior comenzáramos, la cual tuvimos que abandonar á lo mejor por la proximidad de la estacion de las lluvias, y que ahora está completamente destrozada, pues muchas piedras rodadas que han arrastrado las corrientes obstruyen el paso, y han crecido muchas ramas de las que echáramos abajo y á las que se han vuelto á adherir las lianas, cerrando con sus laberínticas redes el camino que tantos sudores nos costara dejar practicable. La ranchería que en aquel lugar nos sirvió de albergue subsistía aún, y en ella colocamos los útiles é instrumentos, despues de haber arrojado de ella á una familia de *mapanas* que en ella habían formado sus nidos y que constituyen uno de los más temidos peligros del Darien, por ser las serpientes más venenosas que allí se encuentran. A medida que se avanza se observa con gran facilidad cómo el terreno se eleva más y más hasta el punto que de donde nos encontramos la elevacion del Tiati es de setenta y dos metros.

Inmediatamente, el río deja su aspecto tranquilo, y las facilidades que ántes ha venido presentando se truecan en obstáculos que hacen temer el mal éxito para todo lo que se intente: la corriente se hace torrencial, cortada en su extension por rápidos frecuentes y violentos, encajada entre orillas de desnudas é irregulares rocas, cuyos salientes son amenazas constantes para nuestras piraguas y nuestros útiles.

Al mismo tiempo que el aumento de trabajo y de fatiga que nos imponen la naturaleza del terreno y los rigores del clima, tenemos que lamentar otras penalidades, cuales són las que nos irroga el mal



Cascada del Tiati.

estado de nuestro personal, más de lamentar entónces, que todos hacían suma falta. José está enfermo; Félix tiembla á causa del intenso frío que la fiebre le hace experimentar; Nicolas se queja continuamente y no deja de ponderar lo mucho que sufre; y como si todo esto no fuera bastante, para que siempre tuviéramos que ir añadiendo desgracia á desgracia, Pedro García ha roto un frasco de ácido fénico al cargar el botiquin, cayéndole el cáustico líquido en las piernas y por la espalda, con lo que se le han formado unas llagas que le hacen experimentar atroces sufrimientos; la menor rozadura, el menor golpe, le causa dolores vivísimos, y cada vez tememos más que sean funestas las consecuencias de este accidente. En cuanto á Manuel, que, como se recordará, salió mal de Yaviza, y que á pesar de nuestras observaciones para que desistiera de su propósito se obstinó en acompañarnos, cada vez se encuentra peor. Mercedito y Pedro Soler marcharon acompañando á M. Wyse, que aún no ha tenido tiempo de enviarnos nuevo personal que pueda suplir al enfermo y ayudarnos, en tanto se reponen, á la continuacion de nuestras operaciones. Resumiéndo, podemos decir que sólo nos restan seis hombres útiles, los cuales tienen que dividirse la carga y el trabajo de catorce, con lo que fácil es comprender que nuestras etapas no pueden en modo alguno ser muy largas, y que, de continuar así, pasará el tiempo sin haber adelantado lo que era de esperar.

Todos los que nos hallábamos interesados en esta empresa lamentábamos esto, mucho más cuando sabíamos que el mundo científico tenía fijas allí sus miradas y aguardaba con verdadera impaciencia el resultado de nuestros cálculos, sobre los que se aventuraban juícios formados en vista de operaciones anteriores; así es que poníamos de nuestra parte cuanto era posible; mas todo ello se estrellaba contra las casi insuperables dificultades que nos cerraban el paso.

Un poco más arriba del lugar en que nos hallamos acampados, el Tiati forma una rampa, escalera irregular, algunos de cuyos peldaños llegan á tener hasta tres metros de altura; las piedras, que llenan casi por completo su cauce, están apénas cubiertas, y de presumir es que no se hallen muy léjos las rocas primitivas de que han formado parte.

Nicolas, á quien al fin me veo obligado á despedir, se lleva consigo á uno de los mejores trabajadores que nos quedaban, á su *concertado* Solario; José y Félix aún permanecen en el campo, devorados por una terrible fiebre, y Pedro García, inválido aún, que no puede ocuparse de ningun trabajo, les sirve de enfermero.

El desfiladero se estrecha cada vez más, haciéndose sumamente difícil seguir la corriente del río por aquella hendidura entre orillas que materialmente parece han sido abiertas á pico, cubiertas de afelpado musgo y de plantas de larguísimos tallos, entre las que florecen los eléboros, los ranúnculos y los euforbios de brillantísimos colores. Cierto paso que un poco más arriba hallamos, nos da extraordinariamente que hacer; un bloque de más de treinta metros de altura se ha detenido delante de la *V* muy aguda que forman los flancos del cañon, siendo necesario escalar el muro para llegar al otro lado. Fácil es comprender que es demasiado duro continuar de esta manera las operaciones taqueométricas. El cauce llega á ser tan estrecho, que á eso de las cinco de la tarde, cuando el sol del trópico radiante aún dora los árboles que en el valle crecen y las lianas en flor, en el fondo en que nos encontramos apénas si llega la luz, y tropiezo con grandes dificultades para seguir escribiendo mi diario. Sobre nosotros, allá en la inmensidad, vemos sólo una estrechísima faja del brillante azul del cielo; el viento del Norte, encallejonado en el paraje por que nos aventuramos, nos hiela hasta la médula de los huesos, cosa que á todos sorprenderá, dada la latitud en que nos hallamos. Cierto que no todas son rosas en aquel extremo del valle; pero podemos admirar las cascadas que vierten de piedra en piedra las aguas del río en los hoyos abiertos por ellas en el seno de las arenosas rocas, que podrían compararse á enormes copas, talladas por el cincel de un titan.

Como parecía escrito que las contrariedades no habían de dejar de perseguirnos, á las muchas que ya teníamos que lamentar, y que hemos enumerado, hubo que añadir la de que Lisandro, uno de los trabajadores más fuertes, y que suplía, puede decirse, á dos de sus compañeros, cayó enfermo tambien, yendo á reunirse con ellos, quedándonos sólo cuatro hombres útiles para todo, que al día siguiente, continuando la desgracia, se redujeron á tres, pues Domingo hubo de retirarse tambien al improvisado hospital por haberse herido un pié. Como compensacion sin duda de tanta desventura, cuando consideraba yo la imposibilidad en que me veía de seguir adelante con tan pocas fuerzas, y más que nada me lastimaba pensar lo poco que había logrado adelantar en el tiempo que de la mision había estado encargado, al medio día del 19 llegó felizmente el señor Pouydesseau, trayendo consigo una reducida escolta, que era en sí el refuerzo que se nos había prometido. Segun nos refirió, durante la excursion que había hecho, tuvo un nuevo acceso de fiebre, y me causó gran disgusto ver cómo se burlaba del miserable estado en que nos encontrábamos, y cómo hacía recaer en el jefe interino los más pun-

zantes dardos de su fina ironía. Los cuatro hombres que le acompañaban eran: Pedro Soler, Juanito, un buen sujeto en toda la extension de la palabra, Mercedito y Pancho. Este último, áun arrostrando el temor de que se pueda ofender, justo es confesar que no servía para nada.

El vivac que inmediatamente tuvimos que establecer, lo situamos sobre una gran roca de pendiente bastante inclinada, á la que, por el estado en que nos recibía, bautizamos con el nombre de *Roca del Hospital*, y puede afirmarse que jamas un nombre de lugar estuvo mejor escogido que aquél: Lisandro, José y el cocinero continúan aún con la fiebre, las quemaduras que el ácido fénico hiciera á Pedro García no mejoran, á pesar del gran cuidado con que se tratan y los eficaces remedios que se emplean, temiendo que degeneren en algo peor. Manuel tiene una úlcera enorme, que con nada podemos hacer cicatrizar; el estado de Félix me inquieta de tal manera, que mandé fuera conducido al puerto deTiati, desde donde nuestro guarda-almacen lo llevará á Yaviza. M. Sosa y yo estamos tambien fuertemente indispuestos, y el uno por el otro tememos vernos postrados como nuestros infelices trabajadores; á mí me restableció un tanto una dósis considerable de ipecacuana que me administré por consejo propio; pero mi camarada continúa retenido en su hamaca por grandes dolores, que ni un momento le dejan reposar, y con vómitos que con nada cesan. Parece que una epidemia reina en el lugar donde trabajamos; no hay ninguno que se halle bien por completo; todos experimentan algunas incomodidades, y los semblantes acusan un malestar que cuando no es físico es moral, por la influencia que en cada uno determina el estado de los demas. Nunca hasta entónces, á pesar de haber sufrido tanto, si no más, en otras ocasiones, nos vimos afligidos por las enfermedades, pues de las afecciones que habíamos experimentado, el mayor número eran causadas por los insectos que en el país abundan, y con respecto á los cuales ya sabíamos á qué atenernos.

Efecto de lo que venimos diciendo, M. de Lacharme trabaja casi solo la trocha en que se ocupa; está bastante próxima del Tiati, que ruge en el profundo cauce que se ha labrado. La selva, que en la parte inferior es tan alegre, tan risueña, y en la que tanto se advierte la vida, es aquí triste, silenciosa y solitaria; parece un vasto desierto por el que nadie se atreve á pasar y en el que faltan condiciones para la vida; no se ve rastro de persona alguna ni huella de animal; sólo de vez en cuando se oye el monotono canto de alguna cigarra y el ruído que producen al rozar algunos pequeños cangrejos. El sub-bosque es ménos espeso y los árboles gigantes que en otros puntos de aquella misma region admiran tanto, se hacen allí tan raros, que se recorren millas y millas sin hallar ninguno; en cambio las palmeras y los helechos arborescentes se manifiestan en una abundancia tal, que hacen creer que el terreno es más que para nada á propósito para ellos. La temperatura por la mañana es bastante fresca, y por las noches sentimos frío; el aire del Norte que durante aquella estacion imperó sobre el Atlántico, cuela por la garganta que desemboca en el lugar donde tenemos establecido nuestro campamento, y el susurro que forma al chocar con las hojas que débilmente agita, se mezcla al murmullo de las aguas del río que corren en el fondo, siendo lo único que destruye la pesada monotonía que allí nos cansa y nos aburre.

El estado en que veo á M. Poydessean me inquieta cada vez más, y con objeto de que su restablecimiento sea más rápido y pueda estar mejor atendido aprovecho un momento en que dispone de más fuerzas, á fin de hacerle partir en compañía de Lisandro, cuya fiebre ha tomado el carácter de una intermitente bien definida. Eugenio y Domingo, que van con objeto de acompañarlos, llevan al mismo tiempo el encargo de traerse á la vuelta una buena provision de víveres, de los que ya nos vamos sintiendo faltos, y ver si pueden contratar algunos trabajadores sanos, robustos y activos, que puedan sustituir á los que se hallan en el hospital.

Algun tiempo despues podemos manifestarnos un tanto más satisfechos: lo más duro va pasando. M. Sosa se encuentra bastante más aliviado; los otros enfermos, que en verdad son ménos débiles, reponen sus fuerzas con mayor rapidez, y per último, el hospital puede cerrarse y continuar los trabajos de aquella exploracion suspendida por tantas contrariedades. José continúa aún muy delgado, las quemaduras de Pedro García se han cerrado, mas no puede decirse que están curadas, pues de vez en cuando se le presentan algunos abscesos que llegan á supuracion. Manuel nos prueba á cada paso que es, como siempre, un hombre extraordinario; á pesar de la llaga que tiene, y con respecto á la cual no se ha podido conseguir mejoría ninguna, es el primero que se halla dispuesto para el trabajo, el que toma las más pesada porcion de la carga que hay que distribuir, y siempre el que va delante en los más difíciles pasos; alegre y contento, nos anima á todos con sus bromas y sus chistes, y cuando le preguntamos por el estado de su salud, dice que se encuentra bien.

# XXXIV

Continuacion de la trocha por fuera del cauce del Tiati.—Los chitras.—Malos pasos.—Pulgas gigantes.—Montadores y cazadores.—Caritas é iguanas.—Los cucuyos, pedrería viviente.

Los trabajos que en los tres días precedentes ha practicado M. de Lacharme en la trocha que le ocupaba, han sido bastantes para hacerla salir de las alturas que limitan el cauce del Tiati: desde el extremo hasta donde se ha llegado y en la misma direccion que tiene que seguirse, dada la orientacion trazada, se apercibe un valle de no muy extensas proporciones, circunscrito por una porcion de colinas: más en lontananza una depresion, y por último, como cerrando el cuadro, la oscura línea que determinan las altas cordilleras. Antes de penetrar en el cauce del rio Tupisa, será, pues, necesario atravesar en su porcion superior un valle de otro sistema, tal vez el de un confluente del río Chico. A partir del punto en que me encargo de las operaciones de la trocha, ésta sigue por algunos momentos la corriente del Tiati para pasar sobre su orilla izquierda, siguiendo así hasta las fuentes del río y despues continuar por la línea que determina la cumbre. Durante todo esto podemos observar que el declive es más acentuado, y que las aguas del río se precipitan, por tanto, con mayor violencia.

Los cuatro hombres que por nosotros fueron enviados al puerto del Tiati llegaron al fin, trayéndonos una buena provision de víveres frescos, y una cosa más estimable aún: el correo de Francia. Cuando se está ausente de la familia y de la patria, por absorto y entretenido que le tenga á uno el estudio ó el trabajo, por grande que sea la aficion que se tenga á aquello en que se está ocupado, la distancia parece mayor y los días más largos, sin que pase momento sin darse en el alma temores y sobresaltos por los séres que se hallan léjos; así es que la noticia sólo de la llegada del correo, la vista sólo de las cartas, causa una particular y extraña ansiedad, explicada suficientemente por los deseos y por los temores que por igual se dividen el campo de nuestro pensar y de nuestro sentir. Leídas las cartas, que felizmente para todos daban buenas noticias, satisfecha nuestra curiosidad, atendimos á celebrar el suceso con un extraordinario en la comida, que podíamos permitirnos gracias á la llegada de los víveres frescos. Nuestros deseos fueron defraudados, pues ademas de la poca variedad que en los platos podemos permitirnos, la ausencia de mi Eugenio en la cocina se echa de ménos cada vez más. Por la noche dejamos de servirnos de las hamacas, pues hartas pruebas teníamos ya de que tales lechos sirven sólo para las estaciones estivales ó para las regiones donde el calor sea abrasador, pues por lo demas, suspendidas y columpiándose en el espacio, á más de la incomodidad que resulta de tener que permanecer siempre en una postura, es muy poco el abrigo que puede echarse, y en las noches anteriores habíamos experimentado bastante frío; así es que nos echamos en el suelo bajo los *toldos*, en los que puede uno cómodamente volverse del lado que quiera escribir con facilidad, y más que nada verse libre de los terribles *chitras*, mosquitos de un tamaño imperceptible, que sin hacer el menor ruído, sin dar la menor señal, con su incómoda trompa se arrojan sobre el individuo, se ceban en él, y no le permiten el menor reposo. Es tal la irritacion que causa este imperceptible insecto, que muchas mañanas nuestros rostros estaban deformes y rubicundos, durándonos la mayor parte del día la terrible incomodidad que sus picaduras nos causaban, siendo grande nuestro desconsuelo al considerar cuán poco rato de descanso nos quedaba, dado que al recogernos para reponer nuestras fuerzas en el sueño, habían de comenzar nuevamente. Hasta entónces, en los lugares en que habíamos acampado, nunca tuvimos la molesta compañía de tales animales; pero en el punto á que habíamos llegado, allí donde tantas fueron las penalidades que sufrimos á causa de la falta de salud, se unió esto tambien, por lo que, como hemos dicho, nos refugiamos bajo los toldos, impelidos á la vez por el frío que en noches anteriores habíamos experimentado.

Al limpiar el suelo para arreglar las camas, nuestros hombres mataron una serpiente cuya cabeza era extremadamente pequeña; el cuello y la cola son tan delgados como hebras de hilo, y el cuerpo, ménos grueso que un junco, lo tenía moteado con manchas blancas y pardas: cuando fué sorprendida dor-

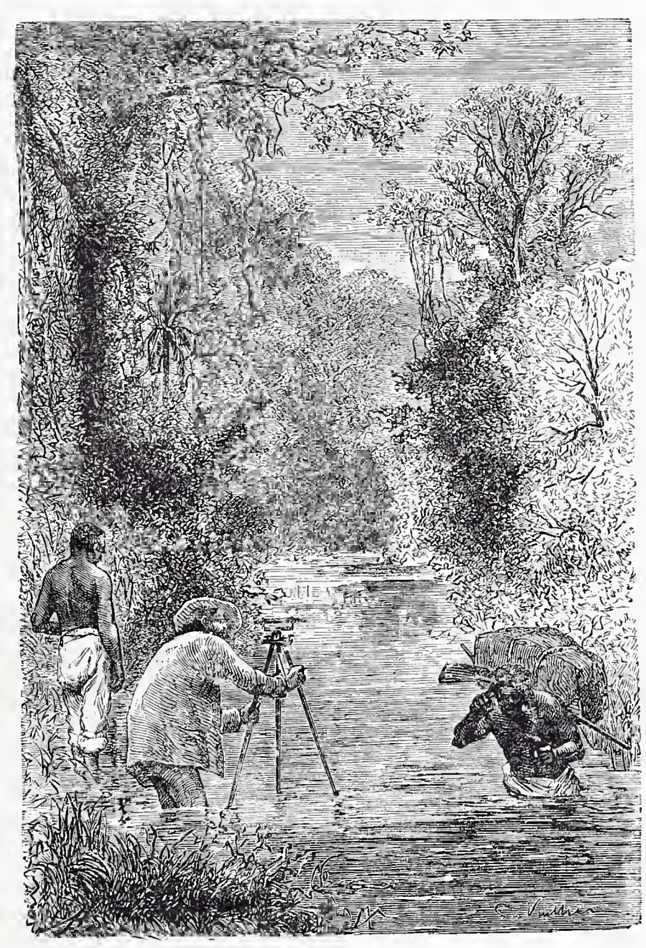
mía tan profundamente, que nada pudo despertarla, ni áun el último golpe que le dieron para causarle la muerte. M. Sosa sigue mejorando notablemente, pero Mercedito y Pancho, abatidos por las fatigas que nuestros trabajos causan, y á las que sin duda no están acostumbrados, hablan ya de marcharse.

M. Lacharme y sus cuatro montañeses, aquellos hombres duros como el hierro y resistentes como el acero, que nada les cansa ni nada puede fatigarlos, que con poco descanso están satisfechos y con poca alimentacion contentos, suben á costa de grandes esfuerzos á un picacho bien separado, y en él practicaron una abertura por la que cómodamente podremos inspeccionar toda aquella region. Desde lo alto de aquel observatorio la vista no es nada agradable ni presenta nada que pueda animarnos: un desfiladero bastante largo y mucho más elevado que el punto en que nos encontramos, nos separa del Tupisa, y tanto al E. como al S. se divisan montañas abruptas y pedregosas, donde toda operacion habrá de ser sumamente difícil y costosa. La foresta lo cubre todo con su uniforme manto, sin que ni la más ligera porcion de terreno alcance á destruir la monotonía de aquel paisaje, que llega á cansar. La majestad de la escena crece aún más con la imponente soledad que nos rodea; el silencio es absoluto, no se percibe el menor ruído, y todo contribuye á que en el mismo se den tristes ideas y penosos recuerdos: aquel vasto desierto de verdura parece el asilo del misterio y casi del terror.

En lo alto de la colina se construye en seguida un pequeño rancho, á fin de podernos abrigar un tanto de la intemperie y poder depositar parte de los víveres y del material que conducimos, pues sólo queremos llevar con nosotros las provisiones estrictamente necesarias para tres semanas, y esto disminuyendo siempre alguna cosa porque contamos con la caza que pueden hacer Pedro, José y Soler, que tan hábilmente manejan el fusil. El camino sigue en tanto por encima de una cresta que en determinados sitios apénas si tiene cuatro metros de ancho. A derecha y á izquierda se ven vaciaderos que descienden hasta treinta ó cuarenta metros: despues se prolonga la trocha por un picacho de suelo sumamente lleno de sinuosidades: los fuertes vientos que con frecuencia reinan en aquellas alturas han tronchado los árboles, haciéndoles rodar hasta la base, formándose allí un verdadero laberinto de troncos, raíces, ramas á medio podrir y constituyendo lo que los naturales llaman *un mal paso*; pero que aquél es de los más temidos y vale por muchos de los que más adelante encontramos. Para atravesarlo se hace necesario irnos suspendiendo de rama en rama con sumo cuidado, á fin de no dar un mal paso que pondría ciertamente en gran peligro á nuestra vida: por fortuna, aquella terrible estacada no se extiende más que en una anchura de ciento cuarenta metros, pues de otro modo hubiera sido necesario de todo punto cambiar la direccion de la trocha. Aquel camino casi aéreo lo siguen sólo los operadores, esto es, los que van practicando las operaciones necesárias para dejar expedito el paso, pues los conductores, que no podrían pasar por allí cargados, se abren por encima una senda que les permite pasar con mucha más facilidad. Por lo que puede verse no es augurar mal, sinó atenerse á la mera realidad, decir que las condiciones del terreno serán desfavorables durante muchos días. Hasta tanto que lleguemos al Tupisa nos veremos obligados á andar y efectuar nuestras operaciones en las vertientes de montañas demasiado pendientes, en las que no dejan de abundar precipicios cortados á pico, escalonadas por cauces y corrientes de aguas naturales, muy próximas las unas de las otras. A cada momento la trocha se eleva para inclinarse en seguida siguiendo las elevaciones y depresiones de aquel tan agreste terreno.

Las preparacion de las comidas es siempre, por más que pueda parecer extraño, un momento difícil: sin duda por ahorrarse el trabajo de cocerla y prepararla, nuestros hombres afirman que les hace mal al vientre, inventando otra porcion de cuentos y cosas inverosímiles, de las que ningun caso hago, oponiendo de esta manera una resistencia pasiva, con la que siempre triunfo; pues dispuesta la comida, todos se acercan y comen, sin recordar para nada los obstáculos é inconvenientes que ántes oponían. Por la noche acampamos en una pequeña plataforma, al pié de la cual pasa un río de abundantes aguas, cuyo murmurio nos halaga hasta quedarnos dormidos. En aquel lugar tuve ocasion de hacer conocimiento con una especie de insectos que en un principio me causaron gran alarma, sobre todo creyendo serían dañinos para el hombre; pero bien pronto me pude tranquilizar, pues los que de antiguo los conocían me afirmaron que no picaban á los hombres. Se trataba de unas *pulgas* gigantes, cuyo tamaño era igual al de las correderas; tambien ví allí las hormigas *monteadores*, de las que una banda vino á caer sobre nuestro vivac; mas bastó que se las rociara con agua para que abandonaran el camino de nuestro campamento. Cuando estos merodeadores viajan en crecido número, todos los demas animalillos se apresurán á escapar, y por todas partes, entre las hojas muertas que por completo tapizan el suelo, se oye el ruído que producen al huir de aquel sin fin de erizadas mandíbulas. En un momento pudimos conseguir limpiar el terreno de todas las plagas posibles: garrapatas, niguas, mosquitos,

podría decirse que todo aquello era un tapiz oscuro y viviente que se movía y se agitaba sin despegarse ni una línea del suelo, al que sigue hasta en sus menores ondulaciones. Los *cazadores* son tambien por extremo desagradables, y sus negras legiones cubren á veces hasta cien piés de terreno; para ellos no hay ni obstáculos ni enemigos: por donde han pasado se conoce desde luégo, pues no queda despues absolutamente nada; de todo animal que sea menor que una rata bastan sólo cinco minutos para que bajo la terrible accion de estos animales quede sólo un esqueleto perfectamente limpio: una cria de polluelos no tiene tiempo para huir, y los perros y los puercos, cuando se ven acometidos, no tienen otro medio de salvacion que huir desesperadamente hastá que logran sacudirlos por completo. Cuando se



Operaciones en el Tiati.

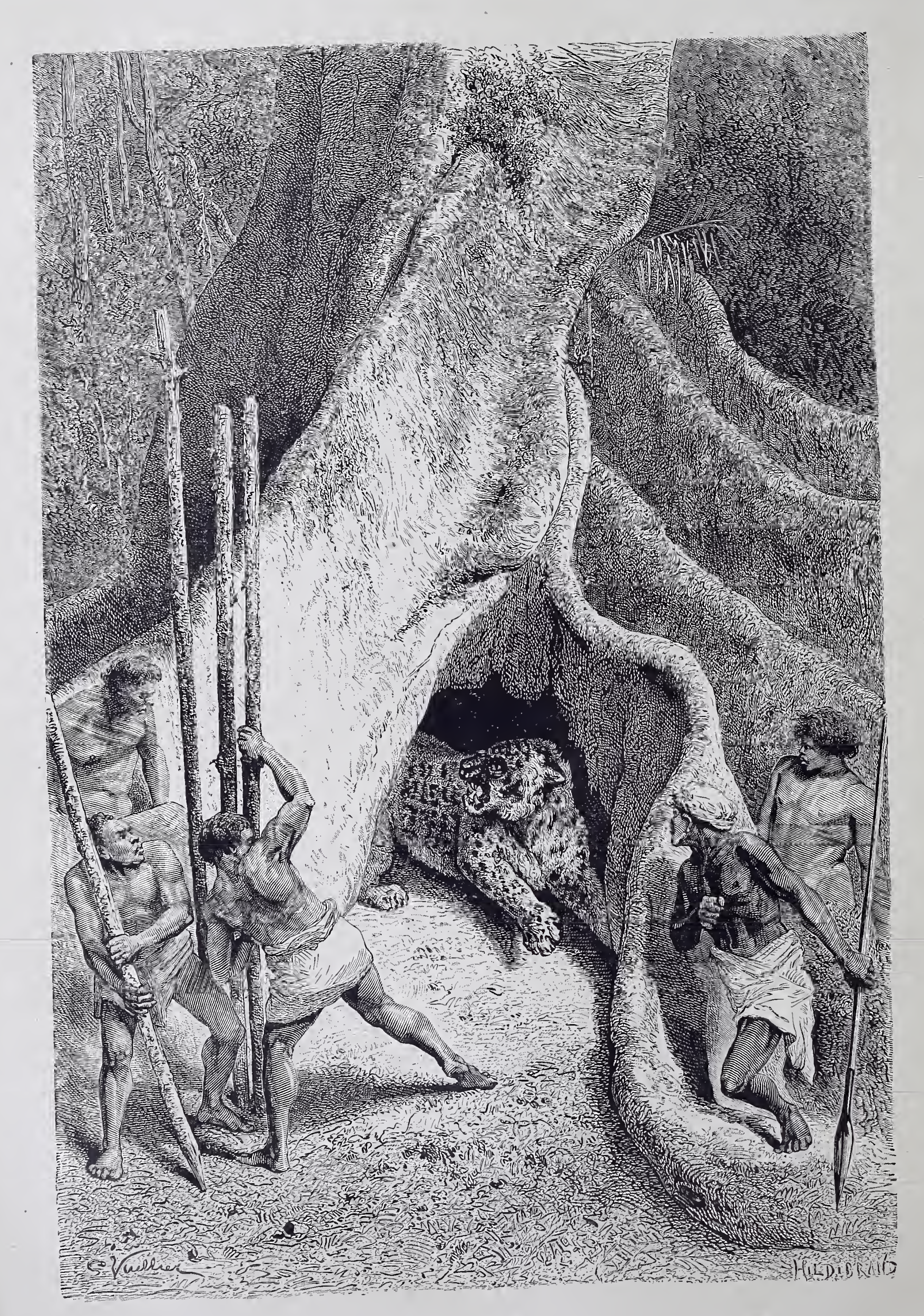
aproximan á una casa, no queda más remedio que cederles la plaza inmediatamente, pues nada basta á evitar que penetren: por las rendijas de las puertas y de las ventanas, por las grietas de los muros, por los intersticios de los techos invaden á millares las casas, penetrando por todas partes. Los naturales están tan convencidos de la inutilidad de cerrarles el paso, que ya ni lo intentan siquiera, cuidando sólo de ocultar ó sacar de la casa invadida todos los víveres y comestibles, pues de lo contrario ántes de dos horas no quedaría ni una chispa de nada. Como justa compensacion, sucede que un rato despues de haber entrado los *cazadores* en una casa queda en absoluto limpia de todos los insectos y alimañas que en ella pudiera haber.

De todas partes llegan hasta nosotros los continuos y prolongados gritos de los monos chillones, que parecen no tener facultades más que para ello, y de vez en cuando oimos la más dulce llamada de los *caritas blancas*. A estos pequeños monos les gusta la miel con exceso, y más aún las larvas de la abejas; pero todavía no han hallado medio alguno

para ponerse al abrigo de las picaduras con que las muy laboriosas defienden sus panales. No obstante esto, se contentan con erizar sus pelos y comer de esta manera, aguantando las continuas picaduras, á costa de las que satisfacen su más vehemente deseo: algunas veces, obrando con una agilidad pasmosa, destrozan de un solo golpe hasta una docena. Cuando vuelven de alguna expedicion de esta naturaleza van con la cara hinchada, como si fueran ostras; pero no por esto escarmientan, y tan pronto como la impresion ha pasado y encuentran alguna oportunidad, vuelven á las andadas, como de ordinario. Esta especie de monos, á la que por su aspecto dan el nombre de *caritas blancas*, como se habrá comprendido, son tambien muy afectos á las iguanas, ó, por mejor decir, á sus colas. Procurando no hacer el menor ruído y ocultándose con las ramas más gruesas, el carita se aproxima poco á poco al lugar en el que el saurio se encuentra: apénas éste se convence de la proximidad de su terrible enemigo, trepa á lo alto de un árbol, en cuyo punto, perseguido muy de cerca, no le queda más remedio que dejarse caer al agua ó soltarse sobre las lianas; pero ántes de poder dar tan peligroso salto, el mono lo ha alcanzado, y fijándose sólidamente á una rama con su cola prensil, agarra con sus cuatro manos el objeto de su exagerada gula. La iguana y su agresor, llevándose el uno al otro, no tardan en descender al suelo; el saurio se defiende, empleando cuantos medios puede para verse libre de las garras aceradas que le oprimen, y en aquella lucha tenaz y sostenida es lo más frecuente que su cola se rompa, con lo que el mono se da por satisfecho, y alegre y gozoso trepa inmediatamente al árbol, donde se regala con aquel trozo tan de su gusto, que aún se agita entre sus manos. Para saquear las plantaciones de maíz y de cañas de azúcar, estos animales, en los que el instinto de rapiña y de saqueo es el más desarrollado, se reunen en bandas, que frecuentemente llegan á ser de considerable número de individuos. No contentos con hartarse sobre el terreno y llenar las bolsas que penden bajo sus mandíbulas, aún hacen provision y cargan á sus espaldas seis ú ocho mazorcas, marchando de pié con suma facilidad y gran rapidez. En tanto que ellos se ocupan del saqueo que tan de temer es por el destrozo inmenso que causan, con objeto de nò ser sorprendidos, colocan centinelas de avanzada, que al menor movimiento extraño que perciben avisan á sus compañeros para que se pongan en salvo. ¡Desgraciados de ellos si los monos son sorprendidos, pues entónces, como centinelas que faltan á su consigna, son destrozados por todos sus compañeros!

Por malignos y listos que sean los caritas, no saben librarse de una trampa de las más sencillas que pueden emplearse: estos descarados ladrones no dejan jamas de visitar los ranchos y coger todo lo que encuentran á mano, destrozando cuanto puede oponerse al logro de sus deseos. En un principio sólo se atreven á tocar lo que se halla colocado sobre los *totumas*; pero siguiendo en sus correrías, se atreven más tarde á meter las manos en las calabazas. Cuando se advierte que los monos se han familiarizado con esta costumbre y que menudean las visitas con objeto de hacer presas frecuentes, se hace en uno de estos utensilios un agujero, por el que quepa la mano vacía del carita, procurando que su diámetro no sea bastante para más, y en el fondo de la calabaza se coloca una mazorca de maíz ú otro cualquier fruto de bastante consistencia para que no pueda ser comprimido por la mano del mono, que no deja de acudir, y columpiándose en la rama, introduce la pata por la abertura, y coge el objeto puesto de cebo; pero el puño cerrado no puede pasar por al agujero, y al ladron no se le ocurre la idea de soltar la presa, con lo que inmediatamente quedaría libre. Como la calabaza está sujeta al muro, queda preso de aquella manera hasta tanto que el dueño tiene necesidad de asarlo.

Millares de cucuyos, atraídos por la hoguera que en nuestro campamento brilla, revolotean al rededor de nosotros, entreteniéndonos grandemente el seguir la luminosa curva que trazan en el aire, y de los que muchos, sin el menor recelo, vienen á posarse bastante cerca de los lugares que ocupamos. Cogiendo algunos de ellos, me entretuve en leer á la luz espléndida que despiden, pues basta colocar al insecto á algunas pulgadas sobre las líneas de que se trata para poder leerlas, aunque sean muy apretadas y confusas. Los cucuyos pertenecen á la familia de los eletárides; más graciosos y esbeltos que los taupines, que son los coleópteros más elegantes que poseemos en Europa, algunos llegan á tener hasta cinco centímetros de largo. Sobre la parte superior del tórax tienen dos manchas redondas de color amarillento, que más notables se hacen comparadas con el color del cuerpo castaño oscuro. Durante la noche estas dos manchas toman, á voluntad del insecto, un brillo fosforescente, blanco verdoso, muy dulce. Al mismo tiempo toda la parte inferior del abdómen se ilumina con destellos rojos, tan vivos, que puede percibirse al insecto á algunos metros de distancia. Viéndolos discurrir por medio del campo podría pensarse en una legion de personas que, ayudadas de linternas con vidrios de distintos colores, buscaban perdidos objetos entre las ramas, ó fantasmas que discurren acá y allá, girando al rededor de un punto largo espacio de tiempo. Cuando



Caza del jaguar.

se les vuelve, colocándolos sobre su espalda, levantan su corselete, se estiran bruscamente, y haciendo escuchar un ligero crujido, saltan á más de un metro de altura, abren sus cliptas, despliegan sus alas y en muy poco tiempo se colocan á bastante distancia. Algunas noches me entretuve en meter á varios de ellos bajo mi toldo, y los infortunados vuelan á derecha é izquierda por todas partes, buscando una salida: mi habitacion de gasa está completamente iluminada: desanimados al ver lo poco que consiguen á pesar de sus desesperados esfuerzos, dejan que poco á poco se vaya extinguiendo su fanal, hasta que despues lo apagan por completo y se arrastran acá y allá en las tinieblas: de repente, y casi al mismo tiempo, las antorchas vuelven á encenderse y comienzan de nuevo las carreras aéreas, pudiendo creerse que eran las brillantes trayectorías de una estrella móvil. Pasado un rato, las ganas de dormir me dominan, y levantando una punta del toldo, los dejo en libertad.

Las jóvenes de la América Central se hacen collares de esta viviente pedrería, y hasta en las habitaciones perfectamente iluminadas, el brillo de sus luces no palidece. Para conservarlos durante mucho tiempo los encierran en canutos de caña de azúcar partidos por medio, donde los cucuyos se alimentan con los muros de su prision, prolongando así su vida y sus brillantes resplandores.

## XXXV

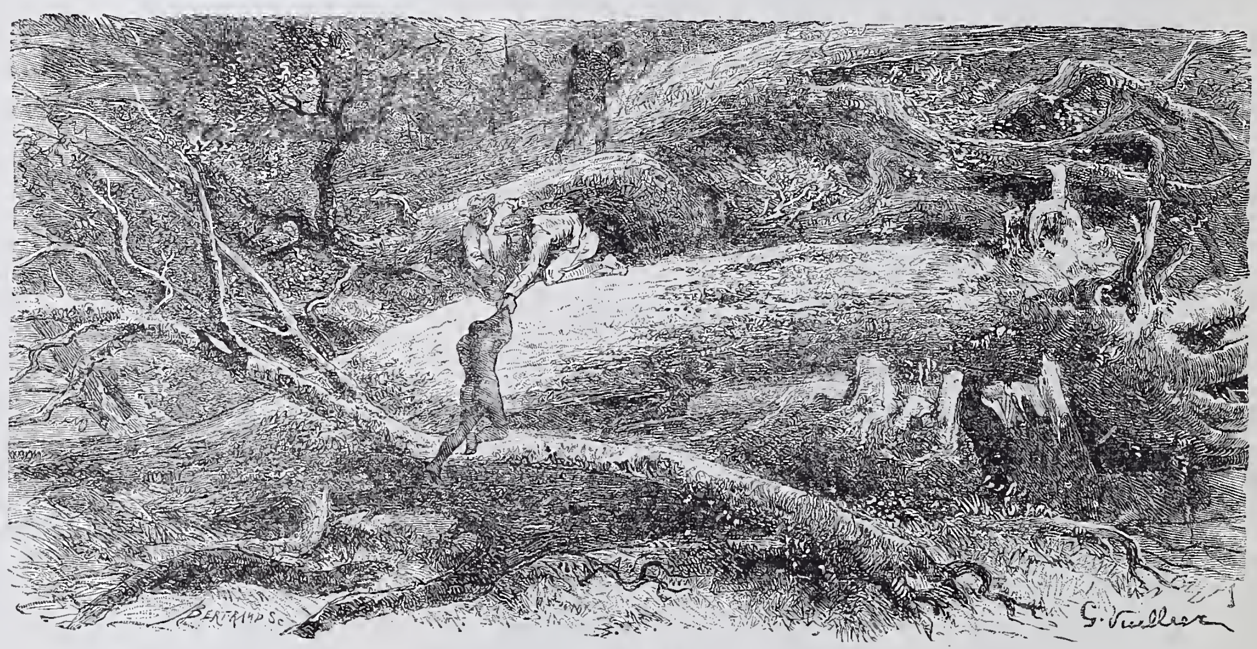
Nuevo refuerzo.—Un ahorcado.—Jaguar moteado y leon negro.—Caza del jaguar.—A caballo sobre un tigre.—Combate del juguar con el pecari y el tapir.

Como por las circunstancias que dejamos enumeradas habíamos perdido tanto tiempo y la estacion avanzaba, luégo que nos encontramos en estado de ganar lo perdido, apresuramos nuestros trabajos en la trocha, á fin de poder ultimar las operaciones que nos habíamos propuesto de antemano. La region en que nos hallamos es mucho peor que en la que operamos el año anterior; así es que cada paso nos cuesta doble, por los muchos inconvenientes que hay que orillar ántes de poder determinar cualquier cosa. Todos son allí corrientes de torrenciales arroyos, que forman considerables aglomeraciones de piedra, sumamente difíciles de pasar, precipicios en que podemos sepultarnos al menor descuido, y gargantas profundas, para atravesar las cuales nos es necesario doble tiempo y sobre todo *malos pasos* sobre *malos pasos*, en los que el acarreo de los útiles y materiales que nos son estrictamente necesarios nos lleva la mayor y mejor parte del día. Fácil es comprender cuán poco pueden los buenos deseos y cuán poco logran nuestros afanes en un terreno como aquel, por lo cual no hay más remedio que resignarse á proceder con calma.

A medida que son mayores los inconvenientes de la clase de los que venimos enumerando, se advierte que la vida animal es más abundante, y que entre aquellas sinuosidades y riscos viven mejor todas las especies zoológicas; cosa que fácilmente puede explicarse atendiendo al considerable número de guaridas que por todas partes existen, y hasta las que ha sido de todo punto imposible que llegue la planta humana. Una de las cosas que más llaman la atencion es observar cuán poco conocidas son aquellas regiones, en las cuales tan reducido es el número de los que en ellas se aventuran: la Naturaleza se manifiesta allí en toda su opulencia y con todo su salvajismo. Por todas partes los especiales gritos de los monos chillones, los pavos de todas especies pululan por doquier en grandes manadas, lo que nos sirve grandemente para nuestro regalo, pues sabido es que la carne de estos animales es muy delicada y sabrosa; tanto José como Pedro Soler, hábiles tiradores, hacen buena provision de ellos para nuestra mesa. De vez en cuando nos obsequian tambien con algun corcovado, que es una especie de ave de plumaje bastante parecido al de la perdiz, pero algo más oscuro. Por la mañana y por la noche, á cosa de las seis, razon porque le han dado el nombre de *reloj del pobre*, lanzan con sin igual precision cinco ó seis notas claras, que pueden escucharse á muy larga distancia, y perfectamente rimadas. Estos gritos son interpretados de muy distinta manera, entrando en todas ellas por mucho las supersticiones, y constituyendo mil fábulas y cuentos, en muchos de los cuales se mezcla la intervencion divina. Es sumamente curioso advertir la fe que todos los naturales prestan á estas singulares creencias, que parecen trasmitidas de generacion en generacion hasta nuestros días desde aquellos que primeramente poblaran la dilatada extension que nos ocupa, y

para los que no cabe duda que serían en su fondo tradiciones míticas ó religiosas. Los corcovados son las aves que más abundan en el Darien, siendo muy numerosas y frecuentes las crías que hacen, gracias á lo cual pueden subsistir, pues siendo su carne un manjar muy delicado y apetitoso, son muy buscados y perseguidos por todos. No se crea que son los hombres solos los que tales persecuciones emprenden; en general todos los carnívoros hacen lo mismo contra aquellos animales sin defensa: las condiciones que le son propias favorecen mucho su desgracia, pues su vuelo es sumamente débil; hasta tal punto, que no puede elevarse más que uno ó dos piés: construye su nido en el suelo, vive en sociedad, y se manifiesta complacido al escuchar su propio canto. Un día Pedro Soler me trajo un pollo de *corcovado* vivo, y pude ver lo más bello y gracioso que pueda imaginarse, un corcovadito apénas salido del huevo, que piaba, saltaba y corría bastante bien, al que retuvimos con nosotros hasta tanto que, crecidas las alas, nos abandonó voluntariamente.

Las rudas tareas á que veníamos atendiendo des-



Un mal paso.

de hacía muchos días, y el natural recargo de trabajo que por nuestros deseos nos habíamos impuesto, á fin de reponer el tiempo que en el hospital estuvimos retenidos, no dejó de producir sus efectos, y bien de lamentar fueron, por desgracia. De todos los que formábamos la expedicion, el mejor dispuesto para todo, y el más fuerte hasta entónces, había sido M. Lacharme, que en distintas ocasiones había atendido á doble trabajo del que le correspondía para suplir á cualquiera de los compañeros enfermos. Aquel hombre parecía de acero; nada le cansaba ni le extrañaba, viendo con la misma indiferencia el buen terreno como el malo; su mision era trabajar, y poco le importaban los obstáculos; mas tan contitinua y penosa serie de fatigas, llevada á tal estado, llamó primero nuestra atencion, pues jamas se quejaba, y por último nos puso en cuidado. Era tan fuerte su naturaleza y tan grande su amor al trabajo, que por nada ni para nada quería hablar de descanso ni reposo; de tal manera, que fueron vanos todos los esfuerzos que hice para convencerle de que durante algunos días no debía ocuparse de nada; fué tanta su insistencia, que todo lo que pude hacer, por hacer algo, fué darle una reducida escolta, con la que intrépidamente marchó al trabajo, como ordinariamente hacía. Aquel mismo día avanzamos hasta atravesar la línea que separa las aguas del río Chico de las del Tupisa, y por la noche vimos volver á nuestro amigo con una fuerte fiebre, cosa que desde por la mañana habíamos previsto, y que ni un instante dejamos de temer. Segun nos manifestaron los que le acompañaban, durante todo el camino había venido divagando, y nosotros pudimos comprobar algunos accesos de delirio. Inmediatamente le atendimos de la mejor manera, curándolo segun sus indicaciones, pues en treinta años que hace lleva la

vida de los bosques, ha aprendido los remedios que son útiles y convenientes para todos los casos que puedan ocurrir. Se le construyó una cama con bambúes, y sobre ella pasó la noche, acomodado sobre un saco de efectos. La ranchería que por el momento ocupamos es sumamente pintoresca y bella; la vista alcanza un encantador paisaje por todos lados, pero tiene el gran inconveniente, mayor aún por el estado en que nos encontramos, de ser muy húmeda, y áun peor que esto es y más nos hace sufrir la interminable serie de insectos que allí abundan y que despiadadamente se ceban en nosotros, sin permitirnos el más ligero reposo. En aquel terreno se han reunido todas las *plagás*, inclusas las terribles garrapatas, què de continuo nos tienen en sobresalto.

A la mañana siguiente nuestro amigo y compañero se encuentra más aliviado, y obrando del mismo modo que siempre acostumbra, ya quiere levantarse y marchar al trabajo, como de ordinario; pero me opuse tenazmente, comprendiendo que era una verdadera imprudencia dejarlo marchar del campamento. M. Sosa se encargó de conducir á los trabajadores que se ocupan de abrir la trocha; yo cogí el traqueómetro y emprendimos la marcha; pero el bravo M. Lacharme nos alcanzó bien pronto: decididamente se encuentra más fuerte, á pesar de nuestras aprensiones, y no quiere dejar de seguir ocupándose de la tarea en que desde el principio le hemos visto tan fuerte y tan activo. Á excepcion de Manuel, de Pedro García, cubierto de grandes cicatrices como consecuencia de sus quemaduras, y del viejo Manuel, que ha dado una terrible caída, el resto de nuestros trabajadores parece satisfecho y contento.

Las fuerzas de que disponíamos, á pesar de todo, eran bastante reducidas, máxime cuando no todos aquellos hombres estaban completamente buenos, y á causa de lo mucho que había que hacer no se les podía permitir ni el menor descanso. Por fortuna, un día que en la cordillera llovía abundantemente y que la oscuridad era bastante densa en el valle, vino á reunirse á nosotros un refuerzo que no dejó de animarnos, pues comprendimos desde luégo la gran utilidad que nos reportaba. Lisandro, Eugenio y Domingo llegaron, trayendo en su compañía á los nuevos contratados José María, Pedro Espinosa y Pedro Perez: el primero de éstos es un hombre inteligente, sano, robusto, y de carácter dulce, que nos acompañó hasta el fin de la expedicion; los otros dos son hombres vigorosos y muy bien plantados.

Más que por nada, su llegada nos alegró infinito, porque traían el correo, por el que recibimos varias cartas, entre ellas una muy importante de M. Wyse, en la que me anunciaba con gran satisfaccion que el almirante Maudet ha dado órden para que el crucero *Le Dupetit-Thouars* salga á determinar la posicion exacta del Acanti, y que al propio tiempo levante el plano hidrográfico de la bahía: este buque, que se cree llegará á Colon de un día á otro, estará en Acanti el 10 de Febrero, y en él se embarcarán M. Wyse y M. Werbrugge. El jefe, ausente, me recomienda en su carta que haga todo cuanto me sea posible para llegar á Acanti en el día fijado, cosa que, atendidas las circunstancias, comprendo desde luégo que no voy á poder realizar, ó que para hacerlo será necesario prescindir de la continuacion de la trocha y de las operaciones traqueométricas, empalmando con Acanti, sin haber hecho más que reconocer el lugar en donde el canal había de empezar su curso subterráneo. Me quedan sólo diez días, que son muy pocos, para acabar el estudio topográfico de la línea; podremos aún prolongarla una semana más, y despues, acompañado de hombres escogidos, abrir una *pica* hasta el mar.

Uno de los encargos principales que llevaron Eugenio y sus compañeros al separarse de nosotros fué el de traernos víveres, que ya comenzaban á escasear al tiempo de su partida; pero por no sé qué motivos, ó por indolencia, dado que todo puede pensarse de aquellas gentes, no han traído más que provisiones ligeras, como son conservas, vinos y todas cosas casi inútiles, pues no estamos en aquellos momentos para el regalo ni para las gollerías; por desgracia se han olvidado de traer arroz, que es lo que allí constituye la base de la alimentacion, y lo que más falta nos hace, por consiguiente. Este olvido en el cumplimiento de mis órdenes nos fué muy perjudicial, pues nos hizo perder dos días, contando con los que tal vez hubiéramos podido llegar al Acanti ántes de la partida de *Le Dupetit-Thouars*. Mi disgusto fué grande, pues todo parecía conjurarse en contra mía, las mayores dificultades en el terreno que explorábamos, las enfermedades y hasta las desobediencias ú olvidos de los hombres que nos acompañaban, que en otra ocasion tal vez no hubieran representado nada, y que en la presente importaba mucho, por tener contados los momentos. Un minuto que perdiéramos nos irrogaba grandes perjuícios, mucho más cuando todos nuestros deseos estaban encaminados á ganarlos para poder suplirlos luégo en algun mal paso ó dificultad con que se tropezara. Como despues de todo en el tiempo que allí llevábamos nos íbamos acostumbrando á las contrariedades, sufrimos resignados esta nueva que nos deparaba la suerte y esperamos á que las cosas se repusieran á su estado para poder continuar.

El día 2 tuvimos que pasarlo en practicar los trabajos de la trocha en una region sumamente difícil;

tuvimos tambien que atravesar una gran quebrada, obstruída por enormes bloques de pórfido rojo, donde en modo alguno pudimos establecer el campamento sinó hasta una hora muy avanzada: al llegar al vivac tuve un momento de terrible sobresalto; á la débil y verdosa luz del crepúsculo vespertino, filtrando por entre las tupidas hojas de los árboles, distinguí á un ahorcado, que se balanceaba pendiente de la cuerda amarrada á la rama de un árbol; tuve un momento de ansiedad extrema y cruel angustia, en el que quedé suspenso, sin poder dar un paso ni atras ni adelante, y en el que mil ideas, á cual más tétrica, acudieran á mi mente, entre las que no dejó de darse la de que bien grande y terrible sería mi desgracia si tambien en el tiempo en que había estado encargado del mando de la expedicion ocurriera lo que hasta entónces nunca se diera, un crímen ó un suicidio. Repuesto un tanto, me apresuré á acercarme y fué grande mi desencanto al convencerme de que el ahorcado era un mono de grandes dimensiones, que nuestros hombres habían logrado atrapar, y que en aquellos momentos se preparaban á ahumar, para lo cual lo tenían suspendido sobre una *barbacoa*, ó sea una especie de pira formada con cañas de bambú, sobre las que encienden el fuego. A la mañana siguiente M. Sosa se entretuvo en sacar una fotografía de aquella extraña figura, que tanto me había sorprendido.

Todos los cuidados y todas las atenciones que nos tomamos con los hombres que nos acompañan, son inútiles; apénas si hacen caso de nuestras palabras ni fijan su atencion en las amonestaciones que por su bien les hacemos. Dado el duro y penoso trabajo en que durante el día se encuentran ocupados, su alimentacion debía ser fuerte y nutritiva, y nada podríamos decir si faltaran elementos para proporcionárselos; pero llegan tan cansados, que apénas toman nada, por no molestarse en aviarlo, y se echan á dormir. Manuel y Pedro García tienen agotadas sus fuerzas, y este último me preocupa sobremanera, porque, sin que se crea una exageracion, sus llagas están espantosas.

Otro de los incidentes que durante la expedicion pudieron ser de fatales resultados fué el ocurrido á Pedro Soler. Se recordará la estratagema de que Nicolas se servía para llamar á los conejos, y de quien éste la había aprendido, que consistía únicamente en producir un chillido semejante al que en demanda de auxilio lanzan estos animales. Estando un día ocupado en hacerlo, á fin de proporcionarnos alguna caza, vió venir de repente á un jaguar, sin que advirtiera su presencia hasta tenerlo muy cerca, y sin haber escuchado ántes ruído alguno que pudiera alarmarlo. Conservando siempre su serenidad de ánimo, echó mano de su fusil y apuntó á la fiera; mas fué grande su fortuna de que faltara el tiro, con lo que el animal volvió grupas, alejándose sin hacerle caso. La emocion que esta aventura causó á Pedro fué tan grande, que inmediatamente se unió al grueso de nuestras fuerzas, y arrojando su arma, se ocupó en ayudarles á trasportar los bagajes: por la tarde y por la noche comió muy poco, casi nada, permaneciendo separado, sombrío y silencioso, sin hablar más de sus hazañas ni de sus grandes hechos. Por algun tiempo temí verle caer enfermo.

En cuanto á grandes fieras que pudieran constituir un peligro para los naturales y para los que recorran aquellas regiones, en el Darien no he oído hablar más que del jaguar moteado *(felis onsa)*, y del jaguar ó leon negro *(felis nigra)*; pero estos carnívoros parecen muy poco peligrosos, por lo que generalmente inspiran poco cuidado. Sobre todo huyen del hombre, sin que se atrevan á hacerle frente ni á atacarle, y se cuidan mucho de alejarse considerablemente de los campamentos. Muy al contrario de lo que en Europa sucede con nuestros lobos, estos animales no forman ninguna leyenda por allí, ni nadie cuenta nada de ellos, cosa que parece indicar lo poco que les preocupan. Nadie sabe por aquí preparar los despojos, razon por la cual no se ocupan de cazarlos sinó muy de tarde en tarde y por pura diversion. Las cacerías se organizan del siguiente modo: una vez descubierta la guarida del animal, que regularmente la constituye el tronco hueco y carcomido por el tiempo y el agua de algun viejo higueron, se dirigen á él en pleno día, cuando se está completamente seguro de hallar al jaguar *en su casa*. Los hombres van todos provistos de un buen número de palos rectos y bien aguzados por uno de sus extremos, los cuales clavan fuertemente en tierra, bastante cerca, á fin de que el animal no pueda saltar por delante, precaucion que más bien toman para que no se escape dejándoles burlados. De esta manera forman al rededor de la puerta por donde el animal entra y sale una jaula de gruesos barrotes, que ligan y amarran entre sí por medio de flexibles y delgadas lianas, lo bastante sólidas para que no puedan saltar en ninguno de los saltos y botes que el animal pueda dar. Lo más extraordinario y que más llama la atencion en esto es que el jaguar, en tanto que dura esta operacion, no hace ningun movimiento para acometer, ni tampoco para ponerse á salvo, sinó que se limita á recogerse sobre sí mismo, retorcerse, agitarse enfurecido, recorriendo su cueva y lanzando espantosos aullidos, que se hacen oir á considerable distancia. Cuando se han terminado todos estos preparativos, durante los que nadie ha corrido el menor peligro ni ha habido el más ligero motivo de temor,

no queda por hacer más que matar á la fiera á lanzadas y á tiros. Esta manera de matar al jaguar parece de todo punto increible y no pude ménos de hacer algunas observaciones cuando me la referían, fundándome yo en los instintos feroces y sanguinarios que tales animales tienen acreditados en todas partes; pero M. Lacharme, hombre formal y verídico, que jamas cuenta cosas extraordinarias é inverosímiles, y al que hay que dar entero crédito, me dice que él mismo ha practicado la cacería en los términos que quedan expuestos, y José, Antonio y Manuel han participado con frecuencia de estas diversiones. Un día José, en tanto que cercaban á un jaguar encerrado en una higuera carcomida, advirtió que en la parte superior, justamente encima del sitio en que el animal se hallaba, había un agujero por el que pensó sería sumamente fácil introducir una lanza y matarlo. Inmediatamente que concibió la idea la puso en práctica, para lo que le fué necesario saltar al árbol, cosa prontamente realizada, dadas las hercúleas fuerzas de aquel hombre : esperaba él que matar al animal era cosa hecha, mas no había contado con que del árbol quedaba sólo la corteza, y ésta tan delgada y agrietada, que no pudo soportar el peso de nuestro hombre; así es que, saltando en pedazos, fué á caer, con gran sorpresa de su parte, á caballo sobre el tigre, en el momento en que éste, habiendo sentido la herida de la lanza que José le había asestado, partía corriendo: el pobre se levantó en extremo asustado, todo lleno de contusiones y heridas, en tanto que el jaguar iba á morir á pocos pasos de distancia, con el palo de la lanza en el cuerpo. En la península de Malaca surte casi tan buen efecto una cacería parecida, hecha al tigre real, mucho más de temer que el jaguar de estas regiones. Un círculo de batidores se coloca á su al rededor con las picas por delante del animal, que aulla desesperadamente, sin pensar en hacer ningun esfuerzo para romper aquella barrera, y de esta manera encerrado lo matan, cosa que parece muy extraordinaria, sabido cuáles son los instintos de este animal y lo que se refiere de sus terribles saltos.

Los jabalíes, los ciervos y los otros animales que pueblan las selvas del Darien proporcionan al jaguar una alimentacion abundante; pero con frecuencia se ve obligado á batirse en retirada cuando ha cometido la imprudencia de apoderarse de un *pecari*, tomándolo de en medio del rebaño, pues entónces todos defienden al desventurado compañero y acosan al jaguar de un modo tal, que muchas veces se ve obligado á soltar la presa. Al tapir tampoco le es muy fácil vencerlo siempre; el tigre le salta sobre la grupa, adonde se recoge lo mejor que puede, clavando sus cinco fuertes y aceradas garras en el lomo del paquidermo, en tanto que con los dientes se sujeta al cuello. El tapir, al verse acometido de esta manera, huye precipitadamente en direccion al agua, atravesando con la rapidez del rayo los bosques y los torrentes, metiéndose entre los árboles y partiendo por entre los montones de liana, en los que procura que su terrible jinete se hiera ó se enrede; si no consigue esto y aún le queda vida y aliento para llegar al río, entónces está salvado, pues al penetrar en él, el jaguar suelta su presa.

## XXXVI

Nuestra llegada al Tupisa.—Separacion por falta de víveres.—En marcha para la cordillera.—Ascension de la montaña.—Por fin vemos el Atlántico.—Descenso.—El buque que vemos, ¿es *Le Dupetit-Thouars*?

Despues de una semana tan bien aprovechada, y en la que tanto habíamos trabajado, el reposo del domingo nos sentó admirablemente. Este día, dedicado al descanso, nos ocupamos en realizar los cálculos para los que habíamos tomado datos y notas en el curso de las operaciones; contestamos tambien las cartas recibidas, de lo que no nos había sido posible ocuparnos, á causa de la falta de tiempo, y pusimos al día nuestro diario, bastante atrasado por cierto, y en el que no era poco lo que teníamos que anotar. Al propio tiempo, y deseando estar prevenido para cualquier evento, me entretuve en repasar nuestra provision de víveres para ver el estado en qué se hallaba; pero el día 3 pude observar con pena que apénas si nos quedaba arroz para media docena de comidas, lo cual nos causaba grandísima contrariedad, pues en aquellos momentos nos era indispensable estar más completos de todo, á fin de que las operaciones no sufrieran interrupcion ninguna. A fin de reparar en lo posible el daño que pudiera resultar, envié al depósito á los más fuertes y vigorosos de nuestros trabajadores, encareciéndoles la mayor premura y ofreciéndoles una buena gratificacion si en el término de cinco días se reunían nuevamente á

nosotros, trayendo lo que tanta falta nos hacía, y sin lo que era imposible seguir adelante. ¡Lástima grande es que el poco tiempo que nos queda no me permita llegar con toda la gente al Atlántico, pues la armonía que reina es completa y ya apénas si los unos podemos prescindir de los otros! Por la noche en el vivac, ántes de acostarse (pues sabido es que la gente de color necesita poco sueño), nuestros hombres ríen alegremente y se divierten en contar historias á cual más exageradas las unas y á cuál mas peligrosas las otras. Todos rivalizan á cuál puede distinguirse más en aquellas veladas, y uno sólo es el que entre todos constituye una excepcion, que es Pedro Soler, el cual desde su aventura del tigre ha caído en un marasmo del que nada puede sacarle. Los esfuerzos que se hacen por distraerle son vanos, y nada puede conseguirse; á fuerza de grandes instancias pudo mal coordinar una antigua leyenda que ya todos conocían.

El día 4 el hábil José pudo cogernos tres monos, lo cual fué un socorro considerable, pues la abundancia de carnes nos permitió dar sólo media racion de arroz, que á toda costa convenía conservar, por ser el artículo más necesario. Los trabajos de la trocha marchan en tanto perfectamente bien, llevándose por pendientes sumamente suaves, donde por fortuna los inconvenientes no son difíciles de vencer. A las dos de la tarde llegamos por fin al Tupisa. El cauce es bastante ancho y su fondo está lleno del uno al otro lado de guijarros, y el caudal de su corriente no parece inferior al que habíamos consignado en el punto de confluencia del Tiati. La orientacion que sigue nos es favorable durante dos ó tres días, y algo más hubiéramos adelantado si la lluvia no hubiese comenzado nuevamente, con lo que nuestros hombres se apoltronan demasiado, habiendo necesidad de animarlos, alentarlos y hasta apostrofarlos duramente.

El Tupisa cambia poco despues de aspecto: el cauce, que cuatro kilómetros más arriba era considerablemente ancho, se va estrechando poco á poco. En cada orilla unos contrafuertes elevados que terminan en cumbres sumamente escarpadas y que parecen cortadas á pico, obligan al río á tomar bruscas curvas, encerrándolo en gargantas por donde se precipita en rápidos violentos y en espumosas cataratas. Varios brazos del río, secos ahora, pero que arrastran abundantes aguas en la estacion de las lluvias, están materialmente llenos de árboles desgajados, que los indígenas llaman *trancos*, y que á veces forman puentes naturales. Más adelante el desfiladero se estrecha considerablemente, llegando á ser por algunos puntos simplemente una ranura de algunos metros de ancha. En aquella parte de la cordillera el clima es bueno y la vegetacion poderosa. El incomparable *esparé* abunda allí y el sub-bosque está poblado de palmeras y helechos arborescentes, las rocas se tapizan con plantas colgantes, ó más bien trepadoras, cuyos millares de pedúnculos se agarran á las piedras y caen en verdes mantos hasta el río, donde la corriente los agita sin cesar.

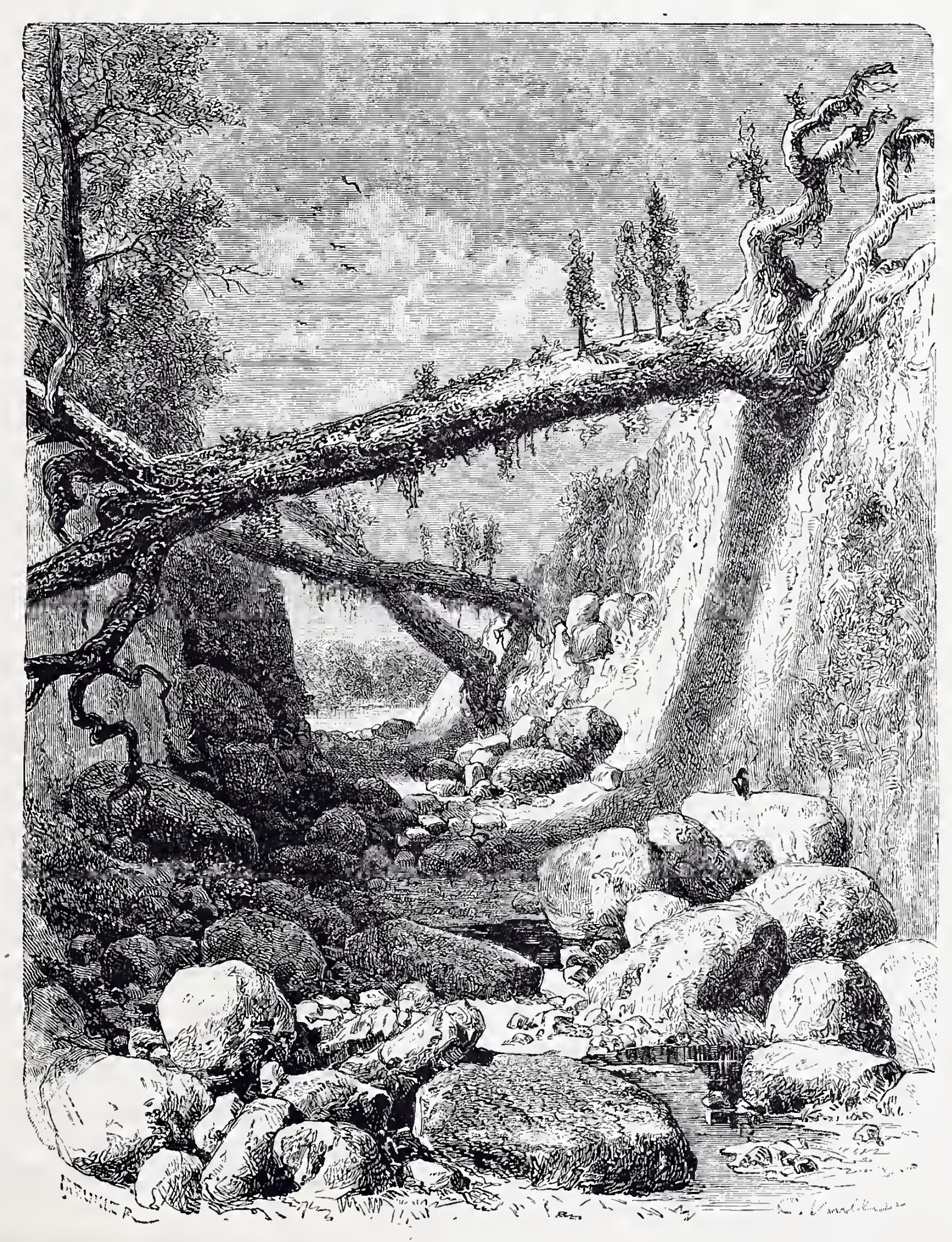
Acá y allá el Tupisa está sembrado de bloques gigantescos; las ondas que inútilmente lamen su base ahondan el lecho del río, con lo que crean nuevas dificultades á nuestro paso. La lluvia no deja de caer, lo cual nos causa considerables perjuícios; el piso está fatal, y con frecuencia entramos en algunos barrizales, en los que nos hundimos hasta las rodillas; hay pasos verdaderamente intransitables, que nos cuesta gran trabajo atravesar, y es lo peor que se hace de todo punto imposible encender fuego para condimentar los alimentos y secar nuestros vestidos, que están del todo empapados. Los trabajadores que nos acompañan se manifiestan abatidos hasta más no poder, y nada logra animarlos: éstos, como tantos otros, son solamente trabajadores de buen tiempo.

El arroz, que puede decirse es nuestro pan cotidiano, va á faltarnos de un momento á otro, por lo que es imposible que sigamos juntos; se hace indispensable separarnos, y á este fin yo continuaré las operaciones en compañía de cinco hombres, en tanto que M. Sosa, con los demas y el equipo que nos haga absoluta falta, volverá hacia Yaviza; en el camino encontrarán los conductores de víveres que con tanta ansia esperamos, y los dichos conductores recogerán dos hombres, Pedro Espinosa y Pedro Perez, encargados de reunirse con nosotros. Desde Yaviza enviará dos embarcaciones, á fin de que vayan á esperarnos á Puerto Tiati, despues de lo cual se dirigirá á Panamá, á fin de ponerse á las órdenes de M. Wyse. M. Lacharme, que parte con ellos para Yaviza, lleva el encargo de marchar al valle del Tuira, al pié del cerro del Tuno, á fin de estudiar la situacion de las grandes salidas de los cuellos, que propone como el sitio más conveniente para abrir un canal interoceánico, reuniendo las corrientes del Tuyra y del Atrato.

El día 6, á las dos de la tarde, nos despedimos despues que M. Sosa hubo determinado con la mayor exactitud la pendiente que había de seguirse para llegar al Acanti: se ha construído una *barbacoa* sobre la que se ha colocado *tasajo* y conservas que me podrán servir hasta su vuelta. Conmigo vienen José, Pedro García y Eugenio, y provisionalmente Domingo y Juanito. Pedro Espinosa y Pedro Perez se reunirán á nosotros probablemente dentro de tres días, trayendo el apetecido arroz, causa de tantas inquietudes y principal razon, su falta, de que nos

hayamos tenido que separar, á pesar de los buenos deseos que nos animaban de llegar reunidos hasta el fin, sucediera lo que sucediera.

En exploraciones de esta naturaleza, en las que se tiene la seguridad de recorrer extensas comarcas de leguas y leguas sin encontrar ni una ciudad, ni un pueblo, ni una aldea siquiera, en la que, aunque malos, pueden reponerse los víveres, uno de los principales inconvenientes con que se tropieza son los medios para atender á la alimentacion, máxime cuando por las principales atenciones, ni el personal puede ser muy numeroso, ni recargar á éste con el



Trancos.

enorme peso que llegarían á constituír las vituallas necesarias, si quisieran conducirse todas las que pueden hacer falta. La caza es uno de los elementos que en la selva pueden aliviar una situacion; pero ésta no siempre se presenta, y tampoco los hombres de que disponíamos podían distraerse en hacerla, dado lo muy necesarios que nos eran para los trabajos de la trocha y demas operaciones que realizábamos; así es que despues de mucho pensarlo, lo más conveniente que resultaba era lo que hicimos: separarnos. Los víveres y los bagajes que nosotros conducimos eran sólo los más indispensables, á fin

de que los hombres no fueran muy recargados, y sus camas se compondrán de unas esteras, que, sobre hacer poco bulto, apénas pesan; nuestros conductores no tendrán que ir y venir, pues ya, dado el camino que emprendemos y nuestro objeto, no queda más que marchar sencillamente por el río, y esto con mayor comodidad, pues el buen tiempo ha reaparecido.

A la mañana siguiente todo marcha á las mil maravillas, hasta el punto que, sin riesgo de que pueda hacerme falta, envío á Domingo para que vaya á reunirse con M. Sosa: yo conservo á mi lado á Juanito, que es fuerte y vigoroso, y que en todas ocasiones ha manifestado vivos deseos de acompañarme. Este hombre, jóven y franco, es sin duda uno de los mejores con quienes hemos podido contar; su trato afable y cariñoso le capta las simpatías de todos, y ademas su inteligencia da lugar á que pocas veces sea necesario repetirle dos veces la misma cosa. Siguiendo nuestro camino, advertimos que el río se estrecha y que su corriente se hace cada vez más escasa: la marcha por encima de las rocas se hace aún más difícil, y en toda aquella extension se suceden los desfiladeros casi sin interrupcion; más tarde el Tupisa describe una gran curva, y nos hallamos en presencia de un tributario importante, que sigue la direccion deseada. Nuestra gente se instala en un monton de grava, donde un enorme tronco de *espavé*, cercado por las aguas, nos abriga durante la noche, poniéndonos á cubierto del aire glacial que se deja sentir, y durante el día nos preserva de los ardientes rayos del sol. Aquella noche cenamos con el último puñado de arroz que nos quedaba, y quedamos pendientes de que nos alcanzaran los hombres que habían de traer nueva provision, pues de lo contrario lo íbamos á pasar muy mal.

A la mañana siguiente algunos restos de galleta nos ayudan á engañar nuestra hambre, convenciéndonos al propio tiempo de lo imposible que nos era cambiar de campamento: los dos Pedros que nos traen víveres podrían extraviarse en el Tupisa superior, perdiendo nuestra pista, lo cual colocaría á ellos y á nosotros en una situacion lamentable. No sólo nos decidimos á no movernos del sitio en que hallábamos, sinó que, por mayor precaucion, nos envió á Eugenio para que saliera á su encuentro.

Nos encontramos en plena montaña y las operaciones se hacen cada vez más penosas, si no imposibles de practicar; á cada paso tropezamos con pozos, en los que el agua se arremolina violentamente, y por los que el tránsito inspira gran cuidado; las piedras resbaladizas se suceden las unas á las otras casi sin interrupcion, así como tambien los bloques angulosos, los rápidos, las angosturas ó los desfiladeros; en una palabra, todo parece haberse dado cita en contra nuestra. La *quebrada* se divide en dos brazos casi iguales, si bien el contrafuerte que separa estas dos ramas, que en sí parecen de igual importancia, no es tan escarpado como los que anteriormente hemos visto. Esta es la primera vez que al fin me decido á ganar la cima de la cordillera. Por lo demas, una cascada que salta de encima de un muro cortado á pico nos impide continuar los trabajos emprendidos aquel día, imposibilitándonos tambien subir al vallado superior.

Convencidos al fin de que inútiles habían de ser los esfuerzos que realizáramos, volvimos al vivac, donde la abundancia vuelve á ser un hecho, felizmente. Cuando llegamos, los hombres que habían quedado allí se ocupaban en desembarcar el arroz para prepararle inmediatamente. Esta comida, que en cualquiera otra situacion no hubiera despertado en nosotros ni el más ligero apetito ni el más pequeño contento, nos entusiasmaba ahora, que era lo único que podíamos contar, y cuya falta, que tanto habíamos lamentado ántes, era causa de un no insignnificante atraso en nuestras operaciones, así como tambien de la separacion del resto de nuestros compañeros. Fidedigno me ha enviado tambien algunos huevos, con lo que bien puede decirse que, despues de tantas privaciones, vamos á tener un verdadero festin. Primeramente, justo es decirlo, un bien preparado asado de mono nos hace adquirir fuerzas, reponiéndonos con él de las fatigas experimentadas. No hay más que hallarse léjos de los lugares donde las comodidades no pueden obtenerse ni comprarse, para conformarse con lo que la suerte depara ó puede por casualidad conseguirse: ántes de aquel viaje, nunca pudimos pensar que la carne de los cuadrumanos llegara á ser nuestro alimento, y la primera vez que la comimos experimentamos una repugnancia extrema, que no creíamos llegar á vencer; hoy casi puede decirse que cuando no la hay lamentamos su falta.

Despues de la cena organicé, *grosso modo*, los cálculos de nuestras últimas operaciones en un pedazo de papel cuadriculado; estamos sólo á catorce kilómetros de Gandi; mañana tal vez distinguiremos el Atlántico.

Hénos aquí ya en el camino que nos ha de poner en el punto culminante de la tierra que nos oculta el tan deseado mar. Bien tarde ya advertí que había cometido un error, pues dejándome llevar de mis prácticos en la selva vírgen, seguí la quebrada, en vez de tomar por la línea culminante del contrafuerte. Este error nos hizo perder más de hora y media, y nos condujo al fondo de un cauce, seco entónces, en el que las piedras amontonadas hacían difícil el paso, y más aún las bajas ramas de los ár-

boles que entre ellas crecían; y mayor fué aún nuestro despecho cuando más tarde una serie de cascadas que saltaban en aquella estrecha garganta nos obligó á desandar lo andado, pareciéndonos perder por completo nuestro tiempo. Poniendo entónces en práctica mi primera idea, se escaló, ayudándose con los piés y con las manos la pared que parecía más abordable, y desde entónces, al llegar á la altura y poder seguir por ella el camino, nos pareció mucho más cómodo. En efecto; aquí la cordillera se parece muy singularmente á lo que podríamos llamar cadena de montañas teórica, es decir, una línea divisoria horizontal y rectilínea de las dos vertientes, de la cual se separan perpendicularmente los contrafuertes que se subdividen hasta el infinito, como los pedúnculos de una hoja compuesta, y que se bajan á medida que se alejan del nervio central. Como todas se reunen dos á dos para formar el cadenon soldado á la cadena maestra, puede estarse seguro de que, partiendo de la extremidad de cualquiera de estas ramificaciones y siguiendo siempre la ascension á la cresta, no puede ménos de llegarse al punto más elevado y principal.

Poco despues de los primeros pasos dados en este sentido, nos encontramos sobre la línea que divide las dos corrientes, y bien pronto llegamos á pasar por el límite que separa los cauces de los dos ríos, y desde aquí por la espina dorsal, de donde parten corrientes de mayor importancia, y así sucesivamente hasta la cima. Para descender hay que hacer la bajada de muy distinta manera, pues las crestas se bifurcan de diferente modo y á cada instante. ¿Cómo saber la articulacion que se extenderá hasta la llanura? Como estudiarlo nos consumiría ciertamente mucho tiempo y las circunstancias son cada vez más apremiantes, vale más, y por esto nos decidimos, tomar la primera cortadura que se encuentre y continuar recto por la garganta, quebrada y río para desembocar con sus aguas en el valle.

Volviendo á ocuparnos de nuestra ascension, diremos que áun cuando habíamos previsto un considerable número de dificultades, como no podía ménos de suceder tratándose de aquellas elevadas cimas y no perdiendo de vista nunca lo que llevábamos sufrido, avanzamos, logrando convencernos de cuánto la imaginacion abulta los peligros que se preven. Nuestra marcha fué en mucho facilitada por la forma misma de las montañas, cuyas crestas, sumamente estrechas, no tienen, en el mayor número de los puntos, más que dos ó tres metros de espesor, cosa que en el comienzo de sus faldas no podía suponerse, y de lo que no teníamos referencia alguna. Ordinariamente sucede en el mayor número de las montañas que sus cimas están coronadas por planas de mayor ó menor extension, en cuya superficie la aglomeracion de vegetales, las piedras y los arroyos que las surcan constituyen obstáculos que, si no son causa de grandes fatigas y trabajos, lo son al ménos de una considerable pérdida de tiempo, y esto era lo que por entónces más nos urgía aprovechar. M. Wyse no tenía conocimiento de la sucesiva serie de peligros en que nos habíamos visto; ignoraba las causas que nos habían hecho retardar, y sus cálculos fundados, con excepcion de esto, le hacían comprender que el día fijado estaríamos en Acanti, cosa que dudaba yo sucediera, y que era motivo bastante para tenerme disgustado. Todas las consideraciones que inmediatamente y como consecuencia me hacía, daban lugar á que ni un momento solo dejara de animar á la gente y atendiese á todos partes con sin igual cuidado, procurando no equivocar el camino, al mismo tiempo que seguirlo por puntos en los que los obstáculos fueran en menor número.

La inclinacion de las vertientes y la poca anchura de las crestas fué, como decimos, causa primera de que las dificultades no fueran tantas como en un principio llegamos á figurarnos; y á pesar de que en aquellas alturas la vegetacion no desmentía en modo alguno el que nos hallábamos en las latitudes del trópico, tanto por su espesura como por su elevacion que ante nosotros formaba vallas, al traves de las que nada se veía, el camino aparecía siempre claro y nada había que pudiera hacernos temer que fuera posible extraviarnos. Ademas, y como medida de precaucion, en todos aquellos puntos en que la cima se ensanchaba, enviaba á José de descubierta, para siempre saber á qué atenernos, y nunca tuvimos que rectificar nuestros pasos ni en mucho ni en poco. Los árboles altísimos que tanto por allí llaman la atencion, de gruesos troncos y apretados ramajes, cuyas maderas son de grande aprovechamiento, crecen con abundancia en aquella superficie que separa los dos planos inclinados que forman los lados de la Cordillera; pero el suelo no está infestado del sinnúmero de plantas parásitas que tanto en otros lugares crecen, ni de las lianas que á cada paso cierran el camino, por la intrincada red que sus troncos forman, de modo que en el mayor número de los casos un solo hombre basta y sobra para abrir la *pica*, con lo cual podemos tambien proceder con mucha rapidez, dado que el relevo en el trabajo permite el descanso de los demas, que entran luégo con más fuerza á la tarea. No podíamos, pues, quejarnos de la fortuna, y por momentos llegué á pensar que tal vez nos fuera posible ganar lo perdido, adelantar lo que en nuestras operaciones anteriores habíamos atravesado, y suplir el tiempo que nos hiciera perder la espera de los alimentos,

llegando, por tanto, á tiempo al sitio donde se nos esperaba.

A pesar de la rapidez con que procedíamos, cuando la vegetacion se aclaraba un tanto, y por cualquiera de las brechas formadas por los troncos de los árboles, nos era permitido extender la vista, inspeccionábamos las comarcas cercanas, sin que pudiera advertirse en ellas nada extraño ni nada que pudiera llamar la atencion. Por ningun punto, queda al descubierto la superficie del suelo, ni se ven piedras ni rocas; por todas partes se extiende un manto de verdura que lo cubre todo, presentando por única particularidad extensas ondulaciones. Nada puede darse ni más igual ni más monotono que aquel paisaje, que á las claras manifiesta que lo que en el mar alegra la vista, constituyendo su mayor encanto. es el eterno movimiento de sus azules ondas. En la inmensa superficie que distinguimos no hay nada que se mueva; todo permanece en un absoluto quietismo que entristece; y aún más aumenta la por nada turbada monotonía, lo igual de la estructura de aquellas montañas.

A las tres y algunos minutos de la tarde, sin ningun síntoma anterior que pudiera advertirnos su proximidad, momentos ántes de ganar la línea de separacion, nos vimos envueltos por una espesa niebla que humedeció nuestras ropas: la oscuridad fué tan densa, que apénas si á cincuenta metros de distancia distinguíamos alguna cosa, y á ménos de cien ya era imposible distinguir nada. Esta fué la primera contrariedad que en aquella ascension experimentamos; pues sobre imposibilitarnos de seguir todo lo de prisa que hasta allí habíamos ido, y exigirnos mucho mayor cuidado, á causa del mal estado en que las hierbas y el suelo se pusieron, nos impedían abarcar con un golpe de vista el dilatado y hermoso panorama con que habíamos contado, y que, dada la elevacion, podía afirmarse se extendería por un lado á toda la vasta extension del mar, hasta las tierras de Cartagena tal vez, y del otro á toda la serie de estribaciones que extienden sus ramas sobre la vertiente occidental, y allá en el fondo las bajas llanuras que fertilizan el Chucunaque y el Tuira.

Llegamos á un sitio en el que la cosa nos pareció extremadamente grave: ¿cómo saber á punto fijo el camino que nos llevaría directamente á Acanti? ¿Cómo averiguar si las aguas de los riachuelos que se abren á nuestros piés van al Toló ó al Acanti? Considerando este punto muy detenidamente, supusimos que muy bien podía suceder que formaran parte del cauce de algun río y fueran á desembocar más hacia el Norte ó hacia el Sur. En suma, nos encontramos en aquel momento sobre la línea recta que une á Acanti con nuestro punto de partida, no quedando, por tanto, más que seguir adelante, pues algo más abajo, al traves de la maleza, descubrimos algunos puntos elevados, que podrán servirnos de observatorio para inspeccionar detenidamente el país y saber á qué atenernos.

Extraviarnos en aquellos momentos hubiera sido un suceso de todo punto lamentable: era necesario proceder con suma cautela, pues con la mayor facilidad podía ocurrir que nos aventuráramos por pendientes que en vez de acercarnos, nos alejaran indefinidamente del punto á que debíamos llegar. El más ligero error podía ser causa de un sinnúmero de peligros, en los que tal vez pereceríamos; nos hallábamos léjos de todos los puntos en que podíamos reforzarnos; nuestra alimentacion podía decirse que iba medida; así es que, áun sin querer, acudía á nuestra memoria el recuerdo de tantos y tantos como han perecido en las exploraciones que de distintas comarcas se han intentado, y no podíamos ménos de considerar con horror las luchas, sufrimientos y dolores de los que, perdidos en las selvas, pasando y repasando, sin advertirlo, cien veces el mismo camino, se veían condenados á una segura muerte.

Despues de tomarnos un cuarto de hora de reposo, nos pusimos nuevamente en marcha, descendiendo por la curva opuesta á la que habíamos subido. La niebla que momentos ántes oscurecía nuestra vista, impidiéndonos ver, ha levantado, y podemos distinguir cuanto ante nosotros se extiende. Sobre los contrafuertes la selva crece en belleza, manifestándose más esplendente y rica; pero en el arroyuelo que seguimos, que cada vez se ahonda más, apénas si pueden vegetar algunas endebles ramas que crecen entre los restos de cuarzos y las tierras rojas: á cada paso damos un resbalon, pues con la humedad las tierras se han puesto blandas y suaves, desencajándose los guijarros, sobre los cuales, pisando en falso, venimos á tierra con gran facilidad. No hay por allí grandes elevaciones que subir, ni bajar, ni precipicios cuyo paso nos cree obstáculos; pero los conductores, cargados con exceso, apénas si pueden guardar el equilibrio, y tan cansados se manifiestan, que comprendo cuál inaudita crueldad sería hacerlos seguir, y lo poco que con tal empeño conseguiría, dado que poco despues les sería imposible dar un paso más. Consideré tambien hasta qué punto esto había de ser contraproducente, pues si en un día hacía que con exceso se fatigaran, al siguiente alcanzarían ménos sus esfuerzos y sería mayor la pérdida que lo poco que habíamos ganado; así es que poco ántes del crepúsculo dí la voz de alto, acampando inmediatamente y disponiéndolo todo de la mejor manera para pasar la noche con menor incomodidad.

Aún no hemos pasado la eurva superior, pero ya los contrafuertes eomienzan á levantarse, y el valle se va estreehando eada vez más: una eorriente de agua perenne se ha eavado un eauee profundo entre dos orillas que pareeen abiertas á pieo; las cascadas en que el río salta de piedra en piedra, formando montes de espuma, van á apareeer bien pronto.

La humedad que ha quedado nos hiela hasta la médula de los huesos, y tiritamos bajo la brisa del Norte que fuertemente sopla de lleno en la garganta; todos los abrigos de que podemos disponer resultan poeos; aquel aire frío parece un agudo dardo que á traves de todo penetra y por todas partes pasa. Para colmo de nuestra desgraeia, todos los esfuerzos que haeemos son en vano, y eon nada logramos eneender fuego que nos reanime; todos los troneos que hallamos, todas las ramas de que eehamos mano, están tan sumamente húmedas, que no logramos haeerlas prender. Los hombres que me aeompañan, muehos de los euales están aeostumbrados á euantos reveses puedan oeurrir en los bosques y en las montañas, haeen esfuerzos inauditos, sin eonseguir nada, á pesar de que ejereitan cuantos medios les enseñó la práetiea, y á los que yo añado todo euanto la teoría me puede sugerir; mas en vano, ni la frotacion, ni la pereusion, ni el ealdeamiento, ni la mejor ó peor eoloeaeion que damos á los troneos, ni nada, en fin, logra que el fuego se eneienda; las eortezas ehisporrotean y humean, pero nada más que esto, eon lo eual lo único que logramos es agotar nuestra provision de eerillas y de grasa. Esta contrariedad se haee desesperante en los momentos aquellos en que más neeesaria nos era una alimentacion reparadora, que al fin la neeesidad nos obligó á sustituír por una eena compuesta de sardinas y anisado. Despues de tan insustaneial comida, eansado hasta más no poder, instalé mi hamaea, suspendiéndola entre dos árboles; pero eon tan mala suerte, que cada balaneeo me hace ehocar eon las roeas angulosas. Los demas se acurruearon sobre las húmedas piedras, y durante toda la noehe no dejaron de martirizarnos los *chitras*.

A la mañana siguiente nadie manifestó deseos de detenerse ni un momento más en aquel lugar donde tanto habíamos sufrido. El aire no había dejado de soplar en toda la noehe, y estábamos verdaderamente ateridos, sintiéndonos débiles á causa del poco alimento que la noche anterior tomamos; así es que en breves instantes lo tuvimos todo listo, hallándonos dispuestos para partir, aplazando el desayuno para el momento feliz en que salgamos de la bruma y podamos eneender fuego. Nuestra esperanza no tardó mucho en verse convertida en diehosísima realidad; algunos momentos despues el sol, al levantarse, disipó la bruma, despejando el celaje, y pude eontemplar allá en lontananza la dilatada extension del mar, eoloreada de amarillo rojizo por la reverberacion de las nubes. Siguiendo atentos aquella investigacion que tanto nos interesaba, pudimos distinguir, meeiéndose sobre las olas, una embareacion anelada, eon casi todo el velámen suelto.

Como lo vemos á tan gran distaneia, nos sobran motivos para suponer sea algun gran navío, sin duda *Le Dupetit-Thonars*, que debe ya hallarse fondeado en Aeanti. Aquella vista nos colmó de alegría, eausándonos dieha extrema, pues al fin veíamos el término de nuestra larga y penosa peregrinaeion; y tanto fué así, que, á pesar de las muchas difieultades, emprendimos el eamino alegres y gozosos, sin pararnos en nada; nuestro objetivo era llegar euanto ántes, y para esto era forzoso realizar prodigios.

Bien pronto me asaltó una idea, que abatió mueho mi ánimo, dejándome sumido en una gran perplejidad: si aquel buque que á lo léjos se distinguía era efectivamente *Le Dupetit-Thonars*, como habíamos llegado á suponer, era evidente que su llegada la había efeetuado el dia ántes; yo no podía en modo alguno llegar á Aeanti hasta mañana despues de medio día, suponiendo que siguiéramos del modo que nos habíamos puesto desde que divisamos el bareo; y como éste sólo había de permaneeer fondeado en Aeanti tres días, resultaba que no era posible que llegáramos á tiempo.

# XXXVII

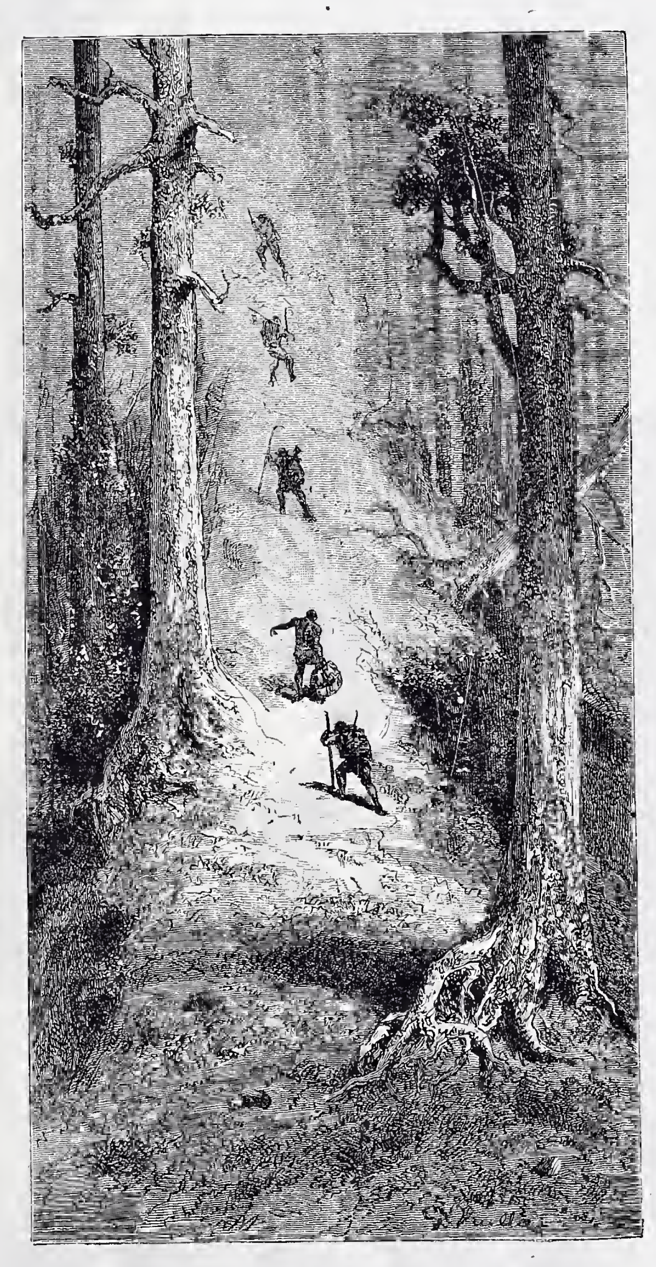
Dificultades de la marcha.—Ejercicios funámbulos.—Caida peligrosa—*La Dupetit-Thonars* ha partido.—El cacique Ouisapilele.—Los *indios mansos* de la tribu de Acanti.—Bahía y pantanos de Acanti.

A las seis nos pusimos nuevamente en marcha, observando que á cada paso la *quebrada* se hace más y más difícil, haciendo imposible, por tanto, que fuéramos con la celeridad que deseábamos; á cada arroyo que se pasa sigue una cascada que se precipita algunas veces desde bastante elevacion; cada límite de confluencia está formado por un espolon abrupto, en los que si el salto no es completamente vertical, todo está reducido á irse agarrando á las puntas salientes, y ayudarse de una liana para bajar como se pueda. En esta operacion, que es de las que más facilitan los pasos, se está expuesto á una caída terrible, pues por regla general los agarraderos que se arbitran están sumamente resbaladizos, y ademas, aunque la liana no se rompa, puede ceder fácilmente, arrastrada por el peso. Cuando es imposible efectuar el salto, no hay más remedio que recorrer todo aquel espolon, que por sinuoso que sea está completamente lleno de árboles rodeados de lianas, á las que hay que irse agarrando, con riesgo que alguna pertenezca á la mala especie, cuyo sólo tacto basta para levantar llagas y pústulas mortales en muchos casos, y en todos de difícil curacion. En otras ocasiones no es posible hacer ni una ni otra cosa, sinó remontar el torrente y ganar la cresta, por donde el camino es mucho más fácil; pero por la region que ahora recorremos se presenta tan quebrada, que á cada instante se separa ó se bifurca. Los razonamientos, el hábito, el instinto y la práctica adquirida en estos dos años de exploracion me ayudan bastante y me sirven no poco para comprender cuál es el conveniente camino y seguir por él en algunos trayectos, al cabo de los cuales solemos hallar alguna escarpada, ante la que no hay otro remedio que descolgarse de nuevo al cauce que se abandonó. Una última tentativa nos conduce á la horquilla de una gran quebrada. En aquel momento era medio día, por lo que con no poco trabajo se encendió el fuego, á pesar de todo, haciéndose la primera comida del día.

En todas las operaciones necesarias empleamos una hora; así es que á la una volvimos á emprender la marcha. En el espacio de tiempo que tardamos en recorrer un centenar de metros, poco más ó ménos, pudimos seguir regularmente, tanto por la orilla izquierda como por la derecha del río, pero inmediatamente comenzaron de nuevo los desfiladeros y las cascadas, de que tan malos recuerdos teníamos adquiridos en la hora anterior. Algunas veces, á los peligros que esto ya de por sí constituye, hay que añadir que se atraviesan enormes troncos de árboles que derribara el tiempo, carcomidos por las aguas y atravesados en los puntos más estrechos ó en los puntos en que se detienen los saltos y en los que forman una rampa descendente de un lado á otro, y que permiten atravesar sin peligro, siempre que se tenga una cabeza bastante segura para poder realizar actos arriesgados de funambulismo. Un pié que se resbale, será lo suficiente para que, cayendo abajo, no vuelva uno á levantarse: así es que á pesar de las facilidades que presentan, no dejamos de mirarlos con sobrado respeto. Algunos de aquellos casuales puentes tienen hasta treinta metros de largo, y para trepar hasta el medio podrido tronco no hay otro remedio que suspenderse del sinnúmero de raíces que de sus extremos penden, y atravesarlos luégo paso á paso, solamente apoyados en el palo puntiagudo que con este fin tuvimos que proporcionarnos. Por temor al vértigo y por lo mucho que el vacío llama, no hay quien se atreva á mirar al abismo que bajo los piés tenemos abierto, y en el que las aguas negruzcas cubren apénas los picos salientes de las rocas que más y más se afilan con la continua caída del agua. Llegados al final, se descuelga uno como puede para descender hasta el arroyo y seguir por él.

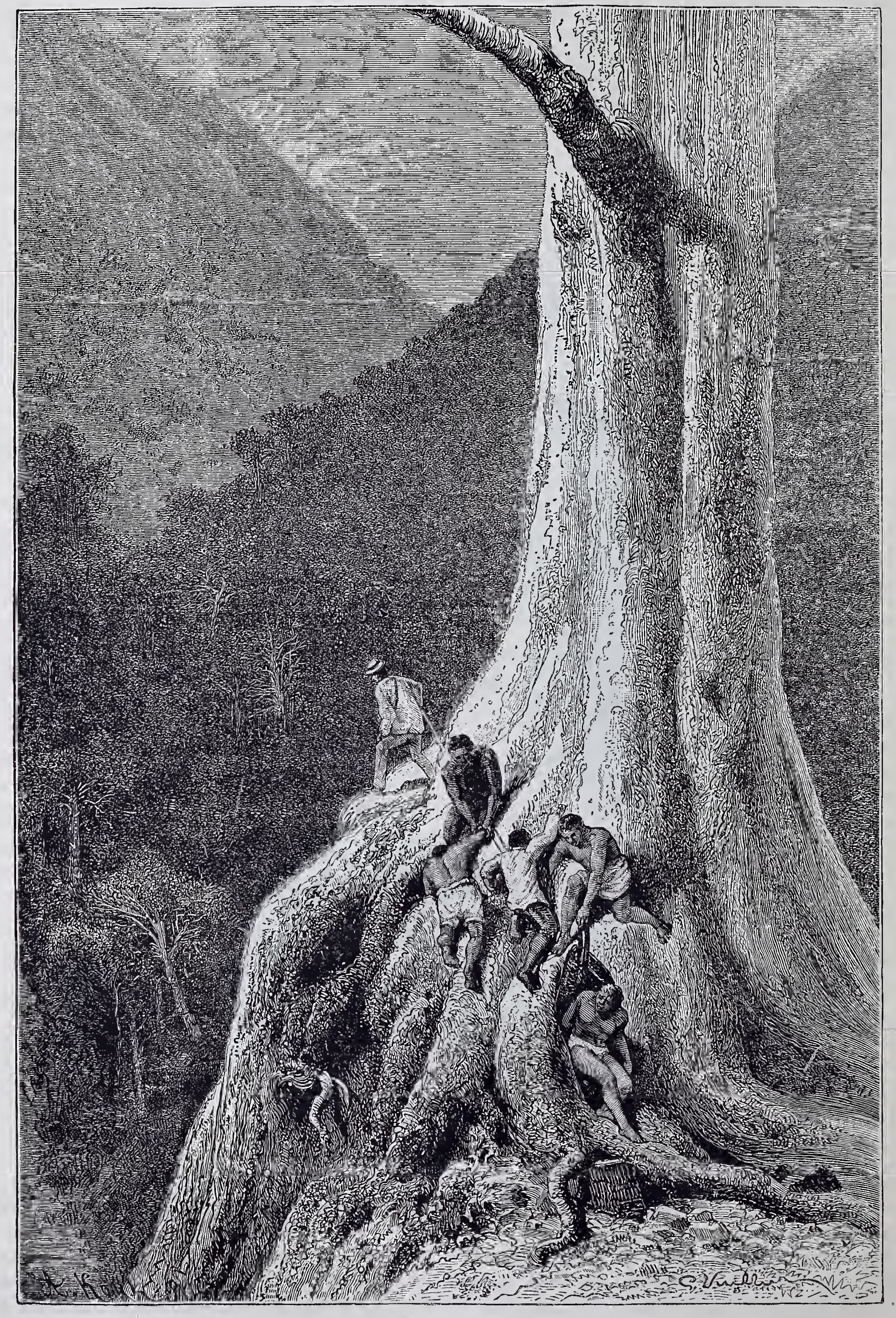
Más adelante las empalizadas horizontales cesan, y la corriente, aumentada con el caudal de agua que aportan otras quebradas confluentes, nos impide seguir por el cauce, por lo que de nuevo es necesario remontarse hasta la cima y caminar hasta el punto en que el espolon saliente forma un precipicio que nos obliga á separarnos del camino emprendido; pero apénas ha bajado uno se ve obligado á subir de nuevo, teniendo que repetirse esta tan pesada operacion un número considerable de veces, á causa de los muchos arroyos que á cada momento interceptan el paso, sucediéndose con desesperadora frecuencia.

Algunos de estos pasos son tan sumamente estrechos, que sólo un árbol basta para obstruírlos por completo: á derecha y á izquierda los ribazos parecen cortados á pico, sin que, por tanto, pueda uno permitirse dar un rodeo para evitarse el obstáculo, sinó que para conseguir el paso hay que montar en el tronco por algunas gruesas raíces, seguir gateando por ellas y continuar de esta manera hasta poder hacer pié. Inútil nos parece detenernos á ponderar lo que en tan difíciles escalamientos se sufre; los movimientos todos tienen que ser violentos, los esfuerzos inauditos, y más de una vez sentimos que



Ascension de la cordillera.

una astilla desgajada de algun tronco de aquellos penetra en nuestra carne, haciéndonos sufrir dolores vivísimos; pero nada nos pára ni nos detiene, y haciéndonos superiores á todas las fatigas, seguimos adelante con la mayor celeridad, confiados en que de esto depende el que oportunamente lleguemos al término de nuestro viaje. Poco despues de haber atravesado la serie de troncos que dejámos apuntado, hubimos de perder más de media hora en pasar un enorme higueron: sus raíces, bastante más altas que un hombre de pié, se extienden á manera de gruesos sostenes, descendiendo por los dos lados de



Paso de un higueron.

la roca en que se apoya, para ir á buscar el suelo de que se alimentan á más de diez metros de distancia. Bastante cerca de éste se ven otros árboles de la misma especie, sustentados por raíces aércas que forman como la bóveda de una construccion gótica. Para volver á bajar, cada una escoge el camino que mejor le parece, con arreglo á su mayor ó menor fuerza de piernas, su resistencia al vértigo y demas condiciones que son necesarias tener presente: además, es lo más conveniente marchar separados, á fin de evitar el ser arrollados por la caída de su vecino, y más que por nada con el fin de evitar el ser herido por las piedras que á cada momento se desgajan. La mayor parte de los hombres que me acompañan están heridos y llenos de contusiones, á causa de los muchos accidentes que ocurren en aquella abrupta senda. Por lo que á mí toca, á pesar del mucho cuidado con que marcho y de las precauciones que tomo, soy el más maltratado: en una ocasion un mal paso me hizo dar tan fuerte resbalon, que me arrojó sobre una roca pelada, cayendo despues en un abismo de más de treinta metros de profundidad. Tal vez nunca como entónces me he visto tan cerca de la muerte. Sin saber cómo, sacando fuerzas de flaqueza, me rehice repentinamente, y agarrándome de una rama de arbusto que cerca de allí crecía, pude ganar la altura nuevamente, aunque sintiéndome magullado y lleno de contusiones, producidas por el fuerte golpe que acababa de sufrir.

Seguimos nuestro camino sin que ni un momento siquiera pudiéramos abandonar el sin igual camino que durante aquella expedicion estábamos obligados á tener, y hacia las cuatro de la tarde observamos que la pendiente del río había disminuido mucho: ya en un buen rato no tuvimos que salvar cascadas propiamente dichas, y hasta pudimos caminar por el lecho mismo del torrente; poco despues fuimos á dar en una hondonada, cuya profundidad parece considerable y que no dejó de inquietarme, pues en ella teníamos otro obstáculo violento. Los dos Pedros, que me acompañaban no se pararon en las consideraciones que á mí me detenían, sinó que haciendo alto un momento arreglaron perfectamente su carga, revistiéndose con los gruesos sacos de lona, forrados por fuera con cautchouc natural; y obrando como buenos nadadores, siguieron sin pararse en nada, braceando unas veces y otras marchando por su pié con el agua hasta la garganta; los otros y yo escalamos una elevadacima, siguiendo por ella en una extension de más de mil metros: á juzgar por lo que puede observarse, todo parece indicar que la corriente va á terminar y que vamos al fin á penetrar en el valle inferior: el barómetro, que frecuentemente consultamos, nos indica que á lo más nos hallamos á una altura de cien metros. Luégo que hubimos salido de aquella garganta, salimos por el río hasta encontrar un lugar conveniente para establecer el campamento, viéndonos obligados á situarlo en una ancha planicie, materialmente infestada de escorpiones. El día había sido terrible, sin que nos hubiéramos podido permitir el menor descanso. A más del cansancio y de la fatiga que podemos llamar naturales, teniendo en cuenta el largo trayecto que habíamos recorrido, teníamos que lamentar lo mucho que sufríamos á causa de los golpes y arañazos que recibiéramos en la lucha sostenida con la naturaleza de aquellos parajes. Aquella tarde, al prepararnos para descansar durante la noche, no tuvimos que vencer ni los obstáculos ni los inconvenientes que el día anterior: el sol, que durante todo el día luciera resplandeciente, había secado los árboles y las ramas, y el fuego pudo ser encendido con gran facilidad: preparamos en breves instantes la comida y pudimos recogernos pronto, cuidando de tomar todas las precauciones posibles, á fin de evitar las picaduras de los reptiles, que, como hemos dicho abundaban allí.

Por la mañana, al emprender la marcha, cuidamos de no internarnos en otro desfiladero que estrecha el cauce del torrente que viene siendo nuestro guía, y con este fin trepamos á una altura, seguida la cual fuimos á dar á otro afluente. Allí, de repente, el valle se ensancha, el río se dilata en una extensa sabana poco profunda, deslizándose sobre un fondo de guijarros ó de finas arenas entre las anchas orillas que, secas en la estacion presente, nos permiten marchar á buen paso. Debemos estar sin duda muy cerca del mar, pues excepcion hecha de una pequeña loma situada al E., aquella region es completamente llana, el río, que cada vez presenta más y más sinuosidades, está materialmente sembrado de islas; la vegetacion difiere mucho de la que anteriormente venimos observando, y los flancos de las elevadas orillas por que caminamos nos muestran que el suelo está formado por terrenos de acarreo y aluviones de orígen neptuniano bastante reciente.

Al medio día encontramos á cuatro indios que pescaban sirviéndose de jabalinas, y Eugenio, que entendía su lenguaje, sirvióme de intérprete, pudiendo saber de esta manera que en la rada había fondeado un gran navío de vapor, ó de fuego como ellos decían, á bordo del cual había muchos soldados, que esperaban á unos blancos que habían de llegar de la parte Sur. Ya no podemos abrigar la menor duda; el buque que ayer vimos al levantar el sol es el crucero frances que nos aguarda. De nuevo cobramos ánimos, experimentando una alegre impaciencia por volver á ver á M. Wyse y á M. Verbrugghe, á los

oficiales de marina, mis camaradas, y más que nada mi vehemente deseo era volver á Panamá sin tener que atravesar de nuevo la cordillera, pues ya me sentía extenuado. De tener que emprender nuevamente tan peligrosa marcha, ignoraba si podría conseguir el fin indicado; carecíamos de ropas y de alimentos, mi traje todo estaba hecho jirones, no tenía zapatos, y causas eran éstas más que suficientes para que nos apresuráramos todo lo posible á fin de llegar ántes de que, convencido que por cualquier circunstancia no llegábamos el buque, se hiciera de nuevo al mar, mucho más cuando comprendía perfectamente que á causa de la estacion el comandante no podía detenerse más que el tiempo indispensable en una rada abierta á violentas ráfagas, de las que con ningun medio contaba para defenderse, y que de un momento á otro podrían ponerlo en grave aprieto.

Uno de aquellos indios que pescaban en la corriente del río se ofrece desde luégo á servirme de guía, segun entiendo, no tanto por favorecerme y librarme de los perros de la aldea, como por anunciar á los suyos nuestra llegada, pues el arribo de un gran navío á aquellas aguas y la noticia de que algunos europeos habían de venir por la montaña los ha puesto en gran cuidado. Aprovechando el ofrecimiento, que comprendo puede serme de alguna utilidad, emprendí el camino de nuevo con tanta celeridad como el cansancio me lo permitía.

¡Oh desgracia! Unos cautcheros de Cartagena me dan la terrible noticia de que el crucero acaba de partir; segun me dicen, aún estaba á la vista cuando ellos abandonaron la embocadura del Acanti; noticia que en mi ansiedad no quiero creer, y que es un nuevo motivo para que me apresure más y más; tanta es mi prisa, que los hombres que conmigo vienen, cansados y fatigados con la pesada carga que traen, no pueden seguirme, y bien pronto me encuentro separado de ellos por una considerable distancia, hasta el punto de que llegué á la aldea media hora ántes que ellos. Todo mi aceleramiento no pudo conseguir nada, pues ni áun razon pude tomar de lo ocurrido, dado que yo no entendía ni una palabra del idioma hablado por aquellos indios, y ellos no entendían nada ni en español ni en ingles, y excusado era emplear el frances ó el aleman, pues había de suceder lo mismo; sólo cuando hubo pasado un buen rato logré hacerles entender, con gran trabajo, que deseaba hablar al cacique, y efectivamente, me condujeron á su presencia.

Este me recibió sentado delante de la miserable choza que le servía de albergue, y rodeado de sus notables; uno de sus hijos, que se hallaba acurrucado á sus piés, tenía en la mano el baston, símbolo de su autoridad. La recepcion que me hizo no manifestaba ciertamente una abierta y patente hostilidad, pero tampoco revelaba gran placer ni satisfaccion alguna que pudiera halagarme; tal era el estado en que me sentía y tan grande la ansiedad que experimentaba, que ni por un momento me fijé en esto que podemos desde luégo llamar cuestion de forma, y á la que ninguna importancia daba: sus frías maneras, y su estudiada reserva me impusieron bien poco; así es que mandando á uno de aquellos hombres que se levantara para ocupar un sitio que no me ofrecían, pedí á otro de los más jóvenes que fuera á buscarme fuego. Contra lo que yo esperaba, mi desenfado no desagradó, y bien pronto me hallé sentado frente al cacique, que parecía prestar gran atencion á mis preguntas, ó por mejor decir á la mímica que las acompañaba, pues desde luégo por esto era por lo que me había de entender, y no por el lenguaje: á pesar de todo, confieso que pasé un insoportable rato, dado que el mayor número de las cosas que le decía no eran entendidas, y á mí me sucedía otro tanto: advertí, sí, que en un largo discurso que el cacique pronunció había repetido mucho las palabras *santos* y *carta*, pero sin poder comprender á qué se refería, y qué quería con ellas indicarme.

La llegada de Eugenio vino á sacarme del gran apuro en que me hallaba, y gracias al que sentía que mi ansiedad crecía por momentos: merced al hábil intérprete, pude saber que la larga peroracion del indio y aquel continuo repetir las indicadas palabras iban encaminados á decirme que M. Wyse ántes de partir había dejado para mí unas cartas y varias provisiones en poder de un patron de rebuscadores de *tagua*, llamado Santos, que tenía su campamento en la embocadura del Acanti. Tambien supe que el buque de guerra había partido en la mañana de aquel día; que durante un largo espacio de tiempo siguió en direccion al S., pero que á cierta distancia habia virado de bordo, dirigiéndose hacia el Norte.

Durante este tiempo habían ido á buscar una carta que M. Wyse había entregado para mí al cacique: en ella me anunciaba que *Le Dupetit Thouars* había partido definitivamente, sin poder aguardarme, y me recomendaba que me guardara mucho de los indios, sin fiarme para nada de ellos. Entónces principié á fijarme en la fría manera como había sido recibido, y más que nada aquella circunstancia me explicó perfectamente la causa que había podido obligar al buque al cambio de rumbo que me indicaban, y que no podía ser otra que el ocultar á los indios que la partida era definitiva, reteniéndolos así en un saludable temor, cosa muy de agradecer, dado el cuidado que las prevenciones de M. Wyse había despertado en nosotros.

Ouisapilele prestó, no gustoso, algunas piraguas, en las que, ayudados por varios hombres prácticos en la navegacion de los ríos, nos condujeran al campamento de los cautcheros negros, distante una media hora del punto en que nos habíamos detenido. Durante el camino, supe que el río por donde habíamos descendido no era ni el Toló ni el Acanti, sinó el Guati, que es uno de los principales afluentes del primero de los citados. Ya me era de todo punto igual haber permanecido durante algunos días en un error de poca trascendencia, si se atiende á que no había consistido en tomar un camino más argo que hiciera más penosa nuestra marcha, siendo causa de que no llegáramos á tiempo: el atraso dependía de las dificultades con que en las operaciones de los últimos días habíamos tropezado, y en la pérdida de tiempo que nos irrogó la falta de alimentos de que no podíamos prescindir para efectuar la ascension de la cordillera. Considerar que todas estas causas habían sido independientes de mi voluntad y comprender que á cualquiera hubiera ocurrido lo mismo, me tranquilizaba un tanto, aunque en manera alguna podía apartarse de mi mente la idea de que una vez más teníamos que pasar aquel camino, donde tanto habíamos sufrido.

Bien pronto nos encontramos en el establecimiento de los cartageneros, donde hallé gran abundancia de víveres, dejados por M. Wyse, así como tambien una larga carta, que me puso al corriente de la situacion.

Las tribus de los indios de Acanti pertenecen á las que los españoles llamaron *indios mansos*, porque nunca se manifestaron en són de guerra ni realizaron actos en virtud de los que pudieran ser tenidos como de carácter belicoso. Aquellas tribus así llamadas, han aceptado una religion que se parece mucho al cristianismo, cosa que fácilmente se comprende teniendo en cuenta que, abandonada su educacion religiosa desde hace años, se han bastardeado las prácticas que les predicaran los misioneros que primeramente fueran allá, y han mezclado sus antiguos ritos y creencias á las que los conquistadores les aportaran. Gracias al buen carácter que en ellos domina, y á condiciones qee no han podido perder, á pesar del tiempo que hace viven en el más completo aislamiento, no ven con extrañeza el que se penetre en su territorio, y lo permiten sin oponer la menor resistencia, cosa que no podía suceder de otra manera, dado que aquellas miserables aldeas están á disposicion de un puñado de soldados el día en que de ellas quisieran apoderarse. La nueva religion, que así podemos llamar á la que profesan, consiste únicamente en algunos nombres de santos y de virtudes cristianas, á las que añaden sus apelaciones ordinarias. La pobreza de sus selvas los había tenido durante mucho tiempo en un absoluto abandono por parte de los demas pueblos, en ninguno de los cuales podían despertar codicia para ir á vivir entre ellos; así es que ningun comercio regular los tenía relacionados con los neo-granadinos. Sólo de vez en cuando, muy de tarde en tarde, arribaba á aquellas aguas alguna goleta norte-americana, que efectuaba el cambio de la tagua por telas de algodon, marmitas, aguardiente y otros artículos que los salvajes no podían fabricar; pero despues que una explotacion, falta de conveniente direccion, llevada á cabo sólo por el deseo de lucro y cuyos efectos hemos lamentado ya en más de una ocasion, ha destruído todos los árboles que producían el cautchouc, que allí como en las demas regiones que venimos recorriendo era la fuente principal de la riqueza, un número considerable de cartageneros, amenazados de morirse de hambre, se han tenido que dedicar á la rebusca del marfil vegetal, del que



Bahía de Acanti.

se hace una exportacion continua. La abundancia de este fruto en la desembocadura del río Toló y del río Acanti ha dado lugar á que en la de este último se forme un campamento, en el que habitan unos sesenta negros, cuyo número aumenta todos los años. Desde el tiempo en que acaeció tal cosa los indios han visto cerrarse para ellos las ocasiones de llevar á cabo los cambios que ántes efectuaban con los americanos, gracias á los que podían disponer de armas, utensilios y vestidos, por los han quedado condenados á la miseria, ó lo que es peor, al trabajo.

De aquí el concentrado odio que siempre manifiestan para con los cartageneros, á los que más de una vez han pensado en devastar; pero el miedo á las represalias les hace tascar el freno en silencio, aguardando ocasion propicia para satisfacer los deseos de venganza que tanto tiempo hace alimentan. Habiendo visto llegar á la rada un navío de guerra, y sabiendo que de la parte S. habían de llegar algunos blancos, cuyo número en total desconocían los infelices, pensaron que venían á proteger á los cautcheros, y, lo que es más, á dedicarse tambien á recoger la tagua: este presentimiento infundado fué bastante para que desde luégo nos miraran con el mismo odio que á los invasores, por lo cual nada tenía de extraña la manera fría y reservada con que fuímos recibidos.

Las fatigas que había experimentado en los anteriores días, así como tambien la mala alimentacion, fueron causa de que me acometiera una ligera fiebre, que me retuvo un día en el campamento. Cuando me sentí un tanto aliviado, empecé á preparar el regreso, para el que tenía que tomar algunas referencias y procurarme un guía que, conocedor de todo aquel terreno, me condujera por el más corto camino á nuestra *pica* en la cordillera.

Casi toda la mañana la pasé explorando los bajos del Acanti y la costa marítima, á fin de adquirir el mayor número de datos posible de toda aquella region, á la que habíamos ido con tantas ilusiones y esperanzas, que se habían trocado en amargos desengaños. A cada momento me asaltaba la idea de que nuevamente teníamos que verificar la ascension en que tanto habíamos sufrido, y recordaba los trancos, las cascadas y los precipicios donde á cada paso podíamos encontrar la muerte. Por más que la estacion seca estuviera bien avanzada, la corriente de aquel pequeño río es lo bastante considerable para que pueda atravesar las arenas de la barra; algunas veces, segun dicen, en las altas mareas (el desnivel es, á lo más, de unos sesenta centímetros) los aires del N.-O. hacen que las olas entren en el cauce del río.

En una época geológica aún bastante reciente, á juzgar por lo que sobre el terreno se puede observar, el mar debía extenderse hasta el punto de confluencia del Guati, formando allí una extensa bahía, que más tarde habrá sido circunscrita por un cordon arenáceo. La rada, convertida en laguna, se habrá llenado poco á poco; pero la region ha quedado sumamente pantanosa, y la corriente del río bastante incierta. En muchos sitios se encuentran trozos de antiguos cauces correspondientes á distintas embocaduras, separadas del mar por una valla muy poco ancha.

Segun los cautcheros afirman, aquellas extensas lagunas, á pesar de que la ciencia siempre afirmaría lo contrario, no son malsanas, cosa bien de creer por cuanto los que al rededor viven han de hablar por experiencia propia.

La bahía es completamente abierta, sin nada que la abrigue de los vientos contrarios, constituyendo un peligro para los buques que en ellas se refugien huyendo de una tempestad; pero desde el mar debe ser de un aspecto agradabilísimo, con su graciosa curvatura dominada por explanadas en primer término, y más allá por las azuladas sombras de la cordillera.

# XXXVIII

Un caciquillo lento en los cálculos.—El gran cacique.—La vuelta.—Subida y bajada de la cordillera.—Llegada al puerto Tiati.—Hechos y hazañas del *morocoi*.—Yaviza.—Panamá.

Manolito, indio rico é influyente, que tiene el alto honor de pertenecer á la ilustre familia de los caciques, tiene su casa en la otra orilla del río, frente al establecimiento de los cautcheros. Algunas palabras que del español sabe, y otras cuantas del ingles, han dado lugar á que de él se haga el intérprete obligado entre todos aquellos individuos y los capitanes de las goletas norte-americanas que llegan con objeto de hacer el comercio de que hemos hablado. Como lo honradez no es aquí una virtud muy sobresaliente, y ademas parece que se tiene en muy poco la buena fe llevando á cabo estos tráficos en que necesaria mente se le ha tomar por intermediario, ha conseguido lucrarse de tal manera, que ha hecho una regular fortuna á costa de sus infelices compatriotas, que no son más que sus explotados. Desgraciadamente para él, los cartageneros, que en general han perjudicado tanto á los individuos de aquellas, tribus han interrumpido tambien el curso de su fortuna: es de creer que en más de una ocasion habrá pensado seriamente en expulsar á los intrusos por las armas, mas se ha descuidado bastante y ha dejado pasar el momento oportuno, en que tal vez hubiera podido conseguir algun resultado: hoy los cautcheros son más en número que los guerreros que pudiera reunir, y lo único que conseguiría, en el caso de intentar un movimiento, sería perjudicarlos á todos.

Como quiera que desde luégo hubiera yo comprendido la necesidad absoluta en que me hallaba de proporcionarme un guía conocedor de aquellos terrenos que pudiera conducirme por un camino más corto y fácil á la cima de la cordillera, me avisté con Manolito, pero no puede conseguir resultado alguno, pues por más que me esforcé no logré conseguir de él otra cosa sinó que me manifestara que durante toda la noche los indios no habían hecho más que ocuparse de nosotros y de los fines que nos habíamos propuesto conseguir de aquella expedicion: que el cacique deseaba que sin intérprete compareciera ante el Consejo para dar algunas claras y precisas explicaciones acerca de nuestro viaje, cosa á que yo me negué, haciéndolo por mí mismo. Bien mirado, todo lo que hice fué en vano, pues aquel pobre hombre no podía entender nada de mis explicaciones, á pesar de los términos en que exponía lo que allí nos había llevado: un indio que jamas había salido de la comarca, no podía comprender lo que era un canal ordinario, y mucho ménos un canal que había de pasar por debajo de una montaña. Lo poco que entendía se negaba á creerlo, y de continuo, apartándose del órden de ideas que implicaba mi conversacion, hacía recaer la suya en lo que más le importaba, como eran la tagua, el cautchouc, las bananas que le robaban los negros, y los destrozos que éstos le causaban en las plantaciones: á propósito de lo cual hacía largas digresiones, encomiando el estado de prosperidad y riqueza en que la tribu se encontraba ántes de que los cartageneros fueran á vivir en el terreno que habían usurpado, y lo mucho que todo entre ellos había decaído con su llegada. No dejó tambien de darme conocimiento de los medios que habían cruzado por su mente para librarse de los que tanto abusaban de ellos, y justo es que confiese que, aunque en el fondo le sobraba razon para querer emplearlos, en la forma eran de lo más descabellados que podían concebirse. En estas condiciones y con estas circunstancias, la conversacion terminó pronto, separándonos de buena manera, aunque sin haber yo conseguido lo que me proponía, ni mucho ménos, si bien me prometió formalmente que presentaría al Consejo de la tribu mi solicitud de guías, á la que contestaría el gran cacique. Tanta tramitacion no dejaba de molestarme en verdad, mucho más cuando comprendía que por aquellos medios me había de ser difícil conseguirlo; los indios estaban muy prevenidos en contra nuestra; creían que el objeto que allí nos había llevado era apoderarnos de los escasos elementos de riqueza que les quedaban, y que para la mejor explotacion de ellos era para lo que querían un guía que nos enseñara los medios más fáciles de recorrer el país. Sea como quiera, no había más remedio que aguardar la decision del Consejo, pues el otro término de la disyuntiva, ó sea volvernos por donde habíamos venido, era doblemente malo, y arbitrable sólo en el caso

en que no pudiéramos conseguir nada que nos favoreciera.

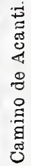
Con objeto de tenerle más propicio, compré al intérprete de la tribu tres pollos y algunos frutos, ascendiendo el precio de todos á unos veintidos reales, ó sean seis francos próximamente; y no obstante, aquel hombre infeliz, por más que hace, no puede ajustar su cuenta con exactitud; no sabe contar arriba de diez, por lo que despues de mucho titubear, no logrando tampoco entenderla, á pesar de nuestras reflexiones, manifestó que prefería seis piezas de á diez á *sous* una moneda de cinco francos. Justo será que manifieste tambien, en alabanza suya, que había intentado venderme lo que indicado dejo á un precio exorbitante; pero no se le ocurrió la idea de aumentar la adicion, pues en el total, que



Llegada á la casa de Ouisapilele.

repasó durante más de un cuarto de hora, variaba de diez y seis á dos, diez y uno.

Una hora despues de la entrevista que acabo de mencionar, ví llegar, rodeado de sus notables, al gran cacique, personaje extraño y raro al que aun no había visto ni una vez siquiera, pues Ouisapilele, con quien primeramente hablé, y el que me entregara una de las cartas que M. Wyse había dejado para mí, no era más que el jefe de la aldea situada sobre el Guati. En vano será que en el Almanaque de Gotha se busque el nombre de este soberano y la extension de sus dominios; pues de enumerar tantos como en parecido caso se encuentran, infinito sería el número de los que habrían de contarse. El soberano que nos ocupa es un anciano, fresco aún, enjuto, y de una estatura más elevada que la generalidad de los hombres de la tribu. Su fisonomía sería regularmente bella sin una repugnante llaga que le cubre un ojo, desfigurándole la cara: al primer golpe de vista me agradó, á pesar de las prevenciones que abrigaba, y ántes de terminar la conversacion que nos vimos obligados á sostener, se



Camino de Acanti.

me hizo muy simpático. Sentóse con gran dignidad, como quien tiene perfecta conciencia de las altas funciones que desempeña, y poco despues comenzó á *leriar*, esto es, á cantar con voz gangosa el largo discurso que la noche ántes había preparado en el Consejo de la tribu; preparacion para la que había entrado por mucho la absorcion de una buena cantidad de *chicha*. El ritmo de aquella canturía es de lo más raro que puede darse, y llama extraordinariamente la atencion, divirtiendo por la extrañeza que causa; la primera parte de la frase la pronuncian con una lentitud excesiva, acentuando sobre todo las últimas sílabas de cada palabra; despues, sin ninguna transicion que pueda ser advertida, terminan con gran volubilidad el resto, bajando el tono cada vez más. Cada frase se la hace seguir de una larga pausa, durante la cual los asistentes, en señal de aprobacion, pronuncian un *hum* ó un *bec* prolongado. El granuja de Eugenio, que, como sabemos, me hacía algunas veces muy malas pasadas, estaba aquel día borracho, como un buen darienita; así es que desempeñaba todo lo mal posible sus funciones de intérprete. Aquel notable cacique nos preguntaba en los mejores términos qué causas nos habían impulsado á emprender aquel viaje. ni qué motivo ó interes nos guíaba para haber llegado á un país tan pobre, á una tribu tan aislada, donde tan poco era lo que podíamos conseguir; despues se extendía en grandes quejas contra los cartageneros, ponderando, como Manolito lo había hecho anteriormente, los grandes males que habían causado, y lo mucho que aún tenían que temer de tan malos enemigos. Hice que le respondieran que no tenía nada absolutamente de comun con los cautcheros, añadiéndole que nada me importaban las bananas ni la tagua; que sólo habia ido allí á practicar investigaciones y estudios, que no entraba á detallar porque no había de entender ni una palabra, y que por tanto podía estar completamente tranquilo, pues nuestra presencia allí no les podía ser perjudicial, ni en nada podía ser parte de que su situacion y la de los suyos se agravara; y más que nada le hice comprender lo muy necesario que me era el que al día siguiente me proporcionara los guías que para salir de allí habíamos pedido desde un principio. Los indios son como los niños; ceden á una cuestion hecha en forma clara y terminante, y jamás han sabido negar nada que se les exija en forma categórica. El cacique intentó comenzar á *leriar* de nuevo; mas comprendiendo yo que, de seguir de esta manera, la entrevista no iba á tener fin y que no lograría lo que tanto deseaba, le interrumpí bruscamente para hacerle entrar en la cuestion, exigiéndole que sobre ella respondiera terminantemente *sí* ó *no*; y sólo cuando comprendió que nada con sus subterfugios conseguiría, fué cuando accedió á mi demanda, prometiéndome formalmente que tendría lo que había pedido. Le ofrecí una botella de vino, regalándole unas tijeras que me pidieron, y unos cuantos bizcochos para un hijo pequeño que había traído consigo, y nos separamos como los mejores amigos del mundo.

A la mañana siguiente emprendimos el camino para volver de aquel viaje, en el que tan poco provecho habíamos logrado. Despues de una hora de marcha, llegamos al pueblo de Guati, donde lo primero que observamos, y llamó grandemente nuestra atencion, fué el que Ouisapilele estaba ocupado en preparar sus fusiles, cosa que me dió en qué pensar. Recordé perfectamente las prevenciones que en su carta me hacía el jefe de la expedicion, encargándome con empeño que no me fiara para nada de aquellos indios, y surcó por mi mente la idea de si intentarían prepararnos una emboscada en cualquiera de los malos pasos por que teníamos que atravesar. Ademas, los dos guías que nos habían prometido no parecían, y recordando todo lo ocurrido, cada vez aumentaban más los motivos de desconfianza. Todo lo que nos decía Manolito lo hallábamos irónico é impertinente hasta un punto capaz de desesperarnos; con motivo de una compra insignificante que tratábamos de realizar, tuvimos que poner mano á las armas, y entónces recordé tambien que en la conferencia que el día anterior había celebrado con el cacique, éste, en su tono punzante y con sonrisa nada tranquilizadora, nos prometió que saldría al camino con algunos amigos para hacernos varios obsequios. Pasado un rato, comprendí que, sucediera lo que sucediera, el peligro no sería grande, ni mucho tampoco lo que podíamos temer: cerca de la aldea no era fácil ni posible que nos atacaran, por temor á los cautcheros y al buque de guerra, que ellos estaban en la creencia de que había de volver de un momento á otro; y si nos acechaban en la montaña, podían llevarse un grandísimo chasco, pues ya sabían ellos que no habíamos de volver por el mismo camino. Dejé pasar algun tiempo para ver si al fin llegaban los guías, y no pareciendo, mi incomodidad subió de punto; reprochéles en términos agrios y duros su falta de palabra, cosa que á los indios afecta mucho, con lo que obtuve que al fin parecieran los tan deseados hombres, que se hicieron pagar adelantado, y no poco por cierto. En pos de ellos penetramos en un sendero llano y fácil hasta las alturas de las gargantas que se abren entre las montañas, y desde allí les ordené que volvieran á su pueblo: poco despues encontramos nuestra *pica* de la cordillera, y siguiendo por ella, llegamos

á muy buena hora á la ranchería de los Escorpiones, en la que nos instalamos de la mejor manera posible, reparando un tanto con una abundante comida y un largo sueño, las fatigas que durante toda la mañana nos habíamos visto obligado á sufrir. Aunque no estábamos completamente tranquilos, y temíamos que los indios nos prepararan alguna emboscada, no nos inquietamos demasiado, pues conocíamos bastante el natural supersticioso de aquellas gentes, que no se atreven á dar un paso durante la noche.

A la mañana siguiente, tan pronto como el alba nos hubo enviado sus primeras luces, emprendimos nuevamente la marcha, siguiendo una *pica* distinta, tanto por parecernos el camino más breve y mejor, cuanto porquè de aquel modo podíamos evitar la presencia de los indios, en el caso que nos acecharan en alguno de aquellos puntos para sorprendernos.

Siendo completamente igual la constitucion de terreno en las dos vertientes de la cordillera, seguimos empleando el método que tan buenos resultados nos había dado para llegar al punto culminante sin grandes fatigas, y que al mismo tiempo nos permitiera poder evitar el tan peligroso escalamiento del río Guati. Como quiera que la pendiente es mucho más dura y empinada del lado del Atlántico que del Pacífico, la ascension fué para nosotros mucho más difícil, exigiéndonos esfuerzos considerables y trabajos sin cuento, así como tambien un gran espacio de tiempo, pues habiendo partido á las siete de la mañana llegamos á la cima á las dos y cincuenta minutos de la tarde, deduciendo, como es natural, el descanso que hemos hecho, bastante corto por cierto, dado que todos tenemos grandes deseos de terminar. La selva por esta parte es mucho más agradable y rica que la que pudimos ver en la parte Sur.

En la cima de la montaña, como nos había sucedido la vez anterior, fuímos sorprendidos por una densa niebla, que poco á poco se fué condensando, dando lugar á que las gruesas gotas de agua que de las hojas caían nos mojaran como si en realidad estuviera lloviendo. La línea de separacion se extiende hacia el N.-O., sin que ninguna variacion se manifieste en este sentido que exceda de veinte grados. En unos puntos es sumamente estrecha, de tal modo que se determina clara y palpablemente, en tanto que por otros se ensancha bastante y el terreno se hace sumamente pesado, á causa de los muchos abrojos y matas que en él crecen. Lo único que nos favoreció bastante fué la carencia absoluta del subbosque, que nos permitía marchar sin necesidad de abrir la *pica*; pero algunos troncos derribados por la violenta fuerza de los vientos que con tanto ímpetu soplan en aquellas alturas, interceptan de vez en cuando el camino, creándonos obstáculos que nos hacen perder bastante tiempo. A las tres de la tarde encontramos el punto por donde algunos días ántes habíamos llegado á lo más culminante de la cordillera, sindo las cinco y media cuando tocamos al banderin número 2.526. Ensayamos, aunque sin ningun resultado, pues no nos fué posible conseguirlo, seguir todo el *cuchillo* hasta el fin, por ver si podíamos evitar una quebrada que me dejó muy malos recuerdos, encontrándonos á causa de esto en lo alto de un muro de más de veinte metros de altura, que procuramos poder bajar, á fin de no tener que volver atras.

Los hombres que me acompañan están verdaderamente entusiasmados, pues por grande que sea la costumbre que tienen de recorrer los bosques y por mucha que sea su práctica, gracias á la cual pueden salvar obstáculos que para otros que no fueran indios ó mestizos serían insuperables, no pueden volver de su asombro al ver con la seguridad y precision con que han llegado hasta Acanti, sin tener que recorrer diez veces el mismo camino, á causa de equivocaciones sufridas, y mucho más aún de la facilidad con que ha podido ser abierta la *pica* en una cordillera que los mismos salvajes temen. Todos estos prodigios me los atribuyen, como conseguidos á mis cálculos, á mis observaciones y á mis estudios, por lo que el humillante desprecio con que siempre ven al señorito que no sabe manejar el machete y arrancar un puñado de lianas, se trucca en una admiracion profunda y una confianza absoluta en la ciencia de los blancos.

El dia 15 emprendimos la marcha muy de mañana, sin detenernos siquiera á desayunarnos, cosa que por otra parte tiene una más satisfactoria explicacion: los víveres que llevamos no son muy abundantes, pues algunos de aquellos señores, tal vez porque tanto peso les incomodaba, han encontrado fácil y cómodo, para verse libres de la carga, arrojar los alimentos que hallaban más pesados, y esta suerte le ha tocado á la grasa. Fatigados á consecuencia de la larga y penosa jornada del día anterior, ántes de partir sostuvieron agria disputa, querellándose sobre el peso que cada uno había de llevar: me ví precisado á intervenir, y por mí mismo tuve que hacer la reparticion, arreglándome de modo que pude lograr que José y García fueran los conductores de los víveres más estimables y del material de cocina. Eugenio, Pedro Espinosa y Juanillo tuvieron que seguirnos á la fuerza, pues buen cuidado tuve de advertirles que siéndome absolutamente necesario estar en Panamá ántes del 25 de Febrero, que era el día indicado por M. Wyse para emprender su via-

je á Buenaventura, seguiría adelante sin detenerme á esperar á los que se retrasaran: si uno de ellos no puede seguirnos por cualquier causa, se le dejará un camarada á fin de que mutuamente se puedan auxiliar; pero no se les enviará á buscar sino despues que hayamos llegado á Yaviza, sin que esto pueda implicar el que tengan que quedarse sin provisiones, dado que sobre el camino que recorremos quedan hechos algunos depósitos. Esta amenaza produjo instantáneamente su efecto, hasta tal punto, que Juanillo, que momentos ántes se quejaba, jurando y perjurando de que no podía dar un paso más, se halló curado completamente.

A las once de aquel mismo día llegamos á la ranchería del 5 de Febrero, donde almorzamos opíparamente, gracias á un pavo qne José pudo matar, y á las cinco de la tarde llegamos á la ranchería del 1.º de Febrero. La senda que nosotros abrimos está obstruída por una porcion de florecillas papilonáceas blancas, caídas de un árbol que ninguno de los hombres que me acompañan conoce. Aquella nieve delicada, rodeada con ramos de un verde sombrío, presenta un golpe de vista encantador, pues poéticamente hablando, podríamos decir que era una plástica representacion del invierno en medio del estío.

Una enorme serpiente negra, muy escueta en sus formas, blanca por debajo del cuello y salpicada con manchas de color amarillo naranja, pesca en la quebrada el pez que los naturales llaman *sardinita* (*chalanopsis*): durante más de un cuarto de hora me miró tranquilamente, sin hacer el menor movimiento; pero espantada luégo por algunos ruídos, se internó entre las hierbas con una presteza y una gracia incomparables.

La trocha, mucho más difícil en la cordillera que la *pica*, se hace cada vez más pesada y difícil, y para que nuestra desesperacion sea completa, las garrapatas no nos permiten descansar en toda la noche, dando lugar á que á la mañana siguiente los hombres, que se encuentran de un humor endemoniado, disputen de nuevo sobre el peso que cada uno ha de llevar. Para igualar las cargas emplean un sencillo medio y una balanza muy poco costosa: suspenden los objetos en los extremos de un palo largo que un hombre tiene sobre el hombro, y así logran equipararlas.

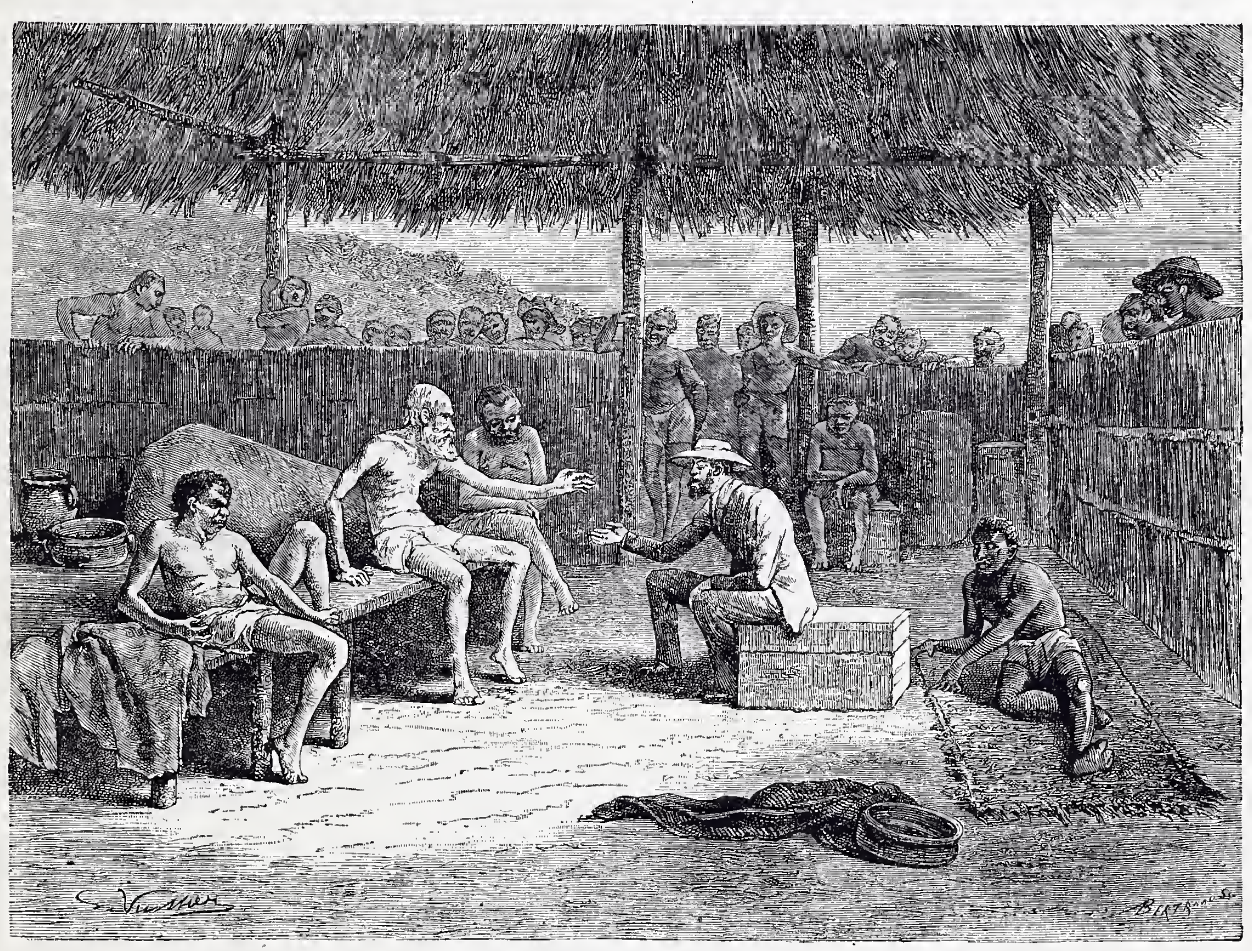
Con objeto de estimularlos y darles la mayor prisa, yo marcho siempre delante: en el momento en que daba la vuelta á una rápida curva que el río forma, ví con sorpresa incalculable que un animal de grandes dimensiones se levantaba repentinamente de un sitio muy próximo al en que yo me encontraba, y que sin manifestar gran precipitacion huyó hacia la colina, deteniéndose á unos treinta metros de distancia: era un magnífico jaguar; pero me encontraba falto de armas de fuego, y confieso que me quedé un poco suspenso, sin saber qué partido tomar; pero esta clase de animales no atacan jamas de frente, y su reputacion de cobardía data de hace mucho tiempo. Sus pelos, erizados por la sorpresa, hacían tomar á su pintada piel un aspecto semejante al del terciopelo; pero abultándole demasiado, lo hacía bastante grueso, y sus formas perdían mucho de la elegancia que le es propia. Despues de haber permanecido inmóvil un buen espacio de tiempo, se internó en la selva, hollando con su paso elástico y ligero los arbustos, las ramas y las hojas secas que con tanta abundancia tapizan el suelo, sin hacer el menor ruído; parecía que apénas tocaba la superficie, y durante un momento me detuve á contemplar su marcha. Un rato despues, habiéndome vuelto por casualidad, lo ví de nuevo, á distancia de unos veinte metros, pues habiendo dado la vuelta penetró en la quebrada, que recorría con la mayor tranquilidad. Por ver si lograba conseguir alguna cosa, llamé á grandes voces á los hombres que me acompañaban, que á mis gritos apresuraron su paso, reuniéndose conmigo unos instantes despues; pero el animal, al vernos reunidos, de un salto pasó el Tiati y de otro, cruzando por entre las raíces, se internó en el bosque, desapareciendo inmediatamente. Cuando esto sucedía, yo tenía preparado mi fusil; pero por más que hicimos todo fué inútil; batimos el bosque en todas direcciones, mas la fiera no volvió á parecer. Segun supimos más tarde, en el mismo día nuestra vanguardia había visto tambien á uno de estas fieras, que tal vez fuera la misma, pues por más que mucho en contrario se haya dicho, estos animales no abundan en aquella region.

Continuamos nuestro camino, tomando, á partir de aquel punto, por un trocha abierta anteriormente por nuestros conductores, que en ciertos trechos se confunde con el río y nos evita muchos malos pasos, aunque algunas veces tengamos que sumergirnos en su cauce.

En toda la selva abunda con profusion el sub-bosque, presentando á nuestra marcha considerables obstáculos que nos retardan: es muy de notar que todas las ramas que vegetan bajo aquellos copudos árboles existen en los terrenos primitivos; pero desaparecen en esquistos arcillosos de más moderna formacion; en los bordes de la quebrada crecen las lianas, tapizándolos con su verde oscuro. La parte más desagradable del camino, y en la que más fatigas, sufrimos, fué en la trocha que conduce al puerto Tiati, que databa de los primeros días de la exploracion, y en la que por consiguiente las hierbas habían

crecido, extendiendo sobre ellas las ramas que al abrirla cortáramos: ademas, en ella bullían las garrapatas, y mis acompañantes no dejaron de llamarme la atencion sobre el ruído que en las hojas secas formaban al marchar aquellas legiones, compuestas de millares de animales.

Desde que habíamos llegado al campo de nuestra exploracion no recordaba que ninguna jornada me hubiera parecido tan larga; en fin, despues de más de dos horas de ansiar vehementemente el descanso, llegamos á la ranchería, donde nuestros amigos nos habían dejado bastantes víveres, dos botellas de vino y algunos huevos. Como era grande mi impaciencia por saber si encontraría en aquel pequeño puerto las dos piraguas que había encargado, corrí hacia el río, y efectivamente allí estaban, en una reducida ensenada que formaba un grupo de rocas ssalientes. Más satisfechos aún que yo se manifestaron los hombres que me acompañaban, pues el mayor descanso era para ellos; de allí en adelante no tendrían que disputar por cuál de ellos llevaría mayor carga y cuál había de ser el que llevara ménos, y ademas no habían de manifestarse cansados ni murmurar de las largas jornadas que se veían obligados á hacer. Al poner el pié en las piraguas, los que horas ántes juraban, blasfemaban y maldecían, daban gracias á María Santísima con el mayor fervor, mostrándose los más recogidos cristianos, y se manifestaban altamente orgullosos de la rapidez con que ha atravesado el istmo por una region absolutamente desierta entre las montañas de que tantos prodigios cuentan y en las que, segun refieren, hay tantos prodigios.

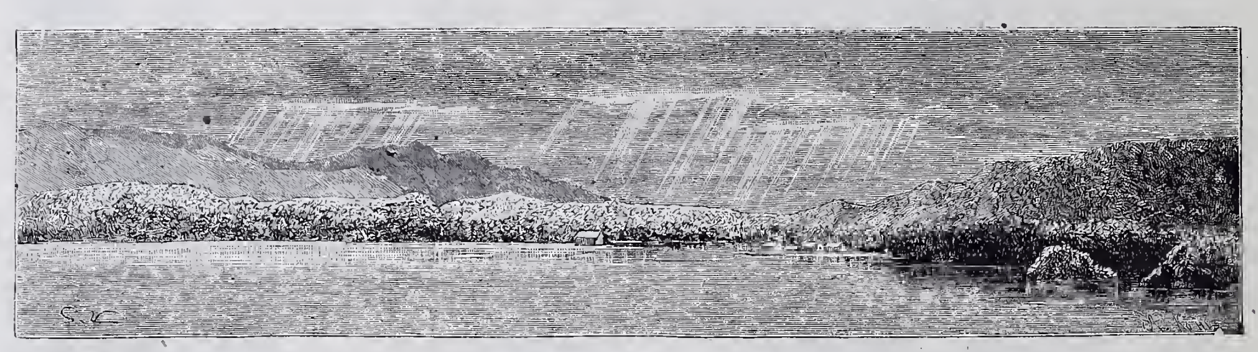


Conversacion con el gran cacique.

Inmediatamente despues de haber tomado algun descanso partimos, siéndonos sumamente difícil la bajada, pues en aquel tiempo el Tiati se halla casi seco, siéndonos, por tanto, preciso arrastrar las piraguas, cosa que tambien nos costó gran trabajo, porque no teníamos *canaletes;* los pozos se recubren de una espesa costra verde, por cima de la que traza la quilla de la canoa un surco en el que se ven las

aguas negruzcas, que despiden un fétido olor. Los caimanes, bastante raros hace un mes, pululan ahora por doquier, y de vez en cuando vemos tambien algunas tortugas que se arrastran penosamente bajo la cálida atmósfera que allí se respira. La mayor parte de estos quelonios pasan en el agua su existencia; otros viven casi siempre en tierra: la especie de mayor tamaño que allí se cría son los llamados *morocoi*, que alcanzan proporciones gigantescas, casi iguales á las tortugas elefantídeas del Madagascar. Estos animales son buscados con gran empeño, á causa de la finura de su carne, que constituye un verdadero manjar; pero sin duda porque están convencidos de que el caldo no será tan bueno ántes del sacrificio, les hacen sufrir las más horribles torturas. Primeramente la vuelven sobre su fuerte concha, cargándole encima del pecho grandes astillas de madera que le impidan volver á su natural posicion: por grande que fuera la lástima que el animal así atormentado me causara, no podía ménos de reirme al ver los esfuerzos y contorsiones que hacía con su cabeza de serpiente y sus patas de rinoceronte. El morocoi entre los naturales es la perfecta representacion de la pereza; así es que algunos de nuestros conductores gritaban á sus compañeros: «Morocoi, vamos á trabajar,» y ellos contestaban: «Imposible: ¿no ves que no tengo ni cabeza ni piés?» Más tarde repetían: «Morocoi, vamos á comer,» y entónces decían: «Al momento; hé aquí mi cabeza y mis piés.»

A pesar de su pereza y de su pesadez, no deja de ser travieso y maligno, como acredita el siguiente cuento. Un día el morocoi apostó con el mono una tanda de bananas y una botella de anisado á que subiría más pronto que él á las más altas ramas de un árbol. En pocos saltos el mono se encontró en el punto á que debían llegar segun la apuesta, y el morocoi, que penosamente se agarraba, procurando vencer las dificultades que se le presentaban, trepó ayudándose de las lianas, hasta el punto en que su su compañero se encontraba, y sin hacer caso de las sangrientas burlas que le dirigía, y sin protestar de cosa alguna, se consideró vencido, confesando que tenía que pagar la apuesta; mas pasado un rato, díjole si apostaba doble á que bajaba más pronto que él. El mono aceptó sin titubear, y dada la oportuna señal para comenzar, el morocoi se lanzó al vacío. Su compañero, aunque con grande agilidad y presteza, comenzó á descender de rama en rama; pero cuando llegó al suelo se encontró con que la tortuga caminaba ya por su pié. El morocoi no fué malvado ni se mostró exigente; se contentó con hacer una pequeña deduccion y demostrar que quitando lo que ántes el mono le había ganado, se contentaba con que éste le abonara una tanda de bananas y una botella de anisado, cosa á la que el cuadrumano asintió, teniendo que darse por satisfecho.



Bahia de Acanti (segunda vista)

Por mal intencionado que pueda parecer, es aún más paciente el morocoi: cuentan que no se sabe cuándo ni dónde una tortuga de esta especie empleó más de diez años en subir una empinada cuesta, y cuando ya se hallaba muy próxima á la cima tuvo la desgracia de que se desencajara una enorme piedra, á la que con sus patas delanteras se agarraba, y que, rodando desde aquel punto, la arrastrara hasta la base. El morocoi, en vez de desesperarse y desistir de su empeño, comenzó de nuevo la ascension diciendo: «Eso te ha pasado por querer ir muy de prisa; así es que esta vez pon cuidado y ves más despacio.»

Cuando llegamos al Tupisa, las canoas comenzaron á marchar con mayor rapidez. Las ardores del sol, que de nuevo comienzan á experimentarse, se me hacen insoportables, y no puedo acostumbrarme á ellos despues de un mes pasado á la sombra y disfrutando del agradable fresco que en la trocha se

experimenta; así es que muy pronto mi cara, mis piés y mis manos estaban quemados. La noche siguiente la pasamos en un islote, por miedo á las garrapatas; pero durante la marcha habíamos recogido tan gran cantidad de ellas, que ninguno de entre nosotros pudo descansar un momento, á pesar de la gran fatiga que nos dominaba.

Al día siguiente partimos al despuntar el alba, y el descenso fué mucho ménos rápido que nos lo habíamos figurado. Las aguas son muy poco profundas, y gran número de árboles atravesados, por encima de los cuales algunas semanas ántes hubiera podido pasar libremente nuestra piragua, nos interceptan ahora por completo el camino: para orillar esta dificultad nos fué necesario descargar la embarcacion y pasarla vacía sobre el tronco, ó mejor aún, sumergirla y pasarla así por debajo de los palos.

Allí tuve ocasion de matar una hormiga-oso *(mirmicophaga lamandua)*, animal extraño, con su larga quijada afilada, de cabeza estrecha, curiosas orejillas y grosera pelusa, con uñas fuertes y puntiaguda cola.

Por fin llegamos al punto de confluencia del Tupisa y del Chucunaque; una porcion de mujeres apénas vestidas, que se ocupaban en pescar, se sumergieron en el agua al vernos llegar, como si hubiera sido una bandada de ranas, llamándonos la atencion lo poco que tuvieron presente el riesgo que corrían, dada la abundancia de caimanes que allí había. Los presumidos señores que ocupaban la segunda piragua, que en su mayor parte eran vecinos de la poblacion á que llegábamos, pasaron más de media hora en hacer su tocado, pues no quieren mostrarse á sus conciudanos sinó con sus mejores atavíos, sus zapatos, calzones y camisas nuevas. Como no era cosa de perder el tiempo en aguardarlos, me adelanté, entrando desde luégo en Yaviza.

M. Sosa se encuentra aún allí, y M. Lacharme está en Pinogana, habiendo regresado ya de sus operaciones en el río Tuno. M. Pouydessean ha estado á la muerte, y áun lo encuentro bastante mal: M. Sosa comenzó desde luégo los preparativos de viaje, pues segun me dijo, había alquilado la piragua *Cartagena*, que debía llegar aquella misma noche.

A pesar de la falta de palabra del patron de la piragua que nos había de conducir, M. Lacharme logró reunirse con nosotros, y abandonamos á Yaviza el 20 por la noche, sin duda por última vez.

En La Palma nuestro buen amigo Gregorio Santamaría, del que tan buenos recuerdos guardábamos, salió á estrecharnos la mano, haciéndonos experimentar su vista una agradable satisfaccion: notamos que en el tiempo que hacía no le veíamos había envejecido bastante, y sus cabellos estaban áun más blancos.

Nuestra canoa, que desde luégo no tiene condiciones para que con comodidad y sin riesgo se pueda efectuar en ella un viaje por río, es de todo punto incapaz para viajar por mar. Sería por demas largo y enojoso que enumeráramos ahora todo lo que sufrimos á causa de la negligencia, fatuidad é ignorancia del patron: apénas sabía manejar los remos ni mandar á los hombres que á sus órdenes llevaba, por lo que, á pesar de su resistencia, tuve que ordenar que nuestros hombres hicieran la maniobra.

Todo es bueno, si bien acaba: por fin llegamos á Panamá el día 25, sólo algunas horas ántes de la partida de MM. Wyse y Verbrugghe.

## XXXIX

Cabalgata fantástica de M. Wyse y M. Verbrugghe entre Buenaventura y Bogotá.—Operaciones de M. Sosa en el valle del Caimito.—Incendio de Panamá.

Por el tiempo á que nos venimos refiriendo, nuestro jefe M. Wyse adquirió la conviccion de que no podía seguir más tiempo encargado de los estudios del futuro canal interoceánico: no queremos decir con esto que su salud, resentida por el excesivo trabajo que tras tanto tiempo sufría, le obligaran á retirarse de nosotros, sinó que por una serie de circunstancias de que hablaremos, era necesaria su presencia en otro punto para que pudiéramos seguir adelante. Durante todo el tiempo que la exploracion duraba, aquel hombre infatigable había sido nuestra alma, se había multiplicado, digámoslo así, y nunca, ni ante las dificultades que más insuperables parecían, había titubeado un momento: fijo siempre en el objetivo que allí lo llevara, había perseverado con sin igual constancia y jamas desconfió de que llegara á ser un hecho la apertura de aquel paso, con el que, cruzándose las aguas de dos mares, había de tener

lugar una de las obras de más consideracion del siglo presente, al par que uno de los beneficios mayores que á la industria y al comercio pueden hacerse. Pero, volvemos á repetirlo, las operaciones practicadas daban lugar á creer que de todo punto era necesario reformar el plan que en un principio se concibiera, y en el que tantas esperanzas se fundaran. Era, pues, necesario de todo punto, como hemos dicho, que M. Wyse partiera para Bogotá, capital de los Estados-Unidos de Colombia, en otro tiempo Nueva-Granada: allí el principal fin que le llevaba era ver de conseguir una próroga en los plazos marcados en el contrato que con el Gobierno colombiano se celebrara, muy especialmente en lo que se refería á la constitucion de la sociedad definitiva, cosa á la que en modo alguno podía llegarse ántes de haber terminado los planos necesarios para la formacion de un presupuesto que aproximadamente sirviera para conocer á qué suma se elevarían los gastos, y tambien había de gestionar la supresion de ciertas cláusulas del mencionado contrato, sobre todo aquellas por las cuales nos habíamos obligado á abrir el canal al descubierto en toda su extension, sin presas y sin túnel alguno. Esta última condicion nos era sumamente perjudicial; el trazado por el San Blas ó por el Tupisa y el Acanti nos exigía practicar un lar-



Operaciones en la sabana del Bernardino.

go subterráneo, y en el caso posible en que las dificultades políticas ó de cualquier otro género nos impidieran seguir un camino paralelo á la vía férrea de Colon á Panamá, sería necesario, quisiéramos ó no, optar por el uno ó por el otro de estos proyectos. Al extender y firmar el contrato que tanto nos perjudicaba ahora y cuyas cláusulas tratábamos de reformar, nos habíamos guiado, tal vez obrando con alguna ligereza, por las afirmaciones que hicieran los que ántes que nosotros habían recorrido aquellas comarcas. Una vez sobre el terreno, pudimos convencernos del número de dificultades de que aquellas estaban plagadas, y claro es que nuestras miras tuvieron que cambiar, poniéndose en relacion con lo que nosotros mismos habíamos observado.

Por otra parte, no había tiempo que perder, y las circunstancias apremiaban cada vez más; M. Parra, presidente de los Estados-Unidos de Colombia, debía, con arreglo á la Constitucion política de aquella federacion, ser sustituído el 1.º de Abril por M. Trujillo, y claro es que, dadas las alteraciones que cada dos años se promueven con esta sustitucion en todas las esferas gubernamentales, y los cambios que en la administracion se dan como consecuencia forzosa y legítima, habían de dar lugar á que el nuevo Gobierno tuviera muchos asuntos de que ocuparse y muchas necesidades en que fijar su atencion ántes que ocuparse de lo que al canal se refería. Ademas, las modificaciones que urgía llevar á cabo en el contrato de concesion no podían ser hechas sinó por medio

de una ley, y las nuevas cláusulas, una vez aprobadas por el ministerio, tenían que ser discutidas en tres lecturas en la Cámara de diputados y en el Senado, y ademas estábamos convencidos de que no serían votadas sin un buen número de enmiendas más ó ménos extensamente discutidas. Esta forzosa tramitacion del asunto que tanto nos interesaba, era necesario que se practicara en el más breve plazo posible, á fin de que las subsiguientes cuestiones que más tarde habían de ocupar á las Cámaras no fueran causa de dilaciones sin cuento.

Ademas, el referido proyecto tendría que pasar muchas veces de una Cámara á la otra, ántes que pudieran formar juício del asunto de que se trataba, y despues ser presentado en dos sesiones en cada una de las Cámaras, todo lo cual exigía mucho tiempo, y el Congreso debía prorogar sus sesiones sólo dos meses despues de la subida al poder de M. Trujillo.

Considerado con suma detencion todo lo que dejamos expuesto, se comprende claramente que no podía dejar de partir M. Wyse. Para llegar á Bogotá siguiendo el camino ordinario, era necesario emplear más de treinta días, espacio de tiempo que muchos creerán exagerado, dado lo que los adelantos de la sociedad moderna ha acortado las distancias, gracias á lo cual pueden contarse por millares las leguas que en tantos días pueden ser recorridas: pero en aquella época del año el gran río la Magdalena está casi seco, hallándose su cauce convertido en una inmensa ciénaga, en cuyos bancos se ve uno detenido y donde á cada paso tropiézase con los troncos derribados, constituyendo esto una incalculable serie de peligros, en los que muchas veces hay gran riesgo de perder la vida, y son necesarias más de tres semanas para subir desde La Barranquilla, puerto marítimo de Magdalena, á Honda, puerto de río que es punto de la escala hasta Bogotá. Cualquiera otro hombre, considerando la serie de circunstancias que en contra de su proyecto tenía, hubiera renunciado á dar por terminada su exploracion en aquel año, prefiriendo aplazarla para el siguiente, en que sabiendo desde luégo lo que tenía que hacer, hubiera podido comenzar por donde debía, orillando las dificultades que se le presentaran con mucha más facilidad; pero M. Wyse estaba seguro de su energía, tenía, con sobrada razon, gran confianza en sus fuerzas, y no desistió ni titubeó un momento acerca de lo que debía hacer.

Acompañado del intrépido Luis Verbrugghe, realizó los preparativos necesarios, que fueron muy breves, y poniéndose en marcha, se trasladó por mar á Buenaventura, situado en la costa del Pacífico, y desde allí siguieron hasta Bogotá, teniendo que andar á caballo más de ochocientos kilómetros, casi la misma distancia que de París á la frontera de Cataluña, y teniendo que atravesar las sombrías gargantas de Dagua, el tórrido valle de Cauca, donde el sol todo lo arrasa y lo seca, las eternas nieves del Quindio y la ardiente llanura de la Magdalena, internada considerablemente en la montaña; para todo esto tuvieron que subir tres cordilleras, y por último una cuarta, realizando este verdadero prodigio, que tal vez ántes que ellos ninguno intentara, en once días, cosa, si no imposible, difícil al ménos de creer, dado lo poco que dos hombres, por bien pertrechados que vayan, pueden contra la innumerable serie de obstáculos que presentan aquellos abruptos desfiladeros, que pocos fueron los que los pisaron, y lo poco apta que nuestra naturaleza, por la falta de costumbre, es para soportar los rigores de los climas que sucesivamente se tienen que atravesar y sufrir los bruscos cambios que con frecuencia se experimentan en aquella temperatura.

Se necesita estar animado del poderoso espíritu que sostenía á aquellos hombres para poder llevar á cabo aquella cabalgata, que por sus condiciones podemos desde luégo llamar fantástica. Aquellas carreras fueron terribles, durando una de ellas veintidos horas. ¡Aquel día recorrieron ciento treinta kilómemetros! El 13 de Marzo entraban en Bogotá, la Atenas de la América del Sur, y tal prisa y maña se dieron; hasta tal punto comprendieron la necesidad, y lo mucho que ésta les obligaba; tan poco fué el descanso que debieron permitirse, que el 20 de Marzo se dió por terminado el tratado y el 28 de Mayo despues de discutirlo muchas veces y hacerle sufrir un considerable número de enmiendas, despues de haber pasado por comisiones, debates y lecturas, el contrato fué aprobado por las dos Cámaras y sancionado en buena y debida forma.

¿Qué es más de alabar: la resistencia, la paciencia, y la fuerza muscular de Wyse y su compañero, gracias á lo que se han podido sostener por aquel peligroso camino al traves de las breñosas tierras, ó la habilidad diplomática, la inteligencia de los negocios en que se ocupaba y el conjunto de condiciones, gracias á las que se ha podido terminar en seis semanas tal negociacion? ¡Qué de fuerza y saber! En esta ocasion es el admirador el que habla, no es el amigo. Si bien se considera, ambas cosas unidas dan lugar á la admiracion que manifestamos, y ambas cosas han de contribuir ciertamente á que mayor sea la gloria de que disfrutaba ya su esclarecido nombre; pues si se atiende á la rapidez con que el viaje fué realizado, y á la gran actividad que desplegaron, sin solucion alguna de continuidad, en la que no pudieran tomar ningun descanso, hay que conce-

der desde luégo que son hombres extraordinarios, en los que ninguna influencia pudieron determinar los riesgos, los peligros, lo arduo del asunto que les ocupaba, la falta de conocimientos y de personas que gustosas se prestaron á secundar sus proyectos, pues, en una palabra, ellos, y sólo ellos, tuvieron que hacerlo todo.

Las instrucciones que M. Wyse me dejara al partir para Santa Fe de Bogotá me prescribían hacer los necesarios estudios para poder determinar la posibilidad de un trazado, partiendo de la vertiente del Atlántico el valle del Chagre y el de uno cualquiera de sus tributarios, y la del Pacífico, la depresion ocupada por el río Grande, que desemboca cerca de Panamá, ó cualquiera de aquellos que recorren los ríos Bernardino, Cope, Aguacate, Congo, que todos ellos son afluentes del río Caimito. En estas investigaciones dejábame completa y absoluta libertad para



M. Luis Verbrugge.

que comenzara éstas por el punto que más conveniente me pareciera, cosa difícil de apreciar en un momento, y en la que cualquiera decision había de reportar consecuencias, por lo que todo mi cuidado fué procurar que fueran buenas.

La exploracion de más importancia era, sin que quepa dudarlo, la de la línea Chagres-Rio Grande, porque siguiendo este camino se aprovechaban los valles más bajos y anchos, así como tambien la proximidad de la vía férrea, elemento de mucha importancia por la cuestion de trasportes y acarreos, que había de ser causa de que los trabajos pudieran realizarse con bastante más celeridad y mucho ménos coste. Gracias á la amabilidad y finura de M. Mozley, subintendente de la vía férrea de Colon á Panamá, pudimos consultar los planos de esta línea, que fueron para nosotros una importantísima fuente de conocimientos. El día 4 de Marzo decidimos al fin que M. Lacharme permanecería en Panamá para acabar de estudiar con toda profundidad y acierto aquellos planos de que tanto partido podíamos sacar; M. Sosa y yo operaríamos en la region del Caimito, importante tambien bajo distintos puntos de vista. Luégo que nuestro amigo hubiera terminado la mision que, fiados en sus conocimientos y buen juício, le encomendábamos, emprenderíamos juntos la exploracion y estudio de la línea Chagres-Rio Grande, y si la estacion de las lluvias no se anticipaba y nos dejaba tiempo bastante, iríamos á concluir la exploracion del cauce del Caimito y los valles que le corresponde en la vertiente opuesta.

Esta division del trabajo nos pareció á todos la más conveniente para conseguir lo que deseábamos, reducido á obtener lo más posible en el menor espa-

cio de tiempo, cosa que perfectamente podía realizarse, dado que los detalles y referencias que M. Lacharme pudiera escoger en los planos que M. Mozley nos había proporcionado, simplificaría mucho nuestras operaciones en la region que más importaba conocer. Por desgracia, el día que habíamos de comenzar nuestra expedicion en el órden propuesto me ocurrió un incidente que me obligó á guardar cama; al dirigirme á Matancillo, situado del otro lado de la sabana de Panamá, lugar hasta donde casi todos los días los panameños van de paseo, y donde sólo pueden tomarse agradables baños en los alrededores de la ciudad, tuve la mala fortuna de caer del caballo y lastimarme fuertemente: esto fué causa de que M. Sosa saliera solo de Panamá el 5 de Marzo, llegando al medio día á la embocadura del Caimito, al sitio que llaman Puerto de la Chorrera. Aquella noche misma



M. Sosa.

llegó hasta Chorrera para proporcionarse un guía y algunos conductores que le eran de todo punto necesarios. A la mañana siguiente emprendió los trabajos, y con una paciencia y un desinteres que nunca será bien alabado, realizó las operaciones, llevándolas todas adelante, y al mismo tiempo, manejando el traqueómetro y el nivel de burbuja de aire, haciendo los croquis y dirigiendo la trocha.

Su punto de partida fué el lugar hasta donde llegan las altas mareas en el río Bernardino. Como es sumamente difícil, por no decir imposible, seguir el cauce del río que en casi toda su extension es profundo y estrecho, M. Sosa siguió remontando por todas aquellas numerosas sabanas que cubren el país. La hierba en aquella estacion está ya completamente seca, pues nada hay que pueda conservar frescura bajo la accion de aquellos devastadores rayos de sol que todo lo destruyen. Para hacerla crecer con más vigor y fuerza en la estacion siguiente, pudiendo de este modo procurarse mejores y más abundantes pastos, así como tambien con el fin de que la floresta se haga de todo punto intransitable, los propietarios ponen fuego á aquella hojarasca, y pocas horas bastan para que en una extension de bastantes kilómetros quede reducida á ceniza. El incendio pasa con tal rapidez al traves de los cortos tallos, que no hay tiempo material para que pueda atacar los islotes formados por hermosos y frondosos bosques que perfectamente se conservan y permiten abrigarse al ganado en las horas del fuerte calor. En aquel terreno, seco y completamente desnudo, las operaciones marchan con suma lentitud, siendo mucho más difíciles de llevar á cabo que en los terrenos quebrados y montañosos por que ántes hemos an-

dado, á causa del sofocante calor que se experimenta, y porque al menor soplo de aire que se siente levántanse unas nubes de ceniza acre y picante, que producen muchas enfermedades de garganta, bastante dolorosas. En ninguno de aquellos puntos que recorrimos dejan de tocarse graves ineonvenientes, que no pueden ser eehados en olvido cuando trate de determinarse y apreciarse el tiempo que allí invertimos.

El 7 de Marzo por la mañana, encontrándome ya bastante más aliviado, pude dejar la cama y oeuparme, aunque bastante poco todavía, de algunas operaciones y cálculos de los que tenía datos recogidos en mi última exploracion. M. Lacharme se hallaba tambien bastante entretenido con el estudio de los planos de la vía férrea, y juntos nos dispusimos á pasar el día en nuestra habitaeion del Gran Hotel. Cuando más distraídos nos hallábamos en nuestros asuntos, vinieron á llamar nuestra atencion las detonaciones de un rewolver, que se sintieron bastante eerea. En Panamá son pocos los que por esto se alarman; así es que por sí solas hubieran pasado desapercibidas, si momentos despues no se hubieran escuchado las voees de «¡fuego! ¡fuego!» que, dadas á distancia de unos cien metros, nos hicieron levantar, abandonando nuestro trabajo. Extraña y rara cosa es, pero muy cierta, que el terror ó el miedo prestan no sé qué acento á la voz humana que pareee crecer, y allí pudimos comprobar esto una vez más, pues á pesar de la distancia y del ruído propio de la hora en una poblaeion como aquélla, los gritos llegaron hasta nosotros claros y distintos, eomo si los hubieran proferido en la puerta de nuestra habitacion.

Inmediatamente eorrimos á la ventana para ver de averiguar dónde era el siniestro: de todas partes se dirigían hacia el Gran Central Hotel, sucursal del que nosotros ocupábamos, y donde se amontona la gente, delante de la parte ocupada por el notable doetor Gratochville. Algunos segundos despues vimos elevarse de la farmacia un torbellino rojizo, que hizo chisporrotear los vidrios y las maderas del balcon. Por más que fijábamos nuestra atencion, no podíamos distinguir ni llama ni humo, pero veíamos el interior como un horno ardiente; todos los intervalos ó espacios, todos los objetos qne se distinguen al traves de las eolumnas de aire enrarecido, se retuercen, se agitan, desaparecen ó eambian de forma. Por más que se haga, á juzgar por lo que puede verse, no se conseguirá extinguir aquella terrible hoguera; todo lo más que podrá obtenerse es aislarla, evitando que el incendio se propague, y á esto tienden cuantos esfuerzos se haeen.

En cuanto á nosotros, el primer deber en que nos creemos es preservar los estudios y los trabajos, los instrumentos de la compañía del canal, los documento, los mapas, fruto de dos años de trabajos. Triste hubiera sido que tras tanto tiempo de trabajar y sufrir, tras tanto como nos había costado luehar con aquella naturaleza y aquel suelo, tras tantos obstáeulos veneidos y tantas fatigas sufridas, nos hubiéramos encontrado en un momento como el primer día que desembareamos en Colon, teniendo que volver á comenzar. En este temor, dándonos cuanta prisa podíamos, procuramos meter todos nuestros útiles y trabajos en las maletas, así como tambien los efectos de MM. Wyse, Verbrugghe, y los que nos pertenecían. Inmediatamente que lo tuvimos todo dispuesto y embalado, M. Lacharme salió en busea de algunos mozos que los trasladaran á lugar seguro, pues era muy de temer, dadas las proporciones del incendio, que se propagase á las casas contiguas, pudiendo entónces muy bien alcanzar á la que ocupábamos. Al rededor mío y en un momento mis vecinos de hotel abren precipitadamente las puertas de sus cuartos, colocando sus equipajes en el eorredor, y huyendo con lo de más precio y con todo aquello que en más estima tenían. La confusion y los gritos aumentan en la ealle; el arrabal ó barrio entero se agolpa en la ciudad; aquel es un verdadero día de fiesta para los que allá viven, y que con seguridad no saldrán del bullicio promovido con las manos vaeías. En todas partes dan de beber coñac y anisado á los que voluntariamente se ocupan de apartar los muebles y efectos de las casas próximas á la del siniestro. ¡Cuántas copas que beber y cuántas monedas que tocar! ¡Qué de objetos sin dueño, qué de cosas aprovechables que reeoger en medio de la tormenta!

Pudimos observar que desgraciadamente allí, con los incendios, sucede lo que en todas partes; sobre llegar siempre bastante tarde los auxilios, cuando llegan, todo se vuelve júcios contradietorios y órdenes en contradiccion las unas con las otras; cada uno manda cosa distinta, y en tanto la confusion crece, el bullicio aumenta, los que verdaderamente se hallan animados del deseo de ser útiles en algo no saben qué hacer ni qué partido tomar, y miéntras los merodeadores, que nunca faltan, disimulan sus intentos, lo destrozan todo, procuran dar al hecho mayores proporciones, simulan mayor mal que el que en realidad existe, y aprovechándose de la confusion que reina, hurtan y roban cuanto pueden. Muchas veces allí, como en cualquier lugar, hacen más daño que el fuego mismo las descabelladas medidas que se toman y el interes que no pocos manifiestan, pues querer poner á salvo los objetos en uno de estos lances desgraciados es hacerse mayor daño,

dado que, ó por completo se destroza, ó desaparece totalmente.

Momentos despues de haberse dado la voz de alarma, el Gran Central Hotel era una enorme pira: por todas las puertas y por todas las ventanas se veían salir las llamas rojo-amarillas en un principio, y que á una mayor elevacion se tornan de color rojo-sangre, perdiéndose luégo en una inmensa nube de negro humo.

Algun tiempo despues un ruído sordo y profundo domina repentinamente el rugido del incendio, los chasquidos de los muros, los crujidos de la madera y los gritos de la multitud que allí se agolpa; son los techos que se hunden. Es allí tan rápida la marcha del incendio, que una señora que habitaba en el cuarto segundo y que comenzaba á vestirse en el momento en que se daba la voz de alarma, no tuvo tiempo de acabar, y tuvo que salir medio desnuda, obligada por las llamas que la cercaban por todas partes En aquella casa, cuya extension era de más de veinte metros, sólo á fuerza de grandes luchas y trabajos pudo conseguirse salvar á un inválido que habitaba en el primer piso, por la parte opuesta á la tiendadonde se declaró el incendio. De esta manera sucede que en ciertas ocasiones se han dado incendios que han destruído manzanas enteras y calles en toda su extension, sin que los esfuerzos hechos hayan podido lograr atajar el mal.

Los restos incandescentes caen como bombas en el barrio más bello de la ciudad; las casas se encienden y arden, el fuego ruge por todas partes, amenazando seguir en su vertiginosa carrera y destrozarlo todo, cosa que más de una vez ha sucedido á los panameños. En el Gran Hotel, M. Loew lo ha puesto todo en conmocion para ver de salvar la propiedad; como á nadie le interesa más que á él, no pára ni descansa, corre de un lado para otro, sin descansar un momento, vigilándolo todo, procurando que la maniobra esté bien servida y cuidando que cada uno atienda á las precauciones que deben ser tomadas, para que el mal sea menor en lo posible. Su máquina de vapor hace funcionar con gran celeridad á las bombas que se alimentan de un depósito que, bien calculado, dura cuatro horas, y que puede ser repuesto en breve espacio, sin que falte, por mucha que sea necesaria. El agua, cayendo constantemente sobre los techos, forma una costra preservadora sobre la parte baja del interior del alero que sobresale de la casa; en varios puntos algunos agujeros permiten ahogar las llamas que comienzan á prenderse, y regar las paredes y balcones. A pesar de tantos esfuerzos como se realizan, no deja de encenderse por algunos puntos; pero siendo trechos aislados, pueden apagarse con suma facilidad.

No es sólo la existencia de aquel bello establecimiento la que se encuentra amenazada, sinó toda la larga fila de casas de aquel lado de la ciudad que separa del lugar del incendio: éste ha devorado ya tres cuarteles de Panamá; si el Gran Hotel cede, la ciudad entera está perdida. Cada vez que una bocanada de llamas ó de humo, impelida por la brisa, va á dar sobre el edificio que á los demas protege á causa de su elevacion, un terror inmenso se apodera de la multitud aglomerada allí, testigo de la grandiosa furia del fuego. El presidente del Estado y todos los miembros del Gobierno están allí presentes, dictando disposiciones, dirigiendo los trabajos y cuidando de que el órden no se altere lo más mínimo, así como tambien que sea lo ménos posible aquello que desaparezca por causa de las circunstancias. Un batallon de soldados que guarnece á la poblacion está armado de hachas, y los aparejos de los buques anclados en el puerto han sido bajados á tierra para utilizarlos en lo que puedan servir; como lo que más urge es aislar los edificios para que las llamas no puedan hacer presa, cortan con prodigiosa rapidez aleros y balcones, derribando las casas que parecen más amenazadas; algunos atrevidos llegan á fijar en las gruesas vigas maestras que sirven de sosten, unos agudos garfios sujetos á gruesas cadenas de hierro, á las que se agarran centenares de hombres, tirando hasta que logran arrancarla, cosa que varias veces ha sucedido, con lo cual, como se comprende, se quita mucho combustible á las llamas.

Es inútil, de todo punto imposible, pensar en extinguir directamente el incendio, ó preservar tal ó cuál construccion fuera del Gran Hotel, que se defiende tenazmente: en un abrir y cerrar de ojos el fuego destroza por completo aquellas casas, apiñadas las unas contra las otras, y en las que, más que la piedra, entra la madera resecada por los ardientes rayos de sol que todo la abrasa y lo consume.

Uno de los cuarteles de la ciudad, en los que el fuego había ya hecho presa, hubiera podido ser salvado; pero como en muchas poblaciones sucede, el ayuntamiento no dispone ni de una bomba siquiera. Descuido imperdonable, dado lo frecuente que son allí los incendios y las proporciones que en un momento toman, por las circunstancias especiales de la ciudad: la empresa del ferro-carril hizo venir la suya, que llegó desde Colon sólo en cinco cuartos de hora. A más de lo mucho que por la especial manera de construír se prestan aquellas casas á ser devoradas por el fuego, tienen los panameños en su contra que, excepcion hecha de la pólvora, no hay disposicion alguna que prohiba almacenar y retener allí los demas combustibles; así es que á cada momento se oyen crujir, produciendo grande estrépito,

los barriles de alcohol y las latas de petróleo; se escuchan tambien las detonaciones de las cajas de fuegos artificiales, de cápsulas y cartuchos, materias inflamables que alimentan más y mas la hoguera aquella, que crece por momentos hasta el punto de verse hecho cada almacen un candente horno. No habrá ciertamente nadie que, habiéndolos escuchado una vez, olvide los desgarradores gritos en que prorumpen las mujeres medio locas á la vista de tanta desgracia y que forman un cuadro terrible; los hombres guardan con su presencia los fardos en que se hallan los objetos que pudieron salvar de las llamas, ó miran tristemente, con los labios apretados, cómo el fuego destroza lo que tantos sudores les costara ganar. Todo es allí desolacion, llanto y ruína; hombres y mujeres prorumpen en agudos gritos; cada vez que las llamas invaden un nuevo edificio, procuran consolarse los unos á los otros, pero todo en vano.

Luégo que hubimos puesto en seguridad los equipajes, y que logramos estar convencidos de que nada teníamos que temer, procuramos ayudar con toda nuestra fuerza á los infelices que más lo necesitaban, viendo alguna vez logrados nuestros deseos de ser útiles.

A pesar de todo, el incendio seguía haciendo el vacío en todo su al rededor, cada vez con mayor rapidez, y sin que nada lograra detenerlo. Sólo al cabo de tres mortales horas de angustias infinitas, señaladas por desastres casi incalculables, en las que el Gran Hotel había resistido, el fuego cesó en sus destrozos y se extinguió bajo los escombros, que aún siguieron ardiendo uno ó dos días.

Muchas de las casas donde habíamos sido recibidos con sin igual caballerosidad y cortesía desaparecieron, inclusa la que servía de habitacion al señor obispo, y la de nuestro compañero Sosa, que, bien ajeno de lo que ocurría, estaría engolfado en la continuacion de las operaciones cuyo encargo recibiera con tanto gusto. En esta última, que fué de las primeras á donde el fuego había llegado, no se pudieron salvar los muebles sinó tirándolos por las ventanas del cuarto segundo: era, pues, necesario, ó hacerlos pedazos, ó verlos consumir por el fuego, y el hermano de nuestro amigo prefirió esta segunda alternativa, dado que las dos conducían al mismo fin; pero en el natural atolondramiento que el siniestro produjo, olvidóse de la habitacion del explorador y de todo lo que dentro de ella había. La Sociedad del canal interoceánico ha perdido allí algunos documentos, pero por fortuna de los ménos importantes, algunos cuadernos con datos para operaciones traqueométricas, otros con croquis y planos del Mamoni y del Tiati, y ademas una numerosa coleccion de ejemplares mineralógicos procedentes de la region del Darien.

A la mañana siguiente, cuando las cosas fueron puestas en órden y se limpió el hotel de M. Loew, pudimos de nuevo llevar á él nuestros equipajes y seguir nuestros trabajos, bruscamente interrumpidos el dia ántes. En la confusion, sólo habíamos perdido nosotros algunas cajas pequeñas y otros efectos sin valor; en suma, pérdidas insignificantes, dado lo que habíamos presenciado y lo que hubiéramos tenido que lamentar si por desgracia el fuego hubiera comenzado por el lado opuesto al que comenzó.

## XL

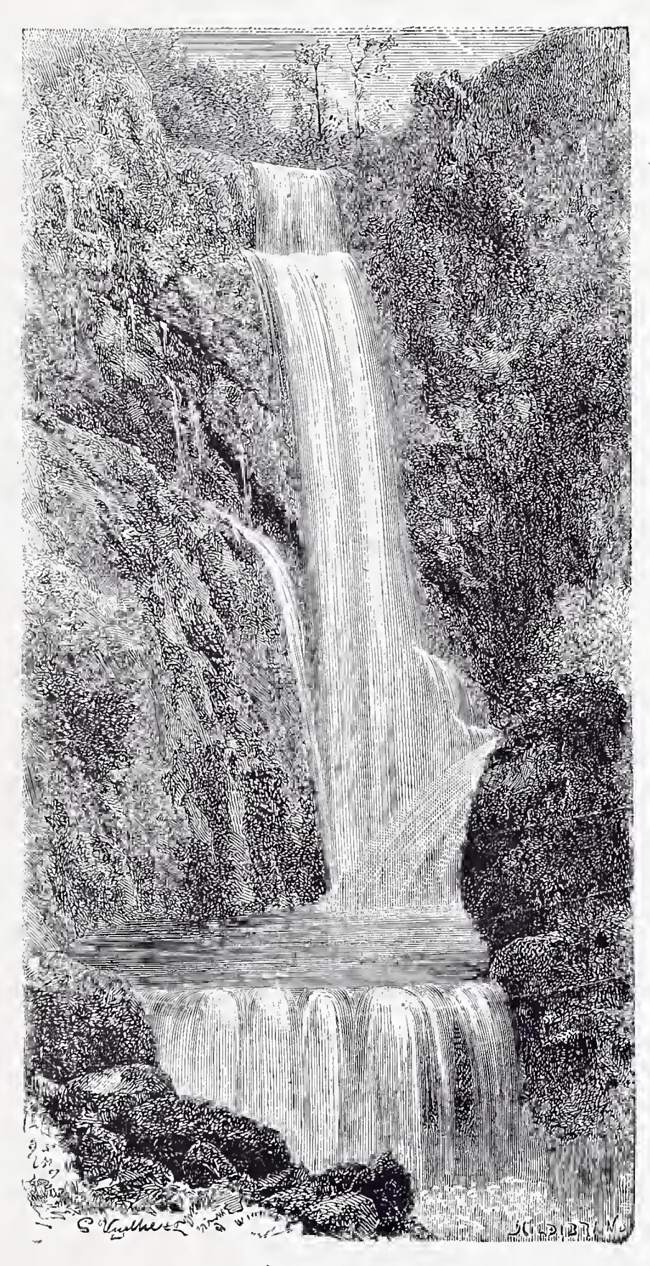
El río Caimito.—Reconocimiento practicado en el Bernardino, el Copo y el Aguacate.—La hacienda modelo «La Constancia.»—Robaños de bueyes del Istmo.—Los garrapateros.—Los vaqueros y sus lazos.

Estando restablecido por completo, hasta el punto de hallarme perfectamente bien, el lúnes de la semana siguiente abandoné á Panamá para unirme en el más breve plazo posible á M. Sosa en el valle del Caimito. En alta mar el viento me fué desfavorable; la ballenera tenía sumamente mal dispuesto el bauprés, la brisa era un tanto fresca, y todo reunido dió lugar á que, á pesar de nuestra impaciencia, el viaje se retardara, no siendo posible llegar á Puerto de la Chorrera ántes de las diez de la noche.

A la mañana siguiente remontamos en canoa el Caimito: este pequeño río forma en aquella parte una série de meandros, cuyos cuellos son tan estrechos, que en la estacion de las lluvias apénas crece un poco la corriente del río, cuando quedan cubiertos por completo. A juzgar por lo que puede observarse, no había de pasar mucho tiempo sin que le abrieran un nuevo cauce, á no impedirlo la laberíntica red de tallos aéreos y subterráneos de los paletuvios que detienen á los árboles arrastrados por la corriente,

con lo eual forman al Caimito unas vallas que hacen imposible que pueda desviarse de su cauee natural.

El valle, bajo y pantanoso, es aún en su parte inferior del dominio de la selva vírgen; pero en la parte árida del río que llaman Martin Sanehez, el terreno areilloso no permite en manera alguna que agarren las raíces de los árboles, no produeiendo en él más que la *guagafa*, planta que llama la ateneion por sus enormes hojas. De tiempo en tiempo las últimas eolinas que le rodean se eierran bastante, pero



Caída del río Cope.

dejando siempre entre ellas sufieiente espaeio para que pueda abrirse un ancho eanal.

A la parte abajo del punto de eonflueneia del Caimito y de las aguas reunidas del Bernardino y del Aguacate, se eneuentra una playa de arenas viseosas, sobre las que vimos tendidos al sol y dormidos unos sesenta aligatores. Desde léjos eualquiera podría pensar eran un monton de eortezas espinosas que las aguas habían arrastrado, dejándolas en seco al retirarse. Ya hemos dicho en otras oeasiones que estos animales nunea atacan á ninguna embareaeion, por tenerlo así confirmado la experieneia; mas á pesar

de todo, ni áun el más valiente se atreve á aproximarse, y el más atrevido y más confiado no puede evitar que su corazon lata apresuradamente cuando su canoa pasa cerca de tal reunion de monstruos. Nadie piensa siquiera en dispararles una bala, tanto por comprender lo sumamente difícil que es causarles daño con un proyectil, dadas las condiciones de la coraza que les sirve de piel, cuanto porque alcanzarlos podría ser en extremo perjudicial, dado que, puestos en confusion, un movimiento de su cola bastaría para hacer pedazos una embarcacion. Cuando por casualidad se divisa, aunque sea de léjos, una reunion de monstruos de esta naturaleza, lo primero que se procura es aproximarse lo más posible á la orilla opuesta: para asustar al enemigo, gritan, vocean, lo llenan de insultos y de injurias como si pudiera entenderlos, y al propio tiempo golpean fuertemente contra la piragua. Tal estrépito da lugar á que los caimanes se sacudan un poco, saliendo del letargo en que parecen sumidos, y los unos mueven pesadamente la cabeza, mirándonos perezosamente, en tanto que otros marchan á cortos pasos hacia la orilla, sumergiéndose en el agua sin ocultar por completo sus repugnantes mandíbulas ni las rugosidades en forma de dientes de sierra que ostentan en su lomo, que dejan divisar sobre la superficie del agua.

Un cuarto de hora despues, habiendo tenido que vencer no pocos obstáculos en aquella navegacion, á causa de la débil corriente que por causa de la estacion arrastraba el río, y que dejaba al descubierto un considerable número de árboles caidos y rocas salientes, nuestra embarcacion enfiló por el Bernardino, río estrecho y de cauce tortuoso, deteniéndome en la aldea que el mismo nombre lleva. Esta, como casi todas las que existen en aquella comarca, es pobre y miserable. Sus casas, más que tales, son chozas, donde confundidos y revueltos viven todos los individuos de una familia, dedicados en su mayor parte al cultivo de algunas porciones de terreno, con lo que sólo pueden atender á la satisfaccion de sus necesidades, y otros á la busca del cautchouc y la tagua, que ya escasea, efecto de los males que en otras ocasiones hemos lamentado. Sólo la necesidad ó la costumbre, aunque más puede ser efecto de no haber visto nada más allá del lugar en que nacieron, es lo que puede dar lugar á que aquellos séres habiten allí, manifestándose conformes y contentos, cuando tan faltos de comodidades se hallan. Allí pudimos convencernos una vez más de lo poco que la Naturaleza exige al hombre y de lo mucho que el hombre necesita luégo que la vida en sociedad le ha impuesto las atenciones y deberes con que le grava. Comparados los habitantes de aquellas aldeas con los que viven en los grandes centros de poblacion, no cabe dudar un momento siquiera que su existencia es más feliz y tranquila que la de éstos. Reducidas sus atenciones á cortísimo número, viven con desahogo del fruto de su trabajo, sin ideas que les preocupen ni atormenten, que es ciertamente lo que da tranquilidad de ánimo bastante para poderse creer dichoso.

En aquella aldea preguntamos por el paradero de nuestro amigo, que en sus operaciones debía haber pasado por ella, y nos dijeron que M. Sosa se encontraba el día anterior en el *potrero* de D. Silverio Gonzalez. Un muchacho que pude arbitrarme por guía me condujo por el camino más corto y fácil al punto indicado, donde tuve el gusto de encontrarlo entregado á su tarea. Mal de mi grado, érame forzoso en aquella ocasion ser portador de malas nuevas, y tuve, por mi desgracia, que confirmarle la noticia de que su casa se había quemado, destruyéndole todo cuanto poseía. Digo confirmar, pues ya había llegado á conocimiento de M. Sosa algo referente al incendio terrible que en Panamá ocurriera; cosa á la que él no había querido dar crédito alguno, mucho más cuando el desastre era tan considerable que apénas si viéndolo se alcanzaba su posibilidad.

A partir de aquel punto, seguimos las operaciones en compañía, encargándome yo del nivel de Egault y de la direccion de las trochas, y continuando él con el traqueómetro y todo lo concerniente para poder levantar el croquis. Pasada una estrecha y reducida garganta, el río acelera su corriente hasta el punto de hacerla bastante impetuosa. Por la noche pedimos hospitalidad á un pobre pastor, llamado Melo, el cual nos la dió, procurando atendernos de la mejor manera que le fué posible.

A medida que avanzamos, el valle se estrecha más y más, elevándose al propio tiempo, de tal modo que llega á convertirse en un simple cañon: bien pronto aparecen las cascadas saltando por encima de verdaderas rocas doleritas, pudiendo comprobar que al pié de la primera la altura es ya de 1,64 metros. En aquel punto deben terminar nuestras operaciones por lo que se refiere al alto de Bernardino, y sólo seguimos adelante, hasta llegar á lo alto de una loma, para llevar á cabo ciertas comprobaciones que nos son de todo punto necesarias. Desde aquella altura gozamos de un encantador golpe de vista, siendo admirable el panorama que se despliega ante nuestros ojos: dominamos el extenso valle que fertiliza el río Caimito, dividido en tres brazos, cuyas aguas se deslizan apaciblemente por sus estrechos cauces; á lo léjos, sobre las agitadas ondas del brillante mar, se divisan, formando

un gracioso grupo, las islas Tabogas, que semejan gigantescos cisnes posados en la superficie trasparente de un espejo; á nuestra derecha, en la línea azul oscura que se distingue al fondo, se divisan las últimas cimas de las cordilleras, el cerro de la Trinidad, y aquel paisaje, en cuya contemplacion nos absorbemos, tiene aún más encantos con la indecisa luz del crepúsculo de la tarde que se inicia en medio de la soledad que nos rodea y en el absoluto silencio que reina, que apénas nada interrumpe, si no es el ruido que en la hojarasca hace algun insecto que pasa, ó las hojas que chocan al menor impulso del aire que sopla. Terminadas nuestras operaciones, y habiendo recogido las notas y datos que nos eran necesarios para nuestros cálculos, al caer la noche volvimos á la casa de D. Silverio Gonzalez, donde habíamos de hallar el descanso de las fatigas experimentadas durante el día.

Al siguiente, desde muy temprano, comenzamos el estudio de la variante por el río Cope, que es el principal afluente del río Bernardino: á sus fuentes corresponden, en la otra vertiente de la línea divisoria, las del río Paja, tributario de Paño-Quebrado, que se une al Chagres algunos kilómetros más arriba del puente de Barbacoa. En este trabajo tampoco empleamos más que dos días, pues allí tambien la curva se estrecha bien pronto; siguen inmediatamente los rápidos violentos, viniendo en seguida las cascadas de bastante altura, comprimidas por murallas que parecen cortadas á pico. Despues de la primer cascada que se encuentra, hay un ancho estanque, en el que las aguas detenidas parecen negras á la vista, no porque lo sean, sinó por la oscura sombra que sobre ellas proyectan las paredes que lo forman, demasiado juntas las unas á las otras: más léjos, formando un admirable contraste, la garganta se ensancha un poco, y la luz del sol hace brillar la segunda cascada, inmensa ola de espuma blanca como la nieve que se levanta á una considerable altura. Cuando terminamos tambien en aquella parte nuestros trabajos, volvimos á la casa donde habíamos estado alojados, y donde tan bien nos trataran, á fin de despedirnos y marchar inmediatamente por la sabana á la hacienda «La Constancia,» situada en los bordes del Aguacate. Este río, del que debíamos hacer el estudio del valle que riega y determinar el trazado de su corriente, tiene su nacimiento cerca de la fuente del río Mendingo, reuniéndose con aquél por encima del confluente del Chagres.

Dejamos á la izquierda el famoso *camino real* que desde Panamá conduce á David, en la provincia de Chiriquí, y bien pronto llegamos á la selva leñosa que por ambos lados bordea el Bernardino. Despues de pasar el río se extendió ante nosotros un nuevo prado, cuya superficie, bastante desigual, presentaba á nuestra vista muchos graciosos bosquecillos: en la cima de una colina, á dos kilómetros próximamente del punto en que nos encontrábamos, distinguimos una gran casa de un solo piso y cubierta con tejas, en la que desde luégo reconocimos la magnífica hacienda «La Constancia.»

Aquella hermosa finca es propiedad del señor D. Francisco Hurtado, miembro de una de las familias criollas más antiguas y más distinguidas del país, quien con una exquisita finura la puso desde luégo á disposicion de la comision exploradora.

Tan pronto como el mayordomo hubo leído la carta que le presentamos, y que nos daba á conocer recomendándonos al propietario, nos presentó todas las llaves y nos ayudó á escoger las habitaciones más confortables y mejor dispuestas: la antigua fórmula, *la casa está á la disposicion de V.*, que con frecuencia se cita como ejemplo de la exageracion castellana, es aquí una perfecta verdad; nada, absolutamente nada pudimos echar de ménos, y el recuerdo de aquella franca, leal y cariñosa hospitalidad no se separará jamas de nuestra mente. En la mesa del propietario ausente comimos sus víveres, nos acostamos en su cama, gozamos de su hamaca, y esto siempre igual, del mismo modo, desde el primero al último día que duró nuestra permanencia en el valle del Aguacate. Cada noche, cuando cansado por las fatigas del rudo trabajo que sobre nosotros teníamos, volvíamos á la hacienda, podíamos contar con la seguridad de hallar dispuestas la mesa y la cama. Cuando el mal se ha pasado y puede compararse con el bien de que se disfruta, es cuando verdaderamente se aprecian sus ventajas: en muchas de aquellas noches recordábamos tantas otras como al volver al campamento establecido no teníamos más que poca y mala comida para alimentarnos, y el duro suelo ó la incómoda hamaca para pasar la noche. En «La Constancia» no teníamos nada que temer: la alimentacion abundante y bien condimentada, el abrigo contra la intemperie, y más que nada la segura garantía que la limpieza que por todas partes se advertía nos daba contra las nubes de tantos distintos insectos como en el campo nos habían mortificado, privándonos del descanso y de la salud, como tuve que lamentar cuando la invasion que en nosotros hicieron las terribles garrapatas.

El domingo siguiente, el Sr. Hurtado llevó su amabilidad hasta el extremo de venir de Panamá con M. Lacharme para hacernos una visita en su propio domicilio. Por más que hicimos no pudimos conseguir que nos considerara como sus obligados y agradecidos, pues á la fuerza él quería ser el que



Grupo de vaqueros.

debía manifestarse agradecido y hasta orgulloso de que individuos de una comision tan distinguida hubieran aceptado su casa.

El domingo lo pasamos del todo agradablemente en la hacienda: fué un día de descanso y de verdadero recreo. El Sr. Hurtado nos enseñó, no diremos su propiedad, para lo que hubieran sido necesarios muchos días, dado el considerable número de hectáreas que contiene, pero sí nos hizo ver hasta en sus menores detalles algunas de las particulares construcciones de aquella explotacion rica y próspera. La casa del propietario contiene sólo cinco ó seis habitaciones, pero todas ellas anchas y espaciosas, muy limpias y perfectamente situadas, gozando de bastante luz, que toman de una larga galería que mira al N., y desde la que la vista disfruta el más hermoso paisaje que se puede imaginar; desde allí se alcanza la extensa planicie de la sabana, la selva con su eterno manto de verdor oscuro, el cerro del Tigre y las cordilleras. Al lado se extiende el corral, vasto circuíto de mu-



M. Armando Reclus.

ros, donde reunen todos los rebaños para ver las bestias y hacer la *saca*, ó sea la separacion de las que se destinan al mercado de Panamá. Detras del corral se levantan la casa del mayordomo y las demas dependencias que son necesarias para llevar á cabo las operaciones de la labranza y cría de ganados, que son los dos ramos principales que en la hacienda se explotan; el inmenso patio está plantado de totumas y cocoteros; al N. puede verse un precioso jardin lleno de flores, y en todo el circuíto que ocupan las construcciones, hay plantados árboles del pan, cuyas hojas se parecen á las *aralias* del Japon. Mi atencion se excitó grandemente, viendo una inmensa pila tallada en la piedra viva uno de esos *timbres* de nuestras provincias del Sudoeste. Por más averiguaciones que quise practicar, y á pesar de las muchas preguntas que hice, nadie supo darme razon del orígen de aquello: sin duda alguna fué trasportada allí en los tiempos en que el camino real era un verdadero camino bien conservado, y no como hoy, que no pasa de ser un caos de vertientes y pedregales casi erizados de peñas, por donde los caballos y los bueyes pasan con gran trabajo.

El terreno propio del Sr. Hurtado, y que constituye la extension de la hacienda, alimenta más de mil cabezas de ganado. El rebaño vaga libremente

por aquellas soledades, y al rededor, como quiera que la finca está cercada ó por arroyos profundos ó por selvas casi impenetrables, no se hace necesario un cierre continuo; basta sólo cerrar estos pasos cortando árboles y superponiéndolos convenientemente para que obstruyan el agujero.

Por aquí es muy escaso, por no decir ninguno, el cuidado que se toman en la educacion del ganado; compran los rebaños enflaquecidos y agotados que vienen de Chiriqui en largas caravanas, y ellos mismos engordan despues en los extensos prados que tienen por suyos. Apénas los animales han recobrado algunas fuerzas con la abundante alimentacion de que pueden disfrutar, cuando procuran escaparse, para lo que buscan una salida por todas partes: su admirable instinto los conduce al lugar de su nacimiento, por distante y separado que esté, y ésta es la razon por que procuran con gran cuidado tapar todas las salidas y obstruír todos los pasos por donde pueden efectuar su huida. A pesar de todas las precauciones que toman, las fugas son muy frecuentes, por lo que cada propietario se ve obligado á imprimir sobre el animal de su pertenencia un signo ó marca especial, siendo ésta tan respetada, que una vaca encontrada á centenares de kilómetros es devuelta á su posesor legítimo de hacienda en hacienda.

El aumento natural de los rebaños no sería muy difícil de conseguir; pero exigiría grandes cuidados y mucho más tiempo del que estos naturales parecen dispuestos á emplear en cualquier cosa, por grande que sea la utilidad que pueda reportarles. Desde luégo sería necesario aumentar el número de los vaqueros ó encargados de recorrer las sabanas para poner en seguridad los terneros recien nacidos y untarles los ombligos con cierto ungüento, sin el que las moscas y gusanos los infestarían con sus larvas, dando lugar á que perezca el mayor número de ellos. Estos hombres pasan toda la vida á caballo, y es prodigiosa su habilidad para tirar el lazo: con las largas correas que llevan enrolladas al arzon de la silla sujetan uno á uno todos aquellos animales á fin de poderlos reconocer, y tan pronto como advierten bajo la piel algun tumor que les revele la presencia de los inmundos gusanos que tantas bajas causan entre aquellos, los conducen á un determinado corral, donde los operan extrayéndoles lo que que es causa de su mal, y los curan, no dejándolos en libertad hasta que no tienen nada que temer. Sin estos detestables parásitos y las garrapatas, los rebaños del istmo serían de todo punto magníficos. Las *sacas* del Sr. Hurtado son en el mercado de las de más importancia, gracias al beneficio de que disfruta el terreno en que su hacienda está enclavada, y que no tienen las demas: queremos referirnos á la existencia allí de los garrapateros, especie de mirlos que se posan sobre los rumiantes, y en pocos minutos lo limpian por completo de la plaga que puede diezmarlos. Cada buey tiene su pájaro protector, que siempre es el mismo; miéntras que el amigo está pastando, el mirlo permanece en quietud absoluta, posado entre sus cuernos, investigando con atenta mirada el terreno; tan pronto como apercibe un nido de garrapatas, salta á tierra delante del hocico de su compañero y en un momento quita de en medio todos aquellos terribles bichos.

Teniendo en cuenta lo exiguo de las proporciones de los toros en los países cálidos, las de los del istmo son bastante considerables. Aunque armados de un par de cuernos agudos y bien colocados, son bastante tranquilos y muy apacibles: muchas son las veces que hemos atravesado por en medio de aquellos numerosos rebaños, sin que uno solo de aquellos animales haya hecho el más ligero movimiento que pudiera indicarnos deseos de acometer; pero á pesar de esto, lo más prudente es no repetirlo muchas veces y caminar por la orilla del bosque, por los riesgos que naturalmente pueden ocurrir aventurándose entre unos animal estan fuertemente armados. En las distintas ocasiones en que, como dejamos dicho, nos hemos visto obligados á pasar por entre el ganado, teníamos buen cuidado de cerrar nuestros quitasoles, objeto que muy particularmente irrita á los toros. Nuestro amigo Sosa, que para el trabajo gastaba habitualmente una camisa y unos calzones de un color rojo subido, no dejaba nunca de ocultar su llamativo vestido bajo un pantalon de más modesto color siempre que se veía obligado á pasar por donde había alguna manada de dichos animales, pues el color rojo llama vivamente su atencion, excitándolos á acometer: por otra parte, siempre que nos veíamos en tales apuros, procurábamos rodearnos de los hombres que nos acompañaban, á fin de que los cornúpetos se calmaran con el olor propio de la gente de color, que les es tan familiar. La gente del país no se les acerca más que á caballo, y esto haciendo voltear el lazo que siempre llevan, y con lo que se les excita un saludable terror; todos los toros sin excepcion corren á cual más pueden tan pronto como ven aparecer al vaquero blandiendo la larga correa, al extremo de la cual llevan sujetos unos plomos; pero el pastor ha divisado ya al animal que buscaba, y tan pronto como se asegura de ello lanza á escape su caballo, y aunque se encuentre entre los demas es bien pronto enredado con el lazo, y sin hacer el menor esfuerzo, sin procurar conseguir de nuevo su perdida libertad, se deja mansamente conducir al

punto donde lo lleven. Cuando se trata de verlos á todos reunidos, un solo vaquero y dos ó tres perros bastan para hacer entrar en el corral la manada entera.

El número considerable de caballos que necesita la explotacion de una hacienda vive en la sabana gozando de completa libertad, pero siempre, á cualquiera hora que sea, hay uno ensillado y enbridado, atado á un poste en el patio: cuando son necesarios algunos más, el vaquero lo monta y se dirige hacia la selva. Si el caballo que lleva tiene una carrera fuerte y sostenida, bien pronto sale del paso; pero en el caso contrario, está obligado á reunirlos á todos en el corral y allí escoger los que le parezcan mejores. Los caballos son de muy poca alzada y mal formados; pero son buenos animales y resisten admirablemente la fatiga, hasta un punto que llama verdaderamente la atencion: durante cinco y seis días seguidos marchan diez y ocho horas por caminos que, vistos, nadie podría decir eran capaces de ser atravesados más que por cabras, ó por las fieras y bichos que ordinariamente pueblan el bosque.

En «La Constancia» sólo hay aún muy pocas hectáreas de tierra destinadas á la agricultura: aquella inmensa propiedad, cuya extension considerable no podrá ser comparada con ninguna otra, está compuesta en su casi totalidad por extensas selvas vírgenes y sabanas donde crecen abundantes hierbas. Esto, como se comprende, indica bien claramente que sólo atienden á una fuente particular y única de riqueza, cual es el acrecentamiento del ganado, y explica perfectamente el atraso en que se hallan todas las operaciones agrícolas, dado que lo único que tienen que hacer para procurarse abundante pasto es poner fuego á las matas ántes de las primeras lluvias: tan sencilla operacion basta para que á la estacion siguiente se den en abundancia las hierbas, que crecen hasta una altura considerable.

Las operaciones que teníamos que practicar en las orillas del Aguacate se hacían bastante difíciles, á causa de los inconvenientes que el terreno, y hasta la estacion, nos presentaban: por algunas partes el río, perdido el carácter de tal, á causa de la falta de corriente, queda convertido en un profundo canal sucio y estancado: sus numerosos meandros contienen en sus casi anulares ensenadas los únicos terrenos que se han tomado el trabajo de labrar; el terreno, formado de aluviones continuamente fertilizados por las aglomeraciones que en ellos deja el torrente, es de una riqueza incomparable. En aquellos potreros la caña de azúcar crece como la mala hierba, y las batatas producen enormes tubérculos. Conveniente sería, bajo más de un punto de vista, y tambien para poderlos preservar de los destrozos que el ganado pueda causar, cerrar ó acotar de una manera adecuada aquellos islotes cultivados; pero tal es el descuido y la pereza de aquella gente, que se contenta con atravesar árboles en los puntos que parecen más amenazados, ó con levantar empalizadas que en más de una ocasion nosotros y los hombres que nos acompañaban maldecimos con toda nuestra alma, por tener precisamente que cortarlas, á fin de poder seguir la línea del trazado.

En las orillas del Aguacate pude contemplar un espectáculo por demas curioso, cual es el que presenta un ejército numerosísimo de grandes arañas casi negras, parecidas á nuestras zancudas, y que lentamente caminaban por el filo de la ribera. Durante algun tiempo no pude ménos de contemplarlas, extrañándome el fenómeno de que aquellos repugnantes bichos marcharan reunidos en tan considerable número, cuando por instinto y por naturaleza son tan poco sociables.

Nuestro camino nos lleva casi diariamente delante de un *trapiche,* como llaman aquí á los molinos de azúcar: sentámonos un rato en la casa de su honrado propietario, casado con una mujer bastante bella, cuyos rasgos hacen recordar á las figuras nubias de tan puras formas, escultadas en los monumentos del antiguo Egipto, con la sola diferencia de que el rostro de María es un poco más aplastado. Un solo campo de cañas de azúcar basta para que con sus productos pueda vivir el señor Juan y toda su familia, habiendo pagado ya con el resto de sus ganancias el valor de la finca, la cual, aunque modesta, es notable por el perfecto arreglo y cuidado que en ella reina: todo el trapiche está compuesto de tres cilindros de madera dura, de los que el de en medio gira gracias á una manivela que pone en movimiento un caballo flaco y desorejado. Allí fabrican tafia, de lo que luégo harán anisado, y guarapo, ó sea el jugo de la caña en primera fermentacion; bebida muy agradable, pero bastante traidora y fácil de que se suba á la cabeza, como acontece con los vinos de España.

El azúcar entra por mucho en la alimentacion de los hijos de aquel país; nuestros acompañantes en la selva consumían casi tanta *panela,* ó sea azúcar morena amasada en panes, como arroz y tasajo, siendo tal su aficion, que en muchas ocasiones la falta de este comestible, que bien podemos calificar nosotros de puro lujo, era tan sentida como cualquier otro alimento de primera necesidad. Esto irroga una ventaja, sin embargo, y es que aquí, por la modesta suma de 20 céntimos, puedo obsequiar á todos los hombres que vienen en nuestra compañía; ademas, se llevan dos ó tres cañas de la preciosa gramínea, de una longitud de seis ó siete piés, que aún



Hacienda «La Constancia»

no han concluido de masticar y chupar á la noche cuando vuelven del trabajo.

La permanencia en esta region, la mejor sin duda de cuantas hemos atravesado en el tiempo que llevamos de explorar el istmo, y sin duda en la que hemos sido más obsequiados, no puede durar eternamente; las distancias se hacen ya demasiado largas y es mucho lo que tenemos que andar cada día para llegar al cuartel general. El mayordomo de nuestro galante anfitrion nos dió víveres bastantes para que pudiéramos explorar el alto Aguacate, lo que confiadamente esperamos ver terminado ántes de poco. Salimos de la hacienda, y pocas leguas despues comenzó á desaparecer la llanura, dejándose ver algunas rocas; el cauce del río tambien se encuentra abierto en la piedra viva, entre pórfidos y doloritas. Tres cascadas que encontramos nos facilitaron mucho la subida, despues de las que el cañon se ensancha, y nos hallamos frente á escalones de bastante altura, el segundo de los cuales está precisamente en el término donde nuestras operaciones deben terminar.

Hecho esto, volvimos á la casa del Sr. Hurtado por las sabanas de la orilla derecha. Aquel camino nos condujo á la Loma Grande, colina cuya altura excederá tal vez de sesenta metros, y desde donde la vista abarca una considerable extension de terreno. En todos aquellos alrededores sólo el Cerro del Tigre, cuya cima está á ciento veinte metros, es la que puede dominar nuestro observatorio.

Las cúspides de todas las elevaciones que desde allí podemos distinguir, así como tambien todos los rebordes que el terreno forma, están cubiertas de gruesas piedras, cuyo color blanquzco contrasta con el rojizo del suelo, y que á primera vista podía creerse eran vellones de lana. Aquellas son las partes más duras de las rocas, que aún los meteoros no han podido descomponer en arcilla.

Cuando regresamos, pudimos observar que la gente de «La Constancia» estaba muy preocupada con la presencia de un jaguar, grandemente aficionado á los terneros, y que ya había destrozado á muchos de ellos. Durante muchos días todo fueron acechos y trampas para ver de dar caza á la fiera, cuya presencia era causa de la general intranquilidad, pero todo en vano; cuando la esperaban por un lado, saltaba por donde ménos podía figurarse, hacía casi siempre presa, y huía de nuevo á lo más intrincado del bosque, dejando burlados á sus perseguidores. Al fin, despues de mucho trabajar, algunos días despues de nuestra partida á Panamá, lograron matarla, y pude ver al hombre que tal hazaña había realizado. Segun me dijo, le había sido mucho más fácil hacerlo que pudiera creerse, gracias á la costumbre que la fiera había tomado de subirse á los árboles.

La pantera está reputada como mucho más terrible que el leon. Hasta entónces yo había creído que la causa del considerable espanto que inspira se debía á la facilidad con que puede trepar á los árboles y saltar desde allí con mucha más seguridad sobre su presa; pero segun aquel colombiano me explicó, estaba yo en un error, pues la pantera y el jaguar no disponen entre las ramas de los árboles de la misma libertad que en el suelo; sus miembros no pueden desarrollar la misma elasticidad, permaneciendo como enredados, y puede matárseles con suma facilidad y sin grave riesgo. Si el animal es herido gravemente, se rompe las patas al caer; y si apénas se le causa daño, en vez de arrojarse sobre el cazador como en campo raso, permanece inmóvil, parece paralizado, y puede disparársele de nuevo.

# XLI

La Chorrera.—Los indios del Chiriquí.—Los gallinazos.—Cascada del Caimito.—Vuelta á Panamá por la costa.

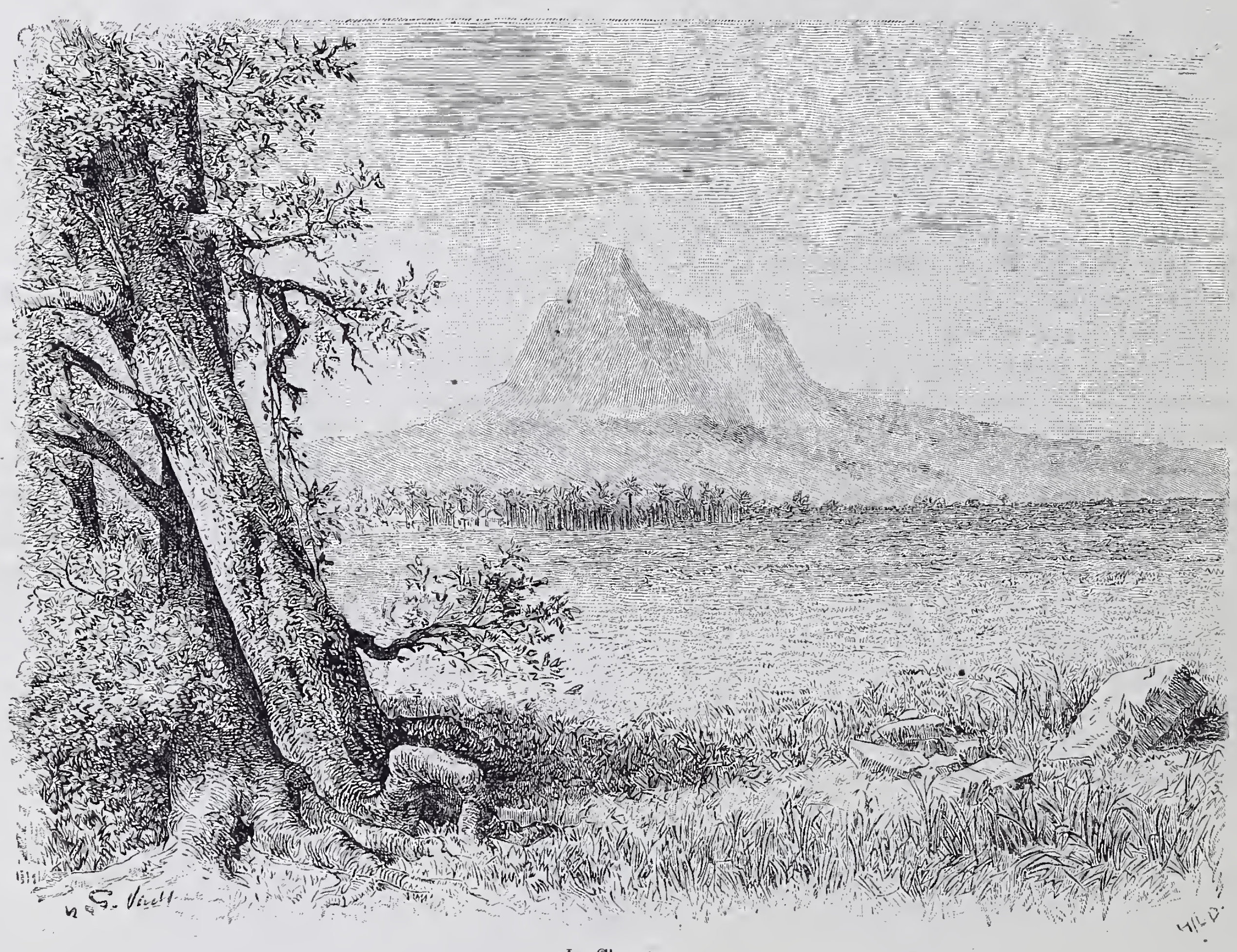
Despues de habernos despedido definitivamente de «La Constancia,» me adelanté acompañado de dos hombres, á fin de alquilar una casa en La Chorrera y realizar algunos preparativos, en tanto que M. Sosa, seguido de los cinco trabajadores restantes, levantaba por medio del traqueómetro el plano de la porcion del camino de Panamá comprendida únicamente entre la garganta del Bernardino y la del Caimito.

Una hora de marcha hecha á paso ligero por la sabana llana y cómoda, donde apénas si ninguna prominencia se levanta del suelo, cubierto en muchos de sus puntos por frescos y agradables bosquecillos, me condujeron por fin á aquel último *paso*, lugar gracioso y encantador; la marea está baja; el río, de una trasparencia incomparable, se desliza por un cauce cuyo fondo está constituído por pequeños guijarros negros y rojiza arena, sembrado

de algunos trozos de mica que brillan notablemente al ser heridos por el sol.

Poco despues el camino se desvía, siguiendo el lecho de una quebrada pedregosa que nos hace subir á una línea de crestas bastante accidentadas. Por algunos puntos se distinguen aún restos de calzadas y trozos de camino que en un tiempo debieron existir y facilitar el paso, pero sobre los que ha vuelto á extender su dominio la selva con todo su poderío. Estos antiguos vestigios de los admirables trabajos que allí realizaron los españoles, y que son fiel testimonio de un poder caído, me explican suficientemente la abundancia de piedras agudas y cortantes de que, sembrado el camino, lo hacen difícil y desagradable. Aquellos trozos, que ántes debieron ser los más apetecidos, y que hoy el atravesarlos causa grandes fatigas y trabajos hasta para las caballerías, son llamados pedregales por los naturales.

El sendero atraviesa en trozos la selva y en trozos los terrenos donde crecen las abundantes hierbas, abrasadas ahora por el sol; despues gana las alturas de una colina desde donde se distingue una extensa sabana completamente seca. El sol, cayendo verticalmente sobre aquella llanura, sin sombra ninguna que en poco ó en mucho la preserve, caldea las capas de aire más próximas al suelo; el equilibrio se rompe, estableciéndose corrientes ascendentes que chocan con otras que se determinan en sentido inverso; al traves de aquellos medios de tan distintas densidades, los objetos parecen agitados por incomprensibles movimientos, ofuscando la vista de una manera tal, que apénas si á lo léjos puede reconocerse La Chorrera ni el magnífico bosque de cocoteros que la abriga.



La Chorrera.

La Chorrera es una pequeña poblacion muy bella, de casas anchas, espaciosas y bien dispuestas, aunque sólo tienen un piso. Desde hace mucho tiempo ha sustituído á Chepo como estacion de verano para los panameños, que van á ella para pasar más cómodamente los meses que en la capital hace el calor insoportable. Está situada en lo alto de una colina, y casi continuamente la brisa de tierra ó de

mar da lugar á que en ella se disfrute de un fresco agradable. Por desgracia, esta poblacion que tan buenas condiciones presenta para el solaz y distraccion de los ricos que la mayor parte del año habitan en las capital del Estado, tiene el grandísimo inconveniente de ser muy escasa de aguas, hasta el punto de que para tomar un baño hay que recorrer una distancia de más de mil quinientos metros, donde se encuentra un riachuelo de escasa corriente, confluente del Caimito. De quererse evitar esta molestia, no hay más remedio que contentarse con la inmersion en un pozo, ó, por mejor decir, en los agujeros que practican en el cauce de un arroyo que atraviesa la poblacion.

En La Chorrera tuvimos la fortuna de encontrar una casa para nosotros y para los hombres que nos acompañaban: era aquella una posada donde no nos veíamos preocupados por la mañana y por la noche con el molesto cuidado del cocinero, lo cual nos permitía continuar nuestras operaciones y trabajos con más actividad, ganando así el tiempo que anteriormente habíamos perdido, contra nuestra voluntad, y sin que por ello tengamos que hacer gastos mayores, dado que las provisiones que acá y allá habíamos comprado en el camino nos costaron excesivamente caras, pues allí, como en todas partes, saben aprovechar las ocasiones y explotar al que se ve en la forzosa necesidad de adquirir productos de los que saben no puede prescindirse en manera alguna. El primer día, el Sr. Escala, que así se llama el dueño de la posada donde nos hospedamos, nos sirvió un excelente *saucoche* hecho con la sabrosa carne de aquel país.

El dicho Sr. Escala es un mulato alto y grueso, un hombre hábil y dispuesto, que es á la vez cocinero, negociante, armador, banquero, y sobre todo destilador de anisado. De las dos bellas haciendas que posee, la una alimenta más de mil cabezas de ganado, y lleva por nombre el Hato de la Mitra, que en pasados tiempos era la residencia de verano del prior de uno de los conventos de Panamá. La casa, muy bien conservada y cuidada, es tal vez la más bella de aquella region, y está perfectamente situada en un pliegue del terreno que domina la sabana, dándole agradables y hermosas vistas al mar. Su mujer es activa, inteligente, y lo secunda en todos sus planes y proyectos de una manera tal, que se eleva á su altura, si es que no le aventaja, en todo lo que pueda ser arreglo y economía. Su constante afan es multiplicar incesantemente sus medios de subsistencia, á fin de poder dar á su hijo una sólida educacion en el extranjero y una carrera liberal en cualquiera de las Universidades de Europa. Es seguro, y no puede caber la menor duda de ello, que aquel país valdría infinitamente más si en él se encontraran muchos hombres de color del temple y condiciones del Sr. Escala.

Nuestro patron es una de las principales autoridades en La Chorrera; el alcalde, segun llegué á entender. Extremadamente celoso en que por nada ni por nadie decrezca la importancia de aquella poblacion que rige, y más que nada cuidadoso de que tenga siempre el aspecto de ciudad, y que no pueda en manera alguna ser considerada como un pueblo cualquiera, es muy rígido en todas las cuestiones que afecten ó puedan afectar á lo externo, que es por lo que en todas partes se juzga más, llevando su rigor hasta un extremo tal, que habiendo vuelto un día nuestros hombres del trabajo en simple traje de trocha, ó sea con sólo una especie de jubon largo sujeto á la cintura, el Sr. Escala los reprendió severamente, amenazando á José con ponerlos en la cárcel si tal cosa volvía á repetirse.

Es una verdadera desgracia que cada una de aquellas poblaciones no tenga un alcalde de este temple y condicion, pues seguramente entónces ganarían el doble de lo que hoy valen, en muy poco tiempo. Una de las cosas que más desaniman en aquellos lugares es el lamentable abandono en que yacen aquellos pueblos, haciendo ostensible una miseria que repugna y un desaseo que da lugar á que en cualquiera de ellos no pueda permanecerse más tiempo que el necesario para ultimar los asuntos que allí se hayan llevado.

Por la noche llegaron M. Sosa y sus hombres: al medio día habían terminado ya sus operaciones del levantamiento del plano entre el Bernardino y el Caimito, comenzando el estudio de este último; mas como la corriente de aquel río fuese sólo una serie sucesiva de pozos bastante profundos, donde se albergaba un número considerable de caimanes, se había visto obligado á abandonar el cauce y abrir una trocha en las orillas. En ésta los bananos, las lianas y los arbustos de todas especies formaban un laberinto muy intrincado, una espesa red, en la que todos eran obstáculos, hasta un punto tal, que en cuatro horas no le había sido posible avanzar más que unos quinientos metros, dado lo cual no aventuramos mucho diciendo que á este paso nos serían necesarios más de quince días para sólo el estudio del Caimito.

Despues de tomar los informes que nos parecieron suficientes, supimos que el río Congo, cuyo valle tenemos que estudiar aún, desagua en el Caimito en un punto bastante próximo á La Chorrera, y que á él conduce un ancho y cómodo sendero. Relevados, pues, de seguir estudiando la planimetría y el nivelamiento del Caimito, no tenemos más que reconocer



Caida del Caimito.

sumariamente las corrientes, pues por la sabana llegaremos con facilidad á la embocadura del río Congo.

Con bastante anticipacion para que pudiéramos adelantar más, despaché á José, Hipólito y Merced, á fin de que fueran abriendo la trocha por el camino que teníamos que seguir. El trabajo es excesivamente duro en aquellas sabanas, abrasadas por el sol, donde el calor se hace insoportable y la sed devoradora. Todas las precauciones que quieran tomarse son inútiles; nada basta á preservarse de aquellos rayos, capaces de hacer hervir el agua, por lo que á cada paso experimentamos mayores angustias é incomodidades.

Lo único que para nuestro bien llevamos ganado es que cada uno y todos los individuos que componen la expedicion tienen amigos y conocidos en todos los puntos del istmo: por la noche fuimos á visitar á la Sra. Recuero, esposa del más importante, ó mejor dicho del único negociante del Darien. Esta señora ha pasado muchos años viviendo en Pinogama en compañía de sus hijos, cuando los buenos tiempos de la explotacion del cautchouc, época en la que toda aquella comarca estaba ocupada casi exclusivamente por mestizos de indios, hostiles de todo punto á los inmigrantes que llegaban, atraídos por el descubrimiento del árbol que durante años fué la principal fuente de riqueza de aquel país, y que aún lo sería si el inmoderado afan de lucro no hubiera llevado á los exploradores á causar destrozos irreparables, que ya lamentan, y que aún tendrán que lamentar más pasado el tiempo. Como decimos, la hostilidad que siempre manifestaron los mestizos á cuantos llegaban á disputarles parte de as ganancias con que seguros contaban, fué causa de que la Sra. Recuero escuchara mas de una vez amenazas de muerte, y en no pocas ocasiones tuvo que permanecer en su tambo, sin atreverse á salir, temiendo ser asesinada por hombres de aquellos que en un estado absoluto de embriaguez la esperaban con este fin, razones por las cuales conserva siempre muy malos recuerdos de aqul punto. A más de lo que durante su permanencia allá sufriera y que tantos motivos le dieran para desear con todas las fuerzas de su alma volver al punto donde había vivido, y en el que al ménos no tenía que temer odios ni rencores al emprender el viaje que realizara en una canoa parecida á la nuestra, tardó en realizarlo once días, á causa de una porcion de accidentes que tuvo que lamentar: al salir del río cerca de Punta Mala la embarcacion perdió el timon, comenzando inmediatamente á hacer rumbo hacia los escollos, y al mismo tiempo sin cuidarse del peligro, como si hubieran ido navegando en las más normales circunstancias y nada hubieran tenido que temer, el patron y los pasajeros comenzaron á disputar á grandes voces, sin atender á lo que más urgía: por fin lograron anclar, asegurándose para pasar la noche, pero en toda ella dejó de mover la canoa un enorme cachalote. En vista de todo esto, claro es comprender que la Sra. Recuero no ha pensado jamás en repetir tal viaje, y que sólo considerar que la necesidad pudiera obligarle á ello, le causa espanto. Esta señora ha vivido tambien en la provincia de Chiriqui, gracias á lo que pudo darnos algunos detalles sobre los indios que en aquella region habitan. Aquellas buenas gentes admiten la propiedad, pero sola y exclusivamente la propiedad individual. El marido compra de su mujer los víveres que le son necesarios para el día, y á su vez la mujer compra al marido los productos que haya obtenido en la caza ó en la pesca. Si el matrimonio emprende un viaje, él ó ella, segun de quien sea propiedad la bestia, la conduce y ocupa la silla, el otro monta en la grupa, pero siempre en sentido inverso. Lo que más nos llamó la atencion, por ser verdaderamente extraño y que por más que hicimos no nos pudimos explicar, fué el saber que entre aquellos indios el nacimiento de una criatura cualquiera es un motivo de pesar y duelo, en tanto que los fallecimientos son celebrados con *chicha*, y dan ocasion para grandes alborotos y regocijos.

La mañana del día siguiente fué en extremo deliciosa y agradable: un poco más atras de la ciudad entramos en la sabanas por la derecha y seguimos caminando con gran facilidad, sin tropezar con obstáculo alguno que nos detuviera ni nos causara la menor fatiga hasta llegar al sendero de La Chorrera, al río Congo, tributario del Caimito. En esta marcha pasamos muy cerca de un potrero, donde algunas vacas, flacas hasta el punto de inspirar lástima, comen una hierba seca, abrasada por los rayos del sol, al lado de unos esqueletos completamente descarnados y limpios por los gallinazos.

Tanto como estas aves de rapiña escasean en la selva virgen, abundan en las sabanas. Todos los días, ántes de que el sol llegue al más elevado punto en su carrera, se les ve en grandes bandadas revolotear hacia Panamá, abarcando con su poderosa mirada todo ol país. Ningun animal muerto, por pequeño que sea, escapa á su vista; siendo tan voraces, que sólo algunas horas les bastan para hacer desaparecer un buey: no sólo se atreven con los animales muertos, como muchos creen, sinó que tambien si algun ternero se ha separado de su madre ó de las demas vacas, se les ve descender para destrozarlo, cosa que fácilmente consiguen si el *hacendero* que vigila á estos feroces pájaros no acude

pronto á disputarles la presa. Algun tiempo ántes de nuestra llegada á La Chorrera, un jóven, dominado por amorosos pesares, que sin cesar le atormentaban, huyó al bosque, internándose en él; temiendo su familia, al ver que tardaba, que hubiera tomado una desesperada resolucion, corrieron en su busca por todos lados, y una bandada de gallinazos que se posaba en un punto determinado, les reveló, despues de muchas infructuosas pesquisas, dónde se hallaba el cadáver del infortunado jóven, medio destrozado ya.

En no sé qué libro de historia natural he leído que nuestros buitres, despues de cada uno de los inmundos festines que se permiten siempre que se les presenta ocasion, sienten como una imperiosa necesidad de lavar las manchas de que se llenan en las puras corrientes, en las fuentes de la montaña. Sus congéneres de América, por lo que hemos podido observar, afirmamos que no han llegado aún á tal grado de delicadeza; la sangre cae en rojizas gotas por su pelado cuello, pasando luégo de una á una á otra de las plumas de su vientre. Son aquéllos unos pájaros horriblemente sucios y desaseados, que ponen de una manera que da asco todos los techos en que tienen costumbre de posarse. Pudiera llamar la atencion que en vista de la natural repugnancia que deben causar, no se les persiguiera haste conseguir destruirlos; pero muy léjos de esto, no sólo no se les incomoda, sinó que hasta se les protege, lo cual se explica atendiendo á lo muy útiles que son estos animales en aquellas regiones. Ellos son los que casi única y exclusivamente están encargados del aseo y limpieza de las calles; ellos limpian las aguas de todos los detritus que los habitantes arrojan, y más que nada destrozan y hacen desaparecer toda la carne muerta, con lo que se destruyen todos los focos de infeccion que puedan existir, y que de otro modo, dado el natural descuido de aquellos naturales, serían causa de un infinito número de males. Estas razones son las que mueven á las autoridades de aquellos pueblos á cuidar de que nadie los ahuyente, y á que sea castigado con multa de una piastra la contravencion de esta órden.

Ademas de los gallinazos existe en aquella region otra especie de buitres de mayores dimensiones, á los cuales dan el pomposo nombre de reyes de los gallinazos; y en efecto, se observa fácilmente que los gallinazos los respetan y los consideran excesivamente. En atencion á esto, tal vez los han llamado así, cosa perfectamente justificada, pues cuando una bandada de buitres ordinarios se está cebando en cualquier presa, y uno de los llamados reyes se aproxima, los otros abandonan inmediatamente el campo, formando un círculo á alguna distancia, donde esperan pacientemente á que el monarca acabe su repugnante festin, dejando para ellos los restos del banquete.

En el punto en que nos hallamos el Caimito está limitado por paredes escarpadas, cuya altura excede de cuatro ó cinco metros; en el lecho del río, los pozos anchos y profundos se suceden casi sin interrupcion, constituyendo de esta manera un peligro del que es necesario cuidar incesantemente. En el que tenemos delante desemboca el Congo, mas encajado y mucho más estrecho, determinando en su corriente curvas insensibles: sus aguas son negruzcas y sucias, y sus declives están casi totalmente obstruídos, cubiertos de árboles y de arbustos que se cruzan y enredan por encima de las aguas. Grandes fueron los trabajos que tuvimos que realizar para lograr arrastrarnos por encima de aquella balsa que por muchos puntos no nos deja ver el torrente. Un poco más abajo, un paso rústico del ancho que pueden dar tres troncos de palmera amarrados entre sí por lianas, forman un puente suspendido que produce un bello efecto, y algunos centenares de metros más abajo el Caimito, que se hace rápido y violento, se desliza sobre un lecho erizado de basaltos, y despues, reuniendo sus aguas, se precipita desde una altura de quince metros en un círculo de aguas sombrías entre dos murallas de negras rocas.

El valle se levanta muy lentamente: los trabajos para poder abrir la trocha han de ser duros y por demas violentos y pesados, calculando que han de ser necesarios muchos días para realizarlos por completo, y ya la impaciencia nos devora por comenzar el estudio de la línea Panamá-Colon. En nuestro deseo de llegar al fin lo más pronto posible, no suspendimos nuestros trabajos el domingo, á pesar de los escrúpulos, verdaderos ó fingidos, de los hombres que nos acompañaban, hasta que fueron más de las dos de la tarde, y continuamos todo el lúnes, á pesar de que era la fiesta de la Encarnacion y de que aquel día había riñas de gallos.

No obstante todos nuestros esfuerzos, el 27 nos hallábamos aún á cuarenta y nueve metros sobre el nivel del mar, cosa que mucho nos contrariaba, por cuanto la estacion estaba muy avanzada y nos veíamos obligados á volver á Panamá. Los hombres que nos han acompañado conduciendo nuestros equipajes y nuestros útiles, tomarán la lancha que hace el servicio desde La Chorrera á la capital, en tanto que M. Sosa y yo, guiados por un cazador que conoce perfectamente aquellos terrenos, seguiremos por la costa que tenemos encargo de reconocer.

Desde La Chorrera al Puerto el camino es sumamente sinuoso, desapareciendo las colinas á distan-

cia de unos dos kilómetros del mar, dejando de este modo una llanura bastante ancha sobre la orilla derecha del Caimito. En la orilla opuesta las tierras bajas tienen mucha ménos extension, pues casi inmediatamente se encuentran elevadas colinas, cuya principal elevacion va á formar la punta de Vaca del Monte. Un poco más allá se encuentra uno en la vertiente del Cerro de las Cabras, y á partir de aquel punto, no siendo posible que el camino siguiera por entre las sinuosidades de aquellas crestas, se desliza por una playa de fina arena, siguiendo en una extension de seis kilómetros de largo la costa del Pacífico; despues, entrando por las tierras, se evita la costa elevada de Punta Guinca; mas hay que atravesar forzosamente los pantanos de Albina de Jarfan, inundados de agua en la subida de las mareas. Una embarcacion nos sirvió para atravesar el fondeadero del río Grande, y ganamos nuevamente la orilla, llegando á Panamá á las seis de la tarde, habiendo hecho una marcha de treinta kilómetros.

## XLII

Trabajos en el istmo de Panamá.—El Obispo y su cascada.—Matachino, Mamey, San Pablo y el mercado de las bananas.—Vuelta á Francia.

Para la completa terminacion de nuestros trabajos nos falta sólo un estudio que realizar, y es el del Chagres y del río Grande, lo cual, si bien se mira, no podía constituír una exploracion en el recto sentido de la palabra.

Como quiera que la línea férrea sigue en un todo las depresiones que en el terreno determinan estos dos ríos, no nos veremos obligados á realizar grandes y forzadas marchas como las que en las operaciones anteriores nos han mortificado tanto, así como tampoco habremos de vernos obligados á los indispensables cuidados que nos ha irrogado hasta aquí el trasporte de los útiles y equipajes necesarios, y el aprovisionamiento para que en el camino no nos faltaran los alimentos: un reducido número de trabajadores nos será suficiente, por lo que nos limitamos á los traídos por M. Lacharme y dos ó tres indígenas que nos han acompañado en nuestras expediciones al Darien y á las orillas del Caimito.

Los estudios del trazado probable del canal nos entretuvieron algunos días. En los puntos en que habrá de seguir paralelamente la vía férrea y en aquellos por donde atravesará las tierras bajas, tenemos los estudios hechos, gracias á los trabajos realizados por el ilustre ingeniero Tolten, sin que tengamos que realizar nuevos estudios sinó en los puntos en que el paso con que soñamos se separe mucho de la vía.

El lúnes 1.º de Abril quedaron terminados los trabajos preparatorios, y nuevamente hicimos nuestros sacos de viaje. En aquel tiempo se observa una inusitada animacion en la ciudad, que llama extraordinariamente la atencion, por ser cosa á la que no se está acostumbrado. Los hoteles están completamente llenos de pasajeros, unos para el Perú, otros para Francia, que se detienen allí algunos días ántes de tomar el paquebot ó la línea ferrea que debe conducirlos el punto de su destino. A la mañana siguiente emprendimos la marcha, juntamente con estos últimos, hasta la estacion de Emperador, situada sobre poco más ó ménos á la tercera parte del camino.

Allí recibimos la más galante acogida por parte del Sr. Carranza y su familia, nuestro guía intérprete en el Darien, sin que nos detuviéramos más que el tiempo indispensable para reposar un poco, dado que el tiempo urgía y estábamos obligados á no perder ni una hora siquiera. Así, pues, tan pronto como los hombres que nos acompañaban hubieron comido su *saucoche*, que casi inmediatamente les fué preparado, emprendimos de nuevo la marcha. Despues de haber seguido durante largo rato la línea seguida por el ferro-carril, llegamos á la choza más asquerosa y sucia que puede imaginarse. El propietario se encuentra en un estado completo de embriaguez, y su mujer y sus hijos están cubiertos de harapos, así como tambien llenos de asquerosas llagas, cuya curacion debe hacerse más difícil á causa del completo desaseo en que se hallan. Como bien mirado era imposible permanecer allí sin sentirse malo, casi inmediatamente que vimos en el estado que aquello se encontraba, no quisimos aceptar la hospitalidad que dentro de la choza nos ofrecían, y fuimos á acampar en un terraplen bas-

tante reducido, que se conocía había estado destinado á los animales domésticos. Organizado aquel modesto vivac, donde dejamos cuanto no nos había de ser necesario por el momento, volvimos sobre nuestros pasos y comenzamos los trabajos necesarios para abrir las *trochas* que eran menester para levantar los planos trasversales.

Por la noche, cuando volvimos, nuestro patron y sus amigos están ménos ébrios que cuando llegamos; se conoce que han cesado sus libaciones, mas á pesar de todo los últimos no se atreven á marcharse: en medio del camino que conduce hasta las casas hay un árbol en el que se ahorcaron un número considerable de chinos de los contratados cuando los trabajos del ferro-carril ístmico, y aquellas gentes son por demas supersticiosas; así es que afirman que



Gran cascada del rio Obispo.

todas las noches las sombras de aquellos infelices vagan por aquellos contornos, y desgraciados los que vayan á interrumpirlas.

Detras de la habitacion cerca de la que habíamos pasado la noche, se abre el cauce del Obispo, seco durante la estacion de la sequía, y en la que sólo algunos *pozos* fangosos atestiguan su existencia. Cuando las lluvias finalizan y desde las alturas se desprenden las aguas, se convierte en un torrente salvaje, que corre de rápido en rápido, saltando de piedra en piedra para precipitarse por fin desde una altura de más de trece metros. Aquella noche misma el curso de nuestros trabajos nos conduce al pié de aquella cascada, seca ahora, y que por tanto carece de interes y de todo cuanto pudiera hacerla agradable: en el fondo de un corte vertical, negro, unido y liso, se hallan aglomerados enormes bloques, cuyos ángulos apénas se han desgastado. Por aquel caos, que no de otra manera podemos llamar aquel lugar, no puede ménos de caminarse con alguna desconfianza; aquellas rocas que desafian todo el poder destructor de los meteoros, parece que fueron arrancadas ayer, y difícil de todo punto sería, no ya determinar, pero ni áun calcular el número de siglos

que hace se desgajaron de los puntos de formacion. Un pequeño islote de verdura, situado en el ribazo, divide á la cascada en dos, dándole una anchura considerable y desproporcionada para tan pequeña corriente. En el tiempo ordinario, el Obispo cae desde la altura que hemos mencionado por cuatro ó cinco derramadores de escasa importancia; pero despues de las violentas tempestades es tal el caudal de las aguas que arrastra, que en muchas ocasiones cubre los dos brazos de la cascada.

Sería por demas prolijo, y no creemos ganar nada con enumerar en detalle todas cuantas operaciones realizamos y las mil peripecias que nos acaecieron, así como tambien el describir los mil artificios de que nos tuvimos que valer para suplir la falta del taqueómetro de M. Sosa, que en el gran incendio de Panamá quedara destruído. Esto, como fácil es comprender, nos creaba un sinnúmero de dificultades, máxime cuando la exactitud había de entrar por mucho en nuestros trabajos, y fácil es calcular, en vista de cuanto decimos, la impaciencia que nos devoraba, dado que no disponíamos de tiempo bastante para ver con calma todas las forzosas dilaciones á que nos veíamos obligados. Como todo era de temer y cualquier contrariedad que entónces hubiéramos experimentado era más de lámentar, no dejábamos de tomar todas cuantas precauciones se nos ocurrían á fin de que en los últimos pasos no nos viéramos como hasta entónces jamas nos habíamos visto. No poseíamos más que un traqueómetro, y á decir verdad, éste era el preferente objeto de todos nuestros desvelos: una rotura ó una descomposicion en tan necesario instrumento nos hubiera hecho suspender nuestras operaciones hasta tener otra cosa, en lo que ciertamente hubiéramos tardado, dado el país en que nos encontrábamos. Muchas veces era tanto nuestro cuidado, que dábamos grandes rodeos hasta encontrar un paso en el que los ardores del sol hubieran dejado el cauce en seco, para que, pudiendo pasar con toda facilidad no hubiera que temer golpe ninguno. En algunas ocasiones la *pica* era por demas difícil, y muy duros los trabajos que nos imponía; parecía que en los últimos momentos todo conspiraba contra nosotros, y que las circunstancias se unían de tal manera para que fueran del todo tristes los recuerdos que lleváramos: en la línea que teníamos que seguir, la vegetacion tenía un considerable desarrollo, y nunca como hasta entónces habíamos hallado tan considerable conjunto de plantas espinosas, en las que naturalmente nos destrozábamos, siendo tan duros y resistentes sus tallos, que los colombianos que nos acompañaban tenían que dar repetidos golpes de machete para separarlos. Los trabajos de planimetría y determinacion de niveles no podían ir de prisa sino en aquellos puntos en que, ensanchándose el valle, formaba planicies de alguna extension, donde se podían plantar arrozales. Para realizar estas plantaciones que permiten algunas ganancias á los que tienen la fortuna de poderlas establecer, se escoge un lugar á propósito durante la estacion seca, cortando arbustos y árboles que en en él crezcan, y á las demas matas y ramas que casi totalmente cubren el suelo, las pegan fuego bastante ántes de que el tiempo húmedo se acerque, y en la época en que tanto las hojas como los troncos se hallan resecados por el sol: el incendio dura mucho, y casi nunca se consigue destruir las ramas madres ni las raíces, que siguen aún consumiéndose bastante despues de las primeras lluvias.

Los días 3 y 4 dormimos en Matachino, donde se encuentra la bifurcacion del camino de hierro que sirve para las maniobras de la locomotora de refuerzo que ayuda á los trenes á subir hasta la Cañada da la Culebra. Sobre la línea no se encuentra siquiera ni una placa giratoria. Aquel pueblo cuenta con un buen número de casas; pero los únicos medios de subsistencia de que dispone son la venta de frutos y las ganancias que se obtienen con los viajeros que atraviesan el istmo. La indolencia de los habitantes es grande, y el posadero nos recibió con gran reserva, y como por gracia, pues grandemente temía que se hospedaran en su casa unas personas á las que suponía bastante más exigentes que los negros del país.

El día 4 volvimos al punto en que en otro tiempo se encontraba la estacion de Obispo el Alto, y donde aún se encuentran los depósitos de agua para las máquinas del ferro-carril. En aquel punto el río hace una curva brusca, inclinándose hacia el O., por lo que no será posible que la línea del canal siga hasta el valle: tendrá que atravesar un contrafuerte bastante elevado que termina sobre el Obispo por entre muchas aglomeraciones. Dicho contrafuerte lo pasará por el punto más estrecho y ménos alto, y las facilidades para este trabajo serán aumentadas ciertamente por la existencia de dos anchas y profundas depresiones, de las que una termina en el Sardanillo y la otra en el Obispo. Durante todo el día trabajamos sin descanso para determinar la direccion más conveniente, y despues volvimos á Matachino por un sendero muy agradable, que es tal vez el antiguo camino de Cruces á La Chorrera: este sendero pasa bajo deliciosos bosques de naranjos, guayabos y mangles, claros indicios de que en otra época debían encontrarse por aquí hermosas haciendas, de las que han desaparecido hasta las ruínas.

Por fortuna hemos llegado ya al valle mismo del

Chagres; nuestros trabajos nos conducen hasta la estacion de Mamey, donde se cruzan los trenes que van de Panamá á Colon, y viceversa. La única familia que hoy la habita puede ofrecernos sólo una casa demasiado pequeña para todos nosotros, y en la que se instalaron los hombres que nos acompañaban. M. Sosa y yo colgamos nuestras hamacas al cielo raso. José, á quien he promovido al alto empleo de capataz, es tan hábil en los trabajos de trocha y ha adquirido tanta autoridad entre los trabajadores, que sin cuidado ninguno podemos encargarle la continuacion de los trabajos, dándole sólo la direccion que debe seguir y el ancho que debe tener. En tanto que nuestros hombres talan y cortan, podemos nosotros utilizar el tiempo en hacer algunos reconocimientos, estudiar la formacion geológica de aquella region y sondear el río, bastándonos sólo algunas horas para medir la trocha abierta la víspera. Para dar un ejemplo de la seguridad del golpe de vista de José y de su conciencia, citaré el hecho si-



Vista de Gatum.

guiente. Entre Mamey y San Pablo la trocha tenía más de dos kilómetros de extension: al determinar la línea, encontré al fin de ella sólo algunos minutos de diferencia con la direccion inicial, y por tanto á cada instante enormes árboles y profundas cañadas, orillas de alturas desiguales impedían ver las banderolas plantadas detras.

Cerca de San Pablo determinamos el punto por donde podría ser cortado el camino de hierro por el canal, sin que fuera necesario modificar el trazado para establecer un puente giratorio.

Terminados nuestros estudios en la línea de Mamey, M. Sosa, que se sentía indispuesto, volvió á Panamá, llevando en su compañía uno de nuestros hombres, el viejo Merced, bastante fatigado de los trabajos que sufriera.

Despues de Mamey, nuestro campo de exploracion fué Buenavista, y más tarde llegué á Gatum en compañía de mis dos fieles macheteros José é Hipólito. Aunque este punto sea la más importante poblacion de toda la línea, sólo encontramos víveres y alojamiento gracias á un cubano llamado Cocido, desterrado de su país á causa de la guerra civil.

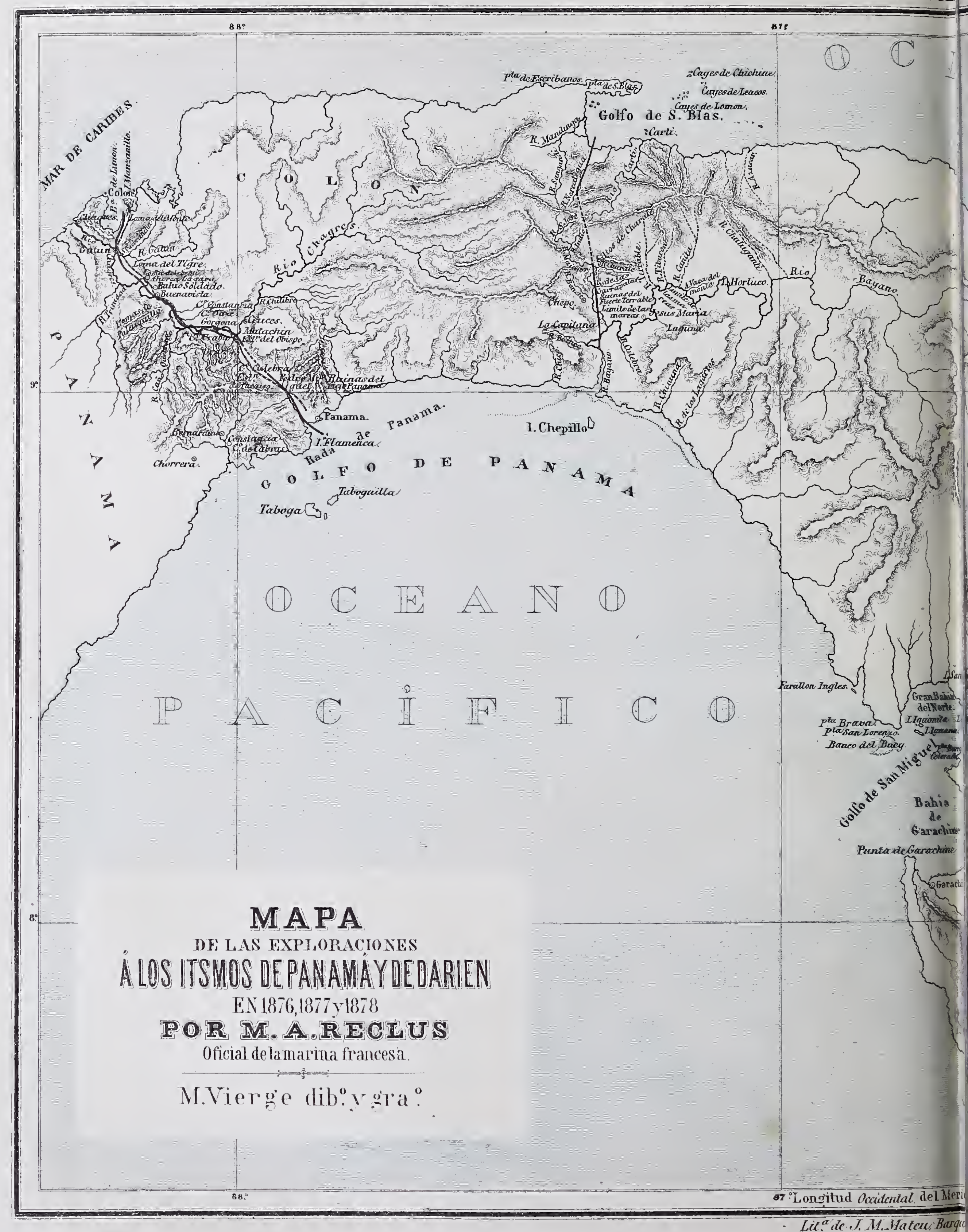
En las alturas, al E. de la línea férrea, el país está descubierto, y la topografía es muy fácil; pero un espeso matorral con que tropezamos interrumpe nuestros trabajos, dándonos tiempo para bajar á la estacion, donde puedo á mi placer contemplar el mercado semanal de las bananas.

Un especulador de New-York ha hecho un contrato con la compañía del ferro-carril y la de los paquebots, mediante el cual se reserva el monopolio del trasporte de este género. Absolutamente dueño de las transacciones, compra con frecuencia á precios ínfimos tallos de un metro de largo, conteniendo cada uno más de doscientos frutos. Los agentes

desechan las tres cuartas partes de lo que les ofrecen, y aquellos infelices que han hecho más de treinta kilómetros en piragua, se tienen que volver á sus chozas sin un cuarto en el bolsillo y el estómago vacío, pues los negros alimentan con otra especie de bananas, que deben ser cogidas ántes de la madurez y cocidas durante mucho tiempo. Esto, como es fácil comprender, da lugar á no pocos gritos, injurias, imprecaciones y amenazas.

Estando tan próximo al camino de hierro, lo aprovecho para pasar el domingo en Panamá, donde M. Sosa, restablecido ya, está dispuesto á continuar los trabajos. Terminamos nuestras operaciones en la llanura del Obispo, y despues ganamos la del Río Grande, poco sinuosa, pero bastante estrecha y de flancos muy escuetos.

Por última vez partimos juntos para estudiar entre el Cerro de Ancon y el de la loma de Boca de Río Grande una depresion que M. Wyse me recomendó con empeño que reconociera, y la que permitiría al canal desembocar en el Pacífico al O. del islote de Gavilan. Despues arreglé las cuentas, clasifiqué y embalé el material, de modo que al pasar M. Wyse por Panamá no tuviera que detenerse y pudiera aprovechar el primer vapor que pasara para San Juan de Nicaragua. Ménos dichosos que yo, que he terminado mi campaña, estos dos señores parten para Nicaragua y Costa-Rica, donde se dará cuenta exacta del valor de los estudios y trabajos hechos en aquella parte de la América ístmica por los exploradores que han buscado un paso entre los dos mares. Los trabajadores del río Sinu fueron despedidos por el paquebot inglés, y el 1.º de Mayo me embarqué para Francia con M. Lacharme. Aquel era el último viaje, hasta que emprendiera el de las orillas, de que ningun viajero vuelve.




MAPA
DE LAS EXPLORACIONES
Á LOS ITSMOS DE PANAMÁ Y DE DARIEN
EN 1876, 1877 y 1878
POR M. A. RECLUS
Oficial de la marina francesa.

M. Vierge dib.º y gra.º

Lit.ª de J. M. Mateu, Barc

EDITOR.



86°
9°
8°
86°
A N O
A T L A N T I C O
Cabo Tiburon.
Golfo de Urabo
Bocas del Atrato
Pta Arenas
Pico de Gandi
R. Acanti
Pta de Acanti.
Pta de Tolo.
R. Tolo
Pta Sabana
Gran Laguna de Matamacorali
Chepigana
R. Tuquesa
R. Chucunaque
Yavisa
Pinogana
Mte Tarqui
Viejo Tanela
Tanelita
Bahia Tanela
Culi
Arquia
Lago de Tarena
I. de los Muertos.
Culata del Golfo.
Atrato Fl.
Mte Chacarcuna
Chacarcuna
Talarcana
R. Tologua
R. Pucro
Mte Cituro
Mte Pirri
Plano de Caña
R. Tayra
R. Paya
Paya
R. Cué
R. Mono
R. Soatata
R. Peranchito
R. Perancha
Atrato
R. Yape
R. Capeti
R. Chico
Mte Tapalisa
Tapalisa
Mte Togua
Pte de Pirri
de Madrid.
Madrid.

# APÉNDICE

Muy poco tiempo había pasado desde que se descubrieran las ricas y extensas regiones de América por aquel genoves ilustre que amparo hallara en nuestra corte despues de su larga peregrinacion por otras de Europa en busca de auxilios para realizar la idea que bullía en su mente, y que, hecha práctica, engrandecería el mundo, cuando ya se comprendió la inmediata necesidad de un medio cualquiera que pusiera en comunicacion los dos mares, el Océano y el Pacífico. Lo difícil que, dadas las condiciones del terreno, era llegar de una parte á otra, preocupó desde el principio, y no se hacía necesario detenerse en arduas consideraciones para comprender las ventajas que resultarían á la industria y el comercio de la rotura del istmo que los separa. De aquí el que desde tiempos muy remotos se vengan haciendo más ó ménos concienzudos estudios con el fin de conseguirlo; de que aquel terreno haya sido recorrido en todas direcciones y atentamente examinado para llegar al logro de un deseo que tantos y tan poderosos justificativos tiene. Como continuacion del viaje que terminamos, nos proponemos hacer una breve reseña de los proyectos anteriores al ya aprobado, que no ha de pasar mucho tiempo sin que veamos poner en práctica, gracias al incesante trabajo y continuos desvelos del que inmortalizara su nombre en la gigantesca obra del canal de Suez. Europa, que descubrió las Américas y que en ellas tal vez mira á su más legítima heredera, no podía permanecer en el quietismo, viendo las grandes utilidades que pueden conseguirse con la apertura de un canal en aquel punto; y si bien es cierto que algunas potencias americanas hán realizado esfuerzos por llevar á cabo la citada obra, no lo es ménos que pasaba el tiempo sin que nada práctico se hiciera, y que con motivo de los proyectos sometidos, una de aquellas ha manifestado grande antipatía hacia los pueblos á quienes deben la civilizacion y la cultura.

Cuando las obras que pueden ser realizadas por los hombres tienen por objeto el bien general, cualquiera que las intente debe ser ayudado y favorecido; más en la ocasion presente echóse en olvido tal máxima, y la voz de Monroe levantóse en los Estados norte-americanos, clamando en contra de los europeos que se aprestaban á favorecerlos, y grabando en su bandera el lema de *América para los americanos*. Por dicha, tal teoría tuvo pocos partidarios; tal vez la conveniencia acalló las voces, el mutuo interes sosegó los ánimos, y una compañía europea se apresta á realizar los trabajos que de tan antiguo vienen preocupándola.

Pocos años despues de que Colon clavara en aquellas remotas playas el estandarte de Castilla, Vasco Nuñez de Balboa descubrió, el 25 de Setiembre de 1513, el mar Pacífico, desde las cumbres elevadas del Queragua. Tan sumamente corta les pareció á los exploradores la distancia á que se hallaban del Atlántico, que desde luégo comenzaron á buscar el punto por donde naturalmente pudieran comunicarse aquellos dos mares, siquiera fuese por alguna estrecha depresion en la que, ya que no buques de gran porte, pudieran navegar pequeñas embarcaciones; mas todo fué inútil, y conocido por fin que, aunque de poco espesor, existía una muralla que vedaba la confusion de unas aguas con otras, comenzaron á estudiar el ménos costoso y breve medio que podría ser empleado para lograr artificialmente lo que por la Naturaleza creían hecho: para ello fijáronse en el istmo de Panamá, que, á ruego de muchos insignes varones, mandara explorar el emperador Cárlos V, lo que se efectuó, aprovechando para ello la parte navegable del río de los Caimanes, que hoy, si no por los naturales, es por los más llamado el Chagres. Emprendidos los trabajos de que venimos haciendo mencion en 1526, un año despues se había explorado hasta Santes; pero á consecuencia de las continuas revueltas que allí ocurrían, y la poca con-

fianza con que podían emprenderse trabajos de paz, cuando aún la poscsion no estaba asegurada, hizo que se interrumpieran las tareas, quedando paralizados los trabajos en absoluto, sin que nada volviera á decirse hasta que en 1551 Lopez de Guevara propuso que se llevara á cabo la reunion de los dos mares por medio de canales que se abrieran en los tres puntos siguientes: Chagres, Nicaragua y Tehuantepec. Esto no pasó de idea aventurada, y las cosas quedaron en tal estado, sin que nada se hiciera en pro de una obra cuya utilidad estaba generalmente reconocida.

No obstante, era necesario que de cualquier manera se allanaran las muchas dificultades que aquella travesía presentaba, y á este fin, Francisco Pizarro mandó abrir un cómodo camino desde Santes, punto al que habían llegado las exploraciones ordenadas por el emperador, hasta Panamá, cuya extension era de 25 á 30 kilómetros, y que ponía en comunicacion esta última plaza con Porto-Bello, para lo que se utilizaba toda la parte alta del Chagres, en la que cómodamente podían navegar piraguas.

Con sobrada razon se nos ha acusado en repetidas ocasiones del grande y punible abandono que tuvimos con todo lo que á nuestras colonias se refería; tres siglos duró nuestra casi absoluta dominacion en América, y hoy apénas quedan restos de las vías que se arbitraran por nuestros soldados como medios de comunicacion de unos puntos con otros. En la última parte del relato que de su excursion ha hecho M. Reclus, sólo incidentalmente menciona la posibilidad de que en anteriores épocas debieron existir algunos caminos; pero sumamente difícil sería hacer la prueba sobre el terreno, á pesar de la exacta comprobacion que tal aserto tiene en presencia de los importantes trabajos geográficos que han llegado hasta nuestros días, y que han servido mucho para los emprendidos en nuestro siglo. Justo es que de ellos hagamos mencion y reconquistemos la parte de gloria que en ellos nos toca, por lo que, aunque muy sumariamente, los analizaremos.

El primer punto que más facilidades presentaba para el acceso fué el istmo de Tehuantepec, descubierto por Hernan-Cortés, y que desde luégo fué señalado para el paso de los cañones de grueso calibre, y el pesado material de guerra que, fundidos y fabricados en Manila, se destinaban á fortificar y defender á Veracruz. Por más que tan larga vuelta pudiera hacer indicar ignorancia ó poco acierto, necesario es tener presente que era en aquella época lo más cómodo, dado que el camino desde Acapulco á Méjico era de todo punto impracticable, y que para obviar los no pocos inconvenientes con que por necesidad habían de tropezarse, se aprovechaban los ríos de Chimalapa y el Guazacoalco, que desembocan en los mejores puntos del golfo de Campeche. Siguiéronse practicando estudios, y casi á fines del pasado siglo, cuando el gobierno de aquella region estaba confiado al virey conde de Revillagigedo, que diera su nombre á tres de las pequeñas islas de aquellos mares, llegó á determinarse que para conseguir la union del Pacífico con el Atlántico bastaba un canal de 25 kilómetros próximamente, si bien hay que advertir que entónces se trataba sólo de facilitar el paso á pequeñas embarcaciones y piraguas. Más tarde, en 1814, las Cortes españolas que sancionaran nuestra primera Constitucion política, dieun decreto en el que se disponía comenzaran las obras para la apertura del canal; pero la fatalidad, que parecía venía persiguiéndolas, fué representada en esta ocasion por la independencia de la actual república mejicana, causa que nuevamente las dejó en suspenso, y si bien, algo despues, el Gobierno que allí se constituyera amparó con calor la idea, tuvo que prescindir de ella en una de las cláusulas de la capitulacion de paz firmada despues de la guerra que sostuviera con los Estados Unidos.

El proyecto de apertura por el punto de que nos estamos ocupando, fué desechado en absoluto despues que los estudios del ingeniero norte-americano Bernard vinieron á poner de manifiesto que en el gran istmo había sitios mucho más practicables, y á más de esto, cuando pudo abrigarse el convencimiento de los malos resultados que tendrían las obras, dado que la barra de Guazacoalco tiene sólo cuatro metros de calado, y aunque pasándola el río se hace lo bastante profundo para que la navegacion fuera un hecho, presenta otros inconvenientes, que si no imposibles, serían sumamente difíciles y costosos de vencer. A más de esto, el puerto de Tehuantepec es muy malo, y no cuenta con ningunas condiciones de abrigo, las aguas se van retirando de sus costas, y áun en la actualidad no puede ser visitado sinó por buques de muy poca cala.

Otro de los puntos por donde se pensó practicar la rotura de la parte de tierra que separa á los dos mares, es el istmo de Honduras, idea que sugirió sin duda por la gran profundidad que tienen el golfo de este nombre y lago de Izabal, que se comunica con él; pero las montañas que los separan del Pacífico son tan escarpadas y de tan grande elevacion, que no es posible pensar pudiera abrirse en este punto un canal practicable para buques de alto bordo.

Fijáronse, pues, entónces en que tambien podía realizarse la obra para la comunicacion de ambos Océanos, aprovechando el gran lago de Nicara-

gua, cuya longitud es de 180 kilómetros, y su ancho de 50, contando 20 metros de profundidad. Su comunicacion con el Atlántico la tiene por el río de San Juan, que hace un trayecto de 147 kilómetros.

Este lago se halló muy frecuentado durante todo el siglo XVII por buques de la marina mercante de todos los países, que navegando por el río llegaban hasta Granada, poblacion situada en las orillas de este lago, y que era por entónces el punto más rico y comercial de toda aquella region.

Los salvajes, cuya sumision completa no se había conseguido aún, y que de tan mala manera soportaban el yugo de los conquistadores, por lo que procuraban causarles el mayor mal que pudieran, así como tambien los piratas que por entónces asolaban aquellas costas, procuraron impedir este comercio, y en 1684 desviaron la corriente del río, construyendo una presa á 20 kilómetros del punto donde desemboca, echando en ella grandes balsas llenas de piedra y viejos cascos de buques: las aguas, detenidas por mucho tiempo, se aglomeraron más; y buscando salida luégo, formaron el río Colorado.

Si bien se considera, las condiciones de este punto para la apertura del tan deseado canal que ponga en comunicacion ambos mares, presentaban grandes y considerables facilidades, dado que el referido lago sólo se halla distante del Pacífico unos veintidos kilómetros, por lo que en distintas ocasiones se pensó seriamente en comenzar las obras por este lado. M. Thamé, que es uno de los que con más detencion ha hecho estudios sobre el lago de Nicaragua, ha comprobado con bastante exactitud que existe entre ambos mares un desnivel de unos 37 metros próximamente, y para obviarlo proponían algunos construír varias presas en el lecho del río que facilitaran la navegacion de buques de alto porte, opinando otros ser más conveniente la apertura de un canal lateral, y otros, por fin, que sostienen conservar el nivel del lago en toda la longitud del río, practicando en su desembocadura por ambos lados exclusas que obvien el inconveniente único que allí existe.

Este pensamiento es, sin embargo, muy aventurado, y para su realizacion serían necesarias condiciones de terreno que aún se ignora si existen, dado lo que se sabe acerca de la formacion del río Colorado, y por lo que se han emitido otros varios proyectos, como son los del príncipe Luis Napoleon, que en 1846 sostenía como más conveniente la continuacion del río Tipitapa al lago de Leon, hasta el puerto de Realejo, recorriendo una longitud total de 495 kilómetros, para pasar de uno á otro mar; otros trazan una línea recta desde el lago á Brito, aprovechando los cauces de los ríos Laja, y el Grande, y por último, M. Gamond, que sostiene como realizable el proyecto indicado, llegando á la bahía de Salinas por un desmonte de 24 kilómetros, sirviéndose del río Lapoa y descendiendo al Pacífico por seis presas que den á las aguas la altura apetecida. Como se ve, en todos estos proyectos entran por mucho las exclusas, que tanto sufren á consecuencia de las altas mareas, creando, por consiguiente, muchos obstáculos á la navegacion, que en ciertos casos serían de muy malos resultados, y que al mismo tiempo hacen necesarios los puertos artificiales y canales accesorios, cuya alimentacion constante por aguas derivadas, no es de todo punto segura.

Donde con más constancia y ahinco se han fijado todos para la realizacion del pensamiento, tanto tiempo acariciado, ha sido en el istmo de Panamá, por el que los dos mares se encuentran á la corta distancia de 60 kilómetros, teniendo ademas en su favor la poca elevacion de la cordillera, todo lo cual, desde que principiaron á emitirse ideas, ha hecho suponer que algun punto en el dicho istmo reuniría las necesarias condiciones para que pudiera abrirse un canal sin presas ni exclusas. El primer proyecto que sobre el punto que nos ocupa fué presentado, data de 1528, seguido en 1843 por M. Gazelle; pero hasta tres siglos despues, ó sea hasta el año 1828, no volvieron á realizarse ningunos estudios, que se debieron entónces á los ingleses Tohuare y Llody, quienes los practicaron por órden de Bolívar, presidente del Perú, y llegaron á concluir que podría ser un hecho la apertura del canal aprovechando parte del río Chagres, y pasando la línea divisoria por María-Enrique, á una altura de 196 metros sobre el Pacífico.

La compañía de la línea férrea franco-granadina comisionó en 1838 á M. Morel para que realizara los convenientes estudios con el mismo fin, y este distinguido ingeniero presentó un proyecto en el que el punto más elevado de paso se elevaba sólo 11 metros sobre el Pacífico entre los ríos Lirio y Bernardino, afluente el primero de Caño-Gordo, que á su vez lo es del Chagres, y el otro del Caimito, que desemboca en La Chorrera, punto bastante conocido de nuestros lectores, por lo mucho que de él se ocupa M. Reclus en su viaje. Esto, que, como se comprende, sería el bello ideal de todos los que de estos trabajos se ocupan hace tanto tiempo, sorprendió mucho al Gobierno frances, que, siendo tanto lo bueno que se prometía, y no queriendo aventurarse con puras ilusiones, comisionó en 1843 al ingeniero M. Napoleon Gazelle para que fuera á comprobar los cálculos y trazados sobre el terreno. Hízolo, en efecto, y determinando las alturas con toda la exac-

titud apetecida, halló que la divisoria tiene unos 140 metros, siguiendo el mismo trazado que M. Morel indicará. En los estudios del reputado ingeniero de minas que comisionara el Gobierno frances, proponíase practicar una cortadura de 6.000 metros de longitud por 84 de profundidad: mas como tal proyecto hiciera de todo punto necesario un gran movimiento de tierras, sustituyólo inmediatamente por la apertura de un túnel de 5.500 metros; pero áun así quedaría el canal á una altura del Pacífico que puede calcularse en 48 metros, que en el proyecto á que nos referimos podría salvarse con 16 exclusas de tres metros cada una, sin contar la necesaria en el punto de entrada. El puerto de Chagres quedaría abandonado por sus malas condiciones, así como tambien porque lo malsano de sus orillas no permitiría en modo alguno establecer allí poblacion alguna; así es que el canal tendría que partir de la bahía del Limon ó del puerto de los Naos.

Si durante mucho tiempo el istmo de Panamá había sido el más indicado para la gran obra que tanta utilidad ha de reportar á la industria y al comercio, no pocos se habían fijado tambien en el istmo de Darien para llevarla á cabo. El citado istmo, fué ya explorado por misioneros é ingenieros españoles, que llegaron al conocimiento de que en la cordillera que separa á ambos mares existían dos fuertes depresiones, datos que sirvieron para posteriores estudios, de los que resultaron proyectos de canales sin exclusas, ó cuando más teniendo dos, uno en cada desembocadura. El primero de estos proyectos fué el presentado en 1853 por el Dr. Edward Cullen, individuo de la Sociedad Geográfica de Lóndres, el cual, partiendo del golfo de San Miguel, situado en el Pacífico, aprovecha el río Sabanas hasta su union con el río Lara, dirigiéndose casi en línea recta hasta la bahía de Caledonia, para lo cual hay que practicar un desmonte de dos kilómetros en el paso de cordillera, cuya altura es de 50 metros. El canal que se abriera, segun el trazado que este proyecto indica, tendría una longitud de 50 kilómetros, por ocho de profundidad, pudiendo atravesarse con la marea en el corto intervalo de seis á ocho horas: el presupuesto que para estas obras se determinaba, en 100 ó 110 millones de francos. No cabe dudar que este proyecto es el que más esperanzas hacía concebir de todos cuantos hasta entónces se habían presentado: las presas y exclusas son un grave inconveniente, dadas las necesidades de la navegacion, y en el proyecto de que nos estamos ocupando, no había ninguna, teniendo ademas la no menor considerable ventaja de que todos los puertos son anchos, cómodos y resguardados de los huracanes, y que la diferencia de nivel era muy aprovechable, por cuanto sería causa bastante para que los fondos estuvieran siempre limpios. Mas sucede que no pocas veces los buenos deseos son causa de errores y equivocaciones, en las que de ninguna manera podemos creer tenga la menor parte la mala fe, y el doctor Cullen, á pesar del detenimiento con que hizo sus estudios, á pesar de la práctica que en ellos acredita y de los muchos conocimientos que atesora, sin duda por las especiales condiciones del terreno, ó por algun inevitable error en que incurriera, no obtuvo con toda verdad el resultado cierto que tanto se apetecía. Cuando M. Garelle pasó á realizar las comprobaciones para que fuera comisionado por el Gobierno frances, halló que el barómetro presentaba condiciones durante el día de no poca consideracion, pues muchas veces llegaban á dos y áun á tres milímetros y medio, lo que manifiestamente acusa una variacion de más de 40 metros, dadas las condiciones del terreno. Esto, como fácil es comprender, hacía que no fuera todo, ni tan fácil ni tan barato, ni de tan buenos resultados; las presas tenían que emplearse, y con ellas, al par que los gastos se aumentaban, los inconvenientes, que si no en número considerable ni de dificultades sumas, hicieron que el proyecto cayera en el olvido, máxime cuando la comprobacion de un punto de la que se dedujera inexactitud, hacía temerla en todos los demas.

Aparte de éste, se han presentado otros proyectos, en los que se determina como punto de partida el golfo de San Miguel, y subiendo hasta el río Tuyra hasta el punto de confluencia con el Puero, por cuyo valle se sigue hasta cruzar la divisoria, continuando luégo por el del río Turgandi, terminando en Puerto-Escondido y otro hasta el río Paya, bajando por el valle del Arquillo hasta el golfo del Darien, despues de cruzar la divisoria por el primero de los puntos indicados. Estos, como muchos de los anteriores, hacen comprender, despues de estudiados los planos y Memorias presentadas, que no son necesarias ni las exclusas ni las presas, que por ser el mayor inconveniente con que tropezaría la obra, tratan todos de darlo como resuelto.

Otros proyectos, aunque infinitamente ménos acertados, han sido propuestos por algunos norteamericanos, que proponen el aprovechamiento de la corriente del Atrato en su mayor extension, atravesando despues los Andes por medio de túneles que fueran á terminar en las orillas del Pacífico hacia la desembocadura del río María y en la bahía de Cupica. Como decimos, son los proyectos que más dificultades presentan, pues sobre ser necesaria la alimentacion del canal con aguas derivadas, habría

que emprender la perforacion de los montes, lo cual, sobre costoso, sería de más larga realizacion.

Sin que pueda caber la menor duda, el proyecto más acertado de cuantos hasta el día se han propuesto, es el que en 1866 presentara M. Gogorza, en cuyos estudios le había ayudado el ingeniero M. Lacharme, que más tarde acompañara á M. Wyse para hacer la exploracion de que resultaran los estudios complementarios. Segun el proyecto de que nos ocupamos, el canal partiría desde el golfo de San Miguel, y aprovechando las corrientes del Tuyra y del Paya hasta la línea divisoria en Ulenati, tomando despues el río Cacarica, que le seguiría hasta el punto de confluencia con el Atrato, aprovechable á su vez en una extension de 50 á 60 kilómetros, hasta el punto en que desemboca en el golfo de Uraba, ó en la parte Norte del Darien. Hasta la divisoria que hemos indicado, está hecha la comprobacion por el comandante Seldfrige, que para ello fué comisionado por el Gobierno de los Estados-Unidos; pero quedaban algunos puntos por aclarar, muy especialmente el que se refiere á la altura en que el punto central se encuentra fijada por Seldfrige en 69 metros, cuando Gogorza sólo daba 58, en lo que sin duda debe haber un error, que no nos atrevemos á decir de quién dependa, aunque más motivos hay para suponer que sea de éste último, por cuanto, segun el diario de M. Lacharme, la cota de 58 metros corresponde al punto de Ulenati, situado ya en la vertiente del Cacarica. Orillado éste y algun otro error que tambien parece debe existir, quedarían algunos graves inconvenientes para poder practicar con dicho trazado un canal sin exclusas ni túneles como se desea, porque la realizacion de las obras determinadas en el proyecto exigiría un considerable movimiento de tierras y un desmonte de más de 60 metros, al ménos que no se abriera trazando zig-zags, como en las carreteras se acostumbra.

Autorizando este proyecto, y casi confiados en los resultados que arrojaba, formóse en París un sindicato, cuya presidencia fué confiada á M. Türr, el que en 28 de Mayo de 1875 obtuvo la autorizacion para la apertura de un canal sin exclusa ni túneles atravesando el istmo de Darien. El presidente de la república de Colombia, autorizado por una ley que se votara en las Cámaras de aquel país en 21 de Mayo de 1876, otorgó el privilegio que se solicitaba por noventa y nueve años, concediendo gratuitamente, no sólo la superficie de terreno necesaria para la apertura del canal, sinó tambien los caminos de hierro y telégrafos y 250.000 hectáreas del terreno que, siendo del dominio público, quisieran elegir: se consignaba tambien que los puertos de los dos extremos y las aguas del canal serían libres para todas las naciones del mundo, y que con respecto á ellos se observaría absoluta neutralidad en caso de guerra con Colombia; y que para demostrar el carácter de absoluta internacionalidad, la ejecucion del trazado y su presupuesto sería confiada á una comision de ingenieros de todos los países, cuyas decisiones no podrían ménos de ser una verdadera garantía.

Como quiera que ninguno de los proyectos que hemos enumerado presentara todas las condiciones de exactitud, el asunto fué estudiado por el ingeniero M. Drouillet, el cual, en una luminosa y extensa Memoria donde analiza todo lo que sobre el particular se ha dicho, propuso que fuera organizada una exploracion definitiva, pensamiento acogido con entusiasmo por la comision de Geografía de París, que el 24 de Marzo último acordó la creacion de un comité de iniciativa, frances, del que fué elegido presidente el respetable M. Fernando de Lesseps, y secretario el autor de la Memoria que mencionamos. Con efecto, como acabamos de ver, despues de constituída la sociedad bajo la presidencia del general Türr, y el comité presidido por Lesseps, partió para practicar las convenientes rectificaciones en Noviembre de 1876, una numerosa comision, á las órdenes del reputado científico, teniente de navío, M. Luciano N. B. Wyse, que, despues de realizados importantes trabajos, escribió al presidente de la Sociedad desde Yaviza, punto situado en el Darien, dando cuenta de ellos. El fin principal que se proponía era dirigirse á la garganta del Tihulé por el punto indicado en el trazado de M. Lacharme, que de la misma manera había auxiliado ahora á M. Wyse, de quien fué uno de los principales auxiliares, gracias, no sólo á sus profundos y extensos conocimientos, sinó tambien á la práctica adquirida en aquel terreno donde había vivido mucho tiempo.

Propuesto el itinerario más conveniente para mejor conseguir un resultado provechoso, partieron de Pinogana, pueblo situado en la orilla izquierda del Tuyra, siguiendo despues hacia la parte de arriba hasta el río Cupeti, que desemboca en la derecha, y el que aprovecharon en una extension de 18 kilómetros hasta el confluente del río Clarita, en cuyo punto se hallaron á la altura de 42 metros. Atravesaron despues los contrafuertes de los ríos Tulegua, Puero, Tapaliza, Tipuri y Paya, afluentes todos del Tuyra, llegando por fin á lo alto del Tihule, donde por completo perdieron la esperanza de poder practicar en aquel punto la apertura de un canal sin exclusas ni túneles, dado que la cuota en aquel punto daba 146 metros, resultado bien distinto de los que anteriormente se consiguieran, máxime cuando tanto el ingeniero jefe, M. Celler, como el mismo

M. Wyse, se convencieron de que la garganta del Tihule, que tambien se llama de Cacarica ó de Ulenati, es el punto más deprimido de toda aquella cordillera.

En tanto M. Celler continuaba los difíciles estudios que le estaban confiados, y á fin de que las operaciones no sufrieran interrupcion ninguna, sinó que, por el contrario, dieran un total de datos del que más tarde se pudieran deducir provechosas conclusiones, M. Wyse emprendió la marcha con objeto de reconocer el paso que en su proyecto propusiera el comandante norte-americano Delfridge, indicado en su proyecto más hacia el Sur, y dirigido por el río Cué, que es uno de los infinitos tributarios que en aquella region tiene el Tuyra y su afluente el río Mono ó Batatilla, descendiendo luégo á la vertiente del Atlántico, donde reconoció el Cacarica en alguna extension, así como tambien el Atrato, todo el cual fuera ántes muy bien estudiado por el comandante Lull y varios oficiales americanos que fueron en comision á aquella region con el mismo objeto, y que no lograron sinó apreciar un corto número de las condiciones y circunstancias que allí radican para conseguir ó no lo que desde hace tanto tiempo se desea. Segun el último jefe expedicionario que hemos citado, el Atrato tiene quinientos metros de ancho, á partir de Cacarica ó Caquirri, variando su profundidad entre los 20 y 30 metros; sus orillas son llanas y cómodas, hallándose adornadas de una vegetacion frondosísima y variada, siendo imposible distinguir la tierra á unos 40 metros ántes de su terminacion, por lo que se hace necesario acampar sobre los árboles, como los monos, que en tan considerable abundancia viven y pululan en aquellos vírgenes bosques, que aún presentan tantos elementos de riqueza abandonados hoy, pero que ciertamente presentarán grandes medios de desarrollo el día que, facilitadas las comunicaciones, puedan ser cómodamente trasportados.

En vista de lo muy poco que estos resultados podían satisfacer, M. Wyse, con la actividad incansable que acreditó en todo el viaje que acabamos de traducir, se dirigió, acompañado de M. Reclus y del ingeniero M. Lacharme, hacia los confluentes del Chucunaque, no sin que ántes hubieran practicado un detenido reconocimiento y nivelacion, operaciones delicadísimas si se quería obtener la exactitud apetecible, y de las que se encargaron los dos últimos, emprendiéndolas por las quebradas de Aputi y Chuperti, y extendiéndose hasta las proximidades de Puerto-Gandi, situado en la vertiente que mira al Atlántico. Pocos son los detalles suministrados con respecto á este estudio, así como tambien los que se refieren á los que verificaran en los ríos Yavasi, Tupisa y Tuquesa, tributarios de la izquierda del Chucunaque, si bien se comprende que siguiendo el Tupisa y su afluente el Tiati, se encuentra un collado al pié del pico de Gaudi, tan poco elevado, que permite un paso fácil al río Tolo, que desagua en el Atlántico.

La enfermedad de M. Reclus, acaecida despues de las sensibles pérdidas de M. Bixio, que desempeñaba las funciones de secretario de la expedicion, de Mr. Brooks, ingeniero y habilísimo geólogo ingles, y de M. Musso, ingeniero de la escuela politécnica de Italia, todas ellas efecto de enfermedades que contrajeran sobre el terreno como acabamos de ver, y que entorpecieron considerablemente los trabajos emprendidos, M. Wyse escribió al ingeniero en jefe, M. Celler, que por entónces se encontraba en Pinogana, para que inmediatamente enviara una brigada de obreros para nivelar desde el punto á que llegaran, situado al O. de Pinogana, hasta los puntos que acababa de marcar en el Tupisa; pero se conoce que sin duda cansados M. Celler y otros varios ingenieros que le auxiliaban, se volvieron á Europa ántes que tales órdenes se cumplimentaran, y como ademas el invierno se anticipó aquel año, tuvieron que suspender todas las tareas comenzadas, por hacerse imposibles de todo punto en la referida estacion.

M. Celler, que, como sabemos, fué el jefe de los ingenieros que fueron á la expedicion que acabamos de reseñar, aprovechando los estudios que hizo del paso por Cacarica, y visto que el collado de Tihule se halla á una altura de 146 metros, lo que hace imposible de todo punto la apertura de un canal sin túneles ni exclusa, que es para lo que se concede autorizacion, propuso otro proyecto, con el que no se obvian tampoco estos inconvenientes, que como se sabe es lo más deseado: utilizando el río Tuyra en la extension de 64 kilómetros, ó sea hasta la desembocadura del río Puero, propone se abra un canal, que partiendo de la orilla izquierda del río principal, recorra los terrenos de ese lado hasta la desembocadura del río Paya, en que cruza á la derecha con un puente canal, formado por un solo arco de 40 metros de luz, continuando por esta orilla derecha del río hasta la divisoria, é inclinándose hacia el Sur, apoyándose en la orilla derecha del río Cacarica, no le llega á encontrar hasta su confluencia con el Atrato, cuyo río utiliza hasta la desembocadura por la boca de Uraba, en la extension de 64 kilómetros. Para mayor claridad, diremos que el canal forma una doble *S* de 100 metros de longitud, atravesando el río principal del Tuyra y otros diez secundarios, algunos de los que son bastante caudalosos y para no poner más que cinco presas en cada vertiente, sin que excedan de 10 metros cada una,

proyecta un túnel en la divisoria, con desmonte de 80 metros de profundidad sobre una longitud de más de 30 kilómetros. De este modo, la extension de de uno á otro mar sería de 228 kilómetros. Por último, para alimentar este canal de tramo divisorio, propone la construccion de tres grandes depósitos de agua en las desembocaduras del Puero y del Paya y en el valle del Panusa, formando compresas de 30 y 40 metros de altura.

Este proyecto, como á primera vista puede observarse, adolece de grandísimos defectos, y no pocos inconvenientes, siendo el mayor de ellos lo mucho á que se elevaría el coste de las considerables obras que habría que hacer.

De cualquier manera, hasta hoy lo que puede afirmarse es que todas las operaciones practicadas y los cálculos que de ellas se han deducido, han de adolecer de no pequeños errores, pues todos están contestes en afirmar que la vegetacion es exuberante, que hay que abrir trochas para recorrer aquel suelo, que los ríos se cierran con corpulentos árboles, cuyas ramas se entrelazan de una á otra orilla, y, por fin, que las nivelaciones se hacen con grandísima dificultad, no pudiendo valerse del barómetro por las variaciones que sufre, todo lo cual no permite abrigar entera seguridad, ni áun despues de haber repetido cada operacion dos ó tres veces.

La distancia que separa los dos mares, aunque relativamente es corta, no lo es, sin embargo, lo bastante para que en el intermedio dejen de aparecer erizadas montañas, unas á continuacion de las otras, surcadas por ríos, muchos de los que son bastante caudalosos, no siendo ningun collado tan bajo que les permita abrir lechos á nivel de cualquiera de los mares.

Por cuanto dejamos dicho, despues de más detenidos estudios y de un prolijo y maduro exámen, la gigantesca obra en que tanto tiempo hace se piensa podrá al fin llevarse á cabo, siendo el proyecto que utiliza M. Lesseps abrir el paso entre los dos mares por medio de un canal que cruce el istmo de Darien, algo más al O. por las líneas del Atrato, y siguiendo al N.-E. desde el Tuyra con un túnel de unos diez kilómetros de longitud, cuyo coste, como es, se ha valuado en 150.000.000 de francos, acortándose mucho de este modo la línea navegable, y puede hacerse sin exclusas, dejando los terrenos pantanosos é insalubres del Atrato.

# INDICE

Páginas

Páginas.

## PAUTA PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS Y MAPA

DE LA

# EXPLORACION A LOS ISTMOS DE PANAMA Y DE DARIEN

---

# VIAJE Á NUEVA GUINEA

JUAN VIDAL, EDITOR

# VIAJE Á NUEVA GUINEA

POR M. AQUILES RAFFRAY

ENCARGADO DE UNA MISION CIENTÍFICA POR EL MINISTRO DE INSTRUCCION PÚBLICA

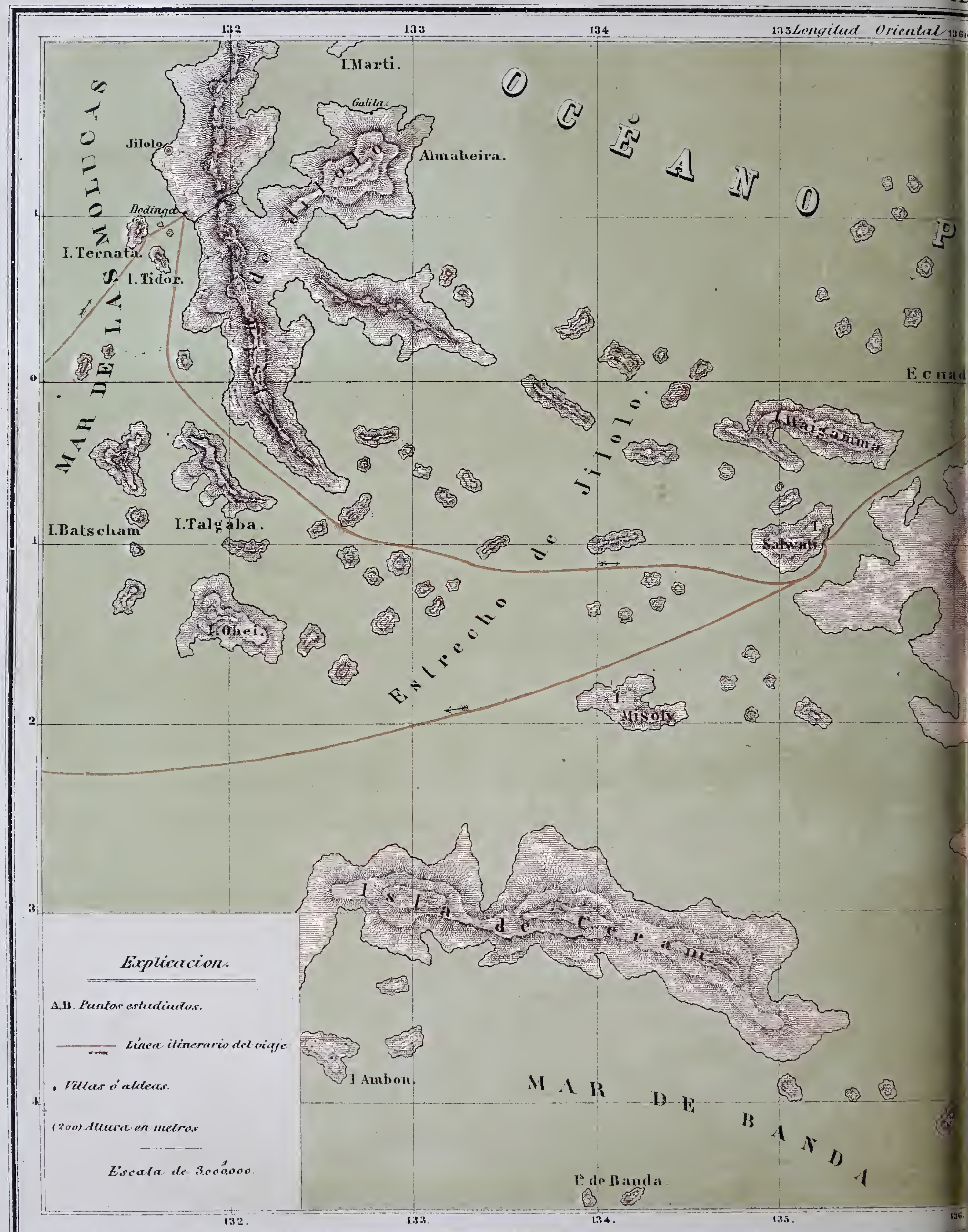
Todos los dibujos de este viaje han sido hechos por M. E. Mesplés, con arreglo á las fotografías inéditas del autor.

ADMINISTRACION

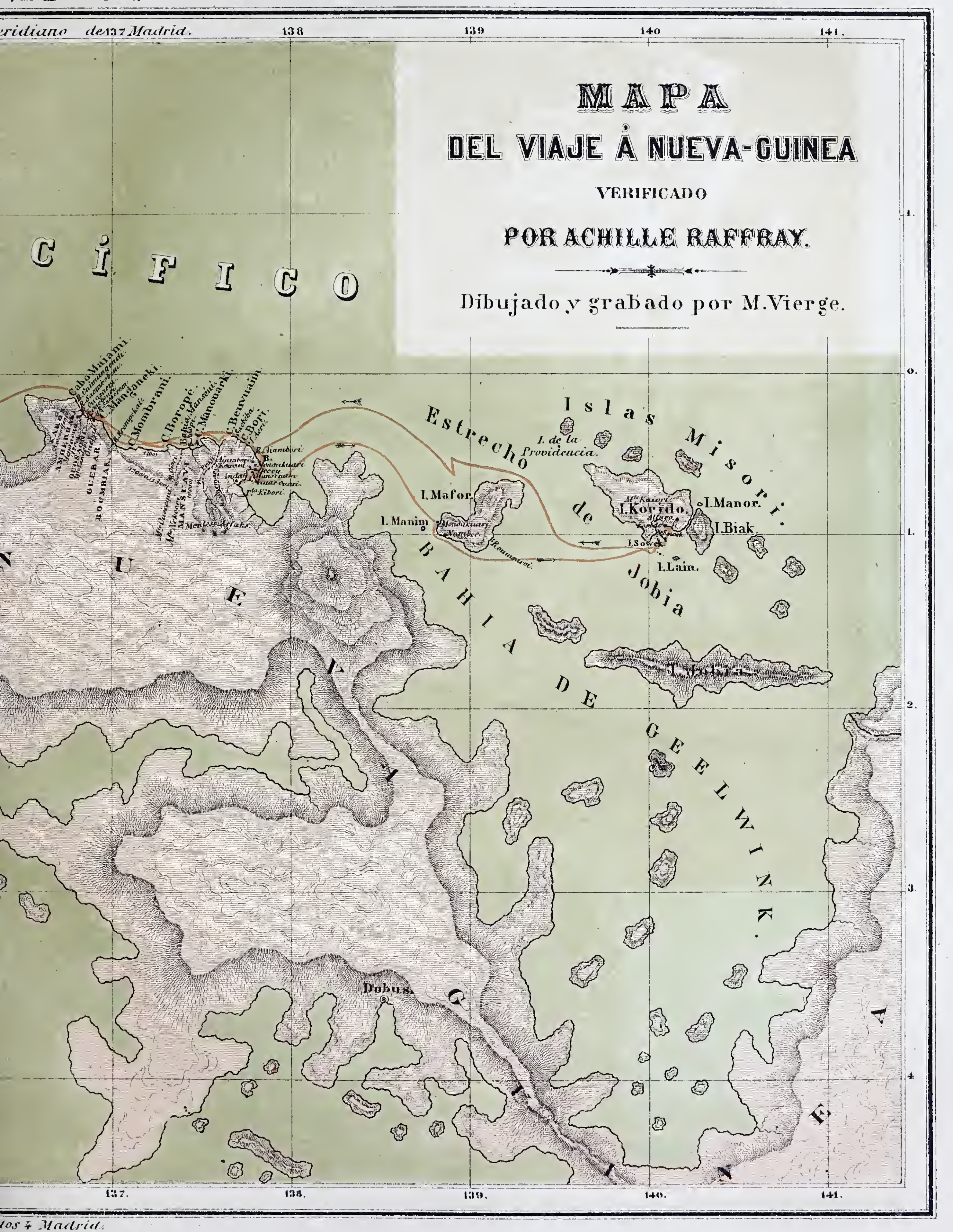
CALLE DE BORDADORES, 3, MADRID

1881

Imprenta de Enrique Rubiños, plaza de la Paja, núm. 7, bis.




Lit.ª de J. M. Mateu



.,EDITOR.
eridiano de 137 Madrid.
MAPA
DEL VIAJE Á NUEVA-GUINEA
VERIFICADO
POR ACHILLE RAFFRAY.
Dibujado y grabado por M.Vierge.
C Í F I C O
Islas Misori.
Estrecho de Jobia
I. de la Providencia.
I. Mafor.
I. Manim
I. Korido.
I. Manor.
I. Biak.
I. Sowek
I. Lain.
BAHIA DE GEELWINK.
I. Jobia.
Cabo Maiami.
C. Manganeki.
C. Mombrani.
C. Boropé.
C. Beuvuaim.
C. Bori.
N U E V A G U I N E A
Dobus.
138
139
140
141.
137.
138.
139.
140.
141.
1.
0.
1.
2.
3.
4.
tos 4 Madrid.

# VIAJE Á NUEVA-GUINEA

**POR M. AQUILES RAFFRAY**

ENCARGADO DE UNA MISION CIENTÍFICA POR EL MINISTRO DE INSTRUCCION PÚBLICA

1876-1877

**Todos los dibujos de este viaje han sido hechos por M. E. Mesplès, con arreglo á las fotografías inéditas del autor.**

## TERNATA—LAS MOLUCAS

### I

Ternata.—La ciudad.—Las casas.—Los habitantes.—Costumbres.—El ejército holandes.—La isla de Gilolo.—Los Alfuros.—El Orang-Kapal.—Una leccion de esgrima.—Partida de caza.—Preparativos de expedicion.—Un armador malayo.—Su casa.—Su urbanidad.—Partida.

Habiendo obtenido del ministro de Instruccion pública una mision gratuíta para ir á explorar las Molucas y Nueva-Guinea, fuí autorizado para llevar conmigo á Mr. Mauricio Maindron, con objeto de que me ayudara en mis trabajos de Historia Natural.

Salimos de Tolon el 20 de Julio de 1876, á bordo del vapor-trasporte *La Corrèze*, que hacía rumbo para Saigon, y que nos dejó en Singapoore.

De este punto partimos para Batavia, capital de Java y de las Indias neerlandesas.

Un paquebot holandes debía conducirnos de Batavia á las Molucas, última etapa en el camino de Nueva-Guinea; pero ántes de ir más léjos, debo recordar las personas que en Batavia nos prestaron generosamente su apoyo.

Siempre es grato al viajero traer á la memoria los nombres de aquellos que en remotos países le hicieron recordar la madre patria.

El cónsul frances, Mr. Hector Delabarre, me hizo tan agradable la estancia en Batavia, que no olvidaré nunca la gratitud que le debo.

Su excelencia Mr. Van Lansberge, gobernador general de las Indias neerlandesas, consagra á la entomología todos los instantes que le deja libre su elevada posicion, que tiene la categoría de virey. A la proteccion que me dispensó, con una benevolencia que aquilata su mérito, debí el allanar no pocas dificultades.

Pero era preciso partir de Batavia y continuar nuestro viaje.

Con rumbo á Ternata, nos embarcamos el 15 de Noviembre á bordo del paquebot *El Gobernador general Myer*.

Divisamos á lo léjos Soerabaya, Makassar y el nordeste de Célebes, y el 4 de Diciembre el sol que se levantaba disipando las negras sombras de la noche, iluminó el cono de Tidor y el volcan de Ternata. Algunas horas más todavía, y arriba nuestra nave á un promontorio que avanza sobre el mar; un grupo de indígenas se precipita á bordo y desembarcamos en la tierra de las Molucas, centinela perdido de la civilizacion de los países de Occidente.

Un holandes, Mr. Bruijn, naturalista, casi un colega, fiel á las tradiciones hospitalarias de sus compatriotas, puso generosamente á nuestra disposicion una vasta casa, donde nos instalamos con nuestros bagajes.

Uno de nuestros primeros cuidados fué hacer una visita á Mr. Tobías, holandes, el cual venía recomendado por su excelencia el Gobernador general.

Encontramos en él un hombre amable, que hablaba perfectamente el frances, como todos los holandeses bien educados. Un mes hacía solamente que había arribado á Ternata, y no estando instalado todavía, se excusó por ello de ofrecernos hospitalidad, prometiéndonos, en cambio, pres-

tarnos todo su apoyo para facilitar nuestro viaje á Nueva-Guinea.

El nombre de Ternata designa á la vez la ciudad y la isla sobre la cual aquélla está construída.

Como isla, Ternata no es otra cosa que una montaña de quinientos metros próximamente de elevacion, de cima redondeada, y en cuya cúspide se abre un enorme cráter que arroja constantemente una densa columna de humo, monstruoso aliento de un volcan dormido, cuyo despertar es terrible. Un pensador podría decir que la pequeña ciudad tantas veces levantada sobre sus ruínas, siempre en calma aparente sobre su suelo tembloroso, está allí para mostrar un sentimiento humano, que llamaría valor ó negligencia, segun que fuera amigo ó enemigo de la humanidad; pero que yo me atrevería á llamar simplemente amor al oro, avaricia entre los europeos, rutina, inercia, apatía entre los indígenas.

La ciudad, construída cerca de la playa, se compone de dos partes distintas, la ciudad europea y la indígena, separadas y limitadas por un



Una casa holandesa en Ternata.

fuerte, el fuerte de Orange, vestigio de la dominacion portuguesa, sustituída por la de Holanda.

La primera de estas ciudades es el asiento de la residencia holandesa, poder real, pero modesta dominacion.

En la otra reside el sultan, título pomposo y de autoridad ficticia.

¡Extraño contraste! El Oriente y sus vanidades se inclinan al yugo del Occidente prosaico, pero más práctico. Entre los dos, los chinos, raza sobria y laboriosa, que no se asimila á unos ni á otros, se acerca á los segundos por su sed de oro y su espíritu comercial, á los primeros por sus antiguas supersticiones, y tiene amigos en uno y otro campo, que explota á su turno ó simultáneamente en beneficio de sus intereses.

Las casas europeas son vastas y espaciosas, pero no tienen más que un solo piso; prudente medida en un país periódicamente sacudido por espantosos terremotos.

Quien vea una casa holandesa en la Malasia,

las ha visto todas.—El modelo es bueno; ¿por qué cambiarlo?—diría un holandes.

Esto es un poco monotono. El espíritu de un pueblo se encuentra en todos los detalles del centro en que habita.

Describamos la inmensa habitacion que M. Bruijn nos ofreció tan cordialmente. La fachada está cercada por una vasta azotea, á la cual conduce una escalinata de pocas gradas.

Unas puertas vidricras dan acceso al interior; en medio se encuentra una pieza inmensa, embaldosada en mármol, especie de sala de recepcion, donde cien personas podrían sentarse á la mesa: á cada lado de esta sala se encuentran dos habitaciones; por detras otra azotea, que sirve de comedor, está flanqueada por dos pequeñas piezas y se continúa por una especie de vestíbulo cubierto que conduce á otra casa más reducida y construída de madera miéntras que la casa principal es de mampostería. La ligera construccion de esta última casa de madera, la hace más á propósito para sufrir los temblores de tierra. Aquí se encuentran las alcobas en el lugar más apartado, como el *gineceo* de los griegos.

De este modo, los habitantes de Ternata tienen dos casas, como nosotros tenemos dos trajes; uno para estar á nuestro antojo, otro para engalanarnos. Al rededor de esta gran casa, donde la sombra y las corrientes de aire proporcionan un frescor que no se aprecia sinó en los países tropicales, se extiende un vasto jardin, un bosque en pequeño, donde se entrelazan los bananos, las palmeras, los árboles del pan y los bambúes. Despues vienen los departamentos del servicio doméstico, baños, cocinas y habitaciones de los numerosos criados que tiene siempre el europeo que se respeta y quiere hacerse respetar.

Pasemos al mobiliario. En la azotea unas lámparas de petróleo alumbran una mesa de madera, sillas y poltronas, y las famosas mecedoras que llamamos *placer de las Indias*. Sus piés están sujetos á dos maderos arqueados que permiten balancearse muellemente de delante á atras, ocupacion inofensiva que, á lo léjos, da á un grupo el aspecto de muñecos movidos por una mano invisible.

Una finísima estera cubre el piso de la sala principal, y el mobiliario es el mismo que en la azotea.

En la alcoba se ve una inmensa cama de hierro con columnas y mosquitero y un colchon delgado como una galleta, pero tambien con un verdadero lujo de travesaños y muelles que lo sostienen, como que está destinado á proporcionar el sueño y el descanso. Los muebles no son más que una pálida copia de los de Europa. Las paredes están blanqueadas con cal.

En estas casas, inteligentemente distribuídas y preparadas para soportar en ellas lo mejor posible este calor constante, la vida es perfectamente uniforme. La mañana se dedica á los negocios, el mediodía al descanso, la tarde al trato y conveniencias sociales, y la noche al sueño. Cada una de estas funciones se separa de las otras por una comida.

Aquí se madruga. Las primeras horas de la mañana constituyen el mejor rato del día. Despucs un baño y un ligero desayuno os dejan listos para vuestros negocios.

Cerca del mediodía se toma el *pait*, esto es de rigor, para despertar el apetito, y en los hoteles de Java, como á bordo de los paquebots holandeses, no se considera como gasto extraordinario unos cuantos vasos de esta bebida. El *pait*, que constituye parte de la alimentacion holandesa, es un vaso de ginebra, adicionada con algunas gotas de *bitter*, mezcla extraña de alcohol y de amargor, que para ser apreciada exige una larga iniciacion.

Entre doce y una se sirve el arroz: ésta es la comida principal. Si la abundancia y la variedad pudiera suplir la calidad, esta cocina mixta que ofrece á los malayos arroz y especias mezclándolas con patatas y con la carne en conserva importada de Frisa y de Brabante, sería seguramente el *non plus ultra* del arte culinario.

Es preciso ser un Boileau para describir esta comida. Sobre una verdadera montaña de arroz se amontonan atropelladamente los huevos, el pescado, la carne, los pimientos, los entremeses, todo servido á un tiempo, alimentos de todos colores y sabores distintos, mezclado todo en extraña confusion y comido sin órden.

Por mi parte renuncio á la descripcion.

Se toma una taza de suculento café, y se duerme la siesta.

A las cuatro, nuevo baño; despues se toma una taza de te con bizcochos.

El sol desciende poco á poco en el horizonte. Es la hora del paseo. Se puede salir con la cabeza descubierta. En las Indias Orientales el sombrero es un lujo inútil. Hombres y mujeres pasan sin él perfectamente.

A las seis comienzan las visitas. Se recibe siempre en la azotea, que es en suma la pieza más agradable de la casa.

Que la persona que os visita es caballero ó es señora, la regla es invariable: se ofrece á los pri-

meros cigarros y *pait*, á las segundas un refresco.

Os balanceáis durante una hora en las sillas mecedoras; entráis en la casa para comer, y os sirven una comida sustanciosa, pero no tan abundante como la del mediodía y en la que no encontráis la mezcla de la cocina malaya.

Despues de comer os balanceáis aún otro rato en la azotea, se toma el té, y despues se retira cada cual á su alcoba para entregarse al sueño.

No se deduce de esta vida muelle y regalada que los holandeses sean perezosos. Léjos de eso, para convencerse de su actividad no hay más que observar el admirable resultado que han obtenido y obtienen en sus colonias.

No, no están ociosos; bajo su aparente calma se encuentra esa actividad, no vivaracha, sinó tranquila, que es más duradera, porque ha comprendido que para vivir en los trópicos es preciso acomodar la existencia á las condiciones del clima, y economizar las fuerzas. Y así no es raro encontrar personas llenas de salud que habitan hace cuarenta años en las Indias neerlandesas.



Mezquita de Ternata.

Algunas casas particulares, las oficinas de la Administracion, la casa del *residente*, ó primera autoridad, el club, lugar de reunion en extremo agradable, que se encuentra en todas las Indias neerlandesas, todos estos edificios están alineados á lo largo de la playa. Otras casas, ménos fastuosas, se levantan á su espalda.

A un extremo de esta pequeña ciudad europea se encuentra el barrio chino, compuesto de algunas calles estrechas, llenas de tiendas, donde se amontonan en un cáos pintoresco y extraño los productos de Europa y del Celeste Imperio.

Al otro lado está el fuerte que anteriormente mencioné, y por último, la ciudad indígena, construída por mitad de piedra y de bambúes.

El monumento más curioso de esta ciudad malaya es la mezquita. A lo largo de una calle se encuentra una especie de claustro, con columnatas, y en medio de un patio se levanta un edificio cuadrado y tosco, que no ofrece de notable más que su coronamiento, formado por cinco techos sobrepuestos y cubiertos por hojas de cocoteros.

Detras de estas ciudades, europea é indígena, se extienden las plantaciones de café que llegan hasta la montaña. La pendiente es á cada paso más rápida y se llega á ella por el bosque, que se continúa, disminuyendo gradualmente hasta la misma cima, donde desaparece para dar lugar al cúmulo de piedras que rodean el cráter.

Antes de emprender nuestro viaje á Nueva-Guinea, deseábamos visitar á Gilolo. Pero esta isla se halla en plena insurreccion. Un cierto Hassan, descendiente de alguna familia desheredada de rajahs ó de sultanes, queriendo recobrar el perdido imperio de sus padres, levantó el estandarte de la revolucion contra los dos sultanes de Ternata y de Vidor, protegidos de los holandeses. Nobleza obliga, y cuando se tienen sultanes en tutela, se los debe proteger. Este es, por otra parte, el interes de los holandeses, y no vacilaron un instante. Pero la isla de Gilolo es inmensa, su terreno es accidentado y montañoso, y está cubierta de bosques impenetrables. Hassan es un hombre inteligente y determinado, y los holandeses tenían que hacerse fuertes á despecho de la habilidad del *residente*, Mr. Tobías, tan bravo soldado como diplomático y hábil administrador.

Fiel á la promesa que nos había hecho, Mr. Tobías nos ofreció agregarnos á la expedicion del interventor Mr. Van Oldenborgh, que conocemos ya desde que hicimos con él nuestro viaje de Batavia á Ternata, y que con algunos soldados iba á ocupar el antiguo fuerte portugues de Dodinga.

Se había fijado la partida para las cinco de la mañana. Atendiendo sólo á las órdenes de la administracion holandesa, hubiéramos partido seguramente á la hora indicada; pero el sultan de Tidor debía proveernos de canoas... Era lo ménos que podía hacer por los soldados que se encargaban de proteger su autoridad. Y sin embargo, hasta entónces nada tenía preparado. Esto era lo natural en él. Lo contrario hubiera sido asombroso. Tenía allí, para trasportar, treinta soldados, con sus mujeres, sus bagajes y pertrechos y municiones. Se necesitaban tres canoas, y no tenía más que dos. Era preciso procurarse la tercera.



Mujer malaya de Dodinga y su hija.

Mr. Van Oldenborgh tuvo que desplegar toda su actividad; ir, venir, bajo una lluvia que arreciaba con fuerza, enviar recado sobre recado... En fin, eran las once cuando levamos anclas. Una canoa iba cargada de bagajes, la tropa ocupaba la segunda, y en la tercera el Mayor, un oficial, sus asistentes, nosotros y algunos soldados.

Necesito abrir un paréntesis para ocuparme de los soldados del ejército holandes en las Indias. Las cinco sextas partes de este ejército se componen de indígenas alistados voluntariamente, y el resto de mercenarios suízos, alemanes, y sobre todo belgas y franceses. Indígenas y europeos vienen tentados por la codicia de una prima considerable. Todos los oficiales y la mayor parte de los cabos y sargentos son holandeses.

Esta organizacion explica cómo la Holanda, pequeña nacion de cuatro millones de habitantes, puede mantener en Malasia un ejército de más de treinta mil hombres.

En todos los países de Oriente, el indígena se aviene mal al celibato, Los holandeses, con el espíritu práctico que los caracteriza, lo han comprendido así, y sin faltar á las consideraciones morales, que son leyes en los países civilizados, piensan que pueden decir:—Otras leyes, otras costumbres.—¿Tienen ó no razon? No queremos por nosotros mismos constituírnos en jueces: pero sin dar por entero la aprobacion á los holandeses, consideramos cuántas personas se escandalizarían si hubieran de vivir algunos años en medio de aquellas razas de color. Cualquiera que sea, todo individuo está autorizado para tener una mujer indígena, y nada hay tan curioso como un cuartel en Malasia, donde cada soldado, con su pequeña familia, ocupa un buen espacio en sus vastísimas salas. Es todo un mundo en pequeño.

Aquí una jóven prepara el frasco de pólvora, vigilando á un muchacho que, engullendo su pan de especias, rueda por el polvo, miéntras disfruta su padre del más delicioso *far niente*. Allí una malaya, entre aquel burdel, deseosa de acumular algunas economías para el día de una desgracia, ha establecido una pequeña tienda de pastelería, de aceite de coco ó de bebidas de toda especie y de todas las fábricas.

La buena armonía parece reinar por todas partes, y al sonar la hora en que deben llegar los oficiales, mujeres y niños desaparecen como por encanto, sin dejar en pos de sí huella alguna de su presencia.

La autoridad militar quiere, sin duda, mostrar de este modo que la presencia de la mujer en los cuarteles es una tolerancia más bien que un derecho. El bello sexo no es, sin embargo, extraño á este estado de cosas, porque la mujer del soldado recibe su racion, es trasportada con él por cuenta del Estado en los cambios de guarnicion, y se la autoriza con frecuencia para seguirle á campaña, circunstancia en que presta al soldado verdaderos servicios, en países donde la intendencia militar no puede funcionar tan regularmente como en la capital. Pero cuando las exigencias de la guerra no permiten á tan singulares cantineras seguir á las tropas, permanecen en el cuartel, regimentadas por el número de órden de sus respectivos dueños y esposos, digámoslo así, y el Estado provee á su alimentacion. Los hijos de estos maridajes temporales (para servirnne de la expresion de un viajero ilustre) no son abandonados por el Estado, que tácitamente apadrina su nacimiento. Las niñas heredan las funciones de la madre, y los muchachos son enviados á las escuelas, donde se les enseña á manejar el fusil de su padre.

Pero volvamos á nuestro viaje. Hénos aquí con rumbo á Almaheira, la mayor de las islas Molucas.

Nuestros buques no son, seguramente, fragatas acorazadas de primera clase; pero su construccion no carece de originalidad. Sobre las bordas de un barco esbelto y largo, en forma de piragua, en la que la proa y la popa se levantan en forma de cuello de cisne, extiéndese una plataforma tres veces más larga que el barco mismo. El equilibrio se mantiene merced á unos ligeros balancines de madera, que ocupan toda la longitud de la plataforma, construída de bambúes.

En medio de esta plataforma, y tambien en toda su longitud, el arquitecto ó ingeniero naval ha construído un sotechado con hojas de cocotero para proteger contra el sol y la lluvia á los pasajeros que, en apretado grupo, se amontonan con las mercancías. No queda más espacio libre que una galería circular, donde se instalan veinte remeros alfuros.

Un remo inmenso sirve de timon ó gobernalle. En cuanto al mástil, es una invencion suprema de navegacion ingeniosa. El problema estaba en poderlo montar y desmontar fácilmente, á fin de utilizar el viento y no fatigar, por la resistencia que ofrece al aire, el esfuerzo de los remeros. Los obenques y la jarcia son pesados para la maniobra deseada; esto es un inconveniente, y son ademas productos costosos. Era preciso suprimirlos. Los malayos imaginaron entónces un mástil en forma de trípode, que se sostiene por sí mismo sobre el suelo, y en el que el viento no hace mella, y, por el contrario, asegura su solidez. Las cañas de bambú se adaptan maravillosamente á este uso.

La vela es un vasto cuadrilátero de una tela hecha con fibras de palmera, que se arrolla y desarrolla (*se carga* ó *se larga*), sobre un bambú, y que maniobra con tres ó cuatro cuerdas.

El ancla, de uno ó dos garfios, es de madera. Se toma una rama, en la que la curvatura del ángulo agudo se refuerza con unas ligaduras de cañas. Una piedra sirve de lastre para que no sobrenade en la superficie, y la cadena sale de los inmensos talleres de la Naturaleza: un malayo la ha cortado en el vecino bosque, y no es otra cosa que una caña flexible de qnince ó veinte metros de longitud.

Los refuerzos de caña reemplazan á los clavos y clavijas.

A mediodía se levanta el viento y damos la vela, con lo que nuestros remeros se muestran satisfechos, y hacia las cuatro de la tarde,



Mezquita de Dodinga.

pasando por entre dos islotes cubiertos de verdura, entramos en una bahía, en la cual se encuentra la playa de Dodinga. El poco fondo nos impide aproximarnos á la playa, y á cierta distancia echamos el ancla, se plantan los remos en forma de horquilla para amarrar las canoas, y por tandas de tres ó cuatro somos conducidos á tierra en pequeñas piraguas.

Al llegar á la playa nos encontramos sobre una verdadera alfombra de verdura, y despues de recorrer muchos cables, llegamos al pié de una eminencia, donde algunas casas en ruínas, y montones de bambúes talados é incendiados por el paso reciente de las hordas de Hassan, indicaban el sitio donde estuvo el pueblo de Dodinga. Mr. Van Oldenborgh, que desembarcó el primero, nos recibió solemnemente, dándonos la bienvenida á la tierra de Almaheira, á cuya isla llegaba como gobernador.

Atravesamos la playa sobre un pequeño puente rústico hecho con troncos de árboles; seguimos un resbaladizo sendero, y llegamos á la cima de




Cocina y taller del autor en Dodinga.

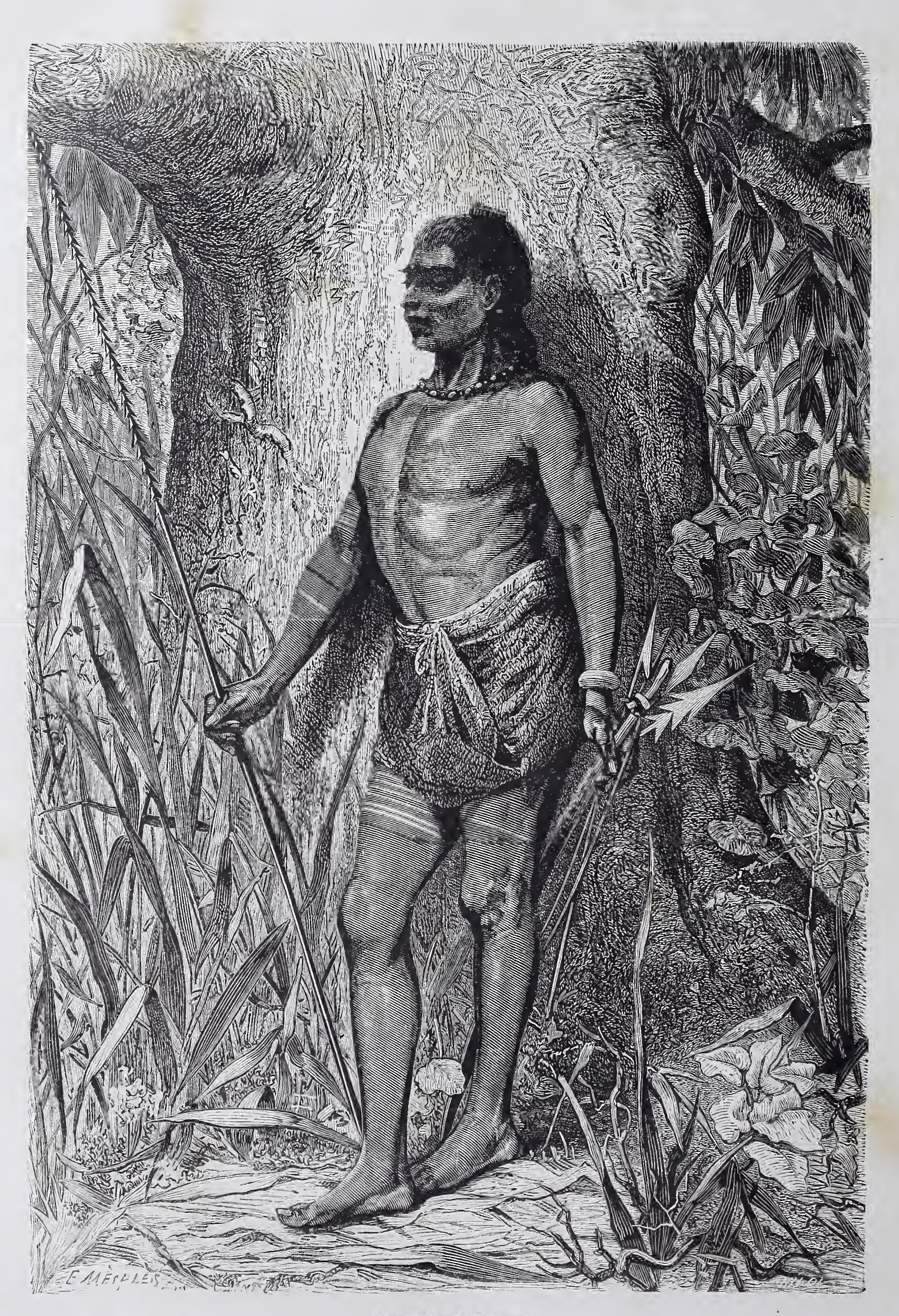
la eminencia, donde se levantan, con los vestigios de algunas modernas fortificaciones, los muros desmantelados y hendidos de un antiguo fuerte portugues, que defienden dos ó tres cañones tan viejos, que yacen olvidados en medio de las plantas parásitas, y sobre los pedazos de piedra que les sirven de lecho.

Mediante la módica cantidad de una piastra, un malayo nos cedió la posesion de un vasto cobertizo, que debía servirnos, á la vez, de alcoba, comedor, cocina, despacho y taller.

Quedamos en absoluta calma y aislamiento, casi enterrados en la verdura, y no teníamos más que comenzar nuestros trabajos.

La gran isla de Gilolo, situada sobre el Ecuador, parece formada por cuatro islas en apretado grupo. En realidad es una sola, pues unas á otras están unidas. La mayor, situada al Norte, en la cual nos encontramos, está separada de las otras tres por un estrecho istmo, llamado Istmo de Dodinga.

De Norte á Sur corre una cadena de montañas




Nirou, alfuro de Dodinga.



La ría de Dodinga.

cubiertas en todas sus ramificaciones de bosques seculares.

Algunas casas ruinosas, una mezquita de techos sobrepuestos, humilde copia de la de Ternata, todo oculto entre pintorescos bosquecillos, forman el pueblo de Dodinga, al rededor del cual se ven los antiguos desmontes trasformados en hermosas praderas, cortadas á cada paso por espesos árboles.

Este país fué en otro tiempo rico y populoso; pero hoy se encuentra devastado por la guerra, y sus habitantes se han refugiado en los bosques para librarse de un enemigo que no respeta sexo ni edad.

La llegada de la escasa tropa holandesa fué bien pronto conocida, y ofreciendo alguna seguridad, á la mañana siguiente vimos reaparecer los habitantes de Dodinga. Estos son de dos clases, los unos malayos, los otros alfuros; los últimos aborígenes, los primeros conquistadores. Todos viven en buena inteligencia. Así es que en el pueblo, no léjos de la mezquita de los malayos musulmanes, se encuentran los ídolos ó *fetiches* de los alfuros, bustos en madera de tamaño natural, ornados con cabelleras humanas. Unos toldos de hojas de palmeras protegen estas imágenes contra la intemperie de las estaciones, y algunas rotas vasijas de barro, y algunos jirones de tela multicolores, groseros emblemas de credulidad, muestran el culto que á estos ídolos se rinde.

No tardamos en ver algunos ingenuos y sencillos adoradores; eran hombres tan poco parecidos como nosotros á los malayos. Su estatura es más elevada, y sobre todo más elegante que la de éstos. Su cara oval, coronada por una frente alta y descubierta, su nariz aguileña, sus ojos colocados horizontalmente, los distingue de los malayos, de salientes pómulos y nariz roma.

Los alfuros van generalmente afeitados, son robustos, sus miembros están bien proporcionados, su cuerpo es garboso; pero los muslos y piernas están abundantemente cubiertos de un pelo negro y rizoso. Su piel es de color amarillo canela. Sus largos cabellos, negros y ligeramente rizados, se sujetan en lo alto de la cabeza, en una especie de moño, por un peine de madera. Su traje consiste en un cinto de cuerda, á la cual se ata por detras un pedazo de tela roja, azul ó multicolor, que llega hasta las piernas, viene á fijarse de nuevo al cinto, y cae por delante en forma de delantal. Unos brazaletes en espiral de hilo de laton, de anchos anillos, sujetos á una gran concha blanca, y un collar de abalorios, completan su atavío.

Sus armas son unas lanzas dentadas hechas con palo de hierro, un pequeño arco y unas flechas de bambú envenenadas.

El alfuro que ha servido de tipo para esta descripcion, y que gracias á la intervencion holandesa consintió de buena ó de mala gana en ponerse delante de un aparato fotográfico (1), era un hermoso jóven llamado Nirou, cuya mirada inquieta y cuyos ojos en constante movimiento caracterizaban al salvaje que, al contacto de la civilizacion, se admira de todo aquello que no comprende. En comparacion de Nirou y de otros alfuros que he visto, los malayos mismos, aunque en estado bien primitivo, parecen relativamente civilizados.

Los verdaderos alfuros (porque los hay tambien en otros pueblos malayos, y muy diferentes unos de otros, confundidos con el mismo nombre), se encuentran sobre todo en la parte meridional de la isla de Gilolo. Habitan, segun parece, en unos pueblecillos construídos sobre estacas en medio de los bosques. Se les cree feroces y grandes cortadores de cabezas humanas, con las que hacen horrorosas colecciones.

El difícil trabajo de clasificar todas las razas humanas que habitan el vasto archipiélago malayo, ha sido más de una vez intentado por etnógrafos de todos los países; trabajo árduo, sobre todo por la intervencion de numerosos mestizos de portugueses, chinos, árabes, alfuros, papúes, etc., etc.

Los salvajes de que nos ocupamos en este momento se encuentran, no obstante, sin mezcla en Gilolo, en Célebes, en Borneo, bajo el nombre de Dyak, y en Sumatra bajo el de Batthas.

Comparando las descripciones aisladas de diferentes viajeros, los etnógrafos han llegado á reunir todos estos salvajes insulares en una sola familia éthnica, y el doctor Mr. Hamy, con ocasion de algunas reseñas que le envié en el curso de mi viaje sobre los alfuros de Gilolo, coleccionó estos documentos diversos en una nota que comunicó á la Sociedad Geográfica, proponiendo designar en adelante á los alfuros con el nombre de indonesios, asemejándolos por la misma terminología á los polinesios, con los cuales parece que tienen algun parentesco; que consta cada día de manera más cierta.

No fueron los alfuros los únicos visitadores que

(1) Gracias á un aparato fotográfico, poco voluminoso y fácil de manejar, el *escenógrafo* de mi amigo E. Deyrolle, pude en las Molucas y Nueva-Guinea hacer las fotografías que han servido para la ilustracion de este viaje, y que le dan un carácter absoluto de verdad.

vinieron á amenizar nuestra soledad. Todos los habitantes de Dodinga estaban curiosos por vernos, y sobre todo por espiar nuestras ocupaciones, y yo me consideraba feliz con estas visitas, que me proporcionaban ocasion de enriquecer mi coleccion de fotografías, pues de otro modo encontraba con harta frecuencia insuperables obstáculos en las preocupaciones de estas pobres gentes.

Uno de estos visitadores, que se titula *Orang-Kapal* (jefe de tribu), ó en traduccion literal *hombre-cabeza*, merece especial mencion. Kimalaha, tal era el nombre de este funcionario, era un hombre entre dos edades, más bien viejo que jóven, feo, un verdadero malayo de chato rostro, pero que tenía dos cosas *sui generis*: su sombrero y sus pantomimas. ¡El sombrero de Kimalaha! ¡Qué de promesas, qué de hermosas monedas de plata mostré á sus ojos por que me cediera la posesion de aquel extraño *cubre-jefe*, objeto de mi codicia! Todo fué en vano.

Este sombrero multicolor, de hojas de palmera, de rebordes aplastados, se prolonga en forma de canuto estrecho, casi dos veces más largo que la cabeza, y está coronado por un penacho de plumas. Es un verdadero edificio.

Adquirí para mis colecciones etnográficas dos escudos alfuro-malayos muy curiosos. Están hechos de un pedazo de madera de más de sesenta centímetros de largo y diez de ancho en su centro, donde se estrecha en graciosa curva, ligeramente convexa en el sentido de su longitud. Están pintados de negro, con incrustaciones de conchas blancas, formando caprichosos dibujos. He visto algunos de estos escudos incrustados de nácar y otros ornatos con cabelleras humanas.

Un día en que Kimalaha vino á hacernos una visita, con la esperanza, sin duda, de obtener un poco de tabaco, se apercibió de estos escudos que yo había comprado, y que le recordaron, tal vez, algun hecho de armas de su juventud.

Como un viejo caballo de batalla se inquieta al ruído del cañon, así este jefe, de ordinario tan tranquilo, se anima, descuelga un escudo, lo examina y nos pregunta si conocemos el manejo de esta arma. Evidentemente sólo espera que le animemos un poco para mostrarnos sus habilidades. Me guardaría bien de rehusar á este valiente una satisfaccion tan sencilla, y previniendo sus deseos, le suplico que nos dé una leccion de esgrima y de paradas con el escudo. Bien pronto empuña su caña á guisa de sable, y cubriéndose con su broquel se pone en actitud defensiva contra un enemigo imaginario; despues comienza una serie de cabriolas, se lanza hacia adelante, retrocede bruscamente, se planta, se encorva, se endereza; el brazo izquierdo, armado con el escudo, se mueve como un telégrafo de señales, protegiendo ora la cabeza, ora las piernas, ora el tronco; es, en fin, una sucesion de posturas académicas capaz de entretener toda una escuela de bellas artes. Esta esgrima, que parece tener reglas fijas, no carece de ciencia ni de gracia.

Pasando de la teoría á la práctica, el Orang-Kapal nos mostró ciertas paradas en extremo diestras, y nos hizo comprender que este escudo largo y estrecho no es útil sinó para el combate á sable; pero que manejado por manos ejercitadas, constituye una impenetrable muralla.

La tarde misma de nuestra llegada, el revoltoso Hassan, que, segun se dice, está en los bosques, á corta distancia de nosotros, pudo, con un engaño ó con un golpe atrevido, apoderarse de nosotros y destrozarnos. Yo admiro con cierto temor el poco caso que aquí se hace de un enemigo reputado por temible. ¿Es valor ó descuido? Creo que lo uno y lo otro. Los malayos son generalmente bravos, bien que haya excepciones en la regla.

La mayor parte son musulmanes, y sabido es que esta religion fatalista, que excluye el temor de la muerte, hace de sus soldados fieros y terribles adversarios. La última guerra de Oriente lo ha probado una vez más. En cuanto á los holandeses, les infunde confianza el prestigio de su superior organizacion. La mayor parte de ellos, venidos jóvenes á las Indias neerlandesas, se han habituado á considerar á los malayos como inferiores, y no les inspiran temor alguno; abrigan, ademas, un gran patriotismo, y saben que sus colonias son la imágen viva de la madre patria. La mezcla de todos estos sentimientos, en los que domina seguramente el afan del lucro, les infunde un valor que si no es tal vez de los más animosos, no es por ello ménos sólido. Es este un valor práctico que no nace de un entusiasmo caballeresco, pero que consulta sus intereses y hace que el soldado sepa morir en su puesto.

Cualquiera que sea la causa, todo el mundo vive tranquilo. El enemigo y las batallas no preocupan los ánimos.

Todo se prepara para la instalacion permanente de la pequeña guarnicion. El fuerte era sólo un monton de pedruscos hendidos, y en su plataforma se ostentaban aún algunos vestigios de cabañas en ruína.

He tenido ocasion de comprender los servicios que prestan en campaña, al ejército holandes, los soldados indígenas. Hubiera sido preciso, en Europa, todo un estado mayor y un regimiento de inge-

nieros, para construir un cuartel, que necesita largo tiempo para su edificacion. En Dodinga, los soldados malayos, que todos, más ó ménos, han vivido en los bosques y se han construído sus cabañas, se ponen manos á la obra. En poco tiempo el terreno quedó limpio. El machete que usan en vez de sable, se adapta perfectamente á este uso más pacífico. Se les ve partir en escuadras para el bosque y volver cargados de bambués. En ménos de tres ó cuatro días se edifica sobre la plataforma un cuartel capaz de contener entera la pequeña guarnicion. Los hombres no estaban solos en el trabajo. Las mujeres disponían las cocinas, trenzaban las esteras, conducían el agua y velaban por que el arroz estuviera á su punto.

Dodinga renació así de sus ruínas; á la soledad sucedió la animacion. El país, sin embargo, estaba empobrecido; los víveres eran escasos; las conservas se estropeaban, y bien pronto quedamos reducidos á un curso de ornitología gastronómica, en la qne dominaban los papagayos y otras aves, duros y coriáceos aquéllos, las otras más ó ménos suculentas.

Pero afortunadamente, nuestras colecciones aumentaban visiblemente, siendo la más bella de nuestras capturas, un pájaro llamado *tohokko* por los malayos, *pitta-gigas* por los naturalistas, y tambien *brève*, porque carece de cola.

Las *bréves* se encuentran en Asia, en las islas Malayas y en Cochinchina, y hasta en Nueva-Guinea. Pero estos pájaros son siempre raros y difíciles de procurar.

Cada uno de estos países, cada una de estas pequeñas islas, parece poseer una especie particular. El negro de terciopelo, el azul, la púrpura y el blanco, se disputan el derecho de enriquecer las plumas de estos graciosos pájaros, cuyas actitudes, prescindiendo de la cola, recuerdan la de nuestras urracas. Pero la reina de las *bréves* es precisamente la que vimos en Dodinga, y que vinimos aquí á buscar. Es un pájaro dos veces más grande que un mirlo; el dorso, la cabeza, el cuello, las grandes plumas del ala, son negras como el terciopelo, el pecho de un blanco brillante, el vientre rojo de fuego, y los hombros de un azul nacarado incomparable.

Queriendo cazar un día, híceme acompañar por un indígena hábil. Penetramos en lo más sombrío del bosque, evitando el menor ruído.

Mi guía, casi arrastrándose, se deslizaba sobre las hojas muertas, como una serpiente, el cuello tendido y el oído alerta. No tardamos en oir un grito lejano, solitario y modulado: *¡tohokko!* en que el pájaro repite su nombre. Mi guía respondió con tan perfecto arte de imitacion, que era imposible no equivocarse.

Despues de un minuto de silencio, oímos de nuevo el *tohokko*; pero la voz se aproximaba. Este diálogo entre el ave y el hombre, entre la víctima y el verdugo, duró casi un cuarto de hora el pájaro se aproximaba cada vez más, estaba cerca de nosotros, mi guía le vió, pero yo no veía nada.

Las *bréves* no vuelan casi nunca; corren ó más bien saltan en medio de las malezas, tan pronto delante, al lado ó detras de los cazadores. Os tocan con sus alas, y no las véis, á ménos de tener ojos de salvaje.

Yo hubiera deseado tener la satisfaccion de esta bella caza, placer cruel para el que no me sentía con valor; el naturalista se sobreponía á los instintos del cazador; prefería deber mi presa á la destreza de otro, y pasé el fusil á manos de mi guía... y aquel *tohokko* adorna hoy uno de nuestros museos nacionales.

Nuestras cazas de Dodinga no eran más que un preludio, un entretenimiento; la época fijada para nuestra partida á Nueva-Guinea se aproximaba; era preciso regresar á Ternata.

Ternata, capital de un sultan, hoy en tutela, pero poderoso en otro tiempo, ha sido siempre el centro de un comercio importante; su clima, en extremo saludable, su posicion geográfica cerca de Gilolo, en la Nueva-Guinea, de las islas Célebes, á la vista de Filipinas, su puerto natural, excelente y vasto. son condiciones que atraen á los que sienten la sed de aventuras comerciales. Hoy, sin embargo, que los vapores de marcha regular y rápida han trasformado la navegacion, Ternata no conserva más que un reflejo de su antiguo esplendor. No se ve en su puerto más que una flotilla de cinco ó seis cañoneros para sostener sus relaciones comerciales con Nueva-Guinea. Casi todos estos cañoneros pertenecen á ricos malayos, marinos y armadores de padres á hijos, entre los cuales la ciencia náutica es una tradicion.

Cuando hacia el mes de Enero los vientos son favorables, estos cañoneros parten para un viaje de seis á ocho meses. Su rumbo es generalmente hacia la gran bahía de Geelwink, al Nordeste de Nueva-Guinea, donde van á buscar tortugas, nácar, holoturias, comestibles muy estimados de los chinos, el masoi, corteza medicinal de la que se consume en la Malasia más de ochocientos *pikuls* por año (cerca de cincuenta toneladas), y por último, plumas de *aves del paraíso*, para ornar el tocador de nuestras señoras de Europa ó de los mandarines de la China.

Se obtiene todo esto de los papúes á cambio de telas, abalorios, hierro, cuchillos, etc.

Estos pequeños barcos, de unos veinte metros de longitud, se construyen en el país. Yo tenía la intencion de fletar uno para nosotros solamente, á fin de tener libertad de accion y poder visitar á nuestro antojo tal ó cuál punto de la costa papúe que me pareciera interesante. En hallando un sitio seguro y relativamente confortable, esta combinacion nos ofrecía la ventaja de evitarnos fatigas y peligros. Pero debo renunciar á este proyecto que me arrastra á dispendios poco en armonía con mis recursos pecuniarios. Tenía que contentarme con la idea de tomar pasaje en uno de estos cañoneros para ir á Nueva-Guinea y volver del mismo modo.

Era una buena fortuna para los armadores que iban á obtener un beneficio neto: no tenía más que elegir. Pero era el caso embarazoso, porque yo quería escoger un buen cañonero y un buen capitan, disminuyendo en lo posible los peligros de naufragio que presenta esta navegacion arriesgada. Atendiendo á los armadores, cada uno de ellos tenía el mejor barco y era el hombre más honrado y el mejor marino.

Mr. Bruijn, que llevaba largo tiempo establecido en el país, me aconsejaba lo más conveniente. Despues de muchos días de parlamentos, laboriosamente empleados en discutir las condiciones y precio del pasaje, vine á quedar de acuerdo con un malayo, llamado Hassan, poseedor del más hermoso cañonero de Ternata, el *Makassar*, y mandado por su hijo Idriss, que había verificado ya doce ó catorce veces el viaje á Nueva-Guinea.


Kimalaha, profesor de esgrima.

Hassan y su familia pertenecían á la aristocracia comercial del país, á lo que llamaríamos la burguesía, y gozaban de la consideracion general.

Hassan era un hombre de aventajada estatura, proporcionado y de aire digno, cortés y modesto, aunque conservando siempre su dignidad. Su hijo Idriss le parecía en un todo, pero sin poseer en tan alto grado las cualidades de su padre.

Tenían en las venas un poco de sangre china, como supuse á primera vista.

Ninguno de los dos tenía barba. En los días de fiesta usan medias y zapatos charolados, una especie de blusa negra y ropa interior muy blanca. El moño que forma su cabello en la nuca, se prolonga sobre un lado de la cabeza, lo cual da á sus fisonomías un carácter particular.

El día en que cerramos trato definitivo para nuestro pasaje de Ternata á Dorey, Hassan con mil cortesías desplegó en nuestra instalacion á bordo toda la complacencia posible.

Una tarde me invitó á tomar el te en su casa,

en el campo de Makasar, barrio musulman del que ya he hecho mencion.

Hassan y su hijo Idriss habitaban dos casas contiguas, ménos lujosas que las casas europeas, pero construídas por el mismo sistema. Estaban separadas del sendero que sirve de calle, por una empalizada cubierta de plantas silvestres. Un pequeño patio forma jardin y da acceso á la azotea. Aquí fué donde me recibió Hassan. Tomamos asiento en unos sillones al rededor de una mesa redonda, cubierta con un tapiz europeo. Nos iluminaba una lámpara de petróleo suspendida. Se sirvió el te en vajilla de porcelana fina con filetes dorados, tal como las que se ven de muestra en nuestras ferias. Era esto en Ternata un lujo dispendioso, al cual hubiera preferido la más grosera de las porcelanas chinas, siempre pintorescas, con sus arabescos fantásticos y que cuestan muy poco; pero nadie es profeta en su patria; y lo que cuesta más y viene de léjos es siempre más apreciado. Esta es la moda en todo.

El te era chino, es decir, excelente. Entre los



Alfuros de Galila que van á hacerse fotografiar.

muchos platillos de golosinas, figuraban inevitablemente los bizcochos ingleses Huntley-Palmers. Hé aquí hombres universalmente conocidos. Ningun príncipe, ningun genio guerrero ó político, ningun sabio ha podido jamas en su sed de gloria alcanzar un renombre mayor que estos panaderos. Alejandro, César, Napoleon, son desconocidos en lejanas riberas, pero ¡los Huntley-Palmers! Se encuentra su marca hasta en los brazaletes de hierro con que se adornan los bellos papúes.

Al lado de estos bizcochos se ofrecen humildemente á nuestra eleccion los dulces malayos, á los cuales, por curiosidad sobre todo, concedo la preferencia.

En la familia Hassan, como sucede entre los buenos musulmanes, el sexo bello permanece invisible. Hassan tiene, segun se dice, hijas extremadamente hermosas, pero se hubiera ofendido á la menor pregunta.

Había en Ternata numerosos alfuros de Galila, pueblecillo situado al Norte de la isla Almaheira. Mr. Tobías quiso emplear su autoridad, enviándo-

los oficialmente á ponerse delante de mi aparato fotográfico. Esto fué un acontecimiento en la ciudad, y una hermosa mañana llegaron los alfuros con sus armas engalanadas con hojas de palmera, y seguidos por una turba de curiosos, hombres, mujeres y niños. De estos alfuros no tengo nada que decir, despues de la descripcion que hemos hecho de los de Dodinga, á los cuales se parecen, con la sola diferencia de haber adoptado el traje de los malayos, lo que les da un aspecto ménos salvaje.

No me quedaba ya otra ocupacion que poner mano á los últimos preparativos de viaje.

La Nueva-Guinea no produce más que arroz. Era preciso importar víveres para seis personas y para siete ú ocho meses, y ademas una pacotilla para nuestros cambios con los indígenas y nuestro material de naturalistas. Teníamos cerca de ciento cincuenta litros de alcohol, municiones para ocho mil disparos de fusil, algodon para disecar más de dos mil pájaros y todo lo demas arreglado.

Tenía que pensar en todo. Un olvido sería irreparable, y podía comprometer el resultado de la expedicion. Entre cajas, sacos de arroz y otros efectos, llevábamos más de ciento cincuenta fardos.



Hassan y su hijo Idriss.

Mr. Maindron entre tanto procuraba curarse una desolladura que se había causado en una pierna. Esto sería en Europa un arañazo sin consecuencias, pero en los países cálidos y húmedos es muy grave, como lo tiene demostrado una triste experiencia.

Ya estábamos listos y aún no se había fijado definitivamente el día de la partida. Había para esto una razon poderosa.

El revoltoso ó revolucionario de Gilolo, Hassan, tenía una flotilla, y se ignoraba hasta qué punto pudiera ser temible. Era preciso tocar en la isla de Salwatty, y en ella se encuentra un renombrado rajah que se cree aliado de Hassan. Se había, pues, acordado en principio, que todos los cañoneros de Ternata navegaran de conserva para oponer al enemigo, caso necesario, una flota imponente.

Mr. Bruijn enviaba tambien á Nueva-Guinea un pequeño cañonero, montado por cazadores malayos, que debían hacer colecciones, y había confiado el mando de esta expedicion á un jóven naturalista frances, Mr. Leon Laglaize. Compatriotas y colegas, no hacía falta más para que nos consideráramos amigos, y aunque nuestro objeto en Nueva-Guinea no fuera el mismo, decidimos cruzar

juntos los parajes peligrosos. El capitan del cañonero de Mr. Bruijn era el segundo hijo de Hassan, padre de nuestro capitan, nueva razon de esta alianza ofensiva y defensiva. Sin embargo, los intereses de unos y otros no eran exactamente los mismos, y de aquí dificultades para ponernos de acuerdo sobre el día de la marcha. Despues de largas discusiones, se fijó para el 16 de Enero de 1877.

Estos pequeños cañoneros no están precisamente organizados como nuestros barcos de recreo. Toda la cala se reserva para las mercancías. Sobre el puente, á popa, se encuentra una cámara que forma el departamento del capitan. Una mampara divide el compartimiento en dos; Idriss nos cedió el más grande, en el que dos banquetas de madera nos servian de camas.

A proa, una pequeña construccion, muy parecida á un nicho, hacía el oficio de cocina descubierta al viento.

El 16 por la tarde nos hallábamos á bordo. El capitan no parecía. En su ausencia los marineros pasaron la noche entera de diversion y tumulto, y no nos permitieron cerrar los ojos.

A la mañana siguiente bajamos á tierra para dar el último *adios* á los amigos, y Mr. Bruijn tuvo la delicada idea de hacerme entrega de una bandera francesa que había confeccionado para mí. Volvimos á bordo. Idriss pareció al fin con su padre. Restablecióse el órden y se inspeccionó todo el barco.

Despues que mi bandera francesa fué izada en el palo mayor, junto al pabellon holandes, se levó el ancla, y el *Makassar* comenzó á virar sobre sí mismo; pero impulsado por la corriente, ántes que hubiera habido tiempo de largar velas, vino á dar con el *baupres* sobre otro cañonero. Se oyó el crujido de los palos y cordajes, que se enredaron, nuestros marineros se lanzaron á los obenques como una bandada de monos negros; todo el mundo gritaba y daba órdenes á la vez; en poco estuvo que no tuviéramos que lamentar serias averías; pero, por fortuna, dos ó tres hachazos oportunos nos desenredaron.

Por fin las velas se desplegaron á la brisa. Hassan nos saludó con la mano por última vez, invocando para nosotros y su nave las bendiciones de Alá... Y partimos.

¡Momento siempre lleno de emociones, cuando se sabe que nos esperan largos meses léjos del mundo civilizado, sin noticia de la patria, donde hemos dejado las más dulces afecciones, las personas queridas que esperan con ansiedad la vuelta del viajero!

---

# TERNATA — LAS MOLUCAS

## II

La isla de Salwatty.—El rajah Abon-Kassin y el príncipe de Tidor.—Dorey.—Las habitaciones.—Los Papúes Maforos.—Vestidos.—Ornamentos.—Armas.—El mayor y el capitan.—Aritmética papúe.—Deslealtad.—Gobierno.—Individualidad.—Solidaridad.—Matrimonios.—Escrúpulos.—Pasiones.—Religion.—Casa sagrada.—Ídolos y leyendas budhistas ó cristianas.—El arte papúe.—Idiomas.—El pueblo de Aiamboro.—Habitaciones.—Papúes Arfaks.—Peinados.—Costumbres sanguinarias.—Robo de una esclava, y singular venganza.

Despues de muchos días de navegacion, nuestro primer arribo á tierra papúe, fué en el puerto de Salwatty, situado en la punta nordeste de la isla, á la entrada del Estrecho de Galévo. Las tierras muy bajas en este Estrecho avanzan sobre la mar en bancos de arena ó de coral, que sumergiéndose á trechos forman islotes cubiertos de vegetacion, y queobliganáfondear léjos de la playa.

Idriss y yo bajamos á tierra para hacer una visita al rajah. Mr. Maindron, que sufria aún de la herida de su pierna y se encontraba en la imposibilidad de andar, tuvo que permanecer á bordo.

Había muchas razones para suponer que Abou-Kassin, rajah de la isla de Salwatty, era el aliado del revoltoso Hassan. Por esto, para mayor seguridad, Idriss me recomendó que guardara mi revolver en el bolsillo y que hiciera llevar mi fusil por uno de mis hombres. Él tomó las mismas precauciones, y así, armados hasta los dientes, abordamos á la primera tierra papúe.

El rajah estaba prevenido para recibir nuestra visita, y tan pronto como llegamos delante de su habitacion, algunos servidores nos ofrecieron apresuradamente sillones rústicos para que tomáramos asiento delante de la azotea.

El señor no se hizo esperar. Era un hombre vestido con toda propiedad al gusto malayo: una especie de enaguas á guisa de pantalones, blusa de algodon y un gorro multicolor, mitad de tela y mitad de esparto. De pequeña estatura, grueso, muy moreno y de mezquina apariencia, el rajah Abou-Kassin no se parecía en nada á un malayo; se le hubiera creído más bien de orígen árabe, lo que no tendría nada de extraño, porque es probable que los árabes vinieran á Ternata hacia el siglo décimocuarto.

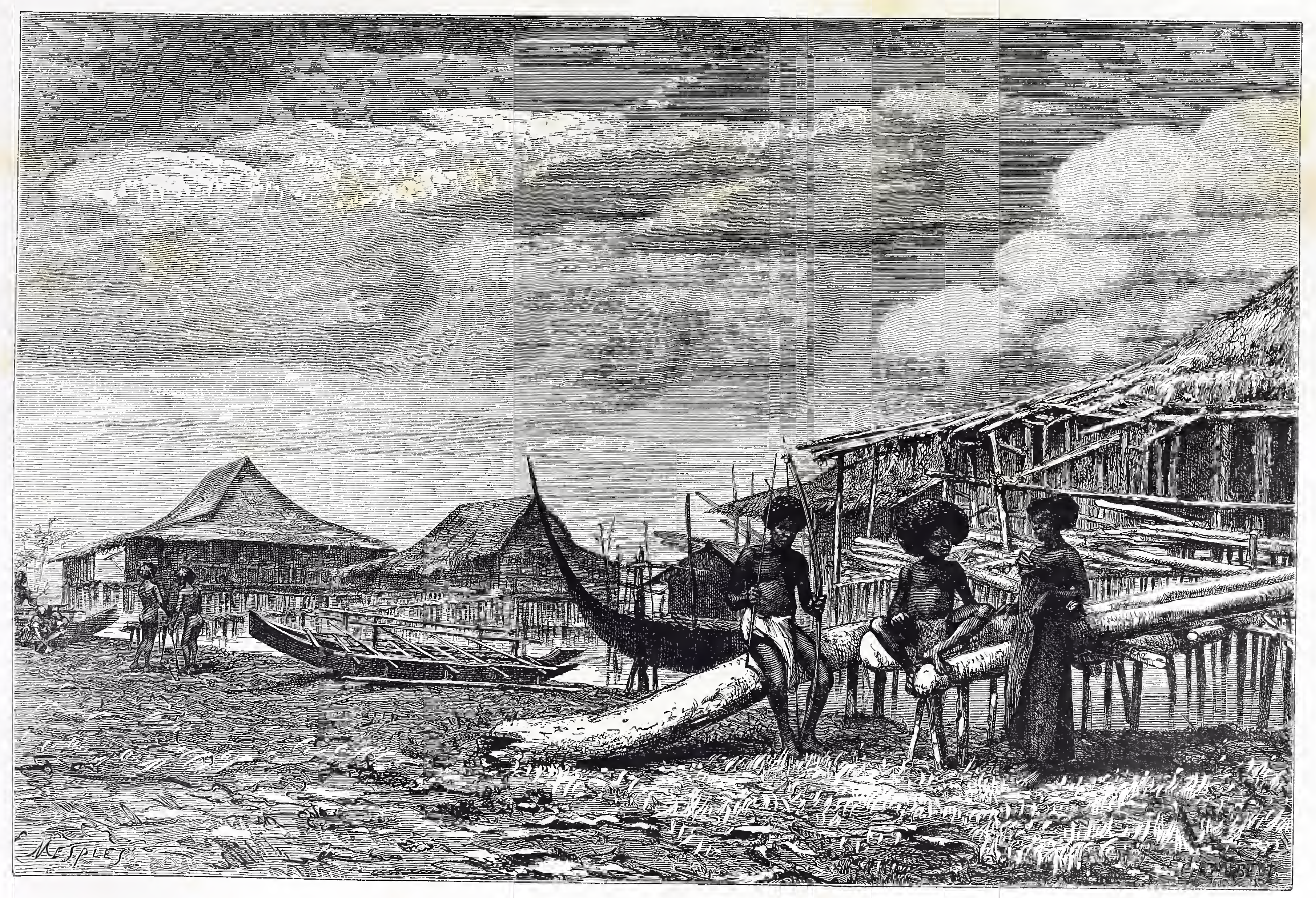
Abou-Kassin (no dudo que ya no existe) tenía un porte modesto y reservado, dulce y cortes. Hablaba poco, pero la inspeccion más superficial de su persona, era bastante para convencerse que bajo aquella apariencia ocultaba un fondo de hipocresía y engaño. Pocas veces he encontrado una fisonomía tan manifiestamente falsa, una expresion de rostro tan bajamente cruel.

Un sirviente nos ofreció cigarros. Los acepté, pero no me apresuré á encender ni á llevarlos á mi boca, hasta que ví al rajah fumar uno, porque si bien no creía que estuviera dispuesto por su parte á emplear procederes violentos, no me inspiraba confianza, y aunque se le juzga valiente, yo le creía más dispuesto á servirse del veneno que del cuchillo.

Otro personaje importante acompañaba al rajah: era un príncipe de Tidor, hijo ó sobrino del sultan. En Ternata se creía que había sido asesinado en la isla de Guebé; pero había tenido cuidado de no comprometer su vida, y en vez de cruzar el mar segun la órden que había recibido de su real señor y pariente, vino á pavonearse en una dulce ociosidad á Salwatty. Estaba de huésped de Abou-Kassin.

Mirando al uno y al otro, pensaba que era difícil encontrar dos hombres más diferentes.

El príncipe es alto y fuerte, tiene el color claro, figura bondadosa, hasta ordinaria, bastante inteligencia, la voz alta y gangosa y habla mucho.

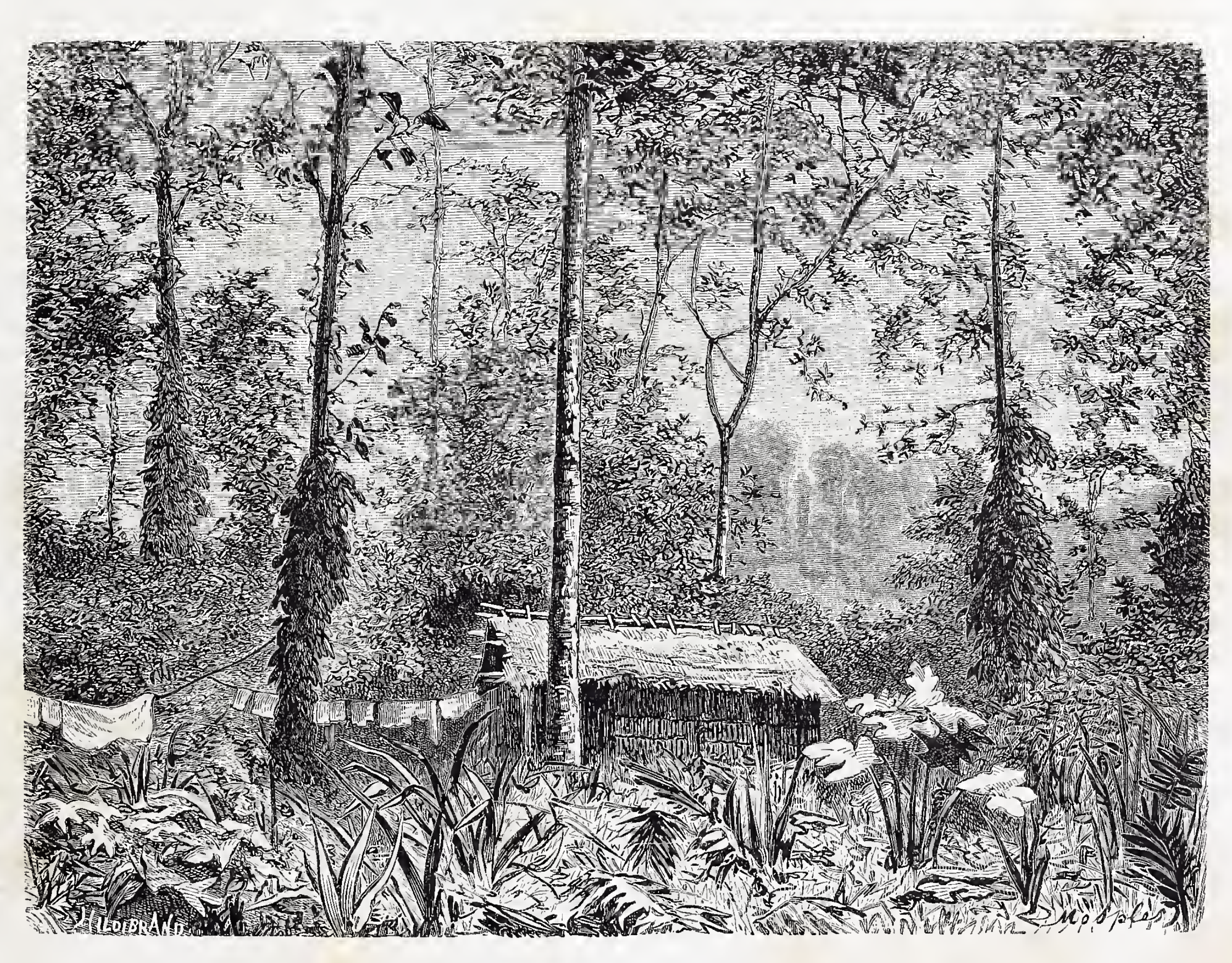


Aldea y habitantes de Salwatty.

El rajah estaba sentado en el borde de su silla bastante incómodo, como si tuviera por asiento un manojo de espinas. El príncipe, por el contrario, se puso con toda comodidad en el suyo, cruzando las piernas familiarmente. El uno estaba cauteloso por cálculo; el otro franco por rudeza.

Adivinando nuestras sospechas, el rajah nos enseñó una carta que había recibido del revoltoso Hassan. Este último le indujo á hacer causa comun con él; pero el pérfido Abou-Kassin era bastante astuto para caer en el lazo; nada podía ganar en una alianza tan comprometida y conocía bastante á los holandeses para dudar que tarde ó temprano alcanzarían la victoria. Tenía bastantes delitos de los que buscar indulto, y no quería aumentar con otro su proceso judicial, en el que había motivo suficiente para concedérsele el honor de ser colgado de un árbol.

Yo mismo supuse que al alojar en su casa al príncipe de Tidor, quería servirse de él como de



Habitacion del autor en Dorey.

un pararayos y tener una prueba irrecusable de su fidelidad á los holandeses, de la cual protestó ante nosotros en algunas palabras discretas pero sentidas.

Habiendo tomado la conversacion un giro bastante amistoso, participé al rajah mi deseo de cazar en su isla; no tanto por el gusto de matar como por el interes de mis colecciones, y me contestó en términos muy sencillos, que miéntras permaneciera en los alrededores del pueblo, bajo su proteccion nada tenía que temer; pero que si trataba de penetrar en el interior, no podría responder de mi seguridad y que corría el peligro casi cierto de ser asesinado.

«El país hoy está tranquilo, me dijo; pero no sé lo que sucederá mañana.»

Las poblaciones del interior de Salwatty, son bastante peligrosas; pero creo que si el rajah hubiera querido, no habría motivos tan serios de temor: pero el rajah no lo quiere; un interes pecuniario le induce.

La isla de Salwatty es la patria de uno de las más hermosas aves del Paraiso, del *multifil* (*Seleucides alba*). Su espalda refleja violetas, su pecho

de terciopelo negro adornado con una bordadura verde metálica, y su penacho de plumas de un color amarillo alimonado, forman un conjunto admirable y hacen á esta ave digna de ser muy buscada. El rajah desea guardar para él su tesoro, y todos los multifilos deben pasar por sus manos; esta es la verdadera causa de sus caritativas advertencias; pero aunque puede creerse esto, es muy prudente seguirlas, porque Abou-Kassin no tendría escrúpulos de hacer desaparecer á cualquier temerario viajero, achacando este crímen á los salvajes insulares que lo cometieran por su indicacion.

Salimos de Salwatty el 26 de Enero, y bordeamos penosamente con viento débil, pero con grueso oleaje, la costa norte de Nueva-Guinea, que llamaré en adelante por su nombre indígena, la *Papuasia.*

El 30 por la tarde, pasamos cerca de la pequeña isla desierta de Aori, adonde vendré más tarde, y el 31 por la mañana llegamos á la entrada de la bahía de Dorey, término de nuestra navegacion.

Era preciso construir sin tardanza una casa, trabajo que, afortunadamente, no es ni largo ni difícil en Papuasia, tanto más, cuanto que Idriss tenía un cargamento de hojas de cocotero preparadas para la techumbre, y que, mediante el pago de unas enagüillas (1) ó de una navaja, una veintena de papúes consentirían en ponerse á la obra.

Pero ántes de continuar, supongo que le agradaría al lector visitar el pueblo de Dorey y conocer un poco sus habitantes, así como sus trajes y costumbres.

Al norte de la gran bahía de Geelwink se encuentra una rada que forma la bahía de Dorey, sobre cuya playa septentrional se encuentran alineados tres pueblecillos: Konavi al Este, donde nosotros nos hemos establecido, Raoudi al centro y Monoukouary al Oeste.

La bahía está protegida de los vientos del Este por la isla de Manasouari, más conocida con el nombre de Mansinam, que es el de su único pueblo.

Otra isla más pequeña y completamente inhabitada, la isla de Mousmapi, opone afortunadamente, gracias á algunos arrecifes, una barrera á las ráfagas de los vientos del Sur.

Todas las casas de los pueblos de Dorey y de Mansinam, están construídas sobre estacas, á cincuenta ó sesenta metros de la orilla del mar, y en algunas se encuentra un puente construído con troncos de árboles, apoyados sobre sí mismos.

Estas casas forman un cuadrilátero más ó ménos vasto, en los que la inmensa techumbre de hojas de cocotero simula con cierta exactitud la forma de un medio huevo.

Cada una de estas casas está dividida en cuatro partes: al centro en el sentido de su longitud una especie de corredor da acceso, á ambos lados, por una puerta única á pequeñas habitaciones casi enteramente á oscuras. Hay así á cada lado cinco, seis ó siete habitaciones. Sobre la fachada de la casa, siempre del lado del mar, el corredor termina en especie de explanada, abierta á todos los vientos, pero cubierta por el techo; los procedimientos de construccion entre los papúes me eran ya conocidos en cuanto á las fachadas de sus edificios, pero lo que no podía imaginar era en el interior el espectáculo extraño de un desórden más pintoresco que confortable, de troncos, de ramas, de pedazos de cortezas de bambúes, de esteras, todo movible, vacilante, rodando, resbaladizos, capaz de marear á cualquiera, y formando entre todo un resbaladero que exige una gran ciencia de equilibrio.

No se puede creer que cada una de estas habitaciones que se encuentran á los lados del corredor, tenga un destino especial al servicio de una sola familia; no, los menesteres de un papúe no son tan múltiples. Cada casa es por sí sola un pequeño pueblo, una pequeña colonia, y cada habitacion está ocupada por una familia distinta, comprendiendo el padre, la madre y los niños. La casa pertenece sin embargo á un individuo que se podría llamar jefe de familias, *Pater familias*, y todos los que la habitan, diez, veinte, treinta y á veces cincuenta, son sus parientes, sus amigos y sus esclavos. Estos últimos han contribuído todos á la construccion del edificio, viviendo en comun y unidos los unos á los otros por los mismos intereses y la misma necesidad, la lucha de la vida. Sólo los jóvenes que se encuentran en la edad nubil son excluídos de la casa, y pronto

---

(1) Sirve todavía para los cambios con los papúes el *kain* (tela azul), vasta pieza de algodon indio, cuyo valor no pasa de cinco francos y treinta céntimos. Es esta una mercancía muy estimada de los papúes, que no tiene en otra parte ningun uso, pero que es aquí indispensable en las negociaciones importantes. Sirve tambien el *manimani*, abalorio de Venecia, azul claro y opaco, que se da con medida para hacer collares; vienen despues los machetes, los cuchillos de formas y valores diversos, y pequeños espejos poco apreciados.

El *sarong* es una especie de servilleta grande y multicolor, que los hombres y las mujeres en Malasia se atan al rededor de los riñones á guisa de enaguas. Los papúes lo reciben como moneda y lo utilizan, aunque poco, en sus vestidos.

Estos *sarong* valen próximamente tres francos.

veremos por qué y cómo, cuando hablemos de las costumbres y de la religion de los papúes.

El moviliario es más primitivo todavía; los asientos y las mesas son desconocidos; los papúes se sientan siempre sobre sus talones, hasta cuando tienen una silla á su disposicion, dos ó tres tablas cortadas con el machete del tronco de un árbol y recubiertas de hojas de cocotero, forman la cama; un agujero abierto en una especie de lecho de tierra sirve de hogar; los alimentos cuando no se toman crudos son casi siempre cocidos sobre las cenizas ó las brasas; los pucheros de barro son un lujo muy raro, bien que sólo se fabrican algunos en Dorey. De largos y gruesos bambúes de que están construídos los tabiques interiores, se sacan los vasos para el agua; si añadís algunos sacos de esparto, arpones, arcos, flechas y lanzas, tendreis la lista completa de un moviliario de papúe.

¡Qué abismo entre el hombre que vive como una bestia en este estado de barbarie y el hombre civilizado que en todas las funciones de la vida animal busca un refinamiento del espíritu! Aparte de la palabra y de una perfectibilidad relativa, el hombre salvaje se aproxima más á la bestia que al hombre civilizado.

Los papúes son más esbeltos y más altos que los malayos. Tienen los brazos y las piernas un poco largas y delgadas, la cara oval, los pómulos salientes, la frente baja, los ojos sin ninguna oblicuidad, la nariz aguileña (diferenciándose esencialmente en esto de los malayos, que la tienen aplastada y chata).

El tabique nasal se prolonga inferiormente tanto, que las narices presentan de lado una gran extension y se levanta un poco, conformacion característica entre todos los papúes, y que sobre todo cuando es muy pronunciada da á su nariz un aspecto disforme.

Salvo raras excepciones, los labios son ménos gruesos; el conjunto de su cara no ofrece ningun signo de prognatismo; el color de la piel varía entre los números 27, 28, 29 y 30 de la escala cromática de la Sociedad de Antropología, es decir, moreno, moreno pronunciado al amarillo canela, pasando por tonos ligeramente rojizos. Los tintes claros son escasos y no se encuentran más que entre las mujeres. Los cabellos son tambien variables entre las diferentes tribus, pero siempre de un negro muy pronunciado y más ó ménos crespos. La barba es poco abundante, bien que parece que no asoma sinó en una edad relativamente avanzada.

Entre las mujeres, una boca gruesa, repugnante, llena de escoriaciones, y horribles huellas de enfermedades cutáneas que son el resultado de una alimentacion mal sana é insuficiente, constituyen, por cierto, un conjunto nada seductor.

Poco agradables en la adolescencia y bien pronto deformes por una precoz maternidad y por trabajos penosos, no tardan en llegar á una fealdad repugnante. Su traje es tambien todo lo primitivo posible. La tela que usan no es de tejido, no es tampoco una piel de animal; es cualquier cosa entre uno y otra, una corteza de cierta clase de higuera, curtida y preparada, despues de haber estado en remojo y batida largo tiempo con un mazo de madera. Es amarilla, y tiene, al ménos en apariencia, una flexibilidad y una consistencia entre el papel y el tejido. Cortada en larga banda, sirve de cinturon, pasa despues entre las piernas y vuelve por delante para formar un delantal más ó ménos largo.

Este es el único vestido de los papúes. Alguna vez, entre las mujeres, esta tela un poco más larga, atada al rededor de los riñones, cae en forma de enagüillas hasta las rodillas. Es decir, que en Dorey usan tambien el *sarong* (porque lo bueno debe imitarse y conservarse).

En cuanto á los adornos, son groseros, pero numerosos, y algunas veces no carecen de gracia.

El peinado varía entre las diferentes tribus papúes. Entre los mafors, habitantes de Dorey, donde estamos, tiene bastante originalidad. Los cabellos, naturalmente crespos, son ademas enmarañados con un largo peine de bambú, que más parece un tenedor, hasta que forman al fin una masa erizada, una maleza por decirlo así, que tiene un volúmen dos ó tres veces mayor que la cabeza. Para igualarlos y darles una apariencia más negra y rizada, emplean un tizon que pasan ligeramente al rededor de este edificio de cabellos; se pone horizontalmente en esta mata lanosa el peine de bambú, con el mango deshilachado, esculpido, forrado y algunas veces guarnecido con plumas, que avanza veinticinco ó treinta centímetros por delante de la cara, y hé aquí realizado el sueño de todo papúe mafor, que tenga alguna pretension de coquetería. No podíamos cansarnos de ver y de admirar estos erizos ó plumeros que semejan á los que se usan en Europa al extremo de un palo ó perca larga para sacudir el polvo en las bóvedas de las iglesias y palacios.

Se adornan las orejas con pendientes de cobre, de vidrio ó de concha. Se rodean el cuello con un collar de abalorios, del cual penden objetos diversos: una gruesa concha blanca, un amuleto re-

presentando una figurita humana con el cuerpo solo, hecho de un pequeño trozo de madera, envuelta con otras reliquias en trapos, que en fuerza del uso presentan un color indefinible, ó por último, una de esas grandes espinas que tienen en las plumas de las alas los *casoars*.

Los brazos, en los puños y hasta cerca del codo, van ornados de anillos, algunas veces de plata, que es la suprema opulencia, pero más comunmente de cobre, de dientes de animales salvajes, de espinas, de conchillas, de conchas de ostras ó de esparto, en el que sobre fondo negro resaltan algunos dibujos amarillos ó rojos. Y aún hay más que eso. En las ligas, con sus hebillas, llevan tambien anillos hechos de conchas entrelazadas.



Un paisaje en Dorey.—Papúes empujando sus piraguas.

En las grandes solemnidades se cuelgan una ostra-perla, toscamente trabajada y adornada con abalorios. Si á esto se añade algunos pintarrajeos azules, restos de cicatrices hechas con un carbon encendido, tendremos la enumeracion casi completa de todos los detalles de los ornamentos papúes, ornamentos exclusivos del hombre, como sucede entre casi todos los salvajes, lo

mismo entre los repugnantes negros del Africa, que entre los feroces habitantes de la parte vírgen del Nuevo-Mundo, y entre los pérfidos insulares de la Oceanía.

Afortunadamente para los viajeros, los papúes no hacen uso todavía de las armas de fuego. Más sagaces en esto que los tratantes árabes del Africa, los malayos, á pesar del atractivo del lucro, no quieren importar los fusiles entre sus pacotillas de cambio, para armar las manos de sus asesinos. Están reducidos aún, voluntariamente, á sus arcos y sus flechas, armas peligrosas, sin duda, en sus manos ejercitadas, pero que hacen un triste papel enfrente de nuestros fusiles de tiro rápido. Los arcos de bambú ó de madera flexible son muy grandes; la cuerda es de hilo de caña. Las flechas de combate son casi tan altas como un hombre, y están hechas de bambú, muy rectas y ligeras, con una punta de hueso ó de espina de pescado, y adornadas con arabescos y con pequeñas figuras humanas. Estas flechas producirían sin duda terribles heridas; pero aunque lanzadas por una mano fuerte, llegan muy léjos, á ciento ó ciento cincuenta metros, no deben ser muy pe-





Mujeres maforas.

ligrosas, porque parece que los papúes no son muy hábiles en su manejo. Yo los he visto muchas veces ejercitarse en el tiro del pichon sin que jamas acertaran, y durante nuestra estancia en Nueva-Guinea no hemos recogido más que una ó dos veces pájaros muertos con estas flechas.

Sus lanzas son largas, con un asta más ó ménos pulida y adornada tambien con plumas de casoar. La punta es algunas veces de hierro, lo que constituye un objeto de gran valor; pero la mayor parte están hechas con un trozo de bambú, perfectamente afilado. Las remplazan así, caso necesario, por un simple venablo de bambú con la punta tallada á bisel.

Su armamento, en fin, se completa por el *peda*, especie de sable-machete que los malayos importan generalmente como objeto de cambio. Un papúe no abandona jamas su *peda*, instrumento propio para todos los usos, que abate cabezas humanas ó troncos de árboles, y sirve para cortarse las uñas lo mismo que para afeitarse.

Tales son los papúes, en medio de los cuales vivimos y que hemos tenido la curiosidad de ver y estudiar, porque de la mañana á la tarde entraban libremente en nuestra cabaña, en la que la puerta, más molesta que útil, ha sido suprimida. Hemos tenido tambien algunos á nuestro servicio para guiarnos en las cacerías por el bosque y acompañarnos en nuestras excursiones. Comían con nuestros hombres y pasaban muchas veces las noches en nuestra casa. Por no estar constantemente entre ellos, trazamos á la puerta de nuestro cuarto una línea de limitacion más bien moral en verdad que material, que dos papúes solamente tenían el derecho de franquear; dos especies de jefes que gozan entre sus compatriotas cierta autori-

dad, y de los cuales uno, el mayor Sakoi, hablaba bastante bien el malayo, por lo que era para nosotros precioso en nuestras relaciones con los indígenas. Era un hombre viejo, de rostro taciturno y dulce, horriblemente feo, que llevaba arrollado sobre su calva cabeza á guisa de tocado un pañuelo todavía más sucio que él; el otro, el capitan de los mares Founaouo, ni viejo ni jóven, tenía una cabellera enorme, una nariz ligeramente remangada, y finalmente el aire de una bestia. Estos dos hombres, de los que recibimos diariamente la visita más bien dos veces que una, y que no dejaban jamas de saludarnos con un *tabe touan* (buenos dias, señor,) de darnos la mano y de mendigar un poco de tabaco, no venían jamas el uno sin el otro; bajo las apariencias engañosas de sus amigables relaciones, eran evidentemente dos rivales que se espiaban á fin de obtener al ménos una parte igual en la explotacion de los extranjeros; los dos nos prodigaban á cual más la seguridad de su aprecio. El mayor era cómicamente patético, cuando me invitaba á ser generoso con un viejo amigo de los franceses á fin de que quedara en su corazon un grato recuerdo de nuestras acciones. No me inspiraba confianza alguna, no creía una palabra de sus protestas, pero tenía necesidad de él y, pagándole con la misma franqueza, le decía, dándole familiarmente palmadas sobre su arrugada piel, que era mi mejor amigo.

Uno de los guías de nuestras excursiones, que se llamaba como su país, Dorey, era un hombre de unos veinte años, un perfecto papúe, tanto moral como físico; una inmensa cabellera, una profusion de conchillas, de anillos, de abalorios, de pequeños amuletos, daban la apariencia de un muchacho á este indígena, siempre riente, familiar, enredador, hipócrita, pero ladron como un mono. Yo tenía de mi parte al mayor y al capitan, y por su mediacion contraté á Dorey á nuestro servicio por un mes, al cabo del cual debía darle cierta paga en telas, cuchillos y abalorios. Él sabía perfectamente que el mes tenía treinta dias y las condiciones fueron aceptadas por una y otra parte. Todo fué bien al principio, pero hé aquí que á los diez días Dorey descuidó su servicio; al entender mis reprensiones, púsose grave, majestuoso y nada respondió; pero á la mañana siguiente me reclamó el pago de tres meses cuando no hacía más que doce días que estaba á mi servicio: yo me negué terminantemente. Al siguiente día no quiso acompañar á mis cazadores, persistiendo en su extravagante demanda. Mandé buscar entónces al mayor para que me sirviera de intérprete, porque Markus sabía un poco el papúe, pero no lo bastante para dilucidar el debate de más importancia que habíamos tenido desde nuestra llegada y para resistir vigorosamente contra esta explotacion indigna, que podía suscitarnos dificultades sin número.

Vino el mayor; Dorey le acompañaba seguido de sus parientes y amigos y la sesion comenzó. Yo traté de establecer de una manera perentoria y por un cálculo primitivo hecho por los dedos ante los asistentes, que un mes tenía treinta días, que Dorey no nos había servido más que doce y que por consiguiente le restaban diez y ocho días de trabajo para ganar el salario de un mes; que él se fundaba mal para reclamar tres meses. Mi aritmética se encontró justa en sus procedimientos, pero falsa en sus conclusiones. Dorey con sus partidarios reclamaba siempre el pago de tres meses, pretendiendo que los meses papúes tienen sólo cuatro días.

Despues de haber discutido largamente, no llegamos á ponernos de acuerdo. Esto me contrariaba un poco, porque temía romper nuestras amistosas relaciones con aquella gente. Pero Markus, que había hecho ya muchos viajes á Nueva-Guinea, me ayudó á esclarecer el debate, ofreciendo el pago de doce días ni más ni ménos. Los papúes se alejaron sin querer aceptar.

A la mañana siguiente, Dorey vino á rondar al rededor de la casa, pero hicimos como si nadie fijara la atencion en él. Esto duró muchos días hasta que se decidió por fin á reclamar de nuevo su paga. Yo le ofrecí aún el salario de doce días que se obstinaba en rehusar; pero le mostré ostensiblemente el precio, que consistía en telas y abalorios, en el cuarto de nuestros criados, diciéndole que cuando quisiera podía venir á buscarlo, y que yo tenía otras cosas que hacer que discutir con él.

Algunos días despues, las telas y abalorios habían desaparecido; Dorey estaba pagado.

Por lo demas, es difícil hacer cuentas con los papúes, porque no saben contar más que hasta diez; pero el viejo mayor me indicó el procedimiento que había de seguir para evitar en lo sucesivo estos enfados: cuando quisiera contratar un hombre á mi servicio debía cortar tantos pedacitos de madera como días había de tenerlo, poniendo delante del papúe á un lado los pequeños trozos de madera y al otro los objetos que en pago le ofrecía. Yo me guardé muy bien de ofrecer al primer golpe todo lo que quería pagar; era preciso ser mercader. Cuando al fin un papúe despues de haber reflexionado largamente, consultaba á sus amigos, miraba los objetos, desdobla-

ba las piezas de tela, contaba y recontaba los pequeños pedazos de madera, dividiéndolos en montones de cinco y de diez, los reunía despues, los revisaba todavía, se decidía á aceptar, tomaba todos los pedazos de madera; despues me daba uno cada mañana, y cuando ya no tenía más, las telas y abalorios, que estaban siempre guardados en un sitio donde podía verlos y tocarlos, le pertenecían; era raro entónces que quisiera renovar el contrato. Había estado durante un mes sujeto á un buen régimen alimenticio; tenía lo que en su país remplaza al dinero, era rico. Nada podía ya tentarle, la pereza que había sacudido un instante le volvía encima, y llevado por la inconstancia y la versatilidad propia de su carácter, se alejaba y no volvía más.

Las cosas no pasaban siempre, sin embargo, de una manera tan sencilla; había veces que querian revocar el contrato; y romperlo á los tres ó cuatro días, devolviéndome todos los pedazos de madera, y entablándose grandes discusiones para el pago.

Era ya timpo de dedicarnos á buscar insectos, que adquiríamos con abalorios; yo daba uno, dos, tres, y hasta siete ú ocho abalorios azules, por insectos, conchillas, peces, una serpiente ó un animal cualquiera, terrestre, fluvial ó marino. Tomamos, de primera intencion, todo lo que podíamos llevar para contentar á los cazadores, sin perjuício de hacer luégo una eleccion más detenida. Pusimos todo esto en una caja, que instalamos en la ventana, y no tardaron en acudir los muchachos y tambien los hombres, y aunque con ménos frecuencia, algunas mujeres. Bien pronto, para evitar el escalamiento y que se llevaran esta moneda, nos vimos obligados á hacer más difícil su acceso; pero era preciso luchar contra la astucia sin igual que usan los papúes, que querian hacernos aceptar y pagar un insecto mutilado ó una conchilla rota é incompleta. La primera negativa no les hacía desistir, y á los pocos días nos volvían á ofrecer la misma deteriorada mercancía por cualquier otro vendedor; constantemente resonaban en nuestros oidos estas palabras: *Touan, binatang, binatang* (caballero, los bichos, los bichos).

Hacía falta la doble paciencia de un viajero y de un naturalista, pero esto no era nada al compararlo con los enfados que nos suscitaba la mala fe de los papúes. Un día, Markus y Wiliam regresaban de caza trayendo un paquete de pequeños tallos de bambú, aguzados y acerados, que habían encontrado, fijos en tierra, en las proximidades del bosque, y sobre todo en el sendero que á él conduce; la intencion era evidentemente malvada; para nuestros cazadores de insectos, que marchaban á pié desnudo, el peligro era grande; yo mismo salía, frecuentemente, al rededor de la casa sin calzado, y encontré gran cantidad de estos pequeños bambúes fijos en tierra, de cuya superficie rebasaba la punta cuatro, cinco ó seis centímetros.

Los papúes pretendían, que ellos habían sembrado así el bosque y los alrededores de nuestra casa de pequeñas estacas, para preservarnos de una incursion de las tribus de los *arfaks*, esos terribles cortadores de cabezas, cuyo sólo nombre espanta á los malayos. Tuve á bien decirles, que no temía nada á los arfaks, y que los bambúes eran más bien peligrosos para nosotros, y que no quería que los clavaran. A pesar de esto, nuestros hombres arrancaban, todos los días, un gran número, que una mano invisible clavaba siempre, hasta que un día dos papúes cayeron en su propio lazo, quedando con los piés casi traspasados. Uno de ellos vino á pedirme remedio. Yo tuve ganas de no complacerle, pero ¿cómo negárselo? Me decidí á emplear uno que doblaría el castigo: fué una aplicacion profunda y prolongada de colodion. Se sabe que este medicamento, aunque excelente, produce sobre la llaga la impresion del hierro candente; nuestro hombre curó, y desde el mismo día los bambúes desaparecieron, con gran satisfaccion nuestra.

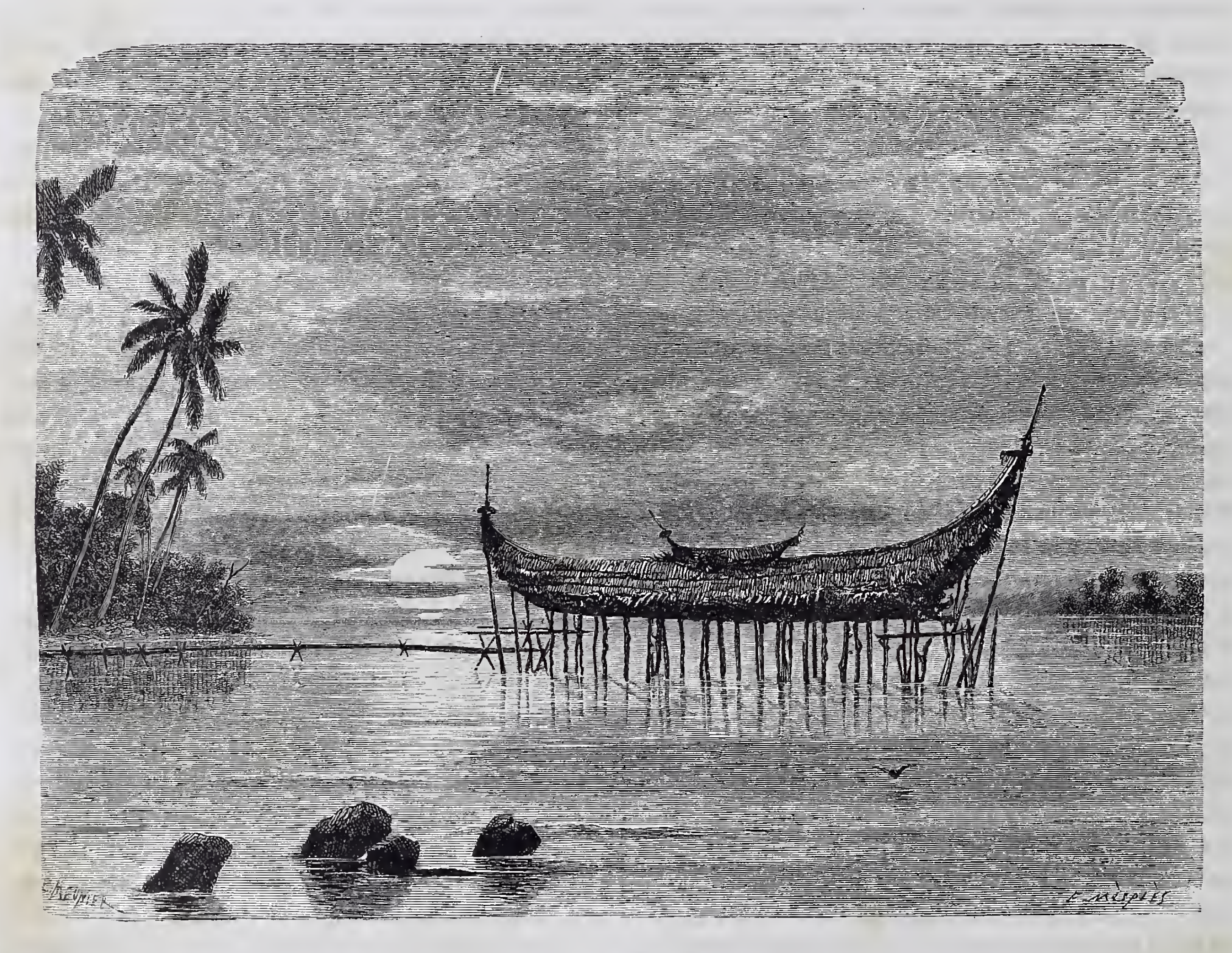
Como se puede comprender, entre pueblos tan primitivos, la organizacion social se encuentra en un período embrionario; nada de gobierno, nada de leyes, ni de costumbres sociales, ni de sacerdotes, ni de autoridad obedecida y respetada: esto no es más que una reunion de individualidades absolutamente libres é independientes, que no están ligadas entre sí, sinó por lo que exigen sus intereses, y que, sin embargo, cosa curiosa, son todos solidarios unos de otros.

Algunos jefes se trasmiten, de padres á hijos, un poder nominal é ilusorio, que ni es querido ni puede imponerse.

Cada uno se instala donde le place; pero llega un peligro comun, y todos estos naturales vagabundos se agrupan y se estrechan en apretadas haces. Un papúe tiene una hoja de tabaco, un tallo de caña de azúcar; debe repartirlo entre los que le rodean, y muchas veces, si yo tenía necesidad de guías, de criados, de remeros, aunque me era más cómodo tratar con uno de ellos, se encontraba con las manos atadas por sus compatriotas que querían ser investidos cada uno de una funcion cualquiera para participar de la paga.

Los papúes son, generalmente, monógamos: alguna vez tienen muchas mujeres, pero sucesivamente; cuando la primera se encuentra marchita ó inútil por la edad, se la pone á un lado como un mueble inútil, para tomar otra que tendrá la misma suerte que la primera, y así se sigue miéntras el marido es bastante rico para renovar este moviliario dispendioso, porque la mujer es siempre objeto de una transaccion comercial, en la que el esposo paga al padre una suma largamente debatida, y proporcionada á sus recursos. Es preciso hacer constar que entre estos pueblos tan groseros, se observan ciertos respetos á las leyes de la moral, aunque lo cierto es que degenera, con frecuencia, en especulacion. Así, la buena conducta de las jóvenes se considera como un capital que permite esperar una transaccion financiera ventajosa.

Si un hombre anuncia la intencion de tomar por mujer á una jóven, no debe buscar ocasion de



Un templo en Dorey.

verla ni mirarla más que cuando esta ocasion se presente fortuitamente. Si la encuentra en un camino debe agacharse, volviendo el dorso y ocultando el rostro entre las manos; si procede de otro modo, se expone al pago de una fuerte multa en *sarongs* ú otros objetos de cambio.

Los misioneros holandeses me han referido anécdotas singulares sobre hechos que han tenido lugar en el pueblo de Mansinam, y que si la avaricia no era el móvil evidente de la solicitud paternal, podrían dejar suponer una delicadeza de costumbres, bien léjos de la que se podría esperar del estado tan inferior de civilizacion de este pueblo.

Los matrimonios dan lugar á un júbilo que no puedo describir, no habiendo jamas asistido á sus ceremonias.

Debo hablar ahora de la religion, cuestion muy interesante, pero sobre la cual nadie ha sabido darme noticias bastante precisas. Los papúes guardan en este punto una reserva extraordinaria. Interrogué á mis dos amigos, el mayor y el capi-

tan, busqué indicios cerca de nuestros malayos que han venido muchas veces á Nueva-Guinea, pregunté á los misioneros holandeses, que hablan perfectamente la lengua mafor, y ni los unos ni los otros estaban mejor enterados que yo. Y cosa extraña, han encontrado entre los indígenas algunos neófitos que les son devotos, los han probado en circunstancias difíciles, pero los mismos papúes cristianizados y á medio civilizar, se niegan á revelar nada de la religion de su país.

Los indígenas llevan objetos que ya he descrito y que son evidentemente amuletos, así como pequeñas figurillas á las cuales dan un gran valor.

Los templos de Dorey y de Mansinam son célebres. Estas casas sagradas, como se las llama en Dorey, están lo mismo que las habitaciones construídas sobre estacas, pero mucho más altas y alargadas. En los dos extremos, el techo, en vez de bajarse, se levanta y se prolonga, para terminar en unos adornos de madera que resguardan en cada extremidad una pared agujereada por una pequeña puerta y una plataforma donde se encuentran dos estatuas de hombre y de mujer de tamaño natural con los miembros articulados y las cabelleras simuladas. Las estacas simulan tambien la forma humana de uno ó de otro sexo; algunas representan cocodrilos. Una descripcion de estas estacas y de sus abominables actitudes,



Divinidades y estatuas papúes.

es cosa imposible: no podría inspirar más que fastidio; todo viajero puede visitar estas casas sagradas, pero en cuanto á saber el culto á que se las destina, y cuáles sean las ceremonias y los ritos, es empresa por todo extremo difícil; todo lo que he podido saber de cierto es que el templo sirve de morada á los jóvenes solteros que, como ya dije anteriormente, no pasan la noche con sus familias y se cree que se reunen allí bajo la presidencia de una mujer vieja y deforme.

Las pequeñas estatuas, altas de quince á veinte centímetros, representan un individuo sin sexo, en pié, con los dos brazos apoyados sobre una balaustrada de madera, tallada con más ó ménos arte. Generalmente no existe ninguna proporcion entre el cuerpo y la cabeza de estas imágenes, siendo la cabeza dos ó tres veces más gruesa que el cuerpo. Los papúes dicen, que cuando un hombre pierde á su padre, esculpe una de estas figurillas, la deposita en su casa, donde ocupa la plaza del muerto, y la invoca en toda circunstancia difícil, sea para obtener un bien, sea para evitar una desgracia. Pero si el escultor llega ó morir, sus hijos esculpen una nueva imágen que remplaza á la del abuelo, declarada inútil y sin virtud, y de la cual se deshacen sin sentimiento.

Al lado de esta mezcla de paganismo y de culto por sus antecesores, se encuentra en Dorey y en Mansinam una tradicion por demas curiosa, muy acreditada entre los mafors; yo la doy tex-

tualmente, tal como me ha sido referida por el viejo mayor, y confirmada por otro papúe y por los misioneros.

Un tal Mongoundi, hombre superior, sin duda algun genio ó dios, estando montado sobre un árbol, vió venir hacia él una hermosa jóven, y le arrojó un fruto de este árbol. La jóven vírgen concibió entónces un hijo, que echó al mundo y que se llamó Konoro.

Mongoundi y Konoro quedaron algun tiempo sobre la tierra, que estaba por aquel tiempo en un estado de felicidad y de inocencia; pero cuando los hombres se dejaron arrastrar por sus pasiones y trajeron la maldad, las dos divinidades desaparecieron, prometiendo que volverían un día, cuando no tuvieran temor de encontrar el espectáculo del mal entre los suyos, y que entónces los hombres no morirían ya, gozando una eterna juventud, que las guerras y las enfermedades desaparecerían, y que la tierra produciría por sí misma todo lo necesario.

Cualquiera que sea la opinion que se profese, en punto á estas encarnaciones divinas, es incontestable, que la tradicion papúe es idéntica á la antigua tradicion budhista.

Aquí se presenta una controversia, que por mi parte dejo *disputationibus eorum*, y que quiero solamente señalar. Se agita la cuestion de saber de dónde han tomado los papúes esta tradicion. Esta cuestion se complica con la antropología. Los viajeros italianos que han visitado ántes que yo la Nueva-Guinea creen encontrar sangre india entre los salvajes de esta tierra de Oceanía, y la tradicion que acabo de contar, es uno de los principales argumentos en favor de una hipótesis que parece rechazan los más sabios antropologistas franceses. Creen ver sólo una variacion de la leyenda búdhica; pero es preciso convenir en que difiere singularmente (1).

Si yo osara exponer mi opinion sobre asunto tan oscuro, diría que no veo que haya relacion alguna entre los papúes y los indios. En cuanto á la tradicion religiosa, puedo, en mi juício, dar una explicacion muy plausible, haciéndola derivar del cristianismo. Nadie ignora que los portugueses fueron los primeros navegantes que descubrieron Nueva-Guinea; pero las naves del rey de Portugal no se aventuraban jamas tan léjos sin llevar á bordo un capellan, y es probable que alguna predicacion haya dejado entre los salvajes una nocion vaga, de la que ellos, olvidando el original, hayan alterado al mismo tiempo el texto; los tiempos y los nombres son abstracciones que su espíritu no puede percibir.

Antes de conducir conmigo al lector á los diversos puntos que he visitado en Nueva-Guinea y para acabar con este estudio rápido de los papúes del Norte, no me resta más que decir algunas palabras sobre lo que podría llamar sin gran impropiedad de expresion el arte en Papuasia, porque las colecciones etnográficas que he recogido, prueban que los papúes tienen realmente un arte, rudimentario, es verdad, pero que se manifiesta en todos los objetos de su uso y siempre por los mismos procedimientos: primero, la copia exagerada del tipo papúe que se encuentra en las figurillas, en los amuletos, sobre todo en la proa de las piraguas y hasta en las astas de las lanzas y las flechas: segundo, un enmarañamiento de arabescos, en los que la espiral parece ser la idea predominante. Se encuentra sobre todo este último género de ornamentacion en las tablas talladas que adornan la borda de las piraguas y sobre los bambúes cincelados que sirven de cajas para guardar plantas. Se notan tambien particularmente en los trabajos de estarería, las grecas y sus complicaciones de un gusto muy puro; algunas veces combinándose todo para hacer una mezcla armoniosa. En estos dibujos los viajeros italianos han encontrado tambien un argumento en favor de su hipótesis sobre el orígen indio de los papúes. Frecuentemente con la base de un dibujo espiral, se representa una figura humana en la que la nariz que debe formar la espiral primera se prolonga y se encorva hacia la boca. Alguna vez artistas más audaces ó innovadores han esculpido una cabeza aislada con una nariz que toma la forma de una trompa y se ha querido ver en esto un recuerdo de la trompa del elefante. Pero yo creo que el artista había sido arrastrado necesariamente á esta prolongacion de la nariz para llegar á una combinacion posible de una figura humana y de sus espirales, tema habitual de la ornamentacion.

En cuanto á la lengua papúe, difiere en cada uno de los pueblos; no he tenido tiempo de apren-

---

(1) «En el momento en que Cakya-Mouni debió encarnar en el seno de su madre, Maha-Mayá, esposa del rey Souddhodana, montó sobre un elefante blanco de seis colmillos, y entró en el seno de su madre bajo la forma de un rayo de luz de cinco colores.» *(Viajeros antiguos y modernos*, tomo I pág. 374.*)*

Se puede ver en la misma recopilacion, pág. 376, la reproduccion de un grabado chino, que representa en otra forma el nacimiento de Budha. Se ve en él, en medio de nubes, un dragon que lanza de su boca horrenda cinco rayos, y por debajo, cerca de un árbol, un recien nacido que un genio sostiene por una corva ante una mujer que debe ser Maha-Mayá.

Segun otro grabado, Budha desciende del cielo en medio de rayos, y montado sobre un elefante blanco.



Aldea y habitantes de Aiambori.

der ninguno de sus innumerables dialectos; he podido solamente recoger con ayuda del malayo un vocabulario de unas trescientas palabras én dos distintos dialectos, el mafor que se habla en Dorey y el amberbaki usado en una costa papúe adonde conduciré bien pronto al lector. He creído apercibirme que los verbos se conjugan. Pero estos idiomas deben considerarse como inferiores al malayo bajo el punto de vista de la gramática. La pronunciacion es generalmente sonora y llena de diptongos.

He pasado así mis quince primeros dias en Dorey empleándolos activamente en instalarme, y al mismo tiempo sin desperdiciar ningun medio de aumentar mis colecciones. Sin embargo, segun mi programa, Dorey no debía ser para mí más que una base de operaciones y como un centro del cual había de partir hacia los lugares más favorables para mis propósitos.

Desde el primer instante, mi intencion había sido confiar la guarda de nuestro establecimiento de Dorey á M. Maindron, aunque su concurso me hubiera sido útil en mis excursiones. Pero de todos modos, era imposible que viniera conmigo, porque no se hallaba aún en estado de soportar las fatigas de una marcha, pues su herida resistía á todos los tratamientos. Era de aquellas muy comunes y muy peligrosas en las regiones ecuatoriales.

Sin alejarme de Dorey tenía á la vista estudios interesantes. Por ejemplo, había oido hablar, con frecuencia, de los arfaks, renombrados cortadores de cabezas; deseaba, tanto más, visitarlos, cuanto que había apercibido, de tiempo en tiempo, algunos de ellos que descendían del pueblo de Aiambori, y se mezclaban con los mafors, de los que parecían momentáneamente amigos.

Me preocupaba de los medios de entrar en relaciones con ellos, y conseguí, al fin, que el *Sanadí* de Aiambori consintiera, en nombre de sus habitantes, en recibir mi visita bajo los auspicios del mayor y del capitan.

Partimos al ser de día á traves del bosque que principiaba á conocer, y trepamos, por un sendero resbaladizo, á una colina abrupta de cien metros de elevacion. El bosque, sobre el terreno elevado, estaba lleno de trozos que indicaban evidentemente antiguos desmontes. Quedé admirado al encontrar aquí un suelo absolutamente madrepórico.

Ví algunos insectos y algunos pájaros, que no parecían nunca por la playa.

Pasamos un pequeño arroyo muy pintoresco. Luégo, despues de una hora de marcha, llegamos frente á una ligera depresion del suelo groseramente desmontado en parte, y donde se levantaban tres casas; este era Aiambori, pueblo arfak.

Mis papúes me precedieron para anunciar mi llegada, y me recibió primero el Sanadí, que habitaba una pequeña casa, construída á unos diez piés sobre el nivel del suelo. Al entrar apercibí tres mujeres de muy diferente edad. Mi súbita aparicion las sorprendió sin duda, porque trataron de refugiarse en un rincon cerca del fuego, donde hacían hervir los frutos de una especie de *árbol del pan* salvaje, y racimos de *beté*.

El mayor de Dorey desplegó, al presentarme, una gran elocuencia, hablando papúe unas veces y malayo otras. Por lo que comprendí en este último idioma, el orador, despues de hacer un elogio de sí mismo, lo hizo de mí, que era, segun decía, el gran poseedor de telas y abalorios. El Sanadí escuchó con una gran atencion, casi como un favor, y terminada la arenga se procedió á los apretones de mano y á la distribucion de tabaco.

Se me condujo en seguida á la más grande de las otras dos casas, que, como las de Dorey, podía contener cincuenta ó sesenta personas. Estaba, como todas, levantada sobre estacas, pero á unos veinte pies en el aire, y no se podía llegar á ella sinó por el tronco de un árbol inclinado, y algunas cortaduras hechas en el mismo permitían á los pies desnudos de los indígenas sostenerse sin resbalar. Ascender con calzado por este puente inseguro, era una imprudencia. Juzgué necesario descalzarme, y avancé prudentemente, pero sin manifestar temor alguno; en algunos segundos llegué sano y salvo á lo alto, pero lo más difícil no estaba hecho todavía. Cuando franqueé la puerta, me encontré delante un suelo, formado por unas ramas trasversales gruesas poco más que el brazo y separadas las unas de las otras por cincuenta ó sesenta centímetros. No era posible la marcha sinó por una serie de saltos, cayendo de una en otra sin perder el equilibrio. Tuve que hacer un desesperado llamamiento á todos mis recuerdos gimnásticos; mi excitacion y mis titubeos no me hacían gran honor; y fuí vencido, en este curso de nuevo género, por un muchacho de tres ó cuatro años, que saltaba de rama en rama con la seguridad y la rapidez de un mono. Llegué, por fin, á instalarme en una explanada que tenía ménos claros, y en donde se me ofreció una estera. Fuí, bien pronto, rodeado por todo el pueblo; ningun miembro de la comunidad faltaba; los lechoncillos, que saltaban de rama en rama con una agilidad que yo no conocía todavía en estos paquidermos, venían, lanzando un pequeño gruñido de satisfaccion, á refugiarse en-

tre los brazos de alguna jóven, de las cuales son favoritos, tal como en Francia un sedoso perrito americano se acurruca entre los pliegues del vestido de su ama. Debo advertir, que estos cochinillos, ménos afortunados, no encuentran, en vez de pliegues de seda, otra cosa que una piel negra, salada, escoriada, y senos extendidos cayendo hasta la cintura.

Todo el mundo hablaba á mi al rededor, y me miraba con ojos de curiosidad, sobre todo las mujeres; los hombres me conocían en su mayoría.

A cuatro kilómetros escasos del pueblo de Dorey habitado por los papúes mafors, me encontraba en Aiambori, en medio de otra raza papúe, los arfaks, como era fácil conocer á primera vista.

La talla de estos hombres era más elevada, sus miembros más musculosos, su cara más oval, la nariz más aguileña y la piel más bronceada. Casi todos se agujerean el tabique nasal para introducir en él un hueso, algunas veces tan largo como el eje de la cara, y que llega, por consiguiente, de oreja á oreja.

En vez de la inmensa cabellera de los mafors, de





Papúes arfaks.

la que ya dí la descripcion, veía en torno mío una gran variedad de peinados; los cabellos estaban divididos en rizos y sujetos por la raíz con una cuerda; el número de estos rizos variaba de uno á veinte y tal vez más. Un rizo formaba un voluminoso moño sobre la coronilla, y un poco hacia atras de la cabeza; otros dos se levantaban á cada lado, un cuarto se plantaba detras, el quinto sobre la coronilla misma y el sexto sobre la frente. Por el resto de la cabeza se distribuían los cabellos en círculos concéntricos de pequeños rizos en forma de pera más ó ménos rígidos, segun que estuvieran más ó ménos sujetos á la raíz.

Aparte de esto, el vestido es el mismo que entre los mafors con ménos adornos de conchillas y abalorios, lo cual se explica por su alejamiento relativo del mar, de donde los traficantes malayos no se separan nunca.

Se convino, por mediacion del mayor, que mis cazadores y yo vendríamos siempre que quisiéramos á cazar en los bosques vecinos y que yo especialmente tenía permiso para buscar insectos en medio de sus desmontes, donde los abatidos troncos habían llegado á todos los estados posibles de descomposicion y me prometían ricos hallazgos. Hice algunos regalos á los arfaks para entablar

con ellos amistosas relaciones, y despues, como el día empezaba á caer, emprendí mi regreso á Dorey.

Cerca de un mes permanecí en Dorey todavía, yendo casi diariamente á Aiambori, donde hice preciosas colecciones de insectos. Durante todo este tiempo no encontré nunca la menor dificultad con los arfaks de esta isla. Tan pronto como llegaba, niños y mujeres venían á sentarse á mi lado, derribando con ardor troncos de árboles podridos y persiguiendo con una agilidad fenomenal en medio de los talados bosques una mariposa ó un escarabajo, imposible de ser alcanzados por otros que no fueran ellos. Naturalmente, cada una de estas visitas terminaba con un reparto de abalorios.

Al principio llevaba siempre mis armas, pero al fin, encontrándolas pesadas y molestas sobre este suelo de plomo, las confiaba descargadas á un jóven mafor que llevaba tambien mi repuesto de botellas y tubos de ensayo.

Los arfaks podían asesinarme á su placer; pero creo que nunca pensaron en tal cosa, por más que no abandonen las costumbres sanguinarias de su raza. Los mafors me aseguraron que los arfaks ocultan en lo más sombrío del bosque, en el tronco de un árbol hueco, osamentas humanas, trofeos de guerra, y que en ciertos días festivos en que no reciben á ningun extranjero, las sacan de su escondite para adornar con ellas sus casas. Aunque sean sus amigos, los mafors los temen, y no les falta razon. Durante nuestra permanencia en Dorey, los habitantes de Aiambori dieron una prueba de la confianza que en ellos se puede tener.



Jóven arfaka.

Uno de los misioneros holandeses había adoptado, despues de cierto tiempo, á un desgraciado niño papúe un poco deforme, y que gustaba de pasar los días solo en el bosque. Un día no volvió. Si había sido víctima de un homicidio, sólo los arfaks podrían haberlo sacrificado, porque en Nueva-Guinea no hay leones.

Se hicieron pesquisas en su busca, y se encontró, en efecto, su cadáver decapitado. Probablemente los arfaks no habían podido resistir al deseo de aumentar su coleccion de trofeos. Algunas veces han violado tambien, en Dorey, las sepulturas, burlando las precauciones que toman los mafors de rodear las tumbas con algunas empalizadas de bambú, reforzándolas con una construccion de piedra, cuyo modelo es evidentemente importado por los malayos, dado que no sean ellos mismos los arquitectos.

En Dorey, en medio de una de esas noches ecuatoriales, más luminosas que nuestros fríos y tristes días de invierno, fuí desvelado por voces amenazadoras de hombres, y desgarradores gri-

tos de mujer. Me levanté, porque si es indispensable mostrar á los papúes una gran confianza, no es ménos prudente estar siempre sobre sí. Mirando fuera distinguí solamente á dos papúes que parecían á punto de venir á las manos. Juzgando que nada tenía que hacer en esta contienda, me recogí tranquilamente. Por la mañana supe que eran dos mafors, uno de Mansinam y otro de Monoukouari, que se disputaban la propiedad de una esclava, que el último habia robado al primero. El habitante de Mansinam estaba perplejo, porque no se sentía con fuerzas bastantes, ni él ni sus amigos, para obligar al vecino de Monoukouari á devolver la esclava robada; de aquí una rabia sorda, que durante algunos días no se manifestó por ningun otro incidente. Pero habíamos visto que los de Aiambori bajan frecuentemente á Dorey , y se alejan en las piraguas hasta Mansinam, donde son siempre bien recibidos. Algunos días despues de la discusion nocturna de que fuí testigo, se supo que tres arfaks habían sido atacados en Mansinam, siendo heridos y hechos prisioneros por el papúe , á quien se había robado la esclava. Esto era incomprensible, porque los arfaks eran perfectamente inocentes en la cuestion del rapto, y son ademas bastante numerosos y belicosos para derrotar á todos los mafors de Monoukouari, Kouavi, Mansinam y otros pueblos.

Este incidente me pareció que vendría seguido de fatales consecuencias, y me dispuse á asistir al espectáculo de una conflagracion general; pero, con gran sorpresa mía, nadie parecía inquieto.

Dos ó tres días se pasaron así, en espera, hasta que una mañana, en el momento en que me disponía á emprender mis excursiones cotidianas, todos mis amigos de Aiambori desembocaron en el estrecho sendero que conducía á mi habitacion, apretáronme la mano, pero gravemente, y sin detenerse, segun costumbre, para traerme toda clase de insectos.

No los había visto nunca tan hermosos. Sus cabellos estaban recientemente engalanados, y su armamento era completo. No dudé que trataban de reclamar sus tres prisioneros, y juzgué prudente diferir mi expedicion.

Avanzaron hasta la orilla del mar é hicieron una llamada. Llegaron despues el mayor y otros mafors, segun creo, porque me contenté con mirarlos á gran distancia.

Agrupáronse, formaron círculo, peroró el mayor, y despues los arfaks comenzaron á danzar y brincar, lanzando gritos, verdaderos aullidos, y blandiendo sus armas dirigiéronse todos hacia el pueblo de Monoukouari.

Envié á buscar al mayor, y le ofrecí un poco de tabaco para inducirle á que me explicara el término de aquella expedicion. Me dijo, con mucha calma y sencillez, que en todo eso no había nada de peligroso, y que se trataba de una simple combinacion, para obligar á Monoukouari á devolver la esclava robada.

Sobre poco más ó ménos vino á decirme las siguientes palabras:

«Esto es bien sencillo, Mansinam, el robado, no es bastante fuerte para luchar contra Monoukouari por la devolucion de la esclava. Por esto buscaron una ocasion favorable para detener tres arfaks é interesar á éstos en su causa. Los arfaks atacarían á Monoukouari, rescatarían la esclava, y la entregarían en Mansinam á cambio de los tres arfaks, y estos últimos, lo mismo que su tribu, quedarían indemnizados de su obligada intervencion con el saqueo de Monoukouari. Esto es todo lo que se puede temer; pero no habrá batalla: eso no está en nuestros hábitos; se hacen, alguna vez, sorpresas en el bosque; pero no se ataca de frente. Comprenderéis que Monoukouari, siendo ménos fuerte, cederá á las amenazas de los arfaks, devolverá la esclava y pagará los gastos de la guerra.»

Lo que el mayor predijo se realizó punto por punto, y todo volvió á quedar en calma.

Esta aventura me parece que no necesita comentario alguno para hacer resaltar el sentimiento de solidaridad que, modificando un poco lo que pueda haber de excesivo en la libertad indivual, forma la base de la sociedad papúe.

Llegada á Dorey de los guerreros arfaks.

# TERNATA — LAS MOLUCAS

## III

El pueblo de Andai. —Las piraguas papúes.—Salida para Amberbaki.—Enemistad entre los prafis y los mafors.—Caza de aves del paraíso y de canguros.—Un poco de geografía.—Falsa alarma.—La playa de Amberbaki.—Nuevo género de impuesto.—El pueblo de Memiaoua.—Casas aéreas.—Instalacion entre los papúes.—Un hermoso prisionero.—Riqueza del suelo y miseria de los habitantes.—Los papúes onosaonis.—Los karons antropófagos y erpetófagos.—Piratas biaks.—Triste regreso á Dorey.

Lista y aparejada mi piragua desde los primeros días de Marzo, cargué en ella algunos bagajes y partí con objeto de visitar Andai, donde un misionero holandes, Mr. Woelders, me ofrecía hospitalidad. Es Andai un pequeño pueblo situado algunas leguas al sur de Dorey, cerca de la embocadura de una pequeña ría que le da nombre, construído sobre estacas lo mismo que Aiambori, aunque algo mejor cultivado y en un sitio pintoresco que alegran la ría y algunos riachuelos.

Sus habitantes son tambien de orígen arfak y muy poco tendría que decir de ellos despues de la descripcion que llevo hecha de los papúes de Aiambori. Once años hace ya que un misionero calvinista holandes habita en Andai con su esposa, y aparte de la instalacion de la mision y la casa que Mr. Woelders está construyendo él mismo con ayuda de una familia de náufragos malayos, no he notado que la presencia prolongada de este misionero haya ocasionado entre los salvajes que le rodean modificacion alguna apreciable en sus costumbres, que pueda compensar la falta de fuerzas civilizadas en estos lugares.

El principal objeto de mi visita á Andai, era penetrar en el interior de los montes Arfaks, pero una guerra surgida entre las tribus costeras y las tribus de las montañas, me obligó á renunciar á mi proyecto.

De regreso en Dorey, entablé negociaciones con el mayor y el capitan para emprender un viaje á Amberbaki, negociaciones que duraron quince días, mucho más de lo que necesita un congreso de diplomáticos para enmendar el mapa de Europa.

Agitábase en mí el pensamiento de rectificar el mapa incompleto aún de Nueva-Guinea, porque tenía la intencion de recorrer en piragua más de cien kilómetros de una costa que no había sido nunca reconocida sinó de léjos en el mar, desembarcar despues en Amberbaki y penetrar en la montaña, tan léjos como me lo permitiera el trasporte de los objetos más indispensables para mis trabajos de Historia Natural. Necesitaba por lo ménos dos grandes piraguas, que pudieran soportar el choque de las olas, y una veintena de remeros papúes. Pensaba llevar conmigo mis dos cazadores y nuestro pequeño criado Maksout, confiando á Mr. Maindron, todavía enfermo, y á Saabar la custodia de nuestra casa de Dorey.

Juzgo interesante describir nuestras embarcaciones á fin de que se tenga de ellas exacta idea; pero no hablaré más que de las grandes piraguas de viaje.

Tienen estas embarcaciones de cinco á seis metros de longitud por sesenta ó setenta centímetros de anchura, y el casco es de un solo pedazo ahuecado de un tronco de árbol perfectamente sano y sin ninguna hendidura. Este casco no tiene más de dos centímetros de espesor, lo que si bien aumenta su ligereza, obliga á guarnecerle interiormente de unos botareles para impedir los balances. Las dos extremidades están levantadas, y se consolidan con una especie de espolon ó tajamar de madera; despues para evitar la inmersion de la piragua más allá de la línea de flotacion, se sirven de unos nervios de hojas de palmera, muy fuertes, más gruesos que el brazo, cóncavos de un lado, convexos del otro que, sólidamente unidos

á los botareles, forman una superficie acanalada y resistente.

Este es el cuerpo de la piragua. Sobre sus bordas se emplazan trasversalmente unas maderas ligeras que de cada lado repasan la piragua lo ménos un metro cincuenta centímetros. Estas maderas van sólidamente atadas por unas cuerdas á las bordas de la piragua, y á su extremidad se sujeta otro pedazo doblado en ángulo recto, que viene á tocar la superficie del agua donde termina por una gruesa rama de árbol de una madera casi tan ligera como el corcho y que sirve de balancin ó flotador (1).

Se comprende que la piragua así provista á cada lado de un flotador casi tan largo como ella sea en todo caso insumergible. En el centro de la piragua, apoyada en sus travesaños ó bancadas, se encuentra una especie de caja cuadrada de bambú; y en toda su longitud algunos palos sostienen un ligero toldo de hojas de cocotero, precaucion muy conveniente en un país en donde la lluvia y el sol se disputan el honor de incomodar á las gentes.



El pueblo de Andai.

El espolon de proa se prolonga y se levanta para sostener unas planchas verticales talladas con arabescos y ornadas de figurillas, plumas, conchas y algunas pinturas en blanco, rojo ó negro, pinturas que llegan hasta los flancos de la piragua.

Todo esto se completa con un mástil y una vela que ya he descrito á propósito de una canoa de Ternata.

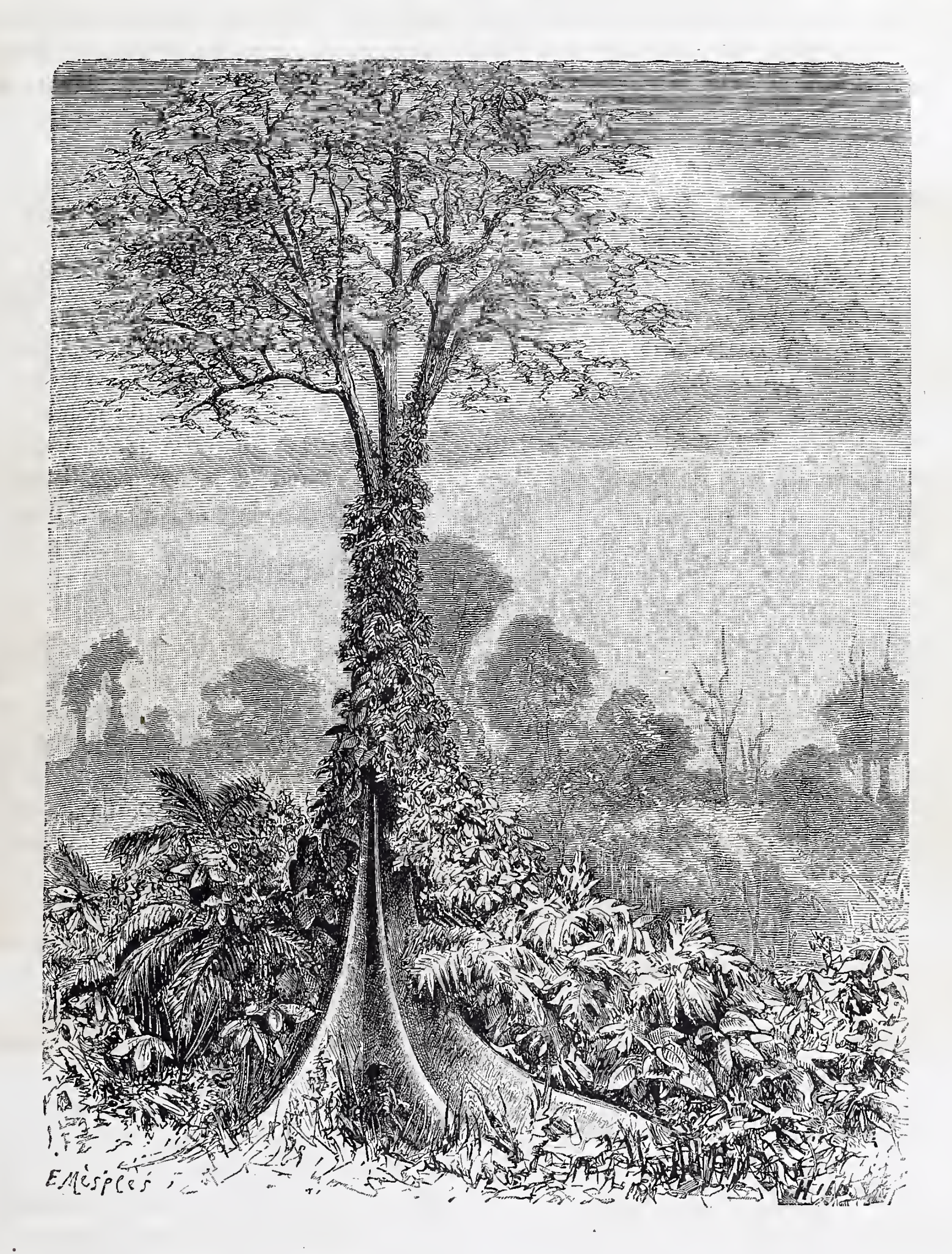
Por mi parte, introduje alguna mejora hasta donde me fué posible, instalando mi lecho en medio de la piragua en sentido diagonal, lo que me permitía estirarme casi completamente. En el momento de partir, surgieron dificultades que había previsto de antemano; mis remeros papúes, pagados con anticipacion, declararon su salario insuficiente, y aunque discutí por mera fórmula, porque co-

(1) En el país dan á estos aparatos el nombre de *batangas*. (N. del T).

menzaba á conocer á los papúes, decidí por último añadir algunos abalorios y cuchillos como propina. Dos hombres solamente no debían percibir nada hasta el regreso. Eran el mayor y el capitan, á quienes quería obligar á ser responsables de la conducta del resto del equipaje.

Partimos el 30 de Abril á mediodía y bordeando la costa, que se inclina un poco al nor-noroeste, llegamos el 7 á la isla Aori, muy próxima á la costa y que no es más que una gran madrépora cubierta de vegetacion.

Pasamos luégo entre la punta norte de la isla



Arbol de la madera de hierro en Andai.

Aori, y un promontorio del continente, el cabo Bori, pasaje muy estrecho, sólo practicable para canoas, tanto más, cuanto que al oeste del cabo se encuentra una serie de arrecifes donde la mar rompe con extraordinaria furia.

No protegiéndonos nada contra la mar y el viento del nor-noroeste, nos refugiamos en una pequeña bahía llamada Saobeba. El sitio era todo lo que se puede esperar en Nueva-Guinea: algunas rocas madrepóricas cubiertas de vegetacion, despues el bosque y por fortuna nuestra un pequeño banco de arena sobre el cual varamos.

Bien pronto envié mis cazadores al bosque y me anunciaron haber encontrado algunos papúes de la tribu de los prafis, enemigos eternos de los mafors, lo que inquietó singularmente á mis hombres.

Llegó la noche y encendimos una hoguera; cada uno de nuestros papúes se armó de su arco y de sus flechas y creyendo muchas veces ver sombras, disparaban al acaso sobre el bosque para encontrar á la mañana siguiente sus flechas clavadas en los árboles. Por fortuna subió la marea y permitió volver nuestras embarcaciones al agua. Entramos todos en ellas dejando los bagajes en tierra, no léjos del fuego, á fin de que nadie pudiera aproximarse sin ser visto, y pude así dormir tranquilo, porque hasta entónces los papúes no quisieron dejarme descansar, teniendo segun presumo gran confianza en nuestros fusiles para defenderlos en caso de ataque. Nada vino á turbar nuestro sueño sinó una lluvia espesa que golpeaba el toldo de hojas de cocotero que bien ó mal me preservaba de ella.

Por la mañana llegó, en efecto, una banda de prafis, hombres, mujeres y niños, en número de trece, que parecian llevar todo su equipaje, y operar una emigracion en busca, sin duda, de un sitio más ventajoso que su anterior campamento. Paráronse un instante, cambiaron apénas algunas palabras con nuestros papúes, y continuaron su camino á traves del bosque. Parecíanse en todo á los arfaks de Aiambori.

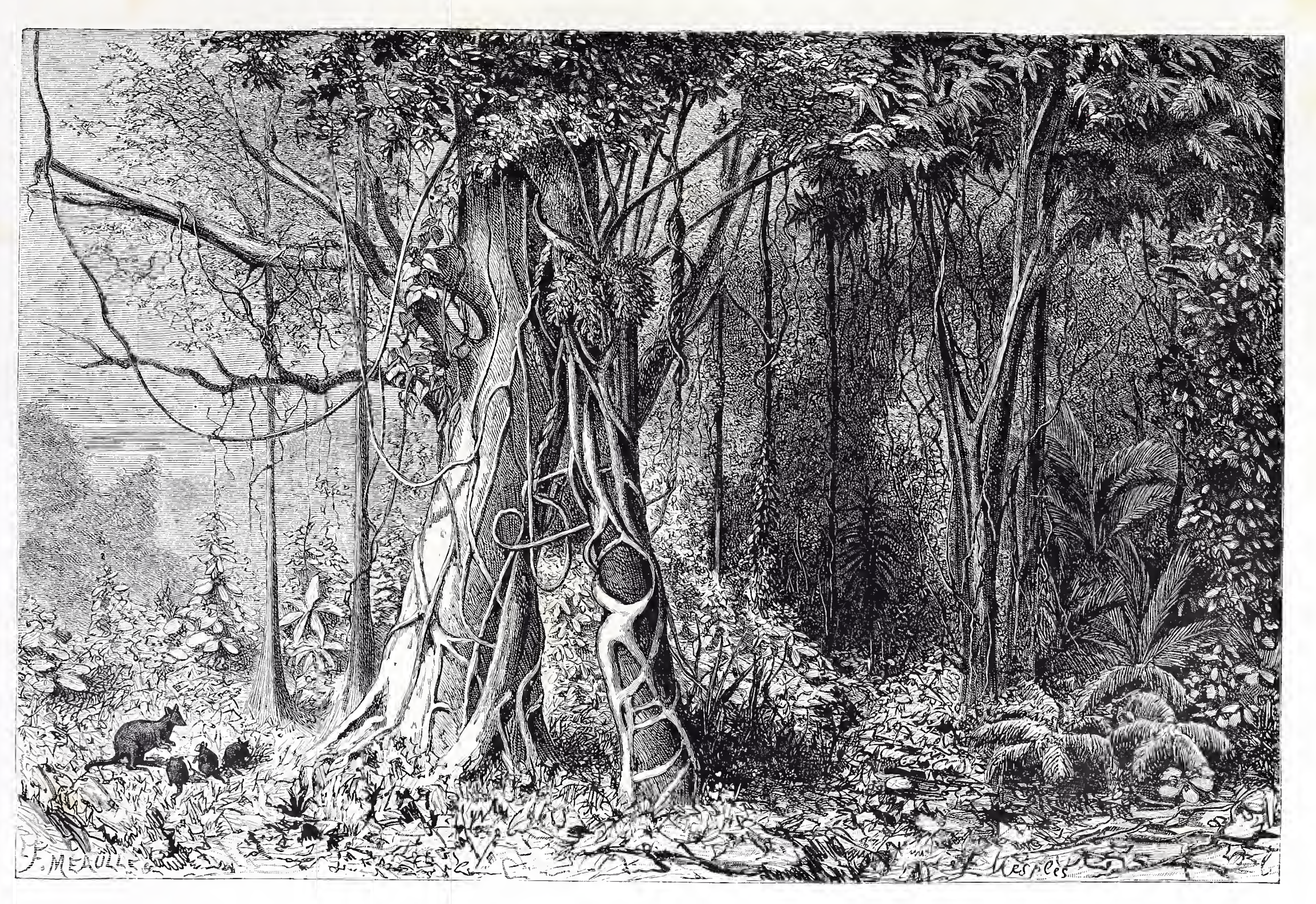
El viejo mayor me explicó por qué los prafis les inspiran tal pavor. La pequeña bahía, en la cual estábamos refugiados y que se designa por los indígenas con el nombre de Saobeba, fué en otro tiempo habitada por los mafors, asercion que parece confirmada por los vestigios de estacas que se encuentran entre el limo en la baja marea. El mayor aseguró que por su parte se acuerda de haber habitado él mismo en este estrecho; pero sobrevino una guerra entre los prafis y los mafors, y estos últimos constantemente derrotados y diezmados, se refugiaron en Dorey para ponerse al abrigo de las incursiones de los terribles prafis, que son siempre sus enemigos.

El viento no quería cambiar, y como era probable que tuviéramos que estar largo tiempo fondeados en esta bahía que no había pensado abordar, me hice construir una pequeña cabaña, mitad de esteras, de las que tenía una gran provision, mitad de hojas de árboles.

Con esto me dispuse á emplear útilmente mis días; y como era preciso renunciar á la caza de insectos, imposibles de buscar en estos bosques donde no hay absolutamente ningun desmonte, ningun claro, dejé mis lazos á un lado para tomar mi fusil. Halagábame en extremo poderme dedicar un poco en Nueva-Guinea á mis aficiones cinejéticas, de las que había estado privado por el interes de mis colecciones, y me complacía en extremo oir asegurar á mis cazadores que encontraría en el bosque pequeños canguros, que en mis colecciones faltaban, porque estos animales salvajes no dejan que nadie se les aproxime, y por otra parte los malayos no disparan jamas sinó con mucha calma, condicion sin la cual no muestran destreza alguna.

Percibía tambien el grito sonoro de una clase de aves del paraíso que han desertado de los alrededores de Dorey. La especie en cuestion es la que Buffon llama *pequeña esmeralda*, á causa de las plumas verdes que rodean su pico y su garganta, y que conocen hoy los naturalistas con el nombre de Paradisea papúe (*Paradisœa papua*). La hembra no tiene nada de notable; sus plumas pasan del gris al marron por gradaciones suaves. Los machos en la primera edad son parecidos á las hembras; pero en cada muda las plumas que se caen son sustituídas por otras más largas, hasta que al fin, al cabo de algunos años, sin duda cuatro ó cinco, como parece demostrarlo la serie de paradiseas de diferentes edades que he podido examinar, el macho adulto llega á toda su belleza con su visera y su gorguera de terciopelo verde, los dos anchos filamentos que parten de su cola, y sobre todo, sus dos plumas amarillas en su base, grises en su extremidad, plumas largas, delicadas, sutiles, vaporosas que constituyen su más bello ornamento. Estas aves, aunque no tuvieran tan gran atractivo, y aunque haya visto algunas vivas en cautividad, me inspiraban el deseo de perseguirlas en sus natales bosques.

Por la mañana, cuando los rayos del sol naciente penetran indecisos todavía entre el espeso follaje, es la hora más oportuna para encontrar las paradiseas. Es preciso llevar un vestido grisáceo, andar ligeramente, y ántes de distinguirlas, quitarse el calzado, porque la caza del paradisea es en extremo difícil; cualquier cosa le asusta. Cuando se llega al bosque, bajo una cúpula impenetrable de verdura, que sostienen á más de sesenta piés de altura los troncos gigantescos de árboles seculares, cuya corteza y cuyas raíces no han podido desgarrar ni quebrantar la accion del tiempo ni la cólera de los hombres; cuando resbalando á traves de ramajes que se entrelazan, se enredan, se desenredan, se tuercen y se encorvan, dejando caer erguidos y amenazantes sus tallos flexibles de corteza luciente, viscosa y



Un bosque en Saobeba.

áspera, dando lugar á una ilusion que hace creer por un instante que se encuentra uno trasportado á un mundo fabuloso de serpientes fantásticas; cuando en medio de estas soledades, donde reina el silencio, resuena de repente un ruído ronco, sonoro, una nota vibrante que respira á la vez alegría y audacia, es preciso detenerse, agacharse, empequeñecerse, porque el paradisea no está léjos. Lo veréis bien pronto, sobre todo si la hembra responde al reclamo: entónces no tardan en dejarse oir y repetirse otros gritos, porque es raro que un solo macho responda á la hembra.

Con una habilidad maravillosa comenzó á imitar el reclamo mi papúe; los gritos se entrecruzaron por todas partes, y en las últimas ramas de un árbol colosal, pude apercibir como una nube amarilla; despues me pareció ver cruzar una cometa. Aunque no alcanzaba mi vista sinó á unos ochenta piés por encima de mi cabeza, pude distinguir tres ó cuatro machos que formaban un indescriptible conjunto de belleza, de gracia, de seduccion, tan pronto balanceando muellemente su largo plumaje, como tendiendo sus alas vibrantes, con el cuerpo arqueado y agitando sus plumas erguidas y temblorosas como un vapor de oro.

Todas mis facultades se concentraban en mis ojos y no me cansaba de admirar, olvidando hasta el arma que tenía cargada en mi mano febril. Cuando avisado por una palabra de mi papúe me disponía á tirar, ya no era tiempo; los pájaros habían huído, y por mi parte no lo sentí, porque no quería ser en este bosque un mensajero de muerte; yo deseaba ver, sorprender á la naturaleza viva para guardar el recuerdo de sus hechizos y al mismo tiempo quería llevar embalsamados y encerrados en científico ataud sus preciados despojos; pero que mis compañeros en San Huberto se tranquilicen: no siempre fuí presa de tan platónica admiracion y dos veces en este mismo bosque de Saobeba tuve la satisfaccion cruel, pero necesaria, de ver caer á mis piés estos graciosos volátiles.

En los sitios del bosque donde el suelo no era muy áspero oí alguna vez un ruído sordo como el galope muy pronunciado de un caballo, y alcancé á ver como un reflejo gris cruzar por las malezas; era el salto del canguro.

El primero de estos animales que encontré era una madre que llevaba en su saco un hijo ya crecido que hubiera podido salvarse perfectamente, porque no tenía el más pequeño rasguño; pero ántes que salir del seno de su madre prefirió dejarse prender. Impremeditaciones juveniles que no pueden evitarse (1).

El 10 de Abril, hacia las seis de la tarde, cambió el viento al oeste, podíamos sin peligro salir de la bahía; y aunque zafamos bien pronto la piedra que nos servía de ancla, hasta las tres de la madrugada no pudimos realmente ponernos á rumbo.

Despues de doblar el cabo Manouarki, nos encontramos en una vasta y hermosa bahía, la bahía de Manseni, rodeada de tierras bajas cubiertas de bosques, que contrastan con la costa que recorrimos desde Dorey al cabo Manouarki, costa que se eleva siempre en colinas de cien metros de altura. Estas tierras bajas están limitadas al sur por una cadena de montañas de mil doscientos á mil quinientos metros próximamente de elevacion, que corren de O. NO. á E. SE. hasta unirse con las de los Arfaks. Las dos cimas que alcanzo á ver frente á mí, y que estimo en unos dos mil metros, son los montes Nekoori y Ouereki.

Esta bahía de Manseni corresponde perfectamente, salvo su forma, á la que señala el mapa como sirviendo de entrada á la ría de Prafi, y llamada golfo de Gelwinck, en el cual desembocan tambien tres rios: el Aroui, el Adopi y el Oiori. Este último, segun dicen los indígenas, es muy considerable, lo cual creo de buen grado, viendo á gran distancia en la mar, frente á su embocadura, una banda limosa.

No tardé, sin embargo, en convencerme que se ha confundido hasta hoy la embocadura real de Prafi con la de Oiori, que he llegado á reconocer. Confirmé esta opinion cuando á mi regreso fondeé en la verdadera embocadura de Prafi, que se encuentra un poco más léjos al este. Unas colinas bastante pronunciadas que dividen los cauces del Prafi y del Oiori me hacen suponer que estos dos ríos no proceden del mismo bosque.

Hubiera querido penetrar un poco en la ría de Oiori, pero mis mafors se opusieron terminantemente á aproximarse á la costa, asegurando que sus bosques son recorridos por tribus de papúes mansuavis que segun dicen son en extremo feroces. Por fin el viento se puso del sur y largamos la vela.

Hacia la extremidad oeste de la bahía de Manseni, aislada en medio de una planicie y próxima

(1) La hembra del canguro tiene en el vientre un repliegue membranoso, en forma de saco, donde recoge á sus hijos. Estos animales pueden verse en la Casa de fieras de Madrid (Jardin del Buen Retiro), con el equivocado nombre de *Gerbos*. No sabemos si recientemente habrán cambiado el rótulo. (N. del T.)

á la costa, se encuentra una pequeña montaña de figura cilíndrica, de una altura de doscientos metros, que se continúa sin interrupcion por una colina prolongada, una mitad más baja. La primera es el monte Smounfoni y la segunda el monte Mambekaoui.

Navegamos lentamente casi toda la singladura, y por la tarde refrescando el viento y agitándose la mar más de lo que convenía á nuestra cáscara de nuez, nos vimos precisados á guarecernos detras de un cabo y en medio de unos arrecifes donde estábamos poco abrigados seguramente. Pasamos una mala noche mecidos ó más bien batidos y agitados por la mar.

Al ser de día continuaba el tiempo despues de treinta y seis horas, y ya nuestra provision de agua dulce estaba apurada hasta la última gota. Pero era imposible abordar, porque no se veía por todas partes sinó rompientes cubiertas de espuma. Por fortuna, mis papúes son verdaderos séres anfibios y echándose al agua, quién con una botella, quién con un largo bambú, consiguieron traernos todos los vasos llenos de un agua límpida y excelente, haciendo para ello verdaderos prodigios de natacion. Pasado el cabo Mombrani, la costa se eleva hacia el norte, cambiando completamente de aspecto. Las montañas se encuentran tan próximas al mar que las olas bañan sus flancos escarpados.

No tardé en apercibir sobre las alturas manchas grisáceas de algunos desmontes, lo que nos anunciaba la presencia del hombre que nada nos había revelado desde nuestra salida de Dorey. Aquí vive la tribu de los roumbiaks, aliada de los mafors y de la misma raza sin duda.

El mismo día 12 de Abril llegamos frente á un promontorio formado de tierras bajas, y salvando con gran trabajo una barra formada por las arenas que arrastra en su corriente un río próximo, abordamos la playa de Saokorem, segundo y último alto, ántes de arribar á Amberbaki, del cual no estamos ya muy léjos.



Laphorina atra (1).

Hay aquí un pequeño pueblo llamado Ouepai, donde Mr. Laglaize, del cual ya he hablado, tenía su centro de operaciones. Hubiera tenido una satisfaccion en verle, pero con gran sentimiento mio no pude conseguirlo, porque había partido á las montañas vecinas y su excursion duraría algunas semanas.

El 16 de Abril salimos de Saokorem al rayar el día. Un papúe nos llamó la atencion desde la costa y mis hombres me suplicaron que interrogara al horizonte con mis gemelos para saber si se descubrían algunas piraguas. Ví, en efecto, y todo el mundo lo vió como yo, una embarcacion que parecía muy grande y navegaba á la vela.

Creyeron mis papúes que se trataba de piratas; suposicion que confirmó una piragua montada por gentes de Ouepai, que pasó muy cerca de nosotros, rápida como una flecha, huyendo á todo remo para refugiarse en su puerto. Mis hombres

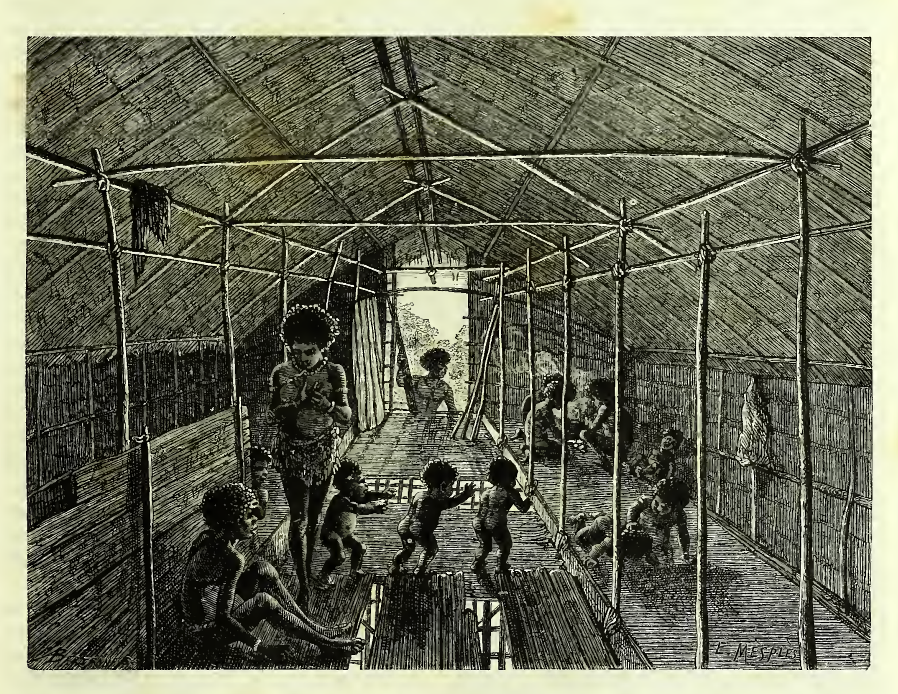
(1) El tamaño de este pájaro es próximamente el de un mirlo. Tiene penachos negros implantados sobre el borde superior de las fosas nasales. Las plumas de la garganta y de la parte anterior del pecho, forman una especie de mancha de un hermoso color verde bronceado, con cambiantes y reflejos violados. Las plumas de los hombros tienden por encima del cuerpo un manto de color negro violáceo, presentando el brillo, la suavidad y la blandura del terciopelo. El dorso, las alas y la cola son tambien de color negro, y ofrecen al sol reflejos de violeta.

quisieron hacer otro tanto, pero les hice observar que en nuestra playa de Saokorem no estaríamos al abrigo de los piratas, y que ademas teníamos muy buenos fusiles para defendernos contra una embarcacion, aunque estuviera montada por treinta ó cuarenta hombres.

Se siguió la marcha, y bien pronto se reconoció, con grata sorpresa, que era la piragua de un amigo, el Sanadi Brouss de Mansinam, con el cual el lector y yo entablaremos más tarde amistades estrechas.

En fin, hacia mediodía mis papúes se arriesgaron en una entrada, en medio de peligrosos arrecifes, y me desembarcaron entre la mar y el bosque, sobre una lengua de arena de cinco á seis metros de anchura, diciéndome: «Hé aquí Amberbaki.»

¡Cruel decepcion despues de diez y siete días de




Interior de una casa en Amberbaki.

viaje! Estaba como un náufrago sobre una playa desierta, cuando el viejo mayor me dió algunas explicaciones, que me consolaron, asegurándome que á una jornada de marcha, en la montaña, se encontraba un pueblo habitado por papúes aliados de los mafors.

Se convino, que á la mañana siguiente se enviaría un mensajero que hiciera venir á los principales habitantes, para entenderse conmigo á fin de trasportar mis bagajes.

Con gran asombro mío, esta promesa fué puntualmente cumplida. Dos hombres bajaron de la montaña con el mensajero del mayor, y como esta costa no es jamas visitada por traficantes malayos, las telas y abalorios tienen aquí un valor más alto que en Dorey, lo que facilitó singularmente nuestras negociaciones. Mediante cierto número de piezas de tela, de cuchillos, de abalorios y de brazaletes de cobre, estos papúes consintieron en llevarme, y permitir que me quedara en su pueblo y hasta habitar una de sus casas. Esto era todo lo que yo deseaba. Hacían falta próximamente veinte portadores, y, ¡cuál no sería mi admiracion, dos días despues, cuando al despertarme ví llegar el

pueblo entero, hombres, mujeres y niños, sin olvidar los marranillos, que siempre siguen á esta gente! Había tambien una jóven que tenía en sus brazos dos pequeños jabatos, á los cuales dirigía una mirada maternal.

En vez de veinte portadores tenía más de cincuenta, y cada uno quería un bulto para tener derecho al pago; era un nuevo género de imposicion al cual debía someterme; uno llevaba una pequeña caja, otro un baston, otros, en fin, no llevaban nada, pero era forzoso pagarles lo mismo.

Se partió, siguiendo á traves del bosque un sendero mal determinado. La montaña comenzó casi inmediatamente, abrupta y resbaladiza. Encontramos un pequeño torrente que saltaba de roca en roca, y despues de haberlo atravesado, fué preciso escalar, enganchándose en las ramas y en las raices, una montaña casi cortada á pico. Muchas veces nos vimos precisados á abrir, á golpes de hacha, el camino para nuestros bagajes, llegando, por fin, á un terreno llano, que se encuentra á una altura de quinientos cincuenta metros.

Atravesamos otro pequeño valle para subir todavía; y, en fin, despues de cerca de siete horas de marcha, durante las cuales no recorrimos más de ocho kilómetros y medio, un claro del bosque me indicó que estábamos próximos á llegar. Algunos pasos aún, y saliendo del flanco abrupto de la montaña, profundamente abarrancada y cruzada por torrentes, vimos, sobre cuatro alturas aisladas, cuatro casas que constituyen todo el pueblo de Memiaoua.

Por un momento gocé con la contemplacion de un espléndido panorama. Al este teníamos por horizonte la inmensidad del Océano Pacífico, y no léjos un ancho y profundo valle por donde corre de sur á norte el rio Ousaoni que desciende del pico del mismo nombre que se encuentra detras de nosotros.

Estaba en el país de Amberbaki. Ya he hablado de las casas construídas sobre estacas que hemos visitado en Aiambori; sin embargo, aquellas no eran mas que un ensayo tímido de la arquitectura aérea de los papúes y ahora tengo delante de los ojos en Memiaoua los modelos más perfectos. No acierto á comprender cómo un soplo de viento no se lleva estas habitaciones que parecen levantadas como nidos de águilas á más de quince metros en el aire sobre delgadas y frágiles pértigas donde toda la solidez consiste en un entrecruzamiento que las sostiene fijas unas á otras. Su posicion, generalmente escogida sobre el último risco de una colina, y sus paredes casi verticales, dan á estas construcciones atrevidas un aspecto vertiginoso. El tronco de un árbol inclinado y labrado sirve de escalera, dividida en dos partes desiguales por una pequeña plataforma, á manera de descanso, igualmente construída sobre estacas.

Trepé á una de estas casas, cuyo propietario me ofreció hospitalidad, y en vez de hallar el corredor central y los pequeños cuartos laterales que vi en Dorey y en Aiambori, no encontré más que un vasto cobertizo terminado en cada una de sus extremidades por una pequeña abertura, sirviendo de ventana y de puerta, que daba acceso á un estrecho balcon. El suelo estaba dividido longitudinalmente en tres partes; en medio queda el corredor terminado por las claraboyas que dejo descritas y á cada lado, donde debían encontrarse las habitaciones, una especie de cercado bastante confortable y cubierto hasta la mitad por cortezas de árboles muy delgadas formando una especie de estera rústica. Mi primer cuidado fué introducir en esta habitacion dos mejoras notables. Hice tapizar el suelo del corredor con nuevas cortezas y ajustar otro tronco de árbol inclinado con pequeñas ramas trasversales de modo que resultara confeccionada una escalera en la que la subida y el descenso, sin ser del todo agradables, no fueran para mí un ejercicio gimnástico. Se me concedió en el fondo de la casa un rincon cerca de la puerta-ventana. Allí instalé mi cama de campaña y mi mosquitero, y una pieza de tela sirvió de cortina para protegerme contra la curiosidad inconveniente de los papúes. Pude considerarme satisfecho, porque era evidente que había cierta buena voluntad para recibirme y esto me daba derecho á ser exigente.

Nunca hasta ahora había llegado á vivir en aquella promiscuidad con salvajes, hombres, mujeres y niños. A pesar de todo, sin el humo y las emanaciones, con las cuales olfatos ménos delicados que el mío se hubieran sentido molestados, salvo todavía el ruído nocturno, los gritos de los niños, los gruñidos de los cerdos, el ronquido de algunos adolescentes fatigados por el trabajo de una jornada laboriosa, puedo decir que no me encontraba mal instalado en Memiaoua; bien es verdad que la satisfaccion moral ayuda notablemente á soportar las fatigas y las privaciones físicas. Me sentía en buena disposicion de espíritu, porque mi excursion á Amberbaki prometía ser en extremo fructuosa.

Mis huéspedes, los papúes de Amberbaki, no diferían de los mafors que me acompañaban, más que por los cabellos generalmente cortados á rape y por su dialecto, que parece ser diferente, aun-



Casa aérea en Memiaoua.

que casi todos comprenden el mafor. Dicen ellos mismos, y el viejo mayor de Dorey me lo afirmó tambien, que son de orígen mafor lo mismo que los roumbiaks y que los habitantes del pueblo de Ouepai, con la sola diferencia de que se han vuelto exclusivamente cultivadores. Yo creo todavía que esta raza mafor venida del este ha emigrado hacia el oeste, más allá de Amberbaki y que es la misma que habita el pueblo de Salwatty.

Los mafors son ciertamente de todos los papúes que he conocido los que tienen el carácter más dulce y más sociable, y los amberbakis, puros todavía de todo contacto malayo, se caracterizan ademas por una gran timidez que con facilidad aproveché mediante algunos regalos.

Había creído notar, y me persuadí de ello en Amberbaki, la poca necesidad de sueño que tiene esta gente. Léjos de recogerse y de dormir al caer la tarde, se agrupan en círculo al rededor del fuego y se entretienen en interminables conversaciones que duran hasta las tres ó las cuatro de la mañana. Algunas veces cantan y baten una especie de tambor de un modo discordante y desagradable para oídos europeos que quisieran cerrarse momentáneamente á todos los ruídos de la tierra para refugiarse en la region de los sueños.

El país es pintoresco, pero fatiga su exploracion porque no es más que una sucesion de barrancos cortados á pico, que corren paralelamente hacia el mar estriando el flanco de la montaña.

Sobre estos precipicios se encuentran á veces, á manera de puentes, troncos de árboles pulidos por los piés desnudos de los indígenas, y que en vez de facilitar el camino lo vuelven más peligroso. Fácilmente se comprenderá que yo tenía prisa de comenzar mis partidas de caza para recoger por mí mismo las riquezas zoológicas que me prometía esta rica comarca.

Renuncio una vez más á describir esta maravillosa naturaleza entremezclada de graciosas y delicadas sombras de helechos arborescentes y de cúpulas impenetrables de verdura, sobre las cuales se precipitan los torrentes. Aquí, en pleno mediodía, volando sobre estas hojas húmedas y rosadas, se encuentran las bellas mariposas *Ulyses*, cuyas alas parecen talladas en un zafiro de nacaradas tintas, y las ornithópteras, cuyo nombre, que significa «alas de ave», indica su magnitud majestuosa. Cuando más bellas parecen, es cuando agitan sus grandes alas de terciopelo negro, manchadas de oro ó de esmeralda, volando por encima de una cascada ó de un abismo, por lo que es imposible apresarlas.

Bien quisiera describir estos y otros habitantes del aire; pero temo trasformar este sencillo relato de viajes en un tratado de Historia Natural. No puedo, sin embargo, por ménos de mencionar un maravilloso pájaro, un ave del paraíso, que Buffon apellida magnífica (Diphillodes magníficus), y que un papúe me entregó vivo. Esta ave es un poco más gruesa que un mirlo, su color es oscuro, las plumas de la cabeza son cortas y aterciopeladas; sobre su cuello y su dorso se recortan dos coletas movibles, la superior amarilla pálida, la inferior roja oscura; su pecho está enteramente cubierto de una mancha verde de plumas sedosas; sus alas son amarillas, y de su cola, muy corta, salen dos plumas delgadas como un hilo, de un verde metálico, que se prolongan y se retuercen en espirales. Sus ojos son de un negro profundo, su pico y sus patas azules, y el interior del pico verde.

Pero no hay descripcion que pueda dar aproximada idea de estos pájaros y del adorno de sus plumas. Uno de los hechos más curiosos de estas *aves del paraíso*, es la facultad que tienen de ostentar, de hacer gala voluntariamente de sus adornos, de sus pintadas manchas, de su plumaje, especie de abanico de que están ornadas.

Nuestra gentil prisionera doblaba el cuello sobre el cuerpo, hasta el punto de hacerse una bola su coleta, y sus manchas formaban un solo collar de colores deslumbrantes, en el centro del cual se ocultaba la cabeza. Al contrario que otras aves del paraíso, que viven en la cima de los grandes árboles, la *Diphillodes* acostumbra á bajar á tierra, en medio de las hojas secas, donde busca su alimento, y los papúes la cogen con lazo.

Este animal delicado es de los que mueren al contacto profano, de los que sólo viven en los bosques vírgenes dignos de servirles de asilo, y rehusando todo alimento, sucumbió entre mis manos, sin darme apénas tiempo de saciar mis ojos en su hermosura.

El suelo de estas montañas parece ser mucho más fértil que el de Dorey, aunque no está cultivado con más esmero. Aquí se siembra el arroz, que produce buenas cosechas, así como el tabaco, que no requiere más que un poco de cuidado para ser hermoso y bueno. Al rededor de las casas he visto desmontes, donde el *betè* adquiere dimensiones desconocidas en Dorey. He notado tambien algunas batatas y algunas cañas dulces, cuyos tallos vigorosos atestiguan la riqueza del suelo. En cuanto á los habitantes, no tienen por esto una alimentacion muy suculenta, porque es esencialmente vegetal, sin más que alguna mezcla de peces y mariscos, que recuerdan la cocina

primitiva de los habitantes de la costa. Como condimento, con las raíces del beté, los amberbakis comen algunas hojas de plantas salvajes, previamente cocidas en un bambú verde, cerrado por sus dos extremidades, y puesto al fuego. Cuando el bambú comienza á carbonizarse, las legumbres están cocidas. Este procedimiento no está exento de inconvenientes por los peligros que ofrece para los cocineros, asistentes y vecinos. A lo mejor estalla el bambú bajo la presion del vapor, y la comida se desparrama sobre los invitados, con gran descontento de los hambrientos; pero con grandes risas de los que á lo léjos contemplan la curiosa escena.

Bien es verdad que, cuando los pequeños jabatos llegan á ser grandes, se los comen; pero este es un festin raro, porque los cerdos son poco numerosos. Todo lo más se puede contar uno por cincuenta ó sesenta habitantes.

A propósito de estos paquidermos, hicimos un negocio cierto día, que pudo ser desagradable. Markus, cazando en el bosque, encontró fortuitamente, segun dijo, dos hermosos jabatos, que él tomó desde luégo por animales salvajes, y no dudó en disparar sobre ellos, consiguiendo quedarse con los dos, el uno muerto, y el otro gravemente herido. Despues, ayudado por Wiliam, volvió triunfalmente de su cacería; pero apénas había llegado, cuando una vieja rabiosa, una de esas decrepitudes humanas que no se ven más




Papúes ouosaonis.

que entre los salvajes, reconoció en las dos víctimas los muy queridos marranillos que tantas veces había mecido en sus brazos descarnados y secos. No era posible engañarse; el que vivía aún se arrastraba hacia su madre adoptiva, que conoció en el acto. Aquí comenzaron los lloros y lamentaciones, en los cuales supuse que el deseo del lucro debia tener una gran parte.

El mal estaba hecho y era ya irreparable. No podía hacer otra cosa que la proposicion de abonar el precio de la sangre vertida. Pero el razonamiento de los papúes fué más hábil de lo que pude suponer. Yo no quería pagar más que dos jabatos, pero se me reclamaba el precio de dos cerdos adultos, con el pretexto de que estos dos se hubieran hecho grandes, y hubieran tenido, al cabo de algunos meses, el valor que se me exigía. Gracias al mayor, al cual le prometí una poca de manteca, la diferencia fué allanada, y no pagué más que el precio de dos jabatos, de los cuales tuve que abandonar las cuatro patas delanteras á la vieja y sus amigos. Esto me costó dos piezas de tela, cuya pérdida fué largamente compensada con esta provision de carne fresca, con la que pudimos regalarnos mi gente y yo. De cualquier modo que fuera, no podía reprender á Markus, cuya aficion y cuya habilidad contribuyeron mucho á enriquecer mis colecciones con las más raras y hermosas aves.

El ruído de mi presencia en Memiaoua se extendió por las montañas vecinas, é impulsados por

la curiosidad, llegaron los papúes de muy léjos para ver al hombre blanco.

Los primeros visitantes fueron dos ouosaonis, padre é hijo. Tenían los cabellos cortos, y el padre, sobre todo, era un verdadero tipo arfak. Habitaban á tres días de distancia, en el interior, sobre el monte Ouosaoni, del cual apercibía la cima detras de la última montaña. Híceles desde luégo algunos obsequios, con objeto de disponer su ánimo para que me concedieran dos cosas: que se pusieran delante de mi aparato fotográfico, y que me condujeran al sitio por ellos habitado. Despues de muchas promesas obtuve el primer punto, pero en cuanto al segundo se mantuvieron firmes en su negativa, pretendiendo que sería imposible trasportar mis bagajes. Y era preciso, á todo trance, llegar más léjos, y sobre todo á mayor altura en la montaña, para encontrar ciertas aves del paraíso que me faltaban todavía.

Comprendiendo que mi piel blanca era un inconveniente para estas naturalezas feroces, no exentas de temor y de timidez, no insistí en hacer personalmente el viaje; pero les pedí acompañaran á mis cazadores, en lo que consintieron á fuerza de regalos y promesas, y Markus, seguido por un papúe de Dorey, partió con ellos.




Piraguas á cuyo bordo hizo el autor el viaje de Dorey á Amberbaki.

Los días se sucedían, pareciéndose unos á otros en las fatigas y en el botin, cuando una mañana, en el momento en que iba á salir de cacería, dos hombres entraron en la casa, dos hombres de un tipo que yo no había visto aún, y que en nada se parecían á los otros papúes. Dejé prudentemente mi partida de caza para otro día. Hacía mucho tiempo que, en Paris mismo, ántes de mi partida, había oído hablar de los papúes antropófagos, de los karons. No sabía nada de ellos más que por referencias de los mafors de Dorey, los cuales aseguraban que al oeste del país de Amberbaki se encontraban tribus entre las cuales la antropofagia estaba todavía en uso. La esperanza de esclarecer un poco este misterio no era extraña á la determinacion que tomé de visitar á Amberbaki.

Los habitantes de Memiaoua me habian confirmado la existencia de estos pueblos caníbales, con los cuales, por lo demas, viven al parecer en buena armonía.

Todo me salía á medida de mi deseo, porque estos dos desconocidos que tenía delante de mí eran dos karons, los cuales estaban más admirados tal vez que yo mismo del encuentro. Entraron silenciosamente y se agacharon, apoyándose en sus talones, sin decir palabra, lanzando á su alrededor miradas inquietas. Procedimos evidentemente de una y otra parte á un exámen silencioso y profundo, del cual tal vez ellos hayan olvidado el resultado, pero que yo consigné cuidadosamente en mi diario y que reproduzco aquí. Eran dos hombres poco más ó ménos de mi estatura, es decir, de un metro sesenta centímetros próximamente, de tronco fuerte, miembros carnosos, cabeza gruesa y redonda, los arcos superciliares pronunciados, la nariz corta, los labios gruesos, la figura ancha, las quijadas un poco angulosas y los cabellos crespos, divididos en numerosas trenzas ó moños prolongados que caían al rededor de la cabeza. Algunas cicatrices partiendo de la espalda descendían hasta los riñones, y sobre el vientre otras cicatrices en *zic-zac* formaban un cinturon. Una cuerda atada al rededor de los riñones y de la cual pendian por delante algunos harapos de cortezas curtidas, componían todo su traje, con los anillos y brazaletes que en otras ocasiones quedan descritos.

El mayor de los dos, el más robusto y el más notable por su fisonomía bajamente feroz, llevaba ademas pendiente del tabique nasal un anillo de concha que cercaba su boca y descendía hasta la barba. Sus orejas estaban adornadas tambien con pendientes de vidrio azul de forma triangular, objetos de alguna importacion malaya que había dejado tales objetos entre estas gentes. Las armas que estos hombres llevaban á la mano eran el arco y las flechas que ya he descrito, y ademas una pica cuya asta esculpida termina por una punta de hueso de cerdo.

Para entrar en relaciones les hice dar por el mayor algunos granos de abalorios que parecieron llenarles de alegría, y una sonrisa se deslizó por sus labios, que se entreabrieron para dejar ver una magnífica hilera de dientes blancos, que avergonzaría á la más hermosa dentadura artificial de porcelana.

Desde el primer momento comprendí que para conversar con ellos necesitaba la intervencion de un amberbaki que me sirviera de intérprete, porque ninguno de mis mafors comprendía el dialecto karons, y participé al viejo mayor el deseo que tenía de fotografiar á estos dos antropófagos, prometiéndole una recompensa si llevaba á feliz término esta negociacion diplomática.

A la mañana siguiente, mediante un cuchilla de dos sueldos, con el mango pintado de rojo, y un pequeño espejo con marco reluciente, los dos karons, seducidos por tan ricos obsequios, consintieron en complacerme.

Mi gabinete de fotografía estaba instalado al aire libre, cerca del tronco de un árbol caído, y tallado por mí para encajar la cabeza del paciente, que sujetaba ademas entre dos clavos, á fin de obtener la inmovilidad indispensable. Sin embargo, en el último momento, cuando me vieron desaparecer bajo el paño negro para poner mi aparato en su punto, tuvieron miedo de morir, y el viejo mayor, para tranquilizarlos, tuvo que ponerse á su lado. Tuve que hacer más de un ensayo para obtener negativas bastantes con que llevar la prueba indiscutible de la existencia y la fisonomía de estos salvajes, á los cuales es difícil hacer comprender que para estar inmóvil no hace falta agitar la boca ni los ojos.

A pesar de su aspecto terrible y repugnante, estos karons, una vez amansados, tenían una figura bastante benigna riendo á mandíbula batiente, y se atrevieron hasta á pedirme algunos *manimani* (abalorios).

No parecían codiciar en lo más mímimo mis carnes, y eran, sin embargo, verdaderos antropófagos.

Uno de ellos, jóven todavía, afirmaba haber comido ya quince hombres.

Creyendo que al pasar por el intermedio obligado de dos intérpretes, las preguntas y las respuestas habían sido desnaturalizadas, representé el número quince con la ayuda de tres manos, y el karon, riéndose de mi incredulidad, hizo con la cabeza un signo afirmativo, como si esta cuestion fuera la cosa más natural del mundo.

Es de notar que estos karons no se arrojan sobre el primero que llega para devorarlo, pues no hacen figurar en sus festines más que los cadáveres de sus enemigos, vencidos en la guerra.

Miserables hasta el último extremo, no son, ni cultivadores ni cazadores (profesion que, por otra parte, no ofrece en Nueva-Guinea grandes recursos, vista la rareza de otros mamíferos que el hombre). Reducidos á vivir de hojas de árboles, el cuerpo de un enemigo representa, para estos pobres seres, una suma de alimentos que excita poderosamente su apetito. De esto mismo me he convencido en todos los pueblos, muy raros por



Papúes karons (antropófagos).

fortuna, que se entregan á la monstruosa costumbre de la antropofagia.

Los sufrimientos del hambre son su principal, y creo más, su único móvil; el exceso de crueldad sanguinaria no entra para nada; y si alguna vez, acaso con frecuencia, estas orgías monstruosas de carne humana van acompañadas de gritos, de vociferaciones, de escenas fantásticas, no se puede ver en ello otra cosa que la sobreexcitacion de un hambre canina, mezclada á esa embriaguez inconsciente, pero real, del vencedor cerca del cadáver de un enemigo.

No he asistido á la comida antropófaga de los karons. El lector en este punto pierde sin duda una reseña precisa, pero en cambio no lastimo sus sentimientos; este género de espectáculos hieren y causan penosas impresiones.

Los papúes mismos parecen tener cierta repugnancia al hablar de esto, y sólo por lo bajo y de un modo misterioso, el viejo mayor me dijo, designándome los karons: *Makan orang* (comen hombres).

El cerebro del hombre se considera como la parte más delicada; se la deslíe con una pasta de *sagou* parecida á la fécula, y que puesta en agua hirviendo toma un aspecto gelatinoso. He visto con frecuencia, á los papúes y los malayos, comer este plato de sagou, pero no con los cerebros de sus enemigos. El resto del cuerpo se corta en pequeños pedazos, y se cuece en bambús verdes. La carne del hombre es, segun dicen los karons, comparable á la del cerdo. Dejo la responsabilidad de estos detalles á los papúes que me los han dado, asegurándome que han sido muchas veces testigos de estos festines.

Para terminar todo lo relativo á los karons, no tengo más que una palabra que añadir, y es que no son papúes: son más bien *negritos*, más parecidos á los salvajes aborígenes de Filipínas, que á los papúes melanesios que los rodean. En el norte de Nueva-Guinea los karons no son, sin duda, los únicos que representan la raza de los negritos.

Los amberbakis y los ouosaonis me dijeron temblando de terror, que hacia el sur, más allá de sus montañas, se encuentra otra tribu, la de Guebar, numerosa y feroz, que de tiempo en tiempo desciende de la montaña matando á los hombres y llevándose á las mujeres. No saben si los guebars son antropófagos; pero segun sus descripciones, me inclinaría á creer que los guebars son tambien negritos.

La presencia de los negritos en Nueva-Guinea no pasaba hasta ahora de una suposicion. Me parece interesante haber visto estos karons-negritos, haber hecho sus fotografías y haber recogido los elementos indispensables para hacer constar este hecho antropológico.

Cuando volvió Markus de su expedicion me trajo ejemplares de casi todas las *aves del paraíso* que deseaba, y entre ellas el *Laphorina atra* y el *Cinnamolegus magnus*, del cual hice grabar los dibujos. El camino que siguió, segun me dijo, ofrece dificultades casi insuperables para el trasporte de los bagajes, y encontró instalacion entre los ouosaonis más miserable todavía que la de los amberbakis. No había visto más que algunas pequeñas casas encaramadas en lo alto de pértigas vacilantes, y poco ó nada en punto á cultura. Hubiera querido permanecer más tiempo, porque se hallaba en el verdadero país de las hermosas aves del paraíso; pero tuvo que emprender el viaje de regreso, porque su corta provision de arroz estaba agotada, y se veía obligado, falto de patatas y hasta de una raíz de *beté*, á alimentarse con hojas cocidas.

El momento fijado para la partida se aproximaba, y mis mafors, á los cuales obligué á suprimir la racion de sagou, á fin de conservarlo para el viaje, se mostraban inpacientes por volver á Dorey. Yo mismo estaba á punto de apurar mis víveres, y me encontraba dominado por un violento acceso de fiebre.

Era preciso ir pensando en recobrar el tiempo perdido, tanto más, cuanto que estábamos ya á mediados de Mayo, y nuestro itinerario exigía aún otras excursiones. Convocóse, pues, por medio de bando á la gente de Memiaoua para conducir mis bagajes, y emprendimos el regreso.

El descenso de la montaña no fué más fácil que la subida. Al aproximarnos á la ribera oí dos detonaciones de fusil, y apresuré el paso porque se decía que teníamos cerca algunos piratas biaks y podíamos temer un encuentro. Los tiros habían partido del fusil de William, mi cazador, lo cual me tranquilizó, que acababa de tirar á un *python*. Este gigantesco reptil estaba enroscado en las más altas ramas de un elevadísimo árbol, y por la manera que tuvo de desenredar sus anillos pude creer que las dos balas apénas le habian herido. Era un animal que no quería dejar que escapara porque faltaba aún en mis colecciones, pero no tardé en perderle de vista en medio del follaje. Los ojos perspicaces de mi gente le siguieron la pista; se hizo fuego sobre él algunas veces sin resultado, y entónces los papués comenzaron á derribar árboles para aislarle y cortarle la retirada. El python dejó ver por último su cabeza, único sitio

vulnerable; hice fuego yo mismo, su largo cuerpo se extendió, se prolongó y la enorme culebra cayó sordamente á tierra desde una altura de más de cincuenta piés. La creí muerta, pero no estaba más que aturdida. Markus la asió intrépidamente por la cola, yo pasé un nudo corredizo por el cuello del reptil, y á pesar de los doce balazos que había recibido y de los cuales su cuerpo mostraba las huellas, ademas de las ligaduras con que la sujetábamos, nos vimos apurados para luchar con ella.

Tuvimos por último que recurrir á una larga pértiga, y dos papúes le trasportaron á la playa donde Markus y yo le quitamos la piel.

Los amberbakis se reunieron al rededor nuestro siguiendo con mirada ansiosa nuestras operaciones taxidérmiceas; y cuando dejamos á un lado el cuerpo privado de su piel, todos se abalanzaron como perros hambrientos para disputarse los restos, llevando cada uno al retirarse á la montaña su parte de aquel festin para ellos suculento. A este propósito William, que es originario del norte de las Célebes, me asegura que en ciertos sitios de aquella isla hay tribus que cuelgan de los árboles y conservan estas serpientes para comerlas. Despues de la de los antropófagos, pude cerciorarme de la existencia de los erpetófagos.




Ave del paraíso. (*Cinnamolegus magnus*). (1)

Alistáronse por fin las piraguas, y por la noche estábamos de regreso en la playa de Saocorem.

A la mañana siguiente me trasladé al pueblo de Ouepai, donde tuve la dicha de estrechar la mano á Mr. Laglaize que había vuelto tambien de su excursion; y por un momento nos conceptuamos felices al tener la alegría de hablar en nuestro idioma.

Aquella misma tarde, volviendo á las piraguas, nos dimos á la mar, con rumbo á Dorey. Veinticuatro horas despues, en el momento de doblar el cabo Boropé y disponiéndonos á fondear para que descansaran nuestros remeros, vimos luces en la playa, divisamos algunos hombres y unas piraguas por último. Sobre esta costa desierta tal encuentro no podía ser sinó un peligro; eran sin duda los piratas biaks, de los cuales habíamos oído hablar.

Una de mis piraguas, la que iba montada por el viejo mayor, había quedado bastante atrasada, y como teníamos que desandar algun camino para reunirnos con ella, decidimos fondear al otro lado del cabo, donde la otra piragua se nos reunió por la noche, y así unidos podíamos ofrecer á los piratas la recepcion de que eran dignos en el caso probable de que nos atacaran.

(1) Pico negro; las patas del mismo color; las plumas de la cabeza verdes con brillos metálicos; las del cuerpo oscuras con lucientes reflejos, suaves y violáceos; las de los lados negras aterciopeladas, presentan rayas azules, realzadas por una franja verde esmeralda; las posteriores de azul celeste, etc. Cola larga de un hermoso color verde por encima y oscuro marron por debajo.

En efecto, la hora del alba sería cuando tres grandes piraguas doblaron el cabo y vinieron hacia nosotros. Tenían levantada su techumbre de hojas, signo inequívoco, segun me dijeron, de sus belicosas intenciones. Las piraguas armadas para la guerra deben estar descubiertas, de modo que permitan manejar los arcos. Por nuestra parte hicimos lo mismo, pero para anunciarles la presencia de un europeo hice arbolar mi pabellon.

Tan luégo como estuvieron á regular distancia creyeron oportuno nuestros papúes que preparáramos los fusiles para contestar á la primera flecha que se disparara, prudente advertencia que se siguió en efecto. Los biaks avanzaron más, pero cubriendo sus piraguas, en señal de paz. No me pareció oportuno por más tiempo sostener el consejo de Markus de no dejarles acercar por temor á una sorpresa, é hice, bien porque los piratas se limitaron á pedirnos un poco de tabaco que se les dió á cambio de algunas castañas de indias; despues continuaron su rumbo, que era segun dijeron la isla de Waigiou. Ya volveremos á encontrar á los biaks en otras circunstancias mejores para hacer un detenido estudio de estos feroces isleños.

Continuamos nuestro viaje, pero una racha de viento nos separó otra vez, obligándome á fondear en la embocadura misma de la ria Prafi, con lo que pude convencerme que eran exactas las suposiciones que había hecho respecto á la posicion que ésta ocupa. Volvimos á partir al ser de día, porque mis papúes se encontraban inquietos con el encuentro de la víspera, con la vecindad de la costa de Prafi, y con la desaparicion del mayor. Los biaks habían dicho que una flotilla de piratas andaba por aquellas aguas y todos tenían prisa de llegar á puerto seguro.

Pasamos por delante de la bahía de Saobeba para arribar á la isla Aori, donde esperábamos encontrar al mayor.

Al cabo de cuarenta y ocho horas no teníamos materialmente que comer; mis provisiones de bizcochos y de arroz estaban agotadas y me ví obligado á someterme al régimen del sagou.

En la isla Aori no había nadie. Sin embargo bajamos á tierra, lo que es un gran consuelo cuando se ha permanecido mucho tiempo en una piragua, y los papúes marcharon sobre los arrecifes á buscar conchillas y sustancias comestibles que se cocieron sobre la arena.

Como el mayor no parecía, envié la pequeña piragua á la bahía de Saobeba sin obtener resultado alguno.

He sabido despues que se detuvieron sobre un arrecife donde encontraron huevos de gaviotas.

Todavía aparecieron por la noche dos grandes piraguas de biaks; en medio de ellos se encontraba al parecer un amigo de los mafors y como los papúes son bastante fieles al dicho vulgar de que los amigos de nuestros amigos son amigos nuestros, no había nada que temer.

La falta de víveres nos obligaba á pensar seriamente en nuestra situacion, y durante toda la noche nos vimos forzados á remar, hasta que por la mañana, á la hora en que el bosque despierta con los gritos ó los cantos de esos millares de seres que lo habitan, nos encontramos delante del pueblo de Kouavi, el cual despues de seis semanas de viaje se presentaba á mis ojos bajo el aspecto de un antiguo conocido, brindándome una hospitalidad que reanimaba el corazon.

Todo estaba en calma.

Disparé cinco tiros de rewolver para dar aviso de mi llegada; el eco del bosque repercutió el ruído, pero ninguna detonacion respondió á las mías. Por fin, apercibí mi casa; la vegetacion parecía invadirla y no distinguí á nadie en sus umbrales. Había dejado á Mr. Maindron enfermo, y mi corazon se estremeció con el temor de no encontrar más que una tumba. Con agua hasta la cintura salté de la embarcacion, no pudiendo esperar en mi ansiedad á que la piragua arribara, y febril, con paso apresurado, marché en direccion á nuestra cabaña.

Saabar estaba sentado en el umbral. Este hombre, en otro tiempo bullicioso y fuerte, no era más que un esqueleto.

Mr. Maindron, que estaba sobre el lecho más pálido que el mosquitero que lo cubría, tendió hacia mí una mano descarnada, diciéndome:

—Creí que no os volvería á ver.

Las llagas de sus piernas se habian agrandado y multiplicado, una fiebre lenta minaba su existencia, y para colmo de desdichas, un misionero de orígen aleman le administró el sublimado corrosivo en vez de los calomelanos (1); un veneno en lugar de un medicamento. Mr. Maindron pudo tomar á tiempo un contra-veneno, pero lo encontré tan desfallecido que su estado me inspiraba serias inquietudes.

---

(1) Equivocacion tanto más fácil, cuanto que ambas sustancias son compuestos mercuriales. El sublimado es el bi-cloruro, y los calomelanos el proto-cloruro de mercurio. Los calomelanos en pequeñas dósis, produce el efecto mercurial; pero en dósis altas, obra como excelente purgante. En esta forma el bi-cloruro, ó sublimado, es uno de los venenos irritantes más enérgicos. Su contraveneno es el hierro reducido por el hidrógeno. (N. del T.)

# TERNATA — LAS MOLUCAS

## IV

La isla Mafor.—Emigracion de los habitantes.—Los piratas.—Sepultura singular.—Escena de esclavitud.—Los jefes de Sowek.—Un pueblo en un pantano.—Los isleños de Korido.—Desconfianza y supersticion.—Compras obligadas.—Mala recepcion.—Amenazas de muerte.—Desafío.—Comercio de cráneos.—Viaje forzado.—Regreso á Dorey.—Salida para Ternata.—Una tempestad.

Acordamos que Mr. Maindron fuera conducido á Andai, donde quedaría al cuidado de Mr. y M$^{me}$. Woelders, y yo en tanto decidí hacer una excursion á las islas Mafor y Misori.

Negáronse á acompañarme los papúes de Dorey, enriquecidos sin duda por nuestro viaje á Amberbaki, y tuve que buscar, en Mansinam, la ayuda del sanadí Brouss, que es un papúe algo más civilizado que los demas.

Partimos, pues, el día primero de Junio, costeando el sudoeste de la isla de Mansinam, y merced á una fuerte racha de viento pudimos arribar en veinticuatro horas á la isla Mafor.

Algunos islotes, por en medio de los cuales pasamos, forman la entrada de una espaciosa bahía, en la que se encuentran numerosos bancos de arena, que en las bajas mareas quedan al descubierto. Sobre una playa arenosa, blanca y fina, se ven tres ó cuatro casas papúes, construídas, como todas, sobre estacas, mitad en la mar, mitad en tierra. Comprendí bien pronto que no podía esperar una hospitalidad tolerable entre estos indígenas, como la encontré en Amberbaki, y preparé la tienda que había tenido la precaucion de llevar conmigo, instruído como estaba por las veces que tuvimos que acampar en las playas inhospitalarias de Saobeba y de Saocoorem.

La playa sobre la cual está construído el pueblo se llama Monoukouari. No necesito hacer una descripcion detallada de los habitantes de la isla Mafor, que son de la misma raza que los de Dorey.

La isla Mafor, como lo indica su nombre, ha sido la cuna de las tribus mafors, que andando el tiempo emigraron al continente, huyendo de sus enemigos los piratas biaks, y sobre todo de los ouandamen, que parecen haber jurado su exterminio.

Esta isla, pequeña y aislada, situada casi en el centro de la bahía de Geelwink, á igual distancia de la isla de Biaks y de la costa de Ouandamen, fácil de abordar con los vientos del sudoeste, casi constantes de Julio á Setiembre, es una presa tanto más fácil para los piratas, cuanto que sus habitantes tienen un carácter tímido y dulce, más aún que los otros mafors.

La isla, formada casi enteramente por una roca madrepórica, es poco fértil y carece de aguas, condiciones todas poco favorables al desenvolvimiento de poblacion. Por eso, sin duda, los mafors emigraron sin pena de una patria tan mal dotada por la Naturaleza.

Es, sin embargo, agradable á la vista esta pequeña isla Mafor, y no presenta el aspecto frío y salvaje del continente. Despues de recorrer doscientos ó trescientos metros, se atraviesa una zona de bosques pantanosos, y se encuentra una colina de unos veinte metros de elevacion, á cuya cima, que es una extensa planicie, se llega fácilmente. Esta colina parece que se extiende por toda la isla con ligeras ondulaciones. El suelo es seco, poroso, formado de rocas madrepóricas, descarnadas y cubiertas de selvas y bosques, entre los cuales se ven muchos claros donde se crían hermosos helechos.

El aspecto de estas praderas de helechos induce á creer que son naturales, y no resultado de antiguos desmontes. Donde los papúes han desmontado el bosque, se encuentran todavía añejos

Piratas biaks en la isla Mafor.

troncos de árboles derribados y calcinados, y numerosos arbolillos que parecen renacer de sus cenizas, indicando el sitio donde existió cierta cultura, abandonado despues de más ó ménos tiempo. La roca se presenta desnuda, agrietada, rugosa, cortante, áspera, todo lo cual hace el camino cansado y peligroso.

Junto al borde de la planicie he visto algunas casas sostenidas por altas estacas, en medio de desmontes, que uniéndose con algunos claros naturales, forman vastos espacios descubiertos, y habitadas por papúes. Los indígenas que aquí viven, por su aspecto, por su talante más airoso, por sus cabelleras cuidadosamente edificadas (que tal nombre podemos emplear tratándose de este peinado), parecen diferenciarse de los ribereños. Son notables, en Nueva-Guinea, las diferencias que se encuentran entre dos pueblos, aunque estén poco distantes, siendo uno de la costa y otro del interior. El primero, siempre más dulce, aficionado á los viajes, vive miserablemente, sin más recursos que la pesca; el segundo, más salvaje, más hostil á los extranjeros, sedentario generalmente y robusto, es temido por la poblacion marítima. ¿Hay, pues, aquí dos razas, una aborígena y otra invasora, ó bien una sola raza, en la cual ha tenido lugar una division por las costumbres, por una alimentacion diferente, ó como resultado de la seleccion.

Por mi parte creo tan pronto que son dos razas distintas, como, por el contrario, que es una sola raza modificada. Lo mismo en Dorey que en Aiambori, en la playa de Mafor que en la montaña de los arfaks, se encuentran diferencias morales y físicas notables, tanto que, en Amberbaki, los habitantes del pueblo marítimo de Ouepai y los montañeses de Memiaoua son todos mafors.

Los habitantes de esta isla tambien lo son, al parecer, y pronto veremos que los isleños de Korido dan lugar á la misma observacion.

Estos pobres mafors están siempre sobre sí, interrogando al horizonte, á fin de descubrir á sus enemigos con tiempo para huir al bosque, ó bien examinando la arena de las playas para ver si descubren huellas desconocidas. Estas inquietudes obedecen á poderosas razones. Algunos meses ántes de nuestra llegada, cinco piraguas arribaron de improviso á la isla Mafor, y los ouandamen que en ellas venían, despues de matar once hombres, huyeron, llevándose diez y seis mujeres y nueve niños, que redujeron á la esclavitud. Todavía se ven, sobre una pequeña plaza rodeada de cocoteros, las chozas desiertas y arruinadas de este pueblo desdichado. Dícese tambien, que ronda una flotilla de *houni* (piratas) al rededor de la isla.

Tres días despues de mi llegada, sobre las once de la noche, se me avisó que una banda considerable de piratas ouandamen pensaba atacarnos. Me levanté con presteza, distribuí municiones entre mis cazadores, tomé yo mismo mi carabina y mi rewolver, y me preparé á recibir al enemigo. La noche negra y sombría era favorable á los piratas que pensaban sorprendernos. Las mujeres huyeron al bosque, y los hombres se ocultaron en las casas. Yo creía á cada instante oir silbar una flecha en mis oidos, ó ver agitarse entre las ramas una figura indecisa y sospechosa. Los mafors tambien imaginaban que veían á sus enemigos. Esperé más de dos horas, pero como nada se movía, volví á entrar en mi tienda, echándome vestido sobre la cama y dejando mis armas á mano. Nada vino, sin embargo, á turbar mi sueño.

A la mañana siguiente dejó de llover, cosa rara en esta isla de Mafor, donde la lluvia parecía encarnizarse contra mí, y aproveché esta calma para hacer una larga excursion.

Eran las cuatro de la tarde y me acercaba á mi campamento, cuando oí resonar la concha de los papúes, inmensa concha en la cual se hace un pequeño agujero lateral que sirve de boquilla, primitivo instrumento que produce un sonido que recuerda el bramido de un toro, y que se oye á gran distancia. Los papúes se sirven de él para anunciar la aproximacion del enemigo á los que se encuentran diseminados por el bosque. Los mafors que me acompañaban se apresuraron á llegar al pueblo, y yo les seguí, para proteger mi campamento caso necesario.

Se vieron, en efecto, á cierta distancia, en la mar, tres grandes piraguas, que se dirigían, sin ningun género de duda, hácia la isla Mafor. Refugiáronse las mujeres en el bosque, y no quedaron más que los hombres dispuestos á combatir. Todos estaban convencidos que se trataba de los piratas, y mis cazadores querían hacer fuego, á lo que me opuse terminantemente, reservándome el derecho de disparar el primer tiro, si llegaba á juzgarlo indispensable.

Estábamos, por fortuna, en la hora de la baja mar, y las piraguas no podían penetrar mucho en la bahía. Los que á su bordo iban las abandonaron con agua hasta la rodilla, y se dirigieron hácia nosotros. No tardamos en comprender que venían como amigos. Eran los piratas biaks, los mismos que encontramos viniendo de Amberbaki, y que no estaban más dispuestos que entónces á librar batalla. Su jefe me tendió la mano. En cuanto á los habitantes de la isla Mafor, parecían poco

seguros, y no querían trato alguno con los biaks, á los cuales dí un poco detabaco, y volviendo casi inmediatamente á sus piraguas, desaparecieron.

Despues de nuestro primer encuentro, estos piratas llegaron hasta la isla de Waigiou, es decir, que habían hecho, entre ida y vuelta, un viaje de más de mil kilómetros en alta mar con sus piraguas.

Decían haber cortado dos cabezas, que les supliqué me vendieran, pero rehusaron mostrarlas, lo que me hizo suponer que se envanecían de un crímen que no habían cometido.

Durante dos días ya no oí hablar de piratas, y sólo me atormentó una lluvia incesante y pertinaz, un pequeño diluvio que amenazaba anegar mi tienda.

Sin embargo, todavía tuvimos otra alarma por el ruído que se extendió de que unos piratas estaban acampados no léjos de nosotros, detras de un cabo que forma al norte la bahía, por lo que se alistaron en guerra dos piraguas, capitaneadas por Markus y el sanadí Brouss, armado cada uno de un fusil.

Pasó la tarde y tendió la noche su manto, sin que viéramos volver las piraguas. Yo estaba inquieto de esta larga ausencia de Markus, que me era muy adicto, y al cual hubiera lamentado que le sucediera el menor accidente, cuando hacia las



Un paisaje en la isla Korido.

nueve de la noche oyéronse cantos y rumor de voces mezclados al ruído cadencioso de los remos: eran nuestros hombres que volvían de su expedicion, diciendo que habían visto y perseguido dos piraguas desconocidas, cuyos tripulantes habían dejado, en efecto, la huella de su paso y fuego encendido en el punto que se decía.

He visto en Mafor un viejo, cuyo tipo y cuya piel, de un color más claro que la de los otros habitantes, me han preocupado algun tiempo; estaba seguro de que no era papúe, aunque por tal pudiera tenérsele, á juzgar por su lenguaje, su vestido y sus costumbres. Por fin conseguí saber, á fuerza de investigaciones, que era un malayo, que siendo niño, víctima de un naufragio, llegó á la isla, habiéndose convertido en un verdadero papúe, hasta el punto de haber olvidado su idioma natal.

Vive tambien aquí una pobre mujer, ya entrada en años, atacada de furiosa locura, que tal vez sostienen y aumentan los malos tratamientos de sus compatriotas. No pude impedir que un papúe la golpeara cruelmente cierto día que llegó á vociferar la infeliz delante de mi tienda. Cito este hecho curioso, por ser el único caso de enajenacion mental que he observado entre los salvajes.

La isla Mafor alcanza justo renombre por sus objetos de madera, trabajados y ahuecados en pedazos cortados en círculo de troncos de árboles, y entre cuyos objetos he tenido ocasion de ver uno, en forma de plato, que debía proceder de un árbol inmenso, porque sacado exclusivamente del

corazon de la madera, tenía más de un metro de diámetro.

Antes de abandonar la isla Mafor debo mencionar una curiosa sepultura. Bajo una pequeña techumbre de hojas de cocotero, se encuentra, sostenida por un pié, una caja de madera de un metro de larga próximamente, que contiene las osamentas. Delante de la caja se ve una pequeña mesa redonda, sobre la cual hay una taza escacharrada de porcelana, en la que se depositan los víveres y ofrendas destinadas al difunto.

Salimos de Mafor, pero un viento duro y contrario nos obligó bien pronto á una arribada forzosa delante de un pueblecillo, cuyo nombre es Namber, compuesto de dos ó tres casas construídas al final de una reducida bahía, separada del mar por una muralla natural de rocas, muralla que hendida por una estrecha abertura, deja paso escasamente á las más estrechas piraguas. Por fin, despues de algunas horas y hacia la mitad del día, un viento favorable nos permitió continuar nuestro rumbo á lo largo de la costa sur de la isla Mafor, cuya direccion es este-sureste.

Paréceme que esta costa, como el resto de la isla, está compuesta de rocas madrepóricas, y es una costa abrupta, de cuatro á cinco metros de altura, cubierta de una vegetacion tan lozana y vigorosa como toda la de Nueva-Guinea. Las diez de la noche serían cuando llegamos á una pequeña rada, en cuyo fondo creí apercibir un pueblecillo. La noche era oscura y la mar estaba llana como un espejo y cubierta de líneas y rastros fosforescentes. Parecía que se hubiera vertido sobre las aguas una enorme cantidad de un líquido inflamado.




Tipos de papúes ouendamen.

Es la vez primera que he observado el fenómeno de las fosforescencias sin que se produzca la menor agitacion, la más pequeña arruga en la tersa superficie de las aguas. Siempre lo he visto como resultado del choque de las olas contra sí mismas, contra un peñasco, por la estela de un buque, por el golpe de un remo, por una alteracion cualquiera. Pero, ahora, nada; una calma absoluta. La mar parece un manto de negra seda, orlado con brillantes reflejos de plata y oro, y ofrece en verdad un hermoso espectáculo.

Por la mañana enviamos á tierra algunos de nuestros hombres para hacer provision de agua, y regresaron acompañados por uno de los habitantes del pueblo, que subió á bordo y entabló una larga conversacion con Brouss, en tanto que nuestra canoa puesta en movimiento y bogando lentamente, remolcaba su piragua, confiada al cuidado de un muchacho de unos diez años. A pesar de mi ignorancia del idioma mafor, comprendí por las palabras *kain*, *sarong*, que se trataba de algun ajuste. En la isla de Mafor tiene la mar tan poco fondo ademas de presentar hacia el sur numerosos bancos de coral á flor de agua, bancos que se extienden casi hasta la isla de Miosnom cuyas montañas se divisan á lo léjos en el horizonte, que nuestra canoa llegó á encontrarse en seco, y fué preciso apuntalarla con unas pértigas. Aprovechando Brouss este momento de descanso,

abrió sus cajas y sacó hasta diez kaimbirou (pieza de tela azul), que ofreció á su interlocutor. Por mi parte no veía ninguna mercancía y no hay aquí objeto alguno que pueda valer tan enorme suma (cerca de ochenta francos), á ménos que se trate de un esclavo.

Y se trataba en efecto de un tráfico de carne humana, y era la mercancía el muchacho papúe que había quedado en la piragua y que ignoraba por completo el negocio.

Cerrado el trato era preciso hacer la entrega; pero se trataba de una mercancía dotada de inteligencia y de voluntad. El muchacho lloraba y gritaba haciendo resistencia; cambiar de dueño era para él lo desconocido, y lo desconocido le inspiraba terror; por fin se le trajo á la fuerza aunque sin maltratarle y se alejó la piragua. Fué preciso retenerle á bordo, porque quería arrojarse al mar, y Brouss hizo que le dieran un poco de sagou, con lo que el muchacho, viendo que tal vez no había perdido en el cambio, no tardó mucho tiempo en consolarse.

Esta escena de esclavitud me conduce á ocuparme de los esclavos papúes, objeto de un comercio importante en Papuasia bajo la dominacion de los sultanes malayos en las Molucas y á pesar de las prohibiciones severas de los holandeses. Aunque hoy los malayos no puedan comprar esclavos á los papúes, éstos conservan la costumbre de la esclavitud y en toda Nueva- Guinea son los esclavos más numerosos de lo que á primera vista se cree. Apénas hay papúe que no tenga uno ó muchos esclavos, y si de esto no se apercibe el viajero consiste en la poca diferencia que media entre el dueño y el esclavo en las condiciones materiales de su vida. Llevan uno y otro el mismo vestido, es la misma su alimentacion y siendo ademas iguales por la raza y por la inteligencia, no tardan en tener intereses comunes. Nunca he visto que sea peor tratado el esclavo que un hijo de familia; alguna vez llega á rescatarse al tomar esposa y en esta sociedad exenta de preocupaciones asciende al nivel de su antiguo dueño.

Las mujeres esclavas son mucho ménos numerosas que los hombres, y la esclavitud de la mujer no tiene en Papuasia las inmorales consecuencias que se observan en los países musulmanes. He podido comprenderlo así á pesar de las reticencias de los papúes á quienes he interrogado sobre el asunto, quienes procuraban eludir las respuestas. La esclava papúe puede llegar á ser una esposa legítima y honrada siguiendo las costumbres de su país.

El nuevo esclavo de Brouss fué elevado á la categoría de grumete y encargado de achicar (1) el agua de la canoa sirviéndose para ello de una nuez de coco.

Para el desempeño de sus humildes funciones no le embarazaba seguramente su vestido, porque no llevaba ninguno, y su cuerpo enjuto y débil le permitía agacharse facilmente hasta el fondo de la cala.

Por muchas manos habia ya pasado este infeliz. Era un pequeño aropen apresado por los habitantes de Talandjian (cabo de Urville) y vendido á los isleños de Korido, los cuales lo cedieron á los papúes de Mafor, y así pasando de mano en mano vino á ser esclavo de Brouss.

Era el muchacho jóven todavía para que en él se descubrieran los caractéres distintivos de su raza; pero había heredado de sus padres una mirada ruin, rencorosa, vengativa, y un carácter que no desmentía, seguramente, las apariencias. Muchas veces tuvo que sufrir castigos que se mitigaban por mi intercesion, pero que no podían ser más merecidos. No desperdiciaba ocasion de hacer daño; á todo el mundo acometía, sin acobardarse de los hombres, y si encontraba niños más débiles que él, los apaleaba y mordía como si fuera un perro.

Abordamos á la siguiente mañana, no léjos de Korido, á una isla desierta, en la oportuna ocasion en que abatían el vuelo algunas palomas blancas y negras (*Carpophaga luctuosa*), que no tardaron en ser bien recibidas en nuestra cocina.

Al desembarcar sobre este islote desierto, no era otra nuestra intencion que explorar el ánimo de los habitantes de Korido, gente bulliciosa y guerrera, que no siempre está dispuesta á recibir á los extranjeros, ni áun muchas veces á los papúes.

No tardamos en ver pasar, casi por nuestro lado, una flotilla de piraguas, sin que sus tripulantes se dignaran cambiar con nosotros una sola palabra, contentándose con examinarnos.

Como quiera que esta acogida tan fría y tan contraria al carácter papúe era poco lisonjera, volvimos á nuestras embarcaciones, disponiéndonos á hacer frente á cualquiera eventualidad.

Con objeto de que no quedara duda alguna acerca de nuestra nacionalidad y de nuestras intenciones, arbolamos primero la bandera triangular del sultan de Tidor, despues la de Holanda, que reclama la posesion nominal de estas islas, y, por último, el pabellon de Francia, sintiéndo-

(1) Nombre que se da entre los marinos al acto de desalojar el agua de una embarcacion. (N. del T.)

Sowek.—Pueblo construído sobre el lago.

me orgulloso y feliz de poderlo ostentar en estas lejanas tierras, donde no había flotado nunca.

Frente á nosotros estaba el pueblo de Sowek; pero tan oculto detras de unos islotes y de una verdadera cortina de vegetacion, que ignorábamos por completo, pues ni siquiera sospechábamos su proximidad. De repente vimos salir dos canoas que hacían rumbo con ligereza hacia nosotros, y en el acto nos dirigimos á su encuentro, batiendo el tambor en testimonio de nuestras pacíficas intenciones.

Para no perder un solo detalle de lo que ocurriera, subí al pequeño balcon que forma la techumbre de la canoa.

Abordaron las dos piraguas á nuestras bandas de babor y estribor, y en ménos tiempo del que se tarda en referirlo, dos hombres saltaron á la canoa con admirable destreza, seguidos por seis remeros que reemplazaron á los nuestros. Aquellos dos hombres eran el *sanadí* y el *korano* de Sowek, es decir, los dos jefes ó personajes importantes del pueblo.

Acurrucáronse al lado de Brouss y frente á mí, con lo que pude examinarlos á mi placer.

Presentaban estos dos hombres un hermoso tipo; su edad llegaría próximamente á los treinta y cinco años, su rostro era ovalado, su nariz aguileña, sus cabellos cortos, y su cabeza estaba adornada con una especie de pañuelo. Los dos usaban pantalones de tela grís. El korano llevaba un vestido á la francesa de algodon azul, bordado en rojo, y el sanadí una *koubaïa* amarilla con dibujos multicolores.

Comenzó Brouss por ofrecerles *betel* (1) y obsequiarlos, explicándoles despues el objeto de mi visita, y ponderando, sin duda, la calidad y riqueza de mis mercancías, con lo que los dos jefes pusiéronse en pié y me tendieron la mano, llevándola despues á su pecho y á su boca, muestra de atencion y saludo entre los musulmanes (2).

Comenzamos en el acto á discutir el valor de los regalos que había de hacerles á cambio del permiso para visitar su país, y entregando á cada uno dos *kaïns* y dos collares de abalorios, quedó hecho el trato.

Las piraguas en que vinieron estaban descubiertas é iban montadas por doce remeros armados con lanzas, arcos y paquetes de flechas con punta de hueso.

Comenzamos á bogar con gran trabajo avanzando lentamente por entre los bancos de coral, porque la mar ofrecia tan poco fondo, que más de una vez nuestros papúes tuvieron que echarse al agua para que nuestra canoa saliera avante. Estábamos empeñados en una especie de canal, formado por dos bancos de madréporas, canal que corresponde á la embocadura de una ría, y que de vuelta en vuelta, de rodeo en rodeo, nos conduce entre islotes cubiertos de vegetacion, á una anchurosa bahía, limitada en la parte de tierra por un bosque pantanoso, y del lado del mar por un círculo de islas y arrecifes. En el fondo de esta bahía se levanta el pueblo de Sowek, construído sobre las aguas.

Unas treinta casas, construídas por el mismo estilo que las de Dorey, pero más grandes y de aspecto ménos miserable, próximas unas á otras y separadas sólo por los árboles, se encuentran alineadas de norte á sur, siguiendo una línea paralela al eje de la bahía.

Están construidas tambien sobre estacas, sin comunicacion alguna con la playa, y sin que nada recuerde el puente rústico que en Dorey pone en comunicacion con tierra el pueblo construído sobre el mar. Es verdaderamente un pueblo tan primitivo como los que se encuentran en el centro del Africa, parecido á esas construcciones de los tiempos prehistóricos descritas por los sabios, descripciones que parecen pinturas al natural tomadas de las remotas islas de la Papuasia.

Frente al pueblo se ven cuatro ó cinco casas de madera, cuadradas y muy parecidas á baños para los perros, si se permite la comparacion. Estas casas, morada de los jóvenes núbiles, están ornadas en sus cuatro esquinas con horribles guirnaldas de cráneos humanos. Por entre las numerosas estacas que formando un verdadero bosque sostienen el pueblo, circulan en todas direcciones un centenar de piraguas de diversos tamaños, desde las más pequeñas, donde no cabe más que un muchacho, hasta las piraguas de guerra y de viaje capaces para veinte hombres.

En mi viaje por Nueva-Guinea encuentro por vez primera un centro de poblacion considerable, pues no bajará de mil habitantes el número de los que encierra Sowek. Veo tambien un movimiento, una actividad, un tumulto á que no estaba acostumbrado en estos países. No son estos los salvajes dulces y tímidos de Amberbaki perdidos en las soledades de sus abruptas montañas; estoy

(1) Planta de las Indias.

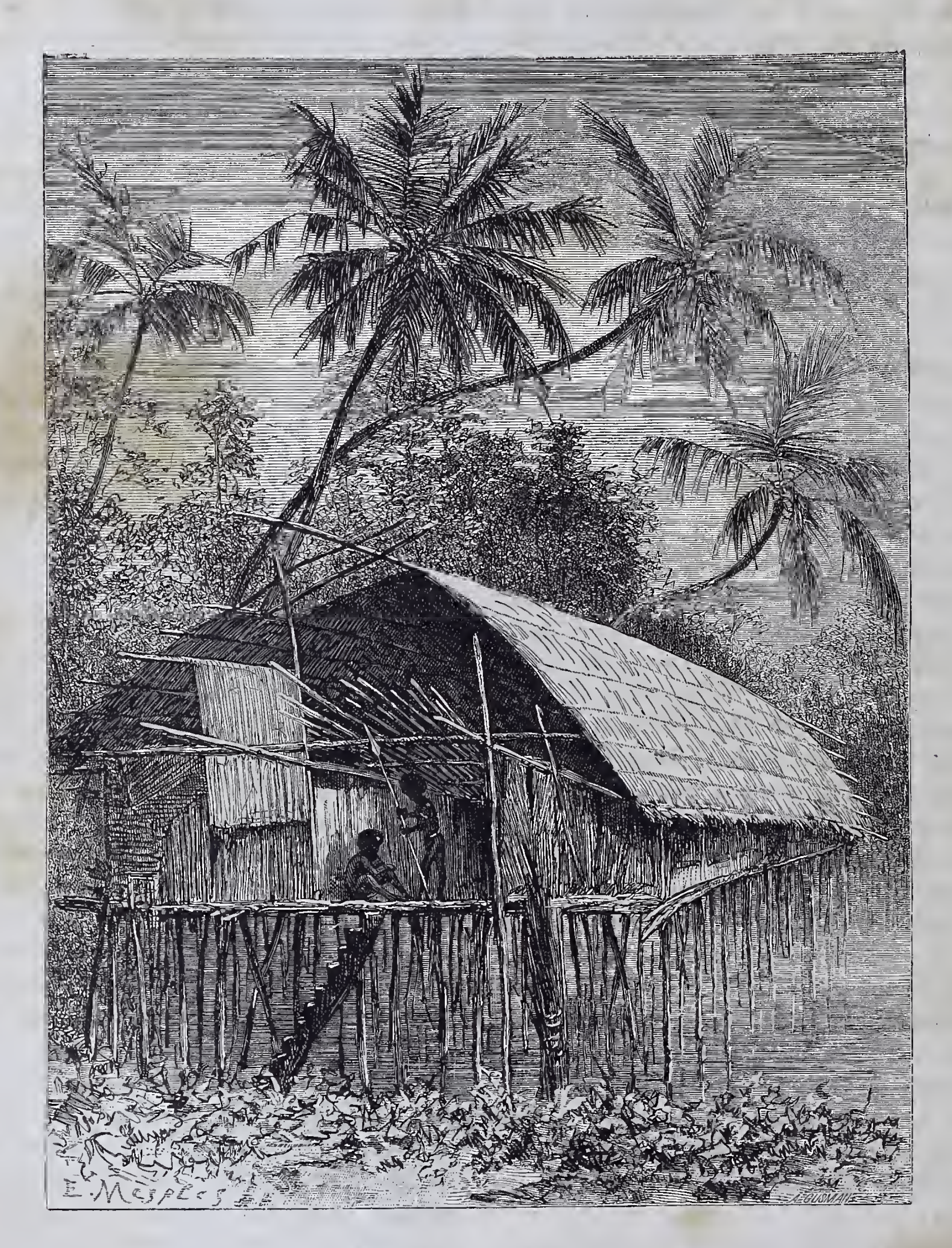
(2) Consiste el saludo musulman en llevarse la mano al pecho, la boca y la frente, con un movimiento lleno de ligereza y no exento de gracia. Parece que esta accion quiere significar el acto de recoger y besar el polvo que huella la persona á quien se saluda.— *(Diario de un viaje á Oriente*, por D. Vicente Moreno de la Tejera.)— (N. del T.)

en medio de una verdadera ciudad; pero de una ciudad bárbara, de una poblacion bulliciosa, audaz, atrevida, ruidosa, aulladora y desvergonzada.

Apénas llegamos al pueblo, los dos jefes se adelantaron, llevándose los regalos que les hicimos.

Dos naturalistas europeos, uno italiano y otro aleman, ántes de mi llegada habían fondeado en estas aguas de Korido, enviando á tierra sus cazadores malayos; pero es esta la vez primera que un hombre blanco llega á estos parajes y penetra en este ignorado pueblo.

La curiosidad es tanta, que en un instante nues-




Casa y paisaje en la isla Mafor.

tra canoa se ve rodeada por multitud de piraguas, cuyos tripulantes, sin pedir permiso, como si se tratara de la cosa más natural del mundo y como si nuestra embarcacion les perteneciera, saltan á bordo, diez, quince, veinte á la vez, con peligro de hacernos zozobrar, registrándolo todo, instalándose hasta en mi pequeño camarote, y mirándonos insolentemente, á la par que con ferocidad y asombro, tanto á mi gente como á mí. Era imposible hacer nada; aunque hubiera necesidad de tomar algo, de arreglar algun objeto, no había medio de hacerles desalojar el puesto que ocupa-

ban. Nos sentíamos oprimidos por aquella multitud; ni mis observaciones ni las de mi gente ni las de Brouss, nuestro guía papúe, bastaban á librarnos de esta importuna tenacidad, tal vez debida más que á la curiosidad á la malevolencia.

Encargué á Brouss que buscara á los dos jefes con objeto de que explicaran la manera que tenían de practicar una hospitalidad que tan larga y generosamente tenía pagada.

Despues de una larga entrevista, me trajo Brouss la siguiente respuesta de los jefes: «que me habían conducido al pueblo y nada más podían hacer por nosotros.»

En vano procuró Brouss entrar en arreglos con algun habitante para obtener que nos cediera una parte de su casa. No consiguió que le escucharan. Crecía por momentos el tumulto con la audacia de los isleños que llenaban nuestra canoa y con otros recien venidos, á los cuales negaban los primeros un sitio en la embarcacion.



Lago interior de Korido.

Era evidente que no podíamos permanecer en el pueblo de Sowek. Para llevar á cabo mis trabajos de historia natural, era indispensable que me ayudara una buena voluntad por parte de los indígenas. Sólo la curiosidad podía retenerme en este pueblo, pero ya había visto más de lo que deseaba, y era mucho más grato para mí contemplar á mis amables huéspedes de los bosques que á estos salvajes insoportables.

Por otra parte asegurábame Brouss que no estábamos aún en la ribera de la gran isla, que Sowek no era más que una pequeña isla pantanosa, separada de la de Korido por un brazo de mar no muy largo, lleno de estrechos y canales, una de cuyas embocaduras estaba próxima á nosotros.

Bajo cualquier punto de vista que se considere, era Sowek un punto fatal para mí, y resolvimos probar fortuna en otro pueblo levantado sobre la costa de la gran isla, y que lleva su nombre, Korido. Consiguió Brouss averiguar á fuerza de pesquisas que uno de los principales personajes de Korido, un sanadí, se encontraba de pesca y al

caer la tarde pasaría por Sowek. Estos sanadís se encuentran en todos los pueblos de Nueva-Guinea y su influencia es la misma en todas partes. Aseguraba Brous que era este sanadí un hombre á quien conocía por haber tenido con él algunas relaciones comerciales: habrían cambiado conchas, aves, telas, y acaso esclavos.

Bajó, pues, á tierra, ó más bien se perdió entre el laberinto de estacas que sostienen el pueblo, y al caer la tarde, en efecto, volvió acompañado por el sanadí en cuestion, al cual prometí magníficos regalos, si por su parte se comprometía á conducirme á su pueblo, recibirme en su casa, y me procuraba los medios de enviar al bosque á mi gente y cazar yo mismo.

Tras una larga conferencia entre Brouss y el sanadí, cerróse el trato, aceptando éste y prometiendo venir en nuestra busca, con sus paisanos, al amanecer del siguiente día. Hícele desde luégo un pequeño regalo, para que formara idea de los objetos que estaba á punto de adquirir si cumplía sus palabras, y con esto se alejó.

Se pasó la noche en calma por fortuna, tal vez porque los papúes son ménos bravos en la oscuridad que á la luz del sol, y no se arriesgan á salir de sus casas.

Para arribar al puerto que nos proponíamos, se podían seguir dos rumbos distintos: ó bien por alta mar cuando subiera la marea, ó bien arriesgándonos en la ría, cuya embocadura nos ocultaban los arrecifes.

Esta última ruta era más pintoresca y nos decidimos á seguirla, añadiendo, como propina, un cuchillo á los regalos del sanadí. Nos dirigimos, pues, por detras del pueblo, encontrándonos en una especie de lago, del cual arranca un canal estrecho, pero de mucho fondo.

Navegamos de vuelta y vuelta, unas veces cortando las ramas de los árboles que rozaban la cubierta, y otras varando sobre las raíces. No podía ser el camino más pintoresco, pero era harto trabajoso navegar así por entre los árboles, y si el pueblo se encontrara algo distante necesitáramos una semana para llegar á él.

Continuamos así, sorteando los pequeños islotes de abruptas pendientes, cubiertas de árboles, de florestas, de helechos, de enredaderas, de plantas parásitas, de toda clase, en fin, de vegetacion, de formas y colores diferentes y mezclados, que forman un agradable contraste con la monotonía del bosque en la laguna, cuyas raíces descarnadas parecen sacar de un lodo mefítico el jugo que circula en sus troncos agrietados y en su pálido follaje.

Un bosque sumergido viene á ser, si se me permite emplear esta frase, el reptil de la vegetacion, parece que basta verla para sentirse presa de la fiebre.

Esta aglomeracion de pequeños islotes, unidos entre sí por las arcadas naturales que forman las raíces de los árboles, constituyen la isla de Sowek, ó para expresarme con más verdad, la isla está formada por estos troncos, por estas raíces, porque si se cortaran todos los árboles, no se vería más que el agua y algunas rocas aisladas sobre ella. En tal estado estuvo, sin duda, en una época remota, ántes de que los bancos de coral formaran un suelo submarino, donde pudieran fijarse las raíces de la vegetacion.

Todas estas islas que rodean Nueva-Guinea, así como algunas costas de ésta, se encuentran en el mismo caso. Al rededor de una roca antigua, verdadero esqueleto geológico, se aglomeran los corales que crecen con perseverante lentitud; al cabo de algunos años, tal vez de siglos, la superficie del arrecife se habrá duplicado ó triplicado; dos rocas vecinas se reunirán por estos diques vivientes, luégo tres, más tarde cuatro, y tendremos formado un islote que se soldará con otro, y el marino que lo contemple señalará los contornos de una gran isla.

El hecho que más me sorprendió, fué encontrar en medio de estas lagunas, al pié de un montecillo, una fuente de agua dulce.

Despues de navegar por en medio de estos árboles, por espacio de más de una hora, desembocamos de repente en un anchuroso lago interior, en el cual no se veía más salida que el canal que acabábamos de recorrer.

Este lago tiene más de cien metros de longitud, por quinientos de anchura; sus aguas, saladas, poco profundas y trasparentes, dejan ver un fondo de limo, donde yacen sepultadas multitud de conchillas y redondas madréporas. Está limitado al este por los bosques pantanosos que hemos recorrido, y al oeste por ligeras colinas que gradualmente se elevan en montañas que corren de noroeste á sudoeste, formando el eje central de la isla de Korido. Es este uno de los sitios más pintorescos que he contemplado en Nueva-Guinea.

Libres ya de entorpecimientos, armamos el mástil, y dimos la vela para aprovechar una ligera brisa. Despues de atravesar el lago en toda su longitud, llegamos al pié de unas montañas, y doblando la punta nordeste de la isla Sowek, nos encontramos bruscamente en medio de un río de agua salada, que allá á lo léjos se pierde en la

mar, despues de haber rozado con sus ondas, por una parte las abruptas pendientes de Korido, y por otra los bosques pantanosos de Sowek. Las aguas son profundas, y tienen el color de la mar.

Corre esta ría bañando los flancos de multitud de islotes, hasta el punto donde termina la isla de Sowek, en donde no presenta más que una ribera, y vuelve á la mar de donde nace.

Delante de una playa arenosa, donde concluye la garganta de una montaña, vimos el pueblo de Korido. La mar estaba tan baja, que no podíamos arribar con nuestra canoa; pero una pequeña piragua vino en nuestro auxilio, y trasbordado á ella con Brouss y el jefe del pueblo, llegamos á una casa, la mayor de todas, y trepando por las estacas como trepan los muchachos á una cucaña, nos encontramos en una habitacion semejante á las de Dorey y Aiambori.

Hice que mis cazadores quedaran en la canoa, con objeto de inspirar mayor confianza á estos habitantes, y no quise traer conmigo armas ofensivas ni defensivas. Agrupámonos en círculo sobre un suelo construído con cortezas de árboles, y comenzó un conciliábulo que duró más de una hora, durante la cual se consumió una gran cantidad de *sirih* y de *betel*, no descuidándose Brouss en hacer los honores al festin. Detras de los hombres estaban en pié las mujeres y los niños, las primeras vestidas apénas, los segundos completamente desnudos. Todos me miraban con asombro, y por mi parte comenzaba á encontrar demasiado larga la deliberacion, por lo que supliqué á Brouss que la abreviara cuanto fuera posible. Convínose por fin que se nos cediera á mi gente y á mí la posesion de un cuarto en esta casa, abonando al propietario general, que no era otro que el sanadí, una cantidad determinada de mis pacotillas, indemnizando ademas al propietario particular de la habitacion por las molestias que se originaran.

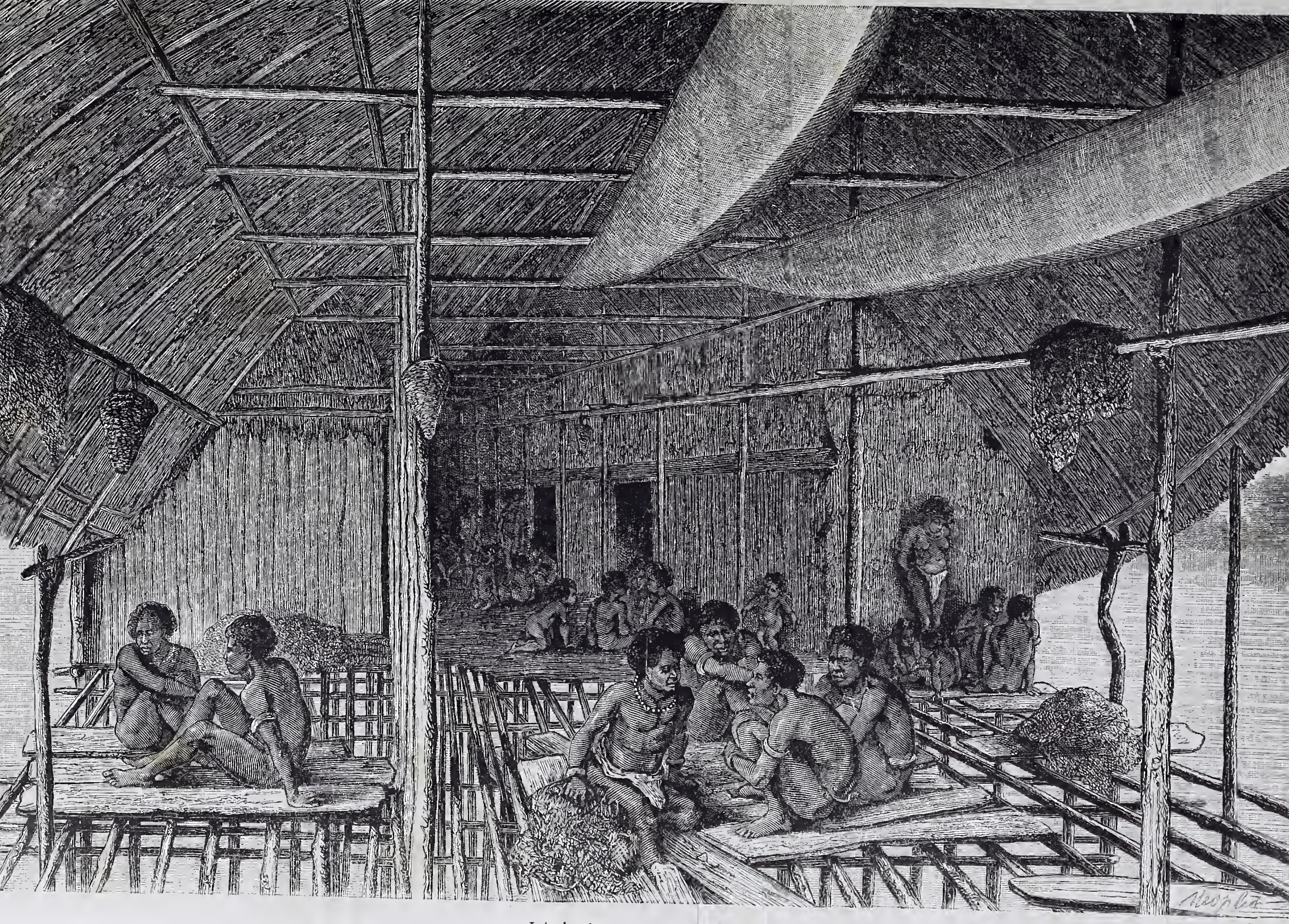
Este último debía ser indemnizado previamente, pero obtuve la concesion de no pagar al sanadí hasta el momento de mi partida. La mala pasada que me jugaron los dos jefes de Sowek, me enseñó á ser prudente. Convenido y terminado el trato, se desembarazó la habitacion del primitivo moviliario que contenía, y dió comienzo la instalacion de mis bagajes. Se tropezó, sin embargo, con una dificultad; la habitacion era perfectamente oscura, y yo quise proporcionarme aire y luz, para lo cual no había más que quitar algunas hojas de la techumbre; pero mi idea, que yo creía tan sencilla como excelente, no consiguió otra cosa que provocar animadas protestas. «¡Hacer un agujero en el techo, — gritaban los papúes, — es abrir la puerta á los espíritus de los muertos, que invadirían la casa, trayendo toda clase de maleficios; demoled los muros, pero no toqueis la techumbre, que es el único sitio por donde pueden entrar!» Así se hizo, en efecto, destruyéndose en parte un tabique; pero esta puerta, que los muertos no pueden franquear, no me defiende de los vivos que tengo siempre á la vista, y prefiero á la sociedad de estos últimos, la de los manes de sus antecesores, que ocuparían ménos espacio, y meterían ménos ruído.

Al observar que los papúes, que con tanto misterio ocultan sus creencias religiosas, acababan de descubrir una de ellas á mis ojos, hice una tentativa para obtener noticias más claras; pero se limitaron á responderme con una sonrisa de desconfianza.

Mis cazadores entraron en campaña desde la mañana siguiente, y yo mismo bajé á tierra, internándome en la garganta de una montaña, donde encontré un pequeño riachuelo que, murmurando entre los guijarros de su cauce, ó resbalando sobre bancos de arena, formaba pequeñas cascadas, saltando sobre los troncos de árboles, ó las rocas aisladas que interrumpían la marcha de sus aguas trasparentes. A uno y otro lado se extendía un bosque de gigantescos árboles, cuyas cimas formaba una alta bóveda, que me preservaba de los rayos del sol. Era, en verdad, un magnífico paseo. El suelo, que era al principio completamente llano, iba haciéndose más accidentado poco á poco, y al cabo de media hora de marcha, me encontré en frente de una verdadera muralla de rocas, entre las cuales formaba el río un estrecho canal, saliendo luégo saltador y bullicioso, como si brotara de la ancha boca de uno de esos tritones que adornan nuestras fuentes públicas.

Dirigiendo mi vista á lo alto, por encima de mi cabeza y á traves del espeso follaje, apercibí la montaña, cubierta de vegetacion en todos aquellos sitios donde había podido prender la raíz de un árbol. En este sitio sobresale un pico que parece ser el punto culminante de esta pequeña cadena de montañas, y que recibe el nombre de monte Kaiori, y cuya altura creo poder apreciar en unos quinientos metros próximamente.

Alejado de mis cazadores, continué mi paseo por estos lugares bañados por las puras aguas del río; pero desgraciadamente para mí, es este sitio ménos rico en insectos que en poesía, y un naturalista prefiere siempre invocar á Diana cazadora mejor que á las musas. El paseo era



Interior de una casa en Korido.

encantador, lleno de sombra y de frescura, y sin embargo, hubiera querido encontrar en él un claro, un pequeño desmonte, para llevar á cabo mi objeto principal, que es aumentar mi coleccion de insectos.

Pedí á los papúes, al regresar de mi paseo, que me condujeran á los sitios despejados del bosque; pero se me respondió secamente, que tales sitios no existían en los alrededores, y que los encontraría sólo en un pequeño pueblo situado un poco al sur, en el centro de la selva, en un paraje habitado por los alfuros, y adonde no encontré nadie que me acompañara. Tuve, pues, que contentarme con mostrarles mis colecciones de insectos, suplicándoles que me proporcionaran más á cambio de abalorios. Extendióse, con maravillosa rapidez, esta noticia por todo el país, y desde el mismo instante me ví privado de calma y de tranquilidad. Se me entregaban constantemente animales de todas clases, y era lo peor del caso que no tenía el derecho de elegir ni de rehusar. Uno me llevaba insectos mutilados, otros conchillas rotas, y protestaban, gritando desesperadamente, si me negaba á pagar su averiada mercancía como si fuera buena. Siendo así que la mayor parte de estos objetos para nada me servían, veíame obligado á pulverizarlos, á reducirlos á ceniza, porque si los arrojaba enteros, despues de haberlos pagado, no faltaba un papúe que los recogía descaradamente ante mis ojos y me los ofrecía de nuevo. Llevaban el engaño hasta el punto de componer conchillas rotas, con tierra ó con resina. Con el temor tal vez de que mi provision de abalorios tocara á su fin, se apresuraban por llegar los primeros, empujándose unos á otros. Era un verdadero bosque de brazos sucios y negros, que me rodeaba poniéndome cada uno su mercancía delante de las narices para que la viese mejor. Entre el número de los insectos se encontraban algunos verdaderamente notables, que habían sido hallados, sin duda, en los troncos de árboles tiernos recien cortados, ó cuya corteza agujereada, se seca por la accion de un sol ardiente.

Estaba, pues, desmostrada claramente la existencia de desmontes no muy lejanos, pero no conseguía que me dieran noticia alguna del sitio donde se encontraban. Comprendiendo que se negaban á darme estas noticias por no perder la venta de sus insectos, ofrecí una gran cantidad de abalorios, si se me conducía á los parajes que deseaba reconocer, y conseguí mi propósito. Seducidos por mis promesas, los alfuros decidiéronse á dejarme penetrar entre ellos, ofreciendo acompañarme dos días despues.

No sólo se me entregaban insectos y conchillas, sinó animales y reptiles vivos. Los mamíferos pertenecen, como todos los de esta region, á los marsupiales, cuyo tipo es el canguro. Sabido es que las hembras de los marsupiales tienen en la parte inferior del vientre un saco de piel, donde están contenidas las mamas, y destinado á recoger los hijos que nacen ántes del debido término, y que mucho tiempo despues de su nacimiento encuentran abrigo en él. No se habla, pues, en sentido figurado al decir que se refugian en el seno de sus madres.

Los marsupiales que se me entregaron en Korido eran de dos especies: los *couscous* y los *belidés*.

Los couscous varían segun su edad del tamaño de un conejo al de un zorro; sus patas son cortas y su cabeza gruesa y redonda; tienen las orejas muy pequeñas y los ojos grandes y rojos; la cola es larga, casi enteramente desprovista de pelo, áspera y retorcida en espiral; es una cola prehensil, porque este animal es esencialmente trepador. Su pelo es corto, muy espeso, algo lanoso, y como caso notable, debo citar el hecho de no haber encontrado dos couscous de coloracion igual. Estos animales son nocturnos, duermen durante el día replegados sobre sí mismos, sujetándose á las ramas de un árbol, y buscan por la noche su alimentacion, que consiste en la pulpa de algunos frutos salvajes. El belidé conocido por los naturales con el nombre específico de ariel, es un pequeño animal encantador, no más grueso que el puño, de color gris por el dorso, blanco amarillento por el vientre, con una especie de forro de pieles capaz de eclipsar los más suaves terciopelos, una larga cola y una pequeña cabeza donde brillan sus ojos negros é inteligentes. Es de una conformacion extraordinaria, parecida á la de las ardillas y lagartos voladores de Java. La piel de sus costados se prolonga por la parte interna de las piernas hasta el talon, de manera que cuando el animal salta de una rama á otra extendiendo sus cuatro patas, estas membranas se desenvuelven doblando y triplicando la superficie del cuerpo, y formando una especie de paracaídas, le permiten franquear una distancia considerable.

Estos pequeños y hermosos marsupiales son tambien nocturnos y pasan el día acurrucados en la cima de los cocoteros, cuyo fruto les proporciona abundante alimentacion.

En cuanto á los reptiles, su número era tan considerable como variadas sus formas y colores. No he visto ningun país en que sean las serpientes más numerosas. No mencionaré, sin embargo,

más que dos, las más notables, una por su fealdad y otra por su belleza. La primera (*Acantopiphis cerastinus*), es de la familia de las víboras, título suficiente para creerla ponzoñosa: es una culebra larga como el brazo, ménos gruesa que el puño, con una cola muy corta, de cabeza chata, triangular, obtusa, y grande como su cuello donde parece que tienen asiento por debajo de las orejas las vesículas que derraman su líquido en un diente ganchoso, largo, fuerte y acerado que produce la muerte inmediata cuando hiere. Aumentan su fealdad sus arcos superciliares, que se elevan por ambos lados de la cabeza encima de los ojos en una lámina cortante que parece la base de un cuerno truncado ó roto. Este animal presenta cierta semejanza con la víbora cornuda de Africa, la *cerasta*, por lo que la culebra papúe recibe el nombre de *celástina*. Su color es uniforme de un gris pálido. Esta serpiente se encuentra en toda la Nueva-Guinea y en las islas vecinas. Los indígenas siguieron trayéndome ejemplares de estas culebras, pero generalmente tomaban la precaucion de matarlas ántes de cogerlas.

La otra serpiente (*Condropython pulcher*) es un animal curioso y digno de fijar la atencion del naturalista, porque es un género especial exclusivo de la Papuasia que constituye la transicion entre el viejo y el nuevo mundo y que posee á la vez los caractéres de las serpientes boas de América y de los pithones de Africa y Asia.

No se crea sin embargo que es, como las boas y los pithones, una serpiente monstruosa; no tiene más de un metro cincuenta centímetros de longitud; pero bajo el punto de vista de sus colores puede asegurarse que es uno de los más hermosos reptiles en cuanto puede caber la belleza en una serpiente. En su primera edad es de un color rojo con manchas jeroglíficas muy pronunciadas. Conviértese su color en amarillo con los años, y las manchas palidecen; toma luégo un tinte verdoso ligeramente jaspeado, para llegar al fin en la edad adulta á un hermoso azul uniforme. Su cabeza presenta un aspecto horroroso que debe principalmente á una particularidad en extremo curiosa, á las escamas que rodean sus labios y que están ahondadas por fosetas cuadradas. Este reptil no es venenoso. Es muy comun en Nueva-Guinea, aunque no tanto como la anterior, y en Korido sobre todo es donde se encuentran estas variedades multicolores segun la edad.

Llegó el dia fijado para la excursion al pueblo de los Alfuros y al rayar el día partí en una pequeña piragua acompañado por mis dos cazadores malayos y dos papúes de Korido.

Los desmontes que encontré eran muy antiguos, los árboles muertos y secos estaban abandonados por los insectos; me dirigí pues hacia otros desmontes más recientes que me parecía distinguir al rededor de unas aisladas habitaciones de las cuales me separaba sólo un pequeño valle.

Había enviado á Markus á cazar en el bosque, reservando conmigo á William, que hablaba un poco el papúe.

No bien comencé á descender al valle cuando todos los indígenas salieron de sus habitaciones y vinieron hacia mí gritando, gesticulando y agitando sus armas como para obligarme á detener el paso. Cerca ya de nosotros dijeron á William que no podían dejarme penetrar en sus nuevos desmontes, porque la presencia de un blanco llevaba el maleficio á todos sus cultivos; que no querían tampoco que recogiera insectos por mí mismo, porque ellos se encargaban de este trabajo y que yo podía comprárselos á medida que los fueran recogiendo. Tenía pues que resignarme al papel de espectador y de cajero.

Me recosté sobre el tronco de un árbol, puse á mi lado un saco de abalorios, confié mis frascos á los que me parecieron más inteligentes y no tuve más remedio que esperar.

Toda la poblacion puso manos á la obra, y yo por mi parte procuré violar la consigna capturando alguno que otro escarabajo. Afortunadamente mis frascos se llenaban á medida que mi saco de abalorios disminuía. Al cabo de dos horas de este singular ejercicio cada uno de mis improvisados cazadores tenía un magnífico collar de abalorios de color azul celeste, y sintiéndose fatigados volvieron á sus viviendas con objeto de comer. Creí llegado el momento de dedicarme por mí mismo á cazar insectos, pero me equivoqué. Los papúes me intimaron la retirada con el pretexto de que si me quedara robaría todos sus frutos.

Disparé mi fusil para llamar á Markus, que no debía estar léjos, porque el piso del bosque, además de ser accidentado, estaba cubierto de pequeños y agudos trozos de bambú, y nos dispusimos á partir. Los papúes no entraron en sus casas hasta que no nos perdieron de vista.

De regreso en Korido me encontré con un suceso harto desagradable. Los papúes que dejé en mi piragua, despreciando mis observaciones, se obstinaron en regresar á Sowek para dedicarse á sus tráficos; suscitaron una acalorada disputa con los del pueblo, cambiáronse palabras malsonantes, áun para oídos papúes, llegaron á las provocaciones, y los de Sowek, fácilmente irritables, sanguinarios por naturaleza, y siempre dispuestos

á cortar la cabeza á sus enemigos, hablaban nada ménos que de decapitar á todos los mafors.

Hubiera dejado á los papúes arreglar sus diferencias y sus cuestiones, á no haber sido por el temor de que este triste acontecimiento trajera consecuencias peligrosas para todos. Una vez surgido el conflicto, era difícil terminarlo ni saber hasta dónde llegaría, por lo que iba á verme obligado á intervenir de un modo eficaz. No teníamos más que cuatro fusiles, y al luchar con enemigos tan superiores en número, no podíamos esperar la victoria, por lo que traté, de calmar al sanadí de Korido, dejándole entrever que de no terminar el conflicto me vería obligado á abandonar su país ántes de que mis mercancías todas pasaran á su poder.

Brouss, por su parte, estaba más inquieto que yo, tanto por el presente como por el porvenir. Temía, con razon, que si los mafors eran sacrificados en Sowek, sus familias de Mansinam le pedirían cuenta de la sangre vertida. En Sowek ademas estaban su hijo y su cuñado.

Se convino por fin, de acuerdo con él y con el sanadí, que un mafor y un habitante de Korido fueran como mensajeros á Sowek, para ver si conseguían calmar los ánimos, y apaciguar, de grado ó por fuerza, á los turbulentos papúes. Salieron, pues, los mensajeros á cumplir su cometido. Esta embajada, al parecer, dió buen resultado. Calmáronse los ánimos, pero nuestros mafors no volvían, y á la mañana siguiente supimos que se habían renovado las injurias y las amenazas. Brouss en persona fué á Sowek, y consiguió traer consigo á su hijo y á su cuñado; pero un mafor llamado Sowowi, bajo la influencia de los vapores embriagadores del vino de palma, continuó todavía insultando y provocando á los habitantes de Sowek, que habían llegado al paroxismo de la cólera.

Una sola cosa, tal vez el temor de nuestros fusiles, detenía sus manos prontas siempre á blandir el arco.

Supliqué al sanadí de Korido que él mismo fuera á buscar á Sowowi trayéndolo atado de piés y manos. Rehusó el sanadí tal comision; pero añadiendo que por agradarme, intentaría el último esfuerzo, hízose llevar un largo bambú á cuyas dos extremidades ató dos hilos de caña, haciendo en cada uno veinte nudos.

—Esto,—dijo,—representa una provocacion de guerra. El bambú se le mostrará á Sowowi sin que sepa el número de nudos, y si es tan bravo como dice, al aceptar el desafío á que le provocan cuarenta de nuestros hombres, morirá vencido por el número. Si rehusa es un cobarde y le daremos caza fácilmente.

Esta provocacion directa me hacía concebir grandes esperanzas, conociendo la cobardía de los mafors. Los sucesos tomaban un giro más favorable, que me hacía esperar que los males provocados tuvieran fácil remedio. Pasé la noche entera con la ansiedad que se puede suponer, pero mis previsiones afortunadamente no resultaron fallidas. A la mañana siguiente, perseguido por los gritos de los habitantes de Sowek, llegó Sowowi, que quiso presentarse á mí; pero detenido por Brouss y por todos los mafors justamente irritados contra él, se le dió por prision la cala de nuestra canoa.

Estaba tanto más satisfecho de esta terminacion pacífica, cuanto que los isleños de Sowek y de Korido son en realidad cortadores frenéticos de cabezas. Se ven por todas partes verdaderos rosarios de cráneos adornando las casas, y de ellos están cubiertos, segun se dice, los pequeños islotes inhabitados de estas cercanías. Con objeto de enriquecer las colecciones antropológicas de nuestros museos, anuncié que compraría todos los cráneos humanos que se me quisieran vender, con lo que bien pronto vino esto á ser objeto de un comercio importante.

No se contentaron los papúes con llevarme los cráneos que personalmente habían conquistado con sus flechas ó *pedas* (1), sino que se robaban mutuamente sus trofeos, por lo que me veía obligado en mis adquisiciones á guardar una gran reserva á fin de que no se me tuviera por un encubridor de hurtos, lo que podría crearme dificultades muy serias.

Cierto día se me trajo una piragua llena de cráneos; pero el vendedor parecía mostrar tanta prisa por deshacerse de su mercancía y era tan poco exigente en el precio, que llegó á inspirarme sospechas. Consulté el caso con Brouss, éste consultó al sanadí y por último se descubrió que todos aquellos cráneos eran robados. El sanadí me suplicó que no los comprara, asegurándome que podía provocar una encarnizada lucha entre los dos pueblos, y que lo ménos que podía esperar era que se me obligara á devolverlos ó á pagarlos dos veces. Confieso que despedí al ladron con cierto pesar.

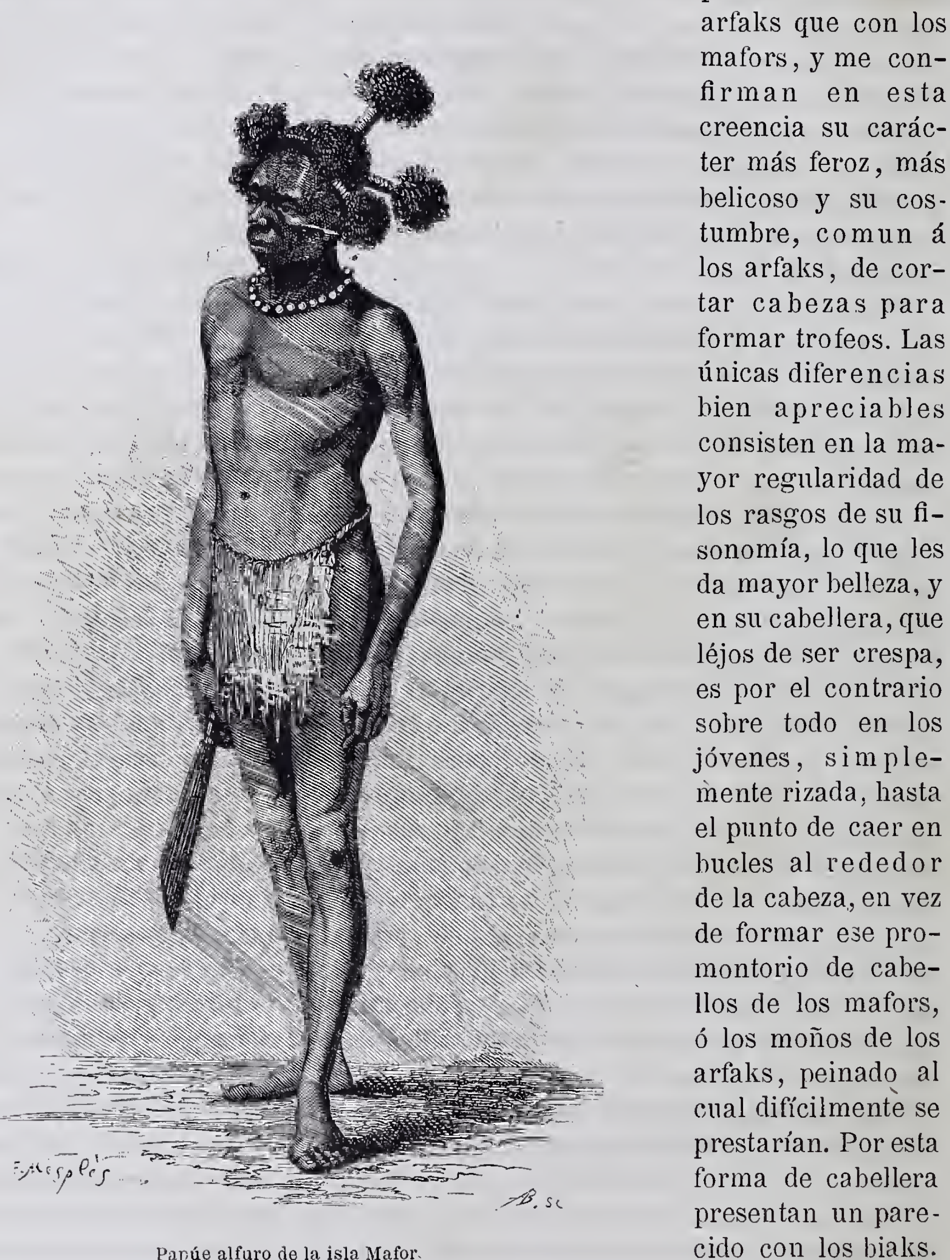
Es curioso hacer constar que estos hombres que ningun escrúpulo tienen de matar al primero que

(1) Instrumento de madera en forma de machete, de cincuenta á sesenta centímetros de longitud, más ancho por la extremidad libre que por el mango. (N. del T.)

encuentran para decapitarlo y guardar su cabeza, sientan luégo por sus trofeos un religioso terror; no los tocan jamas, no me presentan un cráneo sinó al extremo de un palo ó de una caña, y todo el mundo tiembla y se horroriza cuando los ven entre mis manos.

Reuní mi coleccion de cráneos en el cuarto que habitaba, por temor de que me fueran robados para vendérmelos nuevamente. Nadie se aproximaba, y cuando partí los habitantes demolieron mi habitacion. No es posible referir las penas que tuve que pasar, y el trabajo que me costó obtener de mis mafors que embarcaran mis cráneos en la canoa.—Esto,—dicen,—atraerá sobre nosotros alguna desgracia.—Fué preciso, sin embargo, abandonar á Korido ántes de lo que pensaba, pues cansado, tal vez, de mi presencia el sanadí, me invitó á abandonar estos lugares.

Tenía que salir de pesca, segun dijo, y no podía dejarme solo en su casa. Tal vez fuera así, pero yo sospecho que como el sanadí, segun el trato, no debía percibir el pago de sus servicios hasta el momento de mi partida, temía, sin duda, que mis mercancías se concluyeran y no quedara nada para él.



Papúe alfuro de la isla Mafor.

Nos dispusimos, pues, á separarnos de estos isleños, entre los cuales habíamos encontrado una hospitalidad no muy cordial, por cierto. Los habitantes de la isla de Korido y sus dependencias, principalmente los de las islas de Biak y Jobie, me parece que constituyen una nueva subfamilia de los papúes, entre las cuales quedan ya mencionadas la de los mafors y los arfaks, abstraccion hecha de los karons, que son, como dije anteriormente, de la raza de los negritos.

Estos isleños, por su estatura más alta y su rostro más prolongado, deben tener más próximo parentesco con los arfaks que con los mafors, y me confirman en esta creencia su carácter más feroz, más belicoso y su costumbre, comun á los arfaks, de cortar cabezas para formar trofeos. Las únicas diferencias bien apreciables consisten en la mayor regularidad de los rasgos de su fisonomía, lo que les da mayor belleza, y en su cabellera, que léjos de ser crespa, es por el contrario sobre todo en los jóvenes, simplemente rizada, hasta el punto de caer en bucles al rededor de la cabeza, en vez de formar ese promontorio de cabellos de los mafors, ó los moños de los arfaks, peinado al cual difícilmente se prestarían. Por esta forma de cabellera presentan un parecido con los biaks. Sin embargo, no he visto en sus pueblos ni biaks ni habitantes de Jobie, tenidos por sanguinarios y peligrosos para los extranjeros; pero he tenido ocasion de ver á los unos y á los otros muchas veces, y siempre he admirado en ellos su rostro prolongado y su nariz aguileña, delgada y arqueada.

Nuestro regreso á Dorey no se hizo sin dificultades. El viento sopló violentamente del sud-este

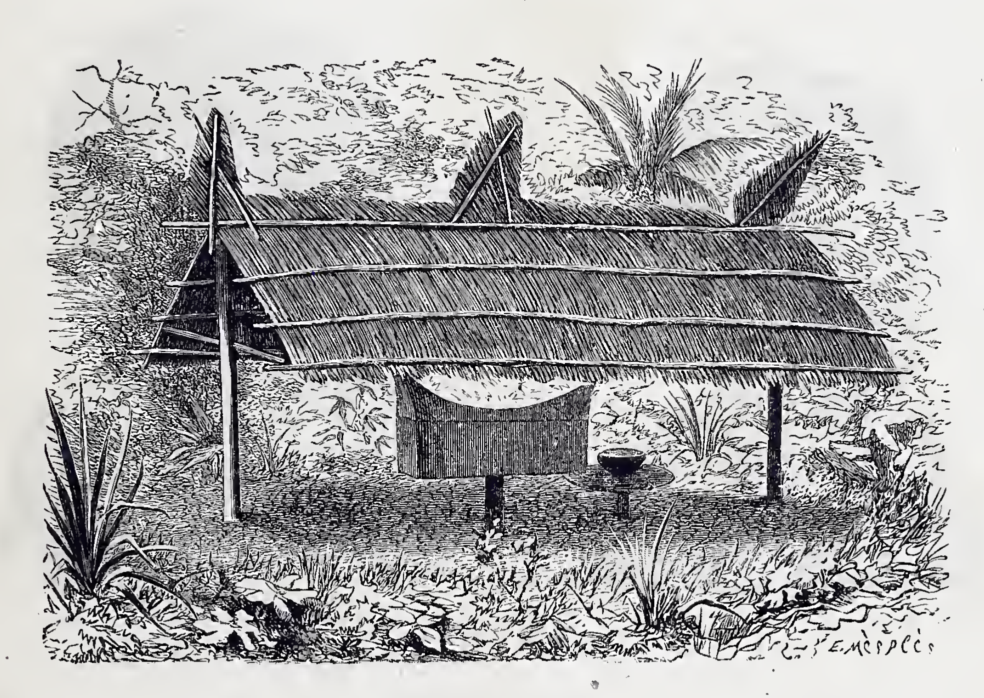
durante cuatro días y cuatro noches; la mar batía furiosa nuestra frágil embarcacion, que hacía agua por todas partes, y siendo preciso correr el temporal, nos vimos lanzados al Océano, derivando muy al norte de nuestro rumbo. Por fortuna, al cuarto día saltó el viento al este por espacio de dos horas, lo que nos permitió descender al sur, y sobreviniendo despues una calma absoluta, fué preciso navegar al remo, luchando contra la corriente.

Cuando arribamos á Dorey, mis hombres estaban á punto de agotar sus fuerzas.

Mr. Maindron se encontraba en Andai curado de su enfermedad, gracias á las atenciones de Mr. y M^me^. Woelders, pero todavía fatigado y débil. Yo mismo comenzaba á sentir los funestos efectos del clima; mis hombres eran todos presa de la fiebre, y sólo conseguía sostenerlos con el uso diario de la quinina.

Estábamos en el mes de Julio, época en que regresan á Ternata los cañoneros malayos, y era preciso partir ó permanecer todavía un año entero en Nueva-Guinea. Nuestro repuesto insuficiente de provisiones, de municiones y mercancías, y al mismo tiempo nuestra salud harto quebrantada, no nos permitían prolongar nuestra permanencia en este suelo.

Embalamos, pues, convenientemente todas nuestras colecciones, y tomamos pasaje en el primer cañonero que se dispuso á partir.



Sepulcro en la isla Mafor.

Era el diez y seis de Julio de mil ochocientos setenta y siete.

En la isla de Salwatty nos detuvimos aún quince días para completar nuestras colecciones.

Al abandonar las costas de Nueva-Guinea, cuando sentíamos el corazon lleno de alegría por el regreso que nos llevaba otra vez á países civilizados, nos aguardaba el mayor de los peligros que hemos corrido en nuestro viaje. El viento era decididamente del sud-este y soplaba con violencia, por lo que fué preciso remontarnos hasta el norte de la isla Batanta, para pasar el estrecho de Dampierre.

Todo fué bien hasta el momento de desembocar al oeste del Estrecho.

Nuestro cañonero era arrastrado por una corriente rápida, cuando de repente, no estando ya al abrigo de las montañas de Batanta, fué á chocar con el viento, como sobre un muro invisible. El barco se levantaba sobre las olas, como un caballo agitado por la espuela del jinete y detenido por una mano vigorosa.

Cayó la noche, el viento se hizo tempestuoso, rugía furiosa la masa líquida, que la corriente estrellaba contra los costados del barco, y éste, mecido como una cáscara de nuez, crujía desde la quilla á la arboladura, golpeaban las velas contra los largos mástiles, y las cajas y objetos todos que había en el puente rodaban de una á otra borda, como los dados que un jugador agita febril

en su cubilete. Esto me recordaba la carronada de Víctor Hugo (1).

Hacíamos agua y no funcionaba la bomba. La noche era tan oscura que á diez metros de distancia nada se veía; nuestro capitan no sabía dónde estábamos y se podía abrigar el temor de estrellarnos sobre un arrecife á cada instante. Gracias á mis gemelos me apercibí que marchábamos derechos á dar sobre un grupo de islotes, y me apercibí á tiempo afortunadamente para que pudiéramos virar de bordo. El agua continuaba llenando la cala; nuestros marineros suspendidos de los cordajes, pudieron por fin amarrar los objetos que rodaban sobre cubierta, pero la bomba seguía inutilizada; era preciso un remedio enérgico. Se sacaron de la cala algunas cajas y barriles. Se construyó en el cargamento de cortezas de massoi una especie de pozo, todo ello con grave peligro de romperse un miembro y se hizo bajar á un grumete papúe que sacaba el agua con un cubo en tanto que nuestros hombres formaban la cadena. Pudimos así, no vaciar el barco, pero sí luchar contra la invasion del agua.

La noche entera, que fué larga y terrible, se pasó de este modo. Al levantarse el sol el viento calma siempre un poco y entónces vimos el peligro que habíamos corrido, pues nos encontrábamos casi encima de los islotes. La mar estaba muy gruesa





Tipos de papúes de la isla Jobie.

todavía, pero pudimos maniobrar para coger el viento y salir de aquella corriente continuando nuestro rumbo.

Por fin el diez de Agosto, á las cinco de la mañana, entramos en el puerto de Ternata.

El gobernador holandes Mr. Tobías nos ofreció la más franca hospitalidad miéntras esperábamos el paquebot que debía conducirnos á Batavia. Desde esta ciudad á Francia, la navegacion hecha en los barcos de las Mensajerías marítimas no fué más que un viaje de placer si bien un poco largo.

Recorrimos el mar de las Indias, ese mar temido de los navegantes, no sólo por la agitacion perenne de sus picadas olas, sinó por los terribles ciclones ó *vaguíos*, frecuentes en estas latitudes.

Ningun contratiempo afortunadamente vino á turbar nuestro viaje, ó más bien nuestro paseo marítimo, y por el estrecho de Bab-el-Mandeb, entramos en el mar Rojo.

Tenemos corrida por estribor la costa de la Arabia. Más allá se encuentra el desierto, y la ciudad sagrada de los musulmanes, la Meca, con su sepulcro de Mahoma visitado por los fieles, cuyas reuniones constituyen un verdadero foco epidémico, donde tantas enfermedades se desarrollan y se extienden por el Globo.

Próximos ya á la embocadura del Canal de Suez, distinguímos tierra adentro en la costa de Asia la elevada cúspide de una montaña. Es el Sinaí, el monte legendario que recuerda las leyes de Moisés.

(1) El autor hace referencia á una escena de la novela de Víctor Hugo, titulada *El noventa y tres*.—(N. del T.)

Embocamos el canal, despues de habernos detenido en Suez. A un lado las costas de Asia, al otro las tierras bajas de Egipto. Menphis, Tébas... ¿qué resta de aquella civilizacion, de aquella gloria? Un recuerdo en la humanidad y unas yertas ruínas entre el polvo que acumularon los siglos, ruínas olvidadas, destrozados girones, míseros harapos de pasadas grandezas. Y á manera de monumento sepulcral, donde aquellos pueblos inscribieron su epitafio, las gigantescas pirámides de Gizech.

La humanidad en su cuna, tuvo que construir estas obras; aquellas generaciones no tenían otro medio de comunicacion con las generaciones futuras. De aquí las obras ciclópeas, la edad de piedra.

Hoy la civilizacion tiene sobrados medios para dejar viva, imperecedera, la huella majestuosa de su paso. Hoy no construye pirámides como Egipto, ni templos como Grecia, ni circos como Roma, ni catedrales como la Edad Media, sinó que respondiendo á las necesidades de la actividad humana en su trabajo y en su inteligencia, abre túneles en las montañas, tiende cables en el fondo de los mares para unir los continentes por medio del pensamiento y perfora istmos que faciliten las comunicaciones entre unos y otros pueblos. Allí donde la Naturaleza levanta un obstáculo que dificulta el paso del hombre, el hombre lo destruye.

Y así Mr. de Lesseps rompe esta lengua de tierra que por espacio de tantos siglos sirvió de rémora á las relaciones comerciales de Europa y Asia, y triunfante el espíritu moderno, abre un canal donde la Naturaleza puso un istmo.

A la mitad próximamente de la longitud del canal, nos detuvimos en Ismailia breves horas, para continuar la navegacion hasta Puerto-Said.

En el punto en que el canal de Suez desemboca en el Mediterráneo, levántase dividida por el canal mismo esta nueva poblacion, llamada Puerto-Said, que de día en día adquiere mayor incremento, y que siendo hoy la llave del importante comercio de Europa con las Indias, llegará en breve tiempo á absorber la importancia toda de Alejandría.

¡Alejandría! La ciudad que en tiempo de Augusto contaba 300.000 habitantes libres y 600.000 esclavos, se hundió en el polvo, perdiendo su esplendor y su grandeza con la invasion de Omar, completando su ruína el descubrimiento del cabo de Buena-Esperanza, que marcó otro rumbo para llegar á las Indias. La navegacion de vapor devolvió su importancia á esta ciudud, que por un momento pareció renacer; pero la apertura del canal, que va creando nuevas poblaciones, volverá á sepultarla en el olvido.

Navegamos con brisa fresca del E., largando para aprovecharla todo el aparejo, con alas y rastreras, lo que me recuerda aquellos primitivos aparatos que emplean los salvajes para la navegacion. ¡Qué enorme distancia!

Ademas del viento que hincha la blanca lona, multiplica la velocidad de nuestra marcha la poderosa hélice, que al azotar las olas deja sobre su agitada superficie una brillante estela en torbellinos de blanca espuma.

Arribamos á Malta, con objeto de reponer carbon.

La isla de Malta no presenta á lo léjos ese aspecto variado y seductor, ese paisaje pintoresco que ofrece una naturaleza pujante y una vegetacion vigorosa. Por el contrario, sólo se distingue un terreno árido y estéril, que resultaría triste sin el color blanco y casi uniforme que presenta. No hay variedad, no hay perspectiva.

En cambio, la ciudad de Lavaletta parece, y es en efecto, un gran centro de poblacion. Su anchurosa bahía la divide en dos partes, y su puerto se ve defendido por modernas fortificaciones.

En la ciudad se encuentran hermosas calles y plazas, y un magnífico mercado, brillando por todas partes esa limpieza característica de las poblaciones inglesas.

Pero no es, seguramente, el lujo de los comercios ni la suntuosidad de los edificios lo que busca el viajero en Malta. Es la iglesia de San Juan y la célebre Armería, donde se conservan las armas de los caballeros de Rodas, que aquí se establecieron por cesion de Cárlos V, lo que desea admirar, lo mismo el historiador que el *touriste*, lo mismo el sábio que el ignorante.

La descripcion, sin embargo, de estas reliquias, no entra en mi propósito, porque no cabe en la índole de este viaje.

No visitaré tampoco la gruta de Calipso, próxima á la bahía de San Pablo, no evocaré recuerdos históricos, que ya el humo que á los aires arroja la chimenea del barco, me indica que vamos á partir, y debo volver á bordo.

Salimos del puerto con viento flojo, mar llana y horizontes despejados.

La isla de Malta se pierde de vista por la popa.

Pero héme otra vez en pleno Mediterráneo. El tiempo hermoso, el cielo azul, la mar en calma y las costas de mi patria cerca de mí, causas son bastantes á regocijar mi espíritu.

¡Qué extraño contraste el de esta navegacion deliciosa, en un hermoso barco, comparada con

las que acabo de verificar en aquellas canoas papúes, incómodas y peligrosas, por en medio de islotes y arrecifes! ¡Qué diferencia entre los puertos que me esperan llenos de vida, de movimiento, y aquellas playas desiertas, con aquellos pueblos salvajes levantados sobre estacas en medio de las aguas pantanosas!

Pero hé ahí las costas de Francia.

No acierto á explicar mi emocion.

Siempre es cara para el hombre la tierra donde ha nacido; pero lo es mucho más cuando ha vivido algun tiempo léjos de todo contacto con el mundo civilizado, solo, perdido en lejanos países, donde si hubiera encontrado la muerte no quedara de él ni áun el recuerdo.

He terminado felizmente mi viaje. Despues de año y medio de ausencia, entré en París el cinco de Diciembre de mil ochocientos setenta y siete.

Traduccion y arreglo del

DR. MORENO.

# ÍNDICE

PAUTA PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS Y MAPAS

DEL

# VIAJE Á NUEVA-GUINEA

Páginas.

# VIAJE Á LA AUSTRALIA

Imprenta de Enrique Rubiños, plaza de la Paja, núm. 7, bis.



Batavia: una calle de árboles.

# VIAJE A LA AUSTRALIA

DE

## MONSIEUR DÉSIRÉ CHARNAY

ENCARGADO DE UNA MISION CIENTÍFICA POR EL GOBIERNO FRANCES

ARREGLADO AL CASTELLANO Y AUMENTADO CON IMPORTANTES DATOS
DE EXCURSIONES HECHAS AL INTERIOR DEL PAIS

POR

## ADOLFO SUAREZ DE FIGUEROA

---

## JAVA (1)

### I

Singapoore.—Estrécho de Banka.—Batavia.—La ciudad antigua.—El Hotel.—*Dutsh wife*.—Las lagartijas.—Fisonomía de las calles.—Abluciones.—Las avenidas.—Palacios, jardines y *kalis* ó canales.—¡Es admirable!....

Cualquiera que sea la direccion de un viajero que camine por el extremo Oriente, detiénese en Singapoore, y á fe que debe considerar esto como buena fortuna, porque tal estacion le permite visitar una de las más curiosas ciudades del universo.

Admirablemente colocada en la punta de su isla, al Sud de la península de Malaca, Singapoore no se halla separada de Sumatra más que por un estrecho de unos cuantos centenares de metros. De suerte que viniendo de Europa se llega á ella pasando á lo largo de costas pintorescas, plantadas de palmeras, sembradas de habitaciones y cubiertas de una vegetacion esplendorosa y magnífica.

(1) Mr. Charnay se detuvo en esta isla ántes de visitar la Australia, é hizo de ella estudios tan curiosos, que hemos considerado oportuno no quitar de su obra esta descripcion del punto de partida.

Antes por el contrario, la trasladamos íntegra, limitándonos casi exclusivamente á la traduccion.—(N. del T.)

Singapoore es una ciudad nueva, esencialmente moderna. Fué fundada en 1819 por sir Thomas Raffle; pero su posicion excepcional en el pasaje obligado de los navíos que van y vienen de la China, del Japon y de las islas de la Sonda, y su constitucion natural más que otra cosa alguna, han hecho de ella, en pocos años, una de las ciudades más florecientes en que pueda darse cita el comercio de todo el mundo.

Singapoore cuenta en la actualidad una poblacion de más de cincuenta mil habitantes; pero todos los días, los vapores que llegan de la Europa ó de la China, llevan á aquel puerto una poblacion flotante numerosa, y los hoteles, siempre llenos de viajeros, apénas pueden ofrecer alojamiento á los recien llegados.

Las calles, en las cuales se agita una multitud heterogénea, presentan un espectáculo extraordinario. Véis aquí, al lado de los chinos que todo lo dominan, los indios de busto de bronce y largos cabellos flotantes; mujeres malabares con el cuello adornado de extraños calabrotes, y los dedos de los piés cubiertos de anillos de plata; los singaleses mercaderes de alhajas, de figura afeminada, con grandes peinetas de concha en los cabellos; los árabes lentos y majestuosos, envueltos en sus blancas túnicas flotantes: la china misteriosamente oculta en su cerrado traje de seda negra. ¡Cuántos colores y cuántos contrastes! Almacenes malayos, almacenes chinos, bancos europeos; pagodas, templos indios, iglesias cristianas. Brahma, Budha, Confucio y Cristo se codean, se mezclan y confunden en aquel continuo suceder de países diferentes, de costumbres curiosas, de aspectos originales.

Por la tarde, á cosa de las cuatro, es el paseo en la gran plaza de Europa, por donde desfilan, en equipajes diversos, los ricos negociantes de la colonia, en tanto que los jóvenes ingleses se dedican en la misma plaza, desafiando un calor de 40°, al juego nacional del *cricket*. Es preciso que se hallen dotados de un temperamento de hierro, para consagrarse á ejercicio tan violento en un clima tórrido. Sin embargo, no parecen agobiados por la fatiga; léjos de eso, se muestran tan gozosos en su pasatiempo, que se les admira, se les envidia, y casi se siente uno arrastrado por el deseo de imitarlos. ¡Ofrece tantos atractivos aquella violenta gimnasia! A las seis el juego cesa, y cada uno de los jugadores, despues de tomada la ducha tradicional, se sienta fresco y dispuesto en la mesa de la fonda, con un apetito verdaderamente devorador.

Los alrededores de Singapoore son encantadores; á los ojos del extranjero, la hermosa vegetacion tropical embellece todo cuanto rodea: llanuras, valles y montañas, por todas partes ofrecen encantadores aspectos: sitios donde parece haberse detenido primorosamente la mano de la Naturaleza para forjar paraísos de verdura. Aquí extiende el bananero sus largas hojas, más allá la palmera se balancea, y en todos lugares parece no haber otra cosa que sonrisas.

No podréis permanecer mucho tiempo en Singapoore: ocho días bastan para verificar todas vuestras excursiones; jardin botánico, museo de Wampoa, plantaciones, bosques de los alrededores, todo lo habéis visto ya, y los encantos del hotel no serán suficientes para reteneros.

El *Emyrne* está dispuesto para darse á la mar. Seguidle: es un lindo vapor con una tripulacion de las más afables y una mesa de las mejor servidas.

Es la correspondencia de la línea francesa de mensajerías que os conduce á Batavia.

Me embarco y partimos.

La travesía es encantadora y el calor soportatable. A la derecha, Sumatra desarrolla la verde línea de sus cocoteros; á la izquierda, vemos azular la tierra de Banka: es una verdadera navegacion fluvial.

Doblamos algunas islas aisladas que semejan encantadores *bouquets* de verdura, esmeraldas brillantes encajadas en un mar de plata, y nos hallamos enfrente de un faro con su torre blanca y esbelta y su puerto de embarque en miniatura.

Dos días de vapor nos ponen á la vista de Batavia, y aquí se experimenta una primera y desconsoladora impresion; desde la rada lejana donde el navío deja caer el ancla, no se percibe otra cosa que una playa baja y defectuosa. Nada, en una palabra, que pueda haceros formar idea de las bellezas que más tarde habrán de desfilar ante vuestros ojos atónitos.

Un pequeño vapor llega hasta nosotros para conducirnos á tierra, y bien pronto enfilamos un canal largo y estrecho.

Llegamos y la aduana nos espera: simple formalidad que hace ligera la política de los empleados. Despues, un malayo se encarga de nuestros equipajes, y nosotros tomamos un carruaje que nos conduzca á la ciudad.

Partimos y nos dirigimos á la ciudad mercante.

La ciudad mercante es la antigua Batavia, de largas calles, compuestas de casas chinas y malayas, y sobre los bordes de canales fangosos, las agencias y los bancos holandeses. Todo esto ofrece en verdad poco interes al viajero.

Los escasos edificios públicos que se encuentran en esta parte de la ciudad son pobres y destartalados, lo mismo que las casas que se hallan situadas en el *kali* (1) que atraviesa el carruaje. Pronto los almacenes comerciales se suceden, y ya del otro lado del canal se dibuja una línea de árboles gigantescos, entre los cuales mírase asomar como prefacio é indicacion á un tiempo de las maravillas que os aguardan, la elegante silueta de las palmeras.

Aquí es ya donde se muestran las habitaciones chinas con sus pórticos monstruosos, con sus murallas extremadamente ricas y bizarras.

Estas habitaciones son un modelo de *confort*. Están precedidas por un vasto patio adornado de vasos de flores y de arbustos; á derecha é izquierda y entre la serie de vegetaciones grotescas á que son tan aficionados los hijos del Celeste Imperio se ven gran número de *aquariums* y grandes pajareras. Tres cuerpos de edificio se suceden despues: el primero destinado á las recepciones, el segundo á las mujeres y á la familia, el tercero á la servidumbre.

A medida que avanzamos, la vegetacion va desarrollándose y el paisaje se agiganta; las casas colocadas al márgen del camino, aparecen rodeadas de jardines; palacios pequeños, encantadores *cottages* se ven por todas partes.

Llegamos al hotel.

La hostelera me cede dos vastas habitaciones, á



Un canal (*kali*) de Batavia.

las que conduce una galería, y destina á mi servicio un criado malayo. De una raza dulce é inteligente, mi nuevo doméstico se apresura á vaciar mis cofres, va extendiendo los efectos que contienen, sacudiendo los unos y cepillando los otros, me indica la sala de baño adonde me acompaña, y todo con tal destreza que sin que sepamos una sola palabra de nuestros idiomas respectivos, nos entendemos á maravilla.

En la mesa se instala detras de mi asiento, me sirve los platos, confecciona mi *kari*, y levantados los manteles me conduce á mi aposento.

Muy conocida es la composicion del *kari*: es una mezcla horrorosa de todas las materias imaginables; tiene el arroz por base, pero se le añaden huevos fritos y en tortilla, pescado seco y pescado cocido, pollo, carnero, coles, bistek, etc., y todo rociado de una salsa amarillenta, salpimentada y fortalecida con cuatro ó cinco especies de guindillas, que hacen de este plato, por demas alabado, un arlequin nauseabundo. En vano trato de acostumbrarme á él, y me veo obligado á renunciar generosamente á sus delicias.

Son las siete; la noche es tranquila y el tiempo dulce y suave; salgo á la calle con la cabeza al aire, como hace todo el mundo. Los paseos, que parecen entoldados por las inmensas copas de grandes árboles, se hallan en una oscuridad pro-

(1) Canal.

funda, que interrumpen aquí y allá algunos mecheros de gas colocados á gran distancia los unos de los otros.

A la derecha llama mi atencion una luz vivísima: es el círculo de la Armonía que aparece espléndidamente iluminado. Atravieso y paso á otra avenida, donde me cruzo con algunos paseantes. Camino sin objeto, fantaseando entre las arboledas sombrías, perdido en el dédalo misterioso y encantador de estos árboles de proporciones gigantescas, cuyas negras siluetas se destacan fuertemente en el azul del cielo. Multitud de grandes pajarracos de extraña forma voltijean del uno al otro árbol de una manera verdaderamente siniestra, y lanzando gritos agudos que involuntariamente hacen estremecer.

Todo se aparece bizarro, extraordinario y majestuoso en esta vegetacion exuberante: insectos, animales y hombres; desde el malayo que os sirve, hasta el familiar insecto que hallo sobre la mesa, y las brillantes lagartijas que corren por las paredes y el suelo de mi habitacion, todos parece que me miran con ojos asombrados.

Pero no tengáis miedo alguno, porque estos animales son tambien servidores vuestros, y servidores que os libran de grandísimo número de molestias, porque el uno destruye las correderas y el otro los mosquitos.

Pero ¿qué extraño lecho me han destinado? Tan largo como ancho, duro como una plancha de hierro y con una sola sábana. Encima de él hállanse gran número de efectos cuyo uso desconozco por completo. Mi malayo me pone al corriente de todo: este extraño chirimbolo es para la cabeza, aquél para las manos, esotro largo y estrecho, relleno de paja y duro como madera, ha de colocarse entre ambas piernas para dormir más fresco sin el contacto de las carnes, y se llama el *dutsh wife*.

Al amanecer me levanto, como todos hacen, con objeto de aprovechar las horas frescas de la mañana.

La extensa galería del hotel está llena de gentes ligeramente vestidas, lánguidamente tendidas en grandes mecedoras ó en asientos de cuero, más semejantes á una cama que á una butaca; las mujeres aparecen con los cabellos esparcidos, vestidas con ricas batas, los piés desnudos metidos en pequeñas sandalias bordadas de oro.

Es la hora del paseo y abandono el hotel. Los malayos de ambos sexos suben y bajan las escaleras del *kali*, y como los indios en el Gánges, proceden por cientos á sus abluciones matinales. La decencia más meticulosa preside á sus baños, y observo, no sin cierta sombra de disgusto, que las mujeres enteramente vestidas, no dejan caer sus largos bañadores mojados sinó despues de estar cubiertas por un nuevo traje seco.

En las calles hay gran número de coches y he tomado uno, desde donde hago mis observaciones: un pequeño carruaje tirado por un *poney* de Timor.

Pero estos *poneys* corren como el viento, y mi birlocho camina como una centella sin otra direccion que la fantasía caprichosa del cochero. Vuelve á la derecha, á la izquierda, sigue de frente y todo en el espacio de un minuto. Barrios malayos, comercios europeos, casitas graciosas, palacios magníficos de suntuoso aspecto, plazas, puentes, riberas y campiñas, edificios públicos y vegetacion maravillosa, todo cruza ante mis ojos y me llena de admiracion. Contemplo atónito, despavorido este sucederse interminable de bellezas nuevas, de cosas que parecen juegos de la imaginacion, sueños de un calenturiento, y apénas puedo ahogar los gritos de admiracion que pugnan por salir de mi garganta. A las veces, me siento impulsado por vivo deseo de tirarme del carruaje, internarme en aquellos bosques sombríos, penetrar en aquellas preciosas casas de campo, inspeccionar sus habitaciones, charlar con los dueños, arrancar á todos y de todas partes el secreto de tanta belleza como me rodea. Que no parece sinó que una maga misteriosa va haciendo pasar paisajes y panoramas encantadores sobre un gigantesco kaleidóscopo.

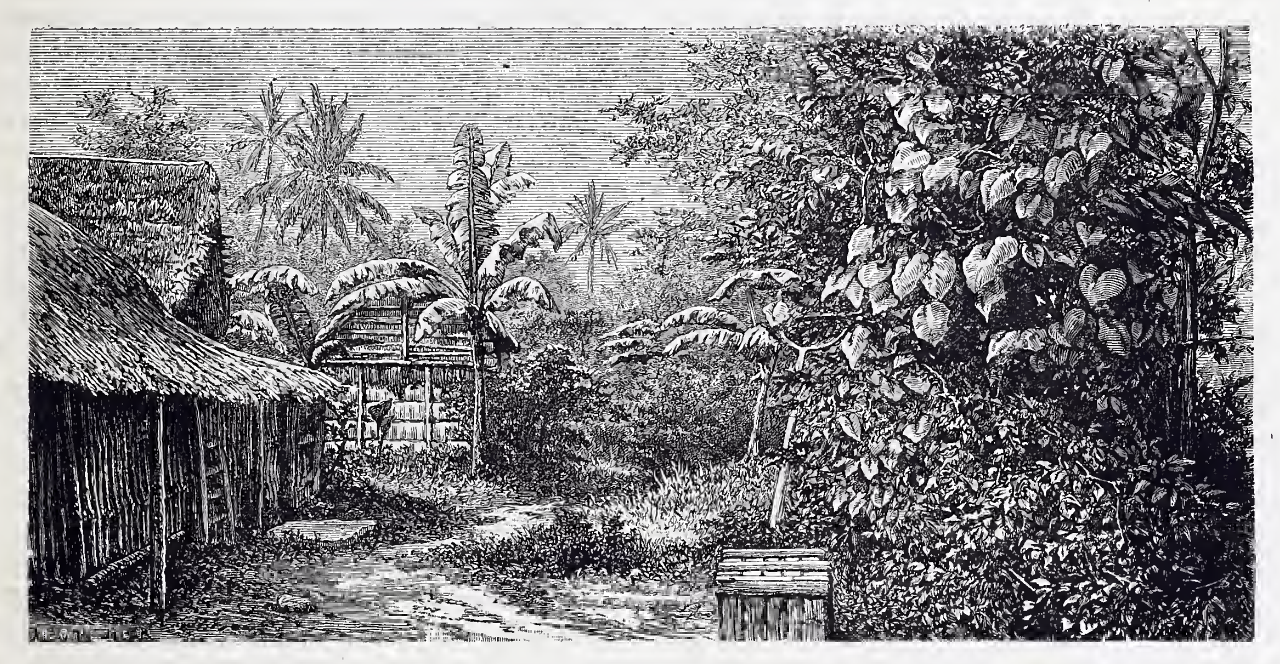
Sí, Batavia es, sin duda alguna, la más bella ciudad del mundo y la más apropiada para la vida en los países cálidos, de la gente de raza blanca. No es una ciudad propiamente dicha, es el más bello é inmenso parque del mundo sembrado de casas y de palacios.

Nada de calles, sinó largas avenidas bordadas de grandes árboles, embellecidas por la más hermosa vegetacion tropical; y estas bellas casas con sus galerías espaciosas de gentiles columnillas que se destacan en blanco sobre la masa espesísima de las palmeras, no parecen sinó otros tantos templos griegos levantados en medio de un bosque sagrado.

Respecto á Batavia, toda exageracion puede ser permitida y toda metáfora es inútil. La admiracion no os deja punto; y cuanto más recorréis la ciudad, á medida que más la conocéis la encontráis más bella y la admiráis en grado más alto. Es una inmensidad de sombra y de verdura. Donde quiera que vayáis, allí donde llevéis vuestros pasos, estáis seguros de hallar siempre perspectivas nue-

vas; y ya de día, ya de noche, bajo la luz ardiente del sol ó á la claridad de las serenas noches estrelladas, veréis cautivados los sentidos y ensanchado el espíritu con efectos de una grandeza incomparable y de una poesía radiante y lujuriosa. La vida de los hombres, el aspecto de las calles, tipos curiosos, trajes brillantes que armonizan con el paisaje, perfumes en el aire, esplendidez en el cielo, aves de vistosa pluma, todo para el viajero es nuevo y sorprendente, y al tiempo que se contempla, asalta á la imaginacion el pensamiento de cuán doloroso debe ser abandonar la vida sin haber prestado ántes á los ojos el placer de tanto encanto.

Batavia, no me cansaré de repetirlo, ¡es admirable!



Una casa en Batavia.

## II

El Museo.—Razas y tipos.—Malayos y javaneses.—Mercaderes ambulantes.—Venganzas.—El cuerpo de guardia.—Matrimonios mixtos — Anécdotas.—Por temor á las consecuencias.

Sí, es admirable, y esta frase que lo resume todo, saldrá constantemente á vuestros labios en vuestras excursiones á traves de las avenidas de esta ciudad encantadora.

No debo olvidar hacer mencion muy señalada de la inmensa plaza que ocupa el centro de Batavia; plaza más grande que el Campo de Marte, al rededor de la cual se encuentran entre otras magníficas habitaciones, el palacio del gobernador general, diversos edificios públicos y el Museo.

El director de éste, Mr. Gromvelt quiso hacerme los honores con toda atencion, y pasé todo un día, que me pareció bien corto, estudiando las bellísimas cosas que encierra.

Este museo posee en efecto la coleccion etnográfica más completa que existe de las islas de la Sonda. Encontráis en él casas javanesas; quintas malayas y casas de Sumatra, ídolos y templos, armas, trajes, buques, instrumentos de música, tipos de tamaño natural, herramientas de cobre, armas de pelea, de todo, en una palabra y para acabar más prestamente; porque en la inmensa sala que estas curiosidades guarda, puede hacerse un completo estudio de los usos y costumbres de Malasia.

Una sala hay destinada exclusivamente á estatuitas, pequeños ídolos de cobre, alhajas de oro y de plata, antigüedades raras y preciosas. Otra guarda una coleccion de antigüedades javanesas y todos los dioses del Olimpo brahmánico. Hay aquí gran número de bajo-relieves, algunos de gran mérito artístico, y copias generales de todos

los más antiguos monumentos de este género hallados en Java, ninguno de los cuales alcanza una existencia anterior al siglo XII.

No hay, por consiguiente, nada que pueda hablar de los notables monumentos que debieron existir en el interior, sobre la emigracion, las conquistas, las trasformaciones de las razas, sobre la civilizacion, en una palabra, de esta isla, la más importante de las islas de la Sonda. ¿No es extraño y fenómeno curioso que esta civilizacion penetre y avance en Java, deteniéndose ante la barrera de Sumatra, de Celebes y de Borneo, ciudades más grandes y colocadas más cerca de los centros civilizadores conocidos? ¿Por qué tantos monumentos amontonados aquí, que en otra parte no existen? ¿Por qué este pueblo sometido, dulce, inteligente y trabajador, desarrollándose por el camino del progreso en medio de poblaciones bárbaras y salvajes? ¿Es una cuestion de raza, de instintos ó simplemente de corrientes facilitadas por la emigracion india? La corriente, partiendo de la punta de Ceylan, aborda en efecto á la costa de Java; pero nada puede afirmarse á este objeto y hasta la simple deduccion parece peligrosa á los intereses de la verdad. Más adelante ya me permitiré exponer algunas ideas sobre el particular, cuando visitemos las ruínas de *Boeroe-Boedor*.

La poblacion de Batavia es sumamente mezclada. Entre los malayos y los javaneses, que son los naturales de la isla, veréis á cada paso indios, chinos y árabes; pero el más frecuente, como siempre sucede, es el chino. Activo, económico y perseverante, duro al trabajo y abrasado por la fiebre de las ganancias, en cualquier tiempo y con cualquier calor lo veréis asomar en todos parajes, ya solo, ya seguido de uno ó más criados, que anuncian su paso á golpe de tambor, segun su rango. Recorre las avenidas, los hoteles, penetra en la habitacion misma donde os halláis acostados, y os importuna, os fastidia, os exaspera.

Intermediario obligado de todas las transacciones, aborda el comercio al por menor de la isla entera: es corredor, agente, comerciante y prestamista, y todo lo explota, todo lo arruína, todo lo devora, sea de malayos, sea de javaneses. Nada le asusta ni detiene; fuerte de piel, ni hay enfermedad que le acometa ni peste que de él haga presa; vive y prospera, prospera siempre, allí donde otro cualquiera de propósito más honrado sucumbiría irremisiblemente.

Bien puede decirse, con sobra de fundamento, que el chino es el judío del extremo Oriente. Inmutable como él en su dogma y en sus costumbres, atraviesa todas las civilizaciones y se mezcla á todas las razas, sin que raza ninguna influya sobre la pureza de la suya. Muy religioso, la religion no obra sobre él á la manera que en otros pueblos, y ni le corrige de sus defectos, ni le aparta de sus vicios, y para llegar á la fortuna no hay en el mundo bajeza que no cometa, ni crímen, por horroroso que sea, que no se sienta dispuesto á llevar á cabo, si ha podido vislumbrar en él motivo de provecho á que acompañen probabilidades de impunidad. Porque al cabo, como maestro que es en el arte de vivir, no comete imprudencias, ni deja volar la ambicion al extremo de comprometerse.

El malayo es absolutamente el tipo contrario del chino. En Java, la raza se divide en tres ramas: los sondaneses al Oeste y en las montañas; los javaneses en el centro y en el Este, y los malayos en las costas. Todos ellos, los componentes de estas tres razas, son pequeños y bien formados, de una fuerza muscular poco desarrollada; pero capaces de llevar sobre sí un pesadísimo fardo, cosa que efectúan á menudo y sin gran esfuerzo. Hablan dialectos diferentes, de tal modo, que no pueden entenderse entre ellos, y la desemejanza de sus cráneos diferencia á los unos de los otros.

El malayo tiene la cabeza larga y aplastada, cuadrada la frente y los cabellos cortados á la europea, en tanto que el javanes tiene la cabeza ancha, el cráneo más levantado, la frente redonda y los ojos colocados en semicírculo. En unos y otros los ojos son negros, ligeramente oblicuos, con esclerótica de color amarillento salpicada de hebras sanguinolentas; tienen las nariz tan aplastada y los pómulos tan salientes, que, en las mujeres sobre todo, puede aplicarse una regla sobre la cara sin tocar á la punta de la nariz, y esta delicadísima parte del cuerpo se halla en ellos libre por completo de todo género de peligros, caso de una caída de bruces.

Moral y físicamente, la infusion de sangre india ha influído en los javaneses de una manera tan poderosa, que sus instintos se diferencian por modo esencial de los instintos que predominan en las razas hermanas suyas.

Los javaneses son sedentarios, cultivadores de baja estofa; verdadera raza de siervos, nacida para vivir bajo dominio extraño, pasan de un yugo á otro yugo, y adoptan las doctrinas religiosas de Brahma, Buddha ó Mahoma, siempre sometidos, convertidos y conquistados. Como toda raza débil y oprimida, el javanes es profundamente religioso. Hecho esclavo de todos los hombres, sensible por naturaleza, ha llevado los ojos al cielo y ha sentido la necesidad imperiosa de amar á Dios y ren-

dirle tributo. La religion es la sola compensacion ofrecida á su dolor.

Pobre y sin recursos, el javanes emprende la peregrinacion á la Meca, que pocas veces el malayo lleva á cabo; las duras pruebas, los peligros múltiples é incesantes del camino, la suerte desgraciada de los que le han precedido (perece el ochenta por ciento), nada de esto es razon bastante para detenerlo en su propósito. No preocupándose en poco ni en mucho del mañana, nada ahorra, nada acumula y jamas llega, por consiguiente, á ser rico. En su falta de ambicion, en ese pasar la vida sin propósito determinado, sin fe en las comodidades que la perseverancia y el trabajo pueden dispensarle más tarde, adivínase todo el desaliento que le imprime su condicion de siervo. Prodúzcale mucho ó poco su trabajo, despojado como vive, mejor dicho, como vegeta, de pasiones ni deseos, pasa siempre en la misma cabaña, con el mismo alimento y con iguales vestiduras.

Es un sér triste, melancólico y resignado.

El malayo pertenece á una raza más fiera: es guerrero, marino, pirata ó comerciante, y jamas acepta de buen grado la conquista. Se le encuentra libre, vagando al azar en las islas de la Sonda y luchando contra la supremacía de la Holanda. En las islas de Madoura, Amboine, etc., se halla sometido, mal que pese á su naturaleza independiente, y el ejército holandes escoge de entre ellos sus mejores soldados de color considerándolos cuando aceptan la religion cristiana, al igual de los soldados europeos.

En Batavia se hace criado de buena gana, con ánimo de no matarse trabajando; desempeña tambien algunos bajos empleos administrativos, y muchos de ellos ocupan plazas de mozos de riego público y guardias de policía.

Como doméstico, el malayo es dulce y servicial, pero sumamente perezoso y en ocasiones susceptible hasta el exceso. Cuidáos muy bien siquiera de a enazarlo, porque jamas llegará á soportar humildemente una ofensa ni á perdonar una injusticia.

El blanco que lo ha herido se expone á una venganza cierta, y se cuentan frecuentes casos de malayos que armados de una fuerte rama de bambú cortada en punta, han esperado á su amo y le han dado una muerte horrible. Otras veces, cuando duda de que llegado el momento conserve ánimo y fuerzas para llevar á cabo su venganza, se embriaga con opio ó aguardiente, y entónces ya, con la cabeza exaltada, sin otro pensamiento que el pensamiento único de que no quede impune la ofensa que se le hizo, se lanza á la ciudad recorriendo calles y avenidas, golpeando á todos en todas partes y vengando así sobre muchos la ofensa de uno solo. Esto es lo que se llama *curir l'amok* y sucede de una manera tan frecuente, que las avenidas todas tienen establecidos numerosos cuerpos de guardia, donde los vigilantes se hallan armados de lanzas bizarras, armas de toda clase, picos, partesanas y largas horquillas armadas de dientes para clavar al furioso contra un árbol ó contra un muro; llevan ademas consigo un sonoro pito de madera, con el cual anuncian las horas, y del que se sirven para solicitar auxilio en caso de alarma.

Los malayos viven en los *faubourgs* sobre el borde de los canales, donde sus casas de caña agrupadas pintorescamente á la sombra de los bambúes, forman lo que se llama un *campong*. Sus mujeres son lavanderas ó vendedoras al por menor, y desde las primeras horas del día podréis verlas reunidas en gran número bajo los profusos árboles de las avenidas con sus cestos llenos de diversos productos; ésta vende naranjas, aquélla melones, la de más allá duraznos, esotra arroz y *karí*, el celebrado y nauseabundo plato del país, estotra té en taza y bebidas refrescantes.

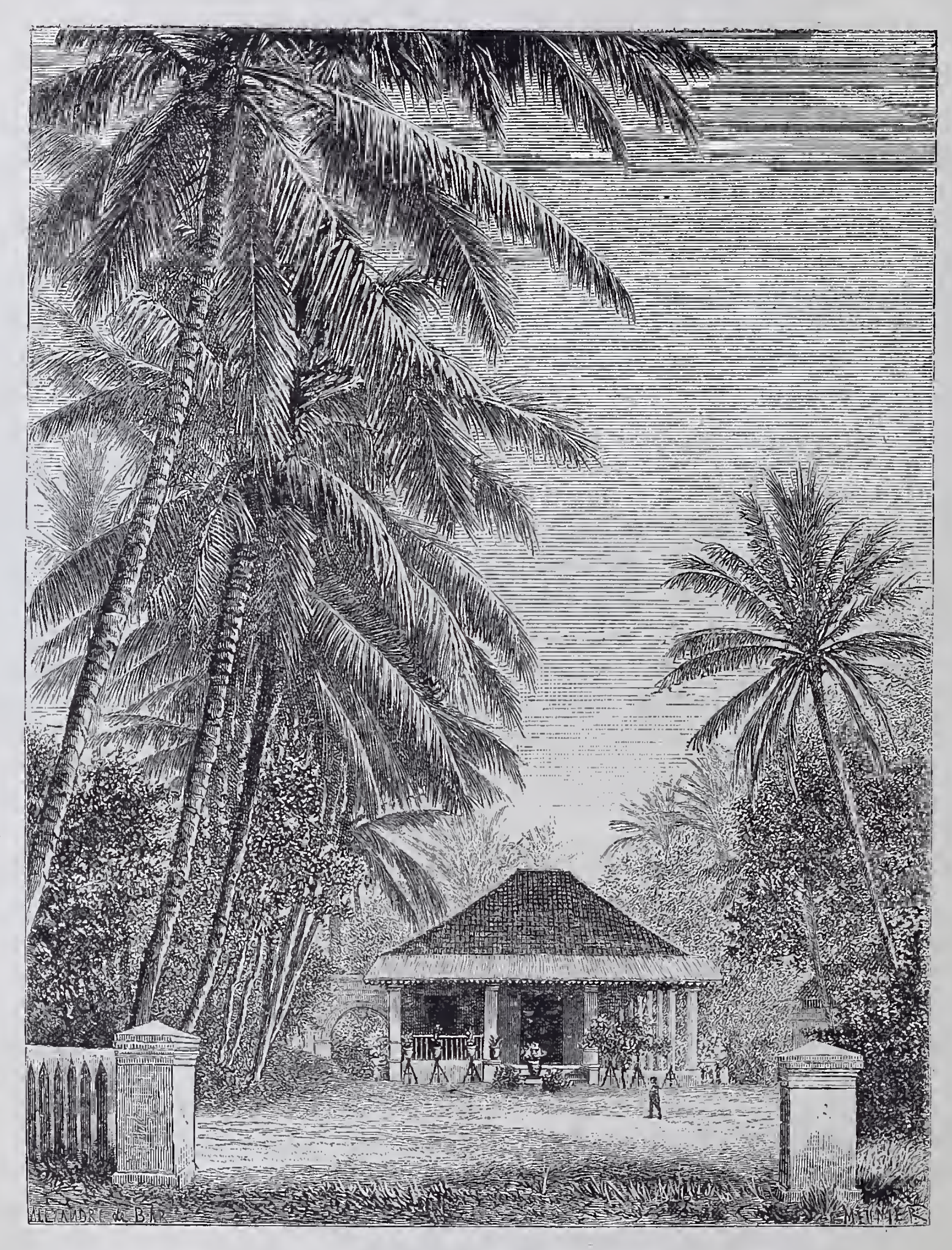
Por todas partes donde vayáis encontraréis paquetes de hoja de *betel*, preparadas para ser usadas. Es aquí el uso de ellas cosa más frecuente que el tabaco en Europa. Los naturales del país se dedican á él con fruicion, con verdadero deleite, y todos, malayos y javaneses, practican sin excepcion tan abominable costumbre.

Por su causa, bocas hinchadas, dientes negros y podridos, encías escoriadas y labios extremadamente deformes. ¡Qué belleza podría resistir á tales circunstancias! Las mujeres se resienten de estos usos poco á propósito para embellecerlas.

Son, sin embargo, graciosas estas malayas, con su pequeño gorro chinesco, sus formas elegantes encerradas en túnicas multicolores, sus espaldas y sus brazos admirablemente modelados, escapándose desnudos de la abultada serie de telas que oculta su seno. Los niños ofrecen verdaderamente un aspecto encantador en su media desnudez, con las cabecitas completamente rapadas, excepto un pequeño trozo, del cual se levantan los pelos á manera de plumero.

En cuanto á los malayos, excepcion hecha del criado de buena casa encerrado fieramente y con aspecto orgulloso en su librea roja y con la cabeza cubierta por un casco esférico de reflejos dorados, se halla por completo desprovisto de interes y de originalidad.

En suma, nos encontramos en Java en presencia de dos razas que viven la una frente de la otra, de instintos por completo diversos, de aficiones contrarias y de naturaleza encontrada. Los malayos pertenecientes á las razas libres, el javanes nacido para figurar en el catálogo de los pueblos serviles, para aceptar como cosa corriente su inferioridad, para someterse á todos los yugos imaginables, para pasar de una á otra conquista, de un dominio á otro dominio, sabiendo bien que cualquiera que sean sus esfuerzos, no por ellos habrá de agrandar su talla ni encontrar un estado de postracion y miseria mayor del que le envuelve (1).



Un *campong*.

Estas razas han sido los instrumentos de la civilizacion en Oriente: ellas han hecho la India y han creado á Java, y su sobriedad, sus instintos laboriosos, su humilde sumision han podido des-

(1) Al decir razas serviles, entiéndase que es una forma adoptada para expresar mi pensamiento, pero no absolutamente cierta. Una raza no puede aceptar la esclavitud con alegría en el corazon; pero poco vigorosa ó poco resistente, puede verse amenazada por la conquista y la opresion; más tarde, los instintos hereditarios se la hacen



Cuerpo de guardia en Batavía.—(Tomado de una fotografía).

armar esa ley fatal que hace desaparecer en el reino animal como en el reino vegetal todo sér inferior puesto en contacto con un sér superior.

Estas razas, entre las cuales pueden contarse los indios, los javaneses y los indianos de Méjico y del Perú, forman extraordinario contraste con las razas más fieras y de libres instintos, que ninguna conquista ha colocado bajo yugo, tales

---

conservar como legítima y en países determinados, la religion ¡cosa monstruosa! la consagra como cosa santa.—(N. del A.)

Mr. Charnay parece haber exagerado en este y otros parajes de la obra, en los cuales traduzco literalmente el texto, no sólo las condiciones de indolencia, de pereza, de cobardía é ignorancia de los javaneses propiamente dichos, si que tambien las condiciones del protectorado que sobre ellos ejercen los holandeses.

En esto peca de criterio ingles, á cuyo pueblo parece sumamente afecto en cuestiones de colonizacion, y sin que haya yo de atacar aquí el sistema británico que ha hecho en realidad de Australia un país floreciente y rico (si no para los naturales del país, á lo ménos para los ingleses), no considero fuera de lugar restituir la verdad en su punto verdadero, dando algo á la condicion de los javaneses y quitando mucho á la tiranía ejercida por Holanda.

No están borrados por completo de la naturaleza de los javaneses los instintos guerreros de la raza malaya. Ni se comprende que hombres como son, amigos de la vida aventurera de los campos, de las peripecias de la caza, de los combates de animales, de la música y del baile; hombres gustosos de vivir en la fiera guarida de los bosques y de imaginacion voluptuosa, hayan de someterse cobarde é indolentemente á yugo más estrecho del que pudieran gozar gobernados por sí propios.

Léjos de mi ánimo llevar las cosas por tan extremo lado, que pretenda hacer de los javaneses un país esencialmente libre. Donde quiera que el protectorado y la intervencion existen, áun cuando lo entibien las dulzuras del progreso, habrá de determinarse la tiranía. Es una fatalidad imprescindible, pero fatalidad al cabo, que acompaña á la infusion de las costumbres civilizadoras en el seno de los pueblos á ellas extraños.

El sistema colonial de Holanda es por demas conocido de todos. Esta nacion, léjos de influir de una manera temible sobre país alguno, reconoce como base principal de la colonizacion el amor al trabajo, y pretende desarrollar los hábitos de laboriosidad que la distinguen en aquellos pueblos á quienes domina. Y ni su yugo ha llegado en Java á manifestarse en la esfera religiosa, ni en estas y otras cuestiones han tomado de ella los javaneses más de lo que quisieron aceptar de buen grado.

Si aquí en España comparamos la conducta observada por los holandeses en sus colonias con la practicada por nosotros en las nuestras, podrá comprenderse fácilmente cuánto distan de verdadera apreciacion, las afirmaciones terminantes de Mr. Charnay.

En una palabra: los javaneses se hallan en condiciones suficientes de carácter, no diré para ser libres, pero sí para no ser absolutamente esclavos, desprovistos de toda accion, y los holandeses no han procedido con ellos mucho peor que los ingleses en el Indostan.

Lo cual, en honor de la verdad, no es haber llegado al límite de bondad en la conquista.

Como mi autoridad parecería escasa, y lo es en efecto para afirmaciones de esta índole, séame permitido apoyarlas en la autoridad reconocida de un ilustre compatriota de Mr. Charnay, que ocupándose de Java dice entre otras cosas las siguientes:

«El islamismo es desde el siglo XIV la religion dominante; la cristiana es tolerada y existen aún multitud de idólatras. Por causa del desarrollo extremo que ha tomado la cultura del suelo bajo la influencia del sistema administrativo adoptado por los holandeses, que imponen la obligacion del trabajo á las poblaciones colocadas bajo su obediencia, los productos de la tierra son verdaderamente prodigiosos. Los principales productos son el café, el azúcar, el arroz, el índigo y el té. Esta última planta es cultivada en Java por los numerosos colonos chinos que se han establecido allí y que siguen para tal cultivo el método empleado en China, si bien muy léjos de llegar á producir un té de tan buena calidad como el de este imperio.

»La parte de Java perteneciente á los holandeses, se divide en 17 provincias, de entre las cuales es la más importante la de Batavia, que tiene por capital la ciudad del mismo nombre.

»En realidad, los holandeses han encontrado el régimen feudal en pleno vigor en Java y no han hecho sinó cambiarlo de mano. El sistema que han adoptado merece ser conocido. Segun los antiguos usos del país, el súbdito debe al señor la quinta parte de su recoleccion, ó para emplear la frase consagrada, el *quinto grano de arroz*. El gobierno holandes se constituye en señor, y en principio se atribuye este mismo derecho áun cuando aplicándole de diversas maneras, ya exigiendo al cultivador la quinta parte de su cosecha de arroz, ya empleando la quinta parte de su tiempo hábil en cultivos particulares, tales como los del té, el tabaco y el nopal.

»Hay provincias en las cuales la poblacion se halla libre de todo impuesto territorial, á condicion de entregar en los almacenes de la administracion una cierta cantidad de productos que le son pagados á un precio extremadamente bajo, pero más ventajoso sin embargo que el fijado por los chinos en la época de su explotacion, los cuales pagaban en 2 florines la cantidad de café por la cual satisface hoy 12 la administracion holandesa.

»Estas combinaciones de impuesto territorial son hábiles. Los holandeses han hallado una tierra fértil y poblaciones indolentes lejanas de la cultura, á las cuales han disciplinado bajo la ley del trabajo. En lo posible, han querido sustraerse á los ojos del pueblo conquistado, evitando las relaciones directas y empleando por intermediarios los jefes indígenas ó regentes.

»Estos encargados de percibir el impuesto reciben por ello emolumentos considerables, siendo de esta manera amigos de un sistema que tales ventajas les proporciona.

»La administracion se encuentra tambien por él poseedora de cantidades considerables de productos coloniales que cede por precio convenido á los agentes de la *Compañía de Comercio Neerlandesa*. Esta sociedad, fundada en 1824 bajo los auspicios del rey de los Países Bajos, comenzó por un capital de 27 millones de florines, que se eleva hoy á más de 100 millones y que se divide en acciones de á 1.000 florines.

»El rey adelantó veinte millones de florines, garantizan-

como los Pieles rojas de la América del Norte, los indios de la América del Sur, los australianos, etc.

Los primeros se multiplican en la esclavitud como los animales domésticos; los segundos se extinguen y desaparecen ante la invasion y la conquista.

La raza blanca no ha fundado en Java una colonia propiamente dicha, sinó más bien un *comptoir* á la manera inglesa. No hay aquí, y lo propio sucede en la India británica, un solo europeo establecido definitivamente, cultivando la tierra y animado del deseo de propagar su raza: el clima se le opone. Viene á desempeñar un empleo, á adquirir una propiedad, á hacer fortuna, en una palabra, y al poco tiempo, cumplidos ó no sus deseos, regresa á Europa por grande que sea su perseverancia para desafiar los rigores que se le opongan al cumplimiento de lo segundo.

No, la raza blanca no puede prosperar bajo este clima abrasador, donde el trabajo ocasiona fatigas inmensas á los más duros y acostumbrados á él, donde el menor movimiento produce una traspiracion agitada y calenturienta.

Ante tales obstáculos, se marchita y perece (1).

A pesar de esta estancia, que hace de los europeos en Java una poblacion flotante, verifícanse uniones bastante frecuentes de blancos con malayas ó mestizas (*nonnas*) (1).

Estas alianzas contraídas á menudo y que provocan cuestiones de interes—hay malayas ricas, —ó afecciones verdaderas, porque las hay tambien extremadamente hermosas, son legitimadas algunas veces.

Esta suerte de alianza es siempre mal considerada. La costumbre la prejuzga y el orgullo establece una tal distancia entre esta criatura color de café con leche y su noble esposo, que la fórmula empleada para anunciar el acontecimiento es la siguiente:

*El señor de Tal ha contraído matrimonio con la madre de sus hijos.*

Pero esta fórmula humillante, que debe herir en lo vivo de su amor propio á cualquier criatura, sea la que sea la raza á que pertenezca, no coloca sin embargo directa y exclusivamente á la malaya bajo la dominacion absoluta de su dueño, y legítima ó no, la alianza contratada no será rota impunemente.

La venganza es, en efecto, tan larga como terrible.

El esposo no podrá ausentarse sin el consentimiento de su compañera, porque ésta teme el abandono, y no sin grande fundamento. El viaje á Europa le está prohibido, porque la malaya considera que no habría de volver jamas, y una excursion á Batavia se le hace extremadamente difícil, porque Batavia es el camino de la Europa.

Si el europeo salta la consigna, si escapa á la prohibicion, la venganza sobreviene entónces implacable é imposible de evitar, porque el hombre se encuentra absolutamente indefenso para ello.

Es el veneno bajo todas sus formas, pero veneno lento, desconocido, que no deja tras sí rastro ninguno.

Si el hombre parte, la mujer no se muestra desesperada ni parece encolerizarse. Su dolor es silencioso, tan silencioso y sombrío como su resentimiento.

---

do á los accionistas un mínimum de interes de cuatro y medio por ciento.

»Sería larga tarea detallar aquí el sistema de organizacion de esta compañía y las vicisitudes por las cuales ha atravesado. Los dividendos se fijan frecuentemente de 10 á 18 por 100 al año, prueba incontestable de prosperidad, y las acciones han triplicado el precio de emision.

»Obligacion es, impuesta á la compañía, el empleo exclusivo en sus operaciones de navíos construidos en Holanda y dar la preferencia en la exportacion á las Indias á los productos de las fábricas de Batavia.

»Los navíos empleados cada año por la compañía en este comercio representan un total de más de 300.000 toneladas.

»Esto ya de por sí prueba las excelencias de la administracion holandesa; pero lo que afianza esta afirmacion más que otra cosa alguna, es la consideracion de que unos 14.000 europeos mantengan pacíficamente bajo sus leyes una poblacion de más de dos millones de almas, *formada por una raza á quien todas las relaciones se muestran acordes en presentar como fiera é inteligente.*»

Como se ve por la lectura de estas notas, la situacion de Java dista mucho de asemejarse á la pintura sombría que de ella nos hace M. Desiré Charnay, viajero que por otra parte posee excelentes condiciones de observador y hombre de ciencia.

He querido extenderme en la explicacion de la verdad, no tanto por deseo de que mis lectores la recojan íntegra, cuanto porque de las notas anteriores habrán podido deducir interesantísimas y curiosas noticias que el autor de *Seis meses en Australia* no ha colocado en su libro, no siendo como no era la isla de Java el objeto principal de sus estudios.—(N. del T.)

(1) El europeo, durante algunos meses, sufre ménos del calor que las personas aclimatadas. Es que, sin duda, trae una constitucion más fuerte, y, por decirlo así, una reserva de frio. Sucede en esto lo que con los naturales de países cálidos, que viniendo á Europa experimentan durante algunas semanas ménos frio que nosotros.

Es una experiencia que he hecho en todos mis viajes, y que someto á la apreciacion de quien corresponda.—(N. del A.)

(1) Los holandeses llaman á los hijos habidos de este matrimonio *lipplapps*.—(N. del T.)

Una vez en camino, el marido experimenta los síntomas de una enfermedad y empeora visiblemente. Las digestiones se turban, el dolor aumenta, sobreviene la tísis, es un cadáver ambulante. El médico llamado para prodigarle sus cuidados, no conoce este caso éxtraño, y generalmente sus prescripciones son de todo punto inútiles. El estado del enfermo empéora; tres meses, seis meses, atraviesa una existencia dolorosa, sin que accidente ninguno alumbre al hombre de ciencia sobre la causa de la enfermedad. Por último, los tumores sobrevienen en el abdómen, en los pulmones, en los costados, y el enfermo ve extinguirse su vida en medio de los dolores más horribles.

¿Qué es este veneno que así obra sobre el organismo? ¿De dónde procede la enfermedad? Del bambú. El bambú es un árbol que parece de los más inofensivos. Pero levantad las escamas que guarnecen su tronco, y bajo ellas encontraréis una multitud de pequeños dardos imperceptibles que la malaya ha sabido mezclar á los alimentos del marido ántes de su partida.

Estos dardos, especie de flechas aceradas, han invadido el organismo, penetrado en los pulmones, deteriorado el estómago y perforado los intestinos. La muerte es el resultado final de la introduccion de estos cuerpos extraños en los órganos.

Se cita el caso de un empleado que, habiendo contraído matrimonio con una malaya, conservó en su casa despues que su compañera hubo muerto, á la madre de ésta, una vieja que jamas tuvo para su yerno otra cosa que demostraciones de cariño.

Un rico matrimonio se presentó al empleado, y á pesar de la oposicion de la vieja, á quien este matrimonio parecía una profanacion del recuerdo de su hija, fué llevado á cabo.

Tres meses más tarde, los dos jóvenes esposos habían muerto de la misma terrible enfermedad.

En mis visitas al hospital, donde tuve por guía á un practicante belga, supe por éste que los soldados blancos, á semejanza de los naturales, viven con mujeres malayas. Muchos de estos europeos, terminado el tiempo de su servicio, regresarían de buena gana á su patria; ¿pero qué queréis?—añadía el que esto me contaba,—estamos condenados á vivir aquí por siempre, y por lo que á mí hace, no osaré abandonar la isla por temor á las consecuencias.

Hé aquí lo que me confirmó la verdad de los hechos narrados más arriba.

## III (1)

### Una tragedia en Batavia.

Por extrañas que parezcan, sin embargo, nada más cierto que las relaciones de Mr. Charnay sobre el particular.

Recuerdo á este propósito, y lo traslado aquí como cosa de las más interesantes que puedan leerse, un suceso que tuvo lugar no há mucho en Batavia y que me ha sido contado por un viajero frances merecedor de todo crédito.

Es una historia, á la cual, como verán mis lectores, no falta detalle ninguno para darle los tonos sombríos de una verdadera tragedia.

Hacia el año de 1866 llegó á Batavia un oficial holandes, Roberto Van-Deer, jóven, de presencia arrogante y de un bellísimo carácter. Su constitucion robusta, y más que todo su excelente método de vida, le hicieron apto para desafiar impunemente los rigores del clima.

A poco tiempo de encontrarse en Batavia conoció á una jóven malaya de rica familia, de quien hubo de enamorarse perdidamente. La malaya correspondió á su afecto, creció la pasion en ambos y el oficial, no viendo en ello obstáculo ni riesgo alguno, contrajo matrimonio con la mujer á quien adoraba.

Fueron unos cuantos meses de verdadera delicia, de placer continuado, los que se siguieron á aquella union dictada por un amor sincero.

Roberto Van-Deer no empleó, ni en la forma de su matrimonio, ni en la vida íntima, ese orgullo que en el casamiento de la malaya con un europeo hace de aquélla una esclava relegada á humillante papel. Antes por el contrario, levantó por la deferencia y el cariño el ánimo de su esposa, dedicó los ratos desocupados á dar á su imaginacion algo que la sacara del letargo de su oscuridad, y la malaya, de viva penetracion, de fantasía exube-

(1) Este capítulo no figura en la obra de Mr. Charnay.

rante, recogía y fijaba prestamente cuanto aquel amante cariñoso le enseñaba.

En poco tiempo, y á medida que las sombras de la ignorancia se disipaban, el cariño de la malaya era más intenso. No parecía sinó que sus instintos salvajes y la fiereza de su carácter, apagada por la civilizacion, habían ido á replegarse íntegros en el fondo de su alma para dar á su pasion el carácter de verdadero delirio, de una adoracion sin límites.

Van-Deer agradecía estos sentimientos, correspondía á ellos; se sentía feliz, en una palabra.

Así las cosas, Roberto recibe una carta de Europa, en la cual se le significa la imperiosa necesidad de su presencia en Holanda.

Van-Deer había oído contar á menudo en Batavia historias de envenenamientos, de venganzas malayas; pero les había concedido una relativa credulidad. Y áun estando seguro de ellas, ¿cómo había de pensar él que su esposa, su cariñosa mujer, ya civilizada, ilustrada, convertida casi en una verdadera europea, habría de conservar los instintos vengativos de su raza?

No tuvo, pues, inconveniente alguno en anunciar á su esposa la necesidad de su viaje á Europa. La esposa lloró, suplicó, pidió de mil modos al oficial que no se ausentara; pero todo fué completamente inútil. Van-Deer no prometió otra cosa que volver lo más pronto posible al lado de su mujer.

La promesa no fué creída, pero la malaya, conociendo la inutilidad de sus esfuerzos, fingió quedarse convencida. Hasta la sonrisa volvió á sus labios y la satisfaccion á su semblante.

Pero en el fondo de aquel corazon ardoroso, más ardoroso todavía por el fuego de la pasion, surgió una tempestad horrible, un dolor sin límites, un deseo de venganza inmenso, incapaz de ser contenido por fuerza ni razonamiento alguno.

La víspera de su partida, el oficial comió como siempre á la mesa con su esposa. ¿Cómo hubiera podido figurarse que bajo aquel semblante tranquilo, en aquellos ojos, tristes, sí, pero de mirar enamorado, se ocultaba una venganza criminal? Y, sin embargo, el veneno del bambú se encontraba allí mismo, en el plato que pacíficamente desocupaba.

Llegó el momento de partir. El oficial reiteró su promesa de regreso, la malaya lloró tristemente, y su último abrazo fué estrecho, apasionado, conmovedor, como que á ella se le figuraba el último que había de dar al hombre á quien adoraba con toda su alma.

Cuando Roberto hubo partido, la malaya secó sus lágrimas, la calma volvió á su semblante y devoró en silencio la inmensidad de su pena.

Pero estaba vengada; Roberto había pagado el supuesto delito de olvidarla, y no sería de otra mujer por mucho tiempo. Aquella europea de rosado color, de cútis de nácar, que sin duda lo esperaba anhelante, iba á estrechar en sus brazos un cadáver.

La malaya se retiró á una casa de campo, y allí vivía sola con el recuerdo de aquel hombre ingrato, pesarosa de haberlo perdido, pero sin sombra de remordimiento por su venganza.

Pasaron unos cuantos meses, y al cabo de ellos, un día, de improviso, la malaya que estaba asomada á la puerta de la quinta, lanzó un grito terrible: en direccion á ella caminaba Roberto Van-Deer, el oficial holandes.

Retrocedamos para explicar los sucesos: Van-Deer abandonó á Batavia, llegó á Europa, empleó tres días en arreglar sus asuntos y con el corazon anhelante, con el pensamiento fijo en su mujer, emprendió gozoso el camino de regreso.

¿Cómo en el tiempo trascurrido Van-Deer no experimentó síntomas de importancia que denunciaran la existencia de aquel veneno que debía destruir lentamente su organismo?

Fuese que la malaya lo empleara en corta cantidad, fuese que la robusta naturaleza del oficial hiciera lánguidos los progresos del veneno, ó ya por ambas cosas, ello es lo cierto que cuando llegó á Batavia y se enteró del paradero de su esposa, animoso de abrazarla, apénas si había sentido algun dolor en el pecho y el estómago que él atribuyó á efecto de las molestias de tan largo viaje.

Llegaba, pues, á la quinta de la malaya, ignorante de todo, lleno de alegría, sin comprender que había de estrechar amorosamente el cuerpo de su verdugo.

Puede comprenderse la situacion de la malaya: su primer impulso fué el de huir precipitadamente. Porque figurábase que aquel hombre, mejor dicho, aquel espectro que hacia ella avanzaba, venía amenazador á perdirle cuenta estrecha por su muerte.

El terror la dejó inmóvil y absorta; pero al poco tiempo la sacaron de su estupor frases cariñosas, abrazos y besos apasionados.

Por un momento, la malaya creyó que todo había sido un sueño al contemplar cerca de sí, con su color de siempre, con toda su varonil belleza, al jóven europeo.

Por su parte, éste atribuyó á la alegría y á lo inesperado del regreso la turbacion de su esposa.

Al llegar á este punto, la historia adquiere un carácter de tal naturaleza, los sucesos son de tal manera sentimentales, trágicos y diversos, que el relato tomaría las proporciones de una verdadera novela, si me dejara arrastrar por la belleza y la originalidad de las escenas que preceden al terrible desenlace.

Mis lectores pueden figurarse cuál sería el dolor de la esposa cuando conoció que Roberto, léjos de llegar reclamando justicia, iba más enamorado que nunca, sin que jamas hubiera pasado por su mente la idea del abandono.

Poco á poco, la enfermedad de Van-Deer se hizo más grave. La malaya no confesó su delito, y el oficial,—véase cuán ciego es el amor,—ni le ocurrió remotamente pensar que fuera el veneno la causa de aquella dolencia que lentamente arrebataba su cuerpo á las delicias de la vida.

¿Qué sucedió despues en la vida íntima de los esposos? Nadie lo sabe. El novelista podría penetrar en aquella casa que permaneció cerrada y adonde nadie acudió sinó despues de largo tiempo; pero el narrador se detiene ante este misterioso desenlace, que se desarrolló en la soledad de aquellos bosques, sin otro testigo que las arboledas sombrías que cierran la quinta.

Sólo se sabe que cuando hubieron pasado algunos meses, á partir de la fecha en que Roberto Van-Deer debió morir, unos viajeros que penetraron en la casa, casa abandonada, silenciosa, cubierta de polvo, vieron en una de las habitaciones interiores dos esqueletos estrechamente abrazados, entre las osamentas de uno de los cuales se hallaba un puñal enmohecido por la sangre. Los muebles se encontraban en desórden, como si á la muerte hubiera precedido una lucha acalorada.

Los criados de la casa habían sin duda huído apénas ocurrida la catastrófe, y no quedaba allí vestigio de vida, ni atmósfera que no fuera de muerte y de silencio respetuoso y solemne.

## IV

Buitenzorg.—El camino.—El canal.—Plantaciones de arroz.—Manera de efectuar la siembra y la recoleccion.—El clima.—El palacio del Gobernador general.—La calle de árboles.—El jardin.—El lenguaje de las ramas.—La coleccion de palmeras.—La *Corypka elata*.—El museo Theisman.—El ciervo de Sumatra.

Una excursion se impone á todo viajero á su paso por Batavia; me réfiero á la de Buitenzorg, y debo hacerla por dos motivos: primero para presentarme al gobernador general, á quien vengo expresivamente recomendado por medio de una carta, segundo para visitar el famoso Jardin Botánico, del que todos me cuentan maravillas.

Por otra parte, el camino es tan fácil y pintoresco, que áun sin auxilio de tales alicientes me sentiría impulsado hacia Buitenzorg.

De todas las vías férreas que comienzan á extenderse en Batavia, la más antigua es la de Buitenzorg. Esta línea presta grande servicios á los negociantes y á los viajeros, que pueden así franquear en dos horas una distancia de setenta kilómetros. Antiguamente era éste un verdadero viaje lleno de dificultades, que impedían á las gentes de negocios pasar una temporada en clima saludable y les obligaba á permanecer bajo la atmósfera ardiente y deletérea de Batavia. Hoy las personas regularmente acomodadas tienen allí una casa donde respirar el aire puro de las alturas, y estar libres del sofocante calor de Batavia, sin hallarse por eso léjos de los negocios y los asuntos de la ciudad.

Cuatro trenes, dos de ellos rápidos, hacen el trayecto, y la línea atraviesa la ciudad en su más larga extension, con estaciones para mayor comodidad de los viajeros.

El camino ofrece un panorama nuevo, que da una idea completa de este parque maravilloso.

Saliendo de la ciudad propiamente dicha, grandes *faubourgs* se extienden á lo léjos. Véis mezcladas con elegantes hoteles, pintorescas casas casi por completo enterradas en la arboleda, cabañas esparcidas en aquel mar de verdura que agita mansamente el viento, *campongs* cuyas viviendas construídas de cañas de bambú negras y blancas, enlazadas en caprichosos dibujos y cubiertas por grandes hojas de palmera, dan al paisaje tonos de encanto, de misterio y de belleza incomprensibles.

Entramos en plena campiña. A derecha é izquierda, la vegetacion es espléndida y majestuosa. Por todas partes álzanse gran número de bananos, de naranjos y de mangos, á los cuales dominan las altas copas de los cocoteros y los tallos elegantes de la palmera.

Atravesamos extensos campos de batata, de largas hojas lucientes como las hojas de la vid, y

plantaciones de *betel*, en que á los jóvenes arbustos, todavía desprovistos de ramaje, se mezclan los árboles de largas ramas cubiertas de hojas puntiagudas.

El camino de hierro sigue un canal de rápidas aguas cargadas de limo. Presas escalonadas á lo largo de su curso recogen el agua y la conducen á traves de los campos que nos rodean.

Nos hallamos en un campo de arroz, y éste, cosa singular, se halla aquí en todos los períodos de su crecimiento, lo que anuncia una recoleccion continua.

Son los hombres los que lo labran, pero las mujeres lo siembran y lo recolectan. Provistas de un paquete de semilla, se las ve desnudas de media pierna, enfangadas en aquellos campos inundados, seguir la hilera de la plantacion y disponer ésta en línea perfectamente derecha.

Es un trabajo largo y penosísimo, porque en el mismo campo el arroz no madura de una manera igual; tal planta es aún verde cuando la otra ha madurado, y ha de ser grano por grano, espiga por espiga, como se ha de hacer la recoleccion. Pero el Oriente ¿no es el país de la paciencia?

Las montañas se destacan en el horizonte; subimos sin cesar, atravesamos una magnífica plantacion de cacao y nos encontramos en Buitenzorg.

Buitenzorg es un nombre holandes, equivalente exacto del castellano Sin-Cuidado.

La villa está colocada al pié del volcan Gran Salak, flanqueada de dos riberas, en medio de paisajes admirables cruzados por multitud de arroyuelos y canales que conducen aguas siempre frescas para su parque, y está compuesta por multitud de hoteles, de casas de campo y de baños que son aquí para europeos como para malayos una necesidad diaria.

Lluvias frecuentes purifican y refrescan la atmósfera, y la posicion elevada de la ciudad modera notablemente la temperatura; tan notablemente, que las noches son casi frías.

Buitenzorg es la residencia de verano del gobernador general, que posee aquí un magnífico palacio colocado en el centro del Jardin Botánico, á buen derecho, considerado como el más rico y hermoso de todo el mundo.

Una calle de árboles sombría y misteriosa conduce á la entrada principal del palacio. Esta calle de árboles ha sido descrita por un viajero que la consideraba como construída de un solo árbol (tal es lo apretado del ramaje), y tiene tal longitud que un caballo caminando al gran trote emplea ocho minutos en atravesarla.

La arboleda en cuestion está compuesta por cada lado de una séxtuple línea de bananos, que estrechan sus troncos los unos á los otros, que viven de la misma vida, por decirlo así, puesto que las raíces se confunden de igual modo que los troncos y el ramaje. Lo maravilloso en Java salta á la vista á cada paso, sin necesidad de tomarse el trabajo de buscarlo un solo momento.

El jardin es inmenso. Avanzamos dejando á la izquierda un parque, en medio del cual pastan tranquilamente unos cuantos gamos, y llegamos por fin á la llanura, en medio de la cual se levanta pintorescamente el palacio rodeado por un parterre de flores.

El edificio es de estilo griego, de un piso solamente y ceñido por una larga galería de esbeltas columnas enlosadas de mármol.

La parte trasera, que es tan lujosa como la fachada, da sobre un jardin delicioso. De esta parte se encuentran dos pequeños lagos, y por todos lados se destacan las blancas corolas de la *Víctoria Regia*, lánguidamente posadas sobre sus anchas hojas de seis piés de diámetro. Multitud de palmeras, de pajareras y palomares se levantan por todos sitios.

A la derecha vénse calles de bambúes enormes, de especies y colores diferentes: los hay blancos, oscuros y dorados. Al soplo del viento que los agita, sus ramas se entrechocan, gimen y parece como que hablan un idioma singular. ¿No será permitido pensar que este lenguaje de los árboles, como todos los rumores de la Naturaleza, ha podido servir á los hombres para modular su lenguaje propio? Id á todos los pueblos del mundo y penetrad en el misterio de sus bosques y en lo intrincado de sus selvas; prestad atento oído á los rumores del viento, y veréis cómo el ruído del naranjo al tropezar en los abetos del Norte, como el gemido de la brisa en las florestas de la Galia, no se parece por nada al susurro de los álamos de Italia y al murmullo de los olivares de la Grecia y al choque gigantesco y rudo de los bambúes de Java.

¿La onomatología no es cierto que ha debido ampararse en su orígen de estos rumores diversos, que bastan á explicar las diferencias del lenguaje?

. . . . . . . . . . . . . . . . . .

La perla de Buitenzorg es indudablemente su coleccion de palmeras, la más completa de todo el mundo.

¡Feliz el botánico que pueda apreciar todas estas maravillas! Por mi parte no puedo hacer otra cosa que admirar los grupos de verdura, la altura de las palmeras y la elegancia de sus tallos.

ALEXANDRE de BAR
A. SARGENT

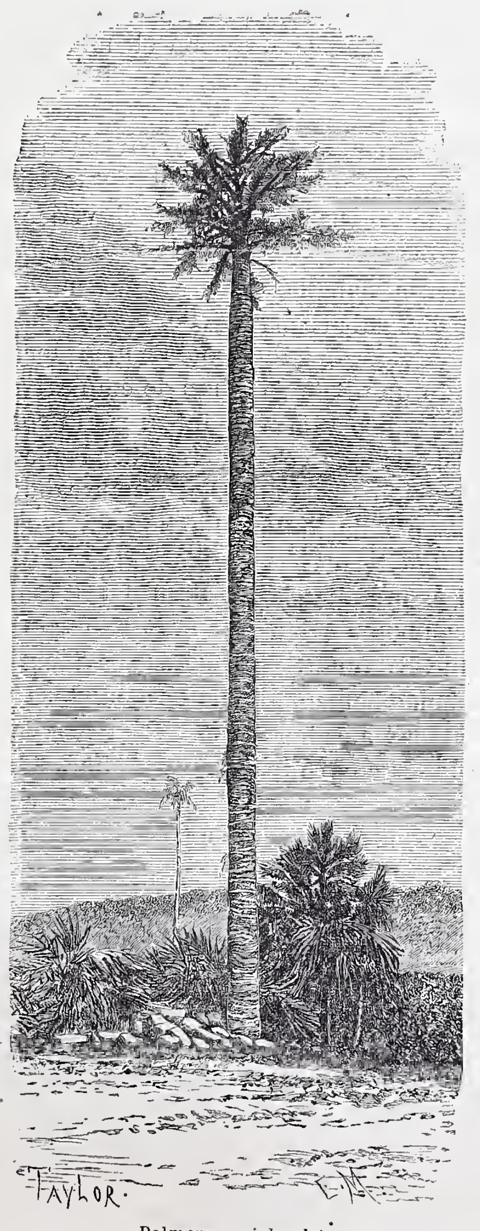
Buitenzorg: el parque del gobernador holandes.

Así que, cuando me enseñan raras especies de este árbol, la *Coripha elata*, por ejemplo, que es una cosa con que sueña todo botánico europeo, me quedo tan sereno como si viera un naranjo.

No es posible abandonar á Buitenzorg sin haber hecho ántes una visita al hotel de Bella Vista, desde donde la mirada abraza el magnífico panorama de la ribera y del volcan, ni sin visitar el curioso museo Theisman, en el cual he hecho conocimiento con todas las especies de monos naturales de las islas de la Sonda. El orangutan os tiende melancólicamente la mano, el nasica no cesa en sus saltos descompasados, y cerca de ellos míranse las palomas torcaces de las Molucas, grandes como pavas, que pasean contoneándose orgullosamente por sus anchas pajareras.

Aquí y allá vénse grandes estantes llenos de botes de cristal, dentro de los cuales se agita un mundo extraño: es una coleccion completa de esos originales insectos que imitan perfectamente en su forma, ya los pedazos de un tronco de árbol muerto, ya sus hojas, y que colocados entre las ramas no pueden ser distinguidos, como su movimiento, ese privilegio de la naturaleza animada, no los denuncie á vuestros ojos.

Pero lo que se admira de más curioso y de más bello en toda esta coleccion es un rebaño de ciervos nacidos en Sumatra. Este ciervo es un animalito de veinticinco centímetros de altura, una miniatura de ciervo, una maravilla, una verdadera alhaja, una obra maestra de gentileza y de elegancia.




Palmera *coripha elata.*

# V

De Batavia á Samarang y Soerakarta.—Samarang.—El hotel.—El camino de hierro.—La diligencia vieja.—Plantaciones.—El paisaje.—Soerakarta.—La Presidencia.—Trajes.—Indiferencia.—Los chiquillos.—Cortejos oficiales.—La casa de los tigres.—Paseo fantástico.

Despues de mi regreso á Batavia, y cuando hube dispuesto en esta poblacion todos los preparativos de viaje, me puse en camino para Samarang. Desde este punto debía dirigirme, segun mis intenciones, á Soerakarta ó Solo.

Es una travesía la que hay que recorrer de treinta y seis horas, y dos caminos pueden seguirse para llevarla á cabo.

Por tierra, el viaje ofrece un atractivo infinitamente más interesante, y yo me había trazado un itinerario encantador; pero cuando llegó la hora de partida, encontréme con que á más de ser el camino mucho más largo, era tambien mucho más caro por este lado.

No tuve que discurrir largo tiempo para decidirme, y como anduviera escaso de él y ansioso por llegar al término de mi viaje, me embarqué con rumbo á Samarang.

Partí de Batavia el 15 de Julio por la mañana y al día siguiente á cosa de las doce desembarcaba en la rada.

Samarang ofrece idéntico aspecto que Batavia á los ojos del viajero, y desarrolla la misma línea de playa baja y arenosa, desprovista de todo vestigio siquiera remotísimo de vegetacion. Toda la costa septentrional de Java se presenta de igual manera, al contrario de la meridional, que es montañosa y donde las olas del Océano Indico levantan sin cesar la nieve de su espuma.

Ménos grande y ménos bella que Batavia, Samarang es, á pesar de esto, una ciudad bellísima. De tal condicion es Batavia, que todavía es hermosa cualquiera ciudad indigna de ser comparada con ella.

Las avenidas de Samarang son ménos largas, pero más sombrías; su vegetacion es más pomposa, si se quiere, pero ménos elegante.

Volvemos á encontrar aquí las bellas casas malayas, rodeadas por completo de jardines, pero desprovistas de aquel aire señorial y majestuoso de Batavia. Como esta ciudad, Samarang nos ofrece su cuartel chino y sus agencias europeas, y en los *faubourgs* las casas árabes y los *campongs* javaneses.

La poblacion aparece aquí sensiblemente modificada; costumbres y tipos son por completo diferentes, y en las calles adviértese gran número de árabes que de esta parte de la isla hacen la concurrencia con los inevitables chinos. Entre los hombres, el peinado de aleta, el capote y los calzoncillos han reemplazado la enagüilla y el pañuelo de seda lisa de los malayos.

Así vestido y con el *kriss* (puñal) á la cintura, el comerciante ó el señorito javanes de esta ciudad se adelantan graves, acompasados y taciturnos, naturaleza triste en la cual se adivina á la primera ojeada el peso de un yugo.

En el hotel encontramos, como en Batavia, la misma cáfila de vendedores que nos asalta y fastidia. Son muy caros estos hoteles; siempre llenos, se aprovechan de la concurrencia que no ha de faltarles y dejan correr las cosas á la moda antigua: el viajero se coloca donde buenamente puede y algunas veces han de colocarse tres ó cuatro en una misma habitacion.

Pero tengamos paciencia, que en la guerra como en la guerra y dos días, sobre todo cuando han de emplearse en ver cosas nuevas é interesantes, pasan con gran velocidad.

Los alrededores de Samarang son vulgares. Olores nauseabundos se escapan de los pantanos que inundan á cada flujo las aguas del mar, y la villa es excesivamente mal sana, como puede comprenderse.

Para ganar el camino de hierro que debe conducirnos á Soerakarta, atravesamos una extensa llanura fangosa y húmeda, donde sólo de trecho en trecho se ven colosales grupos de bambúes.

Cinco horas se emplean para llegar, y bien pronto de haber partido, el camino entra en un suelo más elevado. La vegetacion comienza á mostrarse hermoseada, el verde esmeralda de los campos aparece ya á ambos lados de la vía, y enormes zanjas del terreno ocultan á menudo á nuestra vista paisajes deliciosos. Echamos de ménos caminando por aquí la vieja diligencia, el pesado armatoste en que viajaban nuestos padres, muy incómodo, muy ruidoso, todo lo que se quiera, pero que tarde ó temprano llegaba siempre y había dejado tiempo para admirar una belleza, hacer unas quintillas á la vista del objeto que las inspiró y tomar un apunte en el álbum de

paisajes, compañero inseparable de todo buen *touriste.*

Hénos aquí ahora en una floresta bastante pobre, compuesta de una misma especie de árboles de largas hojas: es el *teck*, madera preciosa para la construccion y muy apreciada y cuidada en la India y los países cálidos. Segun me dicen, estos árboles, por bien abonados que se encuentren, perecen por causa de una enfermedad desconocida; los troncos están casi muertos, las ramas completamente desnudas y las copas absolutamente rapadas. La más insignificante de nuestras florestas de Francia ofrece mayores atractivos, bien que no tiene ninguna de ellas la deliciosa ventaja de servir de abrigo y morada á los tigres.

Desembocamos en la llanura. Aquí todo comienza á adquirir tonos rientes; el cultivo, bastante pobre y descuidado hasta ahora, se enriquece á cada paso; el paisaje se engrandece y extiende, y ya á lo léjos vemos azular vagamente la cima de tres volcanes que ocupan el centro de la isla: á la izquierda el Lawoe, á la derecha el Merapi y el Merbabon.

Entramos por fin en los dominios de Soerakarta. Es decir, en un paraíso que nada sobre la tierra puede igualar, y que la pluma, el pincel y la fotografía lucharían en vano para reproducir fielmente. ¡Cuánta riqueza y cuántas maravillas!

Es una llanura ligeramente ondulada, algunas veces cortada por pequeñas eminencias, sembrada por caseríos innumerables, que más que verse, se adivinan en el fondo de aquellos inmensos bosques de riquísima y brillante verdura.

Bambúes gigantes se alzan por todos lados, y en el centro, como para dar abrigo á las casas, árboles de pan, cocoteros, bananos, bananeros, multitud de árboles frutales que se desarrollan en toda su potencia bajo este sol ardiente y este cielo espléndido como ninguno.

Es, en fin, el paisaje un bosque inmenso sin la monotonía de otros bosques, el paraíso de Adam lleno de cabañas, rodeado por los encantos de la vida y embellecido por los primores de la agricultura.

De cada lado, el suelo ha adquirido nivel por terrenos cultivados de todas dimensiones, de manera que ni un solo metro de este suelo feraz y productivo permanece abandonado, ni se pierde una sola gota del agua destinada para el riego. Esta agua se extiende á traves de mil canales diversos por estas superficies grandes y pequeñas, y ayuda en mil formas diversas á las condiciones inmejorables de la tierra.

Campos inmensos de arroz se extienden aquí por todas partes, y en tanto que los búfalos negros pastan la paja abandonada, otros convenientemente uncidos trabajan para una nueva siembra. Aquí se encuentra el arroz verde, tierno y apénas denunciándose sobre la fangosa llanura, en tanto que en el campo vecino grandes grupos de mujeres van recogiendo espiga por espiga los tallos ya completamente maduros. Más léjos, campos inundados, semejantes á pequeños lagos estancados, se mezclan los unos á los otros formando cascada por las desigualdades del terreno; los lagos están entremezclados de plantaciones de caña de azúcar, de tabaco, de manioc y de índigo.

Una multitud de trabajadores anima la campiña y miles de pasajeros pueblan los caminos; cortadores de caña, cultivadoras de arroz, conductores de carrillos de mano, búfalos negros y zebús de bellísimo color caminan llevando sobre el lomo los niños que los guardan, en tanto que las chiquillas, completamente desnudas, conducen rebaños en la campiña cubierta de pomposo follaje.

Todo esto esclarecido por una luz serena, intensa, forma un cuadro extraordinario que jamas se olvida, que vuelve siempre á la imaginacion y se graba profundamente en la memoria.

Y no es un punto solo; es un largo panorama de veinte leguas con iguales bellezas, con idénticos detalles, el que se desarrolla á los ojos del viajero, que permanece como encantado á la perspectiva de tales y tan maravillosas manifestaciones de esta exuberante naturaleza.

Llegamos por fin á Soerakarta, más cansada la imaginacion con tanto soñar y los ojos de admirar tanto, que el cuerpo de las fatigas relativamente pequeñas del viaje.

Soerakarta es la ciudad javanesa por excelencia, la ciudad santa, la residencia del Emperador y Sultan de Java, descendiente de los emperadores de Mataram.

Es tambien la residencia del Mangcn-nagoro, príncipe igualmente independiente... bajo la proteccion de la Holanda.

La estacion del camino de hierro se halla situada á tres kilómetros de la ciudad. Atravesamos algunos terrenos inundados, poblados de pequeñas casetas construídas sobre piés de madera, y á las cuales conducen tablones terminados en rústicas escalerillas. Dejamos á la derecha algunos pobres edificios, atravesamos á lo largo una gran muralla que encierra el palacio y las dependencias del Mangcn-nagoro, seguimos á traves de grandes calles y hermosas avenidas pobladas de paseantes y llegamos al hotel.

Este hotel es verdaderamente encantador; es una grande y rica habitacion particular trasformada por los cuidados más exquisitos en una fonda inmejorable.

El piso principal, con su galería de columnas, su suelo y sus escaleras de mármol, se levanta sobre la avenida que conduce al palacio del emperador y justamente enfrente de la fortaleza holandesa que vela por la tranquilidad de la villa. Vastas dependencias, colocadas al rededor de un jardin delicioso, sobre el cual da el comedor, inmensa habitacion abierta á todos los vientos, se extienden para el más grande *confort* de los viajeros.



Soerakarta: una calle de árboles.

Mi primera visita es para la Presidencia (1), en la cual debo presentar mis cartas de introduccion.

(1) Llamamos así al edificio en que habita el gobernador holandes.—(N. del T.)

El palacio se halla cerca del hotel; cincuenta metros apénas la separan, pero la etiqueta exige que se vaya á ella en carruaje para cualquier asunto, y una calesa tirada por dos caballos me deposita perfectamente vestido de negro en el vestíbulo del palacio.

El presidente, que habla frances tan correcta-

mente como un parisien, me recibe con una amabilidad y una gracia encantadoras, me promete ayuda y proteccion y pone á mi disposicion inmediata los caballos de posta del Estado para que los utilice si por acaso me decido á verificar algunas excursiones por el interior del país.

He llegado afortunadamente á tiempo para asistir á una gran fiesta que debe celebrarse en la residencia del Emperador, con ocasion de la circuncision de sus hijos. La ceremonia debe tener lugar dentro de algunos días, y en ella tendré ocasion cumplida y bien rara por cierto de estudiar de cerca una de las cortes más curiosas de Oriente. Por otra parte, el presidente, por indicacion mía, me ha solicitado una audiencia del Mangcnnagoro.

Este es el príncipe más rico de Java; es inteligente, liberal y acoge perfectamente á los extranjeros: puedo, pues, contar como segura mi audiencia. Pero de acá á entónces tengo lugar sobrado para recorrer la ciudad.

De regreso al hotel, me despojo de un traje que considero ridículo para la poblacion en que me encuentro é insoportable para el calor tórrido que me abrasa, me coloco un traje blanco, y sin cuidado alguno por la preocupacion existente en la ciudad de que no caminen por ella sinó en carruaje los extranjeros, me lanzo al azar á traves de las calles de Soerakarta.

El barrio mercante recuerda instantáneamente los barrios mercantes de Samarang y Batavia. Pero si Batavia nos hace el efecto de un parque inmenso, si los caseríos se esparcen en la llanura dentro de bosques encantadores, Soerakarta parece toda ella perdida en medio de una verdadera floresta.

Las calles son largas y anchas avenidas llenas de filas de árboles soberbios, variados y de profuso ramaje; las casas desaparecen por completo detras de ellos y á la simple mirada no se apercibe otra cosa que copas de verdura. Otras veces, las casas rodean la avenida, de la cual las separa un canal de agua corriente, atravesado por un gran número de puentes pintorescos.

La fisonomía de las calles es extraña. ¡Cuán léjos nos sentimos aquí de nuestra querida Europa! Tal calle de éstas es un desierto, tal otra, situada á solos veinte metros de distancia, es una arteria de vida exuberante, de circulacion extraordinaria. Gran número de mercaderes de ambos sexos se hallan colocados á ambos lados de la avenida, los unos con su gran quitasol, los otros, más pobres, agrupados bajo los árboles cerca de sus puestos. Os ofrecen vestidos, utensilios de cobre, legumbres, frutas, bebidas y mezclas desconocidas. Es una multitud compacta la que circula por esta especie de mercados. Pasáis, y nadie se aparta del lugar en que está colocado; pero sea respeto, sea indiferencia, que más me inclino por esto último, nadie se toma el trabajo de fijarse en vosotros. Yo me aproximo á una vendedora para comprar diversos objetos que me llaman la atencion y baja los ojos como avergonzada y confusa.

Cosa extraña y que produce singular efecto. En esta poblacion que bulle, que se agita, no se escucha otro rumor que el murmullo silencioso que denuncia á una multitud que reposa. No parece sinó que se halle uno dentro del templo y que sean bóvedas sagradas estas verdes bóvedas que fabrica el capricho de la Naturaleza sobre nuestras cabezas, reuniendo las ramas de los árboles. Ni la risa de los niños ni la voz de los hombres produce ruído alguno. Todos con los piés desnudos caminan silenciosos ó hablando en voz baja como temerosos de que les sea sorprendido algun secreto. En una palabra, parecen un pueblo de conspiradores, acechados por la policía.

Aun cuando vivan en medio de una naturaleza millonaria, esto no obsta para que la mayoría de la gente sea pobre. Bien que por aquí ser pobre, es decir, no tener un cuarto, no implica la consecuencia de morirse de hambre como en otras partes.

Hombres y mujeres llevan una especie de capotillo tejido de lana ó seda, de colores brillantes, cuya combinacion en caprichosos dibujos reclama una atencion considerable, y que flota en anchos pliegues á manera de zagalejo. Los hombres llevan el cuerpo encerrado en una chaqueta sumamente estrecha y las mujeres en un pedazo de tela de color sombrío que las desgracia sobremanera. Los niños ruedan completamente desnudos por el suelo y las niñas llevan al cuello, suspendido de una cadenita de metal, un pequeño corazon de oro, de plata ó de cobre dorado.

Llego á la avenida que conduce al palacio ó kraton de la residencia imperial, precisamente en el curioso momento en que pasan el mundo oficial y los altos dignatarios de la corte.

Vestidos de capotes más vistosos y de trajes hechos con paño más fino que el usado por el comun de los mortales, el jefe con la cabeza engalanada por bonetes de todos colores y hechuras, sobrepuestos los unos á los otros en progresion decreciente, el *kriss* ó puñal colocado en un riquísimo cinturon, estos personajes se adelantan lentos y graves, seguidos por criados que conducen parasoles verdes, amarillos ó azules, segun la dignidad de sus dueños.



Interior de una casa malaya.

Para los príncipes de la sangre, el parasol es de oro. Príncipes y grandes dignatarios llevan tras sí el acompañamiento obligado de los parasoles, una escolta de lanzas más ó ménos numerosa y dos pajes ó dos jóvenes doncellas, una de las cuales conduce un platillo de oro con hojas de betel, y la otra una especie de escupiderilla donde se arrojan éstas despues de mascadas.

Al pasar un príncipe, los javaneses le dan frente y se inclinan en una profunda cortesía. Para el Emperador, se prosternan de rodillas, bajando los ojos al suelo, porque la curiosidad de mirar es signo imperdonable de desacato.

Estas gentes son poco agradables en general; las mujeres sobre todo, cuyo perfil presenta una línea extremadamente fea por causa de la nariz aplastada y los pómulos salientes en demasía.

Hay que distinguir, sin embargo, aquí como en otras partes dos especies: la una deformada por la servidumbre y los trabajos duros, la otra elevada por el buen vivir y el descanso. Los cultivadores, en efecto, y la plebe en general, presentan un tipo por completo distinto del de los príncipes y los dignatarios, y no son otra cosa que producto de una mezcla de malayos y papúes de los designados bajo el nombre de *kalanks*, los cuales pretenden existir en estado de raza pura en ciertas partes de la isla.

La alta clase tiene la tez clara, el rostro largo, la boca ménos gruesa, la nariz ménos aplastada, los pómulos ménos salientes y el cuerpo más esbelto; nótanse en ella contornos elegantes y rasgos que no carecen por completo de encanto.

La avenida, en la cual me encuentro, es larga y bella; la sigo hasta Craton y me encuentro en una gran plaza cuadrada, plantada de árboles magníficos.

Las altas murallas del palacio cortadas por una puerta monumental, ocupan toda la fachada que me da frente; á la derecha hállase situada una iglesia de las más modestas, detras un cuerpo de guardia y dos pequeños edificios que encierran los tribunales de justicia, y á la izquierda habitaciones particulares, casas javanesas y la casa de los tigres.

Dos hombres pasan ante mí conduciendo unos cuantos perros muertos y los sigo hasta llegar á un rincon de la plaza. Sordos rugidos me anuncian el lugar donde nos encontramos.

Una puerta se abre y penetramos en un patio en medio del cual se eleva una jaula de colosales dimensiones. Es una verdadera casa construída á estilo de fortaleza y en condiciones inexpugnables. Los barrotes están cruzados, y tan cerca los unos de los otros que á traves de ellos no podría pasar el brazo.

Al aproximarnos, los tigres que olfatean la proximidad de su presa, se inquietan, cruzan ansiosamente del uno al otro lado y lanzan miradas llenas de fuego por los intersticios de la jaula. Uno de los hombres sube por una escala hasta una trampa colocada en el techo de la caja, y entónces los rugidos y los saltos crecen extraordinariamente. Cuando por fin la presa cae al suelo, comienza una lucha encarnizada, una pelea sin nombre, en la cual se advierte tanto de horroroso, de espantable, que la impresion de aquel espectáculo no podrá apartarse jamas de mi imaginacion. A pesar del abominable olor que se escapa de la carne, una fuerza desconocida mantiene fija mi vista sobre aquel cuadro de sangre y de fiereza, y los ojos pegados á los intersticios de la jaula sigo hasta en sus menores detalles las peripecias de la lucha.

Los rugidos cesan; cuatro tigres por cada cadáver tiran hacia sí de sus pedazos, en medio de sordos y roncos gruñidos, y no se ve otra cosa que masa informe, choque de cuerpos, patadas terribles, hasta que cada uno, siempre como es natural saliendo los débiles peor librados, se apodera de su trozo de presa, lanzando todavía rugidos de rabia.

Estos tigres son destinados á combatir con los búfalos en las grandes fiestas, en las cuales son casi siempre vencidos; se les reserva tambien para el *rampoc*, del cual hablaremos más tarde.

Vuelvo al hotel, donde me encuentro una carta del presidente, en la cual me anuncia que el Mangcn-nagoro me hace el honor de recibirme al día siguiente á la una.

La noche llega, y como no podría vagar solo sin perderme en esta ciudad desconocida, doy órden á mi javanes de que me conduzca por donde bien le parezca, á traves de las avenidas y los *faubourgs*.

Atravesamos en el centro por hermosas calles, animadas como en pleno día. ¡Cuánta gente! Cada cual conduce consigo una linterna, y es ciertamente fantástico el aspecto de estas calles de árboles, por donde se ven correr, de uno á otro lado, multitud de lucecillas. Los reglamentos de policía mandan expresamente esto, para que la ciudad no permanezca á oscuras por completo.

Las gentes pobres llevan en vez de linterna una rama de árbol seca, inflamada con un licor especial, y la agitan constantemente para denunciar su presencia.

La impresion que esto produce es inmensa. No

parece sinó que os halléis en la vía del Corso de Roma, en aquellos días de gozosa actividad antecesores de la Pasion, en los cuales se viste la severa Roma el traje sonriente de los carnavales, y juega en la oscuridad de la noche con las luces de los *mazzaloti*.

Llegamos á los *faubourgs*, y todo se torna silencioso en esta grande floresta misteriosa. No se ve una sola casa, ni se escucha el rumor más leve, y sentiríase cualquiera trasportado al seno del desierto. La luna se halla en su lleno; pero su blanca luz apénas si consigue atravesar la sombra de los árboles bajo los cuales caminamos. No alumbra sinó las copas, y se esparce en matices de perlas sobre las hojas lucientes del panero, y da tonos de encanto y de misterio á las ramas gentiles y apretadas de las palmas, de los cocoteros y de los bambúes.

En medio de este silencio religioso, la imaginacion, al detenerse en tanta maravilla, se siente atraída por la necesidad imperiosa de meditar. Se piensa en la vida de estas razas ahora despertadas al progreso, en la sombra de estas florestas, que parece como retrato de las sombras del espíritu de estos pueblos, y mírase la luz pálida de la luna como luz que, allá de la civilizacion de Europa, llega entre las corrientes de estos mares, para chocar como ellos en las costas y extenderse en hermosos cambiantes por la playa.

Tambien aquí esa muralla de la supersticion, más dura que la muralla de los puertos, detiene el paso de la idea, como detiene el acantilado la marcha orgullosa de las olas. Tambien aquí las sombras del espíritu, como las sombras de la floresta, luchan con la luz plateada de la luna, luchan con la luz del progreso que parte desde Europa, y pugnan por ocultarla, y se esfuerzan por escapar al calor de sus rayos.

¡Cuánta riqueza de tonos! ¡Cuánto efecto sorprendente é incomparable! ¡Cuán bello es todo esto!

Cruzamos grandes espacios de sombra, sin linternas y sin mechas alumbradoras; esto es una contravencion de lo dispuesto; pero felizmente no existe policía que pueda hacer constar el hecho.

Más léjos, y á bastante distancia del camino, se escapan de una choza olores de opio y rumor de gente trasnochadora: es una especie de taberna donde se han reunido en festin algunos chinos. Pasamos de allí, y avanzamos siempre bajo el peso de las mismas emociones, admirando los mismos cuadros en una tarea que no podría parecer fatigosa á la fantasía más exigente.

## VI

El palacio de Mangen-nagoro —Conveniencia.—El *Bridal room* javanes.—El peligro de un viaje.—El hijo del príncipe.—Los dientes de ébano.—Nada de harem.—Una expedicion convenida.—Las caballerizas.—A traves del campo.—La recepcion.—La elaboracion del azúcar.—Regreso á la ciudad.—*A giorno*.—El *gamelan*.—Cacofonía sin ejemplo.—Funerales.—La danza de las lanzas.—La danza de los *kriss*.—La danza de las mujeres.—Filosofía del baile.—Los javaneses estudiados por su música y sus danzas.—Noche completa.

La mañana siguiente, á la una en punto, el intérprete de la Presidencia vino á buscarme en un carruaje para conducirme al palacio del príncipe.

Este palacio es una ciudad dentro de la ciudad. Rodeado de muros, flanqueado por todas partes de defensas, cortado por vastos patios, extensas galerías y hermosos jardines, encierra toda una poblacion de servidores y clientes.

Las mujeres hacen por lo general el servicio del interior.

Penetramos en un amplio patio en el fondo del cual se levantan dos inmensos soportales. Estos dos soportales se suceden y se tocan. El primero sirve de sala de audiencia; un peristilo con fronton, en el cual campean las armas de los príncipes de Mangen-nagoro, le precede y está sostenido por treinta y cuatro pilares de madera con incrustaciones de oro y amueblado con objetos de arte, pinturas y esculturas.

Por la noche, el salon se ilumina por grandes arañas compuestas de lámparas de petróleo. Está embaldosado de mármol y los hermosos sillones que lo decoran se hallan cubiertos con fundas de seda, lo cual prueba que áun en palacio, los javaneses son más amigos de la conveniencia propia que de las envidias que pueda proporcionar á los extraños el espectáculo de su riqueza.

Ninguno de estos muebles tiene la más leve seña de color local. Nada de gusto oriental: muebles, bronces, divanes, todo es de procedencia y corte europeo, todo ha venido de París.

Este palacio abierto á los cuatro vientos, tiene

una sala fresca y de las mejor acomodadas para resistir el calor sofocante de Java.

El segundo soportal, colocado detras del primero, es ménos vasto y más íntimo; su ornamentacion, que recuerda la del anterior, es sin embargo infinitamente más rica. Un bello tapiz de Smyrna ocupa el centro y multitud de hermosos jarrones del Japon, calados chinos, divanés bordados, cuadros y estatuas, componen el moviliario.

El fondo está ocupado por tres habitaciones con puertas vidrieras; las de los lados son más simples áun cuando extremadamente elegantes, pero la de enmedio, toda dorada, puede decirse sin titubear que es una obra maestra de lujo y arte de la ebanistería javanesa.

La entrada en la habitacion del fondo está absolutamente prohibida para todos: y esta bella y primorosa estancia sirve de santuario á los hijos de Mangen-nagoro la noche primera de su matrimonio. Volvemos á encontrar aquí por extraña casualidad el *Bridal room* americano.

Un viejo bastante feo, pero de fisonomía agradable y expresiva, avanza hacia nosotros; viene vestido con igual sencillez que el último de los javaneses.



El príncipe Mangen-nagoro.

Es el príncipe.

Algunos servidores le siguen á distancia. Él nos acoge con una sonrisa afable, nos tiende la mano y nos indica que podemos tomar asiento. Dos encantadoras niñas, dos ángeles vestidos con trajes deliciosos, se colocan á sus lados, la una con la caja de betel, la otra con la escupidera.

La conversacion se empeña, banal como toda conversacion sostenida por medio de intérprete. Yo hablo de este bello país, que tanto admiro; el príncipe habla de Europa, que siente mucho no haber visitado y á la cual conoce no por otra cosa que por las invenciones, las artes y la política.

—¿Por qué,—dije,—Su Alteza (tal tratamiento daba yo al príncipe) no va á París con objeto de asistir á la gran Exposicion universal?

—¡Ah!—me respondió,—si no tuviera más que cincuenta años no tendríais necesidad de decírmelo dos veces. Pero tengo setenta y dos, y esta edad es peligrosa para exponerse á viaje tan largo.

En esto, varios criados entraron conduciendo en hermosas tazas de oro el indispensable té. Des-

pues el amable príncipe tuvo la atencion de presentarnos á su hijo primogénito, que se adelantó hacia nosotros caminando de rodillas y haciendo genuflexiones las más extrañas.

No podrá decirse que estos príncipes se hallan cegados por los esplendores del mando. Antes por el contrario, antójaseles tan natural y tan encarnado en sí propios que no han menester del aparato de la soberbia para considerarlo firme y seguro. Por esto visten modestamente, hablan con los inferiores ó los extranjeros confidencial y amistosamente, no se creen autorizados, en una palabra, como algunos soberanos de nuestra sabia Europa, para prescindir del respeto que se debe al súbdito.

Observamos que el hijo del príncipe tose, sonríe y hace muecas para que nos fijemos sin duda en sus largos dientes completamente negros. El uso del betel no ha podido colorearlos de este modo, y es una tintura especial la que da este color de ébano á que los javaneses de la clase alta son tan aficionados. Porque dicen ellos: ¿tener los dientes blancos, no significa tanto como cometer la indignidad de imitar á los monos y á los perros?

Pasamos á visitar el palacio, que ademas de la parte ya descrita se compone de patios rodeados de galerías y de habitaciones destinadas á las mujeres. En esto de mujeres, no veo más que algunas ocupadas en servicios domésticos, fregando los suelos y limpiando las paredes. Nada de harem, á pesar de la costumbre: el príncipe no tiene compañera alguna que parta con él las delicias y amarguras del mando.

Los patios interiores están adornados de plantas y flores encerradas en macetas y jarrones de Japon y China, de jaulas de pájaros de todos colores y especies, de kioskos bastante pobres en honor de la verdad y de algunos árboles raquíticos que desentonan al lado de la prodigiosa vegetacion de este admirable país.

Un aire de abandono extraño reina en la atmósfera de estos patios apartados; todo cuanto se encuentra es europeo y nada reclama poderosamente mi admiracion.

Nos dirigimos á las caballerizas. El príncipe nos abandona, dejándonos bajo la conduccion de uno de sus ayudantes. Antes de partir me ofrece su fotografía y me propone visitar uno de sus ingenios de azúcar situado á algunas leguas de la ciudad.

Es negocio convenido y su carruaje irá á buscarme mañana mismo para verificar la excursion. Al regreso de ella y despues de la comida, el príncipe me da la noticia de que dispondrá en mi obsequio una *soirée dansante*, quiero decir, una danza de bayaderas. Esto sí que es una cosa por demas encantadora.

Estrecho la mano del Mangcn-nagoro, y le expreso mi reconocimiento por tantas bondades.

Visitamos en la cuadras los *poneys* de Timor y los caballos de la Guardia. El príncipe tiene un regimiento que le pertenece, con el grado de coronel del ejército holandes, título y traje de que parece infinitamente más orgulloso que de su calidad de príncipe javanes. Pero caballerizas y caballos no tienen para nosotros nada de notable.

Más curioso y atrayente que todo esto, es la expedicion prometida.

Por fortuna, la campiña se aparece mostrando todos sus esplendores; y esta correría en carruaje, tirado por seis caballos que marchan al galope, la vista del cementerio chino á la izquierda, los árboles gigantes que á uno y otro lado se levantan, los *campongs* y sus habitantes, todo en fin cuanto nos rodea, causa en el ánimo una sensacion indescriptible de curiosidad y admiracion.

Despues la acogida que se me dispensa á la llegada no puede ser más afectuosa. Un hijo del príncipe nos espera, y despues de un pequeño *lunch* en que figuran añejos vinos del Rhin, emprendemos la tarea de visitar la fábrica de azúcar, despues las máquinas para prensar la caña, y por último las salas en que el azúcar extraída ya cristalizada, se encierra en sacos dispuesta para ser conducida al mercado.

Por la noche nos retiramos á Soerakarta á tiempo de entrar en el palacio á la hora dicha para asistir á la representacion prometida.

La inmensa sala está iluminada á *giorno*. El alumbrado es perfecto y creeríase uno en pleno día. Nos instalamos en cómodos sillones, el príncipe en medio, el intérprete á la izquierda y yo á la derecha.

A un lado, hállanse colocados doce jóvenes, el dorso desnudo y el resto vestido con trajes brillantes y ricos, agrupados en medio de numerosos servidores; al otro, y tendidas en tierra, cinco javanesas cubiertas por telas sombrías, y detras sesenta javaneses con sombreros y vestidos negros, inmóviles ante una coleccion de instrumentos los más extraños.

Es la música de Magcn-nagoro; estos hombres son los ejecutantes, y los instrumentos, cuyo conjunto se llama *gamelan*, forman una orquesta la más célebre de Java.

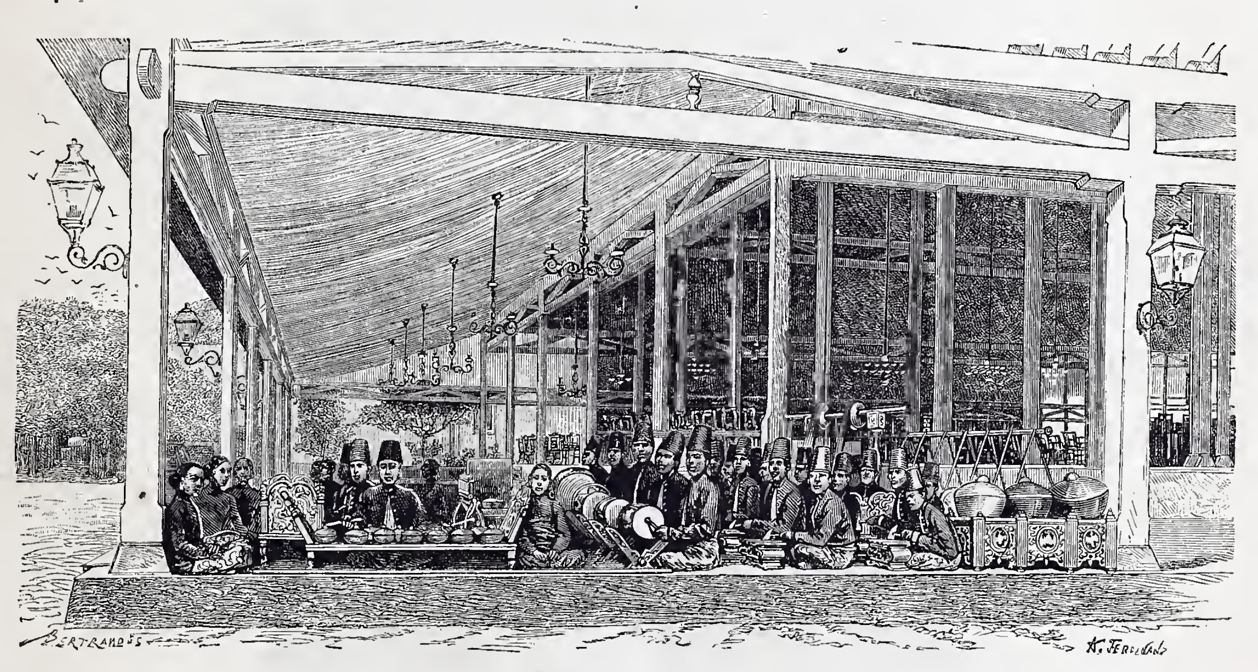
—Esta orquesta fué creada por el primer Mangcn-nagoro y yo soy el cuarto,—me dice con aire de orgullosa satisfaccion el viejo príncipe.

Esta música se compone de instrumentos de cobre, de especie de marmitas de todas formas y tamaños, desde la simple cacerola hasta la más gigantesca expresion de los instrumentos culinarios, de larga serie de láminas de cobre de dos pulgadas á más de un metro de longitud, dispuestas sobre pedestales grandes y pequeños de bronce esculpido, de láminas de madera sonora dispuestas de igual manera (recordando la *marimba* americana), de *gongs* (1) de todos tamaños, desde diez centímetros á seis piés de diámetro, en fin, de violones de dos cuerdas de una forma desconocida.

Cada instrumentista está armado de palos ó varillas terminadas en una bola de tela ó vaqueta para golpear los instrumentos.

Prévia una señal del maestro, la orquesta comienza á sonar. Es una mezcla de sonidos extraordinarios, unas veces dulces, argentinos y apagados, las otras mugidores y terribles como el desencadenamiento de una tempestad. Entre aquel chocar de notas desconocidas, de armonías extrañas, surge de repente para ser apagado momentos más tarde, un motivo encantador que solamente podría percibir el oído de un músico experto; pero en general, esto suena á mis orejas con una cacofonía sin ejemplo.

De tiempo en tiempo la voz aguda y penetrante de las mujeres, se une como los gemidos de un desgraciado á los acordes de esta música llena de tristeza y podría tomarse á estos hombres vestidos de negro que permanecen silenciosos al otro extremo de la sala por sacerdotes asistentes á un responso: se creería asistir á un servicio fúnebre más que á la celebracion de una fiesta.



El *gamelan*.

Desde la primera nota, cuatro jóvenes se destacan del grupo. Llevan por vestido un calzon rojo y un capotillo de colores brillantes, y á la cintura fuertes y hermosos *kriss* (puñales) de cachas cubiertas por filigrana y adornos de plata; su pecho está cubierto por una larga plancha de oro.

Su peinado, hecho con un pañuelo javanes fuertemente almidonado que les rodea la cabeza y les deja por detras dos puntas sueltas á manera de grandes alas, es muy original. Se pintan el labio superior con corcho quemado, figurando bigote de guías muy empinadas. Llegan arrastrándose hasta nosotros, se prosternan con las manos unidas ante el príncipe, se levantan y saludan.

Los servidores del palacio les traen lanzas. Es el baile de las lanzas el que sin duda van á ejecutar.

Se agrupan, se separan, se amenazan, combaten. Pero con unos movimientos tan acompasados y un ritmo tan lento, que apénas parece que figuren una danza guerrera. Levantan el pié, giran sobre él, y lo vuelven á colocar en el suelo con gran cuidado. No es gente que se hará nunca

(1) Especie de tambores usados por los negros.

daño, y los golpes con que amagan no lastimarán jamas á nadie.

Pasamos á la danza de los *kriss*. Los otros cuatro ejecutantes llegan con iguales ceremonias que los primeros. Su manera de vestir es semejante á la de éstos; pero llevan la cabeza cubierta con magníficos cascos javaneses en forma de diadema. En la mano izquierda llevan una especie de escudo de cuero, dorado y labrado, que figura un águila de dos cabezas. Ostentan en brazos y muñecas ricos brazaletes de oro.

Luchas, bruscos movimientos, paradas súbitas, puñales que se enlazan, hieren, resuenan al compas de la música: esta es la danza de los *kriss*.




Danza de las lanzas.

Veamos la danza de los palos. Los bailarines difieren de los precedentes, por los salvajes adornos que cubren sus cuerpos, y los escudos de oro que agitan en las manos. El movimiento se acentúa. Ataque, contestacion, parada, todo es uno; éstos golpean de verdad; escúchase el choque de la madera contra la madera, resuenan los escudos al encontrarse con los palos de los combatientes, la orquesta se permite notas guerreras, chirrean desesperadamente los violines, retumban los *gongs*, los platillos se agitan en locas convulsiones, el príncipe no puede moderarse: el furor de la danza

se enseñorea en él. Marca el compas con manos y piés, me mira orgulloso, como queriendo decirme: «¿qué te parece? ¿has visto nunca nada comparable con esto?» Yo me inclino en señal de asentimiento, le felicito y le doy las gracias por el placer que me proporciona.

Circulan los vinos y los refrescos. El príncipe bebe agua, sobriedad que no parece muy conforme con su entusiasmo de hace un momento.

Llega su vez á las mujeres: las veo despojarse de sus mantos. Imaginaba yo que llegarían todas á la vez ó formando artísticos grupos y difíciles



Danza de los *kriss* y los palos.

figuras, algo, en fin, semejante á nuestros bailes eurepeos. No fué así sin embargo: danzaron una tras otra, y su baile parecía interminable.

Se adelanta la primera con hombros y brazos desnudos, oculto el pecho con una banda que lo estrecha fuertemente marcando sus contornos. Lleva un calzon de cuyos lados salen dos aletillas de seda azul. El peinado es javanes: cabellos retorcidos formando rodete, flores entre ellos, alhajas en los brazos y en las manos, y pendientes en las orejas.

¿Cómo hablar de esta danza imposible de definir porque le falta carácter? ¿Qué es esa mujer con su mirada fría y sus lánguidos movimientos?

Agita los brazos, se retuerce las manos con lentitud desesperadora, emprende pasos que debieran ser rápidos y que ella hace acompasadamente. Las caderas permanecen inmóviles y apénas se ven los piés de las bailarinas. La danza es púdica. Sólo las extremidades se mueven como tentáculos de coleópteros enfermos ó patas de araña moribunda, sin que el espectador logre nunca alcanzar los sentimientos que expresan.

De vez en cuando lanzan sus compañeras gritos plañideros, á los cuales contesta ella, á manera de canto mortuorio, palabras que no puedo com-



Danza de mujeres.

prender. ¿Es aquello una danza? La danza es un lenguaje que canta la embriaguez, el furor ó la lubricidad. Todo habla en ella, las manos, los brazos, las piernas, el rostro. El cuerpo es una lira que vibra, y de él se escapan mil melodías silenciosas.

¿Qué extraño temperamento el de este pueblo, que en las diversiones y juegos que todo otro celebra de una manera brillante, no halla para su canto más que acentos de una tristeza mortal, y para sus danzas nada más que movimientos de una triste melancolía? No parece sinó que este pueblo no pueda expresar otra cosa que la resignacion y el dolor, y no celebre en sus cantos y sus danzas

otra cosa que el hastío de la vida, y los recuerdos de una existencia pasada desde hace veinte siglos en la servidumbre y la abyeccion.

Esta es la diseccion de la danza en ella misma y por el criterio que á nosotros nos merece. Por lo demas, es muy probable que esta música se halle repleta de encantos que yo no haya sabido gustar y que esta danza tenga para los javaneses los mismos atractivos que para nosotros el cancan más insinuante y expresivo. De seguro que no cambian ellos sus danzas por las nuestras; y tan verdad es esto, que habiendo preguntado á S. A. el Mangcu-nagoro si había visto alguna vez en su vida danzas europeas, volvió prestamente la faz con tal expresion de horror que me recordó la figura de San Antonio en el desierto.

A las once, la sesion se levantó y yo dí al príncipe un millon de gracias, porque á la verdad no encuentro nada con que comparar su amabilidad exquisita y seductora. El puso por su parte sus danzadores, su *gamelan* y todo su palacio á mi completa disposicion, á fin de que yo pudiera sacar fotografía de lo más notable si tal era mi deseo.

En tal tarea pasé ocupado durante todo el día siguiente.

## VII

Ruínas.—Soekol.—Aventura arriesgada.—Fracaso.—Compensacion.—Oposiciones sobre la semejanza de ruínas.—La teoría de Fergusson.—Méjico y Jara.—El poder de la religion.—El regreso.—El kraton.—El tío del emperador.—Aspecto del patio.—El *gamelan* del emperador.—El hijo del Sultan.—Paseo del primer ministro.—El pabellon de la ceremonia.—Impertinencias del tío del Emperador.—El *rampoc*.—Fiesta salvaje.—Títulos y honores.

Uno de los objetos más principales de mi estancia en Java era el estudio de la semejanza de ciertas ruínas de este país, con las ruínas búdicas de la América Central.

Las más importantes de estas ruínas hállanse en Boeroe Boedor y Brambanana, sobre el Dieng, á una distancia de dos jornadas de Samarang, y en el Kédiri, parte oriental de la isla.

Otras ruínas se encuentran tambien sobre el Lawoe, á diez y ocho horas solamente de Soerakarta y decido visitarlas sin perder momento.

Me advierten que el camino es por todo extremo molesto y no desprovisto de serias dificultades. Hay que seguir á todo lo largo de la montaña volcánica, caminar ántes á caballo hasta la villa de Soekol y proseguir despues á pié hasta ganar el lugar de las ruínas.

Quiero, sin embargo, tentar la aventura. Mando para ello disponer dos caballos de posta, y parto por fin una mañana á las cuatro, provisto de mis instrumentos de fotografía, indispensables de todo punto para hacer un estudio serio y detenido de los monumentos, sin necesidad de hallarse ante el original.

Todo iba bien al principio de la excursion, pero á las seis ú ocho leguas de la ciudad, mi carruaje se destroza y me encuentro en medio de la campiña, sin ayuda de ninguna especie y forzado á pasar la noche en un *campong*. Utilizo á lo ménos mi mala ventura tomando paisajes diferentes y encantadores, y á la mañana siguiente, desprovisto ya de mi primer entusiasmo, regreso á Soerakarta bastante humillado de mi mala fortuna.

Alguno me consuela diciéndome que las ruínas de Soekol no son otra cosa que el ensayo de restauracion de una época de decadencia y que no datan más allá del siglo XIV.

Segun sir S. Raffles, son áun más modernas que esto y se remontan nada más que al siglo XV, 1435 á 1440, es decir, ménos de cuarenta años ántes de la extincion completa de la religion índica en Java.

Segun el mismo autor, que en competencia de la materia no debe ser dudoso á los ojos del más exigente, los monumentos de Soekoe son los más groseros y vulgares edificios que existen en la isla y pertenecen á una secta depravada del Brahmanismo.

La parte más interesante de estas ruínas como la de los monumentos de la última época javanera, es su semejanza extraordinaria con los edificios de Méjico y del Yucatan. Esta semejanza podrá obedecer á mera casualidad, como observa Fergusson en sus comentarios, pero lo cierto que el hecho es evidente y la semejanza existe.

Los etimologistas, por otra parte, no presentan dificultad ninguna para admitir que la raza malaya haya podido extenderse á la isla de Madagascar, y en este caso nada más natural y probable que esta raza ó cualquiera otra aparente se haya extendido por el Continente americano.

Sea lo que quiera, ello es, en definitiva, que la

semejanza de ambos monumentos nos ha impresionado vivamente á todos los que con ánimo de estudiarlos hemos visitado los países de Java y la América Central.

Fergusson dice que los javaneses, lo mismo que los americanos, no pueden haberse enseñado mutuamente el arte de construir, pero que una antigua y comun fe, la sangre, los instintos hereditarios en una palabra, han podido sobrevivir y revelarse en ambos pueblos y producir los mismos efectos á grandes distancias. Si la causa no es ésta, la semejanza no podría obedecer á otra cosa que á un simple accidente, á una casualidad inaudita, sin ejemplo en el Universo.

Pero no, la causa debe ser esa y ninguna más cercana de lo posible. El poder de la idea, la religion únicamente sin el contacto directo de uno y otro pueblo, no sólo pueden, sinó que indispensablemente deben producir identidad y semejanzas, comunidad de caractéres.

Si el espíritu modifica la materia, si está sujeta ésta á las indicaciones de la voluntad, si el arte no es una cosa genuina, inconsciente, que se revele por sí propia, si influyen en su marcha los pensamientos del hombre, si el progreso modifica su estructura y la trueca y trastrueca siempre por una causa, jamas por el azar, si es verdad todo eso, y claro es que no puede ménos de ser verdad, por ese terreno y en esas deducciones, sin haber de acudir al terreno matemático, todo viene en apoyo de la teoría de Fergusson.

La religion que influye directamente, que forma, mejor dicho, las costumbres, la religion, que enseña al arte su camino y encadena los hombres y lleva en sus alas del uno al otro pueblo el sello mismo de su grandeza ó sus debilidades, ¿no ha podido, no ha debido indispensablemente ser causa de aquella semejanza?

Sí, esto es lo cierto. Y por tan cierto lo tengo, que si mañana los vientos llevaran á otros astros que el nuestro, donde se agite la vida humana, las palabras de Cristo, si tuvieran allí eco las humildades de cuerpo y las grandezas de espíritu del cristianismo, las generaciones de la tierra á quienes sea dado navegar por la inmensidad de los espacios, encontrarían al llegar á aquellos lugares la esbelta figura de nuestras catedrales góticas y el contorno mismo de nuestros templos, y el carácter de nuestra pintura religiosa y las manifestaciones todas artísticas de nuestra vida.

Todo este pensar y maquinar sobre lo mismo, me empeña más y más en mi hipótesis y me esfuerza en nuevos estudios, de los cuales pueda deducir un día matemática certidumbre.

Me vuelvo entretenido con estas reflexiones á Soekoe, sin olvidar que dentro de dos días, el 24 de Julio, tiene lugar la fiesta dada por el Emperador.

Llego felizmente á Soerakarta con tiempo de asistir á ella, y á la verdad que no tengo por qué arrepentirme de mi oportunidad.

El presidente nos había dado cita para las seis de la mañana, y fuimos exactos. Cuando yo llegué, hallábanse allí reunidos los principales negociantes holandeses, los empleados superiores y los príncipes javaneses: los civiles en traje negro, los príncipes con su uniforme del ejército, el presidente y su cortejo con los trajes oficiales.

Montamos en carruaje y nos dirigimos al kraton.

Como el palacio del Mangcu-nagoro (1), el palacio del Emperador forma por sí solo una pequeña ciudad, si bien tiene un aire de fortaleza superior al de aquél. Atravesamos un primer patio colocado entre dos cintas de murallas espesas, y enfilamos en medio de gran número de soldados javaneses, un largo corredor que semeja la entrada de una ciudadela.

Somos recibidos al final de él por un viejo de setenta y cinco años, vestido con rico traje, de figura jovial y que nos estrecha á todos la mano: es el tío del Emperador.

Penetramos despues en un inmenso patio, y aquí todo es extraño y maravilloso, de un color extraordinario: el cuadro es épico y á su vista no parece sinó que sueñe uno. Tan difícil es acomodarse á la idea de que sea cierto y real aquel conjunto de novedades que asalta á los ojos.

En medio del patio un ancho soportal, enlosado de mármol, abriga una multitud vestida con trajes brillantes; á la derecha, á la izquierda, por todas partes, ante nosotros y detras de nosotros, hállanse millares de hombres, el busto desnudo, arrodillados en un recogimiento profundo. Llevan zagalejos de colores vivos que semejan el brillo de las flores, y enormes cadenas de oro que se destacan fuertemente formando contraste sobre sus carnes de bronce. Sus cabellos están colocados á la javanesa, detras de sus cabezas coronadas por altos bonetes blancos, negros ó azules. Toda la parte anterior del patio está llena de mujeres igualmente agrupadas.

Ni un solo asiento se ve en este espacio inmenso, y más humildes que las piedras de nuestras calles, todas estas gentes prosternadas forman un verdadero mosaico humano.

---

(1) No Mangcn-nagoro, como por error de caja hemos dicho en páginas anteriores.

A la izquierda apercibo el *gamelan* del Emperador, y más léjos un cuerpo de tropas europeas con su música militar.

El Sultan ocupa el centro de la estancia sobre un sitial dorado; avanzando á la izquierda, su tío sobre un taburete dedícase al fatal vicio de mascar con aire de satisfaccion un enorme chicote de betel; más cerca de él, el príncipe heredero, encantador niño de diez años, reposa en el suelo con las piernas cruzadas, en tanto que á su derecha aparece el presidente en un sillon elevado. Dos filas de sillones han sido dispuestas para nosotros, y en ellos nos instalamos despues de haber saludado tres veces.

El Sultan y su hijo aparecen resplandecientes de oro y pedrería.

Un largo silencio, no interrumpido sinó por golpes de tos violenta que ataca á su majestad, se sigue á nuestra llegada; un bello niño tiende humildemente la escupidera al Sultan. Creeríase que el desgraciado no tiene idea de su belleza. El acceso se calma al fin, y previa una señal, uno de los javaneses de bonete azul, hizo arrastrándose todo el camino que le separaba del Emperador, ante el cual se detuvo con las manos juntas, como quien venera una imágen. Es el primer ministro, por más que en esta vieja Europa para quien ya son atrasadas hasta las fórmulas constitucionales, considere imposible que haya un hombre investido de la calidad de ministro capaz de postrarse tan indignamente á los piés del jefe del Estado.

Durante esta ceremonia ridícula y degradante, para el del bonete azul se entiende, el tío del Emperador, un viejecillo de cabellos blancos, todo sonriente y jugueton, viene á instalarse cerca de mí. Se ocupa de mil cosas por conducto del intérprete y bien pronto me pone al corriente del ceremonial. Me explica que el bonete negro simple es llevado por los oficiales inferiores, el blanco por los empleados del palacio, el azul por el primer ministro y los miembros de la familia imperial, y el negro galoneado de oro y guarnecido de alhajas por el Emperador. No puedo contener la risa cuando el viejecillo me pregunta muy serio qué clase y colores de bonete usan los funcionarios de los Estados europeos.

El primer ministro, recibidas su órdenes, vuelve á su puesto; el *gamelan* entona un aire javanes, el cañon suena y todo el mundo se levanta. El Sultan se coloca á la cabeza dando el brazo á el presidente; nosotros le seguimos y se dirige hacia un lindo pabellon adornado de guirnaldas de verdura y cuyo suelo y paredes están guarnecidos por riquísimos tapices.

Los hijos del Sultan llegan en grupo. Vienen coronados de flores; sus bustos desnudos están cubiertos de cadenas de oro, sus brazos y sus manos de alhajas y sus cabelleras están retenidas á la espalda por grandes peinetas de esmalte. Podría tomárseles por encantadoras muchachas. Son siete, casi todos de la misma edad, de doce á catorce años, pequeños, delicados y finos; áun cuando ilegítimos y de Java, ello es que son príncipes.

Penetran uno despues de otro en el pabellon donde los esperan el Emperador, su tío, el Mangcu-nagoro y los grandes dignatarios de la corona.

La orquesta militar y el *gamelan*, recrean alternativamente nuestros oídos con lo más escogido de sus aires.

Terminada la ceremonia, cada cual regresa á su sitio en el mismo órden. Entónces, unos cuantos criados vienen á ofrecernos vinos exquisitos de España en ricos vasos de oro. Cada vez que bebe el presidente, levanta su vaso y lanza un bríndis al Emperador y á su hijo, á quienes la multitud aclama entusiasmada. Ante nosotros vemos desfilar gran número de otros criados cargados de víveres y de flores ofrecidos á las mezquitas. Pero muchas más flores que víveres.

El mismo ceremonial á la salida que á la entrada: la música nos despide con sus tonos desacordes, el cañon truena siempre y nosotros desfilamos.

Pero hé aquí que el viejo tío del Emperador se ampara de mí y me persigue tenazmente haciéndome preguntas á cual más indiscretas. ¿Qué le importará saber si yo soy casado y el número de mis descendientes? Creo percibir el objeto de su insistencia: quiere sin duda vanagloriarse de fecundidad, porque á mi respuesta de que no tengo hijos me lanza una mirada de piedad, vuelve la cabeza al otro lado conteniendo la risa, se arregla el bonete con aire de importancia y acercándose á mi oído con los ojillos muy alegres, me confía que tiene ochenta hijos y que Alah le envía nueva remesa de ellos cada año. Despues de escuchado esto, soy yo el que no puede contener la risa, y despues de haberle felicitado, le estrecho la mano y emprendo el camino del hotel.

La fiesta, sin embargo, no ha terminado; despues del mediodía debe tener lugar un *rampoc*.

A las dos todo está dispuesto para la representacion. Sobre la plaza del kraton, cuatro filas de javaneses armados de fuertes lanzas de quince á diez y ocho piés de largo, se hallan formados en un cuadro que tendrá de cincuenta á sesenta me-

tros por lado. Las dos primeras filas están de rodillas, y las otras dos levantadas. El conjunto forma una barrera infranqueable de puntas aceradas. En medio del cuadro una gran caja de bambú cubierta de paja, y cuya puerta no se halla sostenida más que por una cuerda sumamente delgada, encierra un tigre.

El emperador y su corte se hallan instalados, al abrigo de los parasoles oficiales, sobre la muralla del palacio, que sirve de plataforma. A su derecha se hallan los miembros de la colonia extranjera, y á la izquierda el indispensable *gamelan*. Los grandes árboles de la plaza abrigan de los rayos del sol á una multitud compacta que va á presenciar el terrible espectáculo.

Previa una señal, el *gamelan* entona un aire guerrero sobre un motivo bastante pacífico por lo lento, y dos javaneses, destacándose de las filas, se dirigen hacia la jaula. Pero no han de asustarse mis lectores, porque aquellos hombres no van á luchar con la fiera cuerpo á cuerpo como los esclavos y los mártires cristianos en los circos de Roma: su papel es más seguro y práctico, áun cuando ménos glorioso. Llevan una mecha encendida, con la cual ponen fuego á la paja, despues de hecho lo cual se retiran lentamente y en cadencia de baile, siguiendo el compas de la orquesta.

Durante este tiempo la paja arde, y el tigre, sofocado por las llamas y los trozos de madera ardiente que llueven sobre él, tiende á huir de su encierro; ruge de furor, balancea la caja con estrépito, y salta rabiosamente hasta que las llamas, dejándole la puerta abierta, despues de destruir la débil cuerda que la sujetaba, le muestra el espacio libre de incendio y, á su parecer, de muerte, al cual se lanza bravío é impetuoso, con igual arranque que emprendería la marcha á la libertad de sus bosques y á la soledad de sus selvas, despues de un encierro de mucho tiempo.

Pero al verse en medio de tanta gente, el tigre, como el toro al lanzarse á la arena, detiénese lleno de asombro. Dirige los ojos de una á otra parte, da algunos pasos y vuelve á vacilar. El momento se halla lleno de ansiedad aterradora: ¿de qué lado habrá de dirigirse la fiera? Ruge, salta, se detiene y, por último, apercibiendo á los dos javaneses que se retiran cadenciosamente al compas de la orquesta, se lanza sobre ellos. Estos dirígense entónces vivamente sobre los hombres de las lanzas, y desaparecen entre sus filas, que instantáneamente se abren y cierran para cubrirlos.

El tigre retrocede entónces, dirige una mirada ansiosa al rededor, y despues, replegándose sobre sí mismo, de un esfuerzo desesperado, de un salto prodigioso tiende á franquear el círculo humano que lo encierra; pero bien pronto cae revolcándose sobre la arena traspasado por veinte lanzas, con las cuales él mismo se ha dado muerte. Un grito salvaje se le escapa y á el se mezclan las aclamaciones y los aplausos de la multitud. La fiera, en su agonía, todavía se deshace en sacudimientos poderosos y de enormes patadas rompe gran número de lanzas como si fueran de vidrio.

El espectáculo es bello, grandioso y salvaje hasta lo imposible.

Traen una nueva jaula con otro tigre que sufre igual suerte que su compañero. Ningun accidente ocurre, por más que me aseguran que suelen ser frecuentes. Algunas veces el tigre da un salto tal, que franqueando la barrera de las picas cae sobre las últimas y va rodando por el otro lado de la plaza. Entónces aquel animal tan fiero corre á esconderse como un gato entre los carruajes, cuyos caballos llenos de terror relinchan y patean desesperadamente, y allí han de ir para buscarle y darle muerte los hombres de las lanzas.

Eso es lo que se llama un día completo de fiesta.

Pero no terminaré el relato de las de hoy, sin confiar á mis lectores los nombres, títulos y cualidades del soberano que tan excelente acogida nos ha dispensado. Se verá por ello que no es ningun pigmeo.

El Sultan se llama:

«Su Alteza que es adorada, el objeto de veneracion, el clavo del mundo, el general en jefe del ejército de guerra, el servidor del Misericordioso, el señor de la fe, el regulador de la religion, que es el noveno.»

Su hijo, ¡tan jóven y ya tantos títulos! Se llama «Su Alteza, el señor que es servido, el excelente jóven señor que lleva la provincia sobre sus rodillas, el divino monarca hijo del soberano de Mataram.»

En cuanto al Mangcu-nagoro, este amable príncipe se llama solamente:

«Su Alteza, el señor que es servido, el excelente señor, el gentil hombre que lleva la provincia sobre sus rodillas, que es el cuarto.»—Esto es verdaderamente humillante.

Despues hay una multitud de títulos y preámbulos para designar á los altos funcionarios.

Pero hago de ellos gracia á mis lectores.

# VIII

Djokjokarta.—El carruaje.—Los caballerizos.—El paisaje.—Los cultivos.—Los chiquillos.—Poseedores y poseídos: los que pegan y los pegados.—La ribera.—Trasbordos.—Marcha triunfal.—Asi caminan los grandes.—El templo de Boeroe-Boedor.—Los bajo-relieves.—Los Budhas.—El regreso.—La noche.—Brambanam ó los Mil Templos.—Ignorancia ó pereza javanesa.—Ganesa, dios de la Sabiduría.—Comparaciones entre los monumentos javaneses y los monumentos americanos.—Plan de relato.

El 27 de Julio tomamos el camino de hierro de Djokjokarta.

A las cinco de la mañana habíamos perdido de vista los minaretes del Kraton, siguiendo un camino de tres horas y média á traves de campiñas cubiertas de plantaciones de azúcar.

Djokjokarta es capital donde reina otro sultan: es el nombre más histórico de Java. De 1825 á 1830 ondeaba allí victoriosamente el pabellon de la revuelta.

El príncipe Dipu-Nagoro, tutor de un Susuhunan menor de edad, hombre dotado de una ambicion desenfrenada, hacía frente á las fuerzas holandesas, que no lograron el triunfo sinó con la sangre de quince mil soldados de los cuales eran ocho mil europeos, y con cincuenta y dos millones de francos. Hoy reina la paz más perfecta en los memorables campos de batalla de aquella guerra; ante nuestra vista van desfilando en su pintoresca regularidad plantaciones de arroz, de caña de azúcar y de índigo. Los jefes indígenas, altivos sicambros que han doblegado la cabeza, galopan al lado nuestro en sus caballos ricamente enjaezados. Son, y esto se ve bien, de raza antigua. Su tipo, de alta frente y nariz correcta, es muy diferente del comun del pueblo, y sus modales tienen una distincion que se hace notar á primera vista. Hacen galopar sus caballos con una perfeccion extremada, teniendo un gran cuidado en hacer resaltar su esbelto talle, sus *kriss* antiguos, sus sortijas de diamantes. Son, en fin, verdaderamente gentiles y elegantes.

En cuanto á nuestros caballos, no se alborotan y permanecen pacíficamente unidos al carruaje. De pronto, nuestros brillantes caballerizos se lanzan al galope por todas direcciones, distribuyen con prodigalidad sendos latigazos á diestro y siniestro, detienen los grupos de peatones que llevan sobre su cabeza el aceite de coco encerrado en odres de madera, apostrofan á los muchachos que saltan por los arrozales, penetran en las cabañas ocultas á la sombra de los bananos; en una palabra, registran y escudriñan toda la poblacion de estos lugares.

Cada uno de ellos regresa con un escuadron improvisado; una mitad da de golpes á los acompañantes que caen, la otra, dando feroces gritos, imprime al carruaje una útil y vigorosa impulsion. Éste adelanta algunos pasos contra el deseo de los peones recalcitrantes. ¡Ah! no sé quién me enumeraba el otro día las castas que habitaban á Java; pero me parece que hoy no existen más que dos: los poseedores y los poseídos, esto es, los que pegan y los que son pegados.

Estábamos decididos á hacer el viaje á caballo, en recuerdo de nuestras bellas cabalgatas de Francia; pero esto constituye aquí una verdadera imposibilidad. Sería una mortal herida hecha en prestigio de los blancos, los cuales no deben circular sinó á semejanza de los bajás, es decir, en carrozas á las cuales se enganchan por tribus aquellas dulces poblaciones cuando los cuadrúpedos están cansados.

En efecto: hemos recorrido todos los dominios del emperador casi llevados en brazos de los hombres; nada podía calmar el celo de nuestros rajhas y gendarmes, que bien á pesar nuestro ponían á contribucion las poblaciones de tan extraña manera.

En diez horas de camino anduvimos seis ó siete leguas: verdad es que en este tiempo nos ofrecían por doquiera exquisitas frutas, y extinguían á cada momento la horrible sed que sentíamos bajo aquel sol de fuego.

De esta manera pudimos ver con todo detenimiento cómo recolectaban el arroz, usando un procedimiento que en nada difiere del ya descrito.

Con ligeras variantes, se renuevan durante el viaje idénticas escenas. Montañas y picos á la izquierda y pequeñas colinas á la derecha interrumpen la monotonía de las llanuras, y sin quitar nada á la riqueza del paisaje, nos proporcionan á cada instante nuevos motivos de admiracion.

El camino, bastante desigual, nos impone una caminata ménos rápida, y tan pronto como á la subida los caballos sienten el peso del tiro, rehusan avanzar, siéndoles indiferentes las voces de los conductores, pues éstas se extinguen en el va-

cío. Los latigazos y las pedradas no producen tampoco efecto.

Se buscan parejas de búfalos. Los campesinos javaneses nos traen dos parejas, las cuales por medio de un trote bastante desagradable, arrastran los caballos y los carruajes. Una vez concluído el ascenso de la montaña, fué necesario beber y pagar; pagamos.

Poco despues llegamos al borde de un ancho río. Las presas son escarpadas; pero como el agua que se emplea en regar agota la del río, pudimos pasar éste á pié enjuto: pasamos nosotros, pero para el carruaje fué otra cosa; los caballos rehusaron bajar, como ántes se habían opuesto á subir.

Los desenganchamos, y en lugar de búfalos es ahora una poblacion completa la que viene en nuestra ayuda. Son cincuenta ó sesenta javaneses, tocando, reteniendo, gritando, empujando. Cuando la caravana se encontró del otro lado del río, nos vimos rodeados de una multitud de sombreros y manos extendidas. Propinas, siempre propinas.

La subida de las montañas y el atravesar los ríos, no entran nunca en el precio del alquiler de los carruajes.

En el último descanso, pues ya nos aproximábamos á las ruínas, reemplazamos el pesado carruaje que nos conducía por otro más ligero; teníamos cuatro caballos en lugar de seis, y dos minutos despues de haber salido de la poblacion, abandonamos el ancho camino para tomar otro de travesía que nos conduce directamente al Sud. Siempre los mismos cultivos, la misma fertilidad, igual amontonamiento de sombrías poblaciones.

Encontramos una boda javanesa con su obligado cortejo de campesinos vestidos en traje de domingo; aquellas pobres gentes se apartan respetuosamente á nuestro paso y llegamos á Progo, río ancho, profundo y de rápido curso.

Una barca nos espera y en ella hacemos el trasbordo; primero nosotros, despues el coche y las caballerías.

Atravesamos un gran pueblo, dejando á la derecha una ruína encantadora, coronada por un árbol gigantesco; penetramos en una magnífica calle de árboles, y llegamos, en fin, al pié de una colina artificial, sobre la cual se eleva, en medio de un bello paisaje, acaso el más grandioso monumento del mundo: el templo de Boeroe-Boedor.

El carruaje nos deja sobre una terraza cercana á una linda casa javanesa: es la habitacion del guardian del templo, y por un momento envidio su dicha por tener tan cerca maravillas tantas.

Aquí permanecemos estupefactos ante creacion tan grandiosa. No se sabe, no se comprende nada al primer momento. La mirada no abraza otra cosa que un conjunto enorme de rocas sombrías, que forman el aspecto más extraño y fantástico á la semi-oscuridad de la madrugada.

Poco á poco el día se hace y van apareciendo como gigantes de luz que broten del seno de las tinieblas, edificios maravillosos, detalles que forman larga serie de obras maestras.

La admirable vegetacion que nos rodea, esta fila bordada de monstruos de todas formas y de budhas de todos tamaños; este edificio extraño y el sol que lo inunda en oleadas de oro; belleza, grandiosidad, luz, todo se reune para llevarnos al éxtasis y hacernos experimentar una de esas sensaciones que jamas se borran de los sentidos ni del alma.

¡Qué efecto no debería producir este monumento en su estado primitivo, cuando ahora, casi arruinado por el tiempo, devastado é incompleto, impone tales emociones! Ensayar describirlo sería vano: ni áun las fotografías y el grabado pueden ser fieles representaciones. Porque ellos graban los contornos; ¿pero cómo determinar estas sombras misteriosas, estos tonos de luz esplendorosa, estos colores de la vegetacion, estas galas de la flora?

No podemos, pues, consagrarle, porque de otro modo la tarea sería inmensa, más que una ligera noticia.

El gobierno holandes ha hecho publicar una monografía, acaso incompleta, del templo, con un texto del Dr. Leemans, el sabio director del Museo de Leyde. Los dibujos son insuficientes, pero no así la letra, á la cual remito á aquellos lectores aficionados al estudio de estos gigantes monumentos levantados por impulso de la fe religiosa.

Todos los detalles que empleo en la descripcion de los bajo-relieves están tomados del texto de M. Leemans.

El templo de Boeroe-Boedor, que segun la opinion del ilustre sabio data del siglo VIII, es la más brillante manifestacion del genio búdhico en Java, donde tantos otros monumentos notables existen.

El edificio se levanta sobre una colina natural que le sirve de base, y la parte que constituye el templo es la altura de aquélla doblada de piedras.

No es un monumento á la manera que nosotros entendemos esta palabra, porque la llanura sobre la cual se extiende es una masa plana y maciza sin interior alguno. Es una aglomeracion de es-

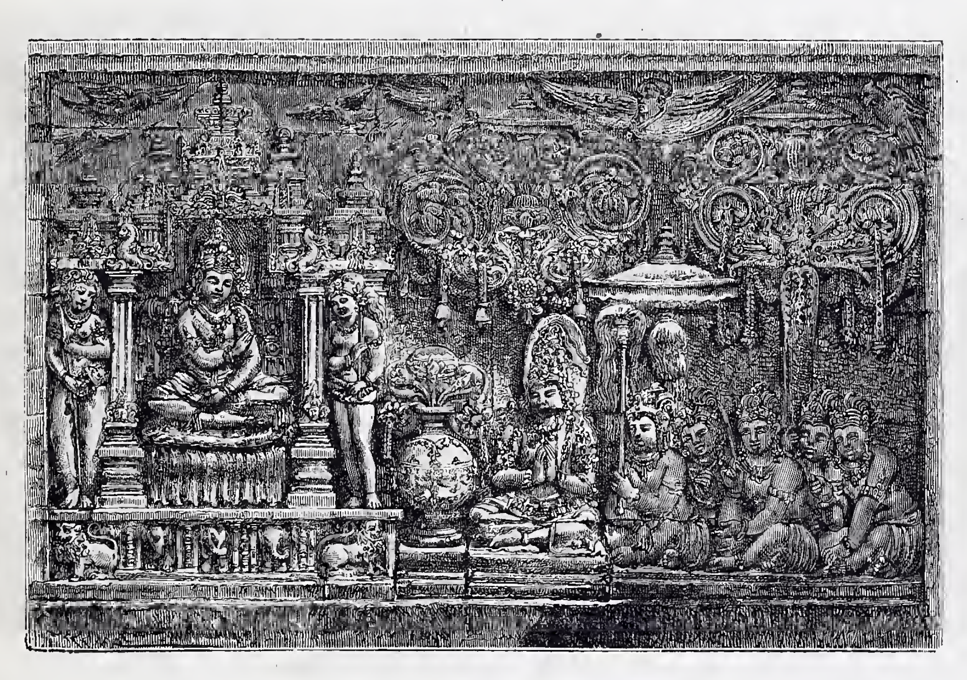
tatuas, de columnas, de cosas grandes y maravillosas.

Boeroe-Boedor encarna la leyenda del futuro Budha; la historia de Suddhodana, su padre y su madre la reina Maya (Flor de belleza, Flor de virtud), es el anuncio divino de que el dios Bodhisattva vendrá á encarnarse en ella. Esta dará á luz al príncipe Siddartha, que abandonará la corte de su padre con sus placeres y grandezas, renunciará al trono que le espera para colocarse el hábito del anacoreta y convertirse en Sakya-Muní, el gran reformador. Es, en suma, la epopeya de Budha, toda entera, esparcida en seiscientos treinta y seis cuadros, donde veinticinco mil personajes danzan, charlan y cantan la maravillosa historia de Dios.

Y nada de grotesco, como en ciertos famosos monumentos de la India. No, todas estas figuras viven, las composiciones son perfectas, y el arte más refinado ha presidido á la ornamentacion.

Las cornisas se hallan separadas unas de otras, formando una parámide truncada, dominada por una terraza, sobre la cual ábrense multitud de rotondas que abrigan Budhas de tamaño natural: hay quinientos cincuenta y cinco de éstos en todo el edificio.

En medio, una inmensa rotonda abriga un Budha colosal.



Bajo-relieve del templo de Boeroe-Boedor (Núm. 1).

El monumento tiene ciento veinte metros de base, sobre cerca de cuarenta de altura. De lo alto de la gran rotonda el panorama que se abraza es verdaderamente mágico, y para hablar cumplidamente de él sería preciso agotar el repertorio de las fórmulas admirativas. Pero podrá formarse siquiera leve idea de lo gigantesco de la obra, cuando se diga que todos los bajo-relieves, puestos á continuacion los unos de los otros, cubrirían una línea de cien kilómetros.

Hé aquí una explicacion sumaria de algunos de estos bajo-relieves.

En el bajo-relieve número 1, un príncipe, encerrado en su palacio entre sus dos mujeres, recibe toda especie de regalos, entre los cuales se encuentra un cuadro que parece representar un Budha.

El primer bajo-relieve del grabado número 2 representa á Sakya-Muni, entreteniéndose, á lo que parece, en la conversacion de sus favoritos, de otros príncipes, ó quién sabe si, por el contrario extremo, con peluqueros que adornan su cabeza.

En el segundo un príncipe y una princesa, aislados en sus palacios respectivos, se entretienen con varios personajes de alta condicion.

El tercero reproduce un cuadro á todas luces simbólico, que debe expresar la idea siguiente:

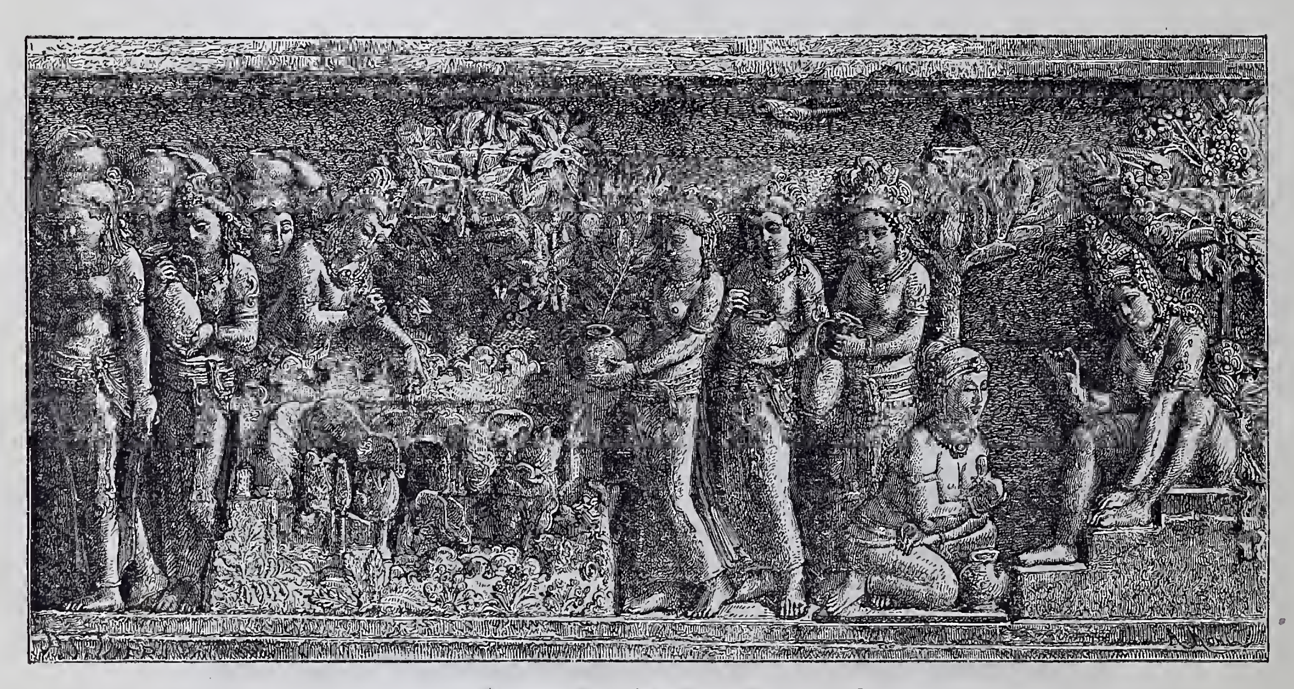
Sakya-Muni, el futuro Budha, recibe los homenajes de séres divinos y poderosos. Tendido muellemente sobre un cojin de lotos, atraviesa un

mar, cuyas orillas parecen designadas por árboles y formas convencionales de rocas. A su derecha dos grandes serpientes ó nagas, habitantes del Océano, levantan la cabeza de las profundidades de las aguas; á la izquierda tres espíritus marinos caen de rodillas sobre las olas y ofrecen cosas preciosas al religioso que atraviesa su reino. En fin, otros espíritus celestes que son conducidos por las nubes, y piadosos habitantes de la tierra, que por suerte de la penitencia, la abstinencia y las maceraciones han adquirido poder sobrenatural, esparcen sus dones de flores y coronas sobre Sukya-Muni.

Entre estos personajes, que sebalancean en las nubes, vénse piadosos brahmanes. Coronas de flor del loto y de otras flores llueven sobre él y cubren el espacio que lo rodea.

Lo que el artista haya querido indicar con el objeto hemisférico colocado ante Sakya-Muni, no está muy claramente explicado. Y es necesario de todo punto, para bien comprender el pensamiento que quiere expresar el cuadro, haber encontrado la significacion de este objeto.

Seguramente que este bajo-relieve es uno de los más bellos de todos cuantos se conservan entre las polvorientas ruínas de Boeroe-Boedor, tanto por la idea cuanto por la ejecucion en que está desenvuelta.



Bajo-relieve del templo de Boeroe-Boedor (Núm 3).

Críticos competentes pretenden que el original puede ser comparado á las más bellas obras del arte griego.

El último bajo-relieve de esta misma plancha representa un navío que parece hallarse á riesgo de naufragio por causa del viento y de las olas que lo empujan y destrozan. Uno de los hombres del equipaje se ha asido á la parte inferior del gobernalle. Un grupo real acompañando á un niño, se encuentra á las orillas derramando toda suerte de dones sobre jóvenes y viejos, que acaso representen los tripulantes que han podido salvarse del naufragio y ganar la costa. A distancia se ve una casa construída en la forma todavía usada por algunos pueblos de las Indias neerlandesas.

El bajo-relieve núm. 3 debe contarse entre los más bellos de Boeroe-Boedor, tanto á causa del gusto con que están colocados los grupos, cuanto por las formas graciosas de las aguadoras en él representadas.

Nueve mujeres se agrupan al rededor de un estanque, en el que crecen flores de loto, y sobre el cual se ciernen multitud de pájaros. Estas mujeres se hallan ocupadas en verter el agua en vasijas de formas y tamaños diferentes, y conducirla despues al vecino templo. Un príncipe colocado á alguna distancia bajo un árbol, contempla á una de sus mujeres, que, inclinada de rodillas ante él, le ofrece graciosamente su vaso lleno de agua.

Este bajo-relieve, á nuestro entender, es el más bello y de más purísimo estilo.



Templo de Brambanam

El conjunto del templo de Boeroe-Boedor es esencialmente búdhico y recuerda por su forma los topes que se encuentran en la India, los cuales se remontan á los tiempos de Asoka, el Constantino del budhismo.

Con efecto, unos doscientos cincuenta años ántes de Jesucristo elevó al rango de religion del Estado una religion que hasta aquella fecha no contó, como el cristianismo ántes de Constantino, sinó pobres y humildes, que practicaban su culto tan sólo por una peligrosa tolerancia.

Los más notables de estos topes se hallan en Sanchi en el Bophal, en Sarnath, cerca de Benares, en Gandhara, en el Afghanistam y en Manikyala, lugar colocado en el Punjab, entre el Iudus y El Hysdape. Todos éstos sirven para guardar las reliquias de Budha, las cuales se encuentran encerradas en un *dagoba*, especie de relicario que ocupa la mitad del tope.

Estos monumentos tienen todos por lo general la forma cónica ó semi-esférica. Se hallan completamente llenos de reliquias, y cada rey las añade nuevas al depósito ya formado, construyendo para ello un nuevo piso ó un local agregado. De suerte que por adiciones sucesivas estos edificios adquieren sucesivamente proporciones considerables.

Así, el de Manikyala, que es el que mejor proporcion y parecido guarda con el templo de Boeroe-Boedor, tiene, por causa de las adjudicaciones, un diámetro de ciento veintisiete piés, lo que viene á suponer cerca de cuatrocientos de circunferencia. Ademas tiene dos galerías espaciosas, exteriores, especie de paseos que recorren los fieles en sus peregrinaciones, y que elevan su diámetro á ciento cincuenta y nueve piés, y á quinientos la circunferencia.

Las cinco galerías de Boeroe-Boedor, destinadas igualmente á las procesiones de los fieles, guardan exactamente el corte de la antigua tradicion. Su forma, su interior llano, sus esculturas, todo conviene y nada deja lugar á duda sobre un orígen puramente búdhico.

En Birmania hay tambien una pagoda esencialmente moderna, con cinco galerías circulares como las de Boeroe-Boedor. Es notable por todo extremo encontrar esta misma tradicion y éste género mismo de arquitectura, perpetuándose durante dos mil años y manifestándose simultáneamente en regiones tan apartadas las unas de las otras.

Apuntaré solamente, que pasamos en Boeroe-Boedor,—y el lector habrá de comprenderlo, sin que me esfuerce mucho en probarlo,—un día que jamas podrá apartarse de mi imaginacion. Tomamos algunas fotografías, recorrimos aún aquéllos fantásticos lugares, siempre de sorpresa en sorpresa, de admiracion en admiracion, y terminada finalmente nuestra pequeña exploracion, encontramos bajo los grandes árboles de compactas hojas, ante el templo mismo, una mesa en la cual había servida una excelente comida acompañada de exquisitos vinos.

No hay para qué decir con cuánta delicia nos aprovecharíamos de ambas cosas, despues de todo un día empleado en dar vueltas al rededor del gigantesco monumento.

Pero la noche llega y es preciso partir. ¿Cómo llegaremos á la ciudad? Cosa es ésta que no importa en gran manera. ¿No nos hallamos en disposicion de espíritu para soportar toda clase de pruebas (pruebas de placer, se entiende)? Pues bien: hé ahí un tiempo dulce, un camino bello y un cielo cargado de estrellas.

En mejores condiciones no se hizo jamas jornada alguna, y nos ponemos en marcha.

El paisaje es de lo más pintoresco que pueda conocerse. Multitud de lucecillas asoman en todas partes entre las espesuras de los árboles, y las aguas de los ríos plateados por la luna lanzan al deslizarse millares de brillantes reflejos; las palmeras, los campos de arroz, todo aparece iluminado y embellecido. Tendiendo la mirada atras, se experimenta una sensacion desconocida al contemplar el inmenso templo bañado en la luz moribunda de la luna. Los tonos han cambiado: de la grandeza han pasado á la melancolía, y en aquella semi-oscuridad en que aparece Boeroe-Boedor, diríase que se ha encarnado el velo poético y misterioso de los años que oculta á nuestra mirada los detalles de aquel culto extraño y de este arte enterrado en el seno del abismo.

A cada momento la campiña desarrolla á nuestros ojos mayores bellezas y nuevos cuadros. Llegamos por fin á la ciudad á media noche, ébrios de admiracion y destrozados de fatiga.

En Brambanam, lugar adonde llegamos por el camino de hierro el siguiente día á las once, las ruínas se componen de un solo grupo de templos colocados sobre pirámides, y de una cierta importancia, á juzgar por los despojos.

Uno solo de estos templos consérvase casi entero, y visitamos en él cuatro capillas, en las cuales se encuentran divinidades índicas perfectamente conservadas, entre ellas una imágen de Ganesa y una diosa Laksmi. Ganesa es el dios de la Sabiduría, y preside en los matrimonios de los príncipes y en los principales sucesos de la vida.

No tiene sinó una defensa, habiendo perdido la otra en singular combate con Vichnu.

Ante cada ídolo se encuentra una pequeña pieza subterránea, donde se ocultaba el padre para consagrarse á los oráculos.

El edificio está rodeado de grandes pórticos, de ídolos mutilados, de piedras esculpidas, de explanadas donde debieron antiguamente existir otros templos y las habitaciones de los sacerdotes.

El estado lamentable de estas ruínas no permite apreciar sus proporciones exactas. Pero lo que se adivina claramente es que estos hundimientos han debido obedecer á un fuerte temblor de tierra: los hombres no se han tomado el trabajo de restituírlos despues á su condicion primitiva.

Nuestro guía, visitadas estas ruínas, hace intencion de conducirnos de regreso á la estacion del camino de hierro. ¡Cómo! ¿Será esto todo cuanto resta de los mil templos prometidos?

Ignorancia ó pereza, el javanes nos hace formalmente seña de que, en efecto, no queda más que visitar. No queremos creerlo y nos lanzamos al azar en la campiña.

Bien hago con esto, por que un poco más léjos encuentro un otro grupo de templos dispuestos en cuadrados, con un edificio central de la misma forma, pero más importante: en todo diez y siete templos.



El dios de la Sabiduría.

Comienzo nuevamente mi inspeccion artística. Cinco metros más allá, sobre un inmenso terraplen con cuatro entradas guardadas por monstruos de forma extraña, encontramos el más considerable de estos grupos de templos, y quedo asombrado al escuchar su nombre: es el Chaudi-Siva, que se compone de unos trescientos pequeños templos dispuestos en cuadrado, desarrollándose los unos y los otros formando tres largas filas con un edificio central considerable.

Todos estos templos están formados por encantadores pabellones de una arquitectura elegante, de tres metros de anchura por ocho de alto, y con el interior abovedado.

Estos edificios son en todo semejantes; no difieren unos de otros sinó por los bajo-relieves que los decoran. Contenían y contienen aún, unos grandes estatuas de Budhas representados de tamaño natural, los otros Budhas en miniatura, admirablemente esculpidos y colocados dentro de pequeños nichos.

El Budha es siempre el mismo: es un tipo consagrado; en cuanto á los bajo-relieves, son ménos bellos, ménos primorosos y ménos finos que los de Boeroe-Boedor.

Algunos hacen remontar las ruínas de Brambanam al siglo IV; pero no hay dato alguno en que indisputablemente pueda apoyarse tal afirmacion. Los más eruditos me responden que no existe documento alguno que determine tal cosa, y que lo mismo pasa con los edificios de Dieng y de Kediri.

Por lo demas, la constitucion misma de los templos denuncia inmediatamente un orígen djaínico. Vénse por esto Budhas y dioses y santos djainistas, mezclados á las imágenes y dioses del Olimpo brahmánico. Se deduce, naturalmente, que el budhismo, despues de haber sucedido al brahmanismo, convirtióse en djainismo, combinacion ó fusion de las dos doctrinas precedentes, y que los monumentos de Brambanam, pertenecientes á esta última religion, son, con mucho, posteriores al templo de Boeroe-Boedor.

Sir Stamford Raffles hace remontar los monumentos de Brambanam al siglo XI, y esta opinion tiene todas las apariencias de verdad indiscutible.

No encontramos sinó un monumento muy antiguo que hable de Java. Es una relacion de las doctrinas búdhicas y sus monumentos, hecha por el sacerdote chino Fahiam en 415.

Este padre había caminado de la China á la India el año 400 para buscar libros sagrados, y á su regreso las tempestades ó las corrientes lo arrojaron sobre las costas de Java.

Dice que los brahmanes florecieron en la isla, pero que la ley de Budha no estaba allí en grande apogeo. Esto viene á demostrar tambien que el

brahmanismo había precedido al budhismo, y que los monumentos de que acabamos de hablar no existen aún, siendo los que viven posteriores, como dijimos, al siglo IV.

En lo que personalmente nos interesaba hemos conseguido nuestro objeto, y estoy ya completamente asegurado de las semejanzas que habíamos supuesto entre los monumentos búdhicos y brahmánicos de Java, y los monumentos de Palenqué y Yucatan.

Este parecido es el siguiente:

Idolos groseros de Artza-Domas, cerca de Buitenzorg, recordando los ídolos de Méjico y los de Copan en Guatemala;

La pirámide, siempre afectada al templo, con plano idéntico á las que se encuentran en Palenqué y Yucatan;

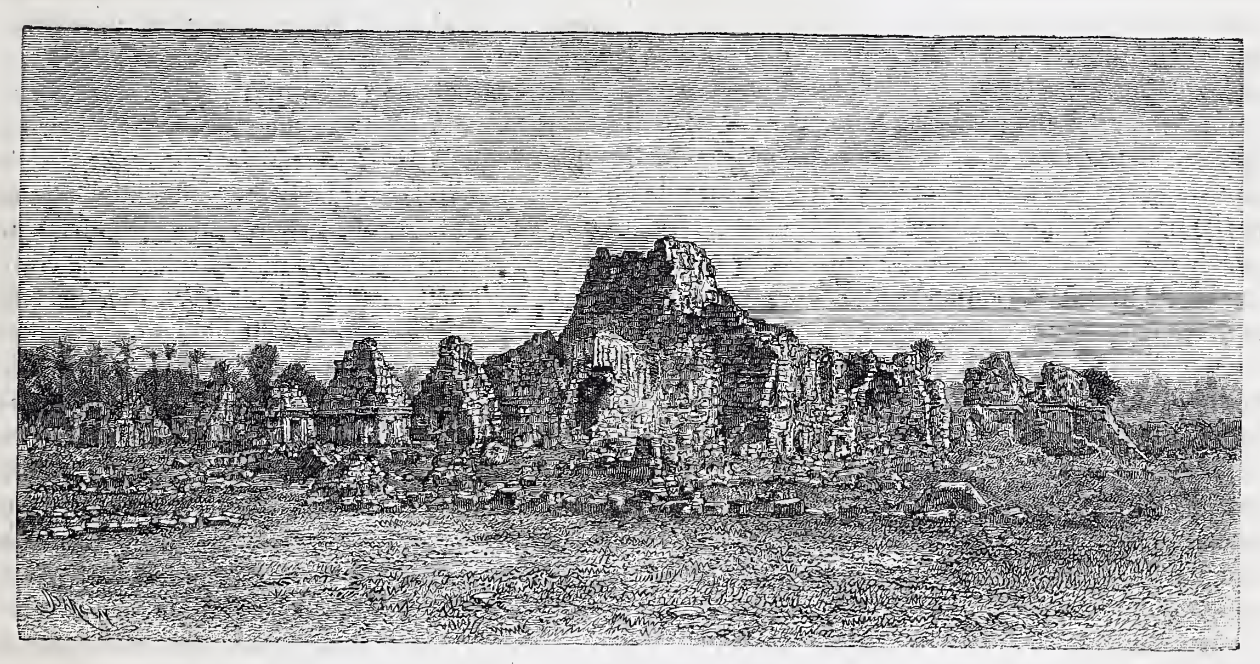
La disposicion de los templos, especies de oratorios, conteniendo el ídolo solamente, con pieza subterránea para la consulta de los oráculos;

La misma construccion interior de los templos, bóvedas y encorvamientos;

Detalles de ornamentacion, terrazas y explanadas, idénticas á las de Yucatan;

Localizacion de los templos en centros religiosos, léjos de las ciudades, sirviendó de objeto para las peregrinaciones, como en Palenqué, Chicheu-itza, y más tarde por los tiempos de la conquista, en Cozumel.

Mi objeto, pues, está terminado en estos lugares. Voy á emprender el camino de Batavia, y á entretener el camino con la descripcion de algunos lugares escogidos al azar, ya del camino que se atraviesa, ya de otros que olvidé colocar á su tiempo oportuno.



Los Mil Templos.

# IX

Secretos del paisaje.—Naturaleza del terreno.—El Kadú.—El *Clavo de Java*.—Mamelang.—Una broma del gobernador holandes.

Entramos en el territorio de las posesiones puramente holandesas. Como se ha podido ver, es al galope de nuestros caballos como recorremos el interior de esta isla encantada.

Exceptuando una sola vez, jamas nos detenemos en estacion ninguna más de veinte horas.

Los cambios de aire calman la fiebre, esta hermana inseparable del viaje por las regiones abrasadas que atravesamos.

Las tierras principales que hallamos á nuestro paso son como islotes independientes, levantados sobre la superficie de un mar sometido á la Holanda. En estos islotes, de un millon de hombres cada uno, en estos terrenos volcánicos donde hierven á la par los fuegos de la Naturaleza y aquellos que apaga la conquista, en estos oásis, últimos donde ha ido á refugiarse la antigua raza de los dominadores de la Malasia, ¡qué de secretos, qué de rabia sofocada, qué de ambiciones extinguidas de una parte, qué de conquistas tácitas de la otra! Bajo estos despojos de la bárbara magnificencia, como en las disposiciones administrativas de una diplomacia autoritaria, ¡cuánta deferencia oficial, cuánta mascarada honorífica!

Nos hallamos en la provincia de Kadin, limítrofe al Oeste del pequeño imperio de Djokjokarta. Cuando admiraba las maravillas de la Naturaleza desde Batavia aquí, decíanme siempre que hallaría en el Kadú el paraíso de Java.

Montañosa y volcánica esta porcion, posee, en medio de terrenos labrados y de hermosas plantaciones, florestas vírgenes é impenetrables. Se ven aquí grandes extensiones de tierra plantadas de café, de vainilla y de índigo, y asombra ver cerca de estos cultivos regulares, denunciadores del progreso, los bosques apretados que hablan al espíritu y á la vida salvaje y aventurera.

¡Ah! Cuando no se ha visto esta verdura imposible de los trópicos; cuando se ha paseado entre los productos de esa naturaleza gigantesca, cuando no se ha admirado esta galanura del paisaje, esta gentileza de la flora, cuando no se ha complacido la vista en mirar iluminadas por este sol ardiente las hojas colosales de los bambúes y las crestas de las montañas, semejantes á inmensas masas de verdura agitadas por la brisa, no puede en manera alguna comprenderse el entusiasmo que experimentamos á cada paso del camino.

Franqueamos una curiosa montaña de una forma exactamente trapezoidal, la cual está absolutamente llena de tecks. Los javaneses llaman á esta montaña el «Clavo de Java», porque pretenden que es el centro de la isla.

Llegamos á Magdang, capital de la provincia. Visita inmediata al delegado holandes. Un ugier que sale á recibirme me da la noticia de que no puede verse al gobernador porque se encuentra enfermo.

—¿Qué tiene?—le pregunto.

—Está malo de frío,—me responde el criado.

No puede darse chanza más pesada: malo de frío cuando yo llego abrasado, sudando á mares, buscando un lugar de sombra para abrigarme de los torrentes de fuego que despide el globo del sol.

Le dejo una tarjeta y me alejo, no sé si debiendo incomodarme por lo pesado de la broma, ó debiendo soltar la carcajada por lo extraordinario de la ocurrencia.

Nos hallamos en un picacho elevado que domina el Merbabú. Por este lado, los Sultanes de Soerakarta y Djokjokarta tendrán segura una irrupcion al corazon del país, y motivo sobrado que la naturaleza del terreno ofrece para pasear triunfante el pabellon de la revuelta.

Pero los holandeses, para cerrar este camino, han elevado un centro de fortificaciones.

Vése en primer término el fuerte de Banjú-Birú (agua azul), comenzado en 1857. Todo cuanto el ingeniero ha podido ejecutar de más sólido, no solamente como trincheras, sinó como almacenes de pólvora, torres de observacion, dobles cestones, líneas de fuegos convergentes, etc., ha sido aquí llevado á cabo y resistentemente ejecutado.

Es una obra gigantesca, cuyas dificultades de realizacion asombran y hacen pensar cuánto puede y vale la perseverancia humana y la necesidad de la defensa. A medida que se colocaba piedra sobre piedra, el agua invadía durante la noche el terreno y perdíase de esta suerte el trabajo de todo el día. Era una lucha de la Naturaleza con

el arte, una burla del elemento complacido en mostrar á aquellos hábiles ingenieros cuán poco valía contra su poder el poder del cálculo.

Y no era sólo el torrente del agua: eran tambien las aguas estancadas, que podridas con el calor del sol, llevaban á los obreros miasmas envenenados que les ocasionaban casi siempre la muerte.

# X

Triunfos de la ciencia.—Sacudimientos volcánicos.—La fortaleza de Ambarrawa.—Los cuarteles.—La vida del soldado.—Vuelta á Samarang.—Convite de oficiales.—Relaciones dramáticas.—Mi habitacion.—Mis delicias.—Un libro del boulevard.

En fin, la ciencia y la perseverancia han triunfado de este suelo movedizo y rebelde. Acaso los cadáveres y las osamentas allí enterradas, hayan servido para fortalecer el terreno en que se levantan las trincheras y las torres. Cuando un gran número de hombres y setenta millones de francos estaban depositados en el fondo de la montaña, la audaz fortaleza, verdadera necrópolis, levantóse para desafiar á invasores y rebeldes.

¡Ah! ¡Si todos salieran de sus tumbas, si todos volvieran á unirse vivos á los regimientos que hoy ocupan á Ambarrawa, las trincheras no podrían contener tantos defensores, y los enemigos no osarían penetrar á traves de sus filas infranqueables!

Planos enviados de la metrópoli han presidido al levantamiento de esta barrera. El viajero se admira de la facilidad con que una mala artillería, lanzando sus fuegos de los contrafuertes de la montaña, podría deshacer estas fortalezas que se hallan completamente indefensas por tales lados. Pero es el caso que despues de tantos trabajos, de tantas luchas, ha sido preciso renunciar al fuego de cañon.

Con efecto, una hermosa noche, el 16 de Julio de 18... sordos ruídos se hicieron escuchar en la montaña: las columnas comenzaron á vacilar como péndulos, los muros se grietearon, se inclinaron y cayeron; las piezas de cañon se hundieron, y la guarnicion espantada, creyéndose á la vista del fin del mundo, se lanzó á las puertas encadenadas. Las mujeres y los niños, que abundan siempre en los cuarteles de Java, lanzaban ayes doloridos entre los heridos y los muertos, el ruído crecía y más incesante era la trepidacion.

¿Y qué había sucedido? Pues había sucedido que la tierra, como avergonzada de sostener sobre ella los medios que sus dominadores querían emplear contra su independencia, había usado del fuego que hierve en sus entrañas. Por esto el Merbabú destruyó en un cuarto de hora los más sólidos cimientos de granito.

Es para mí de palpitante interes recorrer estas ruínas, con los oficiales que testigos del drama me cuentan sus detalles más sangrientos y conmovedores.

Imposible ver, sin sentir el ánimo traspasado de dolor, estos muros destrozados, estas columnas encorvadas, estos pórticos rotos y este suelo, todavía amenazador y terrible, entreabierto por las sacudidas volcánicas.

Abandonamos el Banjú-Birú para ver la fortaleza propiamente dicha de Ambarrawa, magnífico conjunto de pabellones para los oficiales, cuarteles y hospitales construídos hacia 1831. Tres mil hombres ocupan esta posicion; tres mil hombres que todas las noches, al descansar de las fatigas del día, pensarán fundadamente que acaso el sol del siguiente extienda su ardorosa mirada por un monton de escombros y ruínas.

Ha habido aquí que luchar igualmente con tres enemigos casi insuperables: la fiebre del pantano, que ha matado los hombres, el agua fangosa, que ha destruído los cimientos; el fuego subterráneo, que ha balanceado los muros. Pero el ejército colonial, compuesto de los más intrépidos oficiales y por una masa de los más excéntricos y abigarrados elementos, mantendrá sus cualidades, que son una paciencia á toda prueba mezclada á un entusiasmo constante.

Es un curioso espectáculo el de un cuartel en Java: las filas están compuestas por una masa heterogénea de blondos holandeses, de amarillos malayos, de negros africanos y, en general, de aventureros del mundo entero, que vinieron aquí despues de la guerra de Crimea y la revuelta de las Indias inglesas. Habituados al fuego y mantenidos en esta excelente costumbre militar por pequeñas é incesantes expediciones en el Archipiélago, estos soldados reclaman la admiracion de sus jefes en tiempo de guerra.

Cuando el cañon interrumpe su terrible tarea, saben tambien dedicarse á la dulce y regalada vida del hogar. Cuidan de sus hijos y de sus mu-

jeres, alguno se dedica á las tareas patriarcales de la labranza; Marte se trueca en agricultor, sin que por esto el hábito de tal vida le haga olvidar la arriesgada y aventurera del combate, ni le arrebate su entusiasmo para acudir el primero á las filas de mayor peligro y á los lugares donde el trabajo fuere más rudo y fatigoso.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Un día de camino nos conduce á Samarang, el término de nuestro hermoso viaje por el interior del país.

Más de cien leguas hechas á toda velocidad, con nuevos espectáculos á cada paso, con entretenimientos nuevos á cada hora, nos han distraído el espíritu y fatigado el cuerpo bajo este clima tórrido.

Parécenos mentira que no tengamos necesidad de levantarnos á las cuatro de la mañana, y que por el contrario hayamos de saborear por dos días las delicias del palacio del gobierno holandes, en el cual me hallo ahora instalado.

Nada de ornamentos banales sobre las paredes de estuco, nada de puertas que detengan las frescas brisas del mar, nada de muebles de Europa en este palacio esencialmente asiático. El brillo de los mármoles está oculto á trechos por cien pieles de tigre, y á traves de las blancas columnas, la mirada se detiene ante el encanto de las profusas copas de los árboles tropicales.

A la hora de comer, los criados, en gran traje nacional, se escalonan sobre las gradas del pórtico; el escuadron de poneys llega al gran trote, y el general comandante, seguido de un brillante estado mayor, viene á mezclar á la apariencia oriental de estos peristilos de oro, los uniformes holandeses y los reflejos acerados de los sables. Bien pronto los salones despiden mil destellos de luz y una mesa regia se nos dispone.

¡Qué curioso espectáculo el de estos bravos militares que rodean la mesa! Las cicatrices que se destacan en blanca línea sobre estas frentes bronceadas por los rayos del sol de Borneo, de Balí, de Macasar y de Timor, hablan bien alto de las hazañas de nuestros amables convidados.

Figuráos cuánto gozaré con las relaciones de cada uno. Este me cuenta la guerra de Balí, donde el emperador Klong-Klong defendióse victoriosamente durante largo tiempo. A Michiels «el coronel de corazon de tigre» cupo el honor de someter enteramente esta bella isla. Michiels murió sobre el campo de batalla heroicamente y en el momento decisivo de una victoria conseguida por su bravura y sus talentos estratégicos. Otro oficial me detalla las marchas forzadas á traves de los bosques ó en los pantanos pestilenciales, para dar caza á feroces enemigos armados de flechas envenenadas. Despues de una escaramuza nocturna, uno de los oficiales oye gritos de auxilio, corre en la direccion en que se escuchan y se encuentra con doce heridos caídos en un terreno fangoso, donde se batían desesperadamente contra un verdadero ejército de cocodrilos que habiéndoles arrancado algunos miembros se los disputaban pedazo á pedazo.

La comida termina en curiosas conversaciones de esta índole, los oficiales se retiran y yo emprendo el camino de mi habitacion.

Esta constituye por sí sola un verdadero palacio. Podría organizarse aquí el más hermoso baile del mundo. Da sobre gran número de galerías, desde las cuales se disfruta una vista encantadora.

Un escuadron de criados se agrupa á mi puerta, no esperando sinó un signo para correr á ejecutar mis órdenes. Pero no tengo necesidad de ellos: camino por los suelos de mármol gozando con su frescura, y veinte veces por día me sumerjo indolentemente en el baño magnífico de agua pura y corriente que está colocado al lado de mi cama.

Pero hé aquí que llega un gendarme á caballo conduciendo el paquete llegado por el último correo de Europa. Un amigo me envía un libro del *boulevard* para sorprenderme en el seno de los esplendores asiáticos.

Abro la primera página y leo: *L'Affaire Clémenceau*. Me satisface el recuerdo, y me tiendo sobre una butaca para leer cómodamente estas deliciosas páginas.

Ellas me arrancarán á la calma que me sonríe, y seguramente pocos lectores tendrán más semejantes á Assan, cuando

*L'on entendait à peine au fond de la bagnoire*
*Glisser l'eau fugitive, et d'instant en instant*
*Les robinets d'airain chanter en ségouttant.*

# XI

Los camin os de hierro en Java.—Dificultades de construccion.—Riqueza.—Beneficios del vapor.—Estadísticas de produccion.—Estadística fúnebre.

¡Ved, ved estas bellas llanuras, estos valles pintorescos, estas montañas salvajes donde hemos visto galopar los rinocerontes y arrastrarse las serpientes, donde hemos corrido las aventuras de un viaje de posta; vedlas, digo, cruzadas por prosaicas líneas de hierro como las tierras de nuestra Europa!

Yo me felicito de haber hecho parte de este viaje á la antigua usanza. Porque ¿es realidad ó preocupacion fantástica? En los veintiocho kilómetros de vía férrea que acabo de recorrer, el país me ha parecido ménos maravilloso, las ciudades han pasado á mis ojos como masas confusas de bambúes y de hombres, y las florestas vírgenes como una verde sombra desprovista de los encantos del detalle; las flores del lotos se han aparecido á mis ojos sin poesía, y los búfalos sin su aspecto de fuerza, de trabajo y de perseverancia.

Comenzamos por visitar la estacion, situada sobre el litoral y en el centro de pantanos insalubres. El edificio ha sido levantado á costa de enormes dispendios, y sólo atacar los flancos escarpados de las montañas para establecer el paso, ha costado más de veintiocho millones.

El tronco principal va, como sabemos, de Samarang á Soerakarta, y en el trayecto ha habido necesidad de tender gran número de puentes y abrir algunos túneles. El segundo ramal une el litoral con la fortaleza de Ambarrawa, destinada á ser el centro y la llave de la vasta línea de defensa que cubre la isla.

En cuanto al tráfico, está asegurada su grande escala en estas dos líneas. Atraviesan ambas tierras muy habitadas, ricas en café, en cañas de azúcar, y sobre todo en florestas de *techs* magníficos, hasta ahora inexplotadas por falta de comunicaciones.

Cuando se han visto, como he visto yo, caravanas de siete y ochocientos cultivadores llevando sacos de café en las extremidades de una rama de bambú, equilibrada sobre las espaldas; cuando al lado de éstos se han visto caminar convoyes de cuatrocientas bestias y carretas tiradas por búfalos conduciendo aceite de coco, vainilla, canela, quinina, té y mil productos diversos, difícilmente se concibe cómo hasta los quince años estos trasportes difíciles no hayan sido reemplazados por la locomocion á vapor. Parece que la lucha ha sido larga y obstinada ántes de conseguir las concesiones por parte del gobierno.

Intereses privados, enemistades personales, el encarnizamiento de los fanáticos que veían en la introduccion de los caminos de hierro señal de nuevas reformas y muerte de las ideas de monopolio, han jugado en este asunto un papel deplorable en detrimento de las necesidades públicas. Del resto, si los peticionarios han triunfado, gracias á su audacia y á su perseverancia, no ha sido sin peligros que aventurar, porque el gobierno no ha consentido la garantía de los intereses empeñados en la empresa, sinó á condicion del enlace con la fortaleza de Ambarrawa, y éste es un parásito de los más voraces, viviendo de la savia del tronco naciente.

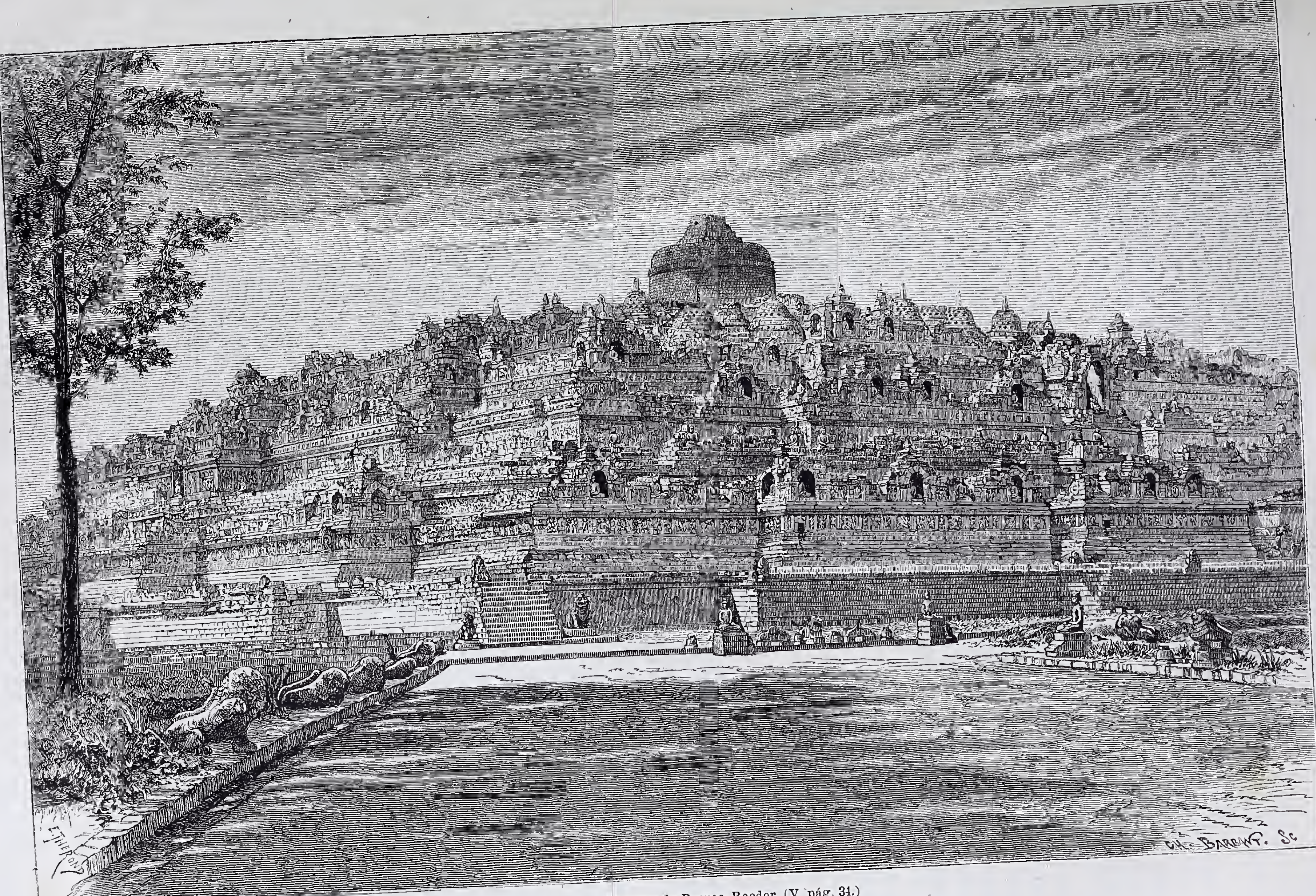
A pesar de esto, el camino de hierro tiene inmensas condiciones de vida, no sólo por sus fuerzas interiores, cuanto por la riqueza de los terrenos. He querido buscar algo que me haga formar idea precisa de estas tres pequeñas provincias contiguas, Samarang, el Kadú y Soerakarta, que una línea de ménos de doscientos kilómetros liga de centro á centro, y cuyas riquezas son trasportadas en seis horas (seis semanas empleaban ántes de la construccion de la línea) á los muelles de embarque.

De un legajo voluminoso de estadísticas compiladas en la biblioteca del gobierno de Samarang, puedo extraer algunas cifras relativas al pasado año, á pesar de la dificultad bien natural con que tropiezo para comprender los Aanwijzing-Betrekkelijk, los Vitgestrektheid, los Maatshappij y los Getal Inkoopskoffijpakhizen administrativos.

La provincia de Samarang cuenta 1.021.038 habitantes, entre ellos 4.000 europeos y 12.000 chinos,--194.000 búfalos,--37.000 bueyes,—13.000 caballos. Su suelo produce como culturas principales 101.649 *picols* (1) de azúcar,—467 de tabaco,—109.325 de café y 3.392.079 de arroz.

El Kadú está poblado por 491.333 habitantes, entre los cuales hay 211 eropeos solamente y

(1) El *picol* equivale á 59 kilogramos.



Vista general del templo de Boeroe-Boedor. (V. pág. 34.)

3.000 chinos. Cuenta 68.000 búfalos,—94.000 bueyes,—28.000 caballos y produce 29 libras de índigo,—74.296 picols de café y 911.664 de arroz.

Soerakarta cuenta 713.000 habitantes,—47.000 búfalos,—41.000 bueyes,—6.000 caballos y una produccion anual de 65.194 libras de índigo,—92.719 picols de azúcar,—439.827 libras de tabaco y 67.406 picols de café.

Júzguese por estas cifras que acabo de apuntar, del torrente de riqueza que los caminos de hierro han hecho brotar en Java, cuando dos millones de conductores y cinco mil bestias de carga y tiro que habían de recorrer penosamente cuatro millares de kilómetros, han sido reemplazados por las locomotoras y los vagones. Gracias á esto, los conductores se han convertido en braceros, las bestias de carga en bestias de labor, y por un admirable desarrollo de fuerzas, espacios inmensos ántes incultos han sido puestos en explotacion, florestas vírgenes han sido derribadas para las construcciones navales, y en todas las esferas se ha impreso ese movimiento de cariño hacia el trabajo que traen siempre consigo las facilidades para llevarlo á cabo.

Este admirable resultado ha sido ciertamente local: han ganado las localidades vecinas, pero al rededor de Samarang y de Soerakarta se ha creado una zona de actividad y de riqueza que eclipsa todas las otras poblaciones de Java. Esta se ha conseguido á pesar de las objeciones, de los temores, de la gente ignorante del país, que prejuzga siempre estas invasiones de la civilizacion. ¿Qué importa la desesperacion de aquellos admiradores de la naturaleza vírgen, que no quieren ver los trópicos sinó con los ojos de Bernardino de Saint Pierre?

El hecho es apénas creible, pero la oposicion al camino de hierro ha sido casi nula por parte de los naturales del país, muy vigorosa por la de buen número de europeos.

El conde de Beauvoir que hallábase en Java á los comienzos de la construccion de las líneas férreas, cuenta que ha visto en el interior del país hombres de gran valer, afirmando que los caminos de hierro serían de todo punto inútiles. Mostraban sobre el mapa la forma de la isla, y señalaban su forma y sus montañas centrales como escollos insuperables.

Los hechos han desmentido tales aseveraciones. Y hoy puede conocerse ya cuánto significa el adelanto comercial de Java por la introduccion del vapor, cuando se diga que el precio del arroz, esta base de la alimentacion, varía considerablemente á pequeñas distancias por causa de la falta de suficientes vías de comunicacion. Por ejemplo, vale siete ú ocho rupias (1) en Batavia, cinco en Tjiandjur y tres ó dos y media sesenta ó setenta kilómetros más allá.

Y tan cierto es cuanto digo, que hace algunos años se ha dado el caso de que una provincia javanesa agonizara de hambre por pérdida de la cosecha, en tanto que á cosa de cincuenta leguas otra provincia nadaba en la abundancia.

Pero esta oposicion hecha al camino de hierro por los hombres que se apoyan superficialmente en las dificultades dispendiosas de los viaductos, de los túneles y de las rampas, obedece á una idea dominante: la creacion del trabajo libre. Es con efecto una vida nueva, en la cual penetra la colonia neerlandesa: este camino de hierro es la piedra de toque. La jóven compañía que despues de tantos sinsabores obtuvo la concesion, nos da el ejemplo de la primera aplicacion de trabajo libre, empleando á 9.000 obreros que paga á razon de franco por día.

Deben, pues, hacerse por ella votos ardientes, ya que á su atrevida iniciativa se ha abierto el interior del país á los beneficios de la civilizacion, adelantando tanto en el órden moral como en el material.

Pero ya que estoy en la tarea de hojear estos cuadros llenos de cifras que se hallan ante mis ojos, salto de mi camino de hierro, de mis sacos de café y de azúcar para citar una estadística que me llena de espanto y que no carece de originalidad.

En cualquier otro lugar encontraríanse cifras denunciando el número de animales feroces matados por mano de los hombres. Aquí en cambio de esa estadística, existe la de los hombres muertos por los animales feroces.

En el año de gracia de 1863, 273 individuos fueron comidos por los tigres, 158 por los cocodrilos, 72 murieron por ataques de rinocerontes y 22 á causa de mordeduras de serpiente.

El cielo ha querido poner su precio á estas ricas selvas y mostrar cómo la abundancia y la riqueza van acompañadas tambien de la desgracia y la muerte.

---

(1) La rupia vale dos pesetas próximamente.

# XII

Otra vez en Batavia.—Preparativos de caza.—A traves del río.—Las serpientes.—El primer cocodrilo.—Saludo de *champagne*.—Aparecer y ocultarse.—Venganza del monstruo.—Una piragua en el aire.—Quince apariciones.—Puntería.—La buena ocasion.—Las doce del día.—En *prahu*.—Nuestros remolcadores.—El «capitan de los chinos».—El almuerzo.—Los vinos de Europa.—Los refrescos.—«Ha muerto».—Resurreccion.—Los carruajes —Por el interior.—El Megamendong.—La provincia del Preanger.—La tormenta en la montaña —Tjiandjur.—Reverencias.—Curiosidad.—Un convoy.—La entrada en la ciudad.—Visita al gobernador.—Visita al príncipe indígena.—Su gran visir.—Las bayaderas.

Regreso á Batavia. A Batavia, donde me esperan nuevas emociones, porque está dispuesta una partida de caza, pero de caza del país, y unas cuantas excursiones al interior que completen con las ya verificadas el conocimiento que sobre él he podido adquirir.

Antes de las cuatro de la mañana, nuestra alegre colonia francesa partía al galope conducida por el amable gobernador holandes y acompañada de siete ú ocho cazadores del país. Todo está preparado para esta caza oficial de cocodrilos: coches de cuatro caballos para ir hasta el muelle; cañonera para salir de la rada y costear las playas en demanda del río que se arroja al mar en medio de un bosque; canoas de la marina real y piraguas malayas, etc., etc. Casi estuve á punto de creer viendo aquel brillante aparato que para preparar aquella fiesta asiática tenían emboscados en lugar fijo á los cocodrilos como se emboscan los corzos en Europa; pero los sucesos me probaron que los cocodrilos no son tan mansos como los corzos.

Son las seis de la mañana, cuando toca la cañonera la barra del río: nos diseminamos en las piraguas y fijamos largo tiempo nuestra vista en las altas hierbas que cubren las costas para sondear aquel fango amarillento: pero nada vemos. Subimos y bajamos más de veinte afluyentes del río: la piragua se desliza silenciosamente por entre espesos matorrales de plantas acuáticas y venenosas que dan sombra á las aguas por donde corren y se ocultan á nuestro paso mil serpientes de un verde oscuro y de un azul amarillento. Algunas alzando la cabeza dos piés sobre el nivel del agua, cruzan altivamente el río como desafiándonos.

A las diez, cuando el sol principia á tostarnos con sus pesados rayos y nauseabundas brumas de miasmas invaden el río ahogándonos casi, vemos aparecer multitud de globulillos de aire que hierven en el agua á cuatro pasos de nosotros. Atencion: es un cocodrilo que respira: los acólitos aficionados hacen volar los tapones de las botellas de *champagne* en señal de regocijo. Nosotros, por nuestra parte, esperamos al monstruo en la proa, llenos de ansiedad. A ochenta pasos se agita ligero remolino; levántanse olas circulares y una larga línea negra y espinosa (calculo que de veinte á veintidos piés) aparece como una flecha que rebotara sobre el agua y luégo se sumerge para volver á apuntar poco más allá. A pesar de tan agudo ángulo de tiro, á pesar de la distancia y de la solidez de la coraza, hacemos fuego. ¿Es simple curiosidad ó verdadero dolor? El cocodrilo sale verticalmente del agua hasta asomar las patas, vuelve á hundirse, y... nuestros compañeros afirman que ha muerto en el fondo del agua, lo cual es ni más ni ménos que la historia corriente de todos los cocodrilos que se escapan. Pero nosotros que estamos acostumbrados á no contar más pieza muerta que las que llevamos en el moral, creémos que podrá todavía vivir días felicísimos.

Sospecho que el feroz animal ha querido vengar su rasguño: porque miéntras volvemos á cargar las carabinas sus inmensas fauces, adornadas de no sé cuántos dientes, se abren súbito para coger la proa de una piragua que sigue á la nuestra. Va montada por dos indios: el más ágil coge un arpon de cobre de dos piés clavado en una larga lanza de madera de hierro, y lo arroja á la boca del monstruo. El golpe le produce tal dolor que da un formidable coletazo: la piragua vuela por el aire como una pelota, y los dos malayos, despues de operar tan involuntario como peligroso salto, caen al agua y se dirigen á la ribera con toda la rapidez que presta el miedo. El cocodrilo, que tiene el arpon clavado en las fauces y rotos los dientes, hace en el aire una enorme pirueta, alza violentamente la cola y nos enseña un reluciente vientre. Hubo un momento en que lo vimos fuera del agua por completo. Ya cargadas nuestras armas, no se nos volvió á presentar ocasion tan favorable: hemos contado hasta quince apariciones de cocodrilos esta mañana, y me parece que debía haber cinco ó seis anima-

les en nuestras aguas. «Apuntad al ojo,» nos decían á cada aparicion. Cual si fuera fácil empresa hacerlo así á distancia de ochenta pasos, con cuatro ó cinco grados de ángulo y toda la poblacion de la aldea en las márgenes del río, de manera que una bala perdida podría ocasionar la muerte de un indígena.

Parece que cuando las aguas están bajas, los cocodrilos se quedan en la ribera revolcándose por el fango, y entónces nada más fácil que aprovechar buenas ocasiones y apuntarles con descanso. De todos modos, las dificultades de nuestra caza en piragua, sus palpitantes emociones y sus peligros, nos han hecho pasar una mañana agradable. Esperemos por lo ménos tanto placer, ménos sol y mejor fortuna para otro día.

A las doce era tal el calor del sol, que los anfibios se mantenían en el fondo del agua: nosotros nos batimos en retirada algun tanto aturdidos por la intensidad del calor y por las emanaciones del río. La cañonera nos lleva hasta la embocadura del Ankel, hacia Occidente; volvemos á subir en *prahu*, piragua labrada en un tronco de árbol y con la popa toscamente esculpida. Treinta malayos cantando y trotando, se atan en la playa á una larga maroma, cuya extremidad viene á dar en nuestra barca, y ésta hiende con rapidez las turbias ondas. Nuestros remolcadores, casi desnudos, no parcecen asustarse de las altas hierbas y se arrojan por medio de ellas para no hacer lenta nuestra marcha. En vez de un sendero regular, siguen á campo atraviesa y se ven algunas veces obligados á cruzar á nado los riachuelos que les cortan el camino.

Así llegamos á la quinta del «capitan de los chinos». Este *gentlemen* del Celeste Imperio sale á nuestro encuentro y es, á lo que parece, un alto personaje. Nombrado por el gobierno holandes, y reconocido por todos los chinos de la isla, es á la vez ministro plenipotenciario, jefe de policía, juez y abogado de todos los asuntos que se refieren á sus compatriotas; y como éstos forman un elemento financiero y social de gran importancia en la colonia, el cargo no es despreciable. Durante el trayecto, uno de nuestros servidores indígenas llegó de un salto hasta este funcionario y le metió dentro de la barca la trenza que llevaba en el agua, diciéndole: «Cuidado, señor mandarin, que va á venir un caiman á tiraros de esto».

El almuerzo nos fué servido bajo un templete. Pero el calor nos había dejado sin fuerzas ni apetito: se hizo sin embargo honor á los vinos de Europa y alguna que otra cabeza se trastornó, alegremente se entiende. Principió á desbordar el torrente de historias cinegéticas, y era preciso haber cazado cocodrilos ocho horas seguidas para dar crédito á tantas y tan extrañas aventuras: así es que la risa era general.

A pesar de tan excelentes refrescos, no pude ménos de mandar un lacayo indígena á la copa de un cocotero, para que me trajera dos cocos cuyo contenido bebí con delicia. De pronto acude un grupo de malayos que nos señalan con el dedo, en la ribera opuesta, un cocodrilo que digiere miéntras nosotros almorzamos.

Uno de nuestros tiradores hace fuego y le mete una bala en el lomo. El animal salta al agua y se sumerge, dejando en ella una gran mancha de sangre. «Ha muerto», gritamos nosotros llenos de regocijo. Pero nos hemos engañado, porque vuelve á aparecer más allá alzando una pata al aire.

Todas nuestras balas se concentran en él; del fondo del río llegan á la superficie unos cuantos hilos de sangre, que son las últimas noticias que hemos recibido del monstruo. Forzoso es, por consiguiente, renunciar á la esperanza que tanto tiempo había alimentado, de suspender del techo de mi habitacion una negra y gruesa piel llena de escamas y larga de veinticinco piés.

Los coches del gobernador nos traen por tierra á Batavia, y media hora despues, es decir, á las tres de la tarde, tenemos que emprender de nuevo el camino. Nuestra caza de anfibios no ha sido más que una especie de preludio para ponernos en tono y prepararnos á otra clase de emociones no ménos arriesgadas: hoy, en efecto, hemos decidido emprender nuestra excursion en busca de rinocerontes.

Llegamos á Buitenzorg, y casi sin detenernos proseguimos nuestro viaje.

Avanzamos en el interior: el terreno es más accidentado. Principiamos á subir cuestas, y nuestros caballos, de escasa alzada, se resienten terriblemente de ello: cuando llegan á detenerse acude la gente, empuja las ruedas, y entre voces y latigazos vuelve á ponerse el coche en marcha. Hénos ya al pié de la gran montaña: el Megamendong. Diez búfalos reemplazan á nuestros poneys, y cada par va aguijoneado por un *cornac* alegre y hablador: es un tren singular el de estos búfalos de largos cuernos negros y lento andar. El color de su piel es gris rosado y recuerda el de los lechones de tres ó cuatro semanas: tienen horror al europeo, fijan en él la mirada, tienden el cuello y rara vez dejan de lanzarle por el abierto hocico una baba pegajosa, con la cual lo espurrean.

El rápido cambio que acaba de sufrir trasforma

nuestra veloz carroza de hace poco en lenta y pesada galera. Subimos bajo un sol de plomo los cuatro mil setecientos ochenta piés del Megamendong, penetrando hasta el corazon de la selva vírgen. La Naturaleza es cada vez más grandiosa y agreste. El barranco por donde atravesamos no tiene más que tres metros de ancho; dejamos atras el litoral y principia á extenderse ante nuestra vista el país interior. Allí está la hermosa provincia del Preanger: es un espectáculo sin semejante el de aquellas montañas de empinadas crestas, cubiertas de la más rica vegetacion hasta su cima, con tonos azulados y con panoramas tan dilatados que llegan á perderse en el horizonte; vienen luégo las plantaciones de arroz, escalonadas en graderías, que forman tantos anfiteatros como gargantas tiene la sierra, y contempladas desde la altura parecen las celdas de un panal de miel.

Pero el cielo se oscurece y vemos aparecer la tormenta: la brisa que la impele la hace, sin embargo, pasar por debajo del sitio en que nos hallamos, y durante más de media hora las nubes nos ocultan los valles inferiores. Fué cual el telon que cae al final de una comedia de magia; mas en breve desapareció, y el panorama nos fué devuelto verde y florido como ántes y lleno de perfumes.

Es tan bello el espectáculo, que nos preguntamos si no es sueño aquella admirable tierra de Java. La rapidez de la bajada del Megamendong me recordó la de las diligencias del Monte-Cenis: los frenos de nuestro coche volaban hechos pedazos, y llegamos al valle mucho ántes de lo que habría convenido á nuestra tranquilidad y á nuestros huesos.

Tjiandjur, á diez y seis leguas de Buitenzorg, es nuestra primera estacion. Trátase de una deliciosa aldea perdida en un bosque de bambúes.

Las calles están tan limpias como en Holanda, y como es día de mercado, hay tanta animacion como en la feria más ruidosa.

Ayer noche, al contemplar á todos aquellos buenos javaneses inclinándose á nuestro paso, creía yo que sin duda nos habían tomado por el gobernador; pero ahora veo que somos blancos y que esto basta para hacer humillar las cabezas.

A medida que más avanzamos en el interior, más increible y pasmoso se hace el servilismo de los indígenas. Ayer eran solamente las gentes que nos cruzábamos en el camino las que se inclinaban profundamente á tierra; hoy, hasta en el fondo de las plantaciones de arroz, situadas á ciento cincuenta metros de nosotros, indica nuestra presencia un movimiento de agrupacion general. Les hacemos signos amistosos para que abandonen su posicion respetuosa, y no conseguimos más que empeñarlos en sus cortesías y en su humillacion.

Nos cruzamos con un convoy de más de trescientos conductores de productos. Estos suspenden sus fardos á las dos extremidades de un palo: es una larga rama de bambú, en la cual se colocan dos sacos de café, y tantos han llevado sobre sus espaldas, que se ve sobre éstas una verdadera y honda ranura. A nuestra vista todos los sacos por tierra y la gente de rodillas.

Más léjos encontramos gran número de malayos, color de chocolate, pero de bella estructura, vestidos por todo traje con un cinturon de indiana, y conduciendo montados en la espalda á sus pequeñuelos. Nos ven, y lo mismo de siempre: se inclinan reverentemente de rodillas.

Nuestra entrada en Tjiandjur es indescriptible: la gente se escalona en las calles y abandona todos sus quehaceres por contemplarnos y expresarnos su admiracion respetuosa.

Llegamos á casa del gobernador y pedimos á éste que nos haga visitar el palacio del príncipe indígena. En su ausencia, nos recibe el gran visir, que es un gran indio que lleva turbante, dolman galoneado, calzones encarnados y zapatos charolados.

Pero ¡qué desilusion tan grande! Las bayaderas, tan afamadas, tan cantadas en Europa, danzan sobre una terraza al són de violones de una sola cuerda, cuyo acompasado sonsonete acompañan con cánticos lastimeros. Están vestidas con trajes iguales, á manera de pensionistas. Danzan y tornan sin gracia ni medida, más como quien se revuelca en las convulsiones de un terrible dolor de estómago, que como quien pretende ejecutar movimientos llenos de voluptuosidad y de gracia.

Puede decirse de ellas lo mismo que dije al hablar de las danzas de puñales y mujeres: nada se expresa con estos movimientos; nada dice esta cadencia fatigosa de manos y piernas, como no sea la expresion cierta de esa languidez, compañera inseparable de la esclavitud.

# XIII

Bandong.—El palacio del Regente.—Su *kriss*.—Proyecto de caza.—La partida.—El campo de la lucha.—Los jefes de tribu.—¡Han visto á la fiera!—Valentía indígena.—La aristocracia javanesa.—«Desde lo alto de esos cocoteros, cuatrocientos cobardes nos contemplan.»—Tres monstruos.—El rino.*feroz*.—Turbacion.—El despertar.—Momento de ansiedad.—Hambre, calor y sed.—A ochenta metros de la fiera.—Los primeros disparos.—Herida... de amor propio.—Con lo que me conformo.—Manera de matar fieras.—Orquesta nocturna.

Bandong es la capital de una de las más bellas provincias de Java. Hay aquí unos cuantos millares de javaneses patriarcalmente protegidos, gobernados y reglamentados por una media docena de holandeses y un príncipe indígena. Este príncipe indígena lleva el título de Regente. Es de raza puramente javanesa, y ha sido colocado en su alto puesto por el gobierno holandes, que le da, segun me dicen, doscientos mil francos anuales.

Está absolutamente sometido al gobernador ó prefecto holandes establecido en el mismo lugar, pero es un verdadero rey para los indígenas, un Sultan ante quien todos se prosternan humildemente.

Con una gracia perfecta nos acoge en su palacio, ofreciéndonos en él franca y sincera hospitalidad. Figuráos una vastísima quinta de frescas habitaciones y una multitud de esclavos vestidos con libreas rojas, puestos á nuestro servicio, y comprenderéis por esto si será agradable nuestra estancia.

El Regente es un hombre simpático y de sonrisa afable. Tiene tantos reumatismos en sus piernas como diamantes en su *kriss*, arma magnífica que lleva suspendida del cinturon por un riquísimo tahalí.

Su enagüeta de vivo color contrasta singularmente con sus zapatos charolados, su casaca de paño europeo y su turbante azul bordado de oro.

Este príncipe no habla otra cosa que la lengua malaya; pero afortunadamente viene en mi compañía un ingenierò frances que me sirve de intérprete, y podemos así sostener una larga áun cuando insulsa conversacion.

Hablamos de caza y queda acordada una de rinocerontes para el día siguiente. El Regente nos dice que pone á nuestras órdenes todo lo de su palacio y servidumbre que pueda servir mejor á nuestro objeto.

. . . . . . . . . . . . . . . . . .

A la hora fijada, las cinco de la mañana, partimos alegremente para nuestra partida de caza. El Regente ha pasado aviso de la expedicion á los jefes de las tribus vecinas, porque éstos nos ayuden y faciliten el cumplimiento de nuestro propósito.

Llegamos al lugar señalado caminando por senderos tortuosos y difíciles. Lo que debe ser el campo de nuestra batalla se extiende ante los ojos. Es una garganta salvaje cavada en semicírculo y de una extension de tres leguas á lo que puedo apreciar. Nos hallamos en el centro de la curva y sobre la parte exterior de la garganta, dominando un barranco casi impenetrable y cubierto por todas partes de una maleza espesa. Las hojas de los árboles están tan apretadas, y los cañaverales son tan espesos, que pueden en ellos ocultarse los hombres con igual facilidad que los conejos en un campo crecido de trigo. Para caminar por estrechos senderos es preciso ir apartando con ambas manos la maleza, y áun así se fatiga uno al cabo de unos cuantos pasos. Gran número de criados encargados de abrirnos paso nos esperan armados de fusiles de chispa, destinados por lo ménos á hacer ruído que nos avise la peligrosa llegada de las fieras.

Los jefes de tribu escalonan silenciosamente sus hombres formando un gran circuito al rededor del barranco, sobre el cual nos colocamos nosotros. Desde nuestra eminencia dominamos el estrecho más apretado de la garganta, por entre la cual las aguas de un torrente se deslizan rumorosamente. ¿Pasarán fieras por nuestro camino? Todos lo ignoran y se hallan á la expectativa.

Gritos agudos que salen de toda la línea nos anuncian que la batida comienza. Los tiradores se separan y nosotros nos hallamos prestos.

He adornado mi carabina con su bayoneta para los casos desesperados, y cargado mi arma con prolija atencion, porque el peligro es grande. Parece que cuando el animal ataca cae de repente sobre uno, destrozándolo todo con sus enormes piés.

Pasa un cuarto de hora, y de repente dos tiros disparados por los que abren camino se escuchan. ¡Han visto á la fiera!

Cuando el primer movimiento de sorpresa ha pasado, apercibo, no salamente el desórden sobre

toda la línea, sinó las cabezas de nuestros hombres en las copas de los más altos cocoteros. Con una confusion indescriptible habían huído, y siguiendo los unos á los otros, con la destreza de monos (que es evidentemente su naturaleza), habían abandonado el suelo y buscado refugio en los penachos dorados de los árboles, sobre los cuales reposan en general los pájaros.

A cien pasos de nosotros se halla un pequeño grupo de jefes; los criados, armados de hachas, hacen inmediatamente profundas hendiduras en los troncos de algunos árboles, imposibles de escalar por otro procedimiento, y en un corto espacio de tiempo la aristocracia javanesa puede poner en juego el telégrafo aéreo con su pueblo de valientes. En cuanto á nosotros, decididos á esperar á pié firme y á conservar la agilidad de nuestras piernas para correr tras el animal y detenerlo á su paso, hacemos inútiles señales para poner en marcha la columna de tiradores.

«Desde lo alto de estos cocoteros cuatrocientos cobardes nos contemplan», grita uno de nosotros para consolar nuestra rabia. Pero la desgracia quiere que los jefes se pongan á dar, con voces estentóreas, órdenes á los que abren paso en la maleza, y que se hallan colocados sobre los árboles á distancia de ochocientos metros. Les gritan que desciendan; pero se guardan bien de dar el ejemplo. El resultado de esta tarea es inevitable: una familia de tres rinocerontes escala la montaña que se halla enfrente de nosotros, y pone en fuga á dos ó tres grupos de indígenas literalmente perdidos en las grandes hierbas.

En el primer momento no vemos sinó una agitacion en la maleza á distancia de novecientos metros. Los animales dibujan su carrera por una especie de remolino, y avanzan como entre dos aguas en este mar de hierbas más altas que ellos.

Hacemos una carrera á pié á toda velocidad para cortarlos en semicírculo; pero esto no es más que un placer para los ojos. Con nuestros anteojos solamente podemos distinguir tres masas grises y enormes, que se deslizan sobre la cresta del barranco opuesto.

A la cabeza marcha el macho con su alto cuerno fijado sobre la punta de la nariz; despues la hembra y el pequeñuelo, ya de la talla de un búfalo, trota por el camino que van abriendo sus padres. Apénas han desaparecido, cuando nuestros tiradores abandonan su escondite radiantes de alegría por haberse librado al santo horror que les inspira el rino-*feroz*, como le llama Ak-Hem.

Es ya el mediodía y ni un soplo de aire se deja sentir. Nos hallamos literalmente abrasados por un sol tórrido, y esperamos bajo un tulípero en flor que nuestros hombres vuelvan á juntarse.

Evidentemente los rinocerontes han pasado por la extremidad derecha de la garganta. Cercarlos ántes de que hayan podido salir, y conducirlos hacia su punto de partida, tal es nuestro plan de campaña.

—Cuidado, que viene un tigre,—grita estentóreamente uno de nuestros compañeros, que se halla á doscientos metros de nosotros. Una corriente se dibuja furtivamente en la espesura, como si una estrecha ráfaga de aire inclinara la punta de las hierbas; pero nuestros ojos no pueden distinguir á la fiera.

Esta vez nos distribuímos los puestos con perspicacia. Sin atreverse á penetrar en lo más espeso de la maleza, pero haciendo, sin embargo, camino, se desarrollan en grupos, marchando al són de tambores por espacio de dos horas.

Confieso que no me dí buena cuenta de lo que sucedió durante este tiempo. El sol enviaba sus rayos mortales; la sed, el hambre, la fatiga, la exaltacion, la fiebre del peligro me habían enervado de tal suerte, que, inquietándome poco de las serpientes y de los escorpiones, me tendí sobre una roca desfallecido é insensible. De pronto un indio que me había seguido me sacude con todas sus fuerzas, y seis tiros me despiertan por completo.

¿Qué veo? La rinoceronte, seguida de su pequeñuelo, ha costeado el torrente y se detiene en un claro á cincuenta metros del tamarindo. ¿Las balas de nuestros amigos le han penetrado ó no? Es un misterio. Pero la bestia, levantando en alto su gruesa cabeza deforme, parte al gran trote con aire de marchar admirablemente de salud.

Veré largo tiempo en recuerdo esta masa gigantesca, destrozando cuanto se opone á su paso y prosiguiendo su camino con el desden de un monstruo que no se inquieta de los ataques del hombre.

Un oficial de la escolta y yo nos hallamos á seiscientos metros de la fiera. Deberá pasar cerca de nosotros y debemos apostarnos á su paso y esperarla.

Es un momento de ardiente emocion el momento en que descendemos á toda velocidad por el barranco. Si la rinoceronte no cambia de camino, deberemos hallarla por el ángulo derecho ántes de diez minutos.

El rostro enrojecido bajo este sol hecho para matar á un hombre, desfallecidos por la sed, nos encontramos ébrios en la esperanza de hallarnos frente á frente de nuestro enemigo y meterle una

bala en la oreja, única manera de matarlo cuando no se dispone de otra cosa que de balas de plomo. A veinte pasos el uno del otro, emprendemos nuestra caminata á paso gimnástico. Los indios, colocados sobre la cima inaccesible de la roca cónica, no osan descender hasta nosotros, pero nos llaman por medio de gritos agudos, más con ánimo de apartar la fiera que de avisarnos ningun peligro.

La ausencia total de bebidas refrescantes nos hace sufrir en extremo. La recoleccion de los cocos se ha hecho hace quince días por los naturales del país, y la leche de un solo fruto que pende aún del árbol, es bebida ávidamente por varias gargantas en proporciones igualmente repartidas. Durante este tiempo los criados del Regente, esparcidos Dios sabe cómo, holgazanean bajo la sombra de los árboles vaciando botellas de Burdeos y agua de Seltz.

La tercera batida es la mejor, á pesar de la fatiga de los hombres, á quién nuestro ardor haría enrojecer, si el color de su piel lo permitiera. Atacan más rigorosamente la espesura: solamente media docena se escapan, y gracias á nuevos procedimientos, la rinoceronte avanza hasta colocarse á distancia de cuatrocientos metros hacia mi izquierda. Me coloco frente á ella, apartando penosamente con las manos la espesura en que me hallo prisionero. No veo á cuatro pasos. Llego por fin al pié de un gran árbol, y desde allí espero con impaciencia.

La fiera pasará por mi lado; la veo á trescientos pasos, despues á doscientos y ya se halla lo bastante próxima para que mis tiros no sean ineficaces. El momento está lleno de emocion, lo confieso con franqueza, porque no tengo más que un indio armado á mi lado. Estoy resuelto á esperar, y una vez nuestros cuatro tiros descargados, nos veremos reducidos al revólver.

Escucho el rumor de las plantas que destroza el animal en su camino; su espina dorsal apénas asoma por cima de las hierbas. No he querido montar mi carabina desde el momento, para ser más dueño de mí y mejor escoger el instante propicio.

Apénas entreveo claramente á distancia de ochenta metros la gruesa cabeza del monstruo, disparo mi primera bala con entera sangre fría; en cuanto á mi segunda y á las dos de mi criado, de esas puedo decir que no respondo.

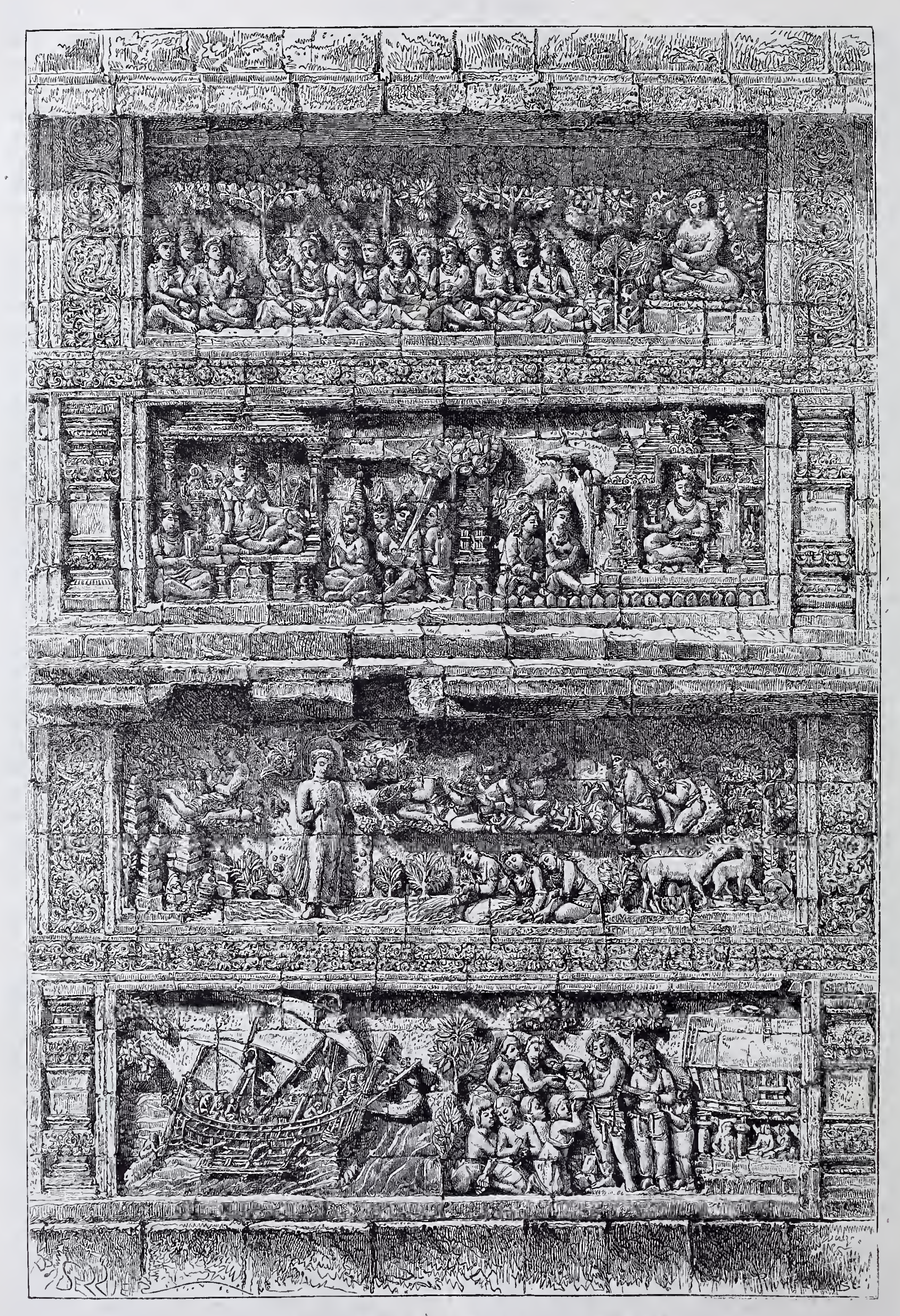
¿Habrá tocado alguna de ellas á la señora rinoceronte? No lo sé. Pero furiosa con el ruído de nuestros disparos, gira tres veces sobre sí misma buscando su incógnito enemigo. En estos circuitos, ¡oh fatalidad! pasa sin verme mucho más cerca de mí, y dos tiros de mi *revólver*, única arma de que ya dispongo, hacen creer á mis amigos que llegué al momento supremo, á la lucha de cuerpo á cuerpo. ¿Y bien? Evidentemente herida... en su amor propio, la rinoceronte, me busca furibunda, gira á la derecha, gira á la izquierda, no me encuentra, se anima, galopa... y galopa probablemente aún.

Si las comedias de Europa terminan siempre en un matrimonio, las cacerías lejanas de los viajeros terminan generalmente, á lo ménos en sus relatos, por el destrozo de un gran número de tigres, de rinocerontes y de cocodrilos. Por mí sé decir simplemente, que doce balas de fusil y dos de revólver no han conseguido tirar por tierra uno de estos soberbios monstruos de las selvas. Por este mérito de la verdad, que es el más precioso de mi diario de viajes, habré evitado una vez por lo ménos caer en la futilidad de la costumbre. ¡Que corra! ¡que corra aún la hermosa rinoceronte! Yo me considero feliz de haberla visto fuera del Jardin de Plantas, trotando en el estado más salvaje por el sitio más agreste que pueda imaginarse.

Segun me dicen, hace más de cinco años que no se ha matado en Java un solo rinoceronte. El último que sucumbió fué esperado por un indígena á orillas del lago donde acudía á beber, y cuando estaba ocupado en tal operacion le introdujo dos balas en la boca. Algunos días despues, solamente las águilas y los buitres anunciaron revoloteando sobre un mismo punto que el animal herido de muerte había ido á sucumbir dos leguas más allá del lugar en que se le hizo el disparo.

Será preciso volver aquí con fusiles de grueso calibre, cargados con balas de cabeza de acero ó explosibles. Pero no, creo que valdrá mucho más aún, cuando el rinoceronte, con cuerno al viento, va á hacer el amor en las espesuras donde su bella lo espera, sembrar por su camino algunas docenas de bombas Orsini, y por este procedimiento dejarían de ser éstas malditas y aborrecidas como instrumentos de criminales propósitos.

El sol se halla próximo á su ocaso cuando llegamos al cercano pueblo. Desfallecidos por el calor, la sed y el hambre, vaciamos todos los platos de arroz y *kari* que el jefe indio posee en su cabaña de bambú. El carruaje del Regente nos conduce de regreso á Bandong, y la sala de mármol que sirve de baño á las bayaderas nos es abierta de par en par; sumergir en un agua límpida y fresca nuestros miembros extenuados, es para



Núm. 2.—Bajo-relieves del templo de Boeroe-Boedor. (Véase pág. 85.)

nosotros una de las mayores delicias del paraíso terrestre.

Antes de acostarme he querido contar en toda su frescura nuestras emociones de caza. Este último cuidado no es cosa tan fácil como pueda suponerse para ejecutado en el seno de los esplendores asiáticos del palacio del Regente. Mis treinta servidores malayos me han traído pomposamente un vaso lleno de espeso aceite de coco, en el cual se baña una delgada mecha de algodon encendida y vacilante.

Todos los mosquitos que no me devoran vienen á achicharrarse en mi luminaria de sacristía, y forman como una nube movible y murmuradora ántes de caer moribundos en mi tintero y sobre mi papel.

# XIV (1)

## EL SISTEMA COLONIAL

Quiero explicaros rápidamente, cómo á mis ojos se resume la dominacion holandesa en el archipiélago que acabamos de recorrer, porque sepáis á ciencia cierta ántes de abandonar estos lugares cuyas costumbres ya conocéis, el género de gobierno á que se hallan sujetos.

Al llegar á este punto, la posicion del viajero es en gran manera delicada. Si fué acogido con bondad, con expansion, con una hospitalidad que le obligue al reconocimiento, la crítica en su boca puede ser considerada, si no como un abuso de confianza, á lo ménos como una falta de ingratitud. Si por el contrario, pasó desapercibido en el país, oscurecido entre la masa de extranjeros, diráse que su censura es ánimo de venganza sin sombra de certidumbre.

Dos cosas hay que considerar esencialmente en una colonia: los hombres y el sistema.

De los primeros, debo deciros que me han inspirado en Java viva simpatía y respeto sincero. Quisiera ser más autorizado de lo que soy para rendirles mi homenaje y declarar que no existe en el mundo cuerpo administrativo colonial que reuna tanta instruccion, tanta delicadeza y tan encantadora amabilidad.

Educados en las escuelas politécnicas de Delf y Leyden que están consagradas á la formacion de administradores para las Indias; hablando todos, tan perfectamente como el frances, los dialectos sondaneses y malayos, trabajando diez horas por día, y poseedores de un espíritu de conocimiento consumado en las materias que dependen de su arbitrio, los funcionarios que he visto en Java han merecido mi más entusiasta admiracion.

De opiniones diferentes en la gran mayoría de las cuestiones que se debaten, no se crea que por esta causa sirvan los intereses de su país con ménos entusiasmo bajo los rayos de este sol de fuego y en este suelo de muerte.

En estos tiempos del triunfo por la fuerza brutal, es seguramente un espectáculo lleno de interes el que ofrece un pequeño pueblo de tres millones de almas, el pueblo holandes, que con fuerzas relativamente insignificantes mantiene allá en los mares del Ecuador y bajo la dependencia más absoluta, un inmenso imperio de más de veinte millones de hombres. Y á los ojos de las personas que miden el éxito de una empresa por sus ventajas materiales, es más admirable aún ver una colonia que lleva anualmente á las cajas de la metrópoli cincuenta y algunas veces cien millones de beneficio líquido. Cuando bajo esta doble impresion se recorre la isla de Java y se encuentra por todas partes un órden perfecto, una prosperidad extraordinaria y hasta la disposicion propicia del pueblo conquistado, ¿no acometen deseos de penetrar el secreto de una administracion tan fecunda en buenos resultados?

Java toda entera, las cuatro quintas partes de Sumatra, las tres cuartas partes de Borneo, la parte más grande de las Célebes, las Molucas, Sumbarra, Lombok, Bali y Timor, éste es en su conjunto el imperio colonial de 28.923 millas cuadradas geográficas, cuya posesion ha sido garantizada en los tratados de 1814 y 1824, para este valiente pueblo holandes, cuyo territorio en Eu-

(1) Traduzco aquí este capítulo por dos razones: primera, porque el estudio de los dominios coloniales es hoy de candente actualidad y conviene conocer los pareceres todos; segunda, porque las estadísticas y noticias en él comprendidas completan los estudios de M. Charnay.

Este y algun otro capítulo anterior están tomados de los diarios de viaje del conde de Beauvoir.—(N. del T.)

ropa no cuenta más allá de seiscientas cuarenta mil millas.

La obra ha sido en verdad lenta y penosa. El fuerte se elevó al lado del *comptoir*, el mercader convirtióse lentamente en plantador; el plantador en soldado; de los simples tratados sobre la venta del café y de la pimienta, pasóse á las alianzas con los sultanes amigos y se les prestó ayuda para destronar á los sushunanes hostiles. En fin, despues de doscientos años de lucha que no ha tenido otra divisa que la de «dividir para reinar», y en la cual se advierten tantos triunfos como faltas, la compañía colonizadora se disolvió y el gobierno de la metrópoli tomó con mano firme aquella obra casi arruinada.

Las guerras de la revolucion, el paso de la Holanda bajo el espectro de un príncipe frances, la ocupacion inglesa de 1811 á 1816, forman una serie de vicisitudes impropias de ser narradas en este sitio, pero que influyeron en la prosperidad y hasta en la vitalidad de la colonia.

Pero basta de historia por el momento. El pasado se esconde ante los brillantes hechos del presente. Admira la energía por medio de la cual Java ha sido arrancada por el sistema holandes al fantasma de una cierta anarquía. He querido buscar el espíritu de este sistema y mostraros sus consecuencias actuales, así como las causas de la reaccion que comienza á determinarse en el régimen político como administrativo. Y tened en cuenta que todo es curioso, interesante por demas. No hay sinó fijarse en las condiciones de esta isla, donde á pesar del fanatismo mahometano, de la bravura de instintos de esta raza de piratas y la fiereza de una antigua nobleza, veinticinco mil europeos reinan como semidioses sobre catorce millones de hombres.

Cuando se ha sido, como yo, testigo del respeto divino, de la sumision casi religiosa de los javaneses por todo lo que es autoridad moral, de la obediencia práctica de cuanto al órden material afecta; cuando se ha llevado la vista hasta las montañas más escondidas, sobre un horizonte de plantaciones de café en las cuales trabajan poblaciones en masa; cuando se ha viajado días enteros por llanuras interminables, á traves de campos de azúcar (algunos de muchas leguas cuadradas); cuando, en una palabra, se ha visto que todo esto es monopolio del gobierno, se comprende bien fácilmente que despues de haber cubierto los gastos de 39.000.000 de francos por su administracion colonial, de 15.000.000 por el cultivo de café, de 10.000.000 por el de azúcar, de 7.500.000 francos por las obras públicas, de 18.000.000 para su ejército, de 5.000.000 para su marina, de 16.000.000 por atenciones diversas, en una palabra, de 120.500.000 fr., los ingresos de las Indias hayan llevado, por ejemplo, en un período de diez años, al tesoro de Holanda 63.000.000 de francos de beneficio líquido, despues de cubiertos los gastos todos coloniales y de la metrópoli.

Es una cifra verdaderamente fabulosa, sin ejemplo en colonia alguna. El viajero que no hace más que ver, queda cegado por este resultado grandioso, por los números, por el aspecto de los caminos, de las aldeas y de los campos, por la fertilidad de las plantaciones y por la actividad de un pueblo que tanto produce para sus señores. El viajero que piensa, reflexiona sobre los medios por los cuales en nuestra época estos millones de hombres riegan con su sudor una tierra que no pueden poseer, y se ven forzados á cultivar todos los días campos cuyas cosechas llevan á otros sus beneficios. Y sin embargo, hay quien dice que aquellos hombres no son esclavos.

Todo esto no es ciertamente la obra de un día; es el fruto de una política hábil, ya que no moral, y de un poder soberano y regularmente despótico; pero contra el cual el javanes no murmura nunca, porque está ampliamente calcado en el que ejercitaban los sultanes ántes de la invasion. Esa es la piedra de toque. Así es que, á mi juício, Java no es una colonia, pues no hay en ella colonos, y la propiedad del plantador no existe para el europeo ni para el indígena. Es más bien una soberbia y brillante «explotacion» minunciosamente reglamentada por el gobierno, desde la A hasta la Z, con una inteligencia admirable para llevar á las cajas del Estado todo cuanto puede producir esta hermosa isla, acaso la más fértil del globo; es más bien en verdad una inmensa granja administrada por un pequeño número de funcionarios que mandan sobre unos cuantos millares de gentes que pagan un crecidísimo impuesto de trabajo.

Aun más que por las armas, ha sido por el dominio político por lo que el gobierno holandes ha formado el núcleo de su fuerza y llegado á una dominacion tan completa y fecunda en resultados.

Velar la autoridad europea, no ejercida jamas directamente, sinó siempre por intermediarios indígenas sobre una poblacion dulce, pero fiera, que conserva la ilusion de no obedecer á otros jefes que á sus jefes naturales; descubrirse en todos puntos ante la nobleza de los príncipes javaneses; nombrarlos para sus puertos escogiéndolos entre los rivales, lo que les fuerza á sumision entera ó la pérdida de su dignidad; mantenerlos en los ho-

nores antiguos y en el prestigio de la religion local, lo que perpetúa el respeto de un pueblo y da á la obediencia carácter de divinidad; pagarles grandes sumas á menudo de ciento y doscientos mil francos anuales, lo que les empeña á sostener su puerto y conquistarse el aprecio del gobierno; interesarlos, sobre todo, en el producto de las recolecciones, lo que les obliga á activar por todos los medios posibles el trabajo de sus súbditos; en una palabra, colócase una máscara de autoridad musulmana, haciéndose respetar como un ídolo y explotar á nombre de una aristocracia indígena todo un pueblo para beneficio de los dominadores extranjeros, tal es, á lo que parece y en su conjunto el espíritu y las ideas que han inspirado é inspiran al gobierno colonial.

Java se divide en veintidos provincias ó prefecturas, contando cada una, por término medio, de seiscientas á ochocientas mil almas. A la cabeza de cada una de ellas está el prefecto ó funcionario europeo, especie de gobernador omnipotente, concentrando en sus manos todos los hilos de la administracion, de la justicia, de la autoridad militar, de las obras públicas, de los monopolios, etc.; en una palabra, lo es *todo*, pero no hace *nada* directamente.

En la misma ciudad que él, el Regente, funcionario indígena, tiene su corte con todo el esplendor asiático. La autoridad holandesa se muestra deferente con él, y viven ambos en perfecta amistad; amistad tanto más sostenida y buscada por el Regente, cuanto que una palabra mal sonante para los oídos del gobernador europeo puede ocasionar de la noche á la mañana un decreto del gobernador general de la colonia, declarando que Raden-Adiepatie-Pangheran *** es reemplazado en la regencia de *** por su sobrino Raden-Kusumú; y como éste es igualmente un príncipe, un «sangre de los dioses», la poblacion se inclinará servilmente ante su nuevo señor. El déspota pacálico y venerado por los javaneses es tan sólo el servidor humilde del jefe europeo. ¿Hay un negocio de justicia pendiente? El Regente preside un tribunal de notables indígenas que pide su opinion al sacerdote musulman; ante todo el *Adat* y el *Koran*. ¡Pero por la mañana el prefecto ha demostrado su deseo, y está seguro de que los dioses interpretarán la ley segun su voluntad!

¿Hay un camino que construir ó reparar? El prefecto lleva al Sultan los planos hechos por los ingenieros holandeses, y éste lleva al trabajo sus súbditos y el camino está hecho. El mismo juego se verifica en toda la esfera administrativa, y todos los empleados europeos tienen un semejante indígena á ellos sometido. El jefe de aldea es el único que eligen los naturales, y en esto tambien se reconoce la habilidad holandesa. En efecto, siendo colectivo el usufructo de la propiedad gubernamental, los jefes de aldea desempeñan la mision delicada de repartir los trabajos de la tierra entre las familias, de hacer ejecutar los cultivos segun las órdenes recibidas, y en fin, de estimar el valor de los productos que forman la base de los impuestos. ¡Cuán sabio es este procedimiento de colocar el ejercicio de estas obligaciones en hombres que posean la confianza relativa de la poblacion y apoyado por un consejo de notables!

En suma, con ménos empleados que tiene entre nosotros la última sub-prefectura, una provincia á menudo de más de un millon de hombres, es administrada de una manera completa. Añadiendo algunos secretarios, un ingeniero, un inspector de hacienda y cultivos y unos cuantos empleados para el registro (indígenas en su mayoría), se tiene el sistema completo de un gobierno.

Los empleados europeos son, propiamente hablando, la potencia motriz; los indígenas intermediarios componen la máquina que trasmite el movimiento recibido.

Todos dependen únicamente del gobernador general, que es una autoridad absoluta en las Indias neerlandesas: jefe de un ejército numeroso, de una marina colonial que envidiaría más de un estado soberano, nombra todos los empleados de un vasto imperio y maneja éste con atribuciones discrecionables.

Al lado, ó por mejor decir, debajo de la autoridad del gobernador, se halla un consejo de cinco miembros, llamado Consejo de las Indias, pero puramente consultivo. Cada uno de estos miembros, con el nombre modesto de directores, funciona como verdadero ministro en su departamento respectivo.

En caso de urgencia, los poderes del jefe de la colonia son ilimitados: puede hacer la paz ó la guerra, y bajo su responsabilidad, disponer libremente de centenares de millones. Pero toda disposicion permanente debe ser sancionada por la autoridad metropolitana, y tal costumbre produce en ocasiones lentitudes muy perjudiciales para los intereses de la colonia.

Este poder se ejerce de una manera tan simple como económica: cualquiera se admirará de saber que el estado mayor de un ejército de 27.000 hombres (11.000 europeos, 15.000 indígenas y 1.000 africanos), está compuesto solamente por dos generales, dos coroneles y á lo más cuatro tenientes

coroneles. En las Indias, un capitan manda á menudo una expedicion que entre nosotros se consideraría lo bastante numerosa para dirigida por un general.

Si esta administracion hace el más grande honor al espíritu hábil, enérgico y práctico de los holandeses en las Indias, es preciso reconocer que la tarea ha sido facilitada por las costumbres, los hábitos y hasta el fanatismo del pueblo conquistado; y que el secreto de la dominacion europea consiste ántes de todo en continuar por todas sus consecuencias el estado social que existía ántes de ella.

Invadidos por los indios, despues por los musulmanes, los pueblos de Java habían tomado por dos veces la religion de sus conquistadores. De aquí esta calma, esta ausencia de fanatismo religioso que los hace manejables. Agricultores dóciles, aman prodigiosamente, sin poseerla, la tierra que los nutre, la cual enriqueció siempre á sus dueños, príncipes de la raza de Balí, guerreros del Himalaya, mercaderes de Amsterdam, ó coroneles holandeses. La disminucion prodigiosa de sangre noble por la poligamia, no altera en nada este nuevo y potente elemento de órden, que es un respeto supersticioso y nacional hacia la aristocracia, la más amada, la más venerada, la más influyente, en una palabra, de todo el Oriente.

Nada más ventajoso, si no para la colonizacion, á lo ménos para una explotacion colonial, que la constitucion de la propiedad establecida aquí desde añejos tiempos.

Bajo el régimen puro de los sultanes, el príncipe indígena era el *solo* propietario de la tierra, *solo* en el derecho de comerciar con el extranjero: la propiedad individual no existía. Pero, en lugar de la posesion teórica del soberano, la fuerza de las cosas había establecido, no la propiedad colectiva, pero sí el colectivo usufructo de las tierras afectadas á una misma provincia, lo que constituía el terreno comunal. La poblacion entregaba al príncipe local una quinta parte del producto de la tierra, y un día de trabajo por cada semana, que aquí cuenta cinco días.

Estos son los derechos. Los mismos derechos feudales de los antiguos tiempos sobre los que apoyan su poder los holandeses. La conquista, sustituyendo su autoridad á la de los sultanes, era natural que guardase para sí el espíritu de esas preciosas prerogativas. Puede ser que sin cambiar la base de la autoridad penetrarán aquí los beneficios de la civilizacion y del cristianismo colocándose ambos sobre la influencia de las razas asiáticas. Pero no; el Asia ha continuado aquí, y el gobierno colonial ha dicho á los indígenas: «Yo soy vencedor de los soberanos y no del pueblo: dejo á vuestros soberanos y á vuestros sacerdotes sus dignidades honoríficas: vosotros sois servidores de ellos y de mí... y yo me convierto en solo propietario y único comerciante».

---

La prosperidad de Java ha atravesado por etapas innumerables. Desde que la compañía comenzó sus trabajos colonizadores hasta la fecha, han existido épocas de ruína tan espantosa, que en alguna ocasion la metrópoli estudió las maneras de desembarazarse de lo que hoy es fuente de riqueza, ó acudió al expediente de los empréstitos para detener una caída inminente.

Despues de 1824, el gobierno elevó el impuesto á su máximum, haciéndolo subir primero á 16 millones, despues á 38 y por último á 61; más tarde realizó sus más grandes beneficios en el ejercicio de su comercio-monopolio sobre las tierras no conquistadas pero protegidas, tales como los Preangers, Surakarta y Djokjokarta. Aquí, en efecto, comerciante único y autoritario, compraba á 7 francos 50 céntimos el picol de café, que vendía en Europa al precio de 73 francos. ¡Cuando tamaño negocio se efectúa sobre millones de kilogramos, no hay duda que el dinero entra velozmente en las cajas!

Pero la guerra con estas provincias hizo languidecer manantial tan fecundo, precisamente en los momentos en que los gastos de la metrópoli, por causa de los acontecimientos de Bélgica, hacían más imperiosa la necesidad de socorros abundantes de dinero. Reducido al impuesto sobre el arroz, producto principal de la isla, es verdad, pero de precio mínimo y de salida lenta, los almacenes disminuyeron mucho, los beneficios más, y el gobierno no tardó en hallarse ante una situacion desesperada.

En efecto; el cuadro estadístico sobre el cual yo me fundo para deducir las consecuencias tristes ó prósperas de los diferentes sistemas, presenta por el período de 1816 á 1824 dos años de déficit (á 2.475.000 por término medio), y seis años de beneficio el mejor de ellos á 7.600.000 francos. En tanto que de 1824 á 1833, este mismo cuadro da nueve años de déficit continuado, cuyo conjunto de 43.712.000 francos condujo á la Holanda á la deuda de Java.

Minada por este déficit siempre creciente, por una deuda devoradora, llevada en contrarios sentidos por sus conquistadores y sus príncipes, no

comprendida por la metrópoli, languideciendo hasta la muerte, la colonia neerlandesa llegó al último extremo de ruína por el año de 1830.

Pero entónces un hombre fogoso y de convicciones profundamente arraigadas, presentó al gobierno la base de un sistema, predijo extinguir la deuda y el déficit, y prometió asegurar un beneficio líquido de cuarenta ó cincuenta millones.

Era el general Van den Bosh, un hombre verdaderamente providencial; pero como tal, se aconsejó de los medios violentos, de las resoluciones extremas, que si son buenas á la hora del peligro, se tornan inmorales y pérfidas cuando la medicina ha surtido su efecto y cuando á una prosperidad restablecida no falta otra cosa que el establecimiento de un trabajo normal.

El famoso secreto del general Van den Bosh sobre el sistema de los cultivos, está condensado en tres palabras: *el trabajo forzado*.

Ademas de esto, hizo lo posible por dotar á la colonia de nuevos cultivos aprovechables, que si insignificantes en Java, eran de grande valor sobre el mercado europeo. El café primeramente, despues el azúcar, la cochinilla y el tabaco, no tardaron en dar bajo su mano inesperados resultados. La idea era inmensa y fecunda: á grandes males grandes remedios. Quiso sin duda, porque del mismo espíritu de su obra reparadora se deduce, dar á todos los procedimientos una aplicacion equitativa; pero manejados por instrumentos indígenas ávidos, es en realidad la causa y poderoso medio de estorsiones constantes sobre el pueblo javanes. Este es en conjunto el espectáculo que se ha mostrado ante nuestros ojos y que procuro trazar á grandes rasgos.

En todas las partes montañosas de la isla cada familia está obligada á cultivar una plantacion minuciosa y regular de seiscientos cafetales. El gobierno ha dicho á las poblaciones de las montañas: «De igual manera que vuestros antiguos señores reservaban exclusivamente para sí el derecho de comerciar, es á mí solo, á mi gobierno colonial, á quien habéis de vender el café de vuestras plantaciones reglamentadas, á precio fijo é invariable que yo habré de señalar».

Esta tasa es de 25 francos 20 céntimos por picol: el Estado negociante vende este mismo picol á 73 francos en Holanda. Juzgad ahora del inmenso provecho deducido del cultivo forzado, cuando sepáis que hay hoy en Java 296 millones de cafetales, produciendo 69.590.100 kilogramos comprados por 29.227.824 francos y vendidos en 84.659.434.

En cuanto á las poblaciones de las llanuras, el funcionario del pueblo conquistador les ha dicho: «En todas partes donde yo establezca una fábrica de refinacion, estaréis obligados al cultivo y recoleccion de las cañas de azúcar, que os serán pagadas al precio que yo fije voluntariamente.»

El Estado no fabrica, no hace más que plantar. Se entiende para los contratos con un jefe de explotacion, á quien adelanta 347.200 francos sin interes por doce años, le encarga del mantenimiento y de la responsabilidad del cultivo, toma para sí dos tercios del azúcar fabricada á un precio mínimo fijado por él mismo, y deja al industrial un tercio de la recoleccion, de la cual ha de pagar los gastos de explotacion.

El gobierno paga á los paisanos obligados á trabajar para él 6 francos 2 céntimos por el picol de azúcar manufacturada. Está obligado á vender los dos tercios al gobierno á razon de 12 francos 90 céntimos, y el gobierno vende en Holanda á 76 francos este mismo picol.

Ved con qué brutal simplicidad de cifras el Estado se enriquece con este segundo monopolio. Los brazos de 201.506 familias indígenas están puestos en actividad en una extension de 102.500 hectáreas plantadas de caña y agrupadas al rededor de 97 fábricas que refinan 138.000.000 de kilogramos de azúcar, que suponen un valor de 175 millones de francos.

Hé aquí en esencia los cultivos del general Van den Bosh, con los cuales se han llenado las cajas del Estado, tan ligeras otras veces. Las promesas del general agricultor, que han convertido á las poblaciones javanesas en ejércitos de plantadores, han sido más que cumplidas.

Desde 1833, época en la cual su sistema vigoroso dió sus primeros frutos, la deuda se ha extinguido velozmente, los gastos de la colonia se han cubierto, y un beneficio líquido continuo que en ciertos años ha ascendido á 94.558.000 francos, se ha elevado al cabo de treinta y tres años á un total de más de 1.800.000.000 de francos, ó sea por consiguiente á un término medio anual de 54.545.000 francos.

Tiene, sin embargo, su reverso esta tan brillante medalla comercial. Bajo esta prosperidad se oculta en primer término la condenacion del trabajo forzado; «los siervos, aún los siervos, siempre los siervos.» Y este pensamiento dominante de una esclavitud sin dulzura alguna, degrada más aún al señor que al siervo, y en último término bajo la apariencia más exquisita de justicia, abre ancha puerta á la ilegalidad y al abuso.

Partiendo del principio y sobre toda la escala administrativa, los funcionarios europeos é indí-

genas son igualmente interesados en la recoleccion; las autoridades perciben, ésta 85 céntimos, aquélla 24 por picol. Un pueblo ménos sumiso que los javaneses, se hubiera hace largo tiempo sublevado contra tamaña explotacion. Si es verdad que el abuso del régimen debe ser atribuído, no á la idea primera de su autor, sinó á la avidez de los príncipes indígenas, debe sin embargo reconocerse que gran parte abusiva corresponde al sistema de las primas proporcionales acordadas por el gobierno, y de las cuales en definitiva se aprovecha largamente éste.

El sistema del general Van den Bosh ha sido y es objeto de animada controversia entre los liberales y los conservadores de Holanda.

Juzgando el sistema por sus resultados materiales, los conservadores lo hacen y admiten como artículo de fe, rehusando modificarlo y tachando de utopistas y hasta de locos á los liberales que lo condenan como inmoral é injusto. Pero dejando á un lado las cuestiones elevadas del derecho y de la justicia, que hablan bastante alto por sí mismas, y fijándose exclusivamente sobre sus resultados financieros, el sistema no deja de presentar su flanco á la crítica. Si es verdad que llena las cajas del Tesoro, nada es bastante fundado para afirmar que las mismas ventajas no podrían deducirse con el planteamiento del trabajo y las cultivaciones libres.

¿Cómo se explica, por ejemplo, que de cinco culturas forzadas, organizadas en un principio, dos solamente, el azúcar y el café, permanezcan en las mismas condiciones? Ha sido preciso abandonar las restantes, que bajo el régimen del trabajo forzado arruinaban no sólo el Estado sinó tambien á y las los paisanos.

¿Pero las culturas abandonadas por el Estado, se han perdido para la colonia? No; léjos de eso, se han desarrollado y prosperado singularmente. Y la razon es muy simple: no siendo forzados á cultivar el índigo, el té y el tabaco en terrenos disipados, y teniendo ante los ojos la risueña perspectiva de ser dueños en cierta medida de su recoleccion, los paisanos han podido escoger las tierras más convenientes y verificar la produccion á un precio remunerador y equitativo.

Tan cierto es esto, que algunas poblaciones, como las del Preanger, que en tiempos del trabajo forzado producían 30.000 picols de café, producen por el trabajo libre 243.554 picols del mismo artículo. Este ejemplo de la influencia de la libertad,—relativa por supuesto,—es patente. ¿Quién osará afirmar que no sucedería lo mismo para las otras grandes culturas del azúcar y del café?

Aquí la cuestion metálica afecta á la ley moral, y por defender su sistema, los conservadores con quienes he hablado largamente del asunto en Java, no han olvidado invocar esta ley, pretendiendo apoyarse sobre ella. Me han dicho, por supuesto, lo que sabemos todos: que las razas orientales difieren de las razas europeas, más aún que difieren los climas del Ecuador y del Polo.

En Java la belleza del cielo permite al hombre vivir sin casa, sin vestidos; la Naturaleza prodiga á manos llenas una nutricion más que suficiente, y el indígena se halla providencialmente libre de esta dura ley del trabajo, á la cual está condenado el europeo para vivir. Sin cuidados y obligado solamente á los que quiera imponerse por un medio artificial, por decirlo así, el javanes es indolente y perezoso: podría vivir en el *dolce far niente* de los italianos. Y de aquí precisamente nace una extraña conclusion por parte de los conservadores, que dicen: «si no tiene la necesidad del trabajo, es preciso imponérsela, porque el trabajo regenera». Y añaden, que por este sistema del trabajo forzado que les hace ganar obligatoriamente 27 francos y 20 céntimos por picol de café y 7 francos 70 céntimos por picol de azúcar, se combate perfecta y beneficiosamente para ellos su indolencia natural.

Los liberales, que por desgracia no abundan, responden que estas razones están desprovistas de todo valor, y que producen un resultado contrario al que debería apetecerse. Y afirman y sostienen, sin fruto por supuesto, que los principios de la moral, de la humanidad y de la justicia no pueden confirmar esta explotacion de toda una raza, hecha, no ya para aprovechamiento del gobierno colonial, que esto sería ménos injusto, sinó en provecho de una metrópoli apartada. Para ellos, una colonia debe ser otra cosa que una explotacion comercial exclusivamente. «Cuando nosotros discutimos, dicen ellos, en las Cámaras (1) sobre los sistemas vigentes en Java, no discutimos en el fondo la cuestion de nuestros millones, pero resulta del fondo, sin embargo, elocuentemente. ¿Es la creencia de no poder civilizar á los javaneses lo que nos hace mantenerlos bajo el yugo del trabajo forzado? Yo declaro que jamas he llegado á entender este argumento, y en cambio repetiré toda mi vida: de no abolir la esclavitud y de seguir las cosas en igual estado que actualmente, llegaréis indudablemente á perder vuestros millones.»

---

(1) Sesion de 29 Noviembre 1861.—Discurso del doctor Van Hoevoell.

En Java tambien he tenido ocasion de ver liberales, y de los más nobles, sufrir, dudar y contestarnos con las lágrimas en los ojos cuando les hemos preguntado cuántos millones llevaba su provincia colonial á las arcas del Estado. Piensan éstos que una metrópoli tiene deberes que cumplir con un pueblo bueno y naturalmente sumiso á sus dominadores. Querían que el gobierno no fuese el propietario de todo, que el europeo pudiese desempeñar otro cargo que el de funcionario; que hubiese otra clase de hombres, pequeños reyes en su esfera, ordenando á la poblacion entera plantar aquí arroz, más allá índigo, al lado vainilla; dar la quinta parte al Estado y trabajar hoy en el café y mañana en el azúcar, siempre para beneficio del Tesoro holandes.

Hay á pesar de esto algunos colonos independientes en Java, pero relativamente escasos. Por un triste contraste, todos están aglomerados en las dos provincias-principados de Djodjokarta y Soerakarta, provincias que han sometido las armas holandesas y que la política respeta.

A los ojos de las poblaciones malayas, es de un gran prestigio para el gobierno colonial el que aparezcan venerados el Susuhunam y los divinos descendientes del rey de Mataram, fantasmas de soberanos, dorados ídolos, pobres muñecos de mascarada honorífica, cuyos hijos están en poder de los holandeses.

Aun cuando estos pueblos estén sometidos de hecho á un agente diplomático, el gobierno de los emperadores es más liberal para los extranjeros que el de la Haya; arrienda los terrenos por plazo de veinte años á los colonos que allí llegan en demanda de fortuna, haciéndoles pagar un cánon equitativo.

Este órden de cosas no existe en las posesiones puramente holandesas, y los negociantes europeos, que son realmente liliputienses al lado de su gran rival el Estado, no exportan otra cosa que los azúcares que quedan del tercio sobre el cual negocian con el Estado, y los productos de las sultanerías unidas por un camino de hierro construído merced al libre trabajo.

Despues de los cultivos, cuyos beneficios son prodigiosos, existen otras fuentes de ingresos públicos: 85.000 picols de estaño; 8.000.000 de francos de las aduanas; 20 millones de impuesto territorial; el famoso quinto, mantenido aún, el cual se ejerce sobre 6.172.000 hectáreas de terreno cultivado, de las cuales 4.440.000 hectáreas son arrozales que producen 16.750.000 kilogramos de arroz; capitacion considerable sobre los chinos, cuya inmigracion se pretende moderar; impuesto sobre la venta del opio, que asciende á 400.000 francos para el gobierno, y tributos en especie de bueyes y caballos que pagan los regentes, cuyo lujo es proverbial.

Lo triste, lo verdaderamente lamentable es que toda esta serie de beneficios aglomerados no se consagre siquiera en una de sus más ínfimas partes al mejoramiento moral de estas poblaciones.

Desde los primeros pasos dados en este país, verdaderamente encantador, confieso que me he sentido trasportado de entusiasmo. No sabía qué admirar más, si los esplendores naturales de esta tierra prometida, ó la parte que el hombre ha tomado para recogerlos y acrecentarlos. La riqueza de las cultivaciones, desde los arrozales hundidos en los pantanos hasta los cafetales que tocan la cima de los volcanes, la animacion de una poblacion activa, todo, hasta la alegría instintiva de un pueblo indígena nacido para la servidumbre, sin que jamas haya conocido otra cosa, me hubieran dado idea de un paraíso terrestre, si por su forma servil el respeto testimoniado á los blancos no hablara tan alto de la baja dependencia de la raza conquistada. He sentido el corazon traspasado de dolor al no ver jamas un hombre delante de mí, sinó millares de ellos agrupados en fila, con una humildad, en un letargo tal, que no se adivina una raza que fué fiera en lo remoto y que áun en el presente se mantiene laboriosa y activa.

Más tarde, cuando nuestra curiosidad nos condujo ante las ruínas de los templos antiguos, ante esas maravillas que se llaman los Mil Templos y Boeroe-Boedor, quedé asombrado de la poblacion enorme que acusan estas construcciones gigantescas. Está fuera de duda que allá por el siglo VIII, Java se encontraba más poblada que á la sazon, y si no más civilizada para el concepto positivo que de esta palabra hacemos, á lo ménos más llena de sentimiento y de pureza religiosa. En aquellos monumentos, en la pureza del dibujo, en la majestad de la arquitectura, en la perfeccion de las estatuas, en la delicadeza de los menores bajo-relieves, se muestra patentemente que por aquella época la industria y todas las artes de la civilizacion habían adquirido un desarrollo extraordinario. Cuando hoy se tiende la vista en derredor desde lo alto de los templos, ¿qué se admira? Una campiña fértil, es cierto, pero una poblacion caida al estado de la infancia, para otra cosa que no sea el azúcar y el café.

El arte, completamente muerto, lo ahogó la cadena de la esclavitud, ese presente que la Europa

lleva siempre para todas sus colonias de allende los mares.

Así puede decirse en absoluto, yo lo afirmo, que el resultado de tres siglos de ocupacion ó cuando ménos de influencia europea, han hecho en definitiva descender, y mucho, al pueblo javanes en la escala de la civilizacion. Cuando se piensa que este pueblo dulce, inteligente, laborioso, accesible á la moralidad y á la instruccion, se cuenta por millones de francos, ¿no se deduce una dolorosa responsabilidad para sus dueños?

Caminando por Java, separando por piedad la mirada de este pueblo casi esclavo, y saboreando ávidamente las delicias, los espectáculos más puros de este idilio en un edem embalsamado, el viajero siente vagamente la falta de alguna cosa: lleva los ojos en torno de sí; el cuidado se precisa y busca cerca y dentro de estos Boeroe-Boedor abandonados y en ruína un campanario, una cúpula, un templo, en fin, que bajo forma cualquiera denuncie que piensa en Dios el país más colmado de sus dones. Pero vana pesquisa, porque esta satisfaccion le está rehusada. Muy raros en las grandes ciudades, los edificios destinados al culto faltan por completo en el interior.

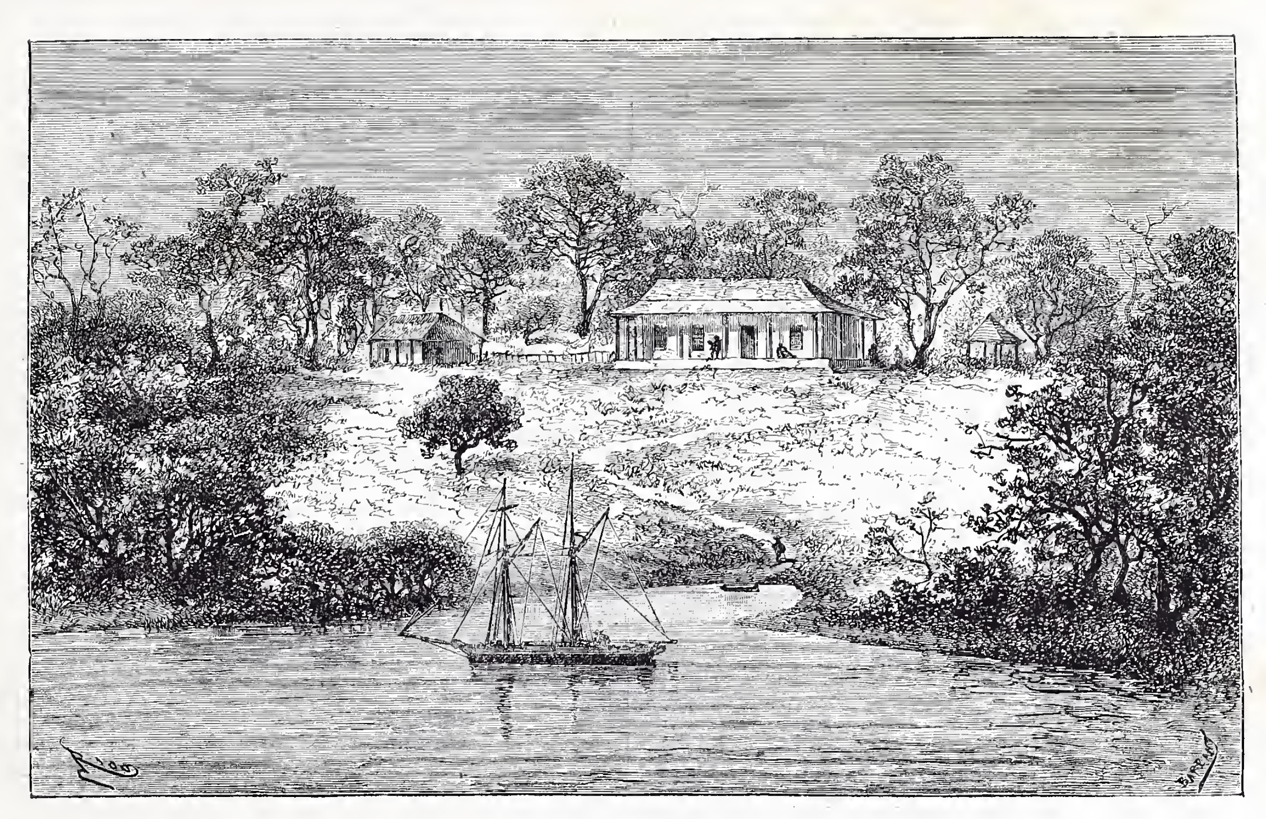
Se cuentan en este país de 14.000.000 de almas sólo 47 escuelas, en las cuales se educa el mínimo número de 2.000 niños indígenas. El gobierno ha prohibido estrictamente á los misioneros toda propaganda de fe relgiosa, y vigorosamente rehusado toda tentativa de instrnccion ó de escuela que pudiera elevar la inteligencia de los naturales. En el interior, pocas escuelas y ninguna, absolutamente ninguna iglesia. ¿Es que el Estado quiere hacer de la ignorancia el elemento de su dominio más seguro, y con propósito deliberado apaga el más leve asomo de luz? ¿Es por acaso que conoce que el día en que el cristianismo haya sustraído al javanes la influencia musulmana y la instruccion lo haya hecho superior al Regente, enervado en las voluptuosidades de su harem, no poseerá iguales medios de extracciones lucrativas sobre estas poblaciones, y perderá con las fuentes de sus impuestos los agentes del trabajo forzado, cuyo papel inmoral no debería jamas haber sido trazado para la colonizacion europea? Para hacer producir lo más posible á sus colonias, ¿no parece ser ésta la más grande, mejor dicho, la única preocupacion del sistema colonial?

Pero es dado suponer que la transicion no se hará esperar, y que sin sacudidas violentas, á esta feudalidad que corta las alas del espíritu y ahoga las ilusiones del corazon, sustituirá la idea moderna de desarrollo, de elevacion y de vida. Esto será bien fácil con un personal que consagrado en cuerpo y alma á su país, no ama la presion que él mismo ejerce sobre los javaneses, y que sabría guiarlos con noble ardor de la noche intelectual y moral en que duermen al ancho dominio de la libertad, de la civilizacion y del cristianismo.

Lo que yo pido, lo que yo quiero para Java, es que en estas bellas campiñas, estos hombres robustos trabajen para ellos y sus familias, y no para el Tesoro de la metrópoli; que puedan enriquecerse si son activos, elevarse al nivel comun si son inteligentes, y recoger para ellos aquello que hubieron sembrado con tanta fatiga. Lo que yo solicitaré con pasion para Java, es que el Estado cese de ser cultivador y comerciante; de proteger una religion que aborrece, de apartar de los ojos del pueblo por sistema ó por miedo una doctrina pura y desinteresada que educa para el sentimiento, de mantener la arbitrariedad de una nobleza vendida á la cual explota; en una palabra, de tener gendarmes y no colonos. Que cese de no permitir nada á la iniciativa del europeo, que no consagre todos sus esfuerzos única y exclusivamente á llenar las arcas del Tesoro, de gobernar enteramente á la asiática una colonia del siglo XIX, y de ser desde que el sol nace hasta que el sol muere, el nuevo sultan ávido y múltiple de todo un pueblo trabajador, capaz de ser libre, pero siervo por ignorancia.

Sí; no debería haber invadido este país sinó para derramar en él los beneficios del cristianismo, del progreso material y del progreso moral.

Una nueva era podría abrirse aquí para los colonos europeos y para los trabajadores indígenas. ¡Quiera Dios que los unos con las máquinas de vapor y el camino de hierro, los otros con sus brasos poderosos y su amor por el trabajo, concurran á regenerar á esta tierra de una belleza que no tendría límites si la libertad, no la esclavitud, presidiera los trabajos de todos! He visto hombres llenos del fuego sagrado de la justicia y del deber, reclamar para la raza conquistada y explotada su parte bajo el sol de nuestro siglo. Ellos saben cuánto el corazon del viajero ha latido de emocion cuando expresaron su manera de interpretar los derechos y los deberes de la metrópoli y el *Sursum corda*, que el fondo del alma les dirige, acaso llegue hasta ellos dulcificando en algun modo el ardor de la noble lucha que han emprendido!



Casa de Jardine en el cabo de York.

# AUSTRALIA

## PRIMERA PARTE

### I

De Java á Australia.—Medios de comunicacion.—El *Normanby*.—Los montes volcánicos.—Grupos de islas.—Navegacion peligrosa.—La madre-perla.—Jardine.—Los nidos de hormigas.—Cooktown.—La policía.—Los salvajes.—Persecucion sin tregua.—En la bahía de Port-Phillip.

De Java á Australia el camino es largo, los medios de comunicacion son raros y los trasportes costosos. Hace algun tiempo existía un servicio regular de vapores entre Batavia y Sydney; pero de mensual que era este servicio ha venido á convertirse en trimestral por la falta de viajeros y las dificultades de flete.

Hoy, para ir á Sydney desde Batavia, es preciso remontarse á Singapoore, tomar la Mala inglesa para Punta de Galles y esperar en este punto el vapor correo que quincenalmente llega á King-George-Sund, en la punta Sudoeste de la Australia, y recorriendo toda la parte Sur del continente, deposita la correspondencia en Adelaida y gana á Melbourne dos días despues.

Hay otra manera de hacer el viaje. Se puede esperar en Singapoore el vapor de la compañía Australiana, que cada mes, á su regreso de Hong-Kong, llega á aquel punto para proveerse de carbon y admite pasajeros con destino al Sur.

Esta línea es la más larga y han de trascurrir ordinariamente veinte días para llegar á Sydney. A pesar de esto, mejor dicho, por esto mismo, fué la que yo escogí para mi viaje. No llamándome imperiosamente á Australia ocupaciones precisas, y siendo científica la empresa que á aquellos lugares me conducía, consideré la más á propósito esta linea, que me prestaba ocasion de pasar revista, siquiera fuera ligera é imperfecta, á todas las grandes islas de la Sonda, y de visitar más tarde, al detenernos en cada puerto, toda la costa oriental de Australia.

El vapor sobre el cual me embarqué se llamaba el *Normanby*, lindo barco dotado de una perfecta organizacion y de un completo y cómodo servicio. Lento en el andar, pero gallardo y seguro sobre las olas.

Partimos, y despues de haber reconocido la costa de Borneo nos dirigimos al Este, de donde veíamos frente por frente la punta oriental de Java, Madoura y Lombok, y más allá Sumvaba y sus altas montañas, entre las cuales una volcánica, el Timboro, es célebre por la erupcion de 1815.

Esta erupcion fué un fenómeno volcánico verdaderamente considerable; la lluvia de cenizas que el volcan lanzó durante muchos días se extendió en un radio de 500 kilómetros, formando una masa de materias equivalente á más de un millon de metros cúbicos, es decir, á dos veces el volúmen del Mont-Blanc.

La navegacion no podía ser más hermosa ni ofrecer mayores atractivos. Durante el día distinguíamos á la simple vista los cocoteros de la costa, y durante la noche veíamos millares de luces agitarse sobre la ribera. La mar estaba en calma, la atmósfera perfumada, y á corto esfuerzo hubiéramos podido imaginarnos surcando las tranquilas aguas de un lago y bajo el clima más delicioso del Universo.

Vimos en seguida las grandes islas de Flores, Ombai y Timor, llegando al Sur de Timor-Laont, en el mar de Arafura, despues de haber atravesado el mar de la Sonda, el mar de las Molucas y el mar de Banda. Navegamos entónces en el golfo de Carpentaría para enfilar la embocadura del estrecho de Torres.

Este estrecho, que tiene cerca de ciento veinte kilómetros de longitud, está determinado por grupos de islas y sembrado de rocas, todas peligrosas, las unas olvidadas y las otras desconocidas.

La navegacion por este lugar es sumamente arriesgada, y son pocos los preparativos que se hagan con objeto de evitar un desastre. Los naufragios son frecuentes, y cuando se atraviesan aquellas silenciosas aguas de verde color sombrío; cuando se ven aquellas altísimas rocas y se mira aparecer á cada paso un nuevo escollo, al cruzar por aquellos desfiladeros estrechos, la imaginacion da por un momento tregua á las pasadas delicias del viaje, y hace aquel paso torturada por toda suerte de temores, creyendo á cada momento sentir al oído el gemido de las víctimas encerradas para siempre en el seno de aquella inmensidad aterradora.

Dejamos á la derecha la isla del Príncipe de Galles, á la izquierda la gran isla de Banka, y avanzamos prudentemente á media máquina hacia las islas de Miércoles, Juéves y Domingo. Estas islas se hallan ocupadas desde hace muchos años por atrevidos australianos, llegados á ellas para explotar las ostras madre-perlas y consagrarse á la pesca de *holothurias*, destinadas á los mercados de la China.

La explotacion de la madre-perla en estas islas deduce más y tiene por objeto más principal la ostra que las perlas, que son raras y que no adquieren excelentes condiciones de belleza. La industria paga hoy estas conchas al precio relativamente elevado de cuatro ó cinco mil francos por tonelada.

La isla de Juéves es, por decirlo así, el jefe de estos diversos establecimientos, llamados *Strait-settlements* (establecimientos del estrecho); ántes, esta jefatura correspondía á Somerset, sobre tierra firme, en la punta extrema del cabo York.

En este lugar permanecimos al ancla toda la noche.

Los días siguientes no podíamos caminar á todo vapor sinó de día, con precauciones infinitas y conducidos por un piloto experto, hasta penetrar, siempre de peligro en peligro, en el mar de Coral, el más accidentado y temible de todos los mares.

A buena hora llegamos una mañana á Somerset.

En este lugar es donde habita el famoso Jardine que en 1862 partió de Rockhampton para fundar un *run* (1) en el cabo de York.

Tenía una distancia de quinientas leguas que recorrer para conseguir su objeto. El país se hallaba aún inexplorado, desierto, ocupado por tribus de negros feroces, y Jardine no llevaba sinó tres hombres para defenderse y guardar las trescientas vacas y cien caballos que llevaba consigo.

Su viaje duró cuatro meses: cuatro meses de lucha, de privaciones y peligros de toda suerte. Llegó, por último, sin que ninguno de sus compañeros hubiese muerto, pero habiendo perdido la mitad de sus bueyes y dos terceras partes de sus caballos.

Vemos, á la corta distancia en que estamos anclados, su casa y los hermosos jardines que la rodean. Muchos criados van y vienen, y no léjos de la quinta, en una ensenada deliciosa, un lindo *yacht*, amarrado á la orilla por un cable, se columpia coquetamente á merced de las olas.

Hé ahí lo que pueden dar por fruto, en cir-

(1) Gran establecimiento de ganados.

cunstancias excepcionales, es cierto, el valor, la energía y la perseverancia: una rica provincia para el padre y un centenar de millones para los hijos.

Levada el ancla de aquel hermoso lugar, comenzamos á navegar en un verdadero canal cuyas orillas son formadas por el continente á la derecha y por las islas á la izquierda; de ambos lados la vegetacion es pobre, pero más rica sin embargo en las islas, donde numerosos árboles de la familia de los pinos, las araucarias de Queensland forman grupos sombríos que se destacan sobre el verde pálido de los *eucaliptus*.

Avanzamos lentamente. Frecuentemente hay que tirar la sonda, y el piloto no abandona la barra del timon.

Algunos edificios de forma cónica se elevan por todas partes: á lo léjos pudiera tomárseles por *wigwams* de los que sirven de abrigo á los pieles-rojas. Pero mirándolos atentamente podemos rectificar que estas pequeñas construcciones, que alcanzan hasta diez y doce piés de altura, no son otra cosa que nidos de hormigas.

Llegamos á Cooktown con retraso de diez días, despues de considerarnos perdidos en la travesía.

Cooktown es una ciudad nacida de ayer; data su fundacion de 1873. Situada á la entrada del río Endeavur, se compone de una ancha y larga calle bordada de hoteles, con *bars* y salones de baile, en que los mineros felices disipan el fruto de sus trabajos.

Es una ciudad esencialmente minera, merced á la proximidad del distrito minero de Palmer, situado á 220 kilómetros Noroeste. Pero Cooktown es un puerto, y es de él de donde parten convoyes de víveres y productos minerales. Cuenta ocho mil habitantes, de los cualés hay cinco mil chinos y tres mil europeos.

Los naturales de los alrededores de Cooktown son los más peligrosos y feroces de Oceanía; se sirven de sus lanzas con destreza sin igual, y pueden acertar con ellas á un enemigo colocado á más de cien metros de distancia.

En algunas ocasiones han luchado victoriosamente contra los blancos y los chinos, y durante largo tiempo interceptaron toda suerte de comunicaciones. La colonia se halla aún emocionada por estos sucesos, y para garantir la seguridad en el territorio de las minas, prevenir conflictos entre blancos y chinos y proteger á ambos contra los ataques de los negros, mantiene un cuerpo de policía compuesto de cinco ó seis agentes, bajo la direccion de un inspector y de una docena de naturales, á fin de descubrir á los salvajes y vengar en caso preciso, que por desgracia es frecuente, la muerte de un blanco.

Este cuerpo de policía, que á primera vista parece tan insignificante para proteger territorio tan inmenso, es, sin embargo, suficiente, gracias á la rapidez de sus movimientos, á su fuerza de resistencia, á su conocimiento de los lugares y á su expeditiva manera para disponer de los culpables á quienes descubre. Estos hombres caminan á caballo, y no es cosa extraña verlos un día en Cooktown, al siguiente ochenta kilómetros más allá, otro día cien kilómetros más léjos.

Es raro que un salvaje pueda sustraerse á la policía de uno de sus compatriotas. Tan dotados se hallan de maravillosa destreza en seguir una pista, que caminan tras ella caballo á galope por lo intrincado de los bosques, como pudieran hacerlo por la extension de una llanura.

Esa fuga, por hábilmente que sea dispuesta, no es ocasion de libertarse, y en vano es que el fugitivo trate de enfriar el celo rabioso de su perseguidor. No parece sinó que existe entre estos salvajes como instinto superior á todo otro, el de destrozar y empeñarse en la destruccion de su propia raza. ¿Dónde van á parar los que desaparecen en estos combates tenaces y empeñadísimos á traves de los bosques, en lo más recóndito de las selvas? ¿Cuántos hombres sucumben? Nadie lo sabe: el más completo silencio y la ignorancia más absoluta rodean las tumbas de las pobres víctimas que nadie vengará jamas.

Algunos de estos negros feroces inscriben como un trofeo sobre la culata de sus carabinas ranuras indicando el número de sus hermanos sacrificados por ellos; yo mismo he tenido ocasion de ver una de estas armas, en la cual aparecían veintitres ranuras, que habían sido hechas en el espacio de tres semanas.

Abandonamos á Cooktown y proseguimos nuestro viaje en direccion Sur, distinguiendo al paso el monte Cook y el Peter-Botte. Sucesivamente echamos el ancla en Townsoille, Bowen, Keppel y Moreton-Bay para dejar en estos puntos pasajeros procedentes de Rockhampton y de Brisbane.

Cruzamos á medio vapor por delante de las singulares montañas de Glasshuses, y despues de detenernos en Sydney, cuya descripcion dejo para más adelante.

# II

### Exploraciones en las costas.

Permitidme que ántes de penetrar en Melbourne, que es como si dijéramos el corazon de Australia, trate de describiros en conjunto el curioso país, que á vuelta de pocas páginas colocaré detalladamente á vuestros ojos.

Ciertamente considero enojoso llegar á un lugar sin conocer su historia y haber de necesitar el concurso de ésta para explicarse infinidad de sucesos. Quiero, de una vez para todas, adelantar á las objeciones contestacion cumplida y satisfactoria.

Australia, la más pequeña de las cinco partes del mundo, tiene una extension de 88.000 miriámetros cuadrados. Se compone de una multitud de islotes dispersados en el Grande Océano, y de una tierra firme, el continente austral ó la Nueva-Holanda, situada entre el Gran Océano y el mar de las Indias.

Las cartas geográficas no indican ménos de setecientas islas en Oceanía, é islas de tal importancia en su mayoría, que omitiendo la Nueva-Zelanda y la Nueva-Guinea, escasamente sumarán entre todas las restantes una superficie de 3.000 miriámetros cuadrados. Y caminando más allá en este trabajo, nos hallamos con que esta cifra de superficie desciende á la de 1.000 miriámetros para unas seiscientas islas, entre las que no se cuentan los grupos más compactos de ellas, situados más al Oeste y más aproximados á la tierra firme.

Este mundo de islas divídese generalmente, y decimos generalmente, porque la clasificacion no es absoluta en tres partes: la Micronesia, la Polynesia y la Melanesia.

La Micronesia comprende diferentes archipiélagos formados por la yuxtaposicion de una multitud de pequeñas islas, por ejemplo, las Marianas, las Carolinas, las Pelew y los grupos Radak y Ralik, ambos designados por el nombre comun de archipiélago Lord Mulgrave. La Micronesia se extiende hacia el Este, más allá de las islas Filipinas, hasta llegar al 163° de longitud occidental, ó sean 50° al Norte del Ecuador.

La Melanesia comprende las islas habitadas por la raza negra de los papúes ó negros australianos, y situada, contando la Nueva-Guinea y sus dependencias, parte al Norte, parte al Nordeste del continente, se extiende hasta 173° de longitud occidental. En esta extension se hallan la Nueva-Guinea, la Nueva-Irlanda, la Luisiada, la islas Salomon, las Nuevas-Hébridas, el grupo Nitendi, las islas Banks, las Loyalty y la Nueva-Caledonia.

Al Este de la Melanesia se extienden en proporciones inmensas los grupos de la Polynesia. La aglomeracion más compacta de pequeñas islas está situada entre el 8° y el 23° de latitud meridional. Se encuentran en esta parte las islas Fidji ó Vitii, el archipiélago de Tonga ó de los Amigos, las islas Saman ó de los Navegantes, el grupo de Ellis, el del Phénix, las islas Tarawa ó Gilbert, las de Cook, las de Taiti ó de la Sociedad, el archipiélago Paumotu (es decir, *nube de islas*) ó islas Bajas, el archipiélago de Mendañas ó de Nukahiva (islas Marquesas ó Washington), y la isla de Pásenas, situada en la extremidad Este. Separado por vastas masas de agua, el grupo de las Hawi ó islas Sandwich se extiende del 19° al 22° de latitud septentrional, miéntras que entre el 37° y el 47° de latitud meridional, la isla Jumelle y la Nueva-Zelanda con las islas Chatan y Anckland forman hasta cierto punto un centro aparte.

A estas tres partes del mundo austral conviene añadir aún una cuarta, es decir, el continente propiamente dicho.

Las costas de éste afectan formas bastante simples; colocadas entre enormes masas de agua del grande Océano y del mar de las Indias, no presentan sinó accidentes poco considerables. Estos son: al Norte el estrecho de Torres, el golfo de Carpentaria y el Cambridge; al Oeste las bahías de Haifisch, de Freycinet y de los Geógrafos; al Sur el golfo Austral, las bahías de Spencer y de Vincent y el estrecho de Bass. El mar de Coral y el de Nueva-Zelanda no ofrecen otra cosa que pequeñas ensenadas.

De esta configuracion particular de las costas del continente austral resulta que el número de penínsulas es sumamente escaso, no pudiéndose citar otras que las de Carpentaria, Peron y York.

Este desarrollo insignificante de las partes continentales, anuncia claramente el predominio de la naturaleza oceánica. La Australia, en efecto, se halla á la cabeza de los continentes oceánicos, de igual manera que el África es representacion genuina del mundo continental. Aparece inculta, pero uniforme, en el dominio del hemisferio acuático, como oponiéndose á su antípoda la Europa, que lleva su poder continental para mezclarlo á aquel elemento oceánico y favorecer de este modo y llevar el progreso á su más alto grado de perfeccion.

El descubrimiento de la Australia y de su mundo de islas se ha ejecutado tardía y lentamente.

En efecto, gracias á la posicion aislada de este continente en el fondo de un mar lejano y á la diseminacion extrema de sus islas en este mismo mar, la Austrália ha podido permanecer duranto largo tiempo oculta á las miradas escudriñadoras de la Europa.

Magallanes, que en su gran viaje de circunnavegacion tocó las islas Marianas, arroja la primera luz sobre estas islas y sus parajes, y más tarde Drake, Cavendish, Chidley, Hawkins y Danupier en sus arriesgadas expediciones alrededor del mundo, descubren algunos grupos.

El viaje de circunnavegacion de Anson (1741-1744) imprime una nueva actividad á las pesquisas y á los descubrimientos en el Océano Pacífico. Es por esto por lo que se ve á Carteret y Wallis en 1767, á Bongainville en 1766-1769, á Dixon en 1735-1788 y á muchos otros seguir los caminos por aquél trazados.

Despues de Cook, cuyos viajes ejecutados de 1770 á 1779 en compañía de Banks y de los Forster, hacen época gloriosa en la historia de la geografía y muy principalmente en la de Australia, todas las naciones marítimas de Europa han rivalizado para completar por medio de grandes expediciones el descubrimiento de la quinta parte de la Tierra y la curiosa hidrografía del Océano Pacífico. Por este motivo, los franceses pueden hoy traer á la memoria el recuerdo de aventuras tan gloriosas como las de Pagés (1788-1790), Marchard (1790-1792), Entrecasteux (1791-94), Péron (1800-04), Freycinet (1817-20) Duperrey (1822-25), Dumont d'Urville (1826-29 y 1837-40), etcétera.

Entre las numerosas expediciones del mismo género emprendidas por los ingleses, pueden citarse las de Hamilton (1790-92), Vancouver (1790-95), Bligh, Bronghton (1795-98), Flinders (1802-03), Campbell (1806-12), Porter (1812-14), Weddell (1822-24), Dillon (1824-28), Webster (1828-30), Belcher (1836-42), Beechey (1818 y 1825-28), Simson (1836-39), los navíos la *Aventura* y el *Aguila*, capitan Fitz Roy, etc. La Rusia puede tambien reclamar con justísimo derecho los gloriosos viajes de Krusenstern (1803-06), Kotzebne y Chamisso (1815-1818 y 1823-26) y de Lutke (1826-29). Tambien la Prusia prestó con el viaje de circunnavegacion del *Mentor* y la *Princesa Luisa* preciosos datos á la ciencia.

Una expedicion del mismo género ejecutada de 1845 á 1847 por Steen-Bille, dió á la marina danesa un rango distinguido en esta emulacion de pesquisas y de esfuerzos científicos. Falta aún citar una expedicion emprendida de 1838 á 1842 bajo las órdenes del capitan Wilkes, de la marina de los Estados Unidos, de la cual se obtuvieron resultados importantes, los cuales se hallan consignados en la obra titulada *Narrative of the United States exploring Expedition*, publicada en Lóndres hacia 1845.

Es despues de que la potencia holandosa se funda y consolida en el archipiélago de la India oriental, cuando comienza á conocerse más exactamente el continente australiano.

Una vez que los holandeses hubieron descubierto la Nueva-Guinea, era natural que continuaran siempre avanzando hacia el Sur. En 1606 descubrieron la Nueva-Holanda con el navío *Daythen*, partido de Amboine. Inmediatamente despues, una casualidad conduce á los mismos parajes al valiente navegante español Torres, cuyos viajes, que han quedado eternizados por el estrecho que lleva su nombre, no vieron la luz pública hasta despues de la conquista de Manila por los ingleses en 1762.

Los holandeses continuaron sus descubrimientos en 1623 por la excursion de sus barcos *Pera* y *Arnhem*, los cuales hallaron al Norte las costas á que dieron el nombre de Carpentaria en honor de C. Carpenter, entónces gobernador general de las Indias holandesas; despues, en 1633, por una nueva expedicion que envió el gobernador Van-Diémen, la cual llamó á las tierras que descubriera, Tierra de Van-Diémen y Tierra de Arnhem.

El descubrimiento de la costa occidental, que tuvo lugar poco tiempo despues, fué obra de la casualidad y del impulso de las corrientes del mar de las Indias, que en 1616 condujeron á ellas al navío *Eendratch*, en 1619, al navegante Edel, y más tarde á De Witt: por esto los nombres de tierras de De Witt, d'Eendratch y Edel dados á la costa occidental.

De igual manera, descubrieron los holandeses la costa meridional.

En 1622, el navío *Lenwin* apercibió la extremidad Sudoeste, y en 1629 Peter Nuyts recorrió las costas del golfo austral al Oeste: tambien por esto se ha dado á tales extensiones de terreno los nombres de Tierras de Lenwin y de Nuyts.

En los últimos años de la administracion del gobernador general Van-Diémen, el holandes Abel Tasman continuó en muchas expediciones y con el celo más glorioso los descubrimientos de sus predecesores. Visitó la más grande parte de la costa occidental, descubrió en 1642 la isla á la cual se da el nombre de tierra de Van-Diémen, disipó las ilusiones de los que consideraban á la Australia como la extremidad septentrional de un gran continente polar antártico, y dió el nombre de Nueva-Holanda al espacio situado entre la Tierra de Van-Diémen y la Tierra de De Witt.

A la muerte de Van-Diémen, ocurrida en 1645, los descubrimientos de los holandeses en estos parajes cesaron casi por completo; y hasta la llegada de Cook en 1770 hay un gran espacio de inercia en las exploraciones de la Australia, inercia sólo interrumpida por el holandes Vlaming en 1696 y por Dampier, célebre navegante frances, en 1699. Cook arranca á la Australia y en general á todo el hemisferio oceánico de la oscuridad en que había permanecido hasta entónces. En 1770 aborda la costa de Botany-Bay, y al mismo tiempo, por consiguiente, el Este del continente, que señaló con el nombre de Nueva-Galles del Sur.

De la creacion de la colonia de Sidney por el gobernador Phillipp en 1788, data para la Australia un nuevo período de exploraciones. Los navegantes Flinders, Grant y Bass se distinguieron á fines del siglo XVIII y comienzos del XIX por la infatigable actividad que desplegaron para conseguir su objeto. Los nombres de *Tierra de Flinders*, *Tierra de Grant* y *Estrecho de Bass* eternizan el recuerdo de los servicios prestados por ellos á la geografía.

En 1801 el navegante frances Baudin contribuyó tambien poderosamente á hacer conocer de una manera más precisa tales trabajos. Pero el hombre que bajo este punto de vista merece más de la ciencia, es el ingles King.

Este hábil navegante, en las diversas expediciones que emprendió sucesivamente de 1817 á 1822, hizo con la mayor exactitud el plano de casi todas las costas de Australia. Y lo que sus exploraciones pudieran haber dejado oscuro ó incompleto, fué finalmente rectificado y acabado, de 1837 á 1843, por Stokes, que viene á ser, por decirlo así, el que heredero de las riquezas científicas conquistadas por la brillante pléyade anterior de exploradores australianos, las reune y amalgama de conveniente manera, y establece lazos de union entre los unos y los otros descubrimientos.

## III

### Exploraciones por el interior.

Los descubrimientos de las costas habían de anteceder, fácilmente se comprende esto, á las exploraciones interiores, y esta empresa, para hecha en país como la Australia, se halla sembrada de mayores peligros, y efectúase generalmente de una manera más lenta.

Penetrar en un país absolutamente desconocido, recorrer sus lugares todos, es cosa infinitamente más peligrosa y arriesgada que estudiar la conformacion exterior de su aspecto.

Lúchase aquí en primer término con los obstáculos de la naturaleza salvaje; despues con la disculpable ferocidad de quien, conocedor de ella y en sus misteriosas revueltas escondido, considera atacado ese sentimiento de independencia instintivo en todos los pueblos, sea cualquiera el grado de su civilizacion.

El salvaje de la Australia ha visto turbada la tranquilidad de que disfrutaba en lo intrincado de sus bosques por la llegada del progreso europeo. No ha considerado otra cosa, sinó que aquella avalancha extraña que se esparcía por sus llanuras y destrozaba la guarida de sus selvas, llegaba á aquel lugar para ejercer sobre ellos la tiranía más odiosa y arrebatarles la riqueza de su suelo. Sus costumbres han sido deshechas, su conformacion política destruída, su hogar hollado; y por más que nosotros consideremos justa esta invasion que la civilizacion autoriza y sanciona, no podemos ménos de hallar disculpa en la conducta de esos pueblos, atacados en lo más querido de su existencia.

Examinando la historia de estas excursiones arriesgadas por el interior de Australia, hallamos

que la primera es la intentada por el geómetra Oxley, que partió de Bathurst en 1817, llegando hasta el valle de Wellington, y poco despues, en 1818, hasta Port-Magnarie. En 1823, Currie partió de Camdeu, llegando por el Sur hasta las dunas de Brisbane; y en 1824, Hume y Hovell que habían salido de Morumbidjee, llegaron hasta Port-Phillippe, despues de haber atravesado fertilísimos espacios. En el intervalo de 1823 á 1829, Allan Cunningham emprendió, desde las riberas de Maquarie, cuatro viajes en la direccion Norte, en los cuales halló el curso del río Brisbane. En la direccion del Noroeste, Sturt partió dos veces, en 1828 y 1829, llegando hasta Darling, despues de haber atravesado los pantanos de Maquarie. El mismo explorador emprendió en los años siguientes otras expediciones, partiendo de la Nueva-Galles del Sur para penetrar en el interior.

En 1836 y 1838 tuvieron lugar en la misma direccion las expediciones de Leigh y de Mitchell. En 1837 y 1839, las pesquisas hechas por Grey dieron mejor á conocer el Oeste y el Noroeste de la Australia. Sucesivamente en 1840 y 1841, Eyre, que había partido de Adelaida, y en 1846 Gregory y Helpmans, que tomaron por punto de partida la colonia de la Australia occidental, se esforzaron por penetrar en el interior del continente, y con más ó ménos fortuna y mayores ó menores peligros, consiguieron descubrir grandes porciones de terreno y preparar aquellos lugares salvajes para el dominio de la civilizacion, que pocos años más tarde había de sentar sus reales en aquel país tan nuevo, que de una manera brusca y precipitada pasaba de la soledad y de la abyeccion política de sus instituciones, á las más altas conquistas de la Europa culta.

Los exploradores del interior forman tan larga lista, que fuera imposible citarlos aquí todos, áun cuando prescindiera de apuntar algunas de sus más curiosas é interesantes peripecias de viaje. Aun hoy día y acaso por mucho tiempo, continuará esta suerte de exploraciones, dificultadas por las condiciones del país y la índole de sus naturales, porque son vastísimos los territorios imperfectamente conocidos ó ignorados por completo.

Una de las expediciones más dramáticas y á la par más recientes, es la de Burke. Pero de tal naturaleza es, que dejo su relacion para más adelante, cuando el nombre del valiente explorador nos sea recordado por el agradecimiento del pueblo australiano.

## IV

La punta Nep an.—La ribera Yarra-Yarra.—Aspecto de la ciudad.—El suelo de Australia.—Melbourne.—Expediciones.—Una negociacion feliz. El escapado de Collins.—La fiebre del oro.—Reorganizacion.

La entrada de la bahía de Port-Phillip es difícil: es preciso doblar la punta Nepean, sobre la cual el agua se precipita en enormes torbellinos y el paso es estrecho.

Dejamos á la izquierda á Queenscliff y nos remontamos derechos al Norte para echar el ancla ante Sandridge, que, con Williamstown, es uno de los dos puertos de Melbourne.

Los vapores de un tonelaje medio y los barcos de vela, puéden remontar por la ribera Yarra-Yarra hasta la ciudad misma, que es igualmente puerto de mar. Por lo demas Williamstown y Sandridge vienen á ser unos barrios de Melbourne, á la cual se hallan unidos por un camino de hierro: es una distancia de dos kilómetros y medio, que se franquea en un cuarto de hora. Hasta ahora no hemos visto otra cosa que grandes extensiones de arena; la línea accidentada de la costa es triste y desnuda, y el ánimo se impresiona profunda y desagradablemente al pasear la vista por aquellos arenales que parecen no tener fin.

Al desembarcar atravesamos un terreno igualmente arenoso, una llanura abandonada, sin vegetacion, en la cual sólo se ven de trecho en trecho algunos raquíticos troncos de árboles muertos. El primer golpe de vista es ciertamente desolador.

Llegando á Australia el extranjero, experimenta la misma impresion que debieron experimentar los primeros navegantes á la vista de este nuevo continente. Estos terrenos pobres, estos campos áridos, desprovistos de toda vegetacion y de todo abrigo, no son los más á propósito para llevar el pensamiento á la idea de colonizacion.

Para el viajero que viene de admirar la magnífica vegetacion de Java, «esta maestra de la Naturaleza», el contraste es tan grande, tan inmenso, que el ánimo cae presa del abatimiento y ex-

perimenta una desolacion profunda, un verdadero desencanto.

Por caprichos de la Naturaleza, el suelo de Australia parece haber atravesado una crísis violenta, y ha de pasar largo tiempo, y habéis de conocer más tarde las interioridades del país, para libraros de la desagradable impresion primera y examinarlo en su justo valor.

Yo había oído contar tantas maravillas de Melbourne, la había oido ponderar en tantos tonos, que esperaba hallar una ciudad ideal, por todo distinta á las ciudades europeas. No sucede esto, por desgracia, y mi primera mirada tambien fué lanzada á beneficio del desencanto.

Un hecho se muestra allí á los ojos y á la imaginacion, patente, brutal, indiscutible: y es el de que tenéis ante vosotros una aglomeracion de 300.000 hombres, donde hace algunos años las florestas de gomeros no abrigaban otra cosa que hombres salvajes y kangurós.

El territorio que se llama hoy la colonia de Victoria, se llamó en otro tiempo Port-Phillip, y



El Museo de Melbourne.

hasta 1815 formó parte de la Nueva-Galles del Sud. Como ya hemos dicho, Cook apercibió la costa en 1770 y Bass la reconoció en 1798.

En 1801, y añado estos datos concretos para completar los generales que ántes dí, el teniente Grant recorrió la bahía, y en Febrero de 1802 el teniente John Murray extendió los descubrimientos de sus predecesores, descubrimientos completados, como ya sabemos, por Flinders en el mes de Abril del mismo año.

Al siguiente, el coronel Collins fué enviado de Lóndres con un destacamento de presidiarios, para establecer en las riberas de Port-Phillip un establecimiento penitenciario semejante al de Botany-Bay.

Collins no encontró sinó terrenos estériles, arenosos y sin agua, y terminó por abandonar aquellos lugares inhospitalarios, marchando á fundar su establecimiento en Tasmania.

Durante veinte años, Port-Phillip permaneció en el olvido más absoluto, hasta que en 1824 dos propietarios de ganados, Hume y Howell, es-

tablecidos cerca del lago Georgia en la Nueva-Galles, emprendieron una expedicion al Sur en busca de abundantes pastos. Atravesaron el Murray, los Alpes australianos y fueron á dar al Oeste de la bahía, en el lugar mismo donde actualmente se encuentra Geelong. Era aquel un viaje de seiscientos cincuenta kilómetros, peligroso y difícil en aquella época, y viaje inútil despues de todo, porque los dos exploradores no descubrieron tierra alguna favorable á la creacion del establecimiento que querían fundar.

Diez años pasaron aún, y en 1834 unos balleneros de la Tasmania, MM. Aenty, llegaron á establecer una pesquería en Portland, al extremo del pico Sudoeste. La riqueza de los pastos les indujo á fundar una *estacion* de ganados, que fueron por esto los primeros en importar á aquel territorio.

En 1835 John Bateman, que se había dado á la vela en Lamneston al mando de una partida de negros, desembarcó en Port-Phillip, donde se hizo ceder en toda propiedad por los naturales una extension de tierra de seiscientos mil acres, ó sean doscientas cuarenta mil hectáreas, á cambio de unas cuantas varas de tela de colores chillones, de un puñado de cuentas de vidrio y de un saco de clavos viejos. Este escandaloso contrato fué anulado más tarde por el gobierno ingles, que se vió sin embargo obligado á entregar una indemnizacion de 75.000 francos al audaz traficante.

Tres meses más tarde de esta feliz negociacion, Bateman, seguido por J. P. Fawkner, remontó el Yarra-Yarra con su navío *Entreprise* hasta echar el ancla de éste frente á los *eucalyptus* que adornan la ribera misma, donde actualmente se encuentra Melbourne. Es á Kawkner á quien se debe el grande honor de haber fundado esta ciudad.

La noticia del descubrimiento de ricos pastos se extendió rápidamente á lo léjos, y á pesar de la viva oposicion del gobierno, gran número de emigrantes de la Tasmania y de Nueva-Galles del Sud afluyeron á Port-Phillip, de tal manera que en 1836 la colonia contaba ya 224 individuos, entre los cuales había 38 mujeres, más 615 caballos, 155 cabezas de ganado mayor y 43.200 carneros. Fué en esta época cuando William Buckley, presidiario escapado de la penitenciaría de Collins en 1803, fué reconocido por sus compatriotas: había vivido entre los negros treinta y tres años y en tan largo tiempo había llegado por sus hazañas y sus méritos al alto cargo de jefe de tribu.

He dicho que fué reconocido por sus compatriotas, y en esto me separo un tanto de la verdad. Porque la influencia de la naturaleza y el género de vida es cosa tan imperiosa, que al cabo de tantos años de existencia errante, la tez de Buckley era completamente negra, sus facciones variadas por completo, sus ademanes salvajes y sus pasiones feroces.

Por cambiarlo todo, había olvidado por completo su idioma natural, y su garganta se negaba á articular otros sonidos que los sonidos de la lengua de los negros.

Una serie de casualidades lo volvieron al seno de la patria, pero ya de edad avanzada murió extraño á todo lo que había constituído la existencia de sus primeros años.

De 1837 á 1851 todo fueron exploraciones; la colonia prosiguió su marcha ascendente, la cultura se multiplicó y el desierto se pobló de grandes rebaños.

El descubrimiento del oro en 1851, cerca del Monte-Alejandro, en Buninyog y Ballarat, fué un anuncio de desbandada. Las noticias se sucedían cada día más rápidas y extraordinarias, la fiebre se amparó de todos y la poblacion entera corrió al lugar de las minas.

El gobierno se esforzó, pero en vano, por impedir este movimiento incapaz de ser contenido por barrera alguna. Se vió á los labradores abandonar sus campos, á los marinos sus barcos, á los comerciantes sus tiendas, á los abogados y á los médicos su clientela.

La ciudad quedó desierta.

Fué esta una emigracion de Australia toda convergiendo en un mismo punto, y emigracion que, como todas aquellas que impulsa la codicia, llevan tras sí el espectro de las privaciones, de los desórdenes, de las ruínas, de las revueltas y las batallas. En una palabra, un resucitar de las escenas de San Francisco de California en grado áun más alarmante é intenso.

Con el espíritu práctico de los ingleses, con su amor al órden y su respeto á la autoridad, todo se halla hoy regularizado; los servicios se han reorganizado, y la especie de anarquía que sigue siempre á esta clase de revoluciones, no ha durado más que un instante. Una potente industria fué creada, la industria minera, al propio tiempo que se fundaban fábricas de toda especie de productos y que se creaba un Estado nuevo; la colonia de Victoria fué declarada colonia independiente en 1851, y una gran ciudad se construyó en unos cuantos meses.

Hoy la colonia de Victoria cuenta cerca de novecientos mil habitantes, con una capital de trescientas mil almas, comprendiendo los alrededores.

# V

Melbourne comparado con San Francisco.—Hoteles.—La uniformidad de las calles.—Los nombres de las calles.—Aspecto general. El verdadero Melbourne.

Ya lo dije ántes de ahora, Melbourne, á primera vista, se presenta incapaz de seducir al ménos exigente. Nada que encante en el aspecto de estas calles largas y derechas, formadas por casas de igual tamaño, de uniforme aspecto, de exacta altura.

Ni una floresta, ni un árbol; nada que abrigue de las inclemencias del cielo, y cuatro días por semana una lluvia menuda y vergonzosa, que cubre de barro las calles é impide á las mujeres el uso de trajes de colores delicados.

Si se compara Melbourne á San Francisco de California, Melbourne, que no cuenta sinó una docena de años, no puede ser colocada, sin embargo, en segundo lugar, considerada comercialmente se entiende. Por lo demas, las casas son ménos bellas, ménos altas, mal agrupadas. Gran número de cabañas miserables se mezclan á las construcciones recientes y se apoyan en monumentos notables, á los cuales quitan toda su magnificencia.

Los hoteles, aunque admirablemente servidos, no osarían luchar con los de la reina del Pacífico.

La ciudad es más regular; ¿pero esto significa mérito alguno? ¿qué placer puede encontrarse en estas calles de una monotonía verdaderamente desesperante? Yo he vivido en Filadelfia, esta ciudad de un millon de almas, donde todas las manzanas son rectángulos perfectos, donde todas las calles son derechas y todas las casas semejantes, y he creido volverme loco. ¡Ah, cómo me sentía ansioso de ver calles torcidas, casas desiguales y monumentos variados!

La verdadera entrada de Melbourne es por el puente de Yarra-Yarra y por la calle Swanston. Por este camino os halláis prontamente en el corazon de la ciudad, dejando á mano izquierda el camino de hierro, que enlaza los alrededores á Flinders y el puerto de desembarque.

Swanston está cortado por las calles Collins, Burke y Lomdale, y las calles paralelas son Stevphen y Rusell al Norte, Elisabeth, Queen y William al Sud. Estas arterias principales están entrecruzadas por calles más estrechas del mismo nombre, pero á las cuales se antepone el epíteto de pequeñas.

Así, pues, se dice pequeña calle de Flinders, de Collins, de Burque, etc.

Este modo de bautizar las calles, que todas llevan nombres de exploradores, de gobernadores ó de grandes hombres pertenecientes á la colonia, es ciertamente más lógico que el de los Estados-Unidos, donde se ponen nombres de árboles ó de flores, tales como calle del Olmo, de la Encina, de la Ciruela y del Albaricoque. Esto nada dice al corazon, nada á la inteligencia, nada á la memoria.

Todo el movimiento de la ciudad se concentra en cinco ó seis grandes calles para las oficinas y los negocios, y á ellas afluyen, como es natural, los paseantes y los desocupados. Las pequeñas calles, destinadas á tráfico más basto, se ven obstruídas las primeras horas del día por multitud de bestias y carros de mercancía. Lo restante de la ciudad parece un desierto ó casi un desierto.

El movimiento se halla bien circunscrito; pero áun en estos límites se adivina la circulacion de una gran ciudad.

Si se juzga de las tendencias de un pueblo por sus monumentos, los innumerables bancos de Melbourne dirán bien alto que la persecucion de los negocios es el único objeto de sus habitantes. Casas de banca aquí, casas de banca allá y en todas partes. La magnificencia de los establecimientos comerciales no tiene ejemplo: son, en una palabra, verdaderos monumentos, no sólo rodeados de comodidades de todo género, sinó sujetos á las leyes arquitectónicas que dan á aquella frase toda su expresion y alcance.

Los clubs y los hoteles vienen en seguida; despues se elevan magníficas tiendas adornadas de grandes espejos, las cuales hacen recordar los comercios de París y de Lóndres.

Es en la calle pequeña de Flinders donde se encuentran las casas más considerables. Difícilmente puede comprenderse cómo los importadores disponen de tales existencias de mercancías. Véis, en efecto, edificios de cuarenta á cincuenta me-

Calle de Swanston en Melbourne.

tros de altura por una igual profundidad, altos de cinco pisos con subsuelos, y por todas partes repletos de efectos destinados al comercio.

Esto sorprende, tanto más cuanto que gran número de casas situadas en otras calles no están ménos llenas que éstas, y el viajero se pregunta maravillado si no hay aquí exceso de mercancías para una poblacion de nuevecientos mil habitantes.

El panorama de Melbourne es plano, á pesar de sus dos colinas. Yo creo que una de las causas principales de la poca seduccion que al primer golpe de vista inspira, es que la vida no circula permanentemente por la poblacion, áun en sus calles más animadas. Melbourne es un *comptoir*, una aglomeracion de tiendas, de oficinas y de almacenes, y el que viene á su trabajo por la mañana, á la tarde emigra ó desaparece.

A las seis la ciudad está desierta y los días festivos es un verdadero Sahara.

El encanto de Melbourne se halla en su campiña, en los lindos caseríos que la circundan. Allí, no sólo se encuentran hermosos *cottages* con sus balcones boleados, sus pajareras, sus cenadores, sus jardines inundados de flores, sinó tambien residencias privadas suntuosas, verdaderas habitaciones señoriales, colocadas en el centro de grandes jardines ó de inmensos parques admirablemente dispuestos.

Las arboledas no son muy sombrías porque los árboles datan de ayer, como quien dice; pero cada año se les ve crecer y extender más brillantes y más espesas sus profusas ramas en medio de la tierna vegetacion de los eucaliptos.

La verdadera Melbourne está en Sain-Kilda, Brighton, Torak, Richmond, Suth-Yarra, Kew, Fitzroy, Howthorn, Collingwod, Carlton, Hotham, Emerald-Hill y cien más encantadoras residencias... Omnibus y caminos de hierro unen todas estas villas y permiten á los habitantes de fortuna más modesta marchar cada noche á respirar el aire puro y vivificador de la campiña.

Hé aquí en qué terreno Melbourne es infinitamente superior á San Francisco de California, por más que entre ambos puntos existan gran número de semejanzas.

## VI

Adelantos.—Comodidades.—Sir Redmundo Barry.—El gabinete de Historia Natural.—Los marsupiales.—La fauna.—El profesor Mac-Coy. Sus teorías.—El *dinormis*.—El *deprotodan*.—Exceso de ciencia.

Ninguna ciudad tan jóven posee tantos monumentos públicos como Melbourne. En la esfera industrial, como en la esfera gubernamental, puede con efecto levantar con sus ricos capitales los más hermosos y los mejor organizados.

A la hora presente goza de todos los perfeccionamientos, ante los cuales se detienen las manufacturas antiguas y las viejas sociedades. Sea prejuzgacion, sea defecto de inteligencia, sea economía, las manufacturas antiguas quieren utilizar su material antiguo, y las antiguas sociedades no se deciden sinó teniendo á la vista el cercano peligro de su existencia á modificar sus viejas costumbres.

En la colonia de Victoria nos encontramos enfrente de una sociedad organizada en conjunto, semejante á esas casas de piezas numeradas que se deshacen y trasportan al lugar donde su dueño quiere habitarlas.

La colonia tiene á la vez todas las comodidades posibles: comodidad física por su vida larga y fácil, comodidad moral por las instituciones que no poseerá jamas la madre patria que la ha lanzado al mundo.

Tiene, en efecto, todo aquello que los más avanzados europeos quieren ó sueñan: sufragio universal, libertad amplia de reunion y de asociacion, escuelas gratuitas, laicas y obligatorias, instituciones de beneficencia y de utilidad general ricamente dotadas, cuerpos de policía, é iglesias de todas denominaciones: todas las cualidades y ya todos los vicios de una democracia absoluta.

Como decíamos, sus monumentos son numerosos y notables, figurando á la cabeza de ellos, no por su mérito artístico sinó por el mérito de lo contenido en él, el Museo Nacional.

Su director, el hombre más amable y más notable de Victoria, sir Redmundo Barry, reune á las maneras de un marqués del antiguo régimen, la inteligencia liberal de un hombre de nuestros días, la alegría comunicativa de un jóven y la experiencia de un anciano.

Reside desde hace cuarenta años en Melbourne,

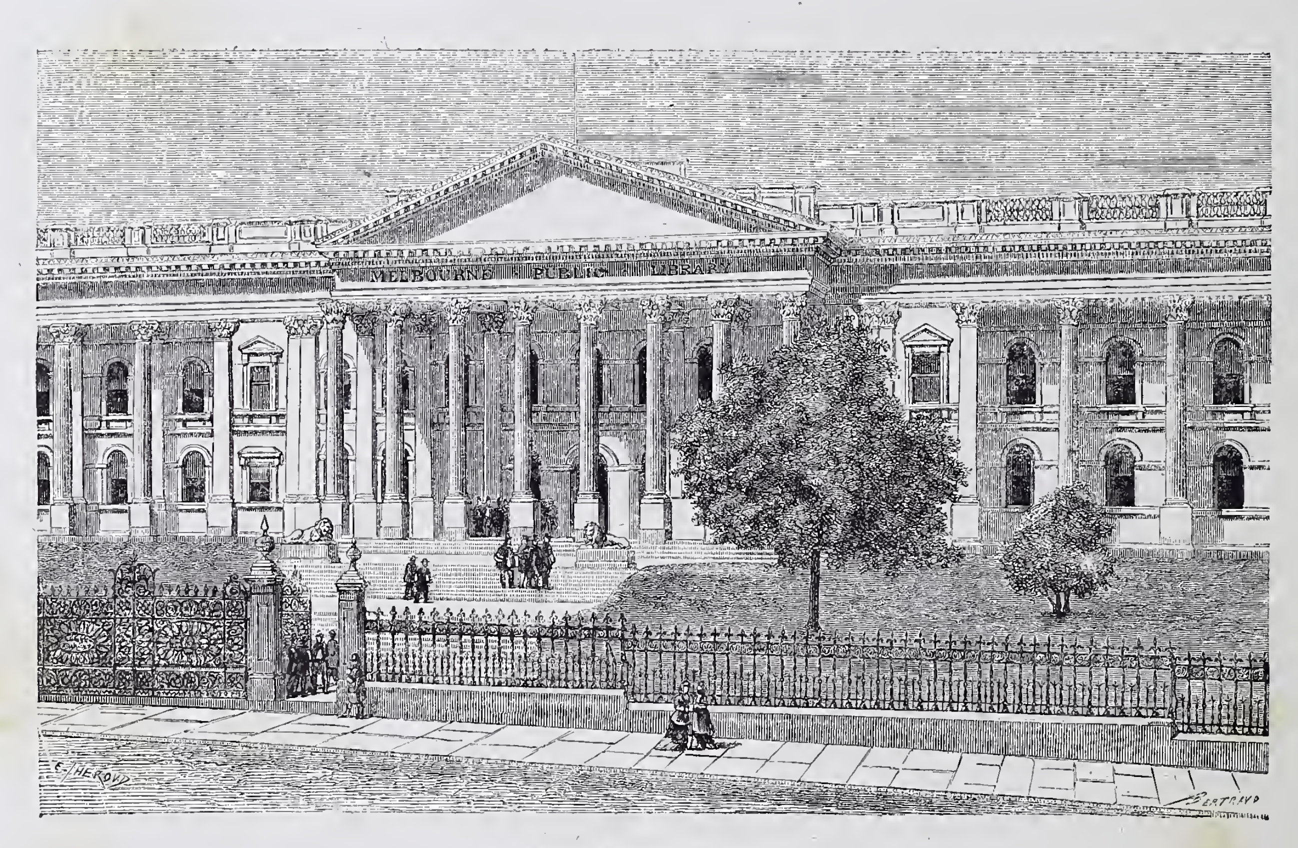
y es uno de sus padres, permítasenos la frase. Ninguna institucion hay que no sea debida á su iniciativa; ningun monumento que no haya fundado. Pero sus más bellas creaciones, aquellas que le dan título más glorioso, son el Museo Nacional y la Biblioteca Pública.

Nos ocuparemos ahora detalladamente del primero, dejando para el siguiente capítulo la descripcion de la biblioteca y la de algun otro monumento de no ménos grande importancia.

Sir Redmundo Barry en persona, afable y activo, me ha mostrado detalladamente el Museo Nacional, donde se encuentra una reproduccion notable de la historia antigua y de la historia contemporánea de Australia.

Seis horas pasamos allí y me prometí volver á menudo. Es, sobre todo, un museo consagrado á la instruccion del obrero. Todo lo relativo á las minas de oro, desde la palangana de laton del primer *digger* hasta las máquinas de vapor más complicadas para triturar el cuarzo; todo lo que es arquitectura, máquinas agrícolas, máquinas de tejer é industrias de todas clases, se encuentra allí perfectamente representado.

En cuanto al gabinete de Historia Natural, estoy seguro de que os encantaría.




La Biblioteca pública de Melbourne.

Por todo lo que veo, este país me parece tan extraño que no puedo pasar en silencio lo que hay de más notable en su superficie, es decir, la serie innumerable de los marsupiales.

Desde el kanguró de ocho piés de alto hasta la rata ó el raton liliputiense, todos los mamíferos originarios de esta tierra, excepto uno solo, la raza humana (¡sólo le faltaba eso!) tienen la bolsa como una especie de buzon de cartas en que meten á su progenie cuando corren.

¿Os figuráis toda esa gradacion, desde ocho piés á media pulgada, con cuarenta escalones diferentes de animales peludos, que tienen cuatro patas y corren sólo con dos, llevando, no las manos, sinó los hijuelos metidos en los bolsillos?

No tengo más idea sinó poner desde esta noche ratoneras en mi cuarto, y sobre todo ir á las grandes llanuras en busca de kangurós. ¡Buena caza les daremos si Dios nos presta vida! ¿Y quién sería el cazador cuyos instintos no se despertasen ante la coleccion única de pájaros disecados de este museo: guacamayos color de rosa, cotorras omnicolores, cisnes negros, casoares, ornitorinquios con pelo de nutria y pico de pato?

El carácter más curioso de la fauna moderna de Australia es el aparente aislamiento y separa-

cion de todos los tipos que habitan en las demas partes del mundo. Aquí los grupos genéricos son frecuentemente distintos del mismo género de animales que habitan latitudes semejantes, viven con los mismos medios y ejercen las mismas funciones esenciales, y esa distincion se funda en caractéres tan importantes, que indican familias, razas y órdenes nuevos que no se encuentran en ninguna otra parte. Para el viajero que, como nosotros, no puede recorrer á la ventura la superficie de un país, visitar sus ciudades y atravesar sus bosques, este museo es una fuente viva donde debe buscar las descripciones de las entrañas de esta tierra y beber los informes más secretos que ocultaba á todos los ojos y que sabios tan profundos como atrevidos han sabido arrancarle.

Guiábanos en medio de tantas cosas curiosas el sabio profesor Mac-Coy, que iluminaba para nosotros con vivas luces aquel dédalo por otra parte bien ordenado. Nos hablaba de ese aislamiento de las razas vivas de Australia; él ha procurado remontarse por la historia de la tierra hasta la fecha de ese aislamiento, y ha combatido la opinion generalmente acreditada sobre la formacion del *Novísimo continente*.

En las rocas *oolíticas* de Inglaterra se encontraron huesos y dientes que indicaban la existencia de animales marsupiales, ó sea provistos de bolsas, de la misma familia que los *perameles* de Australia: tales tipos no existen ahora individualmente más que en esta parte del mundo; los fósiles ingleses estaban englobados en miriadas de conchas marítimas del género tribonia, que sólo se encuentra hoy en las costas de Australia; por esto se formó la opinion general de que la fauna actual era la continuacion directa de la fauna que desapareció del resto de la superficie del mundo al terminarse el período *mesagoico*, de donde se partía para decir: «Australia es el país de formacion más antigua; se convirtió en tierra firme por cima del nivel del mar en un período durante el cual las formaciones *mesozoica* y *camozoica* se constituyeron en el globo».

Pero Mr. Mac-Coy niega eso, pues gracias á sus penosas investigaciones en las minas más profundas y en las grietas de las montañas, se ha dado cuenta exacta de la época y del modo de formacion de las rocas que constituyen la corteza de esta tierra.

«La capa de terreno sedentario, primera que cubre esa corteza de terrenos primitivos, formados al rededor de la masa terrestre, todavía fluida é incandescente, posee, nos dijo, los mismos tipos específicos de vida animal que los que caracterizan esas capas tan antiguas en el país de Galles, en Suecia y en la América del Norte. Luégo vienen los terrenos idénticos á los de esos países, los esquistos y las rocas forilíferas; el Canadá, Escocia y la provincia de Victoria han vivido, pues, absolutamente la misma vida en aquellas remotas edades».

En el período *paleozoico* superior, la primera apariencia de vegetacion terrestre se formó aquí exactamente sobre el mismo tipo que la de la misma época en el hemisferio Norte, y comparando así la historia natural de los antípodas, Mr. Mac-Coy ha encontrado la extraordinaria identidad de sus faunas marinas y de las producciones de la tierra firme, la cual surgió en Australia hacia la misma época que la mayor parte de la tierra firme en Europa y América.

En cuanto á las plantas, asociadas á los yacimientos hulleros de Nueva-Gales del Sur y de Tasmania, presentan los mismos cambios que los observados en las creaciones geológicas correspondientes á las Indias, Alemania y América, y en cuanto al célebre *Tribonia*, que algunos consideran como clave de la cuestion, Mr. Mac-Coy no la ha encontrado en esa capa, pero ha visto una especie distinta que le permite suponer la existencia de yacimientos triásicos. Durante la época terciaria, que no pueden admitir los que creen que Australia es el continente más antiguo, la mayor parte del país estuvo cubierto por el mar como en Europa, pues todas las huellas de creaciones animales y vegetales anteriores fueron destruídas y reemplazadas por especies diferentes de animales y plantas, que se acercan más á los que habitan hoy en la tierra australiana y en los mares vecinos.

No es admisible, por lo tanto, que Australia haya seguido una suerte distinta que el resto del mundo, permaneciendo emergente durante el período *oolítico*. En apoyo de esta idea vienen los fósiles, mostrando que aquí, como en América y en Europa, las razas de animales que habitan el mundo fueron precedidas por las mismas particularidades anatómicas que las que hoy les son propias.

Al decirnos esto el sabio profesor, nos ponía delante de una pata de *dinormis*. ¡Oh qué patas, amigos mios! Ella sola es tan grande como yo, y me parece que cinco piés y nueve pulgadas no es poco.

Esa pata grandiosa y majestuosa que debió dar pasos y saltos de siete leguas, como dicen los cuentos de la infancia, procede de Nueva-Zelanda, y

ya podéis suponer lo que sería el cuerpo que sobre ella se levantaba.

El dinormis que se ha construído teóricamente, gracias á ese resto digno de su apetito de antropófago, era, segun parece, todo patas, pues no tenía alas. Ese antetipo ha dejado en Nueva-Zelanda un descendiente de todo punto semejante, pero liliputiense, el pequeño kiviss (aptery), y sucede con ese pájaro sin alas que los siglos han ido reduciendo á su más mínima expresion, lo mismo que sucede con el perezoso de la América del Sur, precedido por el megaterio, ese monstruo cuya armazon ósea pesa muchos miles de kilogramos y es tan grande como una cabaña de cazador. Australia ha tenido para sus kangurós actuales un abuelo kanguró que presenta exactamente las mismas particularidades anatómicas, pero tan colosales que da espanto cuando mira uno sus osamentas encadenadas á las paredes del Museo, con un letrero que dice: *deprotodan.*

Cerca del lago Timbun se encontraron esos monstruos, en cuyas bolsas, cuando vivos, hubiera sin duda cabido toda una familia de ciudadanos como en un ómnibus; yo os confieso que me felicito mucho de que el período terciario haya suprimido esos huéspedes desagradables de los bosques que nos proponemos explorar.

Todos esos fósiles hicieron creer durante largo tiempo que los marsupiales eran los únicos cuadrúpedos nativos de Australia; el perro salvaje (*canis dingo*) no se reputaba indígena. Pero últimamente se descubrió en las cavernas negras del monte Macedon un fósil de perro salvaje, y entónces todos los sabios se pusieron de acuerdo.

Cosa curiosa: parece que en las materias duras que sujetaban las osamentas del kanguró gigante, felizmente sumergido, había venas ferruginosas y auríferas, lo cual indica la misma época para los depósitos de oro de Australia y Rusia.

El museo está situado en una altura, y desde sus ventanas podíamos ver el lado opuesto de Hobson's Bay, de donde se han sacado yacimientos de mioceno que Mr. Mac-Coy nos hacía comparar cón muestras de los mismos yacimientos de París. Aquel producto del suelo de la patria trasportado á los antípodas, y por sus caractéres esenciales exactamente parecido al que teníamos bajo nuestros piés, conmovíame, lo confieso, más aún que la demostracion palpable de la ley de representacion de los centros específicos que desempeña un papel tan importante en la vida orgánica del globo.

Ademas, aquí, como en Europa, las conchas actuales y las de los depósitos miocénicos están separadas por muchos grados de latitud, mostrando así el enfriamiento gradual de nuestro globo durante esos remotos períodos.

Tales son los motivos que tiene nuestro sabio guía para rechazar la opinion de una Australia salida de los mares ántes que los demas continentes; tales son las identidades que nota de las capas de estas tierras con las nuestras; pero entónces, ¿por qué su superficie es tan distinta de la de las otras comarcas? y ¿por qué han encontrado los exploradores tantos desiertos de piedras, tantas llanuras privadas de tierra vegetal, tantas devastaciones causadas por incomprensibles cataclismos, miéntras que hay tambien tantas tierras fértiles?

Unos creen en un archipiélago convertido en continente y cuyas partes áridas serían brazos de mar que han quedado en seco; otros quieren que Australia haya salido de golpe por una gigantesca erupcion del seno de las aguas, donde estuvo sumergida más tiempo que las otras tierras, y explican su increible aspecto diciendo que no ha tenido todavía tiempo suficiente para dejar crecer los bosques bajo los cuales brotan los manantiales que de día en día van aumentando, ni para cubrirse con el limo engendrado por el curso del agua, ni para pulverizar por la accion del sol y del aire la costra compacta arrancada de súbito á los mares que todavía la rodean; el mínimo número de indígenas que habitaban su territorio inmenso en la época del descubrimiento, el aspecto de cáos antidiluviano del centro del continente, la escasez de ríos, lo extraño de la vegetacion, la alternativa de sequías prodigiosas é inundaciones súbitas, parecen indicar que este suelo, lavado recientemente por el mar ó por grandes diluvios, no ha llegado todavía á su madurez, y que el hombre se ha dado más prisa que debiera en ocuparlo.

Arrástrame demasiado léjos el recuerdo de lo que hoy he escuchado; pero si he tenido la fortuna de oir á un sabio disertar sobre las verdades más extrañas de la geología de un país, si me han cautivado sus palabras, ahora siento como un torbellino en mi espíritu, lleno de sus luces, y veo que ni mi memoria ni mi papel pueden trasmitiros de ellas siquiera un pálido reflejo.

He querido, ántes de que lo borren sensaciones posteriores, sacudir de mi cerebro esta noche misma toda la ciencia que lo sobrecargaba.

# VII

La Biblioteca pública.—Otros monumentos.—La estatua de Burke.

El segundo monumento por su importancia material y moral, creo haberlo dicho, es la Biblioteca pública, tambien debida á la iniciativa de sir Redmundo Barry.

Es un edificio griego con un hermoso peristilo de columnas corintias, al cual se llega por una escalera monumental, sobre cuya barandilla descansan dos enormes leones de bronce.

Un contador registra el número de los visitantes, que el año último se elevó á más de trescientos mil.

En la planta baja se encuentra una inmensa rotonda, destinada á los periódicos y á las publicaciones periódicas ilustradas. Toda esta misma planta por la parte de la fachada principal, está destinada para Museo de escultura y modelos antiguos.

La Biblioteca se halla situada en el primer piso; es una larga sala con una galería en la parte superior y que recuerda la Biblioteca de Washington.

De cada parte, pequeñas piezas independientes, separadas las unas de las otras por un simple tabique, se abren á la gran sala. Cada una de estas piezas contiene obras especiales, con una inscripcion determinando los asuntos: obras políticas, literarias, científicas, en ingles ó en idiomas extranjeros. Esta clasificacion es tan simple, que por sí mismo el lector, sin necesidad de bibliotecario, puede escoger el libro que necesite: una escalera colocada en cada salon le permite alcanzar los libros situados en los estantes más altos.

Existen ya en este edificio ciento diez mil volúmenes, es decir, que la Biblioteca de Melbourne ocupa un rango elevado en el mundo de la ciencia. Es cuanto puede apetecerse para una biblioteca que cuenta de existencia sólo veinticinco años.

El moviliario es suntuoso: bellas mesas cubiertas de tapetes, sillas y sillones, esteras de junco, nada falta para ofrecer á los lectores el *confort* más exquisito.

El Conservador tiene á sus órdenes algunos jóvenes bibliotecarios, cada uno de los cuales posee á lo ménos dos lenguas extranjeras: éste el frances y el aleman; aquél el español y el italiano; otro el ruso y el sueco. De manera que un extranjero puede encontrar siempre quien le responda y le guíe.

—Nada de reglamento, y es lo mejor,—me dice sir Redmundo Barry.—Entre quien quiera; bien ó mal vestido, rico ó pobre, todos vienen bien á este sitio sin papeleta de entrada, sin billete para la obra pedida.

El lector se sirve como bien le parece, mete el libro en el estante ó lo deja sobre la mesa.

Desde las diez de la mañana hasta las diez de la noche, la Biblioteca está abierta.

¡Cuántas gentes, atraídas por estas facilidades, vienen á pasar aquí días enteros en este lugar encantador, abrigado del viento, del calor y del frío, y acostumbran así su espíritu á lecturas útiles y estudios serios!

—Pero,—dijo yo al fundador de la Biblioteca,—sin contraseña y sin billete desbalijarán vuestra obra, y habrá que renovar los estantes á menudo.

—Puede ser,—respondió él;—en los primeros tiempos sí; pero como nuestras obras están firmadas y selladas y los libreros advertidos, bien pronto los desgraciados que á tal accion se entregaban, comprendieron la imposibilidad de deducir algun provecho.

—Perfectamente en este punto. Pero dando así á todos, sin distincion, libertad para penetrar en vuestros salones, se llenarán de gentes sin domicilio, que vendrán á dormir é incomodar á los estudiosos.

—Dejad hacer,—responde sir Redmundo,—mejor estarán aquí que en medio de la calle, y acaso con el tiempo cobren aficion á la lectura.

—Pero,—insistí yo,—¿por qué este moviliario lujoso?—Destrozarán vuestras mesas, vuestros sillones y vuestros tapices.

—No lo creáis,—me respondió;—los más groseros, que harían astillas una mesa de pino, respetarán un mueble de valor; el pudor que les impone la vecindad de gentes distinguidas, la confianza y el cariño que se les demuestra considerándolos dignamente, son bastantes á defenderlo todo.

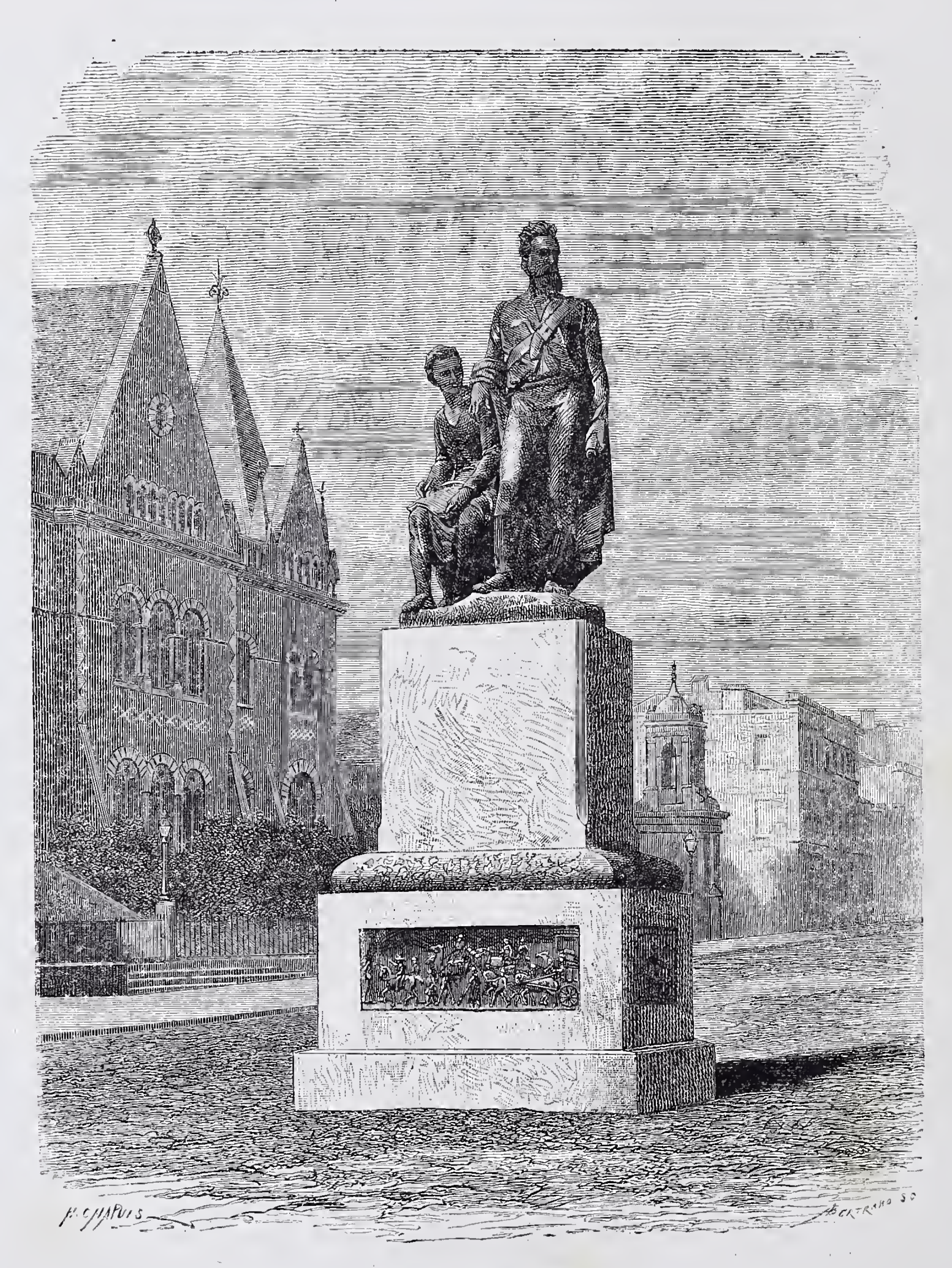
Los hechos, con efecto, justifican las previsiones de sir Redmundo. No falta un solo libro, y las gentes de todas clases que invaden la Biblioteca,

respetan religiosamente los lujosos muebles: no se fuma, y áun los ménos educados se conducen irreprochablemente.

Cuando se penetra en esta sala inmensa, llena de personas pertenecientes á todas las clases de la sociedad, no se escucha el más leve ruído, y podéis creeros dentro de una iglesia. Añadiré que, segun la costumbre inglesa, hay un elegante salon destinado á las señoras.

El presupuesto anual de la Biblioteca y del Museo es de cuatrocientos mil francos.

Ha sido fácil en Melbourne, como en toda colonia nueva, reservar para sus parques, sus calles y sus caminos, todo el espacio que se ha juzgado necesario para su embellecimiento y sus condiciones de salubridad. No teniendo que expropiar ni pagar indemnizaciones, pueden verse en Melbourne parques numerosos, y algunos de extension considerable.



Monumento de Burke.

Existen los jardines de la Universidad, el Parque Real, el jardin de Aclimatacion, los jardines de Fitzroy y de Carlton, el Yarra-Parc, etc.; pero los más antiguos de estos jardines no tienen más de quince años, y los australianos tienen la costumbre de plantar árboles microscópicos, que adolecen de la falta de no prestar toda la sombra

necesaria; se la darán, puede ser, á las generaciones futuras; pero esto no priva á las presentes de los rayos abrasadores del sol.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Entre los monumentos de Melbourne, conviene citar ademas, la Universidad, de estilo Elisabeth, situada cerca del Museo de Historia Natural, y ambos en el centro de un hermoso jardin, que tiene por vecindad la Escuela de Medicina y el Laboratorio de Química.

En la calle de Swanston se encuentran la Biblioteca y el Museo de Piuturas. Al lado de éste el Hospital, vasto edificio sin pretensiones arquitectónicas, y más abajo el Hotel de Ville.

El Correo, hermoso edificio situado en la esquina de las calles Burke y Elisabeth, vale más, pero aún no está terminado.

Si nos remontamos por la parte Norte de la calle de Collins, encontraremos un bello monumento levantado á la memoria de Burke y de Wills, los atrevidos exploradores del interior.

El monumento que se les ha consagrado es la obra más notable del escultor Suunner, que ha hecho todas las suyas para la colonia de Victoria. Es una masa de granito, cuyo pedestal está adornado por bajo-relieves de bronce incrustados en la piedra. Las figuras son más grandes que de tamaño natural. Burke está delante en actitud de explorador que excruta el espacio; Wills, apoyado cerca de él sobre el tronco de un árbol, toma notas en un libro, al dictado de su jefe.

El primer bajo-relieve representa la partida de Melbourne en medio de una gran concurrencia, partida verdaderamente triunfal. El segundo representa á Burke de regreso del golfo de Carpentaria, y no encontrando persona alguna en el lugar de la cita, que sus compañeros han abandonado momentos ántes. En el tercero, King es encontrado vivo entre los negros, que lo acogen y alimentan; el cuarto figura el cuerpo inanimado de Burke, cuando lo encuentra Howit, á quien guían los naturales.

El monumento es bello á pesar de algunas rudas imperfecciones. Las dos estatuas están soberbiamente vaciadas, y dan á cada uno de los tipos que representan el carácter que en realidad les pertenece.

Los bajo-relieves, vigorosamente hechos, cuentan la tragedia en cuatro actos, desde la alegría de la partida hasta la agonía de Wills y la muerte de Burke.

Más arriba, en la misma calle, se hallan el Tesoro y el palacio del gobernador. El Tesoro es un monumento moderno de los más notables; el servicio interior se halla admirablemente organizado; un hermoso jardin se levanta al pié del edificio, desde donde se goza una perspectiva admirable, y de una ojeada pueden abrazarse el mar y la campiña, ambos del mismo color, ambos agitados en olas por la brisa.

En la parte Sur de la ciudad, en la esquina de las calles Loudsdale y William, está en vías de construccion el nuevo palacio de Justicia. Es un edificio de estilo italiano, que cuando terminado, será, sin duda alguna, el más bello de la poblacion.

Cerca se eleva la Casa de la Moneda, que dicen ser el establecimiento más perfecto de este género que existe en el Universo. Me considero incapaz de emitir sobre esto una opinion seria, pero declaro haberlo visitado con el más vivo interes.

Pero suspendo aquí mi relacion de monumentos, que tiempo tendremos seguramente de conocer y visitar, para llevar nuestra atencion á un asunto de capital interes: me refiero á la expedicion de Burke, la más arriesgada de las llevadas á cabo en el interior, y que, como ántes dije, dejaba para explicada en el momento en que el nombre de aquellos mártires nos fuera recordado por el agradecimiento del pueblo australiano.

## VIII

### La expedicion de Burke.

En la cumbre de una colina, por la que pasa la arteria más populosa, destácase un elevado pedestal que sostiene un grupo de bronce, grupo esculpido, fundido y montado en la colonia, y cuya ejecucion es perfecta. Representa dos hombres cuyas miradas sondean lo infinito.

Uno de ellos es el jefe: todo lo anuncia: su postura heroica, su aire de autoridad. Y sin embar-

go, sus vestidos desgarrados, sus miembros de esqueleto, sus facciones demacradas, sus miradas moribundas, demuestran que espiran de cansancio y de hambre abandonados en medio del desierto.

¡Ese jefe es Burke: esos hombres son sus infortunados compañeros!

El solo nombre de Burke, apénas conocido en Európa, llena aquí todas las imaginaciones y hace latir los corazones todos. ¡Ese nombre es hoy para Australia más que el de Coriolano para la antigua Roma, más que el de Bonaparte en Messidor! ¡Qué poca cosa es el ruído que hicieron los descubrimientos de osados exploradores por el continente australiano, en comparacion con la gloria de Burke, que fué el primero en atravesar de parte á parte desde el Océano Austral al Océano Pacífico! ¡Heroicos esfuerzos, constancia sobrehumana, exploracion única en el mundo, han hecho de Burke un grande hombre! ¡Pero su noble ambicion, una ambicion de descubrimientos que rayaba en fanatismo, no pudo gozar de su triunfo, y este monumento perpetúa la memoria del día en que tuvo la única cosa que faltaba á su gloria: la consagracion de la desgracia!

Desde que hemos puesto los piés en esta tierra, no hay persona que no nos haya hablado largamente de él: muchas le han conocido con intimidad; participó en las pasiones, prosperidades y miserias de todos, contribuyó grandemente en los primeros trabajos que crearon aquí una nacion; era ambicioso; hé ahí su crímen. Pero figuráos qué viva está delante de mí su imágen cuando oigo narrar sus aventuras á todos sus amigos que ayer le exhortaban con sus últimos ruegos, y cuyas lágrimas corren hoy todavía al lamentarse de no haber podido salvarle, y sobre todo, cuando leo las hojas autógrafas de su diario, que se conservan aquí religiosamente, medio rotas, gastadas, y mostrando las huellas de sus errantes expediciones; halláronlas en medio del desierto, allí donde las enterró ántes de perecer solitario en la abrasada arena.

Paréceme que le veo corriendo al Norte á traves del desierto, buscando el Océano y no encontrando más que un océano de piedras calcinadas; muriéndose de hambre y teniendo que andar todavía cien leguas para encontrar víveres; espirando por haber querido emprender una gran mision, y sintiendo, despues de haberla desempeñado noblemente, que quizas el mundo ignoraría su última obra.

Lo confieso; tengo la cabeza tan llena de estos relatos, tan conmovido el corazon por esos infortunios, que á cada instante me refieren testigos oculares y que el mismo Burke describe de un modo tan patético en las notas de su diario, que quiero hablaros hoy de ese hombre y trazaros á rápidos rasgos la historia de su memorable y triste campaña.

Durante más de veinte años las colonias vecinas habían hecho repetidos esfuerzos para explorar el interior de la Australia; en medio de aquel concurso de todas las energías en aventurero palenque, la de Victoria estaba como apartada, ora la atormentase febrilmente la explotacion del oro, ora la absorbiese el pacífico cuidado de sus rebaños. Pero en 1860 el donativo de 25.000 francos, hecho por un ciudadano deseoso de impulsar una tentativa por parte de su patria adoptiva, dió súbitamente á la gran colonia del oro un nuevo empuje para un nuevo fin, y la expedicion que desde entónces proyectó ha eclipsado á las demas, tanto por la magnificencia de los preparativos como por la grandeza de sus desastres finales, expedicion bautizada con sufrimientos, pagada con la vida de diez hombres, pero fecunda en admirables resultados.

El gobierno de Victoria le dió por jefe al antiguo cadete de Woolwich, al ex-oficial de húsares húngaros, O'Hara Burke, ya popular entre todos, valiente y franco, ávido de reputacion, despreciador del lucro, fogoso hasta el heroísmo, entusiasta hasta la utopia. Pero el exceso de estas cualidades debía causar su pérdida y la de los suyos.

Había ménos rabia aventurera, pero más calma, reflexion y ciencia en la cabeza de 26 años de su segundo, el jóven Wills, que debía ser el astrónomo indispensable para dirigir á la colonia por el mar de los desiertos, y cuya familia había perdido ya á uno de sus individuos en el *Erebo*, con sir John Franklin en la expedicion al polo Norte, y estaba destinada á dar otro mártir para los descubrimientos del mundo en las arénas abrasadoras del Capricornio.

El 20 de Agosto de 1860 se pusieron en camino los atrevidos exploradores; eran 17, y con Burke á la cabeza marchaban entre las aclamaciones de todo un pueblo. Nunca había visto la poblacion de Melbourne espectáculo tan imponente: estaban orgullosos, tenían grandes propósitos en el corazon, acompañábanles los votos de todos; el gobierno había dado 250.000 francos, los particulares 50.000; llevaban 27 camellos, traídos expresamente de la India, 27 caballos de los más robustos, bebidas y víveres para 15 meses.

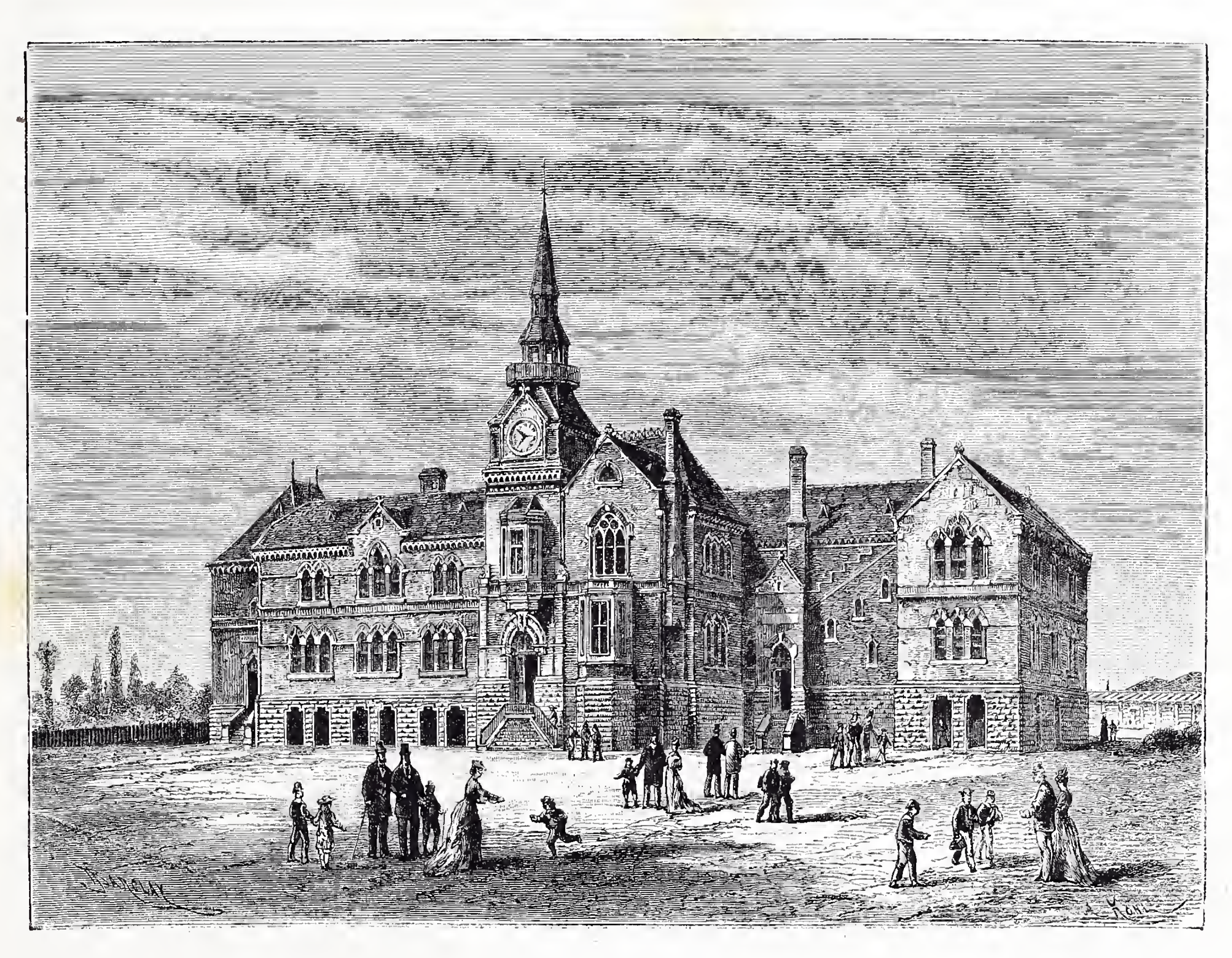
Entre los *hurras* que lanzaba la multitud, en-

tre las voces que les deseaban completo éxito, nadie pensó que la mayor parte de la aventurera cohorte marchaba á la muerte.

Hasta Murray el camino fué largo. Burke, demasiado duro consigo mismo, no tenía bastante consideracion con los demas: marchó ofendido y devorado por una pena del corazon, sin otra perspectiva que amargos sufrimientos, á pesar de la esperanza del triunfo; era demasiado fogoso, tenía demasiada ansia de porvenir para poder mandar con cálculo.

Tres de los suyos riñen con él, y lo abandonan. En la frontera de las tierras recorridas por los rebaños los reemplazó mal; y la union, ya sin obstáculos, de la fogosa energía del jefe con la dócil dulzura de su segundo, fué causa de toda la serie de sus horribles desgracias.

El camino que trazó al traves de ese continen-



Una escuela pública.

te inmenso puede dividirse en trece etapas principales: Messindie, á 600 kilómetros de Melbourne; Coopers Creek á 600 kilómetros más al Norte, casi en el centro del continente; y, en fin, á más de 1.000 kilómetros del centro la costa del Océano Pacífico.

Los comienzos son penosos; el exceso de bagajes y el exceso de víveres retardan cada día el impaciente ardor. Todos los hombres son, sin embargo, sólidos *busmhen*, expresion australiana que no se traduce completamente por la de *hombre de los bosques*.

No temer la lluvia ni el sol, acostarse en el fango, no tener otra ambicion que sondear el horizonte de las praderas ó los bosques sin fin, galopar á la ventura, llevar la barba de un patriarca y el traje de un bandido, descubrir tierras, ya produzcan oro ó hierba, bosques ó piedras, pero descubrirlas ante todo y bautizarlas, tal es el *busmhen*.

Pero esta vida de los bosques, que formaba hombres cien veces más duros para las fatigas y privaciones que las bestias de carga y los mismos camellos, dió á Burke compañeros que, acostum-

brándose á lo infinito del desierto, se volvieron negligentes ó inexactos.

El 19 de Octubre de 1860 dejó la mitad de su gente, animales y bagajes, en Menindie, bajo el mando de Wright, con órden expresa de que se le reunieran despues de un breve descanso en Coopers Creek, donde se formara su gran depósito central, y hasta fines de Enero de 1861 no se pone Wright en marcha para el punto de cita indicado por su jefe.

Los meses sucedian á los meses, y ninguna noticia de Burke llegaba á Melbourne. Se había convenido, sin embargo, expresamente que el jefe daría de vez en cuando noticias suyas, á fin de que el comité instituído al efecto pudiera acudir en su auxilio. La idea de que aquellos desgraciados estaban perdidos y se morían de hambre en el desierto, conmovió todos los corazones. Melbourne entero, febrilmente agitado, organiza una contra-expedicion para buscar á los exploradores y la confía al jóven Howitt.

Las otras colonias imitan su ejemplo: Mac Rinilay sale de Adelaida; Walker de la Tierra de la Reina; Landsborough aborda con un buque en el golfo de Carpentaria. Así esos cuatro destacamentos de hombres de corazon, equipados y pertrechados en pocos días, esperan cortar en los repetidos círculos que describirán partiendo del Norte, del Sur, del Sudoeste y del Nordeste, las huellas de los exploradores perdidos.

¡Admirable impulso de una nacion generosa! Admirable union, que si ya no probara la audaz constancia en las aventuras de la raza anglo-sajona, demostraría por lo ménos lo rápidas que son las comunicaciones en el litoral de aquella tierra casi tan grande como Europa, y cómo se incendia todo por una chispa eléctrica cuando se trata de una gran causa ó se necesitan hombres enérgicos. ¡Extraño contraste entre la actividad europea del litoral y lo absolutamente desconocido del interior de las tierras!

El jóven Howitt fué el explorador más feliz; pudo dar las más grandes, áun cuando las más fatales noticias.—Marchando presuroso el 29 de Junio, ¡cuál no sería su sorpresa cuando al atravesar el río Loddon encuentra de regreso á algunos compañeros de Burke! Era Brahe, uno de sus oficiales, que había perdido cuatro hombres por el escorbuto y á quien seguía Wright, que había perdido tres. Hé aquí lo que contaban aquellos hombres de figuras lívidas y cuerpos enflaquecidos:

En dos meses Burke había atravesado felizmente los desiertos y praderas que separan á Menindie de Coopers Creeck, es decir, la mitad del trayecto total desde Melbourne al golfo de Carpentaria.

Pero se encuentra allí en el mes de Enero sufriendo los horribles calores del estío: hombres y animales se debilitan y postran; el camino parece cerrado por todas partes; en vano espera el refuerzo de Wright y deplora un retardo que va á privarle de víveres y de camellos; en vano Wills dirige un reconocimiento con tres camellos hasta 150 kilómetros al Norte para encontrar agua. ¡Ni una fuente, ni un oásis en los lejanos horizontes, ni un charco de agua estancada! Su compañero deja escapar los camellos, y á pié, sin beber una gota de agua, bajo un sol de fuego y con 40 grados de calor, recorre de vuelta el largo camino hasta el campamento de Coopers Creeck.

Burke pensó con razon que en tales circunstancias debía aventurarse él mismo con la ménos gente posible en el desierto de piedra, dejando en el oásis de Coopers Creeck á todos los inválidos con sus víveres, y ademas con todas las provisiones destinadas al regreso.

Entrega á Brahe el mando de aquel depósito con órden de esperarle tres meses lo ménos, y despues de ese límite, *tanto tiempo como los víveres se lo permitieran*. ¡Ah, si Wright que se quedó en la primera etapa de una campaña que debía costar tantos tormentos hubiera salido más pronto de su letargo, qué bien se hubieran evitado los desastres!

Entre tanto Burke, la energía en persona, prosiguió su obra; tomó consigo á Wills, su segundo, Gray y King, antiguo soldado, seis camellos, un caballo y víveres para tres meses.

Con tal acompañamiento y equipaje partió á descubrir la costa del Océano Pacífico.

El 16 de Diciembre de 1860, los cuatro exploradores, entrando en la parte más ardua y desconocida de su tarea, salieron del campamento del oásis: atraviesan el río, llegan á la otra orilla, agitan todavía los brazos y gritan á sus compañeros: «esperadnos».

¡Y, sin embargo, Brahe y sus hombres, Wright y sus compañeros volvían sin él.

Los primeros habían luchado largo tiempo en su campamento contra los sangrientos ataques de los aborígenes; el calor era espantoso; observaban continuamente el nivel del agua corrompida, que era á pesar de esto su recurso, y la veían bajar por momentos, y así esperaron cuatro meses.

Por fin muchos murieron, los sobrevientes estaban consumidos por el escorbuto; las provisiones iban á faltar: Brahe, en último extremo, segun afirma, se decidió á dejar su puesto á fines de

Abril. Creía que Burke había muerto, y no obstante, dejó algunas provisiones en el oásis.

Cuando volvía, al cabo de dos ó tres etapas, encontró á Wright con su gente. ¿Por qué serie de deplorables retardos llegaba éste con cuatro meses de retraso al lugar de la cita? Reunidos los dos hombres, tuvieron como un último remordimiento: volvieron juntos á Coopers Creeck, no vieron ninguna huella de sus camaradas, y diciendo adios al desierto por última vez, donde sin duda habían perecido, tomaron la vuelta de Melbourne.

Tales son los hechos salientes de esta lamentable historia; súpolos por ellos mismos el jóven Howilt al encontrarlos en Loddon. Al punto envió estas noticias á la ciudad, donde causaron la indignacion de todos, y, por su parte, continuó enérgicamente caminando hacia el Norte.

En mes y medio adelantó por una comarca que es muy diferente de la que vieron los primeros *pionniers*; allí donde otros habían encontrado áridos desiertos, encuentra valles inundados, y á traves de praderas sin fin, prosigue su camino hasta las cercanías de Coopers Creeck, ve escrita en la corteza de un árbol la palabra *dig*, que significa *excava*, y excavando en tierra encuentra la caja de hierro en que Brahe había dejado por escrito los motivos y las fechas de su partida, y... juntamente con esos papeles ve los de Burke, anunciando que ha cruzado el continente hasta el Océano Pacífico, y ha vuelto á Coopers Creeck.

Hé aquí lo que refería el infortunado explorador en el fragmento de *Diario* que pudo escribir y que depositó al pié del árbol:

El 16 de Diciembre de 1860 había partido del oásis con sus tres compañeros. Durante dos meses adelantó rápidamente, descubriendo cada día tierras más fértiles; una eterna pradera sucedía al desierto de piedras; los árboles les daban sombra; los arroyos agua pura y abundante.

Los indígenas huían casi siempre espantados delante de ellos; dos ó tres veces, sin embargo, se dejaron coger y dieron á los viajeros pescado seco.

Acá y acullá había lagunas de agua salada, colinas de arena roja, espacios devastados por no sé qué cataclismos extraordinarios y cubiertos de piedras amontonadas. Pero bien pronto una alta cadena de montañas se dibujó con direccion al Norte; los llamó *Montes Standisch*, y á sus piés se desarrollaron bosques tan verdes y llanuras tan ricas en vegetacion, tan abundantes en agua, que puso á aquel país el nombre de *Tierra Prometida*.

Despues de las emociones de un descubrimiento incesante, de luchas contra los indígenas, contra las serpientes, contra miles de ratas que les acometen de noche, encuéntranse rodeados de una vegetacion tan espesa, que sólo con auxilio del hacha pueden abrirse camino á traves de ella; Burke y Wills dejan detras á sus dos campañeros, y se aventuran á pié, notando no sé qué emanaciones salinas en el aire; quebrantados por el cansancio, abatidos por el calor, luchan y adelantan hasta el 11 de Febrero, atraviesan las espesuras más impenetrables, y pantanos donde se hunden hasta los hombros.

Ese día encuentran un brazo de mar y se detienen rendidos; la marea con su flujo y reflujo inunda y descubre sucesivamente á sus ojos las salvajes riberas donde los venenosos paletúvoros extienden sus ramas bajo las mismas olas. ¡Ya no hay duda, no puede ser sinó el Océano Pacífico! ¡Despues de seis meses de trabajo se sienten á pocos pasos del glorioso cumplimiento de su gran mision!

¡Quieren ver ese Océano! Empuñan las hachas, trepan, escalan los puntos más elevados desde los cuales pueda dominarse el horizonte; pero vuelven á caer destrozados en los pantanos fangosos de donde el mar se retiró por la mañana y adonde vuelve por la tarde con grave riesgo de sumergirlos. ¡A toda costa quieren ver ese Océano que por poco les traga!

Pero no alcanzan esa consoladora felicidad. ¡Moises, á lo ménos, vió desde el monte Nebo la tierra de Canaan! Pero no, por más que hacen sobrehumanos esfuerzos, oyendo á lo léjos el murmullo de las olas, ruído que enciende el deseo, la vista de sus olas azules estaba reservada para otros que no habían merecido tanto verlas.

Sin embargo, en el fondo habían logrado su objeto; pero el espectro del hambre estaba allí en todo su horror ante sus ojos.

Habían llevado víveres para doce semanas, estaban á mitad de camino, y apénas tenían para cinco. La angustia que les inspiraba esta escasez aumentaba de día en día, y la precipitacion que causaba su marcha de regreso debía precipitar tambien, por lo excesiva, la muerte de sus animales y su propio aniquilamiento.

Lluvias copiosísimas inundaron de tal modo los valles, que otra vez corrieron peligro de ser ahogados. El 6 de Marzo, Burke estuvo á las puertas de la muerte por haber comido un pedazo de una gran serpiente que hizo cocer.

El 20 empezaron á aligerar la carga de los camellos, que ya no podían dar un paso, y quitaron

á cada uno 60 libras de aquellas provisiones, cuya falta tanto les asustaba. ¡Así los buques invadidos por el agua arrojan al mar toda su carga por preciosa que sea!

El 30 mataron á uno de sus camellos. El 10 de Abril mataron á Billy, el caballo favorito de Burke, con el que salió de Melbourne y que había resistido toda la campaña. El 11 tuvieron que parar un cuarto de hora esperando á Gray: el hambre les exaspera tanto, que aquellos dos hombres de corazon generoso tratan rudamente á su amigo... Es que habían reservado la harina para la última extremidad y encontraron á Gray detras de un árbol comiéndosela.

¡Cómo debieron recordar los últimos sufrimientos mal comprendidos del desgraciado Gray, cuando pocos días despues se encontraron ellos mismos agonizando!

Por fin, el 21 de Abril por la tarde llegaron al oásis, ya no eran más que esqueletos vivos; buscan con los ojos, llaman á gritos á sus camaradas, á quienes tantas veces habían dicho «esperadnos»: ¡el oásis está desierto; ni una voz humana les responde!... ¡Cuántos pensamientos tristes debieron atravesar sus corazones en aquella hora solemne!

Buscando desesperados, ven muy luégo escrita en el tronco de un árbol la palabra *dig*; algunas provisiones estaban en la caja de hierro juntas con los papeles de Brahe, explicando los motivos de la partida y fechados... ¡el mismo día 21 de Abril por la mañana!

Así, despues de una carrera desesperada hasta el Océano, y de un regreso más desesperado todavía, y despues de haber perdido ó comido todos sus camellos y caballos, excepto dos; despues de haber hecho el descubrimiento más grande que pueda registrar la historia de Australia, llegan al oásis que tanto habían anhelado en medio de sus tormentos, y los hombres que los hubieran salvado, y con quienes contaban, acaban de partir!

¿Qué hacer? Rendidos hasta el punto de no poder andar, y con los animales medio muertos, ¿habían de seguir por espacio de 600 kilómetros á una caravana bien montada y bien descansada, corriendo tras de la salvacion, y llevándola á pocas millas por delante y sin alcanzarla nunca? Sí por cierto; esa hubiera sido la resolucion más juiciosa; fácil es decirlo cuando juzga los hechos despues de verificados quien no tiene la cabeza trastornada por muchos meses de sufrimientos. Pero Burke se acuerda de que á 150 kilómetros de allí, cerca del monte *Desesperacion*, había una *estacion* de carneros: esa á lo ménos no huirá de él; y despues de dos días de descanso arrastra consigo, mal de su grado, á Wills y King, llevando algunas provisiones.

Depositan en la caja de hierro el diario de su descubrimiento y su regreso, deplorando el abandono de su segundo, y anunciando su marcha hacia el monte Desesperacion.

Para colmo de infortunios, miéntras que Burke, arrastrándose apénas y postrado por el dolor, perdía de vista el oásis y se dirigía al Oeste, Brake y Wrigt, que se habían encontrado, como recordaréis, el 23 de Abril, volvieron á ese mismo oásis, movidos del remordimiento, para ver si había vuelto álguien: tan ligeros como imprudentes, no pensaron en excavar la arena y registrar el escondrijo. ¡Allí hubieran encontrado el depósito de Burke, fechado aquella misma mañana, y el itinerario de su camino, y le hubieran salvado! Pero no; encuentran la superficie de la tierra en el mismo estado que cuando partieron, y vuelven á marchar hacia el Sudoeste.

Dos veces, pues, en la misma semana aquellos hombres que se buscaban, y cuyo encuentro hubiera puesto fin á los más atroces suplicios, habían estado muy cerca unos de otros en un radio de 14 millas solamente en medio de la inmensidad del desierto.

En aquella hora, Burke, Wills y King vagaban por el valle de Coopers, llevando las provisiones del oásis. Un camello cae de cansancio, lo matan y secan su carne al sol: al día siguiente muere tambien el otro.

Faltos ya de todo recurso, se arrastran hacia una tribu de aborígenes, cuyos feroces instintos ceden á semejante espectáculo; compadecidos, comparten con ellos su alimento, una especie de grano llamado *nardu*, que los viajeros mascan con mucho trabajo y no lo pueden digerir. ¡Y así viven hasta el 15 de Mayo!

De repente, despertándose las costumbres nómadas de los negros, huyen para no reaparecer. ¡Así, pues, aquellos cuyas hostilidades habían temido durante mucho tiempo los viajeros y que á la sazon eran su único y providencial recurso, abandónanlos sin motivo! Entónces la necesidad les mueve á proseguir su marcha hasta el monte *Desesperacion* y arrastrarse por una tierra arenosa y abrasadora. No descubriendo nada en el horizonte, caen de cansancio y renuncian á esta última esperanza.

¡Verdaderamente les perseguía la desgracia, porque despues se han seguido sus huellas y se ha visto que, marchando un día más, hubieran encontrado la montaña y se habrían salvado!

El 27 de Mayo están de vuelta en Coopers Creek, viviendo de *nardu*, cuya masticacion les cansa y cuyo jugo no les alimenta. «Vienen, escribieron, para ver de nuevo el oásis y morir,» y guardan en la caja la relacion en pocas líneas de su última tentativa. Por algunas palabras que de vez en cuando trazaban Wills ó Burke, depositándolas, como el testamento de sus últimas horas, en la caja de hierro al pié del árbol, sabemos cuánto tiempo duró aquella agonía.

Para ellos era como un consuelo escribir casi en la muerte fragmentos de frases destinados á sus conciudadanos, mostrando lo que habían sufrido como verdaderos mártires de la ciencia y de la fiebre de los descubrimientos.

El 20 de Junio ya no les sostenía el *nardu* que masticaban; dos líneas escritas por Wills en esta fecha dicen, «que es demasiado doloroso sentirse abandonados, y que por su parte ya no puede durar». El 22 escribe, «que se tiende y hunde en la arena para no volverse á levantar; que en lo sucesivo King, que conserva más fuerzas, depositará sus últimas palabras en el escondrijo».

Esas últimas palabras están fechadas el 29 de Junio; son una carta á su padre llena de resignacion y dulzura; «mi muerte... mi muerte es segura dentro de pocas horas, pero mi alma está tranquila».

El jóven Howitt no encontró bajo el árbol de triste memoria ninguna otra cosa que pudiera informarle acerca de la muerte de Wills.

¿Había muerto? ¿Estaba vivo? ¿Dónde podía hallarse su esqueleto ya seco, ó su cuerpo agonizante todavía?

Las últimas palabras de O'Hara Burke están fechadas un día ántes que las de Wills; el 28 de Junio, aunque débil y moribundo, quería buscar á la tribu de negros, única esperanza de salvacion.

Su despedida denotaba más energía, pero no ménos heroica resignacion; «King espero que sobrevivirá; ha mostrado grande alma; nuestra tarea está cumplida: hemos llegado los primeros á la costa del Oceano... pero hemos sido aban...» esta última palabra no está acabada, no tuvo valor para escribirla.

Habían espirado él y los suyos, sin duda, y habían quedado insepultos, despues de cerrar la tumba donde guardaran sus escritos, que revelarían los misterios del continente y atestiguarían sus dolores sobrehumanos.

Ningun otro vestigio se hallaba; cuando Howitt llegó al escondrijo, éste estaba bien tapado y oculto con arena. Entre las huellas marcadas y repetidas en el suelo, indicando innumerables idas y venidas del campamento al charco de agua, era imposible distinguir la última.

Howitt buscó en todas las direcciones circunvecinas, engañado siempre por huellas de camello, que despues de largos rodeos le llevaban de nuevo al oásis; pero en fin, el 10 de Setiembre, entre las huellas de piés desnudos de una tribu de negros, encuentra la de unos zapatos... fué aquel un momento de suprema ansiedad, y muy pronto, descubriendo en medio de los bosques los fuegos de los negros, llega de repente y ve á un desgraciado cubierto de harapos, á una sombra de sér humano, tan débil que no se podía tener de pié ni proferir una palabra, pero cuyos ojos centelleantes denotaban una alegría loca.

¡Era un sobreviviente de la gran expedicion! ¡Era King, el soldado! Poco á poco recobra la palabra con las fuerzas, y puede referir lo ocurrido á los tres viajeros desde el día en que cubrió de arena el escondrijo.

El 28 de Junio, Wills, agonizante, le suplicó que fuese á buscar á los naturales; en ello ponía toda esperanza de salvacion; confía á Burke su reloj y dos palabras de despedida para su padre, y los tres amigos, tan probados por comunes sufrimientos, se separan dolorosamente para no volver á verse en este mundo.

Al cabo de dos días de marcha, Burke cae aniquilado, pidiendo á su compañero «que no le abandone hasta que muera», y que deje despues sin sepultura su cadáver, bajo el sol de los desiertos en que había trazado el camino de su siglo y encontrado gloriosamente su muerte.

¡El 29 se postra por última vez en el suelo calcinado; hunde el rostro en la arena, mira la Cruz del Sur, que es la señal consoladora de los moribundos en el hemisferio austral, y sus grandes ojos se apagan, y muere estremeciéndose en el desierto!

El último sobreviente, medio loco, vuelve á orillas del charco donde dejó al infortunado Wills... que tambien había muerto; pero sin ningun amigo que cerrase sus ojos.

King vagó solo por los bosques, llorando á sus dos jefes, hasta que al fin encontró á la tribu hospitalaria cuyos alimentos le sostuvieron más que á Wills y á Burke. Guiado por él, Howitt encontró los dos esqueletos que los naturales habían cubierto cuidadosamente con ramas de árbol, en señal de religioso respeto; al lado de Burke, á su derecha, estaba su revólver.

Howitt envolvió sus restos mortales en el *Union Sack*, el pabellon nacional, el más digno sudario



Calle de Collins en Melbourne.

que se puede dar á un valiente, y despues de haber recompensado á los naturales, tomó el camino de Melbourne, llevando el *Diario* y el *Testamento* de los audaces é infortunados exploradores.

El 9 de Diciembre del mismo año partió de nuevo para visitar aquellas tumbas solitarias, encargado por la colonia de Victoria de recoger los restos de los dos héroes australianos; un año despues todos los habitantes de Melbourne recibían, vestidos de luto, á la triste comitiva; con funerales públicos de una magnificencia hasta entónces desconocida y con un monumento erigido en medio de la ciudad, quisieron honrar la memoria de aquellos hombres, muertos en la flor de su juventud y sacrificándose por sus conciudadanos.

Pero no; tales hombres no mueren por completo; á su audacia, desinteres, abnegacion y sufrimientos, debe Australia el maravilloso desarrollo de su energía y vida, de su prosperidad y esplendor.

Por los cuatro puntos cardinales ha tenido osados exploradores que avanzaron hacia lo desconocido, sucumbiendo las más de las veces, pero dejando tras ellos un camino que más tarde fué manantial inagotable de vida y de riqueza.

En las naciones del antiguo continente, los soberanos ven sin escrúpulo perecer miles de soldados en las guerras que provocan á menudo para satisfacer rencores personales, algunas veces para entretener los ocios de la majestad; en este Nuevo Mundo, donde el desierto es el campo de batalla, donde el explorador es apóstol y soldado de la civilizacion á un tiempo mismo, cuando diez y siete hombres están en peligro, un millon de habitantes se levanta lleno de ansiedad y hace por salvarlos todo cuanto puede la humana fuerza.

Pero si la muerte triunfó de esas viriles tentativas, la ciudad nacida de ayer sabe á lo ménos honrar á sus grandes hombres.

Y nosotros, viajeros y extranjeros, llenos de admiracion por su historia, ¿no debemos inclinarnos ante ese luto que todavía dura, y saludar en ese monumento, en aquellos que lo levantan, á los creadores de un imperio cuyos destinos futuros parecen tan augustos como extraordinarios son sus comienzos?

## IX

Las cárceles.—Los delincuentes.—Justicia para los naturales y justicia para los extranjeros.

A los ojos de muchas pesonas de Europa, Australia no es más que una colonia penitenciaria del Reino-Unido y un refugio de aventureros buscadores de oro.

Sin duda imaginan que nos codeamos aquí á cada paso y tenemos por comensales á los asesinos y á toda especie de delincuentes; se pondera la habilidad de haberlos enviado á una tierra perdida, como si fuesen animales maléficos, y se considera que el color de *penado* es el color general de todo el mapa de Australia; pero esto es un grave error y no hay semejante estado de cosas.

La Nueva-Gales del Sur y la Tasmania sufrieron ese azote desde 1788 hasta 1840; pero si la poblacion sana y pura de Sidney sólo pudo evitar aquella importacion pestilente rechazando en 1840 un buque cargado de *penados*, la colonia Victoria tuvo la dicha de no recibirlos nunca de la madre patria; tambien rechazó buques cargados de penados que las sociedades de Nueva-Gales del Sur y de Tasmania expulsaban de su seno, y fuera de los desórdenes ocasionados por la fiebre del oro su historia es pura.

Os digo esto, no sólo porque no se encuentran *tales gentes* en las aceras de Melbourne, sinó porque hemos ido á visitar el *único sitio* donde hay criminales en Victoria, las cárceles de Pentridge, situadas á cuatro leguas de Melbourne, donde están perfectamente secuestrados en celdas y rodeados de altos muros de granito.

Esta visita nuestra á la cárcel parecía una partida de placer, pues al principio sólo pensábamos en explorar los alrededores.

Partimos, en efecto, de Melbourne.

La carretera que seguimos estaba orlada de eucaliptus y animada por una incesante circulacion. En casa del coronel Champ, director de la cárcel, al lado de negros muros que desafían todo escalo, ha reunido á su alrededor todas las cosas alegres, cuyo contraste podría hacer olvidar ó por lo ménos entibiar el sentimiento de vecindad tan triste: su hija, un lindo *cottage*, un parque esmerado lleno de flores y céspedes ingleses; ¡linda

entrada de cárcel á fe mía! Luégo pasamos los umbrales y sentimos una impresion de frío: recorremos las galerías y las celdas construídas segun los planos más recientes y admirablemente limpias, verdadera cárcel modelo.

Cien guardianes armados de carabina circulan por allí; los corredores son como los rayos de luz que se escapan de su centro único, desde donde el ojo de un Cervero lo vigila todo y da la señal de alarma por medio de campanillas eléctricas.

Cada celda posee una biblioteca donde figura en primera línea *The holy Bible*.

Allí están todos los criminales de la colonia: son hoy 950, que es poco para una poblacion de 626.000 almas. Hemos visitado todos sus trabajos: este inmenso edificio carcelario, que puede contener cuádruple número de habitantes, ha sido construído por los mismos penados; la fiera ha forjado y clavado ella misma la reja de su jaula.

Un gran muro exterior rodea los jardines destinados á sus trabajos agrícolas y á su subsistencia; despues vienen las escuelas, los talleres de carpintería, cerrajería, zapatería, tejidos de lana y lienzo en que todos trabajan.

Sería sin duda alguna aventurado afirmar que el trabajo sólo haya moralizado mucho á estos delincuentes; pero los registros de la colonia consignan que muchos hombres salidos de la cárcel de Pentridge han observado despues una conducta pacífica y honrada. Estos trabajos, que ocupan primero útilmente el tiempo de los presos y que les proporcionan una suma adecuada á su actividad, los acostumbran tambien al trabajo; salen de allí sabiendo escribir y calcular, practicando varios oficios que obtienen fuerte retribucion en la colonia, y las más veces vuelven á la vida libre para no causar en ella nuevas perturbaciones, pues tienen ya medios de vivir honradamente.

¿No es, en efecto, la miseria, más bien que una perversidad instintiva, la causa primera de muchos crímenes? Ciertamente esta obra está muy bien ordenada: toma á un hombre que ha delinquido, porque ya no encontraba oro en la superficie del suelo, porque la fiebre de las riquezas perdidas le enloqueció en la miseria, y despues de una dura prueba le devuelve su parte de vida bajo el sol, cuando ya es capaz de ganarse nuevamente el oro por el trabajo de sus manos.

Recorriendo los talleres, reparamos en dos negros aborígenes, dos verdaderos niños realmente horrorosos, pero cuyas miradas están llenas de dulzura: sus dientes blanquísimos, que deja ver una boca abierta de oreja á oreja, contrastan tanto con lo negro de su piel, como la risa jovial y permanente que parece propia de las razas negras con el vestido de *trabajos á perpetuidad* que ha sido menester imponerles. Tienen aspecto tan risueño que naturalmente nos interesamos por ellos.

Comprenden las órdenes que el capataz les da en ingles: para mostrarnos su destreza, arrojan largas picas á enormes distancias y alcanzan con ellas los guijarros que lanzamos al aire.

—¿Cuál ha sido su crímen? preguntamos al coronel.

—El que más rie en este momento ha matado á tres marineros,—nos contestó,—y el otro á dos mujeres blancas.

Al punto se contiene nuestra compasion.

—No los hemos condenado á muerte, continúa el coronel, porque son aborígenes, y nunca ahorcamos aquí á tales hombres, cuyas creencias é instintos son tan diferentes de los nuestros, que para ellos matar no es crímen; más bien los domesticamos por la dulzura que por la crueldad.

Hermosas palabras por cierto; un gobierno que profesa tales principios, invadiendo en nombre de la civilizacion tierras ocupadas por razas bárbaras, merece la admiracion de Europa. Ese, por lo demas, no es un hecho aislado, y me citaron en los anales judiciarios de Sidney una sentencia que confirma lo mismo: un día, cerca de la casa de un *squatter*, propietario de muchos miles de carneros, 150 leguas en el interior, se encontró una tribu entera despedazada y medio consumida por un fuego reciente. ¿Era que alguna tribu rival había logrado la victoria tras de sangrienta lucha? No: era que siete penados empleados en la custodia de los rebaños, siete hombres blancos habían cometido sin provocacion ninguna aquel espantoso asesinato de pobres criaturas incapaces de defenderse. El tribunal de Sidney no vaciló en condenarlos á muerte y los ajustició, dando un gran ejemplo á las jóvenes generaciones de esta jóven colonia, que debe tener compasion de los instintos de una raza feroz y obcecada, á la que no deben arrancar con mano homicida la existencia, sean cuales fueren sus actos, despues de haberles arrancado la libertad y la tierra.

# X

## Organizacion política de la colonía (1).

Ciertamente el viajero que llega aquí despues de noventa y un días de navegacion, se queda al principio maravillado de todo, y lo que contempla le predispone al entusiasmo. Pero su espíritu no percibe todavía los pormenores, y se necesita algun tiempo de residencia para juzgar las cosas y aprovechar lo que refieren las personas importantes del país. Por esto no os he dicho nada en mi primera descripcion de la llegada á Australia. Lo que entónces me sorprendía y lo que áun hoy despierta mi admiracion, es la grandeza y desarrollo de esta colonia; es ser una ciudad de 130.000 almas, una sociedad constituida, un gobierno ordenado, funcionando por la libertad más completa y nacida de esa misma libertad, y todo un conjunto de monumentos grandiosos y útiles, de servicios públicos, caminos de hierro y telégrafos, hospitales y asilos que revelan desde luégo el poder mercantil de Inglaterra, combinado con el espíritu progresivo norte-americano. Nos encontramos aquí con una civilizacion práctica de las más avanzadas, que sólo tiene semejante en algunas capitales de Europa, y presenta un asombroso contraste entre las brillantes creaciones de esta jóven ciudad y la rutina de tantos gobiernos del antiguo mundo.

Reflexionad que todo esto sucede en el sitio donde dos colonos solamente, Badman y Sams, desembarcaron en 1835 con 400 carneros en medio de las tribus salvajes del Yarra-Yarra; que durante diez y seis años sus imitadores se diseminan por el interior, haciendo pacer sus rebaños siempre crecientes en las praderas, que bastaba descubrir para poseer; que en 1850 un gran descubrimiento llamó á un torrente de inmigrantes, y entre ellos á muchos aventureros de varios países, y que, sin embargo, esta colonia, emancipándose en la misma fecha de las cargas y procedimientos de la antigua provincia de Nueva-Gales del Sur, supo hacer el órden con el desórden, y dominando elementos tan heterogéneos, organizarse tan unida y tan próspera, que el viajero se queda estupefacto á primera vista.

Es realmente un hermoso espectáculo; se respira aquí un aire vivificante. ¡Ah! la libertad es madre de todas las cosas bellas, y estas colonias independientes entre sí, se administran ellas mismas; el gobierno de la reina de Inglaterra les ha ofrecido generosamente la facultad de redactar sus propias constituciones y leyes; en vez de acrecer sus cargas públicas con una administracion militar, léjos de gobernarlos como á un regimiento ó como á una tripulacion, léjos de imponer decretos de desconfianza ó despotismo á los que desembarcan buscando fortuna, y exigir para toda cosa el apoyo ó consentimiento del Estado, los ha declarado y dejado *libres* desde el primer momento, libres en toda la plenitud de la palabra.

Se han convertido en verdaderos Estados que tienen sus cámaras, su sistema electoral (bien distinto del de la metrópoli), votando ellas mismas sus presupuestos, leyes é instituciones de todas clases, y llegando tan de prisa á tanta seguridad, que casi es cosa de preguntarles si una hada ha presidido á la formacion de elementos tan diversos.

Las hadas de Australia son el oro y los rebaños; esos dos pesos de naturaleza tan contraria producen el equilibrio que vemos tan bien establecido en la balanza.

La fiebre del oro ha traido olas de poblacion. Durante el primer período, cada uno se arrojaba sobre el metal con que se adquieren todos los goces, y hubo un verdadero trastorno social. Parecía que así como los mineros cavando las colinas, llenando los valles igualaban el suelo, así tambien la sociedad que iba inundando aquel país, estaba excesivamente nivelada.

Hasta entónces la colonia de Victoria, al reves de las antiguas colonias penales de Australia, había tenido principios lentos, pero favorables.

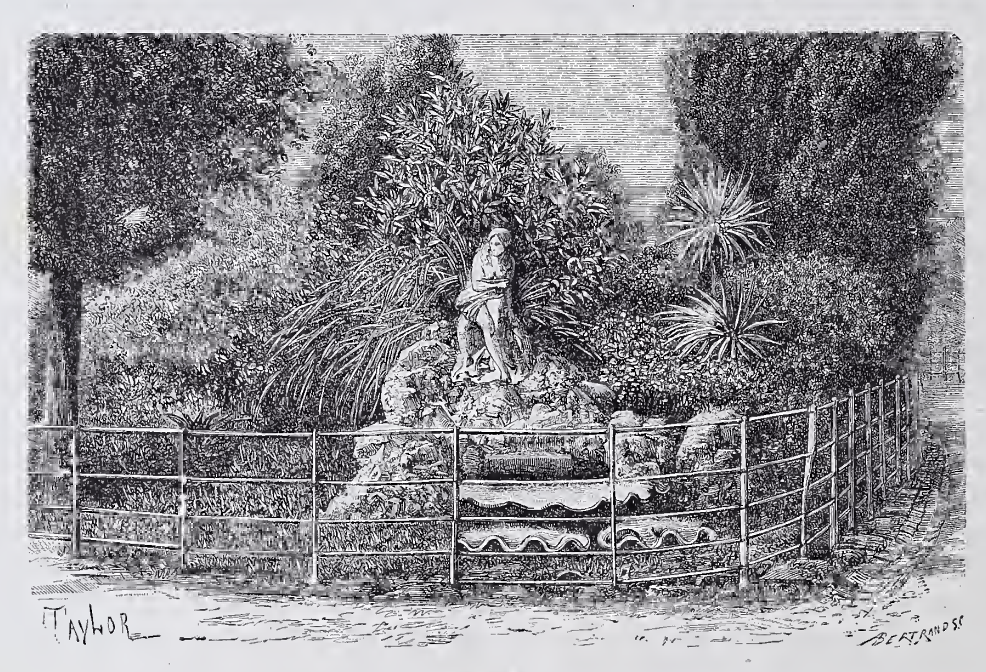
Formada poco á poco con hombres de audacia y corazon y de una posicion social relativamente elevada; habiendo rechazado siempre con ener-

(1) Este capítulo y alguno de los anteriores no figuran en la obra de Mr. Desiré Charnay. Pero son de estudio tan interesante y necesario, que no he vacilado en colocarlo en este sitio, valiéndome de los diarios de viaje del conde de Beauvoir y en algunas ocasiones de la castiza traduccion que de su obra hizo mi infortunado amigo Javier Galvete.—(N. del T.)

gía la introduccion del elemento penal, presentaba en la época de su independencia, salvo una condicion, las mejores probabilidades de civilizacion que se hayan dado en país alguno desde la constitucion de los Estados-Unidos de América. Era una pequeña Inglaterra, que se formaba sobre el modelo de la madre patria con ideas más liberales. Bien es verdad que si tenía *squaters* ricos, influyentes y caballeros, que daban tono á aquella sociedad superior como colonia, faltábanle brazos para multiplicar sus productos y sus productos carecían de consumidores.

El oro se les dió; cada semana llegaban 90.000 hombres.

La gran mayoría estaba compuesta de aventureros; mas, ¿qué importa? Aquel gran movimiento creaba la vida social, mercantil y política, y la fiebre del oro, cualesquiera que fuesen al principio sus desastrosos resultados, debía engendrar en el dolor una sociedad cuyo desarrollo ha sido prodigioso. Al consignarlo siente uno la fiebre que lo acompañaba. Pero no se infringen impunemente las leyes naturales, y un crecimiento anómalo, artificial, está condenado fatalmente á un estado enfermizo ó á excesos generales. Hombres vulgares se encontraron de repente, por los rendimientos de las minas ó de los terrenos, en posesion de enormes fortunas, y lo mejor de las ganancias de los *diggers*, pasando por manos de los *publicanos* (taberneros), enriquecía y remon-




Parque de Fitzroy.

taba hasta la cúspide á esa escoria de la poblacion. Entónces las escenas sangrientas de Ballarat y los motines contra la policía, pusieron en peligro á un gobierno demasiado débil para resistir á tamaña efervescencia.

La autoridad, sin embargo, reforzada por toda la parte sana del pueblo, quedó victoriosa; se hizo la reaccion; si ántes fué un grupo de hombres, ahora era un pueblo entero el que, aleccionado por los peligros de la víspera, y queriendo asegurar la prosperidad del porvenir, constituyó su gobierno sobre las bases de la igualdad, la seguridad y la justicia.

Aquel gobierno debía ser fuerte, puesto que los mismos á quienes debían mandar fueron los primeros en sancionarla, y se mostró justo, puesto que todos los ciudadanos debían tomar parte en los negocios públicos.

De ahí resultó naturalmente el elemento democrático en todas partes, llevado quizas al extremo en sus consecuencias; pero sosteniéndose á pesar de sus vicios originales, á pesar de los extravíos y faltas en que algunas veces ha incurrido. Este gobierno, cuando peca, tiene por excusa que la mayoría de los ciudadanos lo quiso así, y cuando acierta, cuando verifica las maravillas de colonizacion de que somos testigos, cada uno puede tomar su parte de gloria, porque aquí es este el *self government*.

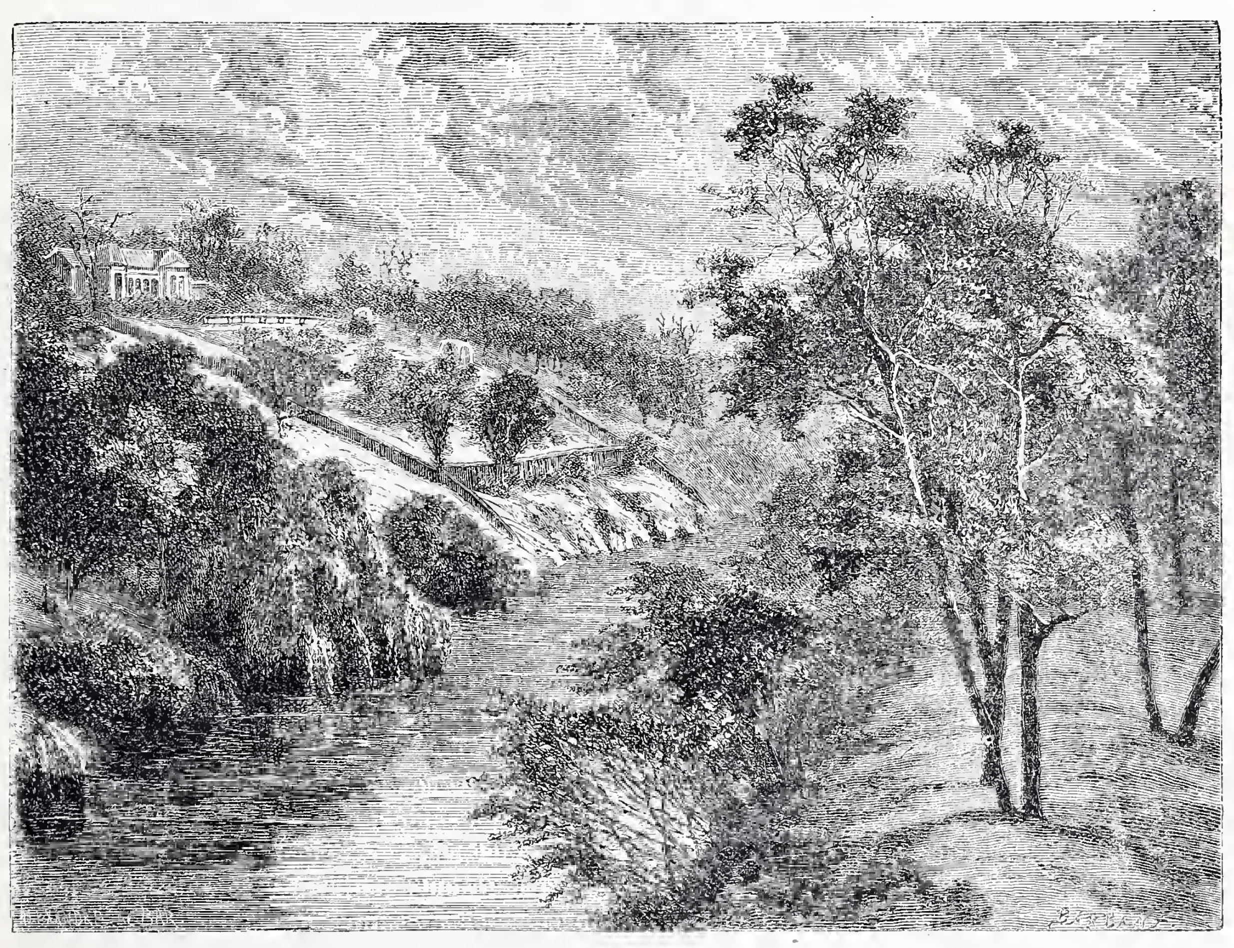
Véanse las consecuencias del descubrimiento del oro; de todos los países del mundo acudieron más de 90.000 inmigrantes cada año hasta 1855

y 30.000 despues atraidos por el rumor de la riqueza de las minas.

Pero el oro hubiera matado á Australia, como mató á España, si no hubiera habido en esta tierra hombres que conocieran que la verdadera riqueza del país no estaba únicamente en las minas, que éstas sólo eran la *creacion*, por decirlo así, y que al lado de la cosecha de oro había una industria no ménos lucrativa y basada, no en la casualidad ó fortuna del jugador, sinó en un elemento de produccion progresiva, no agotable como el oro, sinó renaciente todos los años y cada vez con más prosperidad.

Esta industria es la *cría en ganados* en las inmensas praderas que posee la colonia Victoria.

Hé ahí el punto fundamental del imperio australiano; hé ahí la idea que ha movido á un grupo de hombres perseverantes á desprenderse ó permanecer apartados de la multitud de mineros, y á desterrarse en las praderas para criar rebaños cuyo número parecerá increible á los que no los hayan visto; pues encontramos en una parte



Ribera de Yarra-Yarra.

20.000 bueyes, en otra 150.000 carneros. Y puede decirse que la época del descubrimiento del oro ha sido la del nacimiento de esta colonia; pues el día en que los *squatters* pusieron manos á la obra fué el comienzo de la salvacion de esta tierra.

Los primeros establecimientos ántes de 1851 eran poca cosa en comparacion del desarrollo que adquirió pocos años despues este ramo de la riqueza, cuyas condiciones fueron trasformadas por miles de inmigrantes, establecidos desde entónces, que formaban ciudades, cultivaban cereales y formaban al lado de la colonia pastoral el complemento necesario de la colonia agrícola y manufacturera.

La mayoría, pues, desertó de las minas para ir á los campos. Aunque hayan producido desde su orígen unos 3.800.000.000 de francos, no hay, sin embargo, en explotacion más que la vigésima parte de los terrenos señalados como auríferos.

Si desde 1854 su producto va disminuyendo gradualmente, y si en el año pasado llegó apénas

á la mitad de la cifra de aquella otra época, podéis creer que es á causa de una traslacion de la riqueza, que por lo mismo ha crecido en el décuplo y en provecho de una clase media, formada entre los mineros y los *squatters*, que constituyen la mayoría de la poblacion.

En su seno ha surgido un espíritu democrático de oposicion á los *squatters*, que representan, en efecto, la aristocracia de la tierra, y cuya influencia, penosa á la muchedumbre, aunque protege la industria madre de la colonia, creo que ha sido combatida áun por los mismos gobernadores.

Contra ellos fueron dirigidos los primeros golpes: era la lucha del pequeño cultivo contra el grande, del parcelamiento contra la unidad, de los *land-jobbers* contra el elemento estable y conservador del país. Pues bien; francamente, si en los comienzos les han favorecido las circunstancias en gran manera, asegurándoles rápidas y crecidas fortunas, en cambio han tenido que arrostrar grandes peligros, estableciéndose en lo interior en medio de los aborígenes enemigos. Pero ahora que han triunfado, ahora que la civilizacion se extiende á largos pasos por la colonia, se juzga que sus terrenos son demasiado extensos y sus fortunas demasiado fáciles. Nadie recuerda su noble audacia, su perseverancia, lo que han hecho por confirmar la prosperidad de la colonia, y los elementos nuevos les hacen una guerra á todo trance.

Mucho nos interesa presenciar esa contienda política, hacer hablar á los hombres de los diversos partidos, ver cómo han cambiado los papeles de cada uno en pocos años.

Hace doce no más, quien decía *minero*, decía casi millonario, y el *squatter* estaba perdido en el *busch*, en medio de sus rebaños; despues el *squatter* ha tenido un consumo constante para sus productos: el consumo de carne en la colonia, y sobre todo, la exportacion de lanas. El minero, por el contrario, se cansa en cavar el suelo; y ahora son muy pocos los que ganan 600 francos diarios como en los buenos tiempos. Hoy, pues, toda la riqueza está de parte de los *squatters*.

Esos elementos contrarios se hallan frente á frente: el sufragio universal es la arena en que luchan. El conjunto del gobierno parece una monarquía constitucional, cuyo rey es el gobernador nombrado por la metrópoli. Casi creo que es una república con una especie de presidente.

La reina nombra por siete años al gobernador, que cobra 250.000 francos anuales para representar dignamente el poder ejecutivo de que está revestido; acepta los ministros que le imponen las mayorías de las Cámaras; rechaza los que desaprueba: es la mano digna y conciliadora que escribe; la nacion dicta por la voz de sus dos Asambleas.

Las dos Asambleas son: primero, la Cámara Baja ó *Assembly*. Compónese de 78 individuos nombrados por cinco años y por sufragio universal. Las únicas condiciones necesarias para ser elector y elegible, son tener 21 años y residir dos meses ántes de la votacion en el distrito donde cada cual esté domiciliado. Desde el 23 de Noviembre de 1867 es necesario ademas para poder ejercer el derecho de sufragio saber leer y escribir.

La votacion se verifica en escrutinio secreto. Esa Cámara es convocada por mensaje del gobernador; puede ser suspendida ó devuelta, pero la Constitucion no permite que trascurra más de un año entre el fin y el principio de las legislaturas. Tiene el derecho de iniciativa para las leyes y el presupuesto y, en una palabra, todas las prerogativas de la Cámara de los Comunes en Inglaterra. Mediante la libertad ilimitada de reuniones y de imprenta, y mediante la ausencia de toda presion administrativa, representa del modo más inmediato y directo á los ciudadanos.

Gracias á ella, la mayoría de 626.000 habitantes de la colonia sólo paga las contribuciones que consiente, sólo subvenciona los trabajos que considera útiles; si mantiene una administracion es para pedirle apoyo y no órdenes, y siempre ve empleadas las rentas públicas, así como las fuentes orgánicas de sus riquezas, en sus verdaderos intereses. La Cámara alta ó Conneil, representa el elemento conservador: es nombrada por los propietarios y *capacidades*. Compónese de 30 individuos elegidos por las seis grandes circunscripciones de Victoria, y no puede ser disuelta, pero se renueva gradualmente por elecciones parciales que cada dos años proveen seis plazas.

Los electores llamados á nombrar esa Cámara, deben tener 25.000 francos en propiedades ó 2.500 francos en rentas. Esas cifras, que parecerían enormes en Europa, se extienden aquí más de lo que podéis imaginar. Figuráos que un hombre asalariado, áun cuando sólo sea como pastor, gana él solo la mitad de esa última suma.

Tambien votan para el Conneil los graduados de universidades, los médicos, abogados, jueces, etcétera. Sin necesidad de revolucion se ha conseguido el derecho de las capacidades.

En fin, los ministros, órganos designados, esenciales y ante todo responsables de ese conjunto de ruedas parlamentarias, se comprometen

por juramento á retirarse el día en que no tengan el apoyo y confianza de la Cámara.

Es verdaderamente interesante ver puesta en práctica la pura democracia en esta tierra jóven, y abierta para todos la vida política, limpia de las preocupaciones y obstáculos del antiguo mundo: la democracia está aquí abandonada á sí misma; hace todo lo que es capaz de hacer: nada ha tenido que destruir y ha debido crearlo todo; no hay quizas en el mundo en estos tiempos un país donde el experimento sea más excesivo y concluyente.

Diríase que la raza anglo-sajona ha dejado al otro lado de la Línea todo lo que la ligaba en Europa para emprender aquí resueltamente el camino del progreso.

Esta grande osadía ha engendrado maravillas: ha hecho una Europa libre y próspera en el hemisferio Sur: ha creado, no ya una colonia, sinó un mundo nuevo, que surge en pocos años completamente ilustrado, liberal y próspero.

Más tarde os hablaré de los pormenores; pero he querido enviaros mi primera impresion, que es tan sincera como imprevista. Mi admiracion, aunque inmensa, no es ciega. Veo, en efecto, al lado de resultados prodigiosos, las imperfecciones, si no necesarias, unidas casi siempre fatalmente á toda obra humana.

Ante todo hay en el crecimiento una suspension que salta á la vista. Nos asombraban los inauditos gastos de la construccion simultánea de tantos edificios grandiosos; cuando los hemos examinado de cerca, hemos visto que ni uno solo estaba enteramente acabado. Miéntras duró la fiebre de construcciones, cuando se encontraba un tesoro, todo el mundo lo creía inagotable; evidentemente han pasado por esa embriaguez y sólo se han despertado cuando la caja estaba ya vacía.

Pero hay algo más grave: hace un año que tambien se ha impuesto una limitacion á la riqueza pública, que hasta entónces había progresado admirablemente.

Hay en la colonia un partido proteccionista, y ese partido triunfa. Habiéndose mezclado en la contienda política el último gobierno como gobierno de partido, tuvo que abandonar su puesto inmediatamente.

Consultado el sufragio universal, envió á la Cámara baja una mayoría proteccionista: de donde resultó una lluvia de tarifas sobre las importaciones y una disminucion radical de los impuestos sobre las exportaciones. Explicaré el orígen del conflicto.

El agotamiento de los *diggins* en la superficie, detuvo casi repentinamente la inmigracion. Sin embargo, por una cláusula tan sabia como previsora, que consagraba la mitad del producto de la venta de las tierras á favorecer la emigracion europea, afluyeron de nuevo los brazos, y otra vez aumentó el producto de las minas.

Esto no convenía á la democracia, que echaba de ménos los salarios fabulosos de 1851, y deducía que cuanto más escasearan los brazos, tanto más elevados serían los jornales.

Bajo la influencia de esa idea se suprimió de los presupuestos el auxilio de los inmigrantes, y hé ahí cómo, teniendo campos de oro casi ilimitados que explotar, decrece gradualmente el producto de las minas. No sé en verdad de qué se quejan los obreros, ganan de 18 á 23 francos diarios sin trabajar más que ocho horas, y personas competentes me han dicho que pueden vivir muy bien, comiendo carne y teniendo buen alojamiento, por 5 francos diarios si son solteros, y 8 si no tienen una familia muy crecida.

Pero lanzada por esa pendiente de egoismo y fortalecida por el éxito, la multitud no se detuvo. Dirigida por las ideas nuevas de hombres sistemáticos y por industriales extranjeros muy presurosos en hacer fortuna, quiso aumentar tambien el tipo de los salarios, quiso imponer á todos los objetos manufacturados derechos protectores á su importacion á la colonia. Pero poner enfrente de la industria europea una industria local en estado de infancia en medio de una poblacion diseminada, con la mano de obra carísima, con el carbon colonial á 47 francos y el carbon ingles á 90 francos en tonelada, era (y demasiado tarde se ha conocido) aumentar el precio de los artículos en un 20 por 100, alejar de Melbourne á los buques que tenían allí el depósito de sus cargamentos para las otras colonias, consumir los ahorros, paralizar los trabajos y, en una palabra, matar la gallina de los huevos de oro en vez de dejarla poner. Los obreros fueron las primeras víctimas; la experiencia les alucinó y empezó una reaccion. La libertad tiene de admirable que, áun en sus extravíos, se puede recuperar el recto camino más pronto que se perdió. El país va á ser consultado y todo hace creer que las nuevas Cámaras restablecerán la maravillosa prosperidad de los catorce primeros años.

Tales son las impresiones generales que me ha dado el espectáculo de la grandeza y prosperidad, y tambien de las faltas de la colonia Victoria. Solamente el juego de sus constituciones parlamentarias, que es historia antigua para todo

espíritu liberal, puede formar una gran colonia y en este terreno nuevo es cosa que apasiona el seguir á un pueblo de hombres que *ha desembarcado, creado y prosperado.*

# XI

Melbourne.—La escuela.—Hoteles.—La vida barata.—Restaurants á sesenta céntimos.—La raza.—Inmigracion.

Sabido es que Inglaterra deja en libertad á sus colonias para administrar sus intereses como más les convenga; no les impone más que un gobernador, agente intermediario entre la metrópoli y la colonia, y autoridad investida con el veto de que nunca hace uso. Inglaterra no les exige ningun impuesto, todas las contribuciones cobradas en las colonias se dedican á los gastos de las mismas. Cada una de ellas es independiente, tiene su constitucion propia, democrática ó aristocrática, segun las tendencias de sus habitantes. Aristocrática en la Nueva-Gales del Sur y en Queensland á consecuencia del número y predominio de los *squatters;* en Victoria es democrática, pues la menor extension de tierras ha limitado el número de *squatters,* y el descubrimiento de las minas de oro ha llevado á aquella colonia una multitud pobre, cuyos individuos llegaron á ser despues pequeños propietarios, labradores, obreros, constituyendo con estos elementos una poblacion democrática por excelencia.

En Victoria la escuela es, segun la Constitucion, gratuita, láica y obligatoria; toda religion está de ella excluída. El legislador ha juzgado que la moral emanaba tanto de la escuela como de la iglesia, y que no había necesidad de hacerlas rivales en un mismo terreno. La iglesia, su dogma y sus prácticas son una necesidad que cada uno de aquellos que la experimenta puede satisfacer el domingo, siguiendo las ceremonias de la secta que más le agrade.

El saber disminuye la criminalidad, perfecciona el trabajo, aumenta el valor de la propiedad y eleva el nivel moral de los asociados. Es un axioma; y consecuente con él, la colonia Victoria hace los más grandes sacrificios para extender la instruccion. El presupuesto escolar de 1877 á 1878 se ha elevado á más de 20.000.000, comprendiéndose en ellos los gastos de las casas-escuelas, y esto para una poblacion de ménos de nuevecientos mil habitantes.

Hay escuelas en los pueblos más pequeños y áun en los grupos de cásas, pero como el establecimiento puede ser provisional y variarse segun las circunstancias, existen escuelas móviles que pueden seguir la fortuna del pueblo en que están establecidas.

En este caso, el administrador de correos y su mujer son los encargados, mediante un pequeño aumento de sueldo, de dar la instruccion á los niños.

En las ciudades, las escuelas son verdaderos palacios, de estilo gótico, admirablemente ventilados, frescos en verano, templados en invierno, y con todo el material y comodidades necesarias. Así en Melbourne como en los demas puntos, la iglesia, sea cualquiera su denominacion, es la enemiga mortal de la escuela láica, cosa natural, pues la primera ha considerado siempre la educacion de la juventud como de derecho propio. Es un privilegio de que se la despoja, un robo que se la hace y contra el cual reclamará sin cesar.

¿Qué dimana de aquí? Que los protestantes y católicos levantan escuelas contra escuelas, costeadas por los fieles y especialmente por las madres de familia, de suerte que los que dan oídos á estas rivalidades, anulan la intencion liberal de la ley y pagan muy caro lo que les está concedido gratuitamente.

Los hoteles en Melbourne están organizados á la americana; el alojamiento y comida cuestan de 15 á 20 francos diarios, sin comprender los vinos. Cómase ó no en el hotel, el precio es el mismo. Esta costumbre, y lo exiguo de la poblacion flotante, impiden la creacion de restaurants de primer órden. ¿Para qué imponerse uno un aumento de gasto por una comida ménos delicada que la del hotel? No hay más que salones donde se toma el *lunch* en medio del día; su clientela se compone de los que habitan en el campo, donde hicieron por la mañana el desayuno, y adonde vuelven á comer por la noche. La vida es muy cara en Melbourne para quien desea vivir bien, y no es barata sinó para el inmigrante, el menestral y el obrero.

Este último gana 12 ó 15 francos cada día, y

puede habitar en los arrabales un pequeño *cottage* ó casa de un piso, que le cuesta de 600 á 800 francos por año. En un país en que la carne de vaca está á 25 y 30 céntimos la libra y la de carnero á 20, le es fácil alimentar muy bien á su familia.

El obrero soltero tiene el restaurant, y entre ellos los hay en que la comida no cuesta sinó 60 céntimos.

En Australia, la raza no está hecha; la poblacion no se ha sucedido ni trasformado aún; no se advierte en ella todavía la influencia de los cruzamientos, no es en fin una raza, sinó una aglomeracion de individuos. Excepcion hecha de unas cuantas cabezas inglesas lindísimas, ¡qué tipos más deplorables los de la multitud que llena las calles!

Hablo de la clase baja, porque en todas partes las gentes bien educadas son casi las mismas; á falta de belleza, tienen distincion, y la raza inglesa posee ambas cosas.

Los habitantes tienen por regla general el semblante color de ladrillo, ojos pequeños, enormes mandíbulas y boca mal sana. Los hombres aparecen mejor que las mujeres, pues la barba que todos dejan crecer encubre las imperfecciones del rostro. ¿Esta inferioridad del tipo obedece al sistema de inmigracion gratuita que hace su reclutamiento entre séres sanos, pero debilitados por la miseria, cuya librea lleva aún la primera generacion?



Casa de los alrededores de Nelbourne.

La Australia está tan léjos, que á pesar de las doradas promesas de los anuncios, el inmigrante que posee algunos recursos duda ante el sacrificio que le impone un viaje tan largo.

Existen recursos para las familias pobres, y es entre esta clase de gente donde el gobierno de cada colonia recluta sus inmigrantes. Se les escoge sanos de cuerpo y de la mayor moralidad posible; esto explica la superioridad relativa del inmigrante australiano sobre el americano.

No se encuentran, en efecto, en Melbourne esos séres con aire grosero, mirada impudente y arrogante familiaridad que se ven en muchas ciuda-

des de la América del Norte. El irlandes recien llegado á Melbourne no es un *rough* como su hermano de New-York; no es como el primero, inmoral y pendenciero; puede beber y embriagarse, pero áun en este mismo exceso conserva la decencia. El irlandes de New-York es un revoltoso que huye de su país; el irlandes de Australia un hombre sumiso acostumbrado á la obediencia.

Por lo demas, el tipo se modificará bien pronto como consecuencia del bienestar; la trasformacion que se opera es ya visible en los niños nacidos en aquel país: son ya más ágiles, de formas más elegantes y más precoces que los niños europeos.

La inmigracion pagada es, para la Australia, la mejor especulacion. Cada colonia ha consignado en su presupuesto una suma considerable: dos millones quinientos mil francos para favorecer la inmigracion. Una ley determina el empleo de esta suma y las condiciones que han de reunir los inmigrantes que de ella se han de aprovechar.

Esta ley es casi igual en todas las colonias; la de la Australia del Sur es la más liberal en sus aplicaciones.

En virtud de esta ley, la colonia concede pasaje gratuito de Lóndres ó de Plymouth á Adelaida, á todos los obreros agricultores, mecánicos, solteros ó casados, sin más que tres hijos; los mismos privilegios acuerda á las mujeres dedicadas al servicio doméstico.

Todas las personas de las profesiones citadas que hagan su pasaje, reciben en cambio un bono de terrenos de un valor de 500 francos por cada adulto de más de 12 años de edad y de un valor de 250 francos por cada niño de 1 á 12 años. El inmigrante una vez llegado á la colonia no debe nada al gobierno por el pasaje; es libre para escoger el trabajo que más le agrade; sólo se obliga á permanecer dos años en la colonia.

Las ventajas ántes mencionadas no son aplicables á los que hayan vivido en Inglaterra á cargo de la parroquia ó sea á los pobres de solemnidad, á las mujeres sin sus maridos, á éstos sin aquéllas, á las que tienen hijos ilegítimos y á las personas concursadas ó llenas de deudas.

Los inmigrantes deben proveerse de certificados de buena conducta firmados por los patrones ó amos á cuyas órdenes han servido. Tambien quedan sometidos á un reconocimiento facultativo para ver si están libres de enfermedades del corazon ó del pecho, si ha sido vacunado ó pasado la viruela, y que son en una palabra aptos para ganar el sustento en el oficio á que se dediquen.

Una vez probado esto, la colonia los trasporta y los cuida hasta el desembarco. Toma á su cargo ademas á las mujeres que llegan solas hasta que encuentran ocupacion ú oficio. Con esta base de poblacion se formará seguramente una hermosa y honrada raza para el porvenir.

Una sola colonia ha renunciado desde hace muchos años á esta ley tan práctica; es la Victoria, la cual con sus 859.000 habitantes se encuentra al parecer bastante rica en hombres para un territorio que podría alimentar diez veces más. Es una aberracion inexplicable.

El cálculo en esta materia es bien sencillo: cada hombre útil, con las condiciones de los que allí van, representa un capital de 20.000 francos; supongamos la mitad, 10.000. Si una colonia, mediante 2.500.000 francos, puede trasportar cinco mil hombres por año, cambia sencillamente el anticipo efectuado de cinco por un reembolso de 100 ó de 50 que percibe bajo diversas formas, contribuciones, derechos de aduanas, trabajo, productos, etc., etc.; el temor de ver que los salarios disminuyen con la inmigracion ha cegado al obrero de Victoria.

En Melbourne, en lo relativo á extranjeros, los que ménos se ven son franceses; en cambio hay muchos judíos, especialmente alemanes. La Australia es para los israelitas una nueva Tierra de Canaan. El dinero es en Melbourne una mercadería como otra cualquiera, y no estando limitada la tasa del interes, éste llega á misteriosas alturas conocidas sólo por el prestamista de pequeñas sumas y los que operan sobre garantía. Es necesario, pues, defender el bolsillo de éstos como se defiende de los *larrikins*.

¿Quién es el larrikin? Es un producto colonial. Ya se ha dado este nombre á una asociacion de jóvenes malhechores, reclutada entre los desheredados y los vagos; entre aquellos que el progreso en su rápida marcha, ha dejado atras rezagados; entre los incapaces y los débiles; entre las familias por cuyas venas corre la sangre del crímen, y á quienes los hereditarios instintos impulsan á la lucha y la revuelta.

El larrikin es el primo hermano del *voigon* de París, del *rowdy* de New-York, y hermano del *hoodlun* de San Francisco. En las dos ciudades del Pacífico, igual causa ha producido idénticos efectos. Las dos tienen casi la misma edad; Melbourne y San Francisco han sido á su vez y en la misma época el punto de reunion de todos los aventureros y desheredados del globo, en cada una de estas dos ciudades una ley demasiado benévola aplicada con indulgencia, no hubiera detenido las tendencias á que fatalmente ceden las

naturalezas predestinadas al crímen; era necesario una ley dura aplicada con gran severidad.

El larrikin se distingue de sus congéneres por su imperturbable tranquilidad: léjos de huir como los otros malhechores de las miradas de la policía, las busca; sus actos son para él faltas leves, pues como tal son castigados. Los encontraréis en las calles más frecuentadas, interceptando el paso y haciendo de las suyas; el larrikin hembra, muchacha de 12 á 15 años, les sirve de cebo para atraer la víctima.

Bien alimentado, bien vestido, seguro de sí mismo, sostenido por sus colegas, en buenas relaciones con la policía, en cuyo obsequio se digna alguna vez humanizarse, encuentra siempre en caso de accidente un abogado que le defienda, testigos que declaren en su abono, y juez lo bastante amable para absolverlo. Más tarde, y sin abandonar su noble oficio, se convierte en agente, en industrial, en político; la fortuna le aguarda; muchos entre ellos han llegado á la riqueza y al poderío.

## XII

Orgullo colonial.—La palabra *blowing*.—El juego.—El trabajo.

No existe un pueblo, cualquiera que sea su rango en el mundo, que no se crea el primero de los pueblos.

Este orgullo, justificado ó no, es una de las grandes fuerzas constitutivas de las nacionalidades, es para ellas una cuestion casi vital; la pérdida de esta confianza sería acaso principal causa de su decadencia. Los pueblos jóvenes son como los individuos de corta edad; á poco que la fortuna los sonría, llevan su confianza hasta llegar á ser fatuos.

La Australia, que á los ojos de los extranjeros parece el continente más pobre, seco y monótono del mundo, es á los del australiano una tierra de privilegio. Es el país del sol, el país de las flores, el de las hadas; y si no ha encontrado aún adjetivo para su gloriosa capital, es acaso porque no existe uno bastante significativo. Llamará Brighton á una playa cenagosa y desierta, y Sorrento á un banco de arena, donde el desgraciado viajero, engañado por el título dado al sitio, corre el peligro de quemarse con los rayos de un sol abrasador.

No es difícil que el australiano convierta un día en verjelos esas tierras hoy estériles; el clima es bueno, y con cultivo y agua, si se encuentra, esos terrenos hoy calcinados y esos arenales pueden llegar á ser fértiles. Pero en su afan de crear, el australiano ve una creacion completa cuando está aún en el estado de embrion.

Ese prurito de admirar lo propio, áun las cosas más vulgares; esa sed de alabanza, esa necesidad de elogio se expresa en aquel país con la palabra *blowing*. El australiano se hace lenguas de sus baños, sus caballos, sus fuegos, sus monumentos, sus casas, su campo, sus bosques y sus instituciones. Comparará el Murray ó el Murrumbidgee, pobres ríos cenagosos, navegables tan sólo cuando llueve, con el Mississipí ó el Missouri; os dirá «¡qué vegetacion!» enfrente de un árbol de algunos metros, y «¡qué vino!» al presentaros una bebida deplorable.

El australiano no es ingles; la gloria de este nombre no le satisface: es australiano. Ha creado un mundo y adora su creacion, como la madre adora al hijo enfermizo que ha hecho hombre merced á sus cuidados. Es más que adoracion, es ceguedad. No se puede, pues, dejar de admirar ese amor excesivo, ese vigor de creencias, esa fe inquebrantable en su fuerza y en su porvenir; ese es el orígen de las grandes cosas. Sólo olvida el australiano con demasiada frecuencia, que en esa creacion hubo un abuelo, un padrino bienhechor que donó al hijo muchos millones el día del bautismo, y que es el oro de Inglaterra el que corre por las venas del nieto.

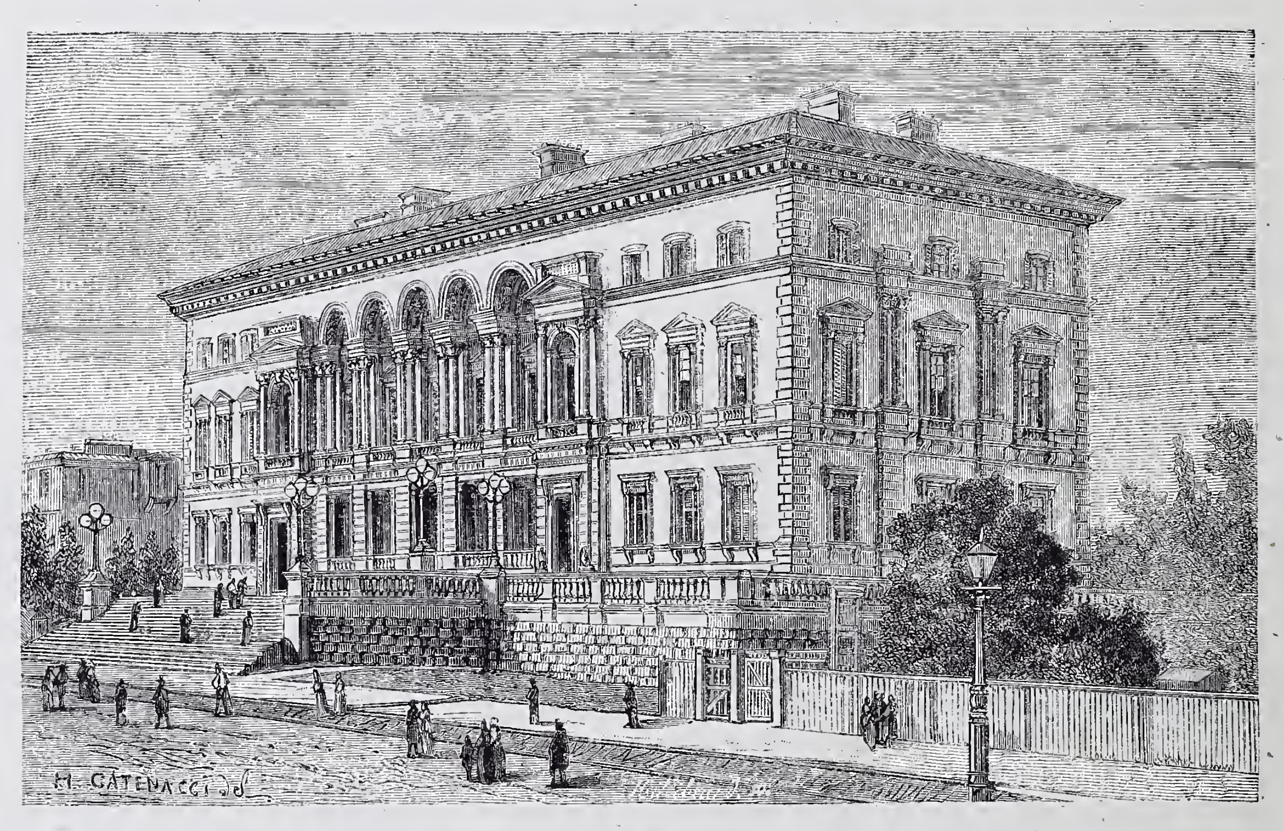
Todo contribuye á que el australiano abrigue estas dulces ilusiones: la prensa periódica le adula, las demas publicaciones le hablan de las bellezas de la patria, el bienestar en que vive, comparado con la miseria de los que llegan. Dejémosle en su orgullo, que él justificará.

El australiano es ademas, entre todos los pueblos, el más sediento de placeres. Teatros, bailes, partidas de campo, carreras de caballos, regatas y cricket, juegos de bolos, de barras, etc., apuestas entre las diversas asociaciones de colonia á colonia, de éstas con la metrópoli, es una suce-

sion nunca interrumpida de desafíos, rivalidades y combates. Se dirá que estos juegos existen en todas partes; es verdad, pero no son tan frecuentes ni con tan exageradas condiciones como en la Australia, sobre todo en lo referente al cricket.

¡Ah, el cricket! es el juego nacional. La prensa da diariamente cuenta hasta de los gastos de los jugadores; no habla tan sólo de lo que sucede en tal ó cual colonia, sinó de cuanto se hace de notable en este género en la Gran Bretaña y en el resto del mundo. Recorred los periódicos, contad el número de columnas consagradas á las reseñas cuotidianas del cricket, á relatar las victorias y derrotas de cada partida, leed los artículos de fondo donde se exalta el mérito, la destreza y el genio de los vencedores. Estos artículos son tan largos, tan frecuentes y tan llenos siempre de elogios que irritan como la tocata de un organillo incesantemente repetida.

¿Es comprensible una aficion que obliga á una docena de jóvenes á hacer un viaje de diez mil leguas para responder á un cartel de desafío de sus rivales de Inglaterra y demostrar ante el mundo que ellos saben mejor que nadie lanzar una pelota y derribar ó defender un cricket? Pues eso ha sucedido con los *Australian eleven*, ó sean los once australianos, pues once son con efecto los individuos que de cada parte son necesarios para jugar una partida de cricket.




El tesoro de Melbourne.

Salieron de su país en 1878, é invirtieron cerca de un año en recorrer la Inglaterra y los Estados-Unidos, luchando todos los días con sus adversarios en este juego nacional. Cada día llegaba por el cable trasatlántico un telegrama dando detalles del juego, de los puntos ganados y perdidos y de todas las peripecias de la lucha. Pueden juzgarse los gastos ocasionados por tal correspondencia.

Los australianos quedaron vencedores; imposible es describir la recepcion que en su país tuvieron. Se anunció la llegada con anticipacion: el gobernador, el alcalde, las autoridades, la poblacion en masa salió á recibirlos. Hubo discursos, banderas, arcos de triunfo, banquetes de etiqueta, parecía un pueblo loco festejando á sus libertadores. ¡Qué juventud! He asistido en Sidney á la revancha de los ingleses; los australianos hicieron locuras, hubo tumulto y hasta batalla. Tras estas rivalidades patrióticas se ocultaba una especulacion, pues se pagaban muy caros los asientos para ver con comodidad la lucha, y el negocio fué excelente. Los australianos, imi-

tando á los yankees, son muy aficionados á lo que estos últimos llaman «diversiones que pagan».

La organizacion del trabajo en Australia fomenta esta pasion proporcionando tiempo para satisfacerla. Los bancos se cierran á las cuatro de la tarde; lo mismo acontece con los establecimientos públicos; hé aquí ya un cuarto de día libre.

El sábado todos los comercios, fábricas, etc., se cierran al medio día. ¿Pero no trabajan los australianos? Así debía creerse si el viajero no tuviera ante sus ojos el conjunto de trabajos ejecutados, aquellos edificios, aquellos bancos monumentales, aquellas ciudades nacidas ayer, y la rápida trasformacion operada en el suelo. Probable es que ocupen su tiempo mejor que nosotros; en todo caso se advierte entre ellos una actividad tranquila que nada tiene de comun con la turbulencia americana, aunque es tan eficaz.

Este es un fenómeno inexplicable, cuya solucion he buscado en vano.

# XIII

Camino de Beechworth.—La campiña.—Reparticion agraria.—El *squatter*.—Beechworth.—El bandolerismo en Australia.

Mi primera excursion desde Melbourne fué dirigida hacia el Noroeste; deseaba visitar á Beechworth, una linda villa, segun me decían. Para llegar á ella tenía que atravesar de Norte á Sur toda la colonia.

Es en camino de hierro en lo que hacemos la travesía, y los caminos de hierro se hallan aquí admirablemente organizados y servidos: nada de esos movimientos bruscos y disparatados, nada de esas trepidaciones y de esos sobresaltos tan frecuentes en nuestras antiguas líneas. Los wagones son confortables, pero desgraciadamente están cerrados con llave.

El encanto no es muy grande que digamos: esqueletos de árboles muertos, restos de los primeros movimientos convulsivos de esta tierra tan jóven, se ven aún por todas partes y entristecen el paisaje. No es que sea ávido ni que aparezca todo lo que la vista alcanza como sumido en los brazos de la desolacion y de la muerte. Pero despues de haber recorrido los alrededores de Melbourne, donde las hojas de los árboles se estrechan pintorescamente, despues de haber caminado bajo el arco de sus bóvedas sombrías, el ánimo se contrista pesarosamente en la soledad de este camino por donde ahora atravesamos.

A medida que más se avanza, va trocándose más salvaje el aspecto de la campiña. A las casas elegantes de piedra suceden las modestas casas de madera; á las de madera, las de troncos de árbol, y á éstas por último las simples chozas de los pobres labradores.

Estas cabañas, que á la primera vista parecen apénas suficientes para un hombre sólo, abrigan algunas veces una familia numerosa. Sus techos levantados, sus grietas enormes á que la hiedra se estrecha como compadeciéndose de quien la habita, sus disformes chimeneas, todo esto agitado por el viento, parece contar no sé qué lamentables historias que suenan vagamente al oído. Pensando uno sobre tal pobreza, viene á la memoria como consuelo de ella, la consideracion de que el habitante de esta choza no ha salido ciertamente de un palacio, y que su casa de Irlanda no sería muy superior á la que hoy habita y estaría endurecida por dos males, de que aquí se ve libre por completo: el frío del invierno y el hambre desoladora de todas las estaciones.

Aquí los niños, desnudos es verdad, comen y se agrupan al rededor de la choza; pero sus rostros sanos, sus risas descompasadas y alegres, apartan del ánimo del viajero toda idea de luto y de miseria.

Es la primera parte de la vida del labrador en las soledades del campo. Esta pobre cabaña es la crisálida de la casita que la reemplazará más tarde, como estos pobres terrones y estos escasos arbolillos y aquellas cortadas flores que la adornan son los antecesores de aquel parterre elegante y perfumado que la rodeará más tarde si el trabajo quiere bordar como corona de triunfo tales encantos. Cuanto más avanzamos, más la cultura se aparta y más escasean los caseríos. La floresta, siempre la misma, es triste, y pocos pájaros la animan. Alguno que otro pasa rápidamente por los campos como temeroso de detenerse en lugar poco á propósito para coquetear con sus trinos. Piérdese ligero en el horizonte y bate sus alas

con ansia mortal de correr á otros lugares donde la vida de la Naturaleza sea digno marco para encerrar los primores delicados de su pluma.

Por todos lados, el hacha del cortador ha cercenado los árboles: método más expeditivo que el de abatirlos. Así se secan más presto y mueren dejando algo aprovechable para las construcciones y el comercio.

Es preciso, indispensable de todo punto, dejar espacio en estas vastísimas praderas para la vida de la vegetacion europea. En algunos sitios, áun cuando muy escasos, el pino, la encina, el olmo y el plátano, extienden sus hojas tiernas en medio del apretado follaje de los eucalyptus: humildes y jóvenes representantes de otro mundo más aleccionado por la experiencia, la tierna vegetacion australiana desaparecerá ante ellos como desaparecen ante el plantador blanco las razas fatalmente condenadas de los pobres negros.

¿Y quién ha de sentir la muerte de esta vegetacion australiana? Recorreréis dos leguas, diez leguas, cien leguas y siempre la hallaréis lo mismo. Nudoso, enfermizo, devorado por los insectos, el eucalyptus con sus hojas caídas, flotantes, falto de gracia, de encanto y de grandeza, será lo único que se ofrezca á la vista, falto el terreno de una sombra en que guaceros de las inclemencias del tiempo.

Estamos en la primavera, en Octubre; la hierba está alta, la tierra verde, y donde los hay, los bosques se muestran en todo el esplendor de su atractiva belleza. ¿De dónde vienen á mí estas impresiones de tristeza, esta melancolía que no puedo sacudir de mi ánimo, y qué sería de él cuando los árboles se despojaran de sus hojas y del encanto de sus flores y el suelo encendido secara la esmeralda de la verdura?

¡Extraña region que parece ignorar la influencia de las estaciones! Vegetacion monótona, donde de la primavera al invierno, la vista quiere seguir en vano la gracia encantadora de los colores! No se experimentan esas dulces sorpresas del arbusto que crece lentamente, que esparce sus débiles hojas por entre las cuales corre vigorosa, como la sangre por las venas, la savia de su vida. La poesía de la primavera con sus accidentes nuevos y variados, falta á esta tierra juvenil de eterna hoja. Nada del estío con sus tintas sombrías; nada del otoño con sus extraños cambiantes que pasan del amarillo claro al rojo de la sangre y al verde pálido, mezclándose en contrastes y combinaciones deliciosas. La nieve del invierno no viste de blanco las ramas desnudas de los grandes árboles, ni deja un copo en cada nudo del tronco, ni el hielo decora jamas los campos con sus brillantes cristalizaciones. No silba el viento en la espesura con el ruído metálico y pavoroso de las hojas secas, ni hay aquí más que una languidez sin ejemplo ni comparacion alguna.

Sí, este país es lánguido y no será bello sinó modificado por la mano del hombre. El aire es sano, la temperatura moderada, el clima maravilloso y favorable para todas las producciones de la tierra, y cuando los pinos y los olivos y los viñedos se extiendan por las llanuras y los valles y las vertientes de las montañas, reemplazando estas florestas tristes, ¡oh! ciertamente que entónces éste será uno de los más bellos países del mundo.

¿Pero qué digo? Héme aquí por el contagio del ejemplo discurriendo como pudiera hacerlo un australiano. ¡Pero es tan lejana esta brillante perspectiva con la tendencia de los habitantes que proscriben la inmigracion! ¡Proscribir la inmigracion en un país generalmente desierto! Jamas idea tan loca pudo germinar en un pueblo sano, jóven, vivaz y extendido por espacios tan dilatados.

Lo poco que yo he visto me hace suponer que la idea viene de más alto, y que el *squatter* la produce. Pero precisamente atravesamos un *run* en estos momentos.

¿Qué es un *squatter* y qué es un *run*? Mi compañero de viaje va á decírnoslo, en tanto que continuamos nuestro camino.

El gobierno dispone de estos terrenos de dos maneras: los alquila ó los vende. La ley que rige en esta materia, es sobre poco más ó ménos la que rige en todas las colonias. No difiere en otra cosa que en el precio fijado para ambas negociaciones. La de alquiler difiere notablemente; la de venta no tanto en unas como en otras regiones, las buenas tierras no son cedidas á un precio más bajo de veinticinco francos por acre.

Los bienes de la corona, así llamados porque pertenecen exclusivamente á las colonias que disponen de ellos á su antojo, se dividen en tierras de pasto y tierras de cultivo. Las tierras catastradas, propias para el cultivo, son ofrecidas, segun acabamos de decir, al precio de veinticinco francos el acre, ó sesenta y dos francos cincuenta céntimos la hectárea.

Cedidas por supuesto, á partir de tal precio, al que más ofrezca por ellas en subasta.

Los lotes son de cuarenta á ciento veinte acres, sin que se pase de este límite. La ley, por este medio, quiere impedir la reunion de vastas propiedades en manos de un solo individuo ó de una

clase de individuos. Quiere el aislamiento de las tierras y su distribucion equitativa, entre una multitud de pequeños labradores. Camina á la creacion de una clase numerosa de propietarios, estimando que las colonias australianas deben ser creadas y crecidas en provecho exclusivo de los proletarios ingleses; y por mejor llegar á su objeto, deja al acreedor la facultad voluntaria de pagar la tierra adquirida en dos plazos, cada uno de los cuales no vence sinó pasado un año de explotacion. Ha querido sobre todo, y bien claro se ve esto, prevenir la formacion de una aristocracia territorial: veremos más adelante hasta qué punto ha podido conseguir su objeto.

Los terrenos de pasto son alquilados por catorce años á los ganaderos de bueyes ó carneros á razon de tanto la hectárea, segun las colonias; al precio de ochenta céntimos por cabeza de ganado en la colonia de Victoria, donde el terreno está más caro que en las colonias vecinas. Hasta 1847 no costaba más que sesenta y dos francos cincuenta céntimos.

El comprador de un lote de tierra es un *free selecter*, un labrador; el ganadero, alquilador de un terreno, un *squatter*; se llama *run* al vasto espacio que tiene arrendado, y *station* al conjunto de edificios necesarios para el desarrollo de su explotacion.

Una *estacion* se compone de una casa habitable, cabaña ó palacio, segun que el *squatter* ha adquirido parte ó la totalidad de su *run*, ó vive solo ó acompañado de familia; de un almacen de mercancías diversas, provisiones, objetos para el vestido, limpieza y comida de los hombres; de una cocina; de cabañas para los empleados y trabajadores más ó ménos numerosas y mejor ó peor dispuestas segun la importancia de la explotacion; de estanques para lavar el ganado lanar ántes del esquileo; de depósitos para la lana; de inmensos corrales para el almacenaje y embalaje de éstas; de establos para los bueyes y los caballos de servicio y de diez á doce empleados diversos, sin contar las cuadrillas de esquiladores ambulantes que pasan de una estacion á otra, solicitando trabajo en la época del esquileo (1). Es una grande organizacion, que exige cuidados permanentes, una vigilancia de todos los instantes y un capital considerable.

Pero ni la ley que prohibe al arrendatario la posesion absoluta de un *run* durante el tiempo del arriendo, ni el precedente que limita á trescientos veinte acres el lote de un solo propietario, pueden detener á los *squatters*. Darán siempre vueltas y más vueltas al rededor de la ley, la violarán por medio de fideicomisos, de ventas y compras ficticias, de donaciones supuestas, de suerte que gran número de antiguos labradores enriquecidos y de especuladores felices, poseen la más grande parte de las buenas tierras de Victoria. Esta aristocracia así fundada, se encuentra enfrente de dos sociedades rivales de intereses absolutamente contrarios y de dos partidos irreconciliables por siempre. Hay propietarios de cincuenta á cien mil hectáreas y *runs* de quinientas mil hectáreas y más. Recuerdo con efecto, y lo hago notar para apoyo de cuanto digo, que en la estadística de Victoria figura una familia Miller que posee en *runs* un millon mil diez ocho acres de tierra, y un señor Willoby poseedor de cerca de dos millones de acres.

El gobierno tiene siempre el derecho, una vez terminado el arriendo, de no renovarlo. Pero en las tierras mejor situadas de la colonia,—éstas son las más próximas á las costas,—hemos visto anulada la medida, porque el *squatter* ha comprado sus tierras mismas. De ellas no puede en manera alguna desposeérsele, á ménos de circunstancias excepcionales, tales como la expropiacion por causa de utilidad pública, cosa á la verdad muy fácil de suceder en el porvenir.

En cuanto á los *runs* situados en distritos apartados y en espacios propios solamente para criar el ganado, el *squatter* no teme tanto la llegada del *free selecter*, y por mejor prevenir intrusiones en su dominio, compra sin embargo las tierras cercanas, propias para cultivo, y todas aquellas por donde pasa una corriente de agua, dejando así al labrador imposibilitado de vivir en tal terreno.

Puede ser que un hombre amigo de la soledad ó animado con la esperanza de hacer fortuna en el desierto, llegue á aquel sitio para plantar en él

---

(1) El ganado no está dispuesto para esta operacion sinó despues del lavado. Cumplido este requisito, el esquileo se verifica en un ancho patio y bajo la vigilancia de un empleado. Cada jornalero guarda en redil aparte las piezas que despojó de la lana, para saber despues cuánto ha sido su trabajo. Esto tiene sus inconvenientes, porque para caminar más de prisa, hacen con sus vivos movimientos al ganado profundas heridas. Cuando esto sucede, se escucha el grito de: *¡tar tar!* y unos muchachos se precipitan sobre el animal, pasando por la herida un pincel mojado con un líquido que la cicatriza. Un esquilador, segun su habilidad, puede esquilar de sesenta á ciento veinte carneros por dia; y como se le pagan cuatro francos por cada veinte, puedo deducir de su trabajo una ganancia diaria de quince á veinticinco francos.—N. del A.

su cabaña, sin cuidarse para nada de la distancia que le separa de los grandes centros. Sea aventurero, sea labrador de buena fe, sea amigo de la soledad, el *squatter* teme su vecindad y trata de sacudirla. Sucede que un día tal mínima parte de su *run* ha sido comprada; despues, un hombre aparece, levanta su tienda y empieza por construir un jardin. Pues este hombre, siendo, que tal cosa no importa, el más pacífico y honrado del mundo, viene á ser el mortal enemigo del *squatter*: no porque la tierra que ocupe disminuya para nada la importancia de su *run*, es un grano de arena en el mar. Pero desde el día de su llegada, está el *squatter* fuera de sí; no es dueño absoluto del espacio; su orgullo está herido, su tranquilidad perdida.

Este recien venido es un insecto pegado á su piel, un mosquito que silba constantemente á su oído. Este incómodo vecino aporta consigo provisiones de ron y de whisky; puede corromper á sus empleados, despojar sus almacenes, talar sus campos, robar su ganado y desbalijar su repleta despensa.

La tierra es mala, seca y estéril; la recoleccion de este hombre será nula, y ¿cómo vivir entónces? Este pensamiento se fija en la mente del *squatter*, y dándole vueltas y más vueltas termina al cabo asegurándose de que el recien venido



Cabaña de un labrador pobre.

robará sus carneros y sus cabezas de ganado. En un rebaño de miles de animales, imposible notar la falta. Primero será un carnero, luégo dos, despues tres los que desaparezcan; más tarde un buey, cuyo cuero tendrán la precaucion de enterrar para no denunciarse. ¿Y cómo hacer constar el robo? ¿A quién quejarse de tamaños crímenes y de tales injurias? Y caso de descubrirse y adquirir la evidencia de ellos, ¿dónde se encuentran las pruebas? Una condena, por otra parte, no haría sinó agravar la situacion y atraer al ánimo del castigado la idea de la venganza: nuevos robos, incendio del vallado y los edificios que constituyen más principalmente el valor y la seguridad del *run*.

Es preciso, pues, de todo punto, aceptar la proposicion que hace el recien llegado. «Comprad mi tierra y me marcho», dice. Y el *squatter* compra, pero paga bien caro lo que de otra manera no hubiera pagado á ningun precio, por ínfimo que fuera.

Cuando es propietario, caso ménos frecuente, los mismos temores se producen. Hay gente desalmada por todas partes, y sus caballos y sus bueyes están completamente á merced de los ladrones.

Por esta causa, el *squatter* se esforzará siempre en detener la inmigracion, temiendo que las oleadas de una poblacion numerosa invada sus tierras y destroce sus ganados. Siendo propietario y dueño por consiguiente de la tierra que pisa, entónces temerá que la inmigracion conduzca á su lado vecinos peligrosos, y ya sabemos

que para su criterio peligrosos lo son todos.

Directamente, no tiene en la colonia otro interes fijo que el de dominarla, y para nada se le importa su prosperidad; él vende sus cueros y sus lanas á Inglaterra, y sabe que por malo que sea el estado de las cosas, venderá siempre con provecho, como venderá para la colonia ó para fuera de la colonia sus conservas alimenticias.

El *squatter* con sus empleados y sus rediles, con sus tundadores de paso ó á puesto fijo, con su organizacion perfeccionada, en una palabra, puede vivir solo, sin cuidado alguno por tercera persona. Es un pequeño estado dentro del Estado, y para nada quiere ni le conviene la inmigracion.

El labrador, en cambio, es forzosamente partidario de ella, porque la inmigracion dobla el valor de sus tierras y facilita la colocacion de sus productos.

La ley que se ocupa de la distribucion y de la venta de los terrenos, es por completo inútil para proteger la colonia contra las impiedades de los *squatters*; inútil para proteger los intereses del pequeño labrador; inútil para defender á su vez al *squatter* de las asechanzas del *free selecter*; inútil para prevenir la formacion de una aristocracia, que hoy ya está constituida; inútil, sí, completamente inútil, porque quiere y ha querido hasta ahora conciliar cosas inconciliables.

Habrá eternamente choques entre estas dos sociedades, á ménos que no se atribuya al *squatter* una zona especial de la cual no pueda desposeérsele y se le retire al fondo de los desiertos, tierra adentro, reservando al pequeño cultivo toda la zona de las costas.

Serían entónces dos sociedades perfectamente independientes con leyes é intereses diversos; dos sociedades que no teniendo ningun punto de contacto ni rozamientos irritantes, vivirían en paz, todo lo que los hombres pueden vivir en paz unos con otros.

Por otra parte, un tal proyecto no podría tener ejecucion sinó cuando las cinco colonias abandonaran su rivalidad incomprensible y se constituyeran en república federativa, medida á la cual, arrastradas por la corriente de las cosas y las necesidades cada vez más apremiantes, llegarán forzosamente un día.

Entre tanto, nos hallamos enfrente de una sociedad nacida de ayer, teniendo ya causas de desorganizacion muy aparentes, de las cuales ó por causa de las cuales es evidente que nacerá algun día una organizacion completamente nueva, de la cual no tenemos aún idea ninguna.

---

Pero prosigamos nuestro camino. Los pueblos, pequeños centros de poblacion dispersados en la campiña, se parecen todos: un hotel, una iglesia, una escuela y algunos almacenes. Me hacen notar que datan de la fundacion de la colonia y que el descubrimiento de las minas los ha conducido á tal estado de atraso.

En realidad, esto obedece á que el cultivo de la tierra, por más que sea la más sana y la más segura de las ocupaciones, no proporciona en Australia grandes rendimientos; es que las minas de oro, bien que despojadas de su antigua fama y nombradía, atraen todavía sin embargo á los turbulentos y á los aventureros; es que una ocupacion tranquila y sedentaria no se acomoda fácilmente á la inquieta actividad del australiano; es que, finalmente, Melbourne absorbe los inmigrantes todos con detrimento de la campiña.

Por ejemplo, el conjunto de las cuatro principales ciudades de Victoria, Ballarat, Sandshurts, Geeloug y Melbourne, supone bastante más de la mitad de poblacion de toda la colonia. Tal cosa es para un Estado condicion anormal, y Melbourne con sus trescientos mil habitantes ó más se presenta á mis ojos como la enorme cabeza de un hidrocéfalo unida á un cuerpo raquítico y débil.

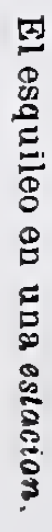
Atravesamos el *dividing rauge*, montañas cuyos picos culminantes no se elevan más allá de tres mil piés. La vertiente del Pacífico es muy estrecha y la cadena que la separa de Murray muy cercana de la mar. Despues de haberla franqueado, se extienden á nuestra vista grandes extensiones de terreno que serán un día bellas praderas y magníficos campos de cultivo.

Por el momento y salvos raros intervalos, la floresta extiende su velo sombrío más allá del dominio de la vista.

Ninguna corriente de agua; apénas cruzan el terreno algunos arroyuelos pedregosos; torrentes llenos en la época de las lluvias, pero secos á lo ménos nueve meses en el año. Esto no sucedía precisamente á la sazon de nuestro viaje, porque cuando llegamos á Beechworth, que sería á cosa de las cinco, caía una lluvia fuerte y continuada.

Felizmente el tiempo cambió durante la noche, y á la mañana siguiente dispusimos de un tiempo magnífico para nuestras excursiones.

Beechworth es un pueblecillo de tres mil almas, lindamente situado sobre colinas pintorescas de los Alpes australianos. Una vegetacion poderosa lo borda por una parte, y su horizonte lejano de picos, rocas y montañas, hacen de él un lugar verdaderamente encantador, que recuerda los pueblos situados en los Alpes europeos.



El esquileo en una estacion.

Hay muchos jardines, muchas flores, mucha fruta y muchas plantaciones nuevas. Se respira un aire puro y fresco, porque el pueblo está situado á 1.800 piés sobre el nivel del mar, lo cual hace de él una de las más agradables residencias de verano.

El terreno es granítico, propio para las plantaciones de vid; pero tiene el inconveniente de producir caldos demasiado alcohólicos.

Beechworth debe su vida, como Ballarat, Sandshurst y Castlemaine, á los terrenos auríferos que lo rodean. Los bajos fondos de su pequeña ribera han dado uno de los más ricos filones á los mineros que lo explotan. Pero de diez mil *diggers* que trabajaron otro tiempo en sus *placers*, apénas quedan doscientos que exploten todavía los terrenos agotados.

Hoy es una ciudad tranquila, olvidada casi y retirada, qne prosigue su lenta carrera de ciudad de provincia; una modesta poblacion, dotada de un hospital, cuyo presupuesto se eleva á 100.000 francos, de una casa de locos, de un asilo para los ancianos y abandonados, de una biblioteca pública y de un museo.

El distrito de Murray, de que Beechworth es cabeza, está formado por una serie no interrumpida de montañas, en el Este sobre todo, y es acaso la parte más accidentada de la colonia. Su poblacion, bastante escasa, como ya creo haber dicho, es de otra parte una de las ménos puras de la colonia de Victoria. Bien por los lugares salvajes en que habita, bien por su alejamiento de los centros, bien por la insuficiencia de las cosechas ó por la escasa moralidad natural de las gentes.

El robo de caballos y cabezas de ganado entra por mucho en los medios de vivir, y la poblacion se ve á menudo obligada á intervenir para la proteccion de los bienes y la represion de los delitos. Pero la extension de la provincia y la naturaleza de sus lugares hacen difícil ó inútil su accion, y cuatro galopines de diez y seis á veintidos años, refugiados en los bosques, hacen revivir, en las narices y á las barbas de los agentes encargados del órden público, la bella época de los *Bushrangers*, nombre dado á los bandidos de los primeros tiempos de la colonia.

Los dos hermanos Kelly son los jefes de esta linda asociacion. Perseguidos por robo de caballos y otros pecadillos, se refugiaron en la montaña, tendieron una emboscada á los *policemen* encargados de detenerlos, y mataron cuatro como por vía de ensayo. La colonia lanzó un grito de horror; la policía toda se puso sobre la pista, y se fijó precio elevado á la cabeza de los jóvenes bandidos; se esperaba todos los días su captura.

Pero bien armados, admirablemente montados, conociendo las montañas en sus menores rincones, ayudados por la gente del distrito, con amigos, cómplices ó asociados, que oportunamente les pasaban avisos y víveres, escaparon durante seis meses á tanta persecucion.

Su audacia, su temeridad, les hizo ser admirados por todos los *larvikins* de la Australia, y la increible inepcia de la policía les dió las simpatías de la poblacion.

Pero no se contentaron con el golpe terrible que habían dado; era preciso mantener viva la leyenda de sus altas hazañas.

Llegaron una vez, en pleno día, á Euroa, gran pueblo, estacion de camino de hierro y telegráfica; cortaron los alambres eléctricos, ataron al agente, y dirigiéndose derechamente al banco, intimaron al director, poniéndole una pistola al pecho, la entrega del contenido de la caja. Empaquetaron tranquilamente el dinero, á los ojos de una poblacion que dos de los bandidos contenían sin trabajo, ofrecieron á sus víctimas un vaso de *gin* en el hotel cercano, y despues montando á caballo ganaron la montaña. Llevaban consigo 50.000 francos.

Nuevos gritos de estupor; la prensa pide una represion estrechísima y la adopcion de medidas excepcionales. El precio puesto á sus cabezas es doblado: 50.000 francos para quien, muertos ó vivos, los ponga en mano de las autoridades.

Se hacen venir de Queensland negros encargados de seguirles la pista. Pero como la vez pasada, tampoco ésta fueron encontrados y seis semanas más tarde comenzaban sus fechorías.

Con la misma fortuna y la misma audacia que en Euroa, repitieron su hazaña en una ciudad de la Nueva-Galles del Sur.

Esta vez se llevaron del banco más de 60.000 francos.

Hé ahí brevemente expuesto el estado de Australia cuando yo la abandoné, y es más que probable, casi seguro, que estos bandidos prosigan aún sus audaces hazañas.

# XIV

El *Cupday* en Melbourne.—Sandshurst.—Minas de oro.—Un minero feliz.—Su palacio.—Su infatuacion.—¡Imposible!

De regreso á Melbourne, encuentro la ciudad alegre, animada y brillante. ¡Qué expresion de placer, qué contento respiran todas estas figuras de hombres que desembocan á millares de las estaciones del camino de hierro para consagrarse cada uno á sus trabajos respectivos!

Bien puestos y orgullosos, el ojal de la levita engalanado con una flor, se lanzan á los quehaceres con igual entusiasmo que podrían lanzarse á una partida de placer.

Si en este momento no reconozco á Melbourne y encuentro la ciudad cambiada por completo, es porque cada cosa es relativa; el tiempo es hermoso, las calles no están cegadas por el polvo, y en una palabra, yo salgo de los bosques donde la veleta de las impresiones cambia de posicion á cada paso.

La sonrisa de una mujer basta para embellecer un desierto, un rayo de sol para dorar una llanura, un rayo de alegría para trasformar una ciudad, y yo llego precisamente en un día de fiesta: es hoy el *Cupday*, la gran carrera del año en Melbourne, nuestro *grand prix* de París.

Las calles están inundadas de gente, los paseos de carruajes, y en todas partes se ven destacar esbeltas figuras de mujeres preciosas, el pecho y la cabeza cubiertos de flores. A duras penas encuentro un coche, y sigo á la multitud.

No quiero hablaros de las carreras; tan inútiles me parecen y tanto me desagradan en Melbourne como en París. Me contento con admirar esta reunion brillante, donde más de cincuenta mil personas reunidas dan la más alta idea de la riqueza y la actividad de una gran poblacion.

Durante las primeras horas siguientes á mi llegada, habíame parecido Melbourne prosaico y vulgar en alto grado. No lo había recorrido lo bastante para conocerlo á fondo y encontrarlo bello: lo que sucede siempre con todas las cosas. Pero á medida que pasa el tiempo lo veo mejor, estimo sus méritos, me convierto en ciudadano y despues de haber ejercido el duro cargo de crítico, me consagro forzosamente á la fácil tarea de admirarlo todo.

Despues de haber visitado á Ballarat con sus minas de aluviones auríferos estancados á diversas profundidades del suelo por causa de revoluciones desconocidas y sucesivas, he querido ver las minas de Sandshurst, su rival.

Ambas ciudades, nacidas de igual fecha, son hijas gemelas del soberano más poderoso de la tierra, majestad tan universalmente respetada, que las puertas de la democracia no prevalecerán jamas contra ella.

Los *placers* de Ballarat han sido más ricos que los de Sandshurst; pero en los alrededores de este último punto, en los condados de Gladstone y de Talbot, en Moliagul y en Berlin, es donde se encontraron las pepitas más enormes (*nuggets*).

Las tres más bellas pesan de mil doscientas á dos mil ciento ochenta onzas, ó sea un valor de ciento veinte mil á doscientos veinticinco mil francos. Se les dieron los nombres de el *Welcome stranger*, es decir, el Bienvenido, el Precioso y el Vizconde de Canterbury.

El Bienvenido, de dos mil doscientas ochenta onzas, fué encontrado por un minero tres días despues de su llegada al *placer* á una pulgada de profundidad bajo el suelo.

Recordaremos de paso para dar al lector una ligera idea de la riqueza aurífera de Victoria, que las minas de la colonia han dado, desde el descubrimiento del oro en 1851 hasta 1876, es decir, en el espacio de veinticinco años, la linda suma de cuatro mil millones de francos.

Hoy, los antiguos *placers* están agotados y la produccion no pasa de cincuenta á sesenta millones por año: pero se espera siempre el descubrimiento de nuevos filones.

Nada diré de mi travesía á traves de la campiña hasta Sandshurst. Porque la vegetacion es tan parecida, tan idénticos los edificios, tan semejantes los pueblos y los caseríos, que tanto da para las impresiones de la vista viajar por aquí como viajar por las líneas de Ballarat ó de Beechworth.

La proximidad de Sandshurst, como la de todo centro minero, se anuncia por excavaciones, desigualdades del terreno y amontonamientos de *detritus*. Diríase que una fuerza desconocida y mons-

Vista general de Sandhurst.

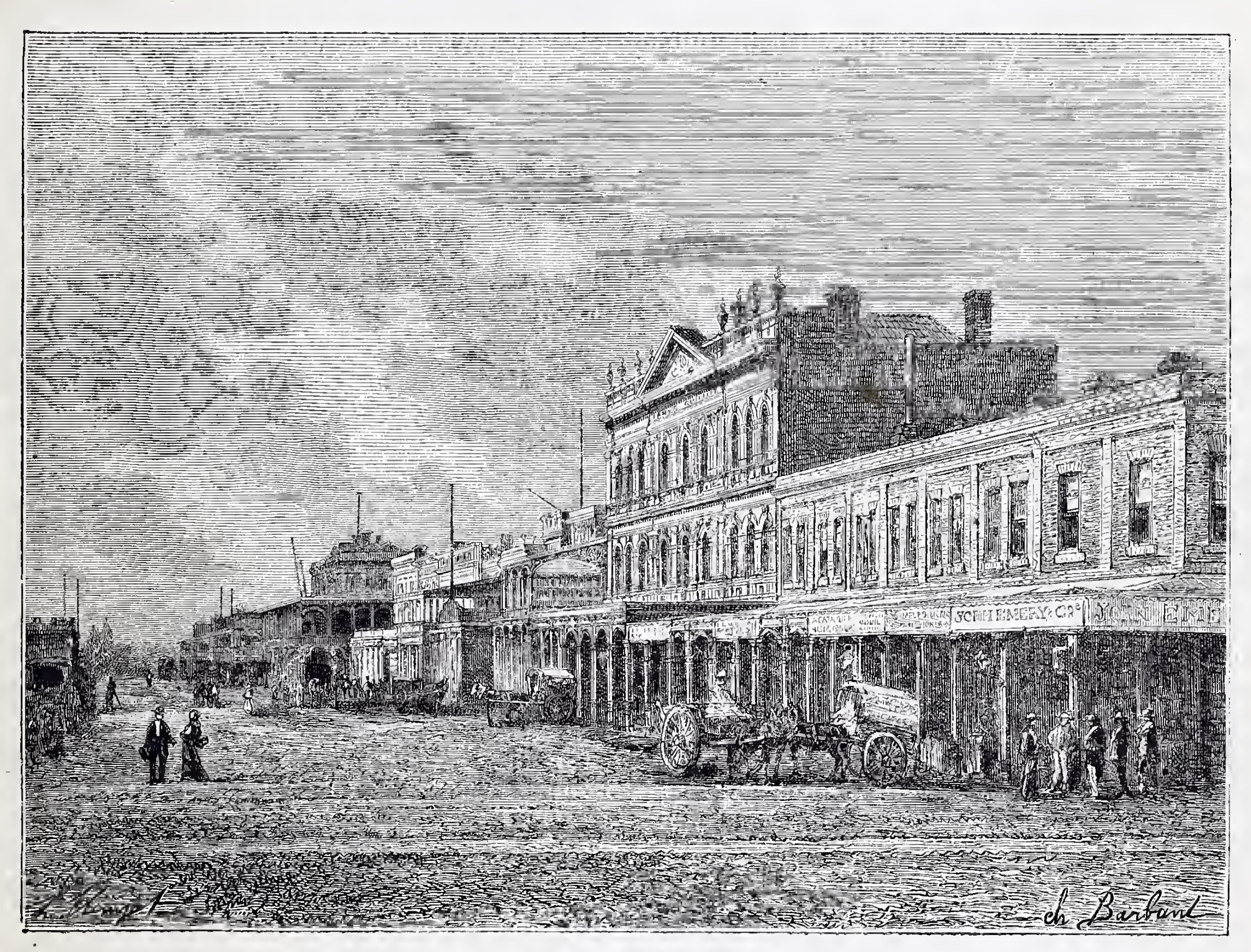
truosa, ha destrozado y abierto la tierra en todos sentidos.

Los árboles han desaparecido. ¿Qué son los productos permanentes, pero relativamente insignificantes de la agricultura y el laboreo de las tierras, al lado de esta perspectiva embriagadora de una fortuna adquirida en momentos y á poco esfuerzo?

De todas partes se presentan á la vista extensiones abandonadas, ruedas de máquinas monstruosas, instrumentos de minería, pozos profundos y excavaciones caprichosas.

Llegamos á Sandhurst; la ciudad es bella, áun cuando ménos monumental que Ballarat. Está llena de movimiento, y Pall Mall, la calle principal, puede compararse por su circulacion y su vida á las calles de Melbourne.

Aquí, como en todas las demas partes, se encuentra entre las gentes una cordialidad, una franqueza y una obediencia infatigables.



La calle Pall Mall en Sandhurst.

Yo tenía por guía á un propietario de minas, que vino á buscarme en su carruaje para visitar la Biblioteca, el Hotel de Ville, las escuelas, la logia masónica y el teatro.

Las calles son largas y espaciosas, y la mayor parte están plantadas de árboles europeos que crecen admirablemente. Y á no ser por los molinos y las fábricas, que llegan hasta el Jardin público, situado en el centro de la ciudad, Sandhurst presentaría á los ojos del viajero el más encantador aspecto.

Empezamos la visita de las minas, que en un radio de muchas leguas rodean la poblacion. Y aquí pude seguir la marcha de la industria aurífera, desde el simple lavado del polvo hasta la fábrica donde se mueven y agitan acompasadamente las máquinas más complicadas.

Emprendemos curiosamente la exploracion de la mina de oro, descendiendo en uno de los toneles que sirven para subir el mineral á la boca de la mina. Este descenso de cerca de 400 metros, no tiene, á la verdad, nada de atractivo, y durante el camino reflexiona uno, á pesar suyo, en la triste figura que haría el viajero en el fondo

cia de mi anfitrion por enseñarme el resto de la casa.

Es preciso ver y ver siempre, porque en su último viaje á Europa ha traído infinidad de cosas, ¡y qué cosas! Hé aquí la bodega con sus aparadores de hierro atestados de botellas de todas formas, de cervezas inglesas de todas las marcas y de vinos de todas las cosechas, y hé aquí las cocinas con sus hornillos de nuevo modelo.

Debo asimismo admirar su cuarto de dormir, su cama de acero dorado y sus cuadros íntimos; su gabinete de *toilette* y sus mil adornos. ¿Pero aún hay más? Sí; mi hombre me conduce más léjos; ¿dónde? Yo me resisto; pero aún me empuja y me lleva, me lleva siempre en pos de sí. ¡Ah satisfaccion de ti mismo, hasta dónde irás á parar?

Creo inútil la resistencia y me abandono al cabo. Es preciso pasar al salon, donde millares de juguetes, del más vulgar al más costoso, se elevan sobre la chimenea, las consolas y los veladores. Fotografías de mal gusto, esculturas de ningun mérito, cuadros de maestros, mármoles ridículos, todo se codea sin conocerse. Añadid dos pianos, uno de ellos mecánico, y tres guitarras, y formaréis una ligera idea de este pandemonium.

Continuamos atravesando habitaciones: el cuarto de fumar, el *boudoir*, el salon de billar. Es preciso tambien subir á la azotea y despues descender al jardin; al fin respiro.

Es bello realmente este jardin, todo lleno de árboles, de arroyuelos, de pajareras, de estanques y estufas, como el salon lo está de cosas heterogéneas y disparatadas. Y áun se me aparece más bello de lo que es en realidad, porque lo encuentro de repente en medio de los áridos terrenos ocupados por la explotacion minera, y me hace el efecto de un oasis en medio del desierto.



Pequeñas explotaciones mineras.

Nuestro hombre ha gastado una enormidad de dinero en profusion y amontonamiento grotesco de estanques, kioskos, estatuas, columnas y juegos de agua.

Aquí, una fuentecilla italiana del género de la de Médicis, se eleva con su cascada ante un estanque en miniatura, lleno de peces rojos y cubierto por una flota de cisnes de blanca vestidura. Allá es una columna de género desconocido y caprichoso, coronada por un globo giratorio; más léjos otra columna se levanta, sosteniendo, á una altura de más de 30 piés, un *aquarium*, al cual se llega con auxilio de una escalerilla.

Despues vienen los kioskos y los juegos de agua, diseminados estos últimos al azar en las avenidas, sobre las terrazas y hasta en los árboles; de manera que con un resorte puede inundarse de repente al paseante sorprendido.

Cuando al fin hubimos terminado, no esta visita, sinó esta inspeccion, creí que habríamos de volver á comenzarla de nuevo: tal era el deseo del buen hombre en retenerme á su lado.

«Quedáos aquí; deteneos siquiera ocho días en mi casa», me decía insistentemente. Y como hiciera el ofrecimiento tan repetidas veces, creí

hacer una cosa muy de su agrado no aceptando la amable invitacion, sinó trocándola por un favor que yo tenía por insignificante y sencillísimo.

—Tenéis—le dije—admirando un grupo de pedazos de cuarzo,—hermosos ejemplares de este mineral. Pues bien; yo soy coleccionador de objetos de Historia natural, y hé aquí un mineral que me sería precioso y que yo encontraría difícilmente, y que vos podéis proporcionaros cuando bien os acomode. ¿Queréis dármelo como recuerdo de vuestra galante hospitalidad?

—¡Oh!—dijo, separándose de repente como asombrado de tal proposicion;—eso sí que es verdaderamente imposible.

Excusé pedirle explicaciones de la imposibilidad, me encogí de hombros, le estreché cordialmente la mano y abandoné por fin la rica casa, donde tan á las claras se veía la mano de un hombre enriquecido por el azar.

## XV

Los conejos en Australia.—Un nuevo heróstrato.—Expedicion á Coranderrk.—Viñedos de Saint-Hubert.

No léjos de Sandshurt y Ballarat, en diversos condados al Sur de Loddon, tiene lugar un hecho de los más curiosos que registran los anales de la colonia.

Se trata de conejos; y el buen hombre que para el futuro solaz de los cazadores soltó por vez primera una ó dos parejas de estos roedores en el suelo de la Australia, no se dió seguramente cuenta de que llevaba á su país los gérmenes de una plaga que podría rivalizar un día con las plagas de Egipto.

Veinte años hace apénas que llegaron estos animalejos al Sur de la colonia, y durante este tiempo se han propagado de una manera tan prodigiosa, que infestan hoy distritos enteros, devoran la hierba de los pastos, destrozan los campos, desentierran las simientes, hacen huir ante ellos los rebaños más numerosos y amenazan á la colonia con la perspectiva de una ruína total.

El gobierno de Victoria acaba de poner precio á sus cabezas, pero sin resultado hasta el presente.

El año último, un solo propietario, un rico *squatter*, gastó cuarenta mil libras, más de un millon, para destruir los que infestaban su *run*. Juzgad por esto del propietario, de la propiedad y de la intensidad de la plaga.

Este mismo año se empleó para destruirlos la estricnina, y murió tal número de ellos, que la multitud de cadáveres abandonados á la putrefaccion, originó una peste que hizo sucumbir á la mitad de la colonia y emigrar á la restante.

Hé aquí á los conejos pasados al estado de calamidad pública, y si no se encuentra medio de exterminarlos radicalmente, convertidos en absolutos dueños invasores de la colonia.

Creemos haberlo dicho ántes de ahora: la Naturaleza en Australia no tiene nada de atractivo, mal que pese á las descripciones fantásticas que hicieron multitud de viajeros y gentes prevenidas de antemano para encontrarlo todo fácil, bello y sonriente.

No es esto decir tampoco que el país en general esté desprovisto de belleza. Sería cosa verdaderamente extraña que en una tan vasta extension de terreno no pudieran encontrarse algunas regiones privilegiadas. Yo por mí sé decir que las he encontrado, y cuando esto ha sucedido he dado rienda suelta á mis pensamientos y he admirado las bellezas del terreno.

Pero lo concreto no es lo absoluto, y una porcion de tierra no es el continente australiano, en el cual, fuerza es confesarlo, la mano del hombre no ha sembrado los tesoros de hermosura con que bajo este sol esplendente puede crecer, y crecerá á no dudarlo, cuando se hayan pasado algunos años, la naturaleza de los continentes antiguos.

Hasta tanto que esto se consiga, Australia será pobre, árida y fea, y lo único que más principalmente podrá admirarse aquí, es el trabajo del hombre, es la actividad de la raza anglo-sajona y su inteligencia para hacer valer todas las facultades de esta tierra ingrata (1).

(1) No hace todavía tres años que Mr. Charnay recogía estas impresiones en el suelo mismo de Australia y á la vista de sus capitales defectos que, como serio é imparcial viajero, denuncia al lector. Pero de entónces acá, y en tan corto espacio de tiempo, la decoracion ha sufrido un cambio completo, y se han cumplido parte de las profecías que Mr. Charnay deja escapar en alguno de sus párrafos.

Hoy Australia se presenta á los ojos del viajero con el

Regresamos á Melbourne para dirigirnos á Coranderrk.

La cuestion de los negros en Australia era la que más me importaba y la que yo con más empeño é interes quería estudiar. Era, en una palabra, la parte y el objeto más serio de mi expedicion.

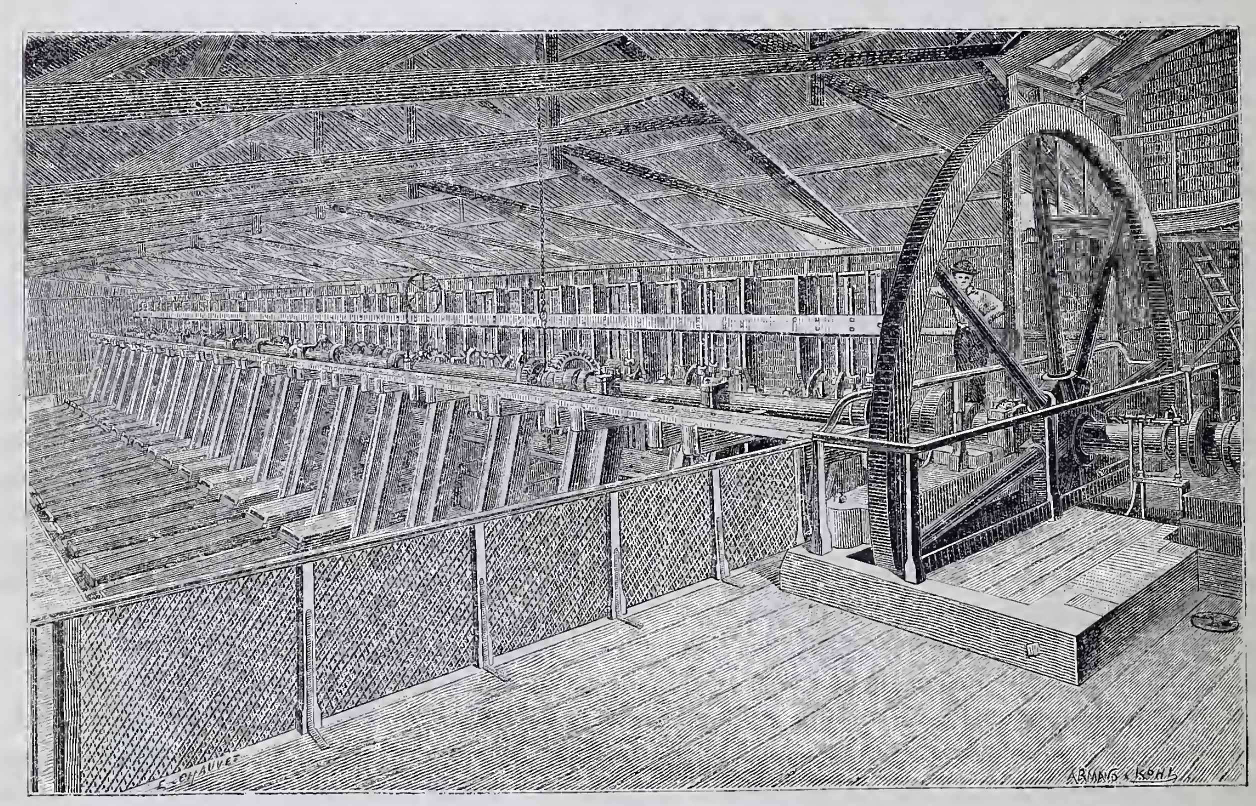
Costumbres, tipos, cráneos, medidas, fotografías, yo debería reunir todo cuanto guardara relacion con la raza indígena.

Pero los negros en la colonia de Victoria son sumamente raros; no existen sinó por excepcion en estado de naturaleza salvaje, y para salvar los restos de las tribus existentes, el Estado los ha reunido en comunidades llamadas *estaciones*, situadas en diversas partes de la colonia.

Estas estaciones son en número de seis: Ramayuck, Lake Tyers, Framlinghan, Lake Condah, Lake Hindmarsh y Coranderrk, que contienen entre todas poco más de quinientos individuos.

Yo había recibido cartas de recomendacion para el director de la estacion de Coranderrk, estacion la más cercana á Melbourne y alejada de esta ciudad á lo sumo como cosa de cincuenta kilómetros.

Igualmente había recibido invitacion de un plantador que deseaba mostrarme sus viñedos de Saint-Hubert, situados sobre el camino mismo de Coranderrk y distantes sólo de este punto dos ó tres leguas.



Una batería de mazos.

Con este doble atractivo, emprendí el camino.

Estamos á 15 de Noviembre, época la más favorable para las excursiones, por ser la de primavera en los antípodas. Hicimos el viaje en una de esas diligencias americanas de grandioso aspecto y suspendidas por medio de inmensas correas, cuya formidable construccion permite al vehículo recorrer sin contratiempo los más accidentados caminos.

Partimos de *Bourke Street*, situado al centro de la villa; atravesamos el magnífico barrio de *Fitz Roy*, y descendimos al Yarra-Yarra, á cuyos

---

aspecto más próspero que haya revestido colonia alguna, y asegura el porvenir de Inglaterra en los mares que azotan sus costas. A medida que la industria y el comercio se extienden, van apagándose los ardores que la fiebre del oro produjo, y el trabajo se normaliza y se reconocen sus ventajas positivas.

Apunto ésta ligera observacion para dar anticipada cuenta á mis lectores de las variaciones que, como todo pueblo jóven, Australia sufre en cortísimos espacios de tiempo, y más que todo porque no se asombre de la diferencia que existe entre las apreciaciones emitidas por Mr. Charnay y las que aparezcan en el apéndice de la obra.—N. del T.

bordes se levantan magníficas casas de campo y hermosas quintas con sus balcones cubiertos de flores y enredaderas. Atravesamos el Yarra por un elegante puente, y subiendo una rápida pendiente, llegamos al pueblo de Kew, situado en una altura desde la cual la mirada descubre la villa de Melbourne, la bahía de Sandrige, sus buques y el panorama todo de las cercanías. A nuestra izquierda dejamos el Manicomio, magnífico edificio construído en medio de un inmenso parque, y en seguida pasamos por delante un grupo de casas de campo, elegantísimas algunas de ellas, con sus doradas verjas de hierro, sus coquetas calles de árboles, y sus parterres cubiertos de flores.

Más léjos el camino está rodeado de accidentados terrenos, de verjeles en los que todos los árboles de Europa muestran sus nacientes frutos. Descúbrense algunas porciones de viña y terrenos de huerta; luégo, pobres praderas cuya escasa hierba pacen flacos rebaños, y á toda esta diversidad de paisaje sigue la floresta triste: el desierto.

A nuestra izquierda dejamos una mina de antimonio y nos acercamos á las montañas donde la campiña pierde su salvaje aspecto. Atravesamos, siempre subiendo, una serie de mamelones cubiertos de rebaños, y llegamos al hermoso pueblo llamado Lylydale, rodeado de colinas, con sus vertientes cubiertas de viña, las más importantes que he visto en Australia.

Los agricultores son suízos establecidos desde mucho tiempo en la comarca; la viña está muy bien cuidada, pero el vino es acre, ácido y de sabor terruño muy subido, parecido al peor cosechado en el Maconnais. En Lylydale cambiamos de coche; á la pesada diligencia sucede un ligero cochecito que nos lleva camino de Coranderrk. La floresta es ya más rica en vegetacion, hermosos árboles y crecida hierba alegran el paisaje, y descúbrense algunos helechos; de cuando en cuando una casita, un verjel, una escuela rodeada de tiernos niños, son las notas alegres de este empolvado camino. Un gran rótulo que descubro á la izquierda, me anuncia que he llegado á *Saint Hubert*.

El dueño de la casa me esperaba para acompañarme á la habitacion. Atravesamos mil paddocks (campos cerrados donde se ceban los animales), y llegamos á la entrada de un magnífico jardin, en medio del cual levántase erguida la hermosa casa de M. de Castellá.

Estamos en uno de los puntos más rientes de la Australia. Es un mamelon situado no léjos del Grand Dividing Range, cadena que separa la vertiente del Murray de la del Océano. Extiéndese la vista por los tres lados sobre un cuadro cuyo marco forman las montañas, tan distantes por el lado Norte que llevan el horizonte á 80 kilómetros. El bello sol australiano derrama sobre ella sus tintes varios y colores caprichosos, y admirar podemos el verde de las próximas colinas junto al tierno rosal de los montes intermedios para llegar al azul pálido de las últimas líneas que se pierden en un cielo sin nubes. A cada instante los colores cambian para debilitarse ó acentuarse, y parécenos que mil paisajes diferentes se suceden ante nuestra vista que extasiada los contempla.

Al pié del mamelon, el Yarra-Yarra describe caprichosas curvas en un llano cubierto de ganados; á la izquierda se halla la vivienda de Yerring, con sus viñas y una larga y hermosa avenida de olmos y álamos; á la derecha, sobre un montecito, la casa de otro plantador, M. de Pury, y el todo rodeado por los viñedos de Saint-Hubert.

Siempre por el dueño acompañados, visitamos su magnífica propiedad. Es la época de la inflorescencia; cien hectáreas de viña exponen sus verdes y apretadas hojas, embalsamando el aire con el perfume reseda de la viña en flor.

Dudo pueda encontrarse en Francia un cultivo tan esmerado; ni una hierbecita en el campo, cada cepa con su rodrigon, y las ramas levantadas y entrelazadas, dejan ver magníficos é innumerables racimos. Si el tiempo es favorable y el granizo respeta la cosecha, la vendimia será extraordinaria; basta decir que conté sesenta y dos uvas en una sola cepa.

Cosa rara; en esta misma viña se cultivan gran variedad de planteles y todos se presentan inmejorables. La diversidad de cepas es grande, encontrándose en las diferentes bandas que constituyen la viña, la cepa de Burdeos, la de Fontainebleau, que da un vino blanco delicioso, el ermitaje, el riesling, cuyo cepaje procede del Rhin.

Yo creí que la plantacion de tan diversas especies no era más que un ensayo para juzgar cuales convendrían más al clima y suelo de Saint-Hubert; pero nada de esto; el propietario me aseguró que su intencion era fabricar vinos de Burdeos, de la Borgoña, del ermitaje y del Rhin; lo que más sorprenderá á nuestros cosecheros es que cada uno de estos vinos ha conservado el gusto y sello de su orígen. En la bodega pude catarlos y convencerme de que eran Burdeos, Borgoña y Rhin lo que gustaba.

Mi sorpresa fué y es grande, pues descubro un hecho contrario á la ley de los medios y que imposible es se perpetúe. Toda vegetacion lo mismo

que las razas, se modifica segun las influencias que sufre: suelo, clima, costumbres y alimentacion; siendo la trasformacion tanto más rápida, cuanto ménos perfecta es la organizacion del individuo y pertenece á un órden inferior. Producirse estas diversas especies de vino en un mismo lugar, podría hacernos creer que la influencia del suelo y del clima son indiferentes ó nulos. Mas, no es así, esto es contrario á las leyes conocidas, y es evidente que en tiempo no lejano, estas viñas por tan diversas especies formadas, se reducirán á dos tipos únicos de productos constantes, y que, rojos ó blancos, serán no vinos de Europa, sinó de Saint Hubert de Australia.

Como quiera que sea, estos vinos son deliciosos, mas no se vaya á creer que sin trabajo ha tocado el agricultor tales resultados. En un principio, el suelo vírgen, atestado de eucalyptus y frío como toda tierra largo tiempo cubierta de bosques, un cultivo imperfecto, la falta de conocimiento del terreno, todo contribuyó á la produccion de vinos ásperos, espesos y de gusto terroso. Hoy, la experiencia de diez años, un suelo más abonado y una asiduidad sin igual en la fabricacion, dan estos productos, y competirán con los mejores de Europa el día que aparezcan en los mercados.

En las Exposiciones de Viena y París han obtenido medallas de plata. Sólo falta que los australianos den el ejemplo consumiendo sus vinos; es



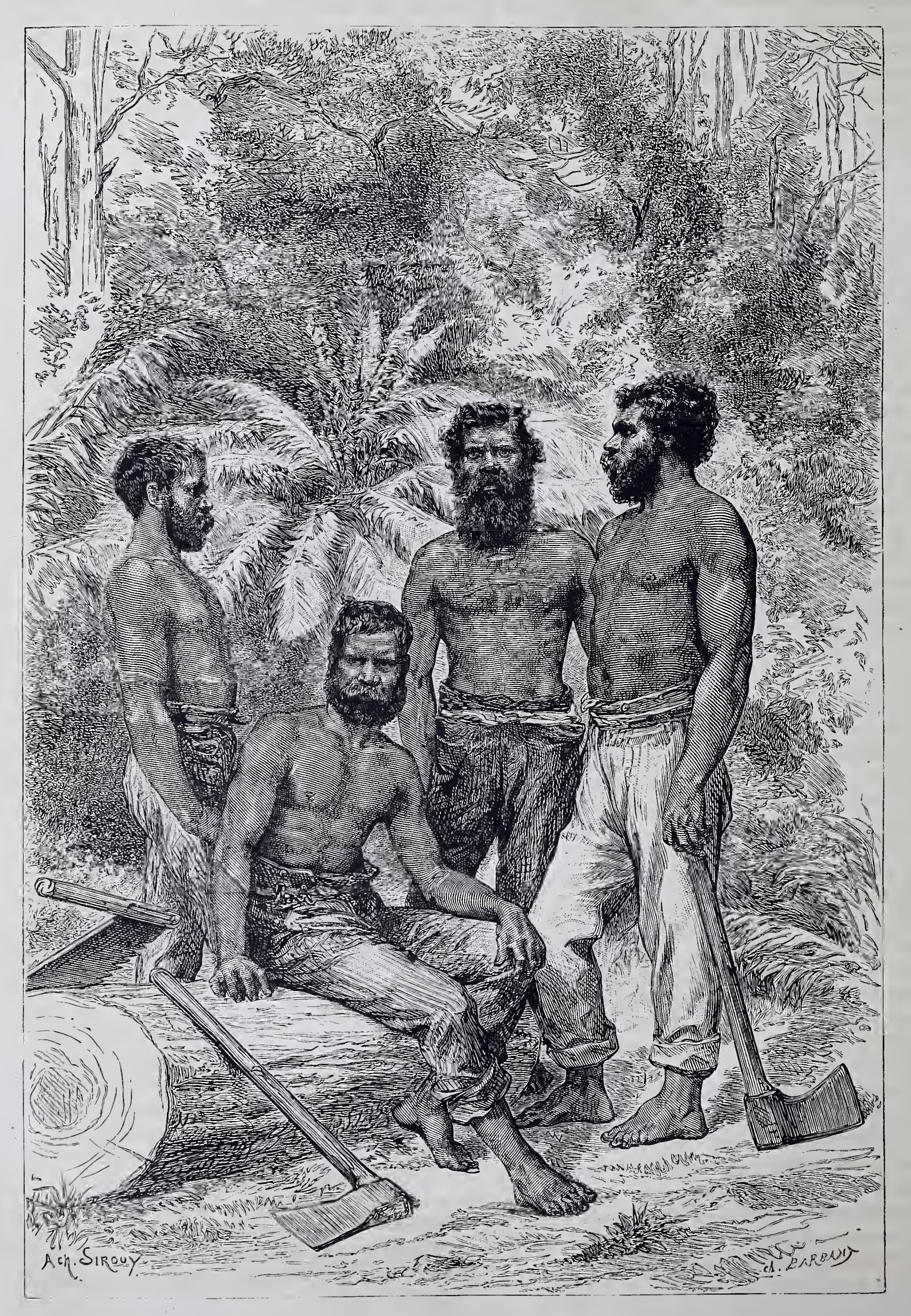
Casa-vivienda de Saint Hubert.

preciso que renuncien al te, del cual abusan, así como de los alcohólicos, que les pervierten el gusto, dando valor á sus excelentes vinos. Porque el australiano está orgulloso de este nuevo producto de su suelo, lo elogia, lo ensalza, pero no lo consume; apoyándose mi aserto en que el propietario de Saint-Hubert, con una produccion de 4.000 hectólitros, puede á duras penas vender la mitad; vese obligado á quemar el resto y reducirlo á alcohol.

Los ricos, por ostentacion más que por gusto, relegan al olvido el vino de Australia; tendrían á mengua beber el que tan barato cuesta y es el verdadero Burdeos, Borgoña ó Champagne el que á sus invitados sirven.

En Saint-Hubert no solamente se goza de un paisaje encantador; la hospitalidad más franca, en una hermosa casa recibida, y la algazara de cinco encantadores niños, alegres y bullciosos, aumentan el atractivo. Entre la caza y la pesca podéis elegir. El Yarra está lleno de anguilas y peces de luciente escama y excelente gusto; los juguetones patos lo surcan durante el día; loros y periquitos pueblan sus árboles, y los *natives companions*, especie de grullas, al pié de los mismos se agitan. Pasé horas enteras con la caña en una mano y el fusil en la otra, retirando ya un pescado ya un pato. Los bosques abundan en liebres imprudentes, cuya lenta huída no permite se excuse el cazador ménos certero.

Los canguros son más raros, pues se alejan de los centros, y en nuestras salidas á caballo sólo




Indígenas de Corauderrk.

encontramos un *walaby*, canguro pequeño de tamaño mitad del ordinario, y que corría cual si fuese un gamo. Daba saltos de diez piés, quedando derecho sobre sus patas traseras, mecíase luégo enroscando su cola, y saltaba barrancos y barreras que, con aprehension por mi parte, pasábamos despues. Muy pronto se cansó y vimos era una hembra: la pobre para aligerarse soltó un pequeñuelo que escondido en su bolsa traía, y que fué recogido por uno de nosotros. El sacrificio fué inútil para la desgraciada madre, que bien pronto debía perecer. Tratamos de criar ó cuidar al pequeño walaby; pero en balde, era tan tierno que murió á los pocos días.

# XVI

Coranderrk.—La colonia de indígenas.—El director y su familia.—Instintos de los negros.—La escuela y la iglesia.

Coranderrk dista once ó doce kilómetros de Saint-Hubert y el camino es muy accidentado. *Gum tree* sobre *Gum tree* es siempre el eucalyptus, pero más bello y vigoroso. Los verjeles parecen parques ingleses, bordean el camino arbustos de flores; todo respira primavera, el paisaje es bello.

Atravesamos el Yarra por un magnífico puente, y siguiendo á la derecha, á traves de un bosque, llegamos á un pueblecillo de triste aspecto, compuesto de treinta cabañas y un almacen de cebada de elevado techo: lo es Coranderrk.

La habitacion del director, el reverendo Padre Strickland, está situada al extremo del pueblo y al borde de un torrente; me recibe con los brazos abiertos, siendo estos verdaderos brazos, pues es un hombre de seis piés y de benigno aspecto. Presentóme á su esposa, casi tan alta como él, y á sus hijas que no lo eran ménos, una de las cuales es sin duda la mujer más hermosa que en mi vida he visto. Son una verdadera familia de gigantes.

La casa del director es de pobre aspecto y mala construccion; situada en un punto húmedo en verano y frío en invierno, es malsana; grande abnegacion se necesita para habitarla y aislarse del mundo, para trabajar en la regeneracion de una raza ingrata que jamas apreciará tantos desvelos.

Mi llegada debió ponerles á todos en movimiento por la escasez de habitaciones; así es que sonriendo vi se daban prisa para arreglar y cederme el cuarto de las dos hijas, que por mi causa se veían obligadas á dormir en la misma cama.

Coranderrk es la más importante de las colonias mencionadas: la componen ciento treinta y cuatro individuos, hombres, mujeres y niños. No hay más que un viejo, cosa rara en esta raza que se va; mueren jóvenes y muy pronto no dejarán más vestigio que el del cruzamiento.

De estos ciento treinta y cuatro individuos, treinta apénas son de pura raza, y dentro de poco los mestizos serán sus únicos descendientes.

Aquí, lo mismo que en las otras colonias, el negro está sometido á la ley que se aplica en todos los reinos, y contra la cual, en las condiciones presentes, jamas prevalecerá la filantropía. Desconoce esta ley las circunstancias atenuantes, y desde el momento que viven en la vecindad del blanco, libres en el bosque ó agrupados en pueblo bajo su proteccion, la muerte bajo todas sus formas, lenta ó rápida por la borrachera, la tísis, ó la corrupcion, se ceba en esos desgraciados salvajes.

En el estado libre, la vida les es imposible cuando los verjeles no les brindan abundante caza; su único sosten es la caridad del labrador que á su paso encuentran, siendo probable estén destinados á desaparecer, á pesar de la proteccion que se les dispensa.

Sin utilidad práctica, sin porvenir, los albergues y auxilios que se les prestan son una especie de reparacion tardía dada á los naturales, cuyos ascendientes fueron despojados por la nueva raza.

El australiano encuentra en estas estaciones lo necesario á la vida: casa, vestidos, mantas, raciones compuestas de arroz, harinas, te, azúcar, miel y tabaco. Todo se le da, ménos la carne, que es el precio del trabajo; de otro modo sería imposible obligarle á él. ¿Y qué trabajo se le exige? Seis horas cuando más por día, empleadas al cultivo del lúpulo y á la guarda de animales, trabajo á menudo interrumpido por largos descansos y conversaciones interminables. Este trabajo, cuando á él quiere sujetarse, se lo pagan á un franco veinticinco céntimos por día. No costándole la carne más de veinte céntimos la libra, puede juzgarse cuán fácil le sería proporcionarla á su fami-

lia. Mas él no acepta; prefiere pescar ú holgazanear en los bosques con su fusil á la bandolera.

Jamas se sujetará á un trabajo regular, un yugo, por ligero que sea, se le hace insoportable, y los instintos que hoy tratan de adormecer se desplegarán siempre por desgracia.

Ademas del campo de lúpulo, donde se adiestra el negro al trabajo, el pueblo de Coranderrk posee una escuela y una iglesia para instruirlo y moralizarlo. El maestro de escuela me asegura que, dados los antecedentes de la raza, se tocan resultados muy notables. Los niños escriben, calculan, cantan y lo hacen todo con facilidad. Visité la escuela y pude ver páginas muy bien escritas; les pusieron algunas adiciones y multiplicaciones que resolvieron no sin trabajo.

Pero pregunto á un alumno cuál es su edad, y no sabe responderme. A una jovencita de figura inteligente, que sabe leer, escribir y contar, le enseño mi reloj para que me diga qué hora es, y no me lo puede decir. Aún más: interrogo á un moceton, antiguo pensionista de la colonia y dedicado hace ya mucho tiempo al cultivo del lúpulo:

—Tomy, ¿en qué época es la cosecha?

—La planta apénas ha salido de la tierra, debe estar lejana todavía.

Reflexiona, se rasca la cabeza...

—¡Oh!—dice,—faltan muchas días.

Vacila todavía y responde:

—Dentro de muchos días, de aquí á un mes.

Y la cosecha se hacía á los cuatro meses.

Hé aquí un hombre al que es imposible inculcarle la nocion del tiempo.

La religion ejerce todavía ménos influencia que la escuela. Frecuentan la iglesia con regularidad; pero, fuera del canto acompañado del órgano, que les entusiasma, el sermon del Pastor les deja más que fríos y les apercibo durante esta parte del oficio riendo, durmiendo ó haciendo verdaderos visajes de mono.

Ahora bien, ¿cuál es el fin de esta educacion caprichosa? Imposible ha sido despertarles el amor al trabajo, que todos los salvajes detestan; tan sólo el hambre les hace tomar el azadon ó empuñar el hacha.

La moral es para ellos una palabra vacía de sentido; todos están casados legítimamente; pero desconocen los deberes y obligaciones de este contrato, y el director me muestra familias de seis niños, hijos de otros tantos padres; verdad es que tales cosas podemos encontrarlas en otras partes.

En cuanto á ciertas conveniencias sociales que quiere inculcarles, no tiene de ellas el negro la más ligera idea; lo mismo que de la diferencia de clases ó del valor relativo de los individuos. La idea de igualdad es fija en él, casi absoluta, y tal vez no está distante de considerarnos, á nosotros los blancos, como sus inferiores.

El Yarra Yarra en Saint-Hubert.

Uno de ellos, al cual M. Strickland reprochaba la pereza y le suplicaba fuera al campo á cultivar el lúpulo, le respondió:

—¿Y tú, por qué no trabajas?

—Yo trabajo,—le decía el director;—¿no ves que asiduamente me ocupo de vosotros durante el día, que vigilo á que nada os falte, que velo á la educacion y desarrollo de vuestras facultades intelectuales?

—¡Magnífico trabajo!—respondió el negro;—te

aseguro que yo hiciera otro tanto; dame tu puesto y toma el mío.

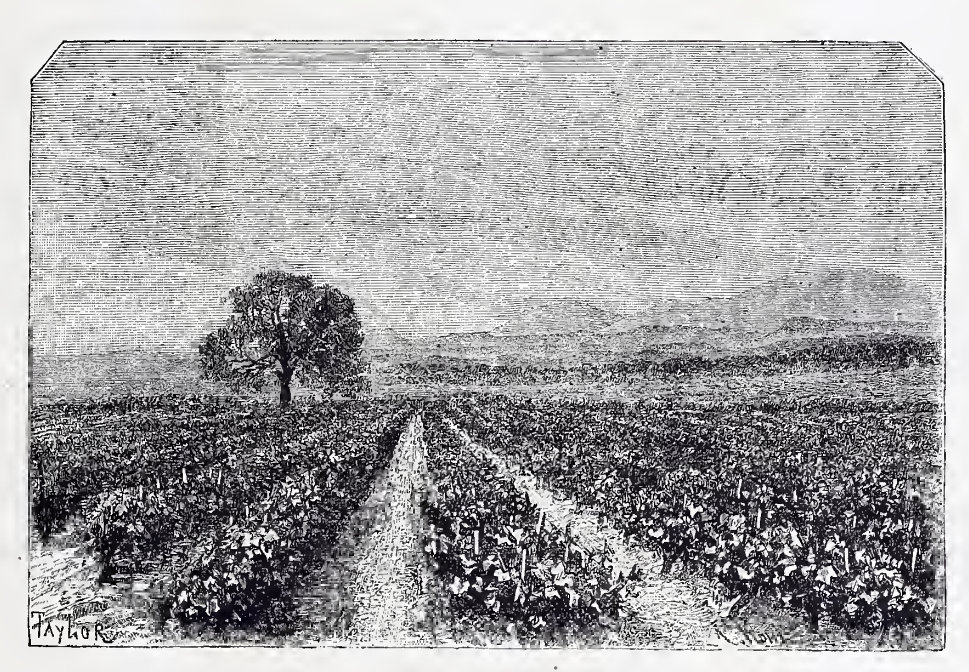
Otro respondió lo mismo ó poco ménos al subintendente que recorría el pueblo.

—Tu quieres que yo trabaje,—le decía;—pero tú eres alto y gordo, te pagan bien y nada haces; yo no trabajaré. Voy á cazar. Y se fué.

Los australianos cuando niños son ángeles, y, como el tierno gorila domesticado, los instintos salvajes no se manifiestan hasta llegar á la pubertad; el niño se trasforma en diablo, miente, roba, comete toda especie de maldades sin tener conciencia de ello.

El negro australiano acepta gustoso la ley del Estado y las ceremonias de la Iglesia, á condicion de que esta sumision le valga algo. Los australianos del Oeste, dirigidos por un Obispo español, todos los meses traían sus hijos á bautizar; pero era debido á que en recompensa se les daba una racion de arroz. ¡Juzgad de su fe! Pero ¿qué hay en todo esto de extraño? ¡Salen apénas del bosque, que sin leyes ni trabas de ninguna clase ayer recorrían todavía; qué de groseras supersticiones, qué de tradiciones del matrimonio referentes á las tribus directoras de su estado social; y cómo imponerles un yugo que, á pesar los miles de años que cuenta de existencia, encontramos nosotros muy pesado!

¡Qué cambio lleváis á estas cabezas! ¡Qué desórden á su organizacion! ¡Qué trastorno á sus costumbres, que muestran el sello de los instintos hereditarios! ¡Qué contraste! ¡Querer reformar cerebros vacíos, séres incoherentes é incompletos!



Los viñedos de Saint-Hubert.

La directora me enseña una carta escrita por una jovencita *highly educated*, un prodigio, una de las mejores alumnas. Escribe á una amiga refiriéndose á la Natividad, y la carta, bien escrita, respira sentimiento y poesía. Habla del dulce Jesús, y sin transicion ninguna habla de la gata y sus pequeñitos. De nuevo habla de Cristo, para luégo decir que papá fué al Norte á esquilar corderos, que su ausencia será de dos meses y mamá se ha casado de nuevo.

Bien se ve que en esta cabeza no hay enlace, que todo se mezcla: la escuela, la iglesia y el bosque.

Ademas de las raciones, la colonia da á los negros ropas para vestirse. Las mujeres las cosen ó pagan las hechuras. Hélos, pues, vestidos á la europea; usan medias y camisas, pero no las cambian hasta que se caen á pedazos.

Estos desgraciados infestan; algo de ello pude percibir cuando de la cabeza á los piés tuve de manipularlos para medirles.

Ciertas prendas de vestir les son poco ménos que inútiles: los zapatos y las medias por ejemplo. Para los hombres sería más sano andar descalzos; hasta la camisa y el paletó les son perjudiciales, pues acordándose de que ántes desa-

fiaban sin vestido la lluvia que su piel siempre grasienta rechazaba, quieren hoy hacer otro tanto y filtrándose el agua á traves de los vestidos permanecen empapados durante el día, dando esto lugar á que los reumatismos y bronquítis sean frecuentes degenerando éstas en tísis. Yo no oía más que toser en Coranderrk, y la tísis es la enfermedad que mayor número de víctimas causa.

Ademas viven sucios, lo cual es deplorable; toda nocion de higiene les es desconocida; se lavan poco, sus cabañas son asquerosas, dejan baldío el jardin que se les da y en él depositan sin órden las basuras de toda clase que han infestado su habitacion.

En cuanto á las mujeres, simples hembras todavía (Gins ó Lubras, es su nombre australiano), ¡qué transformacion! Ayer corrían desnudas, hoy quieren sombreros con plumas, usan trenzas postizas, trajes de cola, y me han dicho que algunas tienen cuenta que saldar con la modista de la casa Worth del vecino verjel. Todo esto, ¿no es triste y divertido á la vez?

Los aborígenes cuyos tipos describimos son salvajes, pero salvajes que ensayan de trasformar. Los sanos son altos y gordos, se dan vida de fraile, muchos de ellos son ventrudos, y es notable la diferencia entre éstos y los naturales que veremos en el Norte viviendo todavía en el bosque.



La campiña de Saint-Hubert.

# XVII

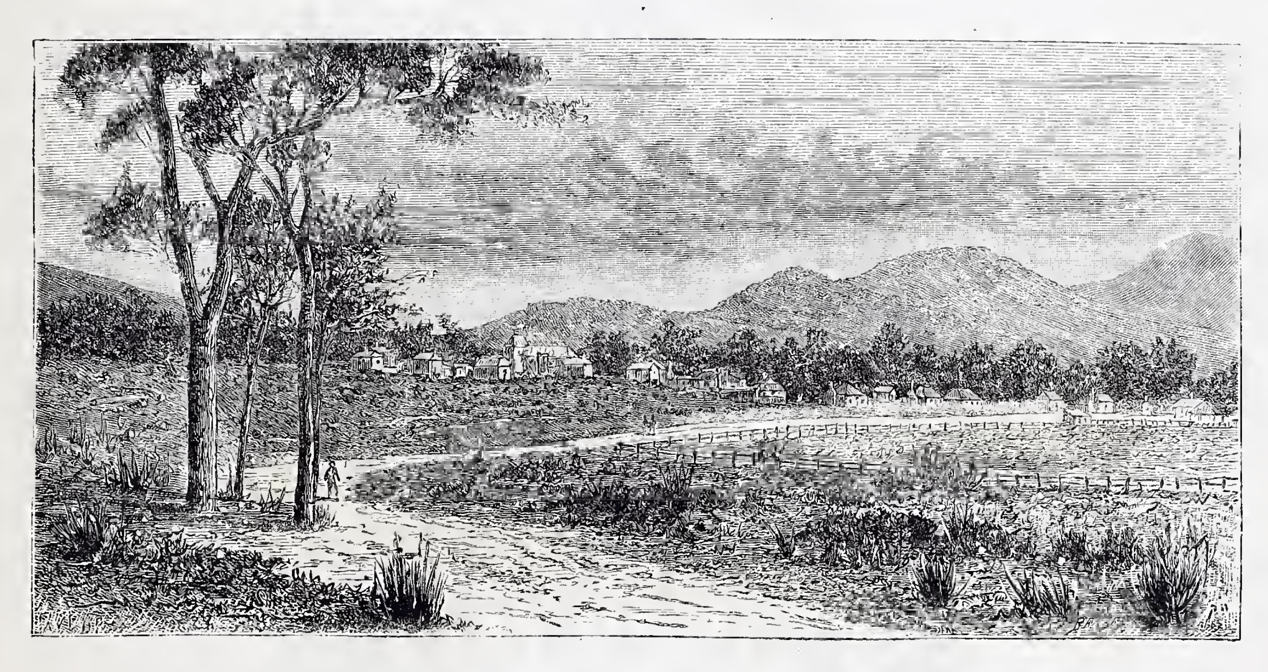
Los negros de Coranderrk.—Tipos.—Las armas australianas.—El *boumerang*.

Hay un hecho notable á señalar á los especialistas, hecho absolutamente nuevo, referente á los negros de Australia. Estos negros de color chocolate oscuro, aparecen blancos en la fotografía. Y tanto es así, que por el cuerpo, si no se supiera lo que son, se les tomaría al mirar las pruebas por blancos, ó cuando más por mulatos claros. Es un fenómeno digno de estudio. Es evidente que el azul debe entrar en la coloracion de su piel para impresionar así la placa fotográfica, lo cual haría de ellos una raza aparte, como se ha supuesto. Igualmente debe notarse que el fenómeno es más sensible en los naturales del Sud, que en los del Norte, donde las mezclas con otras razas habrán sido, puede ser, más frecuentes.

Por el tipo, tienen los cabellos largos y rizados,

signo evidente de la mezcla de razas; la frente estrecha, baja y hundida; la bóveda craneana muy espesa y la cresta superciliar formidable, muy parecida á la cresta huesosa del gorila. Tienen los ojos hundidos en la órbita, la esclerótica rojiza, la nariz achatada, la boca anchísima, los dientes fuertes y sanos. Generalmente les faltan dos en la parte anterior del arco dentario, que siguiendo una antigua tradicion cuyo orígen no pueden explicar, les arrancan de los quince á los diez y ocho años. Son prognatas, y su ángulo facial (craniómetro Harmand) varía de 71° á 75°; en la mayor parte las piernas y los brazos son flacos; éstos sin biceps, las piernas sin gemelos. Se encuentran algunos que están bien desarrollados, y en nuestros grabados presentamos uno que es de tipo hercúleo; tiene cerca de seis piés y sus proporciones son admirables; pero tales sujetos escasean. En la Australia existen ademas infinidad de razas de las que hablaremos á propósito de la colonia de Queensland.

Los antiguos habitantes de Victoria eran la tribu que más variedad y riqueza de armas poseía. Porras ó mazos de todas formas y dimensiones, espades de madera con las que á sus mujeres castigaban, palos cuya punta endurecían, para buscar raíces, lanzas de punta lisa ó escotada de un lado; instrumentos para la pesca; una palanca destinada á lanzar la pica con fuerza, broqueles, luégo las diferentes especies de *boumerang*:



La villa de Coranderrk.

el *boumerang* de guerra, que una vez disparado no retrocede (barngeet), y el *boumerang* de caza ó diversion, que retrocede.

La mayor parte de estas armas están agrupadas en uno de nuestros grabados.

Hoy es muy raro encontrarlas; no obstante, los negros de Coranderrk las fabrican y venden á los aficionados á coleccionarlas. Nada diré de la diversidad de armas cuya figura descubre su uso, pero sí me ocuparé del *boumerang*.

El *boumerang* se parece á la hoja del eucalyptus, cuya forma tiene, y pueden seguirse sus modificaciones, desde la más plana, que más á la hoja se parece, hasta la más encurvada.

¿Hay alguna relacion entre los dos objetos? ¿El viento llevando la hoja y dándole una impulsion de vaiven no ha inducido al salvaje á construir un instrumento que reprodujera el mismo efecto? Podemos presumirlo y el movimiento giratorio de la hoja me ha sugerido esta idea.

El hombre, por lo general, no inventa: imita, copia ó modifica. Puede asegurarse que los habitantes de la Nueva Caledonia imitan á las hormigas en la construccion de sus viviendas, y que los árabes han tomado en la sandía abierta el modelo de sus bóvedas salientes.

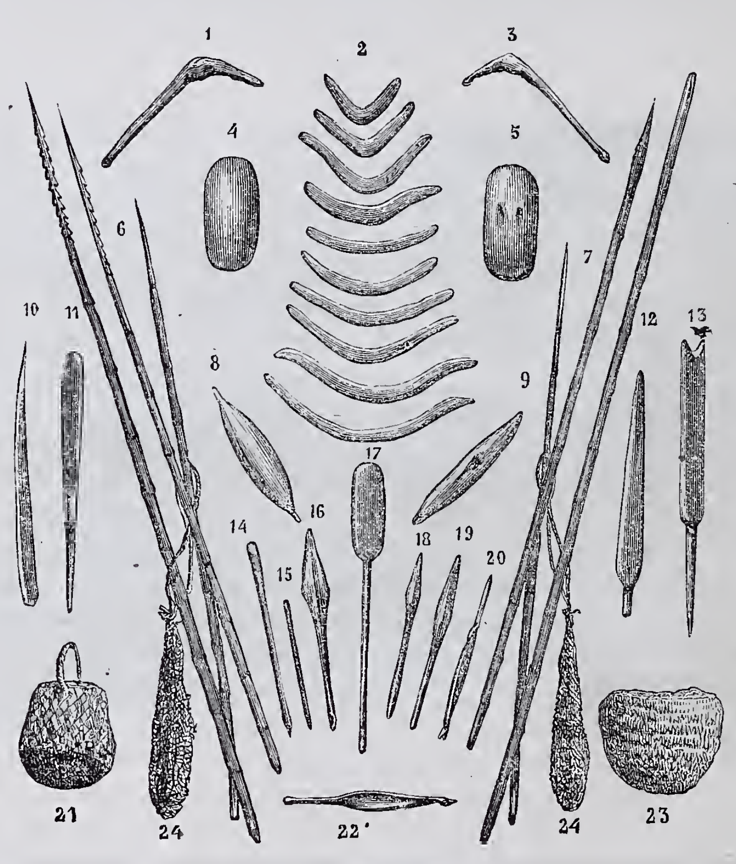
El *boumerang* es un instrumento de los más curiosos, pero nada tiene de extraordinario; examinándolo atentamente, parece muy sencillo.

Es un hélice á dos ramas; las extremidades no se encuentran en el mismo plano, y se comprende en seguida que este hélice de madera muy li-

gera, puede sostenerse en el aire si se le imprime un violento movimiento de rotacion. Lo demostró el juguete que tan en boga estuvo hace algunos años, cuando se trataba de la direccion de los globos y de lo «más pesado que el aire». Era un pequeño tronco de madera, provisto de dos ó tres hojitas de carton dispuestas en forma de ramas de hélice, y se le imprimía por medio de un cordon un movimiento de rotacion como si fuera un trompo ó peon; el hélice giraba en el aire y subía con rapidez. Ahora bien, es absolutamente lo mismo bajo otra forma mucho más práctica. La mano del salvaje reemplaza á la cuerda para dar el movimiento.

El *boumerang* reune los dos movimientos de proyeccion y de rotacion. Bien lanzado, va muy léjos del individuo que lo disparó, retrocede girando á su al rededor y casi siempre cae á sus piés.

Los negros de Coranderrk, eran muy diestros en tirar su arma, apuntaban y acertaban un objeto determinado, colocado delante, al lado ó detras del tirador. He visto á uno de ellos lanzar su *boumerang* á más de cien metros de distancia y



Armas y utensilios.

cuando el instrumento perdió la fuerza de proyeccion se levantó dando vueltas vertiginosas, tomó una posicion horizontal, retrocedió describiendo una elipse muy ensanchada, recorrió cincuenta metros en sentido opuesto, de nuevo retrocedió, siempre girando y con mucho ruído; describió círculos concéntricos al rededor del que lo había lanzado y concluyó por caerle en la mano. El instrumento había recorrido más de trescientos metros para volver exactamente al punto de partida. ¿Esto no era maravilloso?

Pero lo sorprendente cesa cuando se conoce la razon de ser: es la historia de todos los fenómenos que no han sido estudiados. Aquí es cuestion de destreza.

Por de pronto el *boumerang* no retrocede bien si no es con el viento, cuya direccion estudia el australiano; porque si no dispara su arma en pleno viento, ella no retrocederá y caerá á derecha ó á izquierda, segun que el *boumerang* tenga una ligera inflexion á derecha ó á izquierda. Si el viento es muy fuerte, el instrumento volará hasta muy atras del punto de partida para no volver; en fin, si no hay viento, el *boumerang*, una vez haya perdido su fuerza de impulsion, se elevará girando sobre sí mismo y describiendo círculos

casi concéntricos, descendiendo á medida que pierdala fuerza de rotacion.

Existen, pues, dos fuerzas: la de proyeccion y la de rotacion, que no se desarrolla hasta tanto que la primera está gastada.

Algunos han pretendido que sólo el australiano podía lanzar el *boumerang*; esto no es exacto, porque con un poco de ejercicio y un buen instrumento, todos podemos manejarlo y explicarnos la teoría y la práctica.

# XVIII

El australiano antiguo.—Falta de instintos artísticos del australiano.—Consideraciones generales.—Su lengua.—Razones de su inferioridad.

El australiano, en sus armas, no ha demostrado poseer la menor nocion de arte; en sus instrumentos de piedra no ha pasado del primer período; hace una maza de una piedra redonda ó de un guijarro; si algunas de sus hachas están pulidas en su extremidad, es únicamente para hacerlas cortantes.

Tal vez ha conocido, como algunos suponen, la piedra pulimentada; pero es una tradicion perdida, de la que sólo conserva un débil recuerdo. Su lanza no es más que un pedazo de madera afilado, una simple rama sin trabajar, sin adorno de ninguna clase.

Si necesita una canoa, arranca la corteza de un árbol.

¡Qué distancia entre este desgraciado y los habitantes de las islas del Pacífico, que son artistas hasta en sus mínimos utensilios, que adornan de conchas y perlas sus canoas! ¡Y qué diferencia entre las escoriaciones con que desgarra su piel, y el *tatonage* ó manchas de los maoris, que rivalizar pueden con los dibujos del cachemir!

¿Pero cuál es el orígen del australiano? ¿A qué rama de la especie pertenece? ¿Habita desde los tiempos más remotos este continente, á cuyas revoluciones habrá asistido? ¿Lo invadió, ó á él le desterraron? ¿Quién podrá jamas decirlo?

La Naturaleza no da saltos; obra por movimientos insensibles, y no crea sinó es por los infinitamente pequeños. Los levantamientos volcánicos no son más que accidentes en su existencia.

¡Cuántas veces los continentes han sufrido la inmersion! Las diferentes capas de la tierra nos lo dicen sin cesar. Hablar de la creacion de la especie humana en un punto determinado, es hacer remontar la aparicion del hombre á una época muy reciente.

El hombre de tal ó cual país ha debido venir de otro, y la extincion de una raza casi siempre ha sido la consecuencia de su contacto con una raza superior.

La residencia de las razas es natural que ha variado con las revoluciones del globo, y como esas revoluciones abarcan un espacio inmenso de tiempo; como se necesitaban millones de años para la inmersion de un continente, durante los cuales otro nacía, el hombre se veía en la precision de seguir los movimientos de la tierra que habitaba, y dejar el suelo que á sus piés se hundía, para refugiarse en la tierra que más léjos se formaba. De aquí las invasiones, guerras, conquistas, mezclas y desapariciones.

¿Se ha dado el caso de existir una raza completamente aislada? Podríamos sospecharlo de los australianos, y esto por espacio de tiempo limitado, pues el continente hundido durante siglos, de pronto se levanta, y la raza que lo habita de nuevo se encuentra en contacto con las vecinas.

La Adlántida, al desaparecer, debió dar habitantes á la Europa, y el vasto continente que llenaba el Océano Pacífico y del cual no vemos más que las elevadas crestas en las numerosas islas que le siembran, debió dar habitantes á las dos Américas.

¿Qué diremos del continente que llenar debió un día el Océano Indico, continente por algunos llamado Lemuria y del cual apercibimos los picos en el archipiélago Chagos?

Hé aquí el por qué encontramos puntos de semejanza entre razas que creemos extrañas. Las costumbres, las tradiciones, los instintos, se trasmiten durante períodos inconmensurables. La verdadera historia del hombre está en el fondo de los mares.

Por los fenómenos que presenciamos, ¿no podemos deducir los de las más remotas épocas?

Tambien es preciso observar, que en las invasiones y conquistas, si no existe entre los dos pueblos más que una ligera diferencia de raza, estos dos pueblos se funden. Si el conquistador es un grado más elevado que el conquistado, se funden tambien y dan lugar á una raza mestiza; pero si

hay entre ellos una diferencia de muchos grados en la escala social; si el invasor es un pueblo tipo de civilizacion y el invadido un pueblo bárbaro, no hay mezcla posible: el conquistador no desciende hasta el conquistado, y éste no confía de un salto igualar á su amo. Existirán, pues, raros mestizos, no una raza, y la extincion de la inferior será la consecuencia natural; ejemplo de ello, los pieles rojas y los australianos.

La Naturaleza es una sola, y esta ley es aplicable lo mismo al reino vegetal que al animal; es más radical en el primero, pero vegetales y animales obedecen á esta ley como á las demas.

Toda raza ha sido superior en relacion á otra raza. ¿El australiano no habrá sucedido á una raza que él exterminó, la trasmaniana, por ejemplo, de la cual todavía se encuentran restos en el interior del continente? Por diversos motivos se ha considerado al australiano como raza fósil (modo extraño de clasificar).

Los lingüistas pretenden que el leguaje de los australianos, hoy día reducido á un limitado número de expresiones, tres mil quinientas cuando más, es tan sólo el producto degenerado de una de las más ricas lenguas; varía en inflexiones, de rara precision, y que ciertamente no está en el período de desarrollo.

Esta lengua tiene dos números; seis casos en la declinacion de sus nombres y pronombres, y dos clases de pronombres personales para ayudar á la enfonía y á la expresion.

Los verbos son perfectos y los nombres de relacion más numerosos que en ingles y que en otros idiomas.

En muchos casos se encuentra una elegancia y delicadeza de expresion, que no se encuentran en ninguna otra lengua.

Como los naturales parecen incapaces de haber creado este lenguaje, tenemos el derecho de creer que de un estado relativamente muy civilizado han pasado al de barbarie que sorprende al observador.

Algunas de sus costumbres parecen hijas de la más adelantada civilizacion; ellos las observan con el más profundo respeto, pero sin comprenderlas ni poder determinar el orígen.

Lo mismo sucede con ciertas tradiciones que han conservado, sin poder explicar de dónde proceden; con ciertas canciones que repiten, como lo haría un loro, sin saber lo que decir quieren, ignorando hasta el significado de las palabras. En el estado actual podemos admitir que la casualidad les dió el *boumerang*, pero el *wdomerah*, que es una palanca para tirar la lanza, un verdadero instrumento científico, ¿de dónde lo recibieron?

Los australianos tambien tenían una especie de escritura figurada; al efecto se servían de reglas de madera y por medio de rayas, sobre las mismas trazadas, dirigidas ó entrecruzadas de tal ó cual manera, podían trasmitir un mensaje ó conservar la memoria de ciertos hechos. Algunas de estas reglas-mensajes existen en Melbourne.

¿Pero cómo ha sido posible, que una raza civilizada ántes, haya pasado al estado de barbarie actual? Ha sido preciso que el australiano haya sido arrojado de otro país, y que, en su huida, haya caido en un medio que le ha hecho perder las facultades adquiridas, impidiéndole el cultivo y desarrollo de las mismas.

El australiano no tiene casa, ni áun la simple tienda; su habitacion es un abrigo abierto de un lado y que gira para oponerlo á la lluvia y al viento. No cultiva la tierra, ignora el uso del barro para vajillas; en cambio lo encontramos aplicado en los pueblos más salvajes. Sus canoas son una simple corteza; sus armas son las más groseras que existen; sus hachas de piedra apénas trabajadas, no han conocido el arco ni la flecha, y sus lanzas á menudo no son más que una rama de punta dura. No obstante, se sirve con destreza suma de lo poco que posee; es atento, aprende idiomas con facilidad, escribe, cuenta, lee, y en las escuelas sus hijos rivalizan en ciertos casos con los blancos.

¿Nos será permitido, despues de lo expuesto, suponer que esta inferioridad relativa del australiano, es la consecuencia del medio en que ha vivido? Arrojado, por circunstancias que no conocemos y que él mismo ignora, del país que habitaba, aislado y encerrado despues en una tierra ingrata que le obligó á emplear todas sus fuerzas y facultades para procurarse el alimento, habrá descendido sin duda á un grado bien inferior al que ántes poseyó. ¿Quién puede asegurar que la más favorecida de las razas, sujeta á las mismas causas, no sufriría la misma degeneracion?

Veamos si es posible explicar tal decadencia.

El australiano no construye casas; pero ¿qué haría de ellas? El es nómada, más que nómada: es errante, y esto es debido á la escasez de proporcionarse la caza para su alimentacion. Se encuentra casi siempre sin hogar, y no poseyendo animales de carga, no podría trasportar una tienda, ocupadas como están las mujeres en cuidar de sus hijos, de su moviliario, de las armas de sus maridos, y en buscar bajo tierra las raíces que les proporcionan el alimento.



La vegetacion australiana.

El clima es dulce y algunos minutos son suficientes para la construccion de un abrigo cuyos materiales se hallan constantemente á mano. Una choza cubre las necesidades del momento, los árboles la prestan el contingente de sus ramas, y hé aquí por qué la casa no tiene, no puede tener razon de existencia.

Tampoco se cultiva la tierra. ¿Para qué? Es seca, estéril, é incapaz de producir algo conveniente para la nutricion.



Los alrededores de Coranderrk.

Todo es ligero, insustancial, construído provisionalmente. Cuando es necesario atravesar un río, se hace rápidamente una barca, y la barca queda abandonada cuando ha prestado su servicio.

Pueblo egoista en estas condiciones, despojado del cariño hacia el hogar, y por consecuencia de la religion de la familia, sin otras leyes que las leyes naturales y sin otros recursos que los recursos de la casualidad, sólo así se comprende, si es que alguna vez pueden comprenderse estas cosas, la muerte de los hijos ejecutada violentamente para evitarse el cuidado de mantenerlos.

Es preciso, primeramente, impedir el crecimiento de poblacion y mantener éste á un nivel constante, para que la existencia de la tribu sea ase-

gurada sin que se multipliquen los esfuerzos; despues, la mujer australiana, con los infinitos quehaceres que la abruman,—llevar su primer hijo y alimentarlo, manejar las armas, construir la tienda y buscar alimentos,—puede apénas atender al cuidado de un segundo hijo y le es absolutamente imposible consagrarse al tercero. Se les mata entónces. Estos desgraciados sucumben á una ley fatal. Ciertas tríbus recurren á medios de otra índole para limitar la poblacion.

En suma, se ve que todo esto se encadena y que, obedeciendo á leyes físicas muchas de estas originalidades de carácter, cualquier raza colocada en idénticas condiciones, llegaría á producir iguales resultados.

William Buckley pasó treinta años entre los australianos sin provocar un solo progreso en la tribu que lo había acogido: léjos de esto, olvidóse de su lengua é hízose al cabo tan salvaje como ellos.

# XIX

Partida de Coranderrk.—Healesville.—Fernshaw.—El Blackspur.—El Big-Ben.

Dejemos á los aborígenes para volver á encontrarlos más tarde hacia el Norte, con otros hábitos y otras costumbres, con todo el cortejo inseparable de sus fábulas y sus leyendas singulares.

Había pasado en Coranderrk cuatro días de una existencia tan tranquila y retirada que casi podría llamarse doméstica. Esta bella y numerosa familia, cada uno de cuyos miembros prodigaba su entusiasmo y sus cuidados á séres ingratos, me recordaba una comunidad religiosa y envidiaba la suerte de mis huéspedes. Pero las últimas horas trajeron las últimas confidencias. Y aprendí con ellas, que no era todo color de rosa en el papel de conductor de los pueblos, y que allí donde ménos parecía que pudiera suceder, las revueltas armadas solicitando más altas remuneraciones, las trabas suscitadas por la administracion y hasta las envidias y ambiciones del maestro de escuela, deseoso de suplantar á su superior, venían á resonar y á latir bajo aquel aspecto sencillo de pueblo primitivo, salvaje si se quiere, pero apartado por esta misma consideracion á los ojos de cualquiera, de tales vicios y tal degeneracion de costumbres. Ví la discordia agitar su cabellera de serpiente, la guerra intestina reinar sobre este teatro de *marionettes* como sobre la grande escena del Universo, y comprendí entónces cuán difícil es, mejor dicho, cuán imposible hallar la felicidad en este mundo.

---

Los alrededores de Coranderrk, algunas leguas á la redonda, son encantadores: no son otra cosa que montañas como las que los ingleses llaman *gullies*, pequeños vallados muy estrechos, valles profundos tapizados de verdura y que son una de las más raras bellezas de la jóven Australia.

Desde Melbourne se hace peregrinacion para visitar estos sitios; la musa colonial los canta y son célebres en toda la colonia de Victoria.

Aquí se halla el lindo pueblo de Healesville, despues Fernshaw y el Blackspur, los cuales he decidido visitar.

El paseo vale bien la pena de ser llevado á cabo. Pasado Healesville, donde un fondista de los más amables me ofrece un vaso de excelente *riesling*, la floresta se trueca en soberbia. Los árboles nudosos se levantan y lanzan atrevidamente en los aires, miéntras que al rededor de ellos se extiende un espeso tapiz de verdura.

El camino, bastante bien cuidado por cierto, se desarrolla en curvas caprichosas en medio de paisajes los más variados: gargantas profundas que frecuenta el pájaro-lira y que atraviesa como una flecha el pájaro-cantor; alturas abruptas donde resuenan los gritos estridentes de los pájaros, el rumor de las cascadas y el murmullo de las aguas; hé aquí una verdadera naturaleza que no habíamos podido sospechar contemplando el escueto aspecto de Melbourne y recorriendo los desiertos fatigosos y monótonos del interior.

Se extienden aquí á lo léjos, bosques deliciosos cuyos árboles entrelazados, dan al conjunto de sus copas aspecto de grupo artístico formado por esmeraldas gigantescas.

Admirando estos diversos puntos de vista, siempre de sorpresa en sorpresa, llegamos á Fernshaw.

Lo primero que salta á la vista es un hotel con



El Berger.

su *bar*. ¿Dónde no habrá *bars* en Australia? Se les encuentra hasta en lo más profundo del desierto, donde se trasforman en *assommoirs* de la más baja esfera, destilando los licores más venenosos. En éste de que hablo, todo va bien y el viejo escoces que nos sirve parece tener en algo la reputacion de su casa.

Él mismo nos hace tomar un caballo de refresco para subir el Blackspur y visitar la region de los grandes árboles.

Inútil parece decir, que estos grandes árboles son eucaliptus ó gomeros blancos. A partir de Fernshaw, y penetrando en la montaña, salta á la vista otra trasformacion: los árboles altos, delgados y lisos forman bosques de ramas apretadas por entre las cuales lucha el sol en atravesar, y en aquel conjunto de brazos blancos no parece sinó que se representa un pueblo solicitando las bondades del cielo, segun que todos los troncos crecen derechos en demanda de la luz. Hay algunos de dos piés de diámetro que alcanzan doscientos de altura.

Donde quiera que encuentro un bello punto de vista coloco mi aparato fotográfico. Y júzguese de las muchas bellezas que me saldrían al paso cuando diga que al regresar á Fernshaw, llevaba mi caja completamente llena de *clichés*.

Pero me había faltado precaucion, y como se dice vulgarmente, había gastado mi pólvora en salvas. Más tarde, y cuando creía haber visto todo lo notable, mi guía me conduce á otra parte de la montaña donde me encuentro con las manos vacías en frente de verdaderos gigantes que me recuerdan los grandes árboles de California.

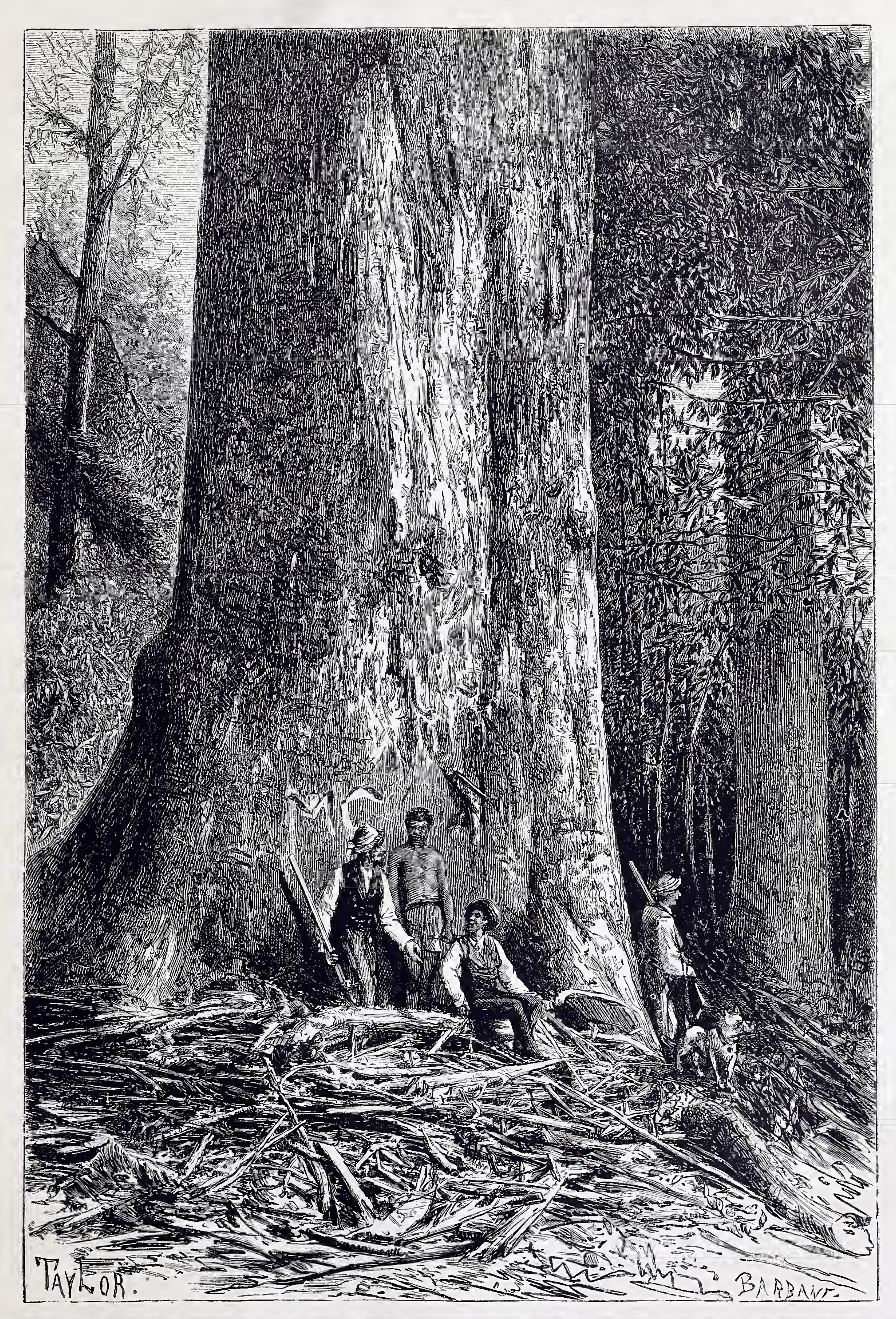
Son éstos más atrevidos, más elegantes y con un follaje ménos espeso. Los he visto de doce piés de diámetro que alcanzaban más de trescientos de altura y el más grande de todos, el Big-Ben, tenía cincuenta y seis piés de circunferencia por cuatrocientos de elevacion. En este caso, es ciertamente el más grande árbol conocido. Representamos el tronco en una de nuestras láminas, porque sería imposible reproducir el árbol por entero. Se calcula su edad por su crecimiento, que es de un sexto de pulgada, ó sea, poco más de dos milímetros por año, lo que da á este gigante una existencia de dos mil quinientos años.

Los australianos están naturalmente orgullosos de este maravilloso producto de su reino vegetal, y bien pueden estarlo, porque el Big-Ben es en realidad un bellísimo árbol; pero hay otros en el Universo que pueden disputarle la palma en grueso y en altura, y pues que Dios me ha concedido ocasion de verlos, recordaré sus proporciones.

En California los hay de treinta piés de diámetro y trescientos cincuenta de altura; el ahuahuete de Santa María del Tule (especie de ciprés) en la provincia de Oajaca en Méjico, tiene cuarenta piés de diámetro y ciento veinte de altura solamente. Y yo he encontrado y fotografiado en Mohely, en las islas Comores, un baobab que tenía veintiocho piés de diámetro y cincuenta piés sobre el nivel del suelo.

El crecimiento extraordinario de estos árboles viene de su especie más que de las condiciones del suelo en que se desarrolla; no prueba nada la magnitud en beneficio de la feracidad y la fecundidad de la tierra. Plantadlos en otra cualquier parte bajo las mismas latitudes, y alcanzarán con el tiempo iguales dimensiones.

Nosotros tenemos en el Mediodía de Francia eucaliptus de veinte años que tienen más de dos piés de diámetro y sesenta piés de altura, y *sequoías* de veinticinco años, que tienen más de cien piés de altura.




El Big-Beu.

# SEGUNDA PARTE

## I

De Melbourne á Sydney.—Woodonga.—El Mivoray.—Albury.—La plaga de moscas.

Regresé encantado de aquella expedicion que dejo narrada en páginas anteriores, y haciendo escala en San Huberto, donde debía estrechar la mano de M. Castella, volví á Melbourne y dirigime á Sydney desde este punto.

De Melbourne á Woodonga sobre el Murray, línea fronteriza entre la colonia de Victoria y la Nueva Galles del Sud, la vía férrea es precisamente la que habíamos seguido para llegar á Beechworth y bien saben mis lectores cuán poco hay que señalar de notable por este camino.

Woodonga, último pueblo de Victoria, está colocado sobre la ribera izquierda del Murray, y Albury, sobre la ribera derecha, es la poblacion primera de la Nueva Galles.

De ambas partes hay aduanas establecidas, es decir, trabas para el comercio y enojos para el viajero. ¡Aduanas entre dos colonias hermanas! Es realmente la cosa más extraña que puede imaginarse.

Añadiremos que Victoria es proteccionista, y librecambista la Nueva Galles. . . . . . .

. . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Atravesamos el Murray, el gran río, la gran arteria de Australia, sobre un puente de madera.

Por esta parte el río corre por un lecho sucio y fangoso. Su aspecto no tiene nada del majestuoso deslizarse de un gran río; arrolla sus aguas de color oscuro entre multitud de obstáculos y se pierde en pasadizos estrechos que hacen la navegacion difícil, lenta y costosa. Muchas compañías de trasportes se han fundado en Adelaida; pero todas han hecho malísimo negocio. Son precisos vapores débiles, de quilla aplastada, de poco porte, y áun así no pueden navegar cómodamente sinó en la época de las lluvias.

Con su curso de dos mil kilómetros, el Murray no tendrá sinó seiscientos ú ochocientos en línea recta; una ribera pobre, una especie de largo estanque casi inútil á la navegacion como á la irrigacion por causa de debil pendiente y de su escaso volúmen de aguas. Su verdadero destino es el de servir de abrevadero á los animales de las numerosas estaciones que bordan su curso.

En todo caso, su afluente de derecho, el Darling, de un curso tan largo como el suyo y que riega en el Norte llanuras inmensas y fértiles, podría disputarle el nombre de río, á ménos que el Murrumbidgee, otro afluente sobre la misma ribera, no reclamara para sí toda la importancia que le concede de hecho una carrera de dos mil doscientos kilómetros ántes de arrojarse en el Murray, que en definitiva viene á ser un Mississipí de la clase de pordioseros.

Albury es una pequeña y próspera ciudad de lindas casas con pretensiones monumentales, bellos almacenes y numerosos hoteles. Es aquí donde por vez primera encuentro ante mis ojos uno de estos pesados convoyes tirados por seis bueyes cada uno y que vienen del interior. Es preciso ver con qué habilidad sus conductores les llevan, y con qué formidables chasquidos de látigo hacen retemblar las calles á su entrada en Albury.

Albury es célebre por sus vinos, que son para mi gusto los más detestables del mundo. Vinos alcohólicos y alcoholizados; vinos soportables para los paladares de hierro de los australianos, pero de los cuales deben guardarse los extranjeros como de la peste.

Estos desgraciados cosecheros, con su gusto depravado por los alcoholes, no hacen jamas vinos de mesa, y terminan en impenitencia final.

«No bebáis, no bebáis, me dice el vinatero que me conduce por una bodega, porque mañana tendríais la cabeza pesada como un plomo.»

Le escucho y hago bien, áun cuando no llevo á cabo un sacrificio, porque en realidad no puede darse bebida más abominable.

Cuando estábamos en Victoria, hemos hablado de la plaga de los conejos. En Albury nos hallamos en frente de otra plaga de distinto género, pero de seguro más directamente molesta.

No ataca más que á los individuos, pero os aseguro que de terrible manera. Se trata de una mosca: he dicho de una mosca, pero es de millares y millares de moscas de lo que quiero hablaros.

Y bien hubiéramos si fuera la mosca ordinaria á la cual se asemeja y de la cual no puede distinguirse á simple vista; pero no, la manera con que os ataca y la sensacion de malestar intenso que se experimenta en la piel al contacto de sus patas, la hacen formar especie aparte.

De otro modo, la rabia con que os atacan, la furia que despliegan invadiendo los ojos, la nariz y la boca de sus víctimas, hacen de dicho animal, no ya un objeto de pasajero malestar como el ocasionado por la mosca ordinaria, sinó una horrible y extremada plaga.

Ponen en devoraros tal encarnizamiento, que, indiferentes á la vida, se dejan matar ántes que soltar su presa y se suceden en tal número, que es absolutamente imposible desembarazarse de ellas.

Por mi parte, puedo decir que encerré mi fisonomía en un grueso pañuelo, convencido de que entretenerse en matarlas era tarea imposible.

Tampoco los naturales del país no salen á la calle sinó provistos de un ligero velillo de seda que les rodea la cabeza, especie de pequeño mosquitero sin el cual la vida se haría absolutamente insoportable.

La feroz condicion de este animalito es de tal naturaleza, que se han visto tribus indígenas completamente destrozadas por el abominable insecto.

En el momento en que yo llegaba á Albury, se reanudaban los trabajos de la vía férrea de Sydney, que no tardará en estar enteramente abierta al servicio público. Por el pronto, una cómoda diligencia trasporta los viajeros á Wagga-Wagga.

## II

La diligencia.—El bush.—Pueblos y hoteles.—Swagmen.—Escenas de embriaguez.—Les folies bergers.—Wagga-Wagga.

Emprendimos nuestra caminata á cosa de media noche. Al amanecer atravesamos, molestados por verdaderas olas de polvo, las florestas vírgenes de la Nueva Galles del Sur.

Cuando digo floresta vírgen, advierto que uso un término convencional, porque la floresta australiana no se asemeja poco ni mucho á lo que entendemos nosotros por floresta. Algun que otro bosque y algun que otro árbol, de tal suerte dispersos por el camino que el carruaje puede caminar sin peligro á galope tendido por cualquier direccion.

La tierra es seca, despojada absolutamente de toda sombra de verdura y los caballos levantan al andar nubes espesas de polvo sofocante. Todo el espacio parece, sin embargo, ocupado: á la floresta, abierta en aquellos rasos puntos donde aparece, se mezclan largas empalizadas, dentro de las cuales se hallan depósitos de hierba para las bestias de los *runs*, en caso de hambre.

Raros pueblos se ven escalonados á lo largo del camino. ¡Pero qué pueblos! Una posada con su correspondiente cantina de bebidas, una escuela y algunas cabañas de miserable apariencia: esto es todo. Pero este aspecto es en realidad engañoso, y bajo él se oculta mucho de felicidad verdadera. Si se penetra en estas modestas casas, se encuentra uno sorprendido á la vista de tapices, muebles, cortinajes blancos, libros... y moscas. ¡Ah, las moscas sobre todo!

Por lo demas, hay aquí lindas señoritas elegantemente vestidas con sus trajes de día de fiesta, sus rostros risueños y sus vestidos cortos.

La comida del meson no es opípara que digamos, pero es suficiente: carne y patatas en abundancia, huevos, pan y té. Si queréis vino ó cerveza, id á la cantina. Pero vale más que no vayáis. Voces brutales y avinagradas, acentos roncos se escapan de aquel lugar, punto de reunion de los tundidores de lana, de los jornaleros de los *runs* ó *bergers*, de los *swagmen* (1), de todos aquellos,

(1) Se llama *Swagmen*, el jornalero que viaja de un punto á otro con un paquete (*Swag*) sobre la espalda.

en una palabra, que vienen á disipar en la cantina del desierto el fruto de muchos meses y algunas veces de un año de trabajo.

La vida de estos hombres es por demas extraña: se asemeja un tanto á la de los marinos, que largo tiempo privados de toda expansion, una vez en tierra se consagran á todos los excesos. Estos han estado áun más separados de los hombres que el marinero, aislados en la inmensidad y privados, gracias á los reglamentos severos de las *estaciones*, de toda bebida fermentada, y cuenta que la bebida fermentada es su pasion más delirante.

Su vida se desliza en calma pacífica, pero de una monotonía desesperante, y la especie de monomanía que les arrastra á la embriaguez, alcanza al cabo un límite intolerable. Durante esta especie de destierro, su jornal se aumenta y su sed de gustar más tarde el fruto de tanto desvelo, se hace más intensa de día en día, hasta el momento en que, sacudiendo el yugo, caen sobre estos placeres tan largo tiempo deseados.

Se reunen entónces y viajan en compañía, los bolsillos llenos, encontrando un paraíso en cada lugar donde se detienen. Aperciben la humilde cantina del pueblo, y deciden hacer una corta parada. ¿Han de contentarse con descansar únicamente? Es todavía un problema: las piezas de oro que suenan en sus bolsillos, deben brillar sobre un teatro más grande.

Pero entre tanto, ès bueno reposar un instante, y nuestros hombres, agrupados bajo un árbol, á la puerta de la cantina, gozan con las delicias de este primer descanso tan ardientemente deseado.

Pero hablar sin beber y permanecer mano sobre mano á la puerta de la taberna, es casi una injuria. Las gargantas se secan, hace calor; ¿qué partido tomar? ¿Se pide té? ¡Ah! té maldito, detestable bebida con la cual durante tantos meses llenaron sus estómagos. ¡Té! No, amigos míos, pidamos á este buen hombre una botella de cognac.

¡Una botella de cognac y son ocho! Eso vale tanto como arrojar á la mar un grano de arena.

El tabernero trae la botella sonriendo: conoce á estos hombres, sus débiles resoluciones y sus indomables apetitos.

Ofrece un vaso á uno: «Á vuestra salud», dice. Y lo bebe; pero como el tabernero ha tenido buen cuidado de escoger su licor más exquisito, el bebedor lo encuentra bueno.

Las lenguas chocan, los ojos se alumbran: positivamente es bueno.

—¡Pardiez! Este cognac es bueno. ¿Qué piensas tú, Jack? ¿Y tú, Dick? ¿Y tú, Mike?

—Es bueno, muy bueno.

—¿Cuánto vale tu cognac, amigo?

—Mi cognac no se vende, lo ofrezco,—responde el tabernero.

—¡Al diablo tu generosidad, tu cognac y tu ridícula persona! ¿Nos tomas por miserables que no tengamos un céntimo? Sabe para tu gobierno, buen hombre, que haremos retemblar las calles de Albury con el choque de nuestros vasos.

—Sea, hijos mios, sea. Pero ántes de separarnos, gustar un aguardiente más dulce que la miel y más fino que una lámina de acero.

—Basta de historias,—replica uno de ellos;—una política arrastra otra; trae tu botella y juzgaremos.

Y la botella es traida, saboreada, bebida, encontrada perfecta.

—Basta,—dice Jack,—el líquido es bueno; pero es preciso algo más sólido. Tomaremos una friolera y partiremos en seguida.

—¿Qué cosa puedes ofrecernos de comer?

—Un hermoso barril de anchoas, fresco, llegado de ayer.

—¡Vaya por el barril de anchoas!

Se abandona el árbol por el interior de la casa y allí toman asiento al rededor de la mesa.

Pero el barril de anchoas está salado; el tabernero lo sabe bien y no se le oculta cuánto vino ha de pedir la sal. Su objeto se logra y la partida queda aplazada para el siguiente día.

Despues viene la comida y con la comida nuevas é indispensables libaciones. Las cartas se mezclan al vino y ya se hace completa la orgía.

La mañana y el día siguientes, nuevos dispendios; derroches inútiles, mescolanzas sin nombre.

Estos desgraciados pasan del cognac al Burdeos, del ron al champagne. Recurren siempre al licor más fuerte. Porque sus paladares abrasados como están y ávidos de emociones, necesitan un reactivo poderoso que siquiera momentáneamente les devuelva un resto de placer.

Reducidos bien pronto al estado de brutos, la faz inyectada, los ojos vacilantes, caen al suelo en vergonzosa confusion. Masa de vicio de donde se escapan exclamaciones roncas y blasfemias sin nombre.

. . . . . . . . . . . . . . . . .

Entre los tipos curiosos que Australia presenta, hay uno que en realidad merece párrafo aparte: me refiero al *berger*.

---

Este paquete se compone de una manta donde van envueltos diversos objetos menudos, y un par de botas de repuesto.—N. del A.

Su género de vida en el desierto, el aislamiento, la soledad, le disponen á los ataques de la locura bajo distintas formas. Los casos son raros en los condados ya poblados de la colonia de Victoria, pero muy frecuentes en los *runs* alejados de la Nueva Galles del Sur.

Allí, encontráis á menudo hombres ya viejos, de cabeza calva ó cabellos blancos como la espuma, con perfil de carnero, porque al cabo terminan por asemejarse al rebaño que guardan. Llevan por toda vestidura algunos despojos de traje tirados sobre la espalda, y con un baston en la mano, errantes los ojos y agachada la cabeza, así caminan murmurando por lo bajo palabras incomprensibles.

Si queréis hablarles, se detienen, fijan en vosotros sus grandes ojos espantados y huyen hasta penetrar en el bosque sin que podáis arrancarles una sola palabra.

Estos hombres evitan generalmente la sociedad de sus semejantes, y eso que algunas veces aparecen en los lugares concurridos.

A menudo desaparecen sin que se pueda seguir las trazas de su camino, y sólo despues de largo tiempo, se les halla en algun lugar oculto, algunas veces agonizantes, sin auxilio de nadie, la mayoría de ellos convertidos en esqueleto.

¡Qué vida en efecto la del *Berger*! El pobre miserable nace condenado á vivir solo, siempre solo. Una vez encerrado su rebaño, no tiene mujer que le guarde al amor del hogar y endulce sus fatigas y sueñe con él para el porvenir; ni hay niño que le espere con los brazos abiertos á la puerta de la cabaña; ni rubias cabecitas que le den la bienvenida..... ¡Qué triste es todo esto! El desdichado no parte con nadie su cabaña solitaria, ni tiene oreja amiga á quien contar sus penas, ni nadie á quien confiar sus sueños, sus visiones extrañas, especie de espejo moral evocado por el desierto.

¡Qué existencia! Si abandona su soledad, un más grande peligro le espera, porque su carrera terminará más presto ó más tarde en la taberna, donde el tabernero pervertirá cuanto le reste de razon por las abominables bebidas con que sabrá embriagarlo.

Despues, una vez su razon perdida, su bolsa vacía, no tendrá otro recurso que regresar á sus bosques y morir allí olvidado de todos, despreciado del mundo, sin dejar una afeccion, sin ocasionar una lágrima.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Proseguimos nuestro camino, felices por lo que á mí toca, de haber escapado á las revueltas escenas de que acabábamos de ser testigos.

La floresta sucede á la floresta sin accidente de ninguna especie; nuevos bosques, nuevas cantinas, nuevos pueblos copia de los precedentes; campos de trigo, bestias pastando una hierba imposible de hallar; un hombre á caballo, el encuentro de una diligencia, á veces un inmenso rebaño agrupado á la sombra de un árbol, y esto es todo.

Llegamos por fin á Wagga-Wagga á las tres de la tarde, con tiempo bastante para lanzar una ojeada sobre una de las más lindas ciudades de la colonia y para examinar la corriente del Murrumbidgee, afluente tortuoso pero importante del Murray.

Entretenidos en estos quehaceres aguardamos hasta las cinco, hora en que se puso en marcha el tren, que al siguiente día, á buena hora y sin ningun contratiempo, nos depositaba en la estacion de Sydney.

## III (1)

Mágica bahía.—Los misioneros franceses.—Encanto y distincion de la sociedad.—Botany-Bay y recuerdos de la Perouse.—Penados é inmigrantes.—Escuelas.—Las montañas azules.

Port-Jackson cuenta treinta y seis bahías abiertas en la bahía general y varias de ellas penetran hasta doce leguas tierra adentro; las costas son en extremo pintorescas, ora con buques, ora con rocas, mostrando alternativamente una naturaleza salvaje ó hermosos jardines con elegantes quintas y con infinidad de flores naturales que formando praderas se extienden hasta la misma

(1) Este capítulo, que no figura en la obra de M. Charnay, pertenece á los diarios de viaje del conde de Beauvoir. En algunos puntos he usado de la castiza traduccion que de la interesante obra de M. Beauvoir hizo poco ántes de su desdichada muerte mi infortunado amigo Javier Galvete.—N. del T.

espuma de las olas; en el fondo de este hermoso lago, en la ribera meridional está construída la ciudad de Sidney.

Su emplazamiento es una especie de península que pudiera compararse á una mano avanzando por medio de la bahía, pues en efecto, cinco grandes promontorios que tienen exactamente la forma de dedos algo separados, constituyen la parte principal de la ciudad, y por esto mismo es tan original; las calles que tienen la direccion de Este á Oeste, terminan por cada punta en un puerto; desde el sitio más elevado de una calle se ve un puerto al pié, y al otro lado nuevas casas, y por detras de esas casas los mástiles de buques anclados en un segundo puerto; es la situacion más bonita que pueda imaginarse. Cerca de nosotros, ¡qué quintas tan hermosas rodeadas de naranjos y avellanos en flor! Seguimos siempre la cresta de las montañas; esto nos aleja de los caminos y de los *cottages*; nuestra vista abarca más espacio y juzgamos muy bien el conjunto. ¡Qué agua tan azul, allá abajo, en el fondo! ¡Qué de sombríos desfiladeros y qué promontorios cubiertos de verdura! Aquí en lo alto, bajo un sol de primavera, las flores están abiertas y brillan con matutina frescura y asombrosa abundancia entre las altas hierbas á traves de las cuales corren los lagartos; hierbas y flores suben hasta el pecho de nuestros caballos y nada más encantador que ver galopar por este sitio á nuestras parejas de caballeros y amazonas; éstas visten trajes gris, perla ó celeste claro, con largos velos azules y blancos.

Despues de atravesar un espeso bosque de alcanforeros, bambúes y palmeras, llegamos á un peñon, debajo del cual se extiende un brazo de mar; bajamos por entre las rocas, y avanzando hasta una punta vemos á la derecha Port-Jackson y á la izquierda la entrada de otra bahía que parece tambien muy grande; es Middle-Harbour. El gobernador había enviado por delante dos chalupas y una balsa, y en tres viajes toda la cabalgata pasó á la otra orilla; dos horas despues llegamos á la playa del mar libre, en el sitio llamado Long-Reef, donde una fuerte racha Sudeste estrella las olas contra los arrecifes.

Entrada ya la noche, tomamos la vuelta de la ciudad; pero la noche es tan clara, las montañas cubiertas de flores exhalan un perfume tan delicioso, ábrense á traves de los árboles tan poéticas perspectivas sobre las aguas de la bahía, reflejan como un espejo las brillantes constelaciones del hemisferio austral, que cuando muy avanzada me apeé en Sidney creí estar soñando.

. . . . . . . . . . . . . . . . . .

Durante tres semanas de actividad devorante en una tierra donde todo nos era fácil, donde todo nos encantaba, hemos bendecido á cada hora la fortuna que nos trajo por àquí. Al día siguiente de nuestra cabalgata, nos embarcamos en un vaporcito para remontar el río Paramatta. Planteles de naranjos y magníficos sembrados entre escarpadas peñas y verdes bosques, alegran las pintorescas orillas y las límpidas aguas de su curso sinuoso. Solamente el sol, que sin duda es muy bueno para los naranjos, empieza á parecernos demasiado ardoroso; ¡pero da tanta vida al paisaje!

Muy luégo, en el punto donde el río se estrecha entre rocas, pasamos á un bote conducido por ocho jóvenes insulares de Samoa, de color amarillento, que reman vigorosamente, y nos desembarcan en el fondo de una bahía retirada, en la cual ondea el pabellon tricolor.

Allí se halla la *Montaña de los Cazadores*, morada de los misioneros Maristas, rincon frances donde se han agrupado algunos compatriotas nuestros.

Grande es la animacion y el cordial recibimiento que se nos hace. El obispo de las islas de los Navegadores, de paso en la mision, nos recibe con los brazos abiertos y nos proporciona un triste espectáculo.

Es la hora de la puesta del sol; en la alta explanada natural, desde donde la vista se extiende á un lado por la lejana bahía de formas caprichosas, y al otro sobre las purpúreas siluetas de las *Montañas azules*, se adelantan unos jóvenes oceánicos con los trajes de sus islas, tocado de plumas y cinturon á bandas de variados colores, ejecutan un lánguido baile de rara cadencia, y luégo se agrupan y ponen en cuclillas formando rueda al rededor de una gran vasija sostenida por un trípode de fantástico dibujo, y preparan el *kaava*, licor nacional.

El *kaava* es una raíz blanca, nudosa, de gusto fuerte y picante; la cortan en pedacitos, la mascan y la trituran, llenándose la boca hasta no poder más; diríase que tienen una naranja en cada carrillo; con toda formalidad siguen mascando hasta formar una bola bien compacta, que escupen *elegantemente* á la mano derecha, y en seguida la echan en la vasija que contiene un poco de agua. Hay entónces un momento de gran júbilo para los marmitones de Upolu y Tongatabu; baten rápidamente todas las bolitas en el agua como se baten los huevos en un plato, en pocos momentos el licor hace espuma y toma un lindo color dorado; terminada la confeccion, los indí-

genas nos presentan copas de coco labrado bien llenas de brebaje, y... ¡y lo bebemos! Yo creí que iba á tomar una medicina; pero me quedé admirado de encontrar un gusto picante y más bien agradable al primer trago; al segundo me causó un sacudimiento capaz de dejar nacer los cabellos á un calvo, y ¡ojalá que me aproveche!

Nos dicen que el *kaava* emborracha, y que ese brebaje trastorna todas las cabezas del Tongatabu.

Por mi parte aconsejaría al establecimiento que enseñe la cocina francesa á los jóvenes catecúmenos, exhortándolos á no emplear preferentemente la masticacion preliminar y la salsa salivosa.

He recogido una raíz de *kaava*, útil para una docena lo ménos de grogs.

Los misioneros nos dan pormenores asombrosos de su vida en estas islas salvajes, donde una hoja es traje completo, y un pez sirve de calendario. En efecto, el año no tiene para ellos más que seis meses, y el día en que empieza está marcado por la aparicion de un pececillo de forma extraordinaria que llaman *Palolo* y que ofrece la particularidad de presentarse solamente á intervalos regulares. Ese pez cronómetro me inspira cierta duda... pero me ha contado su historia el mismísimo monseñor Elloy, del archipiélago de la Sociedad.

Vivir en cabañas de hojas, alimentarse de cocos, maiz y gallinas chiquitas, evangelizar á los indígenas más bárbaros de tribus que andan en cueros, todo eso hacen los misioneros, cuyos continuos sustos nos refirió el padre Saage: cuando una tribu les cobra cariño corren peligro de ser devorados por la tribu vecina.

¡Pero qué almas tan deliciosamente cándidas las de esos insulares! Ejemplo la famosa historia ocurrida entre ellos, de un misionero que quería abolir la poligamia: al separse de un jefe hízole prometer que despediría á todas sus mujeres, exceptuando á una sola. Seis meses despues vuelve y encuentra al jefe solo con su mujer legítima: el misionero está contentísimo de haber logrado tal triunfo, y en su conversacion con el neófito pregunta incidentalmente qué se ha hecho de las otras mujeres... «¡Pues me las he comido!» contesta ingenuamente el jefe. ¡Triste fin de las tiernas esposas!

Pero la vida de Sydney nos recordó muy luégo la imágen de Europa, y á tantos miles de leguas de Paris, una recepcion tan elegante y espléndida como pudiera serlo en Francia, me maravilló en gran manera. Hermoso es el día de la semana que hay *corte* en *Government House* y en que toda la sociedad de Sydney acude en riquísimos trenes, carruajes de gran lujo, con lacayos de empolvada peluca á los jardines del palacio.

Ocupan esos jardines un lindo promontorio bañado por el mar, resplandeciente con las flores de los trópicos, que contrastan con algunos árboles de Europa. El palacio mismo, edificado á estilo gótico, domina la bahía como una ciudadela y sus salones de recepcion son dignos de un rey. Apénas llegados, habíamos ido á expresar nuestra gratitud y respeto á lady Young, que recibió tambien regiamente al infortunado príncipe de Condé y le asistió como una madre hasta su muerte.

Casi todos los días, por la mañana ó por la noche, hemos sido agasajados en ese palacio, cuya dueña cuidaba de reunir todo lo que podía interesar á los tres viajeros franceses. Encantadoras fueron, sobre todo, las grandes recepciones de día, que prolongó en honor del príncipe, aunque la *season* había terminado.

La música militar alegraba los jardines, donde se reunían doscientas ó trescientas personas.

Las jóvenes iban y venían de los salones á la *pelouse*, como en las *mañanas* de la *high life* de Lóndres, ostentando trajes procedentes de Mesdames Soinard y Barenne, de Paris (y áun creo haber oido pronunciar el nombre de Worth), y formando la unidad más amable, alegre y graciosa que se pueda imaginar.

Melbourne es la ciudad del oro, de los *clubs*, de la democracia y de los grandes negocios; Hobart, una hospitalaria *county-town*; Sydney, con todo el sello *gentleman* de Inglaterra, con la amable expansion criolla, con un cielo casi tropical y una vegetacion casi toda de flores, es la ciudad de la *high life*, de la sociedad aristocrática que goza sus riquezas y todos los encantos del mundo elegante.

¡Qué contraste entre esta ciudad de 100.000 habitantes, con teatros, bibliotecas, calles animadas y algunas de ellas como Pitt-street y George-street, llenas de tiendas de un extremo al otro, con multitud de ómnibus y coches elegantes; qué contraste entre todos los efectos de una civilizacion asombrosa y el salvaje aspecto de *Botany-Bay*, donde desembarcaron los fundadores de Sydney!

Hemos ido á ver esa célebre bahía. Hicimos el camino en dos horas á caballo: está separada de Port-Jackson por colinas de arena que parecen una lengüeta de desierto entre dos oasis de flores. Cuando el capitan Cook descubrió, en 1770, las



Vista general de Sydney.

costas orientales de Nueva-Holanda, hizo notar su asombro al contemplar una flora tan abundante, dando á la bahía el nombre de Botany.

En efecto, no podrá jamas imaginarse un parterre natural mejor esmaltado por los más delicados y vivos colores; y esto en el espacio de muchas leguas.

Nuestros caballos, al galopar, rompen ramas con penachos de escarlata; el perfume es tan fuerte que nos trastorna la cabeza y oprime las sienes; atravesamos un bosque magnífico, todo de flores. En un promontorio está erigido el monumento de La Perouse; una columna de 20 piés de alto sostiene una esfera de bronce, y tiene en el zócalo esta inscripcion:

ESTE LUGAR, VISITADO EN 1788 POR M. DE LA PEROUSE, ES EL POSTRERO DE DONDE ENVIÓ NOTICIAS SUYAS.

Y más abajo:

*Monumento elevado en nombre de Francia por M.M. de Bongainville y Du Camper, capitanes de la fragata* Tétis *y de la corbeta* Esperanza, *ancladas en Port-Jackson en* 1825.

A unos 200 metros en direccion á la playa, bajo hermosos árboles, hállase la tumba del padre Receveur, físico de la expedicion de La Perouse, muerto en la bahía durante la permanencia de los buques franceses; sobre su piedra tumular han grabado la inscripcion siguiente:

HIC JACET LE RECEVEUR, EX FF. MINORIBUS,
GALLAE SACERDOS.
PHISICUS IN CIRCUMNAVIGATIONE MUNDI,
DUCE DE LA PEROUSE, OBIIT DIE 17 FEB. 1788.

Parece que la primera tumba, construída por la tripulacion del *Astrolabio*, fué destruída por los indígenas; el gobernador Philipp hizo grabar sobre una plancha de bronce la inscripcion que acabo de reproducir, y la mandó clavar en un árbol vecino, de donde salió luégo para reconstruír el monumento.

Por una curiosa coincidencia, los dos buques de La Perouse entraban en la bahía precisamente cuando la division del gobernador Philipp salía de allí para pasar á establecerse en Port-Jackson.

Esa es la primera página de las colonias australianas.

En Mayo de 1787 partió de Inglaterra la escuadra de 11 buques que conducía á una tierra, cuyos contornos solamente habían sido descubiertos por los navegantes, á una tierra habitada todavía por antropófagos, el primer núcleo de civilizacion que tan brillantes frutos ha dado, y que debía formar un poderoso imperio.

De las 1.118 personas que caminaban bajo el mando del gobernador Philipp, 850 eran penados, á saber: 600 hombres y 250 mujeres; el resto se componía de los oficiales y soldados encargados de custodiar este paraje.

El 18 de Enero de 1788, al cabo de ocho meses, ancló la escuadra en Botany-Bay; siete días despues, habiendo descubierto el gobernador la magnífica bahía de Port-Jackson, trasladó á ella la naciente colonia.

En ménos de ochenta años, aquellas primeras cabañas han sido reemplazadas por una ciudad verdaderamente magnífica, y aquel sitio de deportacion se ha trasformado en una colonia de 411.000 habitantes, que ha sido la cuna de las colonias vecinas, sus satélites por largo tiempo. ¡Juntos todos forman hoy un total de 1.500.000 blancos, cuyo comercio se eleva á más de 150 millones de francos!

La miseria y la condicion impura de los primeros *pionniers* han desaparecido bajo la marca invasora de una emigracion pura, laboriosa y honrada, como lo es la inmigracion inglesa, que lleva consigo sus instituciones, religion, costumbres y toda la patria moral. Si vuelvo á Europa, pondré empeño en una cosa: contribuír á lavar á Nueva Gales del Sur de la mancha que á los ojos de Europa tiene por su orígen impuro, mancha debida á que la historia sólo ha narrado los años de la deportacion. Pero la ignorancia pública, engañada por tales recuerdos, no ha levantado el antiguo velo del *convictism* que hoy le oculta una sociedad sana que vive de nuestra vida, y que tan luégo como se encontró fuerte, rechazó fuera de sus aguas á los buques de deportados, y conquistó el terreno para el triunfo de su comercio, para la seguridad de su vida privada, y para el fondo de honradez por el que se iguala á cualquier ciudad de Inglaterra, siendo tanto más celosa de guardar su honor, cuanto mayor es la inclinacion á dudar de él.

En las recepciones del palacio y de todas estas

casas elegantes, donde familias respetabilísimas y á menudo pertenecientes á la nobleza inglesa, nos, daban fiestas como no las he visto sinó en los renombrados *chateaux* de Inglaterra, amables personas, nacidas y educadas aquí, solían decirme en correcto frances: «Nuestros compatriotas de Europa nos creen alojados en cabañas y servidos por negros y penados; os suponen armados de revólvers, llenos de temor por vuestro dinero, y tan poco enterados están de lo que son nuestras ciudades que escriben á menudo en el sobre de una carta: *Tasmania in New-Zealand ó Melbourne in New-South-Wales*». Comprendo que todo eso los exaspere.

Mucho he corrido en tres semanas, procurando darme cuenta de todo y creyendo, á pesar de tantos encantos, que en la sucesion de espectáculos que presentan una ciudad activa y sus alrededores, en la lectura de los numerosos periódicos que aquí se publican, surgiría al cabo alguna reminiscencia de las deportaciones. Pues bien, siempre he hallado los caractéres distintivos de una sociedad que quiere á toda costa permanecer pura de toda mancha, y cuya enérgica marcha ha rechazado los penados á las islas vecinas y á los bosques del interior, donde viven ocultos y aislados, desmontando y cultivando tierras y enriqueciéndose.



Los gomeros de Blackpur.

Un solo recuerdo de los orígenes se me presentó. Me han referido que en uno de los pilares que sostienen el escenario del gran teatro de Victoria, estuvo hasta poco há grabado el prólogo de la primera comedia que se representó en Australia. Era en 1796, ocho años despues del desembarco: no había allí entónces más que los penados y la guarnicion. El gobernador permitió á los primeros que abriesen un teatro en recuerdo de la madre patria, y el 16 de Enero hubo un estreno en Sidney. Lo curioso del caso es que la entrada costaba un *shelling*, pagadero en metálico, *harina*, *carne* ó *vino*.

Esto sólo pintaría á la concurrencia, si el prólogo, compuesto por un improvisado poeta, antiguo *pickpocket* de Lóndres, no fuese ademas de

un carácter único en el mundo. «Sin mucho brillo ni redobles de tambores, franqueando los inmensos mares, llegamos de climas lejanos. Como verdaderos patriotas, entiéndase bien, por el bien de nuestra patria hemos abandonado su suelo... y nadie dudará que nuestra emigracion ha sido estimada como muy provechosa al pueblo ingles...»

Ese *memento* del año 1796, única huella encontrada en un sótano de un tiempo que pasó, huella tan contraria á todo el aspecto amable y puro de la sociedad actual de Sidney, me ha sorprendido como un contraste que ensancha el pensamiento: es una fiel reproduccion de la verdad.

Lo que queda de las deportaciones está en el sótano, en la oscuridad, oculto á las miradas de todos, en sitios adonde nadie va; no sólo está debajo del escenario, sinó que ademas ha caido el telon.

Pero ya vuelve á levantarse y todas las butacas, todos los palcos están ocupados, bajo la luz de una brillantísima araña, por esa sociedad inglesa, elegante, rica, instruída y dichosa. Oficiales, segundones de familias nobles, lores, magistrados, grandes propietarios que aman esta tierra, que han establecido en ella su *home* y hecho su significacion política, que prefieren su vida campestre y el espacio de sus vastas posesiones á la vida más estrecha de Inglaterra, pero que han venido todos aquí con un nombre tan puro como lo exige el honor británico: tal es la concurrencia, tal es la Sydney de hoy.

Pues bien, muchos espíritus de Europa, limitados por el velo de la ignorancia, sólo conocen los datos de la deportacion; yo mismo, ántes de mi viaje, sólo he oído hablar de la oscuridad del sótano.

Ahora he visto por mis propios ojos cómo ha desaparecido bajo tierra el corto número de la emigracion primitiva, cómo han bajado las heces al fondo del agua limpia, dejando plaza á 400.000 personas honradas que han traído aquí, con su honradez, su fortuna ó la energía suficiente para crearla; ¡de ahí el gran espectáculo que para nosotros se desarrolla en toda su belleza, en plena luz y en plena libertad! No estaré contento si no he cumplido mi deber, rindiendo homenaje á la sociedad de Sydney, que no es conocida, y para la cual somos involuntariamente injustos.

De los beneficios de ese órden moral brota naturalmente la prosperidad material de la colonia: en ella el movimiento es inmenso. Cada día entran y salen en la bahía ocho ó diez vapores: de media en media hora los *ferry-boats* de vapor cruzan las pequeñas ensenadas que separan la ciudad de los arrabales; los muelles están guarnecidos de una doble fila de buques, y muchos de 1.500 y 1.800 toneladas; los bancos, los hospitales, las escuelas, las iglesias (una de ellas catedral verdaderamente magnífica), se han multiplicado con esa prodigalidad de la raza sajona, que no retrocede ante ningun sacrificio.

Cuatro millones se reunieron, mitad por las *voluntary contributions* de la munificencia privada, y mitad por el Estado, para la construccion del colegio católico de San Juan, que es grandioso, y la de la Universidad anglicana, cuya Hall recuerda la de Westminster.

Más de 34.000 niños reciben en las escuelas primarias nacionales y en los establecimientos superiores de la colonia una instruccion que cuesta al Estado 1.600.000 francos anuales.

Esto no es más que un ejemplo: los principales personajes nos han hecho ver cada día, varios de esos establecimientos, y cuando salíamos entristecidos por la vista de algunas amputaciones en los hospitales, y entrábamos en algun colegio, cuyos gastados bancos y anfiteatros me recordaban mi vida pasada, los alegres *cheer* de setecientos alumnos, para los cuales obtenía nuestra visita un día de asueto, dábanme ganas de brincar con ellos...

Por un momento quisimos desempaquetar nuestras escopetas y hacer una nueva correría por el interior; pero como precisamente nos aconsejaban que recorriésemos el Sur hacia el Murray, donde ya habíamos estado, cuando atravesamos toda la colonia Victoria, y por consiguiente sólo hubiéramos visto los mismos carneros, las mismas estaciones y los mismos kanguróos, hemos renunciado sin pena á ese propósito, prefiriendo tomarnos una buena racion de vida civilizada.

Cierto día, despues de un baile soberbio en la ciudad, á las cuatro y media de la mañana, nos lleva el primer ministro M. Martin al *State wagon* de un tren especial en la línea que sube hasta las Montañas Azules. Durante la primera hora, los sembrados llenos se extienden hasta perderse de vista por el paisaje. «Se necesitarían dos veces más brazos para la agricultura, nos decía todo el mundo, pues en resumidas cuentas importamos cereales por valor de siete millones y medio de francos; la colonia produce 163 litros y medio de trigo por habitante, y el consumo es de 254 litros y medio». Pero como esta tierra alimenta rebaños de carneros, cuya sola lana exportada produce más de 28 millones de francos por año, todavía deben tenerse por muy felices.

Apénas nacidas las colonias de Australia, sólo sueñan en producir para exportar miles de millones, miéntras que nuestras colonias sólo deben producir lo bastante para sus propias necesidades.

Las locomotoras, recorriendo diversas líneas, no tardaron en expulsar á las tribus aborígenes, pero les quedaban como refugio las Montañas Azules; hétenos aquí delante de ellas y vamos á franquearlas.

Al pié de esta cordillera serpentea el Warragamba ó Nepean, profundo y ancho río. M. Martin había enviado anticipadamente un bote con seis hombres de la marina real; remontamos con rapidez el río. Primero pudimos creernos en el Escalda, por lo bajas que son las riberas y llano el país; luégo una gran plantacion de naranjos distrae la vista y nos recuerda á Italia; en seguida, sin transicion, pasamos de la llanura á una profunda garganta de 220 metros de ancho, en las primeras ramificaciones de las Montañas Azules; esto semeja un valle del Rhin, sitio sombrío y austero.

La montaña ha sido partida en dos pedazos por alguna revolucion subterránea; la cortadura tiene 500 piés de alto, y las inflexiones de la antigua cúspide se corresponden en las alturas que nos dominan á derecha é izquierda; hay rocas que parecen colgadas de un hilo y da miedo mirarlas.

Desprendimientos recientes han arrancado los árboles en ciertos sitios y sus troncos enlazados por plantas trepadoras, suspendidos por las raíces, cuelgan como racimos de las rocas, cuyos intersticios son verdaderos paraísos de orquídeas; nunca he visto tantas variedades de ellas, casándose unas con otras desde lo alto de la montaña hasta la superficie de esta agua azul, cubriendo las orillas como una colgadura natural de las lianas.

Este es un sitio raro, y tanto más sorprendente cuanto que el carácter general de Australia es la pradera llana y sin límites.

A eso de mediodía, despues de cuatro horas de navegacion pintoresca, en que algunas veces los troncos arrasados por la corriente venían á chocar con nuestro bote, aderezamos el almuerzo en una roca, y por fortuna teníamos algo más que comer que orquídeas; los marineros no encuentran dificultades en hacer de leñadores y cocineros; ¡por un poco nos hubieran prendido el bosque!

La corriente nos hizo volver muy deprisa á nuestro punto de partida, Penrith, que era hasta hoy el *terminus* del ferro-carril.

Allí un segundo tren especial llega con el gobernador y con unas cuantas señoras y señoritas de Sidney; vamos á inaugurar el puente de hierro (200 metros y tres pilares construídos sobre el río) y la línea que trepa por las Montañas Azules para unir á Bathurst con Sidney.

Trepar es la palabra, pues vemos una serie de viaductos en zig-zas hechos de sólida mampostería, y de terraplenes abiertos en la escarpadura y elevándose por grados hasta el punto culminante de la primera montaña que nos hace cara, es decir, hasta 3.775 piés por cima de nosotros.

La pendiente es de tres metros por 100 (1), y el término medio del coste 187.500 francos por kilómetro.

Nada más agradable que subir así hasta una cumbre en trayecto de 112 kilómetros, con muy alegre y elegante compañía en un principio y luégo de un modo muy extraño.

La línea férrea no puede rodear las peñas ni aprovechar los desfiladeros; ataca el flanco de la montaña por medio de terraplenes y curvas, aplicándose á él como una escala; subimos máquina avante por espacio de un kilómetro, nos detuvimos un minuto en una curva; gracias á un cambio de agujas, y llevando máquina atras subimos igual distancia en sentido inverso, y así sucesivamente.

Muy luégo vemos la serie de terraplenes superpuestos por los cuales hemos pasado y que se cortan todos oblicuamente en ángulo de cuarto.

Nos habíamos elevado por viaductos paralelos de dos en dos, estando el punto extremo del tercero, por ejemplo, 90 metros más alto que el nacimiento del primero. Estábamos en la cumbre dominando en una extension inmensa la llanura toda cultivada que se perdía en un lejano horizonte.

Dentro de algunos meses la línea estará concluída hasta Bathurst; ya el trabajo es más fácil.

¡Pero qué pueblo éste! A pesar de una cadena de montañas que presentan una abrupta pendiente de 3.775 piés de alto, quieren unir con Sydney una ciudad de 4.000 habitantes, y al punto hacen un ferro-carril, trabajos de arte, grandes gastos; ¡nunca vacilan! A tal precio, esa ciudad de 4.000 almas será dentro de diez años un centro de 20.000 habitantes, y toda una comarca nueva, improductiva hasta hoy, se abrirá para muchos miles de carneros. ¡Y, sin embargo, tienen que traer el hierro de Inglaterra!

Al caer la noche volvemos á Sydney, muy con-

(1) Y á veces de una trigésima parte.

tentos de haber visto tantas cosas en veinticuatro horas y habiendo recorrido unos 200 kilómetros y tomado parte en los *lunchs* y bailes inseparables de toda inauguracion inglesa.

El sábado y el domingo siguientes fuímos á Mauley y Watson's Bay: aquí tenemos el faro de la entrada de Port-Jackson, el mar libre ruge al pié de la negra roca en que se alza y desde la cumbre alcanza muy léjos la vista: tiene 350 piés de altura y forma una bóveda que nos impide ver su base y da vértigo. Un horroroso naufragio ocurrió há poco en ese sitio, el del *Dunbar*, que erró la entrada y partiéndose se fué á pique; 340 personas perecieron; dos de los oficiales que nos acompañaban habían sido testigos, por desgracia impotentes, del siniestro y habían visto á tantos infelices que acababan de hacer una navegacion de tres meses, ahogarse luchando con las olas que los estrellaban contra las rocas y los hundían en el abismo.

Mauley-Beach, por el contrario, es una bahía situada en la costa Norte de la entrada y separada del Océano por una angosta lengua de tierra. Nada más risueño que sus pintorescos bosques y sus jardines naturales de flores. Allá van todos los domingos diez ó doce vapores, cargados hasta no poder más, conduciendo á toda la poblacion de Sydney: entónces son los *pique, nique*, los juegos y bailes sobre la hierba. Ya véis que aquí saben sacudirse el rígido fastidio que en semejante día ordena la costumbre de Inglaterra; hora y media emplean los alegres domingueros en volver á la ciudad.

Un *brick-fielder*, huracan del Sudoeste, distrae nuestro regreso. Espesas nubes de arena amarilla oscurecen el cielo y caen sobre nosotros; tenemos una pulgada de polvo en la cubierta y más de un grano en los ojos. Luégo empieza el granizo y la brisa bate la superficie del agua de manera que se cubre con una sábana de blanca espuma ántes que hayan tenido tiempo de formarse las olas. Si no arriásemos á toda prisa, pronto caerían los palos.

Una vez, algunos jóvenes fletaron un *steamer* para mostrarnos todos los preciosos rincones de esta bahía, que no puede ser visitada toda en un año entero que se le consagre; saltamos al agua por cima de las bordas, echamos redes que primero salieron sin pesca alguna y luégo con 200 pescados de un golpe, y hubo risas y bromas en grande.

Otra vez un lindo *yacht*, en que íbamos 17 entre muchachas y muchachos, nos llevó con la brisa de la bahía de Woolloo-moolloo á uno de los más salvajes recodos del rio Parramatta. El bote remontó un canal cubierto de lianas; allí había una oscura gruta cuya entrada cierran unas cuantas tablas. Ante esa puerta primitiva, dos viejos irlandeses, un octogenario y su mujer, fumaban en pipa, rodeados de puercos. ¡Oh, Filemon, oh, Baucis! Cuarenta años hace que viven allí, ocultos como verdaderos salvajes, léjos de todo sendero, de toda habitacion. ¿Debíamos esperar tal espectáculo en el país de las minas de oro?

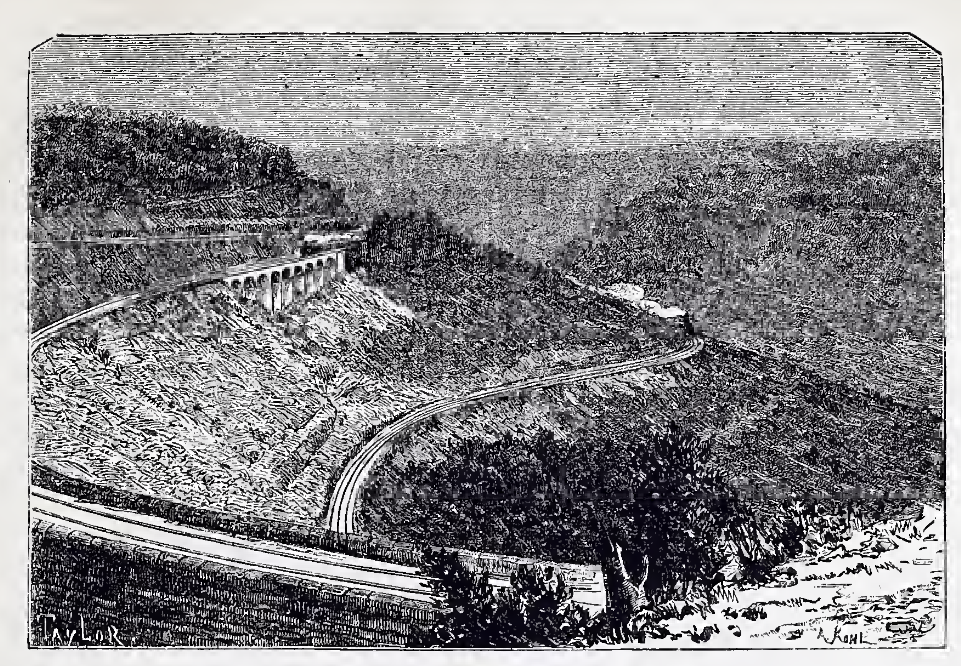
Iba con nosotros el buen Dalley, narrador por excelencia, dibujante y bromista del *Punch and Charivari* de Sydney. Porque tambien tiene Sydney su *Punch* tan ingenioso como el de Lóndres. La conversacion fué chispeante, á pesar de una ráfaga que inclinaba y balanceaba el *yacht* terriblemente, de lo cual no se espantaron las *misses*. Pero bailar en tierra las divertía más y así no se cansaban de festejarnos; pues lo que refiero no es sinó la vida de excursiones que nos arrancaba de vez en cuando á las delicias de la vida mundana de Sydney. Dábannos prisa á que volviésemos y no cesaban los agasajos. Cada noche baile, en que hallábamos la sociedad más brillante; hasta tuve el honor de dirigir un *cotillon*. ¡No todos los días tiene un parisiense ocasion de dirigir cotillones en los antípodas!

De día, muchas amables personas nos convidaban á los juegos campestres en los hermosos jardines que dominan la bahía y que son maravillosos. En la posesion de lady Manning una serie de terrados puestos por escalones, como las casas en el anfiteatro que forma Génova, daba vista desde lo alto sobre las risueñas bahías de Sydney-bove, Tarm-bove y Woolloo-moolloo. Las olas venían á morir en los parterres del jardin botánico, cuyas enramadas y deliciosos paseos no olvidará seguramente ninguno de nuestros oficiales de marina.

Más léjos, toda una encarnada, Slizabeth-Bay, forma casi un lago, y todas sus orillas son un solo jardin.

Allí se encuentra en una posicion única por su belleza la quinta de lady Susaunah Macleay; bambúes y palmeras mézclanse con los helechos arborescentes y con los bosques naturales de azucenas; es el más mágico jardin de la más encantadora y graciosa castellana!

Luégo había tambien un *cottage* frances donde trascurrían las horas muy dulces para nosotros hablando con personas de corazon y talento...




Camino de hierro á zig-zags en las Montañas Azules.

## IV

Los hijos del ilustre Mac-Artuhr.—Relaciones con Nueva-Caledonia.—Instituciones y riquezas de Nueva Gales del Sur.

Pero ántes de abandonar la colonia empleamos un día en una excursion histórica y curiosa. Fuimos con el gobernador á 20 leguas de Sydney, á Canden, posesion de los señores Mac-Arthur.

El padre de éstos fué el primero en adivinar que Australia, léjos de limitarse á ser una penitenciaría para los escapados del patíbulo, debía convertirse en una sociedad inglesa y libre, llamada á representar gran papel en el equilibrio del mundo, por su riquezas naturales y por un comercio del que fué iniciador el mismo Mac-Arthur.

Las praderas de Camden están llenas de rebaños y sus colinas de viñedos que, entre paréntesis, producen el mejor vino de Borgoña australiano. Desde un punto de vista mostráronnos el valle donde fueron hallados, despues de cinco años, los primeros animales que la expedicion llevaba vivos. Unos 20 se escaparon, y hasta 1793 nadie volvió á verlos.

Mac-Arthur descubrió en este sitio al rebaño que había nacido de aquéllos, y que en estado salvaje recorría los prados y desafiaba las flechas de los indígenas, los cuales, habiendo comido muchas veces carne humana, querían comparar con ella las chuletas de carnero.

Estaba yo ávido por oir el relato de los hijos del que los australianos llaman *fundador de la prosperidad de Australia.*

A la edad de 20 años, el capitan Mac-Arthur formaba parte del cuerpo de oficiales encargados, en 1788, de mandar las tropas del *Penal settlement* de Botany-Bay

Desembarcado con los penados, testigo de todas las peripecias del primer establecimiento y de las primeras labores que han abierto estas lejanas playas á la civilizacion, pensó desde luégo en la cría de ganados y en la exportacion de lanas.

El pensamiento era atrevido, cuando veía á las tribus negras vivir del asesinato y el pillaje, y cuando no se contaba con más apoyo que el de criminales deportados, los cuales desembarcaban sin recursos.

La distancia que les separaba del país donde había que buscar los animales productores, la falta casi absoluta de comunicaciones para exportar

los productos anuales, parecían obstáculos invencibles. Pero desde 1797 pudo adquirir en el cabo de Buena Esperanza *cinco ovejas y tres carneros* de la raza de merinos; cruzólos con *diez ovejas* de Bengala que obtuvo al mismo tiempo, y resultó una raza cuyo vellon era abundante y que se avenía perfectamente al clima australiano.

Los rápidos progresos, la maravillosa prosperidad de tan modesto rebaño animaron á Mac-Arthur.

En 1803 fué á Inglaterra: su fin era convertir la *tierra del suicidio*, como llamaban entónces á Australia, en una colonia mercantil.

«Habláis de suministrar los medios para tener una miserable existencia de penados, decía á los lores del Consejo privado; creedme, yo os pondré en el mercado de Lóndres más lana de la necesaria para todo el consumo de Inglaterra».

Y como los lores le tratasen de utopista...

«Digo más, añadía, Australia, con su océano de praderas, os enviará más lanas que todos los rebaños de Europa y Asia».

Y para asegurar tan hermoso porvenir, sólo pedía al gobierno cuatro ó cinco buques enteramente cargados de ovejas. Pero como todos los grandes innovadores. fué recibido con sonrisas de desden. Sólo lord Camden le dió alguna esperanza, y obtuvo para él de Jorge III, como cortes regalo, *una* oveja y *nueve* carneros de su rebaño-modelo de Kew. Parece que á la sazon los soberanos tenían el gusto de las granjas modelos, y que, por otra parte, los consejeros privados no eran muy previsores. Rechazado por el gobierno, el jóven oficial fletó él solo un buque y llevó á Sydney, ademas del regalo de la munificencia regia, 400 ovejas sajonas de la más pura raza, compradas á sus expensas.

«En estos prados que nos rodean hasta perderse la vista, nos decían los señores Mac-Arthur, vió nuestro padre prosperar los rebaños que él solo había importado y en los que fundaba tan grandes esperanzas: si hubiera vivido hasta la edad de 97 años, hubiera visto el desarrollo, único en el mundo, de una riqueza, cuyos modestos cimientos fueron creacion suya; hubiese visto lo que véis, no sólo en nuestra colonia, sinó en todas las que han nacido de ella y le han pedido sucesivamente, como á una segunda madre patria, los primeros rebaños».

Lo que vemos, en efecto, son ocho millones de carneros en Nueva Gales del Sur, cerca de nueve millones en Victoria, millon y medio en Tasmania, seis millones en la Australia meridional y otros tantos en Tierra de la Reina.

Esto forma un total de *treinta millones y medio de carneros*, representando un valor de 457.500.000 francos y dando una exportacion anual de 152.500.000 libras de lana por valor de 290.000.000 de francos.

¿No es asombroso recordar á presencia de esas cifras que en 1823 se vendieron en el mercado de Lóndres por 2.200 francos 12 balas de lana, como primera exportacion de Australia? ¡Hé ahí una obra inglesa, obra de muy pocos años, que dentro de diez se habrá duplicado! ¿Qué será dentro de un siglo, pues que los *squatters* sólo ocupan todavía el litoral de un continente casi tan grande como Europa?

El gobierno de la colonia se ha mostrado agradecido para con el hombre enérgico que tanto hizo por ella. Concediósele en propiedad un territorio en que bailaría de gusto todo un departamento franco.

El más jóven de sus hijos nos ha hecho recorrer la posesion: á un lado corrían y jugaban caballos y yeguas *pur sang*, á otro pacían bueyes por millares y carneros por decenas de millar. Pero en medio de esa verdadera exposicion de animales de raza europea, un ejemplar indígena hizo su aparicion entre la hierba. Era una horrorosa serpiente gris y marron de dos metros de largo; matámosla con entusiasmo y en seguida un negro la enroscó en su palo y la llevó en triunfo.

Segun parece, pertenecía á una de las especies más venenosas de estos parajes.

Hace un mes murió uno de los pastores de la *estacion* por la mordedura de una semejante.

Otro pastor acaba de ser mordido en la cintura; nuestro huésped lo ve y no vacila: con su cuchillo le abre en carne viva un hueco en que cabe el puño, en seguida le cauteriza con un hierro ardiendo, y aplica por fin un líquido hecho con hierbas del país.

Pienso que podía dar diez vueltas al mundo sin hallar persona que no tenga el horror innato á las serpientes.

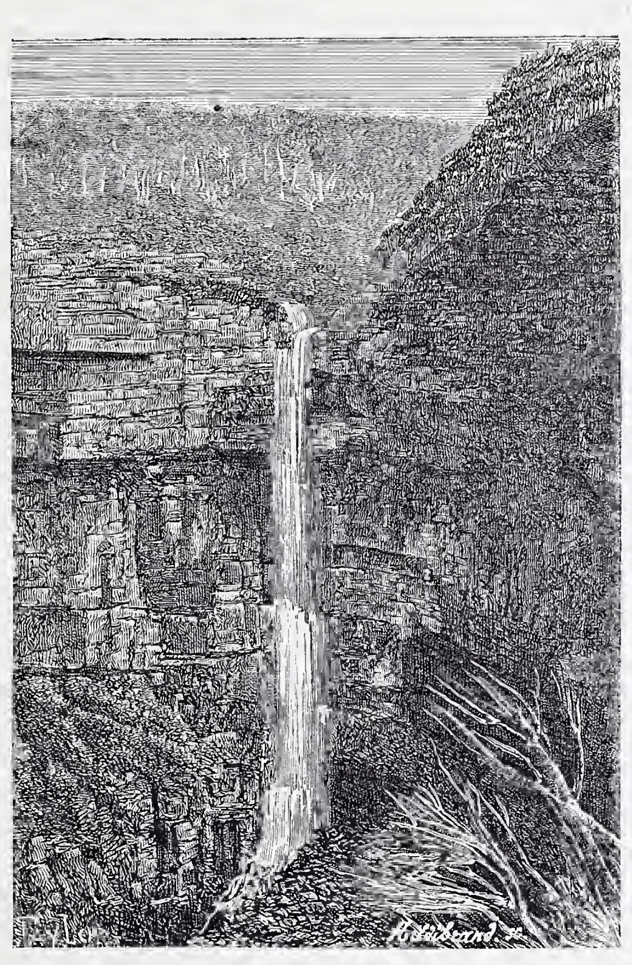
Es como el horror á los penados; todo el mundo lo tiene; los detestan. Y sin embargo, decíanos nuestro huésped, los hemos visto en el trabajo cuando no había en la colonia más hombres libres que los oficiales y soldados de la guarnicion. Nunca estaban cerradas nuestras puertas (es verdad que las cerraduras eran cosa desconocida) y nunca fuimos robados. Desmontar bosques, construir muelles y trazar caminos, tales eran sus trabajos. Cuando los inmigrantes libres llegaron en tropel, dímosles los penados como obreros y

servidores, y muchos por su buena conducta ganaron perdon y libertad.

El término medio de los crímenes aquí no ha igualado nunca al de Inglaterra. Tal ha sido la grande é incontestable ventaja de las deportaciones: los deportados fueron los trabajadores involuntarios cuyos primeros azadonazos abrieron una mina llena de tesoros.

Nunca se hubiera podido hallar un millar de hombres libres para desembarcar en los escollos de Botany-Bay; pero se encontraron 300,000 para desembarcar en los muelles de Sydney.

El elemento penal fué necesario en la fundacion, cuando el horror público á estos países igualaba á la pública ignorancia; pero pasado aquel tiempo, su perniciosa influencia sólo podía ser combatida por la trasformacion gradual de la forma de gobierno, á medida que la inmigracion libre trasformaba la condicion moral de los gobernados. Lo que ha hecho la admirable fortuna de Nueva-Gales del Sur es la dósis de libertad en la administracion de sus negocios, que aumentaba con la llegada de cada buque de inmigrantes, es el *self-governement*, la eleccion libre, la participacion de todos en la vida política. Si se hubiera mantenido para la colonia el sistema autoritario de la penitenciaría, no tendríamos en Australia el múltiple espectáculo de ciudades populosas, parlamentos elegidos por sufragio popular, fuerza libre, ferro-carriles, comercio importantísimo, y en una palabra, civilizacion europea y liberal. Hubiéramos encontrado en el suelo de Nueva Holanda cuarteles y prisiones, decretos indiscutibles de un gobernador omnipotente, silencio aprobador de un consejo pro-forma, expediciones heróicas sin resultado, monopolio en todo, reglamentos para todo y un gendarme para cada dos colonos.



El salto de Gowett.

Semejante espectáculo sería sobre poco más ó ménos nuestro sistema colonial como se empieza á practicar en Nueva Caledonia. Hubiera querido visitar este último país, pero durante mi estancia en Australia ningun buque partió para allá; pero hay una cosa de nuestra colonia de que puedo hablar de visu; es el cuadro de sus relaciones mercantiles con Sydney publicado en las estadísticas del Ministerio.

Las exportaciones de Sydney para Numea en 1865 fueron de 983.000 francos, miéntras que Numea sólo ha enviado á Sydney 49.000 francos de mercancías. La diferencia es de 934.000 francos á favor de Nueva Gales del Sur.

Y sin embargo, por sus inmensos recursos naturales, por su naturaleza tropical, por su posicion mercantil, pudiera esa hermosa isla convertirse en una magnífica colonia, nos dicen los que la han visitado.

Situada bajo la misma latitud que Borbon, dotada de un suelo prodigiosamente fértil, produce tambien, como Borbon, azúcar, café, especias; no necesita para hacer fortuna enviar sus productos por el Cabo de Hornos á Europa, distante 6.000 leguas; está á cuatro días de Sydney, á diez de Melbourne; goza la felicidad única para una colonia tropical de tener *su Europa* á la puerta y en ella encontrarían fácil salida todos sus productos.

La naturaleza, demasiado seca, del suelo australiano se niega al cultivo del azúcar y el café;

esta poblacion de millon y medio de blancos, establecida y opulenta, en vez de adquirir en Mauricio ó Java los productos tropicales que necesita, los obtendría de nuestra isla, admirablemente situada para la estrategia mercantil, dejándonos cada año muchos millones. Quisiera poder esperar tan próspero porvenir.

Mas por ahora parece que Nueva Caledonia es como un buque de tres puentes gobernado por el pito del contramaestre; los colonos son allí tratados como pasajeros que molestan la maniobra de los *obreros de la transportacion.*

Cuando ocurrió la desgracia de Borbon doce colonos de esta isla vinieron en diputacion á Nueva Caledonia buscando medios de establecerse en ella, pues les tentaba la riqueza del suelo. El despotismo militar, junto con una centralizacion de presidio, les hizo ver que estarían allí de más y se volvieron á su isla natal.

Oficialmente se ha preferido á todo la excelencia de la posicion para una penitenciaría. Si los deportados tratan de escaparse por mar, sus frágiles canoas se romperán contra los arrecifes de coral. Si por tierra logran forzar el cordon de tropas que los guarda, caen en manos de los canaques, que en seguida los asan y se los comen... Y luégo la ocasion magnífica para hacer tres ensayos sucesivos de falansterio, sorprendiendo al mundo con la práctica de esta original teoría. Por desgracia, despues de escenas altamente cómicas y aunque llegaban más numerosos de lo que era menester los cargamentos de *virtuosas huérfanas*, el famoso *falansterio* ha ido de mal en peor.

Lo más claro de las importaciones francesas es el ajenjo, y lo más saliente de las exportaciones es el papel timbrado de los informes judiciales y militares.

Pero si no tenemos más que mil setecientos hombres en una tierra donde los ingleses tendrían ya 17.000, y si la subvencion de 300.000 francos excede en dos terceras partes á los recursos naturales de la colonia, cuyo suelo es, sin embargo tan rico, si en vez de colonizar sólo sabemos ocupar, fortificar, acotar, reglamentar é inspeccionar, nos queda las gloria de las armas.

En Sydney se hacen grandes elogios de los 900 hombres de nuestra guarnicion caledoniana, y ese merecido elogio hace siempre palpitar nuestros corazones.

Nacidas en épocas diferentes, no bajo la misma estrella, sinó bajo la misma oscuridad, Nueva Gales del Sur y Nueva Caledonia parecen colocadas frente á frente para que resalte el estado de infancia en que se halla la una y el magnífico desarrollo que alcanza la otra.

El cuadro de 1865 es brillante para la colonia inglesa: 411.388 habitantes poseen 8.132.511 carneros, 1.961.905 cabezas de ganado vacuno y 282.587 caballos; los gastos del Estado se elevan á 43.912.275 francos, y los ingresos á 53.930.825 sirviendo el excedente para amortizar con rapidez la deuda, que es todavía de 143.725.000 francos, y 1.912 buques con capacidad de 635.888 toneladas entran en sus puertos; su comercio general es de 304.980.600 francos; la carne cuesta á 30 céntimos de franco la libra, y el precio medio de los salarios es 12 francos y 50 céntimos diarios.

La Constitucion de Nueva Gales del Sur no se parece á la de Victoria ni á la de Tasmania. La *Assembly*, compuesta de 70 individuos, es nombrada periódicamente por el *Residential suffrage*, es decir, por todos los ciudadanos inscritos como residentes: esa es la Cámara de los Diputados. La *Legislative* es nombrada vitaliciamente por el gobernador, en consejo de ministros responsables: es la Cámara de los Jueces. En ese gobierno constitucional la mano hábil y amada de sir Jhon Young ha sabido mantener tendida y sin romperse la cuerda entre el elemento conservador y el elemento liberal, vencidos ó triunfadores alternativamente en el juego de las instituciones parlamentarias. Los negocios están siempre en manos de hombres superiores, y cuando no es Mr. Martins, es Mr. Cowper quien dirige, siguiendo las corrientes de la opinion pública que juzga y del sufragio que sanciona.

Aunque la sociedad de Sydney, capital de una colonia principalmente pastoril, donde una aristocracia poderosa se mantiene fuera del comercio, sea una sociedad antigua en comparacion con la de Melbourne, nivelada por su nacimiento en la fiebre del oro y por el carácter eminentemente mercantil de sus moradores, la vida política es en aquélla no ménos activa y apasionada que en ésta.

Para todos los hombres que hemos visto, la patria está aquí, y de ella están enamorados como el escultor de la estatua que ejecuta, aquí está el palenque en que luchan por sus principios, se elevan por las elecciones y aumentan su prosperidad por sus propias manos. Más firme que Victoria, pero ménos liberal; más lenta, pero ménos febril; más semejante á Inglaterra miéntras que su vecina se acerca á los Estados-Unidos, la Nueva-Gales del Sur me ha parecido el floron mejor montado y más sólido en la brillante corona de

las colonias inglesas; en setenta y siete años ha mostrado lo que pueden, á pesar de los mayores obstáculos, la autonomía, la energía y el liberalismo.

## V

Más de Sydney.—Primeros descubrimientos.—Ojeada sobre el origen de la colonia.—La bahía de Port-Jackson.—La ciudad.—Parques y jardines.—Juegos.

Nueva-Gales del Sur fué el nombre dado por el capitan Cook á la parte oriental de la Australia que exploró en 1770; desembarcó en Botany-Bay y tomó posesion del continente á nombre del rey de Inglaterra.

Pero el honor de este descubrimiento no le pertenecía por completo: multitud de navegantes habían ya reconocido el continente de Norte á Sur.

El primero de todos ellos, fué un portugues, Manuel Godenho, que abordó al Noroeste en 1601. Un holandes, J. W. Verschoor llegó poco despues, en 1806, á reconocer el cabo de York; más tarde, otro holandes, D. Hartog, exploró la costa y descubrió diversas islas de la tierra desconocida llamada *Terra Australis*. Prosiguen los holandeses en esta serie de triunfos y á dos de ellos, Peter Carpenter y Abel Jaussen Tasman debe respectivamente los descubrimientos del golfo de Carpentaria y de la Tasmania.

Llamada Van-Diemen, se confirma la grande isla de Tasmania con el nombre de su primer investigador. Un frances, M. de Saint-Alouran, echa el ancla en el cabo Leuwin, al Sudoeste en el año 1670; William Dampier aborda la costa occidental en 1668. Despues, y durante ochenta años, ingleses, franceses y holandeses, llegaron al continente australiano, giraron al rededor de él, estudiaron más ó ménos su configuracion é hicieron más ó ménos descubrimientos, pero sin tomar formalmente posesion de él. Fué en 1787, cuando sobre las noticias de Cook y bajo el ministerio de Pitt, el comodoro Phillipp estableció en Cotony-Bay los primeros cimientos de la colonia penitenciaria que andando los tiempos había de dar á Inglaterra el inmenso continente que hoy ocupa.

Los principios de la colonia fueron de los más modestos: setecientos cincuenta y siete forzados, entre los cuales había ciento noventa y dos mujeres y diez y ocho niños, guardados todos por un destacamento de doscientos soldados, fueron sus fundadores. Un toro, cuatro vacas y un becerro, algunos carneros, cabras y cerdos, formaban la reserva y el porvenir de los nuevos colonos.

Y, cosa maravillosa, hecho único en la historia de la colonizacion: en ménos de noventa años, este grupo de hombres se ha convertido en una nacion de dos millones setecientos mil habitantes, y algunas bestias arrojadas sobre esta tierra desierta en un millon de caballos, ocho millones de bueyes y sesenta millones de carneros.

¿Qué nacion no se sentiría orgullosa de semejante triunfo? Se comprende la fiera altivez de los australianos.

Parece en verdad que el instinto conduce á los ingleses por todos aquellos lugares donde su raza puede desarrollarse en la plenitud de sus facultades, como no sea acaso que condiciones especiales de organismo lo hagan capaz de prosperar en todos los climas. Sea ello lo que quiera, es el caso que á cualquier punto donde arriba encuentra puertos y recursos con los cuales fuera osadía contar de antemano.

¿Quién hubiera podido predecirles que en esta tierra desierta, tierra donde el natural moría de hambre, encontraría espacios inmensos apropiados á la produccion de la lana y de la carne? ¿Quién pudo decirles que en este continente de aspecto desolado, en estas llanuras interminables y en estos barrancos pelados encontraría los *placers* más ricos y las minas más inagotables? ¿Podrían suponer que esta tierra ingrata y estéril daría los trigos más estimados del universo y que el día que quisieran verían brotar á corto esfuerzo el viñedo y los olivos en las secas colinas?

Fenómeno digno de ser notado: hay pueblos, como ciertos individuos que van á la potencia, á la supremacía y á la fortuna sin saberlo, sin darse cuenta de ello, sin vacilar un sólo momento. El instinto les arrebata y el instinto les hace triunfar.

La Nueva Gales del Sur es la madre de las colonias australianas y Sydney su capital de hecho y de derecho. Ciudad hoy de más de doscientas mil almas, Sydney está, como dijimos, admirablemente situada á la parte Sur de la bahía de Port-Jackson. Es de todo punto imposible encontrar

una situacion más apropiada á las condiciones que há menester una ciudad naciente: puerto maravilloso al abrigo de los vientos y donde pueden mantenerse á flote las más grandes embarcaciones, colinas graciosas, puntos de vista encantadores; esta vasta bahía forma mil pequeños golfos en miniatura bordados de casas deliciosas y de jardines preciosos. A cada instante, la escena cambia, un nuevo punto de vista surge, las perspectivas se abren, se cierran ó se extienden á vuestros ojos sorprendidos: es un panorama de muchas leguas de los más diversos y siempre encantador.

Es lo lindo, en su más alta manifestacion se entiende, pero no lo sublime, digámoslo en honor de la verdad, porque se compararía vanamente la bahía de Sydney que encanta, á la bahía de Rio-Janeiro, cuya grandeza asusta.

La entrada de Port-Jakson es por todo extremo salvaje y contrasta con lo agradable y precioso del interior. Puede suponerse que esta bahía era un inmenso bajo llenado por la ribera Paramalta, y que la barrera de rocas que la aisla del mar, ha ido poco á poco cediendo á la accion cambiada de las olas y de la presion de las aguas.

Son precisas, creo haberlo dicho ántes de ahora, largas excursiones en vapor y en lancha para bien conocer Port-Jackson y apreciar sus bellezas. ¡Cuántas bahías es preciso recorrer desde la entrada hasta Sydney solamente!




Las rocas de Port-Jackson.

Dejamos á la izquierda Watssoni-Bay y Vaucluse-Bay; doblamos la punta de Requin, dejando á la derecha la isla del mismo nombre, y damos vuelta á Rose-Bay con sus bellas habitaciones. Apercibimos Elisabeth-Bay y Woolomsolso para llegar á Farme-Cove y Sidney-Cove; despues, costeando una gran península, veremos á Darling-Narbour.

Estas cuatro últimas bahías forman, en la ciudad misma, puertos donde los navíos atracan en el mismo muelle.

Pero no hemos citado más que las bahías de la ribera izquierda; la ribera derecha está cortada por multitud de pequeños golfos, y remontando áun hasta Paramatta, encuéntranse innumerables golfos y bahías, cuya nomenclatura sería larga y fastidiosa.

Yo admiro la bahía de Sydney de todos modos, y la aprecio en su más alto valor; pero no llegaré hasta el extremo tocado por muchos turistas exaltados, de considerarla como una de las siete maravillas del mundo. Tendré, puede ser, lacrimales ménos fáciles que cierto viajero ingles que, segun decía, le era imposible llegar á este lugar y abandonarlo, sin derramar un torrente de lágrimas.

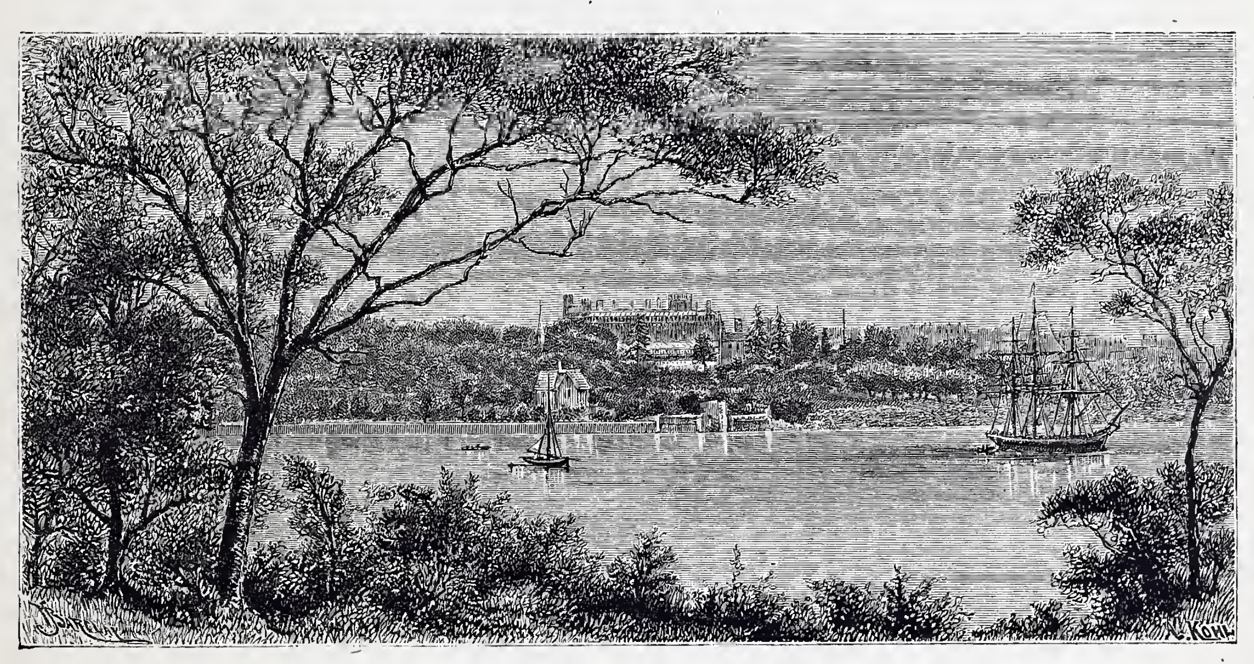
En cuanto á la ciudad en sí misma, Sydney tiene aspecto distinto de las demas ciudades de Australia. No es un tablero de ajedrez con cuadrados iguales, dibujado sobre una superficie

absolutamente plana, con almacenes poco más ó ménos semejantes y casas siempre las mismas.

La ciudad, largamente extendida sobre muchas colinas, tiene calles irregulares, ángulos agudos y líneas cortadas. Sus parques y sus jardines, léjos de extenderse á lo léjos y apartarse de la poblacion, se agrupan en el centro de ellas, la abrazan estrechamente, rodean sus casas y forman *squares* inmensos llenos casi siempre de paseantes y de niños.

Habíamos comparado á Melbourne con una ciudad yankee; Sydney tiene todo el aspecto de una ciudad puramente inglesa. Se advierte que ha sido fundada bajo la viva y dulce impresion de los recuerdos de la madre patria. El desterrado parece haberse querido proporcionar el dulce consuelo de colocar á los ojos siquiera el retrato de aquel pueblo que fué su cuna y á quien debió la vida.

Entre ambas ciudades, Melbourne y Sydney, es preciso observar diferencias notabilísimas. Sydney ha sido elaborada lentamente, en medio de dificultades y de luchas, bajo el imperio de ideas económicas, comerciales y políticas; ha reñido la batalla de los pueblos; se ha consolidado en el ejercicio de todas las prácticas, en el estudio y algunas veces en la derrota de los ideales. Jóven aún, ha podido ya deducir por azares de la suerte la experiencia y la seguridad que al cabo restan de las amarguras del desengaño.



El palacio del gobernador en Sydney.

Por esta causa, su jóven y ambiciosa rival, creada por así decirlo en un solo momento, tira el oro á manos llenas para sus monumentos y sus instituciones públicas, como para sus habitaciones privadas.

Los alrededores de Sydney, aunque llenos de lindas casas y de preciosos jardines, no pueden en manera alguna compararse con los de Melbourne, donde tantas soberbias moradas se alzan orgullosas.

Melbourne es un aventurero, un hijo de fortuna prodigando locamente sus riquezas; Sydney un primogénito prudente, celoso de su derecho de primogenitura y respetando las tradiciones de la familia.

Melbourne es una democracia lanzada á todo vapor en la vía de las reformas exageradas; Sydney una república conservadora; pero que ha osado, á pesar de todo, ser la primera en atacar la *Ley del domingo*, esta arca santa del protestantismo ingles, abriendo ese día el Museo y la Biblioteca para el más grande aprovechamiento de las clases pobres que no pueden visitar dichos edificios los días de entre semana.

Desde hace diez años, Melbourne parece haber picado la ambicion celosa de Sydney: naturalmente inclinada á la emulacion, ha despertado de su sueño casi secular para lanzarse á toda velocidad en la vía de los embellecimientos. Es más de extrañar que tan tarde se haya decidido á esto,

teniendo como tiene á mano los más bellos materiales de construccion. Vemos por esto, en las calles Pitt y York, monumentos que harían honor á la más bella de las capitales europeas.

El Hotel de Ville es de una lindísima construccion; el Correo un soberbio edificio, y el Tesoro, de estilo moderno, un monumento notable.

Entre los jardines públicos citaremos el Victoria-Park, en medio del cual se levanta la Universidad; el parque del príncipe Alberto, donde se construyó el edificio destinado á primera exposicion; el Hide-Park, donde se ha inaugurado no há mucho el monumento á Cook, el heroe y el dios de la poblacion australiana; el jardin donde la poblacion se consagra al juego del *cric-ket*, para ejercitar los músculos y desplegar su destreza; el palacio del gobernador y, en fin, sobre el borde mismo de la mar, el maravilloso Jardin Botánico, donde se mezclan y confunden las vegetaciones del mundo entero. Se encuentran aquí orquídeas, cactus y yucas; toda clase de arbustos y de palmeras; araucarias de Norfolk y bunyas de Queensland. Se encuentra la anona de Méjico, el mangustan de Singapur y el tanguin de Madagascar. Encuéntranse bosques completos de damaras de las islas del Pacífico, encinas del Norte, olivares de España y palmeras de Ceylan; apercibo árboles de la Judea con sus pétalos rosa, grupos de jazmines y de redodendrones, en una palabra, todos los árboles y todas las flores.

¡Cuántas horas encantadoras tengo pasadas en este bello parque, un libro en la mano, reposando al fresco bajo la sombra espesa de las araucarias, errando al azar por prados de musgo, blandos como un tapiz de Smirna, perdido en sueños deliciosos al borde de la bahía, contemplando cómo las olas venían á quebrar á mis piés todo su orgullo!

El domingo y los días de fiesta, el Jardin Botánico se ve literalmente invadido por la poblacion, y yo he asistido á verdaderas escenas dignas de la edad de Oro. Grandes grupos se forman bajo los árboles que todo el mundo tiene derecho á ocupar; los almuerzos son esparcidos sobre la verde hierba, acompañados de conciertos improvisados.

Luégo se organizan juegos en que todos toman parte más ó ménos activa, y más allá bailes improvisados en que todos parecen unidos por la simpatía más perfecta. Es un verdadero idilio: se danza, se mezclan, se abrazan; y lo que en todo se admira por más notable es que, en una tal locura, en un tal desórden, no se escucha una sola voz que desentone, ni ocurre una escena desagradable. Diríase que asiste uno á las expansiones de una inmensa familia.

## VI

Estrecho de Bass.—Encuentro interesante en Launceston.—Hobart-Town.—Bailes en los antípodas.—Ruinas de tumbas francesas.—Piscicultura.—El árbol de Cook.—La despedida.—Huracan.—Recuerdos políticos.—Refugio en Eden.

Nuevamente, sin obedecer á método, ni órden ni concierto, voy á interrumpir la descripcion de mis paseos á Sydney, para dar á mis lectores la de una excursion á la Tierra de Van-Diemen. Vamos acercándonos ya al final de nuestro viaje y los sucesos se amontonan; preciso anudar los cabos sueltos que quedaron, satisfacer antiguas deudas y volver la memoria atras para que no puedan considerarse como falta imperdonable en un viajero, lo que á lo sumo fué producido por una precipitacion natural de aventuras y sucesos.

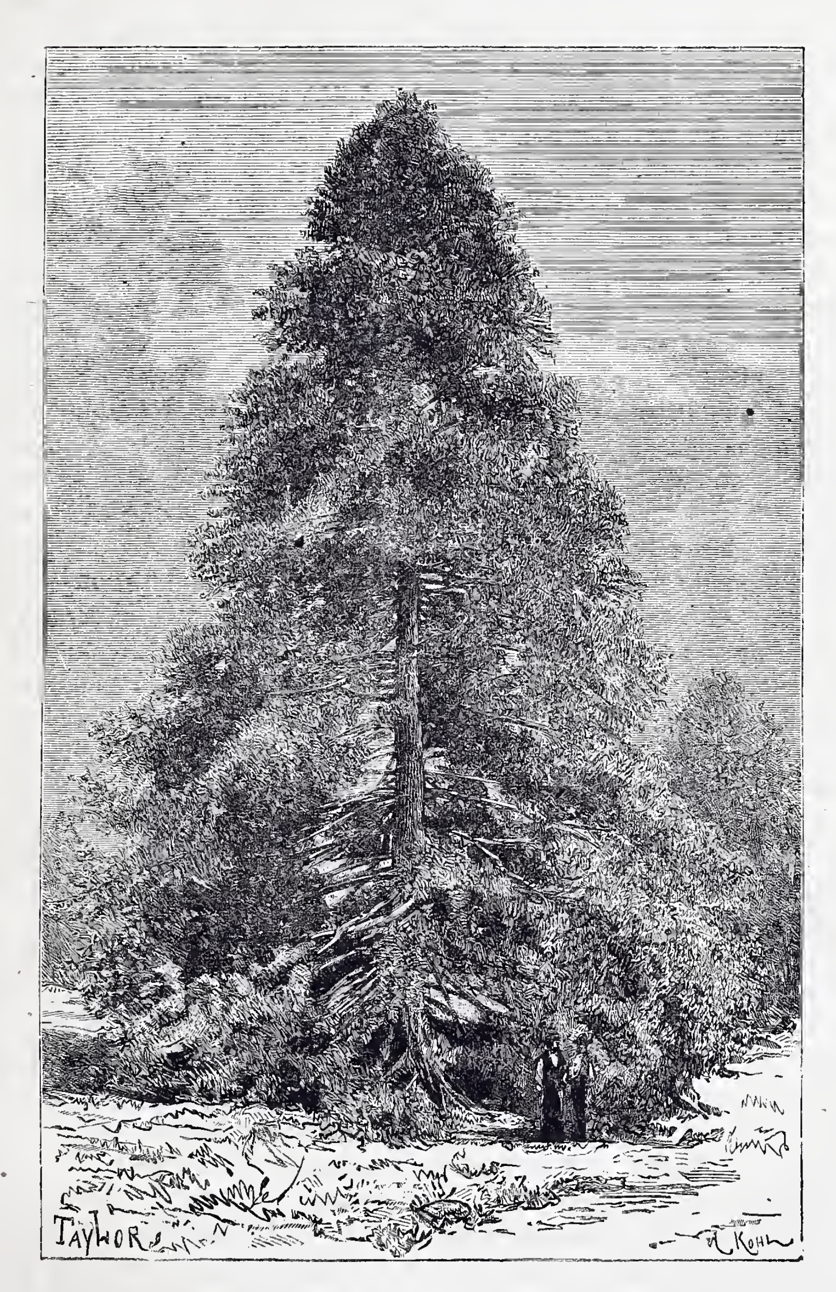
Pero no tengan por esto cuidado alguno mis lectores, porque al fin de este capítulo otra vez tomaremos el camino de Sydney, y seguiremos por él sin tropiezo alguno, y ya deslizándonos como por un plano inclinado, hasta el momento supremo en que hubo que abandonar á la jóven Australia.

---

Partimos para la isla de *Van-Diemen*. Todo lo que sé de ella es que Van-Diemen no la descubrió, sinó *Tasman*, un jóven lleno de valor que suspiraba tiernamente por la señorita de Van-Diemen en 1642, y á quien se la negaba un padre harto cruel, reteniéndola cautiva en los esplendores de los palacios de Batavia. El jóven resolvió entónces encontrar tierras nuevas: la existencia de un gran continente en el Océano austral había sido notada por Quirós y Towes en 1606, y confirmada dede 1618 á 1627 por los holandeses Hertoge, Zeachen, Lewin, Nintz y Witt. Unicamente

habían reconocido algunos puntos de la costa, apartados unos de otros por cientos de leguas, y de donde los salvajes los echaban.

Tasman, desde su primer viaje, dió la vuelta á ese continente sin verlo en realidad, mas volvió convencido de que la tierra á que había dado nombre, formaba parte de él. Pero tambien había dado á los islotes de los mares australianos los nombres y apellidos de su amada, y fué á llevar al célebre gobernador de Java el relato de sus descubrimientos, los mapas y las curiosidades de de todas las tierras donde había puesto el pabe-




El bunya-bunya.

llon holandes, y sólo entónces obtuvo la mano de la señorita María por recompensa. ¿Sería indiscrecion preguntar si los padres de familia son tan recalcitrantes hoy... en Holanda?

A las tres y media levamos anclas; un vapor de hélice construído en Glascow, el *Derwent*, nos lleva en compañía de cincuenta pasajeros. Bajamos el Yarra-Yarra durante una hora; nos lanzamos rápidamente por la bahía de Port-Philipp, que por primera vez surcamos con tanta lentitud; los fuertes disparan cañonazos, y la brisa arrastra con nosotros casi á flor de agua sus nubes de

humo teñidas de púrpura por los últimos rayos del sol poniente.

Atravesamos el estrecho de Bass y á mediodía se nos aparecen las costas de la isla. Hasta ciento cincuenta años despues del descubrimiento de Tasman no se supo que Van-Diemen era una isla, y separada del continente por un profundo estrecho de 271 millas, lo cual se debió á dos jóvenes, Flinders y Bass, que siguieron de 1797 las costas desde Sydney en una barca de tres metros de longitud.

Al mediodía estamos en la embocadura del Tamar: es un río estrecho y pintoresco: primero, rocas basálticas cortadas á pico y montañas cuyas cimas están cubiertas de nieve lo estrechan en mil rodeos; de vez en cuando afluyentes y cascadas nos permiten hermosas vistas sobre los valles donde brillan los manzanos en flor, los pinos marinos y multitud de plantas que la primavera despierta; luégo á cada momento se cree uno en un lago cerrado por todas partes, y es en efecto más bien una serie de pequeños lagos que un río; se pregunta uno cómo podrá salir, y á lo mejor ve entre dos rocas una especie de garganta sombría, gira el buque y al punto aparece un nuevo lago á lo léjos.

Esto es correr de sorpresa en sorpresa.

Al caer la noche desembarcamos en la pequeña ciudad de Launceston, que tiene 10.000 habitantes, pero despues de la animacion un poco americana de Melbourne, esto nos parece frio y muerto, y luégo esta es la tierra clásica de los deportados de Inglaterra: no hace más de quince años que han cesado esos envíos: ya en los muelles nos ha parecido ver rostros sombríos y feroces marcados en la frente con el sello de su orígen demasiado ilustre. ¡Que no pudiéramos volver á Melbourne, pensábamos!

Pero de súbito se interrumpió el silencio de la noche, que no empezaba alegremente, porque nos encontrábamos tan solos y tan léjos en aquella tranquilidad. Entró un hombre de edad muy avanzada: desde luégo nos sorprendimos de su figura venerable, sus enérgicas facciones, sus largos cabellos blancos, y un no sé qué de grandeza y sencillez patriarcal. Apoyándose en un rústico baston y andando lentamente, nos habló en seguida de Francia, «por la cual palpitaba fuertemente su corazon», y luégo, señalando al Norte, nos preguntó si habíamos sido felices en nuestro largo viaje por Victoria.

—Es una maravilla, le dijimos, pensar que en tan pocos años...

—Sí, prosiguió, cuando se piensa que Batmen ha muerto y que yo con Batman fuí el primero que desembarcó en 1835 en Port-Philipp para fundar una colonia...

¡Era Sams!... ¡el único sobreviviente de aquellos hombres enérgicos!

Sentóse al amor del fuego, y viendo toda nuestra simpatía, toda nuestra emocion, cedió á nuestras instancias y nos refirió su historia.

Salió de Inglaterra en 1814, llevando consigo su pequeño patrimonio y esperando hacer fortuna, pero hizo principalmente la de los demas. Establecióse en Van-Diemen con sus rebaños: «Entónces, nos dijo, no se conocía nada de esas vastas tierras que hoy se llaman Victorias, sino las costas descubiertas por Bass.»

«Una sola vez quiso abordar un grupo de osados marinos, pero los indígenas los rechazaron en seguida, y hasta el 1.° de Enero de 1835, ningun blanco se atrevió á poner allí los piés. Entónces éramos varias familias de honrados labradores en lo alto de las colinas que actualmente dominan la ciudad, empleando á los *penados* en los trabajos diarios; todas esas familias no formaban más que una sola. Celebramos lo noche del primero del año de un modo singular: se encendió una gran fogata en la montaña que alumbraba nuestra bandera nacional, y reunidos todos al rededor, pensábamos en la patria ausente. Allí, delante de los nuestros, juramos Batman y yo, que en el año nuevo probaríamos algo extraordinario, y llevaríamos una parte de nuestros rebaños al otro lado del estrecho, aunque hubiéramos de abandonarlo en seguida, esperando, si prosperaba, poblar una parte del continente para nuestros nietos. Lo dicho fué hecho; en Junio desembarcamos á orilla del Yarra-Yarra; los indígenas, hostiles al principio, nos dispararon flechas y luégo huyeron. ¡Ya sabeis cómo han prosperado nuestros carneros! Despues de diez años mis hijos me reemplazaron en Victoria. El año pasado quise ver lo que se había hecho en esas costas tan desiertas y esas praderas inmensas: palacios, allí donde yo con mis manos construí una cabaña de cortezas de árbol; caminos de hierro, allí donde yo tracé un sendero; millones de carneros en aquella tierra que nosotros conquistamos y abrimos para nuestros semejantes, ¡todo eso encontré!»

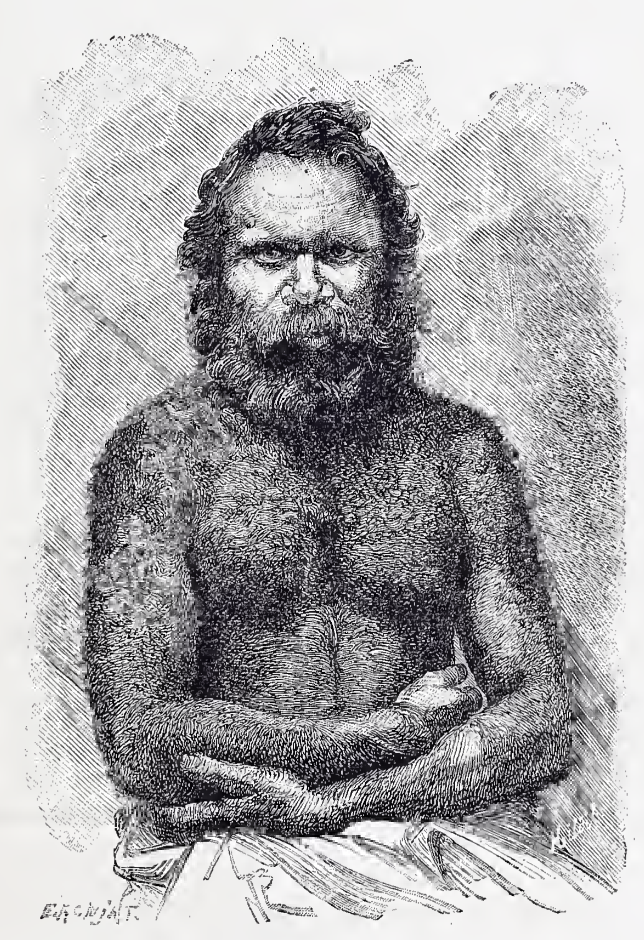
En seguida aquel buen anciano nos habló con lágrimas en los ojos del capitan Laplace, que en su viaje de descubrimientos á bordo de *La Favorita*, tocó en Van-Diemen y se llevó consigo uno de los hijos de Sams, para hacerle dar en Francia una buena educacion. Este recuerdo había ga-

nado el corazon del anciano para el nombre frances. Su hijo ha vuelto y ha seguido el ejemplo de sus hermanos. Cada uno está al frente de una *estacion* en las colonias australes, y todos hacen fortuna.

La isla está atravesada de parte á parte, de Norte á Sur, y en el espacio de 200 kilómetros por una carretera que los penados construyeron hace tiempo.

Seguímosla para ir á Hobart-Town, la capital, y ¿creeréis que en esta tierra, la más próxima al polo Sur, despues de Patagonia y Tawai-Punammur, hace el servicio diario de comunicaciones un clásico *mail-coach* ingles?

Partimos á las cinco de la mañana; desde el amanecer se dibujan á nuestra izquierda el Ben-Lomond y el Ben-Nevis (1); el paisaje es muy risueño; ora presenta campos cercados de setos, como en Inglaterra, ora bosques salvajes llenos



Un australiano del Sur.

de rebaños; la carretera, bien trazada á traves de las rocas y torrentes, es tan buena como puedan serlo las nuestras. En tres puntos tenemos soberbios panoramas que nos muestran la mayor parte de la isla.

En las tres gargantas que es preciso atravesar, y despues de quince horas de camino, despues de haber pasado en puentes de piedra el Jourdains y el Derwent, entramos en la silenciosa Hobart-Town.

Han pasado diez dias muy distintos de lo que podíamos imaginar. En esta ciudad, que á primera vista se nos pareció como la más triste y más puritana de las ciudades de Escocia, hemos sido agasajados á toda hora del modo más cordial y amable. El gobernador, coronel Gore Brocon, los ministros, todo un núcleo de poblacion instruída, feliz y alegre, nos ha recibido con perfecta amabilidad; era un insólito acontecimiento para la colonia nuestra llegada.

Van-Diemen, que sus habitantes, más justos

(1) Cinco mil piés de altura.

que los geógrafos, llaman Tasmania, es famosa por sus bellas *misses* y sus hermosas manzanas, las hijas de Eva y lo que nos ha hecho perder el Paraíso. Ambas cosas son muy de nuestro gusto en este oasis de los mares, risueño y fecundado por un clima delicioso, apacible y apartado de la fiebre de las especulaciones y de las minas, entregado á las costumbres de una gran familia y á una felicidad de campanario.

Hemos visto, pues, organizarse en seguida una serie de fiestas y todas las noches hemos bailado. Unas veces era en las grandes salas de armas y en las hermosas galerías llenas de flores del palacio del Gobierno, otras en los salones del Presidente de la Cámara alta y de los grandes propietarios del país que tienen en la ciudad una instalacion lujosa. Los banquetes de etiqueta de ochenta cubiertos, los conciertos, las funciones de teatro, las partidas de *crichet* y las carreras á caballo, siempre con las amables *misses*, nos han hecho olvidar cada día que estábamos en los antípodas.

Sólo nos dejaron libre todo el día del domingo, que se ocupó en un piadoso deber. Subimos con el obispo católico á una colina que domina á Hobart-Town; en la cumbre, en medio de los árboles y las rocas, buscamos los vestigios de las tumbas donde están enterrados, en número de unos cuarenta, los marinos muertos aquí durante la expedicion de Dumont-D'Urville, con las corbetas *El Astrolabio* y *La Zelea* en 1840.

Un pedazo de piedra se ha derrumbado; las cruces están derribadas por el suelo en completo desórden; las tablas que contenían inscripciones, se vuelven polvo carcomidas por el tiempo; sobre ellas se han levantado las espesas ramas de un bosque de geráneos que aquí brotan en estado salvaje. Escarbando el espeso musgo, reuniendo los pedazos esparcidos de esas modestas cruces, buscando los límites hechos de tierra de esas fosas, encontramos, no sin trabajo, casi todos los nombres de los que reposan en ellas, víctimas desgraciadas de la epidemia que reinaba á bordo desde los hielos del polo Sur, y que había ocasionado terribles estragos.

Estábamos muy conmovidos al ver así abandonadas, ocultas por una vegetacion creciente y casi perdidas, las últimas huellas de aquellos franceses muertos en lejana tierra. El príncipe ha querido que se tracen de nuevo los límites invadidos de esas tumbas, y aquella misma noche encargó una gran piedra fúnebre, donde se inscribirán todos los nombres que hemos logrado descubrir en medio de las ruinas.

He cogido algunas flores del bosque que les da sombra, esperando llevarlas como recuerdo á la familia de estos desgraciados.

¡Figuráos cómo conmueve la vista de esas tumbas á quien está tan léjos de todo lo que ama!

Hé aquí lo grabado en la lápida:

EXPEDICION AL REDEDOR DEL MUNDO

DE LAS CORBETAS

*EL ASTROLABIO Y LA ZELEA*

---

Á LA MEMORIA DE

.............................................

.............................................

.............................................

.............................................

Y DE LOS DEMAS MARINEROS FALLECIDOS

EN HOBART-TOWN

EN 1840

---

HOMENAJE DE UN PRÍNCIPE FRANCÉS, MARINO COMO ELLOS,

QUE HA QUERIDO SALVAR DEL OLVIDO LOS NOMBRES

DE SUS COMPATRIOTAS

MUERTOS EN EL CUMPLIMIENTO

DE UNA MISION GLORIOSA PARA FRANCIA

9 DE SETIEMBRE DE 1866.

Un día subimos al monte Nelson, desde donde la vista es soberbia: al Oeste la sucesion de los lagos formados por el Derwent, escalonados entre grupos de colinas cubiertas de árboles y de grandes rocas de aspecto salvaje; en el fondo la bahía, la ciudad de Hobart con sus fortificaciones, su palacio del Gobierno, verdadero castillo gótico de decoracion de ópera, y el monte Wellington de 4.500 piés de alto, lleno de nieve. Victoria parece un inmenso césped ingles; Tasmania es una pequeña Suiza. Al Sur, en fin, un cinturon de penínsulas numerosas y escarpadas, de formas extravagantes, cierran la bahía como un gran lago, y contra ellas se rompen con furor las olas del Océano Austral. No léjos del monte Nelson hay una cañada, quizas única en el mundo, el *Fern Tree Valley*.

Corre allí un torrente bajo miles de helechos, árboles que se elevan en medio de las rocas como columnas, ó que, inclinando sus espesas ramas sobre el agua, pasan las cascadas como puentes. Esos helechos tienen más de 30 piés de altura, y desde lo alto se extienden formando bóvedas sus grandes penachos, graciosos y verdes.

Otro día, en compañía de amazonas, hemos visitado á cinco leguas de la ciudad en un sitio precioso, un asilo donde 600 huérfanos son educados á expensas del Estado; eso cuesta 300.000 francos anuales. Todos aquellos pequeñuelos, de caras coloradas y frescas, se pusieron los vestidos nuevos por honrarnos, y se comieron 600 pastelillos de un golpe y á la voz de mando.

Ménos alegre fué la visita que en seguida hicimos á los sombríos fuertes de las prisiones: el guardian nos hizo pasar por el fatal puente levadizo, y mostrándonos la negra trampa de la báscula que sirve para enviar á los sentenciados á un mundo evidentemente mejor, nos dijo con una flema británica: «Podríamos ahorcar aquí *confortablemente* á siete personas á la vez».

Recuperamos la alegría en un baile magnífico que duró hasta las cinco de la mañana en casa del Canciller de la Universidad, donde no faltaban caras bonitas ni lindos trajes. No hago como el *Examiner* y el *Mercury*, diarios que todas las mañanas dan cuenta circunstanciadísima de nuestras visitas oficiales y de todas las fiestas dadas al príncipe, y os perdono el relato de nuestra vida mundana.

Una cosa me ha sorprendido aquí vivamente y creo que es un raro ejemplo; no podéis figuraros la gran armonía, la verdadera fraternidad que reina entre los fieles y los sacerdotes de las dos religiones de Tasmania. Católicos y protestantes quieren olvidar lo que los divide para no ver más que los grandes intereses que los unen en una tierra cuyo orígen está manchado por los *penados*; pero donde una sociedad nueva y pura ha luchado, se forma y domina.

Por regla general, en los países donde hay dos religiones frente á frente, cada una se mantiene en la brecha, exagerando, por decirlo así, sus deberes y ahondando el foso que la separa de la otra; aquí esa oposicion, llevada al extremo (por lo cual les felicito), no es religiosa, sinó social: es la lucha entre los hombres libres y los penados, y tanto más se encierran aquellas en una casta honrada é intacta, cuanto más forman éstas una casta distinta é impura.

En esta sociedad sana de Hobart-Town tan orgullosa, tan ofendida de que en Europa la ignorancia pueda confundirla con los que la han construído sus puentes y ahondado su puerto, todos se quieren y no se lo ocultan.

¡Cuántas veces hemos visto en las recepciones del gobernador conversar largamente juntos los dos obispos, cogidos del brazo como antiguos amigos, y á los individuos de los dos cleros unirse y fundirse en una dulce intimidad.

Una vez hubo sesion musical en el palacio: ejecutóse con gran pompa por las beldades tasmanianas una misa de Mozart en no se qué bemol, con órgano y coros virginales de más de sesenta voces. Me desperté en el *Credo* y ví en el mismo canapé á los dos obispos sumidos en profundo sueño.

Felizmente, la música sagrada se convirtió despues del *Ite missa est*, en walses y cuadrillas; toda la turba de *pretty girls* se puso á valsar sin sermon, y tanto, que el día nos sorprendió cenando alegremente.

Para descansar, gran galopada pasando el día en New-Norfolk, en medio de las rocas más salvajes, viendo, ademas de la hermosa Naturaleza, un establecimiento de piscicultura. Los tasmanianos lo enseñan con orgullo: hay allí todo un personal de administracion, y las gravísimas cuestiones de la incubacion y la fecundacion tenían palpitantes á los señores directores. Seguimos un camino que no dejaba de ofrecer peligro para las amazonas: costea el borde de rocas cortadas á pico á la altura de más de 300 piés; en el fondo del precipicio un torrente ancho, rápido y espumoso salta en cascadas y con estrépito.

En fin, hétenos aquí en los arroyos del criadero y en el laboratorio donde segun los libros de los Sres. Coste y Milne Edwards, se fabrican los animalillos nadadores.

El Gobierno pone en esto todo su cuidado: hace un año trajo de Inglaterra cien mil huevos de salmon. Ha sido menester tenerlos en cajas rodeadas de hielo, durante toda la travesía, lo cual representa un gasto enorme; todo ha costado unos 150.000 francos. En cuanto á nosotros, despues de ese largo paseo y de muchas pesquisas, logramos ver *dos* pececillos del tamaño de sardinas, y aún no estoy seguro de que no fuese uno solo visto dos veces, pues tomamos el segundo cinco minutos despues de haber soltado el primero.

Era cosa muy interesante, y aquel producto de un huevo que había pasado el Ecuador y viajando seis mil leguas para venir, sin duda, á dejarse comer por los filocrócoros que estaban de acecho, me parecía semejante á esos efímeros que permanecen tres ó cuatro años en larva para nacer un

día á la puesta del sol y morir ántes que salga el sol siguiente, sin haber hecho ni una sola comida. Pero nos explicaron que de los 100.000 huevos habían nacido 14.000 salmones, y 6.000 habían terminado felizmente su primera educacion. Acababan de soltarlos y lanzarlos hacia el Océano, de donde se *espera* que volverán (1).

Dejando aparte las bromas, ese ensayo puede hacer la fortuna de Tasmania: es la única de las colonias australianas que tiene ríos favorables para los salmones; una vez poblados darán pescas que, vendidas en los mercados de ciudades ricas, como Melbourne, Adelaida y Sydney, producirán millones á la modesta isla de Van-Diemen.

El coronel Chesney y unos veinte jóvenes de la ciudad han fletado un bonito vapor para hacernos ver todas las pintorescas ensenadas de la gran bahía; el buque está empavesado con los colores de Francia y nos lleva á prisa por un dédalo de islas y canales formados por rocas. Hé aquí á nuestra derecha el canal de *Entrecasteaux* con sus profundas gargantas, á la izquierda el cabo de *Raoul*, con sus espumosos arrecifes cubiertos de una nube de pájaros. Luégo, mecidos por grandes olas del Sur, llegamos al cabo de la *Aventura*; echamos los botes al agua y desembarcamos: un árbol centenario muestra en su corteza letras marcadas con un cuchillo; tal es la inscripcion que puso el célebre capitan

| |
|---|
| COOK<br>22 ENERO<br>1777 |

cuando descubrió este promontorio y lo bautizó con el nombre de su buque.

Muy luégo nos ponemos todos á pescar al rededor de la isla de Franklin; tres tiburones y unos 50 pescados extraños, cubiertos algunos de puntas como las del erizo, fueron nuestra presa, con gran júbilo de un archidiácono á quien la corbata blanca y el chaleco de tela de silicio, no impedían darnos las bromas más alegres del mundo.

Ha sonado la hora de la partida; á pesar de una espantosa tempestad de equinoccio, cuyas ráfagas blanquean con una sábana de espuma toda la bahía, la *Tasmania*, pequeña cáscara de nuez de 250 toneladas, enciende sus fuegos para volvernos á Sydney. Por la mañana nos habíamos despedido de todo el mundo; una última hora, muy triste, en el palacio del Gobierno, nos permitió dar las gracias á tantos amables huéspedes por una estancia deliciosa.

Al llegar al muelle lo encontramos lleno de gente: toda la poblacion ha venido para decirnos adios. Una verdadera y gran multitud se ha reunido para darnos el más *tearty farewell* y pedirnos que nos acordemos y volvamos. Tambien están aquí nuestras amables parejas de baile, cerca del barco, con sus lindos trajes, como para causarnos mayor *pena*.

Ministros y *squatters*, obispos y amazonas, todos habían tenido esa delicada atencion que nos conmovió profundamente. Apénas estuvimos á bordo, los jóvenes tomaron por asalto la escala y hétenos entre tanta gente, que no nos podíamos mover en la cubierta. ¡Así, con todo ese pasaje, debía ponerse en marcha la *Tasmania!* Pero la tercera campana nos arranca á los *shake hands* de tantas amables personas que durante quince días y hasta el último instante han agasajado cordialmente á los viajeros.

El *hélice* da sus primeras vueltas, y la *Tasmania*, tomando su aire, costea el muelle que las furiosas olas barren, y donde, sin embargo, permanece toda esa multitud cuyas casas no son conocidas. El grupo jóven invade corriendo el barco-ponton del extremo del muelle y nos saluda con tres *¡chers!* tres *¡vivas!* ruidosos que de seguro nos darán buena suerte.

En fin, agítanse al viento sombreros y pañuelos: durante largo tiempo los vemos moverse por cima de una multitud que poco á poco se vuelve confusa, y ya podéis imaginar si responderíamos. Luégo aquella orilla tan animada se convierte para nuestros ojos en un horizonte. Un ligero carruaje, siguiendo un promontorio que resguarda el puerto, aparece por última vez y desde allí nos dirige señales... ¿Podríamos pensar cuando llegamos una noche de improviso á esta tierra desconocida, que saldríamos de ella tan conmovidos y agradecidos? La *Tasmania* nos ha dado una hospitalidad como quizas no la tenga nunca viajero alguno: quisiéramos decirle, no *adios*, sinó *hasta la vuelta* desde el fondo del corazon, y si ha esperado no ser nunca olvidada, sus esperanzas se verán cumplidas.

Entre tanto la tempestad es cada vez más fuerte; solos en la cubierta nos aferramos con trabajo contra las ráfagas; la bahía tan tranquila y risueña ayer, está oscurecida por nubarrones negros que el viento empuja hacia las nevadas cimas, y bajo esos sombríos colores han tomado un aspecto

(1) Un diario y una carta de Australia me han noticiado, despues de mi regreso, que en efecto habían vuelto todos al aprisco, y que la colonia estaba poseída de júbilo.

fantástico las profundas gargantas que nos rodean. ¡Hobar-Town desaparece! Nosotros tambien vamos quizas á desaparecer en las olas enormes que el Sudoeste nos envía: la *Tasmania* lucha y vacila; todo cruje, todo se rompe á bordo: el choque de las olas contra las rocas, una resaca dura y espantosa nos hacen contar los minutos en este paso, donde todo el furor del Océano Austral y de las corrientes se estrellan contra un islote.

Esta noche el viento salta al Sur, y trayendo consigo la atmósfera glacial del Polo, disipa las nubes y deja á la luna llena iluminar el espectáculo en todo su esplendor.

El viento es de tempestad; las olas que se extienden barren la cubierta de un extremo á otro, y el poco trapo que llevamos para *apoyar* el buque no resiste. En esas condiciones, con un buque que tiene una inclinacion horrible y que á veces amenaza sumergirse, apretando la costa á pesar nuestro, llegamos á doblar el cabo Pillar, que es uno de los sitios más hermosos de Van-Diemen.

En la extremidad Sudeste de la isla una serie de altas agujas de rocas basálticas de 360 piés de altura se adelantan, como los pilares de una construccion druídica, más de una legua por dentro del mar. Empujados por las olas que van á estrellarse allí, pasamos á distancia de media milla del cabo: el efecto es extraordinario y da escalofrío.

Cuando la ola choca con esos grupos de columnas que vienen en disminucion hasta cerca de nosotros, salta la espuma á una altura inmensa, en seguida la ola se retira, y la luna, alternativamente eclipsada ó brillante, aparece entre los aéreos pilares, cuyos intervalos unas veces se muestran tapados por la espuma, otras calados al aire.

Pero el astro está todavía muy bajo en el horizonte, y como sale por el Oriente detras de los pilares, proyecta la sombra de éstos hasta nosotros, miéntras que sus siluetas, cortadas verticalmente, se dibujan con grandeza; el peligro da á ese conjunto un no sé qué más extraño é imponente. Bajo la impresion de esas rocas majestuosas y de los esfuerzos de nuestro frágil barco, pasamos la noche sobre cubierta. Pero una vez montado el cabo, la *Tasmania* se dejó llevar y corrió viento en popa: nosotros dejamos de hablar de las olas inmensas que posaban sobre cubierta y hablamos de los recuerdos de Hobart-Tow.

—Ha vuelto la calma; pero el balance lo ha roto todo y reunido en una misma ruína nuestros barómetros, nuestros termómetros y nuestras palanganas. De ese mismo desórden participan las impresiones que me ha inspirado Tasmania al tratar de reunirlas ahora. Todo lo que hemos visto en esa isla, las personas que nos han rodeado, las campiñas risueñas y los pacíficos pueblos que hemos recorrido, casi nos habrían hecho creer que un mundo separa á este país del Melbourne, lleno de fábricas, del Ballarat, lleno de oro—un mundo y un siglo podría decirse. En un día hemos pasado de la efervescencia de una ciudad avanzada del progreso á una *countgtowns* de hace cien años. Despues de seis semanas del espectáculo, de una vida caldeada á todo vapor, una estancia en Van-Diemen, refresca como un idilio y es un verdadero descanso. Pero uno no puede dormir allí siempre; salimos de ella como de un sueño, y recordamos todos las fases porque ha pasado.

Ante todo hay un sentimiento que nos apena; al seguir de cerca esta hermosa costa hemos notado sucesivamente los cabos Raoul, Surville, Péron, Mauronard, Bougainville, Taillefer, Tourville, Lodi y del Naturaliste; las bahías de Dolomieu, Fleurien, Monge y del Géographe. Cada punto de estas tierras, como asimismo del continente australiano, ha sido afamado por nuestros marinos; ¿por qué el pabellon de Francia que estuvo en los *trabajos*, no está en los *honores* y sólo brilló en la época peligrosa de los descubrimientos, para dejar en seguida el campo libre á otros, y no ganamos ninguna posesion? De Marion en el *Castries*, que fué el primero despues de Tasman y vió correr sangre francesa, de d'Entrecasteau en *La Recherche* y *La Espérance*, de Bandirs y Hamelin en *El Géographe* y *El Naturaliste* sólo quedan *grandes nombres*, miéntras que en Inglaterra tiene una *gran colonia*.

Pero ántes de ser la Colonia de Tasmania fué el *establecimiento penitenciario de Van-Diemen*. Esa es una lúgubre historia.

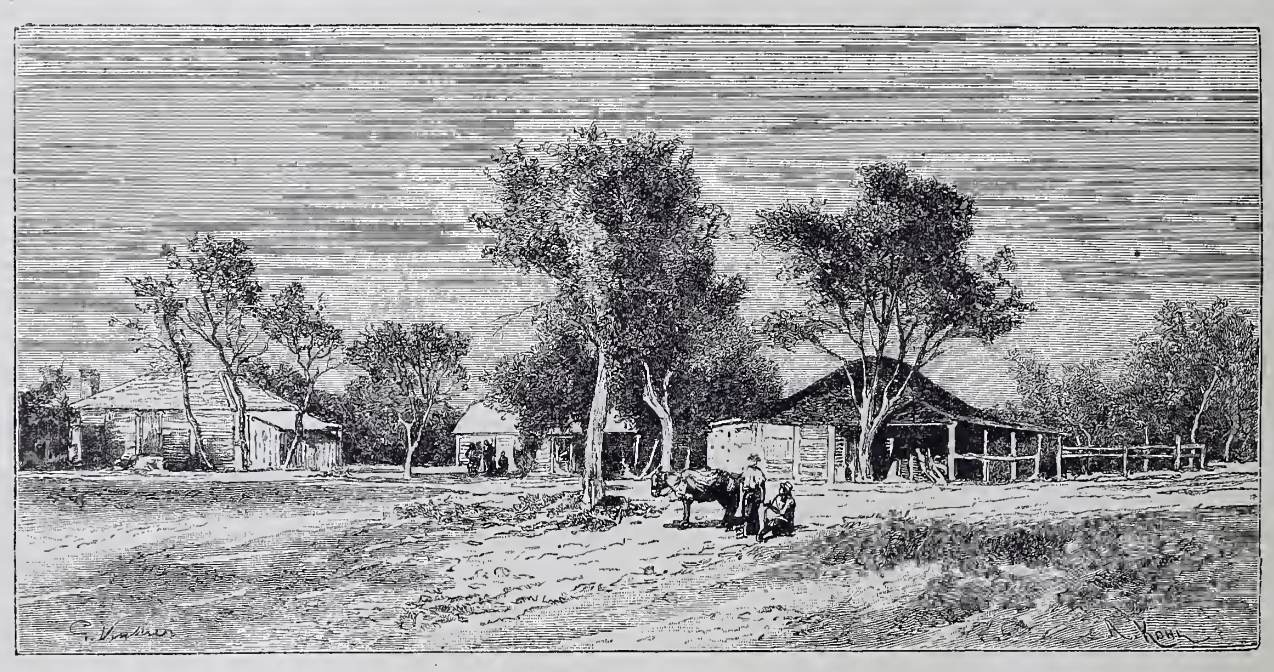
Hasta 1803 sólo se conocían las inhospitalarias costas, defendidas por tribus numerosas y feroces. El gobernador de Sydney envió á ellas á los más turbulentos de sus penados; esta isla pasaba á ser el Botany-Bay de Botany-Bay para los que la primera ciudad, fundada por los penados, expulsaba de su seno. Luégo la misma metrópoli lanzó á ella directamente buques cargados de presos: los primeros que partieron lloraban, como si se les diesen, no la libertad, sinó la muerte; pensaban que no llegarían nunca á tan lejano país; y en efecto hubo más de un naufragio.

Un individuo del Gobierno, el Dr. Officer, hombre muy interesante, me daba detalles conmove-

dores de esos viajes. *El Amphitrite* se fué á pique apénas salió, y 103 mujeres con sus hijos perecieron ahogadas en las bodegas, donde el capitan las había encadenado; *El Jorge III* y *El Neva* se partieron casi en el puerto; *El Gouverneur-Philipp* naufragó lentamente en el canal de Entre-casteaux, donde estábamos el otro día; pero allí hubo un bello rasgo: el capitan Griffith, durante el salvamento, dió su palabra en honor de los penados, que no podían caber en los botes, de no abandonar el buque hasta que los mismos volviesen; pero ántes que volvieran se ahogó con ellos. Luégo, cuando se supo en los calabozos de Lóndres lo fértiles que eran las tierras australes, todos, á porfía, deseaban partir para dar *buena caza á los kanguros.*

El primer período fué el de la fundacion y los crímenes. Cuando estuvieron abiertos los caminos, construídos los puentes, importados los rebaños, y puestos en huída los aborígenes, la prosperidad de los establecimientos penitenciarios atrajo inmigrantes libres á Tasmania y los hombres de Estado de Inglaterra que enviaron penados á un país sano y fértil, habían pensado justamente que en una colonia naciente sus trabajos serían más provechosos que nocivos sus vicios.

Parece que al principio, admirados de no tener ricos á quien robar y débiles á quien pegar, sorprendidos de encontrarse todos iguales y responsables en una sociedad compuesta de ellos solos, aquellos criminales adquirieron alguna energía para el bien en estas tierras apartadas del teatro de sus primeros delitos y pusieron empeño en hacer prosperar un país donde tenían que crearlo todo, y que defender sus vidas, y donde la riqueza sólo dependía del trabajo, se sintieron hombres; muy luégo tuvieron familia y cultivaron el suelo é hicieron pastar los rebaños que los recompensaban sobradamente de sus fatigas.



Un pueblo en la llanura.

Los inmigrantes empezaron á llegar hacia 1815 y afluyeron en proporcion de la riqueza de los pastos y de las cortas dimensiones de la isla. Pero no faltaron dificultades. Los naturales que habían sido dispersados por los penados volvieron á la carga en número de 7.000, y durante largos años los blancos lucharon con ellos por las armas: era una guerra espantosa.

Despues de mucha sangre vertida, terminó de un modo muy extraño.

Un tal John Robinson, de quien nos han hecho en Hobart-Town el más simpático retrato, se concilió en una vida nómada el cariño de los negros: siempre sin armas, pasando por medio de los mayores peligros de una tribu á otra, y haciéndose amigo de todos, aquel hombre de fuerte temple, filántropo y medio salvaje, tomó á pechos la pesada tarea de traer la raza negra á un acuerdo con los invasores. Otros ántes que él, con todas las fuerzas de la guarnicion y el concurso de todos los penados habían hecho un gran ojeo, una

inmensa batida desde el Norte de la isla para rechazar á los aborígenes hacia el Sur, al territorio bastante extenso de la península de Tasman, unido al núcleo de la isla por una lengua de tierra de una legua apénas de anchura.

La batida duró muchos meses: una línea de fogatas de noche y de soldados de día en la extension de unos 300 kilómetros, avanzó gradualmente hasta la extremidad Sur: no se vió ni un solo negro. Todos burlaron á los ojeadores, gracias á la oscuridad y á los barrancos. Habían salido victoriosos de la lucha y robaban y mataban á más y mejor. John Robinson obtuvo entónces la victoria por la dulzura: era el ídolo de los salvajes y los llevó consigo á la Península.

Enfrente de la injusticia que hay en venir con suprema jactancia á conquistar las tierras más fértiles contra una raza que las heredó de sus antepasados: ¡qué noble parece el carácter de un hombre que salva la vida á más de 6.000 indígenas!

Pero así como que los albatros necesitan un Océano austral, así tambien los aborígenes necesitan espacio. Éstos no han podido soportar largo tiempo la medianería con los nuevos ocupantes; habían escapado á la persecucion de los penados, quisieron escapar lo mismo á los beneficios y á la conmiseracion de una raza de colonos libres que trataba de evangelizarlos y vestirlos; prefirieron el destierro á una lucha imposible ó á una vida sin espacio. Unos murieron de enfermedad en proporcion espantosa, como peces de agua viva encerrados en agua estancada; los otros, poco á poco, sin guerra y sin ruído, se dispersaron de isla en isla por las tierras de Flinders, de Furneaux, y acabaron por llegar al continente australiano, en el interior del cual buscaron el desierto... y la libertad. Eran 7.000 en 1816, no hay más que... ¡cinco en toda la isla, tres hombres y dos mujeres! Hace cuatro días los hemos visto, los guardaban como reliquias y los fotografiaban...

Por consiguiente, de las tres sociedades que allí había, una fué aniquilada. Quedaban los inmigrantes y los penados. No he tenido ocasion de oir las quejas de estos; pero los primeros, aunque libres y señores, no han cesado desde el principio de maldecir al *Colonial Officies* que les enviaba la escoria de sus cárceles. Cada vez que un buque de presos anclaba delante de Hobart-Town firmábase una protesta por toda la poblacion sana de la isla, que quería, con razon, evitar su contacto inmoral y guardar para sí el desarrollo de sus pastos y de su agricultura, en vez de ver una parte fatalmente enagenada en provecho de los criminales implantados en el suelo y destinados á ganar su licenciamiento, ya por cumplir la condena, ya por buena conducta.

Pequeña cascada en el Blasckspuz.

Para que el nucleo de hombres libres se haya conservado puro, ¡cuántas luchas se han necesitado! El cuadro de la poblacion que he visto en el Ministerio de lo Interior, da las cifras que determinan cada elemento: 17.500 hombres de orígen libre y 7.000 penados, en 1825; 23.000 y 18.000, en 1835; 43.000 y 24.000, en 1847; tal era la composicion de los habitantes. En fin, en 1857, los hombres libres eran en número de 77.700 y los deportados en número de sólo 3.000. Era la segunda vez que una sociedad nociva desaparecía.

Aquel brusco y dichoso cambio en el equilibrio se debió primero á la cesacion de los *envíos* de la metrópoli, que data de 1850; pero sobre todo á la deportacion en segundo grado que hizo la misma colonia á la península de Tasman, donde ántes quiso internar á los salvajes y que no considera como territorio suyo.

Hay allí una administracion aparte en el suelo casi totalmente separado del de Tasmania, donde un sistema de coercion dulcificada, obrando sobre una masa homogénea, influye más por la esperanza que por el temor.

Esa enérgica medida que pinta de un rasgo el fondo honrado de Tasmania, fué adoptada cuando Victoria, inaugurando valientemente su independencia, dictó como una de sus primeras leyes la de prohibir absolutamente su territorio á los penados tránsfugos que los establecimientos penitenciarios le hubieran, sin duda, fatalmente enviado. Pero gracias á los desórdenes de los primeros años en la sociedad libre, nunca se han marcado más claramente las castas entre gobernantes y gobernados, y este es el secreto de las notables diferencias entre la vida política de Tasmania y la de Victoria.

Contraste tan curioso, que comparando esas dos poblaciones, parece imposible admitir que pertenecen á la misma sangre. Son, sin embargo, hombres de la misma raza anglo-sajona, emigrados de la misma Inglaterra, en relaciones constantes entre ellos y la misma metrópoli.

Esa diferencia en dos puntos tan cercanos, ¿no prueba las influencias radicales que pueden tener sobre las ideas y carácter de un pueblo las instituciones que lo rigen?

En Victoria, el sufragio universal en toda la línea, democracia avanzada, espíritu de iniciativa y de aventura, ideas de igualdad y progreso, animacion americana.—Al otro lado del estrecho, sufragio restringido á tal punto, que la mayor parte de la poblacion libre está excluida de toda participacion en los negocios públicos; una minoría elige la Cámara baja, y apénas la cuarta parte elige la Cámara alta: ideas estrechas en general, espíritu de casta llevado al extremo, negocios lentos y desgraciados, situacion positivamente atrasada.

Hé ahí las consecuencias del elemento *privado* predominante por mucho tiempo: los inmigrantes que no han sufrido la gran crísis de nivelacion social, causada en Victoria por el descubrimiento del oro, constituyen una aristocracia de la tierra y de la riqueza que relega en la industria á los descendientes de los primeros penados.

Cuando digo inmigrantes, no ha de entenderse esta palabra con la misma significacion que le damos en Francia, pues significa buen número de *gentlemen farmers* y de *cadets* de las principales familias inglesas. Casi todos los habitantes que vemos han nacido aquí, han recibido una buena educacion y há tiempo ocupan una posicion distinguida; no han venido formados hechos y derechos, y todos iguales, como los melbourneses que aparecieron en Victoria con una sola fecha de nacimiento civil; la del descubrimiento del oro en 1851. No hay, pues, que maravillarse de que exista aquí una verdadera sociedad con sus grados y sus instintos, que se da aires aristocráticos, tanto más cuanto más ínfimo es el orígen de la clase baja. Y como es natural, todo se enlaza: la vida social es imágen de la vida política.

Cuando las colonias fueron invitadas á formular ellas mismas los artículos de sus instituciones, Victoria, donde el sirviente había dejado á sus amos y *el clergyman* á sus feligreses para adquirir fortuna en las minas de oro, Victoria no tuvo dificultad en establecer los derechos del hombre y la más pura y razonable democracia.

En Van-Diemen, donde el propietario de carneros y el labrador despreciaban al pobre inmigrante irlandes y al penado, marcado todavía en la frente con las letras ignominiosas de las *galeras de la reina*, la clase acomodada quiso elevarse sobre un pedestal inaccesible y defender por el sufragio restringido sobre el censo el gobierno de los ménos.

La pobreza excluía de todos los derechos políticos. Pero, ¿qué ha sucedido? Despues de haber obtenido enérgicamente la abolicion de las deportaciones, Tasmania no ha ejecutado con el mismo espíritu los sacrificios que le imponía su independencia.

Cierto día, con la suspension del envío de penados, cesó la subvencion de la metrópoli, que caía sobre la colonia cual lluvia de oro, á razon de 170.000 francos por semana. Con ellos tambien desapareció la guarnicion numerosa que los custodiaba y que gastaba sus sueldos en el país; pero se habían acostumbrado tan bien á ese maná que venía de fuera, y á la direccion de los gobernadores responsables solamente ante la metrópoli, que Tasmania ha estado mucho tiempo sin conocer la libertad y ha permanecido en ese estado de infamia, propio de los pueblos gobernados en demasía, donde el pueblo mira sin cesar al poder, para pedirle proteccion y ayuda.

Esa costumbre antigua ha contribuído no poco

á entumecer á la poblacion y privarla poco á poco de aquella energía viril que se templa en las dificultades y es tan necesaria al desarrollo de una colonia.

En manos poderosas y en un gran país, el despotismo puede dar por algun tiempo las exterioridades de la gloria y la preponderancia; pero siempre mata con la libertad el espíritu de iniciativa y la especulacion emprendedora.

Tal ha hecho aquí en el primer período de la colonia la administracion militar y penitenciaria; la industria no ha nacido; la suma de las importaciones excede en mucho á la de las exportaciones; la tierra que dió los primeros rebaños á Victoria se ve obligada á importar hoy de Melbourne, no sólo rebaños, sinó carnes muertas por más de 2.360.000 francos. El presupuesto de gastos de este año ha excedido en un millon al de ingresos, y sin embargo, á pesar de esos hechos, á pesar de no haber subvencion, se han seguido construyendo edificios públicos y un palacio del gobierno que cuesta 2.500.000 francos; cada ministro cobra 22.000 francos anuales y se mantiene una turba de empleados que cuesta cerca de 3 millones anuales.

El resultado es que un país de 95.000 habitantes, habiendo vendido más de 1.176.000 hectáreas de terreno, tiene una deuda de 13 millones de francos sin que haya ferro-carriles, ni fábricas á vapor, y sin otra esperanza que la venta de tierras á inmigrantes futuros que no parecen, ó bien, nos decían sonriendo, «algunas cosechas maravillosas de manzanas» (1).

Pero Tasmania ha empezado ahora su aprendizaje de libertad, me decía en la hora de la partida el coronel Gore Brown, de quien he recibido muchos informes, y que, bajo su título militar, es un gobernador civil que ayuda con todas sus fuerzas al movimiento liberal.

Una chispa ha producido el incendio; queriendo los ministros sacar los ingresos, no de las aduanas sinó de un impuesto sobre la propiedad, chocaron con la opinion pública muy exaltada: el país entero durante nuestra estancia se hallaba muy agitado; fué necesaria la disolucion de las Cámaras y verificóse por mensaje del gobernador en la mañana misma de nuestra partida.

Por ese sacudimiento general, por las nuevas elecciones, esperan los prudentes que triunfen la idea de economías radicales en los gastos, y ese partido, cuyos más celosos campeones hemos conocido, contando con el fácil juego de las instituciones políticas quiere hacer salir de la rutina á un país que seguramente merece la prosperidad.

El fondo es bueno: con recursos preciosos en maderas de todas clases, con el desarrollo de los pastos, que despues de todo, cuentan 1.752.000 carneros y 110.000 cabezas de ganado mayor, con riquísimas minasde hierro todavía no explotadas, y la certidumbre de filones de oro, ese oro que es la panacea universal de Australia, puesto que atrae siempre la inmigracion y desarrolla todos los recursos; con tierras para cereales harto más fértiles que las del vecino continente y que producen cosecha de 32.700.000 francos; en una palabra, con un conjunto de terrenos ocupados, rebaños innumerables, buques, bancos y productos exportados, cuyo valor total sube á 475 millones de francos, quieren, libre ya de los aborígenes y de los penados, abolir el sistema de reglamentacion y de trabas que los ha tenido tan bajos hasta hoy, y que contrario al gran principio liberal de las colonias vecinas maravillosamente prósperas, ha trasformado de un modo opuesto elementos de riqueza casi idénticos; uno es fuerza motriz, el otro lo es de inercia.

Hay ademas otro partido, el de las clases bajas. La palabra *anexion* ha llegado hasta los antípodas, y ellos quieren la anexion á Victoria. Los excelentes tasmanios lo harían de buena gana, pero los victorianos no quieren, pues juzgan á sus vecinos muy atrasados y los tratan de beocios.

Beocios serán si se quiere, pero esa buena gente posee una facultad que falta á sus satíricos vecinos, la modestia. Miéntras que en Melbourne nos decían, con razon sin duda, pero con demasiada frecuencia:

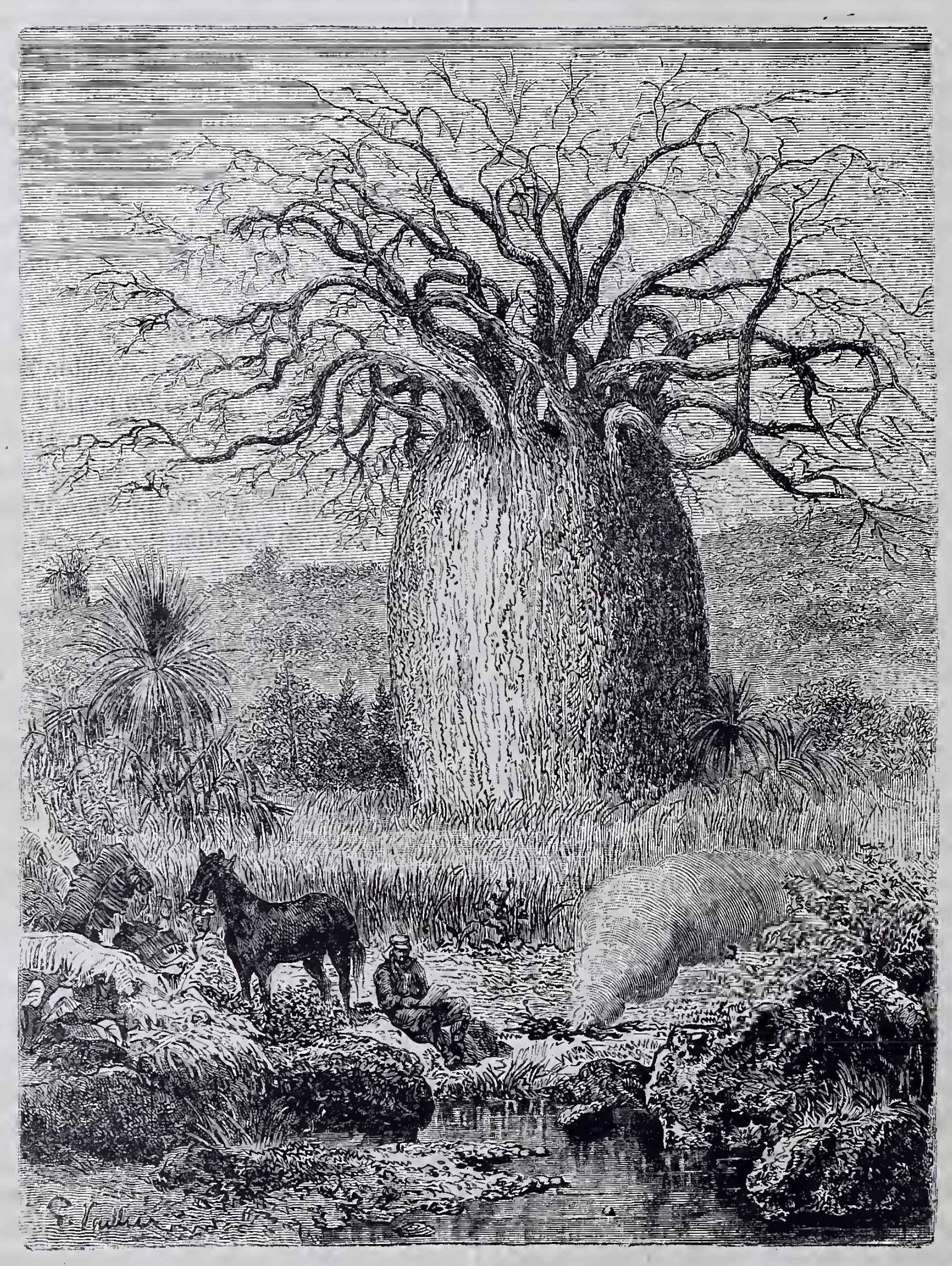
«Contemplad nuestra obra; hace catorce años no había aquí más que el desierto, ¿no hemos hecho una nueva Europa? Los tasmanios excusan la sencillez de su oasis, que enseñan humildemente; lisonjéales que vengan extranjeros de tan léjos á verlos; continúan pacíficamente su camino sin haber registrado una tierra donde hay oro, sin buscar con febriles esfuerzos otra felicidad que la de vivir en familia, suavemente y sin ruído, con un no sé qué patriarcal que se encuentra en esta isla tan prodigiosamente dotada por la Naturaleza.

Podríase, sin embargo, llevar vida aventurera en estos sitios. Un espíritu intrépido y ardiente, una excepcion á la quietud general, el coronel Chesney, consiguió fácilmente entusiasmarme por una tentativa de descubrimientos que va á emprender en la parte Noroeste de la isla. Un

(1) El año pasado exportó Tasmania manzanas por valor de 1.500.000 francos.

solo hombre, un pastor pudo penetrar en ella el año pasado y trajo varias muestras de oro sumamente ricas. Hay allí una serie de montañas situadas precisamente bajo el meridiano de Ballarat, y que no son otra cosa que la prolongacion de los mismos filones de oro.

Pero hay una barrera de torrentes, rocas escarpadas y despeñaderos rodeando el nuevo Eldorado. El coronel me ha enseñado sus preparativos, escalas de cuerda con garfios, canoas portátiles de cautchouc, etc., todo recien llegado de Lóndres. Marchará con dos amigos y un criado.



El árbol-botella.

—«Venid, pues, conmigo, me decía; os gustan las aventuras, y es cosa bella descubrir tierras. ¡Y luégo si encontramos oro volveremos millonarios, y entónces las lindas *misses* de Europa!...» Pero la expedicion no se pondría en marcha hasta el mes de Enero, y éranos imposible asistir á ella con gran pesar de mi parte.

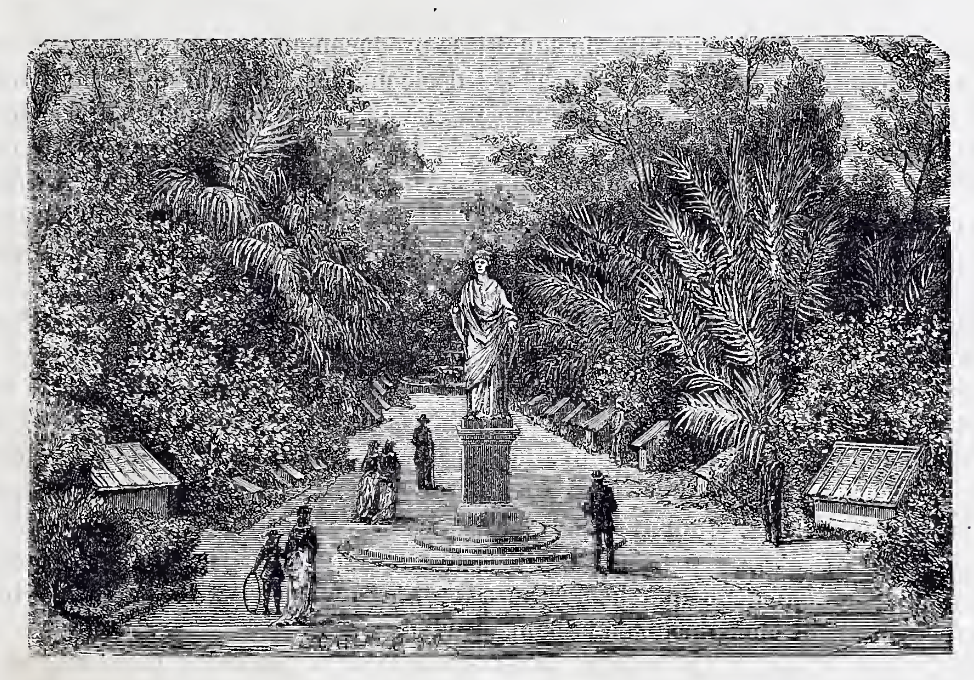
Empiezo por prometer mi rizosa peluca al dignatario de la facultad de París que encuentre el nombre de cabo de Umurumun entre sus conocimientos geográficos. Es una pequeña ensenada de la bahía de Twofold, perdida entre los promontorios de la costa oriental de Australia, y encajonada entre rocas de granito rojo y montañas

cubiertas de grandes bosques de pinos que bajan hasta la playa, sitio pintoresco y salvaje, pero á la hora presente entristecido y oscurecido por los negros nubarrones que las rachas traen de alta mar. Aquí nos ha arrojado un golpe de viento de equinoccio.

La *Tasmania* perdía el rumbo, á pesar de los esfuerzos convulsivos de una máquina impotente; las olas la empujaban á tierra balanceándola sin misericordia y amenazando partirla, y sin posibilidad de resistir.

Cuando nos asaltaba un temporal entre el Cabo de Buena Esperanza y Australia, mirábamos con sangre fría las olas inmensas de que éramos juguete; el espacio era nuestra salvacion. Pero esta vez nos hallamos cerca de la costa y la costa es el naufragio, si no se encuentra un refugio en la más próxima ensenada.

A las tres anclamos á cubierto del cabo juntamente con un tres palos tan desarbolado que da pena verlo. Es tan ronco el fragor de la tempestad en los bosques de pinos, se estrella el mar tan furiosamente contra el cabo y hacen los truenos tan terrible estrépito, que la redonda cara del capitan de nuestro barco no se ha recobrado todavía de su repentina palidez. Ese buen hombre redondo, como una bola, cuyo *sudoeste* (1) no consigue tapar su papada, estaba ayer carmesí y hoy está blanco como la nieve. Me divierte mucho gesticulando; pero conoce muy bien su oficio, y



Jardin botánico en Adelaida.

nos dice que ha hecho 248 viajes entre Hobart-Town y Sidney, y que este es *uno de los más peligrosos*, lo cual sin que nos lo dijera lo sabíamos.

Ahora que estamos seguros y que la *Tasmania*, aunque muy balanceada, duerme sobre sus tres anclas, pedimos un bote y cuatro hombres al capitan y desembarcamos los dos para ver á una tribu de indígenas cuyos fuegos se distinguen entre los pinos: son semejantes á los del Murray, tan inofensivos, tan negros, y á primera vista me parecieron más feos; pero olvidaba que eso era imposible.

Esta bahía es famosa para la pesca de la ballena; acá y acullá sobre la arena de la playa están arrojados los colosales esqueletos, y al aspecto lúgubre y sombrío de aquellos parajes se añade el del cementerio de los cetáceos oceánicos. Lo extraño es que en este lugar tan aislado del mundo hay, sin embargo, en una colina, siete cabañas de madera habitadas por algunos blancos. Por una dulce ironía han dado el bello nombre de Eden al conjunto de sus míseras chozas. Segun van las cosas en Australia, quizas dentro de quince años habrá en el mismo sitio un teatro de la Opera y un Parlamento.

Ahora me parece haber visto á Melbourne naciente. Un centenar de carneros medio perdidos,

(1) Especie de capucha impermeable que sólo se pone para el mal tiempo.

algunos agujeros en tierra, donde tres hombres buscan oro, y el bosque de pinos, vírgen todavía, componen el eden que hemos visto.

Esperamos confiados que el buen tiempo sacará á la *Tasmania* de aquí, donde seguramente no colocará su cargamento de manzanas.

## VII (1)

Viaje á Queensland.—Brisbana.—El río.—El puerto.—La ciudad.—Cabmen.—El Club.—El explorador Gregory.—Noticias acerca de las zarzas negras.

Cuando el tiempo lo permitió y pudimos reparar un tanto las averías que el pasado temporal nos había causado, volvimos nuevamente á Sidney con objeto de continuar las parciales expediciones que nos habíamos propuesto realizar, á fin de llegar al más completo conocimiento de aquel país. Así, pues, luégo que hubimos descansado, nos dispusimos á partir para Brisbana, á cuyo punto puede irse por tierra, pasando por Moryborough y Rockampton; pero como la monotonía de aquellos paisajes no compensaría siquiera las molestias del viaje, todos se deciden á emprender el viaje por mar.

Unos pequeños vapores pueden trasportar á Brisbana en dos días, y como la travesía se hace costeando muy cerca de la orilla, sin gran dificultad pueden observarse las elevaciones de algunos bancos de arena, cubiertos de verdura hoy, que se extienden tras cortes ý cortes, que parecen indicar que un día estuvieron cubiertas por las aguas.

Aquí se da el mismo fenómeno que hemos hecho notar al ocuparnos de Melbourne, en la bahía de Port-Philipp. Por lo demás, la extensa línea de lagos salados que se extienden de Sud á Norte, en el centro de la Australia, parecen demostrar que aquel continente en una época relativamente moderna, formaba dos grandes islas, que se han convertido hoy en una sola, por el contínuo levantamiento del suelo.

La bahía de Moreton, á la que se llega despues de dar un gran rodeo, os conduce al río de Brisbana, cuyos bordes planos sólo se elevan en los alrededores de la poblacion. En cada una de las orillas se extienden inmensas plantaciones de bananos, no obstante hallarnos solo sobre los 27°, es decir, bastante léjos del trópico, á pesar de lo cual los ananas y los bananos se crian aquí igualmente, cuando por sus condiciones especiales, ambas producciones, son propias de la zona tórrida.

Ambos frutos abundan tanto en Brisbana, que los ananas se venden cuando más á cinco francos el ciento, siendo mucho mejores que los que se producen en Singapoore, y casi tan perfumados como en Abacachi de Pernanbouc.

La ciudad de Brisbana se divisa bastante ántes de llegar á ella, y es la capital de Qeensland, la más extensa de las colonias australianas, despues de la Australia meridional, y la más moderna, pues no se separó de la Nueva Galles del Sur hasta Diciembre de 1859. Por esta razon, Queensland no tiene pasado en la historia, pertenece toda al porvenir, y este porvenir no deja de ser rico en promesas. Tiene como la Victoria, desde los primeros tiempos, minas de oro, de estaño, de hierro y de carbon; posee abundantes campos de trigo, de maíz, de azúcar y de algodon, y como aquellas extensas hermanas, posee grandes llanuras, muy aptas para la cria de bueyes y carneros, produciendo á la vez todos los frutos propios de los trópicos.

Ménos exclusiva que Victoria y más inteligente, ha comprendido desde luégo que una region que cuenta 200.000 habitantes diseminados en una extension de terreno cinco veces mayor que Francia, no puede prosperar sinó gracias á la inmigracion, por lo que ha dedicado 500.000 francos cada año para la conduccion gratis de viajeros pobres, y esto en las mismas condiciones que hemos expuesto al ocuparnos de Victoria. Gracias á esto, la poblacion acrece cada año con más de 5.000 inmigrantes, que acuden contribuyendo á la riqueza de la colonia con sus fuerzas y sus capitales.

Brisbana, la capital, es una pequeña ciudad que cuenta 5.000 almas: sus calles anchas y rectas, son aún bastante pedregosas, lo cual hace recordar los campamentos de los primeros días.

Puede decirse que es una capital con su máquina gubernamental perfectamente organizada,

(1) Por enfermedad del Sr. Suarez de Figueroa, y en obsequio á la Casa editorial, se ha encargado de la terminacion de este viaje el Sr. Fernandez Merino. (N. del E.)

teniendo edificios bastante notables para las dependencias públicas. En ella asistí con el más vivo interes á la apertura del parlamento por el gobernador sir Arturo Kenneedy, tiene sus sociedades científicas, un museo, un jardin botánico, un jardin de aclimatacion, un palacio de la industria, y pronto tendrá una escogida biblioteca.

La ciudad está admirablemente colocada sobre una altura que rodea el río, formando una península: su puerto es de bastante extension, y en las altas mareas pueden atracar á él hasta buques de alto bordo. En ninguna parte había yo visto un



Los fugitivos.

servicio de carruajes tan bien organizado como aquí; cierto que son muy raros, pero hace tanto calor (fines de Diciembre) y el dinero parece tener tan poco valor en las colonias, que para recorrer una distancia de cien pasos se toma un carruaje.

Los cocheros están aquí en la opulencia, si se juzga por uno de ellos, cuya mujer é hijos vestidos de seda y terciopelo, ocupaban el vehículo que me ofrecieron, luégo que llegaron á presumir que me era necesario. Mi cochero me hizo el honor de presentarme á su esposa, gruesa irlandesa, de rostro juvenil, que se manifestaba orgullosa de su aspecto floreciente y de su brillante to-

cado, sorprendente contraste con los andrajos y las piernas desnudas que se ven en su antiguo país.

Cada colonia parece gritar, venid á mí pobres desheredados, desgraciados, venid á mí, yo os ofrezco el trabajo, la rehabilitacion, la comodidad para vosotros y las riquezas para vuestros hijos. Aquí tendréis que pasar por días de prueba, pero cualquiera que sea la modestia de vuestros empleos, no sufriréis ninguna humillacion; vosotros seréis iguales á todos. Trabajad, sufrid un poco de tiempo, la recompensa está muy próxima, y desde luégo os podéis contar entre nuestros poderosos y nuestros millonarios que fueron ó pastores ó mozos, que ayer eran nuestros legisladores y hoy son nuestros gobernantes.

En el club de Queensland, donde fuí presentado y donde yo habitaba, fué donde conocí á uno de los hermanos Gregory, célebres exploradores australianos. M. Franck Gregory, senador, duerme hoy sobre sus laureles valientemente adquiridos, y le debo noticias preciosas acerca de las partes del continente que ha visitado y sobre las razas que las habitan.

En la costa Nordeste ha encontrado tribus que tienen gran semejanza con los árabes: son altos, bien formados, de color claro, los lábios delgados y los cabellos lacios. Seguramente son mestizos de árabes y podría creerse que esta mezcla ha elevado el nivel de la raza, pero no es así, pues M. Gregory ha podido observar que en este término medio hay más barbarie que en cualquiera de los extremos.

En el Oeste, toda la propiedad pertenece á un jefe. Sólo el hijo de la segunda mujer es el que hereda, pues no quieren que la propiedad se divida, temiendo que haya luchas intestinas. Los hijos de la primera mujer son sacrificados; á la edad de diez años los encierran, procuran que engorden y despues se los comen.

En el Norte ha encontrado algunas tribus que se sirven del arco y de las flechas, y cuyos individuos tienen el cabello largo y ensortijado, el color mucho más claro que los australianos del Mediodía, lo cual podría ser una mezcla entre australianos y Papous de la Nueva Guinea, hecho que resulta cierto, dadas las frecuentes relaciones establecidas desde remotos tiempos, entre los naturales del cabo de Yorck y los de Nueva Guinea.

En el centro ha encontrado algunas otras tribus, de cabeza calva, en la que se advierten sólo algunos mechones muy crespos, con labios gruesos y carnosos, y boca excesivamente grande, caractéres que les dan gran semejanza con algunos negros del interior de Africa.

En el mismo centro, pero inclinándose hacia los treinta y cinco grados, ha vivido entre indivíduos de cabellos crespos y más negros que lo son generalmente los australianos, y cuyo rostro deprimido recuerda el de los tesmanianos, y tal vez puedan ser de estos encerrados en medio de tribus australianas.

La raza australiana es, pues, un compuesto de diversas tribus, mezcla de numerosas poblaciones, de la que sería sumamente difícil poder determinar con exactitud el orígen. Por mi parte tenía grandes deseos de estudiar las tribus vecinas, para lo cual era necesario penetrar bastante en el interior, y con este fin organice una expedicion, no sin tener que vencer grandes dificultades. No obstante, gracias á la benevolencia y distincion con que siempre me trataron en la Australia, debí el ser puesto en relacion con M. Peatry, uno de los más antiguos habitantes de la colonia, que vivía á veinte millas de Brisbana, en la pequeña aldea de North-Pine. M. Peatry estudiaba desde hacía más de treinta años á todas las tribus de los contornos, hablaba su lengua, conocía sus costumbres y podía serme el hombre más útil del mundo en aquella ocasion. Si hubiera ido sólo me hubiera visto obligado á correr detras de las tribus aquellas, en tanto que M. Peatry las hacía venir á mi; yo no hubiera podido entenderme con los negros, y M. Peatry me serviría de intérprete, así pues, marché precipitadamente á reunirme con él.




Vista general de Brisbana.

# VIII

De Brisbana á North-Pine.—Gomeros moteados (Spotted gum).—Llegada á la casa de M. Peatry.—Estudios australianos.—El bunya-bunya.—Instinto de los ganados en marcha.—Humpy-Bong.—Tiempo revuelto.—Mosquitos.—Una casa fatal.—Llegada de los negros.—Tribu de duelo.—Un hermoso dia del año.

En los barrios ó en los alrededores de Brisbana, las casas se encuentran bastante distantes las unas de las otras. Una vez en las afueras de la poblacion, nadie sabría decir, excepcion hecha del calor, si se estaba en la Nueva Galles ó en Victoria, pues á la vista de uno que no sea muy experto en botánica, la vegetacion parece la misma.

Es evidente que los eucaliptus deben pertenecer á otras especies, y que los arbustos y las flores son diferentes; pero yo no hallo más que un árbol que me llame la atencion, por el extraño color de su corteza, y es éste el gomero moteado (que es sin disputa el árbol más raro que puede verse), pues su corteza lisa y suave tiene todos los colores: en un punto, es blanco como la nieve; más allá, color de rosa, un poco más, y llega al rojo;



La calle Glenell, en Adelaida.

en otros lados se le ve blanco con anchas fajas azules, salpicado de manchas amarillas, grises ó verdes. Cuando se ve un grupo de estos árboles, forman un caprichoso contraste con los oscuros colores de los demas que á su alrededor crecen, y podrían ser asunto para un bello cuadro de género. El carruaje en que vamos nos conduce por una senda bastante descuidada, atravesando una campiña que forma pequeñas ondulaciones, y en la que la tierra parece pobre, excepto en el fondo del valle, donde es negra y buena para el cultivo de la caña de azúcar y del maíz; pero donde el paisaje es verdaderamente hermoso es en los alrededores de North-Pine.

La casa de M. Peatry está admirablemente situada sobre un mamelon, convertido por completo en un magnífico jardin.

Despues de ser anunciado, entré, presenté mis cartas, y despues que las hubo leido, mi hombre se informó de los proyectos que allí me llevaban, calculó el tiempo que me era necesario, y tambien el que me podía conceder. Luégo, como era

cuestion de negocio, y aquél era un hombre práctico que sabía lo de *the times is money*, fué necesario tratar, y tratamos. Acepté sus condiciones un tanto draconianas, pero nunca sentí hacerlo; tantas fueron las buenas noticias que recogí en casa de mi futuro compañero. Sólo permanecí allí un día, pues al siguiente debíamos emprender nuestra marcha; pero en este tan limitado espacio de tiempo pude admirar un interior de casa de campo que entre nosotros hubiera sido demasiado lujo; aquellas gentes entienden mucho mejor que nuestros campesinos la organizacion de un *house* (morada). Tambien me fué bastante mi permanencia para convencerme de la facilidad con que los niños aprenden todas las cosas, y de su seguridad en discutirlas: aquellos jóvenes y aquellas niñas no tenían en modo alguno la timidez de los nuestros, y desde el primer momento hablaron conmigo con la misma confianza que si hubiera sido ya un antiguo amigo. Efectos tal vez de una educacion especial, fruto del desierto, ó resultado de la instintiva confianza del australiano, aquello llamó mi atencion, sin herirme en lo más mínimo; si yo tuviera niños, me consideraría feliz con advertir en ellos las mismas condiciones.

Entre tanto, M. Peatry había enviado unos avisos á dos tribus, que sabía estaban acampadas en las cercanías, á unas veinte leguas del lugar en que nos hallábamos, rogándoles se reunieran en un punto de la costa llamado Humpy-Bong, en el que había un pequeño pabellon, propiedad de un doctor de Brisbana, que lo había puesto á mi disposicion.

Como gran atractivo para los negros, tenía una paga de uno á veinticinco francos por día, una pasta de tabaco, distribucion general de *dampers*, que son unas galletas hechas con harina de trigo sin levadura, cocidas bajo las cenizas, que gustan mucho á los negros; y si aquellos señores y señoras se portaban bien, un vasito de whisky. Aquello era para los salvajes mucho mejor que una representacion á su beneficio, y no dejaron de acudir.

Toda la mañana fué empleada en ultimar los preparativos, en pasear por los jardines y por los bellos alrededores. En los parques había en gran abundancia bunya-bunya, que es la araucaria de Queensland, cuyos conos monstruosos pesan más de treinta libras, y que producen unas gruesas almendras como nueces, que en tiempo de la conquista eran uno de los principales alimentos de los naturales.

Estos árboles, de la familia de los pinos, llegan á tener muchas veces hasta doscientos cincuenta piés de altura, y ocupan en la montaña una region especial, á la que dan el nombre de Buya-Range, situada á 320 kilómetros de Brisbana. Sólo producen frutos cada dos años; pero lo hacen entónces con tal abundancia, que los propietarios, no pudiendo consumirlos todos, invitan gratuitamente á las tribus vecinas para que vengan á tomar parte en el festin. La más completa armonía reinaba entre anfitriones é invitados; pero sucedía con frecuencia que, saturados hasta más no poder de alimentos vegetales, experimentaban luégo una gran necesidad de alimentos animales. Ellos no podían en modo alguno arrojarse sobre las reses de sus amigos, porque las convenciones entre tribus son formales; la invitacion no había sido hecha más que para los frutos del bunya, y no para los animales, y ántes que violar esta ley, los desgraciados sacrificaban á uno de entre ellos, y se lo comian. Esto se llama allí delicadeza!

En nuestra excursion por los alrededores encontramos una piara de bueyes que se dirigía á Brisbana, y mi guía me refirió cosas sobre el instinto de estos animales en el desierto y en las marchas, que llamaron mucho mi atencion, pues estos instintos son de fecha reciente y se han desarrollado despues de la introduccion de estos animales en el continente australiano: despues se han hecho ya hereditarios.

Por ejemplo, cuando se hallan en un punto cualquiera de estacion y quieren beber, muchas veces les es necesario recorrer cinco ó seis leguas para ir á encontrar el agua, lo cual es una larga marcha. En este caso, las vacas dejan á sus hijuelos, pero los conducen á cualquier depresion del terreno donde los ocultan entre la hojarasca, confiándolos á la custodia de una vaca vieja, que en modo alguno permitirá que se desbanden. Al primer ruído que escucha esta vaca da la señal de alarma, y segun lo que sea, huye con su pequeño rebaño ó acomete á los intrusos.

Sucede frecuentemente que en las largas marchas hay necesidad de cruzar un sendero de los abiertos por los naturales, y entónces los que van delante, los bueyes conductores, braman, negándose á continuar. Habiendo sido atacados muchas veces por los negros, en tiempo de la colonizacion, estos animales los miran como sus enemigos, aunque hoy nada deban temer de ellos; pero á pesar de todo, cuesta tanto trabajo hacerlos cruzar un sendero de éstos, como hacerlos atravesar un río.

Los búfalos, que en Cochinchina y en Java son

tan familiares y dulces para sus conductores malayos ó chinos, son extremadamente peligrosos para los blancos, en los que adivinan enemigos ó tiranos para sus dueños. Es el mismo instinto, aunque desarrollado en sentido contrario.

De North-Pine á Humpy-Bong, es cuestion de 25 kilómetros lo que hay que andar: el día que emprendimos la marcha llovía á torrentes. Los árboles goteaban sin cesar, pues era un bosque lo que teníamos que cruzar, pero poco nos hubiera importado el agua sin la nube de mosquitos que sobre nosotros caía. Cuando llegamos á los bajos que están ántes de Humpy-Bong fué peor, y nuestra situacion se hizo intolerable; teníamos las manos completamente negras de refregarlas contra la cara. He viajado mucho, pero creo que nunca veré tantos. Hay que tener presente que aquel era el peor tiempo. Los animales, á que aquellos insectos no permiten reposo ninguno, enflaquecen en la estacion en que todos engordan, porque en la de las lluvias la hierba es abundante, pero los mosquitos no les permiten el placer de pastar, y hemos visto bueyes y caballos rodeados de aquellos chupadores de sangre que corrian como desesperados.

Llegamos por fin á Humpy-Bong, pequeña estacion que se compone de una cuadra con cocina y casitas bastante limpias, en las que todas las camas tenían sus mosquiteros. Inmediatamente nos trasladamos al campamento de los negros, donde nos esperaba una mala noticia : los hombres útiles han partido, no quedando en los *willum* (1) más que las mujeres, los niños y los viejos. Ellos no habían recibido el mensaje, pues estaban ya léjos por el camino de Marybourough, á donde sin duda iban á mendigar ó á embriagarse los días de fiesta. Efectivamente; estamos á 31 de Diciembre y mañana es día de Año Nuevo.

En cuanto á la otra tribu, no llegará hasta mañana, y Peatry les enviará un nuevo aviso para que apresuren su marcha cuanto puedan.

La lluvia ha calmado un tanto, y esto me permite examinar el campamento con alguna detencion: está compuesto de cinco malas chozas formadas con hojarasca y cortezas; delante de cada una de ellas hay una hoguera encendida, á la que los naturales llaman *dura*. Aquellas miserables cabañas, abiertas por uno de sus lados, apénas si tienen dos metros de diámetro: son unos inmundos lodazales, donde viven tres ó cuatro individuos: los más afortunados disponen de una piel, los demas tienen que contentarse con algunas hojas; montones de inmundicia, restos de pescado, conchas de ostras, huesos añejos á medio roer, están esparcidos por los alrededores, y todo en conjunto revela una miseria inexplicable. Añadid un considerable número de perros, ó mejor de esqueletos sarnosos, y tendréis una aproximada idea del campamento de aquellos salvajes.

La tribu que acampa en Humpy-Bong es una tribu de la costa, y aún viven como en otro tiempo vivían; pescan el *dugong*, el manatí, especie de vaca marina que el cogerla constituye para la tribu un día de fiesta: cazan tambien los kanguros y los *opossum*, que llegan á ser muy raros en los alrededores de los lugares en que ellos habitan. En casos de hambre, ó reciben raciones, ó piden al robo y á la mendicidad el suplemento de su pobre alimentacion.

Hace algun tiempo fabricaban unas inmensas redes, en las que cogian á los kanguros por manadas; pero ya han renunciado á ellas. La tribu que estudio en Humpy-Bong ha perdido á uno de sus jefes, viejo pescador, por quien están de duelo. Los hombres en tales casos no llevan nada que pueda hacerlo comprender; pero las mujeres tienen el cuerpo y la cara señalados con manchas y líneas blancas, pintura que obtienen con la cal ó con el yeso, y en la cabellera llevan entrelazadas viejas plumas de casoar, con lo que tienen el aspecto más repulsivo que puede imaginarse.

En cuanto á las ceremonias que se practican en esta parte de la costa á la muerte de los aborígenes, son bien singulares. Aquí, como en toda la Australia, los negros no pueden creer que la muerte sea un fenómeno natural: para ellos es siempre un hechizo, un sortilegio pronunciado por algun individuo de una tribu enemiga, y tarde ó temprano puede estarse seguro de que se vengarán del que sospechan. Estas, en otro tiempo, eran las causas frecuentes de guerras entre unas y otras tribus: el hechicero ó el fetiche era generalmente el que decidía, y los demas obedecían sus indicaciones; por fortuna las guerras aquellas eran muy poco sangrientas.

Entre los que nos ocupan, era tambien costumbre comerse al muerto, cosa que aún hacen en muchos casos: con el jefe por quien estaban de duelo se habían contentado con desollarlo: habían hecho secar su piel, á la que adherian las narices, las orejas y los cabellos, é igualmente habían conservado los muslos, las piernas, los brazos y el cráneo, no habiendo enterrado más que el tronco y las entrañas. Cuando ya están secos,

(1) Chozas en las que viven los australianos, y que tambien llaman *miam*.

las mujeres son las que llevan consigo estos restos; por la noche hacen con ellos su almohada para tener siempre presente el recuerdo del muerto, y todos los días lloran al difunto. Durante seis meses ó más conservan estos restos, al cabo de los cuales terminan por ocultarlos en el tronco de un árbol ó en alguna separada gruta.

A la llegada de la otra tribu, que encontré á la mañana siguiente levantando sus *duras* á 300 ó 400 metros de las cabañas de la primera, presencié una ceremonia de las más interesantes; pero tuve que contentarme con verla desde léjos, porque se me prohibió que me acercara, y hacerlo hubiera sido una profanacion; éstas son allí costumbres sagradas para los negros, y siempre respetadas por los blancos.

Los viejos y las mujeres de la tribu situada junto á Humpy-Bong habían llevado á la mitad del camino los huesos y la piel del difunto; despues las mujeres entonaron en su honor unos clamores discordantes. Luégo, uno por uno, todos los individuos de la tribu se dirigieron hacia el grupo que formaban las que podemos llamar cantoras, y apresurando el paso á medida que se acercaban más á las reliquias, se golpeaban la cabeza con el hacha en señal de dolor. Esto no era un vano simulacro, como pudiera creerse; aquellos infelices se abrian anchas y profundas heridas, de las que la sangre manaba en abundancia, y no dejaban de pegarse hasta que el encantador se echaba sobre ellos, los abrazaba y cubría con tierra sus heridas, despues de lo cual eran admitidos á contemplar los restos del finado.

Como quiera que el mal tiempo continuaba y no dejaba de llover, suspendí mis operaciones para continuarlas al día siguiente.

Estoy habitando una casa que parece tener desgracia: el guardia de ella me ha referido que la señora que la habitaba ha perdido en el mismo año dos hijos, con circunstancias bien fatales. El primero de estos jóvenes murió aplastado por un árbol que se desgajó muy cerca de la casa; el segundo en el bosque, á donde había ido á pasear á caballo en compañía de unos amigos, del fuerte golpe que recibió contra un eucaliptus. Como consecuencia de estas dos desgracias, la mujer del guardia se ha vuelto loca, y desde entónces la casa abandonada ha sido puesta en venta.

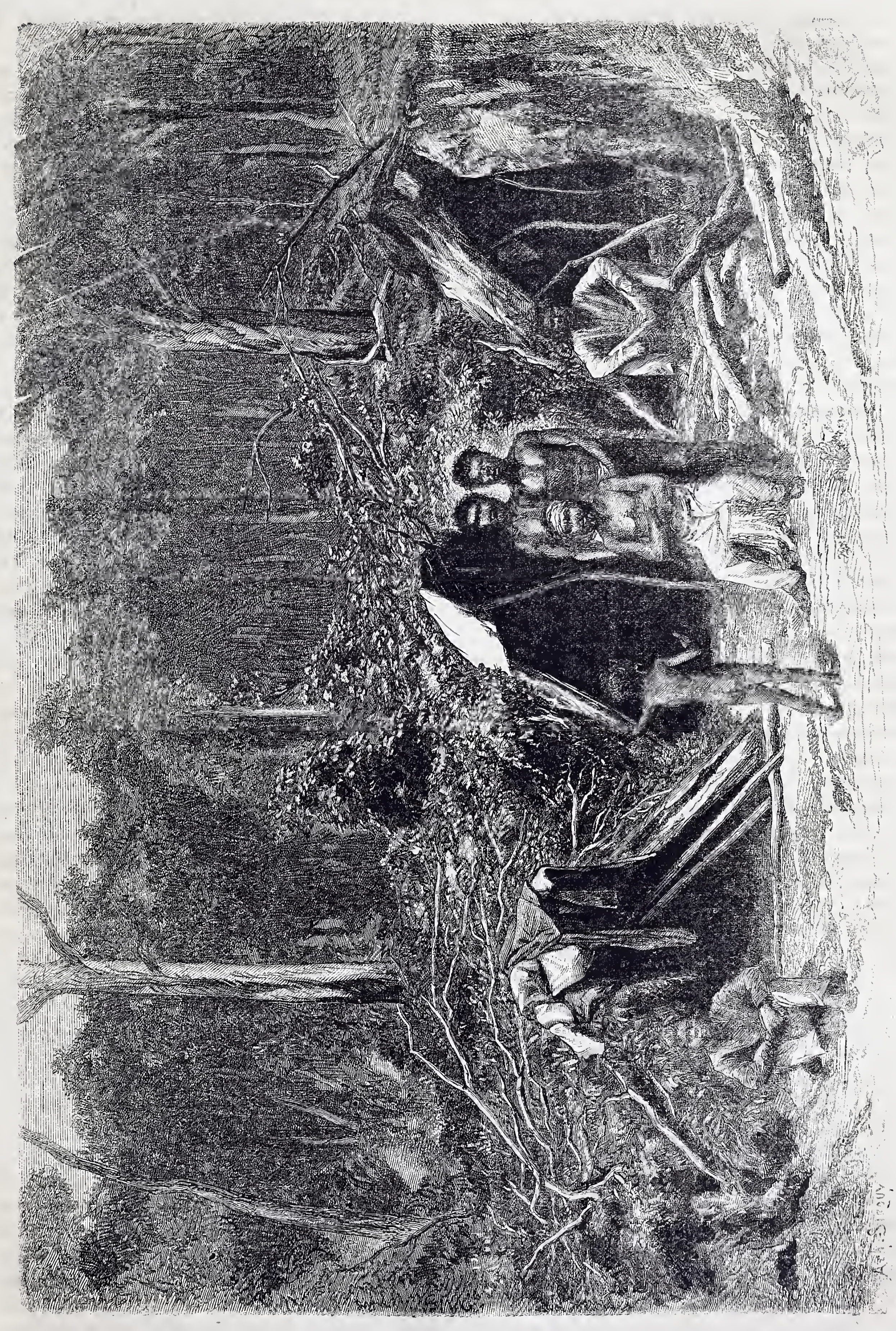
El día lo he pasado en preparar mis instrumentos, en construirme una cámara oscura, dar algunos paseos por la costa y visitar á mis negros vecinos. Por la noche, despues de los alaridos de costumbre en honor de su muerto querido, los he visto agrupados en sus cabañas, ante grandes hogueras, teniendo los perros alrededor. Segun me ha dicho M. Peatry, pasan una gran parte de la noche conversando ó refiriendo los grandes hechos de sus antepasados: ésta es su manera de escribir la historia y trasmitir sus leyendas á los niños, para que á su vez lo hagan á los sucesores. Tambien cantan los tiempos felices en que les pertenecieron los terrenos de caza que ya hoy no son suyos, triste consolacion del estado de miseria y de decadencia en que han caido. Este es el último canto del cisne... negro.

Con respecto á los muertos, entienden que reviven en el cuerpo de los blancos. Así, cada uno se hace un paraíso á su manera: hoy, encontrándose faltos de todo, viviendo en un estado de abyecta degradacion, viendo al blanco vivir en la abundancia, el fin dichoso de la vida para el negro es recomenzarla en las condiciones que la ambiciona, es decir, comer y beber mucho, superstición que es muy moderna, datando sólo desde la llegada de los blancos, y que no podrá encontrarse en los aborígenes de Victoria que viven en las estaciones, que no sufren necesidades, y que se creen iguales, si no superiores á los blancos.

## IX

Operaciones fotográficas.—Tipos, costumbres y trajes de los australianos en general.—Nacimiento de los hijos.—Infanticidios.—Jóvenes de ambos sexos.—Matrimonios.—Raptos.—Novelas del desierto.—La suegra.—La belleza.—Mision de la mujer.—Entierros.—Canibalismo.—Campamento.—Alimentacion.—Fábulas.—Leyendas.—La creacion.—La luna.—El sol.—Iniciaciones.

Como la lluvia continuara sin interrupcion, me fué necesario sacar fuerzas de flaqueza y ponerme á la obra, pues de otra manera mis negros me hubieran abandonado; porque hasta tal punto son nómades, que es imposible retenerlos más de ocho días en un mismo punto. Me encontraba en unas circunstancias bien detestables, pues no sabía cómo colocar mis modelos, porque toda la casa se bamboleaba con el viento. Erame necesario ponerlos bajo el tejadillo, apoyándolos en la chimenea de ladrillos, único sitio que no se conmovía: la luz, por otra parte, era tan escása, que me precisaba tenerlos ante la cámara oscura más de un minuto, y tras la cabeza de cada uno de los indi-



Campamento y grupos de australianos.

viduos ponía una piedra plana, que sirviera de apoya-cabezas y les obligara á estarse quietos; cubría el instrumento con un paraguas, y de esta manera es como pude hacerme de cuarenta malos clichés, de hombres, mujeres y niños.

Para las mensuraciones tenía más facilidad en el interior de la casa, pero muchos de ellos no las dejaban hacer sin oponer grandes dificultades; suponían en estas operaciones algun maleficio diabólico, del que muy bien podían ser víctimas, y sobre este punto tuvo M. Peatry que darles categóricas explicaciones, que sólo les tranquilizaron á medias. Mucho más trabajo me costó aún obtener cabellos, y para vencer esta resistencia tuve que presentarles ántes el rom y el tabaco, pues para el australiano es cuestion de mucha importancia ceder parte de su cabellera; cree que todo hombre que posee un mechon de sus cabellos tiene poder para hacerlo morir, y me han referido muchos casos en los que la persona que se creía hechizada por este medio ha perseguido durante meses enteros á su encantador imaginario, hasta que lo ha cogido y le ha dado muerte.

Justo es que ahora demos un resúmen de las costumbres y trajes de los naturales de la Australia.

En Encounter-Bay, en la Australia del Sud (esta costumbre es casi general en toda la Australia, y ya hemos expuesto las causas), ninguna mujer cría más que dos hijos; á todos los demas se les da muerte; tambien sacrifican á todos los que no son legítimos, y sobre todo á los que creen que pueden provenir de blancos; pero como el récien nacido australiano viene al mundo casi blanco, es muy difícil distinguir al mestizo del que es de sangre pura, por lo qûe en este caso se atienen á la forma de la nariz, que es más ó ménos larga ó más ó ménos aplastada, segun el orígen del niño.

En el bajo Murray, segun P. Beveridge, no sólo matan á los niños, sinó que tambien se los comen. En el Norte cortan una falange del dedo á la madre por cada uno de los hijos que mueren de los que dejaron con vida; por lo que hay muchas de aquellas infelices que no tienen más que muñones.

Todo esto, segun dicen, no es en modo alguno una prueba de ferocidad; aquellas pobres gentes sufren el yugo de una necesidad fatal. La antropología no prueba nada que pueda referirse á dureza de costumbres: los mejicanos criaban á los hombres en jaulas, como nosotros á los pollos, para que al comerlos luégo estuvieran más tiernos y mejores. Los indios, ántes de la conquista de las Américas, eran antropófagos, y no obstante, el P. Las Casas habla siempre como de poblaciones las más dulces é inofensivas de la tierra.

Para terminar esta cuestion de canibalismo, diremos que era una costumbre casi general en la Australia, y que entre las tribus de los Deyeries era una práctica universal. No solamente se comían á los niños, á quienes sacrificaban al tiempo de nacer, sinó que se comían tambien á los muertos, con esta distincion: que la madre se comía al hijo, y el hijo á la madre, pero ni el padre ni el hijo podian comerse el uno al otro. Dando á luz las mujeres por término medio de seis á nueve hijos, puede juzgarse del fruto de esta detestable costumbre.

Extraño contraste, digno de ser señalado en honor de la especie; las mujeres crian á sus hijos con el cuidado y el celo de las más cariñosas madres, les rodean de toda clase de atenciones, les atienden con amor, y cuando tienen la desgracia de perderlos, manifiestan una desesperacion extrema.

La madre que ha perdido á su hijo no quiere en modo alguno separarse de aquellos queridos restos; los guarda consigo hasta que la podredumbre y el olor de las carnes corrompidas hacen imposible su trasporte. Entónces hace secar los huesos, los envuelve como preciosas reliquias, y cuando duerme pone bajo su cabeza el pequeño esqueleto, para tenerlo siempre cerca de sí, y que sus pensamientos y sus sueños estén llenos con los recuerdos de su hijo.

El papel que entre los australianos desempeña la mujer, lo mismo que entre los demas pueblos salvajes, es el de una bestia de carga; miéntras más mujeres tiene un hombre, es más rico, por que más servidores tiene. La mujer es la que lleva los niños, los utensilios necesarios para la vida, las armas de su señor y dueño. Si van en marcha, es deber de ellas buscar las raíces comestibles, sacar las lombrices de tierra, perseguir los lagartos y las serpientes de que la tribu se alimenta en épocas de hambre, que por desgracia son frecuentes. Ella es tambien la que debe construir la choza, encender el fuego y preparar los alimentos, razon por la cual no es extraño ver decrépitas y repugnantes á mujeres de veinticinco años, que á los doce no tenían nada de desagradables.

Una vez establecido el campamento y encendidas las hogueras, separan muy cuidadosamente á los jóvenes de distinto sexo, sinque en esta medida tenga partealguna la moral; lo hacen sólo por cálculo: temen colocarlas más difícilmente en las



Mujeres australianas.

tribus vecinas, en cambio de las que puedan recibir, porque allí, como en todas partes, las precauciones son inútiles, y con frecuencia

Los cerrojos y los grillos...

En cuanto á las mujeres casadas, cada uno tiene cuidado de la suya ó las suyas, con un celo exagerado; pero á pesar de todo, las faltas son frecuentes, y entónces son castigadas á lanzadas.

Las intrigas ó relaciones clandestinas entre jóvenes de una misma tribu son muy raras, pues ademas de la vigilancia que se tiene, la ley les prohibe casarse entre ellos. Los matrimonios no se celebran más que entre indivíduos de una tribu y otra, por vía de cambio.

Una niña de doce años se da á un viejo, que en cambio entrega una de sus hijas, y un jóven en muchos casos no tiene más remedio que contraer matrimonio con una vieja, con una repudiada, cosa que no siempre deja de tener sus inconvenientes. En el desierto el corazon tiene tambien sus exigencias; el amor se mezcla en las cuestiones con frecuencia, y aquellos jóvenes sufren tanto como los nuestros cuando se les separa para siempre. Entónces hay disgustos, luchas, raptos, pero no queda ningun medio para poder escapar; los australianos tienen como nadie desarrollado el instinto para hallar á un hombre, y cuando los fugitivos son encontrados, él es confinado á su tribu y ella devuelta á su dueño. En caso de resistencia por parte de ella, la azotan; si reincide, le pegan en la cabeza con el *waddy* (maza), ó bien le hieren las piernas y los muslos con la lanza para que no pueda correr: hé aquí una aventura amorosa de funesto desenlace; y por otra parte ¡cuán corta debe ser una luna de miel, en la Australia!

No obstante todo esto, el amor, como la fe, levanta y traslada las montañas, y algunas veces ha sucedido que ha podido vencer de todos los obstáculos; pero en este caso el héroe de la historia ha tenido que batirse una, dos y tres veces con individuos de la tribu de su amada y salir siempre vencedor en la lucha.

Con este sistema se da el caso de que muchos jóvenes no tienen mujeres jóvenes como ellos, y van á robarlas á una tribu vecina, con lo que se dan luchas y guerras interminables.

Las mujeres gruesas son las conquistas más rebuscadas. Cualquiera que sea la edad que tenga una mujer gruesa, es una maravilla que roban valiéndose de la astucia ó á mano armada. El marido de una mujer de esta clase, vive siempre sobre brasas, apenas si puede dormir más que con un ojo, y ni áun así puede estar seguro de hallarla cuando despierte.

La ley del salvaje australiano prohibe al yerno sostener relaciones con su suegra; cuando por casualidad un yerno se encuentra con su suegra, ambos deben bajar la vista y seguir uno por la derecha y otro por la izquierda. Verdad es que, perteneciendo á distintas tribus, se encuentran muy pocas veces; pero el hecho no deja de ser curioso, y el fundamento que debe tener es la idea de que toda hija le ha sido arrebatada á su madre por fuerza.

Réstame decir algunas palabras de los entierros, que no en todas partes se practican de la misma manera que en Humpy-Bong. En muchos lugares los naturales, como sucede en Madagascar, hacen secar el cuerpo de los difuntos sobre una plancha ó un fuego suave, ó rodeándolo de cenizas calientes; recogen el líquido que se escapa del cuerpo, é indiferentes al insoportable olor que exhala el cuerpo, se frotan con él religiosamente, gracias á lo que padecen no pocas enfermedades cutáneas.

Haremos mencion tambien de una costumbre bien notable: á imitacion de los indios del Perú, que mascan las hojas de Coca, los australianos chupan las del Pituri (Duboisia Upwoodii), planta que les produce cierta excitacion durante las marchas, y que les obliga á sostenerse en épocas de hambre.

Réstame hablar de las fábulas y leyendas de tan singular pueblo. En cuanto á fábulas ó cuentos, sólo he encontrado uno que merezca ser conocido, y del que hace mencion Meyer en su historia de las tribus del Sur; cuento que podria titularse el Kanguro y el Wombat, y que en lengua australiana es

*Mirram y Warreem.*

Mirram y Warreem eran en otro tiempo dos hombres que vivian en el mismo campamento; pero Warreem tenía una buena choza construida con cortezas, y Mirram no tenía abrigo ninguno; así es que estaba obligado á permanecer á la intemperie noche y dia.

Para Mirram estaba esto muy bien, en tanto hacía buen tiempo, y tambien para Warreem, que en este caso dormía con él al aire, siendo entónces los mejores amigos del mundo; pero llegada la estacion de las lluvias, Warreem se retiró á su tienda, encendió una buena hoguera, y se tendió comódamente al abrigo del agua y del aire.

Fué tanto lo que llovió, que la hoguera que Mirram habia encendido se apagó, y el pobre se mojó y sintió frio.

Permaneció largo tiempo sentado, calándole el agua hasta los huesos y esperando que Warreem le ofreciera entrar á su *willum*; pero éste nada hizo, por lo cual, no pudiendo soportar por más tiempo la humedad, se acercó á la choza y pidióle le dejase un pequeño hueco que dejaba desocupado, á lo cual contestó el propietario: «Este sitio me hace falta para colocar la cabeza.—Pues entónces, cédame el lugar que acabas de dejar;» y Warreem le contestó: «Me hace falta para extender los piés.» Mirram entónces le dijo: «Me contentaré sólo con el hueco que acabas de dejar;» á lo que tampoco accedió, diciendo que tenía necesidad de echarse allí.

Desesperado Mirram y no pudiendo sufrir por más tiempo aquel ignominioso trato, buscó una gran piedra, y con ella aplastó á Warreem la frente, diciéndole: «Desde ahora tu frente será siempre plana, y siempre habrás de habitar en los agujeros más oscuros.»

Desde entónces el pobre Warreem ha vivido en los agujeros más oscuros y su frente ha sido aplastada como la dejó Mirram con la piedra.

Pero Warreem se vengó á su vez.

Un dia cogió su lanza y tirándola á Mirram, le alcanzó el golpe, clavándosela en la parte interior de la columna vertebral.

«En adelante, le dijo Warreem, esa lanza permanecerá en ese sitio para siempre, se convertirá en vuestra cola, y tendréis necesidad de apoyaros en ella para andar, sin que jamás tengáis *willum* en que abrigaros.»

Hé aquí por qué Mirram tiene una gran cola, de la que está obligado á servirse para andar, y por qué siempre tiene que quedar á la intemperie.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

En cuanto á las leyendas de los naturales, son infantiles ó faltas de veracidad en absoluto, y con dificultad podría imaginarse algo más tonto, ni más necio, ni más inconveniente, por lo cual creo cumplir dando sólo una idea.

¿De dónde les vienen estas leyendas? ¿Hace muchos años que entre ellos corren estas leyendas, á las que dan tanta fe y tanto crédito como nosotros á las nuestras? Ninguno lo sabe.

Generalmente una leyenda es el hábito moral de una idea; aquí el hábito y la idea es de lo más pobre.

Con respecto á la creacion, los habitantes de Encounter-Bay, en la Australia del Sud, dicen que los hombres fueron creados de las deyecciones de una mujer, Niegarope. Ellos no se ocupan para nada del orígen del mundo, lo cual nada tiene de particular, Segun ellos, todos los animales fueron ántes hombres que habiendo llevado á cabo grandes prodigios, se convirtieron en bestias y en piedras; así es que las grandes rocas que se extienden en la orilla del mar, llevan nombres de hombres y mujeres cuyas historias pretenden conocer. Por lo demas, creen en los aparecidos, en los malos espíritus, en las influencias malignas, y son de noche tan tímidos y medrosos, que por nada se podrá conseguir separarlos de su campamento.

En otra tribu de los Deyeries la historia de la creacion es la siguiente:

En el principio, el Gran Espíritu creó un buen número de lagartos negros, á los que despues, satisfecho de su obra, les prometió que tendrían poder sobre todas las cosas. Dividió sus patas en falanges y dedos, y tocando luégo con su índice el centro del cuerpo, les formó la nariz y en seguida de la misma manera los ojos, la boca y las orejas. Entónces el Gran Espíritu puso á uno de aquellos lagartos de pié, y como observara que no podía tenerse, cortóle la cola y pudo marchar en aquella posicion, tras lo cual se cuidó de dividir á aquellos animales en machos y hembras.

Dicen ellos que el sol es una mujer: cuando se pone es que va á la morada de los muertos; cuando se levanta, los muertos forman en dos filas, abriendo camino para que él pase. Le invitan á que permanezca en su compañía, pero no puede concederles más que un momento, porque le es necesario estar dispuesto para al dia siguiente emprender su viaje. En cambio recibe por su condescencia una piel de kanguro roja, y por eso en las mañanas aparece vestido de este color.

La luna es tambien una mujer, pero de costumbres nada morales.

Nurumderri (el Gran Espíritu) dió órden para que la sujetaran. ¡Ella se oculta, desaparece y emplea todo su tiempo en buscar raíces que la hagan engordar, razon por qué, cuando vuelve á aparecer, está tan llena! ¡Bonita manera de explicar las fases de la luna!

Los Narinyerris en el Sud atribuyen el orígen del lenguaje á una vieja de muy mal carácter.

Dicen que en otro tiempo había una vieja llamada Wurruri, que por la noche se paseaba armada de un largo baston para apagar las hogueras alrededor de las que dormian las gentes.

Murió Wurruri y las gentes de la tribu, sumamente contentas, comunicaron á las demás la fausta noticia, y todas acudieron, no para manifestar su pena, sinó para expresar su alegría.

Los Ramingerars, que fueron los que primero llegaron, se pusieron á comer de sus carnes, é inmediatamente comenzaron á hablar; las demas tribus del Este comieron el contenido de los intestinos, y hablaron en un lenguaje de todo punto diferente. Las tribus del Norte llegaron las últimas, comieron lo que quedaba, que eran los intestinos, y hablaron tambien muy de distinta manera que los Ramingerars. Hé aquí una confusion de lenguas que no tiene ninguna relacion con la leyenda de la torre de Babel.

Los australianos tienen muchas clases de iniciaciones, segun las tribus; iniciaciones por las que pasan los jóvenes ántes de ocupar un lugar entre los hombres.

En el Noroeste, tienen la circuncision, que se practica en los jóvenes de diez y seis á diez y siete años.

En la provincia de Victoria tienen el tib-but: á la edad de catorce ó quince años rapan al jóven, le cubren la cabeza con una tierra arcillosa, y le embadurnan el cuerpo con cieno; le ponen en la mano una cesta llena de inmundicias, y de esta manera está obligado á vagar por el campo, y todos huyen de su presencia como de un apestado.

Otras veces lo tienen apartado en el bosque dos




La calle Hindley, en Adelaida.

ó tres dias; con un instrumento de madera le parten los dos incisivos de la mandíbula superior, y estos dientes los ha de entregar luégo á su madre.

En otras tribus las ceremonias de la iniciacion son más serias, y como para citarlas todas sería necesario un volúmen, me contentaré con hacer mencion de las que más usan las tribus del Norte y las del interior.

En éstas los jóvenes, ántes de ser considerados como hombres y gozar de los privilegios de tales, han de pasar por tres pruebas. La primera la sufren á los quince años para llevar el título de warrara, la segunda á los diez y siete para llegar á pardnapa, y la tercera á los diez y ocho para convertirse en wilyalkinyis.

En la primera de estas pruebas cubren al hombre con sangre humana y lo azotan con varas; despues se le advierte que con su madre no ha de tener más relaciones que con las demás mujeres y con los niños de su tribu; que no debe pegar á las mujeres ni comer lo que por la ley está prohibido. Despues de esto lo presentan á las mujeres de la tribu con su nuevo título, y en seguida el jóven warrara, por espacio de tres meses, debe tiznarse el rostro con carbon, hablar siempre en voz baja y evitar la presencia de las mujeres.

La segunda iniciacion comienza por una partida de caza, á la que el jóven asiste sin tomar parte. Al medio día, cuando la pieza hecha, ha sido devorada, cogen al neófito, le pegan y le circuncidan, le azotan por segunda vez y en seguida parten para otra cacería, al terminar la cual le obsequian con una cinta para la cabeza, hecha con pe-

los de un animal, la cual está obligado á llevar durante muchos meses.

La última ceremonia es la más penosa; dos hombres llamados indanyanas son escogidos como padrinos. Conducen al futuro iniciado al campo, le vendan los ojos y echándolo al suelo lo cubren con pieles; lo levantan y lo tienden de nuevo, en tanto que los hombres presentes comienzan á preparar unos cuchillitos de pedernal con los que van á picarle el cuerpo al wilyalkinyis, al que desde entónces darán otro nombre.

Otros hombres se abren las venas del brazo y colocan al neófito á cuatro piés, de modo que pueda caerle en la espalda la sangre que corre y con la que ha de quedar cubierto. Una vez manchada toda ella, cuando queda coagulada, el derviche de la tribu, ó cualquiera de los jefes, marca con su medida el lugar en que deben hacerse las incisiones; una en medio del cuello y dos colocadas paralelamente desde las espaldas hasta las caderas, á dos ó tres centímetros de distancia cada una. A estas incisiones llaman *mankas*, y es tal el respeto que las tienen, que sería una gran profanacion hacer la menor alusion delante de las mujeres. En muchas otras tribus estas incisiones se hacen sobre el pecho y el vientre del paciente.

Yo permanecí aún ocho dias entre aquellos negros, ocho dias de prueba, me atrevo á decirlo, á pesar de todo el interes que me demostraron, y me consideré feliz al volver á Brisbana, de donde había de salir para Toowomba, gracias á una galante invitacion que había recibido.

# X

Expedicion á Toowomba.—Casa Gregory.—Encantadora hospitalidad.—Las ciudades del llano.—Los Darling Lowars.—El *bottle tree* ó árbol botella.—Una vieja francesa.—Rápido paso á Melbourne y Saint-Hubert.—Vendimias australianas.

La invitacion de que he hablado procedía de M. Gregory, que me rogaba fuera á pasar algunos días en su residencia de Toowomba, situada próximamente á unos 200 kilómetros de Brisbana. La vía férrea que hasta allí nos condujo se extiende más de 400 kilómetros en el interior, hasta Condamina, y se extenderá hasta Roma, ó sean 60 kilómetros más.

Toowomba es una gran aldea colocada en el extremo de las montañas sobre un valle. Estamos, segun creo, á 2.000 piés sobre el nivel del mar, á la entrada de las famosas llanuras de los Darling Downs, que se extienden por una insensible pendiente hasta el río Murray, en una extension de 300 leguas.

Tal vez Toowomba se ofenda de que yo la llame aldea, por lo cual llamémosla pequeña ciudad, con largas calles llenas de polvo durante la sequía, enlodazadas en tiempo de lluvia, provistas de algunas aceras de maderas, con casas bajas y vastos lugares desiertos que esperan la casa y el habitante. He recibido en ella la hospitalidad que da lugar á que sea la Australia una tierra bendecida para el extranjero, y en la vivienda en que fuí acogido, encontré un lujo del mejor gusto, una coquetería de instalacion que sorprendería á cualquiera: las palabras *desierto* y *civilizacion* se excluyen mútuamente en la comprension de los europeos, y es tan digno de admiracion el contraste! Pasad esta verja, atravesad el parque y os hallaréis ante una magnífica quinta, con su parterre lleno de flores y sus guirnaldas de plantas trepadoras festoneando una extensa galería: allí los niños juegan, una mujer encantadora aparece ante nosotros vestida á la última moda, y las notas melodiosas de un piano que se escuchan os revelan que existen allí jóvenes. Entráis, y todo es digno de llamar la atencion; todo es bello, limpio, brillante, los cuadros, los libros, las flores, flores por todas partes.

«La señora está servida:» es la voz de un criado que se aproxima ostentando su librea nueva y del mejor corte; ofrecéis el brazo y os llevan ante una mesa cargada de chispeantes botellas, adornada con flores. Las flores constituyen la coquetería de las australianas; con ellas llenan la mesa, y madre é hija las ostentan en el pecho y en la cabeza. No estáis en Lóndres, y podríais creerlo cuando al abandonar la mesa os encontráis un bonito carruaje de dos caballos que os espera, el lacayo á la portezuela, y en el pescante el cochero. Partís, é inmediatamente se halla el desierto, pues si no está en la misma puerta, está á dos ó tres leguas de allí.

Continuáis, y durante una hora seguís por la árida llanura siempre lo mismo, con sus pequeñas ondulaciones y sus aldeas formadas por cuatro ó cinco casas. Os creíais en Lóndres, y de vuestro sueño voláis á la realidad. Id más léjos aún, y halláis los *runas;* despues están las estaciones, distantes unas de otras 50 kilómetros; más allá, hombres; sobre las tierras desiertas,

bueyes de aspecto salvaje ó carneros de gran tamaño, y más léjos la curiosa vegetacion del desierto: el *grass tree*, el árbol yerba, con su tronco de palmera, su cabeza herbácea, y sus racimos de flores, parecidas á las del acanto; despues el *bottle tree*, el árbol botella, casi tan ancho como alto, con su raro ramaje, cuyos brotanes pequeños, anchos, tortuosos, se asemejan á tentáculos, y el todo parece una inmensa damajuana.

Este árbol botella pertenece á la vegetacion de la llanura, hacia los 19 grados, y desempeña en el desierto australiano el mismo papel que el ombou en las pampas de la América del Sud y el boabad en Africa. Es un árbol de madera tierna y esponjosa, de ninguna aplicacion y de la misma naturaleza que los dos ya citados anteriormente.

La excursion que hice en compañía de M. Gregory y su señora fué muy agradable bajo todos puntos de vista; al regresar fuímos á hacer una visita al gobernador, Sir Arturo Kennedy, que viene á pasar los meses de calor en el límite de la selva, en las alturas del Toowomba. Como me indicaran que había en la aldea una vieja francesa, madama Gregory y yo fuímos á sorprender en su casita á la que allí fuera en calidad de sirvienta. ¡Pobre anciana! Al apercibir á un frances, que en veinte años no había visto, los ojos se le llenaron de lágrimas, y me agradó extraordinariamente el placer que mi visita le causaba.

Pasé tres días más en Toowomba, desde donde volví á Brisbana, y despues á Melbourne, donde debía asistir á las vendimias de Saint-Hubert.

Estaban en plena recoleccion cuando llegué; muchas cubas, llenas ya, fermentaban, y las prensas trabajaban noche y día. Había una gran cantidad de uvas, y no obstante, calculando lo que podría obtenerse hallamos que á lo sumo serían de 32 á 40 hectólitros de vino por hectárea (y consideraban el año como extraordinario), en tanto que en Francia obtenemos 70 ú 80 hectólitros. El término medio en la Australia del Sud es mucho ménos de lo que dejamos dicho, pues apénas si llegan á 20 hectólitros. Esto debe consistir en que las cepas no están tan juntas como en nuestros viñedos, ó bien en que la tierra es ménos productiva que lo piensan los australianos, que es lo que me inclino á creer.

Una prueba más convincente hallamos con respecto al trigo; el término medio de la produccion no es más que de 16 á 20 hectólitros por hectárea, en tanto que en Inglaterra y en Francia varía de 45 á 70 hectólitros.

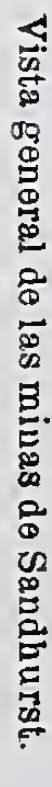
Pero vuelvo á mis vendimias: la palabra vendimia evoca siempre en Francia alegres recuerdos; bandas de hombres y mujeres, manifestando contento, canciones, bromas, gritos en las viñas, y por la noche bailes en las bodegas ó en los patios, en los que toman parte tambien los propietarios y las señoritas, y la música y las canciones y el dormir sobre la paja fresca, todo es alegre, lleno de encantos y animado. En Australia todo está reducido á una manufactura de vino; ni risas, ni cantos, ni bailes; los vendimiadores son allí una reunion de franceses, ingleses, suizos y chinos. Me figuro ver á Juan Chinam con su larga trenza haciendo la recoleccion del té, en compañía de su chinita, pero en la vendimia me parece una cosa extraordinaria.

## XI

Colonia de la Australia del Sud.—Adelaida.—Aspecto general.—Producciones.—Breves palabras acerca de las estadísticas australianas.—Apreciacion final.

Los primeros intentos de colonizacion en la Australia del Sud datan del año 1837, y aquellos primeros años fueron en los que más dificultades se tocaron. Un gobierno local en total y continuo desacuerdo con sus gobernados, una inmigracion que por su corto número casi pasaba desapercibida, y la falta de capitales, impedían el desarrollo de la moderna colonia, que vegetaba sin cultura, sin calles y sin producciones. Por fin el cobre fué en un tanto para la Australia del Sud lo que el oro para Victoria, y el descubrimiento de las minas de Capunda en 1843, el de la mina de Burra-Burra, mucho más rica que la procedente, en 1845, y, en fin, las maravillosas minas de Wallaroo y Monta, enriqueciendo á la colonia, provocaron una inmigracion considerable, que no ha disminuído, y abrieron una era de prosperidad y bienestar que da lugar á que desde hace mucho tiempo sea la Australia del Sud una de las mejor equilibradas de las colonias australianas.

Declarada colonia independiente en 1856, ha tenido la gloria de emprender y llevar á feliz término la construccion de una línea telegráfica que, comenzando en Port-Adelaida, termina en Port-Darwin, despues de haber atravesado de Sud á Norte todo el continente, sin que quede por com-



Vista general de las minas de Sandhurst.



Vista de la calle del Rey-William en Adelaida.—(De una fotografía).

prender ni una sola comarca, por desierta y salvaje que sea. Aquel trabajo puede decirse que fué una lucha continua de más de dos años contra la naturaleza y los naturales, que sin cesar presentaban obstáculos é inconvenientes; fué necesario hacer que todo viniera de Europa: los postes de hierro, los alambres y los aisladores; pero lo que más dificultoso se hacía era la traslacion de estos mismos materiales á los lugares donde eran necesarios, así como tambien los víveres para los trabajadores en obra de tanta importancia ocupados. Puede calcularse muy bien lo que decimos teniendo presente que es una línea que tiene que recorrer 3.400 kilómetros de desierto, y que había que guardarla entónces tambien para que un día no apareciera destruído lo que el anterior se había hecho, pues en un principio los negros destrozaban los alambres y cortaban los postes para hacer hachas con el hierro de ellos; y aunque severamente castigados cuando podían ser cogidos, y mal librados en losencuentros que sostuvieran con los blancos, volvían siempre, y á tal punto llegaron, que muchos desconfiaban de ver terminada la línea, cuando tuvieron el feliz acuerdo de someter á los jefes á la accion de las pilas eléctricas. Los efectos fueron maravillosos, y quedaron tan espantados y su imaginacion tan herida, que *El diablo del hombre blanco* les inspiró tan considerable terror, que en lo sucesivo han atacado no pocas veces á los trabajadores, pero nunca han vuelto á intentar nada contra los aparatos é hilos telegráficos, por lo que al fin la línea comenzada en 1870 pudo ser abierta á la explotacion en 22 de Agosto de 1872.

Toda la gloria de tan gigantesca obra toca por entero á Mr. Todd, director de correos y telégrafos, que no sólo me hizo el honor de enseñarme una por una todas las secciones de su departamento, sinó que llevó su atencion hasta acompañarme en mi visita á todos los monumentos más notables que en Adelaida existen.

Adelaida es una poblacion bastante bella, y casi podía atreverme á decir que es la más bonita de cuantas existen en la Australia. Situada á 9 ó 10 kilómetros de la costa oriental del golfo de San Vicente, está unida á Port-Adelaida por un camino de hierro, encontrándose á igual distancia del mar y del Mount Lofty-Range, que, traducido literalmente, quiere decir «Cadena del Monte Soberbio». Cadena sumamente modesta á pesar de su pretencioso nombre, por cuanto, segun creo, apénas si se eleva á más de 1.500 piés; pero en modo alguno debemos olvidar que estamos en la Australia.

Ademas, puede afirmarse, sin temor de incurrir en una equivocacion, que Adelaida es la poblacion mejor construída de toda la Australia; basta comparar los grabados que de ella damos con los de Melbourne, y se encontrará desde luégo en sus monumentos más variedad, más arquitectura y más gusto en la ornamentacion.

Los edificios públicos no tienen siempre el aspecto que debieran tener, pues con facilidad podría creerse que el palacio de Justicia era un teatro y el palacio del gobierno una bella casa de campo; pero en cambio nos vemos obligados á confesar que los edificios en que están instaladas las oficinas de correos y el ayuntamiento son de mejor gusto y en modo alguno se hallan faltos de carácter. La calle llamada King-William es una calle en la que todos los edificios pueden llamarse monumentales, y los principales comercios y tiendas están situados en las calles de Hindley y Glenell. A cualquier hora se advierte gran movimiento en las calles y mucha concurrencia: un aire de comodidad, prosperidad y desahogo se refleja en los transeuntes de un modo tal, que se advierte á primera vista está uno en una poblacion donde las necesidades no apremian y donde la satisfaccion que en ella se experimenta no es difícil. Adelaida es una poblacion nueva, por cuanto no puede llamarse de otra manera á una ciudad que sólo cuenta veinticinco años; mas, á pesar de todo, los materiales de que está construída parece que han sido sacados ayer de la cantera ó de las fábricas.

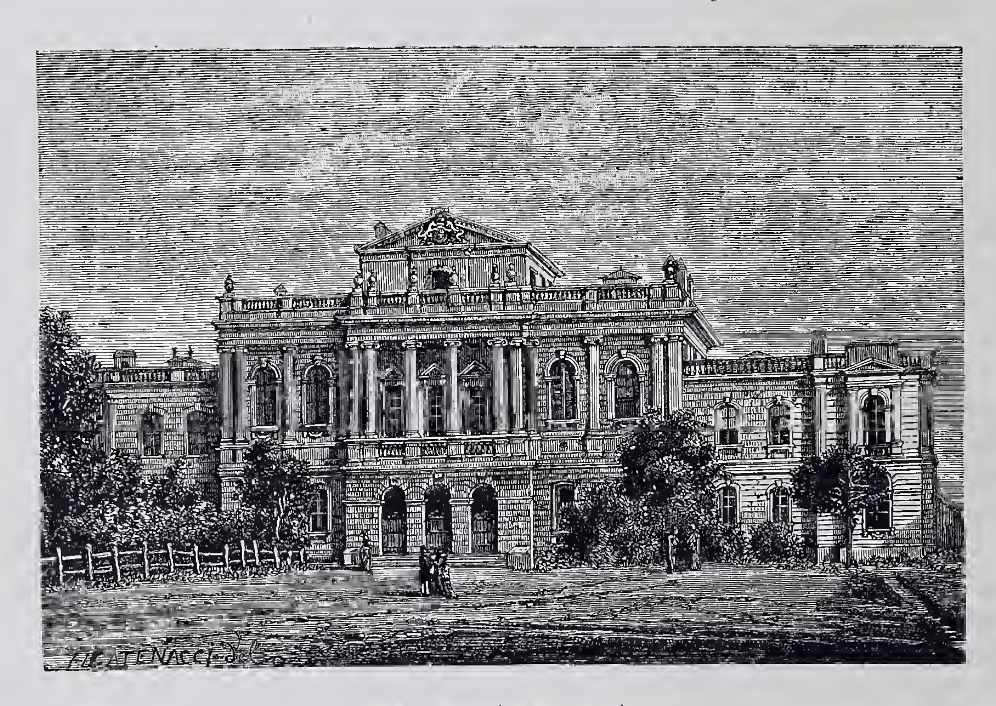
La Australia del Sud es la pátria de los grandes exploradores, entre los que merecen especial mencion Warburton, que en 1874, partiendo de Alice Spring, siguiendo la línea telegráfica hácia la mitad del continente, atravesó por completo la Australia á la altura de los 20° y llegó á Nichol-Bay, en la costa Nordeste; John Forrest, que hizo el camino en sentido contrario, y que desde Perth llegó á Port-Augusta, en el norte del golfo Spencer, en 1874; y Giles, que en 1876, saliendo tambien de Perth, atravesó el continente á la altura de los 25° para llegar al mismo punto que su predecesor.

La colonia posee, como Queensland, unas extensas llanuras, en las que la siembra del trigo ha adquirido unas proporciones considerables, siendo ella la que exporta más grandes cantidades y de las mejores condiciones, de lo que podemos dar una idea citando la quinta de Hill-Rive, que explota sesenta mil áreas de tierra, ó sean veinticinco mil hectáreas próximamente.

El clima de la Australia del Sud, segun dicen

los diarios y las publicaciones de Adelaida, es el más sano, el más dulce y el mejor de toda la Australia; pero cada colonia dice lo mismo, y se jactan de poseer iguales ventajas, en lo cual hay ciertamente un reclamo de la mejor naturaleza, por cuanto en modo alguno pueden ser dichas tales cosas para tranquilidad de los que allí viven, dado que esto lo han de ver y experimentar por sí mismos el bien ó el mal que de la permanencia allí resulte; segun entiendo, tal cosa debe ser dicha para desvanecer las preocupaciones que pueden existir y dar lugar á que las naturalezas debilitadas vayan á ellas. Allí no existe la tísis, pues siempre cede á la benéfica influencia del clima; allí no hay fiebres, ni epidemias, ni nada que pueda parecerlo; algunas veces se muere, pero hasta esto lo señalan como casos puramente excepcionales. A pesar de esto, puedo dar fé de que en el mismo barco que de nuevo me conducía á Europa venían como compañeros de viaje 10 ó 12 enfermos del pecho, procedentes, ya de Adelaida, ya de alguna colonia vecina, y de los que cuatro fueron arrojados al mar durante la travesía.

Las dos grandes producciones de la Australia



Palacio de justicia en Adelaida.

á las que debe su mayor y más considerable desarrollo, y que seguirán siendo la causa de su mayor desenvolvimiento, son la lana y el oro, á las que con el tiempo podrá añadirse el vino y el aceite, que si bien es cierto aportan hoy algunos elementos, no son de tanta consideracion como lo serán dentro de muy poco los que den los nuevos plantíos de olivos y vides. Por el momento, los dos primeros, que son los que se hallan en el período algido de su explotacion, constituyen la causa eficiente del mayor tráfico y movimiento de las colonias. Si se pasa á un detenido análisis de aquel movimiento, y aunque sea muy á la ligera, se recorren las estadísticas, se hallan cifras tan enormes y resultados tan extraordinarios, que sin que sea economista tengo la seguridad de que habrán de agradar á nuestros lectores, razon porqué trascribiremos algunos de los más importantes.

Para dar una idea de aquel activo movimiento comercial, del que los australianos se manifiestan orgullosos, con tan justo motivo, compararemos las sumas totales que arrojan las importaciones y las exportaciones de Australia, con las importaciones y exportaciones de Francia durante un año en los lugares que nos van á servir de términos de comparacion.

Tomando por base una poblacion de 2.500.000 habitantes para la Australia, y de 39.000.000 para la Francia, podremos ver que la Australia en 1877 había importado y exportado por una suma de dos billones trescientos cincuenta mil francos, y la Francia por una suma de siete billones quinientos millones solamente, lo cual estudiado y hecha la proporcion conveniente, da un resultado equivalente á la disminucion considerable en la que Francia había realizado un total de operaciones que, á pesar del excesivo número de habitantes, ve-

nían á ser siete veces menor que las de la Australia, y lo que es muy de tener presente, que para rivalizar con sus colonias debía haber conseguido la suma enorme de 35.000 millones; cálculos que no pudiendo ser negados por la gran evidencia que en presencia de los números se adquiere, destruyen todas las ideas económicas que caen por su base ante lo que nunca pudo expresarse teniéndolas presentes.

Si gran sorpresa puede causar lo que dejamos dicho, no es menor la que se experimenta al conocer á punto cierto lo que se refiere á la deuda de aquellas colonias. El término medio de la deuda asciende á 67.000.000 de libras inglesas, ó sean 1.675 millones de francos, lo que con relacion á Francia representaría una suma de más de veintiseis mil millones. Si se atiende al corto número de años que aquellos estados cuentan, y á los mil inconvenientes con que han tropezado en su constitucion, no podrá ménos de concederse que representan una verdadera excepcion en la historia, que han adelantado mucho en breve tiempo, y que en manera alguna podrán servir de términos de comparacion para cualquiera otra colonia que se establezca. La constancia y la industria han realizado prodigios allí donde quiera que se han desarrollado, y nunca pudo ser motivo bastante la série de obstáculos con que los colonizadores tropezaron para suponer que no podría conseguirse, en vista de ello, resultados ningunos; pero no es ménos cierto que si al economista más optimista se le hubiera adelantado lo que por conseguido se tiene, lo hubiera negado rotundamente, con razones á las que forzosamente se hubiera tenido que asentir, por ser las que la experiencia viene comprobando en todo tiempo. La Nueva Zelanda es más aún, y bajo este punto de vista se distingue de todas sus hermanas, pues personalmente, que podemos decir, debe 520 millones, ó sea, hecha la oportuna proporcion y contando el número de sus habitantes, que asciende á 408.000, á razon de 1.250 francos por cabeza, contando hombres, mujeres, niños y ancianos; lo que daría en Francia una equivalencia de más de 58.000 millones de deuda. Debemos tener presente que en esta estadística lo único que hay de serio es la cifra que representa la deuda, que es lo único que puede garantizarse como exacto. Debemos añadir que todas aquellas modernas colonias, semejantes á jóvenes Hércules, llevan tan pesada carga sin manifestar fatiga ninguna, y sin que en lo más mínimo se resientan sus operaciones por la carga que tal enormidad representa; no existen allí gravámenes de ningun género sobre la propiedad territorial que puedan cohibir el futuro desarrollo de las fincas; para atender al pago de los intereses de aquella deuda bastan los derechos de entrada que se recaudan en las aduanas, los impuestos de consumos y las ventas de tierras públicas.

Estas causas son, como fácilmente puede comprenderse, más que suficientes para que todas aquellas colonias manifiesten grandísimo interés porque vaya á ella el mayor número de extranjeros posible, y que por todos los medios que están á su alcance, ya celebrando la bondad del clima, ya haciendo promesas sin cuento ó ensalzando la fertilidad del suelo, ó haciendo fastuosas enumeraciones de los muchos medios de enriquecerse que en ellas están al alcance de todos, fomenten cada día más la emigracion y coadyuven á que se haga con mayor facilidad, destruyendo cuantas causas puedan oponerse á ella, porque de este modo naturalmente las tierras incultas, los campos baldíos, tendrán que venderse más pronto, los rendimientos de las aduanas serán mayores, y la deuda tan considerable que ya alcanzan, repartida en mayor número de individuos, tocarán á ménos, facilitando más las condiciones del progreso material.

Por lo que toca á las cifras que acusan el movimiento comercial, si detenidamente se estudia, hemos de quedar convencidos, á costa de muy poco esfuerzo, que en esto como en el mayor número de las cosas que á los australianos se refieren, se alaban y se manifiestan satisfechos y contentos, sin que en realidad tengan verdaderos motivos para ello.

La enorme cifra de que hemos hecho mencion, y que ellos presentan como resultado de su comercio de exportacion é importacion, debemos entender que no es sólo del sostenido con los demas puntos del universo, sino que tambien se incluye en ella el resultado del que más colonias sostienen con otra. Cierto es que son libres é independientes, pero en suma no es más que una sola y misma nacion; y tan convencidas están de esto, que reunen hoy estadísticas particulares en una estadística general, lo cual, si bien se considera, no es más que una sutil maquinacion á que los lleva el cálculo y el estudio, un hábil juego de cubiletes cuyo fin principal es excitar la atencion del extranjero para que la codicia y el afan de riqueza los lleve á tan remotas playas; y asunto es éste que conviene poner en claro manifestando escueta y desnuda, despues de un maduro exámen, la verdad de los hechos, á fin de no hacerse cómplice del trabajo que con sus incesantes recla-

mos hacen, pues es lo mismo que si en Francia ó en cualquiera otra nacion de Europa contáramos todas las transacciones que se hacen entre departamentos ó provincias como resultados de operaciones del comercio exterior, con lo que de seguro llegarían á conseguirse cifras verdaderamente fabulosas.

Si nos fijamos, por ejemplo, en la colonia de la Nueva Galles del Sur, vemos que la suma total que arroja el capítulo de su cifra de importacion, es de 365 millones; pero si deducimos, como es justo hacerlo, la suma de 140 millones que en productos ha recibido de las otras colonias sus hermanas, disminuye en un 40 por 100 del total, no quedándole más que 215 millones. En lo que á la exportacion se refiere, la proporcion es áun mucho más considerable, pues sería necesario descontar un 44 por 100.

El mismo cálculo puede aplicarse á las demás colonias, y aún hay más: la colonia de Victoria recibe de la Nueva Galles del Sur una cantidad de lana que equivale á 56 millones del distrito de Riverina, teniendo interes que estos productos pasen por Melbourne, que está cerca, y no por Sidney, que está léjos. Cierto que la Nueva Galles exporta por esta vía 56 millones de lanas; pero la colonia Victoria debía considerarla como partida de tránsito y no de importacion, que es como hacen ascender su movimiento hasta el punto que hemos visto. No queremos hacer mencion de las lanas que este mismo estado recibe de otras colonias, y que ascenderían á 5.000.000, ni tampoco contar el valor que en ganados pasan por Victoria, procedentes de Nueva Galles y de la Australia del Sur, con lo que llegaríamos á una cifra bastante elevada.

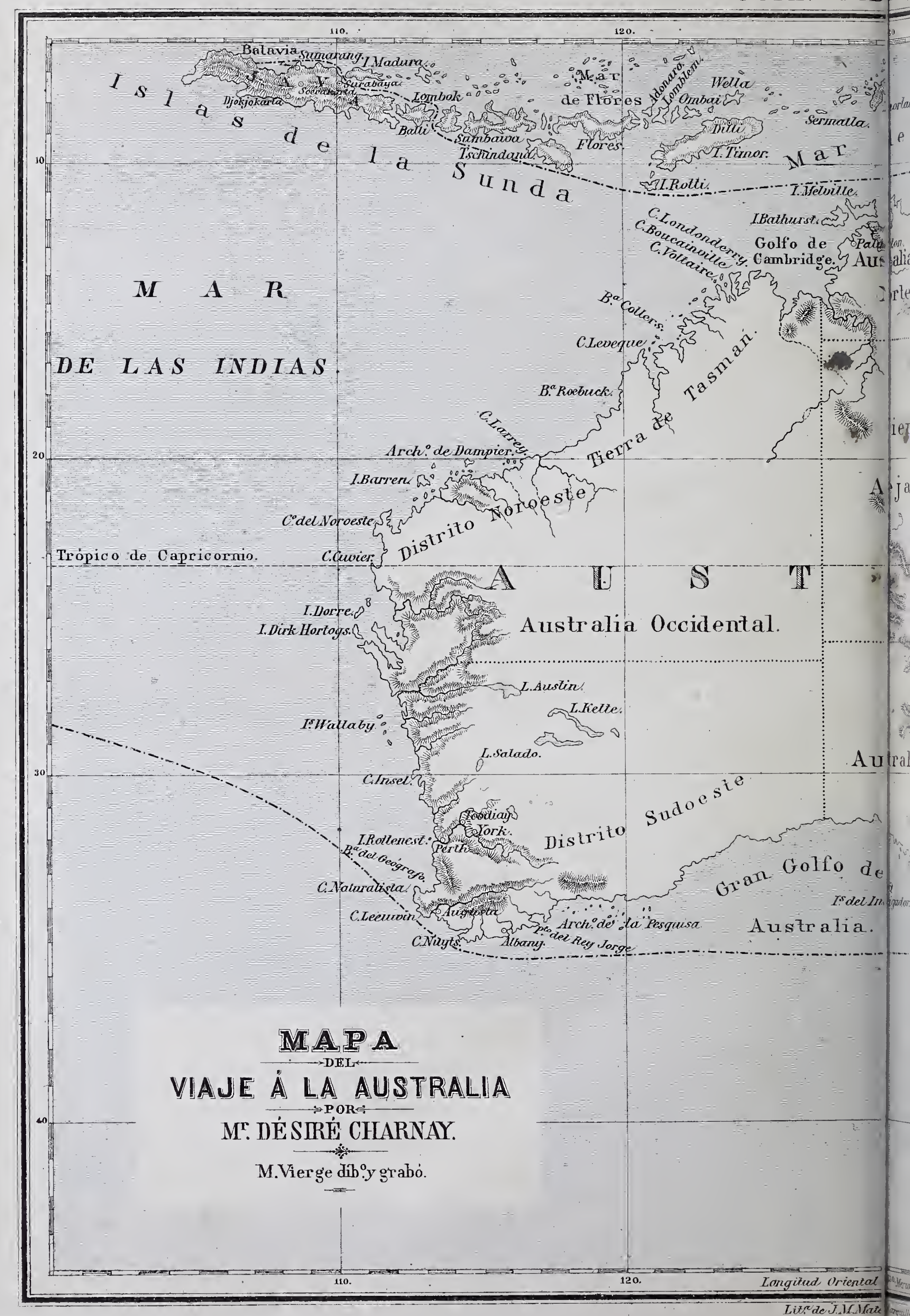
A pesar de todo, restando de la estadística de Victoria todas las sumas de que acabamos de hacer mencion, quedará una cantidad exorbitante, de la que apenas podemos darnos cuenta, y que el australiano para explicarla pretende que consume y produce cuatro veces más que Europa; pero ya hemos visto que los mejores plantíos de trigo producen una mitad ménos que los nuestros, y que sus más excelentes viñedos sólo dan una tercera parte en igual proporcion; lo que nos hace insistir en que las dos únicas fuentes de riqueza son el oro y las lanas. En cuanto al consumo, el obrero gana poco más ó ménos el doble que el de Europa; dando por supuesto que no economice nada, no puede consumir más que gana, y si se alimenta mejor, ó come más carne, es porque la paga cuatro veces más barata que en Inglaterra. Tal vez gaste más calzado ó más vestidos; pero si los paga más caro, no se explica tampoco por qué se supone tanta diferencia en el consumo.

Otro motivo de sorpresa para el extranjero es lo que á la prensa atañe, sin que queramos referirnos á su libertad, que es tanta como en cualquier país ingles, sinó á su desenvolvimiento. Sólo en Melbourne se publican 28 ó 30 periódicos, entre los que contamos los diarios, los semanales y los mensuales, periódicos políticos é ilustrados, revistas literarias, científicas y religiosas: en Sidney se cuentan 33, y en cada capital de colonia existe un número proporcionado al de los habitantes.

Las publicaciones cotidianas más importantes son: *El Argus* en Melbourne y el *Morning Herald* en Sidney, cuya forma es igual á la del *Times* de Lóndres, y que en conjunto su redaccion puede ser comparada á la del mejor periódico del mundo: con toda seguridad puede decirse que son mejores que todos los nuestros, y por lo ménos son más universales.

Al propio tiempo en estas publicaciones se estimulan las aficiones literarias de los jóvenes por medio de premios concedidos á trabajos presentados en concurso. Hemos de conceder que los australianos tienen el sentimiento artístico más desarrollado que los americanos; en las ilustraciones de sus periódicos son más correctos, ménos triviales, más ingleses, cosa que perfectamente se comprende, atendiendo al poco tiempo que hace que se han separado de la madre patria. No queremos decir con esto que el australiano tenga ya un arte propio, pero lo tendrá bien pronto: los museos tienen discípulos asíduos, copistas aplicados, artistas que buscan su camino, que aún fluctúan entre los recuerdos y los instintos nuevos, entre los antiguos modelos y una naturaleza nueva que interpretar; y como esta naturaleza es más uniforme, ménos violenta en colores, llegarán en la expresion de sus impresiones á matices más delicados y á más refinados sentimientos.

La Australia tiene dos grandes defectos. Uno físico, la falta de río y de agua: otro político, la falta de union. El primero podrá ser remediado con la construccion de aljibes y pozos artesianos, y el segundo por medio de una federacion que siga á la proclamacion de su independencia.


Balavia
Sumarang
I. Madura
Surabaya
Djokjokarta
Islas de la Sunda
Lombok
Balli
Sambawa
Tschindana
Mar de Flores
Flores
Adonara
Lomblem
Wella
Ombai
Dilli
I. Timor
Sermalla
Mar
I. Rotti
I. Melville
I. Bathurst
Golfo de Cambridge
C. Londonderry
C. Boucainville
C. Voltaire
Bª Collers
C. Leveque
Bª Roebuck
Tierra de Tasman
C. Larrey
Archº. de Dampier
I. Barren
Cº del Noroeste
Distrito Noroeste
MAR DE LAS INDIAS
Trópico de Capricornio.
C. Cuvier
AUST
Australia Occidental.
I. Dorre
I. Dirk Hortogs
L. Austin
L. Kelle
Pº Wallaby
L. Salado
C. Insel
Toodiay
York
Distrito Sudoeste
I. Rottenest
Perth
Bª del Geografo
C. Naturalista
Augusta
C. Leeuwin
C. Nuyts
Albany
Pto. del Rey Jorge
Archº. de la Pesquisa
Gran Golfo de Australia.
110.
120.
10
20
30
40
Longitud Oriental
MAPA
DEL
VIAJE Á LA AUSTRALIA
POR
Mr. DÉSIRÉ CHARNAY.
M. Vierge dibº. y grabó.
Litª. de J. M. Mate


140
150.
NUEVA GUINEA.
I.s Aru
I.Federico Enrique
e Arafura.
Estrecho de Torres.
Golfo de Papua.
C.Cretin
B.a Huon
I.s Massims.
Arch.o de la Luisada.
I.Coocks.
Somerst.
C.York.
I.s Wessel.
alia del
rte
Golfo de Carpentaria.
I.Groote
C.o Melville.
C.Bedfor.
Cooktown
C.Grafton.
I.Vellesley
MAR DEL CORAL
C.Sandwich.
erra
jandra.
C.Conway.
I.Cumberland.
Bown.
Queensland ó Tierra de la Reina.
Rockhampton.
A L I A
C.Sandy.
I.Frazer.
Brisbane.
C.Biron.
Rio Wara
Rio Coopers
ralia del Sur.
Rio Darling
Nueva Gales del Sur.
Rio Latllan
Bathurst
Sidney.
Wagga Wagga.
Adelaida
Spencers
I.Kangaro.
Albury
Victoria.
C.Bernouilli.
Ballarat
Melbourne
Portland
C.Hove.
Alberten.
C.Northumberland
Estrecho de Bass.
I.Kings.
I.Flinders.
Estr.o de Bank.
I.Barren.
I.DE TASMANIA.
I.Brune.
C.Sur.
Meridiano de Paris.
140.
150.
10
20
30
40
rquillo 6 Madrid.

# INDICE

Páginas

JAVA

## AUSTRALIA

### PRIMERA PARTE



### SEGUNDA PARTE

PAUTA PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS Y MAPAS

DEL

# VIAJE A LA AUSTRALIA




Paja, 23 - Tel. 228115 -
GETTY CENTER LIBRARY
3 3125 00135 7561